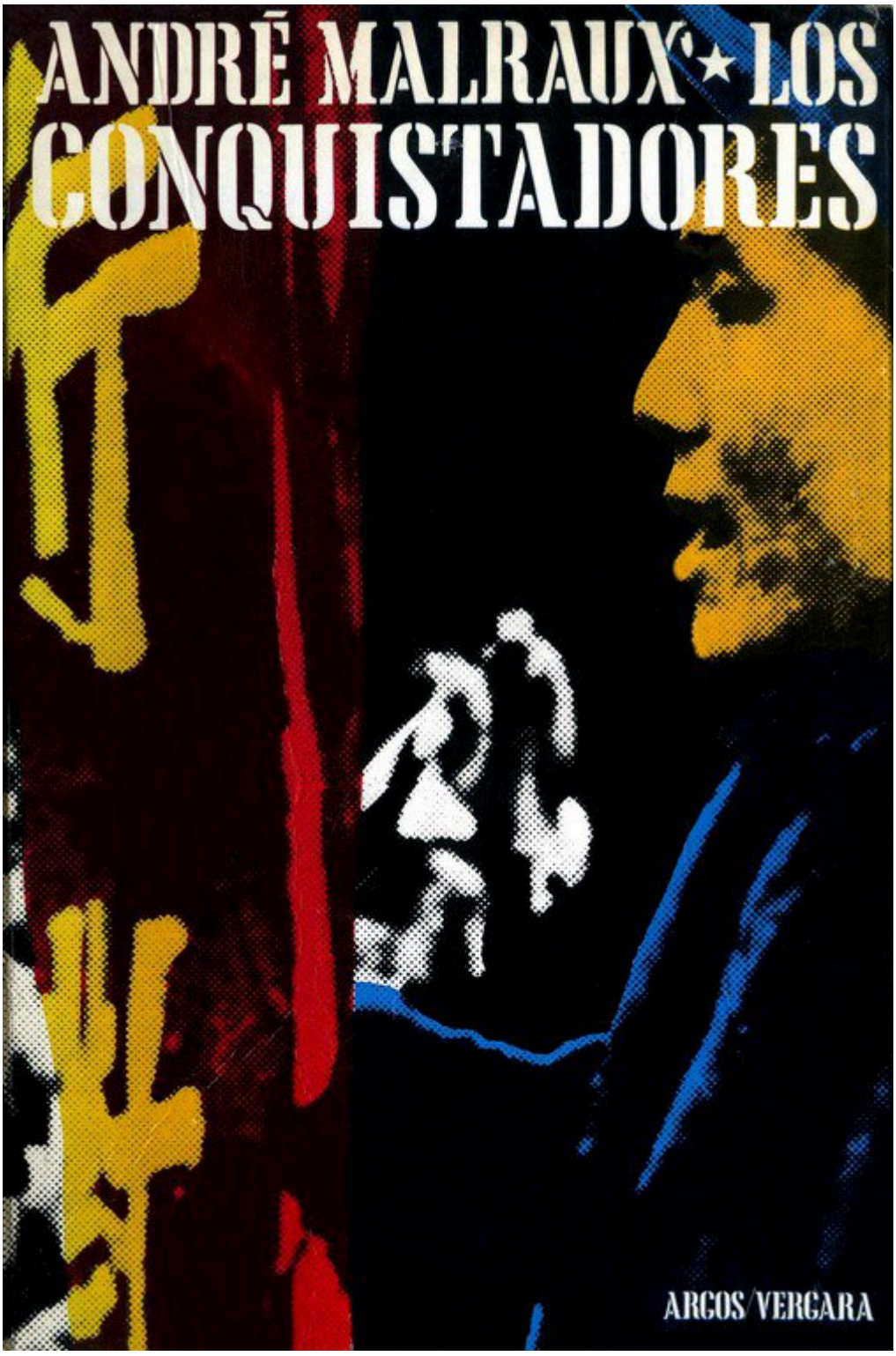
ANDRÉ MALRAUX ★ LOS CONQUISTADORES



ARGOS/VERGARA

LOS CONQUISTADORES

El enfrentamiento de dos figuras de talla gigantesca. Cheng-dai, 'el guardián de la Revolución', especie de Gandhi enamorado de la Justicia, deseoso de dar a su pueblo la libertad aunque evitándole el excesivo sufrimiento. Y Garín, encargado de la sección de Propaganda de la Internacional en el Cantón libre, de la raza de los conquistadores, rebelde nato contra los valores hipócritas de la burguesía y apasionado por el poder. Se produce entre una panoplia de personajes menores, pero llenos de vida y realidad: Hong, el anarquista, tan cegado por el odio que ya no quiere justicia, sino venganza; Rebecci, que refugia su fracaso en el erotismo y los muñecos mecánicos; Nicolaiev, el jefe de policía, torturador y sádico; Klein, refugiado en la revolución china como otros se refugian en la Legión extranjera; Borodin, el bolchevique que 'quiere fabricar revolucionarios como Ford fabrica coches'. Y en segundo plano, como una sombra que comienza a perfilarse, Chang-kai Chek. Un mundo de intrigas, confidentes, agentes dobles, torturas, muerte..., sobre la masa en ebullición de las grandes ciudades chinas de la época.

Título Original: *Les conquérants*

Traductor: Garcia Prieto Buendia, Fabian

©1928, Malraux, André

©1977, Editorial Argos Vergara, S.A.

ISBN: 9788470173431

Generado con: QualityEbook v0.35

ANDRÉ MALRAUX

LOS CONQUISTADORES

A la memoria de mi amigo

René Latouche

PRIMERA PARTE

PRELIMINARES

25 de junio

«Se *ha decretado la huelga general en Cantón.*»

Desde el día de ayer, el radio está expuesto en el tablón de anuncios, subrayado en rojo.

Hasta el horizonte, el Océano Índico inmóvil, liso, barnizado... sin estelas. El cielo cargado de nubes hace pesar sobre nosotros una atmósfera de cabina de baños, nos envuelve en aire saturado. Y los

pasajeros se pasean con pasos contados por el puente, cuidándose bien de no alejarse demasiado del cuadrado blanco en que se fijarán los radios recibidos esta noche. Día a día, las noticias van precisando el drama que comienza; va tomando cuerpo; ahora, amenaza directa, obsesiona a todos los hombres del paquebote. Hasta el momento, la hostilidad del Gobierno de Cantón se había manifestado en palabras, y de pronto, los telegramas traducen actos. Más que los tumultos, las huelgas y los combates en las calles, lo que impresiona a todos es la voluntad inesperada, y que parece tan tenaz como la voluntad inglesa, de no contentarse con palabras, de herir a Inglaterra en donde más le duele: su riqueza, su prestigio. La prohibición de vender en las provincias dependientes del Gobierno de Cantón ninguna mercancía de origen inglés, ni siquiera si es un chino el que la ofrece; el método por el que se controlan ahora los mercados, uno tras otro; el sabotaje de las máquinas por parte de los obreros de Hong Kong y, por último, esta huelga general que, de un solo golpe, afecta a todo el comercio de la isla inglesa, mientras los corresponsales de Prensa señalan la excepcional actividad de las escuelas militares de Cantón, todo ello obliga a los pasajeros a enfrentarse a una guerra de un estilo totalmente nuevo, una guerra emprendida por la anárquica potencia de China del Sur, secundada por colaboradores de los que ellos apenas saben nada, contra el símbolo mismo de la dominación británica en Asia, la roca militar desde la cual el imperio fortificado vigila sus rebaños: Hong Kong.

Hong Kong. Ahí está la isla en el mapa, negra y precisa, cerrando como un cerrojo ese Río de las Perlas sobre el que se extiende la masa gris de Cantón, con sus líneas de puntos que indican barrios imprecisos, a unas horas apenas de los cañones ingleses. A diario, los pasajeros contemplan la pequeña mancha negra, como si esperasen de ella alguna revelación, al principio inquietos, ahora angustiados, y ansiosos por averiguar cuál será la defensa de ese lugar del que depende su vida... el peñón más rico del mundo.

Si es alcanzado, reducido, antes o después, al rango de pequeño puerto, si, más simplemente aún, se debilita, eso significa que China puede encontrar los dirigentes que hasta el momento le han faltado para luchar contra los blancos, y la dominación europea se derrumbará. Los comerciantes de algodón o de cabellos con los que viajo sienten todo esto de manera punzante, y es cosa bien singular el leer en sus rostros angustiados (pero ¿qué va a ser de la Casa?) la repercusión de la formidable lucha emprendida por el imperio personificación del desorden, de repente organizado, contra el pueblo que, más que ningún otro, representa la voluntad, la tenacidad, la fuerza.

Gran agitación en el puente. Los pasajeros se apresuran, se empujan, se apretujan: ya está aquí la hoja de los radios.

Suiza, Alemania, Checoslovaquia, Austria, adelante, adelante... *Rusia*, vamos a ver. No, nada interesante. *China*, ¡ah!

Mukden: Chang-tso Lin...

Adelante.

Cantón.

En su afán de aproximarse, los pasajeros más alejados nos empujan contra la pared.

Los cadetes de la escuela militar de Whampoa, dirigidos por oficiales rusos y formando la retaguardia de una inmensa procesión de estudiantes y de obreros, han abierto el fuego contra Shameen.[1] *Los marineros europeos encargados de proteger los puentes han respondido con metralletas. Los cadetes, alentados por los oficiales rusos, se han lanzado varias veces al asalto de los puentes. Han sido rechazados con grandes pérdidas.*

Las mujeres y los hijos de los europeos de Sha- meen serán evacuados a Hong Kong, si es posible, en barcos americanos. El desalojo de las tropas inglesas es inminente.

De súbito, se hace el silencio.

Los pasajeros se separan, consternados. Sin embargo, a la derecha, se reúnen dos franceses: «Verdaderamente, *Monsieur*, uno no puede por menos de preguntarse cuándo van a decidirse los gobiernos a adoptar la actitud enérgica que...», y se dirigen hacia el bar. El final de la frase se pierde entre el sordo rumor de las máquinas.

Tardaremos al menos diez días en llegar a Hong Kong.

Las cinco

Shameett. —La electricidad ha dejado de funcionar. Toda la concesión está a oscuras. Se han fortificado tos puentes a toda prisa y se han interceptado con líneas de alambre espinoso. Están iluminados por los proyectores de las cañoneras.

29 de junio

Saigón

Ciudad desolada, desierta, provincial, con largas avenidas y bulevares rectos donde crece la hierba bajo grandes árboles tropicales... El culí que tira de mi ricksa chorrea sudor: la carrera es larga. Por fin llegamos a un barrio chino, sembrado de rótulos dorados con bellos caracteres negros, pequeños bancos, agencias de todo tipo. Ante mí, en el centro de una ancha avenida cubierta de hierba, retoza una pequeña línea ferroviaria. 37, 35, 33... ¡alto! Nos detenemos ante una casa igual a las demás del barrio: un «compartimiento». Agencia imprecisa. En torno a la puerta aparecen clavadas placas de compañías cantonesas de comercio casi desconocidas. En el interior, tras ventanillas polvorientas a punto de desmoronarse, dormitan dos empleados chinos: uno de ellos cadavérico, vestido de blanco; el otro obeso, rojo como un ladrillo, desnudo hasta la cintura. En las paredes, cromos de Shanghai: muchachas con un flequillo sabiamente pegado a la frente, monstruos, paisajes. Delante de mí, tres bicicletas enredadas. Estoy en la sede del Kuomintang de Cochinchina. Pregunto en cantonés:

—¿Está el jefe?

—Todavía no ha llegado. Pero suba, póngase cómodo.

Subo al primer piso por una especie de escala. Está desierto. Me siento y, aburrido, miro a mi alrededor: un armario europeo, una mesa estilo Luis Felipe con la parte de arriba de mármol, un canapé chino de madera negra y magníficos sillones americanos, todos erizados de palancas y tornillos. Encima de mí, en el espejo, un gran retrato de Sun-yat Sen y una fotografía, más pequeña, del amo de la casa. Por la puerta-ventana entra, con un chisporroteo y el sonido de las tarreñas de un vendedor de sopa, el fuerte olor de las grasas chinas al cocer...

Un ruido de chanclos.

Entran el propietario, otros dos chinos y un francés, Gérard, a quien he venido a ver. Presentaciones. Me sirven té verde y me encargan de asegurar al Comité central «la fidelidad de todas las secciones de Indochina francesa a las instituciones democráticas que..., etc."

Gérard y yo salimos al fin. Enviado especial del Kuomintang en Indochina, no lleva aquí más que unos días. Es un hombre bajito, con bigote y barba que empiezan a encanecer y que se parece al zar Nicolás, del que tiene la mirada desenfocada, vacilante, y la apariencia bonachona. Hay en él una mezcla de profesor miope y de médico provinciano; avanza a mi lado con paso cansino, precedido por un cigarrillo fijado al extremo de una delgada boquilla.

Su coche nos espera en la esquina de la calle. Nos acomodamos en él, y partimos a poca velocidad a través del campo. El aire desplazado basta para crear un clima nuevo; los músculos, cansados y tensos a la vez, se liberan...

—¿Qué novedades hay?

—Nada más que lo que ha podido leer en los periódicos. La puesta en marcha de las órdenes de huelga de los distintos comités obreros parece haber sido perfecta... Y los ingleses no han encontrado aún el modo de defenderse: la organización de voluntarios es risible, buena contra los disturbios, quizá, pero no contra la huelga. La prohibición de exportar arroz garantiza a Hong Kong el abastecimiento por algún tiempo, pero nunca hemos pensado en hacer pasar hambre a la ciudad. ¿Para qué? Los chinos ricos que apoyan a las organizaciones contrarrevolucionarias están tan abrumados por esa prohibición como si hubieran recibido un garrotazo...

—¿Y desde ayer?

—Nada.

—¿Piensa usted que el Gobierno de Cochinchina ha suprimido los radios?

—No. Casi todos los empleados de la estación de T.S.F. pertenecen al *Joven Annam*. Nos hubieran avisado. Es Hong Kong quien no trasmite ya.

Una pausa.

—¿Y las fuentes chinas?

—Las fuentes chinas están dirigidas por la propaganda, con eso está dicho todo... Dicen que las cámaras de comercio han solicitado de su presidente que declare la guerra a Inglaterra, que los soldados ingleses de Shameen han caído en manos de los cantoneses, que se preparan manifestaciones de importancia excepcional... ¡Cuentos! Lo único serio, lo único cierto es que, por primera vez, los ingleses de Hong Kong ven que la riqueza se les escapa de las manos. El boicot estaba bien. La huelga es mejor. ¿Qué seguirá a la huelga? Lástima que no sepamos nada más... Dentro de poco recibiré información. En fin, hace dos días que no zarpa ningún barco con destino a Hong Kong. Están todos allí, en el río...

—¿Y aquí?

—Las cosas no van mal, ¿sabe? Podrá usted llevarse por lo menos seis mil dólares. Espero seiscientos más, pero no tengo la seguridad. Sólo hace cuatro días que estoy aquí.

—Están bien embalados, a juzgar por los resultados...

—¡Oh, a fondo! El entusiasmo chino es bastante raro, pero esta vez hay que confesar que se muestran entusiastas. Y fíjese en que los seis mil dólares que voy a entregarle son en su mayoría donativos de gente humilde: culíes, obreros del puerto, artesanos...

—¡Claro! Tienen buenas razones para esperar... La aventura de Hong Kong, Shameen...

—Naturalmente, esta guerra latente contra una Inglaterra inmovilizada, incapaz de actuar —¡Inglaterra!—, les embriaga. Pero todo esto cuadra muy mal con la manera de ser china...

—¿Está usted completamente seguro?

Se calla, arrellanado en un rincón del coche, con los ojos semicerrados. Quizá reflexiona, quizá se deja penetrar por este aire fresco que nos descansa como un baño. En el azul incierto de la noche, los arrozales pasan a nuestro lado, grandes espejos grises pintados aquí y allá, a la aguada borrosa, matorrales y pagodas, todos dominados por los altos pilones de la estación de T.S.F. Metiéndose los labios hacia dentro y mordisqueándose el bigote, responde:

—¿Se ha enterado usted del complot de *La Mónada* que los ingleses acaban de descubrir en Hong Kong?

—No me he enterado de nada. Acabo de llegar.

—Bueno. Una sociedad secreta, *La Mónada*, se da cuenta de que la comunicación entre Hong Kong y Cantón está sólo asegurada por un vaporcillo, *El Homan*. Cuando se encuentra amarrado en el puerto, en Hong Kong, el vapor está guardado por un oficial inglés y unos cuantos marineros. Con muy buen sentido, los delegados de la sociedad comprenden la ventaja que pueden obtener impidiendo que el barco zarpe hacia Cantón cargado con las armas que los ingleses envían a los contrarrevolucionarios.

—¿Va alguno de los nuestros en ese barco?

—No. Y las armas son lanzadas en barcas en cualquier punto desierto del Río de las Perlas. Exactamente igual que el contrabando de hachís en el canal de Suez.

Pero volvamos al complot. Seis delegados, que saben muy bien que están arriesgando el cuello, matan al oficial y a los marineros, se hacen los amos del barco, trabajan en él durante cuatro horas y son hechos prisioneros por una ronda de voluntarios ingleses, al amanecer, en el momento en que se marchan llevándose —¿a que no lo adivina?— uno de los dos bloques de madera, de seis metros de largo, que llevan los barcos chinos en la proa con unos ojos pintados.

—No lo entiendo muy bien...

—Esos ojos son los que permiten al barco dirigirse. Si queda tuerto, encallará.

—¡Dios mío!

—¿Le extraña? ¡Caray, también a mí! Pero en el fondo...

»Sepa usted que la asociación más seria, en la que confía usted más, llegado el momento estará dispuesta a abandonarlo todo para ir en busca de un ojo pintado en un trozo de madera.

Y al ver que sonrío:

—Piensa usted que generalizo, que exagero. Ya se convencerá, ya se convencerá... Borodín y Garín pueden citarle cien casos del mismo tipo...

—¿Conoce usted mucho a Garín?

—Pues... hemos trabajado juntos... ¿Qué quiere que le diga...? ¿Conoce usted su actividad como director de Propaganda?

—Apenas.

—¡Oh! Es... No, es difícil explicarlo. Ya sabe usted que China desconocía las ideas tendentes a la acción. Esas ideas se han apoderado ahora de ella como la idea de igualdad se apoderó en Francia de los hombres del 89: como de una presa. Es posible que ocurra lo mismo en todo el Asia amarilla. En Japón, cuando los conferenciantes alemanes iniciaron la predicación de Nietzsche, los estudiantes, fanatizados, se arrojaban de lo alto de los peñascos. En Cantón la cosa es más oscura, y quizá incluso más terrible. Ni se sospechaba siquiera la existencia del más elemental individualismo. Los culíes están descubriendo que existen, simplemente que existen... Hay una ideología popular, como hay un arte popular, que no es una vulgarización, sino *otra cosa*... La propaganda de Borodín dijo a los obreros y a los campesinos: «Sois unos tíos estupendos porque sois obreros, porque sois campesinos, y formáis parte de las dos fuerzas más grandes del Estado.» Esto no dio el menor resultado. Pensaron que no se reconocen las grandes fuerzas del Estado, por el hecho de ser las que reciben los golpes y se mueren de hambre. Estaban demasiado acostumbrados a que se les despreciase como tales obreros, como tales campesinos. Temían que la Revolución se acabase y verse a sí mismos recaer en el desprecio del que esperan liberarse. La propaganda nacionalista, la de Garín, no les ha dicho nada de ese género, sino que ha actuado sobre ellos de una manera confusa, profunda —e imprevista—, con una extraordinaria violencia, dándoles la posibilidad de creer en su propia dignidad, su importancia, si lo prefiere. Hay que ver a una decena de tiradores de ricksa, con sus jetas de gato socarrón, sus andrajos y sus sombreros de enea, hacer la instrucción como voluntarios, rodeados de una muchedumbre respetuosa, para sospechar lo que hemos conseguido. La Revolución francesa, la Revolución rusa fueron fuertes porque dieron a cada uno su tierra; esta revolución está dando a cada uno su propia vida. Contra esto, ninguna potencia occidental podrá hacer nada... ¡El odio! Se pretende explicarlo todo por el odio. ¡Qué manera de simplificar! Nuestros voluntarios son fanáticos por muchas razones, pero en primer término porque ahora desean una vida tal que... que no pueden por menos de escupir sobre la que tenían. Es posible que Borodín no lo haya comprendido bien todavía...

—¿Se entienden bien los dos capitostes?

—¿Borodín y Garín?

Por un momento tengo la impresión de que no quiere responderme. Pero no: reflexiona. Su rostro, así, parece muy fino. La noche se extiende. Sobre el ruido del motor del auto, no se oye más que el silbo rimado de las cigarras. Los arrozales siguen huyendo a ambos lados de la carretera; en el horizonte, una palmera se desplaza lentamente.

—No creo —continúa— que se entiendan *bien*. Se entienden, eso es todo. Se complementan. Borodín es un hombre de acción. Garín...

—¿Garín?

—Es un hombre capaz de acción. Cuando es necesaria. Escuche, encontrará en Cantón dos clases de gente. Los que vinieron en tiempos de Sun, en 1921, en 1922, para probar suerte o jugarse la vida, y a los que hay que calificar de aventureros; para ellos, China es un espectáculo al que están más o menos vinculados. Son personas en quienes el sentimiento revolucionario ocupa el lugar que el amor por el ejército ocupa entre los legionarios, personas que nunca han logrado aceptar la vida social, que han exigido mucho de la existencia, que hubieran querido dar un sentido a su vida y que ahora, ya de vuelta de todo eso, *sirven*. Y los que vinieron con Borodín, revolucionarios profesionales, para los que China es una materia prima. Encontrará usted a todos los primeros en Propaganda, a casi todos los segundos en la

acción obrera y el ejército. Garín representa —y dirige— a los primeros, que son menos fuertes, pero mucho más inteligentes...

—¿Usted estaba ya en Cantón antes de la llegada de Borodín?

—Sí —responde con una sonrisa—. Pero créame que hablo con toda objetividad...

—¿Y antes?

Se calla. ¿Va a contestarme que eso no es cosa mía? Estaría en su derecho... No. Sonríe de nuevo, y apoyando muy levemente la mano en mi rodilla:

—Antes, era profesor en el liceo de Hanoi.

La sonrisa se hace más marcada, más irónica también, y la mano aumenta su presión.

—Pero he preferido otra cosa, ya lo ve...

E inmediatamente continúa, como si quisiera impedirme formular otra pregunta:

—Borodín es un gran hombre de negocios. Extremadamente trabajador, valeroso, audaz cuando es preciso, nada complicado, dominado por su acción...

—¿Un gran hombre de negocios?

—Un hombre que necesita pensar de cada cosa: «¿Puede serme útil, y cómo?» Borodín es eso. Todos los bolcheviques de su generación están marcados por su lucha contra los anarquistas: todos piensan que hay que ser sobre todo un hombre preocupado por la realidad, por las dificultades del ejercicio del poder. Además, hay en él el rastro de una adolescencia de joven judío ocupado en leer a Marx en una pequeña ciudad letona, envuelto en el desprecio y con la Siberia en perspectiva...

Las cigarras, las cigarras.

—¿Cuándo espera tener las informaciones de que me habló hace un momento?

—Dentro de unos minutos. Vamos a cenar a casa del presidente de la sección de Cholón, que es el propietario de un fumadero-restaurante como ése.

Pasamos, en efecto, ante restaurantes ornados de caracteres enormes y de espejos, en una atmósfera donde la vida no es más que luz y sonidos; profusión de reflectores, de espejos, de globos y bombillas, ruido de mahjong, fonógrafos, gritos de cantantes, flautas agudas, címbalos, gongos...

Las luces se hacen más y más próximas. El chófer cambia de velocidad y se exaspera, tocando sin descanso la bocina para poder avanzar a través de una multitud de tela blanca más densa que la de nuestros bulevares; obreros, chinos pobres de todas las profesiones se pasean comiendo golosinas y frutas, molestándose apenas para dejar pasar los coches que ladran y rechinan, mientras los chóferes annamitas gritan insultos. Ya no hay nada aquí que recuerde a Francia.

El auto se detiene ante un restaurante-fumadero, no rodeado de toscos balcones de hierro como los que acabamos de ver, sino menos colonial, con el aspecto de un pequeño hotel particular. Como de costumbre, la entrada, coronada por dos caracteres en negro sobre fondo dorado, no es más que espejos, a derecha, a izquierda, al fondo, incluso en los planos verticales de los escalones. En la caja, un chino obeso del que no se ve más que el torso desnudo echa cuentas en un ábaco, ocultando a medias una pieza profunda donde se agitan en la sombra cuerpos anaranjados y manos ágiles en torno a una inmensa fuente de langostinos nacarados y una pirámide de caparazones vacíos, escarlata, sin peso.

En el primer piso, un chino de unos cuarenta años, con aspecto de dogo, nos acoge (presentación) y nos hace entrar en seguida en un gabinete particular, donde nos esperan tres de sus compatriotas. Trajes blancos impecables, cuellos militares. En el canapé de madera negra, cascos coloniales. Presentaciones. (Naturalmente, imposible entender un solo nombre.) Mesa pequeña sin mantel, cubierta de platos, de tacitas llenas de salsa; sillones de mimbre. La luz de las bombillas eléctricas suspendidas en profusión del techo horada la noche activa. Un rumor, sin cesar recubierto por las salvas de los petardos, el chasquido de los dominós, los golpes de gongo y, de cuando en cuando, el maullido del violín monocorde, toma posesión de la pieza con las bocanadas de aire caliente que se esfuerzan por expulsar los ventiladores.

El dogo, que es a la vez el propietario y el intérprete, me dice casi en voz baja, con un fuerte acento:
—El señor director del hospital francés ha venido a cenar esta semana...

Parece muy orgulloso de ello; pero el mayor de sus amigos le interrumpe:

—Diles que...

Gérard les aclara inmediatamente que entiendo el cantonés; su simpatía se hace más visible y la conversación comienza: palabrería democrática, «derechos del pueblo», etc. Tengo la violenta impresión de que la sola fuerza de esta gente radica en un confuso sentimiento, que los males que han padecido son la única cosa de que son verdaderamente conscientes. Pienso en las sociedades de provincias durante la Convención (aunque estos chinos son extremadamente corteses, en bien curioso contraste con su costumbre de escupir). ¡Qué fe ponen todos ellos en la palabra! ¡Y qué débiles deben de ser frente a la acción lúcida y tenaz de los comités técnicos a los que envían sus dólares...!

Esto es, en desorden, de lo que se han enterado hoy:

Desde todas las ciudades del interior, los ingleses se refugian urgentemente en las concesiones internacionales.

Las grandes federaciones de culíes han decidido que cada uno de sus miembros pagará de ahora en adelante cinco centavos diarios para ayuda de los huelguistas de Hong Kong.

En Shanghai y Pekín se está preparando una manifestación imponente con objeto de conmemorar las injustas violencias ejercidas por los imperialistas extranjeros y la afirmación de la libertad china.

En las provincias del Sur se está produciendo un gran número de alistamientos voluntarios.

El ejército cantonés acaba de recibir de Rusia una cantidad considerable de material de guerra.

Después, formalmente impreso en grandes caracteres, lo siguiente:

El corte de la electricidad es inminente en Hong Kong.

Ayer se cometieron cinco atentados terroristas. El jefe de policía ha resultado gravemente herido.

Al parecer, la ciudad está a punto de carecer de agua.

Por último, noticias relativas a la política interior, la mayoría de las cuales hace referencia a un tal Cheng-dai.

Acabada la cena, Gérard y yo descendemos entre un despliegue de mangas blancas y zalemas, y decidimos caminar un rato; el aire es fresco; no lejos, en el río, las sirenas de los barcos dominan por instantes, con un mugido largamente arrastrado por la húmeda atmósfera, la batahola de los restaurantes chinos.

Gérard marcha a mi derecha, inquieto. Ha bebido mucho esta noche...

—¿Se encuentra usted mal?

—No.

—Parece usted inquieto...

—¡Sí!

Apenas me ha respondido cuando se da cuenta de la brusquedad del tono de sus palabras, y añade enseguida:

—Tengo buenos motivos...

—¡Pero si todos parecían encantados...! —¡Ah! ¡Esos...!

—Y las noticias son buenas...

—¿Cuáles?

—¡Las que nos han comunicado, demonios! El paro de la central eléctrica, el...

—¿De modo que no ha oído usted lo que decía mi vecino?

—El mío me hablaba de la revolución y de su padre, no me quedaba más remedio que escucharle...

—Decía que sin duda alguna Cheng-dai se opondrá a nosotros.

—¿Y qué?

—¿Cómo y qué? ¿No le basta con eso?

—Quizá me bastase si...

—Hay que tener en cuenta que es el hombre más influyente de Cantón.

—¿En qué sentido?

—No puedo explicárselo. Además ya oirá hablar de él, no se preocupe. Es el jefe espiritual de toda la derecha del partido. Sus amigos le llaman el Gandhi chino. Aunque hay que decir que se equivocan.

—Precisemos: ¿qué es lo que quiere?

—¡Precisemos! ¡Cómo se nota que es usted joven...! No lo sé. Y es muy posible que él tampoco lo sepa.

—Pero ¿en qué le estorba?

—Nuestras relaciones eran más bien tensas. Ahora, parece que se dispone a acusarnos ante el Comité de los siete y ante la opinión...

—¿De qué?

—¡Qué sé yo! ¡Ah, sólo porque ha visto unos radiogramas maravillosos se cree usted que todo va bien! El interior es tan importante como el exterior, créame. No es sólo en Hong Kong; incluso en Cantón tenemos que luchar contra esos complots militares que los ingleses provocan continuamente y en los que ponen tantas esperanzas... La única noticia realmente buena que he recibido hoy es la herida del jefe de policía inglés. Hong tiene más cualidades de las que yo le suponía. Hong es el jefe de los terroristas, ese del que nos dan noticias de vez en cuando los radios: «Ayer se cometieron en Hong Kong dos atentados... Tres atentados... Cinco atentados...», etc. Garín tenía en él una gran confianza... Trabajó con nosotros, fue su secretario. ¡Mira que ir a buscar a ese monigote para convertirlo en su secretario! ¡Vaya una idea! Para él, Hong tiene la fiebre de la juventud. Ya se desengañará. Pero hay que reconocer que es muy divertido. La primera vez que lo vi fue en Hong Kong, el año pasado, me entero de que está decidido a matar al gobernador con una Browning, él, que era incapaz de meter una bala en una puerta a diez pasos de distancia. Se presenta en mi habitación del hotel, balanceando las manos, grandes como raquetas. ¡Un chiquillo, verdaderamente un chiquillo! «¿Está usted al corriente de mi proyecto?» Con un acento muy pronunciado; daba la sensación de cortar las palabras en sílabas cofa las mandíbulas. Le explico que «su proyecto», como él dice, no es inteligente; me escucha, muy molesto, durante un cuarto de hora. Después: «Sí. Só-lo que e-so no im-por-ta. Ma-la suer-te. He presta-do ju-ra-men-to.» ¡Evidentemente, no se podía hacer más que demolerlo todo! Había jurado, sobre la sangre de su dedo, en cualquier pagoda perfeccionada... Se molestó mucho, mucho. A pesar de todo, yo le miraba con simpatía: los chinos de ese tipo no abundan. Por último, cuando se disponía a marcharse, sacudió los hombros como si tuviese pulgas y me estrechó la mano diciendo, muy lentamente, de veras: «Cuan-do me con-de-nen a la pe-na ca-pi-tal, ha-brá que de-cir a los jó-ve-nes que de-ben i-mi-tar-me.» Hacía años que yo no había oído decir «la pena capital» en lugar de «muerte». —Se ve que ha leído...— Pero sin ningún sentimentalismo, como hubiese dicho: «Cuando haya muerto, que me incineren...»

—¿Y el gobernador?

—Pensaba matarlo durante no sé qué ceremonia, dos días más tarde. Todavía puedo verme, sentado en la cama, desnudo y con los pelos revueltos, con un calor horroroso —aunque no eran más que las diez —, en medio de un estrépito de cláxons, bocinas y gritos, preguntándome si todo aquello indicaba el fin de la ceremonia o el del gobernador... Pero Hong, considerado como sospechoso, había sido expulsado de la ciudad aquella misma mañana... En medio de aquel escándalo de autos y gente que callejeaba, veía sus mandíbulas silabear las palabras y, sobre todo, oía su voz que me decía:

«Cuan-do me con-de-nen a la pe-na ca-pi-tal...»

Sigo oyéndolo aún... Y no era un farol, ¿sabe? Pensaba de verdad, pese a su extraño vocabulario, que sería condenado a muerte. Cosa que terminará por ocurrir... Un chiquillo...

—¿De dónde ha salido?

—De la miseria. No creo que haya conocido nunca a sus padres. Los reemplazó ventajosamente por un tipo que en la actualidad vende en Saigón curiosidades, recuerdos, cosas de ese tipo... ¡Espere! ¿Le apetece tomarse un Pernod, un verdadero Pernod?

—Desde luego.

—Eso no se rechaza. Iremos a verle mañana... Eso le permitirá conocer a uno de los hombres que han «formado» a los terroristas. Se van haciendo raros... ¿Tiene ganas de acostarse?

—No demasiadas.

Llama al chófer, que se acerca.

—Al Thi Sao.

Nos vamos. Suburbio alumbrado por escasas faro* las, muros ennegrecidos, arroyos en que tiemblan grandes estrellas desdibujadas, noche informe, perforada aquí y allá por manchas cuadradas: los tenderetes annamitas, en que velan vendedores inmóviles entre pilas de tazas azules... ¿De verdad Gériird es un antiguo profesor? Su carácter, su vocabulario cambian a medida que se va cansando... Me gustaría saber...

Marchamos muy deprisa, y ahora casi siento frío. Arrellanado en mi rincón, con los brazos cruzados para protegerme del frío, oigo aún la verborrea democrática de la cena, esas fórmulas, irrisorias en Europa, recogidas aquí como los viejos vapores recubiertos de orín; veo aún el grave entusiasmo que hacen nacer en todos los hombres, que son casi unos viejos... Y el comité cantones que dirige todo esto se yergue lentamente tras esos telegramas que Hong Kong no puede ocultar y que aparecen uno a uno, como heridas.

* * *

1.° de julio

Hong Kong. Los enfermeros chinos de los hospitales están todos en huelga.

Los barcos de la Compañía de navegación de Indochina están inmovilizados en el puerto.

Nuevos atentados han sido cometidos ayer.

No hay noticias de la concesión de Shameen.

Tristeza, fastidio, nerviosismo por no saber qué hacer en esta ciudad en la que me veo obligado a esperar a que zarpe de nuevo el barco, cuando quisiera tanto estar en Cantón. Gérard se reúne conmigo en el hotel. Comemos temprano, casi solos en la sala; me cuenta, menos confusamente que ayer, la historia de ese Hong que actualmente está haciendo ejecutar, uno tras otro, a los jefes de los servicios ingleses, y del hombre al que vamos a ver esta tarde, el hombre al que el azar, dice Gérard, convirtió en el «partero» de Hong. Se llama Rebecci; es un genovés que ha pasado por la revolución china con una tranquilidad de sonámbulo. Al llegar a China, hace ya de ello algunos años, abrió un almacén en Shameen; pero los europeos ricos le inspiraban tanta antipatía que lo abandonó y se estableció en el mismo Cantón, donde Gérard y Garín le conocieron en 1920. Vendía a los chinos la pacotilla de los bazares de Europa y, particularmente, poseía una serie de pequeños autómatas: pájaros cantarines, bailarinas, un gato con botas, que una moneda ponía en movimiento, y de eso vivía. Hablaba con soltura el cantonés y se había casado con una indígena muy bella, que después había engordado mucho. Hacia 1895 había sido anarquista militante; no le gustaba hablar de aquella parte de su vida, que recordaba con orgullo pero con tristeza y que lamentaba tanto más por saber hasta qué punto se había debilitado.

«¿Qué quieren ustedes? Todo eso son cosas pasadas...»

Gérard y Garín iban a veces a verle hacia las siete; su gran letrero luminoso acababa de encenderse; chiquillos con los cabellos en copete lo contemplaban, sentados en corro en el suelo. Manchas de luz se prendían en las lentejuelas y las sedas dé las muñecas; de la cocina llegaba el ruido de un remover de cacerolas. Rebecci, echado en una tumbona dé mimbre en medio de su estrecho almacén, soñaba en giras por el interior de la provincia, con nuevos y numerosos autómatas. Los chinos harían cola a la entrada de su toldo; volvería rico: podría comprad una vasta sala en la que el público encontraría *punching-balls*,

negros con la tripa de terciopelo rojo, fusiles eléctricos, toda clase de tragaperras y, quizá, una bolera... Al llegar Garín, salía de su ensueño como de un baño, sacudiéndose, le tendía la mano y le hablaba de magia. Era su manía. No es que fuera verdaderamente supersticioso, pero era curioso. No habiendo nada que probase la presencia de demonios en la tierra, y particularmente en Cantón, pero no habiendo nada tampoco que demostrase su ausencia, convenía invocarlos.

Y él invocaba a muchos, observando los ritos, desde aquellos cuyos nombres encontraba en un Graild Albert incompleto hasta los que conocían íntimamente los mendigos y los sirvientes. Encontraba pocos demonios, pero muchas indicaciones que aprovechaba para asombrar a sus clientes o curarlos, dado el caso, de enfermedades benignas. Apenas fumaba opio; con frecuencia, a la hora de la siesta, se veía deambular su silueta blanca: casco aplanado, torso estrecho, amplios pantalones de zuavo y los pies hacia fuera de Charlot; pues le gustaba salir acompañado de una bicicleta, que arrastraba durante más tiempo que empleaba, una bicicleta antigua, pero siempre cuidadosamente engrasada.

Vivía rodeado de chiquillas a las que había recogido, sirvientes cuyo principal trabajo consistía en escuchar sus historias y a las que vigilaba celosamente su esposa china, que no ignoraba que a él le hubiese interesado intentar con ellas ciertas experiencias. Obsesionado por un erotismo de colonial, sólo dejaba *Las clavículas de Salomón* para leer o releer *El reino del látigo, Esclava* o cualquier otro libro francés del mismo género. Después se entregaba a largos ensueños de los que salía temeroso y engolosinado, como un niño miedoso. «Signore Garín, ¿cree usted que hay cosas sucias en el amore? —No, amigo mío, ¿por qué? —Perqué, perqué... eso me interesa...» Una edición de *Los miserables* y unos cuantos folletos de Jean Grave, que conservaba pero que ya no admiraba, completaban su biblioteca.

En 1918 había cobrado una viva simpatía por Hong, al que había distinguido entre los jóvenes chinos que venían a escucharle. Pronto había abandonado los cuentos de fantasmas y le había enseñado el francés (ya no poseía ningún texto italiano y apenas sabía el inglés). Una vez que supo hablar, Hong aprendió a leer; después, aprendió casi solo el inglés, que casi no sabía, y leyó todo lo que pudo encontrar... poca cosa. La experiencia de Rebecci sustituyó para él las enseñanzas que proporcionan los libros. Les unía una profunda amistad, que no se manifestaba nunca y que difícilmente permitirían adivinar la brusquedad de Hong y la ironía tímida y torpe del genovés. Hong, acostumbrado a la miseria, había comprendido rápidamente el valor del carácter de su viejo camarada, que no daba limosna, pero que llevaba a los mendigos a «tomar un vaso» (hasta el día en que, furioso al ver su resplandeciente comercio invadido por un grupo de famélicos, precisamente cuando él no tenía una perra, los echó a todos a patadas) y que, cuando se habían llevado a su hermano a Biribí, lo había dejado todo para instalarse cerca del presidio, a fin de encontrar las «combinas» susceptibles de hacer su existencia menos penosa y para poder de cuando en cuando, al ir a visitarle, besarle en la boca y deslizar en ella un luis de oro. Por su parte, Rebecci se había sentido conmovido ante este adolescente que estallaba en una risa de negro cuando le contaba alguna historia, pero en el que adivinaba un raro valor, una singular firmeza ante la muerte y, sobre todo, un fanatismo que le intrigaba. «¡Ah, tú! Si no te matan demasiado joven, harás grandes cosas...»

Hong leyó a Jean Grave y, cuando lo hubo terminado, preguntó su opinión a Rebecci.

Rebecci reflexionó antes de hablar —cosa que raras veces hacía— y dijo:

«Tengo que pensarlo, perqué, compréndelo, pequeño, Jean Grave no es para mí un cualquiera, es mi juventude... Yo soñaba en cosas, ahora hago funcionare pácaros mecánicos. Era una época megliore que ésta; pero no teníamos razón. ¿Te extraña que te diga esto, eh? No, no teníamos razón. Perqué... escúchame bene, cuando no se tiene más que una vida, no se trata de cambiare el estado sociale. Lo que resulta difícile es saber lo que uno quiere. Mira, si tú le atizas un bombazo al maquistrado, ¿comprendes?, él revienta, eso está bene. Pero si haces un periódico para dar a conocer la doctrina, a nadie le importa un rábano...»

Su vida era un fracaso. No sabía demasiado bien por qué, pero era un fracaso. No podía volver a Europa: era ya incapaz de realizar un trabajo manual y no quería aceptarlo de otro tipo. Y en Cantón se aburría, aunque, en resumidas cuentas... ¿Se aburría o es que se reprochaba el haber aceptado una vida poco digna de las esperanzas de su juventud? Pero ¿no es ése un reproche digno de un imbécil? Le habían propuesto la dirección de un servicio de la policía de Sun-yat Sen; sus sentimientos de anarquista eran aún demasiado fuertes y se sabía incapaz de hacer denunciar o vigilar a un hombre. Más tarde, Garín le había propuesto trabajar con él. «No, no, signore Garín, es usted muy amable, pero ¿sabe?, io creo que es demasiado tarde...» Quizá se había equivocado... En suma, estaba, si no contento, al menos

tranquilo entre sus demonios, sus libros de magnetismo, su china, Hong y sus aparatos automáticos...

Hong meditó el confuso juicio que Rebecci hacía de su propia vida. La sola cosa que el Occidente le había enseñado con bastante fuerza para que le fuese imposible liberarse de ella era el carácter único de la vida. Una sola vida, una sola vida... Eso no le había hecho concebir el temor a la muerte (nunca había llegado a comprender plenamente lo que era la muerte; aún ahora, morir no era para él morir, sino sufrir hasta el extremo una herida muy grave), pero sí el temor profundo y constante a estropear esa vida que era la suya y de la que jamás podría borrar nada.

En ese estado de incertidumbre se encontraba cuando se convirtió en uno de los secretarios de Garín. Garín lo había elegido por la influencia que le daba ya su valor sobre un grupo bastante numeroso de jóvenes chinos, que constituían la extrema izquierda del partido. Hong estaba seducido por Garín, pero, por las noches, transmitía a Rebecci, no sin cierta desconfianza, sus palabras y sus órdenes. El viejo genovés, echado en su tumbona y ocupado en hacer girar un molinete de papel o en contemplar una de esas bolas chinas llenas de agua en las que se ven jardines fantásticos, dejaba el objeto, cruzaba las manos sobre el delgado vientre, levantaba las cejas perplejo y terminaba por responder: «¡Ah, bene! Puede que Garín tenga razón, puede que tenga razón...»

Por último, como sus dudas se hacían cada vez más frecuentes y Rebecci era cada vez más pobre, había aceptado un puesto en el Servicio de informaciones generales, tras haber especificado que quedaba bien entendido que él «no se chivaba de nadie». Y Garín le había enviado a Saigón, donde le resultaba útil.

Terminamos de comer, y nos marchamos ya, la espalda curvada bajo el calor, cuando Gérard se calla. Es la hora en que se encuentra a Rebecci.

Entramos en un pequeño bazar: tarjetas postales, budas, cigarrillos, cobres de Annam, dibujos de Cam- boya, *sampots*[2], cojines de seda con dragones bordados ; colgados de la pared, fuera de la luz del sol, vagos objetos de hierro. En la caja, una china muy gorda duerme.

—¿Está el dueño?

—No, señol.

—¿Dónde?

—No sé.

—¿Taberna?

—Puede sel tabelna Nam Long.

Atravesamos la calle: la «tabelna Nam Long» está enfrente. Café silencioso; en el techo, lagartijas de color pardo duermen la siesta. Dos criados, transportando pipas de opio y cubos de porcelana en que los fumadores apoyan la cabeza, se cruzan en la escalera; ante nosotros, los *boys* duermen, desnudos hasta la cintura, con los cabellos extendidos sobre el brazo doblado. Recostado solo en el banco de madera negra, un hombre mira ante sí, balanceando lentamente la cabeza. Cuando ve a Gérard, se levanta. 'Me quedo un poco sorprendido: yo esperaba un personaje garibaldino; es un hombrecillo seco, de manos nudosas, con el pelo aplastado y ya canoso cortado en círculo, con aspecto guiñolesco...

—Aquí hay un hombre que no se ha tomado un Pernod desde hace años —dice Gérard señalándome con el dedo.

—Está bene —responde Rebecci—. Vamos por él.

Sale. Le seguimos. «Garín le ha puesto el Remendón de mote», me murmura Gérard al oído mientras cruzamos la calle.

Entramos en su almacén y subimos al primer piso. La china levanta la cabeza, nos mira pasar y vuelve a dormirse. La habitación es amplia. En el centro, una cama con mosquitero; a lo largo de las paredes, cantidad de objetos bajo una tela rameada. Rebecci nos deja. Oímos una cerradura que chirría, un cofre que se cierra bruscamente, el agua que corre de un grifo y burbujea en un vaso.

—Voy a bajar un minuto —dice Gérard—. Tengo que chañar un rato con su china, si no está demasiado dormida. A ella le gusta.

El minuto es largo. Rebecci vuelve el primero, trayendo en una bandeja una botella, azúcar, agua y tres vasos... siempre en silencio. Se sienta y prepara él mismo los tres Pernods, sin hablar. Al cabo de un rato:

—Pues ya ve, que me he cubilado...

—Rebecci —grita Gérard, que sube al fin la escalera, atusándose la barba—, el camarada espera que le cuentes cosas de tu hijo espiritual. ¡Ah! Me he quedado abajo demasiado tiempo. Me dio la impresión de que nos habían seguido. Pero no.

No ha visto cómo ha cambiado la expresión de Rebecci al hablar de Hong.

—Si no te conosciera como te conosco, tendrías ya mis manos alrededore de tu garganta... ¡No se bromea con eso!

—Pero, ¿qué te pasa?

—¿Te parece entonces que es el día más a propósito?

—¿Qué día?

Rebecci se encoge de hombros, fastidiado.

—¿No has estado en casa del presidente esta mañana para el banquete?

—No.

—Pero ¿ahora me sales con ésas?

—Estamos citados a las cinco.

—¡Ah, conque es eso...! A él tendrás que pedirle noticias de Hong, a él. Él te dirá que tienen a Hong entre sus zarpas.

—¿Los ingleses? ¿Los blancos? ¿Desde cuándo?

—Ayer por la noche, dice él. Dos horas después de la emisión de los radios, poco más o menos...

Da golpecitos en el vaso con la cuchara, después bebe de un trago:

—Otro día, no dico que no... Y aquí está el Pernod para los amicos...

2 de julio

Descenso del río

Parecía que la angustia debería aumentar a medida que nos acercamos a la meta. Nada de eso: el paquebote está dominado por el torpor. Hora a hora, mientras que, con las manos empapadas en sudor, costeamos las planas orillas del río, Hong Kong se hace más real, deja de ser un nombre, un lugar cualquiera en el mar, un decorado de piedra; todos sienten penetrar en ellos la vida. Ya no hay verdadera angustia: un estado confuso en el que se entremezclan la enervante regularidad de la marcha del navío y la conciencia, en el interior de cada uno, de gozar de sus últimos instantes de libertad. Los cuerpos no están aún comprometidos, la inquietud no tiene más que un objeto abstracto. Minutos extraños, durante los que las viejas potencias animales se apoderan de todo el barco. Embotamiento casi feliz, indolencia nerviosa. No ver todavía, conocer solamente las noticias, no ser aún *invadido*...

5 de julio

Las cinco

Se ha declarado en Hong Kong la huelga general.

Las cinco y media

El Gobierno proclama él estado de sitio.

Las nueve

En la ensenada de Hong Kong

Acabamos de sobrepasar el faro. Las tentativas de sueño se han abandonado; hombres y mujeres permanecen en el puente. Gaseosas, whiskies con soda. A ras del agua, series de bombillas eléctricas dibujan en líneas de puntos luminosos el contorno de los restaurantes chinos. Arriba, la masa del peñón famoso, potente, de un negro compacto en la base, asciende degradándose hacia el cielo y termina por redondear, entre las estrellas, su doble joroba asiática rodeada de una ligera bruma. No es una silueta, una superficie recortada de papel, sino algo sólido y profundo como una verdadera materia, como una tierra negra. Una línea de globos (¿una carretera?) ciñe la más alta de las dos jorobas, el Pico, como un collar. De las casas sólo se ve un semillero de luces increíblemente juntas, casi mezcladas por encima del perfil tembloroso de los restaurantes chinos y que se disgrega, como el negro de la roca, a medida que se eleva para perderse allá arriba entre las estrellas resplandecientes y grávidas. En la bahía, muy numerosos, duermen grandes paquebotes, iluminados, con sus hileras de ojos de buey, cuyos reflejos en zigzag se mezclan en el agua cálida con los de la ciudad. Todas estas luces en el mar y en el cielo de China hacen pensar, no en la fuerza de los blancos que las han creado, sino en un espectáculo polinesio, una de esas fiestas en que los pintados dioses son honrados mediante grandes sueltas de cucuyos lanzados en la noche de las islas, como semillas...

Vertical, una borrosa pantalla pasa ante nosotros, ocultándolo todo, sin otro sonido que el de una guitarra monocorde: vela de junco. El aire es tibio... ¡y tan calmado...!

El paisaje de puntos luminosos cesa de pronto de avanzar hacia nosotros. ¡Alto! Las anclas se hunden con un estrépito ensordecedor de hierros en movimiento. Mañana por la mañana, a las siete, subirá a bordo la policía. Prohibido desembarcar.

La mañana

Los marineros del paquebote transportan nuestro equipaje en la chalupa de la Compañía. Ni un solo culí ha venido a proponer sus servicios. Navegamos a ras del mar, apenas zarandeados por esta agua espesa de laguna. De repente, al doblar un pequeño cabo erizado de chimeneas y de señalizaciones, aparece el barrio comercial: altos edificios situados de perfil respecto al muelle, una franja de Hamburgo o de Londres aplastada por un cono de vegetación intensa y un cielo en el que el aire trasparente tiembla como si saliese de un horno. La chalupa atraca al desembarcadero de la estación, de donde hasta hace poco salía el ferrocarril hacia Cantón.

Los culíes siguen sin aparecer. Según se dice, la Compañía ha rogado a los grandes hoteles europeos que envíen personal... Nadie. Los pasajeros izan con grandes esfuerzos sus baúles, ayudados por los marineros.

Aquí está la calle principal. Límite entre el peñón y el mar, la ciudad, edificada sobre el uno, aferrada al otro, es un creciente en el que esta calle, cortada perpendicularmente por todas las rampas que desembocan en el muelle del Pico, dibuja en bajo relieve una gran palma. De ordinario, toda la actividad de la isla se concentra en ella. Hoy está desierta y silenciosa. De tarde en tarde, muy juntos y recelosos, dos voluntarios ingleses vestidos de boy-scouts se dirigen al mercado para distribuir las verduras o la carne. Ruido de chanclos en la lejanía. Ninguna mujer blanca. Ni un solo automóvil.

Llego ya a los almacenes chinos: joyerías, vendedores de jade, comercios de lujo; encuentro menos casas inglesas; y al trazar la calle un brusco recodo, dejo de verlas. El recodo es doble, y la calle aparece cerrada como un patio. Por todas partes, en todos los pisos, caracteres: negros, rojos, dorados, pintados en tabletas verticales o fijados sobre las puertas, enormes o minúsculos, a la altura de los ojos o suspendidos allá arriba, contra el rectángulo del cielo, me rodean como tina bandada de insectos. Al fondo de grandes agujeros sombríos, limitados por tres paredes, los mercaderes, con grandes blusones, sentados en un mostrador, contemplan la calle. Tan pronto como aparezco, vuelven sus ojillos hacia los objetos colgados del techo desde hace milenios: jibias aporreadas, calamares, pescados, salchichas negras, patos barnizados con color de jamón, o hacia los sacos de grano y las cajas de huevos envueltos en tierra

negra depositados en el suelo. Densos rayos de sol, delgados, cargados de un polvo leonado, caen sobre ellos. Si, tras haberlos rebasado, me doy la vuelta, encuentro su mirada que me sigue, calculadora, plena de odio.

Ante los Bancos chinos, coronados por rótulos dorados y cerrados con rejas, como prisiones o carnicerías, montan la guardia soldados ingleses; de cuando en cuando, oigo el choque de las culatas de sus carabinas contra el asfalto. Símbolo inútil: la tenacidad de los ingleses, que supo conquistar esta ciudad al peñón y a China, carece de fuerza contra la pasividad hostil de trescientos mil chinos resueltos a dejar de ser vencidos. Armas vanas... No es solamente la riqueza, es también el combate lo que se le escapa a Inglaterra.

* * *

Las cuatro. Siesta febril a causa del ventilador que casi no gira porque el funcionamiento de la central eléctrica sólo está asegurado parcialmente. Hace todavía muchísimo calor, y en las calles, del asfalto brillante y que refleja el cielo azul, un calor aún más fuerte que el de la atmósfera sube con el polvo. El subdelegado del Koumintang tiene que entregarme unos documentos. El delegado principal, un báltico, acaba de ser expulsado. Quizá vea al organizador europeo de la huelga, el alemán Klein.

Lo único que sé de ese subdelegado es que se llama Meunier, que fue obrero mecánico en París y sargento ametrallador durante la guerra. Su aspecto, en el umbral de su sencillísima casa colonial, al pie del Pico, me sorprende. Yo pensaba que sería bastante mayor; no representa más de treinta y cinco años. Es un muchacho afeitado, sólido, al que el labio superior muy próximo a la fina nariz, unos ojillos muy vivos y los revueltos mechones de pelo le dan vagamente el aire de un gracioso conejo; cordial, locuaz, visiblemente dichoso de hablar en francés, hundido en su sillón de rota, ante dos altos vasos de menta fresca recubiertos de vaho... Al cabo de diez minutos, está lanzado:

—¡Ay, chico, qué hermoso espectáculo! El dogo de la casa Old England, el auténtico, la personificación de Hong-Kong, se pudre de pie, pasto ya de los gusanos. Has visto las calles, ¿no?, puesto que has llegado esta mañana. No es nada feo. Es bonito incluso. Pero eso no es nada, amigo, eso no es nada. Hay que verlo por dentro para encontrarlo verdaderamente hermoso.

—¿Y qué se ve por dentro?

—Bueno, un montón de cosas. Los precios, por ejemplo. Las casas que valían cinco mil dólares el año pasado, ahora, si se quiere venderlas, hay que pedir mil quinientos.

»La policía no cuenta más que un montón de patrañas. Como cuando hicieron correr el rumor de que habían pescado a Hong. ¡Ja, ja, ja!

—¿No era cierto?

—¡Qué va!

—Pues todo el mundo en Saigón creía...

—¡Bah! Nunca faltan bulos. Hong está en Cantón, bien tranquilo.

—¿Conoces a Borodín?

—Me imagino a Clemenceau parecido a él cuando tenía cuarenta o cuarenta y cinco años. Mucha experiencia. Lo único que se le puede reprochar es que tiene demasiado cariño a los rusos.

—¿Y Garín?

—Últimamente ha hecho algo asombroso: transformar a los huelguistas de Cantón (que viven del subsidio que Borodín y él han logrado que les pague el Gobierno) en agentes activos de propaganda. ¡Un ejército...! Pero empieza a tener cara de cadáver, el buen Garín. Paludismo, disentería... ¡qué sé yo!

—¿Un poco más de menta, eh? No se está mal en un sillón a estas horas... ¡Ah!, ten, guárdate los papelotes; así estarás seguro de no olvidarlos. Ha sido una buena idea la que han tenido los ingleses de asegurar el servicio Hong Kong-Cantón por medio de una tripulación de la flota de guerra. Klein se presentará dentro de un momento. Os vais juntos. Él no tenía que marcharse hasta dentro de unos días, pero lo han localizado y tiene que largarse a toda prisa, a juzgar por los soplos que me han llegado de la

policía. Seguramente, tampoco a mí me queda mucho tiempo...

—¿Estás seguro de que no me registrarán esta noche al salir?

—No hay ningún motivo. Te encuentras de paso y saben que tus papeles están en regla. Saben también que no les vale de nada registrar. De todas maneras, toma tus precauciones, claro. Para conseguir algo, tendrían que enchironarte, y todavía no hay ningún peligro por ese lado. De expulsión, todo lo más.

—Es curioso...

—No, es muy sencillo. Prefieren el *Intelligence Service* y, si es necesario, intervenir a la chita callando.

—Y tienen razón. Al fin y al cabo, su situación es muy especial: legalmente, no están en guerra con China.

—En este momento podrían intentar encontrar algo, pero no tienen tanto interés en conservaros a ti y a Klein. Os encuentran más bien molestos...

—Pero, dime, ¿no conoces a Klein? No, es verdad, acabas de llegar...

Dice la frase en un tono tan especial que le pregunto:

—¿Qué tienes que echarle en cara?

—Es un poco raro... Aunque, como profesional, es realmente bueno. Acabo de verle trabajar, y puedes creerme, ¡sabe muy bien en qué consiste la puesta en marcha sucesiva de huelgas!

A propósito de trabajo, hace poco quería decirte que uno de los momentos en que Garín estuvo verdaderamente a la altura fue al organizar la Escuela de cadetes. Eso sí que ha sido algo serio. Yo le admiro. Hacer un soldado de un chino nunca ha sido cosa fácil. Y de un chino rico, todavía menos. Ha conseguido reclutar un millar de hombres con los que formar los oficiales de un pequeño ejército. En un año serán diez veces más, y entonces no veo qué ejército chino podría oponérseles... El de Chang-tso Lin, quizá... Pero no es demasiado seguro. En cuanto a los ingleses, si pretenden jugar al cuerpo expedicionario (suponiendo que los camaradas de allá abajo sean lo bastante zoquetes para dejarlos salir), vamos a divertirnos...

Reunir a los cadetes no supone nada: él les ha dado títulos, insignias, les ha hecho respetar... Bueno, todo eso podía hacerse. Pero les ha hecho conocer la existencia de ese vicio tan poco conocido en China que se llama coraje. Me inclino ante él; ciertamente, yo no lo hubiera logrado. Ya sé que ha tenido una gran ayuda por parte de Gallen, y sobre todo del comandante de la escuela, Chang-kai Chek. Fue Chang quien reclutó con Garín los primeros mandos serios.

Y, fíjate, lo hizo del mismo modo que los ingleses hicieron esta ciudad: hombre a hombre, coraje a coraje, solicitando, exigiendo, obligando a actuar. Y aquello no debió de ser ninguna broma... Enfrentarse a macacos con la uña del dedo meñique así de larga para conseguir extirparles a sus críos... ¡Me parece estar viéndolo...! Lo que le ayudó fue el envío a Whampoa de un hijo del antiguo virrey. Y luego su propia familia, creo... En fin, está muy bien. Y meter en la cabeza de la gente que los cadetes no son soldados, sino los servidores de la Revolución, también está muy bien. Ya se vieron los resultados el 25 en Shameen.

—¡Pues no fueron tan brillantes...!

—¿Porque no tomaron Shameen? ¿Piensas que querían tomarla?

—¿Tienes informaciones serias sobre eso?

—Las conseguirás allá. Yo creo que la cosa iba dirigida sobre todo contra Cheng-dai. A ése, cada vez se está haciendo más necesario ponerle ante un hecho consumado. Bueno, ya se verá. Lo que está visto es que, cuando las ametralladoras empezaron a tirar sobre los nuestros, la multitud abandonó el campo, como de costumbre, pero hubo unos cuantos tipos que se les echaron encima: los cadetes. Los encontraron a treinta metros de las ametralladoras... en tierra, como es de rigor. Tengo la vaga idea de que a partir de ese día algo ha cambiado en China.

—¿Por qué el ataque de Shameen podría estar dirigido contra Cheng-dai?

—He dicho quizá. Me da la impresión de que ya no nos sentimos muy a gusto juntos y desconfío

particularmente de su amigo, el gobernador Wu-hon Min.

—Gérard se sentía ya inquieto...

—Su popularidad ¿sigue siendo tan grande?

—Parece que ha disminuido mucho últimamente...

—Pero ¿cuál es su función?

—No hay funciones en el Estado. Pero es el jefe de ese batiburrillo de sociedades secretas que forman lo más notorio de la derecha del Kuomintang. Chico, cuando Gandhi, que no tenía ninguna función, ordenó el Hartal, cuando dijo a los hindúes que se declarasen en huelga por primera vez, bueno, dejaron todos el trabajo, pese a la llegada del príncipe de Gales, y el príncipe atravesó Calcuta como si se encontrase en una escuela de sordomudos. Naturalmente, después muchos hindúes perdieron su trabajo y están más o menos muertos de hambre. Pero de todas maneras...

Aquí las fuerzas morales son algo tan cierto, tan seguro, como esta mesa o este sillón...

—Pero Gandhi es un santo.

—Es posible. En realidad, no saben nada. Gandhi es un mito, ésa es la verdad. Cheng-dai también. No se encuentran personas así en Europa.

—¿Y el Gobierno?

—¿El de Cantón?

—Sí.

—Una especie de fiel de balanza que oscila, esforzándose por no caer de Garín y Borodín, que tienen a la policía y los sindicatos, en Cheng-dai, que no tiene nada, pero no por eso es menos real... Amigo, la anarquía se produce cuando el Gobierno es débil, no cuando no existe Gobierno. Además, siempre hay un Gobierno ; cuando la cosa no marcha, hay varios, eso es todo. Garín pretende comprometer hasta el cuello al actual, quiere hacerle promulgar su condenado decreto. ¡Seguro que eso es lo que les da el canguelo a los ingleses! Hong Kong sin barcos que hagan escala, Hong Kong prohibido a los barcos que se dirigen a China, está hecho polvo, reventado. Piénsalo: tan pronto como se trató de eso, en seguida pidieron la intervención militar. ¿Lo ves...? Será muy astuto Garín si lo consigue. Pero la cosa está embarrancada... está embarrancada...

—¿Por qué?

—Bueno... es difícil decirlo. Al Gobierno, ¿comprendes?, le gustaría mucho coexistir con nosotros, incluso por encima de nosotros si fuese posible; tiene miedo de que, si nos sigue demasiado lejos, nos lo traguemos, o los ingleses o nosotros. Si sólo hubiese que luchar contra Hong Kong... Pero el interior... ¡El interior! Gracias a él esperan vencemos... Habrá que ocuparse más a fondo de eso...

Bebemos nuestros grandes vasos de menta en medio de un silencio raro en los trópicos y que ni siquiera turba el parado ventilador. Silencio sin los gritos cantarines de los vendedores ambulantes, sin petardos chinos, sin pájaros, sin cigarras. Un viento muy suave procedente de la bahía separa blandamente las esteras tendidas a través de las ventanas, descubre un triángulo de pared blanca cubierta de lagartos adormecidos y trae el olor de la carretera, donde se recuece el asfalto. De cuando en cuando, única, la llamada de una sirena lejana, solitaria y como ahogada, sube desde el mar...

Klein llega hacia las cinco, visiblemente cansado, y se deja caer de golpe, con las manos sobre las rodillas, en un sillón cuya rota rechina bajo su peso. Es alto, ancho de espaldas, y su rostro, muy particular, me sorprende. Se encuentra a veces su tipo en Inglaterra, pero raramente en Alemania. En esos ojos claros, dominados por espesas cejas, en esa nariz aplastada y en esa formidable línea de la caída boca, prolongada por profundas arrugas que van desde la nariz hasta el mentón, en ese ancho y aplanado rostro, en ese cuello macizo, hay una mezcla de boxeador, de dogo y de carnicero. Sin duda en Europa su piel era muy roja, porque sus mejillas presentan señales de acné; aquí es oscura, como la de todos los europeos. Se expresa primero en francés, con un marcado acento de Alemania del Norte, que da a su voz un poco ronca un tono cantarín, casi belga, pero, extremadamente fatigado, le cuesta mucho trabajo expresarse y pronto toma el partido de hablar en alemán. De vez en cuando, Meunier resumen en francés su conversación:

La huelga general de Cantón, destinada a fortalecer el poder de los jefes de la izquierda, a debilitar la capacidad de los moderados y, al mismo tiempo, a herir en el propio Cantón, a través de los ricos comerciantes opuestos al Kuomintang y que comercian con los ingleses, la fuente principal de la riqueza de Hong Kong, lleva ya diez días de duración. Borodín y Garín se ven obligados a sostener cincuenta mil hombres con los fondos de huelga, es decir, con los impuestos recaudados en Cantón y los fondos enviados por los innumerables chinos revolucionarios de las «colonias». La orden de huelga en Hong Kong, haciendo cesar el trabajo de más de cien mil obreros, obliga al Gobierno cantonés a conceder un salario de huelga a un número tan grande de trabajadores que los fondos destinados a esos salarios estarán agotados en pocos días; ya no se pagan los subsidios a los peones. Sin embargo, en esta ciudad, donde hasta ahora la policía secreta inglesa se ha mostrado impotente para destruir las organizaciones cantonesas, la policía de las calles, augurada por voluntarios armados con metralletas, es demasiado fuerte para permitir el triunfo de un tumulto. Los movimientos de violencia que se han producido estos últimos días se han limitado a simples peleas. Los obreros tendrán, pues, que reintegrarse al trabajo... que es lo que esperan los ingleses.

Garín, que está actualmente encargado de la dirección general de la Propaganda, no ignora, lo mismo que Borodín, hasta qué punto es crítico el momento, hasta qué punto esta huelga colosal, a pesar de su potencia que deja estupefactos a los blancos de Extremo Oriente, amenaza con hundirse. Ninguno de ellos puede actuar más que a título de consejero, y ambos se enfrentan a la oposición formal del Comité soberano a decretar las medidas con que ellos contaban. Cheng- dai emplea toda su influencia, dice Klein, para impedirles actuar. Por otra parte, el movimiento anarquista se desarrolla de la forma más peligrosa —lo que era fácil de prever— y se han iniciado en el mismo Cantón una serie de atentados terroristas. En fin, el viejo enemigo del Kuomintang, el general Cheng-tiung Ming (gracias a las subvenciones de los ingleses), está reclutando un nuevo ejército para marchar sobre la ciudad.

* * *

Nuestro barco ha zarpado.

Ya sólo veo de la isla una silueta en la que están clavadas innumerables lucecillas y que disminuye lentamente, negra contra el cielo sin fuerza. Las inmensas figuras publicitarias se recortan por encima de las casas. Publicidad de las mayores sociedades inglesas que, hace sólo un mes, dominaban la ciudad con todos sus globos encendidos. La electricidad, que se ha hecho preciosa, ya no las anima, y los colores con que están pintadas desaparecen en la oscuridad. Un brusco viraje las sustituye de pronto por un lienzo desnudo de la costa montañosa de China, arcilloso y corroído por una hierba corta, cuyas manchas desaparecen ya en la noche acribillada de mosquitos, como hace tres mil años. Y la oscuridad remplaza esta isla roída por tarazas inteligentes, que le dejan su aspecto imperial, pero que sólo le permiten izar hacia el cielo, símbolos extintos de sus riquezas, grandes signos negros...

* * *

El silencio. El silencio absoluto, y las estrellas. Pasan juncos, un poco por debajo de nosotros, impulsados por la corriente que remontamos, sin un sonido, sin un rostro. No hay ya nada terrestre en estas montañas desdibujadas que nos rodean, en esta agua silenciosa y sin chapoteos, en este río muerto que se hunde en la noche como un ciego; nada humano en estas barcas con que nos cruzamos, a excepción tal vez de las linternas que lucen a popa, tan débilmente que casi no se reflejan...

«...El olor no es el mismo...»

La noche ha caído por completo. Klein está a mi lado. Habla en francés, casi en voz baja:

—No es el mismo... ¿Has viajado alguna vez de noche por un río? En Europa, quiero decir.

—Sí...

—¡Qué distinto es, verdad, qué distinto es...! Allá el silencio de la noche es la paz... Aquí, se esperan disparos de ametralladora, ¿no?

Es cierto. Es una noche de tregua; se adivina que ese silencio está pleno de armas. Klein me señala unas hogueras temblorosas, casi imperceptibles:

—Son los nuestros...

Sigue hablando muy bajo, en tono confidencial.

—No se ve nada por aquí: ya no encienden las luces... Mira. En el banco. Como en exposición.

Detrás de nosotros, en el puente, una decena de jóvenes europeos, cuyas compañías poseen sucursales en Shameen y que van a ayudar a los voluntarios, sentados en semicírculo en tomo a dos muchachas, enviadas, según se dice, por un periódico (¿o por la policía?), las asedian con anécdotas: «...habían encargado a Moscú un ataúd de cristal semejante al de Lenin, pero los rusos le mandaron uno de vidrio... (se trata de Sun-yat Sen, sin duda). Otra vez...».

Klein se encoge de hombros.

—Son sólo unos idiotas...

Apoya la mano en mi brazo y me mira:

—¿Sabes? Durante la Comuna de París, detienen a un tío gordo. Entonces él grita: «¡Pero, señores, si yo nunca me he metido en política!» «Precisamente por eso», le responde un tipo despabilado. Y le parte la cabeza.

—¿Adonde quieres ir a parar con eso?

—A que no deben ser siempre los mismos los que sufran. Me acuerdo de una fiesta, hace tiempo. Yo miraba a aquellos... seres que se parecían a éstos. ¡Ah!

Unas cuantas balas de revólver para partirles ese... no sé cómo llamarle... ¡esa sonrisa! ¡El aire de las jetas de toda esa gente que nunca ha dejado de jamar! Sí, hacer saber a esos tipos que existe una cosa que se llama vida humana. Es raro, *ein Mensch*... ¡un hombre, vamos!

Me cuido bien de no responder. ¿Habla por simpatía o por necesidad? Su voz baja carece de timbre, y el fino acompañamiento de los mosquitos la hace casi ronca. Sus manos tiemblan: hace tres días que no duerme. Está semiebrio de fatiga.

En la popa, separados de nosotros por una reja que guardan, carabina al brazo, dos soldados hindúes con turbante, los pasajeros chinos juegan y fuman en silencio. Klein, que se ha vuelto, contempla los gruesos barrotes de la reja.

—¿Sabes cómo se soportan en prisión las pruebas más... abominables? ¿O las más abyectas...? Yo pensaba continuamente en que envenenaría a la ciudad. Podía hacerlo. Podría llegar a los depósitos, después de mi liberación. Sabía que podría conseguir grandes cantidades de cianuro... por medio de un amigo... electricista... Cuando sufría demasiado, pensaba en los medios que emplearía, me imaginaba la cosa... En seguida me sentía mejor. El condenado, el epiléptico, el sifilítico, el mutilado no son como los demás. Esos que no *pueden* aceptar...

Una polea que acaba de caer sobre el puente y que resuena todavía le ha sobresaltado. Recobra la respiración y continúa amargamente:

—Estoy demasiado nervioso esta noche... ¡Verdaderamente reventado!

El recuerdo de esas cosas no desaparece nunca. Con frecuencia, en el fondo de la miseria hay un hombre... Habría que conservar a ese hombre una vez que la miseria está vencida... es difícil...

¿Qué es la Revolución para ellos, para todo el mundo? La *stimmung* de la Revolución —¡tan importante!— ¿qué es? Yo te lo diré: no lo sabe nadie. Pero ocurre así en primer lugar porque hay demasiada miseria, no sólo falta de dinero, sino... y siempre, que hay la gente rica que vive y los demás, que no viven...

Su voz se ha hecho más firme; tiene los dos codos sólidamente apoyados en la borda, aún caliente, y acompaña el final de su frase con un movimiento hacia adelante de sus amplios hombros, como otros hubieran golpeado con el puño:

—¡Aquí las cosas han cambiado! Cuando los comerciantes voluntarios intentaron restaurar la antigua situación, su barrio ardió durante tres días. Las mujeres corrían con sus piececitos como pingüinos.

Se detiene un instante, con la mirada perdida. Después dice:

—Y todo eso es siempre tan imbécil... Los muertos, los de Munich, los de Odesa... Tantos otros... Siempre tan imbécil...

Pronuncia «imbbécil», con asco.

—Están allí como conejos, o como en las imágenes. No es trágico, no... Es imbbécil... Sobre todo cuando llevan bigote. Hay que decirse que son verdaderos hombres muertos... Uno no llega a creerlo...

Se calla de nuevo, con todo el cuerpo apoyado sobre la borda, derrumbado. Los mosquitos y los insectos son cada vez más numerosos en torno a las luces veladas del puente. Se adivinan, sin verlos, las orillas y el río de sombra, donde sólo centellean los reflejos de nuestras bombillas eléctricas, fijadas al barco. Ahora, aquí y allá, altas formas manchan borrosamente el cielo nocturno: redes izadas de pescadores, tal vez...

—¿Klein?

—*Was*? ¿Qué?

—¿Por qué no te acuestas?

—Demasiado cansado. Hace demasiado calor abajo...

Voy a buscar una hamaca y la armo a su lado. Se echa lentamente en ella, sin una palabra, inclina la cabeza sobre un hombro y se queda inmóvil, sumido en el sueño o en el embotamiento. Salvo el oficial de guardia, los centinelas hindúes y yo, todo el mundo está acostado; los chinos, del otro lado de la reja, sobre sus baúles; los blancos, en hamacas o en sus cabinas. Cuando disminuye el ruido de las máquinas, no se oye más que a algunos durmientes que roncan y a un chino viejo que tose, tose, presa de ataques interminables porque los *boys* han encendido por todas partes los bastoncillos de incienso que alejan a los mosquitos.

* * *

Me refugio en mi cabina. Pero allí me persigue el embotamiento del mal sueño: dolor de cabeza, cansancio, escalofríos... Me lavo al chorro del agua (no sin trabajo: los grifos son minúsculos), pongo el ventilador en marcha, abro el ojo de buey.

Sentado en la colchoneta, aburrido, saco de los bolsillos, uno a uno, los papeles que guardo en ellos. Reclamos de medicamentos tropicales, viejas cartas, papel en blanco impreso con la pequeña bandera tricolor de las *Messageries Maritimes*... Tras desgarrarlo todo con una minuciosidad de borracho, lo echo al río por el ojo de buey. En otro bolsillo, cartas antiguas de ese al que ellos llaman Garín. No he querido dejarlas en la maleta por prudencia... ¿Y esto? Es la lista de los papeles que me ha confiado Meunier. Veamos. Hay un buen montón de cosas... Pero hay dos que Meunier ha puesto aparte en la misma lista. La primera es la copia de una nota del *Intelligence Service* relativa a Cheng-dai, con anotaciones de nuestros agentes. La segunda reproduce una de las fichas de la policía de Hong Kong concerniente a Garín.

Tras cerrar la puerta con llave y correr el cerrojo, saco del bolsillo de la camisa el grueso sobre que me ha entregado Meunier. La pieza que busco está colocada la última. Es larga y está cifrada. En lo alto de la página: *transmitido con urgencia*. Por lo demás, la clave va adjunta.

Empujado por la curiosidad e incluso por una cierta inquietud, comienzo a transcribir. ¿Qué es hoy ese hombre del que he sido amigo durante años? Hace cinco años que no le veo. En el curso de este viaje no ha habido un día que no lo haya impuesto a mi recuerdo, fuese porque me hablaban de él, fuese porque su acción se hacía sensible en los radios que recibíamos... Me lo imagino tal como lo vi en Marsella durante nuestra última entrevista, pero con un rostro formado por la fusión de sus rostros nuevos; grandes ojos grises, duros, casi sin pestañas, una nariz delgada y ligeramente curva (su madre era judía) y, sobre todo, excavadas en las mejillas, esas dos arrugas finas y netas que hacen caer las comisuras de los delgados labios, como en tantos bustos romanos. No son esos rasgos, a la vez agudos y marcados, los que animan su rostro, sino la boca de labios sin blandura, de labios tensos ligados a los movimientos de la mandíbula, un poco demasiado fuerte; la boca enérgica, nerviosa...

En el estado de fatiga en que me encuentro, las frases que traduzco con lentitud ponen en orden mis recuerdos, que se agrupan tras ellas. La voz domina. Esta noche, hay algo en mí del borracho que

prosigue su sueño...

Fierre Garín, conocido por Garín o Harín. Nacido en Ginebra el 5 de noviembre de 1892, de Maurice Garín, súbdito suizo, y de Sophia Alexandrovna Mirski, rusa, su esposa.

Su fecha de nacimiento es 1894... ¿Se pondrá años?

Anarquista militante. Condenado por complicidad en un asunto anarquista en París, en 1914.

No. Nunca fue «anarquista militante». En 1914 —a los veinte años—, todavía bajo la influencia de los estudios de Letras que acababa de terminar y de los que no quedaban en él más que la revelación de grandes existencias opuestas («¿qué libros valen la pena de ser escritos, a excepción de las *Memorias?*»), era indiferente a los sistemas, decidido a escoger el que las circunstancias le impusieran. Lo que buscaba entre los anarquistas y los socialistas extremistas, a pesar del gran número de confidentes de la policía que sabía que encontraría entre los primeros, era la esperanza de un tiempo de perturbaciones. Yo le oí varias veces al regreso de alguna reunión (a la que —ingenuidad— había acudido tocado con una gorra de Barclay) hablar con una ironía despreciativa de los hombres a los que acababa de ver y que pretendían trabajar por la dicha de la humanidad. «Esos cretinos pretenden tener razón. En este caso no hay más que una razón que no sea una parodia: el empleo más eficaz de su fuerza.» La idea estaba entonces de moda y se acordaba con el juego de su imaginación, completamente ocupada por Saint-Just.

Se le creía generalmente ambicioso. La ambición sólo es real en aquellos a los que posee y que toman conciencia de ella bajo la forma de actos que se han de cumplir; él era aún incapaz de desear nuevas conquistas, de prepararlas, de confundir su vida con ellas; ni su carácter ni su inteligencia se prestaban a las condiciones necesarias. Pero sentía en sí mismo, tenaz, constante, la necesidad de poder. «No es tanto el alma lo que hace al jefe, sino la conquista», me dijo un día.

Y añadió con ironía: «¡Desgraciadamente!» Y unos días más tarde (estaba leyendo entonces el Memorial): «Sobre todo, es la conquista lo que mantiene el alma del jefe. Napoleón llegó a decir en Santa Elena: “A pesar de todo, ¡vaya novela mi vida...!” El genio también se pudre...»

Sabía que la vocación que le empujaba no era en modo alguno la que brilla un instante, entre muchas otras, a través del espíritu de los adolescentes, ya que a él le abandonaba su vida, ya que aceptaba todos los riesgos que ésta implicaba. Del poder, no deseaba ni dinero, ni consideración, ni respeto; nada más que el poder en sí mismo. Si, impulsado por una necesidad pueril de ensoñación, soñaba con él, era de manera casi física. Nada de «historias»; una especie de crispación, de fuerza tensa, de espera. La imagen ridícula del animal acurrucado, presto a saltar, le obsesionaba.

Y terminaba por considerar el ejercicio del poder como un alivio, como una liberación.

Contaba con jugarse a sí mismo. Valeroso, sabía que toda pérdida está limitada por la muerte, de la que su extremada juventud le permitía preocuparse poco; en cuanto a la posible ganancia, no la imaginaba todavía bajo una forma precisa. Poco a poco, las confusas esperanzas de la adolescencia iban siendo sustituidas por una voluntad lúcida, sin dominar todavía un carácter cuyo distintivo seguía siendo la violencia dentro de esa ligereza que da, a los veinte años, el sólo conocimiento de lo abstracto.

Pero pronto iba a entrar en contacto con la vida de manera brutal; una mañana, en Lausana, recibí una carta en la que uno de nuestros compañeros me informaba de que Pierre había sido inculpado en un caso de aborto; y dos días más tarde, una carta suya, en la que encontré algunos detalles.

Si bien la propaganda en favor del maltusianismo era activa en las sociedades anarquistas, las comadronas que aceptaban por convicción provocar el aborto eran muy escasas, y había que recurrir a un compromiso: provocaban el aborto «por la causa», pero cobraban por hacerlo. En muchas ocasiones, medio por convicción, medio por vanidad, Pierre había proporcionado las sumas que las muchachas pobres no hubiesen conseguido por sí solas. Disponía de la fortuna heredada de su madre, *lo* que omite el informe de la policía; se sabía que bastaba con dirigirse a él; se le solicitaba a menudo. A consecuencia de una denuncia, se detuvo a varias comadronas, y él fue acusado de complicidad.

Su primer *sentimiento* fue la estupefacción. No ignoraba la ilegalidad de lo que hacía, pero lo grotesco de un juicio en la Audiencia de lo criminal aplicado a tal actividad lo dejó perplejo. Por lo demás, no conseguía darse cuenta de lo que podía significar un juicio semejante. Yo lo veía entonces con frecuencia, porque le habían dejado en libertad provisional. Las confrontaciones no tenían para él ningún interés: no negaba nada. En cuanto a la instrucción, llevada por un juez barbudo, indiferente y preocupado ante todo por reducir los hechos a una especie de alegoría jurídica, le parecía una lucha contra un autómata

de mediocre dialéctica.

Un día dijo a ese juez que acababa de formularle una pregunta: «¿Y eso qué importa?» «¡Ah! —respondió el juez—, tiene su importancia para la aplicación de la pena...» Esa respuesta le turbó. La idea de una condena real todavía no se había impuesto a su espíritu. Y aunque fuese valeroso y despreciase a los que tenían que juzgarle, se preocupó de hacer intervenir en su favor ante ellos a todos aquellos a los que pudo llegar: jugar su vida a esta carta sucia, ridícula, que no había elegido, le resultaba intolerable.

Retenido en Lausana, no pude asistir a las sesiones.

Durante toda la duración del proceso, tuvo la impresión de un espectáculo irreal; no de un sueño, sino de una comedia extraña, un poco innoble y completamente lunática. Sólo el teatro puede dar en la misma medida que la Audiencia de lo criminal una impresión de cosa convencional. El texto del juramento exigido a los jurados, leído por el presidente con una voz de maestro de escuela cansado, le sorprendió por su efecto sobre aquellos doce plácidos comerciantes, de repente emocionados, visiblemente deseosos de mostrarse justos, de no equivocarse y preparándose a juzgar con aplicación. La idea de que quizá no comprendiesen nada de los hechos que iban a juzgar no les turbaba ni por un instante. La seguridad con que algunos testigos declaraban, la vacilación de otros, la actitud del presidente cuando interrogaba (la de un técnico en una reunión de ignorantes), la hostilidad con que se dirigía a ciertos testigos de la defensa, todo demostraba a Pierre la escasa relación entre los hechos que se juzgaban y esta ceremonia. Al principio, se mostró intensamente interesado: el juego de la defensa le apasionaba. Pero se cansó, y mientras se oía a los últimos testigos, pensaba sonriendo: «Evidentemente, juzgar es no comprender; puesto que, si se comprendiese, no se podría juzgar.» Y los esfuerzos del presidente y el fiscal por volver a la noción, común y familiar a los jurados, de un crimen, la sucesión de los acontecimientos, le parecieron tan propios de una parodia que por un momento se echó a reír. Pero la justicia era tan fuerte en esta sala, los magistrados, los gendarmes, la muchedumbre estaban tan unidos en un mismo sentimiento que la indignación no encontraba ningún lugar. Olvidada la sonrisa, Pierre encontró ese mismo sentimiento de desolada impotencia, de desprecio y de asco que se experimenta ante una multitud fanática, ante todas las grandes manifestaciones del absurdo humano.

Su papel de comparsa le irritaba. Tenía la impresión de haberse convertido en un figurante, impulsado por una cierta necesidad, en un drama de una psicología excepcionalmente falsa y aceptada por un público estúpido; asqueado, aburrido, habiendo perdido hasta el deseo de decir a esa gente que se equivocaba, esperaba con una impaciencia entremezclada de indignación el final de la obra que le libraría de su carga.

Únicamente cuando se encontraba solo en su celda (en la que había sido encarcelado la antevíspera de la iniciación de las sesiones) se le imponía el carácter de dichas sesiones. Entonces comprendía que se trataba de un juicio, que su libertad estaba en juego; que toda esa vana comedia podía terminar con su condena, por un tiempo indeterminado, a esta vida humillante y larvaria. La prisión le conmovía menos desde que la conocía ; pero la perspectiva de un tiempo bastante prolongado pasado así, pese a la esperanza de aportar a su suerte algún alivio, no dejaba de hacer surgir en él una inquietud tanto más abrumadora cuanto más desarmado se sentía.

Condenado a seis meses de prisión.

No exageremos. Un telegrama de Pierre me hizo saber que le había sido concedida la suspensión de la sentencia.

Esta es la carta que me envió:

No considero a la sociedad como mala, como susceptible de ser mejorada; la considero como absurda. Es algo muy distinto. Si he hecho cuanto estaba en mi mano por ser declarado inocente por esos estúpidos o, al menos, por permanecer en libertad, es porque tengo de mi destino —no de mí mismo, sino de mi destino— una idea que no puede aceptar la prisión por ese motivo grotesco.

Absurda. Con eso no quiero significar de ningún modo desrazonable. No me interesa que transformen esta sociedad. No es la ausencia de justicia en ella lo que me afecta, sino algo más profundo, la imposibilidad de prestar mi adhesión a una forma social, cualquiera que sea. Soy asocial como soy ateo, y de la misma manera. Todo esto no tendría importancia si yo fuese un estudioso; pero sé que a todo lo largo de mi vida encontraré a mi lado el orden social y que nunca podré aceptarlo sin renunciar a todo lo que soy.

Y poco tiempo después: «Hay una pasión más profunda que las demás, una pasión para la cual los objetos que se han de conquistar no significan ya nada. Una pasión perfectamente desesperada... Uno de los más poderosos sostenes de la fuerza.

Enviado a la Legión extranjera del ejército francés en agosto de 1914, deserta a finales de 1915.

Falso. No fue enviado a la Legión, se enroló en ella. Le pareció imposible asistir a la guerra como espectador. El origen del conflicto, lejano, le era indiferente. La entrada de las tropas alemanas en Bélgica le pareció el testimonio de un sentido lúcido de la guerra; y si escogió la Legión fue solamente a causa de la facilidad que encontró para entrar en ella. De la guerra, esperaba combates. Halló la inmovilidad de millones de hombres pasivos en medio del estrépito. La intención de abandonar el ejército, que incubó durante largo tiempo en su interior, se convirtió en resolución un día en que distribuyeron nuevas armas para efectuar una limpieza de trincheras. Hasta entonces, los legionarios habían recibido, cuando se presentaba el caso, cortos puñales, que parecían todavía armas de guerra; aquel día recibieron cuchillos nuevos, con mangos de madera de color castaño, de ancha hoja, que se parecían de manera innoble y terrible a cuchillos de cocina...

No sé cómo consiguió marcharse y llegar a Suiza; pero esta vez actuó con una gran prudencia, porque fue dado por desaparecido. (Por eso leo con extrañeza esa mención de deserción en la nota inglesa. Cierto que actualmente no hay ninguna razón para mantenerla secreta...)

Pierde su fortuna en diversas especulaciones financieras.

Siempre fue jugador.

Dirige en Zurich, gracias a su conocimiento de lenguas extranjeras, una editorial pacifista. Allí entra en relación con revolucionarios rusos.

Hijo de un suizo y de una rusa, hablaba el alemán, el francés, el ruso y el inglés, que había aprendido en el colegio. No dirigió una editorial, sino la sección de traducciones de una sociedad cuyas ediciones no eran, por principio, pacifistas.

Como dice el informe de la policía, tuvo ocasión de frecuentar a algunos jóvenes del grupo bolchevique. Pronto comprendió que esta vez se encontraba, no ante predicadores, sino ante técnicos. El grupo era poco acogedor. Sólo el recuerdo de su proceso que, en este medio, no había sido aún olvidado, le permitió no ser recibido como un importuno; pero, al no estar vinculado a su acción (no había querido ser miembro del partido, sabiendo que sería incapaz de soportar la disciplina y no creyendo en la proximidad de una revolución), no tuvo nunca con sus miembros más que relaciones de camaradería. Los jóvenes le interesaban más que los jefes, de los que únicamente conocía los discursos, esos discursos pronunciados en tono de conversación, en pequeños cafés llenos de humo, ante una veintena de camaradas desplomados sobre las mesas y en los que sólo el rostro demostraba su atención. No vio jamás a Lenin. Si la técnica y el gusto por la insurrección de los bolcheviques le seducían, el vocabulario doctrinal y sobre todo el dogmatismo de que estaban atiborrados le exasperaban. A decir verdad, pertenecía a ese tipo de personas para quienes el espíritu revolucionario no puede nacer más que de la revolución que comienza, para quienes la Revolución es, ante todo, un estado de cosas.

Cuando sobrevino la Revolución rusa, quedó estupefacto. Uno a uno, sus camaradas abandonaron Zurich, prometiendo proporcionarle los medios de marchar a Rusia. Ir allí le parecía a la vez necesario y justo; y cada vez que uno de sus camaradas partía, le acompañaba sin envidia, pero con el oscuro sentimiento de una expoliación.

Este viaje a Rusia lo deseó con pasión a partir de la Revolución de octubre; escribió; pero los jefes del partido tenían otras cosas que hacer que responder a cartas procedentes de Suiza y recurrir a aficionados. Él lo soportaba con una rabia sorda. Me escribía: «Dios sabe bien que he visto hombres apasionados, hombres poseídos por una idea, hombres apegados a sus crios, a su dinero, a sus amantes, incluso a su esperanza, como lo están a sus miembros, intoxicados, obsesionados, olvidándolo todo, defendiendo el objeto de su pasión o corriendo tras él... Si dijese que quería un millón, se pensaría que soy un hombre ambicioso; si cien, que soy un quimerista, pero tal vez fuerte; y si digo que considero mi juventud como la carta sobre la que apuesto, parece que me toman por un desdichado visionario. Y, créeme, ese día juego como jugaría un pobre tipo en Montecarlo la partida al acabar la cual se matará si pierde. Si pudiese hacer trampas, las haría. Tener un corazón de hombre y no darse cuenta de que uno le está

explicando eso a una mujer a la que le importa un pimiento es cosa normal. Uno se puede equivocar en eso tanto como se quiera. Pero no es posible equivocarse en el juego de la vida; parece que es sencillo, y que fijar un pensamiento resuelto sobre el propio destino es menos sensato que fijarlo sobre las preocupaciones de cada día, sobre las esperanzas o los sueños... Y yo sabré dirigir mi búsqueda: me bastará con encontrar el precio del primer pasaje, que tan imbécilmente he malgastado...»

Enviado a Cantón, a finales de 1918, por la Internacional.

Idiota. Él había conocido en el liceo a uno de mis compañeros, Lambert, mucho mayor que nosotros, cuyos padres, funcionarios franceses, habían sido amigos de los míos, comerciantes en Haifong. Como casi todos los niños europeos de esta ciudad, Lambert había sido criado por una nodriza cantonesa y, por lo tanto, hablaba el dialecto, igual que yo. Había regresado a Tonkín a principios de 1914. Pronto asqueado de la vida colonial, se había marchado a China, donde se había convertido en uno de los colaboradores de Sun-yat Sen, y no se había reincorporado a su regimiento al estallar la guerra. Había mantenido una ininterrumpida correspondencia con Pierre; hacía tiempo que le prometía proporcionarle los medios para venir a Cantón. Y Pierre, aunque no estuviera muy convencido del valor de esta promesa, estudiaba los caracteres chinos, no sin desaliento. Un día, en junio de 1918, recibió una carta en la que Lambert le escribía: «Si estás decidido a dejar Europa, dímelo. Puedo reclamarte: ochocientos dólares al mes.» Respondió inmediatamente. Y a finales de noviembre, una vez firmado el armisticio, recibió una nueva carta que contenía un cheque de un banco de Marsella y cuya suma era un poco superior al precio del pasaje.

Yo disponía entonces de algún dinero. Le acompañé a Marsella.

Jomada de lento vagabundeo a través de la ciudad. Atmósfera mediterránea, donde todo trabajo parece un don, calles iluminadas por un pálido sol de invierno y salpicadas por los capotes azules de los soldados todavía no desmovilizados... Los rasgos de su rostro han cambiado poco: las huellas de la guerra se descubren sobre todo en las mejillas, ahora adelgazadas, tensas, surcadas por pequeñas arrugas verticales y que acentúan el brillo duro de los ojos grises, la curva de la delgada boca y la profundidad de las arrugas que la prolongan.

Por largo tiempo, caminamos charlando. Un solo sentimiento le domina, la impaciencia. Aunque la oculta, se desliza bajo todos sus gestos y se expresa involuntariamente en el ritmo cortado de sus palabras.

—¿Tú comprendes verdaderamente lo que puede ser el remordimiento? —pregunta de repente.

Me detengo, atónito.

—Un verdadero remordimiento; no un sentimiento libresco o teatral; un sentimiento contra sí mismo... contra sí mismo en otra época.

—Un sentimiento que no puede nacer sino de un acto grave... y los actos graves no se cometen por azar...

—Eso depende.

—No. Para un hombre que ha terminado con las experiencias de la adolescencia, padecer un remordimiento no puede ser otra cosa que no saber aprovechar una enseñanza...

Y al comprobar mi sorpresa:

—Te digo esto a propósito de los rusos.

En efecto, acabamos de pasar ante el escaparate de una librería dedicado a los novelistas rusos.

—Hay un fallo en lo que escribieron, y ese fallo es algo semejante al remordimiento. Todos esos escritores tienen el defecto de no haber matado a nadie. Si sus personajes sufren después de matar, es porque el mundo casi no ha cambiado para ellos. Digo casi. En la realidad, creo que verían el mundo transformarse completamente, cambiar sus perspectivas, convertirse no en el mundo de un hombre que «ha cometido un crimen», sino en el de un hombre que ha matado. Yo no puedo creer en la verdad de ese mundo que no se transforma —digamos que no se transforma lo bastante, si tú quieres—. Para un asesino, no hay crímenes, no hay más que asesinatos... si es una persona lúcida, claro.

—Una idea que puede llevar lejos, si se extiende un poco...

Y tras un silencio, continúa:

—Por muy harto de sí mismo que se esté, nunca se está tanto como se dice. Aferrarse a una gran acción cualquiera y no soltarla, estar obsesionado por ella, intoxicado por ella, es quizá...

Pero se encoge de hombros y deja inacabada la frase.

—¡Lástima que no tengas fe! Habrías sido un misionero admi...

—¡No! En primer lugar porque las cosas a las que llamo bajezas no me humillan. Forman parte del hombre. Las acepto como acepto sentir frío en invierno. No deseo someterlas a una ley. Y hubiera sido un mal misionero por otra razón: no tengo ningún amor por los hombres. No tengo amor siquiera por los pobres, por el pueblo, por esos por los que voy a combatir, en suma...

—Los prefieres a los otros, lo que viene a ser lo mismo.

—¡De ningún modo!

—¿De ningún modo qué? ¿Que no los prefieres o que no es lo mismo?

—Los prefiero, pero únicamente porque son los vencidos. Sí, en conjunto, tienen más corazón, más humanidad que los otros: virtudes de vencidos... Lo que es bien seguro es que siento un odio asqueado por la burguesía de la que procedo. Pero en lo que respecta a los otros, sé muy bien que se volverán abyectos tan pronto como hayamos triunfado juntos... Lo único que tenemos en común es esta lucha, y eso está mucho más claro...

—Entonces ¿por qué vas?

Esta vez es él quien se detiene.

—¿Es que te has vuelto idiota?

—Me extrañaría. La gente se hubiera dado cuenta.

—Voy porque no tengo ganas de volver a hacer el imbécil ante un tribunal, por una razón seria esta vez. Mi vida no me interesa. Es claro, es neto, es formal.

Quiero —¿lo entiendes?— una cierta forma de poder; o lo consigo o peor para mí.

—¿Peor si falla?

—Si falla, volveré a comenzar, allí o en otra parte.

Y si me matan, se acaba la cuestión.

Su equipaje se encontraba ya a bordo. Nos estrechamos fuertemente la mano, y él se marchó al bar, donde se puso a leer, solo, sin conseguir que le sirviesen. En el muelle, cantaban unos jóvenes mendigos italianos, y sus canciones me acompañaron, mientras me alejaba, con el olor a pintura del paquebote recientemente repintado.

Reclutado por Sun-yat Sen con el título de «consejero jurídico», con el sueldo de ochocientos dólares mensuales; encargado, tras nuestra negativa de proporcionar técnicos al Gobierno de Cantón, de la reorganización y la dirección de Propaganda (su puesto actual).

En efecto, al llegar a Cantón, se había enterado con gran placer de que cobraría ochocientos dólares mexicanos al mes. Pero al cabo de tres meses comprendió que el sueldo de los militares y civiles que trabajaban para el Gobierno de Sun-yat Sen era muy incierto. Todos vivían de la concusión y las «combinas». Concediendo carnets de agente secreto a los importadores de opio, puestos así al abrigo de las diversas policías, Garín ganó en siete meses unos centenares de miles en francos-oro. Eso le permitió perder el temor a verse sorprendido por alguna dificultad. Y tres meses más tarde, Lambert abandonó Cantón, dejándole la dirección de Propaganda, que no era entonces más que una caricatura.

Al no tener ya que padecer la precariedad de una posición que se había hecho sólida, Pierre quiso transformar Propaganda y hacer de un departamento de ópera bufa un arma. Instituyó un control serio de los fondos que le estaban confiados y exigió lealtad de sus subordinados. Tuvo que remplazados a casi todos. Pero los nuevos funcionarios, a pesar de las promesas de Sun-yat Sen, que seguía su esfuerzo con curiosidad, no fueron pagados y, durante meses, Pierre tuvo que ocuparse a diario de buscar los medios para pagar a sus agentes. Anexionó a Propaganda la policía política. Consiguió también el control de las

policías urbana y secreta. Y con la mayor indiferencia por los decretos, aseguró, mediante tasas clandestinas impuestas a los importadores de opio, a los encargados de casas de juego y de prostitución, la existencia de Propaganda. Por eso el informe de la policía dice:

Individuo enérgico, pero sin moralidad.

(Eso de la moralidad me entusiasma.)

Ha sabido elegir colaboradores hábiles, todos ellos al servicio de la Internacional.

La verdad es más complicada. A sabiendas de que estaba forjando entre sus manos el instrumento con el que había soñado durante tanto tiempo, puso todo su empeño en evitar su destrucción. No ignoraba que, llegado el caso, a pesar de su afabilidad, Sun no vacilaría en abandonarle. Actuó con la menor violencia posible, pero con tenacidad. Se rodeó de jóvenes del Kuomintang, inhábiles pero fanáticos, a los que consiguió instruir, auxiliado por un número sin cesar creciente de agentes rusos, que el hambre había echado de Siberia y de China del Norte. Antes del encuentro de Sunt-yat Sen y Borodín en Shanghai, la Internacional de Moscú había hecho prevenir a Pierre, recordándole las conversaciones de Zurich. Le había encontrado decidido a servirla: sólo ella parecía disponer de los medios necesarios para dar a la provincia de Cantón la organización revolucionaria que él deseaba y para remplazar las veleidades chinas por una voluntad perseverante. Por eso aprovechó la escasa influencia que tenía sobre Sun-yat Sen para acercarlo a Rusia y se encontró de una manera absolutamente natural como el colaborador de Borodín cuando éste se presentó en Cantón.

Durante los primeros meses que siguieron a la llegada de Borodín, comprendí, por el tono de las cartas de Pierre, que se preparaba —al fin— una acción poderosa; después las cartas se hicieron más raras, y me enteré con gran sorpresa de que «el ridículo y pequeño Gobierno de Cantón» se oponía a Inglaterra y soñaba con reconstituir la unidad de China.

Cuando, tras haberse arruinado, Pierre me dio la oportunidad de venir a Cantón, como Lambert se la había dado a él seis años antes, los únicos conocimientos que yo tenía de la lucha de Hong Kong contra Cantón provenían de los radios de Extremo Oriente; y las primeras instrucciones que recibí me fueron dadas en Ceilán por un delegado del Kuomintang de Colombo, durante la escala. Llovía como llueve en los trópicos; mientras escuchaba al viejo cantonés, el auto en que estábamos sentados corría bajo las nubes bajas; el parabrisas empañado hacía saltar al paso, crujiendo, las palmas chorreantes. Tenía que esforzarme para persuadirme de que las palabras que oía expresaban realidades, luchas, muertes, angustia... De regreso a bordo, en el bar, extrañado aún por la palabrería del chino, tuve la curiosidad de releer las últimas cartas de Pierre, cuyo papel de jefe comenzaba a hacerse real para mí. Y esas cartas que están ahora ahí, sobre la cama, abiertas, hacen entrar en esta cabina blanca, al lado de la imagen desdibujada de mi amigo, de tantos recuerdos nítidos o disgregados, un océano azotado por una lluvia oblicua y bordeado por la larga línea gris de las mesetas de Ceilán, coronada por nubes inmóviles y casi negras...

«Sabes cuánto deseo que vengas. Pero no vengas creyendo encontrar aquí la vida que satisface la esperanza que yo tenía cuando te dejé. La fuerza con que soñaba y de la que dispongo hoy sólo se obtiene gracias a una aplicación de campesino, una energía perseverante, la voluntad constante de añadir a lo que poseemos el hombre o el elemento que nos falta. Quizá te extrañe que te escriba así, precisamente yo. La perseverancia que me faltaba la he hallado aquí en mis colaboradores, y creo haberla adquirido. Mi fuerza procede de que he puesto una absoluta falta de escrúpulos al servicio de algo que no es mi interés inmediato...»

Cada día, al acercarme a Cantón, he visto publicados los radios con los que tan bien sustituye sus cartas...

Esta nota de la policía es singularmente incompleta. En la parte de abajo de la página veo dos grandes signos de admiración trazados en lápiz azul. ¿Se trata acaso de una nota antigua? Las precisiones proporcionadas por la segunda hoja son de un orden muy distinto:

En la actualidad asegura la existencia de Propaganda mediante descuentos sobre los envíos coloniales chinos y sobre las cotizaciones de los sindicatos. Parece estar muy involucrado en el innegable entusiasmo que suscita aquí la idea de una guerra contra las tropas a las que hemos concedido nuestro apoyo. Ha conseguido, con la ayuda de una predicación constante- llevada a cabo por sus agentes, hacer aceptar los sindicatos obligatorios — sobre cuya importancia no creo necesario insistir— cuando Borodín pidió su creación, antes de disponer de piquetes de huelga. Ha convertido los siete servicios de policía, pública y secreta, en otros tantos servicios de

Propaganda. Ha creado una «agrupación de instrucción política» que es una escuela de oradores y propagandistas. Ha hecho depender del Departamento político, y a través de él de la Internacional, el Comisariado de la Justicia (tampoco en esto creo necesario insistir) y el de Hacienda.

En fin, insisto sobre este punto, actualmente se esfuerza por hacer publicar el decreto cuyo simple proyecto nos ha forzado a solicitar la intervención militar del Reino Unido: el decreto que prohíbe la entrada en él puerto de Cantón a todo barco que haya hecho escala en Hong Kong y del que tan certeramente se ha dicho que destruiría a Hong Kong con la misma seguridad que un cáncer. *Esta frase se encuentra expuesta en muchas oficinas de Propaganda.*

Debajo, aparecen tres líneas subrayadas dos veces con lápiz rojo.

Me permito atraer muy especialmente su atención sobre este detalle: este hombre se encuentra gravemente enfermo. *Se verá obligado a abandonar el Trópico dentro de poco.*

Lo dudo.

SEGUNDA PARTE

PODERES

Julio

Gritos, llamadas, protestas, órdenes de los policías, el estrépito de ayer por la noche recomienza. Esta vez se trata del desembarco. Apenas se mira hacia Shameen, con sus casitas rodeadas de árboles. Todos observan el cercano puente, protegido por trincheras y alambradas de púas y, sobre todo, las cañoneras inglesas y francesas, muy próximas, con los cañones dirigidos hacia Cantón. Una canoa automóvil nos espera a Klein y a mí.

He aquí la vieja China; la China sin europeos. Sobre un agua amarillenta, cargada de arcilla en suspensión, la canoa avanza como por un canal, entre dos filas cerradas de sampanes parecidos a burdas góndolas, con su techado de mimbre. En la proa, mujeres, casi todas ya de edad, cocinan sobre trípodes, en medio de un intenso olor a grasa quemada; a menudo, detrás de ellas se distingue un gato, una jaula o un mono encadenado. Los niños desnudos y amarillos pasan de uno a otro, haciendo saltar como un plumero plano el flequillo unido de su pelo, más ágiles y más animados que los gatos, a pesar de sus vientres en forma de pera de comedores de arroz. Los bebés duermen, como' paquetes, en un paño negro liado a la espalda de su madre. La luz oblicua del sol juguetea en tomo a las aristas de los sampanes y hace destacar violentamente sobre su fondo pardo las casacas y los pantalones de las mujeres, manchas azules, y los niños encaramados a los techados, manchas amarillas. En el muelle, el perfil dentado de las casas americanas y de las casas chinas; por encima, el cielo sin color a fuerza de luz; y por todas partes, ligera como una espuma, sobre los sampanes, sobre las casas, sobre el agua, esta luz en la que penetramos como en una niebla incandescente.

Atracamos. Un auto que nos espera nos lleva en seguida a buena velocidad. El chófer, vestido con el uniforme del ejército, hace roncar incesantemente la bocina, y la multitud refluye precipitadamente, como empujada por una máquina quitanieves. Apenas me da tiempo a entrever, perpendicularmente a nuestra carrera, una multitud azul y blanca —muchos hombres en túnica—, encuadrada por perspectivas de toldos adornados con gigantescos caracteres negros y constantemente horadada por los vendedores ambulantes y los peones que avanzan a paso gimnástico, con los cuerpos torcidos, el hombro encorvado bajo un bambú en cuyos extremos penden pesadas cargas. Durante un instante, aparecen callejuelas de losas agrietadas, que terminan en la hierba ante un bastión anguloso o una pequeña pagoda cubierta de moho. Y en una ráfaga, distinguimos, al cruzamos con él, el coche de un alto funcionario de la República, con sus dos soldados, Parabellum en mano, de pie sobre los estribos.

Abandonando el barrio comercial de la ciudad, el coche penetra en un bulevar tropical, bordeado de casas rodeadas de jardines, sin paseantes, donde el brillo blanquecino y mate de la calzada no tiene más mancha que la silueta renqueante de un vendedor de sopa, pronto desvanecido en una callejuela. Klein, que va a ver a Borodín, me deja ante una casa de estilo colonial —el techo sobrepasando las verandas—, rodeada de una reja semejante a las que adornan los chalets de los alrededores de París: la casa de Garín. La puerta de hierro está abierta. Atravieso un pequeño jardín y llego a una segunda puerta guardada por dos soldados cantoneses en uniforme de lienzo gris. Uno de ellos toma mi tarjeta y desaparece. Yo espero

contemplando al otro; con su gorra plana y su Parabellum al cinto, me recuerda a los oficiales del zar; pero lleva la gorra echada hacia atrás y va calzado con alpargatas. El otro vuelve. Puedo subir.

Una corta escalera de un piso, después una habitación muy amplia, que comunica por una puerta con otra pieza donde hay hombres que hablan en voz muy alta. Esta parte de la ciudad es totalmente silenciosa; apenas se oyen, por momentos, tras las arecas cuyas palmas llenan dos ventanas, las bocinas de lejanos autos. La puerta sólo está cerrada por medio de una estera, y distingo las palabras pronunciadas en inglés en la otra habitación. El soldado me señala la estera y se retira.

«...que el ejército de Cheng-tiung Ming se organiza...»

Del otro lado de la estera, un hombre continúa hablando, pero confusamente...

—¡Hace un mes que lo vengo diciendo! Además, Boro está tan decidido como yo. Sólo el decreto, ¿lo oyes? (se trata ahora de la voz de Garín. Un puño golpea sobre la mesa martilleando las palabras), sólo el decreto nos permitirá demoler Hong Kong. Es preciso que ese condenado Gobierno se decida a comprometerse...

—¡Fantasma o no, que actúe, puesto que tenemos necesidad de él!

—Los de allá reflexionarán: saben tan bien como yo que ese decreto hará reventar su puerto como...

Un ruido de pasos. Gente que entra y que sale.

—¿Qué proponen los comités?

Agitación de hojas de papel.

—No gran cosa... (es una nueva voz la que habla). En realidad, la mayoría no proponen nada. Hay dos que piden el aumento de los subsidios de huelga y el mantenimiento de la asignación a los peones. Éste propone la ejecución de los obreros que han sido los primeros en reincorporarse al trabajo...

—No. Todavía no.

—¿Por qué no? (Voces chinas, acento de hostilidad.)

—¡No se utiliza la muerte como una escoba!

Si alguien saliese, me tomaría por un espía. ¡Pero no voy a sonarme o a ponerme a silbar! Apartemos la estera y entremos.

En tomo a una mesa de despacho, Garín, en uniforme caqui de oficial, y tres jóvenes chinos con chaqueta blanca. Durante las presentaciones, uno de los chinos murmura:

—Hay personas que tienen miedo a mancharse manejando escobas...

—Hubo muchas personas que encontraban a Lenin poco revolucionario— responde Garín, volviéndose de pronto, con la mano todavía apoyada sobre mi hombro. Después, dirigiéndose a mí:

—(No has rejuvenecido...) ¿Vienes de Hong Kong? —y sin siquiera esperar mi respuesta—: Has visto a Meunier, claro. ¿Tienes los papeles?

Están en mi bolsillo. Se los doy. En el mismo momento, entra un centinela, trayendo un hinchado sobre. Garín se lo pasa a uno de los chinos, que resume:

—Informe de la sección de Kuala Lumpur. Atrae nuestra atención sobre las dificultades con que tropieza actualmente para reunir nuevos fondos.

—¿Y en Indochina francesa? —me pregunta Garín.

—Os traigo seis mil dólares reunidos por Gérard. Él dice que la cosa marcha muy bien.

—De acuerdo. Ven.

Me toma por el brazo, coge su casco y salimos.

—Vamos a casa de Borodín. Está muy cerca.

Recorremos el bulevar de aceras de hierba chamuscada, silencioso, desierto. El sol aplasta sobre el polvo blanco una luz cruda que obliga casi a cerrar los ojos. Garín me interroga sobre mi viaje,

rápidamente; después lee, mientras anda, el informe de Meunier, inclinando las hojas para atenuar la reverberación. Ha envejecido poco, pero, bajo el saliente verde de su casco, todos sus rasgos presentan la huella de la enfermedad : las ojeras le llegan hasta la mitad de las mejillas ; la nariz se ha afilado más todavía; las dos arrugas que unen las aletas de la nariz a las comisuras de los labios no son ya las arrugas netas, profundas, de antaño; son arrugas amplias, pliegues casi, y todos sus músculos tienen algo a la vez de febril, blando y tan fatigado que, cuando se anima, se tensan, y la expresión de su rostro cambia por completo. En tomo a su cabeza que avanza, con los ojos fijos sobre el papel, el aire, como siempre a estas horas, tiembla ante la densa verdura, de la que sobresalen palmas polvorientas. Me hubiera gustado hablar de su salud; pero ha terminado su lectura y dice, apoyándose en la barbilla el informe que ha enrollado estrechamente:

—Las cosas empiezan a marchar muy mal allí también. El ánimo de los simpatizantes ha empeorado, los domésticos empiezan a volver al nido. Y aquí tenemos que apoyarnos en jóvenes cretinos que confunden una acción revolucionaria con el tercer acto del Ambigú chino... Nos es imposible conceder más fondos para los subsidios de huelga. ¡Imposible! Además, eso no cambiaría nada. Las huelgas enfermas se curan con victorias.

—¿Meunier no propone nada?

—Dice que en general los ánimos no son malos todavía. Los débiles flaquean porque Inglaterra les amenaza a través de la policía secreta. Por otra parte, me dice: «Nuestros comités chinos de ahí proponen raptar a toda prisa dos o trescientos chinos, hijos de los culpables o los sospechosos. Se les traería aquí, se les trataría bien, pero sólo se devolverían a los padres que viniesen a buscarlos. Evidentemente, no volverían a Hong Kong mañana... Precisamente, es la época de las vacaciones en el campo», añade. «Eso obligaría a los otros a reflexionar.» No iremos lejos con procedimientos de este tipo...

Llegamos. La casa es parecida a la de Garín, pero en amarillo. En el momento en que vamos a entrar, Garín se detiene y saluda militarmente a un viejecillo chino que sale. El extiende la mano hacia nosotros. Nos acercamos.

—Señor Garín —dice en francés, lentamente, con voz débil—, he venido aquí con el propósito de encontrarle. Creo que una conversación entre nosotros sería una buena cosa. ¿Cuándo podré verle?

—Cuando mejor le convenga, señor Cheng-dai. Iré a verle esta...

—No, no —responde, golpeando el aire con las manos, como si quisiera calmar a Garín—, yo pasaré, yo pasaré. ¿Le viene bien a las cinco?

—De acuerdo. Le esperaré.

Desde el instante en que he oído pronunciar su nombre, le miro atentamente. Su rostro, como el de muchos viejos letrados, hace pensar en una calavera. Eso se debe a sus pómulos marcados, que no dejan ver de su rostro sino las dos manchas profundas y oscuras de las órbitas, una nariz imperceptible y los dientes, sobre todo cuando se le ve a cierta distancia.

De cerca sus ojos, que son rasgados, se animan: su sonrisa se une a la extrema cortesía de sus palabras, a la distinción de la voz: todo ello atenúa su fealdad y modifica el carácter de ésta. Hunde sus manos en las mangas a la manera de un sacerdote y acompaña sus palabras con ligeros movimientos de los hombros hacia adelante. Por un momento pienso en Klein, que se expresa también con todo el cuerpo. Y este Cheng- dai me parece más fino aún, más maduro, más sutil. Está vestido con un pantalón y una guerrera militar de cuello almidonado, de lienzo blanco, como casi todos los jefes del Kuomintang. Su ricksa —tiene una ricksa particular, completamente negra— le espera. Se dirige a ella con pasos menudos; el tirador le lleva a paso lento y prudente; él, hundido en el fondo del asiento, menea gravemente la cabeza y parece pesar los argumentos que se propone a sí mismo en silencio...

Tras haberle seguido un rato con la mirada, pasamos sin hacernos anunciar ante los centinelas, atravesamos un vestíbulo vacío y encontramos a otro centinela en uniforme caqui adornado con trencillas de color naranja. (¿Es una marca de distinción?) Enfrente, no hay una estera esta vez, sino una puerta cerrada.

—¿Está solo? —pregunta Garín al centinela. El otro inclina la cabeza afirmativamente. Llamamos y entramos. El gabinete de trabajo es amplio. Un retrato de Sun-yat Sen en pie, de dos metros, corta en dos la pared de cal azulada. Detrás de una mesa de despacho cubierta de papeles de todas clases, puestos en orden y cuidadosamente separados unos de otros, Borodín, a contraluz, nos mira entrar un poco

extrañado (por mi presencia, sin duda) y guiñando los ojos. Se levanta y viene hacia nosotros con la mano tendida, la espalda encorvada. Distingo ahora su rostro en escorzo, bajo un pelo ondulado, macizo, echado hacia atrás, lo único que vi al principio, cuando estaba inclinado sobre la mesa. Tiene ese aspecto de fiera inteligente que da la conjunción de un bigote curvado, los pómulos salientes y los ojos oblicuos. Cuarenta años, quizá.

Durante la conversación que mantiene con Garín, su actitud es poco más o menos la de un militar. Garín me presenta, resume en ruso el informe de Meunier, que ha dejado sobre la mesa; Borodín recoge el papel y lo coloca en seguida en una pila de informes coronada por otro retrato, grabado, de Sun-yat Sen. Parece interesado sobre todo por un detalle, que anota diciendo algunas palabras. Después ambos discuten, siempre en ruso, en un tono de animación inquieta.

Y regresamos para comer a casa de Garín, que camina con los ojos bajos, preocupado.

—¿No va bien la cosa?

—¡Oh! Estoy acostumbrado...

Ante su casa, un ordenanza que le espera le entrega un informe. Lo lee mientras sube las escaleras, lo firma sobre la mesa de mimbre de la veranda y se lo devuelve. El ordenanza se marcha corriendo. Garín está cada vez más preocupado. Le pregunto de nuevo, vacilante:

—¿Qué pasa?

—¿Qué pasa...? Ya lo ves.

El tono es suficiente.

—¿Las cosas van mal?

—Muy mal. Las huelgas son algo muy bonito, pero no bastan. Ahora hace falta otra cosa. Hace falta *una* cosa: la aplicación del decreto que prohíbe a los barcos chinos hacer escala en Hong Kong, lo mismo que a todos los barcos extranjeros que quieran fondear en Cantón. Hace más de un mes que el decreto esta firmado, pero aún no ha sido promulgado. Los ingleses saben que la huelga no puede durar siempre; se preguntan qué vamos a hacer. Tal vez esperan mucho de la expedición de Cheng-tiung Ming. Le proporcionan armas, instructores, dinero... Cuando se firmó el decreto, le entró tal pánico a la gente de Hong Kong que telegrafiaron a Londres, en nombre de todas las corporaciones constituidas, para pedir una intervención militar. El decreto quedó en el fondo de un cajón. Sé bien que su aplicación justificaría la guerra. ¿Y qué? ¡Ellos no pueden emprender esa guerra! Y Hong Kong será por fin...

Con el puño hace el gesto de apretar un tornillo.

—Quitándole a Hong Kong simplemente la clientela de las compañías cantonesas, rebajamos en dos tercios los ingresos del puerto. La ruina.

—¿Y bien?

—¿Cómo que y bien?

—Sí, ¿a qué esperáis?

—Cheng-dai. Todavía no somos el Gobierno. Una acción de ese tipo fracasaría si a ese viejo idiota se le mete en la cabeza hacerla fracasar.

Reflexiona.

—Incluso cuando uno está bien informado, no lo está más que a medias. Me gustaría saber —¡saber! — si verdaderamente no está metido para nada en lo que nos preparan Tang y los cerdos de segundo orden..., —¿Tang?

—Un general como otros muchos. Tang no tiene la menor importancia. Prepara un golpe de Estado: quiere llevamos al paredón. ¡Allá él! Pero en las actuales circunstancias él no cuenta para nada. No es más que un azar necesario, que se producirá. Lo que cuenta es lo que encontremos tras él. Inglaterra en primer término, como es natural. En estos momentos las cajas inglesas se abren ampliamente ante todos cuantos se propongan abatirnos; ciertamente, cada hombre de sus regimientos le es pagado a buen precio. (Y —desgraciadamente— Hong Kong no está lejos, lo que permite a Tang y a los otros largarse a un lugar seguro cuando resultan vencidos.) Y hay que contar también con Cheng-dai, «el honorable

Cheng-dai», al que acabas de ver. Estoy seguro de que si Tang venciese —que no vencerá— le ofrecería el poder, dispuesto a gobernar en su nombre. Se puede poner a Cheng-dai en el lugar del Comité de los siete, y sólo se le puede poner a él. Las sociedades públicas y secretas le aceptarían, eso es cierto. Y él remplazaría nuestra acción por bellas «apelaciones a los pueblos del mundo», como la que acaba de lanzar y a la que han respondido Gandhi y Russel. ¡Qué bonita, la edad del papel! Ya lo estoy viendo: parabienes, palabrería, retorno de las mercancías inglesas, ingleses con cigarros en el muelle, demolición de todo cuanto hemos hecho. Todas estas ciudades chinas son blandas como medusas. El esqueleto lo formamos nosotros. ¿Por cuánto tiempo?

En el momento en que vamos a sentarnos a la mesa llega un nuevo ordenanza, portador de un pliego. Garín abre el sobre con el cuchillo de mesa, se sienta ante su plato y lee.

—De acuerdo. Está bien.

El ordenanza se marcha.

—Es increíble el número de granujas que se pueden encontrar en tomo a Cheng-dai. Anteayer, los tipos que pretenden valerse de él celebraron una reunión. En una especie de plaza, no muy lejos del río. Él acudió. Digno y fatigado, como acabas de verlo hace poco; no para hablar, evidentemente. Había que ver aquello, los oradores vociferando, subidos a las mesas por encima de una masa cuadrada de cabezas no demasiado entusiastas, contra un fondo de chapa ondulada, de picos de pagoda, de trozos de cinc retorcidos. En tomo a él, un poco separado, no mucho, un gran círculo respetuoso. Algunos gamberros le atacaron. Tenía consigo a unos cuantos forzudos escogidos que le defendieron. El jefe de policía metió en el acto en chirona a agresores y defensores. Y hoy, el principal defensor —es su interrogatorio lo que tengo ante mí— pide una plaza, aunque sea en la policía, al comisario que le interroga. ¡Qué hermosa es la fidelidad! En cuando al otro papel, míralo...

Me lo tiende. Es la copia de una lista redactada por el general Tang: Garín, Borodín, Nicolaiev, Hong, nombres chinos. *Fusilarlos en primer lugar.*

Durante toda la comida hablamos de Cheng-dai. Garín no piensa más que en él. El adversario.

Sun-yat Sen dijo antes de morir: «La palabrería de Borodín es mi palabra.» Pero la palabra de Cheng-dai es también su palabra, y no ha sido necesario que él lo dijese.

Su vida pública comenzó en Indochina. ¿Qué habla ido a hacer a Cholón? No había nada en la gran ciudad del arroz que pudiera seducir a este letrado... Fue allí uno de los organizadores del Kuomintang; y más que un organizador, un animador. Cada vez que el Gobierno de Cochinchina, ya fuese a instigación de las ricas asociaciones de comerciantes, ya fuese por iniciativa propia, intervino contra uno de los miembros del partido, se vio aparecer a Cheng-dai. Proporcionaba trabajo o dinero a aquellos a quienes el Gobierno o la policía se esforzaban por hacer morir de hambre, permitía a los expulsados regresar a China con sus familias dando las sumas necesarias. Cuando las puertas de los hospitales se cerraron ante los miembros del partido, consiguió crear uno nuevo.

Era entonces presidente de la sección de Cholón. En la imposibilidad de reunir con la ayuda de cotizaciones los fondos necesarios, recurrió a los Bancos chinos, que le negaron todo préstamo. Ofreció entonces en garantía sus propiedades de Hong Kong —los dos tercios de su fortuna—. Los Bancos aceptaron, y la construcción del nuevo hospital comenzó. Tres meses más tarde, como consecuencia de una maniobra electoral, le fue retirada la presidencia del partido; al mismo tiempo, los contratistas le hicieron saber que, al haberse realizado algunas modificaciones en el presupuesto, se veían obligados a aumentar el precio previsto. Los Bancos rehusaron todo nuevo adelanto; además, amenazados por el Gobierno de Cochinchina, que podía en veinticuatro horas expulsar a sus directores, comenzaron a poner dificultades para el pago de los fondos prometidos. Cheng-dai vendió las propiedades que había presentado como garantía, y el hospital se levantó. Pero había que rematarlo. Una sorda campaña contra él se inició en el seno del Kuomintang: aunque eso le hizo sufrir, no le detuvo; y mientras que los agentes electorales, vestidos con jerseys blancos, acudían a los restaurantes chinos, después de la siesta, para hablar confidencialmente de «su extraña actitud» a los artesanos, medio dormidos aún, atontados por el calor, él ponía a la venta su casa familiar de Cantón. Acabado el hospital, todavía había que pagar algunas gratificaciones; tras haber sondeado a Grosjean, el anticuario de Pekín, se deshizo de sus rollos pintados y de su célebre colección de jades Sung. ¿Qué le quedaba aún? Apenas de qué vivir muy modestamente. Es el único entre los miembros influyentes del partido que no tiene coche. Por eso le he visto pasar en ricksa, tal vez muy satisfecho del espectáculo de una pobreza que no permite olvidar su

generosidad.

Porque su nobleza, aun siendo real, no carece de habilidad. Como Lo-yit, como el general Hsu, es un poeta; pero fue él quien hizo del boicoteo, defensa de ciertos diestros comerciantes contra los japoneses, el arma precisa de que hoy disponemos. Fue él quien lo hizo aplicar a los ingleses, él quien, conociendo el comercio occidental (alumno de los Padres, lee, habla y escribe corrientemente el francés y el inglés), orientó muy hábilmente la propaganda de Sun-yat Sen para hacer confiar a los ingleses; él quien hizo subordinar las prohibiciones de compra al servicio de informaciones, dejando siempre a los ingleses de Hong Kong la suficiente esperanza para permitirles acumular mercancías que, en un momento dado, los chinos rechazan de repente.

Pero su autoridad es ante todo moral. No es ningún error, dice Garín, el relacionarlo con Gandhi. Su acción, aunque más limitada, es del mismo orden que la del Mahatma. Está por encima de la política, se dirige al alma, se distingue por producir el altruismo. Ambos actúan mediante la creación de una leyenda que emociona profundamente a los hombres de su raza. Pero si sus acciones son paralelas, los hombres son muy diferentes. La obra de Gandhi se centra en el deseo doloroso, apasionado, de enseñar a vivir a los hombres. Nada parecido existe en Cheng-dai. No quiere ser el empleado ni el jefe, sino el consejero. A la muerte de Sun-yat Sen, al que asistió en las horas más tristes de su vida, pero sin mezclarse casi en las agitaciones puramente políticas, se le pidió que aceptase suceder al dictador como presidente del partido. Se negó. No temía las responsabilidades, pero el papel de árbitro le parece más noble, más conforme también a su carácter que ningún otro. Además, no quería aceptar una función que pudiese absorber toda su actividad y convertirle en algo distinto a lo que quería ser: el guardián de la Revolución. Su vida entera es una protesta moral, y su esperanza de vencer por la justicia no expresa otra cosa que la mayor fuerza de que puede enorgullecerse la debilidad profunda, irremediablemente, tan extendida en su raza.

Y tal vez esta debilidad es la única susceptible de hacer comprender su actitud presente. ¿Desea verdaderamente, apasionadamente, desde hace años, liberar a China del Sur de la dominación económica de Inglaterra? Sí. Pero defendiendo y dirigiendo a un pueblo de oprimidos, cuya causa es innegablemente justa, ha tomado de manera insensible el hábito de su papel, y un día se ha encontrado con que prefiere ese papel al triunfo de aquellos a le» que defiende. Está mucho más apegado a su protesta que decidido a vencer. Le gusta ser el alma y la expresión de un pueblo oprimido.

No tiene hijos. Ni siquiera una hija. Estuvo casado. Su mujer murió. Se casó de nuevo. Varios años más tarde, su segunda esposa murió también. Después de su muerte nadie celebrará por él los ritos de aniversario. Eso le causa un dolor tranquilo, tenaz, del que nunca consigue librarse. Es ateo, o cree serlo; pero esta soledad en la vida y en la muerte le obsesiona. La herencia de su gloria la legará a la China rehecha. ¡Lástima...! Él, que fue rico, morirá casi pobre, y la grandeza de su muerte irá a derramarse sobre millones de hombres. Última soledad... Esto todo el mundo lo sabe, y también que esta soledad le ata cada día más estrechamente al destino del partido.

«Noble figura de víctima que cuida su biografía», dice Garín. Intentar por sí mismo satisfacer sus deseos le daría la impresión de una traición. Dominado a la vez por su temperamento, por un largo hábito y por la edad, ha olvidado hasta la posibilidad de extraer las consecuencias lógicas de su actitud. Emprender y dirigir una lucha decisiva no se le ocurre más que se le ocurriría a un católico ferviente la idea de llegar a ser papa. Un día, Garín terminó una discusión sobre la III Internacional diciendo: «Pero la III Internacional *ha hecho* la Revolución.» Cheng-dai respondió sólo con un gesto, a la vez evasivo y restrictivo, llevándose ambas manos al pecho, y Garín dice que nunca comprendió tan vivamente la distancia que les separa.

Se le cree capaz de acción; pero no es capaz sino de una clase particular de acción, la que exige la victoria del hombre sobre sí mismo. Si logró erigir un hospital, fue porque los obstáculos que tuvo que superar, a pesar de su importancia, lo fueron siempre mediante su desinterés. Tenía que despojarse; lo hizo, y quizá sin esfuerzo, orgulloso de pensar que pocos hombres lo hubieran hecho. En él, como en los cristianos, la acción concuerda con la caridad; pero la caridad, que es en los cristianos compasión, es en él el sentimiento de la solidaridad. En su hospital no se acoge más que a los chinos del partido. La grandeza de su vida procede de un desdén por las cosas temporales, que da a sus actos públicos un carácter admirable; pero ese desdén, no por ser sincero, deja menos lugar al sentido de su utilización, y Cheng-dai, que es desinteresado, no quiere permitir que se ignore un desinterés muy raro en China. Ese desinterés, que parece haber sido en un principio simplemente humano, se ha convertido, por una sutil comedia, en su razón de ser: busca en él la prueba de su superioridad sobre los demás hombres. Su abnegación es la expresión de un orgullo lúcido y sin violencia, del orgullo compatible con la dulzura de

su carácter y su cultura de letrado.

Como todos los que ejercen una gran influencia sobre las multitudes, este anciano cortés, de leves y mesurados gestos, está obsesionado. Obsesionado por esa justicia que él se considera encargado de mantener y que no distingue ya más que a medias de su propio pensamiento, por los problemas que le impone su defensa, como otros lo están por la sensualidad o la ambición. No piensa más que en ella; el mundo existe en función de ella; ella es la más elevada de las necesidades del hombre, y también el dios al que se debe satisfacer primero. Confía en ella como un niño en una estatua de la pagoda. La necesidad que antes tenía de ella era profunda, humana, simple; hoy le domina como un fetiche. Quizá sea aún la primera necesidad de su corazón; pero es también una divinidad protectora sin la que no puede intentarse nada, que no se puede olvidar sin temor a una misteriosa venganza... Su grandeza ha envejecido con él, y ya no se ve más que su cuerpo exangüe. Poseído por un dios deformado, bien escondido bajo su dulzura» su sonrisa y sus gracias mandarinescas, vive, fuera de este mundo revolucionario al que estamos, dice Garín, tan fuertemente apegados, en un sueño de monomanía por el que discurren aún restos de nobleza; y esta monomanía aumenta su influencia y su prestigio. El sentimiento de la justicia ha sido siempre muy potente en China, pero a la vez apasionado y confuso; la vida de Cheng-dai, que toma ya carácter de leyenda, hace de él un símbolo. Los chinos quieren verle respetado, como quieren ver reconocer las cualidades de su raza. Es provisionalmente intangible. Y el entusiasmo, creado por Propaganda, dirigido contra Inglaterra, no puede cambiar de dirección sin perder su fuerza. Es preciso que arrastre todo tras él, pero es demasiado pronto todavía...

Durante la comida se han ido sucediendo los informes. Garín, cada vez más inquieto, los lee tan pronto como llegan y los deja al pie de su silla, unos sobre otros.

El mundo de viejos mandarines, contrabandistas de opio o fotógrafos, de letrados convertidos en comerciantes de bicicletas, de abogados de la Facultad de París, de intelectuales de toda suerte hambrientos de consideración que giran en tomo a Cheng-dai, sabe que la delegación de la Internacional y Propaganda son las únicas en mantener el estado actual, las únicas en sostener este inmenso ataque que trae en jaque a Inglaterra, las únicas en oponerse con fuerza al retorno del estado de cosas que ellos no supieron mantener, de esa República de funcionarios cuyos dos pilares eran el antiguo mandarín y el nuevo: médico, abogado, ingeniero. «Nosotros somos el esqueleto», ha dicho Garín hace un rato. Y parece, según los informes, que todos, a espaldas quizá de Cheng-dai, que reprobaría un golpe de estado militar, se han agrupado en torno a ese general Tang, del que hasta ahora nunca se había hablado en Cantón y que tiene sobre ellos la superioridad del valor. En estos últimos días Tang ha recibido sumas considerables. Los agentes ingleses son numerosos en el círculo de Cheng-dai... Al extrañarme de que un movimiento semejante pueda prepararse sin conocimiento del anciano, Garín me responde, golpeando con el dedo sobre la mesa:

—No quiere saber. No quiere comprometer su responsabilidad moral. Pero yo creo que se permite sospechar...

* * *

Las dos

En Propaganda, con Garín, en el despacho que me está destinado. En la pared, un retrato de Sun-yat Sen, un retrato de Lenin y dos carteles coloreados: uno de ellos figura a un chinito hundiendo una bayoneta en el rollizo trasero de John Bull, con las patas por alto, mientras que un ruso con gorro de piel destaca sobre el horizonte, aureolado de rayos, como un sol; el otro representa a un soldado europeo, armado de una ametralladora, disparando sobre una multitud de mujeres chinas y de niños que levantan los brazos.: En el primero, en cifras europeas: 1925, y el carácter chino *hoy*; en el segundo: 1900, y el carácter *ayer*. Una amplia ventana, ante la cual está bajada una persiana amarilla saturada de sol. En el suelo, un montón de periódicos chinos que un ordenanza viene a buscar. Los secretarios de este servicio recortan de ellos todas las caricaturas políticas y las clasifican junto con los resúmenes de los principales artículos. Sobre la mesa de despacho Luis XVI, requisada, una caricatura olvidada, un duplicado sin duda; es una mano que lleva impresos en cada uno de los dedos: Rusos, Estudiantes, Mujeres, Soldados, Campesinos, y en la palma: Kuomintang. Garín (¿se habrá vuelto cuidadoso él también?) hace una bola con ella y la echa al cesto de los papeles, En la pared, un clasificador y una puerta por la cual esta habitación comunica con la que ocupa Garín, llena también de esta luz tamizada, amarilla y densa, que deja filtrar las persianas. Pero en ella no hay carteles en la pared, y el clasificador está remplazado por la

caja fuerte. En la puerta, un soldado de guardia.

El comisario de la policía general, Nicolaiev, está sentado en un sillón, con el vientre saliente, las piernas separadas. Es un hombre muy gordo, cuya cara presenta esa expresión de afabilidad que da a los obesos rubios una nariz ligeramente respingona. Escucha a Garín con los ojos cerrados, las manos cruzadas sobre el vientre.

—En fin —dice Garín—, ¿has leído todos los informes que se te enviaron?

—Hasta el último minuto...

—Bien, en tu opinión, ¿Tang se va a lanzar contra nosotros?

—Sin vacilar. Aquí tienes la lista de los chinos que tiene la intención de hacer detener. Sin hablar de ti.

—¿Piensas que Cheng-dai está al corriente?

—Quieren servirse de él. Eso es todo...

El gordo se expresa en francés con un acento muy ligero. El tono de su voz —se diría, a pesar de la nitidez de las respuestas, que se está dirigiendo a una mujer o que va a añadir: querido—, la calma del rostro, la unción de su actitud hacen pensar en un viejo sacerdote.

—¿Dispones de muchos agentes en la secreta?

—Claro, casi de todos ellos...

—Bien: la mitad de los hombres en la ciudad, para anunciar que Tang, pagado por los ingleses, prepara un golpe de Estado que convertiría a Cantón ten una colonia inglesa. Medios populares, bien entendido. Un cuarto a las centrales de los sindicatos: buenos agentes. Muy importante. El resto, entre los parados, con números de la *Gaceta de Cantón* para poner bien de manifiesto que los amigos de Tang han pedido la suspensión del subsidio de huelga que nosotros hacemos pagar.

—Los parados inscritos son, veamos...

—Deja el expediente tranquilo: veintiséis mil.

—Bueno, tendremos bastantes hombres.

—Además, algunos agentes escogidos, esta noche, a las reuniones del partido, para insinuar que Tang va a ser expulsado, que él lo sabe y que ahora pone sus esperanzas fuera del partido. Eso de manera muy vaga.

—Entendido.

—¿Estás absolutamente seguro, verdad, de que es imposible encerrar a Tang?

—¡Desgraciadamente!

—¡Lástima! No perderá con esperar.

El gordo se va, con su expediente bajo el brazo. Garín llama. El ordenanza trae un montón de tarjetas de visita, que deja sobre la mesa cogiendo un cigarrillo de la caja, abierta, de Garín.

—Haz entrar a los delegados de los sindicatos.

Siete chinos entran, uno detrás del otro —chaqueta con cuello cerrado y pantalones de lienzo blanco —, en silencio. Jóvenes, viejos. Se sitúan ante la mesa, en semicírculo. Uno de los de más edad se sienta a medias sobre la mesa: el intérprete. Todos escuchan a Garín:

—Es probable que esta semana se intente un golpe de Estado contra nosotros. Conocéis tan bien como yo las opiniones del general Tang y de sus amigos. No necesito recordaros cuántas veces nuestro camarada Borodín ha tenido que intervenir en el Consejo para hacer mantener el pago de los subsidios de huelga en Cantón Vosotros representáis ante todo a nuestros parados, que emplearon todas sus fuerzas, en las últimas reuniones sindicales, para hacer reconocer a todos los camaradas vuestras cualidades; sé que puedo contar con vosotros. Por lo demás, aquí está la lista de las personas sospechosas para Tang, para Cheng-dai y sus amigos, que serán arrestadas tan pronto como se inicie el movimiento.

Les pasa una lista. La leen, luego se miran unos a otros.

—¿Reconocéis vuestros nombres? Entonces, a partir del momento en que salgáis de esta oficina...

Al final de cada frase, el intérprete traduce con voz sorda; los otros responden con un murmullo: letanías.

—... no debéis volver a vuestras casas. Cada uno se quedará en la central de su sindicato y dormirá allí. Vosotros...

Señala a tres de los chinos.

—...como vuestras centrales están demasiado alejadas para poder defenderlas, al salir iréis a buscar los archivos y los traeréis aquí. Os he hecho preparar unos despachos. Cada uno de vosotros dará a sus piquetes de huelga[3]instrucciones precisas. Tenemos que lograr reunir a todos nuestros hombres en una hora.

Mientras habla, ha hecho circular la caja de cigarrillos, que ahora vuelve a la mesa. La cierra con un ligero chasquido y se levanta. Uno tras otro, lo mismo que entraron, los chinos salen, estrechándole la mano al pasar. Llama.

—Que éste te ponga por escrito el motivo de su visita —dice al ordenanza, devolviéndole una de las tarjetas—. Entretanto, haz entrar a Lo-moi.

Es un chino de escasa estatura, afeitado, con el rostro cubierto de espinillas, que se coloca ante Garín respetuosamente, con los ojos bajos.

—En las últimas puestas en marcha de huelgas, en Hong Kong y aquí, demasiados discursos inútiles. ¡Si los camaradas se creen en un Parlamento, se equivocan! Y de una vez por todas, esos discursos tienen que apoyarse en un objeto: si la casa del patrono está demasiado lejos o es demasiado mala, siempre tendrán a mano su coche. Repito, por última vez, que los oradores deben mostrar lo que atacan. Que no tenga que volver otra vez sobre esta cuestión.

El chinito se inclina y sale. El ordenanza vuelve a entrar con la tarjeta que Garín le ha entregado hace un momento y se la devuelve.

—¿A propósito de unos tanques?

Garín alza las cejas.

—En fin, eso es cosa de Borodín.

Escribe en la tarjeta la dirección de Borodín y algunas palabras (una presentación seguramente). Llaman a la puerta con dos golpes.

—¡Adelante!

Un europeo vigoroso, con el rostro manchado por un bigote a la americana, vestido con el mismo uniforme caqui de oficial que Garín, empuja la puerta.

—Buenos días, Garín.

Habla francés, pero es asimismo ruso.

—Buenos días, general.

—¿Y bien? ¿Se decide o no el señor Tang?

—¿Estás al corriente?

—Poco más o menos. Acabo de ver a Boro. ¡Sufre mucho el pobre chico, de verdad! El doctor dice que es de temer un acceso.

—¿Qué doctor? ¿Myrov o el chino?

—Myrov. Bueno, ¿qué hay de Tang?

—Dos o tres días aún...

—¿Sigue sin tener más que su millar de hombres?

—Más los que puedan encontrar con su dinero y el de los ingleses. De mil quinientos a mil ochocientos en total. ¿En cuánto tiempo, como mínimo, puede estar aquí el ejército rojo[4]? ¿Seis días?

—Ocho. La Propaganda ¿se ha ocupado de trabajar a las tropas de Tang?

—Muy poco. Sus hombres son casi todos de Honán o de Yunnán.

—Mala suerte. ¿Cuántas ametralladoras tienen?

—Unas veinte.

—Puedes contar en la ciudad con quinientos o seiscientos cadetes, no más, Garín.

—Presentaos tan pronto como se inicie la acción.

—Estamos de acuerdo: tan pronto como se divise a las tropas de Tang, tú enviarás a los cadetes de que dispongas, con la sección de ametralladoras, y detrás la policía. Y nosotros llegaremos por arriba.

—Entendido.

El hombre se va.

—Dime, Garín, ¿ése es el jefe de Estado Mayor?

—Sí, Gallen.

—¡Pero si parece un oficial del zar...!

—Como todos los demás...

Otro chino, con el pelo blanco cortado a cepillo.

Se acerca, toca un extremo de la mesa con la punta de los dedos y espera.

—¿Tiene usted controlados a todos sus parados?

—Sí, señor.

—¿A cuántos podrá reunir en media hora?

—¿Con qué medios, señor?

—Medios rápidos. No se preocupe por la cuestión del transporte.

—Más de diez mil.

—Bien. Muchas gracias.

A su vez, el chino de los hermosos cabellos blancos se va.

—¿Quién es ése?

—El jefe del Departamento de subsidios. Un letrado. Antiguo mandarín destituido. Cuentos...

Vuelve a llamar al ordenanza.

—Manda a todos los que esperan todavía al comisario de la policía general.

Pero un nuevo chino acaba de entrar por la puerta entreabierta, tranquilo, tras haber dado dos golpecitos al pasar. Obeso como Nicolaiev, afeitado, con una boca gruesa y una cara sin rasgos, sonríe ampliamente, descubriendo algunos dientes de oro. Sostiene entre los dedos un enorme cigarro. Habla en inglés.

—¿Ha llegado ya el barco de Vladivostock, señor Garín?

—Esta mañana.

—¿Qué cantidad de gasolina?

—Mil quinientos... (sigue el nombre de una medida china que desconozco).

—¿Cuándo será entregada?

—Mañana. El cheque aquí mismo, como de costumbre.

—¿Quiere usted que lo firme de inmediato?

—No. Cada cosa a su tiempo.

—Entonces, adiós, señor Garín. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

—Nos compra los productos que nos envía la URSS —me dice Garín a media voz mientras el chino se va—. La Internacional no dispone de muchos fondos en este momento, y los envíos de materias primas nos son necesarios. En fin, hacen lo que pueden: gasolina, petróleo, armas, instructores...

Se levanta, va hasta la puerta, mira. Ya no queda nadie. Vuelve a su mesa, se sienta y abre un expediente: HONG KONG. Los últimos informes. De vez en cuando me pasa algunos documentos que quiere clasificar aparte. Para mitigar el calor, bajo la palanca que regula el ventilador. En el acto, las hojas salen volando. Él detiene el ventilador, vuelve a clasificar las hojas esparcidas y continúa subrayando en lápiz rojo ciertas frases. Informes, informes, informes. Mientras preparo un resumen de lo que ha apartado, sale. Informes...

La huelga que paraliza a Hong Kong no se mantendrá más de tres días en la forma actual. Supongamos que los obreros que dejarán de percibir los subsidios de huelga esperan diez días antes de empezar a trabajar de nuevo. En total, trece días. Por lo tanto, si antes de quince días Borodín no ha encontrado un nuevo medio de acción, los barcos ingleses estarán en el puerto de Cantón. Hong Kong se rehará; toda la enseñanza de esta huelga habrá sido dada en vano. El golpe asestado a Hong Kong es muy duro; los Bancos han perdido y pierden aún cada día sumas enormes; además, los chinos han visto que Inglaterra no es invulnerable. Pero en estos momentos nuestras subvenciones y las de los Bancos ingleses hacen vivir una ciudad de trescientos mil habitantes donde nadie trabaja. ¿Quién se cansará antes de este juego? Nosotros, forzosamente. Y del lado de Waitcheú, el ejército de Cheng-tiung Ming se prepara para entrar en campaña...

Queda la prohibición de fondear en Hong Kong hecha a los capitanes de los barcos que se dirijan a Cantón. Pero para esto hace falta un decreto y, mientras Cheng-dai conserve el poder que tiene actualmente, no se firmará ese decreto.

Hong Kong: Inglaterra. Detrás del ejército de Cheng-tiung Ming: Inglaterra. Detrás de la nube de langostas que rodea a Cheng-dai: Inglaterra.

* * *

Hay algunos libros sobre la mesa de despacho: el diccionario chino-latín de los Padres, dos libros ingleses de medicina: *Dysentery, Paludism*. Cuando regresa Garín, le pregunto si es verdad que descuida su salud.

—¡Pues claro que me cuido! ¡No faltaba más! No me he cuidado todo el tiempo muy seriamente porque tenía otras cosas que hacer, pero eso no tiene gran importancia. Para curarme, tendré que volver a Europa, ya lo sé. Me quedaré allí el menos tiempo posible, ¡Pero cómo quieres que me vaya en estas circunstancias!

Insisto muy poco: esta conversación le irrita. Y el ordenanza acaba de traer una carta, que lee atentamente. Después me la tiende, diciendo simplemente:

—Las palabras en lápiz rojo están escritas por Nicolaiev.

Es una nueva lista, parecida a la que Garín recibió al comienzo de la comida, pero más larga: Borodín, Garín, E. Chen, Sun-fo, Liao-chung Hoi, Nicolaiev, Semionov, Hong y un gran número de chinos que no conozco. Nicolaiev ha añadido en rojo en una esquina: *lista completa de las personas a tas que hay que detener* Y HACER EJECUTAR ACTO SEGUIDO. Y abajo, ha añadido a pluma, rápidamente: *están haciendo imprimir las proclamas.*

* * *

A las cinco, el ordenanza trae una nueva tarjeta. Garín se levanta, va hasta la puerta y se aparta para dejar pasar a Cheng-dai. El viejecillo entra, se sienta en el sillón, alarga las piernas, hunde las manos en las mangas y mira a Garfa, que ha vuelto tras su mesa, con una benevolencia un tanto irónica. Pero se calla.

—¿Deseaba usted verme, señor Cheng-dai?

Éste hace un movimiento afirmativo con la cabeza, saca lentamente las manos de las mangas y dice con su voz débil:

—Sí, señor Garín, sí. No creo que sea necesario preguntarle si conoce los atentados que se han sucedido estos últimos días.

Habla muy despacio, con cuidado, con el índice-levantado.

—Admiro demasiado sus cualidades para pensar que los ignora, dadas las relaciones constantes que sus funciones le obligan a sostener con el señor Nicolaiev...

—Señor Garín, esos atentados se producen con demasiada frecuencia.

Garín responde con un gesto que significa: «¿Y qué puedo hacer yo?»

—Nos entendemos, señor Garín, nos entendemos...

—Señor Cheng-dai, usted conoce al general Tang, ¿no es verdad?

—El general Tang es un hombre leal y justo.

Y posando levemente la mano sobre la mesa, como para subrayar lo que dice:

—Cuento con obtener del Comité central medidas efectivas para reprimir los atentados. Creo que sería buena cosa procesar a los hombres conocidos de todos como jefes de los grupos terroristas. Señor Garín, deseo saber cuál será su actitud, cuál será la actitud de sus amigos frente a las propuestas que voy a presentar.

Retira la mano y vuelve a hundirla en la manga.

—Hay que reconocer, señor Cheng-dai, que desde hace algún tiempo las instrucciones que da usted a sus amigos se oponen de manera rigurosa —y poco afortunada— a todos nuestros deseos.

—Está usted engañado, señor Garín, sin duda tiene usted malos consejeros. ¿O quizá sus informaciones están equivocadas? Yo no he dado ninguna instrucción.

—Digamos indicaciones.

—Ni siquiera... He expuesto mi manera de pensar, dado mi opinión, eso es todo...

Sonríe cada vez más.

—Supongo que no verá usted inconveniente en ello...

—Tengo muy en cuenta su opinión, señor, pero me gustaría —nos gustaría a todos— que el Comité recibiese otras informaciones que las de...

—¿...que las de sus agentes de policía, señor Garín? A mí también. Se ha podido, por ejemplo, enviarme a uno de sus miembros, a una persona calificada. Se ha podido muy bien, ciertamente. (Se inclina ligeramente.) Y la prueba es que estamos juntos.

—Hace unos meses, nuestro Comité no se veía obligado a delegarme para conocer sus opiniones. Usted mismo se encargaba de hacérnoslas saber...

—La cuestión está, pues, en saber si soy yo el que ha cambiado o ustedes... Yo no soy ya joven, señor Garín, y quizá pueda usted reconocer que mi vida...

—Nadie piensa en discutir su carácter, por el que todos sentimos respeto. No ignoramos cuánto le debe China. Pero...

Se había inclinado y sonreía. Al oír *pero*, se yergue inquieto y mira a Garín.

—... pero usted no pone en duda, me parece, el valor de nuestra acción y, sin embargo, trata de

debilitarla.

Cheng-dai se calla, esperando que el silencio ponga nervioso a Garín y le hará seguir hablando. Tras un momento, se decide:

—Quizá, en efecto, es deseable que nuestra situación se haga más clara... Las cualidades de algunos de los miembros del Comité, y en especial las suyas, señor Garín, son eminentes. Pero ustedes inculcan una gran fuerza a un espíritu que nos resulta imposible aprobar plenamente. ¿Qué importancia concede usted a la escuela militar de Wampoa?

Separa las manos, como un sacerdote católico deplorando los pecados de sus fíeles.

—No soy sospechoso de aferrarme demasiado a las antiguas costumbres chinas; yo he contribuido a demolerlas. Pero creo, creo firmemente, diría incluso que tengo la convicción de que el espíritu del partido no será digno de lo que esperamos de él salvo a condición de seguir basándose en la justicia. ¿Quiere usted atacar?

Con una voz todavía más debilitada:

—No... Que los imperialistas carguen con todas las responsabilidades. Algunos asesinatos más de pobres desgraciados harán más por la causa que todos los cadetes de Wampoa.

—Eso es vender bien barata la propia vida.

Echa la cabeza hacia atrás para mirar a Garín, lo que le da el aspecto de un viejo maestro chino indignado por la pregunta de un alumno. Me parece que está encolerizado, pero no deja transparentar nada. Continúa con las manos metidas en las mangas. ¿Piensa en el tiroteo de Shameen? Al fin, dice, como si expusiese la conclusión de sus reflexiones:

—¡Oh! ¿No encuentra usted otro medio más que enviarlos a que los fusilen los voluntarios de Hong Kong?

—Pero es que ésa es una cuestión que ni siquiera se plantea. ¡Sabe usted tan bien como yo que no habrá guerra, que Inglaterra no puede hacerla! Cada día demuestra a los chinos —y el partido contribuye a ello— la estupidez del farol europeo, la nulidad de una fuerza apoyada en bayonetas colgadas de las paredes y de cañones obstruidos.

—Yo no estoy tan seguro como parece usted estarlo. La guerra no les disgustaría a ustedes... Demostraría a todos su habilidad, las cualidades de organizador del señor Borodín y las cualidades guerreras del general Gallen.

(¡Qué acento de desprecio en la palabra guerreras...!)

—¿No le parece, pues, algo elevado y justó la liberación de China?

—Es usted muy elocuente, señor Garín... Pero no vemos la cosa de la misma manera. A usted le gustan las experiencias. Emplea para llevarlas a cabo... ¿cómo diría yo...?, lo que le es necesario. Se trata en este caso del pueblo de esta ciudad. ¿Podré confesárselo? Preferiría que no nos sirviésemos de él para esta tarea. Me gusta leer historias trágicas, y sé admirarlas; pero no me gusta contemplar el espectáculo en el seno de mi propia familia. Si me atreviese a exponer mi pensamiento de una forma excesivamente violenta, que lo sobrepasa, y emplear una expresión de la que usted se sirve a veces, con una intención completamente diferente, diría que no puedo ver sin lástima a mis compatriotas transformados en.,, cobayas...

—Me parece que si existe una pación que haya servido de sujeto de experiencias para el mundo entero, no ha sido China, sino Rusia.

—Sin duda, sin duda... Pero acaso ella tenía *necesidad* de eso. Usted y sus amigos sienten esa necesidad. Ciertamente, cuando llegue el peligro, ustedes no retrocederán ante él...

Se inclina.

—Ésa no es —en mi opinión, señor Garín— una razón suficiente para salir a su encuentro.

—Quiero —deseo— que los chinos sean juzgados en toda China por tribunales chinos, protegidos realmente por policías chinos, que posean de verdad, y no sólo en principio, una tierra de la que son los legítimos dueños. Pero no tenemos derecho a atacar a Inglaterra de manera efectiva, por un acto del

Gobierno. No estamos en guerra. China es China, y el resto del mundo es el resto del mundo...

Molesto, Garín no responde en seguida... Cheng-dai continúa:

—Sé muy bien a qué tiende ese ataque... Sé demasiado bien que contribuirá a mantener el fanatismo que se ha instalado aquí con ustedes...

Garín lo mira.

—Fanatismo cuyo valor no niego, pero que no puedo aceptar, con vivo sentimiento por mi parte, señor Garín. Sólo sobre la verdad se puede fundar...

Abre los brazos, como si se excusase.

—Señor Cheng-dai, ¿cree que Inglaterra se preocupa tanto de la justicia como usted?

—No... Por eso acabaremos por vencerla... sin medidas violentas, sin combate. Antes de que pasen cinco años, ningún producto inglés podrá penetrar ya en China.

Piensa en Gandhi... Garín, golpeando la mesa con el extremo de su lápiz, responde lentamente:

—Si Gandhi no hubiese intervenido —en nombre de la justicia, también él— para romper el último Hartal, los ingleses no estarían ya en la India.

—Si Gandhi no hubiese intervenido, señor Garín, la India, que está dando al mundo la más alta lección que podamos recibir actualmente, no sería más que un país de Asia en rebelión...

—¡No estamos aquí para dar bellos ejemplos de derrota!

—Le agradezco una comparación que me honra mucho más de lo que usted se imagina, pero de la que no soy digno. Gandhi sabe redimir con su propio sufrimiento los errores de sus compatriotas.

—Y los latigazos que les vale su virtud.

—Es usted apasionado, señor Garín. ¿Por qué irritarse? China elegirá entre sus ideas y las mías...

—¡A nosotros nos corresponde hacer de China lo que debe ser! Pero ¿podremos hacerlo si no estamos de acuerdo entre nosotros, si usted le enseña a despreciar lo que le es más necesario, si no quiere usted admitir que lo que se necesita en primer lugar es EXISTIR?

—China se ha apoderado siempre de sus vencedores. Lentamente, es verdad, pero siempre...

—Señor Garín, si China tiene que convertirse en otra cosa que no sea la China de la Justicia, tal como yo he trabajado —modestamente— por edificarla, si ha de ser semejante...

(Una pausa. Sobreentendido: a Rusia.)

—...No veo la necesidad de su existencia. Que quede de ella un gran recuerdo. A pesar de los abusos de la dinastía manchú, la historia de China es digna de respeto...

—¿Cree usted que las páginas que estamos escribiendo dan la impresión de una decadencia?

—Cincuenta siglos de historia no pueden evitar algunas páginas muy tristes, señor Garín, más tristes sin duda que lo serán jamás ésas de que usted habla; pero, al menos, no he sido yo quien las ha escrito...

Se levanta, no sin esfuerzo, y se dirige hacia la puerta con pasos menudos. Garfa le acompaña. Una vez cerrada la puerta, se vuelve hacia mí:

—¡Señor buen Dios, líbranos de los santos!

* * *

Últimos informes: los oficiales de Tang están en la ciudad. Nada que temer por esta noche.

—Incluso en el campo de las ideas, o más bien de las pasiones —me explica Garín mientras cenamos —, no carecemos de fuerza contra Cheng-dai. Toda el Asia moderna está en el sentimiento de la vida individual, en el descubrimiento dé la muerte. Los pobres han comprendido que su miseria no tiene esperanza, que no pueden esperar nada de una nueva vida. Los leprosos que dejaban de creer en Dios

contaminaban las fuentes. Todo hombre liberado de la vida china, de sus ritos y sus vagas creencias, y rebelde al cristianismo, es un buen revolucionario. Puedes verlo de maravilla por el ejemplo de Hong y de casi todos los terroristas qué tendrás ocasión de conocer. Al mismo tiempo que el terror ante una muerte que ni redime ni recompensa, nace la idea de la posibilidad para cada hombre de vencer la vida colectiva de los desdichados, de alcanzar esa vida particular, individual, que consideran confusamente como el bien más precioso de los ricos. A estos sentimientos deben su éxito las pocas instituciones rusas aportadas por Borodín. Son ellos los que empujan a los obreros a exigir en sus fábricas comisiones de control elegidas por ellos, no por vanidad, sino para alcanzar el sentimiento de una existencia realmente humana... ¿No es un sentimiento semejante, el de poseer una vida particular, distinta a los ojos de Dios, lo que dio su fuerza al cristianismo? Que no hay gran distancia de esos sentimientos al odio, e incluso al fanatismo del odio, es algo que compruebo a diario... Si se muestra a un culi el auto de su patrono, se pueden producir varios efectos; pero si el culi tiene las piernas rotas... Y hay muchas piernas rotas en China... Lo más difícil es transformar las veleidades de los chinos en resoluciones. Fue preciso inspirarles confianza en sí mismos, y hacerlo de manera gradual, a fin de que esa confianza no desapareciese en unos días; mostrarles sus victorias, numerosas y sucesivas, antes de hacerles combatir militarmente. La lucha de Hong Kong, emprendida por muchas razones, es excelente en este sentido. Los resultados han sido brillantes; no los hagamos más brillantes todavía. Todos desean participar en esta ruina que ven pesar sobre el símbolo de Inglaterra. Se ven vencedores, y vencedores sin tener que soportar las imágenes guerreras que les repugnan porque no les recuerdan más que derrotas. Para ellos, como para nosotros, hoy es Hong Kong, mañana Hankeú, pasado mañana Shanghai, más tarde Pekín... Es el impulso dado por esta lucha el que debe sostener —y lo sostendrá— a nuestro ejército contra Cheng-tiung Ming, como será el que sostenga la expedición del Norte. Por eso nuestra victoria es necesaria, por eso tenemos que impedir, por todos los medios, que ese entusiasmo popular, que se está convirtiendo en una fuerza de epopeya, se deshaga en polvo en nombre de la justicia y otras pamplinas...

—Una fuerza semejante, ¿puede ser destruida tan fácilmente?

—Destruida, no. Aniquilada, sí. Fue suficiente una inoportuna predicación de Gandhi (porque los indios habían liquidado a algunos ingleses... ¡qué horror...!) para romper el último Hartal. El entusiasmo no soporta la vacilación, sobre todo aquí. Lo que necesitamos es que cada hombre sienta que su vida está vinculada a la Revolución, que perderá su valor si somos vencidos, que quedará reducida a un guiñapo...

Tras un silencio, añade:

—Y además, una minoría resuelta...

Después de cenar, se va a buscar noticias de Borodín: el acceso de fiebre que temía el médico se ha declarado, y el delegado de la Internacional, en la cama, se encuentra en la imposibilidad de leer o de discutir de nada. Esta enfermedad inquieta a Garín, y su inquietud nos lleva a hablar por unos instantes de él mismo. A una de mis preguntas; responde:

—Hay en el fondo de mí viejos rencores que han contribuido en mucho a atarme a la Revolución...

—Pero tú nunca has sido verdaderamente pobre...

—¡Ah! Ésa no es la cuestión. Mi hostilidad profunda se dirige mucho menos a los posesores que a los principios estúpidos en cuyo nombre defienden sus posesiones. Y hay otra cosa: cuando era un adolescente, pensaba cosas vagas, no necesitaba de nada para tener confianza en mí mismo. Sigo teniendo confianza en mí mismo, pero de otro modo: ahora, me hacen falta pruebas. Lo que me ata al Kuomintang...

Y apoyando la mano sobre mi brazo:

—Es la costumbre, pero sobre todo la necesidad de una victoria común...

Al día siguiente

La acción de los terroristas prosigue con violencia. Ayer, un rico comerciante, un juez y dos antiguos magistrados han sido asesinados, unos en la calle, los otros en sus domicilios.

Cheng-dai solicitará mañana ante el Comité ejecutivo la detención inmediata de Hong y de todos aquellos considerados como jefes de las sociedades anarquistas y terroristas.

«Las tropas de Tang están agrupadas.»

Apenas hemos comenzado a comer. En seguida partimos. El auto corre a toda velocidad a lo largo del río. En la ciudad, no se ve nada todavía. Pero en el interior de las casas ante las que nos detenemos, los equipos de ametralladores están prestos. Después de pasar nosotros, la policía regular del muelle y los piquetes de huelga dispersan a la multitud y detienen toda circulación sobre los puentes, en cuyas proximidades se instalan los nidos de ametralladoras. Las tropas de Tang están al otro lado del río.

En Propaganda, ante el despacho de Garín, nos esperan Nicolaiev y un joven chino despeinado, de rostro muy hermoso: Hong, el jefe de los terroristas. Sólo al oír su nombre me fijo en la longitud de sus brazos, esa longitud un poco simiesca de que me ha hablado Gérard. Ya muchos agentes se encuentran en el pasillo: los que, de guardia ante las casas de nuestros amigos sospechosos para Tang, tenían como misión prevenirnos tan pronto como se presentaran las patrullas encargadas de las detenciones. Dicen que acaban de ver a los soldados penetrar por la fuerza en las casas, furiosos al no encontrar a los que buscan, llevarse a las mujeres, a los criados... Garín les hace callar. Después, les pregunta uno a uno dónde se encontraban, señala en el plano de Cantón los lugares visitados por las patrullas.

—¿Nicolaiev?

—Sí.

—Baja. Un mensaje para Gallen. Tú mismo, ¿eh? Después, un agente con un coche en todas las centrales; que cada sindicato envíe cincuenta voluntarios contra cada patrulla. Las patrullas subirán hacia el río. Dos puestos de cadetes para dirigirlos, con una ametralladora cada uno.

Nicolaiev parte a toda prisa, sin aliento, balanceando pesadamente su grueso cuerpo. Hay ahora en el pasillo una muchedumbre de agentes, a los que un oficial cantonés y un europeo de alta estatura (Klein, me parece... pero está en la sombra) interrogan rápidamente antes de permitirles llegar hasta Garín. Otro oficial cantonés, muy joven, atraviesa, abriéndose camino con los hombros, esta masa blanca de personajes vestidos con trajes de lienzo o con túnicas.

—¿Me voy, señor comisario?

—De acuerdo, coronel. Recibirá usted los mensajes a la altura del puente número 3.

Le entrega un plano en el que están marcados en rojo los lugares en que se encontraban las patrullas, el punto de partida de Tang y las rutas que puede seguir. La barra azul del río corta la ciudad: allí, como siempre en Cantón, se librará el combate. Recuerdo la frase de Gallen: «Las tenazas. Si no pasan los puentes de pontones, están perdidos...»

Un joven secretario llega corriendo con unas notas.

—¡Espere, coronel! Aquí está la nota de la policía: Tang tiene mil cuatrocientos hombres.

—Yo, sólo quinientos.

—Gallen me había dicho que seiscientos.

—Quinientos. ¿Ha puesto usted vigías a lo largo del río?

—Sí. Ningún peligro de vemos rodeados.

—De acuerdo. Conservaremos los puentes.

El oficial se va sin añadir nada más. En medio de la algarabía, oímos el chirrido de su coche que arranca y su bocina que se aleja funcionando sin descanso. Calor, calor. Estamos todos en mangas de camisa; nuestras chaquetas yacen arrojadas unas sobre otras, en un rincón.

Una nota más, copia de una nota de Tang:

—*Objetivos: Bancos, estación, Correos* —lee Garín en voz alta. Continúa leyendo para sí, luego prosigue —: Primero tendrán que pasar el río.

—¡Garín, Garín! Las tropas de Feng-lia Dong...

Es Nicolaiev que regresa, secándose el ancho rostro con el pañuelo, con el pelo empapado, los ojos girando como bolas.

—¡...se unen a las de Tang! Las carreteras de Wampoa están cortadas.

—¿Seguro?

—Seguro.

Y en voz más baja:

—Nunca lograremos resistir solos.

Garín mira el plano extendido sobre la mesa. Lúe* go se encoge nerviosamente de hombros y marcha hacia la ventana.

—No se puede hacer gran cosa...

Grita:

—¡Klein! —Más bajo—: Hong, lárgate a la permanencia del sindicato de conductores y tráete a unos cincuenta tipos.

Y volviendo a Nicolaiev:

—¿Telégrafos? ¿Teléfonos?

—Cortados, naturalmente.

Entra Klein.

—¿Qué?

—Feng nos deja plantados y corta Wampoa. Toma una patrulla de guardias y agentes. Requisa —rápidamente— todo lo que puedas encontrar que se parezca a un coche. En cada cacharro, un agente y un chófer. (Encontrarás a los chóferes abajo. Hong ha ido a buscarlos.) Que circulen por toda la ciudad —sin pasar los puentes— y que nos manden el mayor número posible de parados y huelguistas. Pásate por las permanencias. Que los militantes nos envíen a todos los hombres de que puedan disponer. Y arréglatelas para alcanzar al coronel y decirle que te dé cien cadetes.

—¡Me va a chillar!

—¡No hay elección, idiota! Tráetelos tú mismo.

Klein se va. A lo lejos comienza un ruido de tiroteo...

—Ahora, ¡cuidado con el embotellamiento! Si vienen solamente tres mil para comenzar...

Llama al cadete que hace un momento interrogaba con Klein a los agentes antes de dejarles entrar:

—Envíe un agente a la permanencia de actividades marítimas. Treinta culíes inmediatamente.

Un auto más que se pone en marcha. Echo una ojeada por la ventana: ante Propaganda esperan una decena de coches, con sus chóferes. Cada secretario que se va toma uno; el auto sale chirriando de la gran sombra oblicua del edificio y desaparece en una polvareda plena de sol. Ya no se oyen disparos, pero, mientras miro, oigo la voz de un hombre que dice a Garín, detrás de mí:

—Tres patrullas han sido hechas prisioneras. Los tres enviados de las secciones aguardan.

—Fusilad a los oficiales. En cuanto a los hombres... ¿en dónde están?

—En las permanencias.

—Bien. Desarmados, esposas. Si Tang pasa los puentes, fusilados.

En el momento en que me vuelvo, el hombre que hablaba sale; pero vuelve a entrar de inmediato.

—Dicen que no tienen esposas.

—¡Al diablo!

El timbre del teléfono interior.

—¿Diga? ¿Capitán Kovak? El comisario de Propaganda, sí. ¿Arden? ¿Cuántas casas? ¿Del otro lado del río...? Déjelas arder...

Cuelga.

—¿Nicolaiev? ¿Qué guardia ante la casa de Borodín?

—Cuarenta hombres.

—Por el momento basta. ¿Hay una camilla en su casa?

—He hecho llevar una hace un instante.

—Bien.

Mira a su vez por la ventana, aprieta los puños y, dirigiéndose de nuevo a Nicolaiev:

—las cosas comienzan a ratear... Baja. Primero los coches en una sola fila. Unos detrás de otros. Después, una barricada y los parados en filas.

Nicolaiev, ya abajo, se ajetrea, agita los brazos, con el rostro en escorzo bajo su casco blanco. Los autos se desplazan con estrépito, se alinean. Dos o trescientos hombres en harapos esperan a la sombra, en su mayoría en cuclillas. Llegan más a cada minuto que pasa. Interrogan a los primeros, con aspecto atontado, y se ponen en cuclillas detrás de ellos, para mantenerse también a la sombra. Oigo detrás de mí:

—El primero y el tercer puente de pontones han sido atacados.

—¿Estabas allí?

—Sí, comisario, en el tercero.

—¿Y...?

—No aguantaron ante las ametralladoras. Ahora preparan sacos de arena.

—Bien.

—El coronel me ha dado esta nota para usted.

Oigo desgarrar el sobre.

—¿Hombres? Sí, sí —dice otra vez Garín con exasperación. Y en voz baja—: Tiene miedo a no resistir.

Abajo, los harapientos son cada vez más numerosos. En el límite de la línea de sombra se producen disputas.

—Garín, por lo menos hay quinientos tipos abajo.

—¿Sigue sin llegar nadie de la permanencia de actividades marítimas?

—Nadie, comisario —responde el secretario.

—¡Qué le vamos a hacer!

Sube la persiana y llama por la ventana:

—¡Nicolaiev!

El gordo levanta la cabeza, mostrando así su rostro, y se acerca bajo la ventana.

Garín le tira un paquete de brazaletes que ha cogido del cajón de su mesa.

—Escoge a treinta de esos fulanos, plántales un brazalete a cada uno y empieza la distribución de armas.

Vuelve.

Se oye la voz de Nicolaiev desde abajo:

—¡Las llaves, santo cielo!

Garín retira de un llavero una llavecita y la echa por la ventana: el gordo la recibe en las manos unidas en forma de copa. Al final de la carretera aparecen camilleros que traen heridos echados en camillas.

—¡Dos guardias rojos al final de la calle, infiernos! ¡Nada de heridos aquí en este momento!

Fatigado por la reverberación del sol sobre el polvo de la calle y sobre las paredes, me vuelvo un instante. Todo se me aparece borroso. Manchas de color de los carteles de propaganda pegados a la pared, sombra de Garín que anda de un lado al otro... Rápidamente mis ojos se habitúan a la sombra. En ese momento, los carteles toman vida... Garín vuelve a la ventana.

—¡Nicolaiev! ¡Nada más que fusiles!

—Está bien.

La multitud de parados, cada vez más densa, encuadrada por agentes de policía uniformados y un piquete de huelga enviado sin duda por Klein, avanza en punta hacia la puerta. Los fusiles están en el sótano. Muchedumbre inmensa, siempre protegida por la sombra. Llegan en el sol, en filas, una veintena de hombres portadores de un brazalete, conducidos por un secretario.

—¡Garín, más tipos con brazaletes!

Mira.

—Son los culíes de actividades marítimas. Está bien.

Silencio. Desde que esperamos que suceda algo, volvemos a sentir calor, como una plaga. Abajo, un débil rumor; murmullos, chanclos, inquietud, las tarreñas de un vendedor ambulante, los gritos de un soldado que lo echa. Ante la ventana, la luz. Calma plena de ansiedad. El tono rimado, cada vez más neto, de los hombres que llegan al paso; el chasquido brutal del alto. Silencio. Rumor... Un solo paso en la escalera. El secretario.

—Comisario, han llegado los culíes de actividades marítimas.

Garín escribe y dobla la hoja.

El secretario extiende la mano.

—¡No!

Arruga el papel y lo envía al cesto de los papeles.

—Iré yo mismo.

Pero se presentan nuevos secretarios portadores de papeles. Él lee: «Hong Kong. ¡Más tarde!», y echa los papeles en un cajón. Entra un cadete.

—Comisario, el coronel pide hombres.

—En un cuarto de hora.

—Pregunta con cuántos puede contar.

Miramos otra vez por la ventana: ahora la multitud se extiende hasta el final de la calle —siempre limitada por la línea de sombra—, agitada por lentos movimientos, que se pierden allí, como en el agua.

—Al menos mil quinientos.

El secretario espera todavía. Garín escribe de nuevo, y esta vez le entrega la orden.

Una vez más el timbre del teléfono interior.

—Pero, ¿qué amotinados, diablos?

—¡Tú deberías saberlo!

—Sí. En fin, ¿cómo han venido?

—¿Varios barcos? Está bien. Déjales atacar.

Cuelga y abandona la pieza.

—¿Te acompaño?

—Sí —responde ya en el corredor.

Bajamos. Hombres con brazaletes, elegidos hace poco por Nicolaiev, traen del sótano fusiles que sus camaradas distribuyen desde los escalones de entrada a los parados, casi en filas; pero los culíes de actividades marítimas han vuelto a subir con cajas de cartuchos. Los hombres armados se mezclan con les demás, que quieren pasar y conseguir cartuchos antes de haber obtenido un fusil... Garín grita en un chino muy malo; nadie le escucha. Se acerca entonces a la caja abierta y se sienta encima. La distribución cesa. El movimiento se detiene; de las últimas filas llegan preguntas... Vivamente hace retroceder a los hombres sin armas y situarse ante ellos a los hombres armados. Éstos, de tres en tres, reciben al pasar ante la caja sus municiones, con una desesperante lentitud... En el sótano, los culíes abren nuevas cajas a grandes golpes de formón y martillo... Y como hace un momento, un ruido militar de pasos llega hasta nosotros. No vemos nada a causa de la multitud. Garín trepa a lo alto de los escalones y mira:

—¡Los cadetes!

Son, en efecto, los cadetes que trae Klein. Los culíes suben del sótano, jadeantes, con el hombro aplastado por el ancho bambú del que cuelgan nuevas cajas de cartuchos... Klein está ante nosotros.

—Dos cadetes para secundarte —le dice Garín—. Todos los hombres llegados y provistos de municiones a veinte metros por delante. Los hombres armados y sin municiones, a diez metros. Una caja y tres hombres entre ambos para la distribución.

Y cuando todo se ha realizado, sin gritos, en medio de una polvareda acre y densa, rayada por el sol:

—Ahora, primero los fusiles, las municiones tres metros más allá. Los cadetes en primera fila. Sitúa a los hombres de diez en diez. Un jefe por fila; militante, si lo hay; si no, el primero de la fila. Que cada cadete tome ciento cincuenta hombres y corra al muelle a pedir instrucciones al coronel.

Volvemos a subir, y otra vez lo primero que hacemos es mirar por la ventana: la calle está invadida; tanto al sol como a la sombra, oradores, encaramados sobre los hombros de sus compañeros, aúllan... Se oye el ruido lejano de las ametralladoras. Al fondo, un primer grupo armado se aleja a paso gimnástico, vigilado por un cadete.

Y la exasperación pasiva, la tensión de todos los nervios que no encuentran otro objeto que la espera, comienza. Esperar. Esperar. Bajo la ventana, las secciones se constituyen una a una y se van, con un ruido de pasos. Nos traen documentos relativos a Hong Kong. Garín los echa en un cajón. Se sigue oyendo el sonido de tela desgarrada de las ametralladoras y, de vez en cuando, ráfagas aisladas de disparos de fusil; pero todo esto está lejos y se une casi en nuestro espíritu con las salvas de petardos que oíamos ayer. Los puentes continúan en nuestro poder. Por cinco veces las tropas de Tang han intentado pasar, pera no han logrado franquear las cabezas de puente sobre las que nuestras ametralladoras tiran con fuego cruzado. En cada ocasión, un cadete trae una nota: «Ataque puente número..., rechazado.» Y volvemos a esperar, Garín recorriendo la pieza o cubriendo su secante de recargados y fantásticos dibujos, llenos de curvas; yo, mirando por la ventana la organización de las secciones, siempre igual. Han venido dos confidentes, tras franquear el río a nado: del otro lado del puente, se entregan al pillaje y al incendio. Extendido por encima de la calle, un humo muy leve atenúa el brillo del cielo, extremadamente sereno.

* * *

Garín y yo corremos en coche hacia el muelle. Nadie en las calles. Las cortinas metálicas de los ricos comercios están echadas, los tenderetes cerrados por medio de planchas. Al pasar nosotros, aparecen rostros en las ventanas, tras una lona tendida o un lecho izado; y se desvanecen en seguida. En la esquina de una calle desaparece una mujer que corre con sus piececitos, con un niño en brazos, un niño a la espalda.

Nos detenemos a unos metros del muelle, en una calle paralela, para escapar al fuego de los enemigos que tiran desde la otra orilla. El coronel se ha instalado en una casa poco alejada del puente principal. En el patio, oficiales y niños. En el primer piso, una mesa sobre la que está desplegado el plano de Cantón;

contra la ventana, tres camas de madera puestas verticales no dejan entre sí más que una estrecha tronera por la que se filtra un rayo de sol que pone sobre la rodilla del coronel una mancha aguzada.

—¿Y bien?

—¿Ha recibido usted esto? —pregunta el coronel tendiéndole una nota.

La nota está escrita en chino. Garín y yo leemos al tiempo. Parece comprenderla poco más o menos; sin embargo, traduzco a media voz: el general Gallen ataca a las tropas de Feng que nos separan y marcha sobre la ciudad. El comandante[5]Chang-kai Chek, que se ha llevado las mejores secciones de ametralladoras, atacará de flanco a las tropas de Tang.

—No. Sin duda ha llegado después de mi salida. ¿Está seguro de aguantar aquí?

—Naturalmente.

—Gallen va a derribar a Feng como a un montón de polvo. Con la artillería, es cosa cierta. ¿Cree usted que las tropas de Feng se repliegan sobre la ciudad?

—Es probable.

—Bien. ¿Tiene bastantes hombres ahora?

—Más de los que necesito.

—¿Puede darme diez ametralladoras y un capitán?

El coronel lee algunas notas.

—Sí.

—Estoy haciendo levantar barricadas en las calles y estableciendo a la entrada nidos de ametralladoras. Si las tropas vencidas tropiezan con ellas, tendrán que dispersarse por el campo.

—Así lo creo.

Da una orden a su ayudante de campo, que sale corriendo. Nos despedimos, apuñalados uno tras el otro por el rayo que proyecta la tronera. Fuera, el tiroteo se ha calmado.

Afuera nos esperan veinte cadetes, abatidos como moscas sobre dos coches: apretujados en los asientos, enganchados al guardabarros, sentados en la capota, de pie en los estribos. El capitán monta con nosotros. Los autos arrancan y corren, sacudiendo a los cadetes en cada reguera.

Sobre la mesa esperan a Garín nuevos informes. Apenas los mira. Encarga al capitán la dirección de las secciones que continúan formándose; en la calle, que el sol, ahora más bajo, llena de sombra, no se ven más que cabezas.

—¡Para las barricadas, requise!

Dejando a Nicolaiev la organización y el armamento de las secciones, Klein desciende de nuevo al sótano, seguido de veinte cadetes; el grupo vuelve a subir y reaparece en el pasillo, confuso, erizado aquí y allá de los rayos brillantes que traza la luz sobre los cañones de las ametralladoras. Y de nuevo, los coches parten entre un estrépito de embragues y bocinas, desbordantes de soldados zarandeados y dejando entre las huellas de las ruedas gorras caqui, abandonadas.

Dos horas de espera. De cuando en cuando, recibimos un nuevo informe... Una sola alerta: hacia las cuatro, el enemigo conquista el segundo puente. Pero casi inmediatamente la línea de obreros armados, situados por todas partes detrás del muelle, deteniendo al cuerpo de Tang, ha dado tiempo para que llegase nuestra sección móvil de ametralladoras, y reconquistamos el puente. Después, ha habido fusilamientos en las callejuelas paralelas al muelle.

Hacia las cinco y media llegan los primeros huidos de la división de Feng. Recibidos por las ametralladoras, regresan en seguida al campo.

Inspección de nuestros puestos. El auto se detiene a cierta distancia; vamos a pie, Garín, un secretario cantonés y yo, hasta el final de esas calles, cuya perspectiva aparece cortada a media altura por barricadas bajas, hechas con vigas y largueros de camas. Detrás de ellas, los ametralladores fuman largos cigarros indígenas y echan de vez en cuando una ojeada por las troneras. Garín mira en silencio. A cien

metros de las barricadas, los obreros a los que hemos armado esperan, en cuclillas, charlando o escuchando los discursos de los suboficiales improvisados, militantes de los sindicatos portadores de brazaletes.

Y desde nuestro regreso a Propaganda, la espera recomienza. Pero ya no es una espera angustiada. En el último de los puestos que hemos inspeccionado, un secretario se ha acercado a Garín trayéndole un mensaje de Klein: el comandante Chang-kai Chek ha forzado las barreras de Tang, y las tropas de este último, también a la desbandada, tratan de llegar al campo. El tiroteo, que ha cesado del lado de los puentes, continúa, nutrido, como una granizada lejana, en la otra orilla; intermitentemente se oye el estallido de las granadas, como enormes petardos. La batalla se aleja rápidamente, tan rápidamente como cae la noche. Mientras que ceno en el despacho de Nicolaiev, clasificando los últimos informes de Hong Kong, se encienden las luces; y ya completamente de noche, no oigo más que detonaciones aisladas, perdidas...

Cuando vuelvo a bajar al primer piso, un rumor de palabras y de ruido de armas entra, por las ventanas, de la calle nocturna. Cerca de los coches, en la luz triangular de los faros, se cruzan siluetas de cadetes, negras, rayadas por barras que brillan: armas. Un batallón de Chang-kai Chek está ya en la calle. No se distingue nada fuera de los haces luminosos de los faros, pero se siente que, abajo, una muchedumbre agitada anima la sombra, con la necesidad de hablar en alto que sigue a los combates.

Garín, sentado detrás de su mesa, come una larga barra de pan tostado, que cruje entre sus dientes, y habla al general Gallen, que le escucha paseando a través de la habitación.

—...Por el momento, no puedo sacar conclusiones. Pero, según los últimos informes que he recibido ya, puedo afirmar esto: hay por todas partes islotes de resistencia; hay la posibilidad en la ciudad de una tentativa semejante a la de Tang.

—¿Se ha cogido a Tang?

—No.

—¿Muerto?

—No lo sé todavía. Pero hoy ha sido Tang, mañana será otro. El dinero de Inglaterra continúa presente; y el de los financieros chinos, también. Se lucha o no se lucha, pero...

Se levanta, sopla sobre la mesa, se sacude la ropa para desprender las migas de pan, va hacia la caja fuerte, la abre y saca una octavilla que tiende a Gallen:

—...eso es lo esencial.

—¡Ah! ¡El viejo sinvergüenza...!

—No. Él ignora sin la menor duda la existencia de estas octavillas.

Miro por encima del hombro de Gallen: la octavilla anuncia la constitución de un nuevo Gobierno, cuya presidencia ha sido ofrecida a Cheng-dai.

—Saben que pueden oponerlo a nosotros. Contra toda nuestra propaganda, él cuenta con su influencia.

—¿Hace mucho que tienes esta octavilla?

—Una hora.

—Su influencia... Sí, actúa como un polo. ¿No encuentras que todo esto ha durado ya demasiado?

Garín reflexiona.

—Es difícil...

"Tanto más porque empiezo a desconfiar de Hong... Está empezando a cargarse por su propia cuenta a gente que ha hecho al partido donativos considerables...

—Remplázale.

—Eso hay que pensarlo primero: tiene grandes cualidades, y éste es un mal momento. Además, si deja de estar con nosotros, se pondrá en contra nuestra.

—¿Y qué?

—No puede hacer nada sin nosotros de manera durable; los terroristas son siempre imprudentes y están siempre mal organizados... pero, por algunos días...

Al día siguiente

—¡Naturalmente! —dice Garín al entrar esta mañana en su despacho y ver las altas pilas de informes —. Tras los incidentes, siempre ocurre así...

Y nos ponemos de nuevo al trabajo: una actividad furiosa trasciende de todos esos informes que ponemos en orden como cosas muertas. Deseos, voluntades de anteayer y de ayer, violencia de hombres de los que solamente sé que están muertos o huidos. Y esperanza de otros hombres que quieren, mañana, intentar lo que Tang no ha sido capaz de conseguir.

Garín trabaja en silencio y reúne todos los documentos —son numerosos— relativos a Cheng-dai. De cuando en cuando, eligiendo o anotando un documento con lápiz rojo, dice solamente en voz baja: «Otra vez.» Todos nuestros enemigos se orientan hacia ese anciano. Tang, que esperaba pasar los puentes con bastante rapidez para apoderarse de las armas reunidas en Propaganda, quería confiarle la presidencia del nuevo Gobierno. Todos aquellos a quienes molesta la acción, todos los que viven de lamentaciones, reunidos en tomo a los jefes de las sociedades políticas secretas, ancianos que antaño colaboraron con Cheng-dai, forman una masa a la que la vida de Cheng presta un cierto orden...

Y éstos son los informes de Hong Kong: Tang se ha refugiado en la ciudad. Inglaterra, que sabe lo escasamente elevados que son los fondos de la sección de Propaganda, recobra los ánimos. Comprendo, quizá mejor que cuando me encontraba en el propio Hong Kong, lo que es esta guerra nueva en que se remplazan los cañones por consignas, en que la ciudad vencida no es entregada a las llamas, sino a ese gran silencio de las huelgas de Asia, a ese vacío inquietante de las ciudades abandonadas, donde alguna silueta furtiva desaparece con un sordo chasquido de chanclos solitarios... La victoria ya no está en el nombre de una batalla, sino en estos gráficos, en estos informes; en la baja de los precios de las casas, en las solicitudes de subvenciones, en la floración de placas blancas que sustituyen poco a poco, en la entrada de los edificios de Hong Kong, a las razones sociales de las compañías... La otra guerra, la antigua, se prepara también: el ejército de Cheng-tiung Ming se entrena bajo la dirección de oficiales ingleses.

«¡Dinero, dinero, dinero!», dicen uno tras otro los informes. «Nos vamos a ver obligados a suspender el pago de los subsidios de huelga...» Y Garín traza nerviosamente frente a cada demanda una D mayúscula: el decreto. Un gran número de compañías cantonesas, a las que ese decreto arruinaría sin esperanzas y que han propuesto hace poco a Borodín sumas elevadas, se han vuelto hacia los amigos de Cheng-dai... Hacia las once, se va.

—Es absolutamente preciso conseguir ese decreto. Si viene Gallen, dile que estoy en casa de Cheng-dai.

* * *

Trabajo después con Nicolaiev. El jefe de la policía es un antiguo agente de la Ojrana. Borodín conoce su expediente, actualmente en la Checa. Afiliado a las organizaciones terroristas antes de la guerra, hizo arrestar a un buen número de militantes. Estaba muy bien informado, ya que unía a sus propias confidencias las de su mujer, terrorista sincera y respetada, que murió de manera singular. Diversas circunstancias apartaron de él la confianza de sus camaradas, sin permitir no obstante el nacimiento de una opinión lo bastante firme para justificar su ejecución. Desde ese momento, la Ojrana lo consideró quemado y dejó de pagarle. Era incapaz de trabajar. Erró de miseria en miseria, fue guía, vendedor de fotos obscenas... Periódicamente imploraba a la policía que le enviase algún dinero para socorrerle; vivía asqueado de sí mismo, fracasado, apegado sin embargo a esa policía por una especie de espíritu de cuerpo. En 1914, al tiempo que solicitaba cincuenta rublos —fue su última demanda—, denunció, como para pagarla, a su vecina, una anciana que ocultaba armas...

La guerra le liberó. Dejó el frente en 1917, terminó por ir a parar a Vladivostock, después a Tientsin, donde se embarcó, en calidad de lavaplatos, en el barco que zarpaba hacia Cantón. Aquí reinició su

antigua profesión de confidente y supo mostrar la suficiente habilidad para que Sun-yat Sen le confiase, cuatro años más tarde, uno de los puestos importantes de su policía secreta. Los rusos parecían haber olvidado su antigua profesión.

Mientras acabo de poner en orden el correo de Hong Kong, él estudia la represión del levantamiento de ayer.

—Entonces, ¿comprendes, pequeño?, elegí la sala más grande. Es grande, muy grande. Me siento en el sillón presidencial, solo, completamente solo, en el estrado; completamente solo, ¿comprendes bien? No hay más que un escribano en un rincón y, detrás de mí, seis guardias rojos que no entienden más que el cantonés, revólver en mano, claro está. Con frecuencia, cuando el fulano entra, da un taconazo (hay hombres valientes, como dice tu amigo Garín), pero cuando sale, jamás da un taconazo. Si hubiese alguien allí, si hubiese público, no lograría nunca nada: los acusados resistirían. Pero cuando estamos completamente solos... Tú no puedes comprenderlo: completamente solos...

Y con una sonrisa desvaída, una sonrisa de viejo gordo excitado al contemplar una niña desnuda, añade, arrugando los párpados:

—Si supieses qué cobardes se vuelven...

* * *

Cuando vuelvo para comer, encuentro a Garín escribiendo.

—Un instante, ya casi he terminado. Tengo que anotar esto en seguida, si no se me olvidaría. Es mi visita a Cheng-dai.

Transcurridos irnos minutos, oigo el ruido que hace la pluma cuando se traza una raya. Aparta los papeles.

—Según parece, ha vendido su última casa. Se aloja en la de un pobre fotógrafo, por eso sin duda prefirió venir a verme él el otro día. Me hicieron entrar en el taller, una habitación pequeña, llena de sombra. Él adelanta el sillón y se sienta en el diván. En algún sitio, en el patio, un vendedor de linternas martillea sobre hojalata... lo que nos obliga a hablar muy alto. Pero no tienes más que leer...

Me tiende sus papeles.

—Empieza por: «Pero sin duda...» Ch.-d. es él; G. soy yo, evidentemente. O mejor no. Yo te lo leeré. Tú no podrías comprender las indicaciones que van en abreviatura.

Inclina la cabeza, pero en el momento en que va a empezar a leer, añade:

—Te ahorraré la inútil palabrería del principio. Mandarinesco y distinguido, como de costumbre. Cuando le puse entre la espada y la pared preguntándole si votaría sí o no al decreto:

—Señor Garín —dice (Garín imita casi la voz débil, mesurada y un poco doctoral del anciano)—, ¿me permite usted que le haga algunas preguntas? Ya sé que no es de ningún modo la costumbre...

—No faltaba más.

—Quisiera saber si se acuerda usted de la época en que creamos la escuela militar.

—Muy bien.

—En ese caso, quizá no haya olvidado que, cuando usted se dignó venir a verme para darme a conocer su proyecto, me dijo usted —me aseguró— que esa escuela se fundaba para permitir al Kuang-Ton defenderse.

—¿Y bien?

—Defenderse. Tal vez recuerde que fui con usted, con el joven comandante Chang-kai Chek, a casa de las personas notables. Incluso fui solo en varias ocasiones. Los oradores me injuriaron, me calificaron de militarista, ¡a mí...! Sé que una vida honorable no escapa a las injurias, y las desprecio. Pero yo dije a hombres dignos de respeto, de consideración, que habían depositado en mí su confianza: “Usted se digna creer que yo soy un hombre justo. Le pido que envíe a su hijo —a su hijo varón— a esta escuela. Le pido

que olvide lo que la sabiduría de nuestros antepasados nos ha enseñado: la infamia del oficio militar." Señor Garín, ¿fue eso lo que dije?

—¿Quién lo pone en duda?

—Bien. Ciento veinte de esos chicos han muerto. Tres de ellos eran hijos únicos. Señor Garín, ¿quién es responsable de esas muertes? Yo.

Con las manos en las mangas, se inclina profundamente y vuelve a erguirse, diciendo:

—Soy un hombre de edad, hace mucho tiempo que he olvidado las esperanzas de mi juventud..., una época en la que usted no había nacido aún, señor Garín. Sé lo que es la muerte. Sé que hay sacrificios necesarios... Tres de esos jóvenes eran hijos únicos —hijos únicos, señor Garín— y he vuelto a ver a sus padres. Todo joven oficial que no cae para defender a su provincia muere en vano. Y yo aconsejé esa muerte.

—Esos argumentos son excelentes; lamento que no se los haya expuesto al general Tang.

—El general Tang los conocía y los ha olvidado, como otros... Señor Garín, poco importan las facciones. Pero, ya que el Comité de los siete, ya que una parte del pueblo concede un valor a mi pensamiento, yo no se lo ocultaré.

Añade, muy lentamente:

—Cualquiera que sea para mí el peligro... Créame que lamento hablarle así. Usted me obliga a ello. Lo siento, de veras. Señor Garín, no defenderé su proyecto. Sin duda, incluso iré hasta a combatirlo... Pienso que usted y sus amigos no son buenos pastores para el pueblo...

(—Fueron los Padres —dice Garín con su voz Habitual— quienes le enseñaron el francés.)

—y más aún, que son ustedes peligrosos para él. Pienso que son ustedes extremadamente peligrosos: porque ustedes no lo quieren.

—¿A quién debe preferir el niño, a la nodriza que le quiere y le deja ahogarse o a la que no le quiere, pero sabe nadar y le salva?

—Eso depende tal vez, señor Garín, de lo que el niño tiene en los bolsillos...

—Verdaderamente usted debe de saberlo bien, puesto que hace más de veinte años que le está ayudando y aún es usted pobre...

—Yo no he buscado...

—¡No es como yo! Viendo mis zapatos agujereados (me apoyo en la pared y muestro una de las suelas), se adivina que la corrupción me ha enriquecido.

La cosa es desconcertante, pero idiota. Podría haberme replicado que nuestros fondos, por escasos que sean, permiten la compra de unos zapatos nuevos. ¿No se le ocurre o no quiere continuar una discusión que le hiere? Como todos los chinos de su generación, teme la violencia, la irritación, los signos de vulgaridad... Saca las manos de las mangas, abre los brazos en un gesto y se levanta.

—Eso es todo.»

Garín deja sobre la mesa la última hoja, cruza las manos sobre ella y repite:

—Eso es todo.

—¿Y bien?

—Creo que la cuestión está resuelta. Lo único que se puede hacer ahora es esperar a acabar con él antes de volver a hablar del decreto. Felizmente él hace todo lo necesario para ayudarnos.

—¿Cómo?

—Pidiendo la detención de los terroristas (entre paréntesis, ya puede pedirla: si consigue su acusación, la policía no los encontrará, y en paz). Hace mucho tiempo que Hong le odia...

Al día siguiente por la mañana

Al entrar, como de costumbre cuando se retrasa, en la habitación de Garín, oigo gritos: dos jóvenes chinas, que estaban echadas sobre la cama, desnudas (largas manchas blancas de cuerpos depilados), sorprendidas por mi entrada, se levantan lanzando alaridos y se refugian detrás de un biombo. Garín, que se abrocha la casaca de oficial, llama al *boy* y le da instrucciones para que haga salir a las mujeres y les pague, una vez que se hayan vestido.

—Cuando uno lleva aquí un cierto tiempo —me dice en la escalera—, las chinas lo excitan a uno mucho, ya lo verás. Por eso, para ocuparse en paz de cosas serias, lo mejor es acostarse con ellas y no pensar más en la cuestión.

—Y con dos a la vez, supongo que se conseguirá doblemente la paz...

—Si el corazón te lo pide, hazles (o hazle, si te empeñas) venir a tu habitación. Tenemos muchos confidentes en las casas de las orillas del río, pero yo no me fío...

—¿Los blancos van a esos establecimientos?

—¡Y que lo digas! Las chinas son muy hábiles...

Pero Nicolaiev nos espera al pie de la escalera. Tan pronto como ve a Garín, grita:

—¡Sí, sí, la cosa continúa! ¡Escucha esto!

Saca un papel del bolsillo y, mientras nos dirigimos a Propaganda a pie (todavía no hace demasiado calor), despacio, a causa de su obesidad, lee:

«Los hombres y las mujeres extranjeros de las misiones han huido ante una muchedumbre china inofensiva. ¿Por qué lo han hecho si no son culpables? Y se han encontrado en los jardines de la misión innumerables huesos de niñitos chinos. Ahora que está bien establecido que esos seres sin virtud, en sus orgías, asesinan ferozmente a inocentes niñitos chinos...»

—¿Eso es de Hong, verdad? —pregunta Garín».

—Claro, como de costumbre. Dictado, ya que no sabe escribir los caracteres... Es el tercer papel...

—Sí, le he prohibido ya esas estupideces. ¡Hong está comenzando a fastidiarme!

—Y yo creo que tiene la intención de continuar. En Propaganda sólo le he visto trabajar con placer cuando tenia que redactar comunicados anticristianos. Dice que el pueblo se siente feliz con tales comunicados... Es posible...

—Esa no es la cuestión. Mándamelo en cuanto llegue.

—Quería verte esta mañana. Supongo que te estará esperando...

—¡Ah! Sobre todo no le preguntes cuáles son sus! intenciones con respecto a Cheng-dai. Busca información en otra fiarte.

—Bien. Dime una cosa, Garín...

—¿Qué?

—¿Sabes que el banquero Sia-chu ha muerto?

—¿Cuchillo?

—Una bala en la cabeza cuando pasamos los puentes.

—¿Y piensas que Hong...?

—No lo pienso. Lo sé.

—Pero tú le habías dicho que dejase...

—De tu parte y de parte de Borodín (a propósito, Borodín va mejor; vendrá pronto, sin duda). Hong hace lo que le da la gana.

—¿Sabía que Sia-chu nos sostenía?

—Muy bien. ¡Pero no le importa nada! Sia-chu era demasiado rico... Nada de pillaje, como de

costumbre...

Garín menea la cabeza, sin responder. Llegamos.

Acompaño a Nicolaiev, recojo en su despacho el expediente de los últimos informes de Hong Kong y vuelvo a bajar. Al entrar en el despacho de Garín, tropiezo con Hong, que se despide. Habla con un acento muy fuerte, casi en voz baja, en la que se adivina una rabia mal contenida.

—Usted tiene la obligación de juzgar lo que yo escribo. Está bien. Pero no mis sentimientos. La tortura —yo lo pienso así— es en este caso una cosa justa. Porque la vida de un hombre de la miseria es una larga tortura. Y los que enseñan a los hombres de la miseria a soportarla deben ser castigados, sean sacerdotes cristianos u otros hombres. Ellos no saben. No saben. Habría que —yo pienso— obligarles (subraya la palabra con un gesto, como si golpease) a comprender. No soltar contra ellos a los soldados. No. A los leprosos. El brazo de un hombre se convierte en barro y se funde; el hombre viene a hablarme de resignación, entonces está bien. Pero ese hombre dice otra cosa.

Y sonríe al marcharse, con una sonrisa que deja sus dientes al descubierto y da de repente a su rostro lleno de odio una expresión casi infantil.

Garín, preocupado, reflexiona. Cuando levanta la cabeza, su mirada se encuentra con la mía.

—He hecho prevenir al obispo —dice— del peligro que corten sus misioneros. Su partida se ha hecho necesaria, pero no su asesinato.

—¿Y...?

—Me ha respondido que se tomarán las precauciones convenientes. «Por lo demás, Dios nos concederá o nos negará el martirio. ¡Hágase su voluntad!» Algunos de los misioneros se han marchado.

Mientras habla, su mirada se dirige a la mesa y se detiene sobre una de las notas blancas que cubren su secante:

—¡Ah, ah! Cheng-dai ha dejado al fotógrafo y se ha instalado en un chalet que un amigo ausente ha puesto a su disposición... Y, hombre prudente, ha conseguido ayer que le asignen una guardia militar... ¡Ah, qué bueno sería lograr remplazar el Comité de los siete por un comité dictatorial más seguro, crear una Checa, no tener que contar ya con gente como Hong...! ¡Hay tantas cosas que hacer!

—¡Pero bueno! ¿Otra vez? Sí, entre.

El ordenanza trae, de parte de un delegado, un rollo de seda enviado de Shanghai, sobre el que aparecen felicitaciones caligrafiadas con tinta china.

Abajo, se ha añadido una especie de posdata, escrita con una tinta todavía más clara y más sucia.

Nosotros (siguen cuatro nombres) hemos firmado esto con nuestra sangre tras habernos cortado un dedo cada uno, para testimoniar nuestra admiración a nuestros compatriotas cantoneses que osan luchar así. de una manera tan admirable, contra la Inglaterra imperialista. Por ello les testimoniamos nuestro respeto y contamos con que la lucha continúe hasta la victoria completa. Han firmado a continuación: siguen innumerables firmas colectivas (una por sección).

—Hasta la victoria completa —repite Garín—. ¡El decreto, el decreto, el decreto! Todo radica en él. Si no impedimos a los barcos de Hong Kong venir aquí, acabarán por pulverizarnos, hagamos lo que hagamos. Es preciso que el decreto sea aprobado. Es preciso. Si rio, ¿qué rayos hacemos aquí...?

Coge de la mesa un montón de informes de Hong Kong. No son más que demandas de dinero.

—Mientras tanto —continúa—, no hay más que una solución: el abandono de la huelga general. Toda Asia sigue por fin el combate qué hemos emprendido: basta con que Hong Kong siga paralizado a los ojos de todos. La huelga del sindicato de actividades marítimas, de los marinos y de los culíes será suficiente. Hong Kong sin brazos equivale a Hong Kong desierto.

Y aquí nos hace mucha falta el dinero de la Internacional. ¡Nos hace mucha falta!

Y empieza a escribir un informe, ya que es Borodín, el que toma las decisiones que comprometen a la Internacional. La luz pone de relieve los salientes y las arrugas de su rostro inclinado. El más antiguo

poder de Asia reaparece: los hospitales de Hong Kong, abandonados por sus enfermeros, están llenos de enfermos y, sobre este papel que la luz amarillea, es también un enfermo el que escribe a otro enfermo...

Las dos

La nueva actitud de Hong inquieta extremadamente a Garín. Cuenta con él para librarse de Cheng-dai; pero si bien los informes de los confidentes le permiten saber que Hong no esperará a ser acusado para *actuar* y que la certidumbre de no tener todavía en contra suya a la policía le impulsa a actuar *rápidamente*, Hong no sabe nada sobre lo que debe ser la acción de un terrorista. En él, me dice Garín, está apareciendo desde hace algún tiempo un personaje singular; bajo la aparente cultura, hecha únicamente de meditaciones sobre algunas ideas virulentas encontradas al azar de los libros y las conversaciones, el chino inculto, el chino que no sabe leer los caracteres, remonta en él y comienza a dominar al que lee los libros franceses e ingleses; y este nuevo personaje está sometido por completo a la violencia de su carácter y de su juventud y a la única experiencia que puede llamarse verdaderamente suya, la de la miseria... Siendo adolescente, vivió entre hombres cuya miseria formaba su universo, muy cerca de los bajos fondos de las grandes ciudades chinas, frecuentados por enfermos, viejos, débiles de todo tipo, por los que mueren de hambre un día y por aquellos, mucho más numerosos, a los que una alimentación de ganado mantiene en una especie de embrutecimiento y de debilidad constante. Para ellos, cuya única preocupación es llegar a procurarse un poco de pitanza, el decaimiento es casi siempre tan completo que no deja siquiera lugar al odio. Sentimientos, corazón, dignidad, todo se ha derrumbado, y los impulsos de rencor y desesperación afloran apenas, aquí y allá, como por encima de la masa de harapos y de cuerpos arrastrados por el polvo, esas cabezas, con los ojos abiertos, sostenidas por las patas de palo proporcionadas por los misioneros... Pero para otros, para los que se convierten llegado el caso en soldados o bandidos, para los que son capaces todavía de algún arranque, que preparan complicadas operaciones para conseguir transportar tabaco, el odio existe, tenaz, fraterno. Viven con él, a la espera de esas jomadas en que las tropas que flaquean están dispuestas a llamar en su ayuda a saqueadores e incendiarios. Hong se ha liberado de la miseria; pero no ha olvidado su lección, ni la imagen del mundo que ella suscita, feroz, coloreada por el odio impotente. «No hay más qué dos razas», dice, «los mi-se-ra-bles y los otros.» La repugnancia que siente ante los poderosos y los ricos, nacida en su infancia, es tal que no desea ni poder ni riqueza. Poco a poco, a medida que se ha alejado de sus patios de Monipodio, ha descubierto que no odiaba en absoluto la dicha de los ricos, sino el respeto que sienten por sí mismos. «Un pobre», dice también, «no puede estimarse.» Podría aceptarlo si pensase como sus antepasados que su existencia no está limitada al curso de su vida particular. Pero, apegado al presente con toda la fuerza que le da el descubrimiento de la muerte, no acepta ya, no busca ya, no discute ya; odia. Ve en la miseria una especie de demonio zalamero, sin cesar ocupado en demostrar al hombre su bajeza, su cobardía, su debilidad, su aptitud para envilecerse. Sin la menor duda, odia ante todo al hombre que se respeta, que está seguro de sí mismo; imposible rebelarse más profundamente contra su raza. Es la repugnancia que siente por la respetabilidad, virtud china por excelencia, la que le ha llevado a las filas de los revolucionarios. Como todos aquellos a quienes anima la pasión, se expresa con fuerza, lo que le da autoridad; y esta autoridad se ve acrecentada por el carácter extremado de su odio contra los idealistas —contra Cheng-dai en particular—, odio al que se atribuyen erróneamente causas políticas. Odia a los idealistas porque pretenden «arreglar las cosas». No quiere de ningún modo que las cosas se arreglen. No quiere de ningún modo sacrificar, en aras de un porvenir incierto, su odio presente. Habla con rabia de los que olvidan que la vida es única y proponen a los hombres sacrificarse por sus hijos. Él, Hong, no es en manera alguna de los que tienen hijos, ni de los que se sacrifican, ni de los que tienen razones para otros que no sean ellos mismos. ¡Que Cheng-dai, dice, buscando como otros su alimento al pie de las cloacas, disfrute, pues, del placer de escuchar a un honorable anciano hablar de la justicia! Él no quiere ver en el viejo jefe atormentado más que a aquel que pretende, en nombre de la justicia, frustrarle de su venganza. Y pensando en las confusas confidencias de Rebecci, piensa que son demasiados los hombres que se han dejado apartar de su única vocación por la sombra de un ideal cualquiera. No quiere terminar su vida alquilando pájaros mecánicos, ni dejar que la edad se le imponga. Cuando oyó recitar este poema de un chino del Norte:

Yo combato solo, y gano o pierdo,

No necesito a nadie que me dé la libertad.

No quiero que ningún Jesucristo piense nunca

Que ha podido morir por mí,

se apresuró a, aprendérselo de memoria. La influencia de Rebecci, más tarde la de Garín, no han hecho más que desarrollar su necesidad de realismo furioso, enteramente sometido al odio, Considera su vida como podría hacerlo un tísico, todavía en la plenitud de sus fuerzas, pero sin esperanza; y el odio pone un orden salvaje, brutal en el turbio conjunto de sus sentimientos, y toma el carácter de un deber.

Sólo la acción al servicio del odio no es ni mentira, ni cobardía, ni debilidad; sólo ella se opone suficientemente a las palabras. Fue esa necesidad de acción lo que hizo de él nuestro aliado; pero encuentra que la Internacional actúa demasiado lentamente, que perdona a demasiada gente. Por dos veces en esta semana ha hecho asesinar a hombres a los que aquélla quería proteger.

—Cada asesinato acrecienta la confianza que tiene en sí mismo —dice Garín—, y poco a poco va tomando conciencia de lo que es en lo más profundo de su ser: un anarquista. La ruptura entre nosotros está próxima. ¡Mientras no se produzca demasiado pronto!

Y tras un corto silencio:

—Hay pocos enemigos a los que yo comprenda mejor...

Al día siguiente

Cuando entro en el despacho de Garín, Klein y Borodín charlan, sentados uno frente al otro cerca de la puerta. Vigilan de soslayo a Hong, de pie en medio de la pieza, que, con las manos en los bolsillos, discute con Garín. Borodín se ha levantado esta mañana: amarillo, enflaquecido, parece actualmente chino. Algo en la atmósfera, en la actitud de los hombres, deja trasparentar la hostilidad, casi el altercado. Hong habla con su marcado acento, entrecortadamente, sin moverse. Ante el movimiento brutal de sus mandíbulas (habla como si mordiese), pienso de repente en la frase que me transmitió Gérard: «Cuando me hayan condenado a la pena capital...»

—En Francia —está diciendo— no se atrevían a cortarle la cabeza al rey, ¿no? Pero por fin lo hicieron.

Y Francia no ha muerto. Siempre hay que empezar por guillotinar al rey.

—Pero no cuando paga.

—Cuando paga y cuando no paga. ¿Y a mí qué me importa que pague?

—Nos importa a nosotros. ¡Atención, Hong! Una acción terrorista depende de la policía con que se enfrente...

—¿Qué?

Garín repite la frase. Hong parece haber comprendido, pero continúa inmóvil, mirando al enlosado, con la frente proyectada hacia adelante.

—Cada cosa a su tiempo —añade Garín—. La revolución no es tan sencilla.

—¡Oh, la revolución...!

—¡La revolución —dice Borodín volviéndose bruscamente— consiste en pagar al ejército!

—En ese caso carece por completo de interés. ¿Elegir? ¿Por qué? ¿Porque ya no existe la justicia entre vosotros? Yo dejo esas preocupaciones al respetable Cheng-dai. Su 'edad las excusa. Le van muy bien a ese peligroso viejo. La política no me interesa.

—Eso es, eso es —responde Garín—. ¡Discursos! ¿Sabes lo que están haciendo en este momento los directores de las grandes agencias de Hong Kong? Hacen cola en casa del gobernador para obtener subvenciones, y los Bancos se niegan a proporcionar las sumas pedidas. En el puerto, la «gente distinguida» lleva a cuestas sus bultos (como ocas, por lo demás). Estamos arruinando a Hong Kong, estamos convirtiendo en un pequeño puerto a uno de los territorios más ricos de la Corona... sin hablar del ejemplo. Y tú, ¿qué haces tú?

Hong se calla en el primer momento. Pero, por el modo en que mira a Garín, me doy cuenta de que

va a hablar. Al fin se decide:

—Todo estado social es una porquería. Lo importante es la única vida de cada uno. No perderla.

Pero esto no es más que una especie de preliminar...

—¿Y luego? —dice Borodín.

—¿Que qué es lo que hago, preguntan?

Se vuelve hacia Borodín y le mira de frente esta vez.

—Lo que ustedes no se atreven a hacer. Reventar de trabajo a los hombres pobres es algo verdaderamente vergonzoso; hacer que pobres diablos maten a los enemigos del partido, eso está bien. Pero cuidarse mucho de no mancharse las manos con cosas por el estilo también está bien, ¿di?

—A lo mejor, tengo miedo —contesta Borodín, que comienza a encolerizarse.

—De que le maten, no.

Y meneando la cabeza de arriba a abajo:

—De lo demás, sí.

—¡Cada uno tiene su misión!

—¡Ja! Y ésa es la mía, ¿eh?

También se encoleriza, y su acento se hace cada vez más marcado.

—¿Cree usted que yo no siento repulsión? Precisamente *porque* eso me resulta penoso no siempre obligo a los demás a hacerlo, ¿me oye? Sí, mire usted al señor Klein. Él ha suprimido a una Alta Nobleza, lo sé. Yo se lo pedí...

Suspendiendo ahí la frase, mira alternativamente a Borodín y a Klein y ríe nerviosamente.

—Todos los burgueses no son patronos de una fábrica —murmura.

Luego, se encoge repentinamente de hombros y se va casi corriendo, dando un portazo.

Silencio.

—La cosa no ha mejorado —dice Garín.

—¿Qué piensas que va a hacer? —pregunta Klein.

—¿Respecto a Cheng-dai? Cheng-dai casi ha pedido su cabeza...

Y tras haber reflexionado:

—Me comprendió cuando le dije: una acción terrorista debe contar con la policía a la que se enfrentan los terroristas. Por lo tanto, intentará acabar con Cheng-dai lo antes posible... Es muy probable. Pero a partir de hoy, también nosotros estaremos amenazados... Al primero de esos señores...

Borodín, mordiéndose el bigote y abrochándose el cinturón, que le molesta, se levanta y sale. Le seguimos. Aplastada contra la bombilla eléctrica, una gran mariposa proyecta sobre la pared una ancha sombra negra.

Las nueve

Sin duda las palabras de Myrov han dejado inquieto a Garín porque, por primera vez, hace alusión a su enfermedad sin que yo le pregunte.

—La enfermedad, amigo mío... no se puede saber lo que es la enfermedad cuando uno no está enfermo. Se cree que es algo contra lo que se lucha, una cosa extraña a uno. Pero no, la enfermedad es uno, uno mismo... En fin, cuando la cuestión de Hong Kong esté resuelta...

Después de cenar llega un telegrama: el ejército de Cheng-tiung Ming ha abandonado Waicheú y marcha sobre Cantón.

Me entero al despertarme de que Garín, tras haber sufrido una crisis, ha sido trasladado al hospital esta noche. Podré ir a verlo a partir de las seis.

Hong y los anarquistas anuncian que esta tarde se celebrarán reuniones en las salas de que disponen los principales sindicatos. El propio Hong pronunciará un discurso en la reunión de «El Junco», la más potente sociedad de culíes del puerto de Cantón, y en las de algunas sociedades secundarias. Borodín ha designado para responderle a Mao-ling Wu, uno de los mejores oradores del Kuomintang.

Mañana, nuestros agentes anunciarán el cese de la huelga general en Hong Kong; al mismo tiempo, a fin de que la inquietud que pesa sobre la ciudad no se disipe, la policía inglesa será informada por los agentes dobles de que los chinos, furiosos al no poder mantener la huelga general, se preparan para la insurrección. En estos últimos días, las casas de comercio inglesas han intentado crear en Suateú un servicio de transportes, gracias al cual los objetos desembarcados en este puerto serían expedidos hacia el interior de China. A una orden nuestra, los sindicatos de Suateú declararon ayer la huelga de culíes, y esta mañana se ha ordenado el embargo de las mercancías de origen inglés. Por último, un tribunal extraordinario acaba de resolver: todos los comerciantes que hayan aceptado la entrega de mercancías inglesas serán arrestados y castigados con una multa equivalente a los dos tercios de su patrimonio. Aquellos que no satisfagan la multa antes de diez días serán ejecutados.

Las cinco

He estado ocupado hasta muy tarde, y la reunión de «El Junco» ha comenzado ya.

El secretario yunnanés de Nicolaiev y yo nos detenemos ante una especie de fábrica, entramos en un garaje que atravesamos siguiendo el camino libre entre los Ford, atravesamos igualmente un patio. De nuevo, un techo sin cuernos, un gran muro blanco sobre el que las lluvias han dejado largos regueros verdes, como cubos de ácido arrojados a voleo; una puerta. Ante esta puerta, sentado sobre una caja, un centinela calzado con alpargatas enseña su pistola automática a unos niños, los más pequeños de los cuales están desnudos. Mi compañero le presenta una tarjeta; se levanta para mirarla y rechaza blandamente al racimo de niños, con su único mechón de pelo. Entramos. Un rumor sordo, del que se desmigajan aquí y allá algunas frases, sube con un vaho espeso y azulado. No distingo más que los dos grandes prismas de sol acribillados de átomos que proyectan las ventanas y que se hunden como barras oblicuas en la sombra de la sala. Luz, polvo, humo, materia fluida y densa en la que el tabaco dibuja ramajes. Todavía no percibimos de la asamblea más que ese rumor disperso como el polvo; pero pronto se ordena bajo la voz jadeante del orador, que se halla en la sombra, y se transforma en un grito acompasado: «Sí, sí. - No, no», arrancado a la multitud por cada frase y rimando los discursos con golpes de gongo ahogados, como las respuestas de una letanía.

Mis ojos se acostumbran poco a poco a la penumbra. Ninguna decoración en la sala. Tres estrados: uno para la mesa de despacho a la que se sientan el presidente y dos asesores, ante un gran tablero cubierto de caracteres (¿el testamento de Sun-yat Sen tal vez?; no puedo leerlo, está demasiado lejos); otro sobre el que está subido el orador, al que oímos y vemos igualmente mal. En el tercer estrado se encuentra, bastante visible, en una especie de pequeño púlpito, un chino ya de cierta edad, con la nariz encorvada y fina y cabellos grises cortados a cepillo. Está apoyado sobre los codos, con el busto inclinado hacia adelante, y espera.

En la multitud, que comienzo a ver más claramente, ni un gesto. Hay en la pequeña sala cuatrocientos o quinientos hombres; cerca de la mesa, algunos estudiantes de pelo corto; los grandes ventiladores del techo golpean pesadamente el aire espeso. Arracimados unos contra otros, o casi aislados, los oyentes: soldados, estudiantes, pequeños comerciantes, culíes, aprueban con la voz, con un movimiento del cuello hacia adelante semejante al de los perros al ladrar, sin que se mueva su cuerpo. Nada de brazos cruzados, nada de codos en las rodillas, nada de mentones apoyados en las manos; cuerpos rígidos, verticales, muertos, rostros apasionados con las mandíbulas proyectadas y, siempre entrecortadas, las aprobaciones, los ladridos.

Ahora comienzo a oír lo bastante claramente para entender: la voz es la de Hong, no vacilante como cuando habla en francés, sino plena y precipitada. Está ya al final de su discurso:

—¡Dicen que ellos nos han traído la libertad! ¡Hacía ya cinco años que habíamos roto el Imperio como un huevo cuando ellos se arrastraban todavía bajo el látigo de sus mandarines militares!

¡Les hacen decir a los agentes que pagan, a sus *boys*, que ellos nos han enseñado la Revolución!

—¿Acaso los necesitábamos?

—¿Es que los jefes de Taiping tenían consejeros rusos?

—¿Y los de los bóxers?

Todo esto dicho en un vocabulario chino vulgar, pero con furia, cortado por «¡Sí, sí!» guturales cada vez más nutridos. A cada frase, Hong alza el tono. Ahora grita:

—Cuando nuestros opresores se preparaban para degollar a los proletarios cantoneses, ¿fueron los rusos quienes vertieron los bidones de gasolina? ¿Quién arrojó al río a esos cerdos declarados, a los comerciantes voluntarios?

—¡Sí, sí! ¡Sí, sí! ¡Sí, sí!

Mao, que continúa acodado, inmóvil, se calla. Manifiestamente, la asamblea casi entera está con el orador, y sería en vano decir a los que la componen que no fueron ellos solos quienes vencieron a los comerciantes voluntarios.

Hong ha obtenido lo que quería. Sin duda lleva ya hablando algún tiempo. Desciende y, obligado a hablar en otras reuniones, se va rápidamente en medio de una algarabía respetuosa que Mao, que ha empezado a hablar, no domina. Imposible oír una palabra. La reunión ha sido preparada: las protestas y los gritos me parecen lanzados por seis o siete chinos, siempre ' los mismos, dispersos por la sala. Sin la menor duda y a pesar de su hostilidad, la muchedumbre quiere escuchar: Mao es un orador célebre y una persona de edad. Pero no eleva la voz. Continúa hablando en medio de los gritos y clamores, observando con atención las diversas partes de la sala levantada contra él. ¡Ah! Al parecer, acaba de comprobar al fin el escaso número de quienes le interrumpen, que empiezan ya a arrastrar al auditorio. Entonces, con una voz repentinamente fuerte y distinta, segando la sala con el brazo:

—¡Mirad a los que me insultan para interrumpirme, por temor a mi palabra!

Un alboroto. Lo ha conseguido: todos se vuelven hacia el anarquista más cercano. Mao no tiene ya contra él a la sala, únicamente a sus enemigos.

—Los que viven del dinero inglés mientras nuestros huelguistas mueren de hambre son menos que...

Imposible oír el final. Mao está inclinado hacia adelante, con la boca completamente abierta. De los hincones de la sala parten, en todas las tonalidades chinas, insultos indistintos, con un ruido de jauría. Algunos de ellos sobresalen.

—¡Perro! ¡Vendido! ¡Traidor! ¡Traidor! ¡Culi!

Es posible que Mao siga hablando; no le oigo. Sin embargo, el estrépito decrece. Algunos insultos aislados, como los aplausos en un teatro... Y captando de pronto la atención gracias a las dos manos levantadas por encima de su cabeza y redoblando súbitamente la fuerza de su voz:

—¿Culi? ¡Sí, culi! Yo me he acercado siempre a los desgraciados, j Pero no para gritar, como vosotros, su nombre entre el de los ladrones y los traidores! Siendo casi un niño...

(Hay peleas entre los anarquistas y los que pretenden oír; pero se oye.)

—... juré unir mi vida a la suya, y nadie me liberará de mi juramento porque aquellos a los que juré han muerto..., con los dos brazos lanzados hacia adelante, las manos abiertas:

—¡Vosotros, los sin abrigo, los sin arroz, vosotros todos! ¡Vosotros que no tenéis nombre, vosotros a los que se reconoce por la llaga del hombro, descargadores de madera, sirgadores de barcos! ¡Por las llagas de las caderas, peones del puerto! ¡Escuchad, escuchad a esos cuya gloria se edifica con vuestra sangre! ¡Escuchadles cómo dicen culíes, los buenos señores, con el mismo acento con que yo decía perros hace un momento al hablar de ellos!

—¡Sí, sí!

De nuevo las aprobaciones acompasadas.

—¡Sí, sí!

—¡Mueran los que insultan al pueblo!

¿Quién ha gritado? No se sabe. La voz era débil, vacilante.

Pero en seguida cien voces aúllan:

—¡Mu-e-e-e-ran!

Es un gruñido, un grito confuso que se convierte en clamor. La palabra se distingue apenas; el tono basta.

Los anarquistas intentan llegar a la tribuna; pero Mao no ha venido solo; sus hombres, apoyados por la multitud, les cierran el paso. Un anarquista, alzado sobre los hombros de un camarada, intenta hacerse oír. Inmediatamente es asaltado, arrojado al suelo, golpeado. Peleas. Salimos. Al llegar a la puerta, me vuelvo: en el humo, más denso todavía, se entremezclan los trajes claros, las túnicas blancas, los andrajos azules o pardos de los obreros del puerto, imágenes agitadas y borrosas, erizadas de puños, por encima de los cuales saltan cascos color de yeso...

En la calle, veo a Mao que se va. Intento alcanzarlo, sin conseguirlo. Quizá no desea ser visto hoy en compañía de un blanco...

Me dirijo al hospital, solo, a pie. La manera en que Mao resolvió la situación en que se hallaba hace honor a su habilidad, pero, si un torpe no le hubiese gritado «¡Culí!», ¿qué hubiese ocurrido? Una victoria obtenida gracias a un azar semejante es una victoria falsa. Además, Mao sólo se ha defendido a sí mismo... Mi compañero yunnanés me dice al dejarme: Y tenga usted bien en cuenta, señor, que si Hong hubiera estado presente aún, quizás el señor Mao no hubiese triunfado tan fácilmente.»

¿Triunfado?

Cuando llego al hospital, es ya noche cerrada. En las cuatro esquinas de un pabellón, bajo las palmeras, soldados, Parabellum en mano. Entro. A estas horas, los pasillos están desiertos. Únicamente un enfermero, que duerme echado en el canapé de madera contorneada de la entrada, se despierta al oír el ruido de mis tacones sobre el enlosado y me conduce a la habitación de Garín.

Linóleo, paredes caleadas, gran ventilador, olor a medicamentos, a éter en particular. El mosquitero está semialzado. Garín parece hallarse acostado en un lecho con cortinas de tul. Me siento a la cabecera. El mimbre del sillón resbala bajo mis manos húmedas. Mi cuerpo fatigado se distiende; fuera, los eternos mosquitos zumban... Una palma desciende del techo, rígida, silueta de metal contra la noche borrosa y sin formas. El olor de la descomposición y el de las almibaradas flores del jardín suben al mismo tiempo de la tierra, entran con el aire tibio, atravesados a veces por Otro: agua corrompida, alquitrán y hierro. A lo lejos, la granizada de los mahjongs, gritos en chino, bocinas, petardos; cuando llega, como de una charca, el viento del río y estamos en silencio, oímos un violín monocorde: un teatro ambulante o un artesano que toca, semidormido, en su tienda cerrada con planchas. Una luz rojiza, humosa, sube por detrás de los árboles; se diría que allí termina una inmensa feria: la ciudad.

Garín, con el pelo revuelto sobre el rostro, los ojos semicerrados, la faz agotada, me pregunta tan pronto como llego:

—¿Qué ha sucedido?

—Nada importante.

Le doy algunas noticias y luego me callo. En el pasillo y en la habitación, arden las lámparas, rodeadas de insectos, como si debieran arder por siempre jamás. Los pasos del enfermero se alejan...

—¿Quieres que te deje?

—No, al contrario. No quiero estar solo. No me gusta pensar en mí mismo y, cuando me encuentro solo, no pienso en otra cosa...

La fatiga de su voz, tan clara de ordinario, esta noche un poco temblorosa, como si su pensamiento controlase apenas sus palabras, concuerda con las tristes lámparas, el silencio, el olor a cuerpos sudorosos que de cuando en cuando domina sobre el del éter y el del jardín, por donde andan los soldados, con todo este hospital *donde los* únicos con vida parecen ser los insectos que zumban, en masas agitadas, en

tomo a las bombillas...

—Es extraño. Después de mi proceso, experimentaba —de manera muy intensa— el sentimiento de la vanidad de toda vida, de una humanidad dirigida por fuerzas absurdas. Ahora ese sentimiento se repite... La enfermedad es una cosa idiota... Y sin embargo, me da la sensación de estar luchando contra el absurdo humano al hacer lo que estoy haciendo aquí... El absurdo recupera sus derechos...

Se da la vuelta en la cama, y el olor ácido de la fiebre se eleva de ella.

—¡Ah! Ese conjunto de cosas inaprensibles que permite a un hombre sentir que su vida está dominada por algo... Es extraña la fuerza que tienen los recuerdos cuando uno está enfermo. Durante todo el día he estado pensando en mi proceso, me pregunto por qué. Fue después de ese proceso cuando la impresión de absurdidad que me daba el orden social se extendió poco a poco a casi todos los aspectos de la humanidad... En realidad, no veo ningún inconveniente en eso... Sin embargo, sin embargo... En este mismo instante, ¡cuántos hombres sueñan con victorias cuya posibilidad ni siquiera sospechaban hace dos años! Yo he creado su esperanza. Su esperanza... No me gusta hacer frases, pero, en fin, la esperanza de los hombres es su razón de vivir y de morir... ¿Y después...? Naturalmente, no se debería hablar tanto cuando la fiebre es demasiado alta... Es idiota... ¡Pensar en sí mismo durante todo el día...! ¿Por qué pienso en aquel proceso? ¿Por qué? ¡Hace tanto tiempo! Es idiota, pero con la fiebre se ven cosas...

El enfermero acaba de abrir silenciosamente la puerta. Garín se vuelve otra vez: el olor humano de la enfermedad domina de nuevo sobre el del éter.

—En Kazán, la Nochebuena del 19, aquella extraordinaria procesión... Borodín estaba presente, como siempre... Llevan todos los dioses ante la catedral: grandes figuras como las de las carrozas de carnaval, una diosa-pez, con el cuerpo embutido en una cola de sirena... Doscientos, trescientos dioses... Lutero también. Los músicos, erizados de pieles, arman un estrépito del diablo con los instrumentos que les han caído en las manos. Arde una hoguera. A hombros de los tipos, los dioses giran en tomo a la plaza, negros contra la hoguera, contra la nieve... ¡Un escándalo triunfal! Los portadores, cansados, arrojan sus dioses sobre las llamas. Una gran llamarada hace estallar las cabezas, destacar la catedral blanca en la noche...

¿Qué? ¿La Revolución? Sí, la cosa continúa durante siete u ocho horas... ¡Yo estaba deseando que amaneciese...! ¡Qué porquería...! ¡Se ve cada cosa...! No se puede echar al fuego la Revolución: todo lo que no es ella es peor que ella, hay que decirlo, aunque uno se sienta asqueado... ¡Como de sí mismo! Ni contigo ni sin ti. Aprendí eso en el instituto... en latín. Barreremos. ¿Qué? Quizá también hubiese nieve... ¿Qué?

Está al borde del delirio. Inflamado por el sonido de su propia voz, ha hablado en un tono un poco alto, que resuena, perdido, en el hospital. El enfermero se inclina sobre mi oído:

—El doctor ha dicho que no se haga hablar demasiado al señor comisario de Propaganda...

Y en alto:

—Señor comisario, ¿quiere usted el cloral para dormir?

Al día siguiente

Robert Norman, el consejero americano del Gobierno, ha abandonado Cantón ayer por la noche. Desde hacía algunos meses sólo se le consultaba cuando se trataba de tomar decisiones sin importancia. Quizás ha creído que ya no estaba seguro, no sin razón... En su lugar, Borodín ha sido al fin nombrado oficialmente consejero del Gobierno, director de los servicios de los ejércitos de tierra y aire. De este modo, los actos de Gallen, que manda el Estado Mayor cantonés, sólo serán controlados por Borodín, y el ejército estará casi por completo en manos de la Internacional.

TERCERA PARTE

EL HOMBRE

Las radios de Hong Kong aseguran al mundo entero que la ciudad ha recobrado su actividad. Pero

añaden: *Sólo los obreros del puerto no se han reincorporado todavía al trabajo*. No se reincorporarán. El puerto sigue desierto; la ciudad se parece cada vez más a esa gran figura vacía y negra que se recortaba contra el cielo cuando yo la dejé. Hong Kong buscará muy pronto cuál es el trabajo que conviene a una isla aislada... Y su principal riqueza, el mercado del arroz, se le escapa. Los grandes productores se han puesto ya en contacto con Manila, con Saigón. «Si el Gobierno inglés no se decide a intervenir por las armas», escribe un miembro de la Cámara de Comercio en una carta que hemos interceptado, «Hong Kong será en un año el puerto más precario de Extremo Oriente...»

Las secciones de voluntarios recorren la ciudad. Muchos automóviles pertenecientes a negociantes han sido armados con ametralladoras. Esta noche, la central telefónica —no hay defensa posible sin teléfono— ha sido rodeada de barricadas hechas con alambre de púas. Se están construyendo otros atrincheramientos en tomo a los depósitos, al palacio del gobernador y al arsenal. Y a pesar de la confianza que tiene en sus milicianos, la policía inglesa, cogida de improviso, envía correo tras correo, emisario tras emisario al general Cheng-tiung Ming, para apresurar su marcha contra Cantón.

* * *

—¿Lo ves, mi querido amigo? —me dice Nicolaiev con su voz de sacerdote—. Garín haría mucho mejor en marcharse, mucho mejor... Myrov me ha hablado de él. Si se empeña en quedarse aún quince días, va a quedarse por mucho más tiempo del que desea... ¡Bah! No se está peor enterrado aquí que en cualquier otra parte...

—Él dice que no puede marcharse ahora.

—Sí, sí... Los enfermos no son raros por aquí... Con nuestra forma de vida, nunca se escapa por completo a los trópicos...

Señala su vientre, sonriendo:

—Yo sigo prefiriendo esto... Además, cuando lo que cuenta para él no está en juego, Garín es un poco abúlico... Como todo el mundo...

—¿Y tú crees que la vida no cuenta para él?

—No mucho, no mucho...

* * *

El informe de uno de los *boys* de Cheng-dai, un confidente, acaba de llegar.

Cheng-dai sabe que los terroristas quieren asesinarle. Le han aconsejado que huya: se ha negado. Pero el confidente le ha oído decirle a un amigo: «Si mi vida no es lo bastante fuerte para detenerles, tal vez mi muerte lo sea...» No se trata ya esta vez de asesinato, sino de suicidio. Si Cheng-dai se matase en aras de la causa, daría a esta causa una fuerza contra la cual resultaría difícil luchar. «Es muy capaz de hacerlo», dice Nicolaiev. No obstante, la inquietud pesa sobre la policía...

* * *

Garín acaba de salir del hospital. Myrov o el médico chino vendrán a ponerle una inyección todas las mañanas.

* * *

Al día siguiente

No es solamente Cheng-dai quien inquieta a Nicolaiev: Cheng-tiung Ming ha tomado ayer Chowtchow y avanza sobre Cantón tras haber vencido a las tropas cantonesas. Borodín no concede ningún valor a estas tropas, compuestas de antiguos mercenarios de Sun- yat Sen; las considera incapaces

de combatir cuando no están encuadradas por el ejército rojo y los cadetes. Pero los cadetes, a las órdenes de Chang-kai Chek, permanecen en Wampoa; el ejército rojo, a las órdenes de Gallen, no deja sus acantonamientos. Sólo las secciones de Propaganda, que pueden preparar la victoria, pero no obtenerla, dejarán la ciudad mañana.

—Que el Comité de los siete decida —dice Garín—: o el ejército rojo *y él decreto*, o Cheng-tiung Ming. Y para ellos, Cheng-tiung Ming significa el pelotón de ejecución. ¡A su elección!

* * *

Por *la noche*

Las once de la noche, en casa de Garín. Klein y yo esperamos su regreso cerca de la ventana. En una me- sita al lado de Klein, una botella de aguardiente de arroz y un vaso. Un ordenanza de la policía ha traído el cartel azul que se encuentra, mal envuelto, sobre la mesa, de la que los *boys* han olvidado retirar los cubiertos. Se están fijando carteles iguales por toda la ciudad.

Es el fragmento final del testamento de Cheng-dai: *Yo, Cheng-dai, me doy voluntariamente la muerte, a fin de convencer a mis compatriotas de que nuestro mayor bien, LA PAZ, no debe ser dilapidado en el extravío en que malos consejeros se disponen a hundir al pueblo chino...*

Estos carteles, que pueden por sí solos perjudicarnos más que toda la predicación de Cheng-dai, ¿quién los está haciendo fijar a estas horas?

¿Se ha matado? ¿Ha sido asesinado?

Garín ha ido a la policía y a casa de Borodín. Ha pedido primero la confirmación de la muerte de Cheng- dai, pero tuvo que salir sin esperar la respuesta, de la que habrá encontrado sin duda un duplicado en la policía. Acaban de traérnosla: Cheng-dai ha muerto de una cuchillada en el pecho. Esperamos impacientes, dándonos puñetazos en los muslos a la menor picadura de mosquito. Oigo la voz de Klein, débil y lejana, como a través de una fuerte fiebre:

—Yo sé lo que es eso. Y digo que no es posible...

Acabo de decir que ese suicidio me parece verosímil, y Klein protesta, con una inexplicable vehemencia que se esfuerza por dominar. Siempre he encontrado algo extraño en este hombre, cuyo aspecto de boxeador militar esconde una gran cultura. Garín, que siente por él una profunda amistad, me dijo cuando le interrogué una frase que ya me había dicho Gérard: «Aquí ocurre un poco como en la Legión, y yo no sé de su vida pasada más de lo que sabe todo el mundo.» Esta noche, con sus anchos brazos apoyados en el sillón con la fuerza de una estatua, le cuesta trabajo expresar lo que quiere decir, y esta dificultad no se debe al hecho de que hable en francés. Con los ojos cerrados, acompaña sus frases de un movimiento hacia adelante del busto, como si luchase contra las palabras. Está ebrio, con una ebriedad lúcida —músculos y pensamientos en tensión— que comunica a su voz un timbre ardiente y duro.

—No es po-si-ble.

Le miro, obsesionado por una canción creada por el zumbido del ventilador...

—Tú no puedes saber... Es... No puede decirse. Hay que conocer a alguien que lo haya intentado. Es largo. Primero uno se dice: en una hora —en media hora— estaré tranquilo. Después se piensa: ya está, hay que hacerlo ahora. Y se queda uno blandamente atontado, se mira la luz. Y uno está contento porque mira la luz, sonríe como un idiota y sabe que ya no piensa en eso... Demasiado pronto... Pero aún así... Y después, la cosa recomienza. Y en ese momento la idea es más fuerte que uno mismo. No el gesto, la idea. Uno se dice: «¡*Ach*! ¿Por qué toda esta historia?»

Pregunto al azar:

—¿Tú crees que se le vuelve a tomar gusto a la vida?

—¡La vida, la muerte! Ya no se sabe lo que es. Sólo que hay que ejecutar ese gesto. Yo tenía los codos apretados contra los costados, las dos manos apoyadas en el mango del cuchillo. No había más que hundirlo. No... Tú no puedes imaginártelo; me hubiera encogido de hombros... ¡Idiota, todo aquello era

idiota! Incluso se me habían olvidado mis motivos. Tenía que hacerlo porque tenía que hacerlo, eso era todo... Entonces me sentí estupefacto. Avergonzado sobre todo, avergonzado. Me encontraba a mí mismo tan repugnante que ya sólo serviría para arrojarme al canal. Es idiota, ¿eh? Sí, idiota. La cosa duró mucho tiempo... Fue el día lo que puso punto final a todo. No se puede matar uno de día. Matarse pensando en ello, quiero decir. De un golpe, así, sin prestar atención, puede ser... Pero no...

Tardé tiempo en recuperarme...

Se ríe, y su risa es tan falsa que me acerco a la ventana, como para ver si llega Garín. Oigo, a pesar del ventilador, cómo sus uñas tamborilean sobre el mimbre del sillón. Hablaba para sí mismo... Pesadamente, pensando disipar su malestar al insistir, demostrándome que juzga todo aquello lúcidamente, continúa:

—Es difícil... para los que hacen eso porque están hartos, hay medios de conseguirlo sin darse demasiada cuenta... Pero Cheng-dai se mata por algo que aprecia, ¿comprendes?, por algo que aprecia más que ninguna otra cosa. Más. Si triunfa, será el gesto más noble de su vida, sí. Por eso no puede emplear tales medios. No es posible. Ya no valdría la pena...

—El ejemplo sería el mismo...

—¿Lo ves? ¡No puedes entenderlo...! Hablas de un ejemplo. ¡Qué difícil es! Es un poco como los japoneses, ¿comprendes? Cheng-dai no hace eso por seguir siendo digno de sí mismo. Ni por vivir... *mutig*... ¿cómo se dice en francés?... heroicamente, sí. Él, Cheng, lo hace por seguir siendo digno de lo que... de su misión. Por eso no puede, piénsalo... matarse por sorpresa...

Y sin embargo...

Pero se calla de súbito y escucha.

Un coche que se detiene, el murmullo de una voz: «Te espero a las seis.» El coche arranca.

Garín.

—Klein, Borodín te espera. —Se vuelve hacia mí—: Subamos. —Y apenas sentados—: ¿Qué te estaba contando?

—Que es imposible que Cheng se haya matado.

—Sí, lo sé. Siempre decía que jamás podría hacernos esa faena. Ya veremos.

—¿Qué piensas tú?

—Nada claro aún.

—¿Y él?

—¿Quién? ¿Borodín? No. No tienes razón de sonreír. Nosotros no estamos metidos en el ajo, estoy seguro. Ni siquiera secundariamente, ni siquiera accidentalmente. Él está tan estupefacto como yo.

—Pero... ¿Y las confidencias hechas a Hong?

—¡Ah! Ésa es otra cuestión. De acuerdo con el primer informe, no hay ninguna certeza de que Hong esté mezclado en el asunto: la guardia militar no ha abandonado la vigilancia y no ha entrado nadie. Pero poco importa. Tenemos muchas otras cosas de que ocuparnos. En primer lugar los carteles. Anota y traduce esto:

«*No olvidemos jamás que un hombre respetado en toda China, Cheng-dai, ha sido asesinado ayer cobardemente por los agentes de nuestros enemigos.*

Y para otro cartel que habrá que fijar AL LADO:

¡Vergüenza para Inglaterra, vergüenza para los asesinos de Shanghai y Cantón!

Pon en una esquina del segundo, en caracteres pequeños, 20 de mayo - 25 de junio (la historia de Shanghai y la de Shameen).

Bueno. Se entenderá. Ahora el comunicado a las secciones: Cheng-dai no se suicidó; ha sido asesinado por los agentes ingleses. Nada impedirá al Departamento político el hacer justicia.

Florido, pero breve.

—¿Abandonas a los terroristas?

—Hong Kong en primer lugar. ¡Es un golpe como para lograr el decreto!

Se sienta. Mientras traduzco, dibuja pájaros fantásticos en el secante, se levanta, pasea de un lado a otro, vuelve a la mesa, empieza de nuevo a dibujar, abandona una vez más el lápiz, examina con atención su revólver y por último reflexiona, con la barbilla apoyada en las manos. Le entrego las dos traducciones.

—¿Estás completamente seguro de los dos textos?

—Completamente seguro. Dime, ¿no te importaría explicarme para qué van a servirte?

—La cosa está bien clara.

—No demasiado.

—Esto se fija en las paredes, figúrate.

Le miro atónito.

—¡Pero, vamos, antes de que tu cartel esté impreso, todos los chinos habrán leído el otro!

—No.

—¿Vas a hacer arrancarlos? Llevaría mucho tiempo...

—¡No! Haré que los recubran. Las tropas que nos siguen serán empleadas de diversas formas y no llegarán a la ciudad antes de las doce. A las cinco, los irregulares circularán disparando sus fusiles. La policía está prevenida. Los burgueses no se atreverán a salir en varias horas. Los otros no saben leer. Además, la mayoría de esos carteles estarán recubiertos antes de las tres. Mañana —mejor dicho, hoy; ya es la una—, a las ocho, habrá cinco mil de los nuestros en las paredes. Imprimiremos cien mil en forma de mariposas. De veinte a cincuenta carteles que podamos olvidarnos de recubrir no podrán nada contra esto, máxime cuando no serán conocidos antes que los nuestros.

—¿Y si aprovechan esta muerte para intentar algo?

—No tienen nada que hacer. Es demasiado pronto; casi no tienen tropas; no se atreverán. En cuanto al pueblo, aun suponiendo que no nos crea sin reservas, vacilará. No se hace un movimiento popular con gente vacilante. No, todo está bien.

—Si no se ha suicidado...

—¡Si se hubiera suicidado, tendríamos otras muchas cosas en contra nuestra!

—...habrá que admitir que son los que se benefician del cartel azul los que «lo han suicidado»...

—Los que han hecho ese cartel están en la misma posición que nosotros. Han recibido sus informaciones antes, eso es todo. Y las han utilizado lo más rápidamente posible. Nosotros también hacemos carteles. ¡Ah! Pronto sabremos a qué atenemos. Por el momento hay que atender a lo más urgente. Puede muy bien suceder que esta muerte sea un buen negocio...

Bajamos casi corriendo.

—¿Y Borodín?

—Le he visto de paso. Enfermo. A todos nos toca la vez. Me pregunto si no habrán intentado envenenarle. Sus *boys* son seguros, y además...

La frase se corta en seco. Al descender demasiado deprisa, ha fallado un escalón, pero ha logrado asirse justo a tiempo a los barrotes de la barandilla. Se detiene un segundo, recobra la respiración, se echa el pelo hacia atrás y vuelve a bajar tan deprisa como antes de su caída, hablando:

—Y además, están vigilados...

El automóvil.

—A la imprenta.

Dejamos los revólveres sobre la banqueta, al alcance de la mano. La ciudad parece muy en calma... Apenas nuestra carrera nos permite distinguir, como rayas, las luces eléctricas que rebasamos y, más lelos, los tenderetes cerrados mediante planchas mal unidas que dejan filtrar una débil claridad. No hay luna, no se ven casas recortadas. La vida está pegada al suelo: quinqués, vendedores ambulantes, figones, lámparas con la llama recta en la noche cálida y sin viento, sombras rápidas, siluetas inmóviles, fonógrafos, fonógrafos... No obstante, a lo lejos, disparos de fusil.

Llegamos a la imprenta. Nuestra imprenta. Un largo cobertizo... En el interior, la luz es tan intensa que al principio nos vemos forzados a cerrar los ojos. Los obreros que trabajan aquí son todos del partido, y escogidos; sin embargo, esta noche las puertas están guardadas militarmente. Los soldados esperaban nuestra llegada. Un teniente muy joven —un cadete— se acerca a recibir órdenes de Garín. «No dejar entrar ni salir a nadie.» Se ha suspendido el trabajo en curso. Tiendo las dos traducciones al director de la imprenta —un chino—, que las corta cuidadosamente en tiras verticales y da una línea a cada cajista.

—Corrige —me dice Garín —y tráeme la primera hoja impresa. Estaré en la policía. Si no, me esperas allí. Te enviaré un coche.

Rápidamente se componen los dos textos. El director vuelve a pegar las líneas una al lado de otra y me pasa la galerada; ninguno de los obreros conoce el sentido del cartel que ha contribuido a imprimir.

Se detienen dos máquinas y los impresores esperan las formas que vamos a llevarles. Pocas faltas. Dos minutos más para las correcciones. Y se colocan las formas en las máquinas, ajustadas a la vez con las manos y los pies desnudos.

Tomo la primera hoja impresa y me voy.

Un auto me está esperando, que me lleva a toda velocidad a la policía. A lo lejos, algunos disparos. Un cadete me acoge en la puerta y me conduce al despacho donde me aguarda Garín a través de corredores desiertos (iluminados por bombillas alejadas unas de otras, rodeadas de halos) y donde el eco de los pasos toma la amplitud y la nitidez de los sonidos nocturnos. Comienzo a experimentar una fatiga difusa entremezclada de exaltación y a sentir en la garganta el sabor de las noches en blanco: fiebre y alcohol...

Un gran despacho bien iluminado. Garín se pasea por él de un lado al otro, con el rostro extenuado, las manos en los bolsillos. Contra la pared, una cama de campaña china de madera contorneada en la que está acostado Nicolaiev.

—¿Y bien?

Le tiendo el cartel.

—Ten cuidado, la tinta está húmeda todavía. Yo ya me he manchado las manos.

Se encoge de hombros, despliega el cartel, lo mira y mete los labios hacia adentro, como si se los royese. (No conoce el cantonés ni los caracteres o, más bien, conoce muy mal tanto el uno como los otros y eso le exaspera; ya no tiene tiempo de aprenderlos):

—¿Estás seguro de que está bien?

—Puedes estar tranquilo. Dime, ¿sabías que se está empezando a luchar en las calles?

—¿A luchar?

—Bueno, en realidad no sé, pero he oído disparos al venir.

—¿Los tiros eran nutridos?

—¡Oh, no! Espaciados.

—Bueno. Entonces está bien. Son nuestros hombres que comienzan a cargarse a los que fijan los carteles azules.

Se vuelve hacia Nicolaiev, que está echado de lado, con la cabeza apoyada en el codo.

—Continuemos. ¿Conoces entre los suyos a algún tipo que no sea muy valiente pero que pueda saber algo?

—Me parece que comprendo lo que entiendes por un tipo no muy valiente...

—Sí.

—En mi opinión, ningún hombre es muy valiente en esas condiciones.

—Sí.

Garín tiene los brazos cruzados, los ojos cerrados. Nicolaiev le mira de una manera singular, casi con odio...

—Sí. Hong no hablará.

—Se puede intentar...

—¡Inútil!

—Tienes buenos sentimientos para tus antiguos amigos. Eso está bien. Como quieras...

Garín se encoge de hombros.

—¿Sí o no?

El otro se calla. Esperamos.

—Ling quizá...

—¡Ah, no! ¡Nada de quizás, eh!

—Pero si eres tú el que me obligas a decir quizá... Yo te digo que no hay la menor duda. Cuando uno ha visto a los tipos buscar a sus padres o a sus mujeres entre los paquetes, las noches de dificultades, cuando uno ha visto a los chinos interrogar a los prisioneros, sabe a qué atenerse...

—¿Ling es jefe de sindicato?

—Sindicato de culíes del puerto.

—En tu opinión, ¿está bien informado?

—Eso ya se verá... En fin, en mi opinión, sí.

—Bien. Entendido.

Nicolaiev se estira, se apoya en el brazo del sillón y se levanta, no sin esfuerzo.

—Creo que le tendremos mañana...

Y sonriendo a medias, en una actitud singular de deferencia e ironía:

—¿Y bien? ¿Qué se hace?

Garín responde con un gesto: «¿A mí qué me preguntas?» Una ligera expresión de desprecio pasa por el rostro de Nicolaiev. Garín le mira, con la mandíbula proyectada hacia adelante, y dice:

—El incienso.[6]

El obeso cierra los ojos en señal de asentimiento, enciende un cigarrillo y se va pesadamente.

Al día siguiente

Dejo mi coche ante el mercado, cuyos largos edificios orlan el cielo precioso con rayas de yeso, rugosas en la fluidez de la luz. Todos los tenderetes en que se venden bebidas están invadidos por hombres vestidos de lienzo pardo o azul como los obreros del puerto. Tan pronto como el auto se detiene, se alzan gritos, largos, sostenidos, llevados por este aire transparente como el de un río. Y los hombres dejan los tenderetes rápidamente, hurgando en sus bolsillos para guardar en ellos el cambio de la moneda que acaban de sacar, apresurados, empujándose. Montan uno por uno en los autobuses y los camiones requisados que los esperan al final del muro blanco. Los jefes pasan lista una vez más: algunos hombres están ausentes. Pero llegan corriendo, gritando ellos también, sujetando entre los dientes cortos embutidos, ciñéndose el pantalón...

Y uno a uno, pesadamente, con un lento estrépito, los camiones se ponen en marcha.

La segunda sección de Propaganda, precediendo al ejército rojo, se va.

Nuestros carteles aparecen fijados en todos los muros. El falso testamento de Cheng-dai —recubierto ahora en todas partes—, impreso con la esperanza de un levantamiento popular, pero sin preparación, llega demasiado tarde; no parece que se prepare una insurrección. ¿La derrota de Tang ha sido una lección? ¿El temor de la llegada de Cheng-tiung Ming a Cantón actúa contra toda nueva tentativa de rebelión?

Los cadetes recorren la ciudad.

Durante toda la mañana, los agentes se suceden ante Garín, cuyo rostro ha sido excavado aún más por esta noche en blanco. Desplomado sobre la mesa, con la cabeza apoyada en la mano izquierda, dicta o da órdenes, al límite de sus nervios. Ha hecho imprimir nuevos carteles: *El fin de Hong Kong*. Según dicen, los ingleses han abandonado en gran número la ciudad, los Bancos han anunciado el cierre definitivo de sus agencias. (Es falso: los Bancos, obedeciendo a las órdenes de Londres, continúan ayudando en la medida en que pueden —no sin refunfuñar— a las empresas inglesas.) Pero, de otra parte, a fin de obligar al Comité de los siete a seguirle, Garín hace anunciar por sus agitadores que Chowtchow ha caído y que el ejército rojo, el único al que el pueblo se siente vinculado, no está aún en disposición de combate.

A las doce, las ediciones especiales de los periódicos, carteles y anchas pantallas de calicó paseadas a través de la ciudad anuncian que los comerciantes e industriales de Hong Kong (casi toda la población europea), reunidos ayer en el Gran Teatro, han telegrafiado al rey para pedir el envío a China de tropas inglesas. Esto es exacto.

Borodín ha declarado ante el Comité que no se oponía a la promulgación de los decretos propuestos por Cheng-dai contra los terroristas, y esos decretos se aplicarán a partir del día de hoy. Pero nuestros confidentes afirman que no se celebrará ninguna reunión anarquista. Ling no ha sido aún arrestado; en cuanto a Hong, ha desaparecido. Los terroristas han decidido no intervenir si no es por «la acción directa»... es decir, mediante ejecuciones.

Más tarde

Cheng-tiung Ming prosigue su avance.

En Hong Kong, los partes anuncian en titulares enormes: «La derrota del ejército cantonés.» En el vestíbulo de los hoteles y ante las agencias, los ingleses esperan ansiosamente las noticias de la guerra; pero en el puerto, rayado solamente por la estela de lentos juncos, los paquebotes continúan inmóviles, como si se hundiesen poco a poco en el agua, restos de naufragio.

Aquí, la ansiedad de los chinos en el poder es extrema. La entrada de Cheng en Cantón significa para ellos el suplicio o la ejecución en la esquina de una calle, por esos pelotones cuyos apresurados oficiales no tienen tiempo siquiera de comprobar la identidad de los fusilados. La idea de la muerte está en las conversaciones, en los ojos, en el aire, constante, presente como la luz...

Garín prepara el discurso que pronunciará mañana en los funerales de Cheng-dai.

Al día siguiente, a las once

Un fragor lejano de tambores y de gongos que atraviesan sones de violín monocorde y de flauta, modulados y súbitamente chillones, después templados; sones de cornamusa, finos, lineales pese a las notas agudas, en medio de un rumor a la vez restallante y sordo de chanclos y palabras rimadas por los gongos. Me inclino sobre la ventana: el cortejo no pasa ante mí, sino al final de la calle. Un torbellino de niños que corren mirando hacia atrás, con el cuello torcido, como patos, una nube de polvo sin contornos que avanza, una masa indistinta de cuerpos vestidos de blanco, en la que parecen prendidas oriflamas de seda carmesí, púrpura, cereza, rosa, granate, bermellón, carmín; todos los tonos del rojo. La muchedumbre forma una barrera, y no veo más que a ella; el cortejo queda oculto... No por completo: pasan dos grandes mástiles sosteniendo una banderola de calicó blanco, oscilantes como mástiles de navíos y acompañando al inclinarse los siniestros golpes de las grandes cajas, que dominan todos los

gritos. Distingo los caracteres que cubren la banderola: «¡Mueran los ingleses...!» Después, nada más que la barrera al final de la calle, el polvo que se eleva lentamente y la música martilleada por los gongos. Llegan ahora las ofrendas: frutos, enormes naturalezas muertas tropicales, coronadas por letreros cubiertos de caracteres; también ellas oscilan, se balancean, portadas por hombres, como si estuviesen a punto de caer; y el catafalco pasa, tradicional, larga pagoda de madera esculpida rojo y oro, izado sobre los hombros de treinta portadores muy altos, cuyas cabezas entreveo y de los que imagino la marcha rápida, la claudicación, las piernas lanzadas en un mismo impulso, todas a la vez, con ese movimiento común que hace cabecear y deslizarse como un navío, lentamente, la enorme masa rojo oscuro. ¿Y qué es eso que la sigue...? Parece una casa de calicó... Sí, es una casa de tela tensada sobre un armazón de bambúes, llevada también por hombres y que avanza a sacudidas... Rápidamente paso a la pieza contigua y saco del cajón de Garín sus gemelos. Vuelvo: la casa está todavía ahí. En las paredes aparecen pintadas grandes figuras: Cheng-dai yace, muerto, bajo un soldado inglés que lo atraviesa con una bayoneta. La pintura está rodeada de una leyenda en caracteres bermellón: «¡Mueran los canallas ingleses!», acierto a leer en el mismo instante en que el extraño símbolo desaparece, oculto por la esquina de la calle como por un bastidor de teatro. Ahora ya no veo más que innumerables pequeñas pancartas, que siguen a la casa de tela como pájaros a un navío y proclaman, también ellas, el odio a Inglaterra... Luego, farolillos, bastones, cascos enarbolados; luego, nada más... Y la barrera de hombres que cerraba la calle se disgrega, mientras el son de los tambores y los gongos se aleja y el polvo asciende con lentitud para ir a perderse en la luz.

Unas horas más tarde, mucho antes del regreso de Garín, algunas frases de su discurso comienzan a zumbar, de secretario en secretario, por los despachos de Propaganda. Obligado, como Borodín, a hablar en público por mediación de un intérprete chino, Garín se expresa con frases cortas, con fórmulas. Hoy escucho, al azar de los despachos y las horas: «Hong Kong, que ostenta frente a nuestra hambre su riqueza mal adquirida de guardián de prisión... Hong Kong, carcelero... Frente a los que hablan, los que actúan; frente a los que protestan, los que echan de Hong Kong a los ingleses, como ratas... Como el hombre honrado que corta de un hachazo la mano del ladrón que intenta abrir su ventana, tendréis mañana la mano cortada del imperialismo inglés, el arruinado Hong Kong...»

Una turbamulta de obreros pasa por la calle; izan banderas en las que leo: «¡Viva el ejército rojo!» Se dirigen ante las ventanas de la sala donde celebra sesión el Comité de los siete. Tan pronto próximos como alejados, como un rebaño cuyos miembros se separan y vuelven a agruparse, los gritos: «¡Viva el ejército rojo!», solitarios, separados o unidos en un clamor, llenan la calle. China entra, se me impone con esos gritos, esa China donde los impulsos de un idealismo salvaje vienen a recubrir una bellaquería prudente y baja, como, en el olor que entra con la agitación de la ciudad por mis ventanas abiertas, el olor de la pimienta domina sobre el de la descomposición. Frente al «¡Viva el ejército rojo!» y a Cheng-dai sepultado bajo sus pompas fúnebres, sube de mis expedientes un tropel de ambiciones rapaces, de voluntades de consideración, un mundo de agencias electorales, de sospechosos donativos al partido, de concusiones, de proposiciones relativas a la venta del opio, de compras más o menos disfrazadas de funciones, de francos chantajes; un mundo que vive de los principios San Min, como hubiese vivido del mandarinado. Una parte de esa burguesía china de la que hablan con tanto odio los revolucionarios se encuentra a su lado, instalada en la Revolución. «Hay que pasar a través de eso», me dijo un día Garín, «como un puntapié bien dirigido a través de un montón de basura...»

Al día siguiente

No hay noticias de los terroristas: Ling, el hombre de que habló Nicolaiev, continúa en libertad. Después del nombramiento de Borodín (que, aún enfermo, no sale de su casa), seis de los nuestros han sido asesinados.

Y Hong Kong se defiende. El gobernador ha solicitado ayuda a Japón e Indochina francesa; en unos días, culíes procedentes de Yokohama y Haifong vendrán a reemplazar a los huelguistas. Es preciso que esos culíes enviados costosamente se encuentren en Hong Kong frente a montañas de arroz sin compradores, frente a casas de comercio sin esperanzas. «Cantón es la llave con que los ingleses abrieron las puertas de China del Sur», dijo ayer Garín en su discurso. «Es necesario que esta llave cierre a tope y que ya no abra más. Es necesario que se promulgue la prohibición a los navíos que hagan escala en Hong Kong de fondear en Cantón...» Ya en el espíritu de los extranjeros, Hong Kong, puerto inglés, territorio de la Corona, se convierte en un puerto chino siempre agitado, y los barcos extranjeros empiezan a olvidarlo...

Los correos y los grandes buques de carga sólo penetran ya en la bahía de Hong Kong para permanecer más horas; descargan su flete en Shanghai, donde, por mediación de agentes chinos, los ingleses se esfuerzan por crear en la ciudad indígena una nueva organización susceptible de hacer penetrar en el interior las mercancías pedidas a Inglaterra por las sociedades de Hong Kong; la misma tentativa que fracasó en Suateú.

* * *

El Comité de los siete acaba de efectuar una nueva gestión para pedir la entrada en campaña del ejército rojo y la detención de los principales terroristas. El delegado del Comité afirma que el decreto exigido por Garín será firmado antes de tres días... Durante todo el día, una turba amenazadora (y muy bien organizada), aclamando al ejército rojo, ha rodeado el inmueble donde celebra su sesión el Comité.

Al día siguiente

Ling ha sido detenido ayer; recibiremos sin duda esta tarde las informaciones que esperamos de él. En la inquietud causada por el avance de las tropas enemigas, los despachos de Propaganda trabajan con febril actividad. Se ha instruido con precisión a los agentes que preceden al ejército: Garín ha dado personalmente las indicaciones a sus jefes. Los he visto pasar por el pasillo, unos tras otros, sonrientes... Hemos renunciado al empleo de octavillas; el gran número de agentes de que disponemos nos permite sustituir todos los tipos de propaganda por el oral, el más peligroso, el que cuesta más hombres, pero el más seguro. Liao-chung Hoi, el comisario de Hacienda del Gobierno (al que los terroristas quieren asesinar), ha logrado, gracias a un nuevo sistema de percepción de impuestos, establecido por técnicos de la Internacional, recuperar cantidades importantes, y los fondos de Propaganda son de nuevo suficientes. En unas semanas, los servicios de abastecimiento del enemigo y toda su administración estarán desorganizados; y es difícil obligar a los mercenarios a combatir sin sueldo. Además, un centenar de hombres, de los que responden sus jefes, se harán alistar por Cheng-tiung Ming, a sabiendas de que se arriesgan a ser fusilados no sólo por él, como traidores, sino también por los nuestros, como enemigos. Anteayer, tres de nuestros agentes, descubiertos, han muerto estrangulados tras haber sido torturados durante más de una hora.

Los jefes de las secciones de Propaganda en el ejército de Cheng han salido entre dos hileras de puertas entreabiertas: los jóvenes chinos con chaquetas entalladas y anchos pantalones, a los que no les gusta alimentarse con los platos nacionales y que hablan preferentemente en inglés, los que vuelven de las universidades de América y los que vuelven de las universidades rusas, los «afectados» y los «osos leninistas» ven pasar, con una condescendencia desdeñosa, a los agentes que marchan para alistarse en las tropas enemigas.

* * *

A cada cual su turno.

Noticias de Shanghai:

Siguiendo las directivas del Kuomintang, la Cámara de Comercio china decreta la confiscación de las mercancías británicas que se encuentran en manos de los chinos. Prohíbe, a partir del 30 de junio y durante el plazo de un año, la compra de toda mercancía inglesa, el transporte de toda mercancía por un navío inglés.

Los periódicos de Shanghai declaran que el tráfico británico se reducirá en un ochenta por ciento.

Dicho tráfico (dejando aparte Hong Kong) se evaluó el año pasado en veinte millones de libras.

Hong Kong sólo puede contar ya con el ejército de Cheng-tiung Ming.

Nicolaiev ha recibido las palabras siguientes, escritas en mayúsculas: «SI LING NO ESTÁ EN LIBERTAD MAÑANA, LOS REHENES SERÁN EJECUTADOS.» ¿Están verdaderamente en posesión de rehenes los terroristas? Nicolaiev no lo cree así. Pero muchos de los nuestros se encuentran en misión y

carecemos de todo medio de control.

Las seis

Un ordenanza de la prisión trae a Garín unos papeles: el interrogatorio de Ling.

—¿Ha hablado?

—Uno más que da la razón a Nicolaiev —responde Garín—. ¡Ah! No hay muchos hombres que resistan al sufrimiento...

—Y... ¿ha sido largo?

—¡Imagínalo!

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué diablos quieres que hagamos? No se puede poner en libertad a un jefe terrorista.

—¿Entonces?

—Las prisiones están llenas, claro está... Y, en fin, será juzgado por un tribunal especial. Sí, todo se sabe, como dice Nicolaiev: primero, dónde está Hong; segundo, que efectivamente han matado a Cheng-dai por orden suya. El asesino es uno de los *boys*.

—Pero ¿no teníamos confidentes en el interior?

—Uno solo: ese *boy*, confidente doble. Nos ha engañado, pero no por mucho tiempo. Lo hemos cogido ya, naturalmente. Un poco más tarde nos servirá para un proceso, si ha lugar...

—Un poco peligroso, ¿no?

—Si Nicolaiev le suprime la droga durante unos días y le promete que no será ejecutado, hablará como nos convenga...

—Pero dime, ¿queda todavía alguien que confíe en las promesas de ese tipo?

—La supresión del opio bastará...

Se detiene, se encoge lentamente de hombros.

—Es terriblemente sencillo, un hombre que va a morir...

Y unos minutos más tarde, como si prosiguiese su pensamiento:

—Además, casi todas mis promesas han sido mantenidas...

—Pero ¿cómo quieres que distingan...?

—¿Y qué quieres que le haga yo?

8 de agosto

Hong ha sido detenido ayer por la noche.

* * *

En Hong Kong, los ingleses reúnen poco a poco a los obreros que van a restablecer el trabajo del puerto. Cuando dispongan de un número suficiente de esos hombres —annamitas y japoneses—, que por el momento esperan en campamentos de barracas las órdenes del gobernador, reorganizarán sus servicios, y la actividad de la ciudad renacerá de repente. Que nuestra acción se debilite, y toda una ciudad de barcos cargados de mercancías volverá a emprender el camino de Cantón, y la potente armazón de la isla recobrará la vida que la ha abandonado... A menos que se firme el decreto que esperamos. Pero ese decreto significa el reconocimiento de la guerra de los sindicatos, significa la afirmación de la voluntad del propio Gobierno cantonés... y del poder de la Internacional en China...

Al día siguiente

Garín está sentado detrás de la mesa de su despacho, muy cansado, con la espalda encorvada, la barbilla entre las manos, y los codos, como de costumbre, apoyados sobre los papeles, que se ahuecan. Su cinturón yace extendido sobre una silla. Al oír pasos, abre los ojos, se aparta lentamente el pelo que le cuelga y levanta la cabeza. Hong entra, seguido por dos soldados. No se ha dejado arrestar sin lucha: huellas de golpes señalan su rostro, donde brillan, doloridos, sus ojillos de asiático. Tan pronto como entra en la habitación, se para, con los brazos tras la espalda, las piernas separadas.

Garín le mira y, atontado por la fiebre, espera. Su cuerpo se ha desplomado completamente. Su extenuada cabeza deriva lentamente de derecha a izquierda, como si fuese a dormirse... De pronto, respira profundamente; se ha repuesto. Se encoge de hombros. Hong, que en ese mismo momento alza los ojos, con las cejas fruncidas, le ve, escapa por un instante a los soldados y cae, detenido por un culatazo. Había visto el revólver de Garín en su funda, sobre la silla, y se echaba encima.

Se levanta.

—Ya está bien —dice Garín en francés. Y en cantonés—: Lleváoslo.

Los soldados se lo llevan.

Silencio.

—Garín, ¿quién va a juzgarle?

—... Cuando le he visto ahí, he estado a punto de levantarme y decirle: «Y ahora, ¿qué?», como a un niño al que se le gasta una broma. Por eso me encogí de hombros, y él creyó que me burlaba de él... Uno más... ¡Idioteces!

Después, como si oyese de repente la pregunta que acabo de hacerle, añade en un tono más rápido:

—Todavía no se le va a juzgar.

Al día siguiente

Garín procede a entregar a un fabricante de relojes fotografías de Cheng-dai y Sun-yat Sen, adornadas con inscripciones antiinglesas... modelos para las cajas. Un ordenanza trae un pliego sellado.

—¿Quién ha traído esto?

—Permanencia de actividades marítimas, comisario.

—El portador ¿está todavía aquí?

—Sí, comisario.

—Hazle entrar. ¡Vamos! ¡Inmediatamente!

Entra un culi, ajustándose bien al brazo el brazalete del sindicato de actividades marítimas.

—¿Eres tú quien ha traído esto?

—Sí, comisario.

—¿Dónde están los cuerpos?

—En la permanencia, comisario.

Garín me pasa el pliego abierto: se ha encontrado el cuerpo de Klein y de tres chinos asesinados en una casa de prostitución, a orillas del río. *Los rehenes...*

—¿Dónde están sus cosas?

—No lo sé, comisario.

—Pero, bueno, ¿no les han vaciado los bolsillos?

—No, comisario.

Garín se levanta en el acto, coge su casco y me hace seña de seguirle. El culi sube al lado del chófer y arrancamos.

En el coche:

—Dime, Garín, Klein vivía aquí con una blanca, ¿no?

—¡Y qué!

Los cuerpos no están en el servicio de la permanencia, sino en la sala de reuniones. Un chino vigila la puerta, sentado en el suelo; cerca de él, un perro de gran tamaño, que quiere entrar; cada vez que el perro se acerca, el chino alarga una pierna y le da un puntapié. El perro salta y se aparta, sin aullar; después vuelve a la carga. El chino nos mira aproximamos. Cuando llegamos ante él, apoya la cabeza contra la pared, cierra a medias los ojos y empuja la puerta con la mano, sin levantarse. A cierta distancia, el perro gira en tomo a él.

Entramos. Taller desierto, con el suelo de tierra batida y montones de polvo en los rincones. Aunque tamizada por las cristaleras azules del techo, la luz es resplandeciente, y cuando levanto los ojos, veo los cuatro cuerpos, *de pie*. Yo los buscaba en el suelo. Están ya rígidos, y los han adosado a la pared, como estacas. Al principio me quedo sobrecogido y casi aturdido. En esos cuerpos en pie hay algo no ya fantástico, sino suprarreal, en medio de esta luz y este silencio. Recobro el aliento y, con el aire que aspiro, me invade un olor que no se parece a ningún otro, animal, fuerte e insípido a la vez, el olor de los cadáveres.

Garín llama al vigilante, que se levanta muy despacio, como con desgana, y se acerca.

—¡Trae unas telas!

Adosado a la puerta, el hombre le mira atolondrado y parece no comprender.

—¡Trae unas telas!

Sigue sin moverse. Garín se adelanta con los puños apretados. Luego se detiene.

—Diez *taels* si traes las telas antes de media hora. ¿Me entiendes?

El chino se inclina y parte.

Las palabras han hecho penetrar en la sala algo de humanidad. Pero, al volverme, veo el cuerpo de Klein —le reconozco en seguida a causa de su talla—, con una amplia mancha oscura en mitad del rostro: la boca agrandada por una navaja de afeitar. E instantáneamente mis músculos se contraen de nuevo, hasta el punto de que aprieto los brazos contra el cuerpo y me veo obligado a apoyarme —yo también— en la pared. Aparto la mirada: heridas abiertas, grandes manchas negras de sangre coagulada, ojos en blanco; todos los cuerpos son semejantes. Han sido torturados... Una de las moscas que revolotean por aquí viene a posarse en mi frente, y yo no puedo, no puedo levantar el brazo.

—Habrá que cerrarle los ojos —dice Garín casi en voz baja, acercándose al cuerpo de Klein.

Su voz me despierta y espanto la mosca en un reflejo rápido, violento, torpe. Garín aproxima dos dedos separados en ángulo a los ojos... los ojos en blanco.

Su mano vuelve a caer.

—Creo que le han cortado los párpados...

Abre torpemente la casaca de Klein y saca una cartera, cuyo contenido examina. Deja aparte una hoja doblada y levanta la cabeza: el chino vuelve, sosteniendo entre las manos unas lonas desplegadas, que se ahuecan y arrastran. No ha encontrado nada mejor. Comienza a colocar en tierra los cuerpos, uno al lado del otro. Pero oímos pasos y entra una mujer, con los codos pegados al cuerpo, encorvada. Garín me coge brutalmente por el brazo y retrocede.

—¡Ella también! —dice en voz muy baja—. ¿Quién habrá sido el cretino que le ha dicho que él está aquí?

Ella no nos mira. Va directamente hacia Klein, choca al pasar con uno de los cuerpos extendidos en tierra, titubea... Ya está frente a él y lo contempla. No se mueve, no llora. Las moscas en tomo a su

cabeza. El olor. En mi oído, la respiración cálida, jadeante, de Garín.

En un solo movimiento, ella se deja caer de rodillas. No reza. Sus manos, con los dedos separados, se han aferrado al cuerpo, hundidas en los costados. Se diría que está arrodillada ante las torturas que representan esas heridas y esa boca que contempla, abierta hasta la barbilla por un sable o una navaja de afeitar... Estoy seguro de que no reza. Todo su cuerpo tiembla... Y en un solo movimiento, como se había dejado caer de rodillas hace un momento, rodea el cuerpo con sus brazos. El abrazo es convulsivo; menea la cabeza con un movimiento increíblemente doloroso de todo el busto... Con una ternura terrible, se frota la cara salvajemente, sin un sollozo, contra la tela ensangrentada, contra las heridas...

Garín, que retiene todavía mi brazo, me arrastra tras él. En la puerta, el chino ha vuelto a sentarse; ni siquiera nos mira. Pero tira a Garín del faldón de la casaca. Éste saca del bolsillo un billete y se lo da:

—Cuando ella se vaya, recúbreles a todos.

Ya en el coche, no dice una palabra. Se deja caer, con los codos en las rodillas. La enfermedad le debilita día a día. Los primeros baches le hacen saltar, y se tiende, con la cabeza casi contra la capota, las piernas rígidas.

Dejando el auto ante su casa, subimos a la pequeña habitación del primer piso. Las persianas están echadas. Parece más enfermo y más cansado que nunca. Bajo los ojos, dos arrugas profundas, paralelas a las que van de la nariz a las comisuras de la boca, limitan grandes manchas violáceas, y esas arrugas, estirando todos sus rasgos como la muerte, parecen ya descomponer su cara. («Si se queda quince días más», ha dicho Myrov, «se quedará más tiempo del que desea...» Ya hace más de quince días...) Permanece algún tiempo silencioso, luego dice a media voz, como si se interrogase a sí mismo:

—¡Pobre tipo...! Con frecuencia decía: la vida no es lo que se cree...

—¡La vida no es nunca lo que se cree! ¡Jamás!

Se sienta en la cama de campaña, con la espalda encorvada; sus dedos, apoyados en las rodillas, tiemblan como los de un alcohólico.

—He sentido por él una amistad de hombre... Descubrir la ausencia de párpados, y pensar que estaba a punto de tocar los ojos...

Involuntariamente, su mano derecha se crispa. Dejando caer todo su cuerpo hacia atrás, se apoya en la pared, con los ojos cerrados. La boca y las aletas de la nariz están cada vez más tensas y una mancha azul se extiende desde las cejas hasta la mitad de las mejillas.

—A menudo consigo olvidar... A menudo... No siempre. Cada vez menos... ¿Qué he hecho yo de mi vida? Pero, santo Dios, ¿qué puede uno hacer al fin y al cabo...? ¡No ver nunca nada...! Todos esos hombres a los que dirijo, esos cuya alma he contribuido a crear en suma, ni siquiera sé lo que harán mañana... En ciertos momentos hubiese querido tallarlo todo como si fuese madera, pensar: esto es lo que yo he hecho. Edificar, tener todo el tiempo por delante.,. Como se eligen los deseos, ¿no?

La fiebre sube. A medida que se anima, saca la mano derecha del bolsillo y acompaña sus frases con el gesto del brazo que le es habitual. Pero el puño continúa cerrado.

—¡Lo que yo he hecho, lo que yo he hecho! ¡Ah, qué bueno! Pienso en aquel emperador que hacía saltar los ojos a sus prisioneros y los devolvía después a su país, en racimos, conducidos por tuertos. También los conductores tuertos, con la fatiga, se quedaban poco a poco ciegos. Un bonito cromo para expresar lo que hacemos aquí, más bonito que los pequeños dibujos de Propaganda... ¡Cuando pienso que durante toda mi vida he buscado la libertad...! ¿Y quién es libre aquí, sea de la Internacional, del pueblo, de los nuestros, de los otros? Al pueblo siempre le queda el recurso de hacerse matar. Al menos eso es algo...

—Pierre, ¿tan poca confianza tienes?

—Tengo confianza en lo que yo hago. En lo que yo hago. Cuando yo...

Se para. Pero el rostro ensangrentado y los ojos en blanco de Klein están presentes en nosotros.

—Lo que uno hace, cuando sabe que muy pronto se verá obligado a dejar de hacerlo...

Reflexiona, y continúa amargamente:

—Servir es una cosa que he odiado siempre...

Y aquí, ¿quién ha servido más y mejor que yo...? Durante años —¡años!— he deseado el poder. Ni siquiera sé rodear mi vida de él. Klein estaba en Moscú, ¿no es cierto?, cuando Lenin murió. Ya sabes que Lenin había escrito un artículo en defensa de Trotski que debía aparecer en... la *Pravda*, creo. Su mujer lo había enviado personalmente. Por la mañana, ella le llevó los periódicos. Él casi no podía moverse ya. «¡Abre!» Vio que no habían publicado su artículo. Su voz estaba tan ronca que nadie comprendió sus palabras. Su mirada se había hecho tan intensa que todos siguieron su dirección: miraba su mano izquierda. La había posado abierta sobre las sábanas, con la palma hacia arriba, así. Se veía que quería coger el periódico, pero que no podía...

Ha abierto violentamente su mano derecha, con los dedos extendidos, y, mientras continúa hablando, encorva lentamente los dedos hacia adentro y los mira.

—Mientras la mano derecha permanecía inmóvil, la izquierda comenzó a cerrar los dedos, como una araña replegando sus patas...

Murió poco después...

Sí, Klein decía: como una araña... Desde que me lo contó, jamás he podido olvidar esa mano, ni esos artículos... rechazados...

—Pero Klein era trotskista. ¿No quieres que vaya a buscar la quinina?

—Mi padre me decía: «No hay que soltar nunca "la tierra".» Lo había leído no sé dónde. Me decía también que hay que estar vinculado a sí mismo. No era en absoluto de origen protestante. ¡Vinculado! La pequeña ceremonia en el curso de la cual se vinculaba un vivo a un muerto se llamaba... matrimonio republicano, ¿no es así? Yo pensaba que en eso habría aún alguna libertad... El otro me contó...

—¿Quién?

—¡Klein, naturalmente! Me contó que en no sé que ciudad en que los cosacos tenían que limpiar la población, un cretino permanece más de veinte segundos con el sable levantado por encima de la cabeza de los chiquillos. «¡Vamos, muévete!», aúlla Klein. «No puedo», contesta el otro. «Me dan lástima.» «Entonces, tómate tu tiempo...»

Alza los ojos y me mira, con una extraña dureza.

—¿Quién haría lo que estoy haciendo yo aquí? ¿Y qué? Klein, con el cuerpo todo reventado, con la boca ensanchada por la navaja de afeitar, con los labios colgando... Nada para mí, nada para los otros... Sin hablar de las mujeres, como la que acabamos de ver, que no pueden hacer otra cosa que frotarse la cara desesperadamente contra las heridas... ¿Qué? ¡Sí, entren!

Es el ordenanza de Propaganda que trae una carta de Nicolaiev. Las tropas cantonesas, reagrupadas tras su derrota en Chowtchow, acaban de ser derrotadas de nuevo por Cheng-tiung Ming, y el Comité apela al ejército rojo de la manera más urgente. Garín se saca del bolsillo un papel en blanco y escribe simplemente: EL DECRETO, firma y entrega la hoja al ordenanza.

—Para el Comité.

—¿No temes exasperarlos?

—¡Eso ya está superado! Estoy harto de discursos. Estoy hasta la coronilla de su cobardía, de su necesidad de no comprometerse nunca por completo. Saben que no podrán revocar ese decreto: el pueblo no piensa más que en Hong Kong (sin hablar de nosotros). Y si no están contentos...

—¿Y bien?

—Y bien, con todas las secciones a las que les hemos dejado las armas podemos jugar a los Tang, si es necesario. ¡Estoy harto!

—Pero ¿y si el ejército rojo es derrotado?

—No lo será.

—¿Y si lo es?

—Cuando uno juega, ya sabe que puede perder. Esta vez no perderemos.

Y mientras me voy a buscar la quinina, le oigo decir entre dientes:

—A pesar de todo, hay una cosa que cuenta en la vida: no ser vencido...

* * *

Tres días más tarde

Garín y yo regresamos para comer. Cuatro disparos de revólver; el soldado que ocupa el asiento al lado del chófer se yergue. Yo miro y echo hacia atrás en seguida la cabeza: una quinta bala acaba de dar en la portezuela. Están tirando contra nuestro coche. El soldado responde. Una veintena de hombres escapa, con un revoloteo de mangas. Dos cuerpos en tierra. Uno de ellos es el de un hombre al que el soldado ha herido por error; el otro, el del hombre del revólver: una Parabellum caída cerca de su mano abierta y que brilla al sol.

El soldado baja y se acerca a él. «Muerto», grita. Ni siquiera se ha inclinado. Llama, pide porteadores y una camilla para trasladar al otro chino al hospital, herido en el vientre... Con una sacudida, el auto cruza las puertas.

—El tipo era valiente —me dice Garín al descender—. Hubiera podido intentar huir. No dejó de disparar hasta que cayó...

Para bajar, da casi media vuelta y veo que su brazo izquierdo está cubierto de sangre.

—Pero...

—No es nada. No ha interesado el hueso. Y la bala ha salido. ¡En una palabra, han fallado!

En efecto, hay dos agujeros en su casaca.

—Tenía la mano apoyada en el respaldo del chófer. Lo fastidioso es que estoy sangrando como un buey. ¿Quieres ir a buscar a Myrov?

—Naturalmente. ¿Dónde vive?

—El chófer lo sabe.

En tanto el chófer hace girar el coche para volver a salir, Garín dice entre dientes:

—Tal vez ha sido una lástima...

Vuelvo acompañado de Myrov. Como el médico, delgado y rubio, con cara de caballo, no habla corrientemente más que el ruso, nos callamos los dos. Para poder hacer entrar el coche, el chófer se ve obligado a dispersar un círculo de mirones que se ha congregado en tomo al hombre muerto.

Garín está en su dormitorio. Me quedo en la pequeña habitación que lo precede y espero...

Un cuarto de hora más tarde, con el brazo en cabestrillo, despide a Myrov, vuelve, se echa frente a mí en la cama de madera negra, se da la vuelta con una mueca, busca postura, se arrellana. Una vez así, en la sombra, no distingo de su cara más que las líneas duras: la raya casi recta de las cejas, la arista delgada e iluminada de la nariz, los movimientos de la boca que, cuando habla, se estira hacia la barbilla.

—¡Ese tío está empezando a fastidiarme!

—¿Quién? ¿Myrov? ¿Es que te ha dicho que es grave?

—¿Esto? (Señala su brazo.) Me importa un comino. No, dice que es necesario —absolutamente necesario— que me vaya.

Cierra los ojos.

—Y lo más fastidioso de todo es que creo que tiene razón.

—Entonces ¿por qué te quedas?

—Es complicado. ¡Ah, rayos! ¡Qué incómodo se está en esta cama de campaña!

Se endereza, después se sienta, con la barbilla apoyada en la mano derecha, el codo sobre la rodilla, la espalda arqueada. Reflexiona.

—En estos últimos tiempos me he visto a menudo obligado a pensar en mi propia vida. Pensaba en ella otra vez hace un momento, mientras Myrov jugaba a ser augur: el tipo podía no haber fallado... Mi vida, ¿ves?, es una afirmación muy poderosa, pero cuando pienso en ella así, hay una imagen, un recuerdo que se repite siempre...

—Sí, ya me lo dijiste en el hospital.

—No, ahora no estoy pensando en mi proceso. Y de lo que te estoy hablando no es algo en que piense; es un recuerdo más fuerte que la memoria. Es durante la guerra, en la retaguardia. Unos cincuenta *bataitton-naires*[7] encerrados en una gran sala, donde penetra la luz por una ventanilla enrejada. Se siente la lluvia en el aire. Acaban de encender los cirios robados en una iglesia vecina. Uno de ellos, vestido de sacerdote, oficia ante un altar de cajas cubiertas con camisas. Ante él, un cortejo siniestro: un hombre vestido de frac, con una gran flor de papel en el ojal, una novia sostenida por dos mujeres como muñecas del pim-pam- pum y, en la sombra, otros personajes grotescos. Las cinco: la luz de los cirios es débil. Oigo: «¡Sostenedla bien, que no se desmaye la pobre queridita!» La novia es un joven soldado, llegado ayer de no se sabe dónde, que se ha jactado de que atravesaría con su bayoneta el cuerpo del primero que pretendiera violarlo. Las dos mujeres de carnaval le sujetan sólidamente; es incapaz de hacer un gesto, con los párpados bajos, medio muerto sin duda. El alcalde sucede al párroco; luego, una vez apagados los cirios, ya no distingo más que espaldas que salen de la sombra acumulada cerca del sol. El tipo aúlla. Lo violan, naturalmente, hasta la saciedad. Son muchos. Sí, desde hace algún tiempo estoy obsesionado con esto... No a causa del final de la cuestión, claro está. A causa de su principio absurdo, paródico...

Reflexiona una vez más.

—Por otra parte, no deja de estar relacionado con lo que sentía durante el proceso... Es una asociación de ideas muy vaga...

Se echa hacia atrás el pelo que le cae sobre la cara y se levanta, como si se sacudiese. El imperdible que le sujeta el cabestrillo salta y el brazo cae; se muerde los labios. Mientras busco el imperdible por el suelo, dice lentamente:

—Hay que tener cuidado: cuando mi acción se aparta de mí, cuando yo empiezo a separarme de ella, es también sangre lo que pierdo... Antes, cuando no hacía nada, me preguntaba a veces qué valía mi vida. Ahora sé que vale más que...

No termina. Levanto la cabeza tendiéndole el imperdible. El final de la frase es una sonrisa tensa, donde hay orgullo... y una especie de rencor... Cuando nuestras miradas se cruzan, continúa, como si volviese a la realidad:

—¿Por dónde iba...?

Trato de recordar yo también.

—Me decías que de nuevo pensabas con frecuencia en tu vida...

—¡Ah, sí! Eso es...

Se detiene al no encontrar la frase que busca.

—Siempre resulta difícil hablar de estas cosas... Cuando les daba dinero a las comadronas, ya puedes imaginar que no me hacía ilusiones sobre el valor de la «causa», y sin embargo sabía que el riesgo era grande. Y continué a pesar de las advertencias. Bien. Cuando me arruiné, casi me dejé llevar por el mecanismo que me despojaba. Y mi ruina contribuyó no poco a conducirme aquí. Mi acción me hace abúlico para todo lo que no es ella, empezando por sus resultados. Si me he vinculado con tanta facilidad a la Revolución, es porque sus resultados son lejanos y siempre cambiantes. En el fondo, soy un jugador. Y como todos los jugadores, no pienso más que en el juego, tenazmente y con fuerza. Ahora estoy jugando una partida de mayor importancia que antes y he aprendido a jugar; pero se trata siempre del mismo juego. Y lo conozco bien; hay en mi vida un cierto ritmo, una fatalidad personal, si tú quieres, a la que no se puede escapar. Yo me aferró a todo lo que le da fuerza... (He aprendido que una vida no vale

nada, pero que nada vale una vida...) Desde hace unos días, tengo la impresión de que olvido quizá lo que es capital, que otra cosa se prepara... Preveía también proceso y ruina, pero así, vagamente... En fin, si hemos de abatir Hong Kong, me gustaría...

Pero se para, se yergue de golpe con una mueca, murmura: «¡Bah! Todo eso...» y manda que le traigan los telegramas.

Al día siguiente

EL DECRETO HA SIDO PROMULGADO. Inmediatamente hacemos advertir a las secciones de Hong Kong. Y la vanguardia roja, que se mantenía a sesenta kilómetros del frente, acaba de recibir la orden de formarse. Sólo queda Cheng-tiung Ming entre el poder y nosotros.

15 de agosto

Día de fiesta en Francia... Hasta hace poco, fiesta en la catedral. Actualmente la catedral está transformada en refugio y guardada por los soldados rojos. Borodín ha hecho decretar la confiscación de todos los monumentos religiosos en provecho del Estado. Espectáculo de una miseria de la que nada, en Europa, puede dar una idea: miseria del animal destrozado por una enfermedad de la piel y que mira con ojos que no piden ni odian, inexpresivos, perdidos. Ante esos hombres, nace en mí un sentimiento burdo, animal como el espectáculo, mezcla de vergüenza, de espanto y de la innoble alegría de no ser como ellos. La compasión no aparece hasta que dejo de ver esa flacura, esos miembros de mandrágora, esos harapos, esas costras tan anchas como la mano sobre la piel verdosa y esos ojos ya vidriosos, turbios, sin mirada humana... cuando no están cerrados...

A mi vez, hablo de esto con Garín:

—Falta de costumbre —me responde—. El recuerdo de un cierto grado de miseria pone las cosas humanas en su lugar, lo mismo que la idea de la muerte. Lo mejor de Hong procede de ahí. Lo mismo sin duda que la valentía del tipo que ha disparado contra mí... Quien ha caído demasiado hondo en la miseria no sale jamás: se disuelve en ella como si tuviese la lepra. Pero para las tareas... secundarias, los otros son los instrumentos más potentes, los más seguros. Coraje, ninguna idea de la dignidad, y odio...

—Me has hecho pensar en una frase atribuida a Lenin y que Hong se hizo tatuar en inglés, con toda intención, en el brazo: "¿Podremos conquistar un mundo que no haya vertido hasta la última gota de sangre?" Al principio, le causaba una admiración fanática ; en estos últimos tiempos, la odiaba con el mismo fanatismo. Creo que fue el odio lo que le hizo abandonarla...

—Y el hecho de que los tatuajes no pueden borrarse.

—¡Bah! Lo hubiese quemado... Es un muchacho que odia con mucha fuerza.

—*Odiaba*...

Me mira gravemente:

—Sí, odiaba...

Y tras un instante añade, observando con atención una palma que obstruye la ventana:

—¿Es cierto que para Lenin la esperanza tenía ese color...?

Yo contemplo su perfil, negro a contraluz. Visto así, no ha cambiado. Y ese perfil igual al que tenía en el momento de mi llegada, hace casi dos meses, igual también al que le conocí en otro tiempo, da toda su fuerza a la modificación de su voz. Desde la noche en que le vi en el hospital, parece separarse de su acción, dejarla apartarse de él con la salud, con la certeza de vivir. Una frase que acaba de decir continúa rondándome aún: «El recuerdo de un cierto grado de miseria pone las cosas humanas en su lugar, lo mismo que la idea de la muerte...» La muerte le sirve con frecuencia de punto de comparación en estos días...

Entra el jefe del servicio cinematográfico de Propaganda.

—Comisario, han llegado de Vladivostock los nuevos aparatos tomavistas. Y tenemos ya listas las

películas. ¿Quiere usted ver la proyección?

En el acto, la expresión de resolución y de dureza reaparece en la cara de Garín y responde casi con el antiguo tono de su voz:

—Vamos.

17 de agosto

Una parte de las tropas enemigas acaba de ser derrotada ante Waitcheú por la vanguardia roja. Hemos reconquistado la ciudad: dos cañones, dos ametralladoras, tractores y un gran número de prisioneros han caído en nuestras manos. Tres ingleses prisioneros, que servían como oficiales en el ejército de Cheng, han salido ya hacia Cantón. Se han incendiado las casas de los notables que sostenían relaciones amistosas con los oficiales enemigos.

Cheng reagrupa su ejército. Antes de ocho días se librará la batalla. Se está empleando todo de cuanto dispone Propaganda; los jefes de las corporaciones han recibido la orden de hacer fijar nuestros carteles por los hombres a sus órdenes. Hay carteles en las techumbres de chapa ondulada, en los espejos de los vendedores de vino, en todos los bares, en los vehículos públicos, en las ricksas, en los postes del mercado, en el parapeto de los puentes, en todos los comercios, fijados a los *pankas*[8]en las barberías, extendidos entre bambúes en las tiendas de farolillos, apoyados en los escaparates de los bazares, plegados en abanico en las vitrinas de los restaurantes, fijados a los coches mediante papel engomado en los garajes. Es un juego que divierte a toda la ciudad; y por todas partes se ven esos carteles, tan numerosos como en Europa los periódicos por la mañana, en las manos de los transeúntes, bastante pequeños (los grandes no están impresos todavía), con sus soberbios cadetes victoriosos y sus soldados cantoneses rodeados de una aureola de rayos, que contemplan la huida de ingleses lívidos y chinos verdes; y debajo, más pequeños, un campesino, un obrero, una mujer y un soldado cogidos de la mano.

Una vez terminada la siesta, el entusiasmo sucede a la alegría. Soldados despechugados recorren las calles en fiesta; todos los habitantes han salido de sus casas; una densa multitud recorre el muelle, lenta, grave, tensa por una exaltación silenciosa. Con pífanos, gongos y pancartas, desfilan cortejos, seguidos por los niños. Tropeles de estudiantes avanzan blandiendo pequeñas banderas blancas, que se agitan, aparecen y desaparecen como una espuma marina por encima de las túnicas y los trajes blancos, en un cuadro apretado como el de un ejército. La masa pesada y en calma de la muchedumbre marcha lentamente, compacta, abriéndose ante los cortejos y dejando detrás de ellos una estela vacilante, en la que sobresalen cascos y panamás izados al extremo del brazo. En las paredes, nuestros carteles, y en los techados, inmensas pancartas, apresuradamente pintadas, traducen en imágenes la victoria. El cielo está blanco y bajo; en medio del calor, la procesión adelanta como si se dirigiese a un templo. Un gran número de chinas ancianas la siguen, llevando a la espalda, en un lienzo negro, un niño somnoliento, con el tieso mechón de su pelo. Un lejano rumor de gongos, de petardos, de gritos y de instrumentos sube del suelo con el ruido confuso de pasos y el sordo chasquido de innumerables chanclos. Hasta la altura de un hombre, la polvareda danza, acre, raspando la garganta, y va a perderse en lentos remolinos en las callecillas casi desiertas, donde no se ve más que a algunos retrasados que se apresuran, incómodos en sus vestimentas de Año Nuevo. Las puertas de casi todos los almacenes están entreabiertas o cerradas, como los días de gran fiesta.

Jamás he sentido con tanta fuerza como hoy el aislamiento de que me hablaba Garín, la soledad en que nos encontramos, la distancia que separa lo que hay en lo más profundo de nosotros de los movimientos de esta multitud, e incluso de su entusiasmo...

* * *

Al día siguiente

Garín vuelve furioso de ver a Borodín.

—Yo no digo que haga mal en aprovechar la muerte de Klein, como podría aprovechar cualquier otra cosa. Lo que encuentro idiota, lo que me exaspera, es su pretensión de obligarme a hablar ante su tumba.

Hay un montón de oradores. ¡Pues no! Otra vez está dominado por la insoportable mentalidad soviética, por una exaltación estúpida de la disciplina. ¡Allá él! Pero yo no he dejado Europa en un rincón como un saco de trapos, a riesgo de acabar como un Rebecci cualquiera, para venir a enseñar aquí la palabra obediencia, ni para aprenderla. «¡No hay medias tintas frente a la Revolución!» ¡Pues estaríamos arreglados! Hay medias tintas en todas partes donde se encuentren hombres y no máquinas... ¡Tiene la pretensión de fabricar revolucionarios lo mismo que Ford fabrica coches! Esto terminará mal, y no va a tardar mucho. En su cabeza de mongol peludo, el bolchevique está en pugna con el judío. Pues si gana el bolchevique, peor para la Internacional...

Pretextos. Ésa no es la verdadera causa de la ruptura.

Hay en primer lugar otra: Borodín ha hecho ejecutar a Hong. Garín, creo yo, quería salvarle. A despecho del asesinato de los rehenes (que parece, por lo demás, no haber sido ordenado por él). Porque pensaba que, a pesar de todo, Hong seguía siendo utilizable; porque hay entre Garín y los suyos una especie de vínculo feudal. Y tal vez porque estaba seguro de que, llegado el caso, Hong acabaría a su lado... contra Borodin. Lo cual parece haber sido también la opinión de éste...

Garín no cree más que en la energía. No es antimarxista, pero el marxismo no es en absoluto para él un «socialismo científico»; es un método de organización de las pasiones obreras, un medio de reclutar tropas de choque entre los obreros. Borodín, pacientemente, construye la planta baja de un edificio comunista. Reprocha a Garín el carecer de perspectiva, el ignorar adonde va, el no obtener más que victorias debidas al azar —por muy brillantes, por muy indispensables que sean—. Incluso hoy, a sus ojos, Garín pertenece al pasado.

Garín cree verdaderamente que Borodín trabaja de acuerdo con unas perspectivas, pero piensa que estas perspectivas son falsas, que la obsesión comunista le conducirá a unir en contra suya un Kuomintang de derechas singularmente más fuerte que el de Cheng-dai, y que este Kuomintang aplastará a las milicias obreras.

Y descubre (bien tarde, por cierto...) que el comunismo, como todas las doctrinas poderosas, es una francmasonería. Que en nombre de su disciplina, Borodín no vacilará en reemplazarle, tan pronto como él, Garín, no le sea indispensable, por alguien tal vez menos eficaz, pero más obediente.

* * *

Tan pronto como se ha conocido el decreto en Hong Kong, los ingleses se han reunido en el Gran Teatro y han telegrafiado de nuevo a Londres para solicitar el envío de un ejército inglés. Pero la respuesta ha llegado, telegráficamente: el Gobierno inglés se opone a toda intervención militar.

* * *

Se ha registrado en discos fonográficos el interrogatorio de los oficiales ingleses prisioneros, y se han enviado en gran número estos discos a las secciones. Pero cada uno de esos oficiales ha negado el haber venido a combatir contra nosotros obedeciendo las instrucciones de su Gobierno; ha habido que cortar este pasaje del interrogatorio. Va a ser preciso fabricar discos mucho más *instructivos*. Garín dice que la gente pone en duda el artículo de un periódico, pero no una imagen o un sonido, y que a la propaganda mediante el fonógrafo o el cine sólo se puede responder en principio mediante el fonógrafo o el cine; cosa de la que la propaganda enemiga, incluso la inglesa, es aún incapaz.

* * *

—Está haciendo cosas muy buenas antes, de irse —me dice Nicolaiev esta mañana. Se refiere a Garín.

—¿Antes de irse?

—Sí, creo que esta vez se va de verdad.

—Hace semanas que se está marchando...

—Sí, sí, pero esta vez se irá, ya lo verás. Se ha decidido. Si Inglaterra hubiera enviado tropas, creo que se hubiese quedado; pero ya conoce la respuesta de Londres. Pienso que no espera más que el

resultado de la próxima batalla... Myrov dice que no llegará a Ceilán.

—¿Y por qué?

—Pues simplemente, pequeño, porque está perdido.

—Eso se puede decir fácilmente.

—No es que *se* pueda decir. Es Myrov quien lo dice.

—Puede equivocarse.

—Al parecer, no se trata solamente de disentería y paludismo. Pequeño, no se juega con las enfermedades tropicales, tú lo sabes. Cuando se tienen, hay que cuidarlas. Si no, tendrás que lamentarlo... Y después de todo, ¡qué más da...!

—¡No para él!

—Su tiempo se ha acabado. Este tipo de hombres ha sido necesario, sí, pero ahora el ejército rojo está listo, Hong Kong quedará definitivamente deshecho en unos días, se necesitan personas que sepan olvidar mejor que él. No siento la menor hostilidad contra él, créeme. Trabajar con él o con otro... Y sin embargo, tiene prejuicios. No se lo reprocho, pequeño, pero los tiene.

Y sonriendo esquinadamente y entornando los párpados:

—Humano, demasiado humano, como dice Borodín. Mira adónde conducen las enfermedades mal cuidadas...

Pienso en el interrogatorio de Ling, en esas resistencias de Garín que Nicolaiev llama prejuicios...

Se calla, luego apoya un dedo contra mi pecho y continúa:

—No es comunista, eso es todo. A mí me importa un bledo, pero, a pesar de todo, Borodín se muestra lógico: no hay sitio en el comunismo para el que quiere en primer lugar... ser él mismo, en fin, existir aparte de los otros...

—¿El comunismo se opone a una conciencia individual?

—Exige más... El individualismo es una enfermedad burguesa...

—Pero en Propaganda hemos podido comprobar que Garín tiene razón: abandonar aquí el individualismo significa prepararse a ser vencidos. Y todos los que trabajan con nosotros, rusos o no (a excepción quizá de Borodín), son tan individualistas como él.

—¿Sabes que Borodín y Garín acaban de tener una bronca muy grave, lo que se dice muy grave, eh? Borodín...

Se mete las manos en los bolsillos y sonríe, no sin hostilidad:

—Habría muchas cosas que decir de él...

—Si los comunistas del tipo romano, si se puede llamarles así, los que defienden en Moscú las adquisiciones de la Revolución, se niegan a aceptar los revolucionarios del tipo... ¿cómo diría yo?... del tipo conquistador, que están a punto de entregarles China...

—¿Conquistador? Tu amigo Garín encontraría el término muy amargo...

—...limitarán peligrosamente...

—Pero eso importa poco. Tú no comprendes nada. Con razón o sin ella, Borodín pone en juego lo que representa aquí el proletariado, en la medida en que puede hacerlo. Sirve *en primer lugar* a ese proletariado, esa especie de núcleo que ha de tomar conciencia de sí mismo, crecer para hacerse cargo del poder. Borodín es una especie de timonel que...

—Garín también. ¡No se cree que ha hecho la Revolución él solo!

—Pero Borodín conoce su barco y Garín no conoce el suyo. Como dice Borodín: «Carece de eje.»

—Salvo la revolución.

—Hablas como un crío. La revolución sólo es un eje hasta que está terminada. En caso contrario, no es una revolución, es un simple golpe de Estado, un pronunciamiento. Hay momentos en que me pregunto si no acabará por ser mussolinista... ¿Conoces a Pareto?

—No.

—Él debe de conocerle...

—Olvidas una cosa, y es que si esos sentimientos positivos son lo que tú dices (y es falso), sus sentimientos negativos son por el contrario claros: su odio contra la burguesía y contra lo que ella representa es sólido. Y los sentimientos negativos son algo más que nada.

—Sí, sí. Un general blanco... de izquierdas.

—La cosa marchará mientras se enfrente a un enemigo común a todos: Inglaterra. (No sin razón está en la Propaganda del Kuomintang.) Pero ¿y después? Cuando se trate de organizar el Estado, si apuesta por el comunismo, se verá obligado a hacerse igual a Borodín; si apuesta por la democracia —lo que me extrañaría, porque el personal del Kuomintang le repugna—, está perdido: no querrá pasarse la vida haciendo política china entre bastidores y no puede aspirar a la dictadura. No lo lograría, puesto que no es chino. En consecuencia, que regrese a Europa y muera allí en paz y en gloria. El tiempo de los hombres como él se acerca a su fin. Naturalmente, el comunismo puede emplear revolucionarios de su género (al fin y al cabo, aquí es un «especialista»), pero haciéndoles... sostener por dos chekistas resueltos. Resueltos. ¿Qué es esta policía limitada? Borodín, Garín, todo esto...

Parece mezclar varios líquidos en un gesto lánguido.

Todas las personas lógicas, desde que conozco a Garín, predicen su porvenir... Nicolaiev continúa:

—Seguro que Borodín acaba como tu amigo. Ya ves, la conciencia individual es la enfermedad de los jefes. Lo que hace más falta aquí es una verdadera Cheka...

* * *

Las diez

Chapoteos, ruido de juncos que entrechocan. La luna, oculta tras el techado, anima el aire tibio y sin bruma. Contra la pared, bajo la veranda, dos maletas: Garín ha decidido salir mañana. Durante largo tiempo reflexiona, sentado, con la mirada perdida, los brazos colgando. En el momento en que me levanto para coger un lápiz rojo y subrayar la *Gaceta de Cantón*, que acabo de leer, sale de su torpor:

—Sigo pensando en la frase de mi padre: «Nunca hay que soltar la tierra.» Vivir en un mundo absurdo o vivir en otro... No hay fuerza, ni siquiera hay *verdadera vida* sin la certidumbre, sin la obsesión de la vanidad del mundo.

Sé que el sentido mismo de su vida está ligado a esta idea, que extrae su fuerza de esta sensación profunda de absurdidad: si el mundo no fuese absurdo, toda su vida se dispersaría en gestos vanos, no con esa vanidad esencial que, en el fondo, le exalta, sino con una vanidad desesperada. De ahí la necesidad que tiene de imponer su pensamiento. Pero, esta noche, todo mi ser se defiende contra él; me debato contra su verdad, que asciende en mí y a la que su muerte próxima da una siniestra aprobación. Lo que siento es menos una protesta que una rebelión... Espera mi respuesta, como un enemigo.

—Es posible que lo que dices sea cierto, pero tu manera de decirlo basta para volverlo falso, radicalmente falso. Si esta verdadera Vida se opone a... a la otra, no es así. ¡No en esa forma llena de deseos y de rencor!

—¿Qué rencor?

—Hay aquí suficientes cosas para atar a un hombre que tiene tras de sí las pruebas de fuerza que tú tienes tras de ti, suficientes cosas para...

—Es peor poseer las pruebas de la propia fuerza.

—... suficientes cosas para atarle por toda su vida, para...

—¡Cuento contigo para que me enseñes con el ejemplo!

Ha respondido con una ironía casi rencorosa. Ambos callamos. De pronto, querría decir algo que volviese a acercamos; tengo miedo, como un niño de un presentimiento, de ver terminar así nuestra amistad, de dejar así al hombre al que he querido, al que quiero todavía, a pesar de lo que piensa, y que va a morir... Pero, una vez más, él es más fuerte que yo. Apoya en mi brazo su mano derecha y dice, con una lentitud amistosa:

—No, escucha. No pretendo tener razón. No intento convencerte. Simplemente soy leal conmigo mismo. He visto sufrir a muchos hombres, a muchos. A veces, de una manera abyecta. A veces, de una manera terrible. Yo no soy un hombre bondadoso, pero en ocasiones he llegado a sentir una profunda piedad, esa piedad que te pone un nudo en la garganta. Pero, al encontrarme a solas conmigo mismo, esa piedad ha acabado siempre por desvanecerse. El sufrimiento refuerza la absurdidad de la vida, no la ataca; la vuelve irrisoria. La vida de Klein suscita a veces en mí algo como... como...

Su vacilación no se debe a una búsqueda, sino a una especie de malestar. Pero prosigue, mirándome a los ojos:

—Bueno, basta... como una cierta risa. ¿Comprendes? No hay compensación profunda para aquellos cuya vida carece de sentido. Vidas encerradas en sí mismas. El mundo se refleja en ellas haciendo muecas, como en un espejo deformante. Acaso es entonces cuando muestra su verdadero aspecto. Poco importa. Ese aspecto, nadie, nadie, ¿lo entiendes?, es capaz de soportarlo. Se puede vivir aceptando el absurdo, no se puede vivir en el absurdo. Las personas que intentan «soltar la tierra» se dan cuenta de que ésta se les pega a los dedos. No se puede rehuir, ni tampoco encontrar deliberadamente...

Y golpeándose la rodilla con el puño:

—Uno sólo puede defenderse creando. Borodín dice que lo que los hombres como yo edifican solos no puede durar. Como si lo que edifican los hombres como él... ¡Ah, cómo me gustaría ver esta China dentro de cinco años!

—¡La duración! ¡De eso es de lo que efectivamente se trata!

Ambos callamos.

—¿Por qué no te has ido antes?

—¿Por qué irse cuando se puede hacer otra cosa?

—Por prudencia...

Se encoge de hombros; luego, tras un nuevo silencio:

—No se vive de acuerdo con lo que uno piensa de su propia vida.

Otra vez el silencio.

—¡Y la bestia se aferra, qué demonios!

Se calla. Se oye un ruido singular, indefinible, impreciso, procedente de no sé dónde, lejano y como amortiguado... Él también empieza a prestar atención. Pero oímos un blando rechinar de neumáticos sobre la grava; un ciclista acaba de entrar en el patio. Un claro sonido de pasos se acerca a nosotros. Un correo trae dos pliegos, precedido por el *boy*.

Garín abre el primero y me lo tiende: *Todas las tropas de Cheng-tiung Ming y los cuerpos del ejército rojo que han ganado el frente están ya luchando*. La batalla decisiva comienza.

Mientras leo, él abre el segundo, se encoge de hombros, hace una bola con él y lo tira.

—Me es igual. Ahora me es igual. Que se las apañen. Todo eso...

El secretario se va. Oímos sus pasos que se alejan, la reja que se cierra. Pero Garín ha cambiado de idea. De pie frente a la ventana, le llama.

Otra vez la puerta. El secretario regresa. Llegado a la ventana, habla con Garín, pero éste tose y no entiendo las palabras.

El secretario se aleja de nuevo. Garín anda de un lado a otro, furioso ahora.

—¿Qué es lo que ocurre?

—¡Nada!

Bien. La cosa está clara. Recoge la bola de papel, la dobla y la alisa con la mano derecha, a duras penas a causa de la inmovilidad de su brazo izquierdo. Después se vuelve hacia mí:

—¡Bajemos!

Sale. Gruñendo —¿para él o para mí?—: «¡Un golpe que podría hacer reventar a diez mil fulanos!» Como no le hago ninguna pregunta, se decide a añadir, sin detenerse:

—Dos de los nuestros, dos agentes de Propaganda, cogidos en el momento mismo en que se acercaban a uno de los pozos utilizados por nuestras tropas, con cianuro en los bolsillos. Agentes dobles. Presencia injustificable. No han dicho nada, no han confesado nada. ¡Y Nicolaiev me dice que continuará mañana el interrogatorio!

Conduce él mismo el coche, a toda velocidad; el chófer estaba durmiendo. No dice una palabra. Sostiene el volante sólo con la mano derecha, y por dos veces falta poco para que vayamos a estrellamos contra las casas. Frena y me deja el volante; después, con la cabeza inmóvil, hundida entre los hombros —las manchas de sus mejillas, más hundidas que nunca, aparecen cuando cruzamos las luces y desaparecen en seguida—, se diría que me ha olvidado...

En el pasillo de la policía, distingo al pasar grandes carteles de color rosa, cuyas manchas he entrevisto hace poco en las calles. Es el decreto, expuesto por iniciativa nuestra.

Cuando llegamos, precedidos por el sonido rápido y militar de nuestros tacones, casi inquietante en medio de tanto silencio, Nicolaiev, detrás de la mesa de su despacho, bonachón, con la espalda apoyada en el respaldo de su silla, fija sus claros ojillos de cerdo en los dos prisioneros. Ambos están vestidos con la ropa de lienzo azul de los obreros del puerto. Uno de ellos ostenta un bigote caído, fino, negro; el otro es un viejo con el pelo cortado a cepillo, la cabeza completamente redonda, animada por dos ojos brillantes.

Empiezo a familiarizarme con estas horas nocturnas de Propaganda y de la policía, con su silencio, el olor a flores sagradas, a barro y a petróleo de la noche cálida, y con nuestras caras cansadas, extenuadas, nuestros párpados que se cierran, nuestra espalda encorvada, nuestros labios fláccidos... y en la boca, el repugnante sabor de las mañanas de resaca...

—¿Tienes noticias de la batalla? —pregunta Garín al entrar.

—Ninguna. La cosa continúa...

—¿Y esos fulanos?

—Ya has visto el informe, querido amigo. Yo no sé nada más. Por lo menos, nada todavía. Imposible sacarles una palabra. Ya llegará...

—¿Quién ha respondido por ellos?

—N 72, según el informe.

—¡Que se compruebe! Si es exacto, N 72 debe ser arrestado, enviado urgentemente al tribunal especial y ejecutado.

—Sabes que es un agente de primer orden...

Garín levanta la cabeza.

—...y que me ha prestado servicios a menudo... Es fiel.

—Ya no tendrá que molestarse más en serlo. En cuanto a sus servicios, estoy hasta la coronilla. Queda entendido, ¿no?

El otro sonríe e inclina la somnolienta cabeza, parecido al tentempié de porcelana que ha colocado irónicamente encima de su mesa.

—Ahora éstos.

Saco la estilográfica del bolsillo.

—No, no merece la pena escribir. No será largo. Nicolaiev anotará las respuestas.

—¿Quién os entregó el veneno?

El primer prisionero, el más joven, inicia una explicación estúpida: le habían encargado entregar el paquete a una persona cuyo nombre desconoce, una mujer que le reconocería por sus señas, pero...

Garín comprende poco más o menos; sin embargo, le traduzco frase por frase. El chino, como forzado por un tic, se lleva la mano abierta a los largos pinceles de su bigote, la retira nerviosamente al ver que su gesto impide que le entiendan; luego vuelve a colocarla. Fatigado, Nicolaiev mira la lámpara rodeada de efímeras y fuma. Los ventiladores no funcionan. El humo asciende recto.

—¡Basta! —dice Garín.

Se lleva la mano a la cintura.

—¡Vaya! ¡Se me ha olvidado otra vez!

Sin añadir más, abre mi funda con la mano libre, saca mi revólver y lo deja sobre la mesa, cuyos ángulos de metal brillan.

—Di al primero exactamente que, si en cinco minutos no nos ha dado las informaciones que nos debe, *yo* le meteré una bala en la cabeza.

Traduzco. Nicolaiev ha alzado imperceptiblemente un hombro. Todos los confidentes saben que Garín es un «gran jefe», y su argucia es propia de un niño. Un minuto... Dos...

—¡Bueno, basta ya! ¡Que responda inmediatamente!

—Has dicho que tenía cinco minutos —dice Nicolaiev, entre respetuoso e irónico.

—¡Tú me dejas en paz, eh!

Toma el revólver de la mesa. Gracias al peso del arma, la mano derecha se mantiene firme; la izquierda que sobresale del cabestrillo blanco, tiembla de fiebre. Una vez más ordeno al chino que responda. Él hace un gesto de impotencia.

La detonación. El cuerpo del chino permanece inmóvil; en su rostro, una expresión de intensa estupefacción. Nicolaiev ha dado un salto y se apoya en la pared. ¿Está herido?

Un segundo... Dos... El chino se desploma, fláccido, con las piernas semidobladas. Y la sangre empieza a manar.

—Pero... pero... —balbucea Nicolaiev.

—¡Que me dejes en paz!

El tono es tal que el gordo se calla inmediatamente. Ya no sonríe. Tiene la boca caída, lo que acentúa sus mofletes. Ha cruzado las gruesas manos sobre el pecho con un gesto de vieja. Garín mira hacia la pared ante él; del cañón semibajado sale un humo ligero, transparente.

—Ahora el otro. Vuelve a traducir.

Inútil. Aterrorizado, el viejo habla ya moviendo sus ojillos... Nicolaiev ha cogido un lápiz y toma notas con mano temblorosa.

—Cállate —dice Garín en cantonés. Y volviéndose hacia mí—: Adviértele antes de que vaya más lejos que, si se dedica a contamos historias, le ocurrirá una desgracia...

—Ya se ha dado buena cuenta.

—La pena de muerte puede perfeccionarse si es necesario.

—¿Y cómo quieres que le diga eso?

—¡Ah, como te parezca!

(Y en efecto, comprende...)

Mientras el prisionero habla con voz jadeante, Nicolaiev aparta soplando las efímeras muertas que caen sobre sus notas...

El hombre ha sido pagado por los agentes de Cheng-tiung Ming, eso es evidente. Primero habla rápidamente, pero no dice nada esencial; al ver que el cañón del revólver permanece bajo, vacila. De pronto se calla. Garín le mira, al borde de la exasperación.

—Y... si... si lo digo todo, ¿qué me darán ustedes...?

Inmediatamente cae, aleteando con los brazos, y rueda un metro más lejos. Furioso, Garín acaba de asestarle un puñetazo en la mandíbula; con el puño aún cerrado, frunce las cejas, se muerde los labios y se sienta en la esquina de la mesa.

—Se me ha abierto la herida. —En el suelo, el prisionero se hace el muerto—. ¡Pregúntale si ha oído hablar del incienso!

Traduzco una vez más. El hombre abre lentamente los ojos y, sin levantarse, dice sin dirigirse en particular a ninguno de nosotros, sin mirarnos:

—Eran tres. A dos los cogieron. Uno de ellos ha muerto. El otro está aquí. El tercero quizás al lado del pozo.

Garín y yo miramos a Nicolaiev, que iba a dejar para mañana la continuación del interrogatorio. Procura no manifestar ningún sentimiento. La boca, las cejas no se mueven. Pero los músculos de las mejillas se contraen y se distienden rápidamente, como si temblasen. Escribe, en tanto que el prisionero precisa.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—Si no lo has dicho todo...

—He dicho todo.

El prisionero se muestra ahora indiferente.

Nicolaiev llama, nos enseña un papel, luego se lo da al ordenanza.

—Un ciclista a la oficina especial de Telégrafos. Inmediatamente.

Se vuelve hacia nosotros:

—En esas condiciones... en esas condiciones... Quizás haya otros, sin embargo... Vamos... Garín... ¿no te parece... que habría que intentarlo... por si acaso...?

Para intentar excusar su terrible negligencia, está dispuesto, él, que quería dejar para mañana la continuación del interrogatorio, a torturar a ese hombre «por si acaso»...

—Siempre en sus trece —murmura Garín entre dientes.

Y en alta voz:

—¿Para que nos cuente una serie de patrañas y nos lance sobre pistas falsas...? No puede tener informaciones de orden general. En el trabajo de los pozos, los agentes no son casi nunca más de tres. Tres, ¿me entiendes? ¡No dos!

Es él ahora quien llama (cuatro veces). Entran dos soldados y se llevan al prisionero. Nicolaiev, que no ha respondido nada, aparta lentamente con la mano las efímeras que siguen cayendo sobre la mesa, como si alisase el papel, con un gesto de niño modoso.

Encontramos en el pasillo a un ordenanza del Comisariado de la Guerra, que trae un telegrama: las tropas de Cheng comienzan a replegarse.

* * *

La escalera de la casa de Garín está a oscuras: la lámpara que la alumbraba se ha roto. La noche

continúa, fuera y en mis nervios... Me arden los párpados, pero no tengo sueño. Ligeros escalofríos me recorren el cuerpo, como si empezase a estar ebrio; mientras poso pesadamente los pies, tanteando con los dedos cada escalón, se me cierran los ojos y veo, con una mezcla de confusión y de extraña lucidez, imágenes deformadas: los dos prisioneros, el prisionero muerto (en el suelo), Nicolaiev, la boda grotesca de que me habló Garín, los rayos de luz de la calle, el rostro desgarrado de Klein, la mancha de los carteles rosa... Me estremezco, como si me despertase sobresaltado, cuando oigo la voz de Garín:

—No puedo acostumbrarme a esta oscuridad; me da siempre la impresión de estar ciego...

Pero ya hemos llegado a la luz. Estamos de nuevo en la habitación pequeña; las dos maletas continúan allí.

—¿Es todo lo que te llevas?

—Para unos meses, es más que suficiente...

Apenas si ha escuchado mis palabras. Presta atención a un rumor muy débil que llena toda la casa y que me intrigaba ya antes de que saliésemos.

—¿Oyes?

—Sí... Oí ya ese ruido antes de salir...

—¿De dónde crees que viene?

—Escucha...

Hay algo misterioso en ese rumor ahogado, lejano, mecánico. Es un chirrido sordo como el de los roedores, pero regular y del que sobresalen, como burbujas en el agua turbia, sonidos semejantes a chasquidos de madera, que se prolongan un momento como todos los ruidos en la oscuridad y se pierden después en ese chirrido constante, que parece venir a la vez del sótano y del horizonte. Garín se ha parado, inquieto, conteniendo la respiración, con los hombros encogidos, esforzándose por hacer el menor ruido posible. Un chasquido de sus zapatos extingue brutalmente sonidos y rumores, que, tras unos segundos, reaparecen como un resplandor muy débil, aumentan y vuelven a alcanzar su intensidad lejana e inexplicable. Al fin, su cuerpo se relaja; hace un gesto de indiferencia y se echa en la cama de madera:

—¿Quieres un poco de café mientras esperamos?

—No, gracias. Harías mejor en tomarte la quinina y cambiarte el vendaje.

—Ya lo haré a su debido tiempo...

Mira las maletas.

—Tres meses tal vez...

Siempre preocupado, se muerde por dentro las mejillas.

—En fin, tampoco sería muy inteligente quedarse aquí, ya que no me fui a tiempo...

Al decir «quedarme» no lo ha dicho en el sentido de «permanecer», sino en el de «morir».

—Mi buen amigo Nicolaiev insinúa que ya es demasiado tarde...

Hasta ahora ha hablado para sí mismo. El tono de su voz cambia; alza una vez más el hombro derecho.

—¡Vaya un estúpido...! Si a mí no se me hubiese ocurrido volver allí esta noche... ¿Por quién podrá reemplazarme Borodín? Por Chen en el servicio de Propaganda en las secciones, pero ¿y en los otros? Con algunos buenos mozos como Nicolaiev —disciplinado, muy disciplinado—, la cosa acabará mal... Klein ha muerto... ¿En qué estado me encontraré todo esto cuando regrese...? Basta una metedura de pata de la policía para hacerme entrar de nuevo en esta vida de Cantón, con la misma facilidad con que me pongo la chaqueta, y sin embargo, en este momento, tengo la sensación de haberme ya marchado. ¡Vaya, si reviento en el mar, podrán pegar en el saco una bonita etiqueta...!

Sus labios se han hecho aún más delgados que hace un momento y tiene los ojos cerrados. La sombra de su nariz, que parece muy prominente, se confunde con la ojera del ojo izquierdo. Está feo, con la

fealdad inquietante y afilada de los muertos antes de que llegue la serenidad.

—¡Y pensar que cuando llegué aquí, en tiempos de Lambert, Cantón era una república de opereta! ¡Y hoy, Inglaterra! Vencer a una ciudad, abatir a una ciudad... La ciudad es la cosa más social del mundo, el emblema mismo de la sociedad. ¡Por lo menos hay una que los piojosos cantoneses están dejando en una bonita situación! Ese decreto... Al fin el esfuerzo de todos los hombres que hicieron de Hong Kong un puño cerrado está siendo...

Baja el pie y se inclina hacia adelante, como si aplastase algo, lenta, pesadamente. Al mismo tiempo que endereza el busto, saca del bolsillo un espejito redondo con el reverso de celuloide y contempla su cara (es la primera vez).

—Creo que ya iba siendo hora...

—Verdaderamente sería demasiado idiota morir como un colono cualquiera. Si no se asesina a un hombre como yo, ¿a quién se va a asesinar?

Algo en todo lo que dice me hace sentirme incómodo, me inquieta. Él continúa:

—¿Qué diablos voy a hacer en Europa? ¿Moscú...? En los términos en que estoy con Borodín... Desconfío de los métodos de la Internacional, pero habría que ver... En seis días, Shanghai; después, el barco noruego, y la impresión de haberse alojado en una conserjería. ¡Con tal de que no me lo encuentre todo deshecho cuando vuelva! Borodín posee una gran fuerza, pero también, a veces, una gran torpeza... ¡Ah, uno no va nunca adonde quisiera ir!

—¿Y adónde rayos querrías ir tú?

—A Inglaterra. Ahora sé lo que es el Imperio. Una tenaz, una constante violencia. Dirigir. Determinar. Forzar. La vida es eso...

Y de repente comprendo por qué me desconciertan sus palabras: no es a mí a quien quiere convencer. No cree en lo que está diciendo y se esfuerza por convencerse a sí mismo con todos sus irritados nervios... ¿Sabe que está perdido, teme estarlo, no sabe nada? Ante su muerte cierta, sus afirmaciones, sus esperanzas, hacen nacer en mí una desolada exasperación. Me dan ganas de decirle: «¡Basta, basta ya! ¡Vas a morir!» Me invade una tentación furiosa, que basta, no obstante, para reprimir mi presencia y una imposibilidad física. La enfermedad ha excavado hasta tal punto su rostro que no necesito ningún esfuerzo para imaginármelo muerto. Y a pesar mío, tengo la sensación de que, si yo hablase de la muerte, impondría a su mirada esta imagen, estos rasgos más tensos aún, de los que no puedo librarme. Me parece también que mis palabras resultarían peligrosas, como si yo convirtiera en cierta su muerte, que él ya conoce... Desde hace un momento permanece callado. Y en ese nuevo silencio, volvemos a oír el singular ruido que nos intrigaba hace poco. Ya no es rumor, sino un ruido formado por sucesivas sacudidas, muy lejanas o muy ensordecidas, un ruido de sueño; parece como si estuvieran golpeando el suelo, a lo lejos, con objetos envueltos en fieltro. Y los sonidos más claros, qué hace un instante eran análogos a los de la madera que chasca, se han vuelto metálicos y hacen pensar en el estruendo confuso de una fragua, dominado por los golpes musicales de los martillos...

De nuevo, a esos ruidos entremezclados se une el de los neumáticos rebotando sobre la grava. Sube un cadete, precedido por un *boy*. Trae la respuesta del oficial telegrafista. El ruido, aunque lejano, llena la habitación...

—¿Oyes? —pregunta Garín al *boy*.

—Sí, señor comisario.

—¿Qué es eso?

—No lo sé, señor comisario.

El cadete menea la cabeza.

—Es el ejército, camarada Garín...

Garín levanta los ojos.

—La retaguardia del ejército rojo, que llega formada...

Garín aspira profundamente, después lee el telegrama y me lo tiende:

Tercer agente apresado. Portador ochocientos gramos de cianuro.

Desastre enemigo. Varios regimientos trabajados por Propaganda pasados a nosotros. Abastecimientos y artillería en nuestras manos. Cuartel general desorganizado. Caballería persigue Cheng en fuga.

Firma el acuse de recibo y lo entrega al cadete, que se va, siempre precedido por el *boy*.

—¡Ya no verá mi firma por algún tiempo...! Las tropas de Cheng deshechas... Antes de un año, Shanghai...

El fragor de las tropas se aproxima o se aleja con el viento cálido. Reconocemos ahora el rechinar de los tractores, el temblor confuso de la tierra bajo el paso martilleante de los hombres y, por ráfagas, en medio de una asfixiante bocanada, los cascos de los caballos, el eco de los ejes de los cañones que resuenan... Una exaltación confusa penetra en él con ese lejano tumulto. ¿Alegría?

—No tendré casi tiempo de verte mañana por la mañana, entre todos esos imbéciles que vendrán a acompañarme...

Lentamente, mordiéndose el labio inferior, saca el brazo herido del cabestrillo y se levanta. Nos abrazamos. Siento nacer en mí una tristeza desconocida, profunda, desesperada, provocada por todo lo que hay de vano en esto, por la presencia de la muerte... Cuando la luz ilumina de nuevo nuestros rostros, me mira. Busco en sus ojos la alegría que he creído ver; pero ya no hay nada parecido, nada más que una dura y, sin embargo, fraternal gravedad.

NOTA FINAL

Han pasado más de veinte años desde la publicación de este libro de adolescencia. ¡Y mucha agua por debajo de tantos puentes rotos! Veinte años después de la toma de Pekín por el ejército revolucionario de Chang-kai Chek, esperamos la toma del Cantón de Chang-kai Chek por el ejército revolucionario de Mao-tse Tung. Dentro de veinte años, ¿otro ejército revolucionario expulsará al «fascista» Mao? ¿Qué piensa de todo esto la sombra de Borodín, quien, según las últimas noticias, antes de la guerra, solicitaba del Kremlin «un alojamiento con chimenea»? ¿Y la sombra del suicidado Gallen?

Sin embargo, a pesar del juego complejo que empuja quizá —quizás...— a China al lado de Rusia, no hay la menor duda de que las tropas de Mao obtienen sus victorias gracias a la rebelión que animaba a las tropas de 1925. No es la antigua pasión de liberación lo que ha cambiado. Lo que ha cambiado allí no es China, no es Rusia; es Europa. Ha dejado de contar.

* * *

Pero este libro no pertenece más que superficialmente a la historia. Si ha sobrevivido, no es porque pinte unos episodios determinados de la revolución china, sino porque muestra un tipo de héroe en el que se unen la aptitud para la acción, la cultura y la lucidez. Esos valores estaban directamente ligados con los de la Europa de entonces. Y puesto que se me pregunta: «Entre esos valores, ¿en qué se han convertido, en la Europa de hoy, aquellos que corresponden al espíritu?», prefiero responder con la apelación que dirigí a los intelectuales, el 5 de marzo de 1948, en la sala Pleyel, en nombre de mis compañeros gaullistas.

Su forma (la estenografía de un discurso improvisado apoyándome en notas) demuestra, por lo demás, que no se trata de un ensayo. Algunas de las ideas que expreso en él las he desarrollado, en otro plano, en la *Psicología del Arte*. Pero el aspecto de predicación un poco jadeante que hay en un discurso me ha parecido más acorde con la pasión de una novela, y con los límites de las cuestiones que ella sugiere, que el ejercicio de una fingida imparcialidad. La debilitación de la conciencia europea sólo se analiza aquí de manera sumaria. Se trataba de poner de manifiesto la amenaza a la vez más inmediata y más solapada, la del embrutecimiento a través de las psicotécnicas (la propaganda ha recorrido mucho camino desde la época de Garín), y de precisar lo que, a nuestros ojos, debe ser MANTENIDO.

El espíritu de Europa está siendo objeto de una doble metamorfosis. Éste es a nuestros ojos el drama del siglo XX: al mismo tiempo *que el mito político de la Internacional agoniza, se está produciendo una internacionalización sin precedentes de la cultura.*

Desde la gran voz de Michelet hasta la gran voz de Jaurés, durante todo él siglo pasado, fue una especie de evidencia el que el hombre se haría tanto más hombre cuanto menos apegado se sintiera a su patria. No se trataba de bajeza ni de error: era la forma de esperanza de entonces. Víctor Hugo pensaba que los Estados Unidos de Europa se constituirían por si mismos y que sería el preludio a los Estados Unidos del mundo. Pero los Estados Unidos de Europa no se constituirán sin dolor, y los Estados Unidos del mundo no están aún a la vuelta de la esquina...

Lo que hemos aprendido es que el gran gesto de desdén con que Rusia descarta ese canto de la Internacional *que, quiéralo ella o no, continuará formando parte del eterno sueño de justicia de los hombres, barre de un manotazo los sueños del siglo XIX. Sabemos ahora que no seremos más hombres cuanto menos franceses seamos; simplemente seremos más rusos. Para lo bueno como para lo malo, estamos unidos a la patria. Y sabemos que no nos haremos europeos sin ella; que, lo queramos o no, tendremos que hacemos europeos* en ella.

Al mismo tiempo que moría esta inmensa esperanza, al mismo tiempo que cada, hombre era rechazado al interior de su patria, una profusión de obras irrumpían en la civilización: la música y tas artes ¡plásticas acababan de inventar su imprenta.

Las traducciones entraban en todos los países sin ninguna restricción: el coronel Lawrence se encontraba con Benjamín Constant, y la colección Payot con los clásicos Gamier.

En fin, nació el cine. Y en este mismo momento quizás una mujer hindú llora al ver en Ana Karenina *a una actriz sueca y a un director norteamericano expresar la idea que el ruso Tolstoi se hacía del amor...*

¡Si no hemos conseguido apenas unir él sueño de los vivos, al menos hemos unido mejor a los muertos!

Y esta noche, en esta sala, podemos decir sin caer en el ridículo: «Vosotros, los que estáis aquí, sois la primera generación de herederos de toda la tierra.»

¿Cómo es posible una tal herencia? Fijémonos bien en que cada una de las civilizaciones desaparecidas no *se dirige más que a una parte del hombre. La de la Edad Media era en primer término una cultura del alma; la del siglo XVIII, en primer término una cultura de la inteligencia. De edad en edad, las sucesivas civilizaciones, que se dirigen a elementos sucesivos del hombre, se superponen; y sólo en sus herederos se unen profundamente. La herencia es siempre una metamorfosis. El verdadero heredero de Chartres, eso está claro, no es él arte de Saint-Sulpice, es Rembrandt... Miguel Ángel, creyendo rehacer él arte antiguo, hacía a Miguel Ángel...*

¿Qué hubieran podido decirse aquellos de quienes nació nuestra civilización? Como es bien conocido, en ella se mezclan un elemento griego, un elemento romano, un elemento bíblico. Pero entre César y el profeta Elías, ¿qué se hubiese podido intercambiar? Injurias. Para que naciese verdaderamente el diálogo entre Cristo y Platón, tenía que nacer Montaigne.

Sólo en el heredero se produce la metamorfosis de la que nace la vida.

¿Y quién reivindica hoy esta metamorfosis? Estados Unidos, la Unión Soviética, Europa. Antes de llegar a lo esencial, me gustaría despejar un poco el terreno. Y eliminar ante todo esa estupidez de que las culturas se hallan en pugilato permanente, a la manera de los Estados. América latina basta para proporcionar la prueba de que eso es una idiotez. En él momento presente está conciliando, sin la menor lucha, lo que desea recibir del mundo anglosajón y lo que desea recibir del mundo latino. Hay conflictos políticos irreductibles; pero es absolutamente falso que los conflictos entre culturas sean irreductibles por definición. A veces lo son en el grado más grave, a veces no lo son en absoluto.

Ahorrémonos se maniqueísmo absurdo, esa separación entre los ángeles amigos del orador y los demonios enemigos del orador que se ha puesto de moda cuando se habla de América y Rusia. Lo que pensamos de la política rusa con respecto a nuestro país es claro: pensamos que las mismas fuerzas que la hicieron actuar a favor de Francia durante la Liberación la harán actuar hoy implacablemente en contra; y estamos resueltos a poner en orden las cosas. Pero Stalin no significa nada frente a Dostoievski, del mismo modo que Mussorgski no garantiza la política de Stalin.

Veamos en primer lugar la reivindicación de la herencia cultural del mundo por parte de Estados Unidos. Primer punto: no hay en América una cultura específicamente americana. Ésa es una invención de los europeos. Se considera que en América existe un decorado particular de la vida. Se considera que América es una país sin raíces, que es un país urbano, un país que ignora la vieja y profunda relación con el árbol y la piedra en la que coinciden el más antiguo genio de China y el más antiguo genio de Occidente. Un país que tiene sobre nosotros la ventaja de poder y querer acoger con el mismo entusiasmo todas las herencias del mundo y donde cualquier museo importante expone en la misma sala las estatuas romanas, que contemplan de lejos nuestro Occidente, y las estatuas Tang, que contemplan de lejos la civilización china.

Pero, además, una gran cultura no es un taller de anticuario superior, ni siquiera en el aspecto épico. Y la cultura americana es en grado infinitamente mayor un campo de conocimientos que un campo de cultura orgánico, desde el momento en que Europa es rechazada de ella.

Por otra parte, América impone actualmente su tono a las artes de masas: la radio, el cine y la Prensa.

Su arte nos parece sobre todo específicamente americano cuando es un arte de masas. Y en verdad no hay tanta diferencia entre él espíritu de Life *y el espíritu de* Samedi-Soir; *simplemente, hay más americanos que franceses...*

En fin, América posee un espíritu novelesco particular. Pero, una vez más, ¿es específicamente americano? Hay indiscutiblemente una actitud americana frente al mundo, que es una reducción permanente de éste a su espíritu novelesco. Pero ¿puedo permitirme recordarles que en Los tres mosqueteros *Richelieu es un gran hombre no por lo que hizo de Francia, sino por haber señalado al rey la desaparición de los herretes de Ana de Austria? En estos momentos América representa más que ningún otro país el espíritu novelesco, pero lo representa probablemente en tanto que país de masas. Y la cultura se encuentra mucho más allá de esos problemas. ¿Qué piensan los americanos cultos? Piensan que la cultura americana es una de tas culturas nacionales de Occidente, que no hay mayor diferencia entre la alta cultura americana y la alta cultura francesa que entre ésta y la cultura inglesa y lo que fue la alta cultura alemana. ¡Los europeos no nos parecemos tanto! Y créanme que la distancia entre el conductismo y el bergsonismo no es de distinta naturaleza que la existente entre Bergson y Hegel. En definitiva, América jamás se ha concebido a sí misma con respecto a nosotros, en el orden cultural, como una parte del mundo*. Se ha concebido siempre como una parte de NUESTRO mundo. *Hay menos un arte americano que artistas americanos. Tenemos tos mismos sistemas de valores; ellos no poseen todo lo esencial del pasado de Europa, pero todo lo que poseen de esencial está vinculado a Europa. Lo repito: la cultura americana, en tanto que distinta de la nuestra como lo es de la cultura china, es una invención pura y simple de los europeos.*

Y no hay una hipótesis de cultura específicamente americana, opuesta a la nuestra, más que en la medida precisa de la dimisión de Europa.

Es difícil considerar sin desazón a Rusia como un país europeo.

San Petersburgo daba la impresión (y Leningrado la da todavía) de un «establishment» *europeo, de una amplia factoría imperial de Occidente —almacenes, cuarteles, cúpulas— una Nueva Delhi del Norte.*

Pero considerar a los rusos, como han hecho siempre sus adversarios, como asiáticos, es decir, como en cierto modo chinos o hindúes, es absurdo. Tal vez la verdad es que no hay que tomar demasiado en serio los mapas y que Rusia no está situada ni en Europa ni en Asia: está situada en Rusia. Del mismo modo que Japón, donde el amor y el ejército representan un papel tan importante, no está situado ni en China ni en América.

Los demás países de Europa forman parte de nuestra cultura por estratos y por intercambios. En determinados siglos, la han dominado Italia, España, Francia, Inglaterra. Todos estos países tienen en común el mito cultural de Grecia y de Roma, y la herencia de quince siglos de cristiandad compartida. Esta última herencia, que, por sí sola, separa a los eslavos de Bohemia de los eslavos de Rusia, tiene verdaderamente un gran peso. Y la herencia de Bizancio tiene a su vez tanto peso sobre Rusia como para que la pintura rusa no haya logrado nunca por completo liberarse de ella y para que Stalin evoque en el momento actual tanto a Basilio II como a Pedro el Grande.

Rusia no entró en la cultura occidental hasta el siglo XIX, a través de su música y sus novelistas. Y aún así, Dostoievski es quizás él único de estos últimos que pretende ser específicamente ruso.

Ilia Ehrenburg respondió indirectamente a una entrevista que yo concedí sobre la civilización atlántica al

preguntar: «¿Qué puede considerarse más europeo: la bomba atómica o Tolstoi?»

Si les parece bien, dejemos la bomba atómica tranquila. Si en esos momentos los rusos no la tenían aún no era ciertamente porque no la hubiesen buscado. ¡Y presentamos a Stalin como perteneciente al mismo género que Gandhi no se puede tomar verdaderamente en serio!

Queda Tolstoi. ¿A cuál de ellos nos referimos? El autor de Ana Karenina *y de* Guerra y paz *no sólo forma parte de Europa, sino que es una de tas cumbres del genio occidental. De acuerdo con una frase famosa: «No hay que escupir en tas fuentes después de haber bebido en ellas.» Además, cuando Tolstoi escribió sus novelas se consideraba europeo y se sentía especialmente como el rival de Balzac. En cambio, si se trata del conde León Nicolaievich, que pretende vivir como una especie de Gandhi, que muere en la nieve como un héroe de* bylina,[9] *que escribe que «prefiere un buen par de botas a Shakespeare», entonces me hace pensar en uno de los grandes inspirados bizantinos... Y si hay que compararlo sea como sea a otro genio, sería cotí Tagore, inseparable de la India y que con* La casa y el mundo *escribió una de las más grandes novelas universales; no sería con Sthendal.*

Lo que le separa más de nosotros es sin duda alguna lo mismo que nos separa de Rusia: su dogmatismo oriental. Stalin cree en su verdad, y su verdad no deja margen a la interpretación; pero, tan pronto como Tolstoi se separa de Occidente, no cree con menos fuerza en la suya; y él genio de Dostoievski se mantuvo durante toda su vida al servicio de una predicación irreprimible. Nunca ha existido en Rusia ni Renacimiento ni Atenas, ni Bacon ni Montaigne.

Siempre ha habido en Rusia una parte que corresponde a Esparta y una parte que corresponde a Bizancio. Esparta se integra fácilmente en Occidente; Bizancio, no. Actualmente podría verse en la industrialización a toda costa de ese inmenso país agrícola, intentado en treinta años, el más furibundo esfuerzo de occidentalización que ha padecido desde la época de Pedro el Grande. «¡Alcanzar y sobrepasar a América!» Pero el espíritu ruso se defiende tanto más cuanto mayor es el esfuerzo.

No se debe al azar el que los comunistas ataquen a Picasso. Su pintura pone en discusión precisamente el sistema en que ellos se basan. Quiérase o no, esa pintura es la presencia más penetrante de Europa.

En el orden del espíritu, todo lo que Rusia llama formalismo y que deporta o mata incansablemente desde hace diez años, es Europa. Pintores, escritores, cineastas, filósofos, músicos sospechosos son en primer término sospechosos de hallarse bajo la influencia de la «Europa podrida». ¡Europeos, Einstein, Babel, Prokofiev! El espíritu de Europa es un peligro *para una industria faraónica. La condena de Picasso por Moscú no es en modo alguno un accidente: pretende ser una defensa de los planes quinquenales.*

Según los artistas mueran a tiempo o un poco demasiado tarde, se les entierra con todos los honores en los muros del Kremlin o vergonzosamente al pie del muro siberiano del campo de deportación.

La verdadera razón por la que Rusia no es europea no tiene nada que ver con la geografía. Es la voluntad rusa.

No estoy dando una conferencia sobre la historia de la cultura. No hablaré de Europa más que en relación con la Unión Soviética y Estados Unidos. Presenta en primer lugar dos características.

La primera consiste en la unión entre el arte y la cultura. Ambos campos aparecen separados en Rusia por el dogmatismo del pensamiento. Y no menos irreductiblemente separados se encuentran en Estados Unidos, porque en Estados Unidos el hombre culto no es el artista, sino el universitario; un escritor americano —Hemingway, Faulkner— no *es de ningún modo el equivalente de Gide o Valéry. Son el equivalente de Rouault o de Braque; son brillantes especialistas en determinados conocimientos dentro de una cultura determinada. Pero no son ni hombres pertenecientes a la historia ni «ideólogos».*

Segundo punto, de mayor importancia: la voluntad de trascendencia. ¡Atención a esto! Europa es la parte del mundo donde se han sucedido Chartres, Miguel Ángel, Shakespeare, Rembrandt... ¿Es que renegamos de ellos, sí o no? ¡No! En ese caso, hay que saber de lo que hablamos.

Aparentamos creer que somos unos pobres desgraciados frente a una inmensa cultura, que se llama la novelística americana, y otra inmensa cultura que se llama... no sé muy bien cómo... en el mejor de los casos, la música rusa (lo que no está nada mal, por lo demás).

Pero en fin, a pesar de todo, la mitad del mundo mira aún hacia Europa, y sólo ella responde a su interrogación profunda. ¿Quién ha ocupado el puesto de Miguel Ángel? El resplandor que se busca en ella es el

último resplandor de la luz de Rembrandt; y el gran gesto de escalofrío con que ella se imagina acompañar su agonía es una vez más el gesto heroico de Miguel Ángel...

Nos dicen: «Ésos son valores burgueses...» Pero ¿a qué viene toda esa historia de la definición del arte por su condicionamiento?

Les ruego que me comprendan bien. Me parece justo que un filósofo ruso —en Siberia, por lo demás, desde ese momento— haya dicho que «el pensamiento de Platón es inseparable de la esclavitud». Cierto que en ello hay un presupuesto histórico del pensamiento, un condicionamiento del pensamiento. Pero el problema no termina con eso. Al contrario, comienza con eso. ¡Porque, vamos, ustedes han leído a Platón! ¡Y no lo han leído ni como esclavos ni como propietarios de esclavos!

Nadie en esta sala —ni yo tampoco— conoce los sentimientos que animaban a un escultor egipcio del Antiguo imperio cuando esculpía una estatua; pero no es menos cierto que contemplamos esa estatua con una admiración que no hemos ido a buscar en la exaltación de los valores burgueses; y el problema que se plantea consiste precisamente en saber qué es lo que asegura la trascendencia parcial de las culturas muertas.

No estoy hablando de eternidad, hablo de metamorfosis. Egipto ha reaparecido entre nosotros; había desaparecido durante más de mil quinientos años. ¿Que la metamorfosis es imprevisible? Pues bien, nos enfrentamos a un presupuesto fundamental de la civilización, que es la imprevisibilidad de los renacimientos. Pero yo prefiero un mundo imprevisible a un mundo impostor.

El drama actual de Europa es la muerte del hombre. A partir de la bomba atómica, y aun mucho antes, se comprendió que lo que él siglo XIX llamaba «progreso» tenía un elevado precio. Se comprendió que el mundo se había hecho dualista, y que la inmensa esperanza sin pasivo que el hombre había puesto en él porvenir ya no era válida.

¡Pero no porque el optimismo del siglo XIX haya dejado de existir ha dejado también de existir el pensamiento humano! ¿Desde cuándo la voluntad se basa en el optimismo inmediato? Si así fuese, jamás hubiera habido Resistencia antes de 1944. Según una antigua y famosa frase: «No es necesario esperar para emprender...» Ya conocen ustedes el resto.

El hombre ha de encontrar un nuevo fundamento, sí, pero no sobre unas estampitas. Europa sigue defendiendo los más altos valores intelectuales del mundo. Para darse cuenta, basta suponerla muerta. Si en el lugar en que estuvo Florencia, en él lugar en que estuvo París fuese él día en que «se inclinarán tos juncos murmuradores y ondulantes», ¿creen ustedes verdaderamente que haría falta mucho tiempo para que esos lugares que fueron ilustres aparezcan en la memoria de los hombres como imágenes sagradas?

Nosotros somos los únicos en no creer en Europa. El mundo mira aún con una admiración temerosa y lejana estas viejas manos que tantean en la oscuridad...

Si Europa no se considera ya a sí misma en términos de libertad, sino en términos de destino, no es la primera vez. Las cosas no andaban demasiado bien en la época de la batalla de Mohacz. Las cosas no andaban demasiado bien cuando Miguel Ángel grabó en el pedestal de La noche: «*¡Si es para ver la tiranía, no te despiertes!*»

Por lo tanto, no se trata de sumisión por parte de Europa. ¡Estamos hartos de tales historias! Hay, por una parte, una hipótesis: Europa se convierte en un elemento capital de la civilización atlántica. Y hay una pregunta: ¿en qué se convierte Europa dentro de la estructura soviética? La civilización atlántica reclama y, en el fondo (en tanto que cultura), respeta todavía a Europa; la estructura soviética desdeña su pasado, odia su presente y no acepta de ella más que un porvenir en él que no quede absolutamente nada de lo que fue.

Los valores de Europa se hallan amenazados desde el interior por las técnicas nacidas de los medios de apelación a las pasiones colectivas: Prensa, cine, radio, publicidad... en una palabra, «los medios de propaganda». Lo que se llama, en estilo refinado, las técnicas psicológicas.

Esas técnicas se han elaborado sobre todo en los países de que acabamos de hablar. En América están principalmente al servicio de un sistema económico y tienden a obligar al individuo a comprar. En Rusia están al servicio de un sistema político y tienden a obligar al ciudadano a una adhesión sin reservas a la ideología de los dirigentes; a causa de eso, comprometen al hombre en su totalidad.

No confundamos la acción de esas técnicas en su país de origen con la incidencia de su acción sobre Europa, en particular sobre Francia. La incidencia de las psicotécnicas americanas sobre nuestra cultura es secundaria; la de las psicotécnicas rusas pretende ser decisiva...

Pero sobre todo no hablemos de una cultura futura, a la que se refiere siempre la psicotécnica rusa. Hablemos de la actual: el conjunto de la técnica soviética en Francia conduce hoy prácticamente a, *una organización sistemática de mentiras elegidas por su eficacia.*

El general De Gaulle está «contra la República» (¿porque la ha restablecido?), «contra los judíos» (¿porque ha abolido las leyes raciales?), «contra Francia». Resulta muy instructivo que, al menos una vez por semana, se pueda escribir sin provocar la risa, que está contra Francia la persona que, por encima de la terrible somnolencia de este país, supo mantener su honor como un sueño imperecedero...

Lo interesante es que, por supuesto, los estalinistas saben tan bien contó nosotros que todo eso es completamente falso. Es la misma técnica de la publicidad: se envuelve en el mismo papel el jabón Cadum y «el mañana que canta». Se trata siempre de conseguir el reflejo condicionado, es decir, de hacer que un determinado vocabulario, sistemáticamente unido a ciertos nombres, vincule a esos nombres tos sentimientos que ese vocabulario suscita en nosotros de ordinario. Atribuir las propias taras al adversario para que el lector termine por no entender nada de nada es asimismo un procedimiento común. Ejemplo: el «partido americano».

Quiero insistir en esto: no estoy tratando de discutir lo bien o lo mal fundado de los artículos de L'Humanité, *sino de precisar las técnicas en que se basa la acción psicológica más profunda que el mundo ha conocido desde hace varios siglos. En el orden intelectual, primero desacreditar al adversario, hacer imposible la discusión. Durante todo un año Jean Paulhan ha intentado convencer a los estalinistas de que había dicho lo que había dicho. Todo fue en vano.*

Atacar sobre todo en el plano moral: lo que ese modo de pensar necesita no es que el adversario sea un adversario, es que sea lo que en el siglo XVIII se llamaba un facineroso.

El único tono de esta propaganda es la indignación (y eso es precisamente lo que la hace tan agotadora).

Y ese sistema que se basa en el postulado fundamental de que él fin justifica los medios —y por lo tanto que no hay otra moral que la de los fines— es él sistema de propaganda más obstinadamente y más cotidianamente moral que se haya visto nunca.

Dicha técnica está dirigida a conseguir, en el campo del espíritu, bien aliados, bien (en Rusia) estalinistas.

Con respecto a tos aliados:

Tenemos en primer término una antigua mistificación, es la mistificación cristiana y ética. Ciertos de los elementos más profundos del estalinismo se han mantenido en Francia inseparables de la gran apelación cristiana. Pero ya sabemos ahora lo que valen esas chanzas.

La segunda es la mistificación nacional. Coincide con toda la política estalinista a partir del Kotninform. Se trata de impedir en todos los países de Occidente la reedificación económica, que puede hacer inclinarse a esos países hacia Estados Unidos e Inglaterra. Para ello hay que inventar «la defensa nacional de los países amenazados por los americanos».

Los estalinistas quieren añadir a su reclutamiento obrero un amplio reclutamiento burgués; en consecuencia, establecer una ideología nacional, de la que el partido comunista sería lo que él llama él ala móvil, de tal manera que no se base ya en el presupuesto ruso ni en el presupuesto clase contra clase, sino en un presupuesto experimentado ya por los estalinistas en la Resistencia y que consiste en la unión de todas tas fuerzas sinceramente nacionales bajo una máscara comunista, en beneficio de Moscú.

Después, la mistificación de la perspectiva histórica. Repito que ya es hora de sustituir el interrogante «¿Qué es?» por la voluntad de explicar siempre la significación oculta, histórica de preferencia, de lo que es. Se representa la teoría del realismo socialista en pintura... y naturalmente esto es tan defendible como cualquier otra cosa. Pero ¿qué cuadros se hacen? No se hacen en absoluto cuadros realistas socialistas; se hacen iconos de Stalin al estilo de Dérouléde.

El condenar a Bemanos de una manera absoluta en nombre de un proletariado mítico podría defenderse, si no hubiera que admirar también las novelas edificantes de Garaudy. ¡Ay, cuántas esperanzas traicionadas, cuántos insultos y muertes para terminar cambiando simplemente de biblioteca rosa!

Y luego hay la célebre mistificación por la continuidad revolucionaria. Como todos sabemos, los mariscales de cantos dorados son los legítimos herederos de los primeros compañeros de Lenin, vestidos con chaquetas de cuero. A pesar de todo, conviene explicarse a este respecto: a André Gide y a mí se nos solicitó que llevásemos a Hitler las manifestaciones de protesta contra la condena de Dimitrov, inocente del incendio del Reichstag. Fue

un gran honor para nosotros (no había muchos, por lo demás). Y ahora, cuando Dimitrov, ya en el poder, hace colgar al inocente Petkov, ¿quién es él que ha cambiado? ¿Gide y yo o Dimitrov?

Al principio, el marxismo recomponía él mundo de acuerdo con la libertad. La libertad sentimental del individuo representó un papel inmenso en la Rusia de Lenin. Lenin pidió a Chagall que pintase los frescos del teatro judío de Moscú. Hoy, él estalinismo proscribe a Chagall. ¿Quién ha cambiado?

Uno de mis libros, La condición humana, *interesó en su tiempo a un buen número de rusos. Se pensaba basar en él una película de Eisenstein, con música de Jostdkovich; se pensaba que Meyerhold hiciese una adaptación para él teatro, con música de Prokofiev... ¿Es un historial suficiente, para una sola obra, de muerte y abjuración? Se me replicará que yo ignoro la dialéctica. También la ignoran los condenados a trabajos forzados... y los cadáveres, más todavía...*

Se han producido innumerables rupturas: Víctor Serge, Gide, Hemingway, Dos Passos, Mauriac, y tantos otros... Es falso que esas rupturas tengan algo que ver con tos problemas sociales. Porque no estaba sobreentendido que «el mañana que canta» sería ese largo alarido que sube desde él mar Caspio hasta el Mar Blanco y que su canto seria el canto de los forzados.

Estamos en esta tribuna y no renegamos de España. ¡Veremos si algún día sube a tal tribuna un estalinista para defender a Trotski!

En Rusia el problema es diferente. El país está cerrado y, a causa de ello, en ruptura con lo esencial de la cultura moderna. Ahora es el país en donde se ha producido todo. Cito del manual de historia para la juventud:

Fue un maestro ruso, Ciolkowski, quien elaboró la teoría de la propulsión a reacción. Fue un electrotécnico ruso, Popov, el primero en inventar la radio (Simlia Russkaia, p. 55).

En los países capitalistas la instrucción es privada y cuesta muy cara. Para un gran número de muchachos y muchachas es un deseo, un sueño inalcanzable (Ibídem, p. 277)...

Pasemos...

Queda, en el orden positivo, un pensamiento que quiere exaltar la solidaridad, el trabajo y un cierto mesianismo noble, con ese desdén que se encuentra siempre en los libertadores. Y luego, las psicotécnicas destinadas a crear ta imagen del mundo y los sentimientos más favorables para la acción del partido. «Los escritores son los ingenieros del "alma".» ¡Y de qué modo!

Pero para esto reivindican la verdad. No olvidemos que el mayor periódico ruso se llama Pravda, *la verdad. Sin embargo, hay algunos que saben. Y aquí se plantea un problema muy interesante: ¿a partir de qué nivel se tiene actualmente en Rusia el derecho a mentir? Porque Stalin sabe tan bien como yo que existe ta instrucción pública en Francia. Hay unos que están en el juego y otros que no lo están. Y yo creo que esto merece la pena que se reflexione sobre ello, lo mismo que sobre el desprecio implícito en tas técnicas psicológicas. Ya sé trate de hacer comprar un jabón o de ganarse las papeletas de voto, no hay una técnica psicológica que no esté basada en el desprecio del comprador o del votante; en caso contrario, sería inútil. El hombre mismo se encuentra implicado; el sistema* es *un todo. La técnica puede existir sin totalitarismo, pero lo sigue tan ineluctablemente como la G.P.U., porque, sin policía, es un monstruo vulnerable. Durante algunos años resultó difícil negar que fue Trotski quien creó el ejército rojo. Para que* L'Humanité *fuese plenamente eficaz sería necesario que el lector no pudiese leer ningún periódico de la oposición.*

No hay márgenes. Y por eso el desacuerdo, incluso parcial, de un artista frente al sistema conduce a una abjuración.

Así se plantea nuestro problema esencial: ¿cómo impedir que las técnicas psicológicas destruyan la calidad del espíritu? Ya no hay arte totalitario en el mundo, suponiendo que lo haya habido alguna vez. La cristiandad ya no tiene catedrales; construye Sainte-Clotilde; y Rusia vuelve, con los retratos de Stalin, al arte más burguesamente convencional. He dicho «si to ha habido alguna vez» porque las masas nunca han sido sensibles al arte como tal. (A ese respecto, aristocracia y burguesía son asimismo masas...) Yo llamo artistas a los que son sensibles al presupuesto específico de un arte; los otros son sensibles a su presupuesto sentimental. No existe «el hombre que ignora la música»; hay aquéllos a quienes les gusta Mozart y aquellos a quienes les gustan las marchas militares. No existe «él hombre que ignora la pintura»; hay aquellos a quienes les gusta la pintura y aquellos a quienes les gusta El sueño *de Detaille o los gatos metidos en un cesto. No existe «el hombre que ignora la poesía»; hay aquellos que se interesan por Shakespeare y aquellos que se interesan por los romances. La diferencia entre unos y otros está en que, para los segundos, él arte es una especie de expresión sentimental.*

En ciertas épocas se da él caso de que esta expresión sentimental coincide con un arte extraordinario. Así ocurrió con el arte gótico. La unión entre los sentimientos más profundos —el amor, la vulnerabilidad de la condición humana— y una fuerza específicamente plástica produce entonces un arte genial que conmueve a todos. (Algo semejante se da en los grandes individualistas románticos: Beethoven, en cierto grado Wagner, Miguel Ángel sin la menor duda, Rembrandt e incluso Víctor Hugo.)

Que una determinada obra sentimental sea artística o no es un hecho; no es una teoría ni un principio. El urgente problema que nos plantea consiste, pues, en términos políticos, en sustituir la engañosa apelación de una cultura totalitaria, cualquiera que sea, por la creación real de una cultura democrática. No se trata de llevar por la fuerza hacia el arte a las masas que le son indiferentes; se trata de abrir el campo de la cultura a todo el que quiera alcanzarla. En otras palabras, él derecho a la cultura es pura y simplemente la voluntad de acceder a ella.[10]

Por lo tanto, no pretendemos absurdamente fijar aquí un modelo de cultura, sino aportarle el medio de conservar en su próxima metamorfosis lo más elevado que ha alcanzado con nosotros.

Consideramos que él valor fundamental del artista europeo, en nuestras más grandes épocas, de los escultores de Chartres a los grandes individualistas, de Rembrandt a Víctor Hugo, se halla en la voluntad de considerar el arte y la cultura como los objetivos de una conquista. Para precisar, diré que el genio es una diferencia conquistada; que el genio —ya sea el de Renoir o el de un escultor tebano— comienza por este punto: un hombre que contempla desde su niñez algunas obras admirables que bastan para distraerle del mundo se siente un día en ruptura con esas formas, bien porque no son lo bastante serenas, bien porque lo son demasiado; y es su voluntad de constreñir a una verdad misteriosa e incomunicable (de otra forma que a través de su obra) el mundo y las mismas obras de las que él ha nacido, es esa voluntad lo que determina su genio. En otros términos, no existe un genio que copie, no existe un genio servil. ¡Que nos dejen tranquilos con los grandes artesanos de la Edad Media! Incluso en una civilización donde todos los artistas fueran esclavos, no podría confundirse al imitador de formas con el esclavo que hubiese encontrado formas desconocidas. Tanto en el arte como en otros terrenos, hay en el descubrimiento una especie de firma del genio, y esa firma no ha cambiado a través de los cinco milenios de historia que conocemos.

Si la humanidad lleva en su interior un presupuesto eterno, es sin duda esa vacilación trágica del hombre a la que se llamaría después, durante siglos, un artista... frente a la obra que siente más profundamente que nadie, que admira como nadie puede admirarla, pero que al mismo tiempo es el único en el mundo que desea subterráneamente destruir.

Ahora bien, si el genio es un descubrimiento, observemos que la resurrección del pasado se basa en este descubrimiento. Al principio de este discurso hablé de lo que podía ser un renacimiento, de lo que podía ser la herencia de una cultura. Una cultura renace cuando los hombres de genio, buscando su propia verdad, extraen del fondo de los siglos todo cuanto antaño se parecía a esa verdad, incluso aunque ellos no la conozcan.

El Renacimiento creó la Antigüedad al menos en el mismo grado en que la Antigüedad creó el Renacimiento. Los fetiches negros hicieron nacer a los fauves *en el mismo grado que los* fauves *hicieron nacer los fetiches negros. Y después de todo, el verdadero heredero del arte resurgido en cincuenta años no es América, que le yuxtapone las obras maestras, ni Rusia, cuya amplia apelación reciente se satisface a maravilla con sus nuevos iconos: es la escuela «formalista» de París, cuyas resurrecciones de tantos siglos recuerdan una inmensa familia. Es Picasso quien podría responder a* Pravda: «*Quizá yo sea, como decís, decadente y podrido; pero si supieseis contemplar mi pintura en lugar de admirar tantos iconos bigotudos, os daríais cuenta de que vuestra seudohistoria es algo insignificante ante la oleada de las generaciones, y que esta pintura efímera es capaz de resucitar, con las estatuas de Sumeria, el lenguaje olvidado de cuatro milenios...*»

Pero esta conquista es sólo eficaz cuando la búsqueda es libre. Todo lo que se opone a la voluntad irreductible de descubrimiento es, si no perteneciente al dominio de la muerte, porque no hay muerte en el arte —aunque, Dios mío, existe verdaderamente un arte egipcio—, sí la parálisis de las facultades más fecundas del artista. En consecuencia, proclamamos la necesidad de conservar la libertad de esta búsqueda contra todo lo que intente fijar de antemano su dirección. Y en primer término contra tos métodos de acción psicológicos basados en la apelación al instinto colectivo con fines políticos.

Proclamamos en primer lugar como valores no el inconsciente, sino la conciencia, no el abandono, sino la voluntad, no la falsa propaganda, sino la verdad. (Ya sé que alguien muy famoso dijo en otros tiempos: «¿Qué es la verdad...?» En el campo de lo que estamos hablando, la verdad es lo que se puede comprobar.) Y en fin, la libertad de descubrimiento. Todo esto no «hacia qué», porque no sabemos nada al respecto, sino «partiendo de

qué», como en las ciencias contemporáneas. Lo queramos o no, «el europeo se alumbrará con la antorcha que enarbola, aunque se queme la mano con ella».

Queremos, por lo tanto, fundamentar esos valores en él presente. Todo pensamiento reaccionario está centrado en el pasado, cosa que se sabe hace mucho tiempo; todo pensamiento estalinista, es un hegelianismo orientado hacia un porvenir incontrolable. Lo que necesitamos en primer lugar es encontrar él presente.

Lo que nosotros defendemos ahora será defendido antes de finales de siglo por todas las grandes naciones de Occidente. Queremos devolver a Francia el papel que ha representado en diversas ocasiones, en las épocas románica y gótica, lo mismo que en el siglo XIX, y que impuso su acento a Europa cuando este acento fue a la vez el de la audacia y él de la libertad.

En el campo del espíritu, todos ustedes son en general liberales. Para nosotros, la garantía de la libertad política y de la libertad del espíritu no se encuentra en el liberalismo político, condenado a muerte desde que tiene en su contra a los estalinistas: la garantía de la libertad es la fuerza del Estado al servicio de TODOS los ciudadanos.

¿Cuándo fue grande Francia? Cuando no se encerró en Francia. Francia es universalista. Ante el mundo, la Francia grande es más la de las catedrales o la Revolución que la de Luis XIV. Hay países, como Inglaterra —y eso es tal vez lo que hace su gloria— que son tanto más grandes cuanto más solos se encuentran. Francia nunca ha sido más grande que cuando habló para todos los hombres, y por eso su silencio se escucha de manera tan punzante...

¿Qué va a ser del espíritu? Pues bien, será lo qué ustedes hagan de él.

Créditos

Versión definitiva

NOTA FINAL 1949

LIBRERÍA EDITORIAL ARGOS, S. A. Barcelona

Título de la edición original: «LES CONQUÉRANTS»

publicada por ÉDITIONS BERNARD GRASSET París

Traducción Fabián García-Prieto Buendía

Sobrecubierta Héctor Cattolica

Primera edición: junio de 1977

© Éditions Bemard Grasset, 1928

© de la versión española.

Librería Editorial Argos, S. A., 1977

Aragón, 390, Barcelona-13 (España)

ISBN 84-7017-343-X

Depósito Legal: B. 23.049-1977

Impreso en España-Printed in Spain

Impreso por Chimenos, S. A.,

Carretera Nacional 152, Km. 26,

Coll de la Manya, Granollers (Barcelona)

Notas a pie de página

[1] Concesión europea de Cantón.

[2] En las Indias orientales, pieza de tela que recubre el talle y los muslos. (N. del T.)

[3] Milicias armadas de los sindicatos.

[4] El ejército rojo cantonés.

[5] Comandante de la Escuela de cadetes.

[6] La estrangulación lenta. El incienso sirve en ese caso para reanimar a los pacientes.

[7] Soldados de los bat' d'Af, unidades especiales de África del Norte, que aceptaban reclutas con antecedentes penales. (Nota del Traductor)

[8] Pantallas suspendidas del techo y movidas por cuerdas que se utilizan como ventiladores. (N. del T.)

[9] Epopeya o rapsodia popular rusa. (N. del T.)

[10] Aquí se intercalaba la exposición de la acción cultural que nosotros proponíamos.

André Malraux

La condición humana

LA CONDICIÓN HUMANA

André Malraux

(La condition humaine, 1933)

A Eddy Du Perron

Cada vez que te descargas un eBook,
Dios salva un árbol. Y un gatito también.
www.salva1arbol.com

Parte Primera

21 de marzo de 1927

12 y media de la noche

¿Intentaría Chen levantar el mosquitero? ¿Golpearía a través de él? La angustia le retorcía el estómago. Conocía su propia firmeza; pero sólo era capaz, en aquel instante, de pensarlo con el embrutecimiento, fascinado por aquel montón de muselina blanca que caía desde el techo sobre un cuerpo menos visible que una sombra y de donde emergía sólo aquel pie medio inclinado por el sueño, vivo, no obstante, de la carne de hombre. La única luz procedía del building vecino; un gran rectángulo pálido de electricidad, cortado por los barrotes de la ventana, uno de los cuales rayaba el lecho precisamente por debajo del pie, como para acentuarle el volumen y la vida. Cuatro o cinco claxons sonaron a la vez. ¿Descubierto? ¡Combatir, combatir con enemigos que se defienden, con enemigos despiertos, qué liberación!

La ola de estruendo decreció: algún estrépito de carruajes –todavía había estrépito de carruajes allá, en el mundo de los hombres... –. Volvió a verse frente a la gran mancha blanca de la muselina y del rectángulo de luz, inmóviles en aquella noche en que el tiempo había dejado de existir.

Se repetía que aquel hombre debía morir. Tontamente, porque él sabía que lo mataría, capturado o no, ejecutado o no, poco importaba. Sólo existía aquel pie, aquel hombre al que debía herir sin que se defendiese, porque, si llegara a defenderse, llamaría.

Parpadeando, nauseado, Chen descubría en sí, no el combatiente que esperaba, sino a un sacrificador. Y no sólo ante los dioses que había elegido; bajo su sacrificio a la revolución surgía un mundo de profundidades, ante el cual aquella noche agobiada de angustia no era más que claridad. «Asesinar no es sólo matar, ¡ay!...» En los bolsillos, sus manos vacilantes empuñaban, la derecha, una navaja de afeitar cerrada y, la izquierda, un puñal corto. Los escondía lo más posible, como si la noche no bastase para ocultar sus movimientos. La navaja era más segura; pero Chen comprendía que no podría servirse de ella; el puñal le repugnaba menos. Soltó la navaja, cuyo dorso penetraba en sus dedos crispados; el puñal se hallaba desnudo en su bolsillo, sin vaina. Lo hizo pasar a su mano derecha, dejando caer la izquierda sobre la lana de su tricota, donde quedó adherida. Levantó ligeramente el brazo derecho, estupefacto ante el silencio que seguía rodeándole, como si su ademán hubiera debido soltar el resorte de una caída. Pero no; no pasaba nada: seguía siendo él quien tenía que obrar.

Aquel pie vivía, como un animal dormido. ¿Terminaba en él un cuerpo? «¿Pero es que me vuelvo loco?» Había que ver aquel cuerpo. Verlo; ver aquella cabeza; para ello entrar en la luz; dejar que pasase sobre el lecho su abultada sombra. ¿Cuál era la resistencia de la carne? Convulsivamente, Chen se hundió el puñal en el brazo izquierdo. El dolor (ya no era capaz de pensar en aquel brazo suyo), la idea del suplicio seguro si el durmiente despertaba, le libertaron por un segundo: el suplicio era preferible a aquella atmósfera de locura. Se acercó. Aquél era el hombre que había visto, dos horas antes, en plena luz. El pie, que casi rozaba el pantalón de Chen, giró de pronto, como una llave, y volvió a su primitiva posición en la noche tranquila. Quizá el durmiente presintiese aquella presencia, aunque no lo bastante para despertar... Chen se estremeció: un insecto corría sobre su piel. No; era la sangre de su brazo, que corría en un reguero. Y aquella sensación de mareo continuaba.

Un solo movimiento, y el hombre quedaría muerto. Matarlo no era nada: lo que resultaba imposible era tocarlo. Y había que herir con precisión. El durmiente, acostado sobre la espalda, en medio del lecho a la europea, sólo se hallaba vestido con unos calzoncillos cortos; pero, bajo la piel grasienta, las costillas no eran visibles. Chen tenía que orientarse por las puntas de las tetillas. Sabía cuan difícil es herir de arriba abajo. Tenía, pues, el puñal con la hoja en el aire; pero la tetilla izquierda quedaba más alejada: a través del tul del mosquitero hubiera tenido que herir alargando el brazo, con un movimiento curvo, como el del swing. Cambió la posición del puñal: la hoja, horizontal. Tocar aquel cuerpo inmóvil era tan difícil como herir un cadáver, quizá por las mismas razones. Como atraído por aquella idea de cadáver, se elevó un estertor. Chen ya no podía retroceder; las piernas y los brazos se le habían aflojado por completo. Pero el estertor se regularizó: el hombre no jadeaba, roncaba. Se hizo vivo, vulnerable; y, al mismo tiempo, Chen se sintió burlado. El cuerpo resbaló, con un ligero movimiento hacia la derecha. ¡Despertaría ahora! Con un golpe capaz de atravesar una tabla, Chen lo detuvo, con un ruido de muselina desgarrada unido a un

choque sordo. Sensible hasta el extremo de la hoja, sintió el cuerpo rebotar hacia él, rechazado por el colchón elástico. Endureció rabiosamente el brazo para retenerlo: las piernas retrocedían juntas hacia el pecho, como ligadas la una a la otra. Se distendieron de golpe. Habría que herir de nuevo; pero, ¿cómo arrancar el puñal? El cuerpo continuaba de costado, inestable, y, a pesar de la convulsión que acababa de sacudirlo, Chen recibía la impresión de tenerlo fijo en el lecho con su arma corta, sobre la cual pesaba toda su masa. Por el gran agujero del mosquitero, lo veía muy bien: los párpados se habían abierto –¿habría podido despertar?–, y los ojos estaban en blanco. A lo largo del puñal, la sangre comenzaba a brotar, negra en aquella falsa luz. Con su peso, el cuerpo, presto a caer hacia la derecha o hacia la izquierda, encontraba aún vida. Chen no podía soltar el puñal. A través del arma, de su brazo extendido y de su hombro dolorido, se establecía una comunicación, toda angustia, entre el cuerpo y él, hasta el fondo de su pecho, hasta su corazón convulso, única cosa que se movía en la estancia. Permanecía en absoluto inmóvil; la sangre que continuaba brotando de su brazo le parecía ser la del hombre acostado. Sin que nada exterior sobreviniese, tuvo la certidumbre de que aquel hombre estaba muerto. Respiraba apenas, y continuaba manteniéndose de costado, en la luz inmóvil y turbia, en la soledad de la habitación. Nada indicaba que hubiera habido lucha; ni siquiera el desgarrón de la muselina, que parecía dividida en dos: allí no había más que silencio y una embriaguez abrumadora en la que él zozobraba, separado del mundo de los vivos, aferrado a su arma. Sus dedos se apretaban cada vez más; pero los músculos del brazo se aflojaban, y el brazo entero comenzó a temblar como una cuerda. Aquello no era miedo; era un espanto, a la vez atroz y solemne, que no había vuelto a conocer desde su infancia: estaba solo con la muerte, solo en un lugar sin hombres, muellemente aplastado, a la vez, por el horror y por el placer de la sangre.

Consiguió abrir la mano. El cuerpo se inclinó suavemente sobre el vientre. Quedando sesgado el mango del puñal, una mancha oscura comenzó a extenderse sobre la sábana y creció, como un ser vivo. Y, a su lado, creciendo como ella, apareció la sombra de dos orejas puntiagudas.

La puerta estaba próxima; el balcón, más alejado; pero era del balcón de donde venía la sombra. Aunque Chen no creía en los genios, estaba paralizado, incapacitado de darse vuelta. Se sobresaltó: un maullido. Medio repuesto, se atrevió a mirar. Era un gato de los tejados, que con patas silenciosas entraba por la ventana, los ojos fijos en él. Una rabia furiosa sacudía a Chen, a medida que avanzaba la sombra, no contra el animal mismo, sino contra esa presencia; nada vivo debía deslizarse en la hosca región donde estaba arrojado: aquello que lo había visto empuñar aquel cuchillo, lo imposibilitaba de volver entre los hombres. Abrió la navaja y dio un paso hacia adelante. El animal huyó por el balcón. Chen lo persiguió. Se encontró, de pronto, frente a Shanghai.

Sacudida por su angustia, la noche bullía como una enorme humareda negra, llena de chispas; al ritmo de su respiración, cada vez menos anhelante, se inmovilizó, y, en el desgarrón de las nubes, aparecieron las estrellas, con su movimiento eterno, que le invadió, con el aire más fresco de fuera. Una sirena se elevó y luego se perdió en aquella serenidad punzante.

Abajo, muy abajo, las luces de medianoche, reflejadas a través de una bruma amarilla por el macadam mojado, por las pálidas rayas de los rieles, palpitaban con la vida de los hombres que no matan. Eran millones de vidas, y todas ahora rechazaban a la suya; pero, ¿qué significaba su condenación miserable, al lado de la muerte que se retiraba de él, que parecía deslizarse fuera de su cuerpo a grandes oleadas, como la sangre del otro? Toda aquella sombra, inmóvil o centelleante, era la vida, como el río, como el mar, invisible a lo lejos –el mar... –. Respirando, por fin, hasta lo más profundo de su pecho, le pareció unirse a aquella vida con un agradecimiento sin límite, al borde del llanto, tan trastornado como antes. «Hay que escapar...» Permaneció contemplando el movimiento de los autos y de los transeúntes, que corrían bajo sus pies por la calle iluminada, como un ciego curado mira, como un hambriento come. Ávidamente, insaciable de vida, hubiese querido tocar aquellos cuerpos. Una sirena llenó todo el horizonte, más allá del río: el relevo de los obreros de noche, en el arsenal. ¡Que los imbéciles obreros fuesen a fabricar las armas destinadas a matar a quienes combatían por ellos! ¿Aquella ciudad iluminada continuaría poseída como un campo por su dictador militar, vendida hasta la muerte, como un rebaño, a los jefes de guerra y a los comercios de Occidente? Su gesto criminal tenía el mismo valor que un prolongado trabajo de los arsenales de China: la insurrección inminente que pretendía entregar Shanghai a las tropas revolucionarias no poseía doscientos fusiles. Si poseyese las pistolas –unas trescientas– cuya venta con el gobierno acababa de negociar aquel intermediario –el muerto–, los rebeldes, cuyo primer acto debía consistir en desarmar a la policía para armar sus tropas, duplicarían sus posibilidades. Pero, desde hacía diez minutos, Chen no había pensado en ello ni siquiera una sola vez.

Y todavía no había cogido el papel por el cual había matado a aquel hombre. Entró de nuevo, como si hubiera entrado en la cárcel. Las ropas estaban colgadas al pie de la cama, bajo el mosquitero. Buscó en los bolsillos: pañuelos, cigarrillos... No tenía cartera. La habitación seguía siendo la misma: mosquitero, paredes blancas, nítido rectángulo de luz... El crimen, pues, no había cambiado nada... Metió la mano debajo de la almohada, cerrando los ojos. Tocó la cartera, muy pequeña, como un portamonedas. Por vergüenza o angustia, porque el ligero peso de la cabeza atravesada en la almohada se hacía más inquietante cada vez, volvió a abrir los ojos: no había sangre en la almohada, y el hombre no parecía muerto. ¿Debería, pues, matarle de nuevo? Pero ya su mirada, que volvía a encontrar los ojos en blanco y la sangre sobre las sábanas, lo liberaba. Para registrar la cartera, retrocedió hacia la luz: era ésta la de un restaurante, lleno de jugadores. Encontró el documento, se guardó la cartera, atravesó la habitación casi corriendo, cerró con doble vuelta de llave y se guardó ésta en el bolsillo. En el extremo del corredor del hotel –se esforzaba por caminar despacio–, no estaba el ascensor. ¿Llamaría?... Descendió. En el piso inferior, el del dancing, el bar y los billares, unas diez personas esperaban el ascensor, que ya llegaba. Las siguió. «La dancing-girl roja está estupenda, maravillosa», le dijo, en inglés, su vecino, birmano o siamés, un poco borracho. Le dieron ganas, a la vez, de abofetearle para hacerle callar, y de abrazarlo, porque estaba vivo. Rezongó, en lugar de responder. El otro le golpeó en el hombro, con aire de cómplice. «Cree que yo estoy borracho también...» Pero el interlocutor abría de nuevo la boca. «Ignoro las lenguas extranjeras», dijo Chen, en pequinés. El otro se calló, miró, intrigado, a aquel hombre joven, sin cuello, aunque con una tricota de magnífica lana. Chen estaba frente a la luna interior del ascensor. El crimen no dejaba ninguna huella en su rostro... Sus facciones, más mongólicas que chinas –pómulos salientes y nariz muy aplastada, aunque con la arista ligeramente marcada, como un pico–, no habían cambiado: no expresaban más que fatiga. Hasta en sus sólidos hombros y en sus gruesos labios, de buen muchacho, parecía no pesar nada extraño. Sólo el brazo, pegajoso cuando lo doblaba, caliente... El ascensor se detuvo. Salió con el grupo.

Una de la mañana

Compró una botella de agua mineral y llamó a un taxi –un coche cerrado– donde se lavó el brazo y se lo vendó con un pañuelo. Los rieles desiertos y los charcos de los aguaceros de la tarde relucían débilmente. El cielo luminoso se reflejaba en ellos. Sin saber por qué, Chen lo contempló. ¡Cuánto más cerca de él había estado antes, cuando había descubierto las estrellas! Se alejaba de él, a medida que su angustia se debilitaba y volvía a encontrar a los hombres... En el extremo de la calle, las autoametralladoras, tan grises como los charcos, y los trazos claros de las bayonetas, llevadas por sombras silenciosas; el puesto, el final de la concesión francesa. El taxi no podía ir más lejos. Chen mostró su pasaporte falso, de electricista empleado en la concesión. El funcionario examinó el papel con indiferencia («Decididamente lo que acabo de hacer no se nota») y lo dejó pasar. Delante de él, perpendicular, la avenida de las Dos Repúblicas, frontera de la ciudad china.

Abandono y silencio. Cargadas con todos los ruidos de la mayor ciudad de China, las ondas zumbadoras se perdían allí, como en el fondo de un pozo los sonidos procedentes de las profundidades de la tierra: todos los de la guerra, y las últimas sacudidas nerviosas de una multitud que no quiere dormir. Pero era lejos donde vivían los hombres; allí, nada quedaba del mundo, como no fuese una noche, en la cual Chen se ponía de acuerdo con su instinto, como adquiriendo una amistad súbita: aquel mundo nocturno, inquieto, no se oponía a su crimen. Mundo en que los hombres habían desaparecido; mundo eterno. ¿Volvería el día, acaso, sobre aquellas tejas podridas, sobre todas aquellas callejuelas, en el fondo de las cuales una linterna iluminaba un muro sin ventanas o un nido de hilos telegráficos? Existía un mundo del crimen, y él se hallaba en ese mundo, como en el calor. Ninguna vida; ninguna presencia; ningún ruido próximo. Ni siquiera los gritos de los modernos comerciantes; ni siquiera los ladridos de los perros abandonados...

Por fin, una tienda mugrienta: Lu-Yu-Shuen y Hemmelrich, Fonos. Había que volver entre los hombres... Esperó algunos minutos, sin entregarse por completo, y por fin golpeó un postigo. La puerta se abrió casi inmediatamente: era una tienda llena de discos alineados con cuidado, con un vago aspecto de biblioteca pobre; luego, la trastienda, grande, desnuda, y cuatro camaradas en mangas de camisa.

Al cerrarse de nuevo, la puerta hizo que oscilase la lámpara. Los semblantes desaparecieron y volvieron a aparecer. A la izquierda, muy orondo, Lu-Yu-Shuen y la cabeza de boxeador inutilizado de Hemmelrich, rapado, con la nariz rota y los hombros hundidos. Detrás, en la sombra, Katow. A la derecha Kyo Gisors; al pasar por encima de su cabeza, la lámpara marcó exageradamente las comisuras caídas de su boca de estampa japonesa; al alejarse, apartó la sombra, y aquel rostro mestizo casi pareció europeo. Las oscilaciones de la lámpara se fueron haciendo cada vez más cortas. Los dos semblantes de Kyo fueron apareciendo alternativamente, cada vez menos diferentes el uno del otro.

Invadidos por la necesidad de interrogar, todos miraban a Chen con una intensidad idiota, pero no decían nada. Él contempló las baldosas, acribilladas de semillas de girasol. Podía informar a aquellos hombres; pero jamás podría explicarse. Le obsesionaba la resistencia opuesta por el cuerpo al cuchillo, mucho mayor que la de su brazo: sin el impulso de la sorpresa, el arma no habría penetrado profundamente. «Nunca hubiera creído que fuese tan duro...»

–Eso es –dijo.

En la habitación, ante el cuerpo, pasada la inconsciencia, no había dudado: había sentido la muerte.

Tendió la orden de la entrega de armas. Su texto era largo. Kyo lo leía.

–Sí; pero...

Todos esperaban. Kyo no aparecía impaciente ni irritado; no se había movido; apenas se había contraído su semblante. Sin embargo, todos comprendían que lo que acababa de descubrir lo trastornaba. Se decidió:

–Las armas no están pagadas. Pagaderas a su entrega. Chen sintió que la ira caía sobre él, como si hubiera sido estúpidamente robado. Se había asegurado de que aquel papel era el que buscaba; pero no había tenido tiempo de leerlo. Por otra parte, no hubiera podido hacer que cambiase nada. Sacó la cartera del bolsillo y

se la entregó a Kyo: unas fotos y unos recibos, ningún otro documento.

–Creo que se podrá arreglar con los hombres de las secciones de combate –dijo Kyo.

–Con tal que podamos subir a bordo –respondió Katow–, todo marchará.

Silencio. La presencia de aquellos hombres arrancaba a Chen de su terrible soledad, suavemente, como una planta a la que se arranca de la tierra donde sus raíces más finas la retienen aún. Y al mismo tiempo que, poco a poco, volvía hacia ellos, parecíale que los reconociese –como a su hermana, la primera vez que había vuelto de una casa de prostitución–. Allí se sentía la tensión que se experimentaba en las salas de juego, al final de la noche.

–¿Qué tal? –preguntó Katow, dejando, por fin, su disco y avanzando hacia la luz.

Sin responder, Chen contempló aquella hermosa cabeza de Pierrot ruso –ojillos burlones y nariz al aire– que ni siquiera aquella luz podía hacer dramática. Él, sin embargo, sabía lo que era la muerte. Se levantaba. Fue a ver el grillo dormido en su jaula minúscula: Chen podría tener sus razones para callar. Éste observaba el movimiento de la luz, que le permitía no pensar: el grito tembloroso del grillo, despierto por su llegada, se unía a las últimas vibraciones de la sombra sobre los rostros. Siempre la obsesión de la dureza de la carne, aquel deseo de apoyar el brazo con fuerza sobre la primera cosa que encontrase. Las palabras sólo servían para turbar la familiaridad con la muerte, que se había albergado en su corazón.

–¿A qué hora saliste del hotel? –preguntó Kyo.

–Hace veinte minutos.

Kyo consultó su reloj; la una menos diez.

–Bien. Acabemos aquí, y larguémonos.

–Quiero ver a tu padre, Kyo.

–¿Sabes que eso será, sin duda, para mañana?

–Tanto mejor.

Todos sabían lo que era eso: la llegada de las tropas revolucionarias a las últimas estaciones del ferrocarril, que debía determinar la insurrección.

–Tanto mejor –repitió Chen. Como todas las sensaciones, la del crimen y el peligro, al alejarse, le dejaban completamente vacío. Aspiraba a recuperarlas–. Sin embargo, quiero verlo.

–Ve esta noche; nunca duerme antes del alba.

–Iré a eso de las cuatro.

Por instinto, cuando se trataba de ser comprendido, Chen se dirigía a papá Gisors. Que su actitud le era dolorosa a Kyo –tanto más dolorosa cuanto que ninguna vanidad intervenía en ella– lo sabía; pero no podía hacer nada; Kyo era uno de los organizadores de la insurrección; el comité central tenía confianza en él; Chen también, pero no mataría nunca a nadie, como no fuera combatiendo. Katow estaba más cerca de él; Katow, condenado a cinco años de presidio en 1905, cuando, siendo estudiante de medicina, había tratado de derribar la puerta de la cárcel de Odesa. Y, sin embargo...

El ruso comía caramelos, uno a uno, sin dejar de contemplar a Chen; y Chen, de pronto, comprendió su glotonería. Ahora que había matado, tenía derecho a sentir deseo de algo. Derecho. Aquello era hasta pueril... Extendió su mano cuadrada. Katow creyó que quería marcharse y se la estrechó. Chen se levantó. En efecto: quizá ya no tuviese que hacer nada allí; Kyo estaba prevenido, y a él le correspondía obrar. Y él, Chen, sabía lo que quería hacer ahora. Se dirigió a la puerta; volvió, no obstante.

–Dame unos caramelos.

Katow le dio la bolsa. Él quiso repartir el contenido. No tenía papel. Se llenó el hueco de la mano, tomó

unos cuantos con la boca, salió.

–No ha debido ir completamente solo –dijo Katow.

Refugiado en Suiza desde 1905 a 1912, fecha de su regreso clandestino a Rusia, hablaba el francés sin ningún acento ruso, pero tragándose cierto número de vocales, como si hubiera querido compensar así la necesidad de articular rigurosamente cuando hablaba el chino. Casi debajo de la lámpara ahora, su rostro estaba poco iluminado. Kyo lo prefería así; la expresión de ingenuidad irónica que los ojillos y, sobre todo, la nariz saliente –pájaro de cuenta, le decía Hemmelrich– daban al semblante de Katow, era tanto más viva cuanto más se oponía a sus propias facciones, y le molestaba con frecuencia.

–Acabemos –dijo–: ¿Tienes los discos, Lu?

Lu-Yu-Shuen, sonriendo y como dispuesto a doblar mil veces el espinazo, colocó sobre dos «fonos» los dos discos examinados por Katow. Había que ponerlos en movimiento al mismo tiempo.

–Una, dos, tres –contó Kyo.

El silbido del primer disco cubrió al segundo. De pronto, se detuvo –se oyó: enviar–; luego, continuó. Otra palabra más: treinta. Nuevo silbido. Luego, hombres. Silbido.

–Perfectamente –dijo Kyo. Detuvo el movimiento, y puso en marcha el primer disco solo. Silbido: silencio; silbido. Parada. Bien. Etiqueta de los discos de desecho.

En el segundo: Tercera lección. Correr, marchar, ir, venir, enviar, recibir. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta, ciento. He visto correr a diez hombres. Veinte mujeres están aquí. Treinta...

Aquellos falsos discos para la enseñanza de idiomas eran excelentes. La etiqueta estaba imitada a maravilla. Kyo se hallaba inquieto, sin embargo.

–¿Mi impresión era mala?

–Muy buena; perfecta.

Lu se esponjaba en una sonrisa. Hemmelrich parecía indiferente. En el piso de arriba, un niño gritó de dolor.

Kyo no comprendía.

–¿Entonces, por qué la han cambiado?

–No la han cambiado –dijo Lu–. Es la misma. Es raro que reconozca uno su propia voz, ¿sabe?, cuando se oye por primera vez.

–¿El «Fono» la desfigura?

–No es eso; es que todos reconocen sin trabajo la voz de los demás; pero uno, ¿sabe?, no está acostumbrado a oírse a sí mismo...

Lu se sentía lleno de júbilo chino de explicar una cosa a un espíritu distinguido que la ignora.

«Lo mismo ocurre en nuestro idioma...»

–Bueno. ¿Tienen que venir a buscar los discos esta noche?

–Los barcos partirán mañana, al amanecer, para Han-Kow...

Los discos silbadores eran expedidos por un barco; los discos de texto, por otro. Éstos eran franceses o ingleses, según que la misión de la región fuese católica o protestante. Los revolucionarios empleaban algunas veces verdaderos discos impresionados por ellos mismos.

«El día –pensaba Kyo–. ¡Cuántas cosas, antes de que llegue el día!...» Se levantó.

–Se necesitan voluntarios para las armas. Y algunos europeos, si es posible.

Hemmelrich se acercó a él. El niño arriba gritó de nuevo.

–Te responde el muchacho –dijo Hemmelrich–. ¿Basta eso?... ¿Qué harías tú, con el chico que va a reventar y la mujer que gime arriba... no lo bastante fuerte para molestamos?...

La voz, casi rencorosa, era precisamente la de aquel rostro de la nariz rota, de los ojos hundidos que la luz vertical sustituía por dos manchas negras.

–Cada uno a su trabajo –pronunció Kyo–. Los discos también son necesarios... Katow y yo, a lo nuestro. Pasemos a buscar los tipos (entonces sabremos si atacamos mañana o no); y yo...

–Pueden descubrir el cadáver en el hotel, ¿comprendes? –dijo Katow.

–Antes de que amanezca, no. Chen ha cerrado con llave. No hay rondas.

–Quizá el intermediario tuviese alguna cita.

–¿A estas horas? Es poco probable. Ocurra lo que ocurra, lo esencial es cambiar el anclaje del barco. Así, si tratan de alcanzarlo, perderán, por lo menos, tres horas antes de encontrarlo. Está en el límite del puerto.

–¿Adónde quieres hacerlo pasar?

–Al puerto mismo. No al muelle, naturalmente. Allí hay centenares de vapores. Tres horas perdidas, por lo menos. Por lo menos.

–El capitán desconfiará...

El semblante de Katow no expresaba casi nunca sus sentimientos: la alegría irónica subsistía en él. Sólo, en aquel instante, el tono de la voz traducía su inquietud, cada vez más intensa.

–Conozco a un especialista en negocios de armas –dijo Kyo–. Con él, el capitán adquirirá confianza. No tenemos mucho dinero; pero podemos pagar una comisión... Creo que estamos de acuerdo: nos servimos del papel para subir a bordo, y ya nos las arreglaremos después.

Katow se encogió de hombros, como ante la evidencia. Se puso su blusa, cuyo cuello no abotonaba nunca, y alargó a Kyo la chaqueta de sport, que estaba colgada en una silla. Ambos estrecharon fuertemente la mano a Hemmelrich. La lástima sólo conduciría a humillarle más. Salieron.

Abandonaron inmediatamente la avenida y entraron en la ciudad china.

Unas nubes muy bajas, pesadamente amontonadas, sólo dejaban ya aparecer las últimas estrellas en la profundidad de sus desgarraduras. Aquella vida de las nubes animaba la oscuridad, ora más ligera, ora más intensa, como si inmensas sombras llegasen, a veces, a profundizar la noche. Katow y Kyo llevaban calzado de sport, con suela de goma, y sólo oían sus pasos cuando se deslizaban por el barro. Del lado de las concesiones –el enemigo–, un resplandor bordeaba los tejados. Lentamente henchido por el prolongado grito de una sirena, el viento, que traía el rumor casi extinto de la ciudad en estado de sitio y el silbido de los vapores, que volvían hacia los barcos de guerra, pasó sobre las miserables bombillas eléctricas encendidas en el fondo de los callejones sin salida y de las callejuelas. En torno a ellas, unos muros en descomposición salían de la sombra desierta, develados con todas sus manchas por aquella luz a la que nada hacía vacilar y de donde parecía emanar una eternidad sórdida. Oculto por aquellos muros, había medio millón de hombres: los de las hilanderías, que trabajaban durante dieciséis horas diarias, desde la infancia; el pueblo de la úlcera, de la escoliosis, del hambre. Los vidrios que protegían las bombillas se empañaron, y, durante algunos minutos, la gran lluvia de China, furiosa, precipitada, tomó posesión de la ciudad.

«Un buen barrio», pensó Kyo. Desde hacía más de un mes, que, de comité en comité, preparando la insurrección, había dejado de ver las calles; no caminaba ya por el barro, sino sobre terreno llano. La

agitación de los millones de modestas vidas cotidianas desaparecía, aplastada por otra vida. Las concesiones, los barrios ricos, con sus verjas lavadas por la lluvia al final de las calles, no existían ya más que como amenazas, como barreras, como los prolongados muros de una prisión sin ventanas. Aquellos barrios atroces, por el contrario –donde las tropas de encuentro eran más numerosas–, palpitaban con el estremecimiento de una multitud en acecho. Al volver una callejuela, su mirada se abismó de pronto en la profundidad de las luces de una ancha calle; velada por la copiosa lluvia, conservaba en su imaginación una perspectiva horizontal, pues habría sido preciso atacarla con los fusiles y las ametralladoras, que disparan horizontalmente. Después del fracaso de las sublevaciones de febrero, el comité central del partido comunista chino había encargado a Kyo la coordinación de las fuerzas insurrectas. En cada una de aquellas calles silenciosas, donde el perfil de las casas desaparecía bajo el aguacero con olor a humo, el número de los militantes se había duplicado. Kyo había pedido que se le facilitasen de 2 000 a 5 000, y la dirección militar los había conseguido en un mes. Pero no poseía doscientos fusiles. (Y había trescientos revólveres en aquel Shang-Tung, que dormía con los ojos abiertos en medio del río chapoteante.) Kyo había organizado ciento noventa y dos grupos de combate de unos veinticinco hombres, todos provistos de sus jefes. Sólo aquellos jefes estaban armados... Pasaron por delante de un garaje popular, lleno de camiones viejos transformados en autobuses. Todos los garajes estaban «registrados». La dirección militar había constituido un estado mayor y la asamblea del partido había elegido un comité central. Desde el comienzo de la insurrección, era preciso mantenerlos en contacto con los grupos de encuentro. Kyo había creado un primer destacamento de unión, de ciento veinte ciclistas.

A los primeros disparos, ocho grupos deberían ocupar los garajes y apoderarse de los autos. Los jefes de aquellos grupos habían visitado ya los garajes, y no se equivocarían. Cada uno de los demás jefes, desde hacía diez días, estudiaba el barrio donde debían combatir. ¡Cuántos visitantes, aquel mismo día, habían penetrado en los edificios principales, habían preguntado por un amigo al que nadie conocía, y habían hablado y ofrecido el té, antes de irse! ¡Cuántos obreros, a pesar del aguacero copioso, reparaban los tejados! Todas las posiciones de algún valor para el combate en las calles estaban reconocidas; las mejores posiciones de tiro estaban señaladas con los trazos rojos en los planos, para la permanencia de los grupos de encuentro. Lo que Kyo sabía acerca de la vida subterránea de la insurrección alimentaba lo que ignoraba; algo que le sobrepasaba infinitamente venía de las grandes alas desgarradas de Tchapei y de Pootung, cubiertas de fábricas y de miseria, para hacer estallar los enormes ganglios del centro.

Una invisible multitud animaba aquella noche de juicio final.

–¿Mañana? –interrogó Kyo.

Katow vaciló y detuvo el balanceo de sus grandes manos. No; la pregunta no se dirigía a él. Ni a nadie.

Caminaba en silencio. Poco a poco, el chaparrón se transformaba en llovizna; el crepitar de la lluvia sobre los tejados se debilitaba, y la calle negra se llenó con el ruido entrecortado de los arroyos. Los músculos de sus semblantes se aflojaron. Al descubrir entonces la calle como aparecía ante su mirada –larga, negra, indiferente–, Kyo la percibió como un pasado: de tal modo la obsesión le impulsaba hacia adelante.

–¿Adónde crees tú que habrá ido Chen? –preguntó–. Dijo que no iría a casa de mi padre hasta eso de las cuatro... ¿A dormir?

Había en su pregunta una admiración incrédula.

–No sé... Al burdel, quizá... Él no se emborracha...

Llegaron a una tienda: Shia, comerciante de lámparas. Como en todas partes, los postigos estaban puestos. Abrieron. Un chinito horroroso quedó en pie delante de ellos, mal iluminado por detrás. Al menor movimiento, de la aureola de luz que rodeaba su cabeza le bajaba un reflejo oleoso sobre la enorme nariz, acribillada de granos. Los vidrios de unos centenares de lámparas, que aparecían colgadas, reflejaban las llamas de dos linternas encendidas sobre el mostrador y se perdían en la oscuridad, hasta el fondo invisible del negocio.

–¿Qué hay? –pronunció Kyo.

Shia le contemplaba y se frotaba las manos con unción. Se volvió sin decir nada, dio algunos pasos y hurgó en algo oculto. El roce de su uña doblada sobre una hoja de lata hizo rechinar los dientes de Katow; pero ya

volvía, con los tirantes a la izquierda y a la derecha... Leyó el papel que llevaba, con la cabeza iluminada por debajo, casi pegada a una de las lámparas. Era un informe de la organización militar que trabajaba con los obreros ferroviarios. Los refuerzos que defendían Shanghai contra los revolucionarios de Nankín: los obreros ferroviarios habían decretado la huelga, los guardias blancos y los soldados del ejército gubernamental obligaban a los que cogían a que condujesen los trenes militares, bajo pena de muerte.

–Uno de los obreros ferroviarios detenido ha hecho descarrilar el tren que conducía –leyó el chino–. Muerto. Otros tres trenes militares descarrilaron ayer; los rieles habían sido levantados.

–Que se generalice el sabotaje y se indique en los misinos informes el medio de reparar los daños en el plazo más breve –dijo Kyo.

–Por todo acto de sabotaje, los guardias blancos fusilan.

–El comité lo sabe. Nosotros fusilaremos también.

–Otra cosa: ¿no hay trenes de armas?

–No.

–¿Se sabe cuándo estarán los nuestros en Tcheng-Tcheu?1

–No tengo aún las noticias de medianoche. El delegado del Sindicato cree que será esta noche o mañana...

La insurrección comenzaría, pues, al día siguiente o al otro. Había que esperar las informaciones del Comité Central. Kyo tenía sed. Salieron.

Ya no estaban lejos del sitio donde tenían que separarse. Una nueva sirena de barco llamó tres veces, a intervalos, y, luego, una vez más, prolongada. Parecía que su grito se esparciese en aquella noche saturada de agua. Por último, retumbó, como un cohete. «¿Comenzarían a inquietarse, en el Shang-Tung?» Absurdo. El capitán sólo atendería a sus clientes hacia las 8. Reanudaron la marcha, prisioneros de ese barco, anclado allá en las aguas verdosas y frías con sus cajas de pistolas. Ya no llovía.

–Con tal que encuentre a ese tipo –dijo Kyo–. Quedaría, no obstante, más tranquilo si el Shang-Tung cambiara de anclaje.

Sus rutas no eran ya las mismas. Se dieron cita y se separaron. Katow iba a buscar a los hombres.

Kyo llegó, por fin, a la puerta enrejada de las concesiones. Dos tiradores anamitas y un agente de la colonial llegaron para examinar sus papeles: tenía su pasaporte francés. Para tantear el puesto, un comerciante chino había ensartado unos pastelillos en las puntas de las alambradas. («Buen sistema para envenenar a un puesto, eventualmente», pensó Kyo.)

El agente le devolvió el pasaporte. Kyo encontró pronto un taxi y dio la dirección del Black Cat.

El auto, que el chófer conducía a toda velocidad, encontró algunas patrullas de voluntarios europeos. «Las tropas de ocho naciones vigilan aquí», decían los periódicos. Poco importaba; no entraba en las intenciones del Kuomintang atacar a las concesiones. Boulevards desiertos; sombras de modestos comerciantes, con sus tiendas en forma de balanza sobre los hombros... El auto se detuvo a la entrada de un jardín exiguo, alumbrado por el letrero luminoso del Black Cat. Al pasar por delante del guardarropa, Kyo miró la hora: las dos de la mañana. «Afortunadamente, aquí se admiten todos los trajes.» Bajo su chaqueta de sport, de tela de terciopelo gris oscuro, llevaba un pullover.

El jazz estaba en el colmo de la nerviosidad. Desde hacía cinco horas mantenía, no la alegría, sino una embriaguez salvaje a la que cada pareja se aferraba ansiosamente. De pronto, se detuvo, y la multitud se disgregó. En el fondo los clientes; a los lados las danzarinas profesionales: chinas, con sus vestidos de brocados; rusas y mestizas, con su ticket para el baile o para la conversación. Un viejo con aspecto de clergyman aturdido permanecía en medio de la pista, esbozando con el codo movimientos de ganso. A los cincuenta y dos años, había trasnochado por primera vez, y, aterrorizado por su mujer, ya no se había atrevido a volver a su casa. Desde hacía ocho meses, se pasaba las noches en aquellos lugares; ignoraba dónde estaban los lavaderos, y se mudaba de ropa blanca en las camiserías chinas, entre dos biombos.

Negociantes próximos a la ruina; danzarinas y prostitutas; cuantos se sabían amenazados –casi todos– mantenían sus miradas sobre aquel fantasma, como si sólo él los retuviese al borde de la nada. Irían a acostarse, anonadados, al amanecer –cuando el paseo del verdugo comenzase de nuevo en la ciudad china–. A aquella hora, no habría más que las cabezas cortadas en las jaulas, todavía oscuras, con los cabellos chorreando de lluvia.

–¡De talapuinos, querida amiga! ¡Los vestirán de ta-la-pui-nos!

La voz bufonesca, directamente inspirada por Polichinela, parecía llegar de una columna. Gangosa, aunque amarga, no evocaba mal el espíritu de aquel lugar, aislado en un silencio invadido por el entrechocarse de los vasos sobre el clergyman aturdido. El hombre que Kyo buscaba estaba presente.

Lo descubrió, en cuanto hubo rodeado la columna, en el fondo de la sala, donde, a algunas filas de profundidad, se hallaban dispuestas las mesas que no ocupaban las danzarinas.

Por encima de una confusión de espaldas y de pechos, en un montón de trapos sedosos, un Polichinela delgado y sin joroba, aunque con una voz muy apropiada, dirigía un discurso bufonesco a una rusa y a una mestiza filipina, sentadas a su mesa. De pie, con los codos pegados al cuerpo, gesticulando con las manos, hablaba con todos los músculos de su rostro en tensión, molesto por el cuadro de seda negra, estilo Pied-Nickelé, que protegía su ojo derecho, magullado, –sin duda. De cualquier manera que fuese vestido –llevaba un smoking, aquella noche–, el barón de Clappique parecía ir disfrazado. Kyo estaba decidido a no abordarle allí; a esperar a que saliese.

–¡Perfectamente, querida amiga, perfectamente! Chiang Kaishek entrará aquí con sus revolucionarios y gritará, en estilo clásico, le digo, ¡clá-si-co!, como cuando se toman las ciudades: «¡Que me vistan de talapuinos a esos negociantes y de leopardos a estos militares (como cuando se sientan en los bancos recién pintados)!» Semejante al último príncipe de la dinastía Leang, perfectamente, subamos sobre los juncos imperiales y contemplemos a nuestros sujetos vestidos, para distraemos, a cada uno del color de su profesión, azul, rojo, verde, con trenzas y pompones. ¡Ni una palabra, querida amiga, ni una palabra le digo!

Y confidencial:

–La única música permitida será la del sombrero chino.

–¿Y usted, qué hará allá?

Quejumbroso, sollozando:

–¿Cómo, querida amiga? ¿No lo adivina? Seré el astrólogo de la corte, y moriré al ir a coger la luna en un estanque, una noche en que esté borracho... ¿Esta noche?...

Científico:

–... como el poeta Thu-Fu, cuyas obras seguramente encantan (¡Ni una palabra, estoy seguro!) sus jornadas desocupadas. Además...

La sirena de un buque de guerra llenó el salón. Inmediatamente, un golpe furioso de platillos se unió a ella, y se reanudó la danza. El barón se había sentado. A través de las mesas y de las parejas, Kyo ocupó una mesa libre, un poco detrás de la suya. La música había cubierto todos los ruidos; pero, ahora que se había aproximado a Clappique, oía su voz de nuevo. El barón toqueteaba a la filipina; pero continuaba hablando hacia el rostro demacrado, todo ojos, de la rusa.

–... la desgracia, querida amiga, consiste en que ya no hay fantasía. De vez en cuando...

Índice levantado:

–... un ministro europeo envía a su mujer un paquetito postal; ella lo abre... ¡Ni una palabra!...

Con el índice sobre la boca:

–... es la cabeza de su amante. ¡Todavía se habla de ello, después de tres años!

Desconsolado:

–¡Lamentable, querida amiga, lamentable! ¡Míreme! ¿Ve usted mi cabeza? He aquí a dónde conducen veinte años de fantasía hereditaria. Se parece a la sífilis... ¡Ni una palabra!

Pleno de autoridad:

–¡Mozo! Champaña para estas dos señoras y para mí...

De nuevo confidencial:

–... un pequeño Martini...

Severo:

–... muy seco.

(«Admitiendo lo peor, aun con esa política, tengo una hora por delante –pensó Kyo–. Sin embargo, ¿durará esto mucho tiempo?»)

La filipina reía o lo aparentaba. La rusa, abriendo mucho los ojos, trataba de comprender. Clappique continuaba gesticulando, con el dedo índice vivo, estirado, con expresión de autoridad, llamando la atención hacia la confidencia. Pero Kyo apenas le escuchaba; el calor le entorpecía, y, además, una preocupación que aquella noche había rondado en su camino se expandía en un confuso cansancio: aquel disco; su voz que no había reconocido antes, en casa de Hemmelrich. Pensaba en esto con la misma compleja inquietud con que había contemplado, cuando niño, las amígdalas que el cirujano acababa de cortarle. Pero imposible seguir su pensamiento.

–... en una palabra –gañía el barón, guiñando el ojo que llevaba al descubierto y volviéndose hacia la rusa–: tenía un castillo en Hungría del Norte...

–¿Es usted húngaro?

–De ningún modo. Soy francés. (¡Y me fastidia, por cierto, querida amiga, lo-ca-men-te!) Pero mi madre era húngara.

»Pues bien, mi bisabuelo vivía allí en un castillo, con unos salones grandes (muy grandes), con unos cofrades muertos debajo y unos abetos alrededor; muchos a-be-tos. Viudo. Vivía solo, con un gi-gan-tes-co cuerno de caza colgando de la chimenea. Pasa un circo ambulante. Con una amazona. Preciosa...

Doctoral:

–Ya digo: pre-cio-sa.

Guiñando de nuevo el ojo:

–... La rapta... No es difícil... La conduce a una de aquellas grandes habitaciones...

Llamando la atención, con la mano levantada:

–¡Ni una palabra! Vive allí. Continúa. Se aburre. Tú también, pequeña mía –haciendo cosquillas a la filipina–; pero, paciencia... Él no se divertía tampoco, por cierto: se pasaba la mitad de la tarde haciendo que le arreglase su pedicuro las uñas de las manos y de los pies (además había un barbero contratado en el castillo), y mientras su secretario, hijo de un siervo asqueroso, le leía (y le releía) en voz alta la historia de la familia. ¡Encantadora ocupación, querida amiga; vida perfecta! Por otra parte, generalmente estaba borracho... Ella...

–¿Ella se enamoró del secretario? –preguntó la rusa.

–¡Magnífica! ¡Esta pequeña es magnífica! ¡Querida amiga, es usted magnífica! ¡Notable perspicacia!

Le besó la mano.

–... pero se acostó con el pedicuro, no estimando tanto como ustedes las cosas del espíritu. Entonces se dio cuenta de que mi bisabuelo le pegaba. ¡Ni una palabra! Fue inútil. Se escaparon.

»El abandonado, que era muy malo, recorre sus vastos salones (siempre con sus cofrades debajo), se declara burlado por los dos galopines, que se dislocaban los riñones en la capital, en una posada a lo Gogol, con un cacharro de agua desportillado y unas berlinas en el patio. Descuelga el gi-gan-tes-co cuerno de caza, no para soplar en él, y encarga al intendente que haga un llamamiento a sus campesinos. (Entonces se tenía derecho a hacerlo, en aquellos tiempos.) Los arma: cinco escopetas de caza y dos pistolas. ¡Pero, querida amiga, eran demasiados!

»Entonces, mudanza del castillo: he aquí a mis harapientos en marcha (imagíneselos; i-ma-gí-ne-se-los, le digo), armados de floretes, arcabuces, mosquetes... ¡qué sé yo...!, espadones y otras zarandajas, el abuelo a la cabeza, hacia la capital: la venganza persiguiendo al crimen. Los anuncian. Llega el guardia rural, con los gendarmes... ¡Magnífica plancha!

–¿Y después?

–Nada. Les habían ganado la partida. El abuelo llegó a la ciudad; pero los culpables habían abandonado la posada Gogol en una de las berlinas polvorientas. Sustituyó a la amazona por una campesina y al pedicuro por otro y se emborrachó en compañía del secretario. De vez en cuando, trabajaba en uno de sus pequeños testamentos...

–¿A quién le dejó el dinero?

–Cuestiones sin interés, querida amiga. Pero, cuando murió...

Con los ojos desorbitados:

–... se supo todo; todo lo que había ido cociendo, a fuego lento, el noble ebrio... Se le obedeció; se le enterró debajo de la capilla, en una inmensa bóveda, de pie sobre su caballo muerto, como Atila...

El barullo del jazz cesó. Clappique continuó, mucho menos en Polichinela, como si sus payasadas se hubieran suavizado con el silencio:

–Cuando murió Atila, le irguieron sobre su caballo encabritado por encima del Danubio; el sol poniente proyectó tal sombra sobre la llanura, que los caballeros se hicieron humo, espantados. .

Desvariaba, invadido por sus sueños, por el alcohol y por la calma súbita. Kyo sabía qué proposiciones debía hacerle; pero lo conocía mal, aunque su padre lo conocía bien; y peor aún en aquel papel. Le escuchaba con impaciencia (hasta que se encontrara libre una mesa delante del barón, donde se instalaría y le haría seña de que saliese; no quería abordarlo ni llamarlo ostensiblemente), pero no sin curiosidad. Era la rusa la que hablaba ahora, con voz lenta, desgarrada –ebria, tal vez, de insomnio:

–Mi bisabuelo tenía también muchas tierras... Nos marchamos a causa de los comunistas, ¿verdad? Para no estar con todo el mundo; para ser respetadas. ¡Y aquí somos dos por mesa y cuatro por habitación! Cuatro por habitación... Y hay que pagar el alquiler. Respetadas... ¡Y si el alcohol no me pusiera enferma!...

Clappique miró su vaso: la rusa apenas había bebido. La filipina, por el contrario... Tranquilamente, se calentaba como un gato al calor de la semiembriaguez. Inútil contar con ella. Se volvió hacia la rusa:

–¿No tiene usted dinero?

Ella se encogió de hombros. El barón llamó al camarero, pagó con un billete de cien dólares. Cuando recibió el cambio, tomó diez dólares y dio el resto a la mujer. Ella le miró, con una precisión cansada.

–Bien.

Se levantaba.

–No –dijo él.

Tenía un aspecto lamentable, de buen perro.

–No, esta noche la aburriría.

Le tenía cogida la mano. Ella le miró otra vez.

–Gracias.

Vaciló.

–Sin embargo... Si le causa placer...

–Me causaría más placer un día que no tenga dinero...

Polichinela reapareció:

–Que no tardará...

Le juntó las manos y se las besó varias veces. Kyo, que ya había pagado, le alcanzó en el pasillo vacío.

–¿Quiere que salgamos juntos?

Clappique le miró y le reconoció.

–¿Usted aquí?... ¡Es inaudito! Pero...

Aquel balido fue detenido por el levantarse de su índice:

–¡Se pervierte usted, joven!

–¡Bah!...

Ya salían. Aunque la lluvia había cesado, el agua estaba tan presente como el aire. Dieron algunos pasos por la arena del jardín.

–En el puerto –dijo Kyo– hay un vapor cargado de armas.

Clappique se había detenido. Kyo había dado un paso más; tuvo que volverse. El rostro del barón apenas era visible; pero el gran gato luminoso, insignia del Black Cat, Ir rodeaba como una aureola.

–El Shang-Tung –dijo.

La oscuridad y su posición –a contraluz– le permitían no expresar nada; y no añadía nada.

–Hay una proposición –prosiguió Kyo–, a 30 dólares por revólver, del gobierno. Todavía no tiene respuesta. Yo tengo comprador a 35 dólares, más 3 de comisión. Entrega inmediata, en el puerto. Donde el capitán quiera, pero en el puerto. Que recoja el ancla en seguida. Se recibirá la entrega esta noche mediante el dinero. De acuerdo con su delegado: aquí está el contrato.

Le alargó el papel y encendió su mechero, protegiéndolo con la mano.

«Quiere raspar al otro comprador –pensaba Clappique, contemplando el contrato–. Piezas destacadas... y cobrar 5 dólares por arma. Está claro. ¡A mí qué! Quedan 3 para mí.»

–Bueno –dijo, en voz alta–. Por supuesto, me dejará usted el contrato.

–Sí. ¿Conoce usted al capitán?

–Amigo mío, hay otros a quienes conozco mejor; pero, en fin, lo conozco.

–Podría desconfiar (y más aún, desde luego por el sitio donde está la garantía). El gobierno puede hacer que

se recojan las armas, en vez de pagar. ¿No?

–¡Ni mucho menos!

Otra vez polichinela. Pero Kyo esperaba la continuación: ¿de qué disponía el capitán para impedir que los suyos (y no los del gobierno) se apoderaran de las armas? Clappique continuó, con voz más sorda:

–Esos objetos son enviados por un proveedor regular. Lo conozco.

Irónico:

–Es un traidor...

Voz regular en la oscuridad, cuando ya no la acompañaba ninguna expresión del rostro. Subió, como si hubiese pedido un cocktail.

–¡Un verdadero traidor, muy seco! Porque todo esto pasa por una legación que... ¡Ni una palabra! Voy a ocuparme de eso. Pero, desde luego, va a costarme un gasto serio de taxi: el barco está lejos... Y me queda...

Se registró el bolsillo, sacó un solo billete y se volvió, para que la insignia lo iluminase.

–... Diez dólares, amigo mío. No hay bastante. Sin duda, pronto compraré los cuadros de su tío Kama para Ferral; pero, mientras...

–¿Habrá bastante con cincuenta?

–Es más de lo que necesito.

Kyo se los dio.

–Me avisará usted a mi casa cuando eso quede terminado.

–Entendido.

–¿Dentro de una hora?

–Más tarde, supongo; pero en cuanto pueda.

Y con el mismo tono con que la rusa había dicho: «Si el alcohol no me pusiera enferma...»; casi con la misma voz, como si todos los seres de aquel lugar se encontrasen sumidos en el mismo abismo de desesperación, dijo:

–Todo esto no tiene maldita la gracia...

Se alejó, con la nariz baja, la espalda encorvada, la cabeza al descubierto y las manos en los bolsillos del smoking.

Kyo llamó un taxi y se hizo conducir al límite de las concesiones, a la primera callejuela de la ciudad china, donde había citado a Katow.

Diez minutos después de haber abandonado a Kyo, Katow, una vez atravesados los corredores y pasadas las rejas, había llegado a una habitación blanca, desnuda, bien iluminada por unas lámparas de tormenta. No había ventana. Bajo el brazo del chino que le abrió la puerta, cinco cabezas que estaban inclinadas sobre la mesa dirigieron la mirada hacia él, hacia la elevada silueta conocida de todos los grupos de encuentro: piernas separadas, brazos colgantes, blusa sin abrochar, nariz prominente, cabellos mal peinados. Manejaban granadas de diferentes modelos. Era un tchon –una de las organizaciones de combate comunistas que Kyo y él habían creado en Shanghai.

–¿Cuántos hombres hay inscritos? –preguntó en chino.

–Ciento treinta y ocho –respondió el chino más joven, un adolescente de cabeza pequeña, con la nuez muy marcada y los hombros caídos, vestido de obrero.

–Necesito imprescindiblemente doce hombres para esta noche.

«Imprescindiblemente» pasaba a todos los idiomas que hablaba Katow.

–¿Cuándo?

–Ahora.

–¿Aquí?

–No; delante del pontón Yen Tang.

El chino dio instrucciones. Uno de los hombres salió.

–Estarán allí antes de las tres –dijo el jefe.

Por sus mejillas hundidas, su gran cuerpo delgado, parecía muy débil; pero la resolución del tono, la fijeza de los músculos del rostro denotaban una voluntad apoyada sobre los nervios.

–¿La instrucción? –preguntó Katow.

–Respecto a las granadas, se conseguirá. Todos los camaradas conocen ahora nuestros modelos. En cuanto a los revólveres (los Nagan y los Máuser, al menos) se conseguirá también. Los hago trabajar con los cartuchos vacíos; pero convendría, por lo menos, poder tirar al blanco... Me han propuesto facilitarnos una cueva completamente segura. En cada una de las cuarenta habitaciones donde se preparaba la insurrección se había presentado el mismo problema.

–No hay pólvora. Quizá se reciba. Por lo pronto, no hablemos de eso. ¿Y los fusiles?

–Se manejarán. Lo que me inquieta es la ametralladora, si no se ejercita un poco el tiro al blanco.

Su nuez ascendía y descendía bajo la piel, a cada una de las respuestas. Continuó:

–Además, ¿no habría medio de conseguir unas cuantas armas más? ¡Siete fusiles, trece revólveres, cuarenta y dos granadas cargadas! De cada dos hombres, uno no tiene arma de fuego.

–Iremos a tomárselas a los que las tienen. Quizá tengamos revólveres muy pronto. Si fuera para mañana, ¿cuántos hombres no sabrían servirse de sus armas de fuego en su sección?

El hombre reflexionó. La atención le dio una actitud de ausencia. «Un intelectual», pensó Katow.

–¿Cuándo nos hayamos apoderado de los fusiles de la policía?

–Indudablemente.

–Más de la mitad.

–¿Y las granadas?

–Todos sabrán servirse de ellas, y muy bien. Aquí tengo treinta hombres, parientes de los supliciados de febrero... A menos, no obstante...

Vaciló, y terminó la frase con un ademán confuso. Mano deformada, pero fina.

–¿A menos?...

–Que esos cochinos no empleen los tanques contra nosotros.

Los seis hombres miraron a Katow.

–Eso no importa –respondió–. Tomas tus granadas, unidas de seis en seis, y las colocas bajo el tanque: a partir de cuatro, salta. En rigor, podéis abrir unos fosos. ¿Tenéis herramientas?

–Muy pocas. Pero yo sé dónde tomarlas.

–Procura también tomar bicicletas: en cuanto se comience será preciso que cada sección tenga su agente de unión, además del centro.

–¿Tú estás seguro de que los tanques saltarán?

–¡En absoluto! Pero no te preocupe eso: los tanques no abandonarán el frente. Si lo abandonan, acudiré con un equipo especial. De eso me encargo yo.

–¿Y si somos sorprendidos?

–Los tanques se ven: tenemos observadores al lado. Coges tú mismo un paquete de granadas, se las das a cada uno de los tres o cuatro individuos de quienes estés seguro...

Todos los hombres de la sección sabían que Katow, condenado, a causa del asunto de Odesa, a permanecer en uno de los presidios menos duros, había solicitado, para instruirlos, acompañar voluntariamente a los desdichados enviados a las minas de plomo. Confiaban en él, pero estaban inquietos. No tenían miedo a los fusiles ni a las ametralladoras, pero tenían miedo a los tanques: se consideraban desarmados contra ellos. Hasta en aquella habitación, adonde no habían ido más que voluntarios, casi todos parientes de supliciados, el tanque heredaba el poder de los demonios.

–Si llegan los tanques, no hagan nada; nosotros iremos allá –pronunció Katow.

¿Cómo salir de aquella vana promesa? Por la tarde, había inspeccionado una quincena de secciones, pero no había encontrado el miedo. Aquellos hombres no eran menos valerosos que los otros, sino más calculadores. Sabía que no los sustraería a su temor, que, con excepción de los especialistas que él mandaba, las formaciones revolucionarias huirían ante los tanques. Era probable que los tanques no abandonasen el frente; pero si llegaban a la ciudad, sería imposible detenerlos a todos por medio de fosos en los barrios donde se entrecruzaban tantas callejuelas.

–Los tanques no abandonarán, ni mucho menos, el frente –dijo.

–¿Cómo hay que unir las granadas? –preguntó el chino más joven.

Katow se lo enseñó. La atmósfera quedó algo menos pesada, como si aquella manipulación hubiese sido el presagio de una acción futura. Katow aprovechó la ocasión para irse, muy inquieto. La mitad de los hombres no sabría servirse de sus armas. Al menos, podría contar con aquellos con quienes había formado los grupos de combate, encargados de desarmar a la policía. Al día siguiente. Pero ¿y al otro?... El ejército avanzaba, se aproximaba de hora en hora. Quizá estuviese tomada ya la última estación. Cuando Kyo estuviese de regreso, sin duda lo sabrían ya en alguno de los centros de información. El comerciante de lámparas no había recibido información desde las diez.

Katow esperó algún tiempo en la callejuela, sin dejar de andar. Por fin llegó Kyo. Cada uno dio a conocer al otro lo que había hecho. Reanudaron la marcha por el lodo, sobre sus suelas de goma, al paso; Kyo, menudo y flexible, como un gato japonés; Katow, balanceando los hombros, pensando si las tropas que avanzaban con los fusiles brillantes de lluvia, hacia Shanghai, rojizo en el fondo de la noche... También Kyo hubiera querido saber si aquel avance se habría detenido.

La callejuela por donde caminaban –la primera de la ciudad china– era, a causa de la proximidad de las casas europeas, la de los comerciantes de animales. Todas las tiendas estaban cerradas: ni un animal fuera, ni un solo grito turbaba el silencio entre las llamadas de las sirenas y las últimas gotas que caían de los cuernos de los tejados en los charcos. Las bestias dormían. Entraron, después de haber llamado, en una de las tiendas: la de un comerciante de peces. Por única luz, una bujía colocada en una guindola se reflejaba en las vasijas fosforescentes, alineadas como las de Alí Baba y donde dormían, invisibles, los ilustres cípridos chinos.

–¿Mañana? –preguntó Kyo.

–Mañana; a la una.

En el fondo de la estancia, detrás de un mostrador, dormía, sobre su codo replegado, un personaje indistinto. Apenas había levantado la cabeza para responder. Aquel almacén era una de las ochenta pertenencias del Kuomintang por las que se transmitían las noticias.

–¿Oficial?

–Sí. El ejército está en Tcheng-Tcheu. Huelga general a las doce.

Sin que nada cambiase en la sombra; sin que el comerciante, adormilado en el fondo de su alvéolo, hiciese un movimiento, la superficie fosforescente de todas las vasijas comenzó a agitarse débilmente: blandas oleadas negras, concéntricas, se levantaban en silencio. El ruido de las voces despertaba a los peces. De nuevo se perdió, a lo lejos, una sirena.

Salieron y reanudaron la marcha. Otra vez por la avenida de las Dos Repúblicas.

Un taxi. El coche arrancó a una velocidad de film. Katow, sentado a la izquierda, se inclinó y contempló al chófer con atención.

–Está nghien2. Qué lástima. De ningún modo quisiera morir antes de mañana por la noche. ¡Calma, amigo!

–Pues Clappique va a hacer venir el barco –dijo Kyo–. Los camaradas que están en el almacén de ropas del gobierno pueden suministrarnos unos trajes de policías.

–No hace falta. Tengo más de quince en la permanencia.

–Tomaremos el vapor con tus doce individuos.

–Sería mejor sin ti...

Kyo le miró sin decir nada.

–No es muy peligroso, aunque tampoco en extremo fácil, ¿sabes? Más peligroso resulta que este endemoniado chófer se halla dispuesto a reanudar la velocidad. Y no es este el momento de hacer que te apees.

–Ni a ti tampoco.

–No es lo mismo... A mí se me puede sustituir ahora, ¿comprendes?... Preferiría que tú te ocupases del camión, que estará esperando, y de la distribución.

Vacilaba, preocupado, con la mano sobre el pecho. «Hay que dejarle que se dé cuenta», pensaba. Kyo no decía nada. El coche continuaba deslizándose por entre las líneas de luz esfumadas en la bruma. Que él fuese más sutil que Katow, era indudable; el Comité Central conocía al detalle todo cuanto él había organizado, aunque en fichas, y él lo vivía; tenía la ciudad en la piel, con sus puntos débiles como heridas. Ninguno de sus camaradas podía reaccionar tan de prisa como él ni con tanta seguridad.

–Bien –dijo.

Luces, cada vez más numerosas... De nuevo los camiones blindados de las concesiones, y luego, una vez más, la sombra.

El auto se detuvo. Kyo se apeó.

–Voy a buscar los trastos –dijo Katow–; te los entregaré cuando todo esté dispuesto.

* * *

Kyo vivía con su padre en una casa china de un solo piso: cuatro naves alrededor de un jardín. Atravesó la primera, luego el jardín, y entró en el hall: a derecha e izquierda, sobre las blancas paredes, unos cuadros de Song, unos fénix azules Chandin; en el fondo, un Buda de la dinastía Wei, de un estilo casi romano. Divanes limpios, una mesa de opio. Detrás de Kyo, las vidrieras, desnudas, como las de un estudio de pintor. Su padre, que lo había oído, entró: desde hacía algunos años, sufría de insomnio; no dormía más que

algunas horas, durante el amanecer, y acogía con júbilo todo cuanto pudiera ocuparle las horas de la noche.

–Buenas noches, padre. Chen va a venir a verte.

–Bien.

Las facciones de Kyo no eran las de su padre. Parecía, sin embargo, que había bastado la sangre japonesa de su madre para dulcificar la máscara de abate ascético del viejo Gisors –máscara cuyo carácter acentuaba aquella noche una bata de pelo de camello– para crear la cara de samurai de su hijo.

–¿Le ha ocurrido algo?

–Sí.

No le hizo otra pregunta. Ambos se sentaron. Kyo no tenía sueño. Relató el espectáculo que Clappique acababa de proporcionarle, sin hablar de las armas. No, por cierto, porque desconfiase de su padre, sino porque se consideraba demasiado ser el único responsable de su vida para hacerle conocer algo más que el conjunto de sus actos. Aunque el antiguo profesor de sociología de la Universidad de Pekín, sustituido por Chang-Solin, a causa de sus enseñanzas, había formado el mejor de los grupos revolucionarios de la China del Norte, no participaba en la acción. Desde que Kyo hubo entrado allí, su voluntad se transformaba en inteligencia, lo cual no le agradaba mucho: se interesaba por los seres, en lugar de interesarse por las fuerzas. Y, cuando hablaba de Clappique a su padre, que lo conocía bien, el barón le pareció más misterioso que antes, cuando lo contemplaba.

–... acabó sacándome cincuenta dólares...

–Es desinteresado, Kyo...

–Pues acababa de gastar cien dólares: yo lo vi. La mitomanía es siempre una cosa bastante inquietante.

Quería saber hasta dónde podía continuar sirviéndose de Clappique. Su padre, como siempre, buscaba lo que había en aquel hombre de profundo, de singular. Pero lo que hay de más profundo en un hombre, rara vez es aquello por lo cual se le puede hacer obrar inmediatamente, y Kyo pensaba en sus pistolas.

–Si tiene necesidad de considerarse rico, ¿qué no intentará para enriquecerse?

–Ha sido el primer anticuario de Pekín...

–¿Para qué se gasta todo su dinero en una noche, si no es para hacerse la ilusión de que es rico?

Gisors entornó los ojos y se echó hacia atrás los cabellos, algo largos; su voz de hombre entrado en años, a pesar de su timbre debilitado, adquirió la claridad de una línea:

–Su mitomanía es un medio de negar la vida, ¿no?; de negar y no de olvidar. Desconfía de la lógica, en estas materias...

Extendió confusamente la mano; sus ademanes angostos casi nunca se dirigían hacia la derecha o hacia la izquierda, sino hacia el frente; sus movimientos, cuando prolongaban una frase, no parecían apartar, sino asir algo.

–Es como si hubiese querido demostrarte ayer que, aunque haya vivido durante dos horas como un hombre rico, la riqueza no existe. Porque entonces la pobreza no existe tampoco. Que es lo esencial. Nada existe: todo es un sueño. No olvida el alcohol, que le ayuda...

Gisors sonrió. La sonrisa de sus labios, de comisuras abatidas, adelgazadas ya, expresaba las ideas con más complejidad que sus palabras. Desde hacía veinte años dedicaba su inteligencia a hacerse querer de los hombres justificándolos, y ellos le estaban reconocidos ante una bondad cuyas raíces no adivinaban nacidas en el opio. Se le atribuía la paciencia de los budistas; era la de los intoxicados.

–Ningún hombre vive de negar la vida –respondió Kyo.

–Se vive mal... Necesita vivir mal.

–Y está obligado a ello.

–La parte de la necesidad está determinada por los corretajes de las antigüedades y quizá de las drogas y por el tráfico de armas... De acuerdo con la policía, a la que detesta, sin duda, pero con la que colabora en esos pequeños trabajos, a cambio de una justa retribución...

Poco importaba; la policía sabía que los comunistas no tenían dinero bastante para comprar armas a los importadores clandestinos.

–Todo hombre se parece a su dolor –dijo Kyo–. ¿Qué es lo que le hace sufrir?

–Su dolor no tiene importancia, ni tampoco sentido, ¿no?; no roza nada más profundo que su mentira o su goce; no tiene verdadera profundidad, y eso es, quizá, lo que le retrata mejor, porque es raro. Hace lo que puede para conseguirlo, pero le faltan facultades... Cuando tú no estás ligado a un hombre, Kyo, piensas en él para prever sus actos. Los actos de Clappique...

Señaló el acuarium, donde los cípridos negros, blandos y dentados como oriflamas, subían y bajaban.

–Ahí los tienes... Bebe, pero estaba hecho para el opio; se engaña, también, respecto al vicio; muchos hombres no encuentran el que los salvaría. Lástima, porque está lejos de carecer de valor. Pero su dominio no te interesa.

Era verdad. Si Kyo, aquella noche, no pensaba en su acción, no podía pensar más que en sí mismo. El calor le penetraba poco a poco, como antes en el Black Cat; y de nuevo le invadía la obsesión del disco, como el ligero calor del descanso le invadía las piernas. Refirió su asombro ante los discos, pero como si se tratase de uno de los registros de voz que habían tenido lugar en los almacenes ingleses. Gisors le escuchaba, acariciándose el mentón anguloso con la mano izquierda. Sus manos, de delgados dedos, eran muy bellas. Había inclinado la cabeza hacia adelante; los cabellos le cayeron sobre los ojos, aunque su frente estaba desprovista de ellos. Se los apartó con un movimiento de cabeza, pero su mirada siguió perdida.

–Me ha ocurrido encontrarme de improviso ante un espejo y no reconocerme.

Su pulgar frotaba suavemente los otros dedos de su mano derecha, como si deshiciese un polvo de recuerdos. Hablaba para sí; proseguía un pensamiento que suprimía su hijo.

–Es sin duda una cuestión de medios: oímos la voz de los demás con los oídos.

–¿Y la nuestra?

–Con la garganta; porque, con los oídos tapados, tú oyes tu voz. El opio también encierra un mundo que no oímos con nuestros oídos...

Kyo se levantó. Apenas le vio su padre.

–Tengo que volver a salir en seguida.

–¿Puedo serte útil cerca de Clappique?

–No. Gracias. Buenas noches.

–Buenas noches.

* * *

Acostado, para tratar de debilitar su cansancio, Kyo esperaba. No había encendido la luz, no se movía. No era él quien pensaba en la insurrección; era la insurrección viva en tantos cerebros como el sueño en tantos otros, la que pensaba sobre él, hasta el punto de que ya no era más que inquietud y espera. Menos de cuatrocientos fusiles, en total. Victoria; o tiroteo, con algunos perfeccionamientos. Al día siguiente. No: en seguida. Cuestión de rapidez: desarmar en todas partes a la policía, y, con los quinientos Máusers, armar los grupos de combate, antes de que los soldados del tren blindado gubernamental entrasen en acción. La insurrección debía comenzar a la una –la huelga general, por tanto, a las doce–, y era preciso que la mayor

parte de los grupos de combate estuviesen armados antes de las cinco. Las masas se hallaban dispuestas. La mitad de la policía, abrumada por la miseria, se pasaría, sin duda, a los insurrectos. Quedaba lo otro. «La China soviética», pensaba. Conquistar aquí la dignidad de los suyos. Y la URSS aumentaba a seiscientos millones de hombres. Victoria o derrota, el destino del mundo, aquella noche, vacilaba allí. A menos que el Kuomintang, después de tomada Shanghai, no tratase de aplastar a sus aliados, los comunistas... Se sobresaltó: la puerta del jardín se abrió. El recuerdo recubrió la inquietud. ¿Su mujer? Escuchaba: la puerta de la casa se volvió a cerrar. May entró. Su capuchón de cuero azul, de un corte casi militar, acentuaba lo que había de viril en su andar y hasta en su semblante –boca grande, nariz corta, pómulos abultados, propios de las alemanas del Norte.

–¿Es eso para ahora mismo, Kyo?

–Sí.

May era médica de uno de los hospitales chinos, pero venía de la sección de mujeres revolucionarias, cuyo hospital clandestino dirigía.

–Siempre la misma cosa, ¿sabes? Acabo de ver a una muchacha de dieciocho años que ha intentado suicidarse con una hoja de afeitar en el palanquín del matrimonio. La obligaban a casarse con un bruto respetable... La han llevado con su vestido rojo de novia, todo él manchado de sangre. La madre iba detrás: una sombra minúscula, desmirriada, que sollozaba como es natural... Cuando le hice saber que la muchacha no se moriría me dijo: «¡Pobrecilla! Sin embargo, casi sería una suerte para ella que se muriera...» Una suerte... Eso dice más que nuestros discursos acerca del estado de las mujeres aquí...

Alemana, aunque nacida en Shanghai; doctora en Heidelberg y de París, hablaba el francés sin acento extranjero. Arrojó su boina sobre la cama. Sus cabellos ondulados estaban echados hacia atrás, para que fuese más fácil peinarlos. Él sintió deseos de acariciarlos. La frente, muy despejada, tenía también algo de masculino; pero, desde que había cesado de hablar, se feminizaba –Kyo no apartaba de ella los ojos–, a la vez porque el abandono de la voluntad dulcificaba sus facciones, porque el cansancio las distendía, y porque estaba sin boina. Aquel rostro vivía por su boca sensual y por sus ojos muy grandes, transparentes y lo bastante claros para que la intensidad de la mirada no pareciese producida por la pupila, sino por la sombra de la frente en las órbitas alargadas.

Llamado por la luz, entró un pequinés blanco, corriendo. Ella lo llamó, con voz fatigada.

–¡Perro velloso, perro musgoso, perro peludo!

Lo cogió con la mano izquierda y lo levantó hasta su rostro, acariciándolo.

–Conejo –dijo, sonriendo–; conejo, conejovich...

–Se parece a ti –pronunció Kyo.

–¿No es verdad?

Contemplaba en el espejo la cabeza blanca, arrimada a la suya, por encima de las patitas unidas. La encantadora semejanza nacía de sus altos pómulos germánicos. Aunque ella no era muy bonita, él pensó, modificándola, en la frase de Otelo; «¡Oh querida guerrera mía!...»

Soltó el perro y se levantó. El capuchón, a medio abrir, ponía de manifiesto, a la sazón, los senos, muy altos, que hacían pensar en los pómulos. Kyo le contó lo que había hecho aquella noche.

–En el hospital –dijo ella– han entrado esta noche unas treinta mujeres jóvenes de la propaganda, escapadas de las tropas blancas... Heridas. Cada vez ocurre esto con más frecuencia. Dicen que el ejército está muy cerca. Y que hay muchos muertos...

–Y la mitad de las heridas morirán... El sufrimiento no puede tener sentido más que cuando no conduce a la muerte, y conduce a ella casi siempre.

May reflexionó.

–Sí –dijo, al fin–. Y, sin embargo, quizá sea ésa una idea masculina. En mi opinión, para la mujer, el sufrimiento (resulta extraño) más hace pensar en la vida que en la muerte... A causa de los partos, quizá...

Reflexionó de nuevo.

–Cuanto más heridos hay, cuanto más se aproxima la insurrección, más se copula.

–Se comprende.

–Es preciso que te diga una cosa que acaso te moleste un poco...

Apoyado en el codo, él la interrogó con la mirada. May era inteligente y valiente; pero, con frecuencia, torpe.

–Acabé por acostarme con Langlen, esta tarde.

Kyo se encogió de hombros, como para decir: «¡Allá tú!» Pero su gesto y la expresión violenta de su rostro se compaginaban mal con aquella indiferencia. Ella le contemplaba, extenuada, con los pómulos acentuados por la luz vertical. También él contemplaba sus ojos sin mirada, sumidos en la sombra, y no decía nada. Se preguntaba si la expresión de sensualidad de su semblante vendría de lo que aquellos ojos ahogados y la ligera hinchazón de sus labios acentuaban con violencia por, contraste con sus facciones, con su feminidad... Ella se sentó en la cama y luego le tomó una mano. A él le faltó poco para retirarla, pero la dejó. May notó, sin embargo, su movimiento.

–¿Te disgusto?

–Ya te he dicho que eres libre... No pido demasiado –añadió, con amargura.

El perrito saltó sobre el lecho. Él retiró su mano para acariciarlo quizá.

–Eres libre –repitió–. Lo demás, poco importa.

–En fin, yo debía decírtelo. Hasta por mí.

–Sí.

Que ella debiera decírselo, no hacía al caso, ni para el uno ni para el otro. Kyo quiso, de pronto, levantarse: así acostado, y ella sentada sobre el lecho, como un enfermo cuidado por ella... Pero, ¿para qué? Todo era igualmente inútil. Continuaba, sin embargo, contemplándola, para darle a entender que ella podía hacerle sufrir, pero que, desde hacía unos meses, la contemplase o no, ya no la veía; algunas expresiones, a veces... Aquel amor, frecuentemente crispado, que los unía como un niño enfermo; aquel sentido común de su vida y de su muerte; aquella correspondencia camal entre ambos, nada de todo aquello existía frente a la fatalidad que decolora las formas de que están saturadas nuestras miradas. «¿La amaré menos de lo que creo?», pensó. No. Hasta en aquel momento estaba seguro de que, si ella muriese, él no serviría ya a su causa con esperanza, sino con desesperación, como un muerto. Nada, no obstante, prevalecía contra la decoloración de aquel rostro sepultado en el fondo de su vida común como en la bruma, como en la tierra. Se acordó de un amigo que había visto morir la inteligencia de la mujer que amaba, paralizada durante unos meses; le parecía ver morir a May así; ver desaparecer absurdamente, como una nube que se reabsorbe en el cielo gris, la forma de su felicidad. Como si hubiese muerto dos veces: por efecto del tiempo y de lo que le decía.

May se levantó y fue hasta la ventana. Andaba con soltura, a pesar de su cansancio. Decidiendo, por temor y pudor sentimental mezclados, no volver a hablar de lo que acababa de decir puesto que él callaba; deseando huir de aquella conversación, a la que ella, no obstante, comprendía que no escaparía, trató de expresar su ternura diciendo cualquier cosa, y recurrió, por instinto, a un animismo que a él le agradaba: frente a la ventana, uno de los árboles de Marte se había cubierto de brotes durante la noche; la luz de la habitación iluminaba sus hojas, todavía abarquilladas, de un verde tierno sobre el fondo oscuro.

–Ha ocultado sus hojas en el tronco durante el día –dijo–, y las descubre esta noche, mientras no se le ve.

Parecía hablar para sí misma; pero, ¿cómo Kyo habría podido sustraerse al tono de su voz?

–Hubieras podido elegir otro día –pronunció, no obstante, entre dientes.

También él se veía en el espejo, apoyado sobre el codo; con máscara tan japonesa entre sus sábanas blancas. «Si yo no fuese mestizo...» Hacía un esfuerzo intenso para rechazar los pensamientos odiosos o bajos, listos para justificar y alimentar su cólera. Y la miraba; la miraba, como si aquel semblante hubiera debido volver a encontrar, por el sufrimiento que infligía, toda la vida que él había perdido.

–Pero, Kyo, precisamente era hoy cuando eso no tenía importancia... y...

Iba a añadir: «él lo deseaba tanto». Frente a la muerte, aquello suponía tan poco... Pero solamente dijo:

–... yo también, mañana, puedo morir...

Tanto mejor. Kyo sufría con el dolor más humillante: el que se desprecia experimentar. Realmente, ella era libre para acostarse con quien quisiese. ¿De dónde procedía, pues, aquel sufrimiento sobre el cual no se reconocía ningún derecho y que se reconocía tantos derechos sobre él?

–Cuando tú comprendiste que yo... contaba contigo, Kyo, me preguntaste un día, no en serio (un poco, no obstante), si yo creía que iría contigo a la cárcel, y yo te respondí que no sabía nada; que lo difícil, sin duda, era permanecer en ella. Sin embargo, tú pensaste que sí, puesto que me poseíste a mí también. ¿Por qué no creerlo ahora?

–Siempre son los mismos los que van a la cárcel. Katow iría, aunque no me quisiera profundamente. Iría por la idea que tiene de la vida y de sí mismo. No es por alguien por lo que se va a la cárcel.

–Kyo, cómo son de hombre esas ideas...

Él pensaba.

–Y, sin embargo –dijo–, amar a los que son capaces de hacer eso y ser amado por ellos, quizá, ¿qué más esperar del amor? ¡Qué rabia que le pregunten a uno semejantes cosas!... Hasta si lo hacen por su... moral.

–No es por moral –dijo ella, con lentitud–. Por moral seguramente yo no sería capaz de ello.

–Pero –él también hablaba con lentitud– ese amor no te impediría el acostarte con un tipo, cuando tú pensabas (acabas de decirlo) que eso... me molestaría...

–Kyo, voy a decirte algo singular, y que es verdadero, sin embargo... Hasta hace cinco minutos, creí que te sería igual. Quizá eso me hacía creerlo... Hay llamadas, sobre todo cuando se está tan cerca de la muerte (es de las otras de las que yo tengo costumbre, Kyo...) que no tienen nada que ver con el amor...

Sin embargo los celos existían, tanto más turbios cuanto que el deseo sexual que ella le inspiraba descansaba sobre la ternura. Con los ojos cerrados, todavía apoyado sobre el codo, trataba –triste oficio– de comprender. No oía más que la respiración oprimida de May y el roce de las patas del perrito. Su herida venía en primer lugar (luego las consecuencias, ¡ay!, las sentía emboscadas en él, como sus camaradas detrás de las puertas, aún cerradas) de que atribuía al hombre que acababa de acostarse con May (¡sin embargo, no puedo llamarle su amante!) desprecio hacia ella. Era uno de los antiguos camaradas de May; apenas él lo conocía. Pero conocía la misoginia fundamental de casi todos los hombres. «La idea de que, habiéndose acostado con ella, porque se ha acostado con ella, pueda pensar: “Esta gallinita”, me dan ganas de pegarle. ¿No se estará siempre celoso, sino de lo que se supone que supone el otro? Triste humanidad...» Para May, la sexualidad no comprometía a nada. Era preciso que aquel tipo lo supiese. Que se acostase con ella, bueno; pero que no se imaginara que la poseía. «Estoy hecho una calamidad...» Pero no podía hacer nada, y aquello no era lo esencial: lo sabía. Lo esencial; lo que le trastornaba hasta producirle angustia, era que, de pronto, se había separado de ella, no por odio –aun cuando existiese el odio en él–; no por los celos (¿o es que, precisamente, aquello eran celos?), sino por un sentimiento sin nombre, tan destructor como el tiempo o la muerte: no acertaba con ello. Había vuelto a abrir los ojos. ¿Qué ser humano era ese cuerpo deportivo y familiar, ese perfil perdido: un ojo amplio, que comenzaba en la sien, hundido entre la frente despejada y el pómulo?... ¿La que acababa de copular?... Pero, ¿no era, también, la que soportaba sus debilidades, sus dolores, sus irritaciones; la que había cuidado con él a sus camaradas heridos, velado con él a sus amigos muertos?... La suavidad de su voz todavía en el aire... No se olvida lo que se quiere. Sin embargo, aquel cuerpo recobraba el misterio punzante del ser conocido, transformado de pronto –o mudo o

ciego o loco–. Y era una mujer. No una especie de hombre. Otra cosa...

Se le escapaba por completo. Y, a causa de ello, quizá, la llamada rabiosa de un contacto intenso con ella le cegaba; cualquiera que fuese; espanto, gritos, golpes. Se levantó, se acercó a ella. Sabía que se hallaba en un estado de crisis; que al día siguiente, tal vez, ya no comprendería nada de cuanto experimentaba; pero estaba frente a ella como ante una agonía; y, como hacia una agonía, el instinto le impulsaba hacia ella: tocar, palpar, retener a los que nos abandonan, aferrarse a ellos... ¡Con qué angustia le contemplaba ella, detenido a dos pasos!... La revelación de lo que quería cayó, por fin, sobre él; acostarse con ella; refugiarse allí, contra aquel vértigo, en el cual la perdía toda entera; no tenían que conocerse cuando empleaban todas sus fuerzas en apretar sus brazos sobre sus cuerpos.

Ella se volvió de pronto: acababan de llamar. Demasiado pronto para Katow. ¿Estaría descubierta la insurrección? Lo que habían dicho, sentido, amado, odiado, zozobraba brutalmente. Llamaron de nuevo. Kyo extrajo su revólver de debajo de la almohada, atravesó el jardín y fue a abrir, en pijama. No era Katow; era Clappique que continuaba vestido de smoking. Se quedaron en el jardín.

–¿Qué hay?

–Ante todo le devuelvo su documento: aquí está. Todo marcha bien. El barco ha salido. Va a anclar a la altura del consulado de Francia. Casi al otro lado del río.

–¿Dificultades?

–Ni una palabra. Antigua confianza; si no, se pregunta cómo hay que hacerlo. En estos asuntos, joven, la confianza es tanto mayor cuanto menos razón de ser tiene...

–¿Alusión?

Clappique encendió un cigarrillo. Kyo no vio más que la mancha del cuadro de seda negra sobre el rostro confuso. Fue a buscar la cartera –May esperaba–, volvió, pagó la comisión convenida. El barón se guardó los billetes en el bolsillo, arrugados, sin contarlos.

–La bondad da felicidad –dijo–. Amigo mío, la historia de mi noche es una no-ta-ble historia moral: ha comenzado por la limosna y acaba con la fortuna. ¡Ni una palabra!

Con el índice levantado, se inclinó hacia el oído de Kyo.

–¡Fantomas le saluda!

Dio media vuelta y salió. Como si Kyo sintiese temor de entrarse, le contemplaba irse, con el smoking agitándose a lo largo del muro blanco. «Mucho se parece a Fantomas, en efecto, con ese traje. ¿Habrá adivinado, o supuesto, o...?» Tregua de lo pintoresco: Kyo oyó una tos, y la reconoció tanto más pronto cuanto que la esperaba: Katow. Todos se apresuraban, esa noche.

Tal vez para hacerse menos visible, caminaba por en medio de la calzada. Kyo adivinaba su blusa, más que verla, en alguna parte, arriba, en la sombra, una nariz saliente... Sobre todo, apreciaba el balanceo de sus manos. Salió a su encuentro.

–¿Qué hay? –le preguntó, como había preguntado a Clappique.

–Todo va bien. ¿Y el barco?

–Frente al consulado de Francia. Lejos del muelle. Dentro de media hora.

–El vapor y los hombres están a cuatrocientos metros de allí. ¿Vamos?

–¿Y los trajes?

–No se necesitan. Los tipos están completamente listos.

Volvió a entrar y se vistió en un instante: pantalón y tricota. Alpargatas (quizá hubiera que trepar). Estaba listo. May le tendió los labios. El espíritu de Kyo quería besarla; su boca, no –como si, independiente, ella le

guardase rencor–. La besó, por fin, mal. Ella le miró con tristeza, con los párpados abatidos; sus ojos plenos de sombra, se tornaban poderosamente expresivos, puesto que la expresión procedía de los músculos. Kyo salió.

Caminaba al lado de Katow, una vez más. No podía, sin embargo, librarse de ella. «Ahora mismo, me parecía una loca o una ciega. No la conozco. No la conozco. No la conozco más que en la medida en que la amo, en el sentido en que la amo. No se posesiona uno de un ser, sino de lo que cambia en él, dice mi padre... ¿Y después?» Se sumergía en sí mismo, como en aquella callejuela, cada vez más oscura, donde hasta los aisladores del telégrafo no brillaban ya sobre el cielo. Volvía a experimentar angustia y se acordó de los discos. «Se oye la voz de los demás con los oídos; la de uno mismo, con la garganta.»

Sí. La vida de uno también se oye con la garganta. ¿Y la de los demás?... En primer término, allí había soledad; soledad inmutable, tras la multitud mortal, como la gran noche primitiva detrás de aquella noche densa y pesada, bajo la cual acechaba la ciudad desierta, llena de desesperación y de odio. «Pero yo, para mí, por la garganta, ¿qué soy? Una especie de afirmación absoluta, de afirmación de loco: una intensidad más grande que la de todo el resto. Para los demás, yo soy lo que he hecho.» Sólo para May no era lo que había hecho; sólo para él, ella era otra cosa completamente distinta de su biografía. El abrazo, mediante el cual el amor mantiene a los seres unidos el uno al otro contra la soledad, no era al hombre al que proporcionaba su ayuda; era al loco, al monstruo incomparable, preferible a todo, que todo ser es para sí mismo y al que elige en su corazón. Desde que su madre había muerto, May era el único ser para quien él no era Kyo Gisors, sino la más estricta complicidad. «Una complicidad consentida, conquistada, elegida», pensó, extraordinariamente de acuerdo con la noche, como si su pensamiento ya no estuviese hecho para la luz. «Los hombres no son mis semejantes; son los que me ven y me juzgan; mis semejantes son aquellos que me aman y no me miran; los que me aman contra todo; los que me aman contra la decadencia, contra la bajeza, contra la traición; a mí, y no lo que yo haya hecho o haga; quienes me amen tanto como yo me amo a mí mismo; hasta el suicidio, incluso... Sólo con ella tengo en común este amor, desgarrado o no, como otros, juntos, tienen hijos enfermos y que pueden morir...» Aquello no era, por cierto, la felicidad; era algo primitivo que concordaba con las tinieblas y hacía subir hasta él un calor que acababa en una opresión inmóvil, como de una mejilla contra otra mejilla –la única cosa en él que era fuerte como la muerte.

Sobre los tejados, ya había sombras en su puesto.

4 de la mañana

El viejo Gisors arrugó el trozo de papel mal cortado en que Chen había escrito su nombre con lápiz, y se lo guardó en el bolsillo. Estaba impaciente por volver a ver a su antiguo alumno. Su mirada se dirigió de nuevo a su interlocutor presente, un chino muy viejo, con la cabeza de mandarín de la Compañía de las Indias, vestido con túnica; se dirigía hacia la puerta, con menudos pasos y con el índice levantado, y hablaba inglés: «Es bueno que existan la sumisión absoluta de la mujer, el concubinato y la institución de las cortesanas. Continuaré la publicación de mis artículos. Porque nuestros antepasados pensaron así, es por lo que existen esas bellas pinturas –mostraba con la mirada el fénix azul, sin mover el rostro, como si le hubiese guiñado el ojo–, de las que usted está orgulloso, y yo también. La mujer está sometida al hombre, como el hombre está sometido al Estado; y servir al hombre es menos duro que servir al Estado. ¿Vivimos para nosotros? No somos nada. Vivimos para el Estado, en el presente; para el orden de los muertos, a través de la duración de los siglos...»

¿Se iría por fin? Aquel hombre, aferrado a su pasado, aun hoy (las sirenas de los navíos de guerra no bastaban para llenar la noche...), frente a la China roída por la sangre como sus bronces de los sacrificios, adquiría la poesía de algunos locos. ¡El orden! Multitudes de esqueletos con túnicas bordadas, perdidos hacia el fondo del tiempo en asambleas inmóviles: enfrente, Chen, los doscientos mil obreros de las hilanderías, la multitud aplastante de los coolies. ¿La sumisión de las mujeres? Todas las noches, May refería los suicidios de las novias... El viejo salió, con el índice levantado; «¡El orden, señor Gisors!...» Después, un postrer saludo, brincándole la cabeza y los hombros.

En cuanto oyó que se había vuelto a cerrar la puerta, Gisors llamó a Chen y volvió con él al salón de los fénix.

Chen comenzó a pasear. Cada vez que pasaba por delante de él, que era con frecuencia, Gisors, sentado en uno de los divanes, recordaba a un gavilán de bronce egipcio cuya fotografía había conservado Kyo por simpatía hacia Chen, «a causa de su parecido». Era verdad, a pesar de que los gruesos labios aparentaban expresar bondad. «En definitiva, un gavilán convertido por Francisco de Asís», pensó.

Chen se detuvo delante de él.

–Yo he sido quien ha matado a Tang-Yen-Ta –dijo.

Había visto en la mirada de Gisors algo casi afectuoso. Despreciaba los afectos, y los temía. Su cabeza, empotrada entre los hombros, y que la marcha inclinaba hacia adelante, con la arista corta de la nariz, acentuaba el parecido con el gavilán, a pesar de su cuerpo rechoncho; y hasta sus ojos pequeños, casi sin pestañas, hacían pensar en un pájaro.

–¿Era de eso de lo que querías hablarme?

–Sí.

Gisors reflexionaba. Puesto que no quería responder por medio de prejuicios, no podía hacer otra cosa que aprobarlo. Le costaba, no obstante, algún trabajo hacerlo. «He envejecido», pensó.

Chen renunció a caminar.

–Estoy extraordinariamente solo –dijo, mirando por fin, de frente a Gisors.

Éste estaba turbado. Que Chen recurriese a él, no le extrañaba: había sido, durante algunos años, su maestro, en el sentido chino de la palabra –un poco menos que su padre, más que su madre; desde que ambos habían muerto, Gisors era, sin duda, el único hombre del que tenía necesidad Chen–. Lo que no comprendía era que Chen, que sin duda había vuelto a ver a los terroristas aquella noche, puesto que él acababa de ver a Kyo, pareciese tan lejos de ellos.

–¿Y los demás? –preguntó.

Chen volvió a verlos, en la trastienda del vendedor de discos, hundiéndolos en la sombra o sacándolos de ella el balanceo de la lámpara, mientras cantaba el grillo.

–No saben.

–¿Que has sido tú?

–Eso, lo saben: no tiene importancia.

Calló de nuevo. Gisors se guardaba de volver a preguntar.

Chen prosiguió, al fin.

–... Que es la primera vez.

Gisors experimentó, de pronto, la impresión de comprender. Chen lo notó.

–No. Usted no comprende.

Hablaba el francés con una acentuación de garganta sobre las palabras de una sola sílaba nasal, cuya mezcla con ciertos idiotismos que había aprendido de Kyo sorprendía. Su brazo derecho, instintivamente, había caído a lo largo de la cadera: sentía de nuevo el cuerpo herido que el colchón elástico rechazaba contra el cuchillo. Aquello no significaba nada. Se encontraba dispuesto a repetirlo. Pero, sin embargo, anhelaba un refugio. Aquella afección profunda, que no tenía necesidad de explicar nada, Gisors no la atribuía más que a Kyo. Chen lo sabía. ¿Cómo explicarse?

–Usted nunca ha matado a nadie, ¿verdad?

–Demasiado lo sabes.

Aquello le parecía evidente a Chen; pero, a la sazón, desconfiaba de tales evidencias. Sin embargo, le pareció, de pronto, que algo le faltaba a Gisors. Alzó los ojos. Aquél le contemplaba de arriba abajo, pareciendo más largos sus cabellos blancos a causa del movimiento de su cabeza hacia atrás, intrigado por su ausencia de ademanes. Ésta procedía de su herida, de la que Chen no le había dicho nada; no porque le doliese (un compañero enfermero se la había desinfectado y vendado), pero le molestaba. Como siempre cuando reflexionaba, Gisors daba vueltas entre sus dedos a un invisible cigarrillo.

–Quizá...

Se detuvo, con los claros ojos fijos en su máscara de templario afeitado. Chen esperaba. Gisors prosiguió, casi brutalmente:

–No creo que sea bastante el recuerdo de un crimen para que te alteres así.

«Se ve que no sabe de qué habla», intentó pensar Chen. Pero Gisors había acertado en lo justo. Chen se sentó y miró los pies.

–No –dijo–; yo no creo, tampoco, que el recuerdo baste. Hay otra cosa, esencial. Quisiera saber qué.

¿Era para saber eso, para lo que había ido?

–¿La primera mujer con quien te acostaste fue una prostituta, como es natural? –preguntó Gisors.

–Soy chino –respondió Chen con rencor.

No –pensó Gisors–. Salvo por sexualidad, quizá, Chen no era chino. Los emigrados de todos los países, de que rebosaba Shanghai, habían enseñado a Gisors hasta qué punto el hombre se separa de su nación, de una manera nacional; pero Chen no pertenecía ya a China, ni aun por la manera como la había abandonado: una libertad total le entregaba totalmente a su idea.

–¿Qué experimentaste después? –preguntó Gisors.

Chen crispó los dedos.

–Orgullo.

–¿De ser un hombre?

–De no ser una mujer.

Su voz ya no expresaba rencor, sino un desprecio completo.

–Me parece que quiere usted decir –prosiguió– que he debido sentirme... separado.

Gisors se guardaba de responder.

–... Sí. Terriblemente. Y tiene usted razón para hablar de mujeres. Quizá se desprecia mucho a aquel a quien se mata. Pero menos que a los otros.

–¿Que a los que no matan?

–Que a los que no matan: los vírgenes.

Caminaba de nuevo. Las dos últimas palabras habían caído como una carga arrojada al suelo, y el silencio se ensanchaba alrededor de ambos. Gisors comenzaba a experimentar, no sin tristeza, la separación de que Chen hablaba. Recordó, de pronto, que Chen le había dicho tener horror a la caza.

–¿No has sentido horror ante la sangre?

–Sí; pero no solamente horror.

Pronunció aquella frase mientras se alejaba de Gisors. Se volvió, de pronto, y, contemplando el fénix, aunque tan directamente como si hubiese mirado a Gisors a los ojos, preguntó:

–¿Entonces? Yo sé lo que se hace con las mujeres, cuando quieren continuar poseyéndonos: se vive con ellas. ¿Y la muerte, entonces?

Y más amargamente aún, pero sin cesar de contemplar al fénix:

–¿Un concubinato?

La pendiente de la inteligencia de Gisors le inclinaba siempre a acudir en ayuda de sus interlocutores; sentía afecto hacia Chen. Pero comenzaba a ver claro: la acción en los grupos de encuentro ya no bastaba al joven; el terrorismo constituía para él una fascinación. Sin dejar de dar vueltas a su cigarrillo imaginario; con la cabeza tan inclinada hacia adelante, como si contemplase la alfombra; con la afilada nariz batida por su mechón blanco, dijo, esforzándose por dar a su voz una entonación de despego:

–Crees que ya no saldrás de eso...

Pero, ganado por los nervios, terminó tartamudeando:

–... y es contra esa... angustia, contra lo que vienes a... defenderte junto a mí.

Silencio.

–Una angustia, no –dijo, por fin, Chen entre dientes–. ¿Una fatalidad?

Nuevo silencio. Gisors comprendía que ningún gesto era posible; que no podía tomarle la mano, como hacía en otro tiempo. Se decidió, a su vez, y dijo, con desfallecimiento, como si hubiese adquirido, de pronto, el hábito de la angustia:

–Entonces, hay que pensar en ella y llevarla al extremo. Y, si quieres vivir con ella...

–Pronto me matarán.

«¿No es eso, sobre todo, lo que quiere? –se preguntó Gisors–. No aspira a ninguna gloria, a ninguna felicidad. Capaz de vencer, pero no de vivir en su victoria, ¿qué puede desear, sino la muerte? Sin duda, pretende darle el sentido que otros dan a la vida. Morir lo más alto posible. ¿Alma de ambicioso, lo bastante lúcida, lo bastante separada de los hombres o lo bastante para despreciar todos los objetos de su ambición y hasta su ambición misma?»

–Si quieres vivir con esa... fatalidad, no hay más que un recurso: transmitirla.

–¿Quién sería digno de ella? –preguntó Chen, también entre dientes.

El aire se hacía cada vez más pesado, como si todo lo que aquellas frases evocaban de muerte violenta estuviese allí. Gisors ya no podía decir nada: cada palabra habría tenido un sonido falso, frívolo, imbécil.

–Gracias –dijo Chen.

Se inclinó ante él, con todo el busto, a la usanza china (lo que no hacía nunca), como si prefiriese no tocarle, y salió.

Gisors volvió a sentarse y comenzó de nuevo a darle vueltas a su cigarrillo. Por primera vez, se encontraba, no frente al combate, sino ante la sangre. Y, como siempre, pensaba en Kyo. Kyo habría encontrado irrespirable aquel universo en que se movía Chen... ¿Estaba muy seguro de ello? Chen también detestaba la caza; Chen también tenía horror a la sangre –antes–. En esa profundidad, ¿qué sabía él de su hijo? Cuando su amor no podía desempeñar ningún papel; cuando no podía referirse a muchos recuerdos, sabía muy bien que dejaba de conocer a Kyo. Un intenso deseo de volver a verle le invadió –el que se siente por volver a ver a los familiares muertos–. Sabía que se había ido.

¿Adónde? La presencia de Chen animaba aún la habitación. Aquél se había arrojado en el mundo del crimen, y ya no saldría de él: con su encarnizamiento, entraba en la vida terrorista como en una cárcel. Antes de diez años, a lo sumo, sería apresado y torturado o muerto; hasta entonces, viviría como un obseso decidido, en el mundo de la decisión y de la muerte. Sus ideas le hacían vivir; ahora, iban a matarle.

Y precisamente por eso era por lo que Gisors sufría. Que Kyo impulsara a matar, estaba en su papel. Y si no, poco importaba: lo que hacía Kyo estaba bien hecho. Pero se hallaba espantado ante aquella sensación súbita, ante aquella certidumbre de la fatalidad del crimen, de una intoxicación, tan terrible, que la suya apenas lo era. Comprendía qué mal había prestado a Chen la ayuda que éste le pedía, cuan solitario es el crimen –y cuánto, con aquella angustia, Kyo se alejaba de él–. Por primera vez, la frase que había repetido con tanta frecuencia: «No existe conocimiento de los seres», se aferró en su imaginación al semblante de su hijo.

¿A Chen lo conocía? Apenas creía que los recuerdos permitiesen comprender a los hombres. Conocía la primera educación de Chen, que había sido religiosa; cuando había comenzado a interesarse por aquel adolescente huérfano –los padres habían muerto en el saqueo de Kalgan–, silenciosamente insolente. Chen procedía del colegio tísico, llegado tarde al pastorado, que se esforzaba con paciencia, a los cincuenta años, por vencer, mediante la caridad, una inquietud religiosa intensa. Obsesionado por la vergüenza del cuerpo, que atormentaba a san Agustín; del cuerpo caído en el cual hay que vivir con el Cristo –por el horror de la civilización ritual de la China que le rodeaba y le hacía más imperiosa aún la llamada de la verdadera vida religiosa–, aquel pastor había elaborado con su angustia la imagen de Lutero, del que a veces hablaba a Gisors: «No hay vida más que en Dios; porque el hombre, a causa del pecado, ha caído hasta tal punto; se ha manchado tan irremediablemente, que llegar hasta Dios es una especie de sacrilegio. De aquí el Cristo; de aquí su crucifixión eterna.» Quedaba la Gracia, es decir, el amor ilimitado o el terror, según la fuerza o la debilidad de la esperanza; y este terror era un nuevo pecado. Quedaba también la caridad; pero la caridad no siempre basta para agotar la angustia.

El pastor había tomado cariño a Chen. No sospechaba que el tío de éste, que se había encargado de él, sólo lo había enviado con los misioneros para que aprendiese el inglés y el francés, y le había puesto en guardia contra su enseñanza, contra la idea del infierno, sobre todo, de que desconfiaba aquel confucionista. El niño, que reconocía a Cristo, y no a Satanás ni a Dios –la experiencia del pastor le había enseñado que los hombres no se convierten nunca más que a los mediadores–, se abandonaba al amor con el rigor que ponía en todo. Pero experimentaba bastante respeto hacia el maestro –la única cosa que China le había inculcado con fuerza–, para que a pesar del amor aprendido volviese a encontrar la angustia del pastor, y le pareciese

un infierno más terrible y más convincente que aquel contra el cual se había intentado prevenirle.

Llegó el tío. Espantado ante la clase de sobrino que encontraba, manifestó una delicada satisfacción y envió unos arbolillos de jade y de cristal al director, al pastor y a algunos otros. Al cabo de ocho días, llamaba a Chen a su casa, y a la semana siguiente lo enviaba a la Universidad de Pekín.

Gisors, dando vueltas, como siempre, a su cigarrillo entre las rodillas, con la boca entreabierta y absorto ante lo que reflexionaba, se esforzaba por recordar al adolescente de entonces. Pero, ¿cómo separarlo, cómo aislarlo de aquel en el cual se había convertido? «Pienso en su espíritu religioso, porque Kyo jamás lo tuvo, y porque, en este momento, toda diferencia profunda entre ambos me libera... ¿Por qué tendré la impresión de conocerle mejor que a mi hijo?» Era que veía mucho mejor en qué lo había modificado; esta modificación capital, obra suya, era precisa, limitable, y no conocía nada, en los demás seres, mejor que lo que él le había suministrado. Desde que había observado a Chen, había comprendido que aquel adolescente no podría vivir de una ideología que no se transformase inmediatamente en actos. Privado de caridad, no podría ser conducido, por la vida religiosa, más que a la contemplación o a la vida interior; pero odiaba la contemplación, y no había soñado más que con un apostolado al que le impulsaba precisamente su ausencia de caridad. Para vivir, era preciso, pues, en primer término, que se sustrajese a su cristianismo. (Por semiconfidencias, parecía que el trato con las prostitutas y los estudiantes había hecho desaparecer el único pecado, siempre más fuerte que la voluntad de Chen: la masturbación; y, con él, un sentimiento ininterrumpido de angustia y de caída.) En cuanto al cristianismo, su nuevo maestro había opuesto, no argumentos, sino otras formas de grandeza; la fe se le había desvanecido entre los dedos a Chen, poco a poco, sin crisis, como si fuese arena. Apartado por ella de la China; acostumbrado por ella a separarse del mundo, en lugar de someterse a él, había comprendido, a través de Gisors, que todo había pasado como si aquel período de su vida no hubiese sido más que una iniciación en el sentido heroico: ¿qué hacer de un alma, no existiendo ni Dios ni Cristo?

Aquí Gisors volvía a encontrar a su hijo, indiferente al cristianismo, pero a quien la educación japonesa (Kyo había vivido en el Japón desde los ocho hasta los diecisiete años) había impuesto también la convicción de que las ideas no debían ser pensadas, sino vividas. Kyo había elegido la acción de una manera grave y premeditada, como otros eligen las armas o el mar: había abandonado a su padre, y vivido en Cantón y en Tientsin la vida de las maniobras y de la excitación de los coolies para organizar los sindicatos. Chen –habiendo sido apresado su tío en rehenes, y no habiendo podido pagar su rescate, por lo que fue ejecutado en la toma de Swteu– se había encontrado sin dinero y provisto de unos diplomas sin valor, ante sus veinticuatro años y en la China, chófer de camión, mientras las pistas del Norte habían sido peligrosas; luego, ayudante de químico; luego, nada. Todo le precipitaba hacia la acción política: la esperanza de un mundo diferente; la posibilidad de comer, aunque fuera miserablemente (era naturalmente austero, quizá por orgullo); la satisfacción de sus odios, de sus ideas y de su carácter. Daba un sentido a su soledad. En cambio, en Kyo todo era más simple. El sentido heroico le había dado como una disciplina, no como una justificación de la vida. No era inquieto. Su vida tenía un sentido, y él lo conocía: poner a cada uno de aquellos hombres, a quienes el hambre, en aquel mismo momento, hacía morir como una peste lenta, en posesión de su propia dignidad. Él era uno de ellos: tenían los mismos enemigos. Mestizo, fuera de casta, desdeñado por los blancos, y más aún por las blancas, Kyo no había intentado seducirlas: había buscado a los suyos, y los había encontrado. «No hay dignidad posible ni vida real para un hombre que trabaja doce horas al día, sin saber para qué trabaja.» Era preciso que aquel trabajo adquiriese un sentido, se convirtiese en una patria. Las cuestiones individuales no existían para Kyo más que en su vida privada.

Todo esto Gisors lo sabía. «Y, sin embargo, si Kyo entrase y me dijese, como Chen hace poco: “yo he sido quien ha matado a Tang-Yen-Ta”; si lo dijese, yo pensaría que “ya lo sabía”. Todo cuanto hay de posible en él resuena en mí con tanta fuerza, que cualquier cosa que me dijese, yo pensaría que “ya lo sabía... ”» Contempló por la ventana la noche inmóvil e indiferente. «Pero, si verdaderamente lo supiera, y no de esta manera incierta y pavorosa, lo salvaría...» Dolorosa afirmación, en la que él no creía, en absoluto. ¿Qué confianza tenía en su pensamiento?

Desde la partida de Kyo, no había servido más que para justificar la acción de su hijo, aquella acción entonces íntima, que comenzaba en cualquier parte (con frecuencia, durante tres meses, no sabía siquiera dónde), en la China central o en las provincias del Sur. Si los estudiantes, inquietos, comprendían que aquella inteligencia acudía en su ayuda con tanto calor y con tanta penetración, no era, como creían entonces los idiotas de Pekín, porque se distrajese en jugar con la procuración de las vidas, de las que le separaba su edad; era porque, en todos aquellos dramas semejantes, encontraba el de su hijo. Cuando

enseñaba a sus estudiantes, casi todos modestos burgueses, que estaban obligados a unirse a los jefes militares o al proletariado; cuando decía a aquellos a quienes había elegido: «El marxismo no es una doctrina; es una voluntad; es, para el proletariado y los suyos, vosotros, la voluntad de conocerse, de sentirse como tales, de vencer como tales; no debéis ser marxistas para tener razón, sino para vencer sin traicionaros», hablaba para Kyo, lo defendía. Y, si sabía que no era el alma rigurosa de Kyo la que le respondía, cuando al final del curso encontraba, según la costumbre china, su habitación abarrotada de flores blancas por los estudiantes, al menos sabía que aquellas manos que se preparaban para matar, al llevarle unas camelias, estrecharían mañana las de su hijo, que tendría necesidad de ellas. Porque la fuerza del carácter le atraía hasta aquel punto, se había interesado por Chen. Pero, cuando se amistó con él, ¿previo aquella noche lluviosa en la que el joven, hablando de la sangre apenas coagulada, iría a decirle: «No tengo solamente horror...»?

Se levantó, abrió el cajón de la mesa baja donde guardaba su platillo de opio, encima de una colección de pequeños cactos. Debajo del platillo, una foto: Kyo. La sacó, la contempló, sin pensar en nada preciso, sumido ásperamente en la certidumbre de que, allí, donde estaba, nadie conocía ya a nadie, y de que la presencia del mismo Kyo, que tanto había anhelado hacía poco, no habría cambiado nada; sólo habría tornado más desesperada su separación, como la de los amigos a quienes se abraza en sueños y que murieron hace años. Contemplaba la foto entre sus dedos: estaba tibia, como una mano. La dejó caer de nuevo dentro del cajón, sacó el platillo, apagó la luz eléctrica y encendió la lámpara.

Dos pipas. En otro tiempo, cuando su avidez comenzaba a saciarse, miraba a los seres con benevolencia y consideraba al mundo como una infinidad de posibilidades. Ahora, en lo más profundo de sí mismo, las posibilidades no encontraban cabida: tenía sesenta años, y sus recuerdos estaban llenos de tumbas. Su sentido tan puro del arte chino, de aquellas pinturas azuladas que apenas iluminaba la lámpara, de toda la civilización de sugestión de que la China le rodeaba y que, treinta años antes, había sabido tan finamente aprovechar son sens du bonheur, no era más que una delgada cubierta bajo la cual despertaban, como perros ansiosos que se agitaran al final del sueño, la angustia y la obsesión de la muerte.

Su pensamiento vagaba, sin embargo, en torno al mundo y en torno a los hombres con una áspera pasión y que la edad no había extinguido. Que en todo ser, y en él, desde luego, había un paranoico, hacía mucho tiempo que estaba seguro de ello. Había creído, en otro tiempo –tiempo pasado... –, que se soñaba héroe. No. Aquella fuerza, aquella furiosa imaginación subterránea que llevaba en sí mismo (me volvería loco –había pensado– y sólo ella quedaría de mí...) se hallaba dispuesta a adoptar todas las formas, como también la luz. Como Kyo, y casi por las mismas razones, pensó en los discos de que éste le había hablado, y casi de la misma manera, porque las modalidades del pensamiento de Kyo habían nacido de las suyas. Del mismo modo que Kyo no había reconocido su propia voz porque la había oído con la garganta, así la conciencia que él, Gisors, tenía de sí mismo, era, sin duda, irreducible a la que él pudiera adquirir de otro ser, porque no era adquirida por los mismos medios. No debía nada a los sentidos. Se sentía penetrar, con su conciencia intrusa, en un dominio que le pertenecía más que cualquier otro y poseer con angustia una soledad vedada, donde nadie vendría nunca a unírsele. Durante un segundo, experimentó la sensación de que era aquello lo que debía escapar a la muerte... Sus manos, que preparaban una nueva bolita, temblaban ligeramente. Aquella soledad total y aun el amor que tenía a Kyo, no le libraban. Pero si no sabía refugiarse en otro ser, sabía liberarse: tenía opio.

Cinco bolitas. Desde hacia algunos años, se limitaba a ellas, no sin pena; no sin dolor, a veces. Raspó la cabeza de su pipa; la sombra de su mano pasó de la pared al techo. Apartó la lámpara algunos centímetros; los contornos de la sombra se perdieron. Los objetos también se perdían: sin cambiar de forma, dejaban de ser claros para él, le unían al fondo de un mundo familiar en que una benevolente indiferencia confundía todas las cosas –un mundo más verdadero que el otro, por ser más constante, más semejante a sí mismo; seguro como una amistad, siempre indulgente y siempre recuperado: formas, recuerdos, ideas–. Todo se sumergía con lentitud hacia un universo liberado. Se acordó de una tarde de septiembre en que el gris perfecto del cielo tornaba lechosa el agua de un lago, en los claros de vastos campos de nenúfares; desde los cuernos carcomidos de un pabellón abandonado hasta el horizonte magnífico y sombrío, no le llegaba ya más que un mundo penetrado de una melancolía solemne. Sin agitar su campanilla, un bonzo se había acodado en la rampa del pabellón, abandonando su santuario al polvo, al perfume de las maderas olorosas que ardían; los campesinos pasaban en barcas recogiendo los granos de nenúfar sin producir el menor ruido; cerca de las últimas flores, nacieron del timón dos prolongados pliegues, y fueron a perderse en el agua gris, con una extrema indolencia. Se perdían ahora en él mismo, recogiendo en su abanico todo el agobio del mundo, pero un agobio sin amargura, llevado por el opio a una pureza suprema. Con los ojos

cerrados, transportados por las grandes alas inmóviles, Gisors contemplaba su soledad: una desolación que se unía a lo divino, al mismo tiempo que se ensanchaba hasta lo infinito aquella estela de serenidad que recubría suavemente las profundidades de la muerte.

4 y media de la mañana

Vestidos ya como soldados del gobierno, con los capotes sobre las espaldas, los hombres descendían, uno a uno, al vapor, balanceados por los remolinos del río.

–Dos de los marinos son del partido. Habrá que interrogarlos: deben de saber dónde están las armas –dijo Kyo a Katow.

Con excepción de las botas, el uniforme modificaba poco el aspecto de Katow. Su blusa militar aparecía tan mal abrochada como la otra; pero la gorra, que era nueva y a la cual no estaba acostumbrado, dignamente colocada sobre el cráneo, le daba un aspecto idiota. «¡Sorprendente conjunto, el de una gorra de oficial chino y una nariz semejante!», pensó Kyo. Era de noche...

–Ponte el capuchón del capote –dijo, no obstante.

El vapor se separó del muelle, tomó finalmente impulso en la noche. Bien pronto desapareció, detrás de un junco. De los cruceros, los haces de proyectores dirigidos en bandada desde el cielo sobre el puerto confuso, se entrecruzaban como sables.

Mientras avanzaban, Katow no apartaba la vista del Shang-Tung, que parecía aproximarse poco a poco. Al mismo tiempo que le invadía el olor del agua corrompida, del pescado y del humo del puerto (estaba casi a ras del agua) que sustituía poco a poco el del carbón del desembarcadero, el recuerdo que acudía a él al aproximarse cada combate tomaba posesión una vez más de su espíritu. Sobre el frente de Lituania, su batallón había sido apresado por los blancos. Los hombres desarmados estaban alineados en la inmensa llanura de nieve, apenas visible al ras del alba verdosa. «¡Que los comunistas salgan de las filas!» La muerte; lo sabían. Los dos tercios del batallón habían avanzado. «Quitaos las túnicas.» «Cavad la fosa.» La habían cavado. Con lentitud, porque estaba helado el suelo. Los guardias blancos, con un revólver en cada mano (las palas podían convertirse en armas), inquietos e impacientes, esperaban, a derecha e izquierda –el centro vacío a causa de que las ametralladoras estaban dirigidas hacia los prisioneros–. El silencio no tenía límites; tan vasto como aquella nieve, que se perdía de vista. Sólo los trozos de tierra helada caían produciendo un ruido seco, cada vez más precipitado: a pesar de la muerte, los hombres se daban prisa para entrar en calor. Varios habían comenzado a estornudar. «Bueno. ¡Alto!» Se habían vuelto. Detrás de ellos, más allá de sus camaradas, mujeres, niños, viejos de la aldea estaban amontonados, a medio vestir, envueltos en unas mantas, movilizados para que presenciaran aquel ejemplo, agitando las cabezas como si se sintiesen obligados a no mirar, pero fascinados por la angustia. «¡Quitaos los pantalones!» Porque eran escasos los uniformes. Los condenados vacilaban, a causa de las mujeres. «¡Quitaos los pantalones!» Las heridas habían aparecido, una a una, vendadas con harapos: las ametralladoras habían disparado muy hacia abajo, y casi todos estaban heridos en las piernas. Muchos doblaban los pantalones, aunque habían arrojado el capote. Se habían alineado de nuevo, al borde de la fosa esta vez, frente a las ametralladoras, destacados sobre la nieve: carne y camisas. Invadidos por el frío, estornudaban sin cesar, unos después de otros, y aquellos estornudos eran tan intensamente humanos, en aquel amanecer de ejecución, que los ametralladores, en lugar de disparar, habían esperado –esperado a que la vida fuese menos indiscreta–. Por fin, se habían decidido. Al día siguiente por la tarde, los rojos recuperaban la aldea: diecisiete, mal ametrallados, entre ellos Katow, fueron salvados. Aquellas sombras, claras sobre la nieve verdosa del alba, transparentes, sacudidas por los estornudos convulsos frente a las ametralladoras, estaban allí, en la lluvia y en la noche china, frente a la sombra del Shang-Tung.

El vapor continuaba avanzando: el vaivén era lo bastante fuerte para que la silueta, baja y turbia, del barco pareciese balancearse lentamente sobre el río; apenas iluminada, sólo se distinguía como una masa más sombría sobre el cielo cubierto. Sin duda alguna, el Shang-Tung estaba guardado. El proyector de un crucero alcanzó al vapor, lo observó por un instante y lo abandonó. Había descrito una curva profunda y se dirigía hacia el barco por la popa, derivando ligeramente hacia la derecha, como si fuese hacia el barco vecino. Todos los hombres llevaban el capote de los marinos, con el capuchón bajado sobre el uniforme. Por orden de la dirección del puerto, las escalas de saltillo de todos los barcos estaban echadas; Katow contempló la del Shang-Tung, a través de sus gemelos, ocultos bajo su capote: se detenía a un metro del agua, apenas iluminada por tres luces. Si el capitán pedía el dinero, que ellos no tenían, antes de autorizarlos para subir a bordo, los hombres deberían saltar uno a uno del vapor; sería difícil detenerlos

bajo la escala de saltillo. Todo dependería, pues, de aquella pequeña pasarela oblicua. Si desde el barco intentaban recogerla, podría disparar sobre los que manejaban el cordaje: bajo las poleas nada los protegía. Pero el barco se pondría en estado de defensa.

El vapor viró 90 grados, llegó sobre el Shang-Tung. La corriente, poderosa a aquella hora, le cogía de través; el vapor, muy alto (estaba al pie de él), parecía partir a toda velocidad en la noche, como un buque fantasma. El maquinista impulsó al motor toda su fuerza: el Shang-Tung pareció aminorar la marcha, inmovilizarse, retroceder. Se acercaron a la escala de saltillo. Katow la agarró al pasar; de un salto, se encontró sobre la escalera.

–¿El documento? –preguntó el hombre del saltillo.

Katow se lo entregó. El hombre lo transmitió y permaneció en su puesto, con el revólver empuñado. Era preciso, pues, que el capitán reconociese su propio documento; era probable que lo hubiese hecho, cuando Clappique se lo había comunicado. Sin embargo... Bajo el saltillo, el vapor, sombrío, subía y bajaba con el movimiento del río.

Volvió el mensajero. «Puede usted subir.» Katow no se movió; uno de sus hombres, que llevaba galones de teniente (el único que hablaba inglés), abandonó el vapor subió y siguió al marinero mensajero, que le condujo adonde estaba el capitán.

Éste, un noruego rapado, de mejillas barrosas, le esperaba en su camarote, detrás de su pupitre. El mensajero salió.

–Venimos a recoger las armas –dijo el teniente en inglés.

El capitán le miró sin responder, estupefacto. Los generales habían pagado siempre las armas; la venta de éstas había sido negociada clandestinamente, hasta el envío del intermediario Tang-Yen-Ta por el agregado de su consulado, contra una justa retribución. Si no cumplían ya sus compromisos respecto de los importadores clandestinos, ¿quiénes los iban a abastecer? Pero, puesto que no había negocio más que en el gobierno de Shanghai, podía tratarse de salvar las armas.

–Well! Aquí está la llave.

Se registró el bolsillo interior de la americana, tranquilamente, sacó, de pronto, su revólver y lo asestó a la altura del pecho del teniente, del que no le separaba más que la mesa. En el mismo instante, oyó detrás de él: «¡Arriba las manos!» Katow, por la ventana abierta que daba al callejón de combate, le apuntaba. El capitán ya no comprendía nada, porque aquél era un blanco: pero, por lo pronto, no había que insistir. Las cajas de armas no valían lo que su vida. «Un viaje que habrá de pasar a pérdidas y ganancias.» Vería lo que podía intentar con su equipo. Dejó su revólver, que recogió el teniente.

Katow entró y lo registró: no tenía otra arma.

–No valía la pena, absolutamente, tener tantos revólveres a bordo para no llevar más que uno solo consigo –dijo, en inglés. Seis hombres de los suyos entraban detrás de él, uno a uno, en silencio. El andar pesado, el aspecto recio, la nariz al aire de Katow y sus cabellos, de un rubio claro, eran los de un ruso. ¿Escocés? Pero aquel acento...

–Usted no es del gobierno, ¿verdad?

–No te ocupes de eso.

Llevaban al segundo, debidamente atado por la cabeza y por los pies, sorprendido durante su sueño. Los hombres ataron fuertemente al capitán. Dos de ellos se quedaron para vigilarle. Los otros descendieron con Katow. Los hombres del equipo que eran del partido les enseñaron dónde estaban escondidas las armas; la única precaución de los importadores de Macao había consistido en escribir sobre las cajas: «Piezas sueltas.» Empezaron a trasladarlas. Con la escala de saltillo echada, se hizo con facilidad, pues las cajas eran pequeñas. Cuando estuvo la última caja en el vapor, Katow fue a destruir el puesto de T.S.H.; luego pasó adonde estaba el capitán.

–Si tiene usted demasiada prisa por bajar a tierra, le prevengo que lo bajaremos del todo al volver la

primera esquina de una calle. ¡Buenas noches!

Pura fanfarronería; pero las cuerdas, que se introducían en los brazos de los prisioneros, le daban fuerza.

Los revolucionarios, acompañados por los hombres del equipo que les habían informado, volvieron al vapor; éste se apartó del saltillo, se dirigió hacia el muelle sin desviarse esta vez. Sacudidos por el vaivén, los hombres se cambiaban de traje, encantados pero ansiosos: hasta que llegasen a la orilla, nada estaba seguro.

Allí los esperaba un camión, con Kyo sentado al lado del chófer.

–¿Qué hay?

–Nada. Negocios de principiantes.

Terminado el trasbordo, el camión partió, llevándose a Kyo, Katow y cuatro hombres, uno de los cuales había conservado el uniforme. Los demás se dispersaron.

Corría a través de las calles de la ciudad china, con un ronquido que a cada sacudida ahogaba un estrépito de latas: los costados, cerca de los enrejados, estaban provistos de tambores de petróleo. Se detenían en cada tchon importante: tienda, bodega, departamento. Una caja era descargada; fija en un lado, una nota cifrada de Kyo determinaba el reparto de armas, algunas de las cuales debían ser distribuidas a las organizaciones de combate secundarias. Apenas si el camión se detenía unos cinco minutos. Pero tenía que visitar más de veinte puestos.

No tenían que temer más que la traición: aquel camión ruidoso, conducido por un chófer con uniforme del ejército gubernamental, no despertaba desconfianza alguna. Encontraron una patrulla. «Soy el lechero que hace su reparto», pensó Kyo.

El día llegaba.

Parte Segunda

22 de marzo

11 de la mañana

«Esto marcha mal», pensó Ferral. Su auto –el único Voisin de Shanghai, pues el presidente de la Cámara de Comercio francesa no podía emplear un coche americano– corría a lo largo del muelle. A la derecha, bajo los estandartes verticales cubiertos de rótulos: «No más doce horas de trabajo al día.» «No más trabajo para los niños menores de ocho años», millares de obreros de las hilanderías estaban en pie, acurrucados sobre la acera, en un desorden completo. El auto pasó por delante de un grupo de mujeres, reunidas bajo un cartel en que se leía: «Derecho de asiento para las obreras.» Hasta el arsenal estaba vacío: los metalúrgicos se hallaban en huelga. A la izquierda millares de marineros en harapos azules, sin banderas, esperaban, acurrucados, a lo largo del río. La multitud de los manifestantes se perdía, por el lado del muelle, hasta el fondo de las calles perpendiculares; por la parte del río, se agarraba a los pontones y ocultaba el límite del agua. El coche abandonó el muelle y entró en la avenida de las Dos Repúblicas. Apenas avanzaba, empotrado, ahora, en el movimiento de la multitud china, que se volcaba de todas las calles hacia el refugio de la concesión francesa. Como un caballo de carrera adelanta a otro con la cabeza, el pescuezo, el pecho, la multitud «adelantaba» el auto lentamente, constantemente. Carretillas de una rueda, con cabezas de bebé que colgaban entre unos tazones; carretas de Pekín; pousse-pousse; caballitos peludos; coches de mano; camiones cargados con sesenta personas; colchones monstruosos, poblados de todo un mobiliario, erizados de patas de mesa; gigantes que protegían con sus brazos extendidos, de cuyo extremo pendía una jaula con un mirlo, a mujeres pequeñitas, con las espaldas cubiertas de niños... El chófer pudo, por fin, volver a introducirse en una de las calles, también llena de gente, pero donde el estruendo del claxon rechazaba a la multitud a algunos metros delante del auto. Llegó a los vastos edificios de la policía francesa. Ferral subió la escalera casi corriendo.

A pesar de sus cabellos echados hacia atrás, de su indumentaria chinesca, casi de sport, y de su camisa de seda gris, su semblante conservaba algo de 1900, de su juventud. Se sonreía de las gentes «que se disfrazan de capitanes de industria», lo que le permitía disfrazarse de diplomático: no había renunciado más que al monóculo. El bigote caído, casi gris, que parecía prolongar la línea abatida de la boca, daba al perfil una expresión de fina brutalidad; la fuerza estaba en cómo concordaban la nariz respingona y el mentón medio bolsudo, mal afeitado aquella mañana: los empleados de los servicios de distribución de agua estaban en huelga, y el agua calcárea, llevada por los coolies, disolvía mal el jabón. Desapareció en medio de los saludos.

En el fondo del despacho de Martial, director de policía, un indicador chino, hércules paternal, preguntaba:

–¿Nada más, señor jefe?

–Trabaje también para desorganizar el sindicato –respondía Martial, vuelto de espaldas–. ¡Y hágame el favor de acabar con ese trabajo estúpido! Merecería usted que se le pusiese en la calle: ¡la mitad de sus hombres revientan de complicidad! Yo no le pago para mantener cuadrillas de revolucionarios que no se atreven a decir francamente que lo son: la policía no es una fábrica de facilitar coartadas. A todos los agentes que trafiquen con el Kuomintang, échelos usted a la calle, y que yo no tenga que volver a decírselo. ¡Y procure usted comprender, en lugar de mirarme como un idiota! ¡Si yo no conociera la psicología de mi gente mejor que usted la de la suya, estaríamos frescos!

–Señor...

–Arreglado. Entendido. Clasificado. Lárguese cuanto antes. Buenos días, señor Ferral.

Acababa de volverse: una carita militar de amplias facciones regulares e impersonales, menos significativas que sus hombros.

–Buenos días, Martial. ¿Qué hay?

–Para guardar la vía férrea, el gobierno se ve obligado a inmovilizar millares de hombres. No se puede hacer nada contra un país entero, ¿sabe?, a menos que se disponga de una policía como la nuestra. La única

cosa con la cual el gobierno puede contar es con el tren blindado y con sus instructores blancos. Es una cosa seria.

–Una minoría soporta aún a una mayoría de imbéciles. En fin; bien está.

–Todo depende del frente. Aquí van a tratar de sublevarse. Y tal vez les cueste caro, porque apenas están armados.

Ferral no podía hacer más que escuchar y esperar, que era lo que más detestaba en el mundo. Las negociaciones entabladas por los jefes de los grupos anglosajones y japoneses, por él y por algunos consulados, con los intermediarios de que rebosan los grandes hoteles de las concesiones, continuaban sin conclusión. Aquella tarde, quizá...

En manos del ejército revolucionario Shanghai, sería preciso que el Kuomintang eligiese al fin entre la democracia y el comunismo. Las democracias tienen siempre buenos clientes. Y una sociedad puede obtener beneficios sin apoyarse en los tratados. Por el contrario, sovietizada la ciudad, el Consorcio Francoasiático –y con él todo el comercio francés de Shanghai– se derrumbaría; Ferral suponía que las potencias abandonarían a sus nacionales, como había hecho Inglaterra en Han-Kow. Su objeto inmediato consistía en que la ciudad no fuese tomada antes de la llegada del ejército; en que los comunistas no pudiesen hacer nada solos.

–¿Cuántas tropas hay además del tren blindado?

–Dos mil hombres de policía y una brigada de infantería, señor Ferral.

–¿Y de revolucionarios capaces de hacer otra cosa que no sea charlar?

–Armados, algunos centenares apenas... En cuanto a los demás, no creo que merezca la pena hablar de ellos. Como aquí no hay servicio militar, no saben servirse de un fusil: no lo olvide usted. Esos muchachos, en febrero, eran dos o tres mil, contando a los comunistas... Son, sin duda, un poco más numerosos ahora.

Pero, en febrero, el ejército del gobierno no estaba destruido.

–¿Cuántos le seguirán? –continuó Martial–. Porque, vea usted, señor Ferral, que con eso no adelantamos mucho. Hay que conocer la psicología de los jefes... La de los hombres la conozco un poco. El chino, ya ve usted...

Algunas veces –pocas– Ferral miraba al director como lo hacía en aquel momento, lo que bastaba –para hacerle callar. Expresión menos de desprecio y de irritación que de juicio: Ferral no decía con su voz cortante y un poco mecánica: «¿Va a durar esto mucho tiempo?»; pero lo expresaba. No podía soportar que Martial atribuyese a su perspicacia los informes de sus indicadores.

Si Martial se hubiese atrevido a ello, él habría respondido: «¿Qué es lo que eso puede importarle?» Estaba dominado por Ferral, y sus relaciones con él habían sido establecidas mediante órdenes a las que no tenía más remedio que someterse; humanamente, incluso, lo consideraba más fuerte que él; pero no podía soportar aquella insolente indiferencia, aquella manera de reducirle al estado de máquina, de negárselo todo en cuanto pretendía hablar como un individuo, y no transmitirle los informes. Los parlamentarios en misión le habían hablado de la acción de Ferral, antes de su caída, en los Comités de la Cámara. Con cualidades que prestaban a sus discursos su claridad y su fuerza, hacía en las sesiones tal empleo de ellas, que sus colegas le detestaban más cada año: tenía un talento único para refutarles su existencia. Cuando un Jaurès o un Briand le conferían una vida personal de la que ellos estaban tan frecuentemente privados, le daban la ilusión de hacer llamada a cada uno de ellos, de querer convencerlos, de atraerlos a una complicidad en la que los hubiese reunido una común experiencia de la vida y de los hombres. Ferral levantaba toda una arquitectura de hechos y terminaba con: «Frente a tales condiciones, señores, sería, pues, de toda evidencia absurdo...» Obligaba o pagaba. Martial comprobaba que aquello no habría cambiado.

–¿Y por la parte de Han-Kow? –preguntó Ferral.

–Hemos recibido informaciones esta noche. Allí hay 220 000 obreros sin trabajo, con los cuales se puede hacer un nuevo ejército rojo...

Desde hacía semanas las existencias de tres de las compañías que Ferral controlaba se pudrían al lado del suntuoso muelle: los coolies se negaban a realizar todo transporte.

–¿Qué noticias hay acerca de las relaciones de los comunistas con Chiang Kaishek?

–Ahí está su último discurso –contestó Martial–. Yo apenas creo en los discursos, ¿sabe?

–Yo, sí. En éste, al menos. Poco importa.

El timbre del teléfono. Martial cogió el receptor.

–Es para usted, señor Ferral.

–¿Quién es?... Sí.

–...

–Le tienden un lazo para desorientarle. Es hostil a la intervención; esta convencido. Sólo se trata de saber si es preferible atacarle como pederasta o afirmar que está pagado. Eso es todo.

–...

–Bien entendido que no es ni lo uno ni lo otro. Además, no me gusta que uno de mis colaboradores me crea capaz de atacar a un hombre a propósito de una tara sexual que realmente presentase. ¿Me toma usted por un moralista? Adiós.

Martial no se atrevía a preguntarle nada. Que Ferral no le pusiese al corriente de sus proyectos, no dijese lo que esperaba de sus conciliábulos con los miembros más activos de la cámara de comercio internacional y con los jefes de las grandes asociaciones de comerciantes chinos, le parecía a la vez insultante y frívolo. Sin embargo, si es vejatorio para un director de policía no saber lo que hace, lo es más aún perder el puesto. Ahora bien: Ferral, nacido en la República como en una reunión de familia, con la memoria repleta de los semblantes benevolentes de los antiguos señores que eran Renan, Berthelot y Victor Hugo; hijo de un gran jurisconsulto; catedrático, por oposición, de historia a los veintisiete años; director a los veintinueve, de la primera historia colectiva de Francia, diputado muy joven (servido por la época que había hecho a Poincaré y a Barthou ministros antes de los cuarenta años); presidente del Consorcio Francoasiático; Ferral, a pesar de su caída política, poseía en Shanghai una potencia y un prestigio por lo menos iguales a los del cónsul general de Francia, del cual era, además, amigo. El director, pues, era con él respetuoso y cordial. Le tendió el discurso.

He gastado 18 millones de piastras en todo, y he tomado seis provincias en cinco meses. Que los descontentos busquen, si quieren, otro general en jefe que gaste tan poco y haga tanto como yo...

–Con toda evidencia, la cuestión del dinero estaría resuelta mediante la toma de Shanghai –dijo Ferral–. Las aduanas le darían 7 millones de piastras al mes, casi lo que hace falta para cubrir el déficit del ejército.

–Sí, pero se dice que Moscú ha transmitido a los comisarios políticos la orden de que hagan batirse a sus tropas delante de Shanghai. La insurrección aquí podría entonces acabar mal...

–¿Para qué esas órdenes?

–Para hacer derrotar a Chiang Kaishek, destruir su prestigio y sustituirle por un general comunista, a quien correspondería entonces el honor de la toma de Shanghai. Es casi seguro que la campaña contra Shanghai ha sido emprendida sin el asentimiento del Comité Central de Han-Kow.

Los mismos informadores afirman que el estado mayor rojo protesta contra ese sistema...

Ferral era interesado, aunque escéptico. Continuó la lectura del discurso:

Abandonado por gran número de sus miembros; muy incompleto, el Comité Central ejecutivo de Han-Kow entiende, sin embargo, que es la autoridad suprema del Partido Kuomintang... Sé que Sun-Yat-Sen ha admitido a los comunistas como auxiliares del Partido. No he hecho nada contra ellos, y con frecuencia he

admirado sus bríos. Pero ahora, en lugar de contentarse con ser auxiliares, se las dan de maestros y pretenden gobernar el Partido con violencia e insolencia. Les advierto que me opondré a esas pretensiones exageradas, que sobrepasan cuanto fue estipulado al admitírseles...

Emplear a Chiang Kaishek resultaba posible. El gobierno presente no significaba nada, sino a causa de su fuerza (la perdía con la derrota de su ejército) y del miedo que los comunistas del ejército revolucionario inspiraban a la burguesía. Muy pocos hombres tenían interés en su mantenimiento. Detrás de Chiang estaba un ejército victorioso y toda la pequeña burguesía china.

–¿Nada más? –preguntó en voz alta.

–Nada, señor Ferral.

–Gracias.

Bajó la escalera, se encontró a la mitad con una Minerva castaña en traje de sport, con una soberbia máscara inmóvil. Era una rusa del Cáucaso, que pasaba por ser la querida de Martial.

«Quisiera saber la cara que pones cuando gozas», pensó.

–Perdón, señora.

Siguió adelante, con una inclinación subió en su auto, que comenzó a hundirse entre la multitud, contra la corriente, esta vez. El claxon aullaba en vano, impotente contra la fuerza del éxodo, contra el bullir milenario que levantan ante si las invasiones. Modestos comerciantes, como balanzas, con los dos platillos al aire y los balancines enloquecidos, calesines y carretillas dignas de los emperadores de Tang, enfermos y jaulas. Ferral avanzaba contra todos los ojos a los que la angustia hacía mirar hacia adentro; si su vida agrietada debía derrumbarse que fuera en aquella baraúnda, entre aquellas desesperaciones despavoridas que llegaban a golpear los cristales de su auto. Como si, herido, hubiese meditado sobre el sentido de su vida, amenazado en sus empresas, meditaba sobre ellas, y sentía, además, en qué punto era vulnerable. Ni por pienso había elegido el combate; se había visto obligado a emprender sus negocios chinos para facilitar salidas nuevas a su producción de la Indochina. Jugaba aquí una partida de espera: apuntaba a Francia. Y ya no podía esperar mucho tiempo.

Su mayor debilidad procedía de la ausencia de Estado. El desarrollo de tan vastos negocios era inseparable de los gobiernos. Desde su juventud –todavía en el Parlamento había sido presidente de la Sociedad de Energía Eléctrica y de Aparatos, que fabricaba el material eléctrico del Estado francés; después había organizado la transformación del puerto de Buenos Aires–, siempre había trabajado para ellos. Integro, con esa integridad orgullosa que rechaza las comisiones y recibe los pedidos, había esperado de las colonias de Asia el dinero que necesitaba después de su caída; porque no quería jugar de nuevo, sino cambiar las reglas del juego. Apoyado en la situación personal de su hermano, superior a su función de director del Movimiento General de Fondos; habiendo permanecido a la cabeza de uno de los poderosos grupos financieros franceses, Ferral había hecho aceptar al Gobierno General de la Indochina –sus mismos adversarios no tenían inconveniente en suministrarle medios para que abandonase Francia– la ejecución de 400 millones de trabajos públicos. La República no podía rehusar al hermano de uno de sus más altos funcionarios la ejecución de aquel programa civilizador; éste fue excelente, y sorprendió en aquel país, donde hasta la combinación reina en unión de la indolencia. Ferral sabía obrar. Una buena acción nunca se pierde: el grupo pasó a la industrialización de la Indochina. Poco a poco, fueron apareciendo: dos establecimientos de crédito (financiero y agrícola); cuatro sociedades de cultura: heveas, culturas tropicales, algodonerías y azucareras, controlando la transformación inmediata de sus materias primas en productos manufacturados; tres sociedades mineras: carbón de hulla, fosfatos y minas de oro, y un anexo de «explotación de salinas»; cinco sociedades industriales: alumbrado y energía, electricidad, fábricas de vidrio, fábrica de papel e imprentas; tres sociedades de transportes: en caballería, de remolque y tranvías. En el centro, la sociedad de trabajos públicos, reina de aquel pueblo de esfuerzos, de rencor y de papel, madre o comadrona de casi todas aquellas sociedades hermanas, ocupadas en vivir mediante provechosos incestos, supo hacerse adjudicar la construcción del ferrocarril del Centro de Annam, cuyo trazado –¿quién lo hubiera creído?– atravesó la mayor parte de las concesiones del grupo Ferral. «Esto no iba mal», decía el vicepresidente del consejo de administración a Ferral, quien callaba, ocupado en colocar sus millones formando escala para subir a ella y vigilar París.

Hasta con el proyecto de una nueva sociedad china en cada bolsillo, no pensaba más que en París. Volver a Francia lo bastante rico para comprar la agencia Havas o tratar con ella; reanudar el juego político, y, una vez llegado prudentemente al ministerio, jugarse la unión del ministerio y de una opinión pública comprada contra el Parlamento. Allí estaba el poder. Pero ahora ya no se trataba de tales sueños: la proliferación de sus empresas indochinas había embargado por completo al grupo Ferral en la penetración comercial de la cuenca del Yang-Tsé; Chiang Kaishek marchaba sobre Shanghai con el ejército revolucionario; la multitud, cada vez más densa, se aglomeraba a sus puertas. No había ni una de las sociedades poseídas o intervenidas en China por el Consorcio Francoasiático que no fuera afectada; las de construcciones navales, en Hong-Kong, por la inseguridad de la navegación; todas las demás –trabajos públicos, construcciones, electricidad, seguros y bancos–, por la guerra y por la amenaza comunista. Lo que importaban se quedaba en sus almacenes de Hong-Kong o de Shanghai; lo que exportaban, en los de Han-Kow y, a veces, en el muelle.

El auto se detuvo. El silencio –la multitud china es, de ordinario, una de las más ruidosas– anunciaba como un fin del mundo. Un cañonazo. ¿El ejército revolucionario, tan cerca? No; era el cañón de las doce. La multitud se apartó; el auto no arrancó. Ferral agarró el tubo acústico. No obtuvo respuesta: ya no tenía chófer ni ayudante.

Permanecía inmóvil, estupefacto, en aquel auto inmóvil, que la multitud rodeaba pesadamente. El tendero más próximo salió, con un enorme postigo sobre los hombros; se volvió, y faltó poco para que rompiese el cristal del auto: cerraba su almacén. A la derecha, a la izquierda y al frente, otros tenderos, otros artesanos salieron con un postigo cubierto de caracteres sobre los hombros: la huelga general comenzaba.

Aquello no era ya la huelga de Hong-Kong, puesta en marcha lentamente, épica y lúgubre: era una maniobra del ejército. A una distancia tan grande como su vista podía alcanzar, no quedaba ya ni un solo almacén abierto. Había que marcharse cuanto antes; se apeó y llamó a un pousse. El coolie no le respondió; corría a grandes zancadas hacia su coche de alquiler, tan solo, a la sazón, sobre la calzada, como el auto abandonado: la multitud iba a refluir hacia las aceras. «Temen a las ametralladoras», pensó Ferral. Los niños, dejando de jugar, huían por entre las piernas de la gente, a través de la actividad pululante de las aceras. Silencio, lleno de vidas, a la vez lejanas y muy próximas, como el de un bosque saturado de insectos; la llamada de un crucero ascendió, se perdió después. Ferral caminaba hacia su casa tan de prisa como podía con las manos en los bolsillos y los hombros y el mentón echados hacia adelante. Dos sirenas reanudaron juntas, una octava más alto, el grito de la que acababa de extinguirse, como si un animal enorme, envuelto en aquel silencio, hubiese anunciado así su proximidad. La ciudad entera estaba en acecho.

Una de la tarde

–Menos cinco –dijo Chen.

Los hombres de su grupo esperaban. Eran todos obreros de las hilanderías, vestidos de azul. Él llevaba su traje. Todos afeitados, todos delgados, todos vigorosos: antes de Chen, la muerte había hecho su selección. Dos tenían sus fusiles bajo el brazo, con el cañón hacia el suelo. Siete llevaban revólveres de los del Shang-Tung; uno, una granada; algunos otros las ocultaban en los bolsillos. Unos treinta llevaban cuchillos, mazas y bayonetas; ocho o diez, sin arma alguna, permanecían agachados junto a un montón de trapos, de latas de petróleo y de rollos de alambre. Un adolescente examinaba, como si fuesen granos, grandes clavos de ancha cabeza que extraía de un saco. «Seguramente, más grandes que los de las herraduras de los caballos...» La corte de los Milagros, pero bajo el uniforme del odio y de la decisión.

No era de los suyos. A pesar del asesinato; a pesar de; su presencia. Si moría aquel día moriría solo. Para ellos, todo era sencillo: iban a la conquista de su pan y de su dignidad. Para él... Salvo de su dolor y de su combate común, no sabía siquiera hablarles. Por lo menos, sabía que el más fuerte de los lazos es el combate. Y el combate estaba allí.

Se levantaron con los sacos sobre la espalda, las latas en las manos y el alambre debajo del brazo. No llovía aún; la tristeza de aquella calle vacía, que un perro atravesó en dos saltos, como si algún instinto le previniera lo que se preparaba, era tan profunda como el silencio. Cinco tiros de fusil sonaron en una calle próxima: tres a un tiempo; luego otro, y otro más. «Esto comienza», dijo Chen. Se estableció el silencio, pero parecía que ya no fuese el mismo. Lo llenó un ruido de pisadas de caballos, precipitado, cada vez más próximo. Y como, después de un trueno prolongado, sobreviene el desgarramiento vertical del rayo, siempre sin que viesen nada, un tumulto llenó de golpe la calle, producido por gritos entremezclados, disparos de fusil, relinchos furiosos, caídas; luego, mientras los clamores producidos se ahogaban pesadamente bajo el indestructible silencio, ascendió el grito de un perro, que aulló, recortadamente, a la muerte: un hombre degollado.

A todo correr, ganaron en algunos minutos una calle más importante. Todos los almacenes estaban cerrados. En el suelo, tres cuerpos; arriba, acribillado de hilos telegráficos, el cielo inquieto, por el que atravesaban negros humos; al final de la calle, unos veinte jinetes (había muy poca caballería en Shanghai) se revolvían, vacilantes, sin ver a los insurgentes, adosados al muro con sus instrumentos, con la mirada fija en el movimiento vacilante de los caballos. Chen no podía pensar en atacarlos; sus hombres estaban demasiado mal armados. Los jinetes se volvieron hacia la derecha y ellos llegaron, por fin, al puesto; los centinelas penetraron tranquilamente detrás de Chen.

Los agentes jugaban a los naipes, con los fusiles y los máuseres en el armero. El suboficial que los mandaba abrió una ventana y gritó, hacia un patio muy sombrío:

–Todos los que me escuchan son testigos de la violencia que se nos ha hecho. ¡Ya veis que somos injustamente obligados a ceder ante la fuerza!

Iba a cerrar de nuevo la ventana; Chen la mantuvo abierta, miró: nadie en el patio. Pero las apariencias estaban cubiertas y la justificación teatral se había hecho en un buen momento. Chen conocía a sus compatriotas: puesto que aquél «aceptaba el papel», no obraría. Distribuyó las armas. Los amotinados salieron, todos armados esta vez: inútil que se ocupasen de los pequeños puestos de policía desarmados. Los policías vacilaron. Tres se levantaron y quisieron seguirlos. (Quizá hubiese saqueo...) A Chen le costó trabajo desembarazarse de ellos. Los demás recogieron los naipes y comenzaron a jugar de nuevo.

–Si resultan vencedores –dijo uno–, quizá se nos pague este mes.

–Tal vez –respondió el suboficial. Y distribuyó las cartas.

–En cambio, si son vencidos, acaso nos digan que hemos hecho traición.

–¿Qué habríamos podido hacer? Hemos cedido ante la fuerza. Todos somos testigos de que no hemos hecho traición.

Reflexionaban, con el cuello recogido, como cormoranes aplastados por el pensamiento.

–No somos responsables –dijo uno.

Todos aprobaron. Se levantaron, sin embargo, y fueron a continuar su juego en una tienda próxima, cuyo propietario no se atrevió a echarlos. Un montón de uniformes quedó solo, en medio del puesto.

* * *

Alegre y desconfiado, Chen caminaba hacia uno de los puestos centrales: «Todo va bien –pensaba–, pero éstos son casi tan pobres como nosotros...» Los rusos blancos y los soldados del tren blindado se batirían. Los oficiales, también. Detonaciones lejanas, sordas, como si el cielo bajo las hubiese debilitado, sacudían el aire hacia el centro de la ciudad.

En una plazuela, la tropa –todos los hombres iban armados ya, incluso los portadores de latas– vaciló un instante, buscó algo con la mirada. De los cruceros y de los paquebotes, que no podían descargar sus mercancías, ascendían las masas oblicuas de humo que el viento pesado disipaba en la misma dirección en que corrían los insurrectos, como si el cielo participase de la insurrección. El nuevo puesto era un antiguo hotel de ladrillo rojo, de un solo piso; dos centinelas, uno a cada lado de la puerta, con la bayoneta calada. Chen sabía que la policía especial estaba alerta desde hacía tres días, y sus hombres destrozados a causa de aquella guardia perpetua. Allí había algunos oficiales, unos cincuenta mauseristas de la policía, bien pagados, y diez soldados. ¡Vivir, vivir, por lo menos durante los ocho días siguientes! Chen se había detenido en la esquina de la calle. Las armas se encontraban, sin duda, en los armeros del piso bajo, en la habitación de la derecha –el cuerpo de guardia–, que precedía al despacho de un oficial. Chen y dos de sus hombres se habían introducido allí varias veces, durante aquella semana. Eligió diez hombres sin fusil, les hizo que ocultasen los revólveres en las blusas y avanzó con ellos. Pasada la esquina de la calle, los centinelas los vieron acercarse; desconfiando de todos, no se defendían ya; las delegaciones obreras iban con frecuencia a entrevistarse con el oficial, de ordinario para llevarle propinas, operación que requería muchas garantías y personas.

–¿El teniente Shuei-Tun? –dijo Chen.

Mientras ocho hombres pasaban, los dos últimos, como empujados por la ligera aglomeración, se deslizaban entre los centinelas y el muro. En cuanto los primeros estuvieron en el corredor, los centinelas sintieron contra las costillas los cañones de los revólveres. Se dejaron desarmar; aunque mejor pagados que sus miserables colegas, no lo estaban lo bastante para arriesgar sus vidas. Cuatro hombres de Chen, que no se habían unido al primer grupo y parecían pasar por la calle, los condujeron a lo largo del muro. Nada había sido visible desde las ventanas.

Desde el corredor, Chen distinguió los armeros, provistos de sus fusiles. En el cuerpo de guardia no había más que seis policías armados con pistolas automáticas, y éstas se hallaban a sus lados, encerradas en sus fundas. Se lanzó hacia los armeros con el revólver levantado.

Si los policías hubieran sido decididos, el ataque habría fracasado. A pesar de su conocimiento de los lugares, Chen no había tenido tiempo de designar a cada uno de sus hombres a quiénes debían amenazar; uno o dos policías habrían podido disparar. Pero todos levantaron las manos. Inmediatamente fueron desarmados. Entraba un nuevo grupo de hombres de Chen. Comenzó una nueva distribución de armas.

«En este momento –pensó Chen–, doscientos grupos, en la ciudad, obran como nosotros. Si tienen suerte...» Apenas tomaba el tercer fusil, cuando oyó venir desde la escalera el ruido de una carrera precipitada: alguien subía corriendo. Salió. En el instante en que franqueaba la puerta, partió un disparo desde el primer piso. Pero, después, nada más. Uno de los oficiales, al bajar, había visto a los insurrectos, había disparado desde la escalera y había vuelto inmediatamente al descanso.

El combate iba a comenzar. Una puerta, en medio del descanso del primer piso, dominaba las gradas. ¿Enviar un parlamento a la asiática? Todo el buen sentido que encontraba en sí, Chen lo odiaba. Intentar tomar la escalera por asalto era tanto como suicidarse: los policías poseían, sin duda, granadas de mano. Las instrucciones del comité militar, transmitidas por Kyo a todos los grupos, consistían en que, en caso de fracaso parcial, prendiesen fuego, turnasen posiciones en las casas vecinas y pidiesen ayuda a los equipos especiales. Ninguna otra cosa se podía hacer.

–¡Prended fuego!

Los hombres con las latas de nafta trataron de arrojarlas a voleo, como el agua de un cubo; pero las estrechas aberturas no dejaban salir más que unos chorros irrisorios. Tuvieron que dejarla correr con lentitud sobre los muebles y a lo largo de los muros. Chen miró por la ventana: enfrente, almacenes cerrados, unas ventanas estrechas que daban a la salida del puesto; arriba, los tejados podridos y alabeados de las casas chinas y la calma infinita del cielo gris, que no empañaba ningún humo, del cielo Intimo y bajo sobre la calle vacía. Todo combate era absurdo; nada existía enfrente de la vida; se repuso, justamente en el momento en que vio bajar unos ladrillos y unos vidrios, en un estruendo cristalino unido al ruido de una descarga: disparaban sobre ellos desde fuera.

Segunda descarga. A la sazón se hallaban entre los policías, prevenidos y dueños del piso, y los nuevos asaltantes a quienes no veían, en aquella habitación por donde corría la nafta. Todos los hombres de Chen estaban echados boca abajo y tenían a los prisioneros atados en un rincón. Que estallase una granada, y arderían. Uno de los hombres que estaban echados rezongó señalando con el dedo: un francotirador en un tejado y, en el extremo izquierdo de la ventana, deslizándose con un hombro hacia atrás en el campo de la visión, surgían prudentemente otros irregulares. Eran unos insurrectos; de los suyos.

«Esos idiotas disparan antes de haber enviado un explorador», pensó Chen. Tenía en el bolsillo la bandera azul del Kuomintang. La sacó y se precipitó hacia el corredor. En el instante en que salía, recibió en los riñones un golpe a la vez furioso y envuelto, al mismo tiempo que un estruendo formidable le penetraba hasta el vientre. Abrió los brazos hacia atrás, hasta donde daban, para sostenerse, y se encontró en el suelo, molido. Cesó el ruido; luego, cayó un objeto de metal, e inmediatamente entraron en el corredor unos gemidos con el humo. Se levantó: no estaba herido. Volvió a cerrar a medias la puerta, abierta por la incomprensible explosión, y tendió su bandera azul hacia afuera, con el brazo izquierdo, por el espacio libre: un balazo en la mano no le habría sorprendido. Pero no; gritaban de júbilo. El humo que salía con lentitud por la ventana impedía ver a los insurrectos de la izquierda; pero los de la derecha le llamaban.

Faltó poco para que una segunda explosión le derribase de nuevo. Desde las ventanas del primer piso, los policías sitiados les lanzaban granadas de mano. (¿Cómo podrían abrir sus ventanas sin ser alcanzados desde la calle?) La primera, la que le había arrojado al suelo, había estallado delante de la casa, y los cascos habían entrado por la puerta abierta y por la ventana, pulverizados, como si hubiesen explotado en el cuerpo de guardia mismo; aterrorizados por la explosión aquellos de sus hombres que no habían quedado muertos habían saltado afuera, mal protegidos por el humo. Bajo los disparos de los policías desde las ventanas, dos habían caído en medio de la calle, con las rodillas en el pecho, como conejos, hechos una bola; otro, con la cara convertida en una mancha roja, parecía sangrar por la nariz. Los irregulares habían reconocido a los suyos; pero la actitud de los que llamaban a Chen había hecho comprender a los oficiales que alguien iba a salir, y habían arrojado su segunda granada. Había estallado en la calle, a la izquierda de Chen: el muro lo había protegido.

Desde el corredor, examinó el cuerpo de guardia. El humo volvía a bajar del techo, con un movimiento corvo y lento. Había unos cuerpos en el suelo: unos gemidos llenaban la estancia, a ras del suelo, como ladridos. En el rincón, uno de los prisioneros, con una pierna arrancada, aullaba a los suyos: «¡No tiréis más!» Sus gritos anhelantes parecían horadar el humo, que continuaba, por encima del sufrimiento su curva indiferente, como una fatalidad visible. Aquel hombre que aullaba, con la pierna arrancada, no podía continuar atado; era imposible. Sin embargo, ¿iría a estallar una nueva granada, de un momento a otro? «Eso a mí no me importa –pensó Chen–; es un enemigo.» Pero estaba allí, con un agujero en la carne más allá del muslo, en lugar de la pierna, y además atado. El sentimiento que experimentaba era mucho más fuerte que la lástima: era él mismo, aquel hombre atado. «Si la granada estalla afuera, me arrojaré al suelo boca abajo; si llega hasta aquí, será preciso que la rechace inmediatamente. Hay una probabilidad contra veinte para que me disparen. ¿Qué cuerno hago aquí? ¿Qué cuerno hago aquí?» Muerto, poco importaba. Su angustia era ser herido en el vientre; sin embargo, le era aquello menos intolerable que la presencia de aquel torturado y atado, de aquella impotencia humana en el dolor. Sin poder obrar de otro modo, fue hacia el hombre, con el cuchillo en la mano para cortar la cuerda. El prisionero creyó que iba a matarlo; quiso aullar más: su voz debilitada se convirtió en un silbido. Saturado de horror, Chen le palpaba con su mano izquierda, a la que se le adherían las ropas, llenas de sangre pegajosa, incapaz, no obstante, de apartar su mirada de la ventana rota, por donde podía caer la granada. Encontró, por fin, las cuerdas, deslizó su cuchillo por debajo, y las cortó. El hombre ya no gritaba, estaba muerto, o desvanecido. Chen, siempre con la mirada fija en la ventana destrozada, volvió al corredor. El cambio de olor le sorprendió;

como si sólo hubiese comenzado a entender, comprendió que los gemidos de los heridos se habían cambiado, también, en aullidos: en la habitación, los restos impregnados de nafta, encendidos por las granadas, comenzaban a arder.

No había agua. Antes de la toma del puesto por los insurrectos, los heridos (ahora ya no contaba con los prisioneros: no pensaba más que en los suyos) quedarían carbonizados... ¡Salir, salir! Primero, reflexionar, para hacer después los menores gestos posibles. Aunque temblaba, con la imaginación fascinada por la fuga, no había perdido la lucidez: era preciso ir hacia la izquierda, donde le protegería un porche. Abrió la puerta con la mano derecha, haciendo seña con la izquierda de que se guardase silencio. Los enemigos, arriba, no podían verle; sólo la actitud de los insurrectos hubiera podido informarles. Sentía todas las miradas de los suyos fijas en aquella puerta abierta, sobre su abultada silueta, azul sobre el fondo sombrío del corredor. Comenzó a deslizarse hacia la izquierda, adosado al muro, con los brazos en cruz y el revólver en la mano derecha. Mientras avanzaba, paso a paso, miraba a las ventanas, hacia arriba: una estaba protegida por una placa de blindaje, colocada en forma de cobertizo. «Si tratan de disparar debo ver la granada y sin duda el brazo –pensó Chen, sin dejar de avanzar–. Si la veo, es preciso que la atrape, como si fuera un paquete, y la vuelva a arrojar lo más lejos posible...» No cesaba en su marcha de cangrejo. «No podré lanzarla lo bastante lejos; si no quedo protegido, recibiré unos cuantos cascos en el vientre...» Seguía avanzando. El intenso olor a quemado y la ausencia súbita de apoyo detrás de él (no se volvía) le hicieron comprender que pasaba por delante de la ventana del piso bajo. «Si atrapo la granada, la arrojo al cuerpo de guardia antes de que estalle. Con el espesor del muro, una vez pasada la ventana, estoy salvado.» ¿Qué importaba que el cuerpo de guardia no estuviese vacío, que se encontrase allí aquel hombre cuyas cuerdas había cortado, y sus propios heridos? No veía a los insurrectos, ni aun por entre los claros del humo, porque no podía apartar del cobertizo los ojos; pero continuaba sintiendo las miradas que le buscaban a él: a pesar de los disparos contra las ventanas, que molestaban a los policial, estaba estupefacto de que no comprendiesen que algo pasaba por allí. Pensó, de pronto, que poseerían pocas granadas y que observarían, antes de arrojarlas; inmediatamente, como si aquella idea hubiera nacido de una sombra, apareció una cabeza bajo el cobertizo –oculta para los insurrectos, pero no para él–. Frenéticamente, abandonando su actitud de funámbulo, disparó al azar, dio un salto hacia adelante, y alcanzó su porche. Una descarga partió de las ventanas, una granada explotó en el sitio que él acababa de abandonar: el policía, sobre el cual había errado el tiro, había vacilado antes de pasar por debajo del cobertizo la mano en que tenía la granada, temiendo un segundo disparo. Chen había recibido un golpe en el brazo izquierdo; algún desplazamiento de aire, al que la herida que se había hecho con el puñal, antes de matar a Tan-Yen-Ta, era sensible. Sangraba de nuevo, pero no le dolía. Apretándose más el apósito con un pañuelo, se unió a los insurrectos atravesando los patios.

Los que dirigían el ataque se hallaban reunidos en un pasadizo muy oscuro.

–¡No podríais enviar unos exploradores, no!

El jefe del tchon, un chino afeitado, grande, con las mangas muy cortas, contempló aquella sombra que se le aproximaba y levantó lentamente las cejas, resignado.

–He mandado telefonear –respondió, sencillamente–. Ahora esperamos un camión blindado.

–¿Dónde están las otras secciones?

–Hemos tomado la mitad de los puestos.

–¿Nada más?

–Ya es bastante...

Todas aquellas descargas lejanas eran de los suyos, que convergían hacia la estación del Norte.

Chen resoplaba, como si hubiese salido del agua a pleno viento. Se adosó al muro, cuyo ángulo los protegía a todos, recobrando poco a poco su respiración, pensando en el prisionero cuyas ligaduras había cortado. «No había más que dejar a aquel tipo. ¿Para qué haber ido a cortarle las cuerdas, lo cual no podía hacer que cambiase nada?» Todavía, ahora, ¿hubiera podido no ver a aquel hombre, que se debatía, atado, con la pierna arrancada? A causa de su herida pensó en Tan-Yen-Ta. ¡Qué idiota había sido durante toda aquella noche y aquella mañana! Nada más sencillo que matar.

En el puesto los escombros continuaban ardiendo y los heridos aullando ante la proximidad de las llamas; su clamor repetido, constante, resonaba en aquel pasadizo bajo, que se tomaba extraordinariamente próximo por el alejamiento de las detonaciones, de las sirenas, de todos los ruidos de guerra perdidos en el aire lúgubre. Un sonido lejano de herrajes se acercó, los cubrió: el camión llegaba. Había sido blindado durante la noche, aunque muy mal: todas las planchas se movían. A causa de haber echado el freno, cesó el ruido de los hierros y se oyeron de nuevo los gritos.

Chen, que era el único que había penetrado en el puesto, expuso la situación al jefe del equipo de socorro. Era un antiguo cadete de Whampoo; a su equipo de jóvenes burgueses, Chen hubiera preferido uno de los grupos de Katow. Si, ante aquellos compañeros, muertos en medio de la calle, con las rodillas en el vientre, no llegaba a unirse totalmente a sus hombres, sabía que, en todo tiempo, odiaba a la burguesía china; el proletariado era, al menos, la forma de su esperanza.

El oficial conocía su oficio. «No se puede disparar desde el camión –dijo–; ni siquiera tiene techo. Basta con que arrojen dentro una granada para que todo salte; pero también traigo granadas.» Los hombres de Chen que las llevaban estaban en el cuerpo de guardia –¿muertos?– y los del segundo grupo no habían podido procurárselas.

–Probemos por arriba.

–De acuerdo –dijo Chen.

El oficial le miró con irritación: no le había pedido su opinión; pero no dijo nada.

Ambos –el militar, a pesar de su traje civil, con los cabellos hirsutos, su bigote recortado y su blusa ajustada por el cinturón del revólver, y Chen, rechoncho y cárdeno– examinaron el puesto. A la derecha de la puerta, el humo de las llamas, que se aproximaban a los cuerpos de sus camaradas heridos, salía con una regularidad mecánica ordenada, como los gritos que su constancia habría hecho pueriles, sin su sonido atroz. A la izquierda, nada. Las ventanas del primer piso habían volado. De vez en cuando, unos asaltantes disparaban aún sobre una de las ventanas y algunos escombros iban a engrosar sobre la acera una elevada polvareda de cascote, de astillas, de molduras, en la que brillaban los trozos de vidrio, a pesar de que el día estaba oscuro. El puesto no disparaba ya más que cuando alguno de los insurrectos abandonaba su escondite.

–¿Dónde están las otras secciones? –preguntó, de nuevo Chen.

–Casi todos los puestos están tomados. El principal, por sorpresa, a la una y media. Allí hemos cogido ochocientos fusiles. Ya podemos enviar refuerzos contra los que se resisten: ustedes forman el tercer equipo a quienes socorremos. Ellos no reciben ya refuerzos; nosotros estamos bloqueando ahora los cuarteles, la estación del Sur, el arsenal. Pero es preciso acabar con esto: necesitamos el mayor número de hombres posible para el asalto. Y quedará el tren blindado.

La idea de los doscientos grupos que operasen como el suyo exaltaba y turbaba a la vez a Chen. A pesar del tiroteo, que el viento blando traía desde toda la ciudad, la violencia le daba la sensación de una acción solitaria.

Un hombre sacó del camión una bicicleta y partió. Chen le reconoció en el momento en que saltaba sobre el sillín: Ma, uno de los principales agitadores. Tipógrafo, había consagrado toda su vida, desde hacía doce años, a crear en todas partes uniones de obreros impresores, con la esperanza de agrupar a todos los tipógrafos chinos; después de perseguido, condenado a muerte y evadido, continuaba organizando. Unos gritos de júbilo: al mismo tiempo que Chen, los hombres lo habían reconocido y le aclamaban. Él los miró. El mundo que preparaban juntos le condenaba a él, a Chen, tanto como el de sus enemigos. ¿Qué haría él en la fábrica futura, emboscado tras de sus trajes azules?

El oficial distribuyó granadas, y diez hombres se fueron por los tejados para tomar posiciones sobre el del puesto. Se trataba de emplear contra los policías su propia táctica, de hacer entrar los explosivos por las ventanas: éstas daban a la calle, pero no al tejado, y una sola estaba protegida por un cobertizo. Los insurrectos avanzaron de tejado en tejado, menudos sobre el cielo. El puesto no modificaba su tiro. Como si sólo los moribundos hubieran adivinado aquella proximidad, los gritos cambiaron de pronto y se convirtieron en gemidos. Apenas se los oía. Ahora eran gritos ahogados, casi mudos. Las siluetas llegaban al

caballete del tejado inclinado del puesto y fueron descendiendo poco a poco; Chen los vio con más dificultad en cuanto dejaron de recortarse sobre el cielo. Un aullido gutural, como de una mujer que da a luz, atravesó los gemidos, que se reanudaron, como un eco, y luego se detuvieron. A pesar del ruido, la ausencia súbita de los gritos dio la impresión de un feroz silencio: ¿habían alcanzado las llamas a los heridos? Chen y el oficial se miraron, cerraron los ojos para escuchar mejor. Nada. Cada uno, al volver a abrir los ojos, se encontró de nuevo con la mirada silente del otro.

Uno de los hombres, agarrado a la cornisa del tejado, adelantó el brazo libre por encima de la calle y arrojó su granada hacia la ventana del primer piso, sobre la cual se hallaba: demasiado baja. Estalló sobre la acera. Arrojó una segunda: ésta penetró en la habitación donde se encontraban los heridos. Salieron unos gritos por la ventana; no ya los gritos de antes, sino un aullido entrecortado por la muerte, por el sobresalto de un sufrimiento aún no agotado.

El hombre arrojó su tercera granada y se equivocó, otra vez, de ventana.

Era uno de los hombres conducidos por el camión. Se hallaba hábilmente echado hacia atrás, por temor a las explosiones. Se inclinó de nuevo, con el brazo levantado, terminado por una cuarta granada. Detrás de él, uno de los hombres de Chen descendía. No se abatió el brazo: todo el cuerpo quedó destrozado como por una enorme bala de cañón.

Una explosión intensa resonó sobre la acera; a pesar del humo, una mancha de sangre de un metro apareció sobre el muro. El humo se apartó: el muro estaba constelado de sangre y de carne. El segundo insurrecto, por falta de apoyo y deslizándose con todo su peso a lo largo del tejado, había arrancado al primero. Ambos habían caído sobre sus propias granadas, cuyas alegras habían desprendido.

* * *

Por el otro lado del tejado, a la derecha, unos hombres de los dos grupos burgueses kuomintang y obreros comunistas llegaban con prudencia. Ante la caída, se habían detenido: ahora comenzaban a descender de nuevo. La represión de febrero había sido hecha mediante demasiadas torturas para que en la insurrección faltasen hombres resueltos. Por la derecha, otros hombres se aproximaban. –¡Haced la cadena! –gritó Chen, desde abajo. Muy cerca del puesto, unos insurrectos repitieron el grito. Los hombres se dieron unos a otros las manos, rodeando fuertemente, el más alto, con su brazo izquierdo, un sólido ornamento del tejado. Se reanudó el lanzamiento de las granadas. Los sitiados no podían responder.

En cinco minutos, entraron tres granadas por las dos ventanas a las que se había apuntado; otra hizo que saltase el cobertizo. Sólo la del centro no era alcanzada. «¡La del medio!», gritó el cadete. Chen lo miró. Aquel hombre experimentaba en el mando el júbilo de un deporte perfecto. Apenas se protegía. Era valiente, sin duda alguna; pero no se hallaba compenetrado con sus hombres. Chen estaba compenetrado con los suyos, aunque no lo bastante.

No lo bastante.

Abandonó al cadete y atravesó la calle, hasta ponerse fuera del radio de acción de los sitiados. Subió al tejado. El hombre que se agarraba al saliente se debilitaba: lo sustituyó. Con su brazo herido replegado sobre aquel adorno de cemento y de yeso, sosteniendo con su mano derecha la del primer hombre de la cadena, no escapaba a su soledad. El peso de tres hombres que se deslizaban quedaba suspendido de su brazo y pasaba a través de su pecho, como una barra. Las granadas estallaban en el interior del puesto, que ya no disparaba. «Estamos protegidos por el desván –pensó–; pero no por mucho tiempo. El tejado saltará.» A pesar de la intimidad con la muerte; a pesar de aquel peso fraternal que le descuartizaba, no era de los suyos. «¿Acaso la misma sangre es vana?»

El cadete, desde abajo, le miraba sin comprender. Uno de los hombres, que había subido detrás de Chen, le propuso sustituirle.

–Bien, lanzaré también yo.

Pasó aquella cadena de cuerpos. Por sus músculos extenuados, subía una desesperación sin límite. Su semblante de lechuza, de ojos menudos, estaba en tensión, absolutamente inmóvil; sintió con estupefacción que una lágrima le corría a lo largo de la nariz. «La nerviosidad», pensó. Sacó una granada del bolsillo y

comenzó a descender, agarrándose a los brazos de los hombres de la cadena. Pero la cadena tenía su apoyo sobre el adorno en que terminaba el tejado a los lados. Desde allí era casi imposible alcanzar la ventana del medio. Cuando llegó a ras del tejado, Chen abandonó el brazo del lanzador, se suspendió de una pierna y luego del canalón y descendió por el tubo vertical: estaba demasiado alejado de la ventana para poder tocarla, y lo bastante cerca para poder disparar. Sus camaradas no se movían ya. Por encima del piso bajo un saliente le permitió detenerse. Que le doliera tan poco la herida le extrañaba. Agarrado con la mano izquierda a uno de los ganchos que sujetaban el canalón, sopesó su primera granada: «Si cae a la calle, debajo de mí, estoy muerto.» La lanzó con tanta fuerza como se lo permitió su posición: entró y estalló en el interior.

Abajo, se reanudaba el tiroteo.

Por la puerta del puesto que había quedado abierta, los policías, expulsados de la última habitación, dispararon al azar, se lanzaban afuera atropellándose, como ciegos espantados. Desde los tejados, desde los porches, desde las ventanas, disparaban los insurrectos. Uno tras otro, los cuerpos cayeron, muchos cerca de la puerta, y luego, cada vez más dispersados.

El fuego cesó. Chen descendió, siempre agarrándose al canalón: no veía lo que había a sus pies, y saltó sobre un cuerpo.

El cadete entraba en el puesto. Le siguió, sacando del bolsillo la granada que no había lanzado. A cada paso que daba, adquiría más violentamente conciencia de que las quejas de los heridos habían cesado. En el cuerpo de guardia no había más que muertos. Los heridos aparecían carbonizados. En el primer piso había más muertos y algunos heridos.

–Ahora, a la estación del Sur –dijo el oficial–. Cojamos todos los fusiles: otros grupos los necesitarán.

Las armas fueron llevadas al camión; cuando todas estuvieron recogidas, los hombres subieron al coche, de pie, apretados unos contra otros, sentados sobre los capotes, agarrados a los estribos, montados en la trasera. Los que quedaban se fueron por las callejuelas, corriendo a paso gimnástico. La gran mancha de sangre abandonada resultaba inexplicable, en medio de la calle desierta; por la esquina, desaparecía el camión, erizado de hombres, con su estrépito de hierro viejo, hacia la estación del Sur y hacia los cuarteles.

Bien pronto tuvo que detenerse: la calle estaba interceptada por cuatro caballos muertos y tres cadáveres, ya desarmados. Eran los de los jinetes que Chen había visto al comienzo de la jornada: el primer auto blindado había llegado a tiempo. En el suelo, unos cristales rotos, y nadie más que un chino viejo, con la barba terminada en punta, que gemía. Habló con toda claridad, en cuanto Chen se aproximó:

–¡Esto es una cosa injusta y muy triste! ¡Cuatro! ¡Cuatro! ¡Ay!

–Tres solamente –dijo Chen.

–¡Cuatro! ¡Ay!

Chen miró de nuevo: no había más que tres cadáveres; uno de lado, como si hubiera sido arrojado de voleo, y dos boca abajo, entre las casas muertas también, bajo el cielo pesado.

–Me refiero a los caballos –dijo el viejo, con desprecio y temor: Chen llevaba revólver.

–Yo, a los hombres. ¿Alguno de los caballos te pertenecía?

Sin duda, habían sido requisados aquella mañana.

–No; pero yo era cochero. Las bestias me interesan. ¡Cuatro muertas!... ¡Y para nada! El chófer intervino:

–¿Para nada?

–No perdamos tiempo –dijo Chen.

Ayudado por dos hombres, apartó los caballos. El camión pasó. En el extremo de la calle, Chen, sentado en uno de los estribos, miró hacia atrás: el anciano cochero continuaba entre los cadáveres, gimiendo sin duda,

negro en la calle gris.

5 de la tarde

«La estación del Sur ha sido tomada.»

Ferral colgó de nuevo el receptor. Mientras daba unas citas (una parte de la Cámara de Comercio Internacional era hostil a toda intervención, pero él disponía del periódico más importante de Shanghai), los progresos en la insurrección le alcanzaban, uno después de otro. Había pretendido telefonear solo. Volvió a su estudio donde Martial, que acababa de llegar, discutía con el enviado de Chiang Kaishek: éste no había accedido a recibir al jefe de la policía, ni en la dirección de Seguridad ni en su casa. Antes de abrir la puerta, Ferral oyó, a pesar del tiroteo:

–Comprenderá usted, yo represento aquí algo muy importante. Los intereses franceses...

–Pero, ¿qué apoyo puedo prometerle? –respondía el chino, con una entonación de insistencia indolente–. El mismo señor cónsul general me dice que espera de usted datos precisos. Porque usted conoce muy bien a nuestro país y a sus hombres.

El teléfono del estudio sonó.

–El Consejo Municipal se ha rendido –dijo Martial.

Y, cambiando de tono:

–No niego que tengo cierta experiencia psicológica de este país y de los hombres en general. Psicología y acción: tal es mi oficio; y, respecto a...

–Pero si unos individuos tan peligrosos para su país como para el nuestro, peligrosos para la paz de la civilización, se refugian, como siempre, en la concesión... La policía internacional...

«Ya estamos –pensó Ferral, que entraba–. Pretende saber si Martial, en caso de ruptura, dejaría que los comunistas se refugiasen entre nosotros.»

–... nos ha prometido toda su benevolencia... ¿Qué hará la policía francesa?

–Todo se arreglará. Presten ustedes atención solamente a esto: nada de líos con las mujeres blancas, salvo las rusas. Sobre eso tengo instrucciones muy firmes. Pero ya se lo he dicho: nada oficial. Nada oficial.

En el estudio moderno –en las paredes, Picassos del período rosa y un boceto erótico de Fragonard– los interlocutores, de pie, se hallaban a ambos lados de una enorme Kwannyn de piedra negra, de la dinastía Tang, comprada por consejo de Clappique y que Gisors consideraba falsa. El chino, un coronel joven, con la nariz encorvada, vestido de paisano, abotonado de abajo arriba, miraba a Martial y sonreía, con la cabeza inclinada hacia atrás.

–Doy a usted las gracias, en nombre de mi partido... Los comunistas son unos solemnes traidores, nos traicionan a nosotros, sus fieles aliados. Se convino en que colaboraríamos juntos, y la cuestión social se plantearía cuando China quedase unificada. Y ya la plantean. No respetan nuestro contrato. No quieren restablecer la China, sino los soviets. Los muertos del ejército no han muerto por los soviets, sino por la China. Los comunistas son capaces de todo. Por eso es por lo que le pregunto, señor director, si la policía francesa consideraría oportuno pensar en la seguridad personal del general.

Estaba claro que había pedido el mismo favor a la policía internacional.

–Con mucho gusto –respondió Martial–. Envíeme al jefe de su policía. ¿Sigue siendo König?

–Sí. Dígame, señor director, ¿usted ha estudiado historia romana?

–Naturalmente.

«En la escuela nocturna», pensó Ferral.

El teléfono, de nuevo. Martial tomó el receptor.

–Los puentes están tomados –dijo, con calma–. Dentro de un cuarto de hora la insurrección ocupará la ciudad.

–Mi opinión –prosiguió el chino, como si no hubiera oído nada– es que la corrupción de las costumbres perdió al Imperio romano. ¿No cree usted que una organización técnica de la prostitución y una organización occidental como la de la policía podrían acabar con los jefes del Han-Kow, que no valen lo que valían los del Imperio romano?

–Es una idea... Pero no creo que sea aplicable. Habría que reflexionar mucho sobre eso...

–Los europeos no comprenden nunca a la China, sino por lo que se les asemeja.

Un silencio. Ferral se divertía. El chino intrigaba: aquella cabeza echada hacia atrás, casi desdeñosa, y, al mismo tiempo, aquella dificultad... «Han-Kow, sumergido bajo los trenes de prostitutas... –pensó–. Conoce a los comunistas. Y de que tenga un conocimiento exacto de la economía política, no cabe duda. ¡Asombroso!...» Acaso los soviets se preparasen en la ciudad, y aquél pensaba en las sagaces enseñanzas del Imperio romano. «Gisors tiene razón; siempre buscan los trucos.»

Otra vez el teléfono.

–Los cuarteles están bloqueados –dijo Martial–. Los refuerzos del gobierno no llegan más.

–¿Y la estación del Norte? –preguntó Ferral.

–Todavía no ha sido tomada.

–¿Pero el gobierno puede traer tropas del frente?

–Tal vez, señor –dijo el chino–; sus tropas y sus tanques se repliegan sobre Nankín. Puede enviarlas aquí. El tren blindado puede combatir todavía seriamente.

–Sí; alrededor del tren y de la estación, desde luego –pronunció Martial–. Todo cuanto se ha tomado está organizado poco a poco. Seguramente, la insurrección tiene cuadros rusos y europeos; los empleados revolucionarios de cada administración guían a los insurrectos. Hay un comité militar que lo dirige todo. La policía entera está ya desarmada. Los rojos tienen puntos de reunión, desde donde las tropas son dirigidas contra los cuarteles.

–Los chinos tienen un gran sentido de la organización –dijo el oficial.

–¿Cómo está protegido Chiang Kaishek?

–Su auto siempre va precedido del de su guardia personal. Y nosotros tenemos nuestros indicadores.

Ferral comprendió, por fin, la razón de aquella actitud desdeñosa de la cabeza, que comenzaba a excitarle (al principio le parecía siempre que el oficial, por encima de la cabeza de Martial, miraba su boceto erótico): una nube en el ojo derecho obligaba al oficial a mirar de arriba abajo.

–No basta –respondió Martial–. Hay que arreglar eso. Lo mejor será cuanto antes. Ahora, tengo que salir volando: se trata de elegir el comité ejecutivo que tomará el gobierno en sus manos. Allí quizá pueda hacer algo. También se trata de la elección del prefecto, que no es poco...

Ferral y el oficial se quedaron solos.

–Entonces, señor –dijo el chino, con la cabeza hacia atrás–, ¿podemos, desde ahora, contar con usted?

–Liu-Ti-Yu espera –respondió.

Jefe de la asociación de los banqueros shanghayeses; presidente honorario de la Cámara de Comercio china; aliado con todos los jefes de guildas, aquél podía obrar en aquella ciudad china que, sin duda, comenzaban a ocupar las secciones insurrectas mejor aún que Ferral las concesiones. El oficial se inclinó y se despidió.

Ferral subió al primer piso. En un rincón de un despacho moderno, adornado por todas partes con esculturas de remotas épocas chinas; con un traje blanco, sobre un chaleco de punto, blanco también, como sus cabellos hirsutos; sin cuello; con las manos adheridas a los tubos niquelados de su sillón, Liu-Ti-Yu esperaba, en efecto. Toda su fisonomía estaba en la boca y en las mandíbulas: una enérgica rana vieja.

Ferral no se sentó.

–Usted está decidido a acabar con los comunistas –no interrogaba, afirmaba–. Nosotros también, evidentemente. –Comenzó a pasearse por el cuarto, con los hombros hacia adelante–. Chiang Kaishek está dispuesto a la ruptura.

Ferral nunca había encontrado la desconfianza en el semblante de un chino. ¿Aquél le creía? Le tendió una caja con cigarrillos. Aquella caja, desde que había decidido no volver a fumar, estaba siempre abierta sobre su mesa, como si, viéndola sin cesar, afirmase la fuerza de su carácter, confirmando así su decisión.

–Hay que ayudar a Chiang Kaishek. Para usted, eso constituye una cuestión de vida o muerte. No es cosa de que la situación actual se mantenga. En la retaguardia del ejército y en el campo, los comunistas comienzan a organizar las uniones campesinas. El primer decreto de las uniones será la desposesión de los prestamistas. –Ferral no decía los usureros–. La enorme mayoría de sus capitales están en los campos; el más saneado de los depósitos de sus bancos está garantizado por sus tierras. Los soviets campesinos...

–Los comunistas no se atreverán a formar soviets en China.

–No juguemos con las palabras, señor Liu. Uniones o soviets, las organizaciones comunistas van a nacionalizar la tierra y a declarar ilegales los créditos. Estas dos medidas suprimen lo esencial de las garantías, en nombre de las cuales les han sido concedidos los créditos extranjeros. Más de mil millones, contando a mis amigos japoneses y americanos. No es cosa de garantizar esta suma con un comercio paralizado. Y aun sin hablar de nuestros créditos, esos decretos bastan para que quiebren todos los bancos chinos. Evidente.

–El Kuomintang no dejará que se haga eso.

–No hay Kuomintang. Hay azules y rojos. Hasta aquí han colaborado, aunque mal, porque Chiang Kaishek no tenía dinero. Tomada Shanghai mañana, Chiang Kaishek casi puede pagar su ejército con las aduanas. No por completo. Cuenta con nosotros. Los comunistas han predicado por todas partes la vuelta a la posesión de las tierras. Se dice que se esfuerzan por retrasarlo: demasiado tarde. Los campesinos han oído sus discursos, y no son miembros de su partido. Harán lo que quieran.

–Nada puede detener a los campesinos, como no sea la fuerza. Ya se lo he dicho al señor cónsul general de la Gran Bretaña.

Encontrando casi el tono de su voz en el de su interlocutor, Ferral recibió la impresión de que le ganaba.

–Ya han tratado de recuperar las tierras. Chiang Kaishek está dispuesto a no dejarlos obrar. Ha dado orden de que no se toque ninguna de las tierras que pertenecen a oficiales o a parientes de oficiales. Es preciso...

–Todos nosotros somos parientes de oficiales. Liu sonrió.

«¿Existe una sola tierra en China cuyo propietario no sea pariente de un oficial?...»

Ferral conocía el parentesco chino.

Otra vez el teléfono.

–El arsenal está bloqueado –dijo Ferral–. Todos los establecimientos gubernamentales están tomados. El ejército revolucionario entrará en Shanghai mañana. Es preciso que la cuestión quede resuelta ahora. Compréndame bien. A consecuencia de la propaganda comunista, numerosas tierras les han sido tomadas a sus propietarios; Chiang Kaishek debe aceptarlo o dar la orden de que se fusile a los que las han cogido. El gobierno rojo de Han-Kow no puede aceptar semejante orden.

–Contemporizará.

–Ya sabe usted en lo que se convirtieron las acciones de las sociedades inglesas, después de la toma de la concesión de Han-Kow. Ya sabe en lo que se convertirá su situación cuando las tierras, cualesquiera que sean, hayan sido arrancadas legalmente a sus poseedores. Chiang Kaishek sabe y dice que está obligado a romper ahora. ¿Quiere usted ayudarle? ¿Sí o no?

Liu escupió, con la cabeza hundida entre los hombros. Cerró los ojos; los volvió a abrir, y contempló a Ferral con la mirada desplegada del viejo usurero de no importa qué lugar sobre la tierra:

–¿Cuánto?

–Cincuenta millones de dólares.

Escupió de nuevo.

–¿Para nosotros solos?

–Sí.

Volvió a cerrar los ojos. Por encima del ruido desgarrador del tiroteo, de minuto en minuto, el tren blindado disparaba.

Si los amigos de Liu se decidían, todavía habría que luchar; si no se decidían, el comunismo triunfaría, sin duda, en China. «He aquí uno de los instantes en que el destino del mundo cambia...», pensó Ferral, con un orgullo en el que había exaltación e indiferencia. No quitaba la mirada de su interlocutor. El viejo, con los ojos cerrados, parecía dormir; pero, sobre el dorso de sus manos, las venas azules, enmarañadas, temblaban como nervios. «Será preciso, también, un argumento individual», pensó Ferral.

–Chiang Kaishek –dijo– no puede dejar que se despoje a sus oficiales. Y los comunistas están decididos a asesinarlo. Lo sabe.

Se decía eso desde hacía algunos días; pero Ferral lo dudaba.

–¿De cuánto tiempo disponemos? –preguntó Liu.

E inmediatamente, con un ojo cerrado y el otro abierto, astuto el derecho, vergonzoso el izquierdo:

–¿Está usted seguro de que no tomará el dinero sin ejecutar sus promesas?

–También existe nuestro dinero, y no es de promesas de lo que se trata. No puede obrar de otro modo. Y, compréndame bien: no es porque usted lo pague por lo que debe destruir a los comunistas: porque debe destruir a los comunistas es por lo que usted le paga.

–Voy a reunir a mis amigos.

Ferral conocía la costumbre china y la influencia del que habla.

–¿Cuál será su consejo?

–Chiang Kaishek puede ser combatido por la gente de Han-Kow. Allí hay doscientos mil obreros sin trabajo.

–Si no le ayudamos, lo será, seguramente.

–Cincuenta millones... Es... mucho...

Por fin miró de frente a Ferral.

–Menos de lo que usted se verá obligado a dar a un gobierno comunista.

El teléfono.

–El tren blindado está aislado –pronunció Ferral–. Aunque el gobierno quisiera enviar nuevas tropas del frente, ya no podría hacer nada.

Tendió la mano.

Liu se la estrechó y abandonó el aposento. Desde la alta ventana, cubierta de jirones de nubes, Ferral vio alejarse el auto, cubriendo por un momento el ruido del motor al de las descargas. Aunque resultase vencedor, el estado de sus empresas le obligaría quizá a solicitar la ayuda del gobierno francés, que rehusaba tan a menudo, que acababa de rehusar al Banco Industrial de China; pero ahora era de aquéllos a través de los cuales se jugaba la suerte de Shanghai. Todas las fuerzas económicas, casi todos los consulados hacían el mismo juego que él: Liu pagaría. El tren blindado continuaba disparando. Sí; por primera vez, había una organización del otro lado. Le hubiera gustado conocer a los hombres que la dirigían. Y mandarlos fusilar también.

La tarde de guerra se perdía en la noche. A ras del suelo se encendían las luces, y el río invisible llamaba hacia sí como siempre la poca vida que quedaba en la ciudad. Venía de Han-Kow, aquel río. Liu tenía razón, y Ferral lo sabía: allí estaba el peligro. Allí se formaba el ejército rojo. Allí, los comunistas dominaban. Desde que las tropas revolucionarias, como las máquinas quitanieves, rechazaban a los nordistas, toda la izquierda soñaba con aquella tierra prometida: la patria de la Revolución estaba en la sombra verdosa de aquellas fundiciones, de aquellos arsenales, aun antes de que los hubieran tomado; ahora, la poseían, y aquellos mercaderes miserables, que se perdían en la bruma pegajosa donde las linternas se hacían cada vez más numerosas, avanzaban en dirección al río, como si todos hubiesen llegado también de Han-Kow con sus fauces de derrota, como presagios expulsados hacia él por la noche amenazadora.

Las once. Desde la salida de Liu, antes y después de la comida, los jefes de guildas, los banqueros, los directores de las compañías de seguros y de transportes fluviales, los importadores y los jefes de las hilanderías. Todos dependían, en alguna medida, del grupo Ferral o de uno de los grupos extranjeros que habían unido su política a la del Consorcio Francoasiático: Ferral no contaba más que con Liu. Corazón viviente de la China, Shanghai palpitaba al paso de todo cuanto le hacía vivir; hasta de lo último de los campos –la mayor parte de los propietarios terratenientes dependían de los bancos–, los vasos sanguíneos confluían, como canales, hacia la capital donde se jugaba el destino chino. El tiroteo continuaba. Ahora, había que esperar.

Al lado, Valeria estaba acostada. Aunque era su querida desde hacía una semana, nunca había pretendido amarla: ella habría sonreído, con insolente complicidad. Tampoco ella le había dicho nada, por la misma razón, quizá. Los obstáculos de que estaba hecha su vida presente la lanzaban hacia el erotismo, no hacia el amor. Él sabía que ya no era joven, y se esforzaba por persuadirse de que su leyenda suplía a la juventud. Él era Ferral y conocía a las mujeres. A tal punto, en efecto, que no creía una palabra de cuanto se decía. Se acordaba de uno de sus amigos, inteligente, enfermizo, al que había envidiado sus queridas. Un día en que, a tal respecto, había interrogado a Valeria, ésta le había dicho: «No hay nada más atractivo en un hombre que la unión de la fuerza y la debilidad.» Persuadido de que ningún ser se explica simplemente por medio de su vida, retenía esta frase con mayor intensidad que todo cuanto ella le había confiado acerca de la suya.

Aquella gran modista rica no era venal (todavía, al menos). Afirmaba que el erotismo de muchas mujeres consistía en ponerse desnudas delante de un hombre escogido, y no actuaba plenamente más que una vez. ¿Pensaba en sí misma? Era aquélla, no obstante, la tercera vez que se acostaba con él. Ferral apreciaba en ella un orgullo semejante al suyo. «Los hombres tienen los viajes, y las mujeres tienen a sus amantes», había dicho Valeria la víspera. ¿Le gustaba, como a muchas mujeres, por el contraste entre su dureza y las atenciones que le prodigaba? No ignoraba que comprometía en aquel juego su orgullo –lo esencial de su vida–. No dejaba de haber peligro en una compañera que decía: «Ningún hombre puede hablar de las mujeres, querido, porque ningún hombre comprende que todo nuevo maquillaje, todo nuevo vestido y todo nuevo amante proponen una alma nueva...», con la sonrisa necesaria.

Entró en la habitación. Acostada, con los cabellos en el hueco del brazo, bien torneado, le contempló sonriendo.

La sonrisa le proporcionaba la vida, a la vez intensa y abandonada, que proporciona el placer. Durante el descanso, la expresión de Valeria era de tristeza tierna, y Ferral recordaba que la primera vez que la había visto había dicho que tenía un semblante turbio –el semblante que convenía a lo que sus ojos grises tenían de dulces–. Pero cuando la coquetería entraba en juego, la sonrisa que entreabría su boca en forma de arco, más en las comisuras que en el centro, armonizando de una manera imprevista con sus cabellos, cortos y ondulados a trozos, y con sus ojos, entonces menos tiernos, le daba, a pesar de la fina regularidad de sus

facciones, la expresión compleja del gato en el abandono. A Ferral le gustaban los animales, como a todos aquellos cuyo orgullo es demasiado grande para acomodarse a los hombres; los gatos, sobre todo.

La besó. Ella tendió la boca. ¿Por sensualidad o por horror a la ternura? –se preguntaba él, mientras se desnudaba en el cuarto de baño–. La bombilla se había roto y los objetos del tocador aparecían rojizos, iluminados por los incendios. Miró por la ventana: en la avenida, una multitud en movimiento, millones de peces bajo el temblor de un agua negra; le pareció, de pronto, que el alma de aquella multitud la había abandonado, como el pensamiento a los durmientes que sueñan, y que ardían con una energía alegre en aquellas llamas abundantes que iluminaban los límites de los edificios.

Cuando volvió, Valeria soñaba y no sonreía ya. Aunque estaba acostumbrado a aquella diferencia de expresión, le pareció, una vez más, salir de una locura. ¿No quería más que ser amado de la mujer, en la sonrisa que aquella mujer sin sonrisa le deparaba, como una extraña? El tren blindado disparaba de minuto en minuto, como para un triunfo: estaba aún en manos de los gubernamentales, con el cuartel, el arsenal y la iglesia rusa.

–Querido –preguntó ella–, ¿ha vuelto usted a ver al señor Clappique?

Toda la colonia francesa de Shanghai conocía a Clappique. Valeria había vuelto a encontrarle durante una cena, la antevíspera; su fantasía la encantaba.

–Sí. Le he encargado que me compre algunas aguadas de Kama.

–¿Se encuentran en las casas de los anticuarios?

–No. Pero Kama vuelve de Europa; pasará por aquí dentro de unos quince días. Clappique estaba cansado, y no ha contado más que dos lindas historias: la de un ladrón chino que fue absuelto por haberse introducido por un agujero en forma de lira en el Monte Pío, que se puso a desvalijar, y esta otra: Ilustre Virtud, desde hacía veinte años, domesticaba a unos conejos. A un lado de la aduana interior, estaba su casa; al otro, sus cabañas. Los aduaneros, sustituidos una vez más, se olvidaron de prevenir a sus sucesores acerca de su paso cotidiano. Llega él con su cesta, llena de hierba debajo del brazo. «¡Eh! Enseñe usted su cesta.» Debajo de la hierba, relojes, cadenas, lámparas eléctricas, aparatos fotográficos. «¿Es esto lo que da usted de comer a los conejos?» «Sí, señor director de aduanas. Y (como dirigiéndose a los citados conejos) si no les gusta eso, no tendrán otra cosa.»

–¡Oh! –exclamó ella–. Es una historia científica; ahora lo comprendo todo. Los conejos-campanilla, los conejos-tambor, ¿sabe usted?, todos esos lindos animalitos que viven tan bien en la luna y en sitios semejantes, y tan mal en las habitaciones de los niños; de ahí es de donde vienen... Constituye una dolorosa injusticia, esa triste historia de Ilustre Virtud. Y me parece que los periódicos revolucionarios van a protestar mucho: porque, en verdad, tenga usted la seguridad de que los conejos comían aquellas cosas.

–¿Ha leído usted Alicia en el país de las maravillas, querida?

Despreciaba bastante a las mujeres, sin las cuales no podía pasar, para llamarlas «querida».

–Cómo, ¿lo duda usted? Me lo sé de memoria.

–Su sonrisa me hace pensar en el fantasma del gato que no se materializa nunca y del que no se veía más que una encantadora sonrisa de gato flotante en el aire. ¡Ah! ¿Por qué la inteligencia de las mujeres quiere siempre elegir otro objeto distinto al suyo?

–¿Cuál es el suyo, querido?

–El encanto y la comprensión, con toda evidencia.

Ella reflexionó.

–Lo que los hombres nombran así es la sumisión del espíritu. Usted no reconoce en una mujer más que la inteligencia que le aprueba. Eso es tan descansado...

–Entregarse, para una mujer, y poseer, para un hombre, son los dos únicos medios de que los seres puedan

comprenderlo todo, sea lo que sea...

–¿No cree usted, querido, que las mujeres no se entregan nunca (o casi nunca), y que los hombres no poseen nada? Se trata de un juego: «Creo que la poseo, puesto que ella cree que es poseída...» ¿Sí? ¿Verdaderamente? Lo que voy a decir está muy mal, pero ¿no cree usted que ésa es la historia del corcho, que se creía mucho más importante que la botella?

La libertad de costumbres, en una mujer, excitaba a Ferral; pero la libertad de espíritu le irritaba. Se sintió ávido de hacer que renaciese el único sentimiento que le prestaba superioridad sobre una mujer: la vergüenza cristiana, el reconocimiento ante la vergüenza sufrida. Si Valeria no lo adivinó, adivinó que se separaba de ella, y, sensible, por otra parte, a un deseo físico que veía aumentar, recreada en la idea de que podría recuperarlo a voluntad, le miró con la boca entreabierta (puesto que le gustaba su sonrisa...), ofreciéndole la mirada, segura de que, como casi todos los hombres, tomaría el deseo que abrigaba de seducirle por el de un abandono.

Se reunió con ella en el lecho. Las caricias prestaban a Valeria una expresión hermética que él quiso ver transformarse. Llamaba a la otra expresión con demasiada pasión para no esperar que la voluptuosidad la fijase en el semblante de Valeria, creyendo que destruía una máscara, y que lo que tenía de más profundo, de más secreto, era necesariamente lo que prefería en ella: nunca había copulado con Valeria más que en la sombra. Pero apenas, con la mano, le apartaba suavemente las piernas, ella apagó la luz. Él volvió a encenderla.

Había buscado el interruptor a tientas, y ella tomó aquello por un desprecio. Apagaba de nuevo. Él volvió a encenderla inmediatamente. Como tenía los nervios muy sensibles, Valeria se sintió a la vez muy cerca de la risa y de la cólera; pero volvió a encontrar su mirada. Ferral había apartado el interruptor, y ella adquirió la seguridad de que él esperaba lo más claro de su placer en la transformación sensual de sus facciones. Sabía que no era verdaderamente dominada por su sexualidad sino al comienzo de una unión y en la sorpresa; cuando vio que no encontraba el interruptor, le invadió la tibieza que conocía y le subió a lo largo del torso hasta las puntas de los senos y hasta los labios, de los que adivinó, ante la mirada de Ferral, que se henchían insensiblemente. Aprovechó aquella tibieza, y oprimiéndole entre los muslos y los brazos, se sumergió, entre prolongadas pulsaciones, lejos de una playa adonde sabía que sería arrojado al punto, con ella misma, la resolución de no perdonarle.

Valeria dormía. La respiración regular y la dejadez del sueño henchían sus labios con dulzura y también con la expresión perdida que le suministraba el goce. «Un ser humano –pensó Ferral–; una vida individual, aislada, única, como la mía...» Se la imaginó habitando en su cuerpo, experimentando en su lugar aquel goce que él no podía volver a sentir más que como una humillación; se veía él también humillado por aquella voluptuosidad pasiva, por aquel sexo de mujer. «Eso es idiota; ella siente en función de su sexo, como yo en función del mío; ni más ni menos. Siente como un nudo de deseos, de tristeza, de orgullo; como un destino... Evidentemente.» Pero no en aquel momento: el sueño y sus labios la entregaban a una sensualidad perfecta, como si hubiese aceptado el no ser ya un ser vivo y libre, sino solamente aquella expresión de reconocimiento de una conquista física. El gran silencio de la noche china, con su olor a alcanfor y a hojas, adormecido él también hasta el Pacífico, la recubría fuera del tiempo: ni un navío llamaba; ni un tiro de fusil. No encerraba Valeria en su sueño los recuerdos y las esperanzas que él no poseería nunca: ella no era nada más que el otro polo de su propio placer. Jamás había vivido: nunca había sido una niña.

El cañón, de nuevo: el tren blindado comenzaba otra vez a disparar.

Al día, siguiente, a las 4

Desde una relojería, transformada en puesto, Kyo observaba el tren blindado. A 200 metros hacia adelante y hacia atrás, los revolucionarios habían hecho saltar los rieles y arrancado el paso a nivel. Del tren que obstruía la calle –inmóvil, muerto–, Kyo no veía más que dos vagones, uno cerrado, como un vagón para ganado, y el otro aplastado, como bajo un receptáculo de petróleo, bajo su torrecilla, de donde salía un cañón de pequeño calibre. No había hombres: ni sitiados ocultos tras de sus rejas cerradas como las de una cárcel, ni asaltantes dentro de las casas que dominaban la vía. Detrás de Kyo, hacia la iglesia rusa o hacia la imprenta comercial no cesaban las descargas. Los soldados dispuestos a dejarse desarmar no entraban en cuenta; los otros iban a morir. Todas las secciones insurrectas estaban armadas ahora; las tropas gubernamentales, con el frente deshecho, huían hacia Nankín en los trenes saboteados y por los barrancos fangosos de las carreteras, bajo el viento lluvioso. El ejército del Kuomintang llegaría a Shanghai dentro de algunas horas: de momento en momento, venían los correos.

Entró Chen, como siempre, vestido de obrero; se sentó al lado de Kyo, y contempló el tren. Sus hombres estaban de guardia detrás de una barricada a cien metros de allí, aunque no debían atacar.

El cañón del tren, de perfil, se movía. Como nubes muy bajas, unos velos de humo, última vida del incendio extinto, se deslizaban por delante de él.

–No creo que tengan ya muchas municiones –dijo Chen.

El cañón salía de la torrecilla como el telescopio de un observatorio, y se movía con una movilidad prudente; a pesar de los blindajes, la vacilación de aquel movimiento le hacía parecer frágil.

–En cuanto nuestros propios cañones estén allá... –dijo Kyo.

El que contemplaba dejó de moverse y disparó. En respuesta, una descarga crepitó contra el blindaje. Un claro apareció en el cielo gris y blanco precisamente por encima del tren.

Un correo llevó algunos documentos a Kyo.

–No tenemos mayoría en el comité –dijo éste.

La asamblea de delegados, reunida clandestinamente por el partido Kuomintang, antes de la insurrección, había elegido un comité central de 26 miembros, 15 de ellos comunistas; pero este comité acababa de elegir, a su vez, el comité ejecutivo, que iba a organizar el gobierno municipal. Allí estaba la eficacia; allí, los comunistas ya no tenían mayoría.

Un segundo correo con uniforme entró y se detuvo junto al marco de la puerta.

–El arsenal está tomado.

–¿Y los tanques? –preguntó Kyo.

–Han salido para Nankín.

–¿Tú vienes del ejército?

Era un soldado de la 1.ª División, la que contaba mayor número de comunistas. Kyo le interrogó. El hombre estaba amargado: se preguntaba para qué servía la Internacional. Todo se había entregado a la burguesía del Kuomintang; los parientes de los soldados, campesinos casi todos, se veían obligados a hacer efectiva la crecida cotización de los fondos de guerra, en tanto que la burguesía sólo estaba gravada con moderación. Si pretendían apoderarse de las tierras, las órdenes superiores se lo impedían. La toma de Shanghai iba a cambiar todo aquello –pensaban los soldados comunistas–; el mensajero no estaba muy seguro de ello. Informado de una sola parte, exponía malos argumentos; pero era fácil deducirlos mejores. La guardia roja –respondía Kyo– y la milicia obrera iban a ser creadas en Shanghai; en Han-Kow había más de doscientos mil obreros sin trabajo. Ambos, de minuto en minuto, se detenían y escuchaban.

–Han-Kow –dijo el hombre–; sé muy bien lo que hay en Han-Kow...

Sus voces ensordecidas parecían permanecer junto a ellos, retenidas por el aire estremecido, que parecía esperar también el cañón. Ambos pensaban en Han-Kow, «la ciudad más industrial de toda China». Allí se organizaba un nuevo ejército rojo; a aquella misma hora, las secciones obreras aprendían allí a manejar los fusiles...

Con las piernas separadas, los puños en las rodillas, la boca entreabierta, Chen contemplaba a los correos y no decía nada.

–Todo va a depender del prefecto de Shanghai –prosiguió Kyo–. Si éste es de los nuestros, poco importa la mayoría. Si es de la derecha...

Chen consultó la hora. En aquella relojería, por lo menos treinta relojes, en marcha o parados, señalaban horas diferentes. Descargas precipitadas se reunieron, en un alud. Chen dudó si miraría o no hacia afuera: no podía apartar los ojos de aquel universo de movimientos de relojería, impasibles ante la Revolución. El movimiento de los correos que salían le repuso; se decidió, por fin, a consultar su propio reloj.

–Las cuatro. Se puede saber...

Hizo funcionar el teléfono de campaña, soltó rabiosamente el receptor y se volvió hacia Kyo.

–El prefecto es de la derecha.

–Extender por ahora la Revolución, y después profundizarla... –dijo Kyo, más como una pregunta que como una respuesta–. La línea de conducta de la Internacional parece consistir en dejar aquí el poder a la burguesía. Provisionalmente... seremos robados. He visto a unos correos del frente: todo movimiento obrero está prohibido en la retaguardia. Chiang Kaishek ha mandado disparar sobre los huelguistas, adoptando algunas precauciones.

Entró un rayo de sol. Allí arriba, la mancha azul del claro se agrandaba. La calle se llenó de sol. A pesar de las descargas, el tren blindado, bajo aquella luz, parecía abandonado. Disparó de nuevo. Kyo y Chen lo observaban, con menos atención ahora: quizá el enemigo estuviese más cerca de ellos. Muy inquieto, Kyo miraba confusamente a la acera, que brillaba bajo el sol provisional. Una gran sombra se extendió. Levantó la cabeza: era Katow.

–Antes de quince días –prosiguió–, el gobierno Kuomintang suprimirá nuestras secciones de asalto. Acabo de ver a unos oficiales azules, enviados del frente para sondearnos e insinuarnos astutamente que las armas estarían mejor entre ellos que entre nosotros. Desarmar a la guardia obrera: tendrán a la policía, al comité, al prefecto, el Ejército y las armas. Y habremos hecho la insurrección para eso. Debemos abandonar el Kuomintang, aislar el partido comunista y, si es posible, entregarle el poder. No se trata de jugar al ajedrez, sino de pensar seriamente en el proletariado, en todo esto. ¿Qué le aconsejaremos?

Chen se miraba los pies, finos y sucios, desnudos dentro de unos zuecos.

–Los obreros tienen razón al declararse en huelga. Nosotros les ordenamos que cesen en la huelga. Los campesinos quieren apoderarse de las tierras. Tienen razón. Nosotros se lo prohibimos.

Su acento no subrayaba las palabras más largas.

–Nuestras contraseñas son las de los azules –continuó Kyo–, con unas cuantas promesas más. Pero los azules dan a los burgueses lo que les prometen, y nosotros no damos a los obreros lo que prometemos a los obreros.

–Basta –dijo Chen, sin levantar siquiera los ojos–. En primer término, hay que matar a Chiang Kaishek.

Katow escuchaba en silencio.

–Eso, para lo futuro –dijo, por fin–. Ahora, están matando a los nuestros. Sí. Y, sin embargo, Kyo, no estoy seguro de ser de tu opinión: ya ves. Al comienzo de la Revolución, cuando no era todavía socialista revolucionario, todos estábamos en contra de la táctica de Lenin en Ucrania. Antonov, comisario allá, había

detenido a los propietarios de las minas y los había condenado a diez años de trabajos forzados, por sabotaje. Sin juicio. Por su propia autoridad de comisario de la Cheka, Lenin le felicitó; todos protestamos. Eran unos verdaderos explotadores los propietarios, ¿sabes?, y varios de nosotros fuimos a las minas, como condenados; porque creíamos que había que ser particularmente justos con ellos; nada menos. Sin embargo, si los hubiéramos puesto en libertad, el proletariado no habría comprendido nada. Lenin tenía razón. La justicia estaba de nuestra parte; pero Lenin tenía razón. Y nosotros estábamos también contra los poderes extraordinarios de la Cheka. Hay que prestar atención. La contraseña actual es buena: extender la Revolución, y después profundizarla. Lenin nos dijo, de pronto: «Todo el poder para los soviets.»

–Pero nunca dijo: el poder para los mencheviques. Ninguna situación puede obligarnos a que entreguemos nuestras armas a los azules. Ninguna. Porque, entonces, no hay duda alguna, la Revolución está perdida, y no existe...

Entraba un oficial del Kuomintang, bajito, estirado, casi japonés. Saludó.

–El ejército estará aquí dentro de media hora –dijo–. Nos faltan armas. ¿Cuántas pueden ustedes proporcionarnos?

Chen se paseaba por la habitación. Katow esperaba.

–Las milicias obreras deben permanecer armadas –dijo Kyo.

–Mi pedido ha sido hecho de acuerdo con el gobierno de Han-Kow –declaró el oficial.

Kyo y Chen sonrieron.

–Les ruego que se informen –agregó.

Kyo utilizó el teléfono.

–Hasta con la orden... –comenzó Chen, entre dientes.

–¡Bueno! –exclamó Kyo.

Escuchaba. Katow cogió el segundo receptor. Lo colgaron de nuevo.

–Bien –dijo Kyo–. Pero los hombres están aún en las filas.

–La artillería estará allí muy pronto –dijo el oficial–. Acabaremos con estas cosas... –señaló el tren blindado, encallado en el sol–... nosotros mismos. ¿Podrán ustedes entregar las armas a las tropas mañana por la tarde? Tenemos una urgente necesidad de ellas. Continuamos avanzando hacia Nankín.

–Dudo que sea posible recuperar más de la mitad de las armas.

–¿Por qué?

–Todos los comunistas no se avendrán a entregarlas.

–¿Ni aun con la orden de Han-Kow?

–Ni aun con la orden de Moscú. Por lo menos, inmediatamente.

Apreciaban la exasperación del oficial, aunque éste no la manifestaba.

–Vea usted lo que puede hacer –dijo–. Enviaré a uno, a eso de las siete.

Salió.

–¿Eres tú de la opinión que se entreguen las armas? –preguntó Kyo a Katow.

–Trato de comprender. Es preciso, ante todo, ir a Han-Kow, ¿sabes? ¿Qué quiere la Internacional? Desde luego, servirse del ejército del Kuomintang para unificar China. Desarrollar después por medio de la

propaganda y demás, esa Revolución que debe, por sí misma, transformarse de Revolución democrática en Revolución socialista.

–Hay que matar a Chiang Kaishek –dijo secamente Chen.

–Chiang Kaishek no nos dejará ya que lleguemos a eso –respondió Kyo–. No puede. No puede mantenerse aquí más que apoyándose en las aduanas y en las contribuciones de la burguesía, y la burguesía no pagará nada: será preciso que le devuelva la moneda en comunistas degollados.

–Todo eso –dijo Chen– es hablar para no decir nada.

–Déjanos en paz –dijo Katow–. No pienses que vas a poder matar a Chiang Kaishek sin el acuerdo del Comité Central, o, por lo menos, del delegado de la Internacional.

Un rumor lejano iba llenando, poco a poco, el silencio.

–¿Vas a ir a Han-Kow? –preguntó Chen a Kyo.

–Desde luego.

Chen se paseaba por la habitación, bajo todos los péndulos de los despertadores y de los relojes de cuclillo, que continuaban llevando el compás.

–Lo que he dicho es muy sencillo –pronunció al fin–. Lo esencial. La única cosa que hay que hacer. Avísalos.

–¿Tú esperarás?

Kyo sabía que, si Chen, en lugar de responder, vacilaba, no era porque Katow le hubiera convencido. Era porque ninguna de las órdenes presentes de la Internacional satisfacía la pasión profunda que le había hecho revolucionario; si, por disciplina, las aceptaba, ya no podía obrar. Kyo contemplaba, bajo los relojes, aquel cuerpo hostil que había hecho a la Revolución el sacrificio de sí mismo y de los demás, y al que la Revolución iba tal vez a lanzar a su soledad con el recuerdo de sus asesinatos. A la vez de los suyos y contra él, ya no podía unírsele ni separársele. Bajo la fraternidad de las armas en el instante mismo en que contemplaba aquel tren blindado al que quizá atacasen juntos, sentía la ruptura posible como hubiese sentido la amenaza de la crisis en un amigo epiléptico o loco, en el momento de su mayor lucidez.

Chen había reanudado sus paseos. Sacudió la cabeza, como para protestar, y dijo, por fin: «Bueno», encogiéndose de hombros, como si hubiese respondido así para satisfacer a Kyo, en un deseo pueril.

Volvió el rumor más fuerte, aunque tan confuso, que tuvieron que escuchar con mucha atención para distinguir qué era lo que producía. Parecía que subía del suelo.

–No –dijo Kyo–; son gritos.

Se acercaban y se hacían más precisos.

–¿Tomarán la iglesia rusa? –interrogó Katow.

Muchos gubernamentales estaban atrincherados allá. Pero los gritos se aproximaban, como si viniesen de los arrabales hacia el centro. Eran cada vez más fuertes. Resultaba imposible distinguir las palabras. Katow echó una ojeada al tren blindado.

–¿Les llegarán refuerzos?

Los gritos, siempre sin palabras, se producían cada vez más cerca, como si alguna noticia capital hubiese sido transmitida de multitud en multitud. Luchando con ellos, otro ruido se sobrepuso y se hizo distinto, por fin: la conmoción regular del suelo bajo los pasos.

–El ejército –dijo Katow–. Son los nuestros.

Sin duda. Los gritos eran aclamaciones. Siendo aún imposible distinguirlos de los aullidos del miedo: Kyo había oído aproximarse así los de la multitud fugitiva a causa de la inundación. El martilleo de los pasos se

cambió en un chapaleo y luego se reanudó: los soldados se habían detenido y volvían a partir en otra dirección.

–Se les ha avisado que el tren blindado está aquí –dijo Kyo.

Los del tren oirían, sin duda, los gritos peor que ellos, pero mucho mejor el martilleo, transmitido por la resonancia de los blindajes.

Un estruendo formidable sorprendió a los tres: por cada pieza, por cada ametralladora y por cada fusil, el tren disparaba. Katow había formado parte de uno de los trenes blindados de Siberia; más fuerte que él, su imaginación le hacía seguir la agonía de éste. Los oficiales habían ordenado el fuego a discreción. ¿Qué podrían hacer en sus torrecillas, con el teléfono en una mano y el revólver en la otra? Cada soldado adivinaba, sin duda, lo que significaba aquel martilleo. ¿Se preparaban a morir juntos, o arrojarse los unos sobre los otros, en aquel enorme submarino que no volvería a elevarse jamás?

El tren mismo entraba en un ansia furiosa. Disparando por todas partes: conmovido por su frenesí mismo, parecía querer arrancarse de los rieles, como si la rabia desesperada de los hombres que albergaba hubiese pasado a aquella armadura prisionera y se debatiese ella también. Lo que en aquel desencadenamiento fascinaba a Katow no era la mortal embriaguez en que zozobraban los hombres del tren; era el estremecimiento de los rieles, que contenía todos aquellos aullidos como una camisa de fuerza: un movimiento con el brazo hacia adelante, para convencerse de que no se le había paralizado. Treinta segundos, y el estruendo cesó. Por encima de la conmoción sorda de los pasos y del tictac de todos los relojes de la tienda, se estableció un fragor de pesados hierros: la artillería del ejército revolucionario.

Detrás de cada blindaje, un hombre del tren escuchaba aquel ruido como la voz misma de la muerte.

Parte Tercera

29 de marzo

Han-Kow estaba muy cerca: el movimiento de los sampanes casi llenaba el río. Las chimeneas del arsenal se fueron destacando poco a poco de una colina, casi invisible bajo su enorme humareda: a través de una luz azulada, de tarde de primavera, la ciudad apareció, por fin, con todos sus bancos, de columnas, en los huecos de un primer plano liso y negro –los buques de guerra de las naciones de Occidente–. Desde hacía seis días, Kyo ascendía por el río, sin noticias de Shanghai.

Al pie del barco, silbó un vapor extranjero. Los papeles de Kyo se hallaban en regla, y él estaba acostumbrado a la acción clandestina. Llegó sólo hasta la proa, por prudencia.

–¿Qué quieren? –preguntó a un mecánico.

–Quieren saber si tenemos arroz o carbón. Está prohibido transportarlo.

–¿En nombre de quién?

–Un pretexto. Si llevamos carbón, no se nos dice nada, pero se las arreglan de manera que puedan desarmar el barco en el puerto. Es imposible abastecer la ciudad.

A lo lejos, chimeneas, elevadores, depósitos: los aliados de la Revolución. Pero Shanghai había enseñado a Kyo lo que es un puerto activo. El que veía, sólo estaba lleno de juncos y de torpederos. Tomó sus gemelos: un vapor mercante, dos, tres. Algunos otros... El suyo atracaba por la parte de U-Chang; debería tomar el transbordador para ir a Han-Kow.

Descendió. En el muelle, un oficial vigilaba el desembarco.

–¿Por qué hay tan pocos barcos? –preguntó Kyo.

–Las compañías han hecho desalojar todo: tienen miedo a la requisición.

Todos, en Shanghai, creían que la requisición estaba hecha desde hacía mucho tiempo.

–¿Cuándo sale el transbordador?

–Cada media hora.

Había que esperar veinte minutos. Caminó al azar. Las lámparas de petróleo se encendían en el fondo de las tiendas; aquí y allá, algunas siluetas de árboles y de los ángulos de las casas ascendían por el cielo del Oeste, donde persistía una luz sin origen que parecía emanar de la suavidad misma del cielo y reunirse, en lo más alto, al apaciguamiento de la noche. A pesar de los soldados y de las uniones obreras, en el fondo de sus tenderetes los médicos que ostentaban un sapo como insignia, los vendedores de hierbas y de monstruos, los escribanos públicos, los echadores de suertes, los astrólogos y los que decían la buena ventura continuaban sus oficios lunares en la luz turbia en que desaparecían las manchas de sangre.

Las sombras se perdían en el suelo, más bien que alargarse, bañadas de una azulada fosforescencia; el último resplandor de aquella tarde única, que se iba muy lejos, a cualquier parte del mundo, y cuyo único reflejo acababa de bañar la tierra, lucía débilmente en el fondo de un arco enorme, que remataba una pagoda cubierta de hiedra, ya negra. A lo lejos, un batallón se perdía en la noche cargada de niebla a ras del río, más allá de una baraúnda de campanillas y de fonógrafos, acribillado todo por la iluminación. Kyo descendió también hasta una cantera de bloques enormes: los de las murallas derruidas en señal de liberación de la China. El transbordador estaba muy cerca.

Un cuarto de hora más sobre el río, para ver ascender la ciudad en la noche. Por fin Han-Kow.

Unos pousses esperaban en el muelle; pero la ansiedad de Kyo era demasiado grande para que pudiese permanecer inmóvil. Prefirió caminar: la concesión británica, que Inglaterra había abandonado en enero, y los grandes bancos mundiales cerrados pero no ocupados... «Extraña sensación la de la angustia: sentimos

en el ritmo del corazón que se respira mal, como si respirásemos con el corazón...» Cada vez se hacía más fuerte que la lucidez. En la esquina de una calle, en el claro de un gran jardín, lleno de árboles en flor, grises en la bruma de la noche, aparecieron las chimeneas de las manufacturas del Oeste. Sin humo. De todas cuantas veía, sólo las del arsenal se hallaban en actividad. ¿Era posible que Han-Kow, la ciudad de la cual los comunistas del mundo entero esperaban la salvación de China, estuviese en huelga? El arsenal trabajaba; ¿se podría contar, al menos, con el ejército rojo? Ya no se atrevía a correr. Si Han-Kow no era lo que todo el mundo creía que era, todos los suyos, en Shanghai, estaban condenados a muerte. Y May también. Y él mismo.

Por fin, la Delegación de la Internacional.

La ciudad entera estaba iluminada. Kyo sabía que en el último piso trabajaba Borodin; en el piso bajo, funcionaba la imprenta, con su estruendo de enorme ventilador en mal estado.

Un guardia examinó a Kyo, vestido con una tricota gris, con gran cuello. Creyéndole japonés, le señalaba ya con el dedo al ordenanza encargado de conducir a los extranjeros, cuando su mirada encontró los papeles que Kyo le tendía; por la entrada abarrotada de gente, lo condujo, pues, a la sección de la Internacional encargada de Shanghai. Del secretario que lo recibió, Kyo sólo sabia que había organizado las primeras insurrecciones en Finlandia; un camarada, con la mano extendida por encima de la mesa, mientras pronunciaba su propio nombre: Vologuin. Parecía grueso, más bien como una mujer madura que como un hombre; ¿se debía aquello a la finura de facciones, a la vez aguileñas y mofletudas, ligeramente levantinas a pesar de tener la tez muy clara, o a los largos mechones casi grises, cortos para estar echados hacia atrás, y que caían sobre sus mejillas como crenchas tiesas?

–Erramos el camino en Shanghai –dijo Kyo.

Su frase le sorprendió: su pensamiento iba más rápido que él. Sin embargo, decía lo que hubiera querido decir: si Han-Kow no podía suministrar el socorro que las secciones esperaban, entregar las armas era un suicidio.

Vologuin se hundió las manos en las mangas caqui de su uniforme e inclinó la cabeza hacia adelante, arrellanado en su sillón.

–¡Todavía!... –murmuró.

–En primer término, ¿qué pasa aquí?

–Continúa: ¿en qué erramos el camino de Shanghai?

–Pero, ¿por qué, por qué las manufacturas no trabajan?

–Espera. ¿Qué camaradas protestan?

–Los de los grupos de combate. Los terroristas.

–Los terroristas, al diablo. Los otros...

Miró a Kyo.

–¿Qué es lo que quieren?

–Salir del Kuomintang. Organizar un Partido Comunista independiente. Entregar el poder a las uniones. Y, sobre todo, no entregar las armas. Eso, ante todo.

–Siempre la misma cosa.

Vologuin se levantó y miró por la ventana, hacia el río y las colinas, sin la menor expresión de pasión o de voluntad: una intensidad fija, semejante a la de un sonámbulo, prestaba vida sólo a aquel rostro inexpresivo. Era bajito, y su espalda, tan abultada como su vientre, casi le hacía aparecer jorobado.

–Voy a decirte. Suponte que hubiéramos salido del Kuomintang. ¿Qué hacemos?

–En primer término, una milicia para cada unión de trabajo, para cada sindicato.

–¿Con qué armas? Aquí el arsenal está en las manos de los generales. Chiang Kaishek tiene ahora el de Shanghai. Y nosotros estamos separados de la Mongolia: no tenemos, pues, armas rusas.

–En Shanghai, las hemos cogido del arsenal.

–Con el ejército revolucionario detrás de vosotros. No delante. ¿A quiénes armaríamos aquí? A diez mil obreros, quizá. Además del núcleo comunista del «ejército de hierro». ¡Diez balas para cada uno! Contra ellos, más de 75 000 hombres solamente aquí. Sin hablar, en fin... de Chiang Kaishek ni de los demás. Demasiado afortunados para hacer alianzas contra nosotros, ante la primera medida realmente comunista. ¿Y con qué abasteceríamos nuestras tropas?

–¿Y las fundiciones? ¿Y las manufacturas?

–Las materias primas no llegan ya.

Inmóvil, con el perfil perdido entre las greñas, frente a la ventana, ante la noche que ascendía, Vologuin continuaba:

–Han-Kow no es la capital de los trabajadores; es la capital de los obreros sin trabajo. No tenemos armas, y quizá sea esto lo mejor. Hay momentos en que pienso: si los armásemos, dispararían sobre nosotros. Y, sin embargo, están todos los que trabajan quince horas al día sin presentar reivindicaciones, porque «nuestra revolución está amenazada...»

Kyo naufragaba, como el que se sumerge en un sueño cada vez más profundo.

–El poder no es nuestro –continuaba Vologuin–; es de los generales del «Kuomintang de izquierda», como ellos dicen. No aceptarían ya a los soviets, como no los acepta Chiang Kaishek. Eso es seguro. Podemos servirnos de ellos y nada más. Prestándoles mucha atención.

Si Han-Kow fuese sólo un escenario ensangrentado... Kyo no se atrevería a llevar más lejos su pensamiento: «Es preciso que vea a Possoz, cuando salga», se decía. Era el único camarada de Han-Kow en quien tenía confianza. «Es preciso que vea a Possoz...»

–No abras la boca con ese gesto, así... atontado –dijo Vologuin–. Si la gente cree que Han-Kow es comunista, tanto mejor. Eso hace honor a nuestra propaganda. Pero no es una razón para que sea verdad.

–¿Cuáles son las instrucciones actuales?

–Reforzar el núcleo comunista del ejército de hierro. No podemos ayudar a un platillo de la balanza en contra del otro. No constituimos una fuerza por nosotros mismos. Los generales que combaten aquí con nosotros odian tanto a los soviets y al comunismo como Chiang Kaishek. Lo sé y lo veo, en fin... todos los días. Toda contraseña comunista los lanzará contra nosotros. Y, sin duda, los conducirá a una alianza con Chiang. La única cosa que podríamos hacer es derribar a Chiang sirviéndonos de ellos. Luego, a Fen-Yu-Shiang, de la misma manera, si fuese preciso. Como hemos derribado, en fin, a los generales a quienes hemos combatido hasta ahora, sirviéndonos de Chiang. Porque la propaganda nos proporciona tantos hombres como la victoria les reporta a ellos. Ascenderemos al par que ellos. Por eso, lo esencial es ganar tiempo. La Revolución no puede mantenerse, en fin, bajo su forma democrática. Por su naturaleza misma, debe hacerse socialista. Hay que dejarla obrar. Se trata de hacerla parir. Y no de hacerla abortar.

–Sí; pero, en el marxismo, existe el sentido de una fatalidad y la exaltación de una voluntad. Cada vez que la fatalidad pasa por delante de la voluntad, desconfío.

–Una contraseña puramente comunista, hoy, conduciría a la unión, en fin, inmediata de todos los generales contra nosotros: 200 000 hombres contra 20 000. Por eso, tenéis que arreglaros en Shanghai con Chiang Kaishek. Si no hay otro medio, entregad las armas.

–Para eso, no merecía la pena intentar la Revolución de octubre. ¿Cuántos eran los bolcheviques?

–La contraseña de «la paz» nos facilitó las masas.

–Hay otras contraseñas.

–Prematuras. ¿Y cuáles?

–Supresión total, inmediata, de los arrendamientos y de los créditos. La revolución campesina, sin combinaciones ni reticencias.

Los seis días que había empleado en remontar el río habían confirmado a Kyo en su pensamiento: en aquellas ciudades de arcilla, fijas sobre los confluentes desde milenios, los pobres seguirían tan bien al campesino como al obrero.

–El campesino sigue siempre –dijo Vologuin– o al obrero, o al burgués. Pero sigue.

–No; un movimiento campesino no dura más que aferrándose a las ciudades, y está visto que los campesinos solos no pueden hacer más que una sublevación popular. Pero no se trata de separarlos del proletariado: la supresión de los créditos es una contraseña de combate, la única que puede movilizar a los campesinos.

–En una palabra: el reparto de tierras –dijo Vologuin.

–Más concretamente: muchos campesinos muy pobres son propietarios, pero trabajan para el usurero. Todos lo saben. Por otra parte, es preciso, en Shanghai, atraerse lo más pronto posible los guardias de las uniones obreras. No dejarlos desarmar bajo ningún pretexto. Crear nuestra fuerza frente a la de Chiang Kaishek.

–En cuanto esa contraseña sea conocida, quedamos aplastados.

–Entonces lo seremos de todas maneras. Las contraseñas comunistas siguen su camino, incluso cuando las abandonamos. Bastan unos discursos para que los campesinos deseen las tierras, y no bastarán unos discursos para que no las deseen. O debemos aceptar el participar en la represión con las tropas de Chiang Kaishek, ¿no te parece?, y comprometernos definitivamente, o deberán aplastarnos, quieran o no.

–Todo el mundo en Moscú está de acuerdo en que será preciso romper, al fin. Pero no tan pronto.

–Entonces, si, ante todo, se trata de ser astutos, no hay que entregar las armas. Entregarlas es entregar a los compañeros.

–Si siguen las instrucciones, Chiang no se moverá.

–Que las sigan o no, eso no cambiará nada. El Comité, Katow y yo mismo hemos organizado la guardia obrera. Si pretendéis disolverla, todo el proletariado de Shanghai creerá en la traición.

–Entonces, dejadla desarmar.

–Las Uniones obreras se organizan en todas partes por sí mismas, en los barrios pobres. ¿Vais a suprimir los sindicatos en nombre de la Internacional?

Vologuin había vuelto a la ventana. Inclinó sobre el pecho la cabeza, que se rodeó de un doble mentón. Venía la noche, llena de estrellas, todavía pálidas.

–Romper, supone una derrota segura. Moscú no tolerará que salgamos del Kuomintang ahora. Y el Partido comunista chino es más favorable aún a la espera que Moscú.

–Solamente arriba: abajo, los camaradas no entregarán todas las armas, aunque se lo ordenemos. Nos sacrificaríais sin dar la tranquilidad a Chiang Kaishek. Borodin puede decirlo en Moscú.

–Moscú lo sabe: la orden de entregar las armas fue dada anteayer.

Estupefacto, Kyo no respondió, al pronto.

–¿Y las secciones, las han entregado?

–La mitad, apenas...

La antevíspera, mientras reflexionaba o dormía en el barco... Él sabía, también, que Moscú mantendría su norma de conducta. La conciencia de la situación dio, de pronto, un confuso valor al proyecto de Chen.

–Otra cosa (quizá la misma): Chen-Ta-Eul, de Shanghai, quiere ejecutar a Chiang.

–¡Ah! ¡Es para eso!

–¿El qué?

–Me ha mandado unas palabras, diciéndome que quería verme cuando tú estuvieses de vuelta.

Tomó un mensaje de encima de la mesa. Kyo no había reparado aún en sus manos eclesiásticas.

«¿Por qué no le ha hecho subir en seguida?», se preguntó.

–... Cuestión grave... –Vologuin leía el mensaje–. Todos dicen: cuestión grave...

–¿Está aquí?

–¿No tenía que venir? Todos hacen lo mismo. Casi siempre terminan por cambiar de opinión. Está aquí, en fin, desde hace dos o tres horas: tu barco se ha detenido mucho.

Telefoneó que se hiciese venir a Chen. No gustaba mantener entrevistas con los terroristas, a quienes consideraba limitados, orgullosos y desprovistos de sentido político.

–Peor marchaba lo de Leningrado –dijo– cuando Yudenich se hallaba ante la ciudad, y hubo modo de zafarse, sin embargo...

Chen entró, también de tricota; pasó por delante de Kyo, se sentó enfrente de Vologuin. Sólo el ruido de la imprenta llenaba el silencio. En la gran ventana, perpendicular a la mesa de despacho, la noche, a la sazón completa, separaba a los dos hombres, de perfil. Chen, con los codos sobre la mesa, el mentón entre las manos, tenaz, tenso, no se movía. «La extrema densidad de un hombre adquiere algo de inhumano –pensó Kyo, contemplándole–. ¿Es porque nos sentimos fácilmente en contacto por nuestras debilidades?...» Pasada la sorpresa consideraba inevitable que Chen estuviese allí; que hubiese ido él mismo a afirmar (porque no pensaba que discutiría) su decisión. Al otro lado de la noche, acribillada de estrellas, Vologuin, en pie, con los mechones sobre el rostro, las manos abultadas cruzadas sobre el pecho, esperaba también.

–¿Te lo ha dicho? –preguntó Chen, indicando a Kyo con la cabeza.

–Ya sabes lo que piensa la Internacional de los actos terroristas –respondió Vologuin–. En fin, no voy a pronunciarte un discurso a este respecto.

–El caso presente es particular. Sólo Chiang Kaishek es lo bastante popular y lo bastante fuerte para mantener a la burguesía unida contra nosotros. ¿Os oponéis a esta ejecución? ¿Sí o no?

Estaba siempre inmóvil, acodado sobre la mesa, con el mentón entre las manos. Kyo sabía que la discusión no tenía valor esencial para Chen aunque se hubiera producido. Sólo la destrucción le ponía de acuerdo consigo mismo.

–La Internacional no va a aprobar ese proyecto. –Vologuin hablaba con una entonación de evidencia–. Sin embargo, desde tu mismo punto de vista... –Chen continuaba sin moverse–... El momento, en fin, ¿está bien elegido?

–¿Preferís esperar a que Chiang haya hecho asesinar a los nuestros?

–Expedirá decretos, nada más. Su hijo está en Moscú; no lo olvides. Los oficiales rusos de Gallen, en fin, no han podido abandonar a su estado mayor. Serán torturados, si él es muerto. Ni Gallen ni el estado mayor rojo lo admitirán...

«Así pues, la cuestión se ha discutido aquí mismo», pensó Kyo. En aquella discusión encontraba no sabía qué de vano, de vacío, que le turbaba: encontraba singularmente más firme a Vologuin cuando ordenaba que se entregasen las armas que cuando hablaba de la muerte de Chiang Kaishek.

–Si los oficiales rusos son torturados –dijo Chen–, lo serán. Yo también lo seré. Eso no tiene interés alguno. Unos millones de chinos valen por cierto más que quince oficiales rusos. Bueno. Y Chiang abandonará a su hijo.

–¿Qué sabes tú de eso?

–¿Y tú? Y, sin duda, ni siquiera os atreveríais a matarlo.

–Sin duda, quiere a su hijo menos que a sí mismo –dijo Kyo–. Y si no intenta aniquilarnos, está perdido. Si no contiene la acción campesina, sus propios oficiales le abandonarán. Temo, pues, que no abandone al muchacho, después de las promesas de los cónsules europeos y de otras zarandajas. Y toda la pequeña burguesía a la que tú quieres conquistar, Vologuin, le seguirá, al día siguiente a aquel en que nos tenga desarmados: se pondrá de parte de la fuerza. Lo conozco.

–Evidentemente, no. No tiene más que Shanghai.

–Dices que os morís de hambre. Perdido Shanghai, ¿quién nos abastecerá? Fen-Yu-Shiang os ha separado de la Mongolia, y os traicionará, si somos aniquilados. Así pues, nada por el Yang-Tsé y nada de Rusia. ¿Creéis que los campesinos, a quienes habéis prometido el programa del Kuomintang (25 % de reducción en el arriendo, ¡sin bromas, pero sin bromas!), se morirán de hambre por mantener el ejército rojo? Os pondréis en las manos del Kuomintang, más aún de lo que estáis. Intentar ahora la lucha contra Chiang, con verdaderas contraseñas revolucionarias, apoyándose en los campesinos el proletariado de Shanghai, es aventurado, pero no imposible: la primera división es comunista casi por completo, comenzando por su general, y combatirá con nosotros. Y tú dices que hemos conservado la mitad de las armas. No intentarlo es aguardar con tranquilidad nuestro degüello.

»El Kuomintang está ahí. Nosotros no lo hemos hecho. Ahí está, Y más fuerte que nosotros provisionalmente. Podemos conquistarlo por la base, introduciendo en él todos los elementos comunistas de que disponemos. Sus miembros son, en una inmensa mayoría, extremistas.

–Tú sabes, tan bien como yo, que el número no supone nada, en una democracia, contra el organismo dirigente.

–Demostremos que el Kuomintang puede ser empleado, empleándolo. No discutiendo. No hemos dejado de emplearlo, desde hace dos años. Todos los meses; todos los días.

–Mientras, habéis aceptado sus fines; ni una sola vez, cuando se trató de que él aceptase los vuestros. Le habéis conducido a aceptar los presentes por conseguir los cuales ardía en deseos: oficiales, voluntarios, dinero, propaganda. Los soviets de soldados, las uniones campesinas, ya es otra cosa.

–¿Y la exclusión de los elementos anticomunistas? Chiang Kaishek no poseía Shanghai.

–Antes de un mes, habremos obtenido del Comité Central del Kuomintang que sea puesto fuera de la ley.

–Cuando nos haya aniquilado. ¿Qué mierda les puede importar a esos generales del Comité Central que se mate o no a los militantes comunistas? ¡Otro tanto habrán ganado! ¿Es que crees, verdaderamente, que la obsesión de las fatalidades económicas impidan al Partido comunista chino, y quizá a Moscú, ver la necesidad elemental que tenemos delante de nuestras narices?

–Es cuestión de oportunismo.

–¡Claro! En tu opinión, Lenin no debía considerar el reparto de tierras como consigna (figuraba, por otra parte, en el programa de los socialistas revolucionarios, que no ha tenido inconveniente en aplicarla, mucho más que en el de los bolcheviques). El reparto de tierras suponía la constitución de la pequeña propiedad; hubiera debido, pues, hacerse, no el reparto, sino la colectivización inmediata, los sovkhozes. Como triunfo, sabéis ver que fue a causa de la táctica. ¡Tampoco se trata, para nosotros, más que de la táctica! Estáis perdiendo la confianza de las masas...

–¿Te imaginas que Lenin la conservó de febrero a octubre?

–La perdió por instantes. Pero siempre conservó su sentido. Vosotros, vuestras consignas van contra la

corriente. No se trata de un broche, sino de direcciones que irán siempre alejándose, cada vez más. Para obrar sobre las masas como vosotros pretendéis hacerlo, sería preciso estar en el poder. Y no es precisamente ése el caso.

–No se trata de nada de eso –dijo Chen.

Se levantó.

–No detendréis la acción campesina –prosiguió Kyo–. Ahora, nosotros, los comunistas, damos instrucciones a las masas que no pueden considerar más que como traiciones. ¿Creéis que comprenderán vuestras consignas de espera?

–Hasta si fuera yo un coolie del puerto de Shanghai, pensaría que la obediencia al partido es la única actitud lógica, en fin, de un militante comunista. Y que todas las armas deben ser entregadas.

Chen se levantó.

–No es por obediencia por lo que se hace matar. Ni que se mata. Salvo a los cobardes.

Vologuin se encogió de hombros.

–No hay que considerar el asesinato, en fin, como la vía principal de la verdad política. Chen salía.

–Propondré, en la primera reunión del Comité Central, el reparto inmediato de tierras –dijo Kyo, tendiendo la mano a Vologuin–, la destrucción de los créditos.

–El Comité no los votará –respondió Vologuin, sonriendo por primera vez.

Chen, abultada sombra sobre la acera, esperaba. Kyo se unió a él, después de haber obtenido la dirección de su amigo Possoz: estaba encargado de la dirección del puerto.

–Escucha... –dijo Chen.

Transmitido por tierra, el estremecimiento de las máquinas de imprenta, regulado, dominado, como el del motor de un navío, los penetraba, de los pies a la cabeza; en la ciudad adormecida, la delegación velaba, con todas sus ventanas iluminadas por las que atravesaban unos bustos negros. Caminaron, con sus dos sombras semejantes delante de ellos: el mismo tamaño y el mismo efecto del cuello de la tricota. Los paillottes que se divisaban en la perspectiva de las calles, con sus siluetas de purgatorio, se perdían en el fondo de la noche calma y casi solemne, en el olor a pescado y a grasas quemadas: Kyo no podía sustraerse a aquella conmoción de las máquinas, transmitida a sus músculos por el suelo –como si aquella máquina de fabricar la verdad hubiese reunido en él las vacilaciones y las afirmaciones de Vologuin–. Mientras subían por el río, no había cesado de experimentar cuan débil era su información, cuan difícil le era fundar su acción, si ya no se sometía a obedecer, pura y simplemente, las instrucciones de la Internacional. Pero la Internacional se equivocaba. Ganar tiempo, ya no era posible. La propaganda comunista había anegado las masas, como una inundación, porque era suya. Cualquiera que fuese la prudencia de Moscú, ya no se detendría; Chiang lo sabía, y ahora debía aniquilar a los comunistas. Allí estaba la única certidumbre. Acaso la Revolución hubiera podido ser conducida de otro modo; pero ya era demasiado tarde. Los campesinos comunistas tomarían las tierras; los obreros comunistas exigirían otro régimen de trabajo; los soldados comunistas no combatirían ya sino sabiendo por qué, quisiese o no quisiese Moscú. Moscú y las capitales de Occidente enemigas podrían organizar, allá en la noche, sus pasiones opuestas e intentar la creación de un mundo. La Revolución había llevado a término su preñez: ahora era preciso que diese a luz o muriese. Al mismo tiempo que le aproximaba a Chen la camaradería nocturna, una gran dependencia penetraba a Kyo: la angustia de no ser más que un hombre, de no ser más que él mismo; se acordó de los musulmanes chinos, a quienes había visto, en noches semejantes, prosternados en las estepas de espliego quemado, aullar esos cantos que desgarran desde hace miles de años al hombre que sufre y sabe que morirá. ¿Qué había ido a hacer en Han-Kow? A poner a la Internacional al corriente de la situación de Shanghai. La Internacional estaba tan resuelta como él había llegado a estarlo. Lo que había oído era, más bien que los argumentos de Vologuin, el silencio de las máquinas, la angustia de la ciudad que moría, abrumada de gloria revolucionaria, si bien no por eso moría menos. Se podía legar aquel cadáver a la próxima oleada insurreccional, en lugar de dejar que se licuase en la astucia. Sin duda, todos estaban condenados: lo

esencial era que no fuese en vano. Estaba seguro de que también Chen se unía en aquel instante a él con amistad de prisionero.

–No saber... –dijo éste–. Se trata de matar a Chiang Kaishek, ya lo sé. A ese Vologuin, le da lo mismo; pero él, en lugar de representar al crimen, representa a la obediencia. Cuando se vive como nosotros, es preciso tener certidumbre. Creo que, para él, aplicar las órdenes es seguro, como para mí lo es matar. Es preciso que algo sea seguro. Es preciso.

Calló.

–¿Sueñas mucho? –continuó.

–No. O, por lo menos, no me acuerdo de los sueños.

–Yo sueño casi todas las noches. Hay también distracción, hay el ensueño. Cuando me dejo llevar de él, veo, a veces, la sombra de un gato, en el suelo: más terrible que cualquier cosa verdadera. Pero no hay nada peor que los sueños.

–¿Que cualquier cosa verdadera?...

–No tengo facha de sentir remordimiento. En el crimen, lo difícil no es matar. Es no decaer. Ser más fuerte que... lo que pasa en uno, durante ese momento.

¿Amargura? Imposible juzgar por el tono de voz, y Kyo no veía su semblante. En la soledad de la calle, el estruendo ahogado de un auto lejano se perdió con el viento, cuya recaída abandonó entre los olores alcanforados de la noche el perfume de los vegetales.

–... Si no hubiese más que eso... No. Es peor. Bestias.

Chen repitió:

–Bestias. Pulpos, sobre todo. Y me acuerdo siempre.

Kyo, a pesar de los grandes espacios de la noche, se sintió junto a él como si se encontrara en una habitación cerrada.

–¿Hace mucho tiempo que dura eso?

–Mucho. Tan lejano está como puede alcanzar mi imaginación. Desde hace algún tiempo, es menos frecuente. Y no me acuerdo más que de... esas cosas. Detesto el recordar, en general. Y no recuerdo: mi vida no está en el pasado; está delante de mí.

Silencio.

–... Lo único que me da miedo –miedo– es dormirme. Y me duermo todos los días.

Dieron las diez. Alguna gente disputaba, con los breves chillidos chinos, en el fondo de la noche.

–... O volverme loco. Esos pulpos, de día y de noche, durante toda una vida... Y no se les mata nunca, cuando se está loco, al parecer... Nunca.

–¿El matar cambia tus sueños?

–Ya no sé. Te lo diré después... de Chiang.

Kyo había admitido, de una vez para siempre, que se jugaba su propia vida, y vivía entre hombres conscientes de que la suya estaba todos los días amenazada: el valor no le asombraba. Pero era aquélla la primera vez que encontraba la fascinación de la muerte, en aquel amigo apenas visible que hablaba con voz distraída –como si sus palabras hubiesen sido suscitadas por la misma fuerza de la noche que su propia angustia, por la intimidad todopoderosa de la ansiedad, del silencio y del cansancio... Sin embargo, su voz acababa de cambiar.

–¿Piensas en ello... con inquietud?

–No. Con...

Vaciló.

–Busco una palabra que sea más fuerte que gozo. No la hay. Una especie de... ¿cómo diríamos?... de... no sé. No hay más que una cosa que sea aún más profunda. Más lejos del hombre y más cerca de... ¿Conoces el opio?

–Apenas.

–Entonces, mal puedo explicártelo. Más cerca de lo que vosotros llamáis... éxtasis. Sí, un éxtasis, pero espeso. Profundo. No ligero. Un éxtasis hacia... hacia abajo.

–¿Y es una idea lo que te da eso?

–Sí: mi propia muerte.

Siempre aquella voz distraída. «Se matará», pensó Kyo. Había escuchado bastante a su padre para saber que el que busca tan ásperamente lo absoluto no lo encuentra más que en la sensación. Sed de absoluto, sed de inmortalidad, por consiguiente, miedo a morir. Chen debiera haber sido cobarde; pero comprendía, como todo místico, que su absoluto no podía ser apresado más que en el instante. De ahí, sin duda, su desdén hacia todo lo que no tendiese al instante que le uniese a sí mismo en una posición vertiginosa. De aquella forma humana, que Kyo no veía siquiera, emanaba una fuerza ciega que la dominaba, la informe materia de que se hace la fatalidad. Aquel camarada, entonces silencioso, perdido en sus familiares visiones de espanto, tenía algo de loco, pero también algo de sagrado –lo que siempre tiene de sagrado la presencia de lo inhumano–. Quizá no matase a Chiang sino para matarse a sí mismo. Procurando volver a ver en la oscuridad aquel semblante agudo de bondadosos labios, Kyo sentía temblar en sí mismo la angustia primordial, la que lanzaba a Chen, a la vez, hacia los pulpos del sueño y hacia la muerte.

–Mi padre cree –dijo, lentamente, Kyo– que el fondo del hombre es la angustia, la conciencia de su propia fatalidad, de donde nacen todos los temores, incluso el de la muerte. . pero que el opio emancipa de eso, y que ése es su sentido.

–Siempre encuentra uno el espanto en sí mismo. Basta con buscarlo lo suficientemente profundo: afortunadamente, se puede obrar; si Moscú me aprueba, me da igual. Si Moscú me desaprueba, lo más sencillo es no saberlo. ¿Quieres quedarte?

–Quiero, ante todo, ver a Possoz. Y tú no podrás marcharte: no tienes refrendo.

–Me iré. Seguramente.

–¿Cómo?

–No sé. Pero me iré. Estoy seguro. Era preciso que matase a Tan-Yen-Ta, y ahora es preciso que me vaya. Seguramente, me iré.

En efecto: Kyo sentía que la voluntad de Chen desempeñaba un papel en los acontecimientos. Si el destino vivía en alguna parte, era allí, aquella noche, a su lado.

–¿Consideras importante ser tú quien organice el atentado contra Chiang?

–No... Y, sin embargo, no quisiera dejar que lo hiciese otro...

–¿Porque no tendrías confianza?

–Porque no me gusta que las mujeres a quienes amo sean besadas por los demás.

La frase hizo brotar en Kyo todo el sufrimiento que había olvidado: se sintió, de pronto, separado de Chen. Habían llegado al río. Chen cortó la cuerda de una de las canoas amarradas, y abandonó la orilla. Kyo no le veía ya; pero oía el chapoteo de los remos, que dominaba, a intervalos regulares, la ligera resaca del agua

contra las márgenes. Conocía a los terroristas. No se planteaban problemas. Formaban parte de un grupo: insectos matadores, vivían de su unión en una estrecha colectividad trágica. Pero, Chen... Continuando su pensamiento, sin cambiar de paso, Kyo caminaba en dirección al puerto. «Su barca será detenida a la salida...» Llegó hasta unos grandes edificios guardados por el ejército, casi vacíos en comparación con el de la Internacional. En los corredores, los soldados dormían o jugaban a les trente-six bêtes. Encontró sin trabajo a su amigo. Buena cabeza en forma de manzana, llena de granos, con bigotes grises a lo galo –con traje caqui de paisano–, Possoz era un antiguo obrero anarco-sindicalista de Chaux-de-Fonds, que había ido a Rusia después de la guerra y se había hecho bolchevique. Kyo le había conocido en Pekín y tenía confianza en él. Se estrecharon tranquilamente la mano: en Han-Kow, ya de regreso, era el más normal de los visitantes.

–Los descargadores están ahí –decía un soldado.

–Hazlos venir.

El soldado salió. Possoz se volvió hacia Kyo.

–Ya ves que no me preocupo de nada, muchacho. Se ha previsto la dirección del puerto para trescientos barcos, y no hay ni diez...

El puerto dormía, bajo las ventanas abiertas; no se oían las sirenas; nada más que la constante resaca del agua contra las orillas y las estacas. Un gran resplandor pálido pasó sobre las paredes de la habitación: los faros de las cañoneras lejanas acababan de barrer aquella parte del río. Ruido de pasos.

Possoz sacó su revólver de la funda y lo puso sobre la mesa.

–Han atacado a la guardia roja con unas barras de hierro –dijo Kyo.

–La guardia roja está armada.

–El peligro no estaba en que mataran a los guardias, muchacho, sino en que los guardias se pasasen a su bando.

Volvió la luz del faro, reflejó en el muro blanco del fondo sus sombras enormes, y volvió a la noche, en el instante mismo en que los descargadores entraban: cuatro, cinco, seis, siete. Con el traje azul del trabajo, uno con el torso desnudo. Maniatados. Unos semblantes diferentes, poco visibles en la sombra; pero, en común, un magnífico odio. Con ellos, dos guardias chinos, con pistolas Nagan al costado. Los descargadores permanecían aglutinados, en enjambre. Odio; pero también miedo.

–Los guardias rojos son obreros –dijo Possoz en chino.

Silencio.

–Si son guardias, es para la Revolución, no para ellos.

–Y para comer –dijo uno de los descargadores.

–Justo es que tengan sus raciones los que combaten. ¿Qué queréis hacer con ellas? ¿Jugároslas a les trente-six bêtes?

–Dárnoslas a todos.

–Ya no hay más que para algunos. El gobierno está decidido a emplear la mayor indulgencia con los proletarios, incluso cuando se equivocan. Si en todas partes se mata a la guardia roja, los generales y los extranjeros volverán a ocupar el poder, como antes, y ya sabéis bien lo que es eso. ¿Qué? ¿Es que es eso lo que queréis?

–Antes, se comía.

–No –dijo Kyo a los obreros–, antes no se comía. Lo sé, he sido docker. Y es preferible morir, siempre que sea para convertirse en hombres.

Lo blanco de todos aquellos ojos, donde se reflejaba la débil luz, se agrandó imperceptiblemente; trataban de ver mejor a aquel tipo de aspecto japonés, con tricota, que hablaba con el acento de las provincias del Norte y que pretendía y se jactaba de haber sido coolie.

–Promesas –respondió uno de ellos, a media voz.

–Sí –dijo otro–. Sobre todo, tenemos derecho a declaramos en huelga y a morirnos de hambre. Mi hermano está en el ejército. ¿Por qué se ha echado de su división a los que han pedido la formación de las uniones de soldados?

El tono de voz subía.

–¿Creéis que la Revolución rusa se hizo en un solo día? –preguntó Possoz.

–Los rusos han hecho lo que han querido.

Inútil discutir: sólo se trataba de saber cuál era la profundidad de la sublevación.

–El ataque a la guardia roja es un acto contrarrevolucionario, punible con la pena de muerte. Ya lo sabéis.

Una pausa.

–Si se os dejase en libertad, ¿qué haríais?

Se miraron unos a otros. La sombra no permitía ver la expresión de los semblantes. A pesar de las pistolas y de las esposas, Kyo presentía que se aproximaba la atmósfera de la porfía china, que con tanta frecuencia había encontrado en la Revolución.

–¿Con trabajo? –preguntó uno de los prisioneros.

–Cuando lo haya.

–Entonces, entretanto, si la guardia roja nos impide que comamos, atacaremos a la guardia roja. Yo no había comido, desde hacía tres días, absolutamente nada.

–¿Es verdad que se come en la cárcel? –preguntó uno de los que no habían dicho nada.

–Ya lo verás.

Possoz llamó, sin añadir nada, y los milicianos se llevaron a los detenidos.

–Es estúpido –pronunció, en francés esta vez–; comienzan a creer que en la cárcel se los alimenta con peritas en dulce.

–¿Por qué no has insistido más en tratar de convencerlos, puesto que los habías hecho subir?

Possoz se encogió de hombros abrumado.

–Muchacho, los he hecho subir porque siempre espero que me digan alguna otra cosa. Y, sin embargo, están los otros, los mozos que trabajan quince y dieciséis horas al día, sin presentar una sola reivindicación, y que lo harán hasta que estemos tranquilos, comme que comme.

La expresión suiza sorprendió a Kyo. Possoz sonrió, y sus dientes, como los ojos de los descargadores antes, brillaron en la luz turbia, bajo la línea confusa del bigote.

–Tienes la suerte de haber conservado unos dientes como ésos, con la vida que se hace en campaña.

–No, muchacho, ni mucho menos: no es más que un aparato que me pusieron en Chang-Cha. Los dentistas no parecen haber sido perjudicados por la Revolución. ¿Y tú? ¿Eres delegado? ¿Qué es lo que haces aquí?

Kyo se lo explicó, sin hablar de Chen. Possoz le escuchaba, cada vez más inquieto.

–Todo eso, muchacho, es muy posible, y, además, es una lástima. He trabajado en los relojes durante quince años: sé lo que es eso de los engranajes, que dependen unos de otros. Si no se tiene confianza en la Internacional, no hay para qué ser del Partido.

–La mitad de la Internacional opina que debemos crear los soviets.

–Hay una línea general que nos dirige; es preciso seguir.

–¡Y entregar las armas! Una línea de conducta que nos obliga a disparar sobre el proletariado es, necesariamente, mala. Cuando los campesinos se apoderan de las tierras, los generales tratan ahora de comprometer algunas tropas comunistas en la represión. ¿Sí o no? ¿Aceptarías tú el disparar contra los campesinos?

–Muchacho, eso no es perfecto: dispararía al aire, y es probable que sea eso lo que hagan los compañeros. Preferiría que eso no ocurriera. Pero la cosa no es primordial.

–Comprendo, querido: es como si yo viese a un individuo que te estuviese apuntando, y mientras se discutiese el peligro de las balas de revólver... Chiang Kaishek no puede hacer otra cosa que asesinarnos. Y pasará, después, como con los generales de aquí, nuestros «aliados». Y serán lógicos. Nos dejaremos asesinar todos, sin mantener siquiera la dignidad del Partido, al que llevamos todos los días al burdel, con un montón de generales, como si fuese ése su puesto...

–Si cada uno obra a su gusto, todo se va al diablo. Si la Internacional tiene éxito gritarán: ¡bravo!; y, sin embargo, no se tendría razón. Pero si le tiramos de las piernas, fracasará seguramente, y lo esencial es que triunfe... Y que se haya hecho a los comunistas que disparen sobre los campesinos, sé muy bien que se dice. Pero, ¿estás seguro de eso, lo que se llama verdaderamente seguro? No lo has visto por ti mismo, y, a pesar de todo (ya sé que no lo haces a propósito, pero sin embargo...), eso justifica tu teoría de creerlo...

–Que se pudiera decir entre nosotros bastaría. No es éste el momento de abrir informaciones que duren seis meses.

¿Para qué discutir? No era Possoz a quien Kyo quería convencer, sino a los de Shanghai; y, sin duda, ahora estaban ya convencidos, como lo había confirmado en su decisión por Han-Kow mismo, por la escena a la cual acababa de asistir. No tenía más que un deseo: marcharse.

Entró un suboficial chino, con todas las facciones alargadas y el cuerpo ligeramente encorvado hacia adelante, como los personajes de marfil que se adaptan a la curva de los colmillos.

–Se ha detenido a un hombre embarcado clandestinamente.

Kyo no respiraba.

–Pretende haber obtenido de usted autorización para abandonar Han-Kow. Es un comerciante.

Kyo recobró la respiración.

–Yo no he dado ninguna autorización –dijo Possoz–. Eso no me incumbe. Mándalo a la policía.

Los ricos detenidos reclamaban ante cualquier funcionario; a veces, iban a visitarle a solas y le ofrecían dinero. Era más prudente que dejarse fusilar sin tentar nada.

–¡Espera!

Possoz sacó una lista de su carpeta y murmuró unos nombres.

–Eso es. Aquí está. Estaba señalado. ¡Que la policía se las entienda con él!

El suboficial salió. La lista –una hoja de cuaderno– continuaba sobre la carpeta. Kyo seguía pensando en Chen.

–Es la lista de las personas señaladas –dijo Possoz, al ver que la mirada de Kyo permanecía fija en el papel–. Los últimos son los denunciados por teléfono, antes de la salida de los barcos (cuando salen barcos...).

–¿Puedo verla?

Possoz se la alargó. Catorce nombres. Chen no estaba inscrito. Era imposible que Vologuin no hubiera comprendido que intentaría abandonar Han-Kow cuanto antes. Y, aun así, avisar su salida como posible hubiera constituido una simple prudencia. «La Internacional no quiere cargar con la responsabilidad de hacer matar a Chiang Kaishek –pensó Kyo–; pero quizá acepte sin desesperación que esa desgracia se produzca... Por eso las respuestas de Vologuin parecían tan inseguras...» Devolvió la lista.

–Me iré –había dicho Chen. Era fácil de explicar aquella partida; la explicación no bastaba. La llegada imprevista de Chen; las reticencias de Vologuin; la lista... Kyo comprendía todo aquello, pero cada uno de los gestos de Chen le acercaba de nuevo al crimen, y las cosas mismas parecían arrastradas por su destino. Unas luciérnagas zumbaban alrededor de la lamparilla. «Quizá Chen sea una luciérnaga que segrega su propia luz, en la cual se va a destruir... Tal vez el hombre mismo...» ¿No se verá nunca sino la fatalidad de los demás? Él mismo, ¿no quería ahora, como una luciérnaga, volver a Shanghai cuanto antes y mantener las secciones a toda costa? Volvió el oficial, lo que le permitió abandonar a Possoz.

Tornó a encontrar la paz nocturna. Ni una sirena; sólo el ruido del agua. A lo largo de las orillas, junto a los reverberos, crepitantes de insectos, los coolies dormían en actitudes de pestíferos. Aquí y allá, sobre las aceras, pequeños carteles rojos, redondos como las placas de los sumideros. Una sola palabra figuraba en ellos: Hambre. Como le había ocurrido poco antes con Chen, comprendió que aquella misma noche, en toda la China y a través del Oeste, hasta la mitad de Europa, unos hombres vacilaban como él, desgarrados por el mismo tormento entre su disciplina y la mortandad de los suyos. Aquellos descargadores que protestaban no comprendían. Pero, aun comprendiendo, ¿cómo elegir el sacrificio, allí, en aquella ciudad de la que el Occidente esperaba el destino de cuatrocientos millones de hombres y quizá el suyo, y que dormía a la orilla del río, con un sueño inquieto de hambriento; en la impotencia, en la miseria, en el odio?

Parte Cuarta

11 de abril

12 y media

Clappique, casi solo, en el bar del hotelito Grosvenor –nogal pulido, botellas, níquel, banderas–, hacía girar un cenicero sobre su índice extendido. El conde Chpilewski, a quien esperaba, entró. Clappique arrugó un papel, en el cual acababa de hacer a cada uno de sus amigos un regalo imaginario.

–¿Esta aldea soleada ve prosperar sus negocios, amigo mío?

–Poco. Pero irán bien a últimos de mes. Colocaré unos comestibles. Entre los europeos solamente, como es natural.

A pesar del traje blanco, muy sencillo, de Chpilewski, su nariz curva y delgada, su frente calva, sus cabellos grises echados hacia atrás y sus pómulos le daban siempre el aspecto de estar disfrazado de águila. El monóculo acentuaba la caricatura.

–Ya ve usted, querido amigo; la cuestión consistiría, naturalmente, en encontrar unos veinte mil francos. Con esta suma se puede obtener un puesto muy honroso en el ramo de la alimentación.

–¡Un abrazo, amigo! ¿Quiere usted un puestecito, no, un puesto honroso en la alimentación? ¡Bravo!...

–No le creía a usted tan... lleno de... este... prejuicios.

Clappique miraba al águila con el rabillo del ojo: antiguo campeón de sable de Cracovia, sección de oficiales.

–¿Yo? ¡Vuélvase bajo tierra! ¡Estallo! Figúrese que, si yo tuviese ese dinero, lo emplearía en imitar a un alto funcionario holandés de Sumatra, que se paseaba todos los años, cuando volvía a acariciar sus tulipanes, ante la costa de Arabia. Amigo mío, eso le sugirió la idea (conviene decir que esto pasaba hacia 1860) de ir a hurgar los tesoros de La Meca. Parece que son considerables, y, dorados, dorados, están en grandes cuevas oscuras, donde siempre los han escondido los peregrinos. En una de esas cuevas es donde yo quisiera vivir... Por fin, mi tulipanista tuvo una herencia y se fue a las Antillas para reclutar un equipo de piratas, a fin de conquistar La Meca por sorpresa con una porción de armas modernas: fusiles de dos caños, bayonetas de tornillo, ¡qué sé yo! Las embarca... ¡Ni una palabra!... Se las lleva para allá...

Se llevó el índice a los labios, gozando con la nerviosidad del polaco, que parecía una complicidad.

–¡Bueno! Se sublevan; lo degüellan meticulosamente y se entregan con el barco y una piratería nada poética, en un mar cualquiera. Es una historia verdadera; y, además, moral. Pero, le decía yo, es una locura, una locura que usted cuente conmigo para encontrar los veinte mil. ¿Quiere usted que vea a algunos sujetos, o algo por el estilo? Lo haré. Por otra parte, puesto que, por cada combinación, debo pagar a su bendita policía, prefiero que sea a usted, y no a otro. Pero a esos sujetos, mientras las casas arden, les interesa más el opio y la cocaína.

Comenzó otra vez a hacer girar el cenicero.

–Le hablo a usted –dijo Chpilewski– porque, si quiero obtener éxito, como es natural, tengo que hablar a todos. Hubiera debido, al menos, esperar. Pero sólo quería hacerle un favor, cuando le rogué que viniese a ofrecerme el alcohol (es una falsificación). Es éste: abandone Shanghai mañana.

–¡Ah, ah, ah! –exclamó Clappique, en escala ascendente. Como un eco, la bocina de un auto sonó fuera en arpegio–. ¿Por qué?

–Porque... Mi policía, como usted dice, para algo sirve. Váyase.

Clappique sabía que no podía insistir. Por un segundo se preguntó si acaso encerraría aquello una maniobra para obtener los veinte mil francos. ¡Oh, locura!

–¿Y será preciso que me vaya mañana?

Miraba aquel bar, sus shakers, su barra niquelada, como viejas cosas amigables.

–Lo más tarde. Pero no se irá usted. Lo veo. Por lo menos, ya le habré prevenido.

Un agradecimiento vacilante (menos combatido por la desconfianza que por el carácter del consejo que se le daba, por la ignorancia de lo que le amenazaba) penetraba a Clappique.

–¿Tendré más suerte de lo que yo creía? –continuó el polaco. Le cogió el brazo–. Váyase. Hay la historia de un barco...

–¡Pero yo no figuro en ella para nada!

–Váyase.

–¿Puede decirme si Gisors padre corre peligro?

–No lo creo. El hijo, más bien.

Decididamente, el polaco estaba informado. Clappique puso la mano en la suya.

–Lamento vivamente no tener ese dinero para pagarle su mercancía, amigo mío: quizá me salve usted... Pero todavía tengo algunos restos, dos o tres estatuas: lléveselas.

–No...

–¿Por qué?

–¡Ah!... ¡Ni una palabra! Bien. Sin embargo, me gustaría saber por qué no quiere usted llevarse mis estatuas.

Chpilewski le miró.

–Cuando se ha vivido como yo, ¿cómo podría hacerse... ese... este... oficio, si no se... compensase algunas veces?

–Dudo que existan muchos oficios que no obliguen a compensar...

–Sí. Por ejemplo, imagínese hasta qué punto están mal guardados los almacenes...

¿Qué relación? –iba a preguntar Clappique–. Pero consideraba, por experiencia, que las frases así encadenadas son siempre interesantes. Y quería favorecer, en absoluto, a su interlocutor, aunque no fuese más que dejándole hablar. Sin embargo, se sentía preocupado hasta el malestar.

–¿Vigila usted los almacenes?

Para él la policía era una mezcla de combinaciones y de chantaje, un cuerpo encargado de cobrar impuestos clandestinos sobre el opio y las casas de juego. Los policías con los cuales tenía que vérselas (y particularmente Chpilewski) eran siempre unos adversarios semicómplices. Por el contrario, tenía repugnancia y miedo a la delación. Pero Chpilewski respondía:

–¿Vigilar? No; ni mucho menos. Este... Lo contrario.

–¡Calle! ¿Reparos individuales?

–Sólo para los juguetes, ¿sabe usted? No tengo bastante dinero para comprar juguetes a mi chico. Es muy lamentable. Tanto más cuanto que, a decir verdad, no quiero a ese chico más que cuando le causo... ese... placer. Y no sé producírselo de otro modo. Es muy difícil.

–Pues ya ve; llévese mis estatuas. No todas, si no quiere.

–Le ruego, le ruego... Voy a los almacenes, y digo... –Echó la cabeza hacia atrás y crispó los músculos de su

frente y de su mejilla izquierda, alrededor del monóculo, sin ironía–. «Soy inventor. Inventor y constructor, naturalmente. Vengo a ver sus modelos.» Me dejan mirar. Llevo uno, nunca más de uno. A veces, se me vigila; pero pocas.

–¿Y si fuese usted descubierto?

Sacó su cartera del bolsillo y la entreabrió ante Clappique, por donde estaba su tarjeta de policía. La volvió a cerrar e hizo con la mano un ademán de los más imprecisos.

–A veces, llevo dinero... También podrían echarme... Pero todo llega...

Muy extrañado, Clappique se manifestaba de pronto como hombre formal y de peso. Como no se consideraba nunca responsable de sí mismo, quedó sorprendido.

«Es preciso que prevenga al joven Gisors», pensó.

* * *

Entretanto, Chen caminaba a lo largo del muelle con una cartera debajo del brazo, cruzándose con los europeos uno a uno, cuyas fisonomías conocía: a aquella hora, casi todos iban a beber y a reunirse en el bar de Shanghai-Club o en los de los hoteles vecinos. Una mano se apoyó suavemente sobre su hombro, por detrás. Se sobresaltó, echó mano al bolsillo interior, donde llevaba el revólver.

–Hace mucho tiempo que no nos hemos visto, Chen... ¿Quiere usted...?

Se volvió; era el pastor Smithson, su primer maestro. Reconoció en seguida su hermoso rostro de americano, un poco piel-roja, tan estragado ahora.

–¿... que caminemos juntos?

–Sí.

Chen prefería, para mayor seguridad e ironía, caminar en compañía de un blanco: llevaba una bomba en su cartera. La americana correcta que vestía aquella mañana le daba la impresión de que hasta su pensamiento estaba cohibido; la presencia de un acompañante completaba aquel disfraz –y, por una oscura superstición, no quería al pastor–. Había contado los coches durante un minuto, aquella mañana, para saber (par o impar) si obtendría éxito: respuesta favorable. Estaba exasperado contra sí mismo. Por lo tanto, hablar con Smithson era sustraerse a su irritación.

Ésta no escapaba al pastor; pero se hizo el desentendido:

–¿Sufre usted, Chen?

–No.

Guardaba afecto a su antiguo maestro, aunque no exento de rencor.

El viejo pasó el brazo por debajo del suyo.

–Rezo por usted todos los días, Chen. ¿Qué ha encontrado, en lugar de la fe que abandonó?

Le miraba con una afección profunda, que, sin embargo, no tenía nada de paternal, como si se ofreciese. Chen vaciló.

–... No soy de esos de quienes se ocupa la felicidad.

–No sólo existe la felicidad, Chen; existe también la paz.

–No. Para mí, no.

–Para todos...

El pastor cerró los ojos, y Chen recibió la impresión de tener debajo de su brazo el de un ciego.

–Yo no busco la paz. Busco... lo contrario.

Smithson le miró, sin dejar de andar.

–Tenga cuidado con la soberbia.

–¿Quién le dice que yo no haya encontrado mi fe?

–¿Qué fe política acabará con el sufrimiento del mundo?

–Prefiero disminuirlo a buscarle explicación. El tono de su voz está lleno de... humanitarismo. No me gusta el humanitarismo que está hecho con la contemplación del sufrimiento.

–¿Está usted seguro de que hay otro, Chen?

–Aguarde. Eso es difícil de explicar... Hay otro, que, al menos, no sólo está hecho de él.

–Qué fe política destruirá la muerte...

El tono del pastor no era de interrogación; de tristeza, más bien. Chen se acordó de su entrevista con Gisors, al que no había vuelto a ver. Gisors había puesto su inteligencia a su propio servicio, y no al de Dios.

–Ya le he dicho que no busco la paz.

–La paz...

El pastor calló. Caminaban.

–Mi pobre muchacho –continuó luego–, cada uno conoce sólo su propio dolor. –Su brazo oprimía el de Chen–. ¿Cree usted que toda la vida, realmente religiosa, no es una conversión cada día?...

Ambos miraban a la acera y parecían no estar ya en contacto más que por los brazos, «... de cada día...», repitió el pastor, con una fuerza cansada, como si aquellas palabras no fueran más que el eco de una obsesión. Chen no respondía. Aquel hombre hablaba de sí mismo y decía la verdad. Como él, aquél vivía su pensamiento; era otra cosa que un andrajo ávido. Bajo el brazo izquierdo, la cartera con la bomba; bajo el brazo derecho, aquel brazo opresor. «... una conversión de cada día...»

Aquella confidencia de índole secreta prestaba al pastor una perspectiva súbita y patética. Tan próximo al crimen, Chen se sentía acorde con toda angustia.

–Todas las noches, Chen, rezaré para que Dios le libre de la soberbia. (Rezo, sobre todo, de noche; ésta es favorable al rezo.) Si le concede la humildad, estará usted salvado. Ahora encuentro y sigo su mirada, que no podía encontrar antes...

Era con su sufrimiento, y no con sus palabras, con lo que Chen había entrado en comunión: aquella última frase; aquella frase de pescador que cree oler el pescado producía en él una cólera que subía penosamente, sin suprimir por completo una furtiva piedad. Ya no comprendía, en absoluto, sus sentimientos.

–Escuche usted bien –dijo–. Dentro de dos horas, mataré.

Fijó la mirada en los ojos de su acompañante, esta vez. Sin motivo, elevó hacia su rostro la mano derecha, que temblaba, y la crispó junto a la solapa de su americana correcta.

–¿Sigue usted encontrando mi mirada?

No. Estaba solo. Todavía solo. Su mano abandonó la americana y se aferró a la solapa de la del pastor, como si hubiera querido sacudirle; éste puso la mano sobre la suya. Permanecían así, en medio de la acera, inmóviles, como dispuestos a luchar. Un transeúnte se detuvo: un blanco, y creyó que era un altercado.

–Eso es una atroz mentira –dijo el pastor, a media voz.

El brazo de Chen volvió a caer. Ni siquiera podía reír. «¡Una mentira!», gritó al transeúnte. Éste se encogió de; hombros y se alejó. Chen se volvió, de pronto, y se fue, casi corriendo.

Encontró, por fin, a sus dos compañeros, a menos de dos kilómetros. «Muy buena facha», con sus sombreros hendidos y sus trajes de empleados, elegidos para justificar sus carteras, una de las cuales contenía una bomba y la otra unas granadas. Suen –nariz aguileña, chino con tipo de piel-roja– pensaba; no miraba nada; Pei... Nunca se había dado cuenta Chen, antes, hasta qué punto aquel semblante parecía el de un adolescente. Las gafas redondas de concha le acentuaban, quizá, la juventud. Partieron y llegaron a la avenida de las Dos Repúblicas; con todas las tiendas abiertas, recuperada su vida, bajo el cielo turbio.

El auto de Chiang Kaishek llegaría a la avenida por una estrecha calle perpendicular. Disminuiría la velocidad para dar la vuelta. Había que verlo venir y arrojar la bomba cuando aminorara la marcha. Pasaba todos los días, de una a una y cuarto: el general comía a la europea. Era preciso, pues, que el que vigilase la calle, en cuanto viese el auto, hiciese seña a los otros dos. La presencia de un comerciante de antigüedades, cuyo almacén se abría precisamente enfrente de la calle, le ayudaría, a no ser que el hombre perteneciese a la policía. Chen quería vigilar por sí mismo. Situó a Pei en la avenida, muy cerca del sitio donde el auto terminaría la curva, antes de reanudar la velocidad: a Suen, un poco más lejos. Él, Chen, avisaría y arrojaría la primera bomba. Si el auto no se detenía, alcanzado o no, los otros dos arrojarían sus bombas, a su vez. Si se detenía, irían hacia él: la calle era demasiado estrecha para que diese la vuelta. Allí, el fracaso era posible: si erraban el golpe, los guardias, que iban de pie en el estribo, harían fuego para impedir que alguien se acercase.

Chen y sus compañeros debían ya separarse. Seguramente, habría espías entre la multitud, sobre todo, en el camino seguido por el auto. Desde un pequeño bar chino, Pei iba a acechar la seña de Chen; desde más lejos, Suen esperaría a que Pei saliese. Quizá uno de los tres, por lo menos, quedase muerto. Chen, sin duda. No se atrevían a decirse nada. Se separaron sin estrecharse siquiera la mano.

Chen entró en la tienda del anticuario y pidió que le enseñasen unos bronces pequeños de las excavaciones. El comerciante sacó de un cajón un gran puñado de cajitas de raso violeta, colocó sobre la mesa su mano erizada de cubos y empezó a ordenarlos. No era un shanghayano, sino un chino del Norte o del Turquestán: su bigote y su barba eran ralos y flojos; sus ojos embridados eran los de un musulmán de la clase baja, y su boca era obsequiosa; pero no así su semblante sin aristas, de macho cabrío, con la nariz achatada.

El que denunciase a un hombre encontrado al paso del general con una bomba recibiría una fuerte suma de dinero y muchas consideraciones entre los suyos. Y aquel burgués rico quizá fuese un partidario sincero de Chiang Kaishek.

–¿Hace mucho tiempo que está usted en Shanghai? –preguntó a Chen. ¿Quién podría ser aquel cliente singular? Su cortedad, su ausencia de abandono, de curiosidad hacia los objetos expuestos, le inquietaban. Acaso aquel joven no tuviese costumbre de llevar los trajes europeos. Los gruesos labios de Chen, a pesar de su perfil agudo, le hacían simpático. ¿Sería hijo de algún campesino rico del interior? Pero los grandes colonos no coleccionaban bronces antiguos. ¿Compraría para algún europeo? No era un boy ni un corredor –y, si era aficionado, miraba los objetos que se le enseñaban con muy poco interés: parecía que estuviese pensando en otra cosa.

Porque ya Chen vigilaba la calle. Desde aquella tienda, podía distinguir a doscientos metros de distancia. ¿Durante cuánto tiempo vería el auto? Pero, ¿cómo calcular, bajo la curiosidad de aquel imbécil? Ante todo, había que responder. Permanecer silencioso, como había hecho hasta entonces, era estúpido.

–Vivía en el interior –dijo–, y he sido echado por la guerra.

El otro iba a preguntar de nuevo. Chen comprendía que le inquietaba. El comerciante se preguntaba ahora si sería un ladrón que había ido a examinar su almacén para saquearlo durante los próximos desórdenes. Sin embargo, aquel joven no deseaba ver los mejores objetos. Sólo bronces o hebillas de zorro, y de un precio moderado. A los japoneses les gustaban los zorros; pero aquel cliente no era japonés. Había que continuar interrogándole con habilidad.

–¿Habitaba usted, sin duda, en el Hupé? Dicen que la vida se ha hecho muy difícil en las provincias del centro.

Chen se preguntó si le convendría hacerse algo el sordo. No se atrevió, por temor a parecer más extraño aún.

–Ya no vivo ahí –respondió solamente. Su tono y la estructura de sus frases, aun en chino, tenían no se sabía qué de breves: expresaban directamente su pensamiento, sin emplear los giros usuales. Pero pensó en la compra.

–¿Cuánto? –preguntó, señalando con el dedo uno de esos broches de zorro que se encuentran en gran número dentro de las tumbas.

–Quince dólares.

–Ocho me parecería un buen precio...

–¿Por un objeto de esta calidad? ¿Cómo puede usted creer eso?... Tenga en cuenta que yo he pagado diez... Fije usted mismo mi beneficio.

En lugar de responder, Chen miraba a Pei, que estaba sentado ante una mesita, en el bar abierto, con un juego de luces sobre los cristales de sus gafas. Éste no le veía, sin duda a causa del cristal del almacén de antigüedades. Pero lo vería salir.

–No pagaría más si fuese nuevo –dijo, como si hubiese expresado la resolución de una meditación–. Y, aun así, lo pensaría mucho.

Las fórmulas, en aquel dominio, eran rituales, y las empleaban sin trabajo.

–Ésta es mi primera venta de hoy –respondió el anticuario–. Quizá deba aceptar esa pequeña pérdida de un dólar, porque cerrar el primer trato emprendido es un presagio favorable...

La calle estaba desierta. Un pousse la atravesó, a lo lejos. Otro. Aparecieron dos hombres. Un perro. Una bicicleta. Los hombres volvieron hacia la derecha; el pousse había atravesado. La calle quedaba desierta, de nuevo; sólo el perro...

–¿No dará usted, siquiera, 9 dólares y medio?

–Sólo por expresarle la simpatía que usted me inspira.

Otro zorro de porcelana. Nuevo regateo. Chen, después de su compra, inspiraba más confianza. Había adquirido el derecho a reflexionar: pagaba el precio que ofrecía, el que correspondía sutilmente a la calidad del objeto; su respetable meditación de ningún modo debía ser turbada. «El auto, en esta calle, avanza a 40 kilómetros por hora; más de un kilómetro en dos minutos. Lo veré durante poco menos de un minuto. Es poco. Es preciso que Pei no quite ya los ojos de esta puerta...» Ningún auto pasaba por aquella calle. Algunas bicicletas... Preguntó por una hebilla de cinturón, de jade; no aceptó el precio del vendedor, y dijo que volvería sobre el asunto más tarde. Uno de los dependientes llevó té. Chen compró una cabecita de zorro, de cristal, por la que el comerciante no pedía más que tres dólares. Sin embargo la desconfianza del tendero no había desaparecido por completo.

–Tengo otros objetos preciosos, muy auténticos, con unos zorros muy bonitos. Pero son unos objetos de gran valor, y no los guardo en el almacén. Podríamos convenir una cita.

Chen no decía nada.

–... en rigor, enviaría a mis dependientes, para que fueran a buscarlos...

–No me interesan los objetos de gran valor. Desgraciadamente no soy lo bastante rico.

No era, pues, un ladrón; ni siquiera quería verlos. El anticuario le enseñaba de nuevo la hebilla de cinturón de jade, con una delicadeza de manipulador de momias; pero, a pesar de las palabras, que pasaban, una a una, por entre sus labios de terciopelo gelatinoso, a pesar de sus ojos codiciosos, su cliente permanecía indiferente, lejano... Era él, sin embargo, quien había elegido aquella hebilla. La compra es una colaboración, como el amor; el comerciante hacía el amor con una hebilla. ¿Por qué compraría aquel

hombre? De pronto, lo adivinó: era una de esas personas pobres que se dejan seducir puerilmente por las prostitutas japonesas de Tchapei. Ellas rinden culto a los zorros. Aquel cliente los compraba para alguna camarera o falsa geisha; si le resultaban tan indiferentes, era porque no los compraba para él. (Chen no cesaba de imaginarse la llegada del auto y la rapidez con que debía abrir su cartera, sacar de ella la bomba y arrojarla.) Pero bien sabía que a las geishas no les gustan los objetos de las excavaciones... Quizá hiciesen una excepción, tratándose de zorritos. El joven había comprado también un objeto de cristal y otro de porcelana...

Abiertas o cerradas, las cajas minúsculas estaban diseminadas sobre la mesa. Los dos dependientes miraban, acodados en ella. Uno de ellos, muy joven, se había apoyado sobre la cartera de Chen; como se balancease con una pierna sobre la otra, la echaba hacia fuera de la mesa. La bomba estaba en la parte derecha, a tres centímetros del borde.

Chen no podía moverse. Por fin extendió el brazo y atrajo la cartera hacia sí, sin la menor dificultad. Ninguno de aquellos hombres había sentido la muerte ni el atentado frustrado; nada: una cartera que un dependiente balancea y que su propietario atrae hacia sí... Y, de pronto, todo le pareció extraordinariamente fácil a Chen. Ni las cosas, ni siquiera los actos existían: todo son sueños que se oprimen, porque les damos nuestra fuerza, aunque también podemos muy bien negársela... En aquel instante, oyó la bocina del auto: Chiang Kaishek.

Cogió la cartera como un arpa, pagó, se introdujo los dos paquetitos en el bolsillo y se dispuso a salir.

El comerciante le seguía, con la hebilla de cinturón, que, no había querido comprar, en la mano.

–Éstos son los objetos de jade que particularmente gustan a las señoras japonesas.

¡Le dejaría tranquilo ese imbécil!

–Ya volveré.

¿Qué comerciante no conoce la fórmula? El auto se acercaba, mucho más de prisa que de ordinario, según le pareció a Chen, precedido del Ford de la guardia.

Avanzando hacia ellos, el auto sacudía sobre los adoquines a los dos pesquisantes, agarrados a sus estribos. El Ford pasó. Chen, detenido, abrió su cartera y dejó caer la mano sobre la bomba, envuelta en un periódico. El comerciante, deslizó, sonriendo, la hebilla de cinturón en el bolsillo vacío de la cartera abierta. Era el más alejado de él. Entorpeció así los dos brazos de Chen.

–Pagará usted por él lo que quiera.

–¡Váyase!

Estupefacto ante aquel grito, el anticuario miró a Chen, también con la boca abierta.

–¿No estará usted un poco enfermo? –Chen ya no veía nada, blanco como si fuera a desvanecerse: el auto pasaba.

No había podido sustraerse a tiempo al movimiento del anticuario. «Este cliente se va a poner malo», pensó el comerciante. Se esforzó por sostenerlo. De un golpe, Chen abatió los dos brazos que se extendían hacia él, y echó a andar hacia adelante. El dolor detuvo al comerciante. Chen iba casi corriendo.

–¡Mi placa! –gritó el comerciante–. ¡Mi placa!

Continuaba dentro de la cartera. Chen no comprendía nada. Cada uno de sus músculos y hasta el más fino de sus nervios esperaban una detonación que llenaría la calle, que se perdería pesadamente bajo el cielo tan próximo. Nada. El auto había dado la vuelta, y hasta, sin duda alguna, había dejado atrás ya a Suen. Y aquel bruto continuaba allí. ¿Qué habían hecho los otros? Chen comenzaba a correr. «¡A ése!», gritó el anticuario. Aparecieron otros comerciantes. Chen comprendió. De rabia, sintió deseos de huir con aquella placa y abandonarla en cualquier parte. Pero de nuevo se acercaban más curiosos. La arrojó al rostro del anticuario, y se dio cuenta de que no había vuelto a cerrar su cartera. Después de haber pasado el auto, había quedado abierta, ante los ojos de aquel cretino y de los transeúntes, con la bomba visible, no

protegida ya por el papel, que se había deslizado. Volvió a cerrar, por fin, la cartera con prudencia (habría sido preciso cerrarla con fuerza; luchaba enérgicamente contra sus nervios). El comerciante volvía apresuradamente a su almacén. Chen reanudó su carrera.

–¿Qué? –dijo a Pei, en cuanto lo hubo alcanzado.

–¿Y tú?

Se miraron, anhelantes, queriendo cada uno escuchar primero al otro. Suen, que se acercaba, los veía así, trabados en una inmovilidad llena de vacilaciones y de veleidades, de perfil Sobre las cosas borrosas; la luz, muy fuerte a pesar de las nubes, destacaba el perfil de gavilán bonachón de Chen y la cabeza redonda de Pei; aislaba a aquellos dos personajes de manos temblorosas, plantados sobre sus sombras cortas de comienzo de la tarde, entre los transeúntes atareados e inquietos. Los tres continuaban con sus carteras: era prudente no permanecer allí durante mucho tiempo. Los restaurantes no eran seguros. Y ellos se habían reunido y separado demasiadas veces en aquella calle, ya. ¿Por qué? No había pasado nada...

–A casa de Hemmelrich –dijo, sin embargo, Chen. Se introdujeron en unas callejuelas.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó Suen.

Chen se lo explicó. Pei también se había aturdido cuando había visto que Chen no abandonaba solo el almacén del anticuario. Se había dirigido hacia su puesto de lanzamiento, a algunos metros de la esquina. En Shanghai hay la costumbre de conducir por la izquierda; de ordinario, el auto daba la vuelta acortando, y Pei se había situado en la acera de la izquierda para arrojar su bomba desde cerca. Ahora bien, el auto iba de prisa; no había coches en aquel momento en la avenida de las Dos Repúblicas. El chófer había dado la vuelta por el camino más largo; se había aproximado, pues, a la otra acera, y Pei se había encontrado separado de él por un pousse.

–Tanto peor para el pousse –dijo Chen–. Hay otros millares de coolies que no pueden vivir más que de la muerte de Chiang Kaishek.

–Habría errado el golpe.

Suen no había arrojado sus granadas porque la abstención de sus camaradas le había hecho suponer que el general no iba en el coche.

Avanzaban en silencio entre los muros, que el cielo amarillento y cargado de bruma tomaba pálidos, en una soledad miserable, acribillada de detritus y de hilos telegráficos.

–Las bombas están intactas –dijo Chen, a media voz–. Comenzaremos ahora de nuevo.

Pero sus dos compañeros estaban abrumados; los que han frustrado su suicidio rara vez lo intentan de nuevo. La tensión de sus nervios, que había sido extrema, se tornaba demasiado débil. A medida que avanzaban, el aturdimiento cedía el puesto en ellos a la desesperación.

–La culpa ha sido mía –dijo Suen.

Pei repitió:

–La culpa ha sido mía.

–Basta –dijo Chen, fatigado. Reflexionaba, mientras seguía aquella marcha miserable. No había que intentarlo otra vez de la misma manera. Aquel plan era malo; pero resultaba difícil imaginar otro. Había pensado que... Llegaban a casa de Hemmelrich.

Desde el fondo de su tienda, Hemmelrich oía una voz que hablaba en chino, otras dos que respondían. Sus timbres; sus ritmos inquietos le habían hecho prestar atención. «Ya ayer –pensó– vi pasearse por aquí a dos tipos que tenían cara como de padecer hemorroides tenaces, y que, seguramente, no estaban ahí por su gusto...» Le era difícil oír con claridad: por encima de las voces, no cesaba de gritar el niño. Pero las voces callaron, y unas sombras breves, sobre la acera, pusieron de manifiesto que allí había tres cuerpos. ¿La policía?... Hemmelrich se levantó, pensó en el poco temor que inspirarían a un agresor su nariz aplastada y

sus hombros inclinados hacia adelante, de boxeador inutilizado, y fue hacia la puerta.

Antes de que su mano hubiese llegado al bolsillo, había reconocido a Chen. Se la tendió, en lugar de sacar el revólver.

–Vamos a la trastienda –dijo Chen.

Los tres pasaron delante de Hemmelrich. Éste los examinaba. Iban con una cartera cada uno, no negligentemente sostenida, sino oprimida por los músculos crispados del brazo.

–Aquí estamos –dijo Chen, en cuanto la puerta estuvo cerrada de nuevo–. ¿Puedes darnos hospitalidad por algunas horas? ¿A nosotros y a lo que traemos en nuestras carteras?

–¿Unas bombas?

–Sí.

–No.

El chico, arriba, continuaba gritando. Sus gritos más dolorosos se habían convertido en sollozos, y a veces profería débiles cloqueos, como si gritase por distraerse –tanto más conmovedores–. Discos, sillas, grillo, eran hasta tal punto los mismos cuando Chen había ido allá después de matar a Tan-Yen-Ta, que Hemmelrich y él se acordaron a un tiempo de aquella noche. Chen no dijo nada, pero Hemmelrich lo adivinó.

–Las bombas –prosiguió–, no puedo en este momento. Si encuentran bombas aquí, matarán a la mujer y al chico.

–Bueno. Vámonos a casa de Shia. –Era el comerciante de lámparas al que había visitado Kyo la víspera de la insurrección–. A estas horas, no está allí más que el mozo.

–Compréndeme, Chen: el muchacho está muy malo, y la madre no está nada buena...

Miraba a Chen con las manos temblorosas.

–¡Tú no puedes saber, Chen; tú no puedes saber la felicidad que tienes con ser libre!...

–Sí; lo sé.

Los tres chinos salieron.

«¡Dios santo, Dios santo, Dios santo! –pensaba Hemmelrich–. ¿No estaré nunca en su lugar?» Juraba para sí mismo con calma, como en ralentí. Y volvía a subir con lentitud a la habitación. Su china estaba sentada, con la mirada fija en el lecho, y ni siquiera se volvió.

–La señora ha sido muy buena hoy –dijo el niño–; casi no me ha hecho daño...

La señora era May. Hemmelrich se acordaba: «Mastoiditis, pobre amigo mío, habrá que romper el hueso...» Aquel muchacho, casi un nene, no tenía más vida que la que se necesita para sufrir. Habría que «explicárselo». ¿Explicarle qué? ¿Que era provechoso dejarse romper los huesos de la cara para no morir, para ser recompensado con una vida tan preciosa y delicada como la de su padre? «¡Puñetera juventud!», había dicho, durante veinte años. ¿Cuánto tiempo pasaría aún, antes de decir: «¡Puñetera vejez!», y para que le llegasen a aquel desdichado chico estas dos perfectas expresiones de la vida? El mes anterior, el gato se había dislocado una pata; había habido que sujetarlo, mientras el veterinario chino volvía a colocarle el miembro en su sitio, y el animal aullaba y se debatía; no comprendía nada; Hemmelrich sentía que el gato se creía torturado. Y el gato no era un niño, ni decía: «Casi no me ha hecho daño...» Volvió a bajar. El olor de los cadáveres, en los cuales se encarnizaban sin duda los perros, muy cerca, en aquellas callejuelas, entraba en el almacén, con un sol confuso. «No es sufrimiento lo que falta», pensó.

No se perdonaba su negativa. Como un hombre torturado que ha confesado secretos, sabía que volvería a obrar como había obrado, pero no se lo perdonaba. Había traicionado su juventud; traicionado sus deseos y

sus sueños. ¿Cómo no traicionarlos? «Lo importante sería querer lo que se puede...» No quería más que lo que no podía: dar asilo a Chen y salir con él. Salir. Compensar, con no importaba qué violencia, por medio de las bombas, aquella vida atroz que le envenenaba desde que había nacido, que envenenaría del mismo modo a sus hijos. A sus hijos, sobre todo. Su sufrimiento, le era posible aceptarlo: estaba acostumbrado... El de los chicos, no. «Se ha vuelto muy inteligente, desde que está enfermo», había dicho May. Como por casualidad...

Salir con Chen; coger una de las bombas ocultas en la cartera, arrojarla. Era el buen sentido. Y hasta la única cosa que, en su vida actual, hubiera tenido un sentido. Treinta y siete años. Todavía viviría otros treinta años, quizá. ¿Cómo viviría? Aquellos discos en depósito, cuya miseria compartía con Lu-Yu-Shuen, y de los que ni uno ni otro podían vivir; y, cuando fuese viejo... Treinta y siete años; tan lejos como se remonta el recuerdo, según dice la gente; su recuerdo no tenía que remontarse: de un extremo al otro, no era más que miseria.

Mal alumno en la escuela: ausente un día de cada dos –su madre, para emborracharse tranquila, le obligaba a hacer su trabajo–. La fábrica: peón. Testarudo; en el regimiento, siempre en el calabozo. Y la guerra. Víctima de los gases. ¿Por quién? ¿Por qué? ¿Por su país? Él no era belga; era un miserable. Pero en la guerra, se comía. Luego, desmovilizado, a la Indochina, por fin, de paso. «El clima apenas permite aquí las profesiones manuales...» Pero permitía que se reventase de disentería, muy particularmente a las personas conocidas por su testarudez. Había fracasado en Shanghai. ¡Las bombas, Dios santo, las bombas!

Tenía a su mujer; ninguna otra cosa le había dado la vida. Había sido vendida por doce dólares. Abandonada por el comprador, a quien no le gustaba ya, había ido a su casa con terror, para comer y para dormir; pero al principio no dormía, esperando de él la maldad de los europeos, de la que siempre le habían hablado. Él había sido bueno para ella. Volviendo poco a poco del fondo de su espanto, ella le había cuidado cuando había estado enfermo, había trabajado para él y soportado sus crisis de odio impotente. Se había aferrado a él con un amor de perro ciego y martirizado, sospechando que él era otro perro ciego y martirizado. Y ahora, estaba el chico. ¿Qué podía hacer con él? Apenas alimentarlo. No conservaba fuerzas más que para el dolor que le podía infligir; existía más dolor en el mundo que estrellas en el cielo; pero el peor de todos podía imponérselo a aquella mujer; abandonarla muriendo. Como aquel ruso hambriento, casi vecino suyo, que,, después de hacerse obrero, se había suicidado, un día de excesiva miseria, y cuya mujer, loca de rabia, había abofeteado el cadáver que la abandonaba, con cuatro chicos en los rincones de la habitación, uno de los cuales preguntaba: «¿Por qué os pegáis?»... Su mujer, su chico le impedían morir a él. Aquello no era nada. Menos que nada. Si hubiera poseído dinero; si hubiera podido dejárselo, habría sido libre para dejarse matar. Como si el universo no le hubiese tratado, a lo largo de la vida, dándole puntapiés en el vientre, le despojaba de la única dignidad que poseía, que hubiera podido poseer –su muerte–. Respirando, con la rebelión de toda cosa viviente, a pesar de la costumbre, el olor de los cadáveres que cada soplo del viento transportaba bajo el sol inmóvil, se penetraba de él con un horror satisfecho, obsesionado por Chen como por un amigo agonizante, y buscando –como si ello tuviera importancia– lo que dominaba en él: vergüenza, fraternidad o una envidia atroz.

Chen y sus compañeros habían abandonado de nuevo la avenida. Las plazas y las callejuelas estaban poco vigiladas: el auto del general no pasaba por allí. «Hay que cambiar de plan, pensaba Chen con la cabeza baja, mirándose sus zapatos, sufridos, que avanzaban bajo su vista, uno después del otro. ¿Amarrar el auto de Chiang Kaishek a otro auto, conducido en sentido inverso? Pero todo auto podía ser requisado por el ejército. Tratar de emplear la bandera de una legación para proteger el coche de que se sirvieran era inseguro, porque la policía conocía a los chóferes de los ministros extranjeros. ¿Interceptar el camino con una carreta? Chiang Kaishek iba siempre precedido del Ford de su guardia personal. Ante una detención sospechosa, los guardias y los policías de los estribos dispararían sobre cualquiera que intentara acercarse. Chen escuchó: desde hacía algunos instantes, sus compañeros hablaban.

–Muchos generales abandonarán a Chiang Kaishek, si saben que realmente corren el peligro de ser asesinados –decía Pei–. No hay fe más que entre nosotros.

–Sí –dijo Suen–; se hacen buenos terroristas con los hijos de los supliciados.

Ambos lo eran.

–Y, en cuanto a los generales que quedasen –añadió Pei–, aunque pudieran rehacer la China contra nosotros, la harían grande, porque la harían con su propia sangre.

–¡No! –dijeron, a la vez, Chen y Suen. Ni el uno ni el otro ignoraban cuánto había aumentado el número de nacionalistas entre los comunistas, entre los intelectuales, sobre todo.

Pei escribía en una revista, que pronto sería suspendida, unos cuentos de una amargura dolorosamente satisfecha de sí misma, y unos artículos, el último de los cuales comenzaba así: «Hallándose amenazado el imperialismo, la China piensa solicitar su benevolencia una vez más y pedirle que sustituya por un anillo de níquel el anillo de oro que le ha remachado en la nariz...» Preparaba, además, una ideología del terrorismo. Para él, el comunismo era únicamente el verdadero medio de hacer que reviviese China.

–No quiero hacer una China –dijo Suen–; quiero hacer a los míos, con o sin ella. Los pobres. Por ellos es por quienes acepto el morir y el matar. Por ellos solamente...

Fue Chen el que respondió:

–Mientras tratemos de arrojar la bomba, no adelantaremos nada. Demasiadas probabilidades de fracaso. Y es preciso que acabemos hoy.

–Obrar de otro modo no es fácil –dijo Pei.

–Hay un medio.

Las nubes bajas y pesadas avanzaban en el mismo sentido que ellos, bajo la luz amarillenta del día, con un movimiento inseguro y, sin embargo, imperioso de destinos. Chen había cerrado los ojos para reflexionar, aunque continuaba caminando; sus camaradas esperaban, contemplando aquel a perfil curvo, que avanzaba, como de ordinario, a lo largo de los muros.

–Hay un medio. Y creo que no hay más que uno. No se debe arrojar la bomba, sino arrojarse uno debajo del auto con ella.

Continuaban la marcha, a través de las plazoletas, cubiertas de baches, donde los niños no jugaban ya. Los tres reflexionaban.

Llegaron. El dependiente los introdujo en la trastienda. Permanecían de pie, en medio de las lámparas, con las carteras debajo del brazo. Acabaron por dejarlas, prudentemente. Suen y Pei se agacharon, a la usanza china.

–¿Por qué te ríes, Chen?

No reía; sonreía, muy lejos de la ironía que le atribuía la inquietud de Pei: estupefacto, descubría la euforia. Todo se volvía sencillo. Su angustia se había disipado. Sabía qué molestias turbaban a sus camaradas, a pesar de su valor: arrojar las bombas, aun de la manera más peligrosa, suponía obrar a la ventura; la resolución de morir era otra cosa; lo contrario, quizá. Comenzó a pasearse por la habitación. La trastienda sólo estaba iluminada por la luz del día que penetraba a través del almacén. Como el cielo estaba gris, reinaba allí una luz plúmbea, como la que precede a las tormentas; en aquella bruma sucia, sobre las panzas de las lámparas, unos efectos de luz brillaban como signos de interrogación invertidos y paralelos. La sombra de Chen, demasiado confusa para ser una silueta, avanzaba por encima de los ojos inquietos de los otros.

–Kyo tiene razón: lo que más nos falta es el sentido del hara-kiri. Pero el japonés que se mata corre el riesgo de convertirse en un dios, lo cual es el comienzo de la porquería. No: es preciso que la sangre recaiga sobre los hombres, y quede en ellos.

–Prefiero tratar de realizar –dijo Suen–, de realizar varios atentados, a decidir no intentar más que uno, puesto que después quedaría muerto.

Sin embargo, por debajo de aquellas palabras de Chen, vibrantes por su timbre de voz, más que por su sentido –cuando Chen expresaba su pasión en chino su voz adquiría una intensidad extrema–, una corriente atraía a Suen, con toda la atención embargada, sin que supiese hacia qué.

–Es preciso que me arroje debajo del auto –pronunció Chen.

Con el cuello inmóvil, seguíanle con la mirada, mientras él se alejaba y volvía. Chen no los miraba ya. Tropezó con una de las lámparas que había en el suelo y se agarró a la pared. La lámpara cayó, y se rompió, resonando. Pero no era, aquélla, oportunidad para reír. Su sombra, erguida de nuevo, se destacaba confusamente por encima de su cabeza, sobre las últimas hileras de las lámparas. Suen comenzaba a comprender lo que Chen esperaba de él. Sin embargo, por desconfianza en sí mismo o por defenderse contra lo que preveía, dijo:

–¿Qué es lo que quieres?

Chen se dio cuenta de que no lo sabía. Le parecía luchar, no contra Suen, sino contra su pensamiento, que se le escapaba. Por fin:

–Que esto no se pierda.

–¿Quieres que Pei y yo nos comprometamos a imitarte? ¿Es eso?

–No es una promesa lo que espero. Es una necesidad.

Los reflejos se desvanecían sobre las lámparas, en la habitación sin ventana; sin duda, las nubes se amontonaban fuera. Chen se acordó de Gisors: «Cerca de la muerte, una pasión semejante aspira a transmitirse...» De pronto, comprendió. Suen también comprendía.

–¿Quieres hacer del terrorismo una especie de religión?

La exaltación de Chen se hacía cada vez mayor. Todas las palabras estaban vacías, eran absurdas y demasiado débiles para expresar lo que quería de ellos.

–Una religión, no. El sentido de la vida. La...

Hacía con la mano un movimiento convulso, como si amasase, y su pensamiento parecía jadear, como una respiración.

–... La posesión completa de sí mismo. Total. Absoluta. La única. Saber. No buscar, buscar durante todo el tiempo, las ideas y los deberes. Dentro de una hora, no sentiré ya nada de cuanto pesaba sobre mí. ¿Lo oís? Nada.

Tal exaltación le invadía, que ya no trataba de convencerlos sino hablándoles de él.

–Me poseo a mí mismo. Pero no como una amenaza o una angustia, como siempre. Poseído; oprimido, como esta mano oprime a la otra –se la oprimía con toda su fuerza–; no es bastante. Como...

Recogió uno de los trozos de vidrio de la lámpara rota. Un amplio fulgor triangular, lleno de reflejos. De un golpe se lo hundió en el muslo. Su voz entrecortada estaba penetrada de una certidumbre salvaje; pero parecía más; bien poseer su exaltación que ser poseído por ella. No era un loco. Apenas si los otros dos le veían ya, y, sin embargo, llenaba toda la habitación. Suen comenzó a sentir miedo.

–Yo soy menos inteligente que tú, Chen; pero, por mí... por mí, no. He visto a mi padre colgado de las manos, molido a garrotazos en el vientre, para que confesase dónde había ocultado su maestro el dinero que no poseía. Es por los nuestros por quienes combato; no es por mí.

–Por los nuestros no puedes hacer otra cosa mejor que decidirte a morir. La eficacia de ningún hombre puede ser comparada a la del hombre que ha elegido eso. Si lo hubiéramos decidido, no habríamos perdido ahora a Chiang Kaishek. Tú lo sabes.

–Quizá tú tengas necesidad de eso. Yo, no sé... –Se debatía–. Si estuviese de acuerdo, ¿comprendes?, me parecería que no me dejaba matar por todos, sino...

–¿Sino...?

Casi por completo, ensombrecida, la escasa luz de la tarde continuaba allí, sin desaparecer por completo, eterna.

–Por ti.

Un fuerte olor a petróleo recordó a Chen las latas de nafta del incendio del puesto el primer día de la insurrección. Pero todo se sumergía en el pasado; hasta Suen, puesto que no quería seguirle. Sin embargo, la única voluntad que su pensamiento presente no transformaba en nada era la de crear aquellos Jueces condenados, aquella raza de vengadores. Aquel nacimiento se realizaba en él como todos los nacimientos, desgarrándole y exaltándole –sin que fuese dueño de sí–. Ya no podía soportar ninguna presencia. Se levantó.

–Tú que escribes –dijo a Pei– lo explicarás.

Cogieron de nuevo las carteras. Pei limpiaba sus gafas. Chen se levantó el pantalón y se vendó el muslo con un pañuelo, sin lavarse la herida –¿para qué? No tendría tiempo de infectarse–, antes de salir. «Siempre se hace lo mismo», se dijo, turbado, pensando en el cuchillo que se había hundido en el brazo.

–Iré solo –pronunció–. Y sufriré solo, esta noche.

–Organizaré, sin embargo, algo –respondió Suen.

–Será demasiado tarde.

Delante de la tienda, Chen dio un paso hacia la izquierda. Pei le seguía. Suen permaneció inmóvil. Un segundo paso. Pei le siguió también. Chen se dio cuenta de que el adolescente, con las gafas en la mano –resultaba mucho más humano aquel semblante de muchacho, sin cristales sobre los ojos–, lloraba en silencio.

–¿Adónde vas?

–Vengo.

Chen se detuvo. Lo había creído de la opinión de Suen. Señaló a éste con el dedo.

–Iré contigo –insistió Pei.

Se esforzaba por hablar lo menos posible, con la voz alterada y la nuez sacudida por los sollozos silenciosos.

–Como testigo, desde luego.

Crispó un dedo en el brazo de Pei.

–Como testigo –repitió.

Se apartó. Pei se quedó en la acera, con la boca abierta, limpiando los cristales de las gafas, en una actitud cómica. Jamás hubiera creído que se pudiera estar tan solo.

Las tres

Clappique había creído que encontraría a Kyo en su casa. Pero no: en la gran habitación alfombrada de croquis, que recogía un discípulo vestido con un quimono, Gisors hablaba con su cuñado, el pintor Kama.

–¡Buenos días, amigo! ¡Un abrazo!

Se sentó tranquilamente.

–¡Qué lástima que su hijo no esté aquí!

–¿Quiere usted esperarle?

–Esperaré. Tengo una endiablada necesidad de verlo. ¿Qué clase de cacto diminuto es ese que hay debajo de la mesa de opio? La colección se hace digna de respeto. ¡Encantador, querido amigo, en-can-ta-dor! Es preciso que yo compre uno. ¿Dónde lo ha encontrado usted?

–Es un regalo. Me lo han enviado poco antes de la una.

Clappique leía los caracteres chinos escritos sobre el rodrigón plano de la planta. Uno grande: Fidelidad; tres muy pequeños, una firma: Chen-Ta-Eul.

–Chen-Ta-Eul... Chen... No lo conozco. ¡Qué lástima! Es un muchacho que sabe de cactos.

Recordó que al día siguiente debería haberse ido. Tenía que buscar dinero para el viaje, y no para comprar cactos. Imposible vender con rapidez objetos de arte en la ciudad, ocupada militarmente. Sus amigos eran pobres. Y Ferral no se dejaba sablear bajo ningún pretexto. Le había encargado que le comprase unas aguadas de Kama cuando el pintor japonés llegase. Algunas decenas de dólares, de comisión. ..

–Kyo debería estar ahí –dijo Gisors–. Tenía muchas citas hoy, ¿no es verdad?

–Acaso hiciera mejor faltando a ellas –gruñó Clappique.

No se atrevió a añadir nada más. Ignoraba lo que Gisors conocía acerca de la actividad de Kyo. Pero la ausencia de toda pregunta le humilló.

–Ya ve usted que se trata de una cosa muy seria.

–Todo lo que se refiere a Kyo es serio para mí.

–¿No tendrá usted una idea de los medios de ganar o de encontrar inmediatamente cuatrocientos o quinientos dólares?

Gisors sonrió tristemente. Clappique sabía que era pobre; y sus obras de arte, aunque hubiese aceptado el venderlas...

«Ganemos, pues, nuestras moneditas», pensó el barón. Se acercó, contempló las aguadas esparcidas en el diván. Aunque lo bastante fino para no juzgar el arte japonés tradicional en función de sus relaciones con Cézanne o Picasso, lo detestaba hoy: el gusto de la serenidad es débil en los hombres perseguidos. Fuegos perdidos en la montaña; calles de aldea que disolvía la lluvia; vuelos de aves zancudas sobre la nieve; todo ese mundo en que la melancolía preparaba para la felicidad... Clappique imaginaba –¡ay!– sin trabajo los paraísos a cuyas puertas debía quedar; pero le irritaba su existencia.

–La mujer más hermosa del mundo –dijo–, desnuda, excitada, pero con un cinturón de castidad. Para Ferral; no para mí. ¡Volver bajo tierra!

Eligió cuatro, dictó la dirección al discípulo.

–Porque piensa usted en nuestro arte –dijo Gisors–; éste no sirve para lo mismo.

–¿Por qué pinta usted, Kama-San?

Con quimono también él –Gisors estaba vestido siempre con su bata, solamente Clappique llevaba pantalón–, con un efecto de luz sobre su cráneo calvo, el viejo maestro contemplaba a Clappique con curiosidad.

El discípulo soltó el dibujo, tradujo, respondió:

–El maestro dice: «En primer término, por mi mujer, porque la quiero...»

–No digo para quién, sino por qué.

–El maestro dice que eso es difícil de explicarlo. Dice: «Cuando he estado en Europa, he visto los museos. Cuantas más manzanas y hasta líneas que no representan nada hacen sus pintores, más hablan de sí mismos. Para mí, es la gente lo que interesa.»

Kama dijo una frase más; apenas una expresión de dulzura pasó por su semblante de indulgente señora anciana.

–El maestro dice: «Nuestra pintura sería para ustedes la caridad.»

Un segundo discípulo, cocinero, trajo unos tazones de sake, luego se retiró. Kama habló de nuevo.

–El maestro dice que si no pintara ya, le parecería que se había quedado ciego. Y más que ciego: solo.

–¡Un minuto! –dijo el barón, con un ojo abierto, el otro cerrado, el índice extendido–. Si un médico le dijese: «Está usted atacado de una enfermedad incurable y morirá dentro de tres meses», ¿seguiría usted pintando?

–El maestro dice que si supiera que iba a morir, cree que pintaría mejor, pero no de otro modo.

–¿Por qué mejor? –preguntó Gisors.

No cesaba de pensar en Kyo. Lo que había dicho Clappique al entrar bastaba para inquietarse: hoy, la serenidad era casi un insulto.

Kama respondió. Gisors mismo lo tradujo.

–Dice: «Hay dos sonrisas (la de mi mujer y la de mi hija) que yo creería entonces que no volvería a ver, y me agradaría más la tristeza. El mundo es como los caracteres de nuestra escritura. Lo que el signo es a la flor, la flor misma, ésta –mostró una de las aguadas–, lo es a alguna cosa. Todo es signo. Ir del signo a la cosa significada es profundizar el mundo, es ir hacia Dios.» Cree que la proximidad de la muerte... Espere...

Interrogó de nuevo a Kama, continuó su traducción:

–Sí; eso es. Cree que la proximidad de la muerte le permitiría, quizá, poner en todas las cosas bastante fervor, tristeza, para que todas las formas que pintara se convirtieran en signos comprensibles; para que lo que ellos significan (lo que ocultan también) se revelara.

Clappique experimentaba la sensación atroz de sufrir frente a un ser que niega el dolor. Escuchaba con atención, sin apartar la mirada del semblante de asceta indulgente de Kama, mientras Gisors traducía. Con los codos pegados al cuerpo, las manos juntas, Clappique, cuando su rostro expresaba inteligencia, tomaba el aspecto de un mono triste y friolento.

–Quizá no plantee usted bien la cuestión –dijo Gisors.

Pronunció en japonés una frase breve, muy breve. Kama, hasta entonces, había respondido casi en seguida. Reflexionó.

–¿Qué pregunta acaba usted de hacerle? –interrogó Clappique, a media voz.

–Lo que haría si el médico desahuciase a su mujer.

–El maestro dice que no creería al médico.

El discípulo cocinero volvió y se llevó los tazones en una bandeja. Su traje europeo, su sonrisa, sus gestos que el júbilo hacía extravagantes, hasta su deferencia, todo en él parecía extraño, aun para Gisors. Kama dijo, a media voz, una frase que el otro discípulo no tradujo.

–En el Japón, estos jóvenes no beben nunca vino –dijo Gisors–. Se siente ofendido de que su discípulo esté borracho.

Su mirada se perdió: la puerta exterior se abría. Ruido de pasos. Pero no era Kyo. La mirada volvió a hacerse precisa y se fijó con firmeza en la de Kama.

–¿Y si ella hubiese muerto?

¿Habría proseguido aquel diálogo con un europeo? Pero el viejo pintor pertenecía a otro universo. Antes de responder, esbozó una prolongada sonrisa triste, no con los labios, sino con los párpados.

–Se puede comulgar hasta con la muerte... Es lo más difícil, pero quizá sea ése el sentido de la vida...

Se despedía, volvía a su habitación, seguido del discípulo. Clappique se sentó.

–¡Ni una palabra!... ¡Notable, amigo mío, notable! Se ha ido como un fantasma bien educado; sepa usted que los fantasmas jóvenes están muy mal educados, y que a los viejos les cuesta mucho enseñarles a que atemoricen a la gente, porque los citados jóvenes ignoran todos los idiomas, y no saben decir más que: Zip-zip... Ese...

Se detuvo: otra vez la puerta. En el silencio, comenzaron a sonar las notas de una guitarra; bien pronto se organizaron en una caída lenta, que se espació al descender hasta las más graves, prolongadamente mantenidas, y perdidas, al fin, en una serenidad solemne.

–¿Qué es eso? ¿Qué quiere decir eso?

–Toca el shamisen. Siempre lo hace, cuando alguna cosa le ha turbado. Fuera del Japón, ésa es su defensa... Me dijo, al volver de Europa: «Ahora sé que puedo encontrar en cualquier parte mi silencio interior...»

–¿Aspavientos?

Clappique había formulado distraídamente su pregunta: escuchaba. A aquella hora, en que su vida quizá se hallase en peligro (aunque rara vez se interesaba lo bastante por sí mismo para sentirse realmente amenazado), aquellas notas tan puras y que hacían refluir en él, con el amor a la música, del que había vivido en su juventud, esta juventud misma y toda la felicidad destruida con ella, le turbaban también.

Ruido de pasos, una vez más: ya entraba Kyo.

Condujo a Clappique a su habitación. Diván, silla, pupitre, paredes blancas: una austeridad premeditada. Hacía calor. Kyo arrojó la americana sobre el diván y se quedó en pullover.

–He aquí –dijo Clappique– que acaban de darme un datito, y haría usted muy mal si no fijase en ello toda su atención: si no hemos salido de aquí antes de mañana por la noche, estamos muertos.

–¿De qué origen viene esa confidencia? ¿De la policía?

–Bravo. Inútil decirle que no puedo informarle más. Pero en serio. La historia del barco está descubierta. Esté usted tranquilo y escápese antes de cuarenta y ocho horas.

Kyo iba a decir: «Eso no constituye ya un delito, puesto que hemos triunfado.» Calló. Esperaba demasiado de la represión del movimiento obrero para ser sorprendido. Se trataba de la ruptura, lo que Clappique no podía adivinar; y, si éste era perseguido, lo era porque, habiendo sido asaltado el Shang-Tung por los comunistas, se le creía adicto a ellos.

–¿Qué piensa usted hacer? –preguntó Clappique.

–Reflexionar, lo primero.

–¡Penetrante idea! ¿Y tiene usted moneda para largarse?

Kyo se encogió de hombros, sonriendo.

–No tengo la intención de largarme. Su noticia no tiene una máxima importancia para mí –continuó, después de un instante.

–¡No tiene la intención de largarse! ¿Prefiere dejarse cortar el gañote?

–Tal vez. ¿Pero usted quiere marcharse?

–¿Para qué iba a quedarme?

–¿Cuánto necesita?

–Trescientos, cuatrocientos...

–Quizá pueda proporcionarle una parte. Me agradaría ayudarle. No crea que me figuro pagarle así el favor que usted me hizo...

Clappique sonrió, tristemente. No se daba cuenta bien de la delicadeza de Kyo, pero era sensible a ella.

–¿Dónde estará usted esta noche? –preguntó Kyo.

–Donde usted quiera.

–No.

–Entonces, en el Black-Cat. Es preciso que busque mis dineritos de diversas maneras.

–Bueno: la caja está en el territorio de las concesiones; así, pues, no hay policía china. Y el kidnappage1 es aún menos de temer allí que aquí: demasiada gente... Pasaré por allí de once a once y media; pero no más tarde. Tengo después una cita...

Clappique desvió la mirada.

–... a la que estoy decidido a no faltar. ¿Está usted seguro de que Cat no estará cerrado?

–¡Locura! Estará lleno de oficiales de Chiang Kaishek; sus uniformes gloriosos se anudarán en las danzas a los cuerpos de las mujeres perdidas. ¡En graciosas guirnaldas, le digo! Le esperaré, pues, contemplando con atención ese espectáculo necesario hasta las once y media.

–¿Cree usted que podrá estar mejor informado esta noche?

–Lo intentaré.

–Quizá me haga usted un gran favor. Mayor de lo que usted pueda suponer. ¿Se me señala expresamente?

–Sí.

–¿Y a mi padre?

–No. Le habría prevenido. No figuraba para nada en el asunto del Shang-Tung.

Kyo sabía que no era en el Shang-Tung en lo que había que pensar, sino en la represión. ¿Y May? Su papel era demasiado poco importante para que diese lugar a que interrogase acerca de ella a Clappique. En cuanto a sus compañeros, si él estaba amenazado, todos lo estaban.

–Gracias.

Volvieron juntos. En la habitación de los fénix, May decía a Gisors:

–Es muy difícil: si la Unión de Mujeres concede el divorcio a las mujeres maltratadas, los maridos abandonan la Unión revolucionaria; y, si no se lo concedemos, ellas pierden toda confianza en nosotros. No les falta razón.

–Temo que, para organizar –dijo Kyo–, sea demasiado pronto o demasiado tarde.

Clappique salía, sin escuchar.

–Sea usted, como de ordinario, munificente –dijo a Gisors–: déme su nuevo cacto.

–Tengo afecto al muchacho que me lo ha enviado... Si se tratase de cualquier otro, con mucho gusto...

Era un minúsculo cacto hirsuto.

–Tanto peor.

–Hasta pronto.

–Hasta... No. Quizá. Adiós, amigo. El único hombre de Shanghai que no existe (ni una palabra: ¡que no existe en absoluto!) le saluda.

Salió.

May y Gisors miraban a Kyo con angustia; éste explicó al punto:

–Ha sabido que estoy fichado por la policía; me aconseja que no me mueva de aquí, como no sea para escapar antes de dos días. Por otra parte, la represión es inminente. Y las últimas tropas de la primera división han abandonado la ciudad.

Era la única división con la cual podían contar los comunistas. Chiang Kaishek lo sabía; había ordenado a su general que se uniese al frente con sus tropas. Éste había propuesto al Comité Central comunista detener a Chiang Kaishek. Se le había aconsejado que transigiese y se hiciese sustituir por enfermo: pronto se había encontrado ante un ultimátum. Y, no atreviéndose a combatir sin la aquiescencia del Partido, había abandonado la ciudad, intentando sólo dejar en ella algunas tropas. Éstas acababan de marchar, a su vez.

–No está lejos aún –continuó Kyo–; y hasta la división entera puede volver, si continuamos en la ciudad durante mucho tiempo.

La puerta se abrió de nuevo; pasó una nariz, y una voz cavernosa dijo: «El barón de Clappique no existe.»

La puerta se volvió a cerrar.

–¿No se sabe nada de Han-Kow? –preguntó Kyo.

–Nada.

Desde su regreso, organizaba clandestinamente unos grupos de combate contra Chiang Kaishek, como los había organizado contra los nordistas. La Internacional había rechazado todas las consignas de oposición; pero había aceptado el mantenimiento de los grupos comunistas de encuentro; de los nuevos grupos militantes, Kyo pretendía hacer los organizadores de masas que todos los días se dirigían entonces hacia las uniones, pero los discursos oficiales del Partido Comunista chino, toda la propaganda de unión con el Kuomintang le paralizaban. Sólo el comité militar se había adherido a él; todas las armas no habían sido entregadas: pero Chiang Kaishek exigía aquel mismo día la entrega de las que retenían aún los comunistas. Un último requerimiento de Kyo y del comité militar se había telegrafiado a Han-Kow.

El viejo Gisors –al corriente esta vez– estaba inquieto. Veía demasiado en el marxismo la forma de una fatalidad para afrontar sin desconfianza las cuestiones de táctica. Como Kyo, estaba seguro de que Chiang Kaishek intentaría aniquilar a los comunistas; como Kyo, pensaba que la muerte del general habría herido a la reacción allí donde era más vulnerable. Pero detestaba el carácter de complot de su acción presente. La muerte de Chiang Kaishek, y aun la toma del gobierno de Shanghai, no conducía más que a la aventura. Con algunos de los miembros de la Internacional, anhelaba el regreso a Cantón del ejército de hierro y de la

fracción comunista del Kuomintang: allí, apoyados por una ciudad revolucionaria y un arsenal activo y bien aprovisionado, los rojos podrían establecerse y esperar el momento propicio a una nueva campaña del Norte, que preparaba profundamente la reacción inminente. Los generales de Han-Kow, ávidos de tierras que conquistar, apenas lo estaban en el Sur de la China, donde las uniones, fieles a los que representaban la memoria de Sun-Yat-Sen, los habrían obligado a una constante y poco fructuosa guerrilla. En lugar de tener que combatir a los nordistas, luego a Chiang Kaishek, el ejército rojo había dejado así a éste el cuidado de combatir a aquéllos; cualquiera que fuese el enemigo que encontrase después de Cantón, sólo lo habría encontrado debilitado. «Los asnos están demasiado fascinados por su zanahoria –decía Gisors de los generales–, para que nos muerdan en este momento, si no nos ponemos de su parte...» Pero la mayoría del Partido Comunista chino, y quizá Moscú, consideraban aquel punto de vista como «liquidador».

Kyo pensaba, como su padre, que la mejor política era la del regreso a Cantón. Hubiera querido preparar, además, mediante una propaganda intensa, la emigración en masa de los obreros –no poseían nada– de Shanghai a Cantón. Era muy difícil, no imposible: como las salidas de las provincias del Sur estaban aseguradas, las masas obreras habrían llevado a Cantón una industrialización rápida. Táctica peligrosa para Shanghai: los obreros de las hilanderías son más o menos calificados, e instruir a nuevos obreros era formar nuevos revolucionarios, a menos de que se elevasen los salarios, «hipótesis excluida» –hubiera dicho Ferral–, en razón del estado actual de las industrias chinas. Vaciar Shanghai en provecho de Cantón, como Hong-Kong en 1925... Hong-Kong está a cinco horas de Cantón, y Shanghai a cinco días: difícil empresa; más difícil, quizá, que la de dejarse matar; más difícil, pero menos imbécil.

Desde su regreso de Han-Kow, estaba convencido de que la reacción se preparaba; aunque Clappique no le hubiera prevenido, habría considerado la situación, en caso de ataque a los comunistas por el ejército de Chiang Kaishek, tan desesperada, que todo acontecimiento, incluso el asesinato del general (cualesquiera que fuesen las consecuencias), se habría tornado favorable. Las uniones, si se las armaba, podían, en rigor, tratar de combatir a un ejército desorganizado.

Otra vez la campanilla; Kyo corrió hacia la puerta: era, por fin, el correo, que portaba la respuesta de Han-Kow. Su padre y May le vieron volver, sin decir nada.

–Orden de enterrar las armas –dijo.

El mensaje, desgarrado, se había convertido en una bola en el hueco de la mano. Cogió los trozos de papel, los extendió sobre la mesa de opio, los juntó unos con otros y se encogió de hombros ante su puerilidad: era, en efecto, la orden de ocultar o enterrar las armas.

–Es preciso que vaya en seguida allá.

Allá era el Comité Central. Debía, pues, abandonar las concesiones. Gisors sabía que no podía decir nada. Quizá su hijo fuese hacia la muerte; no era aquélla la primera vez: tal era la razón de ser de su vida. No había otro remedio que sufrir y callarse. Tomaba muy en serio el aviso de Clappique: éste había salvado, en Pekín, previniéndole de que el cuerpo de cadetes de que formaba parte iba a ser destrozado, a König, el alemán que dirigía a la sazón la policía de Chiang Kaishek. Gisors no conocía a Chpilewski. Como la mirada de Kyo encontrara la suya trató de sonreír; Kyo también, y sus miradas no se separaron: ambos sabían que mentían, y que aquella mentira constituía, quizá, su más afectuosa comunión.

Kyo volvió a su habitación, donde había dejado la americana. May se ponía su abrigo.

–¿Adónde vas?

–Contigo, Kyo.

–¿Para qué?

May no respondió.

–Es más fácil que nos conozcan juntos que separados –dijo Kyo.

–No. ¿Por qué? Si tú estás fichado, es igual...

–Tú no servirás para nada.

–¿Para qué serviré aquí, mientras tanto? Los hombres no saben lo que es tener que esperar...

Kyo dio unos pasos, se detuvo, se volvió hacia ella.

–Escucha, May: cuando tu libertad ha estado en juego, yo lo he reconocido.

May comprendió a qué hacía alusión, y sintió miedo: lo había olvidado. En efecto: Kyo añadía, con una entonación más sorda:

–... y tú supiste recobrarla. Ahora, se trata de la mía.

–Pero, Kyo, ¿qué tiene que ver eso con lo de ahora?

–Reconocer la libertad de cualquiera es darle una razón contra su propio sufrimiento; lo sé por experiencia.

–¿Soy yo «una cualquiera», Kyo?

Él se calló de nuevo. Sí; en aquel momento, ella era otra. Algo entre ellos había cambiado.

–Entonces –prosiguió May–, porque yo... En fin, ¿a causa de aquello, ya no podemos siquiera arrostrar juntos un peligro?... Reflexiona, Kyo: diríase, casi, que te vengas...

–No poder hacerlo ya, y procurarlo cuando es inútil, nos convierte en dos seres distintos.

–Pero si tú me tuvieras tanto rencor, no tendrías más que tomar una querida... ¡Pero no! Eso no es verdad. Yo no he aceptado un amante; simplemente me he acostado con un individuo. No es lo mismo; tú sabes muy bien que puedes acostarte con quien quieras.

–Tú me bastas –respondió él, amargamente.

Su mirada extrañó a May: todos los sentimientos se mezclaban en ella. Y –el más conturbado de todos–, sobre su rostro, la inquietante expresión de una voluptuosidad ignorada por él mismo.

–En este momento, como hace quince días –continuó–, no es de copular de lo que tengo deseo. No digo que tú hayas hecho mal; lo que digo es que quiero salir solo. La libertad que tú me reconoces es la tuya. La libertad de hacer lo que te plazca. La libertad no es un cambio; es la libertad.

–Es un abandono...

Silencio.

–¿Para qué los seres que se aman se ponen frente a la muerte, Kyo, si no es para arriesgarla juntos?

Adivinó que él iba a salir sin discutir, y se colocó ante la puerta.

–No había para qué concederme esa libertad –dijo–, si ella ha de separamos ahora.

–Tú no la pediste.

–Tú me la habías reconocido de antemano.

«No haberme creído», pensó él. Era verdad; siempre se la había reconocido. Pero que discutiese en aquel momento sobre tales derechos, la separaba más aún de él.

–Hay derechos que no se conceden –dijo May, con amargura–, sino con la única finalidad de que no sean empleados.

–Si yo no los hubiera reconocido sino para que pudieses acogerte a ellos en este momento, no te parecería tan mal...

Aquellos segundos los separaban más que la muerte: párpados, boca, sienes, el lugar de todas las ternuras es visible en el rostro de una muerta, y aquellos pómulos altos y aquellos largos párpados no pertenecían más

que a un mundo extraño. Las heridas del más profundo amor bastan para crear un odio suficientemente grande. ¿Retrocedía ella, tan cerca de la muerte, en el umbral de aquel mundo de hostilidad que descubría? Dijo:

–No me aferró a nada, Kyo; digamos que me equivoco, que me he equivocado: lo que tú quieras; pero ahora, en este momento, inmediatamente quiero salir contigo. Te lo pido.

Kyo callaba.

–Si no me amases –continuó May–, te sería indiferente dejar que fuese contigo... Luego... ¿Para qué hacernos sufrir?

«Como si fuese éste el momento», añadió con dejadez.

Kyo sentía agitarse en él ciertos demonios familiares que le disgustaban un tanto. Tenía deseos de pegarle, y precisamente a causa de su amor. Ella tenía razón: si no la hubiera amado, ¿qué le habría importado que muriese? Quizá fuera que le obligaba a comprender lo que, en aquel momento, le oponía más a ella.

¿Sentía May deseos de llorar? Había cerrado los ojos, y el estremecimiento de sus hombros, constante y silenciosamente, parecía, en oposición con su fisonomía inmóvil, la expresión misma de la tristeza humana. Ya no era sólo su voluntad lo que los separaba, sino el dolor. Y ante el espectáculo del dolor, que aproxima tanto como el dolor mismo separa, de nuevo se lanzaba hacia ella a causa de aquel rostro cuyas cejas iban subiendo poco a poco –como cuando presentaba el aspecto de estar maravillada... –. Por encima de los ojos cerrados, el movimiento de la frente se detuvo, y aquel semblante tenso, cuyos párpados permanecían abatidos, se convirtió, de pronto, en un rostro de muerta.

Muchas expresiones de May no hacían mella en él: las conocía, y le parecía siempre que se copiaba un poco a sí misma. Pero no había visto nunca aquella fisonomía mortuoria –con el dolor, y no el sueño, en los ojos cerrados–, y la muerte estaba tan cerca, que aquella ilusión adquiría la fuerza de una siniestra prefiguración. May volvió a abrir los ojos, sin mirarle: su mirada quedaba perdida en la blanca pared de la habitación; sin que uno solo de sus músculos se moviese, una lágrima resbaló a lo largo de la nariz, y quedó suspendida junto a su boca, traicionando, con su vida sorda, punzante, conmovedora como el dolor de los animales, a aquella fisonomía tan inhumana, tan muerta como antes.

–Abre otra vez los ojos.

Ella le miró.

–Están abiertos.

–He recibido la impresión de que estabas muerta.

–¿Y qué?

Se encogió de hombros, y continuó, con una voz llena de la más triste fatiga.

–Si yo muero, considero que tú puedes morir...

Ahora comprendía Kyo qué verdadero sentimiento le impulsaba: quería consolarla. Pero no podía consolarla sino aceptando que se fuese con él. May había vuelto a cerrar los ojos. La tomó en sus brazos y la besó en los párpados. Y cuando se apartaron:

–¿Vámonos? –preguntó May.

–No.

Demasiado leal para ocultar su instinto, May volvía a sus deseos con una terquedad de gato que con frecuencia excitaba a Kyo. Se había separado de la puerta, pero él se dio cuenta de que sólo hubiera sentido deseo de pasar cuando tuviese seguridad de que ella no pasaría.

–May, ¿vamos a abandonamos por sorpresa?

–¿He vivido como una mujer a la que se protege?...

Permanecían frente a frente, sin saber ya qué decir y sin aceptar el silencio, sabiendo ambos que aquel instante, uno de los más graves de su vida, estaba corrompido por el tiempo que pasaba: el puesto de Kyo no estaba allí, sino en el Comité, y, bajo todo cuanto pensaba, se hallaba emboscada la impaciencia.

May mostró la puerta con el semblante.

Él la miró; tomó su cabeza entre las manos, oprimiéndola suavemente, sin besarla, como si hubiera podido poner en aquella opresión del rostro lo que de ternura y de violencia mezcladas tienen todos los gestos viriles del amor. Por fin sus manos se apartaron.

Las dos puertas se volvieron a cerrar. May continuaba escuchando, como si hubiese esperado que se cerrase, a su vez, una tercera puerta que no existía la boca abierta y blanda, borracha de pesadumbre, dando a entender que, si le había hecho seña de que saliese solo, era porque pensaba realizar así el último, el único gesto que pudiera decidirle a llevarla.

Apenas Kyo había andado cien pasos, cuando encontró a Katow.

–¿Chen no está ahí?

Señalaba con el dedo a la casa de Kyo.

–No.

–¿No sabes, en absoluto, dónde está?

–No. ¿Por qué?

Katow parecía tranquilo; pero aquel semblante, como de jaqueca...

–Chiang Kaishek tiene varios autos. Chen no lo sabe. O la policía está prevenida, o desconfía. Si no se le avisa, se va a dejar tomar preso y a arrojar sus bombas para nada. Lo estoy buscando desde hace mucho tiempo, ¿sabes? Las bombas debían ser arrojadas a la una. Nada se ha hecho: lo sabríamos.

–Debía obrar en la avenida de las Dos Repúblicas. Lo más acertado sería pasarse por casa de Hemmelrich.

Katow se fue allá rápidamente.

–¿Llevas el cianuro? –le preguntó Kyo, en el momento en que se volvía.

–Sí.

Los dos, y otros varios jefes revolucionarios, llevaban cianuro en la hebilla plana de su cinturón, que se abría como una caja.

La separación no había tranquilizado a Kyo. Por el contrario, May era más fuerte en la calle desierta –después de haber cedido– que frente a él, oponiéndose a su marcha. Entró en la ciudad china, no sin darse cuenta de ello, aunque con indiferencia. «¿Habré vivido como una mujer a la que se protege?...» ¿Con qué derecho ejercía su lamentable protección sobre la mujer que hasta había accedido a que partiese? ¿En nombre de qué la abandonaba? ¿Estaba seguro de que aquello no constituía una venganza? Sin duda, May estaba aún sentada en el lecho, aplastada por una pena que no necesitaba de psicología...

Volvió sobre sus pasos, corriendo.

La habitación de los fénix estaba vacía: su padre había salido, y May continuaba en la habitación. Antes de abrir, se detuvo, anonadado por la fraternidad de la muerte, descubriendo cuánto, ante aquella comunión, quedaba la carne irrisoria, a pesar de su arrebato.

Ahora comprendía que acceder a llevar al ser a quien se ama hacia la muerte, constituye, quizá, la forma total del amor, la que no puede ser sobrepasada.

Abrió.

Ella se echó precipitadamente el abrigo sobre los hombros, y le siguió sin decir nada.

3 y media

Desde hacía mucho tiempo, Hemmelrich contemplaba sus discos sin compradores. Llamaron, según la señal convenida.

Abrió. Era Katow.

–¿Has visto a Chen?

–¡Remordimiento ambulante! –gruñó Hemmelrich.

–¿Qué?

–Nada. Sí; lo he visto. De una a dos. ¿Por qué?

–Tengo absoluta necesidad de verlo. ¿Qué es lo que ha dicho?

Desde otra habitación, un grito del chico llegó hasta ellos, seguido de unas confusas palabras de la madre, que se esforzaba por acallarlo.

–Ha venido con dos compañeros. Uno de ellos es Suen. Al otro no lo conozco. Un tipo con gafas, como todo el mundo. De aspecto noble. Con carteras bajo el brazo, ¿comprendes?

–Por eso necesito encontrarlo, ¿ves?

–Me preguntó si podía permanecer aquí durante tres horas.

–¡Ah, bueno! ¿Dónde está?

–¡Cierra el pico! Escucha lo que se te dice. Me preguntó si podía quedarse aquí. Yo no he accedido. ¿Entiendes?

Silencio.

–Te he dicho que no he accedido.

–¿Adónde puede haber ido?

–No ha dicho nada. Como tú. El silencio se prodiga hoy...

Hemmelrich estaba de pie, en medio de la habitación, con el cuerpo encogido y la mirada casi de odio. Katow dijo, tranquilamente, sin mirarle:

–Te insultas demasiado a ti mismo. Por eso tratas de, que te insulten para poder defenderte.

–¿Qué es lo que puedes comprender tú? ¿Y qué diablos puede importarte? No me mires así, con los pelos como de cresta de gallo y las manos abiertas, como Jesucristo, para que se te introduzcan en ellas los clavos...

Sin cerrar las manos, Katow las dejó caer en el hombro de Hemmelrich.

–¿Sigue mal eso, allá arriba?

–Menos. Pero ya es demasiado. ¡Pobre chico!... Con su delgadez y su enorme cabeza, parece un conejo desollado... Suelta...

El belga se desasió brutalmente, se detuvo y luego se dirigió al extremo de la habitación, con un movimiento extrañamente pueril, como si se enojase.

–Y lo peor –dijo– no es sólo eso. No; no adoptes la actitud de un sujeto que siente picazón y que se retuerce

con movimientos torpes: no he denunciado a Chen a la policía. ¡Vamos! Todavía no, al menos...

Katow se encogió de hombros, con tristeza.

–Más valiera que te explicases.

–Yo quería ir con él.

–¿Con Chen?

Katow estaba seguro ahora de que no lo encontraría.

Hablaba con la voz tranquila y cansada de los que han sido golpeados. Chiang Kaishek no volvía hasta la noche, y Chen ya no podía intentar nada antes.

Hemmelrich señaló con el pulgar por encima de su hombro, en la dirección en que había venido el grito del niño.

–Ahí está. Ahí está. ¿Qué mierda quieres que haga yo?

–Esperar...

–A que el chico se muera, ¿no? Óyelo bien: durante la mitad del día, lo deseo. Y, si ocurre, desearé que continúe, que no se muera, aunque siga enfermo, incurable...

–Ya sé...

–¿Qué? –pronunció Hemmelrich, indignado–. ¿Qué es lo que sabes? Tú que ni siquiera estás casado.

–He estado casado.

–Hubiera querido verlo. Con tu tipo... No; no son para nosotros, todos esos pequeños baños para coitos ambulantes, que se ven pasar por la calle...

Comprendió que Katow pensaba en la mujer que velaba al niño, allá arriba.

–Abnegación, sí. Hace todo lo que puede. Lo demás, lo que no tiene, es precisamente para los ricos. Cuando veo a algunos que tienen el aspecto de amarse, me dan ganas de romperles la cara.

–La abnegación es mucho... . La única cosa necesaria es no estar solo.

–Y por eso es por lo que te quedas aquí, ¿no? ¿Para ayudarme?

–Sí.

–¿Por lástima?

Pero Katow no encontraba la palabra. Quizá no existiese. Trató de explicarse de una manera indirecta.

–He conocido eso, o algo semejante. Y también tu especie de... rabia... ¿Cómo quieres que se comprendan las cosas, como no sea por medio de los recuerdos?... Por eso no puede ofenderme.

Se había aproximado, y hablaba con la cabeza hundida entre los hombros, con su voz que omitía algunas sílabas, mirándole con el rabillo del ojo. Ambos, así, con la cabeza baja, presentaban el aspecto de prepararse para un combate, en medio de los discos. Pero Katow sabía que él era el más fuerte, aunque ignoraba cómo. ¿Acaso eran su voz, su calma, su amistad misma las que obraban?

–Un hombre a quien no se le da un pito de nada, si encuentra realmente la abnegación, el sacrificio o cualquiera de esos trucos, está perdido.

–¡Sin bromas! ¿Qué es lo que hace entonces?

–Sadismo –respondió Katow, mirándole tranquilamente.

El grillo. Unos pasos, en la calle, se perdían poco a poco.

–El sadismo con alfileres –continuó– es raro; con las palabras está lejos de serlo. Pero si la mujer lo acepta de un modo absoluto; si es capaz de ir más allá... Conocí a un sujeto que cogió y se jugó el dinero que su compañera había economizado durante algunos años para ir a un sanatorio. Cuestión de vida o muerte. Lo perdió. (En estos casos se pierde siempre.) Volvió hecho pedazos, absolutamente aplastado, como tú en este momento. Ella le vio acercarse al lecho. Lo comprendió todo en seguida, ¿sabes? ¿Y luego, qué? Trató de consolarle...

–Más fácil es –dijo Hemmelrich, con lentitud– consolar a los demás que consolarse uno a sí mismo.

Y levantando los ojos, de pronto:

–¿Eras tú, ese sujeto?

–¡Basta! –Katow golpeó con el puño en el mostrador–. Si hubiera sido yo, habría dicho que era yo, y no otra cosa. –Pero su ira se extinguió inmediatamente–. Yo no he hecho tanto, si es necesario hacer tanto... Si no se cree en nada, sobre todo porque no se cree en nada, está uno obligado a creer en las cualidades del corazón, cuando se las encuentra: eso se cae de su peso. Y eso es lo que tú haces. Sin la mujer y el chico, habrías partido; estoy seguro de ello. Y...

–Y como no existimos más que para esas cualidades cardíacas, nos comen. Puesto que no hay más remedio que ser devorado... Pero todo eso son puñeterías. No se trata de tener razón. No puedo soportar el haber echado a Chen a la calle, ni tampoco hubiera podido soportar el retenerlo.

–No hay que pedir a los camaradas más que lo que pueden hacer. Quiero camaradas, y no santos. No tengo confianza en los santos...

–¿Es verdad que tú acompañaste voluntariamente a aquellos sujetos a las minas de plomo?

–Yo estaba en el campo –dijo Katow, cohibido–. Las minas y el campo, por allá se iban...

–Por allá se iban... No es verdad.

–¿Tú qué sabes?

–¡No es verdad! Y tú hubieras admitido a Chen.

–Yo no tengo hijos...

–Me parece que me sería menos... difícil hasta la idea de que me lo matasen si no estuviera enfermo... Yo soy muy bruto. La verdad es que yo soy muy bruto. Y quizá no sea siquiera trabajador. Además... Me hago el efecto de un farol de gas en el que se mease todo el mundo.

Señaló de nuevo el piso de encima con un movimiento de su rostro aplastado, porque el niño gritaba otra vez, Katow no se atrevía a decir: «La muerte te va a dejar libre.» Había sido la muerte la que le había libertado a él. Desde que Hemmelrich había comenzado a hablar, el recuerdo de su mujer se hallaba entre ellos. Cuando había vuelto de Siberia sin esperanzas, vencido, con sus estudios de medicina truncados, convertido en obrero de una fábrica y seguro de que moriría antes de ver la revolución, se había justificado tristemente un resto de existencia, haciendo sufrir a una obrerita que le amaba. Pero apenas ésta había aceptado los dolores que él le infligía cuando, seducido por cuanto de conmovedor tiene el cariño del ser que sufre hacia el que le hace sufrir, no había vivido más que para ella, continuando, por costumbre, la acción revolucionaria, pero llevando a ella la obsesión del cariño sin límites oculta en el corazón de aquella oleada idiota. Durante horas y horas le acariciaba los cabellos y permanecían acostados juntos durante todo el día. Ella había muerto, y, luego... Aquello, sin embargo, quedaba entre Hemmelrich y él. No era bastante.

Con las palabras, no podía hacer casi nada; pero, más allá de las palabras, estaba lo que expresan los gestos, las miradas, la misma presencia. Sabía, por experiencia, que el peor sufrimiento está en la soledad que lo acompaña. Expresarlo también libera; pero pocas palabras son menos conocidas por los hombres que las de sus dolores profundos. Expresarse mal o mentir proporcionaría a Hemmelrich un nuevo impulso para despreciarse: sufría, sobre todo, a causa de sí mismo. Katow le miró sin fijar en él la mirada, con tristeza –

conmovido, una vez más, al comprobar cuan poco numerosos y torpes son los gestos del aféelo viril.

–Es preciso que lo comprendas sin que yo te diga nada –pronunció–. No hay nada que decir.

Hemmelrich levantó la mano y la dejó caer de nuevo, pesadamente, como si no hubiera podido elegir más que entre la tristeza y la absurdidad de su vida. Pero permanecía enfrente de Katow, absorto.

«Bien pronto podré salir otra vez en busca de Chen», pensaba Katow.

Las seis

–El dinero fue remitido ayer –dijo Ferral al coronel, vestido de uniforme, esta vez–. ¿Dónde estamos?

–El gobernador militar ha enviado al general Chiang Kaishek una nota muy larga para que le diga lo que debe hacer en caso de sublevación.

–¿Quiere estar a cubierto?

El coronel miró a Ferral por encima de la nube del ojo y respondió, solamente:

–Aquí está la traducción.

Ferral leyó el documento.

–Hasta tengo la respuesta –dijo el coronel.

Le tendió una foto: por encima de la firma de Chiang Kaishek, había dos caracteres.

–¿Eso qué quiere decir?

–Fusilad.

Ferral contempló, en la pared, el mapa de Shanghai, con grandes manchas rojas que indicaban las masas de obreros y de miserables –las mismas–. «Tres mil hombres de las guardias sindicales –pensaba–, y quizá trescientos mil detras; pero, ¿se atreverá a moverse? Al otro lado, Chiang Kaishek y el ejército...»

–¿Va a comenzar a fusilar a los jefes comunistas, antes de toda sublevación? –preguntó.

–Seguramente. No habrá sublevación: los comunistas están casi desarmados, y Chiang Kaishek tiene sus tropas. La 1.ª división está en el frente: era la única peligrosa.

–Gracias. Adiós.

Ferral iba a casa de Valeria. Un boy le esperaba al lado del chófer, con un mirlo dentro de una gran jaula dorada sobre las rodillas. Valeria le había rogado a Ferral que le llevase aquel pájaro. En cuanto su auto estuvo en marcha, sacó del bolsillo una carta y la releyó. Lo que temía desde hacía un mes se producía: sus créditos americanos iban a ser cortados.

Los pedidos del Gobierno General de la Indochina no bastaban ya a la actividad de las fábricas creadas para un mercado que debía extenderse de mes en mes y que disminuía de día en día: las empresas industriales del Consorcio tenían déficit. Los precios de las acciones, mantenidos en París por los bancos de Ferral y por los grupos financieros franceses que le eran adictos, y, sobre todo, por la inflación, desde la estabilización del franco, descendían sin cesar. Pero los bancos del Consorcio sólo eran fuertes por los beneficios de sus plantaciones –esencialmente de las sociedades de caucho–. El plan Stevenson2 había elevado de 16 a 112 el precio del caucho. Ferral, productor por medio de sus haveas de Indochina, se había beneficiado con el alza sin tener que restringir su producción, puesto que sus negocios no eran ingleses. Así, pues, los bancos americanos, sabiendo, por experiencia, cuánto costaba aquel plan a América, principal consumidor, habían abierto de buen grado unos créditos, garantizados con las plantaciones. Pero la producción indígena de las Indias Neerlandesas y la amenaza de plantaciones americanas en Filipinas, en el Brasil y en Liberia producían, a la sazón, el desmoronamiento de los precios del caucho; los bancos americanos cesaban, pues, en sus créditos por las mismas razones por las cuales antes los habían concedido. Ferral quedaba afectado a la vez por el crac de la única materia prima que le hubiera sostenido –si se hubiese hecho abrir unos créditos, habría especulado, no con el valor de su producción, sino con el de las plantaciones mismas–; por la estabilización del franco, que hacía bajar a todos sus títulos (una cantidad de los cuales pertenecía a sus bancos, resueltos a fiscalizar el mercado), y por la supresión de sus créditos americanos. Y no ignoraba que, en cuanto esta suspensión fuese conocida, todos los compradores provincianos de París y de Nueva York tomarían posiciones ante la baja de sus títulos; posiciones demasiado seguras... No podía ser salvado más

que por razones morales; en consecuencia, sólo por el gobierno francés.

La proximidad de la quiebra trae a los grupos financieros una conciencia intensa de la nación a la cual pertenecen. Acostumbrados a ver «despojar el ahorro», los gobiernos no gustan de verse despojar de sus esperanzas: un ahorro que, con la tenaz esperanza del jugador, piensa recuperar algún día su dinero perdido, es un ahorro consolado a medias. Érale, pues, difícil a Francia abandonar el Consorcio y después el Banco Industrial de China. Pero para que Ferral pudiese pedirle ayuda, era necesario que no estuviese sin esperanza; era preciso, ante todo, que fuese aniquilado el comunismo en China. Dueño Chiang Kaishek de las provincias, se llevaría a efecto la construcción del ferrocarril chino; el empréstito previsto era de tres mil millones de francos, lo que suponía muchos millones de francos papel. Seguramente, no recibiría sólo el pedido de material, si bien tampoco defendía ahora sólo a Chiang Kaishek; pero ello supondría un bonito juego. Además, los bancos americanos temían el triunfo del comunismo; su caída modificaría su política. Como francés, Ferral disponía en China de privilegios: «no era cosa de que el Consorcio no participase en la construcción del ferrocarril». A fin de conseguirlo, estaba autorizado para pedir al gobierno una ayuda que éste prefería a un nuevo crac: sus créditos eran americanos; sus depósitos y sus acciones eran franceses. Sus cartas no podían ganar todas durante un período de crisis china aguda; pero, del mismo modo que el plan Stevenson había asegurado a tiempo la vida del Consorcio, así la victoria del Kuomintang debía asegurarlo hoy. La estabilización del franco había jugado contra él; la caída del comunismo chino jugaría para él...

¿No haría durante toda su vida más que esperar al paso, para aprovecharse de su fuerza, aquellos empujones de la economía mundial que comenzaban como ofrendas y acababan como cabezazos en el vientre? Aquella noche, cualquiera que fuese la resistencia, la victoria o la derrota, se sentía dependiente de todas las fuerzas del mundo. Pero tenía a aquella mujer, de la que no dependía, sino que dependería ahora mismo de él; la confesión de sumisión de aquel rostro poseído, como una mano aplicada sobre sus ojos, le ocultaría las enrevesadas sujeciones sobre las cuales buscaba su vida. Había vuelto a verla en algunos salones (hacía sólo tres días que había regresado a Kioto), retenido e irritado siempre ante la repulsa de toda sumisión con que ella estimulaba su deseo, si bien había accedido a dormir con él aquella noche. En su necesidad limitada de ser preferido –se admira más fácilmente y más totalmente de un sexo al otro–, si la admiración se hacía insegura, recurría al erotismo para reanimarla. Por eso había observado a Valeria mientras copulaba con ella: hay mucha certidumbre en los labios hinchados por el placer. Detestaba la coquetería, sin la cual Valeria ni siquiera hubiera existido ante sus ojos: lo que en ella se oponía a él, irritaba más su sensualidad. Todo ello muy turbio, pues necesitaba imaginarse en su puesto, en cuanto comenzaba a tocar su cuerpo, que excitaba su sensación aguda de posesión. Pero un cuerpo conquistado tenía de antemano para él más atractivo que un cuerpo entregado –más atractivo que cualquier otro cuerpo.

Abandonó su coche y entró en el Astor, seguido del boy, que llevaba su jaula en la extremidad del brazo, con dignidad. Había sobre el suelo millares de sombras: las mujeres cuyo amor no le interesaba –y un adversario vivo: la mujer por quien quería ser amado–. La idea de posesión total se había fijado en él, y su orgullo llamaba a un orgullo enemigo, como el jugador apasionado llama a otro jugador para el combate, y no la paz. Al menos la partida aquella noche estaba bien formada, puesto que, desde luego, iban a acostarse juntos.

Desde el hall, un empleado europeo se aproximó a él y le dijo:

–La señora Serge ha encargado se diga al señor Ferral que no volverá esta noche, pero que ese caballero le explicará.

Desconcertado, Ferral contempló a «aquel caballero», sentado de espaldas, junto a un biombo. El hombre se volvió: era el director de uno de los bancos ingleses, que, desde hacía un mes, cortejaba a Valeria. A su lado, detrás del biombo, un boy sostenía, no menos dignamente que el de Ferral, un mirlo en una jaula. El inglés se levantó, aturdido, y estrechó la mano de Ferral, diciéndole:

–Debería usted explicarme caballero...

Comprendieron ambos que habían sido burlados. Se contemplaban, entre la sonrisa burlona de los boys y la gravedad, demasiado grande para ser natural, de los empleados blancos. Era la hora del cocktail, y todo Shanghai estaba allí... Ferral se sentía en el mayor de los ridículos: el inglés era casi un muchacho.

Un desprecio tan intenso como la cólera que lo inspiraba compensó instantáneamente la inferioridad que le era impuesta. Se sintió rodeado de la verdadera estupidez humana, la que se adhiere y pesa sobre las

espaldas; los seres que le contemplaban eran los más odiosos cretinos de la tierra. Sin embargo, ignorando lo que sabían, los suponía al corriente de todo, y, frente a su ironía, se sentía aplastado por una parálisis de intenso odio.

–¿Es para un concurso? –preguntaba su boy al otro.

–No sé.

–El mío es un macho.

–Sí. El mío, una hembra.

–Debe ser para eso.

El inglés se inclinó ante Ferral y se dirigió al portero. Éste le entregó la carta. La leyó, llamó a su boy, sacó de su cartera una tarjeta de visita, la colocó en la jaula, dijo al portero: «Para la señora Serge», y salió.

Ferral se esforzaba por reflexionar y por defenderse. Ella le había herido en su punto más sensible, como si le hubiese saltado los ojos durante el sueño: le negaba. Lo que podía pensar, hacer, o querer, no existía. Aquella escena era ridícula, y nada haría que no lo fuese. Él sólo existía en el mundo de los fantasmas, y era él, precisamente él, quien resultaba befado. Y, para colmo –porque no pensaba en una consecuencia, sino en una sucesión de derrotas, como si la rabia le hubiese vuelto un masoquista–: para colmo, no se acostaría con ella. Cada vez más ávido de vengarse en aquel cuerpo irónico, permanecía allí, solo, frente a aquellos brutos y ante su boy indiferente, con la jaula en el extremo del brazo. Aquel pájaro era un constante insulto. Pero era preciso, ante todo, quedarse. Pidió un cocktail, encendió un cigarrillo; luego, permaneció inmóvil, ocupado en quebrar, dentro del bolsillo de la americana, la cerilla entre los dedos. Su mirada descubrió una pareja. El hombre tenía el encanto que ofrece la unión de los cabellos grises y un semblante juvenil; la mujer, gentil, un poco de almacén, lo contemplaba con un reconocimiento amoroso, hecho de ternura o de sensualidad. «Lo ama –pensó Ferral, con envidia–. Y, sin duda, será cualquier oscuro cretino, que quizá dependa de uno de mis negocios...» Mandó llamar al portero.

–Tiene usted una carta para mí. Démela.

El portero, asombrado, aunque siempre respetuoso, le alargó la carta.

¿Sabe usted, querido, que las mujeres persas, cuando son atacadas por la ira, zurran a sus maridos con sus babuchas erizadas de clavos? Son irresponsables. Y luego, ¿no es así?, vuelven a la vida ordinaria, a aquella en la que llorar con un hombre no las compromete, sino en la que acostarse con él las liberta –¿cree usted?–; la vida en la que se «tiene» a las mujeres. Yo no soy una mujer que se tiene, un cuerpo imbécil en el que usted encuentre su placer, mintiéndole como a los niños y a los enfermos. Usted sabe muchas cosas, querido, pero quizá se muera sin haberse dado cuenta de que una mujer es también un ser humano. Siempre he encontrado (quizá no encuentre nunca más que a ellos, pero tanto peor; ¡no puede usted suponerse cuántas veces digo tanto peor!) hombres que han hallado encantos en mí, que se han tomado un trabajo harto conmovedor por poner en práctica mis locuras; pero que sabían muy bien unirse a sus amigos en cuanto se trataba de verdaderas cosas humanas (salvo, naturalmente, para ser consolados). Mis caprichos los necesito, no sólo para agradarle, sino incluso para que usted me entienda, cuando hablo; mi encantadora locura, sepa usted lo que vale: se parece a su ternura. Si el dolor hubiera podido nacer de la presa que quería usted hacer de mí, ni siquiera lo habría usted reconocido...

He conocido a bastantes hombres para saber lo que hay que pensar de los caprichos: ninguna cosa deja de tener importancia para un hombre, en cuanto compromete su orgullo, y el placer es una palabra que permite hartarse de ella lo más pronto y con la mayor frecuencia. Me niego, por tanto, a ser un cuerpo, como usted a ser un talonario de cheques. Usted obra conmigo como las prostitutas con usted: «Habla, pero paga...» Soy también ese cuerpo que usted quiere que sea solamente: lo sé. No siempre me es fácil defenderme contra la idea que se tiene de mí. Su presencia me aproxima a mi cuerpo con disgusto, como la primavera me aproxima a él con júbilo. A propósito de la primavera, que se divierta usted mucho con los pájaros.

Y, desde luego, la próxima vez, deje usted tranquilos a los interruptores de la luz.

V.

Se afirmaba que Ferral había construido carreteras, transformado un país y arrancado a los paillottes de los campos de millares de campesinos cobijados en chozas de palastro ondulado alrededor de sus fábricas –como los feudales, como los delegados de imperio–; en su jaula, el mirlo parecía reírse de él. La fuerza de Ferral, su lucidez, la audacia que había transformado la Indochina y cuyo peso abrumador acababa de hacerle sentir la carta de América, se reflejaban en aquel pájaro ridículo, como el universo entero que se mofase incontestablemente de él. «Tanta importancia concedida a una mujer.» No era de la mujer de lo que se trataba. Ella no era más que una venda arrancada: él se había lanzado con toda su fuerza contra los límites de su voluntad. Hecha vana su excitación sexual, alimentaba su cólera y le arrojaba en la hipnosis asfixiante donde el ridículo invoca a la sangre. Nadie se venga con rapidez más que en los cuerpos. Clappique le había referido la historia salvaje de un jefe afgano, cuya mujer había vuelto, violada por un jefe vecino, con esta inscripción: «Te devuelvo a tu mujer; no está tan bien como dicen», y el cual, habiendo cogido al violador, le había atado delante de la mujer desnuda para arrancarle los ojos, diciéndole: «Tú la has visto y la has despreciado; pero puedes jurar que no volverás a verla nunca.» Se imaginó en la habitación de Valeria, ésta atada sobre el lecho, gritando hasta llegar a los sollozos tan próximos a los gritos de placer, fuertemente amarrada, retorciéndose bajo la posesión del sufrimiento, puesto que no lo hacía bajo la posesión del sexo... El portero esperaba. «Se trata de permanecer impasible, como ese idiota, a quien, sin embargo, me dan ganas de propinarle un par de bofetadas.» El idiota no sonreía por nada del mundo. Sería para más tarde. Ferral dijo: «Vuelvo dentro de un instante.» No pagó su cocktail, dejó su sombrero y salió.

–A casa del mejor vendedor de pájaros –dijo al chófer.

Estaba muy cerca. Pero el almacén se hallaba cerrado.

–En la ciudad china –dijo el chófer–, haber calles vendedores de pájaros.

–Ve.

Mientras el auto avanzaba, se instalaba en la imaginación de Ferral la confesión leída en cualquier libro viejo de medicina, de una mujer loca por el deseo de ser flagelada, citándose por carta con un desconocido y descubriendo con espanto que quería huir en el instante mismo en que, echada sobre la cama del hotel, el hombre, armado de un látigo, paralizaba totalmente su brazo bajo sus faldas levantadas. El rostro era invisible; pero se lo atribuía a Valeria. ¿Detenerse en el primer burdel chino que encontrase? No; ninguna carne le libraría del orgullo sexual escarnecido, que le desolaba.

El auto tuvo que detenerse ante las alambradas. Enfrente, la ciudad china, muy oscura, muy poco segura. Tanto mejor. Ferral abandonó el auto e hizo pasar su revólver al bolsillo de la americana, esperando cualquier ataque: se mata lo que se puede.

La calle de los vendedores de animales estaba dormida; tranquilamente, el boy llamó en el primer postigo gritando «Comprador»; los comerciantes temían a los soldados. Cinco minutos después, abrían; en la magnífica sombra roja de las tiendas chinas, alrededor de una linterna, algunos saltos ahogados de gatos o de monos, y luego unas sacudidas de alas anunciaron el despertar de los animales. En la sombra, unas manchas alargadas, de un rosa sordo: papagayos atados a unas estacas.

–¿Cuánto valen todos esos pájaros?

–¿Los pájaros solamente? Ochocientos dólares.

Era un comerciante modesto, que no poseía pájaros raros. Ferral sacó su talonario de cheques, vaciló: el comerciante querría dinero. El boy comprendió: «Es el señor Ferral –dijo–; el auto está allá.» El comerciante salió, vio los faros del auto, arañados por las alambradas.

–Bueno.

Aquella confianza, prueba de su autoridad, exasperaba a Ferral; su fuerza, evidente hasta en el conocimiento de su nombre por aquel vendedor, era absurda, puesto que no podía recurrir a ella. Sin

embargo, el orgullo, ayudado por la acción en que se enfrascaba y por el aire frío de la noche, volvía en su ayuda: cólera o imaginaciones sádicas se disgregaban en náuseas, aunque sabía que no había acabado con ellas.

–Tengo también un canguro –dijo el comerciante.

Ferral se encogió de hombros. Pero ya llegaba un muchacho, despertado también, con el canguro en brazos. Era un animal muy pequeño, velludo, que contempló a Ferral con ojos de cierva espantada.

–Bueno.

Nuevo cheque.

Ferral volvió con lentitud hacia el auto. Ante todo, era preciso que si Valeria refería la historia de las jaulas –no dejaría de hacerlo– bastara que refiriera el final para escapar al ridículo. El comerciante, el muchacho, el boy llevaban las pequeñas jaulas, las colocaban en el auto y volvían en busca de otras; por fin, llevaron los últimos animales, el canguro y los papagayos, encerrados en unas jaulas redondas. Más allá de la ciudad china sonaron algunos disparos. Muy bien: cuanto más se batieran, más valdría aquello. El auto regresó, bajo los ojos estupefactos del puesto de guardia.

En el Astor, Ferral mandó llamar al director.

–Haga el favor de subir conmigo a la habitación de la señora Serge. Está ausente, y quiero prepararle una sorpresa.

El director disimuló su asombro y más aún su reprobación: el Astor dependía del Consorcio. La única presencia de un blanco, a quien hablaba Ferral, le redimía de su universo humillado, le ayudaba a volver entre «los otros»; el comerciante chino y la noche le habían dejado en su obsesión; no se había librado totalmente de ella ahora; pero por lo menos, ya no le dominaba ella sola.

Cinco minutos después, mandaba colocar las jaulas en la habitación. Todos los objetos preciosos se hallaban alineados en los armarios, uno de los cuales no estaba cerrado. Cogió de encima de la cama un pijama, para echarlo en el armario; pero apenas hubo tocado la seda tibia, le pareció que aquella tibieza, a través de su brazo, se comunicaba a todo su cuerpo, y que la tela que estrujaba había recubierto exactamente los senos: los vestidos, los pijamas, colgados en el armario entreabierto, retenían en sí algo más sensual, quizá, que el cuerpo mismo de Valeria. Estuvo a punto de hundir su rostro en aquel pijama y oprimir o desgarrar, como si los hubiese penetrado, aquellos vestidos, saturados aún de su presencia. Si hubiera podido llevarse el pijama, lo habría hecho. En el instante mismo en que el pijama abandonaba la mano, la leyenda de Hércules y de Onfalia invadió su imaginación –Hércules, vestido de mujer, con telas arrugadas y tibias como aquéllas, humillado y satisfecho de su humillación–. En vano invocó las escenas sádicas que hacía poco se le habían impuesto: el hombre golpeado por Onfalia y por Deyanira pesaba sobre todos sus pensamientos y le anegaba en un goce humillado. Dio un paso hacia adelante. Tocó su revólver en el bolsillo: si ella hubiera entrado en aquel momento, sin duda la habría matado. Sus pasos se debilitaron más allá de la puerta: la mano de Ferral cambió de bolsillo y sacó nerviosamente el pañuelo. Necesitaba obrar, no importaba cómo, para reponerse. Hizo soltar los papagayos; pero los pájaros, temerosos, se refugiaron en los rincones y entre las cortinas. El canguro había saltado sobre el lecho, y allí permanecía. Ferral apagó la lámpara principal y no dejó más que la del velador: rosados, blancos, con los magníficos movimientos de alas curvas y suntuosas de los fénix de la Compañía de Indias, los papagayos comenzaron a volar, con un ruido de vuelo torpe e inquieto.

Aquellas cajas llenas de pajaritos agitados, atravesadas sobre todos los muebles, por el suelo y en la chimenea, le molestaban. Indagó por qué, y no lo adivinó. Salió. Volvió a entrar y lo comprendió en seguida: la habitación parecía devastada. ¿Escaparía a la idiotez aquella noche? A pesar suyo, había dejado allí la imagen esplendente de su ira.

–Abre las jaulas –dijo al boy.

–La habitación se ensuciará, señor Ferral.

–La señora Serge se mudará. Esté usted tranquilo, que no será esta noche. Ya me enviará usted la cuenta.

–¿Flores, señor Ferral?

–Nada más que pájaros. Y que nadie entre aquí; ni siquiera los criados.

Las ventanas estaban protegidas, contra los mosquitos, por una tela metálica. Los pájaros no se escaparían. El director abrió los cristales para que la habitación no oliese.

Entonces, sobre los muebles y las cortinas y en los rincones del techo, los pájaros de las islas revoloteaban, mates en aquella débil luz, como los de los frescos chinos. Había ofrecido por odio a Valeria su más lindo regalo... Apagó; volvió a encender; apagó; volvió a encender. Empleaba para ello el interruptor de la lámpara del lecho: recordó, de pronto, la última noche pasada en su casa con Valeria. Sintió deseos de arrancar el interruptor para que ella no pudiese emplearlo nunca –con cualquiera que fuese–. Pero no quería dejar allí ninguna huella de su cólera.

–Llévate las jaulas vacías –dijo al boy–. Mándalas quemar.

–Si la señora Serge pregunta quién ha enviado los pájaros –pronunció el director, que contemplaba a Ferral con admiración–, ¿debemos decírselo?

–No preguntará. Está firmado.

Salió. Era preciso que se acostase con una mujer aquella noche. Sin embargo, no tenía ganas de ir inmediatamente al restaurante chino. Estar seguro de que unos cuerpos se hallaban a su disposición, le bastaba –provisionalmente–. Con frecuencia, cuando una pesadilla le despertaba sobresaltado, se sentía presa del deseo de reanudar el sueño, a pesar de la pesadilla que volvería a encontrar en él, y, al mismo tiempo, del de librarse de ella, despertándose por completo; el sueño era la pesadilla, pero era él; el despertar era la paz, pero era el mundo. El erotismo, aquella noche, era la pesadilla. Se decidió, por fin, a despertarse, y se hizo conducir al Círculo francés: hablar, restablecer las relaciones con un ser, aunque no fuese más que las de una conversación, constituían el más seguro despertar.

El bar estaba lleno: época de desórdenes. Muy cerca de la puerta entreabierta, con una esclavina de lana cruda sobre los hombros, solo y casi aislado, Gisors se hallaba sentado ante un cocktail dulce; Kyo había telefoneado que todo marchaba bien, y su padre había ido al bar en busca de las noticias del día, con frecuencia absurdas, pero, a veces, significativas: no lo eran entonces. Ferral se dirigió hacia él, por entre los saludos. Conocía la naturaleza de sus enseñanzas, pero no les concedía importancia alguna. Ignoraba que Kyo estuviese entonces en Shanghai. Consideraba humillante interrogar a Martial acerca de las personas, y el papel de Kyo no tenía ningún carácter público.

Todos aquellos idiotas que le miraban con una tímida reprobación creían que estaba unido al viejo por el opio. Error. Ferral fingía fumar –una o dos pipas–, y siempre menos de las que hubiera necesitado para experimentar la acción del opio–, porque veía en la atmósfera del fumar y en la pipa que pasa de una boca a otra un medio de acción sobre las mujeres. Como tenía horror a la corte que debía hacer y al cambio con que pagaba su importancia concedida a una mujer lo que ésta le proporcionaba en placer, se enfrascaba en todo cuanto le dispensaba de ello.

Era un gusto más complejo el que le había impulsado algunas veces a acudir a Pekín, al lado del viejo Gisors. El placer del escándalo, en primer término. Además, no quería ser sólo el presidente del Consorcio; quería ser distinto de su acción –medio de creerse superior a ella–. Su afición casi agresiva al arte, al pensamiento y al cinismo, que él llamaba lucidez, constituía una defensa: Ferral no procedía ni de las «familias» de los grandes establecimientos de créditos, ni del Movimiento General de Fondos, ni de la Inspección de hacienda. La dinastía de Ferral estaba demasiado unida a la historia de la República, para que pudiese considerársele como un provinciano; pero no dejaba de ser un aficionado, cualquiera que fuese su autoridad. Demasiado hábil para tratar de colmar el foso que le rodeaba, lo ensanchaba. La gran cultura de Gisors; su inteligencia, siempre al servicio de su interlocutor; su desdén hacia los convencionalismos; sus «puntos de vista», casi siempre singulares, que Ferral no tenía inconveniente en atribuirse cuando lo había abandonado, le aproximaban, más aún que todo aquello cuanto los separaba: con Ferral, Gisors no hablaba de política más que en el plano de la filosofía. Ferral decía que tenía necesidad de la inteligencia, y, cuando no la encontraba, era verdad.

Miró a su alrededor: en el momento mismo en que se sentó, casi todas las miradas se volvieron. Aquella

noche, de buena gana se hubiera casado con su cocinera, aunque no hubiera sido más que para imponérsela a aquella multitud.

Que todos aquellos idiotas juzgasen lo que él hacía, le exasperaba; cuanto menos los viera, mejor: propuso a Gisors irse a beber a la terraza, frente al jardín. A pesar del fresco, los boys habían sacado fuera algunas mesas.

–¿Cree usted que se puede conocer (conocer) a un ser vivo? –preguntó a Gisors.

Se instalaban cerca de una lamparita cuyo halo se perdía en la oscuridad, que llenaba poco a poco la bruma.

Gisors lo miró. «No tendría afición a la psicología, si pudiera imponer su voluntad.»

–¿Una mujer? –preguntó.

–¿Qué importa?

–El pensamiento que se dedica a elucidar a una mujer tiene algo de erótico... Querer conocer a una mujer, ¿no es cierto?, siempre supone una manera de poseerla o de vengarse de ella...

Una mujer pública, en la mesa próxima, decía a otra:

–No se me hace eso tan fácilmente. Voy a decirte: es una mujer que está celosa de mi perro.

–Creo –continuó Gisors– que el recurrir al espíritu intenta compensar esto: el conocimiento de un ser es un sentimiento negativo; el sentimiento positivo, la realidad, es la angustia de permanecer siempre extraño para aquel a quien se ama.

–¿Se ama alguna vez?

–El tiempo hace desaparecer, a veces, esa angustia; sólo el tiempo. No se conoce nunca a un ser; pero, a veces, se deja de sentir que se le ignora (pienso en mi hijo, ¿verdad?, y también en... otro muchacho). Conocer por medio de la inteligencia constituye la tentación vana de prescindir del tiempo...

–La función de la inteligencia no consiste en prescindir de las cosas.

Gisors le miró.

–¿Qué entiende usted por inteligencia?

–¿En general?

–Sí.

Ferral reflexionó.

–La posesión de los medios de dominar a las cosas o a los hombres.

Gisors sonrió imperceptiblemente. Cada vez que formulaba aquella pregunta, su interlocutor, cualquiera que fuese, respondía con el retrato de su deseo. Pero la mirada de Ferral tornóse de pronto más intensa.

–¿Sabe usted cuál era el suplicio infligido por la ofensa de la mujer al amo, aquí, bajo los primeros imperios? –preguntó.

–Pues bien: había varios, ¿no es eso? Parece ser que el principal consistía en atarla sobre una armadía, con las manos y las muñecas cortadas y los ojos saltados, y...

Mientras hablaba, Gisors observaba la atención creciente y quizá la satisfacción con que Ferral le escuchaba.

–... dejarlas descender a lo largo de aquellos interminables ríos, hasta que se morían de hambre o de

agotamiento, con sus amantes amarrados a su lado, sobre la misma armadía...

–¿Sus amantes?

¿Cómo tal distracción podía conciliarse con aquella atención, con aquella mirada? Gisors no podía adivinar que, en el espíritu de Ferral, no existía el amante; pero ya éste se había recobrado.

–Lo más curioso –continuó– es que aquellos códigos feroces parecen haber sido redactados, hacia el siglo iv, por unos sabios que eran humanos y buenos, según lo que conocemos acerca de sus vidas privadas...

–Sí; sin duda, eran unos sabios.

Gisors contempló aquel rostro anguloso, con los ojos cerrados, iluminados desde abajo por la lamparita, con un efecto de luz sobre el bigote. Disparos a lo lejos. ¿Cuántas vidas se decidirían en la bruma nocturna? Contemplaba aquella faz, ásperamente distendida sobre una humillación procedente del fondo del cuerpo y del espíritu, defendiéndose contra ella con esa fuerza irrisoria que es el rencor humano; el odio de los sexos estaba por encima de ella, como si, de la sangre que continuaba corriendo sobre aquella tierra, ya saciada, hubieran debido renacer los más antiguos odios.

Nuevos disparos, muy próximos esta vez, hicieron temblar los vasos sobre la mesa.

Gisors estaba acostumbrado a los disparos, que todos los días llegaban de la ciudad china. A pesar del aviso telefónico de Kyo, éstos, de pronto, le inquietaron. Ignoraba la extensión del papel político desempeñado por Ferral; pero aquel papel no podía ser ejercido más que al servicio de Chiang Kaishek. Consideró natural estar sentado a su lado –él no se encontraba nunca «comprometido», ni siquiera con respecto a sí mismo–; pero cesó de desear el acudir en su ayuda. Nuevos disparos, más lejanos.

–¿Qué pasa? –preguntó.

–No sé. Los jefes azules y rojos han llevado a efecto juntos una gran proclamación de unión. Esto parece que va a arreglarse.

«Miente –pensó Gisors–; está, por lo menos, tan bien informado como yo.»

–Con rojos o azules –decía Ferral–, los coolies no dejarán de ser coolies; a menos que queden muertos. ¿No considera usted como una estupidez característica de la especie humana que un hombre que no tiene más que una vida se arriesgue a perderla tan sólo por una idea?

–Es muy raro que un hombre pueda soportar (¿cómo diré yo?) su condición de hombre...

Pensó en una de las ideas de Kyo: todo aquello por lo cual los hombres aceptan dejarse matar, más allá del interés, tiende, más o menos confusamente, a justificar esa condición, fundiéndola en dignidad: cristianismo para el esclavo, nación para el ciudadano, comunismo para el obrero. Pero no tenía gana de discutir las ideas de Kyo con Ferral. Volvió a éste:

–Siempre hay que intoxicarse: este país tiene el opio; el Islam, el haschich; el Occidente, la mujer... Quizá el amor sea, sobre todo, el medio que emplea el occidental para emanciparse de su condición de hombre...

Bajo sus palabras, se deslizaba una contracorriente confusa y oculta de figuras: Chen y el crimen; Clappique y su locura; Katow y la revolución; May y el amor; él mismo 1 y el opio... Sólo Kyo, para él, se resistía a aquellos dominios.

–Muchas menos mujeres se acostarían –respondió Ferral–, si pudiesen obtener en la posición vertical las frases de admiración de que tienen necesidad y que exigen en el lecho.

–¡Y cuántos hombres!

–Pero el hombre puede y debe negar a la mujer: el acto, sólo el acto justifica la vida y satisface al hombre blanco. ¿Qué pensaríamos si se nos hablase de un gran pintor que no hiciera cuadros? Un hombre es la suma de sus actos, de los que ha hecho y de los que puede hacer. Yo no soy lo que tal hombre o cual mujer considera como modelo de mi vida; yo soy mis carreteras, mis...

–Sería preciso que las carreteras fuesen hechas.

Desde los últimos disparos, Gisors se había propuesto no fingirse el justificador.

–Si no por usted, ¿verdad?, por otro. Es como si un general dijese: con mis soldados, puedo ametrallar la ciudad. Pero si fuese capaz de ametrallarla, no sería general... no se hace uno general más que saliendo de Saint-Cyr. Además, los hombres son, quizá, indiferentes al poder... Lo que los fascina ante esa idea, ya ve usted, no es el poder real; es la ilusión del buen placer. El poder del rey es gobernar, ¿no es cierto? Pero el hombre no tiene deseo de gobernar: siente el deseo de dominar; usted lo ha dicho. De ser más que hombre, en un mundo de hombres. Escapar a la condición humana, le decía yo. No poderoso, sino todopoderoso. La enfermedad quimérica cuya justificación intelectual no es más que la voluntad de potencia, es la voluntad de deidad: todo hombre sueña con ser un dios.

Lo que decía Gisors confundía a Ferral; pero su inteligencia no estaba preparada para acogerle. Si el viejo no le justificaba, no le libraría ya de su obsesión.

–En su opinión, ¿por qué los dioses no poseen a los mortales más que bajo formas humanas o bestiales?

Como si la hubiese visto, Gisors sintió que una sombra se instalaba al lado de ellos. Ferral se había levantado.

–Tiene usted necesidad de comprometer lo esencial de usted mismo para sentir más violentamente su existencia –dijo Gisors, sin mirarle.

Ferral no adivinaba que la penetración de Gisors procedía de que reconocía en sus interlocutores fragmentos de su propia persona, y que su retrato más sutil se hubiera hecho reuniendo sus ejemplos de perspicacia.

–Un dios puede poseer –continuó el viejo, con una sonrisa de convencimiento–, pero no puede conquistar. El ideal de un dios, ¿verdad?, es convertirse en hombre sabiendo que volverá a encontrar su poder; y el sueño del hombre, convertirse en dios sin perder su personalidad...

Decididamente, tenía que acostarse con una mujer. Ferral se marchó.

«Curioso caso de engaño por añadidos –pensaba Gisors–. En el orden erótico, se diría que se concibe, esta noche, como la concebiría un pequeño burgués romántico.» Cuando, poco después de la guerra, Gisors había entrado en contacto con las potencias económicas de Shanghai, no poco se había asombrado de ver que la idea que se formaba acerca del capitalista no correspondía a nada. Casi todos los que encontró entonces habían fijado su vida sentimental, bajo una u otra forma –y casi siempre bajo la del matrimonio–; la obsesión que hace el gran hombre de negocios, cuando no es un intercambiable heredero, se acomoda mal a la dispersión erótica. «El capitalismo moderno –explicaba a sus discípulos– es mucho más voluntad de organización que de poderío...»

Ferral, en el auto, pensaba que sus relaciones con las mujeres eran siempre las mismas y absurdas. Quizá hubiera amado en otro tiempo. En otro tiempo. ¿Qué psicólogo, borracho perdido, había tenido la ocurrencia de llamar amor al sentimiento que ahora envenenaba su vida? El amor es una obsesión exaltada; sus mujeres le obsesionaban, sí –como un deseo de venganza–. Iba a hacerse juzgar entre las mujeres, él, que no aceptaba ningún juicio. La mujer que le hubiese admirado en la entrega de sí misma, a la que él no hubiese combatido, no habría existido para él. Condenado a las coquetas o a las putas. Poseía los cuerpos. Afortunadamente. Si no... «Morirá usted, querido, sin haberse dado cuenta de que una mujer es un ser humano...» Para ella, quizá; para él, no. ¡Una mujer, un ser humano! Es un descanso, un viaje, un enemigo.

Tomó, al pasar, una cortesana, en una de las casas de Nanking Road: una muchacha de semblante gracioso y dulce. A su lado en el auto, con las manos prudentemente apoyadas en su cítara, tenía el aspecto de una estatuilla Tang. Llegaron, por fin, a su casa. Subió las escaleras delante de ella, haciéndose pesado su paso, de ordinario apresurado. «Vamos a dormir», pensaba... El sueño era la paz. Había vivido, combatido y creado; bajo todas aquellas apariencias, en lo más profundo, encontraba esa sola realidad, ese goce de abandonarse a sí mismo, de dejarse en la playa como el cuerpo de un compañero ahogado, a aquel ser –él mismo– cuya vida había que inventar de nuevo todos los días. «Dormir es la única cosa que he deseado siempre, en el fondo, desde hace tantos años.»

¿Qué esperar, mejor que un soporífero, de la joven cuyas babuchas, detrás de él, sonaban, a cada paso que daba en un peldaño de la escalera? Entraron en el salón de fumar; una pequeña habitación con divanes cubiertos por un tapiz de Mongolia, hecho más bien para la sensualidad que para el sueño. En las paredes, una gran aguada del primer período de Kama, un estandarte tibetano. La mujer dejó su cítara sobre un diván. En la bandeja, los instrumentos antiguos, con mangos de jade ornamentales y poco prácticos, propios del que no los emplea. La joven tendió la mano hacia ellos: él la detuvo con un gesto. Un disparo lejano hizo temblar las agujas sobre la bandeja.

–¿Quiere usted que cante?

–Ahora no.

Contemplaba su cuerpo, manifiesto y oculto, a la vez, por el vestido de seda malva con que iba vestida. La sabía estupefacta; no era costumbre acostarse con una cortesana sin que hubiese cantado, hablado y servido la mesa o preparado las pipas. ¿Para qué, si no, dirigirse a las prostitutas?

–¿No quiere usted tampoco fumar?

–No. Desnúdate.

Negaba su dignidad, lo sabía. Sintió deseos de exigirle que se quedase completamente desnuda; pero ella se habría negado. No había dejado encendida más que una lamparilla. «El erotismo –pensó– es la humillación en uno mismo o en el otro, y quizá en ambos. Una idea, con toda evidencia...» Además, estaba excitante así, con la ajustada camisa china; pero apenas se hallaba excitado, o quizá no lo estaba más que por la sumisión de aquel cuerpo que Se esperaba, en tanto que él no se movía. Su placer brotaba de que se pusiese en el puesto de la otra, estaba claro: de la otra, dominada; dominada por él. En definitiva, no copulaba nunca más que consigo mismo, pero no podía lograrlo más que con la condición de no estar solo. Ahora comprendía lo que Gisors no había hecho más que sospechar: sí; su voluntad de potencia no alcanzaba jamás su objeto, no vivía más que de renovarlo; pero si nunca en su vida había poseído, poseería, a través de aquella china que le esperaba, la única cosa de la cual estaba ávido: él mismo. Necesitaba los ojos de los demás para verse, los sentidos de otro para sentirse. Contempló la pintura tibetana, fija allí, sin que supiese demasiado por qué: sobre su campo descolorido, por donde erraban unos viajeros, dos esqueletos exactamente iguales se estrechaban con ansia.

Se aproximó a la mujer.

10 y media

«Con tal que el auto no tarde...», pensó Chen. En la oscuridad completa, no habría sido tan seguro su golpe, y los últimos reverberos iban muy pronto a apagarse. La noche desolada de la China de los arrozales y de los pantanos había ganado la avenida, casi abandonada. Las luces turbias de las villas de bruma pasaban por las rendijas de los postigos entreabiertos, a través de los cristales tapados, e iban apagándose una a una. Los últimos reflejos se adherían a los rieles mojados y a los aisladores telegráficos; se debilitaban de minuto en minuto; bien pronto Chen ya no los vio más que en los carteles verticales cubiertos de caracteres dorados. Aquella noche de bruma era su última noche y se hallaba satisfecho de ello. Iba a saltar con el coche, en un relámpago circular que iluminaría por un segundo un haz de sangre. La leyenda china más antigua se impuso en él: los hombres son los gusanos de la tierra. Era preciso que el terrorismo se volviese místico. Soledad, desde luego: que el terrorismo decidiese por sí solo y ejecutase solo; toda la fuerza de la policía está en la delación; el criminal que obra solo no corre el riesgo de denunciarse a sí mismo. Soledad última, porque le es difícil al que vive fuera del mundo encontrar a los suyos. Chen conocía las objeciones opuestas al terrorismo: represión policíaca contra los obreros y llamamiento al fascismo. La represión no podía ser más violenta, ni el fascismo más evidente. Y acaso Kyo y él no pensasen para los mismos hombres. No se trataba de mantener en su clase, para emanciparlos, a los mejores hombres aniquilados, sino de dar un sentido a su mismo aniquilamiento, que cada uno se instituyese responsable y juez: de la vida de su amo. Dar un sentido inmediato al individuo sin esperanza y multiplicar los atentados, no por una organización, sino por una idea: hacer que renaciesen los mártires. Pei, escritor, sería escuchado, porque él, Chen, iba a morir: sabía con qué fuerza pesa sobre todo pensamiento la sangre vertida por él. Todo lo que no fuese su gesto resuelto, se descomponía en la noche, tras de la cual permanecía emboscado aquel automóvil que llegaría bien pronto. La bruma, alimentada por el vapor de los navíos, destruía poco a poco, en el fondo de la avenida, las aceras, aún no vacías: algunos transeúntes atareados marchaban por ellas uno detrás de otro, sobrepasándose rara vez, como si la guerra hubiese impuesto a la ciudad un orden todopoderoso. El silencio general de su marcha hacía su agitación casi fantástica. No llevaban paquetes ni canasta, ni empujaban los cochecitos; aquella noche, parecía que su actividad no tuviese finalidad alguna. Chen contemplaba todas aquellas sombras que se deslizaban, sin hacer ruido, hacia el río, con un movimiento inexplicable y constante. ¿No era el Destino mismo aquella fuerza que le impulsaba hacia el fondo de la avenida, donde el arco encendido de muestras, apenas visibles frente a las tinieblas del río, parecía la puerta misma de la muerte? Hundidos en perspectivas turbias, los enormes caracteres se perdían en aquel mundo trágico y suave como en los siglos, y, del mismo modo que si hubiera llegado, no del estado mayor, sino de los tiempos búdicos, la bocina militar del auto de Chiang Kaishek comenzó a resonar sordamente en el fondo de la calzada, casi desierta. Chen oprimió la bomba bajo el brazo, con gratitud. Sólo los faros salían de la bruma. Casi inmediatamente, precedido por el Ford de la guardia, apareció el coche entero; una vez más pareció a Chen que avanzaba extraordinariamente de prisa. Tres pousses obstruyeron, de pronto, la calle, y los dos autos aminoraron la marcha. Trató de recuperar el control de su respiración. Ya el obstáculo se había dispersado. El Ford pasó, y el auto llegaba: un hermoso coche americano, flanqueado por dos policías amarrados a los estribos; daba tal impresión de fuerza, que Chen sintió que, si no avanzaba, si esperaba, se apartaría a pesar suyo. Cogió la bomba por el asa, como una botella de leche. El auto del general estaba a veinte metros, enorme. Corrió hacia él, con un júbilo de extático, y se arrojó encima con los ojos cerrados.

Volvió en sí algunos segundos más tarde: no había sentido ni oído el crujir de los huesos que esperaba; había zozobrado en un globo deslumbrador. No tenía chaqueta. En su mano derecha sustentaba un trozo del capote, lleno de barro o de sangre. A algunos metros, un montón de restos rojos, una superficie donde brillaba un último reflejo de luz de vidrios acumulados, unos... ya no distinguía más: adquiría la conciencia del dolor, que en menos de un segundo, fue más allá de la conciencia. Ya no veía claro. Sentía, sin embargo, que aquel lugar estaba desierto. ¿Temerían los policías una segunda bomba? Sufría con toda su carne, con un sufrimiento ni siquiera localizable: ya no era más que sufrimiento. Se acercaban. Recordó que debía coger su revólver. Intentó alcanzar el bolsillo de su pantalón. No tenía bolsillo, ni pantalón, ni pierna, sino carne triturada. El otro revólver estaba en el bolsillo de la camisa. El botón había saltado. Asió el arma por el cañón, la volvió sin saber cómo y soltó, por instinto, el seguro con el pulgar. Abrió por fin los ojos. Todo daba vueltas, de una manera lenta e inconcebible, en un círculo muy grande; y, sin embargo, sólo existía el dolor. Un policía estaba muy cerca. Chen quiso preguntar si Chiang Kaishek había muerto, pero quería enterarse de ello en el otro mundo: en este mundo, aquella misma muerte le era indiferente.

Con toda su fuerza, el policía le volvió, de un puntapié en las costillas. Chen aulló, disparó hacia adelante, al azar, y la sacudida hizo más intenso aún aquel dolor que creía sin fondo. Iba a desvanecerse o a morir. Hizo el más terrible esfuerzo de su vida, y llegó a introducir en la boca el cañón del revólver. Previendo la nueva sacudida, más dolorosa aún que la precedente, no se movía ya. Con una furiosa patada, otro policía crispó todos sus músculos: disparó, sin darse cuenta.

Parte Quinta

Las 11 y 15

A través de la bruma, el auto se introdujo en la larga avenida enarenada que conducía a una casa de juego. «Tengo tiempo de subir –pensó Clappique–, antes de ir al Black-Cat.» Se había propuesto no faltar a la cita de Kyo, a causa del dinero que esperaba de él, y porque quizá aquella vez no iba a prevenirle, sino a salvarle. Había obtenido sin trabajo los informes que Kyo le había pedido: los indicadores sabían que para las once estaba previsto un movimiento de tropas especiales de Chiang Kaishek, y que todos los comités comunistas quedarían cercados. Ya no se trataba de decir: «La reacción es inminente», sino: «No piense usted esta noche en ningún comité.» No había olvidado que Kyo tenía que marcharse antes de las once y media. Aquella noche, pues, tendría alguna reunión comunista, que Chiang Kaishek pretendería impedir. Lo que sabían los policías era algunas veces falso; pero la coincidencia resultaba demasiado evidente. Una vez prevenido, Kyo podía hacer que se suspendiera la reunión, o, si ya fuese demasiado tarde, no acudir a ella. «Si me da cien dólares, quizá tenga bastante dinero: cien y los ciento diecisiete adquiridos esta tarde por las vías simpáticas y uniformemente ilegales, doscientos diecisiete... Pero tal vez no tenga nada: esta vez no hay armas a la vista. Tratemos, primero, de desenvolvernos solos.» El auto se detuvo. Clappique, vestido de smoking, entregó dos dólares. El chófer, descubriéndose, le dio las gracias, con una ancha sonrisa; la carrera costaba un dólar.

–Esta liberalidad va encaminada a que te puedas comprar un sombrero hongo.

Y, con el índice levantado, anunciador de verdad:

–He dicho: hongo. El chófer partía de nuevo.

–Porque, desde el punto de vista plástico, que es el de todos los buenos espíritus –continuaba Clappique, plantado en medio de la grava–, este personaje exige un buen sombrero hongo.

El auto había partido. No se dirigía más que a la noche, y, como si ésta le hubiese respondido, el perfume de los bojes y de los evónimos subió del jardín. Aquel perfume amargo era Europa. El barón se palpó el bolsillo derecho, y, en lugar de su cartera, sintió su revólver: la cartera estaba en el bolsillo izquierdo. Miró las ventanas, no iluminadas, apenas distintas. «Reflexionemos...» Sabía que sólo se esforzaba por prolongar aquel instante, en el que el juego no estaba aún entablado, en el que la huida era aún posible. «Pasado mañana, si ha llovido, habrá aquí este olor, y tal vez esté yo muerto... ¿Muerto? ¿Qué digo? ¡Qué locura! ¡Ni una palabra! Yo soy inmortal.» Entró y subió al primer piso. Un ruido de fichas y la voz del croupier parecían elevarse y descender de nuevo, con los extractos de humo. Los boys dormían; pero los detectives de la policía privada, con las manos en los bolsillos de la americana (la derecha extendida sobre el Colt), adosados a los umbrales de las puertas o paseando con indolencia, no dormían. Clappique llegó al gran salón; en una bruma de tabaco, donde brillaban confusamente las rocallas del muro, unas manchas alternas –negro de smokings y blanco de espaldas– se inclinaban sobre el tapete verde.

–¡Hello, Toto! –gritaron unas voces.

El barón era con frecuencia Toto, en Shanghai. Sólo había ido al acaso, por acompañar a los amigos: no era jugador. Con los brazos abiertos tenía el aspecto de un buen padre que vuelve a encontrar con júbilo a sus hijos.

–¡Bravo! Estoy emocionado al poder agregarme a esta pequeña fiesta de familia...

Pero el croupier lanzó su bola; la atención abandonó a Clappique. Allí perdía su valor: los concurrentes no tenían necesidad de ser distraídos. Sus rostros estaban fijados por la mirada en aquella bola, sujetos a una disciplina absoluta.

Poseía ciento diecisiete dólares. Jugar sobre los números hubiera sido demasiado peligroso. Había elegido, de antemano, pares o impares.

–Unas simpáticas fichitas –dijo al distribuidor.

–¿De cuánto?

–De veinte.

Decidió jugar una ficha cada vez; siempre a los pares. Tenía que ganar, por lo menos, trescientos dólares.

Apuntó. Salió el 5. Había perdido. Aquello no tenía importancia ni interés. Apuntó de nuevo, también a los pares. El 2: había ganado. De nuevo. El 7: perdido. Luego, el 9: perdido. El 4: ganado. El 3: perdido. El 7, el 1: perdido. Perdía ochenta dólares. No le quedaba más que una ficha.

Su última jugada.

La lanzó con la mano derecha; ya no movía la izquierda, como si la inmovilidad de la bola estuviese fija en aquella mano, unida a ella. Y, sin embargo, aquella mano le atraía hacia sí mismo. Se acordó, de pronto: no era la mano lo que le estorbaba, era el reloj, que llevaba en la muñeca. Las once y veinticinco. Le quedaban cinco minutos para encontrar a Kyo.

Durante la antepenúltima jugada, había estado seguro de ganar; y, aunque debiera perder, no podía perder tan de prisa. Había hecho mal en no conceder importancia a su primera pérdida: era, seguramente, de mal agüero. Pero casi siempre se gana en la última jugada, y los impares acaban de salir tres veces seguidas. Desde su llegada, no obstante, los impares salían con más frecuencia que los pares, puesto que perdía... ¿Qué resolver? ¿Cambiar y jugar a los impares? Pero algo le impulsaba ahora a permanecer pasivo, a soportar: le pareció que había ido tan sólo para eso. Todo gesto hubiera sido un sacrilegio. Dejó su puesta en los pares.

El croupier lanzó la bola. Partió blandamente, como siempre, y pareció vacilar. Desde el comienzo, Clappique no había visto salir todavía ni rojo ni negro. Aquellas casillas tenían entonces las mayores probabilidades. La bola continuaba su paseo. ¿Que no había jugado rojo? La bola iba más despacio. Se detuvo en el 2. Había ganado.

Había que trasladar los cuarenta dólares al 7 y jugar el número. Era evidente: para lo sucesivo, debía abandonar la banda. Puso sus dos fichas, y ganó. Cuando el croupier arrojó hacia él catorce fichas y cuando él las tocó, descubrió con estupefacción que podía ganar; no era aquello una imaginación, una lotería fantástica de ganadores desconocidos. Le pareció, de pronto, que la banca le debía dinero; no porque había apuntado al número que ganaba, ni porque primeramente había perdido, sino desde toda la eternidad, a causa de la fantasía y de la libertad de su espíritu; porque aquella bola ponía a la casualidad a su favor para pagar todas las deudas de la suerte. Sin embargo, si jugaba de nuevo un número, perdería. Dejó doscientos dólares en los impares –y perdió.

Indignado, abandonó la mesa un instante y se aproximó a la ventana.

Fuera, la noche. Bajo los árboles, las luces rojas de las linternas en las traseras de los autos. A pesar de los cristales, oyó una gran confusión de voces y de risas, y, de pronto, sin distinguir las palabras, una frase pronunciada con entonación de cólera. Pasiones... Todos aquellos seres que atravesaban la bruma, ¿de qué vida imbécil y fofa vivían? Ni siquiera unas sombras: unas voces en la noche. Era en aquella sala donde la sangre afluía a la vida. Los que no jugaban no eran hombres. ¿Todo su pasado, no sería más que una prolongada locura? Volvió a la mesa.

Puso sesenta dólares en los pares, de nuevo. Aquella bola, cuyo movimiento iba a debilitarse, era un destino, y, desde luego, su destino. No luchaba contra una criatura, sino contra una especie de dios; y aquel dios, al mismo tiempo, era él mismo. La bola volvió a partir.

Recuperó en seguida el desnivel pasivo que buscaba: de nuevo le pareció tomar su vida y suspenderla de aquella bola irrisoria. Gracias a ella, saciaba a un tiempo, por primera vez, a los dos Clappiques que le formaban: el que quería vivir y el que quería ser destruido. ¿Para qué mirar el reloj? Relegaba a Kyo en un mundo de ensueño. Le parecía alimentar a aquella bola, no ya con jugadas, sino con su propia vida –si no veía a Kyo, perdía toda posibilidad de encontrar dinero– y con la de otro; y, que aquel otro lo ignorase, prestaba a la bola, cuyas curvas se ablandaban, la vida de las conjunciones de los astros, de las enfermedades crónicas, de todo de cuanto los hombres creen pendiente su destino. ¿Qué tenía que ver con el dinero aquella bola, que vacilaba en los bordes de los agujeros, como un hocico, y por medio de la cual

estrechaba él su propio destino, único medio que había encontrado para poseerse a sí mismo? ¡Ganar; no ya para irse, sino para quedarse, para arriesgar más, para que la apuesta de su libertad conquistada hiciese el gesto más absurdo aún! Apoyado sobre el antebrazo; sin mirar ya siquiera a la bola, que continuaba su camino, cada vez más lenta; temblándole los músculos de las pantorrillas y de los hombros, descubría el sentido mismo del juego, el frenesí de perder.

Casi todos perdían; el humo llenó la sala, al mismo tiempo que una distensión desolada de los nervios y el sonido de las fichas, recogidas por la raqueta. Clappique sabía que no había acabado. ¿Para qué conservar sus diecisiete dólares? Sacó el billete de diez y lo colocó en los pares.

Estaba de tal modo seguro de que perdería, que no lo había jugado todo –como para poder sentirse perder más tiempo–. En cuanto la bola comenzó a vacilar, su mano derecha la siguió, pero la izquierda permanecía quieta en la mesa. Ahora comprendía la vida intensa de los instrumentos de juego: aquella bola no era una bola como otra cualquiera –como esas que no se emplean para jugar–: la vacilación misma de su movimiento vivía. Aquel movimiento, a la vez ineluctible y blando, temblaba así porque unas vidas influían en él. Mientras la bola daba vueltas, ningún jugador entró en un alvéolo rojo, volvió a salir, erró aún, entró en el del número 9. Con su mano izquierda apoyada sobre la mesa. Clappique esbozó imperceptiblemente el ademán de querer arrancarla. Había perdido una vez más. Cinco dólares a los pares: la última ficha, de nuevo. La bola lanzada recorría grandes circunferencias, no viva todavía. El reloj, sin embargo, desviaba la mirada de Clappique. No lo llevaba sobre la muñeca, sino debajo, en el sitio donde se toma el pulso. Apoyó la mano de plano sobre la mesa, y llegó a no ver nada más que la bola. Descubría que el juego es un suicidio sin muerte: le bastaba poner allí su dinero, contemplar aquella bola y esperar, como habría esperado después de haber ingerido un veneno; veneno renovado sin cesar, con el orgullo de tomarlo. La bola se detuvo en el 4. Había ganado.

La ganancia le fue casi indiferente. Sin embargo, si hubiera perdido... Ganó una vez más, y perdió otra vez. Le quedaban de nuevo cuarenta dólares; pero quería recuperar el desnivel de la última jugada. Las apuestas se acumulaban sobre el rojo, que no había salido desde hacía mucho tiempo. Aquella casilla, hacia la cual convergían las miradas de casi todos los jugadores, le fascinaba a él también; pero abandonar los pares le parecía abandonar el combate. Conservó los pares y puso los cuarenta dólares. Ninguna jugada valdría nunca lo que aquélla. Kyo no se habría ido aún; quizá dentro de diez minutos, ya no podría, seguramente, atraparlo; pero, a la sazón, acaso aún lo consiguiera. Ahora, ahora se jugaba sus últimas monedas, su vida y la del otro: sobre todo, la del otro. Sabía que peligraba Kyo; era Kyo el que estaba encadenado a aquella bola y aquella mesa, y era él, Clappique, quien era aquella bola, dueña de todos y de él mismo –de él, que, sin embargo, la veía, viva como él jamás había vivido, fuera de él, agotado por una vergüenza vertiginosa.

Salió a la una: el «círculo» se cerraba. Le quedaban veinticuatro dólares. El aire de fuera le apaciguó, como el de un bosque. La bruma era mucho más débil que a las once. Quizá hubiera llovido: todo estaba mojado. Aunque no veía, en la oscuridad, los bojes y los evónimos, adivinaba su follaje sombrío por el olor amargo. «Es notable –pensó– que se haya dicho tantas veces que la sensación del jugador nace con la esperanza de la ganancia. Es como si se dijese que los hombres se baten en duelo para hacerse campeones de esgrima...» Pero la serenidad de la noche parecía haber disipado, con la niebla, todas las inquietudes y todos los dolores de los hombres. Sin embargo, sonaban descargas, a lo lejos. «Se ha comenzado a fusilar...»

Abandonó el jardín, esforzándose por no pensar en Kyo, y comenzó a caminar. Ya los árboles eran raros. De pronto, a través de lo que quedaba de bruma, apareció sobre la superficie de las cosas la luz mate de la luna. Clappique levantó los ojos. La luna acababa de surgir de una playa desgarrada de nubes muertas, y derivaba con lentitud por un agujero inmenso, sombrío y transparente, como un lago con sus profundidades llenas de estrellas. Su luz, cada vez más intensa, prestaba a todas aquellas casas cerradas, en el abandono total de la ciudad, una vida extraterrestre, como si la atmósfera de la luna hubiese ido a instalarse de pronto en aquel gran silencio, con su claridad. Sin embargo, tras aquel decorado de astro muerto, había hombres. Casi todos dormían, y la vida inquietante del sueño armonizaba con aquel abandono de ciudad sumergida, como si recibiese, también ella, la vida de otro planeta. «En Las mil y una noches, hay pequeñas ciudades llenas de durmientes abandonadas desde hace muchos siglos, con sus mezquitas bajo la luna, las ciudades del desierto dormido. Lo cual no impediría, quizá, que yo reviente.» La muerte, su muerte misma, no era muy verdadera en aquella atmósfera tan poco humana, en la que se sentía intruso. ¿Y los que no dormían? «Hay los que leen. Los que se corroen. (¡Qué bella expresión!) Los que hacen el amor.» La vida futura vibraba tras todo aquel silencio. ¡Humanidad rabiosa, a la que nada podía librar de sí misma! El olor de los cadáveres de la ciudad china pasó con el viento que de nuevo se levantaba. Clappique tuvo que hacer un

esfuerzo para respirar: volvía la angustia. Soportaba con más facilidad la idea de la muerte que su olor. Éste iba tomando posesión poco a poco de aquel decorado que escondía la locura del mundo bajo su apaciguamiento de eternidad, y, soplando siempre el viento, sin el menor silbido, la luna alcanzó la plaza opuesta y todo volvió a caer en las tinieblas. «¿Es un sueño?» Pero el terrible olor le restituía a la vida, a la noche ansiosa, en la que los reverberos, antes empañados por la niebla, ponían grandes redondeles sobre las aceras, donde la lluvia había desvanecido las pisadas.

¿Adónde ir? Vacilaba. No podría olvidar a Kyo, si trataba de dormir. Recorría, ahora, una calle de modestos bares, burdeles minúsculos con los letreros redactados en las lenguas de todas las naciones. Entró en el primero.

Se sentó junto a las vidrieras. Las tres camareras –una mestiza y dos blancas– estaban sentadas con unos clientes, uno de los cuales se disponía a marcharse. Clappique esperó y miró hacia afuera: nada; ni siquiera un marino. A lo lejos, unos tiros de fusil. Se sobresaltó, ex profeso: una sólida camarera rubia, liberada, iba a sentarse a su lado. «Un Rubens –pensó–; pero no perfecto: debe de ser de Jordaens. Ni una palabra...» Comenzó a dar vueltas a su sombrero con el índice, a toda velocidad, lo hizo saltar, volvió a cogerlo por los bordes con delicadeza y lo colocó sobre las rodillas de la mujer.

–Ten cuidado, querida amiga, de este sombrerito. Es único en Shanghai. Además, está domesticado...

La mujer se regocijó: era un bromista. Y la alegría prestó una vida súbita a su semblante, hasta entonces inexpresivo.

–¿Se bebe o se sube? –preguntó.

–Las dos cosas.

Trajo Schiedam. Constituía «una especialidad de la casa».

–¿Sin bromas? –preguntó Clappique.

Ella se encogió de hombros.

–¿Qué quieres que me importe a mí eso?

–¿Te aburres?

Ella le miró. De los bromistas había que desconfiar. Sin embargo, pensándolo bien, iba solo, y no había nadie que pudiera reírse; verdaderamente, no parecía burlarse de ella.

–¿Qué otra cosa quieres que haga una, con una vida como ésta?

–¿Fumas?

–El opio es demasiado caro. Se puede mandar picar, desde luego; pero tengo miedo: con las agujas sucias se atrapan abscesos; y, si tiene una abscesos, la casa nos pone en la calle. Hay diez mujeres esperando una plaza. Además... «Flamenca», pensó... Le cortó la palabra.

–Se puede obtener opio que no sea demasiado caro. Yo pago del de dos dólares setenta y cinco.

–¿Tú eres del Norte, también?

Le dio una caja, sin responder. Ella estaba reconocida de encontrar a un compatriota y de aquel obsequio.

–Todavía es demasiado caro para mí... Pero éste no me habrá costado caro. Comeré esta noche.

–¿No te gusta fumar?

–¿Tú crees que tengo pipa? ¿Qué es lo que te imaginas?

Sonrió con amargura, satisfecha, no obstante. Pero la desconfianza habitual volvió.

–¿Por qué me la das?

–Déjalo... Eso me causa placer. He estado en «el centro»...

En efecto: no tenía el aspecto de «miché». Pero ya no estaba en «el centro», desde hacía mucho tiempo. (A veces, tenía necesidad de inventarse biografías completas, aunque pocas, cuando la sexualidad entraba en juego.) La mujer se acercó a él, sobre la banqueta.

–Sencillamente, procura ser amable: ésta será la última vez que me acueste con una mujer.

–¿Por qué?

Era de inteligencia lenta, pero no estúpida. Después de haber preguntado, comprendió.

–¿Te quieres matar?

No era el primero. Tomó entre sus manos la de Clappique, que estaba apoyada sobre la mesa, y se la besó, con un ademán torpe y casi maternal.

–Es una lástima...

–¿Y quieres subir?

Había oído decir que aquel deseo se les presentaba algunas veces a los hombres antes de la muerte. Pero no se atrevía a levantarse la primera: hubiera creído que le hacía su suicidio más cercano. Había conservado la mano entre las suyas. Aferrado a la banqueta, con las piernas cruzadas y los brazos pegados al cuerpo, como un insecto friolento, con la nariz hacia adelante, Clappique la contemplaba desde muy lejos, a pesar del contacto de los cuerpos. Aunque apenas había bebido, estaba ebrio de aquella mentira, de aquel calor, del universo ficticio que creaba. Cuando decía que iba a matarse, no se creía; pero puesto que ella lo creía, entraba en un mundo donde la verdad ya no existía. Aquello no era ni verdadero ni falso, sino vivido. Y, puesto que no existían en su pasado, que acababa de inventar, el gesto elemental y que se suponía tan próximo, en el cual se fundaban sus relaciones con aquella mujer, nada existía. El mundo había dejado de pesar sobre él. Libertado, ya no vivía más que en el universo novelesco que acababa de crear, fuerte por la unión que establece toda piedad humana ante la muerte. La sensación de embriaguez era tal, que su mano tembló. La mujer lo notó, y creyó que aquélla era la angustia.

–¿No hay medio de arreglar... eso?

–No.

El sombrero, colocado en una esquina de la mesa, parecía contemplarle con ironía. Lo trasladó a la banqueta, para no verlo.

–¿Historia de amor? –preguntó ella de nuevo.

Una descarga crepitó a lo lejos. «Como si no hubiera habido bastante con los que tenían que morir aquella noche», pensó.

Clappique se levantó sin haber respondido. Ella creyó que su pregunta le despertaba recuerdos. A pesar de su curiosidad, le dieron ganas de pedirle perdón; pero no se atrevió. Se levantó también. Deslizando la mano por debajo del mostrador, sacó un paquete (un inyector y unos paños) de entre dos frascos. Subieron.

Cuando salió –no se volvía, pero sabía que ella le seguía con la mirada, a través de las vidrieras–, ni su espíritu ni su sensualidad estaban saciados. Había vuelto la bruma. Después de un cuarto de hora de marcha (el aire fresco de la noche no le calmaba), se detuvo delante de un bar portugués. Los vidrios no estaban esmerilados. Separada de los clientes, una morena delgada, de ojos muy grandes, con las manos sobre los senos, como para protegerlos, contemplaba la noche. Clappique la miró sin moverse. «Soy como las mujeres, que no saben lo que un nuevo amante exigirá de ellas... Vamos a suicidarnos con ésta.»

Las 11 y 30

En la baraúnda del Black-Cat, Kyo y May habían estado esperando.

Los últimos cinco minutos. Ya debieran haberse ido. A Kyo le extrañaba que no hubiera acudido Clappique (había reunido para él cerca de doscientos dólares), aunque no del todo: cada vez que Clappique obraba así, se parecía a sí mismo hasta tal punto, que sólo sorprendía a medias a los que le conocían. Kyo le había considerado en un principio como un extravagante bastante pintoresco; pero le estaba agradecido de que le hubiera avisado, e iba sintiendo poco a poco hacia él una simpatía real. Sin embargo, comenzaba a dudar del valor de la noticia que el barón le había transmitido, y el haber faltado a aquella cita le hacía dudar más aún.

Aunque el fox-trot no se había terminado, se produjo gran revuelo hacia un oficial de Chiang Kaishek, que acababa de entrar: unas parejas abandonaron el baile, se acercaron y, aunque Kyo no oyó nada, adivinó que se trataba de un acontecimiento capital. May se dirigía ya hacia el grupo. En el Black-Cat, una mujer era sospechosa de todo, y, por consiguiente, de nada. Volvió muy pronto.

–Una bomba ha sido arrojada al coche de Chiang Kaishek –le dijo, en voz baja–. Él no iba en el coche.

–¿Y el asesino? –preguntó Kyo.

May volvió al grupo, seguida de un sujeto que quería a toda costa que bailase con él, pero que la abandonó en cuanto vio que no estaba sola.

–Ha escapado –dijo.

–Deseémoslo...

Kyo sabía cuan inexactas eran casi siempre aquellas informaciones. Pero era poco probable que Chiang Kaishek hubiese sido muerto: la importancia de aquella muerte hubiera sido tal, que el oficial no la habría ignorado. «Nos enteraremos en el comité militar –dijo Kyo–. Vamos allá en seguida.»

Deseaba demasiado que Chen se hubiera evadido para dudarlo plenamente. Que Chiang Kaishek estuviese aún en Shanghai o que ya hubiese salido para Nankín, el atentado frustrado daba una importancia capital a la reunión del comité militar. Sin embargo, ¿qué esperar de ella? Había transmitido la afirmación de Clappique, aquella tarde, a su Comité Central escéptico, que se esforzaba por serlo: aquel golpe confirmaba demasiado las tesis de Kyo para que su confirmación por él no perdiese su valor. Además, el comité representaba la unión, y no la lucha. Algunos días antes, el jefe político de los rojos y uno de los jefes de los azules habían pronunciado en Shanghai sendos discursos conmovedores. Y el fracaso de la toma de la concesión japonesa por la multitud, en Han-Kow, comenzaba a mostrar que los rojos estaban paralizados en la China central misma; las tropas manchúes marchaban sobre Han-Kow, que debería combatirlas antes de que las de Chiang Kaishek... Kyo avanzaba entre la niebla, con May a su lado, sin hablar. Si los comunistas tenían que luchar aquella noche, apenas podrían defenderse. Entregadas o no sus últimas armas, ¿cómo combatirían, uno contra diez, en desacuerdo con las instrucciones del Partido Comunista chino, contra un ejército que les opondría sus cuerpos de voluntarios burgueses, armados a la europea y disponiendo de las ventajas del ataque? El mes anterior, toda la ciudad estaba unida por el ejército revolucionario: el dictador había representado al extranjero, y la ciudad era xenófoba; la inmensa burguesía modesta era demócrata, pero no comunista: el ejército, esta vez, estaba allí, amenazador, y no en fuga hacia Nankín; Chiang Kaishek no era el verdugo de febrero, sino un héroe nacional, salvo para los comunistas. Todos contra la policía, el mes anterior; los comunistas, contra el ejército, ahora. La ciudad permanecería neutral, y más bien favorable al general. Apenas podrían defender los barrios obreros; ¿Chapei, quizá? ¿Y luego?... Si Clappique se había equivocado; si la reacción tardaba un mes, el comité militar, Kyo y Katow organizarían doscientos mil hombres. Los nuevos grupos de encuentro, formados con comunistas convencidos, se encargaban de las uniones: pero se necesitaría, por lo menos, un mes para crear una organización lo bastante precisa para manejar las masas.

Y el problema de las armas continuaba en pie. Habría que saber, no si dos o tres mil fusiles deberían ser

devueltos, sino cómo se armarían las masas, en el caso de un esfuerzo por parte de Chiang Kaishek. Mientras se discutiera, los hombres serían desarmados. Y, si el comité militar, de cualquier modo que fuese, exigía armas, el Comité Central, sabiendo que las tesis trotskistas atacaban a la unión con el Kuomintang, se espantaría ante toda actitud que pudiera parecer, con razón o sin ella, unida a la de la oposición rusa. Kyo comenzaba a ver en la bruma, todavía no disuelta –que le obligaba a caminar por la acera, por temor a los autos–, la luz turbia de la casa donde se reunía el comité militar. Bruma y noche opacas: tuvo que recurrir a su encendedor para conocer la hora. Llevaba algunos minutos de retraso. Resuelto a apresurarse, pasó el brazo de May por debajo del suyo. May se estrechó suavemente contra él. Después de haber dado algunos pasos, sintió en el cuerpo de May una sacudida y una flojedad súbitas: caía, resbalando, delante de él. «¡May!» Tropezó y cayó a cuatro pies, y, en el instante en que volvía a levantarse, recibió un mazazo dado con gran fuerza sobre la nuca. Volvió a caer hacia adelante, sobre ella, cuan largo era.

Tres policías que habían salido de una casa se unieron al que había golpeado. Un auto vacío estaba parado un poco; más lejos. Introdujeron en él a Kyo, y partieron, comenzando después a atarlo por el camino.

Cuando May volvió en sí (lo que Kyo había tomado por una sacudida, era un mazazo en la parte baja de la espalda), un piquete de soldados de Chiang Kaishek guardaba la entrada del comité militar; a causa de la bruma, no los distinguió hasta que estuvo muy cerca de ellos. Continuó andando en la misma dirección (apenas podía respirar y le dolía el golpe), y volvió lo más de prisa que pudo a casa de Gisors.

12 de la noche

En cuanto supo que había sido arrojada una bomba contra Chiang Kaishek, Hemmelrich corrió en busca de noticias. Le habían dicho que el general había muerto y que el criminal había huido; pero, delante del auto retorcido, con la capota arrancada, vio el cadáver de Chen sobre la acera –pequeño y ensangrentado, todo mojado ya por la bruma–, guardado por un soldado sentado a su lado; y se enteró de que el general no iba dentro del auto. Absurdamente, le pareció que el haber negado asilo a Chen era una de las causas de su muerte; corrió a la Permanencia comunista de su barrio, desesperado, y se pasó allí una hora, discutiendo en vano acerca del atentado. Entró un camarada.

–La Unión de los hilanderos de Chapei, acaba de ser cerrada por los soldados de Chiang Kaishek.

–¿Los camaradas no se han resistido?

–Todos los que han protestado han sido fusilados inmediatamente. En Chapei se fusila también a los militantes o se prende fuego a sus casas... El Gobierno Municipal acaba de ser dispersado. Se cierran las uniones.

No había instrucciones del Comité Central. Los camaradas casados habían huido inmediatamente, para salvar a sus mujeres y a sus hijos.

En cuanto Hemmelrich hubo salido, oyó una descarga; corría el riesgo de ser reconocido; pero, ante todo, había que llevarse al chico y a la mujer. Por delante de él, pasaron entre la niebla dos autos blindados y camiones llenos de soldados de Chiang Kaishek. A lo lejos, continuaban las descargas; y otras, muy cerca.

No había soldados en la avenida de las Dos Repúblicas ni en la calle a la que su tienda hacía esquina. No: no había soldados. La puerta del almacén estaba abierta. Corrió hacia ella: en el suelo, había unos trozos de discos esparcidos, entre grandes manchas de sangre. La tienda había sido «barrida» por una granada, como una trinchera. La mujer estaba abatida sobre el mostrador, casi acurrucada, con el pecho del color de la herida. En un rincón, un brazo del niño; la mano, así aislada, parecía aún más pequeña. «¡Con tal que hayan muerto!...», pensó Hemmelrich. Sentía miedo, ante todo, por una agonía a la cual tendría que asistir, impotente, bueno sólo para sufrir, como de costumbre –más por miedo mismo que por la presencia de aquellos anaqueles, acribillados de manchas rojas y de cascos de granada–. A través de la suela, sintió el suelo pegajoso. «Su sangre.» Permanecía inmóvil, sin atreverse ya a moverse, mirando, mirando... Descubrió, por fin, el cuerpo del niño, junto a la puerta que lo ocultaba. A lo lejos, explotaron dos granadas. Hemmelrich apenas respiraba, asfixiado por el olor de la sangre vertida. «No es cosa de enterrarlos...» Cerró la puerta con llave, y se quedó allí. «Si vienen y me reconocen, me matarán.» Pero no podía irse.

Sabía que sufría; pero un halo de indiferencia rodeaba su dolor, de esa indiferencia que sigue a las enfermedades y a los golpes recibidos en la cabeza. Ningún dolor le habría sorprendido: en definitiva, la suerte había realizado contra él, aquella vez, un golpe mejor que los otros. La muerte no le asombraba: era igual que la vida. La única cosa que le inquietaba era pensar que detrás de aquella puerta había tenido tanto sufrimiento como sangre había ahora. Sin embargo, aquella vez, el destino había obrado mal: arrancándole todo cuanto poseía aún, le libertaba.

Volvió a entrar y cerró la puerta. A pesar de su desolación, de aquella sensación de bastonazo bajo la nuca y de aquellos hombros sin fuerza, no podía apartar de su atención el júbilo atroz, pesado, profundo, de la liberación. Con horror y satisfacción, la oía subir dentro de sí, como un río interior, y aproximarse; los cadáveres estaban allí; sus pies, que se adherían al suelo, estaban empapados en su sangre; nada podía ser más irrisorio que aquellos asesinatos –sobre todo, el del niño enfermo: éste le parecía aún más inocente que la muerta–; pero, ahora, ya no era impotente. Ahora, podía matar, él también. Le había sido revelado, de pronto, que la vida no era el único medio de contacto entre los seres; que no era, siquiera, el mejor; que los conocía, los amaba y los poseía más en la venganza que en la vida. Sintió, una vez más, adherirse sus suelas, y vaciló: los músculos no eran ayudados por el pensamiento. Pero una exaltación intensa sacudía su espíritu, la más poderosa que jamás había conocido; se abandonaba a aquella espantosa embriaguez con un entero consentimiento. «Se puede matar con amor. ¡Con amor, Dios mío!», repitió, golpeando en el mostrador con el puño, contra el universo quizá... Retiró inmediatamente la mano, con la garganta

oprimida, en el límite de los sollozos; el mostrador también estaba ensangrentado. Miró la mancha, ya oscura, sobre su mano, que temblaba, sacudida como por un ataque de nervios: unas escamillas caían de ella. Reír, llorar, escapar a aquel pecho anudado, retorcido... Nada se movía, y la inmensa indiferencia del mundo se establecía con la luz inmóvil sobre los discos, sobre los muertos, sobre la sangre. La frase «Se arrancaban los miembros de los condenados con tenazas enrojecidas» subía y bajaba por su cerebro; no la conocía ya, desde que había salido de la escuela; pero presentía que significaba confusamente que debía partir, que debía arrancarse, él también.

Por fin, sin que supiese cómo, la marcha se hizo posible. Pudo salir, y comenzó a caminar con una euforia abrumada que ocultaba entre remolinos de un odio sin límites. A unos treinta metros, se detuvo. «He dejado la puerta abierta ante ellos.» Volvió sobre sus pasos. A medida que se aproximaba, sentía formársele los sollozos, anudársele más abajo de la garganta, en el pecho, y quedarse allí. Cerró los ojos y tiró de la puerta. La cerradura crujió: estaba cerrada. Reanudó su marcha. «Esto no ha terminado –gruñó mientras caminaba–. Empieza. Empieza...» Con los hombros hacia adelante, avanzaba, como un sirgador, hacia un país confuso, del cual sólo sabía que allí se mataba, llevando sobre sus hombros y en el cerebro el peso de todos sus muertos, que –¡por fin!– no le impedirían ya avanzar.

Con las manos temblorosas, castañeteándole los dientes, transportado por su terrible libertad, estuvo en diez minutos en la Permanencia. Era una casa de un solo piso. Detrás de las ventanas, habían sido colocados, sin duda, unos colchones: a pesar de la ausencia de persianas, no se veían los rectángulos luminosos en la niebla, sino sólo unas rayas verticales. La calma de la calle, casi una callejuela, era absoluta, y aquellas rayas luminosas adquirían la intensidad, a la vez mínima y aguda, de los puntos de ignición. Llamó. Se entreabrió la puerta: no le conocían. Detrás, cuatro militantes, con el máuser en la mano, le miraron al pasar. Como en las sociedades de insectos, el vasto corredor vivía con una vida de sentido confuso, pero de movimiento claro: todo procedía de la cueva; el piso estaba muerto. Aislados, los obreros instalaban en lo alto de la escalera una ametralladora que dominaba el corredor. No brillaba siquiera; pero llamaba la atención, como el tabernáculo en una iglesia. Unos estudiantes, y unos obreros corrían. Pasó por delante de las marañas de las alambradas (¿para qué podría servir aquello?); subió, rodeó la ametralladora y llegó al rellano. Katow salía de un despacho y le miró interrogativamente. Sin hablar, Hemmelrich extendió su mano ensangrentada.

–¿Herido? Hay vendajes abajo. ¿El chico está oculto?

Hemmelrich no podía hablar. Mostraba obstinadamente su mano, con un aspecto idiota. «Es sangre», pensaba. Pero no podía decirlo.

–Tengo un cuchillo –dijo, por fin–. Dame un fusil.

–No hay muchos fusiles.

–Unas granadas.

Katow vacilaba.

–¿Crees que tengo miedo, grandísimo idiota?

–Baja: granadas, hay en las cajas ¿Sabes dónde está Kyo?

–No lo he visto. He visto a Chen: está muerto.

–Ya lo sé.

Hemmelrich bajó. Con los brazos hundidos hasta los hombros, unos camaradas hurgaban en una caja abierta. La provisión, por tanto, tocaba a su fin. Los hombres, revueltos, se agitaban hacia la plena luz de las lámparas –no había tragaluces–, y el volumen de aquellos cuerpos abultados alrededor de la caja, encontrado después de las sombras que desfilaban bajo las bombillas veladas del corredor, le sorprendió, como si, ante la muerte, aquellos hombres tuviesen derecho, de pronto, a una vida más intensa que la de los demás. Se llenó los bolsillos y volvió a subir. Los otros, las sombras, habían terminado la instalación de la ametralladora y habían colocado las alambradas detrás de la puerta, un poco hacia atrás, para que pudiera abrirse: los campanillazos se repetían minuto a minuto. Miró por el ventanillo: la calle brumosa continuaba

tranquila y vacía: los camaradas llegaban, informes en la niebla, como peces en el agua turbia, bajo la línea de sombra que proyectaban los tejados. Se volvía para ir en busca de Katow: a la vez, dos campanillazos precipitados, un disparo y el ruido de un ahogo; luego, la caída de un cuerpo.

–«¡Aquí están!» –gritaron, a la vez, varios guardianes de la puerta. El silencio cayó sobre el corredor, batido en sordina por las voces y por el ruido de las armas que subían desde la cueva. Los hombres llegaron a los puestos de combate.

Una y media

Clappique, cociendo su mentira, como otros su borrachera, avanzaba por el corredor de su hotel chino, donde los boys, adosados a una mesa redonda, debajo del cuadro de llamada, escupían granos de girasol alrededor de las salivaderas. Sabía que no dormiría. Abrió melancólicamente la puerta, arrojó su americana sobre el ejemplar familiar de los Cuentos de Hoffmann y se escanció whisky: solía ocurrir que el alcohol disipaba la angustia que algunas veces caía sobre él. Algo había cambiado en aquella habitación. Se esforzó por no pensar en ello: la ausencia inexplicable de ciertos objetos hubiera sido demasiado inquietante. Había conseguido escapar a casi todo aquello sobre lo que los hombres fundan su vida: amor, familia, trabajo; no al miedo. Éste surgía en él, como una conciencia aguda de su soledad; para rehuirlo, iba de ordinario al Black-Cat, el sitio más próximo, y se refugiaba en las que abren las piernas y el corazón, pensando en otra cosa. Era imposible, aquella noche; excedido, harto de mentira y de fraternidades provisionales... Se vio en el espejo, se acercó.

«Sin embargo, amigo mío –dijo al Clappique del espejo–, ¿para qué escapar, en el fondo? ¿Cuánto tiempo irá a durar todo eso aún? Has tenido una mujer: ¡bueno, bueno! Unas queridas, por el dinero; siempre podrás pensar en ello cuando tengas necesidad de unos fantasmas para burlarte de ti. ¡Ni una palabra! Tienes unos dones, como dicen, de fantasía y todas las cualidades necesarias para ser un parásito: siempre podrás ser ayuda de cámara en casa de Ferral, cuando la edad te haya conducido a la perfección. También existe la profesión de gentilhombre alcahuete, la policía y el suicidio. ¿Souteneur?1 Todavía la manía de grandeza. Queda el suicidio, te digo. Pero tú no quieres morir. ¡Tú no quieres morir, marrano! Mira, en cambio, cómo tienes una de esas preciosas caras que tienen los muertos...»

Se acercó más aún, casi tocando con la nariz en el espejo; deformó su máscara, abriendo la boca, con una mueca de gárgola; y, como si la máscara le hubiese respondido:

«¿No puede morir cada uno de nosotros? Evidentemente: de todo tiene que haber en el mundo. ¡Bah! Cuando hayas muerto, irás al Paraíso. Pues sí que el buen Dios tendrá una compañía agradable con un tipo como el tuyo.»

Transformó su semblante, con la boca cerrada y estirada hacia el mentón y los ojos entreabiertos, como un samurai de carnaval. E inmediatamente, como si la angustia que las palabras no bastaban para traducir se hubiese expresado directamente en toda su potencia, comenzó a gesticular, transformándose en mono, en idiota, en espantado, en un individuo con un flemón, en todo lo grotesco que puede expresar el semblante humano. Aquello no bastaba; se sirvió de sus dedos, tirándose de los ángulos de los ojos, agrandándose la boca con la expresión de sapo, del hombre que ríe, aplastándose la nariz, tirándose de las orejas. Cada uno de aquellos semblantes le hablaba, le revelaba, de sí mismo, una parte oculta de la vida; aquel exceso de lo grotesco en la habitación solitaria, con la bruma de la noche amontonada en la ventana, tomaba la comicidad atroz y terrorífica de la locura. Oyó su risa –un solo sonido de voz, lo mismo que el de su madre–; y, descubriendo, de pronto, su semblante, retrocedió con terror, y se sentó, anhelante. Había un block de papel blanco y un lápiz sobre la butaca. Si continuaba así, acabaría, realmente, por volverse loco. Para defenderse del espantoso espejo, comenzó a escribir:

«Acabarás siendo rey, mi buen Toto, Rey: bien caliente, en un confortable asilo de locos, gracias al delirium tremens, tu único amigo, si continúas bebiendo. Pero en este momento, ¿estás borracho, o no?... Tú, que te imaginas tan bien tantas cosas, ¿qué esperas para imaginarte que eres feliz? ¿Crees?...»

Llamaron.

Rodó a la realidad. Libertado, pero aturdido.

Llamaron de nuevo.

–Adelante.

Una capa de lana, un fieltro negro y unos cabellos blancos: el padre de Gisors.

–Pero yo... yo –murmuró Clappique.

–Kyo acaba de ser detenido –dijo Gisors–. Conoce usted a König, ¿verdad?

–Yo... Pero si yo no sirvo para nada...

Gisors le miró con cuidado. «Con tal de que no esté demasiado borracho...», pensó.

–¿Usted conoce a König? –repitió.

–Sí; yo, yo... lo conozco. Le he hecho... un favor. Un gran favor.

–¿Puede usted pedirle uno?

–¿Por qué no? ¿Pero, cuál?

–Mientras sea jefe de seguridad de Chiang Kaishek, König puede hacer que se ponga en libertad a Kyo. O por lo menos, impedir que sea fusilado: eso es lo más urgente, ¿verdad?

–Enten... Entendido...

Tenía, sin embargo, tan poca confianza en el agradecimiento de König, que había considerado inútil y quizá imprudente ir a verle, incluso después de las indicaciones de Chpilewski. Se sentó en la cama, con la nariz hacia el suelo. No se atrevía a hablar. La entonación de la voz de Gisors le demostraba que éste no sospechaba, en absoluto, su complicidad en la detención: Gisors veía en él al amigo que había ido a prevenirle aquella tarde, y no al hombre que se ponía a jugar a la hora de la cita. Pero Clappique no podía convencerse de ello. No se atrevía a mirarle ni se tranquilizaba. Gisors se preguntaba de qué drama o de qué extravagancia saldría, sin adivinar que su propia presencia era una de las causas de aquella respiración anhelante. Parecíale a Clappique que Gisors le acusaba.

–Sepa usted, amigo mío, que no soy... En fin, que no soy tan loco como todo eso; yo, yo...

No podía cesar de balbucear; unas veces, le parecía que Gisors era el único hombre que le comprendía; otras veces, que le tenía por un bufón. El viejo le miraba, sin decir nada.

–Yo... ¿Qué es lo que piensa de mí?

Gisors sentía más deseos de agarrarle de los hombros y conducirlo a casa de König que de hablar con él; pero tal trastorno aparecía bajo la embriaguez que le atribuía, que no se atrevió a negarse a seguirle la corriente.

–Existen los que tienen necesidad de escribir, los que tienen necesidad de soñar y los que tienen necesidad de hablar... Es la misma cosa. El teatro no es serio; las corridas de toros lo son en cambio, las novelas no son serias y la mitomanía sí lo es.

Clappique se levantó.

–¿Tiene usted algo en el brazo? –le preguntó Gisors.

–Agujetas. Ni una palabra...

Clappique acababa de retorcerse torpemente el brazo para ocultar su reloj de pulsera a las miradas de Gisors, como si le traicionase aquel reloj que le había señalado la hora en la casa de juego. Por la pregunta de Gisors, se dio cuenta de que aquello era del género idiota.

–¿Cuándo irá usted a ver a König?

–¿Mañana por la mañana?

–¿Por qué no ahora? La policía vela esta noche –dijo Gisors, con amargura–, y todo puede suceder...

Clappique no deseaba otra cosa mejor. No por remordimiento: si de nuevo estuviese en la casa de juego, de nuevo se habría quedado, sino por comprensión.

–Corramos, amigo mío.

El cambio que había comprobado al entrar le inquietó de nuevo. Miró con toda atención, y quedó estupefacto de no haberlo visto antes: una de sus pinturas taoístas «como un ensueño» y sus dos estatuas más bellas habían desaparecido. Encima de la mesa, una carta. Letra de Chpilewski. Lo adivinó. Pero no se atrevió a leer la carta. Chpilewski le había prevenido que Kyo estaba amenazado: si cometía la imprudencia de hablar de él, no podría por menos de contarlo todo. Cogió la carta y se la echó al bolsillo.

En cuanto hubieron salido, encontraron los autos blindados y los camiones llenos de soldados.

Clappique casi había recobrado su calma; para ocultar su turbación, a la cual no podía sustraerse aún, se hizo el loco, como de costumbre.

–Quisiera ser encantador y enviar al califa un unicornio (un unicornio, le digo) que apareciese del color del sol, en el palacio, gritando: «¡Sabes, califa, que la primera sultana te engaña! ¡Ni una palabra!» ¡Yo mismo, de unicornio, estaría asombroso, con mi nariz! Y, por supuesto, no sería verdad. Diríase que nadie sabe cuan voluptuoso es vivir, con los ojos de un ser, otra vida distinta de la suya. De una mujer, sobre todo...

–¿Qué mujer no está dotada de una falsa vida, por lo menos para cada uno de los hombres que se le han acercado en la calle?

–¿Usted... cree que todos los seres son mitómanos?

Los párpados de Clappique pestañeaban nerviosamente; anduvo menos de prisa.

–No; escuche usted; háble me con franqueza: ¿por qué cree usted que no lo son?

Sentía ahora un deseo, raramente extraño a él mismo, aunque muy fuerte, de preguntarle a Gisors qué pensaba acerca del juego; y, sin embargo, seguramente, si hablara del juego, le confesaría todo. ¿Iba a hablar? El silencio le hubiera obligado a ello. Por fortuna, Gisors respondió:

–Quizá sea yo el ser menos a propósito para responder... El opio no enseña más que una cosa, y es que, fuera del sufrimiento físico, no hay nada real.

–El sufrimiento, sí... Y... el miedo.

–¿El miedo?

–¿No ha tenido usted nunca miedo, bajo la acción del o... del opio?

–No. ¿Por qué?

–¡Ah!...

A decir verdad, Gisors pensaba que si el mundo no tenía realidad, los hombres, aun aquellos mismos que se hallan más opuestos al mundo, tienen una realidad muy fuerte; y que Clappique, precisamente, era uno de los muy raros seres que no tenían ninguna. Y lo comprobaba con angustia, porque era entre aquellas manos de niebla entre las que ponía el destino de Kyo. Bajo las actitudes de todos los hombres, hay un fondo que puede ser tocado, y pensar en su sufrimiento deja presentir su naturaleza. El sufrimiento de Clappique era independiente de él, como el de un niño: Clappique no era responsable de tal sufrimiento; éste hubiera podido destruirle, pero no podía modificarle. Podía dejar de existir, desaparecer en un vicio o en una monomanía; no podía convertirse en un hombre. «Un corazón de oro, pero hueco.» Gisors se daba cuenta de que, en el fondo de Clappique, no existían ni el dolor ni la soledad, como en los demás hombres, sino la sensación. Gisors juzgaba, a veces, a los hombres suponiendo su vejez: Clappique no podía envejecer: la edad no le conducía a la experiencia humana, sino a la intoxicación –erotismo o droga– donde se conjugarían, al fin, todos sus medios de ignorar la vida. «Quizá –pensaba el barón– si yo le contase todo lo encontrara completamente normal...» Disparaban, a la sazón, por todas partes, en la ciudad china. Clappique rogó a Gisors que le abandonase en el límite de la concesión: König no le habría recibido. Gisors se detuvo y vio desaparecer en la bruma su silueta delgada y desordenada.

La sección especial de policía de Chiang Kaishek estaba instalada en una modesta villa construida hacia

1920: estilo Bécon-les-Bruyères, pero con ventanas encuadradas en extravagantes ornamentos portugueses, amarillos y azulados. Dos empleados, y más ordenanzas de los precisos; todos los hombres armados: eso era todo. En la papeleta que un secretario le tendió, Clappique escribió: «Toto»; dejó en blanco el motivo de la visita, y esperó. Era la primera vez que se encontraba en un lugar iluminado, desde que había dejado su habitación: sacó del bolsillo la carta de Chpilewski:

Mi querido amigo:

He cedido a su insistencia. Mis escrúpulos eran fundados; pero he reflexionado; así, pues, me permitirá usted volver a la tranquilidad, y los beneficios que promete mi negocio, en este momento, son tan importantes y tan seguros que indudablemente podré, antes de un año, ofrecerle, en testimonio de agradecimiento, otros objetos de la misma naturaleza y más bonitos. El comercio de la alimentación en esta ciudad...

Seguían cuatro carillas de explicaciones.

«Esto no va mejor –pensó Clappique–; ni mucho menos...» Pero un funcionario llegaba en su busca.

König le esperaba, sentado ante su mesa, enfrente de la puerta. Rechoncho, moreno, con la nariz torcida en su rostro cuadrado, llegó hacia él y le estrechó la mano de una manera rápida y vigorosa, que más bien los separaba en lugar de acercarlos.

–¿Qué tal? Bueno. Sabía que le vería a usted hoy. He tenido la dicha de poder serle útil, a mi vez.

–Es usted formidable –respondió Clappique, bromeando a medias–. Sólo me pregunto si habrá algún error: ya sabe usted que yo no hago política...

–No ha habido error.

«Tiene un agradecimiento más bien condescendiente», pensó Clappique.

–Dispone usted de dos días para largarse. Me hizo usted un favor en otro tiempo: hoy he hecho que le avisen.

–¿Có... cómo? ¿Usted ha sido el que ha encargado que me avisen?

–¿Cree usted que Chpilewski se habría atrevido? Tiene usted un asunto con la policía de seguridad china; pero ya no son los chinos quienes la dirigen. Basta de pavadas.

Clappique comenzaba a admirar a Chpilewski, pero no sin indignación.

–Pues bien; puesto que ha tenido a bien acordarse de mí, permítame que le pida otra cosa.

–¿Qué?

Clappique no abrigaba ya una gran esperanza: cada nueva réplica de König le demostraba que la camaradería con que contaba no había existido o no existía ya. Si König le había prevenido, ya no le debía nada.

Fue más por escrúpulo de conciencia que por esperanza por lo que dijo:

–¿No se podría hacer nada por el joven Gisors? Supongo que a usted no le importará nada ese asunto.

–¿Qué es?

–Comunista. Importante, según creo.

–En primer término, ¿por qué es comunista, ése? ¿Y su padre? ¿Mestizo? ¿No ha encontrado puesto? Que un obrero sea comunista, ya es idiota; ¡pero él!... En fin, ¿qué?

–Eso no es muy fácil resumirlo.

Clappique reflexionaba.

–Mestizo, quizá... Pero hubiera podido arreglarse: su madre era japonesa. No lo ha procurado. Dijo algo como por voluntad de dignidad...

–¡Por dignidad!

Clappique quedó estupefacto; König le remedaba. No esperaba tanto efecto de aquella palabra. «¿Habré metido la pata?», se preguntó.

–En primer término, ¿qué es lo que quiere decir eso? –preguntó König, agitando el índice, como si hubiese continuado hablando sin que se le oyera–. Por dignidad –repetía.

Clappique no podía sustraerse al tono de su voz: era el del odio. Se hallaba a la derecha de Clappique, y su nariz, que así parecía muy aguileña, acentuaba enérgicamente su semblante.

–Dígame, mi buen Toto, ¿usted cree en la dignidad?

–En los demás...

–¿En los demás? Clappique se calló.

–¿Sabe usted lo que los rojos hacían con los oficiales prisioneros?

Clappique se guardaba muy bien de responder. Aquello se ponía serio. Y presentía que aquella frase era una preparación, una ayuda que König se facilitaba a sí mismo: no esperaba respuesta.

–En Siberia, yo era intérprete en un campo de prisioneros. Pude salir de allí sirviendo en el ejército blanco, con Semenoff. Blancos o rojos, a mí lo mismo me daba: lo que quería era volver a Alemania. Fui apresado por los rojos. Me dieron de puñetazos, llamándome «mi capitán» (era teniente), hasta que caí al suelo. Me levantaron. No llevaba ya el uniforme de Semenoff, con las calaveritas. Tenía una estrella en cada hombrera.

Se detuvo. «Podía rehusar, sin contar tantas historias», pensó Clappique. Jadeante, pesado, la voz implicaba una necesidad, que él trataba, no obstante, de comprender.

–Me clavaron un clavo en cada hombro, por encima de cada estrella. Como un dedo de largo. Escúcheme bien, mi buen Toto.

Le cogió de un brazo, con los ojos fijos en los suyos, con una mirada de hombre enamorado:

–Lloré como una mujer, como un ternero... Lloré delante de ellos. ¿Comprende usted? ¿Sí? Pues dejémoslo. Nadie perderá nada.

Aquella mirada de hombre que desea iluminó a Clappique. La confidencia no era sorprendente: no era una confidencia, era una venganza. Seguramente, relataba aquella historia –o se la relataba– cada vez que podía matar, como si aquel relato hubiera podido arañar, hasta hacer sangre, en la humillación sin límites que le torturaba.

–Amigo mío, más valdría que no me hablase demasiado de dignidad... Mi dignidad, para mí, consiste en matarlos. ¿Qué quiere usted que a mí me importe China? ¿Eh? ¡La China, sin bromas! No estoy en el Kuomintang nada más que para mandar matar. No revivo como en otro tiempo, como un hombre, como cualquiera, como el último de los brutos que pasan por delante de esta ventana, sino cuando se mata. Pasa como a los fumadores con sus pipas. ¡Cómo! Un pingajo. ¿Venía usted a pedirme su piel? Aunque me hubiera usted salvado tres veces la vida...

Se encogió de hombros, y continuó, rabiosamente:

–¿Sabe usted, siquiera, mi buen Toto, lo que es ver que la vida de uno adquiere un sentido, un sentido absoluto: repugnarse uno a sí mismo?

Acabó su frase entre dientes, pero sin moverse, con las manos en los bolsillos, con los cabellos sacudidos por las palabras arrancadas.

–El olvido... –dijo Clappique a media voz.

–¡Hace más de un año que no me he acostado con una mujer! ¿Le basta eso? Y...

Se detuvo, de pronto, y continuó, más bajo:

–Pero, dígame, mi buen Toto: el joven Gisors; el joven Gisors... Hablaba usted de un error. ¿Quiere saber por qué ha sido usted condenado? Voy a decírselo: ¿fue usted el que trató el asunto de los fusiles del Shang-Tung? ¿Sabe usted a quiénes estaban destinados esos fusiles?

–No se hacen preguntas en semejante oficio. ¡Ni una palabra!

Acercó el índice a su boca, según sus más puras tradiciones. Y quedó, en seguida, cohibido.

–A los comunistas. Y como arriesgaba usted en ello su piel, hubiera podido decírselo. Y aquello era una estafa. Se sirvieron de usted para adelantar tiempo: aquella misma noche, robaron el buque. Si no me equivoco, su protegido actual fue quien le embarcó en aquel asunto.

Clappique estuvo a punto de responder: «Sin embargo, yo cobré mi comisión.» Pero la revelación que su interlocutor acababa de hacerle ponía tal satisfacción en el semblante de éste, que el barón no deseaba ya más que irse. Aunque Kyo había cumplido su promesa, le había hecho que se jugase la vida sin decírselo. ¿Se la hubiese jugado? No. Kyo se había servido de él en favor de su causa: él aprovechaba la ocasión para desinteresarse de Kyo. Tanto más, cuanto que, en realidad, no podía hacer nada. Se encogió de hombros, simplemente.

–¿Entonces tengo cuarenta y ocho horas para largarme?

–Sí. No insista usted. Tiene usted razón. Adiós.

«Dice que hace un año que no se ha acostado con una mujer –pensaba Clappique, mientras bajaba la escalera–. ¿Impotencia? ¿O qué? Yo creía que esa clase de... dramas le harían a uno erotómano. Debe de hacer tales confidencias, de ordinario, a los que van a morir: de todas maneras, es preferible que me escape.» No se libraba del tono con que König había dicho: «Para vivir como un hombre, como cualquiera...» Continuaba aturdido, ante aquella intoxicación total, que sólo saciaba la sangre: había visto bastantes desechos de las guerras civiles de China y de Siberia para saber a qué negación del mundo conduce la humillación intensa: sólo la sangre, obstinadamente vertida, las drogas y la neurosis alimentaban tales soledades. Ahora comprendía por qué a König le había agradado su compañía, no ignorando cuánto se debilitaba a su lado toda realidad. Caminaba con lentitud, espantado de volver a encontrar a Gisors, que le esperaba al otro lado de las alambradas. ¿Qué decirle?... Demasiado tarde, impulsado por la impaciencia, Gisors, que había salido a su encuentro, acababa de destacarse en la bruma, a dos metros de él. Le miraba con la intensidad huraña de los locos.

Clappique tuvo miedo y se detuvo. Gisors le cogía ya del brazo.

–¿No se puede hacer nada? –preguntó con voz triste, aunque no alterada.

Sin hablar, Clappique sacudió negativamente la cabeza.

–Vámonos. Voy a pedir ayuda a otro amigo. Cuando había visto a Clappique salir de la bruma, había tenido la revelación de su propia locura. Todo el diálogo que había imaginado entre ellos, al regresar el barón, era absurdo. Clappique no era un intérprete ni un mensajero: era una carta. Jugada la carta –y perdida, como lo demostraba el rostro de Clappique–, había que buscar otra. Colmado de angustia, de desesperación, se conservaba lúcido, en el fondo de su desolación. Había pensado en Ferral; pero Ferral no intervendría en un conflicto de aquel orden. Intentaría la intervención de dos amigos...

König había llamado a un secretario:

–Mañana traiga aquí al joven Gisors, en cuanto los consejos hayan terminado.

Las cinco

Por encima de los breves relámpagos de los disparos, amarillentos en el final de la noche, Katow y Hemmelrich veían, desde las ventanas del primer piso, la débil luz del alba, que nacía con reflejos plúmbeos sobre los tejados vecinos, al mismo tiempo que el perfil de las casas se hacía más claro. Con los cabellos llenos de lluvia, pálidos, cada uno comenzaba de nuevo a distinguir el semblante del otro y sabía lo que pensaba. El último día. Casi no había más municiones. Ningún movimiento popular había llegado en su socorro. Unas descargas, hacia Chapei: unos camaradas, sitiados, como ellos. Katow había explicado a Hemmelrich por qué estaban perdidos: en cualquier momento, los hombres de Chiang Kaishek llevarían los cañones de pequeño calibre de que disponía la guardia del general: en cuanto uno de los cañones pudiera ser introducido en la casa de enfrente de la Permanencia los colchones y los muros caerían como barracas de feria. La ametralladora de los comunistas dominaba aún la puerta de aquella casa; cuando ya no hubiera balas, cesaría de dominarla. Lo cual no tardaría mucho. Desde hacía una hora, disparaban rabiosamente, impulsados por una venganza anticipada: una vez condenados, matar constituía el único sentido que podían dar a sus últimas horas. Pero comenzaban a cansarse de eso, también. Los adversarios, cada vez mejor protegidos, sólo aparecían ya muy raras veces. Parecía que el combate se debilitaba con la noche –y era absurdo que aquel día naciente, que no ponía de manifiesto una sola sombra enemiga, les trajera la liberación, como la noche les había traído el encarcelamiento–. El reflejo del día, sobre los tejados, se tornaba gris pálido; por encima del combate detenido, la luz parecía aspirar grandes trozos de noche, no dejando delante de la casa más que unos rectángulos negros. Las sombras se iban encogiendo poco a poco; contemplarlas permitía no pensar en los hombres que iban a morir allí. Se contraían como todos los días, con su movimiento eterno, de una salvaje majestad aquel día, porque ellos no volverían a verlo nunca. De pronto, todas las ventanas de enfrente se iluminaron, y las balas golpearon alrededor de la puerta, como una nube de guijarros: uno de los suyos había colgado una americana del extremo de un bastón. El enemigo se contentaba con estar en acecho.

–Once, doce, trece, catorce... –dijo Hemmelrich.

Contaba los cadáveres, visibles en la calle ahora.

–Todo eso no es más que para distraerse –respondió Katow, en voz casi imperceptible–. No tienen más que esperar. El día es para ellos.

No había más que cinco heridos, tendidos en la habitación; no se quejaban: dos de ellos fumaban, mirando cómo aparecía la luz del día por entre el muro y los colchones. Más lejos, Suen y otro combatiente guardaban la segunda ventana. Ya casi no se oían descargas. ¿Esperarían en todas partes las tropas de Chiang Kaishek? El mes anterior, vencedores los comunistas, conocían sus progresos de hora en hora; a la sazón, no sabían nada, como entonces los vencidos.

Como para confirmar lo que Katow acababa de decir, la puerta de la casa enemiga se abrió (los dos corredores estaban el uno enfrente del otro); inmediatamente, la crepitación de una ametralladora avisó a los comunistas. «Viene por los tejados», pensó Katow.

–¡Por aquí!

Eran sus ametralladoras las que avisaban. Hemmelrich y él salieron corriendo y lo comprobaron: la ametralladora enemiga, sin duda protegida por un blindaje, disparaba sin interrupción. No había comunistas en el corredor de la Permanencia, puesto que se encontraba bajo los disparos de su propia ametralladora, que, desde lo más alto de la escalera, la dominaba, impidiendo la entrada a sus adversarios. Pero el blindaje, entonces, protegía a éstos. Era preciso, no obstante, ante todo, mantener el fuego. El apuntador había caído a un lado, muerto sin duda; era el artillero quien había gritado. Vigilaba y apuntaba, aunque con lentitud. Las balas hacían saltar los trozos de maderas de las escaleras, el yeso de las paredes, y, con sonidos sordos, entre silencios de una rapidez desconocida, indicaban que algunas entraban en la carne del vivo y del muerto. Hemmelrich y Katow se adelantaron. «¡Tú no!», aulló el belga. De un puñetazo en la barbilla, hizo rodar a Katow por el corredor, y saltó al puesto del apuntador. El enemigo disparaba ahora un poco más bajo. No por mucho tiempo. «¿Hay todavía vendas?», preguntó Hemmelrich. En lugar de responder, el ayudante cayó de cabeza y rodó toda la escalera. Y Hemmelrich se dio cuenta de que no sabía

manejar una ametralladora.

Volvió a subir de un salto: se sintió herido en un ojo y en una pantorrilla. En el corredor, por encima del ángulo del tiroteo enemigo, se detuvo: su ojo sólo había sido alcanzado por un trozo de yeso arrancado por una bala; la pantorrilla sangraba –otra bala, en la superficie–. Ya estaba en la habitación donde Katow, resistiéndose, atraía con una mano hacia sí el colchón (no para protegerse, sino para ocultarse) y sostenía en la otra un paquete de granadas: sólo éstas, si estallaban muy cerca, obrarían contra el blindaje.

Había que lanzarlas por la ventana al corredor enemigo. Katow había colocado otro paquete detrás de él; Hemmelrich lo cogió y lo lanzó, al mismo tiempo que Katow, por encima del colchón. Katow se encontró de nuevo en el suelo, derribado por las balas, como si lo hubiese sido por sus propias granadas: cuando las cabezas y los brazos habían aparecido por encima del colchón, habían disparado sobre ellos desde todas las ventanas –aquel crujido como de cerillas, tan próximo, ¿no procedía de sus piernas?–, se preguntaba Hemmelrich, que se había agachado a tiempo. Las balas continuaban entrando, pero el muro protegía a los dos hombres, ahora que habían caído: la ventana no se abría más que a sesenta centímetros del suelo. A pesar de los tiros de fusil, Hemmelrich tenía una sensación de silencio, pues las dos ametralladoras estaban muertas. Avanzó sobre los codos hacia Katow, que no se movía; le tiró de los hombros. Fuera del campo de tiro, ambos se contemplaron en silencio: a pesar del colchón y de las defensas que cubrían las ventanas, la luz del día invadía ahora la habitación. Katow se desvanecía, con el muslo agujereado, con una mancha roja que aumentaba sobre la baldosa como sobre un papel secante. Hemmelrich oyó todavía a Suen, que gritaba: «¡El cañón!» Luego, una detonación enorme, sorda, y, en el instante en que levantaba la cabeza, un choque en la base de la nariz. Se desvaneció, a su vez.

Hemmelrich volvió en sí poco a poco, ascendiendo de las profundidades hacia aquella superficie de silencio, tan extraña, que le pareció que le reanimaba: el cañón no disparaba ya. El muro había sido demolido oblicuamente. En el suelo cubierto de escombros y de restos, Katow y los otros estaban desvanecidos o muertos. Tenía mucha sed y fiebre. Su herida de la pantorrilla no era grave. Arrastrándose, llegó hasta la puerta, y, en el corredor, se levantó, pesadamente, apoyado en la pared. Salvo en la cabeza, donde le había alcanzado un trozo de mampostería, su dolor era difuso; agarrado a la rampa, descendió, no por la escalera de la calle, donde, sin duda, continuaba esperando el enemigo, sino por la del patio. Ya no disparaban. Las paredes del corredor de entrada tenían unos huecos donde estaban colocadas antes unas mesas. Se escondió en el primero y miró al patio.

A la derecha de una casa que parecía abandonada (aunque tenía la seguridad de que no lo estaba), había un cobertizo de hierro; a lo lejos, una casa de cuernos y una hilera de postes que se perdían, repitiéndose, en el campo que no volvería a ver más. Las alambradas, enmarañadas a través de la puerta, rayaban de negro aquel espectáculo muerto y el día gris, como grietas en la loza. Una sombra apareció detrás, una especie de oso: un hombre, de frente, con la espalda encorvada, comenzó a agarrarse a los alambres.

Hemmelrich no tenía ya balas. Contemplaba a aquella masa que pasaba de un alambre a otro antes de que él pudiera prever su movimiento (los alambres aparecían con claridad en la luz, aunque sin perspectiva). Se agarraba: volvía a caer: se agarraba de nuevo, como un insecto enorme. Hemmelrich se acercó, a lo largo del muro. Estaba claro que el hombre iba a pasar; en aquel momento, no obstante, entorpecido, trataba de desenredarse la alambrada, prendida a sus ropas, con un gruñido extraño; le parecía a Hemmelrich que aquel monstruoso insecto podía quedarse allí para siempre, enorme y encogido, suspendido en aquel día gris. Pero la mano se irguió, destacada y negra, abierta, con los dedos separados, para agarrar otro alambre y el cuerpo reanudó su movimiento.

Aquello era el final. Detrás, la calle y la ametralladora. Arriba, Katow y sus hombres, por el suelo. Aquella casa desierta, enfrente, con toda seguridad estaba ocupada, sin duda, por algunos ametralladores que todavía tenían balas. Si salía, los enemigos le dispararían a las rodillas para cogerle prisionero (sintió, de pronto, la fragilidad de aquellos huesecillos, las rótulas...). Al menos, quizá matase a aquél.

El monstruo, mixto de oso, hombre y araña, continuaba desenredándose de los alambres. Al lado de su masa negra, una línea de luz marcaba la arista de su pistola. Hemmelrich se sentía, en el fondo de un agujero, menos fascinado por aquel ser que con tanta lentitud se aproximaba como la muerte misma, que por todo cuanto le seguía, todo lo que iba una vez más a aplastarle, como la tapa de un ataúd cerrado sobre un ser vivo; aquello era todo lo que había ahogado su vida de todos los días, que volvía allí para aplastarle de un golpe. «Me han apisonado durante treinta años, y ahora me van a matar.» No era sólo su propio

sufrimiento el que se aproximaba; era el de su mujer despedazada, el de su hijo enfermo asesinado; todo se entremezclaba en una niebla de sed, de fiebre, de odio. De nuevo, sin mirarla, vio la mancha de sangre de su mano izquierda. No como una quemadura, ni como una molestia: sencillamente, sabía que estaba allí y que el hombre iba a salir, por fin, de las alambradas. Aquel hombre que pasaba el primero no era por el dinero por lo que acababa de matar a los que se arrastraban allá arriba, sino por una idea, por una fe: a aquella sombra, detenida ahora ante la maraña de alambres, Hemmelrich la odiaba hasta en su pensamiento: no era bastante que aquella raza de afortunados le asesinasen; era preciso, además, que creyesen tener razón. La silueta, con el cuerpo ahora erguido, estaba prodigiosamente empinada hacia el patio gris, sobre los hilos telegráficos que se sumergían en la paz ilimitada de la mañana lluviosa de primavera. Desde una ventana, se elevó un grito de llamada, al cual respondió el hombre; su respuesta llenó el corredor y rodeó a Hemmelrich. La línea de luz de la pistola desapareció dentro de la funda y fue sustituida por una barra plana, casi blanca en aquella oscuridad: el hombre sacaba su bayoneta. Ya no era un hombre, era todo aquello por lo cual había sufrido Hemmelrich hasta entonces. En el corredor oscuro, con aquellas ametralladoras emboscadas más allá de la puerta y aquel enemigo que se aproximaba, el belga se volvía loco de odio. «Ellos nos habrán estado reventando durante toda nuestra vida; pero éste lo pagará, lo pagará...» El hombre se acercaba, paso a paso, con la bayoneta hacia adelante. Hemmelrich se acurrucó, y vio en seguida agrandarse la silueta y disminuir el torso por encima de las piernas, fuertes como estacas. En el instante en que la bayoneta llegaba por encima de su cabeza, se levantó, se agarró con la mano derecha al cuello del hombre, y apretó. A causa del encuentro, la bayoneta había caído. El cuello era demasiado grueso para una sola mano; el pulgar y las yemas de los otros dedos se hundían convulsivamente en la carne, más bien que detener la respiración; pero la otra mano, impulsada por la locura, frotaba con furor en el rostro anhelante. «¡Tú la borrarás! ¡Tú la borrarás!» El hombre se tambaleaba. Por instinto, se agarró al muro. Hemmelrich le golpeó la cabeza contra aquel muro, con toda su fuerza, y se agachó un segundo; el chino sintió que un cuerpo enorme entraba en él y le desgarraba los intestinos; la bayoneta. Abrió las dos manos, se las llevó al vientre, con un gemido agudo, y cayó, con los brazos hacia adelante, entre las piernas de Hemmelrich; luego, se aflojó de pronto. Sobre su mano abierta, cayó una gota de sangre de la bayoneta y luego otra. Como si aquella mano, manchada de segundo en segundo, le hubiese vengado, Hemmelrich se atrevió, por fin, a mirar la suya, y comprendió que la mancha de sangre se había borrado desde hacía dos horas.

Descubrió que quizá no fuese a morir. Desnudó precipitadamente al oficial, lleno, a la vez, de afecto hacia aquel hombre, que había llegado hasta él para llevarle su libertad, y de rabia, porque las ropas no se desprendían con bastante rapidez del cuerpo, como si éste las hubiese retenido. Sacudía aquel cuerpo salvador, como si lo mantease. Por fin, vestido con su uniforme, se asomó a la ventana de la calle, con el rostro inclinado, oculto por la visera de la gorra. Los enemigos, enfrente, abrieron sus ventanas, gritando. «Es preciso que huya, antes de que estén aquí.» Salió por el lado de la calle, torció hacia la izquierda, como lo hubiera hecho el que había matado para ir a reunirse con su grupo.

–¿Prisioneros? –gritaron los hombres, desde las ventanas.

Hizo un gesto al azar hacia aquellos con quienes aparentaba que se iba a reunir. Que no se disparase sobre él, era a la vez estúpido y natural. Ya no quedaba en él asombro. Volvió otra vez hacia la izquierda, y salió en dirección a las concesiones: estaban guardadas; pero él conocía todas las casas con doble entrada en la calle de las Dos Repúblicas.

Uno tras otro, los Kuomintang salieron.

Parte Sexta

Las diez

–Provisional –dijo el guardia.

Kyo comprendió que se le encarcelaría en la prisión de derecho común.

Desde que entró en la cárcel, aun antes de poder ver, quedó aturdido por el espantoso olor: matadero, exposición canina, excrementos. La puerta que acababa de franquear, se abría hacia un corredor, semejante al que abandonaba; a derecha e izquierda, hasta todo lo alto, enormes barrotes de madera. En las jaulas de madera, hombres. En el centro, el guardián, sentado ante una mesita, sobre la cual había un látigo: mango corto y correa de la anchura de la mano, de un dedo de gruesa –un arma.

–Quédate ahí, hijo de chancho –dijo.

El hombre, habituado a la sombra, escribía su filiación. A Kyo le dolía aún la cabeza, y la inmovilidad le produjo la sensación de que iba a desmayarse. Se adosó a los barrotes.

–¿Cómo, cómo, cómo le va? –gritaron, detrás de él.

Voz inquietadora, como la de un papagayo, pero voz de hombre. El lugar estaba demasiado sombrío para que Kyo distinguiese un rostro; no veía más que unos dedos enormes crispados alrededor de los barrotes –no muy lejos de su cuello–. Detrás, acostados en unos compartimientos o de pie, se agitaban unas sombras, demasiado largas: unos hombres, como gusanos.

–Podría irme mejor –respondió, apartándose.

–Cierra el pico, hijo de tortuga, si no quieres que te dé con la mano en la jeta –dijo el guardián.

Kyo había oído varias veces la palabra «provisional»; sabía, pues, que no permanecería allí durante mucho tiempo. Estaba decidido a no oír los insultos, a soportar todo lo que pudiera ser soportado; lo importante era salir de allí y reanudar la lucha. Sin embargo, experimentaba, hasta producirle náuseas, la humillación que siente todo hombre ante un hombre del cual depende: era impotente contra aquella inmunda sombra de látigo –despojado de sí mismo.

–¿Cómo, cómo, cómo le va? –volvió a gritar la voz.

El guardián abrió una puerta, afortunadamente en los barrotes de la izquierda: Kyo entró en el establo. En el fondo, había un prolongado compartimiento, donde estaba acostado un solo hombre. La puerta se volvió a cerrar.

–¿Político? –preguntó el hombre.

–Sí. ¿Y usted?

–No. Bajo el imperio, yo era mandarín...

Kyo empezaba a acostumbrarse a la oscuridad. En efecto: era un hombre de edad; un viejo blanco, chato, casi sin nariz, con bigote ralo y orejas puntiagudas.

–... vendo mujeres. Cuando la cosa marcha bien, doy dinero a la policía y me deja en paz. Cuando marcha mal, creen que me guardo el dinero y me encierran en la cárcel. Pero, desde el momento en que la cosa no va bien, prefiero estar alimentado en la cárcel a morirme de hambre en libertad...

–¡Aquí!

–Se acostumbra uno, ¿sabe usted?... Fuera, no se está tampoco muy bien, cuando se está viejo, como yo, y débil...

–¿Cómo no está usted con los demás?

–Algunas veces, doy dinero al escribiente de la entrada. Así, cada vez que vengo aquí, me tiene bajo el régimen de los «provisionales».

El guardián llevaba el alimento. Pasó por entre los barrotes dos tazas llenas de un magma color de barro, con un olor tan fétido como el de la atmósfera. Lo sacaba de una marmita con un cucharón, arrojaba la compacta papilla en la taza, donde caía con un «ploc», y se la pasaba después a los presos de la otra jaula, uno a uno.

–No merece la pena –dijo una voz–: eso es para mañana.

(–Su ejecución –dijo el mandarín a Kyo.)

–Para mí también –dijo otra voz–. Podrías darme doble ración: a mí eso me produce hambre.

–¿Quieres un puñetazo en la cara? –preguntó el guardián.

Entró un soldado y le formuló una pregunta. Pasó después a la jaula de la derecha y golpeó blandamente un cuerpo.

–Se mueve –dijo–. Sin duda, todavía vive...

El soldado salió.

Kyo miraba con toda atención, y procuraba ver a cuáles de aquellas sombras pertenecían aquellas voces, tan próximas a la muerte –como él, quizá–. Era imposible distinguirlos: aquellos hombres morirían antes de haber sido para él otra cosa que voces.

–¿No come usted? –le preguntó su compañero.

–No.

–Al principio, siempre se hace eso...

Cogió la taza de Kyo. Entró el guardián, con paso mecánico; abofeteó al hombre con todas sus fuerzas, y volvió a salir, llevándose la taza sin pronunciar una palabra.

–¿Por qué no me habrá tocado a mí? –preguntó Kyo en voz baja.

–Yo era el único culpable; pero no es por eso: usted es político, provisional, y va bien vestido. Tratará de sacarle dinero, a usted y a los suyos. Pero no importa... Espere...

«El dinero me persigue hasta en esta mazmorra», pensó Kyo. Conforme a las leyendas, la abyección del guardián no le parecía plenamente real; y, al mismo tiempo, le parecía una inmunda fatalidad, como si el poder hubiese bastado para cambiar a todo hombre en una bestia. Aquellos seres oscuros, que bullían detrás de los barrotes, inquietantes, como los crustáceos y los insectos colosales de los sueños de su infancia, no eran más hombres que los otros. Soledad y humillación totales. «Cuidado», pensó, porque ya se sentía más débil. Le pareció que, si no hubiese sido dueño de su muerte, habría vuelto a encontrar allí el espanto. Abrió la hebilla de su cinturón y trasladó el cianuro a su bolsillo.

–¿Cómo, cómo, cómo le va?

–¡Basta! –gritaron, a un tiempo, los presos de la otra jaula. Kyo estaba ya acostumbrado a la oscuridad, y el conjunto de voces no le extrañó: había más de diez cuerpos echados en el compartimiento, detrás de los barrotes.

–¿Vas a callarte? –gritó el guardián.

–¿Cómo, cómo, cómo le va? El guardián se levantó.

–¿Bromista o testarudo? –preguntó Kyo, en voz baja.

–Ni lo uno ni lo otro –respondió el mandarín–: loco.

–¿Y por qué?

Kyo dejó de preguntar: su vecino acababa de taparse los oídos. Un grito agudo y ronco, de sufrimiento y espanto a la vez, llenó toda la sombra: mientras Kyo miraba al mandarín, el guardián había entrado en la otra jaula con su látigo. La correa crujió, y el mismo grito se elevó de nuevo. Kyo no se atrevió a taparse los oídos, y esperaba, agarrado a los barrotes, el grito terrible que, una vez más, iba a recorrerle hasta las uñas.

–¡Déjalo tendido de una vez –pronunció una voz–, que nos deje en paz!

–¡Que termine ya –dijeron cuatro o cinco voces– y se pueda dormir tranquilo!

El mandarín, que continuaba tapándose los oídos con las manos, se inclinó hacia Kyo.

–Me parece que es la undécima vez que le pega, desde hace siete días. Yo estoy aquí desde hace dos días, y ésta es la cuarta vez. Y, a pesar de todo, se comprende un poco... No puedo cerrar los ojos, ya ve usted: me parece que, mirándole, acudo en su ayuda; que no le abandono...

Kyo miraba también, casi sin ver nada... «¿Compasión o crueldad?», se preguntaba, con espanto. Cuanto hay de bajo, y también de fascinable, en cada ser, era invocado allí, con la más salvaje vehemencia, y Kyo se debatía con todo su pensamiento contra la ignominia humana: se acordó del esfuerzo que siempre le había sido necesario para eludir los cuerpos de los supliciados, vistos al azar: necesitaba, literalmente, arrancarse a ellos. Que unos hombres pudiesen ver golpear a un loco, ni siquiera malo, viejo, sin duda, a juzgar por la voz, y aprobar su suplicio, producía en él el mismo terror que las confidencias de Chen la noche de Han-Kow: «Los pulpos...» Katow le había referido el esfuerzo que tiene que realizar el estudiante de medicina la primera vez que un vientre abierto en su presencia deja aparecer los órganos vivos. Era aquél el mismo horror paralizador, muy diferente al miedo; un horror todopoderoso, aun antes de que el espíritu lo hubiese juzgado, y tanto más perturbador, cuanto que Kyo experimentaba hasta el colmo su propia dependencia. Y sin embargo, sus ojos, menos habituados a la oscuridad que los de sus compañeros, no distinguían más que el destello del cuero, que arrancaba los aullidos como un garfio. Desde el primer golpe, no había hecho un gesto: permanecía agarrado a los barrotes, con las manos a la altura del rostro.

–¡Guardián! –gritó.

–¿Quieres un golpe?

–Tengo que hablarte.

–¿Sí?

Mientras el guardián volvía a correr con rabia el enorme cerrojo, los condenados a quienes abandonaba se retorcían. Odiaban a los «políticos», que no estaban mezclados con ellos.

–¡Ve! ¡Ve, guardián, pronto, que allí están de broma!

El hombre estaba enfrente de Kyo, con el cuerpo cortado verticalmente por un barrote. Su rostro expresaba la más abyecta ira: la del imbécil que cree discutido su poder; sus facciones, no obstante, no eran bajas: regulares, anónimas.

–Escucha –dijo Kyo.

Se miraron a los ojos, el guardián más alto que Kyo, cuyas manos veía crispadas sobre los barrotes, a cada lado de la cabeza. Antes de que Kyo se hubiera dado cuenta de lo que ocurría, creyó que su mano izquierda estallaba: el látigo, levantado tras de la espalda del guardián, había vuelto a caer. Kyo no había podido por menos de gritar.

–¡Muy bien! –aullaban los presos de enfrente–. Siempre no va a ser a los mismos.

Las dos manos de Kyo habían vuelto a caer a lo largo de su cuerpo, presas de un miedo autónomo, sin que siquiera se hubiera dado cuenta de ello.

–¿Todavía tienes alguna cosa que decir? –preguntó el guardián.

El látigo estaba ahora entre ellos.

Kyo apretó los dientes con toda su fuerza, y, con el mismo esfuerzo que hubiera hecho para levantar un peso enorme, sin quitar los ojos del guardián, dirigió de nuevo las manos hacia los barrotes. Mientras las levantaba con lentitud, el hombre retrocedía lentamente, para ganar terreno. El látigo crujió, sobre los barrotes esta vez. El reflejo había sido más fuerte que Kyo: había retirado las manos. Pero ya las conducía de nuevo, con una tensión extenuante de los hombros, y el guardián comprendía, por su mirada, que esta vez no las retiraría. Le escupió a la cara, y levantó con lentitud el látigo.

–Si... dejas de golpear a ese loco –dijo Kyo–, cuando salga, te... daré cincuenta dólares.

El guardián vaciló.

–Bien –dijo, por fin.

Su mirada se apartó y Kyo se sintió presa de tal tensión que creyó desvanecerse. La mano izquierda de Kyo estaba tan dolorida, que no podía cerrarla. La había levantado al mismo tiempo que la otra hasta la altura de los hombros y continuaba así, con ella extendida. Nuevas carcajadas.

–¿Me tiendes la mano? –preguntó el guardián, bromeando también.

Se la estrechó. Kyo comprendió que en su vida olvidaría aquella opresión, no a causa del dolor, sino porque la vida no le había impuesto nada más odioso. Retiró la mano, y cayó, sentado, en el compartimiento. El guardián vaciló y sacudió la cabeza, que se rascó con el mango del látigo. Volvió a su mesa. El loco sollozaba.

Dos horas de uniforme abyección. Por fin, unos soldados fueron a buscar a Kyo para conducirlo a la policía especial. Sin duda, caminaba hacia la muerte; y, sin embargo, salió con un júbilo cuya violencia le sorprendió: le parecía que dejaba allí una parte inmunda de sí mismo.

* * *

–¡Adelante!

Uno de los guardias chinos empujó a Kyo en un hombro, aunque apenas; desde el momento en que se trataba de un extranjero –y, para un chino, Kyo era un japonés o europeo, pero, desde luego, extranjero–, los guardias tenían miedo a la brutalidad a que se creían obligados. A una seña de König, se quedaron fuera. Kyo avanzó hacia la mesa, ocultando en el bolsillo su mano izquierda tumefacta, y mirando a aquel hombre que, a su vez, buscaba sus ojos: rostro anguloso, afeitado, nariz atravesada y cabellos hirsutos. «Un hombre que, sin duda, nos va a hacer matar, decididamente, se parece a otro cualquiera.» König tendió la mano hacia su revólver, colocado sobre la mesa: no; cogía una caja de cigarrillos. Se la tendió a Kyo.

–Gracias. No fumo.

–Lo ordinario de la cárcel es detestable, como conviene. ¿Quiere usted desayunar conmigo?

Encima de la mesa: café, leche, dos tazas y unas rebanadas de pan.

–Pan solamente. Gracias. König sonrió.

–Es la misma cafetera para usted y para mí, ¿sabe?...

Kyo estaba decidido a la prudencia; por otra parte, König no insistía. Kyo permaneció de pie (no había silla), delante de la mesa, mordiendo su pan como un niño. Después de la abyección de la cárcel, todo era para él de una ligereza irreal. Sabía que su vida estaba en peligro; pero hasta morir era sencillo para quien volvía de donde él volvía. La humanidad de un jefe de policía le inspiraba poca confianza, y König continuaba alejado de él, como si hubiese sido separado de su cordialidad: está, un poco hacia adelante; él, un poco hacia atrás. Sin embargo, no era imposible que aquel hombre fuese cortés por indiferencia: de raza blanca, acaso hubiera sido conducido a aquel oficio por accidente o por codicia. Lo que deseaba Kyo, que

no experimentaba hacia él ninguna simpatía, aunque hubiera querido contenerse, era librarse de la tensión con que le había extenuado la cárcel; acababa de descubrir que estar obligado a refugiarse por completo en sí mismo es casi atroz.

Sonó el teléfono.

–¡Hola! –pronunció König–. Sí, Gisors, Kyoshi.1 Perfectamente. Está conmigo. –Dijo a Kyo–: Preguntan si está usted todavía vivo.

–¿Para qué me ha hecho usted venir?

–Creo que vamos a entendernos.

El teléfono, de nuevo.

–¡Hola! No. Precisamente me dispongo a decirle que, de seguro, nos entenderemos. ¿Fusilado? Recuérdemelo. Vamos a ver.

Desde que Kyo había entrado, la mirada de König no se había apartado de la suya.

–¿Qué piensa usted acerca de esto? –preguntó, volviendo a colgar el receptor.

–Nada.

König bajó los ojos y los volvió a levantar.

–¿Quiere usted seguir viviendo?

–Según cómo.

–Se puede morir también de distintas maneras.

–Por lo menos, no le queda a uno la elección...

–¿Usted cree que se elige siempre la manera de vivir?

König pensaba en sí mismo. Kyo estaba decidido a no ceder en nada que fuese esencial; pero, de ningún modo deseaba exasperarle.

–No sé. ¿Y usted?

–Me han dicho que es usted comunista por dignidad. ¿Es cierto?

Kyo no comprendió, al principio. Intrigado por la espera del teléfono, se preguntaba qué significaba aquel singular interrogatorio. Al fin:

–¿Le interesa a usted eso, realmente? –preguntó.

–Más de lo que usted pudiera creer.

No había amenaza en la entonación, sino en la frase. Kyo respondió:

–Creo que el comunismo proporcionará la dignidad posible a aquellos con quienes combato. Los que están contra él, en todo caso, los obligan a no tenerla, a menos que posean una sabiduría, tan rara en ellos como en los otros; más quizá, precisamente porque son pobres y porque su trabajo los separa de la vida. ¿Por qué haberme formulado esa pregunta, puesto que no escucha mi respuesta?

–¿A qué llama usted dignidad? Eso no quiere decir nada.

Sonó el teléfono. «Mi vida», pensó Kyo. König no lo descolgó.

–A lo contrario de la humillación –dijo Kyo–. Cuando se viene de donde yo vengo eso quiere decir algo.

La llamada del teléfono sonaba en el silencio. König puso la mano en el aparato.

–¿Dónde están ocultas las armas? –preguntó.

–Puede usted dejar el teléfono tranquilo. Al fin he comprendido: esa comunicación es una pura comedia representada para mí.

Kyo se agachó con rapidez: König hizo un ademán de arrojarle a la cabeza uno de los dos revólveres, vacíos sin duda; pero volvió a dejarlo encima de la mesa.

–Tengo otra cosa mejor –dijo–. En cuanto al teléfono, bien pronto verá usted si es un truco, amigo mío. ¿Ha visto usted ya torturar?

En su bolsillo, Kyo trataba de oprimir sus dedos tumefactos. El cianuro estaba en aquel bolsillo izquierdo, y temía dejarlo caer, si debía llevárselo a la boca.

–Al menos, he visto a algunas personas torturadas: he hecho la guerra civil. Lo que me intriga es por qué me ha preguntado usted dónde están las armas. Usted lo sabe o lo sabrá. ¿Entonces?

–Los comunistas están aplastados en todas partes.

–Es posible.

–Lo están. Reflexione bien: si trabaja usted para nosotros, está salvado y nadie lo sabrá. Le facilito la evasión...

«Debería haber comenzado por ahí», pensó Kyo. La nerviosidad le prestaba ingenio, aunque no lo deseaba. Pero sabía que la policía no se contenta con promesas inseguras. Sin embargo, la proposición le sorprendió, como si, por ser convencional, hubiera dejado de ser verdadera.

–Yo solo –prosiguió König– lo sabré. Eso basta...

«¿Por qué –se preguntaba Kyo– esa complacencia en él: “Eso basta”?»

–No entraré a su servicio –dijo, casi distraídamente.

–Atención: puedo agregarlo en secreto a una docena de inocentes, diciéndole que su suerte depende de usted; que se quedarán en la cárcel, si usted no habla, y que son libres para elegir sus medios...

–Los verdugos; es más sencillo.

–La alternativa de las súplicas y de las crueldades es peor. No hable usted de lo que no conoce (todavía al menos).

–Acabo de ver, desde muy cerca, torturar a un loco. Un loco. ¿Comprende?

–¿Se da usted cuenta bien a lo que se expone?

–He hecho la guerra civil, le digo. Lo sé. Los nuestros también han torturado: les harán falta muchos goces a los hombres para compensar eso. Dejemos esa cuestión. No le serviré.

König creía que, a pesar de lo que le decía Kyo, su amenaza se le escapaba. «Su juventud le ayuda», pensaba. Dos horas antes, había interrogado a un chekista prisionero; al cabo de diez minutos, lo había encontrado fraternal: el mundo de ambos no era el de los hombres; en lo sucesivo, estarían en otra parte. Si Kyo escapaba al miedo por falta de imaginación, paciencia...

–¿No se pregunta usted por qué no le he atravesado ya el rostro con este revólver?

–Creo que estoy muy próximo a la muerte: eso extingue la curiosidad. Y usted ha dicho: «Tengo otra cosa mejor...»

König llamó.

–Quizá vaya esta noche a preguntarle qué piensa usted acerca de la dignidad humana. Al patio, serie A –dijo a los guardianes, que entraban.

Las cuatro

Clappique se unió al movimiento que impulsaba a la multitud de las concesiones hacia las alambradas: por la avenida de las Dos Repúblicas, pasaba el verdugo, con su sable curvo al hombro, seguido de su escolta de mauseristas. Clappique se volvió inmediatamente y se introdujo en la concesión. Kyo, detenido; la defensiva comunista, aniquilada; numerosos simpatizantes, asesinados, en la ciudad europea misma... König le había concedido de plazo hasta la noche: ya no sería protegido por mucho tiempo. Unos cuantos disparos por todas partes. Transportados por el viento, le parecía que se aproximaban a él y la muerte con ellos. «Yo no quiero morir –decía entre dientes–; yo no quiero morir...» Se dio cuenta de que corría. Llegó a los muelles.

No tenía pasaporte ni bastante dinero para tomar un billete.

Tres paquebotes, uno de ellos francés. Clappique dejó de correr. ¿Ocultarse en las canoas de salvamento, recubiertas con unas lonas? Hubiera tenido que subir a bordo, y el hombre del saltillo no le dejaría pasar. Aquello era idiota, además. ¿Los pañoles? Idiota, idiota, idiota. ¿Ir en busca del capitán, de la autoridad? Él ya había salido bien de otros casos semejantes; pero, esta vez, el capitán le creería comunista y se negaría a embarcarlo. El barco salía dentro de dos horas: mal momento para importunar al capitán. Descubierto a bordo, cuando el barco se hubiera hecho a la mar, todo se arreglaría; pero había que subir a él.

Se veía oculto en cualquier rincón, agazapado dentro de un tonel; pero la fantasía, esta vez, no le salvaba. Le parecía ofrecerse, como a los intercesores de un dios desconocido, a aquellos paquebotes enormes, erizados, cargados de destino, indiferentes ante él hasta el odio. Se había detenido delante del barco francés. No pensaba en nada; contemplaba, fascinado por la pasarela, a los hombres que subían y bajaban (ninguno de los cuales pensaba en él ni adivinaba su angustia, y a todos los cuales hubiera querido matar por eso), que enseñarían su billete al pasar el saltillo. ¿Hacer un billete falso? Absurdo.

Un mosquito le picó. Lo espantó y se tocó la mejilla: su barba comenzaba a brotarle. Como si todo atavío hubiese sido propicio a los viajes, decidió ir a afeitarse, aunque sin alejarse del barco. Más allá de unos cobertizos, entre los cafetines y los comerciantes de curiosidades, vio una peluquería china. El propietario de ésta poseía también un café miserable, y sus dos comercios no estaban separados más que por una estera extendida. Mientras esperaba su tumo, Clappique se sentó al lado de la estera, y continuó vigilando el saltillo del paquebote. Al otro lado, unas cuantas personas hablaban.

–Es el tercero –dijo una voz de hombre.

–Con el pequeño, nadie nos admitirá. ¿Y si probáramos en uno de los hoteles ricos?

Era una mujer la que respondía.

–¿Vestidos como estamos? El tipo de los galones nos dará con la puerta en las narices antes de que la toquemos.

–Allí, los niños tienen derecho a gritar... Probaremos, dondequiera que sea.

–En cuanto los propietarios vean al chico, se negarán. Sólo los hoteles chinos pueden aceptarnos; pero el chico no tardará en caer enfermo, a causa del mal alimento.

–En un hotel europeo pobre, si llegásemos a introducir al pequeño, cuando estuviéramos dentro, quizá no se atrevieran a echarnos... En todo caso, siempre se ganaría una noche. Convendría empaquetar al pequeño, para que lo tomaran por un envoltorio de ropa.

–La ropa no grita.

–Con el biberón en la boca, no gritará.

–Quizá. Yo me las arreglaría con este tipo, y tú vendrías después. Al pasar, no tendrías que estar más que un segundo delante de él.

Silencio. Clappique miraba al saltillo. Ruido de papel.

–No puedes imaginarte el trabajo que me cuesta llevarlo así... Tengo la impresión de que va a ser de mal agüero para toda su vida... Y tengo miedo de que le siente mal...

Silencio, de nuevo. ¿Se habían ido? El cliente abandonó su sillón. El peluquero hizo señas a Clappique, que ocupó el asiento, sin quitar la mirada del paquebote. La escala estaba vacía; pero, apenas el rostro de Clappique estuvo cubierto de jabón, cuando subió un marinero, con dos cubos nuevos (que acaso acabase de comprar) en la mano y unas escobas al hombro. Clappique le seguía con la mirada, peldaño por peldaño: se hubiera identificado con un perro, con tal de que el perro subiese aquella escala y partiese. El marinero pasó por delante del hombre del saltillo, sin decir nada.

Clappique pagó, arrojando las monedas en el lavabo, se quitó el paño y salió, con la cara llena de jabón. Sabía dónde encontraría a los ropavejeros. Todo el mundo le miraba. Después de haber dado diez pasos, volvió, se lavó la cara y tornó a salir.

Encontró sin trabajo unos trajes azules de marinero en la primera trapería que halló. Volvió lo más pronto que pudo a su hotel y se cambió de ropa, «Necesitaré, también, escobas, o algo así... ¿comprarle a los boys unas escobas viejas, para tener mejor aspecto? Completamente idiota. Si pasaba el saltillo con unas escobas, sería porque acabase de comprarlas en tierra. Entonces, tenían que ser nuevas... Vamos a comprarlas...»

Entró en el almacén, con su habitual actitud de Clappique. Ante la mirada de desdén del vendedor inglés, exclamó: «¡En mis brazos!» Se echó las escobas al hombro, se volvió, dejando caer una lámpara de cobre, y salió.

«En mis brazos», a pesar de su extravagancia voluntaria, expresaba lo que experimentaba. Hasta entonces, había representado una comedia inquietante, por tranquilidad de conciencia y por miedo, pero sin escapar a la idea desvanecida de que fracasaría; el desdén del vendedor –aunque Clappique, en el abandono de sus ropas no hubiese adquirido el aspecto de un marino–, le demostraba que podría triunfar. Con las escobas al hombro caminaba hacia el paquebote, mirando, al pasar, a todos los ojos, para encontrar en ellos la confirmación de su nuevo estado. Como cuando se había detenido delante del saltillo, se hallaba estupefacto al comprobar cuan indiferente era su destino a los demás seres, hasta qué punto no existía más que para él; los viajeros, entonces, subían, sin mirar a aquel hombre, que permanecía en el muelle, quizá para morir allí; los transeúntes, ahora, miraban con indiferencia a aquel marinero; nadie se destacaba de la multitud para asombrarse o reconocerle; ni siquiera un semblante intrigado... No era que se hubiese hecho una falsa vida para sorprenderla, sino que aquella vez le era impuesta, y su verdadera vida dependía de ella, quizá. Tenía sed. Se detuvo en un bar chino y dejó sus escobas. En cuanto hubo bebido, comprendió que no tenía sed ninguna; que había querido intentar una prueba más. La manera cómo el patrón le devolvía su moneda le bastó para informarle. Desde que había cambiado de traje, la gente a su alrededor, se había transformado. Indagó en qué: eran las miradas las que ya no eran las mismas. El habitual interlocutor de su mitomanía se había convertido en multitud.

Al mismo tiempo, por instinto de defensa o por placer, la aceptación general de su nuevo estado civil le invadía a él mismo. Encontraba, de pronto, por accidente, el éxito más espléndido de su vida. No; los hombres no existían, puesto que bastaba un traje para que escapase uno a sí mismo, para encontrar otra vida en los ojos de los demás. En el fondo, encontraba la misma desorientación y la misma felicidad que le habían invadido la primera vez que había entrado entre la multitud china. «¡Decir que hacer una historia, en francés, quiere decir escribirla, y no vivirla!» Con sus escobas, transportadas como fusiles, subió por la pasarela; pasó, con las piernas vacilantes, por delante del hombre del saltillo, y se encontró sobre la crujía. Se escabulló hacia adelante, por entre los pasajeros del puente, y dejó sus escobas sobre un rollo de cuerdas. Se hallaba, no obstante, lejos de la tranquilidad. Un pasajero del puente, ruso, con la cabeza en forma de haba, se acercó a él.

–¿Es usted de a bordo? –Y, sin esperar la respuesta–: ¿Es agradable la vida a bordo?

–Chico, de eso ya puedes hacerte una idea. Al francés le gusta viajar; es un hecho: nada de hablar. Los oficiales son unos mierdas, aunque no más que los patrones, y se duerme mal (a mí me gustan las hamacas: cuestión de gustos); pero se come bien. Cuando yo estaba en la América del Sur, los misioneros habían hecho aprenderse de memoria a los salvajes, durante días y días, unos cánticos breves en latín. Llega el obispo; el misionero marca el compás. Silencio: los salvajes quedan paralizados, de respeto. ¡Pero, ni una

palabra! El cántico se produce solo: los papagayos del bosque, amigo mío, que no habían oído más que aquello, lo cantan con recogimiento... Y ten en cuenta que, a lo largo de las Célebes, encontré, hace diez años, carabelas árabes a la deriva, esculpidas como nueces de coco y llenas de apestados muertos, colgándoles los brazos así, a lo largo del empalletado, bajo una tromba de gaviotas... Perfectamente...

–Cuestión de suerte. Yo viajo desde hace siete años, y no he visto nada de eso.

–Hay que introducir los medios del arte en la vida, amigo mío; no para hacer arte, ¡ah, no, por Dios!, sino para hacer más vida. ¡Ni una palabra!

Le golpeó en el vientre y se volvió con prudencia: un auto que conocía se detenía al pie de la pasarela: Ferral volvía a Francia.

Un muchacho comenzó a recorrer el puente de primera clase, agitando la campana de salida. Cada golpe resonaba en el pecho de Clappique.

«Europa –pensó–; la fiesta ha terminado. Ahora. Europa.» Parecía que llegaba hasta él, con la campana que se aproximaba, no ya como la de una liberación, sino como la de una cárcel. Sin la amenaza de la muerte, hubiera vuelto a bajar.

–¿El bar de tercera está abierto? –preguntó el ruso.

–Desde hace una hora. Todo el mundo puede ir allá, hasta que nos hayamos hecho a la mar.

Clappique le cogió del brazo.

–Vamos a emborracharnos...

Las seis

En el gran salón –antiguo patio de escuela–, doscientos heridos comunistas esperaban que fuesen a rematarlos. Apoyado en un codo, Katow, entre los últimos conducidos, miraba. Todos estaban alineados en el suelo. Muchos gemían de una manera extraordinariamente regular; algunos fumaban, como lo habían hecho los de la Permanencia, y las espirales del humo se perdían en el techo, ya oscuro, a pesar de las grandes ventanas europeas ensombrecidas por el anochecer y la niebla de fuera. Parecía estar muy elevada, por encima de todos aquellos hombres acostados. Aunque el día no había desaparecido aún, la atmósfera era una atmósfera nocturna. «¿Es a causa de las heridas –se preguntaba Katow–, o porque estamos todos acostados, como en una estación? Esto es una estación. Saldremos hacia ninguna parte, y nada más...»

Cuatro funcionarios chinos se paseaban por entre los heridos, con la bayoneta calada, y sus bayonetas reflejaban de un modo extraño la luz del día sin fuerza, claras y rectas por encima de todos aquellos cuerpos informes. Fuera, en el fondo de la bruma, unas luces amarillentas –los mecheros de gas, sin duda– parecían velar también sobre ellos; como si hubiera llegado de ellas (porque llegaba también él, del fondo de la bruma), ascendió un silbido y dominó los gemidos y los murmullos: el de una locomotora; estaban próximos a la estación de Chapei. En aquel vasto salón había algo atrozmente tenso, que no era sino la espera de la muerte. Katow fue informado de ello por su propia garganta: era la sed –y el hambre–. Adosado al muro, miraba a la izquierda y a la derecha: había muchas cabezas conocidas, pues un gran número de los heridos era de los combatientes de los tchons. A todo lo largo de uno de los angostos lados de la sala, estaba reservado un espacio libre de tres metros de ancho. «¿Por qué los heridos permanecen unos sobre otros –preguntó, en voz alta–, en lugar de ir hacia abajo?» Estaba entre los últimos que habían llevado. Apoyado en la pared, se levantó: aunque sus heridas le hacían sufrir, le pareció que se podría tener en pie; pero se detuvo, todavía encorvado: sin que hubiese sido pronunciada una sola palabra, sintió a su alrededor un espanto tan sobrecogedor, que quedó inmovilizado. ¿En las miradas? Apenas las distinguía. ¿En las actitudes? Todos tenían, desde luego, las actitudes de heridos que sufrían por su propia cuenta. Sin embargo, de cualquier manera que fuese transmitido, el espanto estaba allí –no el miedo, el terror, el de las bestias–: sólo el de los hombres, ante lo inhumano. Katow, sin dejar de apoyarse en la pared, saltó por encima del cuerpo de su vecino.

–¿Estás loco? –preguntó una voz, a ras del suelo.

–¿Por qué?

Pregunta y orden a la vez. Pero nadie respondía. Y uno de los guardianes, a cinco metros, en lugar de volverle a echar al suelo, le miraba con estupefacción.

–¿Por qué? –preguntó de nuevo, más rudamente.

«No sé», dijo otra voz, también a ras del suelo: y, al mismo tiempo, otra, más baja: «Ya llegará...»

Había formulado en voz muy alta su segunda pregunta. La vacilación de toda aquella multitud tenía algo de terrible, en sí, y también porque casi todos aquellos hombres le conocían: la amenaza suspendida de aquel muro pesaba a la vez sobre todos, y, particularmente, sobre él.

–Vuélvete a acostar –dijo uno de los heridos.

¿Por qué ninguno de ellos le llamaba por su nombre? ¿Y por qué el guardián no intervenía? Había visto derribar de un culatazo, hacía poco, a un herido que había querido cambiar de puesto... Se acercó a su interlocutor y se tendió junto a él.

–Ahí ponen a los que van a ser torturados –dijo el hombre, en voz baja.

Katow comprendió. Todos lo sabían pero no se habían atrevido a decirlo, bien porque tuviesen miedo de hablar, bien porque ninguno se atreviese a hablarle a él. Una voz había dicho: «Ya llegará...»

La puerta se abrió. Entraban soldados con faroles, rodeando a camilleros, que echaron a rodar a unos heridos, como si fueran paquetes, muy cerca de Katow. Llegaba la noche: ascendía del suelo, por donde los

gemidos se entrecruzaban como ratas, unidos a un olor espantoso: la mayor parte de los hombres no podían moverse. La puerta se volvió a cerrar.

Pasó el tiempo. Nada más que los pasos de los centinelas y la última claridad de las bayonetas por encima de los mil rumores del dolor. De pronto, como si la oscuridad hubiese hecho la niebla más espesa, desde muy lejos, volvió a sonar el silbido de la locomotora, más apagado. Uno de los recién llegados, acostado sobre el vientre, crispó las manos sobre los oídos y aulló. Los otros no gritaban: pero de nuevo el terror estaba allí, a ras del suelo.

El hombre volvió a levantar la cabeza y se irguió sobre los codos.

–¡Crápulas! –aulló–. ¡Asesinos!

Uno de los centinelas se adelantó y, de un puntapié en las costillas, le hizo dar vuelta. Se calló. El centinela se alejó. El herido comenzó a refunfuñar. Había ahora demasiada oscuridad para que Katow pudiese distinguir su mirada; pero oía su voz, y comprendía que iba a articular. En efecto: «... no fusilan: los echan vivos en la caldera de la locomotora –decía–. Y ahora silban...» Volvía el centinela. Silencio, salvo el dolor.

La puerta se abrió de nuevo. Otra vez las bayonetas, iluminadas ahora de abajo arriba por el farol, pero sin heridos. Un oficial Kuomintang entró solo. Aunque no veía más que la masa de los cuerpos, Katow sintió que todos los hombres se erguían. El oficial, a lo lejos, sin volumen, sombra que el farol iluminaba mal contra la última luz del día daba órdenes a un centinela. Éste se acercó, buscó a Katow y lo encontró. Sin tocarlo, sin decir nada, con respeto, sólo le hizo seña de que se levantase. Llegó con trabajo frente a la puerta, allá donde el oficial continuaba dando órdenes. El soldado, con el fusil en un brazo, el farol en el otro, se colocó a la izquierda. A su derecha, no había más que el espacio libre y la pared blanca. El soldado señaló el espacio con el fusil. Katow sonrió amargamente, con un orgullo desesperado. Pero nadie veía su rostro: el centinela, a propósito, no le miraba, y todos los heridos que se hallaban en trance de muerte, empinados sobre una pierna, sobre un brazo o sobre el mentón, seguían con la mirada su sombra, todavía no muy negra, que se agrandaba sobre el muro de los torturados.

El oficial salió. La puerta quedó abierta.

Los centinelas presentaron las armas: entró un civil. «Sección A», gritó, desde fuera, una voz, tras de la cual se cerró la puerta. Uno de los centinelas acompañó al paisano hasta el muro, sin cesar de gruñir: muy cerca, Katow, estupefacto, reconoció a Kyo. Como no estaba herido, los centinelas, al verle llegar entre dos oficiales, le habían tomado por uno de los consejeros extranjeros de Chiang Kaishek: reconociendo ahora su error, le hacían gestos desde lejos. Se acostó en la sombra, al lado de Katow.

–¿Sabes lo que nos espera? –preguntó éste.

–Se ha tenido cuidado en advertírmelo: pero no me importa: llevo conmigo mi cianuro. ¿Tienes tú el tuyo?

–Sí.

–¿Estás herido?

–En las piernas. Pero puedo andar.

–¿Estás ahí desde hace mucho tiempo?

–No. ¿Cuándo te prendieron?

–Anoche. ¿No hay medio de escaparse, aquí?

–Nada que hacer. Casi todos están gravemente heridos. Fuera, hay soldados por todas partes. ¿Has visto las ametralladoras delante de la puerta?

–Sí. ¿Dónde te han prendido?

Ambos tenían necesidad de escapar a aquella velada fúnebre; de hablar, de hablar: Katow, de la toma de la Permanencia; Kyo, de la cárcel, de la entrevista con König, de lo que había sabido después; aun antes de la

prisión provisional, había sabido que May no estaba detenida.

Katow estaba echado de lado, muy cerca de él, separado por toda la extensión del sufrimiento: con la boca entreabierta, los labios hinchados bajo su nariz jovial, los ojos casi cerrados, pero unido a él por esa amistad absoluta, sin reticencias y sin examen, que sólo facilita la muerte: vida condenada, encallada contra la suya, en la sombra plena de amenazas y de heridas, entre todos aquellos hermanos en la orden mendicante de la Revolución: cada uno de aquellos hombres había asido rabiosamente la única grandeza que pudiera ser la suya.

Los guardias condujeron a tres chinos. Separados de la multitud de los heridos, pero también de los hombres del muro. Habían sido detenidos antes del combate, vagamente juzgados, y esperaban ser fusilados.

–¡Katow! –llamó uno de ellos.

Era Lu-Yu-Shuen, el asociado de Hemmelrich.

–¿Qué?

–¿Sabes si se fusila lejos de aquí o cerca?

–No sé. En todo caso, no se oye.

Una voz dijo, un poco más lejos:

–Parece que el ejecutor, después, os arranca vuestros dientes de oro.

Y otra:

–A mí qué me importa: no los tengo.

Los tres chinos fumaban cigarrillos, bocanada tras bocanada, obstinadamente.

–¿Tenéis varias cajas de cerillas? –preguntó un herido, un poco más lejos.

–Sí.

–Mándame una.

Lu le mandó la suya.

–Quisiera que alguien le pudiera decir a mi hijo que he muerto con valor –dijo, a media voz. Y, poco más bajo, aún–: No es fácil morir así.

Katow descubrió en sí un sordo júbilo: ni mujer ni hijos.

La puerta se abrió.

–¡Manda uno! –gritó el centinela.

Los tres se oprimían, el uno contra el otro.

–Vamos, qué –dijo el guardia–. Decidíos...

No se atrevía a elegir. De pronto, uno de los dos chinos desconocidos dio un paso hacia adelante, tiró su cigarrillo, apenas encendido, encendió otro, después de haber quebrado dos cerillas, y se decidió con paso apresurado, hacia la puerta, abrochándose, uno a uno, todos los botones de la americana. La puerta se volvió a cerrar.

Un herido recogía los trozos de las cerillas que habían caído. Sus vecinos y él habían partido en menudos fragmentos las de la caja facilitada por Lu-Yu-Shuen y jugaban a la paja más corta. No habían transcurrido más de cinco minutos, cuando la puerta se volvió a abrir.

–¡Otro!

Lu y su compañero avanzaban juntos, cogidos del brazo. Lu recitaba en voz baja y sin entonación la muerte del héroe, de una obra famosa; pero la vieja comunidad china estaba bien destruida: nadie le escuchaba.

–¿Cuál? –preguntó el soldado.

Ellos no respondían.

–¿Quién va a venir?

De un culatazo los separó. Lu quedó más cerca de él que el otro. Le cogió de un hombro.

Lu se desasió y avanzó. Su compañero volvió a su puesto y se acostó.

Kyo sintió cuánto más fácil le sería morir a aquel que a los que le habían precedido: se quedaba solo. Era tan valeroso como Lu, puesto que había avanzado con él. Pero ahora, en su manera de estar echado en el suelo, como el gatillo de un fusil, con los brazos apretados alrededor del cuerpo, gritaba el miedo. En efecto: cuando el guardia le tocó, fue presa de un ataque de nervios. Dos soldados lo cogieron, uno de los pies y otro de la cabeza, y se lo llevaron.

Extendido sobre la espalda, con los brazos recogidos sobre el pecho, Kyo cerró los ojos: aquélla era, precisamente, la posición de los muertos. Se imaginó tendido, inmóvil, con los ojos cerrados y el rostro apaciguado por la serenidad que dispensa la muerte durante un día a casi todos los cadáveres, como si así debiera ser expresada la dignidad, aun la de los más miserables. Había visto morir a muchos, y, ayudado por su educación japonesa, siempre había pensado que es bueno para uno morir de su muerte, de una muerte que se asemeje a su vida. Y morir es pasividad, pero matarse es acción. En cuanto llegasen a buscar a uno de los suyos, se mataría con plena conciencia. Se acordó –con el corazón detenido– de los discos de fonógrafo. ¡Tiempo en que la esperanza conservaba un sentido! No volvería a ver a May, y el único dolor al cual era vulnerable era el dolor de ella, como si su propia muerte fuese una falta. «El remordimiento de morir», pensó con una ironía crispada. Nada semejante sentía respecto de su padre, quien siempre le había dado la impresión, no de debilidad, sino de fuerza. Desde hacía más de un año, May lo había sustraído a toda soledad, si no a toda amargura. El lancinante efugio en la ternura de los cuerpos anudados por primera vez, renacía –¡ay!– en cuanto pensaba en ella, ya separado de los vivos... «Ahora, es preciso que ella me olvide...» Escribirle no hubiera hecho más que mortificarla y unirla más a él. «¡Y decir que ame a otro!» (Oh prisión, lugar donde se detiene el tiempo –que continúa en otra parte–... ¡No! Era en ese patio, separado de todos por las ametralladoras de la Revolución, cualquiera que fuese su suerte, cualquiera que fuese el lugar de su resurrección, donde recibiría el golpe de gracia. Por todas partes donde los hombres trabajan en la aflicción, en la absurdidad, en la humillación, se pensaba en unos condenados semejantes a ellos, como los creyentes rezan; y, en la ciudad, se comenzaba a amar a aquellos moribundos, como si ya estuviesen muertos... Entre todo lo que aquella última noche cubría la tierra, aquel lugar de estertores era, sin duda, el más grávido de amor viril. Gemir con aquella multitud acostada; llevar hasta su murmullo de quejas aquel sufrimiento sacrificado... Y un rumor inesperado prolongaba hasta el fondo de la noche aquel cuchicheo de dolor: como Hemmelrich, casi todos aquellos hombres tenían hijos. Sin embargo, la fatalidad aceptada por ellos ascendía con el zumbido de los heridos, como la paz de la noche recubría a Kyo, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre su cuerpo abandonado, con una majestad de canto fúnebre. Hubiera combatido para quien, a su tiempo, estuviera cargado del sentido más fuerte y de la mayor esperanza; moría entre aquellos con quienes hubiera querido vivir; moría, como cada uno de aquellos hombres que estaban acostados, por haber dado un sentido a su vida. ¿Qué hubiera valido una vida por la cual no se hubiera aceptado morir? Es fácil morir, cuando no se muere solo. ¡Muerte saturada de temblor fraternal; conjunto de vencidos en los que las multitudes reconocerían a sus mártires; leyenda sangrienta, con la que se hacen las leyendas doradas! ¿Cómo, contemplado ya por la muerte, no oír aquel murmullo de sacrificio humano que le gritaba que el corazón viril de los hombres es un refugio para los muertos, preferible al espíritu?

A la sazón, tenía el cianuro en su mano.

Con frecuencia se había preguntado si moriría con facilidad. Sabía que, si se decidía a matarse, se mataría; pero, conociendo la salvaje indiferencia con que la vida nos desenmascara ante nosotros mismos, no habría permanecido sin inquietud en el instante en que la muerte aniquilaría el pensamiento de todo su seso sin retorno.

No; morir podía ser un acto exaltado, la suprema expresión de una vida a la que aquella muerte se asemejaba tanto; y era escapar a aquellos dos soldados que se aproximaban, vacilantes. Trituró el veneno entre sus dientes, como si hubiese dado una voz de mando; aún oyó a Katow interrogarle con angustia y tocarle, y, en el momento en que pretendía abrazarse a él, ahogándose, sintió que todas sus fuerzas le abandonaban, arrojadas más allá de sí mismo, contra una convulsión todopoderosa.

* * *

Los soldados llegaban para buscar entre la multitud a dos prisioneros que no podían levantarse. Sin duda, el ser quemado vivo daba derecho a unos honores especiales, aunque limitados: transportados en una sola camilla, casi el uno encima del otro, fueron derribados a la izquierda de Katow; Kyo, muerto, estaba echado a su derecha. En el espacio vacío que los separaba de los que sólo estaban condenados a muerte, los soldados se acurrucaron junto a su farol. Poco a poco, las cabezas y las miradas fueron cayendo en la oscuridad, y ya no volvieron más que de tarde en tarde a aquella luz que, en el fondo del salón, señalaba el sitio de los condenados.

Katow, después de la muerte de Kyo –que había respirado, por lo menos, durante un minuto–, se sentía arrojado a una soledad tanto más fuerte y dolorosa cuanto que estaba rodeado de los suyos. El chino al cual había habido que llevárselo para matarlo, sacudido por un ataque de nervios, le obsesionaba. Y, sin embargo, encontraba en aquel abandono total la sensación del descanso, como si, desde hacía algunos años, hubiese esperado aquello; descanso encontrado, recuperado, en los peores instantes de su vida. ¿Dónde había leído esto: «No eran los descubrimientos, sino los sufrimientos de los exploradores lo que envidiaba, lo que me atraía...»? Como para responder a su pensamiento, por tercera vez, el silbido lejano llegó hasta el salón. Sus dos vecinos de la izquierda se sobresaltaron. Unos chinos muy jóvenes; uno de ellos era Suen, al que no conocía más que por haber combatido con él en la Permanencia; el segundo le era desconocido. (No era Pei.) ¿Por qué no estaban con los demás?

–¿Organización de grupos de combate? –preguntó.

–Atentado contra Chiang Kaishek –respondió Suen.

–¿Con Chen?

–No. Quiso arrojar su bomba completamente solo. Chiang no iba en el coche. Yo esperé el auto mucho más lejos. Me cogieron con la bomba.

La voz que le respondía era tan ahogada, que Katow miró atentamente los dos rostros: los jóvenes lloraban, sin exhalar un sollozo. «No se puede hacer gran cosa con la palabra», pensó Katow. Suen pretendió mover el hombro y gesticuló de dolor –estaba herido, además, en el brazo.

–Quemado –dijo–. Ser quemado vivo. Los ojos, también; los ojos, ¿comprendes?...

Su camarada sollozaba ahora.

–Se puede serlo por accidente –dijo Katow.

Parecía que hablasen, no el uno al otro, sino a una tercera persona invisible.

–No es lo mismo.

–No: es peor.

–Los ojos también –repetía Suen, en voz baja–; los ojos también. . Y cada uno de los dedos; y el vientre, el vientre...

–¡Cállate! –dijo el otro, con voz de sordo.

Hubiera querido gritar; pero ya no podía. Crispó las manos muy cerca de las heridas de Suen, cuyos músculos se contrajeron.

–La dignidad humana –murmuró Katow, que pensaba en la entrevista de Kyo con König. Ninguno de los

condenados hablaba ya. Más allá del farol, en la sombra, a la sazón completa, continuaba el rumor de los heridos... Se acercó más a Suen y a su compañero. Uno de los guardias contaba a los otros una historia: con las cabezas reunidas, se encontraron entre el farol y los condenados; éstos no se veían siquiera ya. A pesar del rumor; a pesar de todos aquellos hombres, que habían combatido como él, Katow estaba solo; solo entre el cuerpo de su amigo muerto y de sus dos compañeros espantados; solo entre aquel muro y aquel silbido perdido en la noche. Pero un hombre podía ser más fuerte que aquella soledad, y hasta quizá que aquel silbido atroz: el miedo luchaba con él contra la más terrible tentación de su vida. Abrió a su vez la hebilla de su cinturón.

Por fin, dijo, en voz muy baja:

–¡Ea! Suen, ponme la mano en el pecho y toma esto: os voy a dar mi cianuro. No hay absolutamente más que para dos.

Había renunciado a todo, salvo a decir que no había más que para dos. Echado de lado, partió el cianuro en dos trozos. Los guardias interceptaban la luz, que los rodeaba de una aureola turbia; pero, ¿no irían a moverse? Imposible ver nada; aquel don superior a su vida, Katow se lo hacía a aquella mano caliente, que descansaba en él; ni siquiera a los cuerpos; ni siquiera a las voces. La mano se crispó, como un animal, y se separó de él, inmediatamente. Esperó, con todo el cuerpo erguido. Y, de pronto, oyó una de las voces:

–Se ha perdido. Se ha caído.

Voz apenas alterada por la angustia, como si semejante catástrofe, tan decisiva, tan trágica, no hubiera sido posible, como si todo hubiera podido arreglarse. Para Katow también era imposible. Una ira sin límites se levantaba en él; pero volvía a aplacarse, combatida por aquella imposibilidad. ¡Y, sin embargo! ¡Haber dado aquello, para que aquel idiota lo perdiese!

–¿Cuándo? –preguntó.

–Antes de llegar hasta mí. No lo he podido sujetar, cuando Suen me lo ha alargado: estoy herido en la mano, también.

–Ha dejado caer los dos –dijo Suen.

Los buscaban, sin duda, entre ambos. Buscaron después entre Katow y Suen, sobre quien el otro estaría probablemente casi echado, pues Katow, sin ver nada, sentía muy cerca de sí la masa de los dos cuerpos. Buscaba también él, esforzándose por vencer su nerviosidad, por poner la mano de plano, de diez en diez centímetros, por todas partes donde podía alcanzar. Las manos de ellos rozaban con la suya. Y, de pronto, uno de los dos la cogió, la oprimió y la conservó.

–Si no encontramos nada... –dijo una de las voces.

También Katow oprimía la mano, próximo a las lágrimas, conmovido por aquella pobre fraternidad sin rostro, casi sin verdadera voz (todos los cuchicheos se asemejan), que se le entregaba en aquella oscuridad contra el mayor donativo que había hecho en su vida y que habría sido hecho en vano. Aunque Suen continuaba buscando, las dos manos permanecían unidas. La opresión se convirtió, de pronto, en crispación.

–Aquí está.

¡Oh resurrección!... Pero...

–¿Estás seguro de que no son unos guijarros? –preguntó el otro.

Había muchos trozos de yeso por el suelo.

–¡Trae! –dijo Katow.

Con las yemas de los dedos, reconoció las formas.

Las devolvió –¡las devolvió!–; estrechó con más fuerza la mano que buscaba de nuevo la suya, y esperó, temblándole los hombros y castañeteándole los dientes. «Con tal de que el cianuro no esté descompuesto, a

pesar del papel de plata...», pensó. La mano que tenía cogida retorció de pronto la suya, y como si hubiese comunicado por su mediación con el cuerpo perdido en la oscuridad, comprendió que éste se distendía. Envidiaba aquella asfixia convulsa. Casi al mismo tiempo, el otro: un grito ahogado, al que no puso atención nadie. Luego, nada.

Katow se sintió abandonado. Se volvió boca abajo, y esperó. El temblor de sus hombros no cesaba.

A medianoche, volvió el oficial. En una baraúnda de armas entrechocadas, seis soldados se acercaron a los condenados. Todos los prisioneros se despertaron. Tampoco el nuevo farol proyectaba más que prolongadas formas confusas –tumbas en la tierra, revuelta ya– y algunos reflejos sobre los ojos. Katow había llegado a erguirse. El que mandaba la escolta tomó el brazo de Kyo, y, al sentir la rigidez, cogió en seguida a Suen; éste también estaba rígido. Un rumor se propagaba, desde las primeras hileras de prisioneros hasta las últimas. El jefe de escolta cogió por un pie al primero y luego al segundo: volvieron a caer, rígidos. Llamó al oficial. Éste hizo las mismas pruebas. Entre los prisioneros, el rumor aumentaba. El oficial miró a Katow.

–¿Muertos?

¿Para qué responder?

–Aislar a los seis prisioneros más próximos.

–Es inútil –respondió Katow–: he sido yo quien les ha dado el cianuro.

El oficial vaciló.

–¿Y usted? –preguntó, por fin.

–No había más que para dos –respondió Katow, con alegría profunda.

«Voy a recibir un culatazo en la cara», pensó.

El rumor de los prisioneros casi se había convertido en clamor.

–¡Marchen! –pronunció el oficial.

Katow no olvidaba que ya había sido condenado a muerte; que había visto las ametralladoras asestadas contra él, y las había oído disparar... «En cuanto esté fuera, procuraré estrangular a uno y dejarle las manos apretadas durante mucho tiempo, para que se vean obligados a matarme. Me quemarán, pero después de muerto.» En el instante mismo, uno de los soldados le juntó los brazos al cuerpo, mientras otro le llevaba las manos por detrás de la espalda y se las ataba. «Estos chicos han tenido una ocurrencia –pensó–. ¡Vamos! Supongamos que he muerto en un incendio.» Echó a andar. El silencio volvió a caer, como una trampa, a pesar de los gemidos. Como antes sobre el muro blanco, el farol proyectaba la sombra, a la sazón muy negra, de Katow sobre las grandes ventanas nocturnas; caminaba pesadamente, con una pierna sobre la otra, entorpecido por sus heridas; cuando su balanceo se aproximaba al farol, la silueta de la cabeza se perdía en el techo. Toda la oscuridad del salón estaba viva, y le seguía con la mirada, paso a paso. El silencio era tan grande, que el suelo resonaba, cada vez que lo tocaba con el pie; todas las cabezas, moviéndose de arriba abajo, seguían el ritmo de su marcha con amor, con espanto, con resignación, como si, a pesar de los movimientos semejantes, todos se descubriesen a sí mismos, al seguir aquella marcha desigual. Todos se quedaron con la cabeza levantada: la puerta se volvía a cerrar.

Un ruido de respiraciones profundas, lo mismo que la del sueño, comenzó a ascender del suelo. Respirando por la nariz, con las mandíbulas apretadas por la angustia, inmóviles ahora, todos los que aún no habían muerto esperaban el silbido.

Al día siguiente

Desde hacía más de cinco minutos, Gisors contemplaba su pipa. Delante de él, la lámpara encendida («eso no compromete a nada»); la cajita del opio abierta, y las agujas limpias. Fuera, la noche; en la habitación, la luz de la lamparilla y un gran rectángulo claro, y abierta la puerta de la habitación contigua, adonde se había trasladado el cuerpo de Kyo. El patio había sido vaciado para nuevos condenados y nadie se había opuesto a que los cuerpos que se habían sacado afuera fuesen recogidos. El de Katow no se había recuperado. May había recogido el de Kyo, con las precauciones que hubiera adoptado para trasladar a un herido muy grave. Estaba allí, tendido, no sereno –como Kyo, antes de matarse, había pensado que quedaría–, sino convulsionado por la asfixia, convertido ya en otra cosa distinta de un hombre. May lo miraba, antes de amortajarlo, hablando con el pensamiento ante la última presencia de aquel semblante, con terribles palabras maternales que no se atrevía a pronunciar, por miedo a oírlas ella misma. «Amor mío», murmuraba, como si hubiese dicho: «carne mía», sabiendo bien que era algo de sí misma, no extraño, lo que se le había arrancado: «vida mía...» Se dio cuenta de que era a un muerto a quien decía aquello. Pero hacía mucho tiempo que ya no tenía lágrimas.

«Todo dolor que ya no ayuda a nadie es absurdo», pensaba Gisors, hipnotizado por su lámpara, refugiado en aquella fascinación. «La paz está ahí. La paz.» Pero no se atrevía a alargar la mano. No creía en ninguna supervivencia; no tenía ningún respeto a los muertos; pero de todos modos no se atrevía a alargar la mano.

May se acercó a él. Boca blanda, vacilante, en aquel rostro de mirada perdida... Le puso con suavidad los dedos en las muñecas.

–Venga –dijo, con voz inquieta, casi imperceptible–. Me parece que se ha calentado un poco...

Buscó los ojos de aquel semblante tan humano, tan doloroso, aunque nunca extraviado. Le miraba sin turbación, menos con esperanza que con súplica. Los efectos del veneno son siempre inseguros; ella era médica. Gisors se levantó y la siguió, defendiéndose contra una esperanza tan fuerte que le parecía que, si se abandonaba a ella, no podría resistir que le fuese retirada. Tocó la frente amoratada de Kyo, aquella frente que nunca ostentaría arrugas: estaba frío, con el frío particular de la muerte. No se atrevía a retirar los dedos, a encontrar de nuevo la mirada de May; dejaba la suya, fija en la mano abierta de Kyo, donde ya las líneas comenzaban a desvanecerse...

–No –dijo, volviendo a la angustia. No le había abandonado. Se dio cuenta de que no había creído a May.

–Tanto peor... –respondió ésta, solamente.

Le vio entrar en la habitación contigua, vacilante. ¿En qué pensaba? Mientras Kyo estuviese allí, todo pensamiento debía ser para él. Aquel muerto esperaba de ella algo, una respuesta que ignoraba, pero que no por eso dejaba de existir. ¡Oh suerte abyecta de los demás, con sus oraciones y sus flores fúnebres! Una respuesta más allá de la angustia que arrancaba de sus manos las caricias maternales que ningún hijo había recibido de ella, de la espantosa llamada que le hace a uno hablar a los muertos con las formas más afectuosas de la vida. Aquella boca que le había dicho ayer: «He creído que estabas muerta», ya no hablaría nunca; no era con lo que quedaba allí de vida irrisoria –un cuerpo–, con la muerte misma, con lo que había que entrar en comunión.

Ella continuaba allí, inmóvil, arrancando de sus recuerdos tantas agonías contempladas con resignación, llena de pasividad en la vana acogida que ofrecía salvajemente a la nada.

Gisors se había echado de nuevo en el diván. «Y, más tarde, tendré que despertarme...» ¿Cuánto tiempo le concedería de nuevo todas las mañanas aquella muerte? La pipa estaba allí: la paz. Adelantar la mano, y preparar la bolita: después de un cuarto de hora, pensar en la muerte misma con una indulgencia sin límites, como en cualquier paralítico que le hubiese querido mal: cesaría de poder esperarle; perdería toda presa y le deslizaría suavemente en la serenidad universal. La liberación estaba allí, muy cerca. Ninguna ayuda puede facilitarse a los muertos. ¿Para qué sufrir más? ¿El dolor es una ofrenda al amor o al miedo?... No se atrevía a tocar el platillo, y la angustia le oprimía la garganta, al mismo tiempo que el deseo y los sollozos contenidos. Al azar, cogió el primer folleto que encontró. Nunca tocaba los libros de Kyo; pero

sabía que no lo leería. Era un número de La. Política de Pekín, que se había caído allí cuando habían llevado el cuerpo, y donde estaba el discurso por el cual había sido expulsado Gisors de la Universidad. Al margen, con letra de Kyo: «Este discurso es el discurso de mi padre.»

Nunca le había dicho siquiera que lo aprobaba. Gisors volvió a cerrar el folleto, con suavidad, y contempló su esperanza muerta.

Abrió la puerta, arrojó el opio a la oscuridad y volvió a sentarse, con los hombros abatidos, esperando el alba, esperando a que se redujese en el silencio, a fuerza de desgastarse, en el diálogo con él mismo, su dolor... A pesar del sufrimiento que entreabría su boca, que cambiaba en semblante aturdido su máscara grave, no perdía todo control. Aquella noche, su vida iba a cambiar: la fuerza del pensamiento no es grande contra la metamorfosis a que la muerte puede obligar a un hombre. Para lo sucesivo, estaba reducido a sí mismo. El mundo no tenía ya sentido; no existía ya: la inmovilidad sin retomo, allí, al lado de aquel cuerpo que le había unido al universo, era como un suicidio de Dios. No había esperado ni conseguido nada de Kyo, ni siquiera la felicidad; pero que el mundo existiese sin Kyo... «He sido arrojado fuera del tiempo»; el hijo era la sumisión al tiempo, a la sucesión de las cosas; sin duda, en lo más profundo, Gisors era esperanza, como era angustia, esperanza de nada, espera, y era preciso que su amor fuese aniquilado para que descubriese aquello. ¡Y, sin embargo! Todo cuanto lo destruía encontraba en él una acogida árida. «Hay algo de hermoso en estar muerto», pensó. Sentía temblar en sí el sufrimiento fundamental; no el que procede de los seres o de las cosas, sino el que surge del hombre mismo y se esfuerza en arrancarnos a la vida; podía pasarle inadvertido, pero, sólo cesando de pensar en él; y se sumergía en él cada vez más, como si aquella contemplación espantosa hubiese constituido la única voz que pudiera oír la muerte; como si aquel sufrimiento de ser hombre, de que se impregnaba hasta el fondo del corazón, hubiese sido la única oración que pudiese oír el cuerpo de su hijo muerto.

Parte Séptima

París, julio

Ferral, abanicándose con el periódico donde el Consorcio era más violentamente atacado, llegó el último al gabinete de espera del ministro de Hacienda; en grupos esperaban el director adjunto del Movimiento General de Fondos –el hermano de Ferral había caído prudentemente enfermo la semana anterior–, el representante del Banco de Francia, el del banco principal de negocios francés y los de los establecimientos de crédito. Ferral los conocía a todos: un hijo, un yerno y antiguos funcionarios de la Inspección de Hacienda y del Movimiento General de Fondos; el lazo entre el Estado y los Establecimientos era demasiado estrecho para que éstos no tuviesen ventaja al agregar funcionarios que encontraban, cerca de sus antiguos colegas, una acogida favorable. Ferral comprobó su sorpresa: parecía natural que hubiese llegado antes que ellos; al no verle allí, habrían pensado que no se le había convocado. Que se permitiese llegar el último, les sorprendía. Todo les separaba: lo que él pensaba acerca de ellos; lo que ellos pensaban acerca de él, y su manera de vestir; casi todos estaban vestidos con una negligencia impersonal, y Ferral llevaba su traje arrugado y chinesco, y la camisa de seda gris, con cuello blando de Shanghai. Dos razas.

Fueron introducidos, casi inmediatamente.

Ferral conocía poco al ministro. Aquella expresión de semblante de otra época, ¿procedía de sus cabellos blancos, espesos como los de las pelucas de la Regencia? Aquel rostro fino de ojos claros, aquella sonrisa tan acogedora –antiguo parlamentario–, armonizaban con la leyenda de cortesía del ministro, leyenda paralela a la de su brusquedad, cuando le picaba una mosca napoleoniana. Ferral, mientras cada uno ocupaba su puesto, pensaba en una anécdota famosa: el ministro, entonces ministro de Estado, sacudía por los faldones de su chaquet al enviado de Francia en Marruecos; y, habiéndose descosido el chaquet por la espalda, de pronto, llamó y dijo: «Traiga usted uno de mis chaquets para el señor.» Luego llamando de nuevo, en el momento en que desaparecía el ujier, añadió: «¡El más viejo! ¡No se merece otro!» Su semblante habría parecido muy seductor, si no hubiera sido por una mirada que parecía negar lo que prometía la boca: herido en un accidente, tenía un ojo de vidrio.

Se habían sentado: el director del Movimiento General de Fondos, a la derecha del ministro; Ferral a la izquierda; los representantes, al fondo del despacho, en un canapé.

–Ya saben ustedes, señores –dijo el ministro–, para qué los he convocado. Sin duda, habrán examinado la cuestión. Dejo al señor Ferral el cuidado de resumírsela y de presentarles su punto de vista.

Los representantes esperaron pacientemente a que Ferral, según costumbre, les contase sus embustes.

–Señores –dijo Ferral–, es corriente en una entrevista como ésta, presentar unos balances optimistas. Tienen ustedes ante los ojos el informe de la Inspección de Hacienda. La situación del Consorcio, prácticamente, es peor de lo que deja suponer ese informe. No les someto empleos ostentosos ni créditos inseguros. El pasivo del Consorcio, lo conocen ustedes, con toda evidencia: deseo atraer vuestra atención sobre dos puntos del activo que no puede señalar ningún balance y en cuyo nombre se solicita su ayuda.

»El primero consiste en que el Consorcio representa la única obra francesa de ese orden en el Extremo Oriente. Aunque con déficit, incluso en vísperas de quiebra, su estructura permanece intacta. Su red de agentes; sus puestos de compra o de venta en el interior de la China; las relaciones establecidas entre sus compradores chinos y sus sociedades de producción indochina, todo eso es y puede ser mantenido. No exagero al decir que, para la mitad de los comerciantes del Yang-Tsé, Francia es el Consorcio, como el Japón es el concern Mitsubishi; nuestra organización, ustedes lo saben, puede ser comparada, en extensión, a la de la Standard Oil. Ahora bien: la Revolución china no será eterna.

»Segundo punto: gracias a los lazos que unen al Consorcio con una gran parte del comercio chino, he participado de la manera más eficaz en la toma del poder por el general Chiang Kaishek. Desde ahora, está conforme en que la parte de la construcción de los Ferrocarriles chinos, prometida a Francia por los tratados, será confiada al Consorcio. Ya conocen ustedes la importancia de eso. Sobre este elemento, pido a ustedes que se pongan de acuerdo para conceder al Consorcio la ayuda que les solicita; a causa de su presencia, me parecería defendible desear que no desapareciese de Asia la única organización poderosa que

representa allí a nuestro país –aunque tuviese que salir de las manos de quienes la fundaron.

Los representantes examinaban cuidadosamente el balance, que conocían de antemano y que ya no les enseñaba nada: todos esperaban que el ministro hablase.

–No es solamente de interés del Estado –dijo éste–, sino también del de los establecimientos, que el crédito no sea perjudicado. La caída de organismos tan importantes como el Banco Industrial de China y el Consorcio no puede ser más que enojosa para todos..

Hablaba con indolencia, apoyado en el respaldo de su sillón con la mirada perdida, golpeando con el extremo del lápiz la carpeta colocada delante de él. Los representantes esperaban que su actitud se hiciese más precisa.

–¿Quiere usted permitirme, señor ministro –dijo el representante del Banco de Francia–, que le someta una opinión un tanto diferente? Sólo he venido aquí para representar a un establecimiento de crédito, y, por tanto, para ser imparcial. Durante algunos meses, los cracs hacen disminuir los depósitos: eso es verdad; pero desde hace seis meses, las sumas retiradas vuelven a entrar, de un modo automático, y, precisamente, en los principales establecimientos, que presentan las mayores garantías. Quizá la caída del Consorcio, lejos de ser perjudicial a los establecimientos que representan esos señores, les fuese, por el contrario, favorable...

–Exceptuando que siempre es imprudente jugar con el crédito: quince quiebras de los bancos de provincias no serían provechosas a los establecimientos; no lo serían más que en razón de las medidas políticas a que dieran lugar.

«Todo eso es hablar por hablar –pensó Ferral–; lo que ocurre es que el Banco de Francia tiene miedo a verse comprometido y a tener que pagar, si los establecimientos pagan.» Silencio. La mirada interrogativa del ministro encontró la de uno de los representantes: rostro de teniente de húsares; mirada insistente, próxima a la reprimenda; voz clara:

–Contrariamente a lo que de ordinario encontramos en entrevistas semejantes a la que celebramos, debo decir que soy algo menos pesimista que el señor Ferral sobre el conjunto de las partidas del balance que se nos ha sometido. La situación de los bancos del grupo es desastrosa: eso es verdad; pero ciertas sociedades pueden ser defendidas, incluso bajo su forma actual.

–Es el conjunto de una obra lo que yo les pido que mantengan –dijo Ferral–. Si el Consorcio queda destruido, sus negocios pierden todo sentido para Francia.

–Por el contrario –dijo otro representante, de rostro enjuto y fino–, el señor Ferral me parece optimista a pesar de todo, en cuanto al activo principal del Consorcio. El empréstito no está aún emitido.

Mientras hablaba, contemplaba la solapa de la americana de Ferral; éste, intrigado, dirigió a ella la mirada y acabó de comprender: sólo él no estaba condecorado. A propósito. Su interlocutor era comendador y contemplaba con hostilidad aquel ojal desdeñoso; Ferral no había esperado nunca otra consideración que la de su fuerza.

–Sabe usted que será emitido –dijo–; emitido y cubierto. Eso incumbe a los bancos americanos, y no a sus clientes, que tomarán lo que se les haga tomar.

–Supongámoslo. Cubierto el empréstito, ¿quién nos asegura que los ferrocarriles serán construidos?

–Pero –dijo Ferral, con cierto asombro (su interlocutor no podía ignorar lo que iba a responder)– no se trata de que la mayor parte de los fondos sea entregada al gobierno chino. Irán, directamente, de los bancos americanos a las empresas encargadas de la fabricación del material, con toda evidencia. Si no, ¿cree usted que los americanos admitirían el empréstito?

–Desde luego. Pero Chiang Kaishek puede ser muerto o destituido; si el bolchevismo reina, el empréstito no será emitido. Por mi parte, no creo que Chiang Kaishek se mantenga en el poder. Nuestras informaciones consideran su caída como inminente.

–Los comunistas están exterminados en todas partes –respondió Ferral–. Borodin acaba de abandonar Han-Kow y de volver a Moscú.

–Los comunistas, sin duda; pero no el comunismo. La China no volverá ya nunca a ser lo que era, y, después del triunfo de Chiang Kaishek, son de temer nuevas oleadas comunistas...

–Mi opinión es la de que todavía continuará en el poder durante diez años; pero no es éste asunto que nos reporte ningún riesgo.

(«No escucháis –pensaba– más que a vuestro valor, que nunca os dice nada. ¿Y cuando Turquía no os devolvía un céntimo y compraba con vuestro dinero los cañones para la guerra? Solos, no habríais hecho nunca un gran negocio. Cuando habéis acabado vuestra cópula con el Estado, tomáis por prudencia vuestra cobardía y creéis que basta ser manco para convertirse en la Venus de Milo, lo cual es excesivo.»)

–Si Chiang Kaishek se mantiene en el gobierno –dijo con voz suave un representante joven, de cabellos rizados–, la China recobrará su autonomía aduanera. ¿Quién nos dice que, aun concediéndole al señor Ferral todo cuanto supone, su actividad en China no perderá todo valor, el día en que soporte las leyes chinas para reducirla a la nada? Ya sé que a esto pueden oponerse varias respuestas...

–Varias –corroboró Ferral.

–No es menos cierto –respondió el representante de rostro de oficial– que este negocio es inseguro, o, aun admitiendo que no implique ningún riesgo, implica un crédito a largo plazo, y, en realidad, una participación en la vida de un negocio... Todos sabemos que el señor Germain ha podido conducir a la ruina al Crédit Lyonnais por estar interesado en los Colores de Anilina, uno de los mejores negocios franceses, no obstante. Nuestra función no consiste en participar en los negocios, sino en prestar dinero con garantías y a plazos breves. Fuera de esto, ya no nos corresponde a nosotros la palabra, sino a los bancos de negocios.

Silencio, de nuevo. Prolongado silencio.

Ferral reflexionaba acerca de las razones por las cuales el ministro no intervenía. Todos, y él mismo, hablaban en lenguaje convencional y adornado, como los lenguajes rituales de Asia: por otra parte, no había motivo para que todo aquello no fuese pasablemente chino. Que las garantías del Consorcio fuesen insuficientes, era muy evidente; si no, ¿se habría encontrado él allí? Desde la guerra, las pérdidas experimentadas por el ahorro francés («como dicen los periódicos chantajistas» –pensaba–: la indignación le proporcionaba inspiración), que había suscrito las acciones u obligaciones de los negocios comerciales recomendados por los establecimientos y por los grandes bancos de negocios, ascendían a unos 40 000 millones –sensiblemente más que el tratado de Francfort–. Un mal negocio pagaba una comisión mayor que otro bueno, y eso era todo. Pero todavía era preciso que este mal negocio fuese presentado a los establecimientos por uno de los suyos. No pagarían, salvo en el caso en que el ministro interviniera formalmente, porque Ferral no era de los suyos. No estaba casado: historias de mujeres conocidas. Sospechoso de fumar opio. Había desdeñado la Legión de Honor. Demasiado orgulloso para ser, ya un conformista, ya un hipócrita. Acaso el gran individualismo no pudiese desenvolverse plenamente sino en un pudridero de hipocresía: Borgia no fue papa por casualidad... No era a fines del siglo xviii, entre los revolucionarios franceses, ebrios de virtud, cuando se paseaban los grandes individualistas, sino en el Renacimiento, en una estructura social que correspondía evidentemente al cristianismo...

–Señor ministro –dijo el delegado de más edad, comiéndose, a la vez, algunas sílabas y su recortado bigote, blanco como sus cabellos ondulados–, que estamos dispuestos a acudir en ayuda del Estado, por supuesto. De acuerdo. Usted lo sabe.

Se quitó los lentes, y los movimientos de sus manos, de dedos ligeramente separados, se convirtieron en tanteo de ciego.

–Pero, en definitiva, no obstante, habría que saber en qué medida. No digo que cada uno de nosotros no pueda intervenir con cinco millones. Bueno.

El ministro se encogió levemente de hombros.

–Pero no es de eso de lo que se trata, puesto que el Consorcio debe reembolsar, como mínimo, 250 millones de depósitos. ¿Entonces, qué? Si el Estado piensa que un crac de esa importancia es enojoso, puede encontrar él mismo los fondos; para salvar a los depositarios franceses y a los depositarios annamitas, el Banco de Francia y el Gobierno general de la Indochina están más indicados, sin embargo, que nosotros,

que tenemos también nuestros depositarios y nuestros accionistas. Cada uno de nosotros está aquí en nombre de su Establecimiento...

(«Bien entendido –pensaba Ferral– que si el ministro diese claramente a entender que exige que el Consorcio sea puesto a flote, ya no habría ni depositarios ni accionistas.»)

–... ¿Quién de nosotros puede afirmar que sus accionistas aprobarían un empréstito que sólo está destinado a mantener un establecimiento vacilante? Lo que piensan esos accionistas, señor ministro (y no ellos, solamente) lo sabemos muy bien: que el mercado debe ser saneado; que los negocios que no son viables deben cesar; que mantenerlos artificialmente es el peor servicio que se puede hacer a todos. ¿En qué se convierte la eficacia de la competencia, que es la vida del comercio francés, si los negocios condenados son automáticamente mantenidos?

(«Amigo mío –pensó Ferral–, tu Establecimiento exigió del Estado, el mes pasado, una rebaja de tarifas aduaneras del 32 %, para facilitar, sin duda, la libre competencia.»)

–... ¿Entonces? Nuestro oficio consiste en prestar dinero con garantías, como se ha dicho muy certeramente. Las garantías que nos propone el señor Ferral... Ya ha oído usted al mismo señor Ferral. ¿El Estado quiere sustituir aquí al señor Ferral y damos garantías, a cambio de las cuales concederemos al Consorcio los fondos que le sean necesarios? En una palabra: ¿el Estado hace, sin compensación, un llamamiento a nuestra abnegación, o nos pide (él y no el señor Ferral) que facilitemos una operación de tesorería, aunque sea a largo plazo? En el primer caso, ¿verdad?, nuestra abnegación la tiene concedida, aunque, en definitiva, hay que tener en cuenta a nuestros accionistas. En el segundo caso, ¿qué garantías nos ofrece?

«Lenguaje cifrado completo –pensaba Ferral–. Si sólo estuviésemos dispuestos a representar una comedia, el ministro respondería: Saboreo lo cómico de la palabra abnegación. Lo esencial de vuestros sacrificios procede de vuestras relaciones con el Estado. Vivís de comisiones, función de la importancia de vuestro Establecimiento, y no de un trabajo ni de una eficacia. El Estado os ha dado este año cien millones, bajo una forma o bajo otra; os retira veinte, bendecid su nombre y romped con él. Pero ello no encierra ningún peligro.» El ministro sacó del cajón de su mesa una caja de caramelos y los fue ofreciendo a todos. Cada uno tomó uno, salvo Ferral. Ahora sabía lo que querían los delegados de los Establecimientos: pagar, puesto que era imposible abandonar aquel despacho sin conceder algo al ministro; pero pagar lo menos posible. En cuanto a éste... Ferral esperaba, seguro de que se hallaba propicio a pensar: «¿Qué hubiera aparentado hacer Choiseul, en mi puesto?» Aparentado: el ministro no pedía a los grandes del reino lecciones de voluntad, sino de aplomo o de ironía.

–El señor director adjunto del Movimiento General de Fondos –dijo, golpeando la mesa ligeramente con el lápiz– les dirá a– ustedes cómo no puedo concederles esas garantías sin un voto del Parlamento. Les he reunido a ustedes, señores, porque la cuestión que debatimos interesa al prestigio de Francia; ¿creen ustedes que sea una manera de defenderla llevar esta cuestión ante la opinión pública?

–Sin duda, sin duda; pero, permita usted, señor ministro...

Silencio; los representantes, masticando sus caramelos, rehuían, en actitud meditativa, el acento auvernés de que se sentían amenazados, de pronto, si abrían la boca. El ministro les contemplaba sin sonreír, a uno después de otro, y Ferral, que le veía de perfil, por el lado de su ojo de vidrio, le veía como un gran guacamayo blanco, inmóvil y amargado, entre unos pájaros.

–Veo, pues, señores –continuó el ministro–, que estamos de acuerdo en ese punto. De cualquier manera que afrontemos el problema, es necesario que sean reembolsados los depósitos. El Gobierno General de la Indochina participaría en la restauración del Consorcio con un quinto. ¿Cuál podría ser la parte de ustedes?

Ahora cada uno se refugiaba en su caramelo. «Breve placer –se dijo Ferral–. Tienen ganas de distraerse; pero el resultado hubiera sido el mismo sin caramelos...» Conocía el valor del argumento anticipado por el ministro. Había sido su hermano, quien había respondido a los que pedían al Movimiento General de Fondos una conversión sin votación del Parlamento: «¿Por qué no dar después, porque me da la gana, doscientos millones a mi amiguita?»

Silencio. Más largo aún que los precedentes. Los representantes cuchicheaban entre ellos.

–Señor ministro –dijo Ferral–, si los negocios sanos del Consorcio son, de una manera o de otra, recuperados; si los depósitos, de cualquier modo, deben ser reembolsados, ¿no cree usted que hay que desear un esfuerzo mayor, del que la conservación del Consorcio no quede excluida? La existencia de un organismo francés tan extenso, ¿no tiene, ante los ojos del Estado, una importancia igual a la de algunas centenas de millones de depósito?

–Cinco millones no es una cifra importante, señores –dijo el ministro–. ¿Debo hacer otro llamamiento, de una manera más apremiante, a la abnegación de que han hablado ustedes? Sé que tienden ustedes, que sus Consejos tienden a evitar el control de los bancos por el Estado ¿Creen que la caída de negocios como el Consorcio no impulsa a la opinión pública a exigir ese control de una manera que podría tornarse imperiosa, y quizá urgente?

«Cada vez más chinos –pensaba Ferral–. Esto quiere decir, únicamente: "Cesad de proponerme cinco millones ridículos." El control de los bancos supone una amenaza absurda, cuando está hecho por un gobierno cuya política es opuesta a medidas de este género. Y el ministro no desea ya recurrir a ella realmente, como los representantes que tiene en juego la agencia Havas no desean emprender una campaña de prensa contra el ministro. El Estado no puede ya actuar en serio contra los bancos, ni éstos contra él. Todas las complicidades: personal común, intereses, psicología. Lucha entre los jefes de servicio de una misma casa, y de la que la casa vive, además.» Aunque mal. Como antes en el Astor, Ferral no se salvaba más que por la necesidad de no debilitar ni manifestar ninguna cólera. Pero estaba abatido: habiendo hecho de la eficacia su valor esencial, nada compensaba que se encontrase frente a aquellos hombres, cuya personalidad y cuyos métodos había despreciado siempre, en aquella posición humillada. Era más débil que ellos, y, por eso, en su sistema mismo, todo lo que pensaba era vano.

–Señor ministro –dijo el delegado de más edad–, queremos demostrar una vez más al Estado nuestra buena voluntad; pero si no hay garantías, no podemos, respecto de nuestros accionistas, afrontar un crédito consorcial más elevado que el total de los depósitos de reembolso, y garantizado por el reintegro que haríamos con los beneficios líquidos del grupo. Dios sabe que no contamos para nada con ese reintegro; que lo haremos por respeto al interés superior del Estado...

«Este personaje –pensaba Ferral– es verdaderamente inaudito, con su aspecto de profesor jubilado convertido en Edipo griego. ¡Y todos los brutos, y Francia misma, que viene a pedir consejos a sus directores de agencias y a quienes se les entregan los fondos del Estado en piel de zapa, cuando hay que construir ferrocarriles estratégicos en Rusia, en Polonia o en el Polo Norte! Desde la guerra, aquella broqueta, sentada sobre el canapé, había costado al ahorro francés, sólo en fondos del Estado, dieciocho mil millones. Muy bien: como decía él hace diez años: "Todo hombre que pide consejos para colocar su fortuna a una persona a la que no conoce íntimamente, queda justamente arruinado." Dieciocho mil millones. Sin hablar de los cuarenta mil millones de negocios comerciales. Ni de mí.»

–¿El señor Damiral? –pronunció el ministro.

–No puedo hacer más que asociarme, señor ministro, a las palabras que acaba usted de oír. Como el señor de Morelles, no puedo comprometer al Establecimiento que represento sin las garantías de que ha hablado. No podría hacerlo sin faltar a los principios y a las tradiciones, que han hecho de este Establecimiento uno de los más poderosos de Europa, principios y tradiciones atacados con frecuencia, pero que le permiten poner su abnegación al servicio del Estado, cuando éste recurre a él, como lo hizo hace cinco meses, como lo hace hoy, y como lo hará, quizá, mañana. La frecuencia de estos llamamientos, señor ministro, y la resolución que hemos adoptado de atenderlos me obligan a solicitar las garantías que tales principios y tradiciones exigen para que aseguremos a nuestros depositarios, y gracias a los cuales –me permito decírselo, señor ministro– estamos a su disposición. Sin duda, podremos disponer de veinte millones.

Los representantes se miraban con consternación: los depósitos serían reembolsados. Ferral comprendía ahora lo que había pretendido el ministro: dar satisfacción a su hermano sin comprometerse; hacer que se reembolsasen los depósitos; conseguir que pagasen los Establecimientos, aunque lo menos posible; poder redactar un comunicado satisfactorio. El regateo continuaba. El Consorcio sería destruido; pero poco importaba su aniquilamiento, si los depósitos eran reembolsados. Los Establecimientos adquirirían las garantías que habían solicitado (perderían, sin embargo, aunque poco). Algunos negocios, mantenidos, se convertirían en filiales de los Establecimientos; en cuanto a lo demás... Todos los acontecimientos de Shanghai iban a disolverse allí, en un contrasentido total. Hubiera preferido sentirse despojado; ver viva,

fuera de sus manos, su obra conquistada o robada. Pero el ministro no vería más que el miedo que tenía a la Cámara; no desgarraría ningún chaquet, ahora. En su lugar, Ferral hubiera comenzado por inhibirse de un Consorcio saneado que después hubiera mantenido a toda costa. En cuanto a los Establecimientos, siempre había afirmado su incurable avaricia. Recordó, con orgullo, la frase de uno de sus adversarios: «Quiere que un banco sea una casa de juego.»

Sonó el teléfono, muy cerca. Entró uno de los agregados.

–Señor ministro, el señor presidente del Consejo llama por la línea especial.

–Dígale que las cosas se arreglan muy bien... No; voy yo.

Salió, volvió al cabo de un instante e interrogó con la mirada al delegado del principal banco de negocios francés, el único que estaba representado allí. Bigotes erguidos, paralelos a sus lentes, calvicie y cansancio. Aún no había dicho una palabra.

–El mantenimiento del Consorcio no nos interesa en manera alguna –dijo con lentitud–. La participación en la construcción de los ferrocarriles está asegurada en Francia por los tratados. Si el Consorcio cae, otro negocio se formará o se desarrollará y constituirá su sucesión.

–Y esa nueva sociedad –dijo Ferral–, en lugar de haber industrializado la Indochina, distribuirá dividendos. Pero como no habrán hecho nada por Chiang Kaishek, se encontrará en la situación en que se encontrarían ustedes hoy si nunca hubieran hecho nada por el Estado: y los tratados serán modificados por cualquier sociedad americana o británica, con el amparo francés, evidentemente. A la que prestarán ustedes, además, el dinero que a mí me niegan. Nosotros creamos el Consorcio, porque los bancos franceses de Asia hacían tal política de garantías, que hubieran acabado por prestar a los ingleses, para no prestar a los chinos. Hemos soportado una política del riesgo; está...

–Yo no me atrevía a decirlo.

–... claro. Es normal que toquemos las consecuencias. El ahorro será protegido –sonrió con un solo lado de la boca– hasta cincuenta y ocho mil millones de pérdida, y no cincuenta y ocho mil millones y algunas centenas de millones. Vean, pues, a grandes rasgos, cómo el Consorcio dejará de existir.

Kobe

En plena luz de la primavera, May, demasiado pobre para alquilar un coche, ascendía hacia la casa de Kama. Si el equipaje de Gisors era pesado, habría que pedir prestado algún dinero al anciano pintor para llegar hasta el barco. Al abandonar Shanghai, Gisors le había dicho que se refugiaba en casa de Kama; al llegar, le había enviado su dirección. Luego, nada. Ni siquiera cuando ella le había hecho saber que había sido nombrado profesor en el instituto Sun-Yat-Sen, de Moscú. ¿Por temor a la policía japonesa?

Mientras caminaba, leía una carta de Pei, que le había sido entregada a la llegada del barco a Kobe, cuando había ido a que le visasen su pasaporte.

... y todos los que han podido huir de Shanghai les esperan. He recibido los folletos...

Había publicado, anónimamente, dos relatos de la muerte de Chen; uno de ellos, de acuerdo con su corazón: «El asesinato del dictador constituye el deber del individuo ante sí mismo, y debe ser separado de la acción política determinada por las fuerzas colectivas.» El otro, para los tradicionalistas: «Del mismo modo que el deber final –la influencia que ejercen sobre nosotros nuestros antepasados– nos obliga a buscar nuestra vida más noble, así exige de cada uno el asesinato del usurpador.» Las imprentas clandestinas reimprimían ya aquellos folletos.

... Ayer vi a Hemmelrich, que se acuerda de ustedes. Es montador en la fábrica de electricidad. Me ha dicho: «Antes, comenzaba a vivir cuando salía *de la fábrica; ahora, comienzo a vivir cuando entro en ella. Esta es la primera vez en mi vida que trabajo sabiendo para qué, y no esperando pacientemente a que llegue el momento de reventar...» Dígale a Gisors que lo esperamos. Desde que estoy aquí pienso en el curso en que decía: «Una civilización se transforma, ¿verdad?, cuando su elemento más doloroso –humillación en el esclavo, el trabajo en el obrero moderno– se convierte, de pronto, en un valor; cuando ya no se trata de escapar a esa humillación, sino de esperar de ella la propia salvación; cuando no se trata de escapar de ese trabajo, sino de encontrar en él la propia razón de ser. Es preciso que la fábrica, que no es aún más que una especie de iglesia de catacumbas, se convierta en lo que fue la catedral, y que los hombres vean en ella, en lugar de los dioses, la fuerza humana en lucha contra la Tierra...»*

Sí: sin duda, los hombres sólo valían por lo que habían transformado. La Revolución acababa de pasar por una terrible enfermedad, pero no había muerto. Y eran Kyo y los suyos, vivos o no, quienes la habían lanzado al mundo.

Iré de nuevo a China como agitador: nunca seré un comunista puro. Nada ha terminado allá. Quizá allí volvamos a encontrarnos; me dicen que su solicitud está aceptada...

Un recorte de periódico cayó de la carta, doblado. May lo recogió:

«El trabajo debe ser el arma principal de la lucha de clases. El plan de industrialización más importante del mundo está actualmente en estudio: se trata de transformar en cinco años toda la U.R.S.S.; de hacer de ella una de las primeras potencias industriales de Europa, luego alcanzar y dejar atrás a América. Esta empresa gigantesca...»

Gisors la esperaba, de pie, junto al marco de la puerta. En quimono. No había equipaje en el corredor.

–¿Ha recibido usted mis cartas? –preguntó May, entrando en una habitación desnuda, estera y papel, cuyos paneles arrancados dejaban ver por completo la bahía.

–Sí.

–Démonos prisa: el barco vuelve a salir dentro de dos horas.

–No me iré, May.

Ella le miró: «Inútil interrogarle –pensó–; ya se explicará.» Pero fue Gisors el que interrogó:

–¿Qué va usted a hacer?

–Procuraré servir en las secciones de agitadoras. Parece que eso está casi arreglado. Llegaré a Vladivostok pasado mañana, y saldré inmediatamente para Moscú. Si eso no se arregla, prestaré servicio como médico en Moscú o aunque sea en Siberia. Con tal de que la primera cosa se consiga... Estoy tan cansada de cuidar... Para vivir siempre con los enfermos, cuando no proceden de un combate, se necesita cierto estado de gracia; ya no hay en mí gracia de ninguna especie. Además, ahora, se me ha hecho casi intolerable el ver morir... En fin, si hay que hacerlo.. Es también una manera de vengar a Kyo.

–Ya no se venga uno a mi edad.

En efecto: algo en él había cambiado. Aparecía lejano, separado, como si sólo una parte de sí mismo se encontrase en la habitación con ella. Gisors se echó en el suelo: no había sillas. May se echó también, junto a su platillo de opio.

–¿Y usted qué va a hacer? –preguntó.

Gisors se encogió de hombros, con indiferencia.

–Gracias a Kama, soy aquí profesor libre de historia del arte occidental... Vuelvo a mi primitivo oficio; ya ve usted...

May buscaba sus ojos, estupefacta.

–Aun ahora –dijo–, cuando estamos políticamente vencidos; cuando nuestros hospitales están cerrados, vuelven a formarse los grupos clandestinos en todas las provincias. Los nuestros no olvidarán ya que sufren a causa de otros hombres, y no a causa de sus vidas anteriores. Usted decía: «Han despertado sobresaltados de un sueño de treinta siglos, y ya no se volverán a dormir.» Usted decía, también, que los que han inculcado la conciencia de su sublevación a trescientos millones de miserables no son sombras como los hombres que pasan –ni aun golpeados, martirizados, muertos...

Calló un instante.

–Ahora están muertos –añadió.

–Y sigo pensando así, May. Es otra cosa... La muerte de Kyo no es sólo dolor; no es sólo cambio; es... una metamorfosis. Yo nunca he amado mucho al mundo: era Kyo quien me unía a los hombres; era por él por quien los hombres existían para mí... No deseo ir a Moscú. Allí enseñaría miserablemente. El marxismo ha dejado de vivir en mí. Ante los ojos de Kyo, era una voluntad, ¿no es cierto?, pero, ante los míos, es una fatalidad, y me ponía de acuerdo con él porque mi angustia de la muerte armonizaba con la fatalidad. Ya casi no hay angustia en mí, May; desde que Kyo ha muerto, me es indiferente morir. Estoy a la vez libertado (¡libertado!...) de la muerte y de la vida. ¿Qué iría a hacer allá?

–Cambiar de nuevo, tal vez.

–No tengo otro hijo que perder.

Atrajo hacia sí el platillo de opio y preparó una pipa. Sin decir nada, ella señaló con el dedo a una de las colinas próximas: cogidos de los hombros, un centenar de coolies arrastraban un gran peso que no se veía,

con el gesto milenario de los esclavos.

–Sí –dijo Gisors–, sí. Sin embargo –prosiguió, después de un instante–, tenga cuidado: ésos están dispuestos a dejarse matar por el Japón.

–¿Por cuánto tiempo, aún?

–Por mucho más tiempo del que yo viva.

Gisors se fumó su pipa de una bocanada. Volvió a abrir los ojos.

–Puede uno errar su vida durante mucho tiempo; pero siempre acaba por convertirse en aquello para lo cual hemos sido hechos. Todo viejo es una confesión, y si hay tantas vejeces vacías es porque otros tantos hombres lo estaban y lo ocultaban. Pero aun esto carece de importancia. Sería preciso que los hombres pudiesen saber que no hay nada real, que hay mundos de contemplación –con o sin opio–, en los que todo es vano...

–¿Dónde se contempla qué?

–Quizá otra cosa distinta de esta vanidad... Ya es mucho.

Kyo había dicho a May: «El opio desempeña un gran papel en la vida de mi padre; pero, a veces, me pregunto si la determina o si justifica determinadas fuerzas que le inquietan a él mismo...»

–Si Chen –prosiguió Gisors– hubiera vivido fuera de la Revolución, piense usted que, sin duda, habría olvidado sus crímenes. Olvidado...

–Los otros no los han olvidado, por cierto; ha habido dos atentados terroristas después de su muerte. No le gustaban las mujeres; apenas le conocí, pero creo que no habría podido vivir fuera de la Revolución ni siquiera un año. No hay dignidad que no se base en el dolor.

Gisors apenas la había escuchado.

–Olvidado... –repitió–. Desde que murió Kyo, he descubierto la música. Sólo la música puede hablar de la muerte. Escucho a Kama, ahora, cuando toca. Y, no obstante, sin esfuerzo por parte mía –hablaba para sí mismo tanto como para May–, ¿de qué me acuerdo aún? Mis deseos y mi angustia, ni siquiera el peso de mi destino, mi vida, no existen...

(«Pero, mientras usted se liberta de su vida –pensaba May–, otros como Katow arden en las calderas, y otros como Kyo...»)

La mirada de Gisors, como si hubiese seguido su gesto de olvido, se perdió fuera: más allá de la carretera, los mil rumores del trabajo del puerto parecían marchar con las olas hacia la mar radiante. Respondía el esplendor de la primavera japonesa con todo el esfuerzo de los hombres, con los navíos, con los elevadores, con los autos, con la multitud activa. May pensaba en la carta de Pei: era en el trabajo, a fuerza de guerra desencadenada sobre toda la tierra rusa; en la voluntad de una multitud para la que aquel trabajo se había convertido en vida, donde se habían refugiado sus muertos. El cielo resplandecía entre los pinos como el sol; el viento, que inclinaba ligeramente las ramas, resbaló sobre los cuerpos tendidos. Le pareció a Gisors que aquel viento pasaba a través de él como un río, como el Tiempo mismo, y, por primera vez, la idea de que se deslizaba en él el tiempo que le aproximaba a la muerte no le separó del mundo, sino que le unió a él en un acorde sereno. Contemplaba el enredo de las grúas junto a la ciudad, los paquebotes y las barcas en el mar, las tareas humanas en la carretera. «Todos sufren –pensó–, y cada uno sufre porque piensa. En el fondo, el espíritu del hombre no piensa más que en lo eterno, y la conciencia de la vida no puede ser más que angustia. No hay que pensar la vida con la imaginación, sino con el opio. ¡Cuántos sufrimientos, esparcidos en esta luz, desaparecerían, si desapareciese el pensamiento!...» Emancipado de todo, hasta de ser hombre, acariciaba con reconocimiento el tubo de su pipa, mientras contemplaba la agitación de todos aquellos seres desconocidos que caminaban hacia la muerte bajo el esplendor solar, mimando cada uno, en lo más secreto de sí mismo, su paraíso criminal. «Todo hombre es un loco –pensó–; pero, ¿qué es un destino humano, sino una vida de esfuerzo para unir a ese loco con el universo?» Volvió a ver a Ferral, iluminado apenas por la lámpara abatida, en la noche llena de bruma, escuchando: «Todo hombre sueña con ser un dios...»

Cincuenta sirenas a la vez invadieron el aire: aquel día era víspera de fiesta, y el trabajo cesaba. Antes que hubiera cambio alguno en el puerto, unos hombres minúsculos alcanzaron, como exploradores, la carretera recta que conducía a la ciudad, y bien pronto la cubrió la multitud, lejana y negra, en una barahúnda de claxons: patronos y obreros abandonaban juntos el trabajo. Venían como al asalto, con ese gran movimiento inquieto de toda multitud contemplada a distancia. Gisors había visto la huida de los animales hacia los arroyos, a la caída de la tarde: uno, algunos, todos precipitados hacia el agua por una fuerza que descendía con las tinieblas; en su recuerdo, el opio daba a aquella marcha cósmica una armonía salvaje, y los hombres, perdidos en la lejana barahúnda de sus zuecos, parecíanle todos locos, separados del universo cuyo corazón, latiendo en alguna parte, allá arriba, en la luz palpitante los acogía y volvía a arrojarlos a la soledad, como granos de una mies desconocida. Ligeras, muy elevadas, las nubes pasaban por encima de los pisos sombríos y se reabsorbían poco a poco en el cielo; y le pareció que uno de sus grupos, aquél precisamente, expresaba a los hombres a quienes había conocido o amado y que habían muerto. La humanidad era espesa y pesada; pesada de carne, de sangre, de sufrimiento, eternamente adherida a sí misma, como todo lo que muere; pero, aun la sangre, aun la carne, aun el dolor, aun la muerte se reabsorbían allá arriba en la luz, como la música en la noche silenciosa; pensó en la de Kama, y el dolor humano le pareció ascender y perderse como el canto mismo de la tierra; sobre la paz estremecida y oculta en él, como su corazón, el dolor poseído volvía a cerrar con lentitud sus brazos inhumanos.

–¿Fuma usted mucho? –repitió May.

Se lo había preguntado ya, pero él no la había oído. Su mirada volvió a la habitación.

–¿Cree usted que no adivino lo que piensa, y que no lo sé mejor que usted? ¿Cree usted, además, que no me sería fácil preguntarle con qué derecho se permite juzgarme?

La miró.

–¿No tiene usted ningún deseo de un hijo?

May no respondió: aquel deseo, siempre apasionado, le parecía entonces una traición. Pero contemplaba con espanto aquel rostro sereno. Gisors volvía, en verdad, del fondo de la fosa común. En la represión abatida sobre la China agotada; en la angustia o la esperanza de la multitud, la acción de Kyo continuaba incrustada, como las inscripciones de los imperios primitivos en las gargantas de los ríos. Pero hasta la vieja China, a la que aquellos hombres habían arrojado, sin remisión, a las tinieblas, con un gruñido de avalancha, no estaba más borrada del mundo que el sentido de la vida de Kyo del rostro de su padre. Continuó:

–La única cosa que amaba me ha sido arrancada, ¿no es cierto?, y quiere usted que continúe siendo el mismo. ¿Cree que mi amor no ha valido tanto como el suyo, el de usted, cuya vida ni siquiera ha cambiado?

–Como no cambia el cuerpo de un vivo que se convierte en muerto...

Gisors le cogió una mano.

–Ya conoce usted la frase: «Se necesitan nueve meses para hacer un hombre, y un solo día para matarlo.» Lo hemos sabido tanto como puede saberse, el uno y el otro... May, escúcheme: ¡no se necesitan nueve meses; se necesitan cincuenta años para hacer un hombre; cincuenta años de sacrificio, de voluntad, de... tantas cosas! Y, cuando ese hombre está hecho; cuando ya no queda en él nada de la infancia ni de la adolescencia; cuando, verdaderamente, es un hombre, no sirve más que para morir.

Ella le miraba, aterrada; él contemplaba las nubes.

–He querido a Kyo como pocos hombres quieren a sus hijos: usted lo sabe...

Retenía la mano de May; la atrajo hacia él y la tomó entre las suyas.

–Escúcheme: hay que amar a los vivos, y no a los muertos.

–No voy a Moscú para amar.

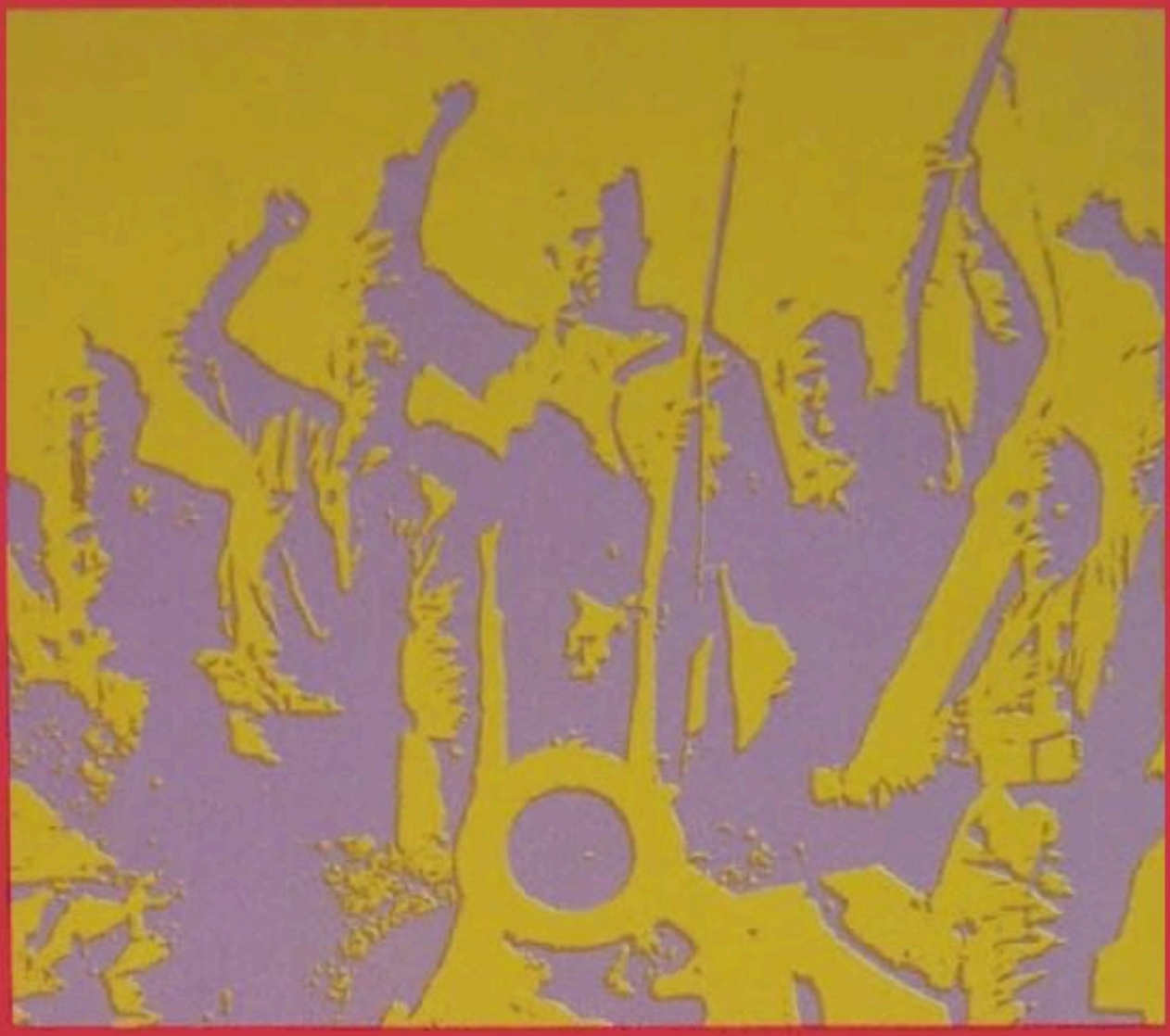
Gisors contemplaba la bahía magnífica, saturada de sol. Ella había retirado su mano.

–En el camino de la venganza, mi buena May, se encuentra la vida...

–No es una razón para llamarla.

Se levantó y le dio la mano, en señal de despedida. Pero él le tomó el rostro entre las manos y lo besó. Kyo la había besado así, el último día, exactamente así, y nunca, desde entonces, las manos de nadie habían vuelto a tomar su cabeza.

–Apenas lloro ya –dijo May, con amargo orgullo.



LA ESPERANZA

L'ESPOIR

André Malraux

Situada en la guerra civil española, y con una fuerte carga autobiográfica, *La esperanza* ha pasado a la historia como uno de los mayores exponentes de la narrativa de André Malraux y como la mejor novela sobre esa guerra fratricida. En plena contienda, y en condiciones dramáticas, el propio Malraux dirigió una versión cinematográfica, *Sierra de Teruel*, que se ha convertido en un clásico del cine de tema bélico.

André Malraux

La esperanza

ePub r1.0
Titivillus 16.06.15

Título original: *L'espoir*
André Malraux, 1937
Traducción: José Blanco

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A mis camaradas
de la batalla de Teruel

Primera parte

La ilusión lírica

I

La ilusión lírica

I

1

Un estrépito de camiones cargados de fusiles se extendía sobre Madrid, tenso en la noche de verano. Desde varios días antes las organizaciones obreras anunciaban la inminencia del levantamiento fascista, la infiltración enemiga en los cuarteles, el transporte de las municiones. Ahora Marruecos estaba ocupado. A la una de la mañana, el gobierno se había decidido por fin a distribuir armas al pueblo; a las tres, el carnet sindical daba derecho a las armas. Era tiempo: las llamadas telefónicas de las provincias, optimistas de medianoche a dos de la madrugada, comenzaban a no serlo ya.

La central telefónica de la estación del Norte llamaba a las estaciones una tras otra. El secretario del sindicato de los ferroviarios, Ramos, y Manuel, designado para asistirlo aquella noche, dirigían. Salvo Navarra, dividida, la respuesta había sido: ya, el Gobierno domina la situación, las organizaciones obreras controlan la ciudad a la espera de las instrucciones del Gobierno. Pero el diálogo acababa de cambiar:

—¿Oiga, Huesca?

—¡Dígame!

—El comité obrero de Madrid.

—¡Ya no más, basuras! ¡Arriba España!

En la pared, clavada con chinches, la edición especial (7 de la tarde) de *Claridad*: en seis columnas: «¡A las armas, camaradas!».

—¿Oiga, Ávila? ¿Cómo estáis? Hablan de la estación.

—¡La puta que te parió, canalla! ¡Viva Cristo Rey!

—¡Hasta pronto! ¡Salud!

Habían llamado urgentemente a Ramos.

Las líneas del Norte convergían hacia Zaragoza, Burgos y Valladolid.

—¿Oiga, Zaragoza? ¿El comité obrero de la estación?

—Fusilado. ¡Y muy pronto lo estaréis vosotros! ¡Arriba España!

—¿Oiga, Tablada? Habla Madrid Norte, el responsable del sindicato.

—¡Llama a la cárcel, hijo de puta! Allí te llevaremos a patadas.

Cita en Alcalá, la segunda taberna a la izquierda. Los de la central miraban la buena pinta de gángster rizado y jovial que tenía Ramos.

—¿Oiga, Burgos?

—Habla el comandante.

Ya no había jefe de estación. Ramos cortó.

Sonaba un teléfono:

—¿Oiga, Madrid? ¿Quién habla?

—El sindicato de los transportes ferroviarios.

—Habla Miranda. La estación y la ciudad son nuestras. ¡Arriba España!

—Pero Madrid es nuestra. ¡Salud!

No había que contar con refuerzos del Norte, salvo por Valladolid. Quedaba Asturias.

—Diga, ¿Oviedo? ¿Quién habla?

Ramos se volvía prudente.

—El delegado de la estación.

—Habla Ramos, el secretario del sindicato. ¿Cómo estáis vosotros?

—El coronel Aranda es leal al Gobierno: mandamos tres mil mineros armados para reforzar a los nuestros.

—¿Cuándo?

Un martilleo de culatazos, en torno a Ramos, que no oye más.

—¿Cuándo?

—Enseguida.

—¡Salud!

—Sigue a ese tren con el teléfono —dice Ramos a Manuel. Llamó a Valladolid—. Oiga, ¿Valladolid? ¿Quién habla?

—Delegado de la estación.

—¿Cómo estáis?

—Los nuestros ocupan los cuarteles. Esperamos un refuerzo de Oviedo: haced que llegue lo antes posible. Pero no os preocupéis: aquí las cosas andarán bien. ¿Y allí cómo estáis?

—Así, así.

—¿Se han rebelado las tropas?

—Todavía no.

Valladolid cortaba.

Se podían desviar por allí todos los refuerzos del Norte.

A través de las historias de orientación que comprendía mal y en medio del olor de cartón de la oficina, de hierro y de humo de la estación (la puerta estaba abierta a la noche muy calurosa), Manuel anotaba las llamadas de las ciudades. Afuera, el ruido de los cantos y de los culatazos de los fusiles; debía sin cesar hacer repetir (los fascistas cortaban las comunicaciones). Transportaba las posiciones al mapa de la red: Navarra, dividida, todo el este del golfo de Vizcaya, Bilbao, Santander, San Sebastián, leal, pero dividido en Miranda. Por otra parte, Asturias, Valladolid, leales. Llamadas telefónicas incesantes.

—Oiga, aquí Segovia. ¿Quién eres?

—Delegado del sindicato —contesta Manuel mirando a Ramos con aire interrogador. ¿Qué era él, exactamente?

—¡Muy pronto te cortaremos los cojones!

—No me daré cuenta. ¡Salud!

Ahora llamaban las estaciones fascistas mismas: Sarracino, Lerma, Aranda del Duero, Sepúlveda, de nuevo Burgos. De Burgos a la Sierra, las amenazas llegaban más rápido que los trenes de auxilio.

—Habla el Ministerio del Interior. ¿Central del Norte? Haced saber a las estaciones de ferrocarril que la guardia civil y la guardia de asalto apoyan al Gobierno.

—Habla Madrid Sur. ¿Cómo anda el Norte, Ramos?

—Parecen sostenerse en Miranda, y más abajo también. Tres mil mineros vienen de Valladolid: habrá refuerzo por ese lado. ¿Y vosotros?

—Han tomado las estaciones de Sevilla y de Granada. Lo demás resiste.

—¿Córdoba?

—No se sabe: pelean en las barriadas cuando toman las estaciones. Paliza seria en Triana. También en Peñarroya. Pero me sorprendes con tu historia de Valladolid: ¿es que no lo habían tomado?

Ramos cambió de teléfono y llamó:

—Oiga, ¿Valladolid? ¿Quién habla?

—Delegado de la estación.

—¿Ah?… Nos decían que los fascistas estaban allí.

—Error. Todo anda bien. ¿Y vosotros? ¿Se han rebelado los soldados?

—No.

—Oiga, ¿Madrid Norte? ¿Quién habla?

—Responsable de los transportes.

—Habla Tablada. ¿No has llamado aquí?

—Nos dijeron que os habían fusilado, o que estabais en chirona, no sé qué.

—Salimos. Ahora los presos son los fascistas.

—Habla la Casa del Pueblo. Haced saber a todas las estaciones fieles que el Gobierno, apoyado por las milicias populares, domina en Barcelona, Murcia, Valencia, Málaga, en toda Extremadura y en todo el Levante.

—¡Oiga, habla Tordesillas! ¿Diga?

—Consejo Obrero de Madrid.

—A los cerdos de tu especie se los fusila. ¡Arriba España!

Con Medina del Campo, el mismo diálogo. La línea de Valladolid era la única gran línea de comunicaciones con el Norte que aún quedaba.

—¿Oiga, León? ¿Quién habla?

—Delegado del sindicato. ¡Salud!

—Aquí Madrid Norte. ¿Ha pasado el tren de los mineros de Oviedo?

—Sí.

—¿Sabes dónde está?

—Hacia Mayorga, creo.

Afuera, en las calles de Madrid, siempre cantos y culatazos.

—¿Oiga, Mayorga? Habla Madrid. Dígame.

—¿Quién es usted?

—Consejo Obrero de Madrid.

Cortaban. ¿Entonces, dónde estaba el tren?

—¿Oiga, Valladolid? ¿Podréis resistir hasta que lleguen los mineros? ¿Estáis seguros?

—Absolutamente seguros.

—¡Mayorga no contesta!

—No tiene importancia.

—¿Oiga, Madrid? Habla Oviedo. Aranda acaba de sublevarse, se lucha.

—¿Dónde está el tren de los mineros?

—Entre León y Mayorga.

—¡Manteneos en contacto!

Manuel llamaba. Ramos atendía.

—¿Oiga, Mayorga? Habla Madrid.

—¿Quién?

—Consejo Obrero. ¿Quién habla?

—Jefe de Centuria de las falanges españolas. Vuestro tren ha pasado, idiotas. Todas las estaciones son nuestras hasta Valladolid; Valladolid es nuestro desde medianoche. A vuestros mineros se los aguarda con ametralladoras. Aranda está libre de ellos. ¡Hasta pronto!

—¡Hasta muy pronto!

Una tras otra, Manuel llama a todas las estaciones entre Mayorga y Valladolid.

—¿Oiga, Sepúlveda? Hablan de Madrid Norte, Comité obrero.

—Vuestro tren ha pasado, imbéciles. Sois unos hijos de puta, y esta semana iremos a cortaros el coño.

—Fisiológicamente contradictorio. ¡Salud!

La llamada continuaba.

¿Oiga, Madrid? ¡Oiga, oiga! ¿Madrid? Habla Navalperal de Pinares. De la estación. Hemos vuelto a tomar el pueblo. Los fascistas, sí, desarmados, presos. Dad la noticia. Ellos llaman cada cinco minutos para saber si son siempre dueños de la ciudad. ¡Oiga, oiga!

—Habría que dar por todos lados noticias falsas —dijo Ramos.

—Ellos controlan.

—Siempre causará desorden.

—¿Oiga, Madrid del Norte? Habla la U. G. T. Diga, ¿quién habla?

—Ramos.

—Nos han dicho que llega un tren de fascistas con armamento perfeccionado. Bajaría en Burgos. ¿Tienes informes?

—Aquí se sabría. Todas las estaciones hasta la Sierra son nuestras. Con todo, habrá que tomar precauciones. Un momento.

»Llama a la Sierra, Manuel.

Manuel llamó a todas las estaciones, una tras otra. Tenía en la mano una regla y parecía marcar el compás. Toda la Sierra era leal. Llamó al Correo Central: las mismas informaciones. Más acá de la Sierra, o los fascistas no habían intentado nada, o habían sido derrotados.

Sin embargo, tenían la mitad del Norte. En Navarra, Mola, el exjefe de policía de Madrid; contra el Gobierno, las tres cuartas partes del ejército, como de costumbre. Del lado del Gobierno la guardia de asalto y el pueblo, la guardia civil, acaso.

—Habla la U. G. T. ¿Es Ramos?

—Sí.

—¿Y el tren?

Ramos preguntó a su vez:

—¿Y en general?

—Bien, muy bien. Salvo en el Ministerio de Guerra. A las seis dijeron que todo estaba perdido. Les habían dicho que no tenían cojones; que los milicianos se escaparían. Nadie hace caso de sus historias: apenas te oigo, de tal manera la gente canta en la calle.

En el receptor, Ramos oía los cantos, que se mezclaban a los de la estación.

Aunque el ataque hubiera sin duda estallado casi en todas partes a la misma hora, parecía que fuese un ejército en marcha que se aproximaba: las estaciones tomadas por los fascistas estaban cada vez más cerca de Madrid; y no obstante la atmósfera era tan tensa desde hacía algunas semanas, la multitud se hallaba tan inquieta por un ataque que quizá debiera sufrir desarmada, que aquella noche de guerra daba la impresión de ser una inmensa liberación.

—¿El cacharro para ir a esquiar está siempre allí? —preguntó Ramos a Manuel.

—Sí.

Confió la central a uno de los responsables de la estación. Algunos meses antes, Manuel había comprado de segunda mano un auto para ir a hacer esquí en la Sierra. Todas las mañanas, Ramos lo usaba para la propaganda. Aquella noche, Manuel lo había puesto de nuevo a disposición del Partido Comunista, y trabajaba una vez más con su compinche Ramos.

—¡No vamos a empezar como en 1934! —dijo éste—. Corramos a Tetuán de las Victorias.

—¿Dónde queda?

—Cuatro Caminos.

A trescientos metros fueron detenidos en el primer puesto de control.

—Documentos.

El documento era el carnet sindical. Manuel no llevaba consigo su carnet del Partido Comunista. Como trabajaba en los estudios cinematográficos (era ingeniero de sonido), un vago estilo de Montparnasse le daba la ilusión de escapar por su indumentaria a la burguesía. En ese rostro muy moreno, regular y un poco pesado, sólo las cejas espesas podían aspirar a ser las de un presunto proletario. Por lo demás, apenas los milicianos le echaron un vistazo cuando reconocieron la cara risueña y el pelo crespo de Ramos. El auto volvió a arrancar entre las palmadas en el hombro, los puños en alto y los salud: la noche no era más que fraternidad.

Y sin embargo la lucha entre socialistas de derecha y de izquierda, la oposición de Caballero a la posibilidad de un ministerio Prieto, no habían sido débiles en esas últimas semanas. En el segundo control, hombres de la F. A. I. (Federación Anarquista Ibérica) confiaban un sospechoso a los obreros de la U. G. T. Está bien, pensó Ramos. La distribución de las armas no había terminado: llegaba un camión cargado de fusiles.

—¡Parecen suelas! —dijo Ramos.

En efecto, no se veían de los fusiles sino la caja de madera.

—Es verdad —dijo Manuel—. Chuelas.

—¿Por qué farfullas así?

—Me he roto un diente comiendo. Mi lengua sólo se ocupa de eso. Le importa un bledo el antifascismo.

—¿Comiendo qué?

—Un tenedor.

Siluetas abrazaban fusiles que acababan de recibir, insultadas por otras que aguardaban en la sombra, apretadas como fósforos. Pasaban mujeres con sus capachos llenos de balas.

—¡No es demasiado pronto! —dijo una voz—. ¡Cuánto hace que esperamos que nos caguen a tiros!

—Yo creía que el Gobierno iba a dejar que nos aplastaran.

—No te hagas mala sangre: ¡ahora verán lo que es bueno! ¡Recua de cochinos!

—Esta noche el pueblo es el sereno de Madrid…

Cada quinientos metros, nuevo control: los automóviles fascistas recorrían la ciudad con ametralladoras. Y siempre los mismos puños en alto y la misma fraternidad. Y siempre el extraño ademán de esos hombres en la noche que no terminan de palpar sus fusiles: no tienen fusiles desde hace un siglo.

Al llegar, Ramos arrojó su cigarrillo y lo aplastó con el pie.

—Deja de fumar.

Desapareció enseguida, volvió diez minutos después seguido por tres compañeros. Todos llevaban paquetes envueltos en diarios, atados con cuerdas.

Manuel había encendido tranquilamente un nuevo cigarrillo.

—Deja tu cigarrillo —dijo Ramos serenamente—, esto es dinamita.

Los compañeros colocaron parte de los paquetes en el asiento de adelante, parte en el de atrás, y entraron de nuevo en la casa. Manuel había dejado su asiento para aplastar su cigarrillo con el pie. Levantó hacia Ramos un rostro consternado.

—Vamos, ¿qué te sucede?

—Me fastidias, Ramos.

—Así es. Ahora vamos.

—¿No se podría encontrar otro cacharro? Yo conduciría.

—Haremos saltar los puentes, el de Ávila para empezar. Llevamos dinamita y va a ser mandada enseguida a donde corresponde, Peguerinos, etcétera. No tendrás la intención de perder dos horas, ¿no? Sabemos, por lo menos, que este cacharro anda.

—Sí —dijo Manuel tristemente—, de acuerdo.

No le importaba tanto el coche cuanto sus encantadores accesorios. El auto arrancó. Manuel adelante, Ramos atrás, apretando contra su vientre un paquete de granadas. Y de pronto Manuel se dio cuenta de que ese automóvil le era indiferente. No había ya automóvil; había esa noche cargada de una esperanza turbia y sin límites, esa noche en que cada hombre tenía algo que hacer en la tierra. Ramos oía un tambor lejano como los latidos de su corazón.

A cada cinco minutos, los detenía el control.

Los milicianos, muchos de los cuales no sabían leer, daban palmadas en el hombro de los ocupantes desde que reconocían a Ramos y no bien lo oían gritar: «¡No fuméis!», cuando viendo el automóvil cargado de paquetes, empezaban a patalear de alegría: la dinamita era la vieja arma novelesca de Asturias.

El auto arrancaba.

En Alcalá, Manuel se lanzó. A su derecha, un camión de la F. A. I., lleno de obreros armados, viró de golpe a la izquierda. Manuel trató de esquivar el camión, sintió el ligero cacharro que lo levantaba del suelo y pensó: «Esto se acabó».

Se encontró acostado de bruces entre los paquetes de dinamita que rodaban como castañas —sobre la acera, afortunadamente—. Bajo su rostro, su sangre brillaba, iluminada por el foco eléctrico; no sufría, sangraba por la nariz, y oía gritar a Ramos: «¡No fuméis, camaradas!». Él gritó lo mismo, por fin se dio la vuelta y vio a su amigo, las piernas en escuadra, algunos mechones crespos caídos sobre la cara, con las granadas ferozmente apretadas contra el abdomen, rodeado por hombres con fusiles que se agitaban entre paquetes sin atreverse a tocarlos. En el centro, una colilla de Ramos (que había aprovechado estar atrás solo para encender un cigarrillo) se consumía. Manuel la apagó con el pie. Ramos comenzó a hacer apilar los paquetes a lo largo de la pared. Del auto para esquiar, era preferible no hablar.

Un altavoz gritó: *Las tropas amotinadas marchan por el centro de Barcelona. El Gobierno es dueño de la situación.*

Manuel ayudaba a apilar los paquetes. Ramos, siempre tan activo, no se movía.

—¿Qué esperas para echarme una mano?

¡Oíd! Las tropas amotinadas marchan por el centro de Barcelona.

—No puedo mover el brazo: la crispación ha sido demasiado fuerte. Ya pasará. Paremos el primer automóvil disponible y partamos nuevamente.

2

En medio de la frescura del riego matutino, rayaba el alba sobre Barcelona, en pleno verano. En la angosta taberna que había permanecido abierta toda la noche ante la inmensa avenida vacía, Sils, llamado el Negus, de la Federación Anarquista Ibérica y del Sindicato de los Transportes, distribuía revólveres a sus

compañeros.

Las tropas rebeldes llegaban a la periferia. Todos hablaban.

—¿Qué van a hacer las tropas aquí?

—Cagarnos a tiros, puedes estar seguro.

—Ayer los oficiales juraron fidelidad a Companys.

—La radio te responde.

La pequeña estación de radio, en el fondo del estrecho salón, ahora repetía cada cinco minutos: *Las tropas sublevadas bajan hacia el centro*.

—¿El Gobierno distribuye armas?

—No.

—Ayer, dos compañeros de la F. A. I. que se paseaban con fusiles fueron arrestados. Hubo que acudir a Durruti y a Oliver para que los soltaran.

—¿Qué dicen en La Tranquilidad? ¿Les darán los fusiles, sí o no?

—Creo que no.

—¿Y los revólveres?

El Negus continuaba pasando los suyos.

—Han sido puestos servicialmente a disposición de los compañeros anarquistas por los señores oficiales fascistas. Mi barba inspira confianza.

Con dos amigos y algunos cómplices había desvalijado por la noche las cámaras de oficiales de dos barcos de guerra. Conservaba el mono azul de mecánico que se había puesto para entrar en el barco.

—Ahora —dijo, tendiendo el último revólver— juntemos nuestros céntimos. En la primera armería abierta hay que comprar balas. Veinticinco cada uno, eso tenemos, no es bastante.

Las tropas sublevadas bajan hacia el centro…

—Las armerías no abrirán hoy, es domingo.

—Nada de historias: las abriremos nosotros. Cada cual irá a buscar a sus compinches y los traerá con nosotros.

Quedan seis. Los otros se van.

Las tropas sublevadas…

El Negus manda. No a causa de sus funciones en el sindicato, sino porque una noche, cuando la compañía de tranvías de Barcelona, después de una huelga, echó a cuatrocientos obreros, el Negus, ayudado por una docena de compañeros, pegó fuego a los tranvías que estaban en depósito en la colina del Tibidabo, y los lanzó en llamas, soltados los frenos, en medio de las bocinas espantadas de los automóviles hasta el centro de Barcelona. Acto continuo, el sabotaje menos importante que dirigió duró dos años.

Salieron en el amanecer azulado y cada cual se preguntaba qué podría depararles la próxima aurora. En cada esquina llegaban grupos, traídos por los que habían dejado primero la taberna. Cuando llegaron a la Diagonal, las tropas salieron a la luz del día que empezaba.

El martilleo de los pasos se detuvo, una salva recorrió el bulevar: por la avenida más grande de Barcelona en línea recta, precedidos por sus oficiales, los soldados del cuartel de Pedralbes miraban hacia el centro de la ciudad.

Los anarquistas se pusieron al abrigo en la primera calle perpendicular; el Negus y otros dos se volvieron.

No veían a esos oficiales por primera vez. Eran los mismos que habían detenido a los treinta mil presos en Asturias, los mismos que en 1933 habían permitido el sabotaje de la rebelión agrícola, gracias a los cuales la confiscación de los bienes de la orden de los jesuitas ordenada por sexta vez desde hacía un siglo, había sido por sexta vez letra muerta. Los mismos que habían echado a los padres del Negus. La ley catalana echa a los arrendatarios viñadores cuando sus viñedos no se cultivan: a causa de la filoxera, todos los viñedos enfermos considerados sin cultivar, y echados de los viñedos los viñateros que los habían plantado, que los cultivaban desde hacía veinte o cincuenta años. A quienes los reemplazaban, como no tenían ya ningún derecho sobre el viñedo, se les pagaba menos. Los habían echado, quizá esos mismos oficiales fascistas…

Avanzaban en medio de la calzada, encuadrando las tropas, precedidos en las aceras por patrullas de protección; en cada esquina, las patrullas antes de pasar tiraban a lo lejos. Los focos eléctricos no estaban todavía apagados; los anuncios de neón brillaban con un brillo más profundo que el de la madrugada. El Negus se volvió hacia sus compañeros.

—Nos han visto, seguramente. Tenemos que dar la vuelta y caerles encima desde más arriba.

Corrieron sin ruido: casi todos andaban en alpargatas. Se emboscaron bajo las puertas de una calle

perpendicular a la Diagonal: barrio rico, hermosas puertas profundas. Los árboles del bulevar estaban llenos de pájaros. Cada cual veía enfrente, del otro lado de la calle, a un camarada inmóvil, con el brazo extendido y un revólver en la mano.

La calle vacía se llenó poco a poco con el ruido regular de los pasos. Cayó un anarquista: acababan de tirarle desde una ventana. ¿Desde cuál? La tropa estaba a cincuenta metros. ¡Qué bien debían de ver, desde las ventanas, todos los portales de la acera opuesta! Inmóviles bajo los portales de la calle vacía que se llenaba con las pisadas regulares de la tropa, los anarquistas esperaban que los derribaran como en el tiro de un parque de diversiones.

Salva de la patrulla. Las balas pasaron como un vuelo de langostas; la patrulla continuó. Desde que el grueso de la tropa pasó delante de la calle, tiros de revólver salieron de todas las puertas.

Los anarquistas no tiran mal.

¡Adelante!, gritaron los oficiales; no contra esta calle, sino contra el centro de la ciudad: cada cosa a su tiempo. Entre los ornamentos de la entrada monumental que lo protegía, el Negus sólo veía a los soldados de la cintura a los pies. Ni un arma: todos los fusiles, apuntando, tiraban al paso; pero bajo los faldones de las chaquetas corrían muchos pantalones de civiles: los militantes fascistas estaban allí.

Desfilaron las patrullas de retaguardia, decreció el ruido de los pasos.

El Negus reunió a sus compañeros, cambió de calle, se detuvo. Lo que hacían era ineficaz. El combate serio ocurriría en el centro, en la plaza de Cataluña, sin duda. Habría que tomar las tropas de revés. Pero ¿cómo?

En la primera plaza, la tropa había dejado un destacamento. Un poco imprudente, quizá… Poseía un fusil ametrallador.

Un obrero pasó corriendo, revólver en mano.

—¡Arman al pueblo!

—¿A nosotros también? —preguntó el Negus.

—¡Te digo que arman al pueblo!

—¿A los anarquistas también?

El otro no se volvió.

El Negus buscó un café, llamó por teléfono al diario anarquista. Armaban al pueblo, en efecto: pero los anarquistas, hasta ahora, habían recibido sesenta revólveres. ¡Tanto daba buscarlos uno mismo en los barcos de guerra!

La sirena de una fábrica aulló en la mañana. Como los días en que sólo se deciden pequeños destinos. Como los días en que el Negus y sus compañeros las oían y se apresuraban delante de largas paredes grises y amarillas, paredes sin fin. En la misma alborada, con las mismas luces eléctricas aún encendidas y que parecían colgadas del trole del tranvía. Una segunda sirena. Diez, veinte…

Cien.

Todo el grupo permaneció en medio de una calzada, cataléptico. Hasta entonces ninguno de los compañeros del Negus había oído más de cinco sirenas a la vez. Como las ciudades amenazadas de España se estremecían en otros tiempos bajo las campanas de todas sus iglesias, el proletariado de Barcelona respondía a las salvas con el rebato anhelante de las sirenas de las fábricas.

—Puig está en la plaza de Cataluña —gritó un tipo que corría hacia el centro, seguido de otros dos. Éstos tenían fusiles.

—Yo aún lo creía en el hospital —dijo un compañero del Negus.

Todas esas sirenas, lanzadas juntas, perdían su lúgubre sonido de barcos que zarpan y hacían pensar en las maniobras de una flota que se amotina.

—De la distribución de las armas nos vamos a ocupar nosotros mismos —dijo el Negus mirando el destacamento y el fusil ametrallador.

Sonreía rabiosamente; entre los bigotes y la barba negra, sus dientes avanzaban un poco. De todas las fábricas ocupadas, el aullido alternativamente largo y precipitado de las sirenas llenaba las casas, las calles, el aire y todo el golfo hasta las montañas.

Las tropas del cuartel del Parque —como todas las otras— bajaban hacia el centro. Puig, con jersey negro, ocupaba una plaza con trescientos hombres; era el más bajo y el más ancho. Todos no eran anarquistas: más de cien habían recibido fusiles distribuidos por el Gobierno. Los que no sabían tirar se hacían explicar el manejo del fusil. «La propiedad no tiene nada que hacer aquí», decía Puig que distribuía los fusiles entre los mejores tiradores, con la aprobación general.

Los soldados llegaban por la avenida más grande; Puig dividió a sus hombres entre todas las calles opuestas. El Negus acababa de llegar con sus compañeros y el fusil ametrallador, pero sólo el Negus sabía manejar un fusil ametrallador. Nada se oía, ni la carrera de los milicianos calzados de alpargatas ni los tranvías —ni siquiera el paso de los soldados, todavía demasiado lejos—. Desde que las sirenas habían callado, un silencio como en acecho pesaba sobre Barcelona.

Los soldados avanzaban, el fusil preparado, bajo los inmensos carteles de publicidad de un hotel y de una perfumería. ¿Es que ya esta propaganda es del pasado?, pensaba Puig. Todos los anarquistas apuntaban.

La primera fila de soldados —en pantalones de civil— tiró contra una de las calles, se desplegó bajo un vuelo de palomas claras de las cuales muchas cayeron. La segunda fila tiró sobre otra calle, se desplegó. Los hombres de Puig desde su abrigo tiraban también, no sobre la franja de una calle, como lo habían hecho los del Negus, sino en fuego convergente; y la plaza no era grande. La primera fila fue a paso de carrera, llegó hasta el fusil ametrallador del Negus y, como una ola que cae abandonando sus guijarros, refluyó hacia la avenida en ráfagas rabiosas, dejando un festón de cuerpos extendidos o apelotonados.

En las ventanas de un hotel, hombres en mangas de camisa aplaudieron (¿a los civiles o a los soldados?): deportistas extranjeros venidos para las Olimpiadas. La sirena de una fábrica repitió su llamada de barco.

Los obreros se lanzaron en persecución de los soldados.

—¡A sus puestos!, —aullaba Puig, agitando sus cortos brazos. No lo oían.

En menos de un minuto una tercera parte de los perseguidores había caído: ahora que los soldados estaban abrigados bajo los portales de la avenida, los obreros se encontraban en la situación de las tropas cinco minutos antes. En el fondo de la plaza, cadáveres y heridos caquis; delante, cadáveres y heridos oscuros o azules; entre ambos, palomas muertas; por encima de todos, veinte sirenas empezaban a aullar de nuevo en el sol de las vacaciones.

Puig y sus hombres, cada vez más numerosos a pesar de los heridos de la plaza, acosaban a las tropas en medio del ruido entrecortado del tiroteo y de las sirenas declinantes. Los soldados se batían en retirada a paso ligero: de otro modo, los combatientes del Frente Popular los rodearían por las calles paralelas a la avenida y los aguardarían al abrigo de una barricada.

Las puertas del cuartel se cerraron con ruido de hierros.

—¿Puig?

—Soy yo. ¿Qué pasa?

Sin cesar llegaban nuevos combatientes. Como los guardias civiles y los guardias de asalto luchaban en el centro y los comunistas eran poco numerosos en Barcelona, los jefes anarquistas resultaban de oficio jefes de combate. Puig era relativamente poco conocido: no escribía en *Solidaridad Obrera*. Pero se sabía que había organizado la ayuda a los niños de Zaragoza y por eso, los que no eran anarquistas preferían entendérselas con él que con los jefes de la F. A. I. (En la primavera de 1934, durante cinco semanas, los obreros de Zaragoza, dirigidos por Durruti, habían mantenido la huelga más grande que España hubiera conocido. Rechazando toda subvención, habían pedido solamente a la *Solidaridad* que el proletariado se ocupara de sus hijos; más de cien mil hombres habían aportado a la *Solidaridad* víveres y fondos, inmediatamente distribuidos por Puig, y una columna de camiones improvisada por él había llevado a Barcelona a los hijos de los obreros de Zaragoza). Pero, por otro lado, como los anarquistas no abonaban cotizaciones, Puig, como Durruti, como todo el grupo de *Solidarios*, habían en otra época atacado y tomado, para ayudar a los huelguistas y a la *Librería anarquista*, los camiones que transportaban el oro del Banco de España. A todos los que conocían su biografía novelesca, los sorprendía ese hombrecito fornido de nariz aguileña, de mirada irónica y que, desde aquella mañana, no dejaba de sonreír. Sólo se parecía a su biografía por el jersey negro hasta el cuello.

Dejó allí un tercio de sus hombres, cada vez más numerosos, que comenzaron a levantar barricadas, y el fusil ametrallador. Uno de los nuevos sabía usarlo. Llegaban muchos soldados pasados al pueblo, todos en mangas de camisa por temor de que los confundieran; pero habían conservado sus cascos. Los oficiales fascistas les habían dado por la mañana dos copas de ron y les habían dicho que iban a reprimir una conspiración comunista.

Puig fue con los demás a la plaza de Cataluña. Se trataba de aplastar a los rebeldes del centro de la ciudad y de volver después a los cuarteles.

Llegaron por la Rambla de Cataluña. Frente a ellos el hotel Colón dominaba la plaza con su torre en forma de piña y sus ametralladoras. Las tropas del cuartel de Pedralbes, aisladas, ocupaban los tres

principales edificios: al fondo, el hotel, a la derecha, la Central Telefónica, a la izquierda, el Eldorado. Los hombros de la tropa no se batían, pero las ametralladoras permitían a los oficiales, a los fascistas disfrazados hasta medio cuerpo y a los que se habían «convertido en soldados» desde hacía quince días, dominar la situación.

Una treintena de obreros se lanzaron a través de la elevada plazoleta central, tratando de aprovechar los árboles que la rodean. Las ametralladoras empezaron el fuego. Los hombres caían uno tras otro. La sombra de las palomas que volaban en redondo, bastante alto sin alejarse, pasaba sobre los cuerpos extendidos, y sobre un hombre que vacilaba aún, con un fusil por encima de la cabeza, en el extremo del brazo.

Alrededor de Puig había ahora insignias de todos los partidos de izquierda. Miles de hombres estaban allí.

Por primera vez, liberales, hombres de la U. G. T. y de la C. N. T., anarquistas, republicanos, sindicalistas, socialistas, corrían juntos hacia las ametralladoras enemigas. Por primera vez los anarquistas habían votado para obtener la libertad de los presos de Asturias. Era de las sangres asturianas mezcladas que surgía la unidad de Barcelona y la esperanza que tenía Puig de ver mantenerse esa oriflama roja y negra por fin desplegada, y que hasta entonces sólo había sido una bandera secreta.

—¡Los del Parque han vuelto a su cuartel! —gritó un barbudo que llevaba un gallo bajo el brazo.

—Goded acaba de llegar de las Baleares —gritó otro.

Goded era uno de los mejores generales fascistas.

Pasó su automóvil, con una U. H. P. pintada con albayalde en el capó. «Nuestra propaganda», se dijo Puig que pensaba en los carteles de la placita.

Otros agresores trataban de deslizarse rasando las paredes, de aprovechar las marquesinas, los balcones, siempre expuestos al fuego de por lo menos dos nidos de ametralladoras. Con la garganta ardiendo y seca como si hubiese fumado tres paquetes de cigarrillos, Puig los miraba caer uno tras otro.

Avanzaban porque está dentro de la tradición de la insurrección avanzar contra el enemigo; detenidos delante del hotel, allí, en esa acera atestada de mesas redondas de café, hubieran sido fusilados a plena luz. El heroísmo que no es más que imitación del heroísmo no conduce a nada. A Puig le gustaban los hombres duros y amaba a esos hombres que caían. Y estaba aterrado. Batirse contra algunos guardias civiles para apoderarse del oro del Estado no era tomar el hotel Colón, pero su modesta experiencia le bastaba para comprender que los asaltantes no tenían coordinación ni objetivos determinados.

Sobre el asfalto del muy ancho bulevar que rodea la plazoleta, las balas saltaban como insectos. ¡Cuántas ventanas! Puig contó las del hotel: más de cien y le pareció que había ametralladoras en las O de la enorme insignia del techo: cOlOn.

—¿Puig?

—¿Qué?

Respondía casi con hostilidad a ese calvo de bigotitos grises: iban a pedirle órdenes, y lo que había en él de más serio se negaba a darlas.

—¿Vamos?

—Espera.

Pequeños grupos trataban siempre de avanzar en la plaza. Puig había dicho a sus hombres que aguardaran; los hombres le teman confianza: aguardaban. ¿Qué?

Una nueva ola —empleados con cuellos postizos y hasta con sombreros— salió corriendo de la calle de las Cortes, y se derrumbó en el rincón del paseo de Gracia, despedazada por las ametralladoras de la torre del Colón y las del Eldorado.

Hacía buen tiempo sobre los cuerpos caídos y sobre la sangre.

Puig oyó el primer cañonazo.

Si los cañones eran de los obreros, el hotel estaba tomado; pero si las tropas bajaban de los cuarteles hacia la plaza, sostenidas por el cañón, la resistencia popular —como en 1933, como en 1934…

Puig corrió a llamar por teléfono: no había más que dos cañones, pero eran de los fascistas.

Reunió a sus hombres, entró en el primer garaje, los amontonó en camiones y partió bajo los árboles de verano de los cuales huían los gorriones.

Los dos cañones, dos 75, estaban en batería en ambos lados de una ancha avenida. La barrían. Delante de ellos, soldados, todos esta vez con pantalones de civil, con sus fusiles y una ametralladora; detrás, soldados más numerosos, un centenar, se diría que sin ametralladora. La avenida terminaba doscientos metros más lejos, cortada por otra a la que se unía en ángulo recto. En medio de una T, un portal; bajo el portal tiraba un cañón del 37.

Puig mandó a un pequeño grupo para que reconociera la protección de los artilleros en las ramas de la T

y apostó a sus hombres en una calle perpendicular a la avenida.

Detrás de él, en un aullido jadeante de trompetas y de bocinas, llegaban dos Cadillac barriendo la calle zigzagueando como en un film de *gángsters*. El primero, conducido por el calvo de los bigotitos, corrió, en medio del fuego convergente de los fusiles y de la ametralladora, bajo los obuses que pasaban demasiado alto. Hundiéndose entre los dos cañones, hizo de lado a los soldados como un quitanieves, y fue a aplastarse contra la pared junto al portal del cañón del 37, al que sin duda apuntaba. Desechos negros en medio de manchas de sangre —una mosca aplastada contra la pared.

El 37 continuaba tirando contra el segundo auto que se lanzaba entre los dos cañones, la bocina aullando, y se hundió bajo el portal a 120 por hora.

El 37 dejó de tirar. Desde todas las calles los obreros miraban el agujero negro del portal, en el silencio sin bocinazos. Esperaban que los del auto reaparecieran. Los del auto no reaparecieron.

De nuevo aullaban las sirenas, como si el sonido vuelto inmenso de las bocinas, todavía en el aire, hubiera llenado a la ciudad entera para los primeros funerales heroicos de la revolución. Un gran círculo de palomas habituadas al alboroto cotidiano daba vueltas por encima de la avenida. Puig envidiaba a los camaradas muertos, y sin embargo tenía ganas de ver los días próximos. Barcelona estaba encinta de todos los sueños de su vida.

—No cabe duda —dijo el Negus—: Es un trabajo respetable, pero no es un trabajo serio.

Volvieron los que Puig había mandado para un reconocimiento.

—Detrás de los cañones, allí, a la derecha, hay más de una docena de individuos.

Sin duda, los fascistas no eran bastante numerosos para vigilar todas las calles en torno a ellos: Barcelona es una ciudad en forma de tablero de ajedrez.

—Toma el mando —dijo Puig al Negus—. Yo voy a tratar de pasar en sentido inverso, viniendo de atrás: acércate con los otros lo más posible a los cañones; echaos encima después de que nosotros hayamos pasado.

Se fue con cinco compañeros.

El Negus y los suyos avanzaron.

Apenas diez minutos. Los soldados enloquecidos se volvieron, los artilleros trataron de dar la vuelta a las piezas: el auto de Puig, habiendo embestido el pequeño cuerpo de guardia, se venía encima de los cañones con el fusil ametrallador entre las dos hojas del parabrisas como un balancín frenético. Puig veía a los cañoneros, a los que sus parapetos no protegían ya, agrandarse como en el cinematógrafo. Una ametralladora fascista tiraba y aumentaba de tamaño. Cuatro agujeros redondos en el triplex. Inclinado hacia delante, exasperado por sus piernas cortas, Puig aplastó el acelerador como si hubiese querido hundir el piso del auto para alcanzar a sus compañeros del otro lado de los cañones. Dos agujeros de más en el triplex, fulgurantes. Un calambre en el pie derecho, las manos crispadas sobre el volante, los cañones de mosquetones que se lanzan sobre el parabrisas, el estruendo del fusil ametrallador en los oídos, las casas y los árboles que se balancean —el vuelo de las palomas cambiando de color al mismo tiempo que de dirección—, la voz del Negus que grita…

Puig sale de su desmayo para encontrar la revolución y los cañones tornados. No había recibido sino un golpe muy fuerte en la nuca cuando el auto se había sacudido. Dos de sus compañeros estaban muertos. El Negus los vendaba.

—Así, así tienes un turbante. ¡Ahora eres un árabe!

Por el otro extremo de la avenida pasaban guardias civiles y guardias de asalto. A los oficiales y a los hombres con pantalones de civil los llevaban a la policía, a los soldados desarmados a un cuartel. Los que se iban conversaban con los obreros de escolta que se habían repartido sus fusiles. Los demás volvieron a la plaza de Cataluña.

Allí la situación no había cambiado, sólo que los cadáveres eran más numerosos. Puig llegaba esta vez por el paseo de Gracia, en un rincón del cual estaba el hotel Colón. Un altavoz gritó: *La aviación del Prat se ha unido a los defensores de las libertades populares*.

Tanto mejor, pero ¿dónde?

Una vez más, de todas las calles opuestas al hotel salían anarquistas, socialistas, pequeño burgueses de cuello duro, algunos grupos de campesinos: estaba avanzada la mañana, los campesinos empezaban a llegar. Puig detuvo a sus hombres. La ola de asalto barrida por los tres nidos de ametralladoras, dejó su festón de muertos, y refluyó.

Como otro vuelo de palomas, los papeles de una asociación fascista, lanzados por las ventanas, caían lentamente o se posaban en los árboles.

Por primera vez Puig, en vez de estar frente a una tentativa desesperada, como en 1934 —como siempre

—, se sentía frente a una posible victoria. A pesar de lo que conocía de Bakunin (y sin duda era el único de todo ese grupo que lo hubiera más o menos leído), la revolución a sus ojos había sido siempre un motín. Frente a un mundo sin esperanza, no esperaba de la anarquía sino rebeliones ejemplares; para él, todo problema político habría pues de resolverse por la audacia y el carácter.

Se acordó de Lenin bailando sobre la nieve el día en que la duración de los soviets sobrepasó en veinticuatro horas la de la Comuna de París. Hoy no se trataba ya de dar ejemplos, sino de vencer; y si sus hombres se iban como los otros, caerían como ellos y no tomarían el hotel.

De los dos bulevares que, a través de la plaza, descienden en V hacia el Colón, y de la calle de las Cortes que pasa delante como una raya, llegaron, exactamente juntos, tres regimientos de la guardia civil. Puig miraba los tricornios de sus viejos enemigos brillar al sol. Por el modo en que avanzaban entre los ¡vivas! estaban con el Gobierno. El silencio de la plaza fue tal que se oyó el vuelo de las palomas.

Los fascistas vacilaban también, estupefactos de ver a la policía al lado del Gobierno. Y no ignoraban que los guardias civiles son tiradores de primera.

El coronel Jiménez subió cojeando los peldaños de la plazoleta y avanzó derecho hacia el hotel. No llevaba armas. Hasta la tercera parte de la plaza, nadie tiró. Después, desde tres lados, las ametralladoras de nuevo hicieron fuego. Puig corrió al primer piso de la casa delante de la cual se encontraba el coronel. De todos sus enemigos, aquellos que más aborrecían los anarquistas eran los guardias civiles. El coronel Jiménez era un católico ferviente. Y he aquí que ahora combatían juntos, en una extraña fraternidad.

Jiménez se había vuelto; levantó su bastón de jefe de la guardia civil y, de tres calles, los hombres con tricornio se lanzaron. Jiménez, cojeando siempre (Puig recordó que sus hombres lo llamaban el Viejo Pato), caminó de nuevo hacia el hotel, solo entre las balas en medio de la plaza inmensa. Los guardias de izquierda avanzaban a lo largo del Central, de donde no podían tirar verticalmente los de derecha, a lo largo del Eldorado. Hubiera sido necesario que los ametralladores del Eldorado tirasen sobre aquellos de la izquierda, pero, delante de los guardias civiles, cada grupo fascista trataba de defenderse en vez de defender a su aliado.

Las ametralladoras del Colón apuntaban alternativamente a derecha e izquierda, no sin trabajo: los guardias no avanzaban en línea sino en profundidad, y utilizaban con precisión el abrigo de los árboles, seguidos por los anarquistas que, ahora, salían de todas las calles; y al mismo tiempo pasaban delante de Puig en un estruendo de botas, los guardias de la calle de las Cortes, a paso de carga, sobre quienes nadie tiraba ya. En medio de la plaza, el coronel avanzaba derecho, siempre cojeando.

Diez minutos después, el hotel Colón estaba tomado.

Los guardias civiles ocupaban la plaza de Cataluña. Barcelona nocturna estaba llena de cantos, de gritos y de tiros de fusil.

Civiles armados, burgueses, obreros, soldados, guardias de asalto pasaban en la luz de la cervecería; instalados en todas las mesas, los guardias bebían.

El coronel Jiménez bebía también en un saloncito del primer piso transformado en puesto de comando. Controlaba todo el barrio; desde hacía algunas horas, muchos jefes de grupos venían a pedirle instrucciones.

Puig entró. Llevaba ahora una chaqueta de cuero y un gran revólver, atuendo que no dejaba de ser romántico bajo su turbante sucio y ensangrentado. Parecía aún más pequeño y más ancho.

—¿Dónde somos más útiles? —preguntó—. Tengo un millar de hombres.

—En ninguna parte. Por el momento, todo anda bien. Van a tratar de salir de los cuarteles, de Atarazanas, a lo menos. Lo mejor es que usted espere media hora; no es inútil ahora tener su reserva además de las mías. Parecen vencedores en Sevilla, Burgos, Segovia y Palma, sin hablar de Marruecos. Pero aquí serán vencidos.

—¿Qué hace usted de los soldados prisioneros?

El anarquista estaba tan cómodo como si hubieran combatido juntos desde hace un mes, señalando por su actitud que venía a pedir consejo, y no a recibir órdenes. Jiménez conocía sus rasgos por haber examinado muchas veces su ficha antropométrica; estaba asombrado por su pequeña estatura de corsario rechoncho. Aunque Puig fuera un jefe de segundo orden, lo intrigaba más que los otros a causa de la ayuda que había prestado a los niños de Zaragoza.

—Las instrucciones del Gobierno son desarmar a los soldados y ponerlos en libertad —dijo el coronel—. Los oficiales habrán de comparecer ante el consejo de guerra.

—¿Era usted el que estaba en el Cadillac que permitió tomar los cañones, verdad?

Puig recordaba haber visto, al fondo de la calle, los tricornios de la guardia civil que pasaban con las

gorras de plato de la guardia de asalto…

—Sí.

—Estuvo bien. Porque si hubieran llegado aquí con el canon, todo habría cambiado quizá.

—Usted tuvo suerte cuando atravesó la plaza…

El coronel, que amaba frenéticamente España, le estaba reconocido al anarquista, no por su cumplimiento, sino por demostrar ese estilo de que tantos españoles son capaces y por responder como lo hubiera hecho un capitán de Carlos V. Porque estaba claro que, por «suerte», quería decir «valor».

—Tuve miedo —decía Puig— de no llegar hasta el cañón. Vivo o muerto, pero hasta el cañón. Y usted ¿qué pensaba?

Jiménez sonrió. Estaba sin sombrero, con su pelo blanco cortado al rape que hacía pensar en el plumón de un pato. Así lo apodaban a causa de sus ojitos muy negros y de su nariz en forma de espátula.

—En esos casos, las piernas dicen: «Vamos, ¡qué estás haciendo, idiota!». Sobre todo la que cojea.

Cerró un ojo y levantó el índice:

—Pero el corazón dice: «No dejes de ir…». Nunca había visto las balas rebotar como las gotas de un chaparrón. Desde lo alto se confunde fácilmente a un hombre con su sombra, lo que disminuye la eficacia del tiro.

—El ataque era bueno —dijo Puig con envidia.

—Sí, sus hombres saben batirse, pero no saben combatir. Por debajo de ellos, en la acera, pasaban camillas vacías manchadas de sangre.

—Saben batirse —dijo Puig.

Vendedoras de flores habían echado sus claveles al paso de las camillas, y las flores blancas resaltaban en ellas junto a las manchas.

—En la cárcel —dijo Puig— no me imaginaba que hubiera tanta fraternidad.

Al oír la palabra cárcel, Jiménez tuvo conciencia de que él, coronel de la guardia civil de Barcelona, estaba bebiendo con uno de los jefes anarquistas, y sonrió de nuevo. Todos esos jefes de los grupos extremistas habían sido valientes, y muchos estaban heridos o muertos. Para Jiménez como para Puig, el valor era también una patria. Pasaban los combatientes anarquistas, las mejillas negras a la luz del sol. Ninguno se había afeitado: el combate había empezado demasiado temprano. Otra camilla pasó, con un gladiolo fijado a una de sus varas.

Una luz rojiza subió detrás de la plaza, otra a lo lejos, sobre una colina; después subieron, aquí y allá bolas estremecidas, de un rojo claro. Como había sido llamada en auxilio por el jadeo de las sirenas, Barcelona incendiaba aquella noche todas sus iglesias. Jiménez miraba las enormes fogatas granate, iluminadas desde abajo, que afluían por encima de la plaza de Cataluña, se puso de pie y se persignó. No ostensiblemente, como si hubiese querido confesar su fe: sino como si estuviera solo.

—¿Conoce usted la teosofía? —preguntó Puig.

Ante la puerta del hotel, se agitaban periodistas que ellos no veían, hablaban de la neutralidad del clero español, o de los monjes de Zaragoza que mataban a golpes de crucifijo a los soldados de Napoleón. Sus voces subían, muy claras en la noche, a pesar de las detonaciones y de los gritos lejanos.

—¡Vaya! —masculló Jiménez, sin dejar de mirar la humareda—, Dios no está hecho para que lo hagan entrar en el juego de los hombres, como quien pone un copón en el bolsillo de un ladrón.

—¿Por quiénes han oído hablar de Dios los obreros de Barcelona? Por aquellos que predicaban en su nombre las virtudes de la represión de Asturias, ¿no?

—¡Eh!, por las únicas cosas que un hombre oye hablar verdaderamente en su vida: la infancia, la muerte, el valor… ¡No por los discursos de los hombres! Supongamos que la Iglesia de España no sea ya digna de su tarea. ¿En qué los asesinos que lo invocan a usted —y no son pocos— le impiden a usted continuar su tarea? No conviene pensar en los hombres en función de su bajeza…

—Una multitud a la que se obliga a vivir bajamente, no es propensa a mirar hacia lo alto. Desde hace cuatrocientos años, ¿quiénes tienen «cuidado de estas almas», como ustedes dirían? Si no les enseñaran de tal modo a odiar, quizá aprenderían mejor el amor, ¿no?

Jiménez miró las llamas lejanas:

—¿Ha mirado usted los retratos o las caras de los hombres que han defendido las más hermosas causas? Deberían ser alegres o serenos, a lo menos… La primera impresión que dan siempre es de tristeza…

—Los sacerdotes son una cosa y el corazón es otra. Sobre eso yo no puedo entenderme con usted. Tengo la costumbre de hablar, y no soy ignorante, soy tipógrafo. Pero hay de por medio otra cosa: he hablado a menudo con escritores, en la imprenta; era como con usted: yo le hablaría de los curas, usted me hablaría de Santa Teresa. Yo le hablaría del catecismo, usted me hablaría de… ¿de quién podría ser?… de Santo

Tomás de Aquino.

—El catecismo tiene para mí más importancia que Santo Tomás.

—Su catecismo y el mío no es el mismo: nuestras vidas son demasiado diferentes. A los veinticinco años he releído el catecismo: lo había encontrado aquí, en el arroyo (es una historia moral). No se enseña a tender la otra mejilla a gente que desde hace dos mil años no ha recibido sino bofetadas.

Puig turbaba a Jiménez porque la inteligencia y la tontería estaban en él repartidas en muy otra forma que en las personas que tenía por costumbre tratar.

Los últimos clientes, salidos de los armarios, de los excusados, de los sótanos y de los desvanes donde los habían encerrados los fascistas, aparecían con el reflejo anaranjado del incendio en sus rostros estupefactos. Las nubes de humo se hacían cada vez más espesas, y el olor del fuego era tan fuerte como si el mismo hotel hubiera sido incendiado.

—El clero, óigame: en primer lugar, no me gusta la gente que habla y que no hace nada. Soy de otra raza. Pero soy también de la misma, y es por eso por lo que los detesto. No se enseña a los pobres, no se enseña a los obreros a aceptar la represión de Asturias. Y que lo hagan en nombre… en nombre del amor, no, eso es lo más asqueroso. Mis amigos dicen: ¡recua de idiotas, harías mejor en quemar los Bancos! Pero yo digo: no. Que un burgués haga lo que hace, es natural. Que lo hagan ellos, los sacerdotes, no. Iglesias que han aprobado los treinta mil arrestos, las torturas y todo lo demás, está bien que las quemen. Salvo por las obras de arte: a ésas hay que guardarlas para el pueblo. La catedral no arde.

—¿Y Cristo?

—Es un anarquista que ha triunfado. El único. Y a propósito de los curas le diré una cosa que usted no comprenderá bien, acaso, porque no ha sido pobre. Odio a un hombre que quiere perdonarme por haber hecho lo mejor que he hecho.

Lo miró esta vez fijamente, casi como a un adversario:

—No quiero que me perdonen.

Un altavoz exclamó en la plaza nocturna: *Las tropas de Madrid no se han pronunciado todavía. El orden reina en España. El Gobierno domina la situación. El general Franco acaba de ser detenido en Sevilla. La victoria del pueblo de Barcelona sobre los fascistas y las tropas rebeldes es ahora completa*.

El Negus entró agitando los brazos, y gritó a Puig:

—¡En el Parque acaban de salir los soldados! Han hecho una barricada.

—Salud —dijo Puig a Jiménez.

—Hasta luego —respondió el coronel.

En un auto requisado por la autoridad, Puig y el Negus partieron a toda velocidad a través de la noche rojiza llena de cantos. En el barrio de los Caracoles, por las ventanas de los burdeles, los milicianos lanzaban los colchones a los camiones que partían enseguida hacia las barricadas.

Las había ahora por todas partes en la ciudad nocturna: colchones, adoquines, muebles: una, extraña, estaba hecha de confesionarios; otra, ante la cual los caballos habían caído, apareció en la rápida luz de los faros como si fuera un amontonamiento de cabezas de caballos muertos.

Puig no comprendía para qué servía lo que habían construido los fascistas, que ahora combatían solos en medio de la hostilidad de los soldados. Tiraban detrás de un amontonamiento de patas de silla, confusas en la penumbra: los focos eléctricos habían sido apagados a tiros de fusil. Desde que reconocieron a Puig y su turbante, alegres clamores llenaron la calle: como en todo combate que se prolonga, el placer de los jefes empezaba. Siempre acompañado por el Negus, Puig fue al primer garaje y tomó un camión.

La avenida era larga, bordeada de árboles azules en la noche. Invisibles, los fascistas tiraban. Tenían una ametralladora. Los fascistas tenían siempre ametralladoras.

Puig conducía a toda velocidad; apretaba el acelerador como había apretado el del automóvil. Se oyó el ruido del cambio de velocidades, entre dos ráfagas el Negus pudo oír también un tiro aislado y vio a Puig alzarse de golpe, apoyar sus dos puños sobre el volante como sobre una mesa, con el grito del hombre a quien una bala acaba de romperle los dientes.

Un armario con espejo de la barricada cayó como un tiro sobre los faros del camión que reflejaba: en la frenética matraca del fusil ametrallador del Negus la masa de los muebles se abrió como una puerta que se tira abajo.

Los milicianos que pasaban por la brecha iban más allá del camión atascado en los muebles. Los fascistas huían hacia el cuartel próximo. El Negus, sin dejar de tirar, miraba a Puig, oculto por su turbante, muerto.

A través de los torsos desnudos y las mangas de camisa, entre las mujeres a las que se echaba y que volvían, guardias civiles con tricornios y guardias de asalto trataban en vano de organizar a la multitud, dispersa por delante, inmensa por detrás, de la cual surgía un grave y constante clamor. Un oficial conducía a un bar a un soldado que acababa de evadirse del cuartel de la Montaña. Jaime Alvear había visto que se dirigían hacia el bar, y había entrado antes que ellos. El cañón disparaba regularmente como el corazón de aquella multitud, por encima de los débiles tiros de fusil que disparaban desde todas las ventanas y desde todas las puertas, más allá de los gritos, del olor de piedra cálida y de alquitrán que subía de Madrid.

Las cabezas de los consumidores se agruparon como moscas alrededor del soldado. Éste jadeaba.

—El coronel ha dicho: hay que salvar… la República.

—¿La República?

—Sí, dado que acaba de caer en manos de los bolcheviques… de los judíos y de los anarquistas.

—¿Qué han respondido los soldados?

—¡Bravo!

—¿Bravo?

—Pues sí, ¿qué hay con ello? Les importa un bledo… Hay que decir que los que respondían eran sobre todo los nuevos. Desde hace ocho días… estaba lleno de nuevos.

—¿Y los soldados de izquierdas? —preguntó una voz.

En los vasos inmóviles, el coñac y la manzanilla temblequeaban al ritmo del combate. El soldado bebió. Poco a poco encontraba de nuevo su respiración.

—Quedaban aquellos que se guardaban de decirlo. Todos los demás, desde hace quince días, se habían dado la vuelta. Hombres de izquierda, entre nosotros, todavía quedarían unos cincuenta. Pero no estaban allí, se dice que estaban todos atados en un rincón.

Los rebeldes tenían la convicción de que el Gobierno no armaría al pueblo, y esperaban a los fascistas de Madrid, que aún no se movían.

De pronto se hizo silencio: un altavoz funcionaba. Como los periódicos aparecían únicamente una vez por día, el destino de España sólo se expresaba por radio. *Continúa la rendición de los cuarteles de Barcelona. El cuartel de las Atarazanas ha sido tomado por los sindicalistas conducidos por Ascaso y Durruti. Ascaso murió en el ataque del cuartel. La fortaleza de Montjuich se rindió al pueblo sin combatir…*

El bar entero gritó de entusiasmo. Hasta en Asturias no había un nombre más significativamente siniestro que el de Montjuich.

… porque los soldados se negaron a ejecutar las órdenes de sus oficiales después de haber oído a los altavoces del Gobierno legal de España anunciar que estaban relevados de toda obediencia a sus oficiales facciosos.

—¿Quién lucha en este momento en el cuartel? —pregunto el oficial.

—Los oficiales, los nuevos. Los compañeros se escapan como pueden. El sótano debe estar lleno de ellos. Cuando vuestro cañón empezó, nadie salió a pelear; comprendieron la treta: saben que los anarcos y los bolcheviques no tienen cañones. Yo le dije a los compañeros: ese discurso del coronel es un golpe de los fascistas. Tirar sobre el pueblo, ¡no faltaba más! Y vine a juntarme con vosotros.

El soldado no lograba dominar el temblor de sus hombros. El cañón disparaba siempre y se oía como un eco la explosión del obús.

Jaime había visto el cañón. Lo maniobraba un capitán de la guardia de asalto que no era artillero y que lograba disparar, pero no apuntar. A su lado se agitaba el escultor López, comandante de la milicia de la cual formaba parte Jaime. La perspectiva no permitía poner el cañón en batería contra la puerta; el capitán tiraba pues contra la puerta, a ojo de buen cubero. El primer obús —demasiado alto— fue a estallar en las cercanías; el segundo, contra la pared de ladrillos, en medio de una gran polvareda amarilla. A cada obús, el cañón, que no estaba apuntalado, retrocedía rabiosamente, y los milicianos de López, con sus brazos desnudos tensos en los radios de sus ruedas como en los grabados de la Revolución Francesa, lo ponían aproximadamente en su sitio. Un obús había sin embargo atravesado una ventana y estallado en el interior del cuartel.

—Cuando entréis, ¡atención! Porque los compañeros no han tirado contra vosotros. ¡Y lo hacen adrede!

—¿Y en qué se reconoce a los nuevos?

—¿Enseguida…? No lo sé… pero después… os diré una cosa: nunca tienen familia…

Quería decir que los fascistas que habían entrado en el ejército para luchar contra el levantamiento ocultaban a sus mujeres demasiado elegantes, las calles más próximas resguardadas estaban llenas de las mujeres que aguardaban a los soldados, las únicas en toda la multitud, verdaderamente silenciosas.

El ruido de la descarga de fusilería subió por encima de un chirrido de camiones: otros guardias de asalto llegaban. Ya estaba allí uno de sus autos blindados. El cañón sacudía siempre el vino en los vasos. Fusil al brazo, se acercaban hombres que traían noticias, como en la cantina de los estudios cinematográficos los actores van a beber disfrazados, entre dos tomas. Pero sobre el embaldosado blanco y negro del bar, había huellas de suelas ensangrentadas.

—¡Otro ariete!

Una viga enorme avanzaba como un monstruo geométrico, llevada por cincuenta hombres paralelos, inclinados hacia delante como sirgadores, con o sin cuello, pero todos con un fusil a la espalda. Atravesó los escombros de la calzada, los cascotes y los trozos de verja, golpeó la puerta como un gong enorme y retrocedió. Aunque estuviera lleno de gritos, de detonaciones y de humo, el cuartel vibró detrás de su alta puerta con toda su sonoridad de convento. Tres de los que llevaban la viga cayeron bajo el tiro de los fascistas. Jaime reemplazó a uno de ellos. En el momento en que avanzaba la viga, un sindicalista de gruesas cejas se tomó la cabeza con ambas manos como para taparse los oídos y se lanzó sobre la viga en marcha, brazos de un lado, piernas de otro. La mayoría de los que llevaban el ariete no lo habían visto; y la viga continuó su marcha lenta y pesada, el hombre siempre plegado en dos sobre la madera. Para Jaime, que tenía veintiséis años, el Frente Popular era esa fraternidad en la vida y en la muerte. De las organizaciones obreras, en las cuales ponía tanta más esperanza cuanto que no ponía ninguna en aquellos que desde hacía siglos gobernaban su país, conocía sobre todo a esos «militantes de base» anónimos y puestos en todas las salsas, que eran la devoción misma de España; en pleno sol y bajo las balas de los falangistas, empujando esa enorme viga que llevaba hacia los batientes de la puerta su compañero muerto, combatía con toda la plenitud de su corazón. El ariete sonó de nuevo contra la puerta, ante la cual cayó el muerto; sus dos vecinos, uno de los cuales era Ramón, lo tomaron para alzarlo. El madero retrocedió, lentamente. Todavía cayeron cinco hombres. Por donde había pasado el ariete, entre dos líneas de heridos y de muertos, había un camino blanco y vacío.

La mañana de julio avanzaba y los rostros estaban laqueados de sudor. Bajo los grandes golpes sordos del cañón y del ariete que ritmaban todos los sonidos del ataque, en las calles bajas, al pie de las escaleras de acceso al cuartel, un alboroto de empleados, obreros, pequeño burgueses, fusil en mano atado por una cuerda (el Gobierno había distribuido los fusiles pero no las correas), las cartucheras colgando en medio del pecho por correas demasiado cortas, esperaban el ataque con los ojos fijos en la puerta.

El ariete se detuvo, el cañón dejó de tirar, las cabezas sin sombrero y los tricornios se inclinaron hacia atrás; hasta los mismos fascistas no tiraron. Se escuchaba la vibración profunda de un motor de avión.

—¿Qué es?

Los ojos se volvieron hacia Jaime. Los camaradas de su milicia socialista sabían que ese gran piel roja con mechones negros era ingeniero en la fábrica Hispano. El aparato era uno de esos viejos Bréguet del ejército español, pero los fascistas estaban en el ejército también. Bajó describiendo una gran curva por encima del espeso silencio de la multitud: dos bombas estallaron en el patio del cuartel y gran cantidad de folletos, antes de caer, volaron largo rato en el cielo de verano por encima de las aclamaciones.

Desde las calles de abajo la multitud se lanzó al asalto a través de las escaleras. El ariete golpeó una vez más la puerta, contra un tiroteo desesperado; en el instante en que retrocedía, de una de las ventanas de la fachada brotó una sábana: habían hecho en la punta un enorme nudo para poder lanzarla. El ariete no la vio, prosiguió su impulso y hundió de golpe la puerta que los fascistas acababan de abrir.

El patio interior estaba absolutamente vacío.

Más allá de ese vacío detrás de las ventanas y las puertas cerradas del patio, comenzaban los prisioneros.

Al principio salieron los soldados, blandiendo sus carnets sindicales, muchos con el torso desnudo. Uno de los primeros tambaleaba, mientras la multitud lo acosaba a preguntas, se puso de cuatro patas y bebió en el arroyo. Después vinieron los oficiales, los brazos en alto. Unos indiferentes o esforzándose en parecerlo, otros escondiendo la cara en el fondo de una gorra, otro sonriendo, como si todo aquello no fuera más que una broma; éste no alzaba las manos sino a la altura de los hombros, y de tal modo parecía avanzar hacia los milicianos con el propósito de abrazarlos.

Por encima de ellos, el último postigo de una de las ventanas centrales, destrozado por el cañón, saltó. Por el marco de la ventana, sobre el balcón cuya mitad faltaba, se precipitó un muchacho que reía a carcajadas, con tres fusiles sobre la espalda, dos en la mano izquierda tomados por el caño como perros por una traílla. Los tiró a la calle gritando: ¡Salud!

Las mujeres de los soldados, los milicianos del ariete, los guardias civiles se precipitaron. Las mujeres

corrían dando gritos por los corredores monacales del cuartel, extrañamente silencioso desde que el cañón no tiraba más. Jaime y sus compañeros, fusil al hombro, llegaron al primer piso. Otros milicianos habían entrado por alguna brecha: escoltados por alegres civiles de cuello postizo, con las cartucheras alrededor de sus chaquetas de empleados y que los apuntaban con los fusiles, avanzaban los oficiales.

La brecha era sin duda ancha, porque cada vez había más milicianos. Llegado de afuera, el ¡hurra! de una multitud enorme sacudía las paredes. Jaime miró por la ventana: un millar de brazos desnudos con el puño cerrado brotaba de la multitud en mangas de camisa, de golpe, como en un gimnasio. Comenzaban a distribuirse las armas tomadas.

La pared, delante de la cual se amontonaban los fusiles modernos y los sables de teatro, ocultaba a la calle un gran patio que veía Jaime. Al fondo de este patio una tienda de bicicletas. Mientras los milicianos peleaban, el negocio había sido saqueado y el patio estaba cubierto de grandes pedazos de papel de embalaje, de manubrios y ruedas. Jaime pensaba en el sindicalista doblado sobre el ariete.

En la primera sala, estaba sentado un oficial, la cabeza apoyada en una mano por encima de su sangre que aún corría sobre la mesa. Otros dos estaban en el suelo, con un revólver cerca de las manos.

En la segunda sala, bastante oscura, había soldados acostados; aullaban *¡Salud!, ¡Ea!, ¡Salud!*, pero no se movían: estaban atados. Eran aquellos que los fascistas sospechaban que eran fieles a la República o de tener simpatía por los movimientos obreros. De júbilo, golpeaban el suelo con el tacón a pesar de las cuerdas. Jaime y los milicianos los abrazaban, a la española, mientras los iban desatando.

—Abajo hay más compañeros —dijo uno de ellos.

Jaime y sus compañeros bajaron corriendo por una escalera interior hasta un cuarto todavía más oscuro, se precipitaron sobre los camaradas amarrados abrazándolos también: éstos habían sido fusilados la víspera.

4

21 de julio

—¡Buenas tardes! —dijo Shade a un gato negro que lo miraba con desconfianza. Dejó su mesa del café La Granja, le tendió la mano: el gato escapó en medio de la multitud y de la noche—. Los gatos son también libres después de la revolución, pero yo continúo asqueándolos: yo soy siempre un oprimido.

—Vuelve a sentarte, pánfilo —dijo López—. Los gatos son mamarrachos inamistosos, y quizá fascistas. Los perros y los caballos son imbéciles: nada puedes obtener de ellos en materia de escultura. El único animal amigo del hombre es el águila de los Pirineos. De muchacho yo tenía un águila de los Pirineos; es un animal que sólo se alimenta de serpientes. Las serpientes son caras, y como no podía afanarlas en el jardín zoológico, compraba carne barata, la cortaba en tiras. Las agitaba delante del águila, y el águila, de puro amable, simulaba engañarse y las comía glotonamente.

Habla Radio Barcelona —dijo el altavoz—. *Los cañones tomados por el pueblo apuntan a la Capitanía donde se han refugiado los jefes rebeldes*.

A la vez que miraba la calle de Alcalá y tomaba notas para su artículo del día siguiente, Shade observaba que el escultor, con su nariz borbónica, a pesar de su belfo y de su penacho, se parecía a Washington; pero sobre todo a un loro. Tanto más cuanto que López, en ese momento, agitaba los brazos.

—¡A escena, adentro!, —gritaba—. ¡Se filma!

En plena luz de las lámparas eléctricas, Madrid, vestida con todos los disfraces de la revolución, era un inmenso estudio nocturno.

Pero López se tranquilizó: milicianos venían a darle la mano. Para los artistas que frecuentaban La Granja, era menos popular por haber tirado como en el siglo XV con el cañón de la Montaña, la víspera, y aún por su talento, que por haberle contestado no hacía mucho al agregado de embajada que le pedía que esculpiera el busto de la duquesa de Alba: «Sólo si posa como el
hi-po-pó-ta-mo
». Lo más seriamente del mundo: siempre metido en el Jardín Zoológico, conociendo los animales mejor que San Francisco, afirmaba que el hipopótamo acudía cuando le silbaban, se quedaba absolutamente quieto, y se iba cuando no lo necesitaban ya. La imprudente duquesa se había escapado de una buena: López esculpía en diorita, y el modelo, después de oírlo durante horas golpear como un herrador, veía su busto «adelantar» siete milímetros.

Pasaron soldados en mangas de camisa lanzando vivas y seguidos de niños… Eran las tropas que habían abandonado a los oficiales rebeldes de Alcalá de Henares para pasarse al pueblo.

—Mira todos los chiquillos que pasan —dijo Shade—, están enloquecidos de orgullo. Hay algo que me gusta aquí: los hombres son como los chiquillos. Lo que me gusta se parece siempre a los chiquillos, de cerca o de lejos. Miras a un hombre, ves al niño en él, por azar, estás conquistado. Tratándose de una mujer, naturalmente estás perdido. Míralos: todos sacan a luz el niño que por lo común ocultan: aquí, los milicianos hacen orgías con lo que fuere, y otros mueren en la Sierra, y es la misma cosa. En América se figuran la revolución como una explosión de cólera. Lo que aquí domina en todo momento es el buen humor.

—No sólo el buen humor.

López no era sutil sino cuando hablaba de arte. No encontró las palabras que buscaba y se limitó a decir:

—Oye.

Los automóviles pasaban a toda velocidad, en uno y otro sentido, cubiertos con las enormes iniciales blancas de los sindicatos, o con la U. H. P. (Unión de Hermanos Proletarios); sus ocupantes se saludaban con el puño, gritando: ¡Salud!, y toda esa multitud triunfante parecía unida por aquel grito como por un coro constante y fraterno. Shade cerró los ojos.

—Todo hombre necesita encontrar un día su lirismo —dijo.

—Guernico dice que la fuerza más grande de la revolución es la esperanza.

—García dice eso también. Todo el mundo lo dice. Pero Guernico me aburre: los cristianos me aburren. Adelante.

Shade se parecía a un cura bretón; según López, ésa era la causa fundamental de su anticlericalismo.

—A pesar de todo, es verdad, idiota. Piensa ¿qué vengo yo buscando desde hace quince años? El renacimiento del arte. Bueno. Aquí todo está pronto. Los imbéciles pasean su sombra por esa pared de enfrente, y no la miran. Hay un montón de pintores, crecen en medio de los adoquines; la semana pasada descubrí uno en los altos de El Escorial: dormía. Hay que darles paredes. Cuando se necesita una pared, se la encuentra siempre, sucia, ocre o color tierra de Siena. La limpias hasta dejarla blanca, y se la das a un pintor.

Shade, fumando su pipa con un gesto de sachem, escuchaba atentamente: sabía que López, ahora, hablaba con seriedad. El loco imita al artista, y el artista se parece al loco. Shade desconfiaba de las teorías artísticas que amenazan toda revolución, pero conocía la obra de los grandes artistas mexicanos, y los grandes frescos salvajes de López, erizados de garras y de cuernos españoles, eran sin duda un lenguaje del hombre en lucha.

Dos ómnibus cargados de milicianos, erizados de fusiles, iban a Toledo. Allí la rebelión no estaba sofocada.

—Les damos paredes a los pintores, viejo, paredes desnudas, ¡adelante con el dibujo, con la pintura! Aquellos que pasen delante necesitan que les habléis. No es posible hacer un arte que hable a las masas cuando no se tiene nada que decirles, pero nosotros luchamos juntos, queremos hacer juntos otra vida y tenemos muchísimas cosas que decirnos. Las catedrales luchaban con todos para todos contra el demonio, que por lo demás tiene la cara de Franco…

—Las catedrales me hartan. Hay más fraternidad aquí, en la calle, que en cualquier catedral del otro lado. Continúa.

—El arte no es un problema de temas. No hay un gran arte revolucionario. ¿Por qué? Porque se discute todo el tiempo sobre directivas en vez de hablar sobre función. Hay que decir a los artistas: ¿necesitáis hablar a los combatientes? (A algo preciso, no a una abstracción como las masas). ¿No? Bueno, haced otra cosa. ¿Sí? Bueno, ahí está la pared. La pared, hombre, y eso es todo. Dos mil individuos van a pasar por delante cada día. Los conocéis. *Queréis* hablarles. Ahora, arregláoslas. Tenéis libertad y necesidad de serviros de ellos. Muy bien. No crearemos obras de arte, eso no se hace por encargo, pero crearemos un estilo.

Los palacios españoles de los bancos y de las compañías de seguros, arriba, en la sombra y un poco más abajo toda la pompa colonial de los ministerios armonizaban en el tiempo y en la noche con los coches fúnebres extravagantes, las arañas de los clubs, las girándulas y los estandartes de las galeras colgados en el patio del Ministerio de Marina, inmóviles en esa noche sofocante.

Un anciano dejó el café; había escuchado al pasar y posó la mano en el hombro de López.

—Haré un cuadro con un viejo que se va y un idiota que se lava. El idiota que se lava, deportista, cretino, agitado, es un fascista…

López levantó la cabeza; el que hablaba era un buen pintor español. Pensaba manifiestamente: o un comunista.

—… un fascista, sí. Y el viejo que se va, es la vieja España. Mi querido López, adiós.

Salió, cojeando, en la aclamación inmensa que llenaba la noche: los guardias de asalto que habían vencido a los rebeldes de Alcalá volvían a Madrid. De las mesas, de las aceras, todos los puños en alto se levantaban en la noche. Los guardias pasaban, ellos también, con el puño en alto.

—No es posible —replicó López desatado— que de personas que necesitan hablar y de personas que necesitan oír no nazca un estilo. Que les dejen solos, que les den aerógrafos y pistolas de pintar y todo el resto de la técnica moderna, y más tarde la cerámica, ¡ya verás!

—Lo bueno que tiene tu proyecto —dijo Shade pensativo, y tirando las puntas de su chalina— es que tú eres un idiota. Sólo me gustan los idiotas. Lo que antes se llamaba la inocencia. Todas las personas son demasiado sabiondas, y no saben qué hacer. Todos esos individuos son idiotas como nosotros…

Bajo el chirrido de los cambios de velocidad, las voces llenaban la calle, con un pisoteo atravesado por los compases de la *Internacional*. Una mujer pasó delante del café, con una maquinita de coser en los brazos, apretada sobre su pecho como un animal enfermo.

Shade permanecía inmóvil, la mano en la cazoleta de la pipa. Echó solamente hacia atrás, de un papirotazo, un sombrerito blando con los bordes levantados. Un oficial, con la estrella de cobre sobre su chaqueta azul, estrechó al pasar la mano de López.

—¿Cómo anda todo en la Sierra? —le preguntó éste.

—No pasarán. Continuamente llegan milicianos.

—Perfectamente —dijo López mientras el oficial continuaba su marcha—. Y un día habrá ese estilo en toda España, como ha habido catedrales en Europa y como hay en todo México el estilo de los muralistas revolucionarios.

—Sí. Pero siempre que te comprometas a dejarme en paz con tus catedrales.

Los autos de la ciudad, requisados y lanzados a toda velocidad al servicio de la guerra o del sueño, se cruzaban en medio de gritos fraternales. Las fotos tomadas en la montaña por los operadores de los antiguos periódicos fascistas, nacionalizados, circulaban desde la mañana en la terraza y los milicianos se reconocían en ellas. Shade se preguntaba si iba a consagrar su artículo, aquella noche, al proyecto de López, al proyecto de La Granja, o a la esperanza que llenaba la calle. A todo, quizá. (Detrás de él, una de sus compatriotas hacía grandes ademanes, con una bandera norteamericana de cuarenta centímetros sobre el pecho; acabó por enterarse de que era sordomuda). ¿Nacería un estilo de esas paredes dispersas, de esos hombres que pasarían delante, iguales a los que pasaban delante de él en ese segundo, agitados en esa verbena de libertad? Tenían en común con sus pintores esa comunión subterránea que había sido, en efecto la cristiandad, y que era la revolución; habían elegido la misma manera de vivir, y la misma manera de morir. Y sin embargo…

—¿Es un proyecto irrealizable, o algo que debe ser organizado por ti, o por la Asociación de los artistas revolucionarios, o por el ministerio, o por la sociedad de las águilas y de los hipopótamos, o qué? —preguntó Shade.

Pasaban personas con fardos de ropa blanca, sábanas dobladas dignamente, apretadas bajo el brazo como cartapacios de abogados; un pequeño burgués, con un edredón muy rojo a la luz del café, que apretaba sobre el pecho, como la mujer que había llegado antes llevaba su máquina de coser; otros con sillones patas arriba sobre la cabeza.

—Ya veremos —respondía López—. Ahora no por mí, en todo caso: mi milicia parte para la Sierra. ¡Pero puedes estar tranquilo!

Shade, soplando, disipó el humo de su pipa:

—Mira, amigo López, si supieras hasta qué punto estoy harto de los hombres.

—No es éste el mejor momento…

—No olvides que he estado en Burgos antes de ayer. ¡Y era lo mismo, por desgracia! Era lo mismo… Los pobres idiotas fraternizaban con las tropas…

—Oye, zopenco: aquí son las tropas las que fraternizan con los pobres idiotas.

—Y en los grandes hoteles, las condesas beben con los campesinos monárquicos, con la boina en la cabeza y la manta sobre los hombros…

—Y los campesinos se hacen matar por las condesas que no se hacen matar por los campesinos; por lo demás, se necesita orden.

—Y escupían cuando oían palabras como República o Sindicato, pobres idiotas… He visto a un sacerdote con un fusil; creía que defendía su fe; y en otro barrio, a un ciego. Tenía una venda sobre los ojos. Y en la venda habían escrito con tinta violeta: «Viva Cristo Rey». Creo que ése también se creía voluntario…

—¡Y era ciego!

Una vez más, como siempre que los altavoces gritaban: *Atención*, con sus voces de ventrílocuos, se hizo

silencio en torno de ellos: *Aquí Radio Barcelona. Ahora podréis oír al general Goded*.

Todos sabían que Goded era el jefe de los fascistas de Barcelona, y que dirigía militarmente la rebelión. El silencio pareció extenderse hasta los límites de Madrid.

Habla —dijo una voz fatigada, indiferente y no sin dignidad— *el general Goded. Me dirijo al pueblo español para declarar que be tenido la suerte en contra y que estoy prisionero. Lo digo para que todos aquellos que no quieren continuar la lucha se sientan desligados de todo compromiso conmigo*.

Era la declaración de Companys vencido, en 1934. Una inmensa aclamación se desplegó sobre la ciudad nocturna.

—Esto refuerza lo que iba a decir —continuó López, que vació su copa de coñac en señal de alegría—. Cuando hice los bajorrelieves que tú llamas mis trastos escitas, no tenía piedra. La buena cuesta bastante cara; los cementerios están llenos; allí no hay más que piedra. Entonces, desvalijaba los cementerios por la noche. Todas mis esculturas de esa época han sido esculpidas en pesares eternos; es así cómo abandoné la diorita. Ahora vamos a pasar a una escala mayor: España es un cementerio lleno de piedras, vamos a esculpir en grande, ¿me oyes, retardado?

Hombres y mujeres llevaban fardos envueltos en lustrina negra; una vieja acarreaba un reloj de péndulo; un niño, una maleta; otro, un par de zapatos. Todos cantaban. Algunos pasos atrás, un hombre tiraba de un coche cargado con toda una casa de compra y venta, y cantaba sin seguir el compás. Un muchacho, agitado, que movía los brazos como aspas de molino, lo detuvo para retratarlo. Era un periodista: llevaba una máquina fotográfica de magnesio.

—¿Qué significan todas esas mudanzas? —preguntó Shade bajándose el sombrerito sobre la frente—. ¿Temen que los bombardeen?

López alzó los ojos. Por primera vez miraba a Shade sin afectación, ni frenesí.

—¿No sabes que hay muchos montepíos en España? Esta tarde el Gobierno ha dado orden de abrirlos y de devolver todos los objetos empeñados, sin pagar la póliza. Toda la miseria de Madrid ha venido, no atropellándose en modo alguno, sino con bastante lentitud. (No debían creer que era cierto). Han salido con sus edredones, sus cadenas de reloj, sus máquinas de coser… Es la noche de los pobres.

Shade tenía cincuenta años. De vuelta de muchos viajes (entre otros, de la miseria americana, después de la enfermedad, larga, mortal, de una mujer que había amado), sólo asignaba importancia a lo que llamaba idiotez o animalidad, es decir, a la vida fundamental: dolor, amor, humillación, inocencia. Grupos bajaban por la avenida con sus carritos erizados de patas de sillas, seguidos por transeúntes con relojes de péndulo; y la idea de todos los montepíos de Madrid abiertos en la noche a la pobreza por una vez salvada, la idea de esa multitud dispersa que volvía a los barrios pobres con sus prendas reconquistadas, fue lo primero que hizo comprender a Shade lo que podía significar para los hombres la palabra revolución.

Contra los automóviles fascistas lanzados a través de las calles oscuras con sus ametralladoras, corrían los automóviles requisados; y, por encima de ellos, el *salud* obsesivo abandonado, vuelto a pronunciar acompasado, perdido, unía la noche y los hombres en una fraternidad de armisticio, más dura a causa del próximo combate: los fascistas llegaban a la Sierra.

II

1

Principios de agosto

Con excepción de los que llevaban los monos de mecánico con cierre relámpago, traje que se había convertido en el uniforme de las milicias, los voluntarios de la aviación internacional, jubilosos, las camisas abiertas a causa del calor del agosto español, parecían venir de quintas de veraneo o de piscinas. Sólo estaban combatiendo los pilotos de línea, los ametralladores de China o de Marruecos, los demás —llegaban todos los días— iban a ser puestos a prueba por la tarde.

En medio del antiguo campo civil de Madrid, un trimotor Junker prisionero (su piloto, oyendo por Radio Sevilla el anuncio de la toma de Madrid, había aterrizado con absoluta confianza) brillaba con todo su aluminio.

Por lo menos veinte cigarrillos se encendieron a la vez. Camuccini, el secretario de la escuadrilla, acababa de decir:

—Dos horas y cuarto, a lo sumo, para el B…

Lo que quería decir era que el avión de combate B sólo tenía gasolina para ese tiempo; pues bien, todos, Leclerc sentado sobre el mostrador, o los austeros que estudiaban el perfeccionamiento eventual de la ametralladora, todos sabían que el avión y sus camaradas habían partido para la Sierra desde hacía dos horas y cinco.

El bar no fumaba ya con largas bocanadas en volutas, sino con nerviosa precipitación. A través de las vidrieras, todas las miradas paralelas estaban fijas en la cresta de las colinas.

Ahora o mañana —muy pronto— el primer avión no regresaría. Cada cual sabía que, para aquellos que lo esperaban, su propia muerte no sería otra cosa que ese humo de cigarrillos nerviosamente encendidos, donde la esperanza se debatía como alguien que se sofoca.

Polsky, alias Pol, y Raymond Gardet dejaron el bar —con la mirada siempre fija en las colinas.

—El patrón está en el B.

—¿Estás seguro?

—¡No te hagas el idiota! Lo has visto salir.

Todos pensaban en su jefe con simpatía: estaba en el avión.

—Las dos y diez.

—No vayas tan deprisa. Tu reloj no anda bien: apenas hace una hora. Son las dos y cinco.

—No, Raymond, no. ¡Son las dos y diez, te digo! Mira a Scali, ahí arriba, está colgado de su teléfono.

—¿Qué es Scali? ¿Italiano?

—Creo.

—Podría ser español. Míralo.

El rostro un poco mulato de Scali era común en efecto a todo el Mediterráneo occidental.

—¡Míralo, se agita!

—Las cosas no andan bien, las cosas no andan bien… Te aseguro que…

Como si los dos hubieran desconfiado de la muerte, la discusión continuaba en tono solapado.

El Ministerio acababa de prevenir a Scali que los dos aviones de caza españoles y los dos multiplazas de la aviación internacional habían sido puestos fuera de combate por una escuadrilla de siete Fiat. Uno de los multiplazas había caído en las líneas republicanas; el otro, maltrecho, intentaba regresar. Scali, con el cabello muy alborotado, había bajado corriendo a casa de Sembrano.

Magnin, «el patrón», dirigía la aviación internacional; Sembrano, el aeródromo civil y los aviones de línea transformados en aviones de combate; Sembrano se parecía a un Voltaire joven y bueno. Ayudados por los viejos aviones militares de los campos de Madrid, los Douglas nuevos de las líneas españolas, comprados por el Gobierno, podían en rigor aceptar el combate contra los aviones de guerra italianos.

Provisionalmente…

Abajo, decayó de pronto el rumor de los «pelícanos»: sin embargo, ni el menor ruido de motor, ninguna sirena de auxilio. Pero los pelícanos se mostraban algo con el brazo extendido: a ras de una de las colinas, uno de los multiplazas con los dos motores parados. Por encima del campo color de arena al que daban las dos de la tarde una soledad de Mauritania, resbalaba en silencio la carlinga llena de camaradas vivos o muertos.

—¡La colina! —dijo Sembrano.

—Darras es piloto de línea —respondió; Scali, respingándose la nariz con el índice.

—¡La colina!, —repetía Sembrano—. ¡La colina!

El avión acababa de saltar encima, como un caballo. Empezaba a dar vueltas alrededor del campo. Abajo, ni siquiera un pedazo de hielo sonaba en un vaso; todos acechaban gritos.

—El capotaje —continuó Scali—. De seguro que no tiene neumáticos…

Agitaba sus brazos cortos como si hubiera querido auxiliar al avión. Éste tocó tierra, se dobló, se aferró al extremo de un ala, y todo sin capotar. Los pelícanos corrían gritando en torno a la carlinga cerrada.

Pol, atragantado por un caramelo, miraba la puerta del avión que no se levantaba. Adentro había ocho compañeros. Gardet, con el pelo cortado a cepillo hacia delante, agitaba en vano el picaporte con toda su fuerza, y todos los rostros estaban vueltos hacia ese picaporte rabioso que se encarnizaba contra la puerta sin duda atrancada. Por fin se levantó hasta la mitad de su altura: aparecieron los pies, después los pantalones de un uniforme ensangrentado. Por la lentitud de sus movimientos, no cabía duda de que el hombre estaba herido. Ante esa sangre por un instante anónima, ante esas piernas que no se movían sino con precaución en esa carlinga llena de camaradas, Pol, a medias ahogado por su caramelo, pensaba que todos estaban aprendiendo en sus cuerpos lo que quiere decir solidaridad.

El piloto iba sacando de la carlinga un pie cuyas gotas de sangre escarlata caían en el suelo deslumbrante. Por fin apareció su cara rojiza de viñatero del Loira bajo su sombrero de jardinero que usaba como fetiche.

—¡Trajiste el avión! —gritó Sembrano con voz tímida.

—¿Magnin?, —exclama Scali.

—No tiene nada —dijo Darras, tratando de apoyarse en el borde de la puerta para resbalar.

Sembrano se precipitó sobre él y lo abrazó y los dos sombreros se balancearon. El pelo de Darras era blanco. Los pelícanos reían nerviosamente.

Desde que desprendieron a Darras, Magnin saltó a tierra. Estaba en uniforme de vuelo. Sus bigotes caídos, de un rubio grisáceo, le daban bajo el casco un aire de vikingo asombrado, a causa de sus anteojos de carey.

—¿El S? —le gritó a Scali.

—En nuestras líneas. Maltrecho. Pero sólo heridas leves.

—¿Tú te ocupas de esos heridos? Corro al teléfono para el informe.

Los ilesos, ya en tierra, se agitaban entre las preguntas de los compañeros, querían subir de nuevo a la carlinga para ayudar a los heridos. Ya Gardet y Pol estaban en el aparato.

Dentro, un muchacho muy joven estaba acostado entre las manchas rojas y las huellas sangrientas de las suelas. Se llamaba House, «captain House», y no había recibido aún su mono. Ametrallador de proa, cinco balazos en las piernas en su primera salida. No hablaba sino inglés… y quizá las lenguas clásicas: porque un pequeño Platón en griego, hurtado por la mañana a Scali que había gritado como un desaforado, salía del bolsillo ensangrentado de su *blazer* rojo y azul. El bombardero, con dos balas en el muslo, esperaba, calzado en el asiento del observador. Marinero bretón, bombardero en Marruecos, se consideraba un fortachón, y apretaba los dientes sin que cambiara la expresión jovial de su carota encendida y fulgurante a pesar de las heridas, mientras Gardet lo sacaba de la carlinga con lentitud.

—¡Esperad, muchachos! —gritó Pol atareado, los ojos fuera de las órbitas—. Voy a buscar una camilla. Así, esto no funciona. Lo vamos a hacer polvo.

Apoyado en el hombro de su compañero, Séruzier, llamado el volador estupefacto a causa de su permanente enloquecimiento, Leclerc, flaco mono en su traje de miliciano pero con sombrero hongo gris, comenzó una canción de gesta:

—Necesitas esperar un poco para que te saquen, muchacho. Para distraerte, voy a contarte una historia. Será una de mis últimas historias. Y fue a causa de un compañero. Su portero no lo podía tragar; un sinvergüenza, el lameculos. Siempre arrastrándose ante los inquilinos llenos de dólares y un canalla con los proletarios sin un centavo. A mi compañero lo injuriaba con el pretexto de que no decía su nombre cuando volvía por la noche. Bueno, le dije, ya verás. A eso de las dos de la mañana desato un caballo solitario, lo

llevo hasta la entrada y anuncio con voz estentórea: «Caballo». Después, puedes imaginarte, me largo.

El bombardero miró a Leclerc y a Séruzier sin alzar siquiera los hombros, dirigió a los pelícanos, que dominaba, una mirada majestuosa, y ordenó:

—Que vayan a buscarme el *Huma*.

Luego calló nuevamente hasta llegar a la camilla.

2

Una pequeña humareda redonda apareció sobre la cresta de la Sierra. Se estremecieron los vasos y se oyó el repicar de las cucharillas una décima de segundo después de la estruendosa explosión: el primer obús había caído en la esquina. Después se desmoronó una teja sobre la mesa, rodaron los vasos, el ruido de pasos que corren subió en el sol de mediodía: el segundo obús debió de haber caído en la mitad de la calle. Los campesinos armados irrumpieron en la sala del café, la palabra precipitada pero los ojos a la espera.

Al tercer obús (a diez metros), los grandes vidrios que estallaron como arcos saltaron en la cara de los hombres con cartucheras —pegados a la pared, paralizados.

Un fragmento de vidrio estaba incrustado en el anuncio del cinematógrafo, manchado de gotitas.

Otra explosión. Otra más, mucho más lejos, esta vez a la izquierda: el pueblo estaba ahora lleno de gritos… Manuel tenía una nuez en la mano. La levantó entre dos dedos por encima de la cabeza. Otro obús explotó, más cerca.

—Gracias —dijo Manuel, mostrando la nuez abierta (la había roto él mismo entre sus dedos).

Un campesino preguntó en voz baja:

—Para no atraer los obuses, ¿qué hay que hacer?

Nadie contestó. Ramos estaba en el tren blindado. Ellos permanecían allí, apartándose de la pared, y volviendo a ella, esperando el próximo obús.

—No tiene ningún sentido quedarse —dijo la voz precipitada del padre Barca—. Si nos quedamos… nos volveremos locos… Tenemos que salir a buscarlos.

Manuel lo examinó. No tenía confianza en el tono de su voz.

—Hay camiones —dijo.

—¿Sabes conducir?

—Sí.

—¿Un camión grande?

—Sí.

—¡Muchachos! —exclamó Barca.

Tal fue la explosión que hubo que todos se echaron al suelo; cuando se levantaron, la casa de enfrente del café había perdido la fachada. Las vigas de la construcción, lentas, se desmoronaban en el vacío. Sonaba un teléfono.

—Hay camiones —dijo Barca—. Vamos y terminemos con ellos.

Todos gritaron a la vez:

—¡Muy bien!

—Nos haremos matar.

—¡No hay órdenes!

—¡Hijos de puta!

—Te estamos dando órdenes: subamos a los camiones en vez de protestar.

Manuel y Barca habían salido corriendo. Casi todos corrieron detrás de ellos. Era mejor que quedarse allí. Seguían los obuses. Un poco más lejos, los rezagados, los que creían en la reflexión.

Una treintena de hombres trepó al camión. Los obuses caían en las inmediaciones del pueblo. Barca comprendió que los artilleros fascistas veían el pueblo, pero no lo que pasaba en él (por el momento, no había aviones en el aire). Cargado de civiles que cantaban la *Internacional* blandiendo fusiles por encima del ruido del embrague, arrancó el camión.

Los campesinos conocían a Manuel desde la propaganda de Ramos en la Sierra. Sentían por él una simpatía prudente, que se iba acentuando a medida que estaba peor afeitado y que esa cara de romano un poco gruesa, con ojos verde claro bajo cejas muy negras se convertía en una cabeza de marinero mediterráneo.

El camión corría por la carretera, bajo el fuerte sol; por encima, los aviones iban hacia el pueblo, con un susurro de palomas. Manuel tenso, conducía. No por eso dejaba de cantar a gritos *Manon: Adieu, notre*

peutiteu table…

Los otros, tensos también, cantaban la *Internacional*; miraban a dos civiles muertos, junto a los cuales pasaron a toda velocidad, con la turbia amistad que sienten por los primeros muertos los que van al combate. Barca se preguntaba dónde estaban los cañones.

—Allí, de donde sale el humo.

—¡Un muchacho ha caído!

—¡Para!

—¡Vamos, vamos! —gritó Barca—. ¡A los cañones!

El otro calló. Ahora era Barca el que mandaba. El camión, cambiando de velocidad, parecía responder a una explosión con un grito de máquina herida. Ya dejaba atrás a los muertos.

—¡Hay tres camiones que nos siguen!

Todos los milicianos se volvieron, hasta Manuel que conducía, y gritaron: «¡Hurra!».

Y todos vociferaron en español, esta vez clamorosamente, golpeando con los pies: *¡Adiós, adiós nuestra mesita!*

A la entrada de un túnel del cual salía como una nariz la locomotora de un tren blindado, Ramos dominaba los camiones desde cuatrocientos metros de pinos en forma de copa.

—Muchacho —le dijo a Salazar—, de diez, hay nueve probabilidades para que estén reventados.

Ramos reemplazaba al comandante del tren blindado, que se habría pasado a los fascistas o andaría por las tabernas de Madrid.

Los camiones parecían pequeños en el gran paisaje montañoso. El sol brillaba sobre los capós: era imposible que los fascistas no los vieran.

—¿Por qué no apoyarlos? —preguntó Salazar que se atusaba su hermoso bigote pero a contrapelo. Había sido sargento en Marruecos.

—Hay orden de no tirar. Imposible obtener otra. Tu teléfono funciona a la perfección, pero no hay nadie del otro lado de la línea.

Tres milicianos de mono estaban extendiendo dos casullas y una estola sobre los rieles, a pocos metros de la locomotora, sin dejar de mirar los camiones que avanzaban por la carretera de asfalto azul pálido cortada por los dos civiles muertos.

—¿Nos ponemos en marcha? —gritó uno de ellos.

—No —respondió Ramos—. Orden de no moverse.

Los camiones avanzaban siempre. En medio de los cañonazos, se los oía nítidamente. Un miliciano abandonó el ténder, fue a buscar las casullas y las dobló.

Era uno de esos campesinos castellanos de rostro estrecho que se parecen a sus caballos. Ramos se le acercó.

—¿Qué haces, Ricardo?

—Lo decidimos con los compañeros…

Desenrolló un poco la estola, perplejo; el brocado resplandecía a la luz.

Los camiones subían siempre. El conductor, con la cabeza al sesgo fuera de la locomotora, bromeaba al sol contra el fondo negro del túnel. Los camiones se acercaban a las baterías.

—Porque —continuó Ricardo— hay que ser prudente. Esas mamarrachadas podrían hacernos descarrilar, o fastidiar a los compañeros de los camiones.

—Dáselos a tu mujer. Podrían servirle.

Era un muchachón jovial y rizado, bastante gallo de pueblo, que inspiraba confianza a los campesinos. Pero no sabían a ciencia cierta si bromeaba o no.

—¿Esto, a mi mujer?

Con toda su fuerza, el campesino tiró el paquete por la barranca.

Las ametralladoras enemigas comenzaron a tirar, con su ruido preciso.

El primer camión patinó, dio casi media vuelta, volcó a sus hombres como una cesta, cayó. Los que no estaban muertos ni heridos tiraban, refugiados detrás. Los hombres del tren sólo veían de Ramos sus grandes prismáticos y sus mechones rizados; en la radio, alguien cantaba un canto andaluz, y la resma de los pinos arrancados llenaba con su olor a féretro el aire que se estremecía como si lo agitaran las ametralladoras.

De uno y otro lado del camión derribado había olivos, uno, dos… cinco milicianos corrieron hacia los árboles, cayeron uno tras otro. Como el camión obstruía la carretera, los que lo seguían se habían parado.

—Si los muchachos se acostaran —dijo Salazar—, el terreno es utilizable…

—Tanto peor para las órdenes: sube al tren y manda disparar.

Salazar corrió, marcial e incomodado por sus soberbias botas.

Ahora los milicianos no podían avanzar. Ramos no corría el peligro de tirar sobre ellos. Había una posibilidad sobre cien de que tocara las ametralladoras enemigas, cuya posición ignoraba…

En un apartadero, vagones de mercancías llevaban aún la inscripción: «Viva la huelga». El tren blindado salió de su túnel, amenazador y ciego. Ramos tuvo una vez más conciencia de que un tren blindado no es sino un cañón y algunas ametralladoras.

Detrás del cañón, los hombres tiraban contra los ruidos. Empezaban a comprender que en la guerra, acercarse es más importante, más difícil que combatir; que no se trata de medirse, sino de asesinarse.

Hoy era a ellos a quienes asesinaban.

—¡No tiren cuando no vean nada! —exclamó Barca—. ¡Cuando lleguemos hasta donde están, no nos quedarán municiones!

¡Cómo hubiesen querido ver a los fascistas atacar! ¡Combatir, en vez de esta espera de enfermos! Un miliciano corrió avanzando, hasta las baterías; al séptimo paso, fue abatido, como los que intentaban apostarse detrás de los olivos.

—Si los cañones tiran sobre nosotros… —dijo Manuel a Barca.

Era sin duda imposible, por una razón u otra; de otro modo, lo hubieran hecho.

—¡Camaradas! —gritó una voz femenina.

Casi todos se volvieron, estupefactos: una miliciana acababa de llegar.

—No es éste un lugar para ti —dijo Barca, sin convicción, porque todos le estaban agradecidos de que estuviera allí.

Ella sacó una cartera pesada y ancha, atestada de latas de conserva.

—Dime —le preguntó—, ¿cómo has llegado?

Conocía el terreno, sus padres eran campesinos del pueblo. Barca la miraba atentamente: había cuarenta metros de terreno descubierto.

—Entonces qué —dijo un miliciano—, ¿se puede pasar?

—Sí —dijo la pequeña. Tenía diecisiete años, resplandor.

—No —dijo Barca—. Mirad, el terreno descubierto es demasiado ancho. Allí nos tirotean a todos.

—Si ella ha llegado, ¿por qué no llegaríamos nosotros?

—Atención. Es posible que la hayan dejado pasar adrede. Estamos en un atolladero. No es el caso de meternos todavía más.

—A mi juicio, se puede pasar hasta el pueblo.

—¡Vosotros me preguntáis eso para iros! —exclamó la pequeña, abatida—. ¡El ejército del pueblo debe conservar todas sus posiciones, la radio lo ha dicho hace una hora!

Había hablado con esa voz teatral que toman fácilmente las españolas, pero unía las manos sin darse cuenta de ello.

—Os traeremos todo lo que queráis…

Como si hubiera propuesto juguetes a los niños para que se quedaran tranquilos. Barca reflexionó.

—Camaradas —dijo—, la cuestión no es ésa. La chiquilla dice…

—No soy una chiquilla.

—Bueno. La camarada dice que se puede partir pero que hay que quedarse. Yo digo que habría que partir y que no se puede. Llegamos a lo mismo.

—Tienes bonito pelo —decía Manuel en voz baja a la miliciana—: Regálame un mechón.

—Camarada, no estoy aquí para tonterías.

Todos escuchaban el gran silencio sin pájaros. Las ametralladoras enemigas tiraban cinta tras cinta. Una paró, no; era un encasquillamiento; empezaba de nuevo. Pero ni una bala alrededor del camión.

—¡Agáchate, imbécil!

Se agachó. En la dirección que había indicado, manchas azules subían hacia las baterías fascistas, paralelamente a la carretera, pero protegidas, utilizando el terreno: los guardias de asalto.

—Evidentemente —dijo Barca—, si se hubiera hecho así.

A medida que subían, eran menos numerosas.

—¡Eso es buen trabajo! —dijo un miliciano—. ¿Qué hacemos, muchachos? ¿Vamos?

—¡Atención! —exclamó Manuel—. No volvamos al desorden. Juntaos de a diez. El primero de cada

sección es responsable.

»Avanzad a diez metros, por lo menos, unos de los otros.

»Hay que salir en cuatro grupos.

»Debemos llegar todos juntos. Los primeros saldrán un poco antes, porque deben desplegarse más lejos que los otros, pero eso no importa.

—No está claro —dijo Barca.

Y sin embargo, todos escuchaban como si hubiesen escuchado la exposición de los primeros cuidados que deben darse a los heridos.

—Bueno, contemos por diez.

Lo hicieron. Los responsables se acercaron a Manuel. En lo alto, los cañones tiraban siempre sobre el pueblo, pero las ametralladoras no tiraban más que contra los guardias de asalto, que subían siempre. Manuel estaba acostumbrado a los hombres de su partido, pero aquí eran demasiado pocos.

—Tú diriges los seis primeros.

»Nos desplegamos todos a la derecha de la carretera: no vale la pena arriesgarse a que nos dividan en dos si esos canallas bajan con un auto blindado o Dios sabe qué. Y eso nos acercará a los guardias de asalto.

»Diez camaradas, cien metros.

»Tú, el primero, vete con diez compañeros. A trescientos metros dejas uno a cada diez metros.

»Cuando veas avanzar el grupo de tu izquierda, avanzas. Si algo anda mal, pasas el comando a tu vecino, y te repliegas: atrás encontrarás…

¿A quién? Manuel quería enviar a Barca a organizar los demás camiones. ¿Y él mismo? En esa atmósfera, debería estar en primera línea. Tanto peor…

—Encontrarás a Barca.

Para organizar a los de los camiones, enviaría a otro.

—Si llego a silbar, todos se juntan con Barca. ¿Entendido?

—Entendido.

—Explica.

—Todo anda bien.

—¿Quiénes son los responsables, sindicales o políticos?…

—¡Muchachos, el tren blindado tira!

Todos tuvieron ganas de abrazarse. El tren tiraba al azar al presunto emplazamiento de las baterías y de las ametralladoras. Pero los milicianos, al oír su cañón responder a los cañones fascistas, dejaron de sentirse acorralados. Todos saludaron con un gran grito el segundo cañonazo.

Manuel mandó a un comunista a prevenir a Ramos, uno de la U. G. T. a los guardias de asalto y al más viejo de los anarquistas a explicar a los de los otros camiones lo que acababa de hacerse.

—Llevaos comida —dijo la miliciana—, es más prudente.

—¡Vamos, vamos!

—Os traeré algo para que comáis —dijo ella, con aire responsable.

Al mismo tiempo que ellos se iban, Barca corrió hasta los camiones. Tiraban sobre ellos, pero con fusiles. Partió el segundo grupo, después el tercero, después el último, que dirigía Manuel.

Las perspectivas desde los olivares eran muy claras. Por una de esas grandes avenidas inmóviles, Barca vio avanzar a uno de los milicianos, después a una docena, después a una larga fila. No veía a más de quinientos metros; la fila llenó su campo visual, ocupó todo el bosque visible, avanzando en medio del ritmo martillador de los cañones. En la pendiente vecina, que Barca no veía ya desde que estaba bajo los árboles, los guardias de asalto tiraban. Sin duda poseían un fusil ametrallador, porque un ruido de tiro mecánico subía sobre los tiros de fusil hacía el de las ametralladoras fascistas, inmóvil. La línea de milicianos avanzaba. Los fusiles de los fascistas tiraban sobre ellos, sin gran eficacia. Manuel apuró el paso; toda la fila lo siguió, como la curva de un cable en el agua. Barca corrió también, transportado, hundido en una confusión ferviente que llamaba el pueblo —hecho de la aldea bombardeada, de un desorden infinito, de los camiones derribados, del cañón del tren blindado— y que ahora iban subiendo formando un solo cuerpo, al ataque de los cañones fascistas.

Aplastaron, corriendo, ramas cortadas: las ametralladoras, antes de la llegada de los guardias de asalto, habían tirado contra el olivar. El olor de la tierra seca de verano reemplazaba al de la resma. Hojas mal cortadas por el tiro, y que se habían únicamente separado, caían como hojas de otoño; los milicianos marchaban al compás del cañón que retronaba una y otra vez al sol casi invisible a la sombra de los olivos. Barca escuchaba el fusil ametrallador y el cañón del tren blindado como presagios: no les devolverían las viñas a los que las habían plantado.

Tenían que atravesar veinte metros de terreno descubierto. No bien abandonaran el olivar, los fascistas volverían contra ellos una de las ametralladoras. Las balas cortaban el aire en torno de Barca como ruido de avispas; corría hacia los fusiles, rodeado de zumbidos puntiagudos, invulnerable. Cayó, las dos piernas cortadas. A pesar del dolor continuaba mirando hacia delante: la mitad de los milicianos había caído y no se levantaba; la otra había pasado. A su lado, el almacenero del pueblo estaba muerto; la sombra de una mariposa bailaba sobre su cara. La primera línea de los otros camiones vacilaba al borde del olivar. Barca empezó a oír motores de aviones. ¿Nuestros? ¿De ellos? Muy cerca del lugar donde tiraba el fusil ametrallador, un cohete subió en el cielo magnífico. El tren blindado dejó de tirar.

—¿Están los guardias de asalto en la batería? —preguntó Salazar.

Habían enviado un correo al tren: lanzarían un cohete «cuando llegaran a las baterías». Sin duda, estaban muy próximos uno del otro. Ramos, pues, había hecho parar el fuego.

—Supongo.

—¿Qué pasa con los milicianos?

—No se los ve… No han pasado, puesto que las baterías y las ametralladoras tiran.

—¿Quieres que vaya?

—Manuel parece arreglárselas con Barca. Me ha enviado a alguien.

Los prismáticos acercaban a Ramos esa serenidad de rocas, de pinos y de olivos, llena de heridas. Imposible saber nada. No podía sino escuchar.

—Lo malo —dijo— es que los de enfrente combaten, y nosotros no.

Los fascistas bombardeaban, limpiaban, después enviaban a sus hombres a un terreno preparado. El pueblo, sin jefe y casi sin armas, peleaba…

—En este momento, los pobres tipos de abajo deben estar haciéndose matar…

—Pero como han atacado a pesar de todo, quizá los guardias de asalto tomen la batería…

Ramos hablaba nerviosamente. Apretaba sus labios sensuales; había perdido su sonrisa, sus alegres cabellos parecían una peluca.

—En todo caso, ¡los fascistas no pasan!

—La batería de la izquierda ya no tira.

A uno y otro les dolían las sienes a fuerza de escuchar.

Un avión se aproximó, rubio en el cielo luminoso. Era un avión de turismo, bastante rápido. Arrojó una bomba a quinientos metros del tren; sin duda no tenía mira, ni lanzabombas y la tiraba por la ventanilla. El conductor del tren, a quien Ramos había dado instrucciones, condujo rápidamente al tren hasta un túnel próximo. Cuando el avión hubo arrojado todas sus bombas a través de los pinos, volvió, contento. El olor a resma se hizo más intenso.

Del tren, no se veía ya nada. Entre las vibraciones de yunque que cada golpe del 75 arrancaba al vagón entero, Pepe, el asturiano, con el torso desnudo, explicaba la hazaña a sus compañeros bañados en sudor:

—Aquí, el blindaje es reemplazado por cemento. Es repugnante, pero sólido y fuerte. El tren parece de papel pegado, pero se defiende. En Asturias en 1934 se blindaban los vagones, muchachos, muy hábilmente. ¡Era un buen trabajo! Pero había distracción: la revolución distrae. Entonces los muchachos olvidaron blindar la locomotora. ¡Te das cuenta, el tren blindado que se hunde a toda velocidad a través de las líneas del Tercio con una locomotora ordinaria! A cincuenta kilómetros recoge no sé cuántas balas: no se habla más de ella —del maquinista tampoco—. Nosotros hemos podido venir y traer por la noche, sin que nadie se dé cuenta, otro tren y otra locomotora, blindada esta vez, y pasar allí a los compañeros antes que el Tercio haya traído su artillería.

—¿Pepe?

—¿Qué?

—¡La batería ya no tira!

Ramos, que había salido del túnel, agitaba sus prismáticos para ver qué pasaba en el frente de los rebeldes, como un ciego que trata de comprender con las manos.

—Los nuestros se precipitan al pueblo —dijo.

Los milicianos retrocedían tirando bastante desordenadamente. Desaparecieron en la trinchera. Los fascistas debían atravesar detrás de ellos trescientos metros en terreno descubierto.

Ramos saltó a la locomotora, hizo avanzar el tren hasta que dominara el espacio sin árboles, escondido no obstante de las baterías fascistas que continuaban tirando.

Los fascistas avanzaban mecánicamente después del desorden de los milicianos.

Las ametralladoras del tren entraron en juego.

De izquierda a derecha los fascistas empezaron a caer, blandos, los brazos en el aire o los puños en el vientre.

Su segunda oleada, vacilando en el límite de los últimos árboles, se decidió, pasó a la carrera y sus hombres esta vez cayeron de derecha a izquierda: los ametralladores del tren era malos soldados, pero buenos cazadores furtivos. Por primera vez en la jornada, Ramos veía delante de él multiplicarse el ademán extraño del enemigo muerto en su carrera, un brazo en el aire y las piernas segadas como si tratara de asir la muerte saltando. Los que no habían sido alcanzados por las balas trataban de volver al bosque, desde donde tiraban los fascistas que habían escapado a las ametralladoras del tren.

De la derecha vinieron algunos tiros de fusil. Eran otros milicianos. Los fascistas se replegaban tirando a través del bosque.

«Tienen los jefes, tienen las armas —se decía Ramos, la mano hundida en sus bucles—, pero no pasan. Es un hecho: no pasan».

3

El examen de los pilotos continuaba.

Un voluntario, que a pesar del calor llevaba un jersey, se acercó a Magnin en el resplandor tranquilo del verano.

—Capitán Schreiner.

Era un lobezno nervioso, de nariz puntiaguda y ojos duros, excomandante de segunda de la escuadrilla Richthofen. Magnin lo miraba con simpatía desde lo alto de sus bigotes.

—¿Desde cuándo no ha pilotado usted?

—Desde la guerra.

—¡Al diablo! ¿Cuánto tiempo le hará falta para ponerse en condiciones?

—Creo que algunas horas.

Magnin lo miró sin decir nada.

—Creo que algunas horas —repitió Schreiner.

—¿Trabaja usted en la aviación?

—No. En las minas de Ales.

Schreiner no miraba a Magnin, a quien respondía, sino al avión de ensayo cuyas hélices giraban. Temblaban los dedos de su mano derecha.

—La orden llegó demasiado tarde —dijo—. He venido hasta Tolosa en camiones.

Cerró los ojos y escuchó el motor. Sus dedos, sin dejar de temblar, se aferraron a los costados de su suéter. La pasión que sentía Magnin por los aviones era bastante fuerte para sentirse unido a ese hombre con ese suéter convulsivamente tironeado. Schreiner, sin reabrir los ojos, respiró el aire estremecido por el ruido. Sin duda se respira así al salir de la cárcel, pensó Magnin. Éste podrá dirigir (Magnin buscaba segundos): su voz tenía la nitidez que es frecuente en los responsables comunistas y en los militares.

El primer monitor, Sibirsky, volvía a través del campo que temblaba de luz; el segundo llamó a Schreiner, que fue hasta el avión de ensayo, sin prisa, pero con los dedos siempre crispados.

Desde el bar y desde la pista, todos los pilotos miraban. Muchos de ellos habían hecho la guerra, y Magnin no dejaba de estar inquieto; pero frente a ese hombre que había derribado veintidós aviones aliados, los mercenarios mismos, que seguían el avión segundo por segundo, no tenían más que un sentimiento: la rivalidad profesional.

Cerca del bar, Scali, Marcelino y Jaime Alvear se pasaban los prismáticos. Jaime Alvear, que había hecho sus estudios en Francia, había sido agregado como intérprete combatiente a la aviación internacional. Ese gran piel roja negro y curtido, siempre abofeteado por sus mechas, estaba flanqueado por un pequeño piel roja carmesí, Vegas, apodado San Antonio, que, en nombre de la U. G. T., cubría amistosamente a los pelícanos de cigarrillos y de discos de fonógrafo. Entre los dos, pasaba su larga nariz el zarzero negro de Jaime, Raplati, que ya se volvía mascota. El padre de Jaime era historiador de arte, como Scali.

Desde el extremo del campo donde Karlitch probaba a los ametralladores, llegaron algunas ráfagas. El avión despegó más o menos bien.

—Será difícil con los voluntarios —dijo Sibirsky a Magnin. Este último sabía, por lo demás, que no sería fácil hacer que los voluntarios controlaran a los mercenarios, si aquéllos les eran profesionalmente inferiores.

—Gracias por tenerme bastante confianza para elegirme como monitor, señor Magnin… ¿Me conoce usted?

—Creo…

Nada sé, pensaba Magnin al mismo tiempo que hablaba, mordisqueando su bigote de galo. Tenía simpatía por Sibirsky: a pesar de su pelo rubio y rizado y de su bigotito, la tristeza de su voz hacía creer en que tuviera inteligencia o, en todo caso, experiencia. Magnin sólo conocía, en realidad, su capacidad técnica, que era indiscutible.

—Quiero decirle, señor Magnin… aquí dicen que soy rojo… En fin, eso es quizá útil… Gracias… Yo quisiera que usted supiera que no soy tampoco un blanco. No saben gran cosa de la vida todos estos aviadores, tampoco aquellos que no son jóvenes…

Sibirsky, molesto, se miraba los pies. Alzó los ojos hasta el avión, lo siguió cerca de un minuto:

—En fin, vuela, eso es todo lo que se puede decir.

Hablaba sin ironía: con angustia. Schreiner era uno de los pilotos de más edad; y no había en ese campo un solo aviador que pensara sin angustia lo que cuarenta y seis años —diez de los cuales en una fábrica— pueden hacer de un gran piloto.

—Se necesitan por lo menos cinco aviones mañana para la Sierra —dijo Magnin, inquieto.

—Detestaba la vida que llevaba en casa de mi tío, en Siberia. Siempre oía hablar de combates, y partía para el liceo… Entonces, cuando los blancos llegaron, me fui con ellos… Después me vine a París. Fui chófer, después mecánico, después, de nuevo, aviador. Soy teniente en el ejército francés.

—Lo sé. ¿Quiere usted volver a Rusia, verdad?

Muchos rusos, en otra época blancos, que peleaban en España, lo hacían para probar su lealtad, esperando volver después a su país.

Una nueva ráfaga de ametralladora llegó del extremo del campo a través de la luz.

—Sí. Pero no como comunista. Como no perteneciendo a ningún partido. Estoy aquí por contrato; pero ni por el doble, no estaría con los otros. Soy lo que usted llama un liberal. A Karlitch le gustaba el orden; era blanco; ahora que tenemos en nuestro país el orden y la fuerza, es rojo. Lo que a mí me gusta es la democracia, los Estados Unidos, Francia, Inglaterra… Sólo que Rusia es mi país…

Miró de nuevo el avión; esta vez, para no encontrar la mirada de Magnin.

—Permítame que le pregunte una cosa… Yo no quisiera en ningún caso bombardear objetivos situados en una ciudad. Para la caza, no soy quizá bastante joven… Pero para reconocimiento o bombardeo del frente…

—El bombardeo de las ciudades ha sido excluido por el Gobierno español.

—Porque, en otro tiempo, tuve la misión de bombardear el Estado Mayor, y las bombas cayeron en una escuela…

Magnin no se atrevió a preguntar si el Estado Mayor —y la escuela— eran alemanes o bolcheviques. El avión de Schreiner tomaba terreno para aterrizar.

—¡Demasiado largo! —gruñó Magnin, con las dos manos en sus prismáticos.

—Quizá va a echarlo a perder…

Schreiner volvía a poner paz, en efecto; Magnin y Sibirsky dejaron de caminar, no apartando los ojos del avión: el campo era muy grande, y que el primer aterrizaje hubiera fallado de esa manera… Magnin estaba acostumbrado a las pruebas: había sido jefe de una de las compañías francesas de aviación.

El avión volvió, aterrizó corto, el piloto tiró de la palanca de mando; el aparato brincó como una piedra que rebota, y cayó con todo su peso, roto.

Felizmente, el avión de ensayo era inutilizable para la guerra.

Sibirsky corrió hacia el avión, volvió, seguido por Schreiner y el segundo instructor del avión.

—Discúlpeme —dijo Schreiner.

Tal era el tono de su voz que Magnin no lo miró a la cara.

—Se lo he dicho: me harían falta dos horas… Ni dos horas, ni dos días. He trabajado demasiado en las minas. Ya no tengo reflejos.

Sibirsky y el segundo monitor se apartaron.

—Hablaremos dentro de un momento —dijo Magnin.

—Sería inútil. Gracias. Ya no puedo ni *ver* un avión. Hágame incorporar a las milicias. Se lo ruego.

Con el ruido de las ráfagas de ametralladoras cada vez más cercanas, los milicianos lanzaban en el campo un segundo avión de ensayo: los aparatos de turismo de los señoritos…

Schreiner volvió a irse, los ojos en el vacío. Los pilotos se apeaban de él como de una agonía de niño, como de todas las catástrofes junto a las cuales las palabras humanas son miserables. La guerra unía a los

mercenarios con los voluntarios, en lo novelesco; pero la aviación los unía como las mujeres están unidas en la maternidad. Leclerc y Séruzier habían dejado de contarse historias. Cada cual sabía que acababa de asistir a lo que sería un día su propio destino. Y ninguna mirada se atrevía a encontrar la del alemán —que eludía las de todos los otros.

Pero una mirada estaba fija en Magnin: la del piloto que debía suceder a Schreiner: Marcelino.

—Necesitamos cinco aviones mañana para la Sierra —repetía Magnin entre sus bigotes.

La ametralladora tiraba siete balas, diez balas, se detenía. Cuando Karlitch, el jefe de los ametralladores, vio venir a Magnin, se adelantó a saludarlo, lo llevó aparte y, sin haberle dicho una palabra, sacó de su bolsillo tres balas: los cartuchos llevaban la huella del percusor, pero las balas no habían salido:

—Fábrica de Toledo —dijo Karlitch, mostrando la marca con la uña.

—¿Sabotaje?

—No: mala fabricación. Y para desencasquillar esto en el aire durante el combate…

Karlitch había llegado de Inglaterra, decaído, humillado, la experiencia de la miseria había destruido lo que hasta entonces había creído que eran sus convicciones. Después de muchos años de fracaso, él, excampeón de ametralladora del ejército de Krangel, se había adherido a «Vuelta al país», el movimiento de simpatía por la U. R. S. S. que se desarrollaba entre los emigrados. Quizá era el único voluntario para quien el enemigo fuese odioso por el solo hecho de que era el enemigo.

—¿Ametralladoras de tierra? —preguntó Magnin—. Se necesitan ametralladoras para la Sierra lo antes posible.

Los milicianos eran incapaces de utilizar una ametralladora cualquiera, y sobre todo de repararla; Magnin había transformado sus mejores ametralladores en instructores, bajo la dirección de Karlitch. Al mismo tiempo que se enseñaba a los ametralladores de tierra el tiro de avión, se enseñaba a los milicianos escogidos el tiro con ametralladora de tierra y el desencasquillamiento. Magnin deseaba formar un cuerpo de motociclistas ametralladores.

—Los milicianos —dijo Karlitch— están muy bien. Se los ha elegido bien. Son disciplinados, son serios, prestan atención. Eso, eso anda bien. En cambio, camarada Magnin, Wurtz no es como debiera: siempre en el partido, nunca en el trabajo. Para ayudarme, no tengo más que a Gardet. Los nuestros conocen ahora la ametralladora de avión. En cuanto a su experiencia nada puedo decir, no puedo hacerlos ejercitar en el aire: no hay gasolina etílica, no hay ametralladora fotográfica, no hay blancos remolcables, apenas hay balas; y ni siquiera buenas. Blancos, puedo hacerlos, en rigor; pero gasolina, no. Ahora saben cómo manejar su torreta: en la torreta de atrás, no pondré sino a aquellos que vienen de la aviación, para que no vayan a tirar en la cola. Deberán entrenarse con el enemigo.

Y Karlitch estalló de risa, una risa aguda, un poco infantil, las cejas y el penacho al aire y la nariz risueña. Había vuelto a encontrar sus ametralladoras como si Schreiner hubiera vuelto a encontrar su avión. Scali, que había asistido al fin de la entrevista, comenzaba a descubrir que la guerra era también fisiológica.

Todos los pilotos revolucionarios que habían abandonado por pacifismo su entrenamiento militar debían volver a entrenarse o ser eliminados; pero no se trataba de parar a Franco el año próximo. Magnin sólo podía contar con los antiguos pilotos de línea y con aquellos que habían cumplido sus periodos.

Acababa de liquidar a algunos pilotos de la guerra de Marruecos, habituados a los viejos aviones y al enemigo sin defensa, a los que el regreso de los primeros heridos los impulsaba a una mayor dignidad espiritual: «Comprendéis, nosotros, meternos a pelear con esos tipos que después de todo no nos han hecho nada…». Sin renunciar del todo a sus contratos. ¡A Francia, todos estos!

Le llegó el turno a Dugay, el primero de los voluntarios que había pedido hablarle en particular. Tenía cincuenta años, el bigote más blanco que la cara.

—No me haga volver a Francia, camarada Magnin. Créame, no debo volver. He sido instructor durante la guerra. Soy demasiado viejo para piloto, bueno, eso es justo. Sin embargo, consérveme usted como ayudante de mecánico. Pero con un avión. Con un avión.

Sembrano llegaba a toda prisa, agitando el brazo derecho.

—Oye, Magnin, se necesita un aparato enseguida para Don Benito… Avanzan sobre Badajoz.

—Hum, entonces… ¿Sabes que el caza ha partido? ¿Sin caza?

—He recibido la orden. Tres aparatos, y no tengo más que dos Douglas…

—Bueno, bueno. ¿Es una columna motorizada?

—Sí.

—Bueno.

Telefoneó. Se fue Sembrano, frunciendo la boca.

—Entonces, camarada Magnin —dijo Dugay—, entonces, ¿qué hace usted conmigo?

—Eh…, bueno, usted se quedará. Veamos, ¿de qué me olvidaba?

No olvidaba nada, ese aire agobiado era en él una especie de tic, como esa misma frase; pero su manera de obrar era precisa.

Dugay salió, reemplazado por «algunos con licencia para conducir aviones de turismo, dispuestos a entrenarse». Después de los cuales vinieron muchos pequeño burgueses avaros, que habían venido para ganar un sueldo de mercenario y estaban resueltos a esquivar el bulto. Después de todo esto cogió su pasaporte y volvió a cruzar los Pirineos. Jaime entró, con Raplati entre las piernas. Magnin no lo esperaba.

—Camarada Magnin, quisiera decirle… No vengo como traductor, pero… En fin, se trata de lo siguiente. El examen de Marcelino, sin duda… Sólo que, camarada Magnin, quizá usted no sepa que Marcelino ha estado dos años preso bajo el fascismo…

Magnin escuchaba amistosamente a ese gran individuo con un mono ceñido de miliciano, la frente y el mentón prominentes, la nariz aguileña, y en quien la amistad, que no influía sobre sus rasgos curtidos y fuertes, parecía modificar solamente la mirada.

—Era piloto de línea de hidroavión. Y entonces después de la muerte de Lauro de Bosis, se fue a lanzar folletos sobre Milán. Lo hicieron caer los aviones de Balbo, evidentemente: él tenía un aparato de turismo. Fue condenado a seis años, después se evadió de los Lipari. No ha pilotado un avión pesado desde su proceso, ni un avión de caza desde que se fue del ejército italiano. Lo que le sucedió… lo ha hecho polvo. Y yo quería decirle, camarada Magnin, sin intervenir para nada en su decisión, que si se pudiera hacer algo por él, eso le… daría gran placer a los camaradas españoles que están aquí.

—A mí también me daría placer —dijo Magnin.

Se fue Jaime; entraba el capitán Mercery. Él también de unos cincuenta años. Un bigote gris, recto, el aspecto curtido de un viejo pirata (complacientemente acentuado) y botas sobre un traje de empleado.

—Ah, señor Magnin, es una cuestión de técnica, qué quiere usted. Así es: la técnica…

—¿Vuelve usted a Francia?

Mercery alzó los brazos al cielo.

—Señor Magnin, mi mujer estaba aquí el 16. En el congreso de filatelia. El 20 me escribió: «Un hombre no puede tolerar la indignidad de lo que pasa aquí». ¡Una mujer, señor Magnin, una mujer! ¡Una mujer! Pero yo había partido ya. ¡Estoy al servicio de España! En cualquier función, sea la que fuere: pero al servicio de España. Hay que terminar con el fascismo: como se lo dije en
Noisy-le-Sec
a nuestros «conservadores»: no son las momias las que conservan Egipto, ¡es Egipto el que conserva a las momias, señores!

—Bien, bien… Usted es capitán, ¿quiere usted que lo ponga a disposición del Ministerio de Guerra?

—Sí, es decir… Soy capitán, es verdad… Podría perfectamente ser oficial de reserva, pero me negué a hacer los periodos a causa de mis convicciones…

Le habían dicho a Magnin que Mercery había hecho la guerra como ayudante, que era capitán de *bomberos*. Magnin había creído que era una broma.

—Hum… evidentemente.

—¡Pero permítame! Sé lo que es una trinchera: he hecho la guerra.

Por debajo de la extravagancia, la generosidad era evidente… Después de todo, pensó Magnin, un ayudante serio es aquí tan útil como un capitán…

El turno de Marcelino. Llegaba en mono de miliciano sin cinturón, mirándose los pies con aspecto del Cántaro roto. Alzó tristemente los ojos.

—La prisión, sabe usted, no es buena para los reflejos…

Una ráfaga de ametralladoras lo detuvo: Karlitch en el otro extremo del campo.

—Conozco bien el bombardeo —continuó Marcelino—. Eso debe marchar todavía.

Quince días antes, cuando Magnin, entre la llamada a los voluntarios y el reclutamiento de los mercenarios, trataba de comprar para el Gobierno español todo lo que podía encontrar en el mercado europeo, al volver a su casa —los bigotes colgando, el sombrero echado hacia atrás, los anteojos empañados — había encontrado a ese muchacho entre dos puertas de su apartamento. Mientras sonaban todos los teléfonos y febriles visitantes desconocidos recoman todos los cuartos, había hecho sentar a Marcelino en la cama de su hijo pequeño, de espaldas a un armario abierto, y lo había olvidado. Cuando volvió a las dos de la tarde, lo encontró rodeado de todos los títeres que el piloto italiano había sacado del armario, y con los cuales se contaba cuentos.

—Si subiera como bombardero, quizá pudiera hacer doble comando… Estoy seguro de que pronto me pondría en condiciones…

Magnin miraba esa cabeza con cabellos ondulados de medalla veneciana.

—Mañana haremos un ensayo de bombardeo con bombas de cemento.

Los Douglas de Sembrano y un multiplazas de Magnin llegaban al extremo del campo.

Después de la caída, en Argelia, de los aviones militares italianos armados, varios gobiernos habían aceptado vender aviones militares —modelos antiguos, desarmados—; pero esos aviones que corrían hasta el extremo de la pista no durarían mucho contra los Saboyas modernos, si los pilotos eran italianos.

Magnin se volvió hacia Schreiner que acababa de reemplazar a Marcelino. El silencio de éste no era ni la obstinación tímida del joven italiano, ni la confusión de Dugay, era un silencio de animal.

—Camarada Magnin, he reflexionado. Yo le dije: no puedo ver aviones. Sí, ver aviones no me sienta. Pero soy un buen tirador. Eso no lo he perdido: lo sé, a causa de las fiestas en el pueblo… y del revólver.

Había odio en su cara inmóvil y en su voz. Había fijado en Magnin sus ojos pequeños, la cabeza hundida entre los hombros como un ave de rapiña que acecha. Magnin miraba un automóvil anarquista que pasaba delante de los hangares: por primera vez veía la bandera negra.

—Si los aviones no quieren saber ya nada conmigo, hágame entrar en la defensa contra aviones.

Hubo todavía tres o cuatro ráfagas.

—Se lo ruego —agregó Schreiner.

¿Hay un estilo en las revoluciones? Por la noche, los milicianos que se parecían a la vez a los de las revoluciones mexicanas y a los de la Comuna de París, pasaban detrás de los edificios Le Corbusier del campo de aviación. Todos los aviones están sujetos. Magnin, Sembrano y su amigo Vallado bebían cerveza tibia: desde la guerra, no hay ya hielo en el campamento.

—Las cosas no andan como es debido en el aeródromo militar —dijo Sembrano—. El ejército de la revolución tiene que hacerse de cabo a rabo… Si no, Franco impondrá orden a fuerza de cadáveres. ¿Cómo crees tú que han hecho en Rusia?

A la luz del bar, avanzaba de perfil su labio inferior haciéndolo parecerse cada vez más a Voltaire, a un Voltaire bueno, con mono blanco de aviador.

—Tenían fusiles. Cuatro años de disciplina y de frente, y los comunistas, ellos, *eran* una disciplina.

—¿Por qué eres revolucionario, Magnin? —preguntó Vallado.

—Hum…, he dirigido muchas fábricas; un hombre como nosotros, que le ha interesado siempre su trabajo, no se da cuenta de lo que es pasarse una vida entera perdiendo ocho horas diarias…

»Quiero que los hombres sepan por qué trabajan.

Sembrano piensa que los hombres de negocios de España son incapaces de hacer marchar sus empresas, que se hallan en manos de técnicos; y que el técnico prefiere trabajar para la colectividad de la fábrica que para su propietario. (Es también lo que piensan Jaime Alvear y casi todos los técnicos de izquierda).

Vallado quiere que haya un Renacimiento en España y nada espera de la derecha española. Vallado es un gran burgués; es el que ha lanzado los folletos sobre el cuartel de la Montaña, y su cara es una cara de señorito, a no ser por los bigotitos, afeitados desde el levantamiento.

Magnin admira las justificaciones que la inteligencia de los hombres aporta a sus pasiones.

—Y después de todo, ¿qué?…, yo estaba en la izquierda porque estaba en la izquierda y enseguida se estrecharon entre la izquierda y yo toda suerte de vínculos, de fidelidades; he comprendido lo que querían, los he ayudado a hacerlo, y he estado más y más cerca de ellos cada vez que han querido imponerles trabas…

—Mientras uno está solamente casado con una política, eso no tiene importancia —dijo Sembrano—; pero cuando uno tiene hijos con ella…

—A propósito, ¿tú qué eres? ¿Comunista?

—No, socialista de derecha. Y tú, ¿comunista?

—No —dijo Magnin, retorciéndose el bigote—, socialista también. Pero revolucionario de izquierda.

—Yo —respondió Sembrano con una sonrisa triste que armonizaba con la proximidad de la noche— era sobre todo pacifista…

—Las ideas cambian… —dijo Vallado.

—Las gentes que defiendo no han cambiado. Y sólo eso importa.

Los mosquitos rondan en torno a ellos. Conversan. La noche se instala en el campamento, solemne como todas las grandes extensiones; una noche cálida parecida a todas las noches de verano.

4

Agosto

Una veintena de milicianos con mono bajaban de la Sierra para almorzar. No había oficiales: sin duda los responsables, poco seguros de la guardia de los desfiladeros a la hora de las comidas, la hacían ellos mismos. Afortunadamente puesto que del otro lado era más o menos igual, pensó Manuel.

Cinco de los milicianos llevaban sombreros de mujer a la moda de 1935, platos soperos verde claro, azul tierno —y tenían una barba de cinco días—. Habían metido en sus gorras los últimos agavanzos de la Sierra.

—En adelante —dijo Manuel parodiando el tono de mando de Ramos— sólo los camaradas delegados por las organizaciones obreras y campesinas estarán encargados de la presentación de las modas. Preferentemente aquellos de cierta edad, por lo menos con la cédula de garantía de los dos sindicatos. Eso no pasará inadvertido.

—Teníamos el sol de frente cuando los atacamos. No se les veía. Y había una tienda de sombreros; cerrada, pero nos las arreglamos. Después, nos llevamos los sombreros.

El pueblo donde tenían ese día su base y la del tren blindado se encontraba a seiscientos metros: una plaza con balcones de madera como el patio interior de una granja, una torre de techo puntiagudo de El Escorial, y algunas tiendas de vacaciones, naranja o carmín, una de las cuales estaba adornada con un gran espejo.

—¡No nos quedan mal! —dijo el miliciano.

Se sentaron en las mesas de la fonda, fusiles cruzados a la espalda y pamelas en la cabeza: detrás de ellos, en treinta kilómetros de laderas, las últimas manchas de los jacintos que cubrían, dos meses antes, las rocas de la sierra terminaban de chamuscarse por encima de la llanura de trigo. Se acercaba el ruido de un auto lanzado a toda velocidad. Y de pronto un Ford caqui se paró en el porche, y tres brazos paralelos hicieron el saludo fascista. Bajo las manos levantadas a plena luz, los tricornios napoleónicos y los ribetes amarillos del uniforme verdoso: guardias civiles. No habían visto a los milicianos que comían a la izquierda de la puerta y creían llegar a un pueblo fascista. Los campesinos armados de la segunda fonda se levantaron lentamente.

—¡Amigos!, —gritaron los guardias bloqueando de golpe sus frenos—. ¡Estamos con vosotros!

Los campesinos se llevaron el fusil al hombro. Ya tiraban los milicianos: muchos guardias civiles habían, en efecto, pasado las líneas enemigas pero sin hacer el saludo fascista. Salieron por lo menos treinta balas. Manuel distinguió el ruido, menos duro, de los neumáticos que reventaban; casi todos los campesinos habían apuntado al auto. Sin embargo, uno de los guardias civiles estaba herido. El viento llenaba la plaza de un olor a flores quemadas.

Manuel hizo desarmar a los guardias, los hizo registrar cuidadosamente, conducir a una sala de la alcaldía con una escolta de milicianos (los campesinos odiaban a los guardias civiles) y telefoneó al cuartel general del coronel Mangada.

—¿Hay amenaza, o urgencia? —preguntó el oficial de servicio.

—No.

—Entonces, nada de «justicia expeditiva». Nosotros mandamos un oficial para el Consejo de Guerra. Serán juzgados dentro de una hora.

—Desde luego. Otra cosa: su llegada nos muestra que se puede venir de una aldea fascista hasta aquí. He hecho poner una guardia en la entrada del pueblo y una en la carretera. Eso no basta…

El Consejo funcionaba en la alcaldía. Detrás de los acusados, en la gran sala blanqueada con cal, los campesinos, con blusas grises o negras, y los milicianos —todos de pie y silenciosos—; en primera fila, las mujeres de los campesinos muertos por los fascistas. La gravedad del islam guerrero.

Dos de los guardias civiles habían hablado. Ciertamente, habían saludado a la romana; pero creían que era un pueblo fascista y querían atravesarlo para unirse a las líneas republicanas. Mentira que daba tanta pena oír como decir, característica de toda mentira evidente; los guardias parecían resistirse, y jadeaban bajo su traje rígido, como agarrotados en el uniforme. Una campesina se aproximó al tribunal. Los fascistas habían ocupado su pueblo —un pueblo bastante cercano—, después vuelto a tomar por los republicanos. Ella había visto a los guardias cuando llegaron en el auto.

—Cuando me hicieron venir por mi hijo…, cuando me hicieron venir, yo creía que era para enterrarlo… Pero no, era para interrogarme, los canallas…

Retrocedió un paso, como para mirarlo mejor:

—Y estaba allí, éste estaba allí… Si a él le mataran a su hijo, ¿qué diría? ¿Eh? ¿Qué diría? ¿Qué dirías, miserable?

El hombre, herido, se defendía, jadeante, con los movimientos convulsos de un pez fuera del agua. Manuel pensaba quizá que era inocente: el hijo había sido fusilado antes de que la madre fuera interrogada y ella veía por todas partes a sus asesinos. El guardia hablaba de su fidelidad a la República. El sudor, poco a poco, empapaba las mejillas afeitadas de su vecino; las gotas resbalaron por los dos lados de sus bigotes lustrosos, y esta vida que perlaba bajo la inmovilidad parecía la vida autónoma del miedo.

—¿Han venido ustedes para unirse a nosotros y no tienen ningún informe que darnos?

Se volvió hacia el tercer guardia que no había dicho nada. Éste lo miró con insistencia, mostrando a las claras que sólo se dirigía a él.

—Escuche. Usted es un oficial, aunque esté con esa gente. Ya he oído bastante. Tengo la cédula 17 de las falanges de Segovia. Usted debe fusilarme, bueno, y pienso que será para hoy. Pero antes de morir quisiera tener la satisfacción de ver fusilar delante de mí a esos dos sinvergüenzas. Tienen las cédulas 6 y 11. Me dan asco. Ahora, de soldado a soldado, hágalos callar o hágame salir a mí.

—¡Es muy orgulloso —dijo la vieja— para ser uno que mata niños!…

—¡Yo estoy con ustedes! —gritó al presidente el guardia civil herido.

El presidente observaba al oficial que acababa de hablar: nariz muy chata, labios gruesos, bigotito, pelo crespo, una cabeza de Film mexicano. El presidente creyó por un instante que iba a abofetear al guardia herido, pero nada hizo. Sus manos no eran manos de guardia. ¿Habían los fascistas establecido células en la guardia civil, como el cuartel de la Montaña?

—¿Cuándo ha entrado usted en la guardia civil?

El hombre no respondía, indiferente en adelante al Consejo de Guerra.

—¡Yo estoy con ustedes! —aulló de nuevo el herido, con un acento por primera vez convincente—. ¡Les digo que estoy con ustedes!

Manuel no llegó a la plaza hasta después de haber oído la descarga del pelotón. Los tres hombres habían sido fusilados en una calle vecina; los cuerpos habían caído sobre el vientre, cabeza al sol, pies a la sombra. Un gatito inclinaba sus bigotes sobre el charco de sangre del hombre de la nariz chata. Un muchacho campesino se acercó, apartó al gato, mojó el índice en la sangre y comenzó a escribir en la pared: MUERA EL FASCISMO.

Después se remangó la camisa y fue a lavarse las manos en la fuente.

Manuel miraba el cadáver, el tricornio allí, a pocos pasos, el joven campesino inclinado sobre el agua y la inscripción todavía roja. «Hay que hacer la nueva España contra los unos y contra los otros —pensó—. Y la nueva no será más fácil que la antigua».

El sol golpeaba con toda su fuerza contra las paredes amarillas.

Ramos y Manuel caminaban a lo largo del terraplén. La tarde es semejante a las tardes sin cañones. En ese crepúsculo de retrato ecuestre, en medio del olor de los pinos y de las hierbas entre los pedruscos, la Sierra se inclina en colinas decorativas hasta la llanura de Madrid sobre la cual la noche desciende como sobre el mar. Insólito, el tren blindado agazapado en su túnel parecía olvidado por una guerra que se había marchado con el sol.

—Vengo de pasar media hora peleándome con los compañeros —dijo Ramos—; hay más de diez que quieren ir a cenar a sus casas, ¡y tres en Madrid!

—Es la época de la caza, se confunden. ¿Resultado de tus difíciles negociaciones?

—Cinco quedan, seis parten. Si fueran comunistas, todos se quedarían.

Algunos tiros aislados y un gruñido de un lejano cañón hacían más profunda la paz de las montañas. La noche sería hermosa.

—¿Por qué te hiciste comunista, Ramos?

Ramos exclamó:

—Porque he envejecido…

—Cuarenta y dos años son muchos años. Pero cuando era anarquista quería mucho más a la gente. El anarquismo, para mí, era el sindicato, pero era sobre todo la relación de hombre a hombre. La formación política de un obrero no se hace personal sino después: al principio, es una cuestión de influencias…

—Dime, Manuel, explícame, pues, si es que algo comprendes. Frente a nosotros está el ejército español. Pongamos que sean sobre todo los oficiales. En las Filipinas se portaron como inútiles. En Cuba, lo mismo.

¿A causa de los norteamericanos? Si quieres: producción superior e industria de primer orden. En Marruecos, también les hicieron de las suyas; Abd-el-Krim no era los norteamericanos. ¿Por qué nuestros señoritos de bigote son débiles ante
el-Krim
, y no ahora? Se ha dicho siempre: ejército de opereta. ¿Por qué se portan así en Melilla y no aquí?

Las relaciones de Manuel y de Ramos empezaban a cambiar. Habían sido hasta entonces las de un sindicalista experimentado con un hombre de treinta años serio, a pesar de sus bromas, entregado a conocer el mundo en el cual había puesto su esperanza, a no mezclar lo que había controlado con aquello en que soñaba —pero sin experiencia política—. Comenzaba a adquirir esa experiencia, y Ramos sabía que los conocimientos de Manuel eran mucho más amplios que los suyos. De igual modo que Manuel había agitado una regla en la Central, él agitaba esa tarde como un plumero una rama de pino, en la punta de la cual había dejado un manojo de agujas; podía sentir su mano derecha vacía:

—No había tal ejército de opereta, amigo Ramos; había solamente opereta en el ejército. Lo que se llama un ejército de opereta es un ejército de guerra civil. Nuestro ejército —en fin el ejército español— tiene un oficial por cada diez hombres. ¿Crees que su presupuesto está destinado a la guerra, inocente? Nada de eso: al pago de los oficiales —propietarios al servicio de los propietarios— y a la compra de armas automáticas, muy insuficientes para la guerra, a causa de los chanchullos, pero muy suficientes para la policía. Ejemplo: nuestras ametralladoras, modelo 1913, nuestros aviones, que tienen más de diez años: inoperantes contra una nación; decisivos contra una revuelta. Imposible hacer una guerra contra el extranjero con eso, ni una guerra colonial. Del ejército español sólo se ha oído hablar en caso de derrotas o de malversaciones. Y de represiones. Pero eso no es una opereta, es una mala Reichswehr.

Algunas detonaciones lejanas subieron de los valles. Traían a milicianos heridos sobre mantas que llevaban por las cuatro puntas.

—El pueblo salva a Madrid todos los días —dijo Manuel mirando las crestas detrás de las cuales estaban los fascistas de Segovia.

—Sí. Y después se va a acostar.

—Pero vuelve a empezar al día siguiente.

—Tú estás por formarte, Manuel… Tanto mejor. Has dirigido bien a tus hombres contra la batería…

—Quizá algo ha cambiado en mí, y para el resto de mi vida, pero eso no viene del ataque de la batería, de antes de ayer; eso ha nacido hoy, cuando he visto al muchacho escribir en la pared con la sangre del fascista muerto. Ya no me sentía responsable dando instrucciones en el olivar, o conduciendo el camión, o, como antes, en el cacharro para esquiar…

—Antes —repitió Ramos.

No hacía ni un mes.

—El pasado no es una cuestión de tiempo. Pero ante el muchacho salvaje que escribía en la pared, allí he sentido que nosotros éramos responsables. La virginidad del mando, amigo…

Lejos, en el campo gubernamental, arde sin humo un fuego de pastor o de campesino.

Los grandes velos de niebla de la noche ascendente convergen hacia ese fuego. La tierra desaparece, las llamas son la única mancha clara de las pendientes; la paz echada de los montes, agazapada bajo tierra como el tren blindado bajo su túnel, parece brotar a través de ese fuego alegre. Hay otro, mucho más lejos, en el extremo derecho.

—¿Quién se ocupa de los heridos?, —pregunta Manuel.

—El médico jefe del hospital. Un hombre muy paciente.

—¿De la izquierda republicana?

—Socialista de derecha creo. Los milicianos también ayudan con mucha eficacia.

Manuel cuenta la llegada de la chiquilla detrás de los camiones. Ramos, con las manos en sus mechones rizados, sonríe.

—¿Qué impresión tienes de las milicianas, Manuel?

—Combate activo: cero. En suma, apenas son buenas para apaciguar los nervios de los hombres. Combate pasivo: muy bien. Valor un poco inestable —lo mismo sucede con los hombres—, muy grande por momentos.

—Fíjate, hay algo que me gusta: en cada pueblecito que ha tomado Franco, todo se vuelve más esclavo: no sólo los nuestros, eso va de suyo, sino los chiquillos que vuelven a poner bajo el dominio del cura, las mujeres que mandan a la cocina. Todos los oprimidos, ya lo sean de un modo u otro, han venido a pelear con nosotros.

Extraña fuerza del fuego: subiendo o bajando con un ritmo de forja, parece arder sobre todos los

muertos de la jornada, esparcir sobre la locura de los hombres la noche que asciende.

Ramos siente que desaparece su sonrisa. Observa el otro fuego. Toma sus anteojos de larga vista.

No son fuegos de pastores, son señales.

¿No estará él, como los milicianos, viendo señales por todas partes? Está acostumbrado a las señas por el fuego; por lo demás (cuenta), esos brutos están transmitiendo en morse —pero no en un lenguaje claro.

El otro fuego es también un fuego de señales. Los fascistas han preparado bien su trabajo. ¿Cuántos fuegos semejantes arden a esta hora en la retaguardia de las líneas republicanas? En todas las laderas, a donde llega la vista de Ramos y chillan las cigarras, los milicianos están acostados y duermen. Han cesado sus exclamaciones. Los muertos de la jornada, que pesan ya con todo su peso en el asfalto de la carretera o en las zarzas de las laderas, empiezan, pegados a la tierra, su primera noche de muertos. En la serenidad transparente de la Sierra, sólo el lenguaje silencioso de la traición llena la oscuridad creciente.

III

1

Manuel tomaba conciencia de que la guerra es hacer lo imposible para que pedazos de hierro entren en la carne viva.

Los gritos de un hombre o de una mujer (en la extremidad del dolor los timbres no se distinguen ya), jadeantes, atravesaban la sala del hospital San Carlos y se perdían en él.

La sala estaba muy arriba, iluminada desde lo alto por tragaluces casi enteramente llenos de plantas de anchas hojas, que atravesaba la luz del verano. Ese día verdoso, esas paredes inmensas sin agujeros, salvo si se levantaba la cabeza, y esos personajes en pijama cuyos cuerpos anudados resbalaban sobre sus muletas en la paz inquieta del hospital, esas sombras cubiertas de vendas como imágenes en Semana Santa, todo eso parecía el reino eterno de la herida, establecido allí fuera del tiempo y del mundo.

Ese acuario comunicaba con el cuarto de los grandes heridos, de donde llegaban los gritos: un cielo raso de altura normal, ocho camas y verdaderas ventanas. Manuel no vio al entrar más que los grandes cubos de tul de los mosquiteros, y una enfermera sentada al lado de la puerta. La habitación parecía solitaria en esa plena luz vuelta a encontrar, un cuarto claro de hospital, tan diferente del sótano de la Inquisición por donde se deslizaban los fantasmas vendados; pero los ruidos se encargaban de expresar su vida verdadera.

De una de las camas del centro salían sin cesar esos gemidos en que el dolor se hace más fuerte que toda expresión humana, en que la voz no es más que el universal ladrido del sufrimiento, lo mismo en los hombres que en los animales: ladridos que siguen el ritmo de la respiración y en los cuales el que escucha siente que van a detenerse con el aliento. Y cuando en efecto se detienen, el crujir de dientes, atroz y complaciente como los gritos de las parturientas, los reemplaza. Manuel sentía que los gritos iban a volver con la respiración recuperada.

—¿Qué tiene? —preguntó en voz baja a la enfermera.

—Aviación. Lo derribaron con sus bombas. Estallaron cuando el avión cayó. Cinco balas de ametralladora, veintisiete esquirlas.

El tul del mosquitero se movió empujado desde dentro como si el herido se hubiera sentado en la cama.

—Su madre —dijo la enfermera—. Él tiene veintidós años.

—Usted está acostumbrada —dijo Manuel con amargura.

—No tenemos bastantes enfermeras. Yo soy cirujana.

Volvieron los gritos, subieron más alto, como si el herido hubiera tratado de desvanecerse forzando el dolor; y se cortaron de pronto. Manuel no escuchaba siquiera el crujir de dientes. Pero no se atrevía a avanzar.

¿En qué sentía que el herido crispaba sus dedos sobre la sábana? Un nuevo ruido comenzó, tan bajo al principio que Manuel se preguntó qué podía ser —hasta que el ruido se hizo nítido; un ruido de labios—. ¿De qué sirven las palabras frente a un cuerpo despedazado? Ahora que el muchacho había llevado su dolor al silencio, la madre hacía lo único que podía hacer: lo besaba.

Manuel oía nítidamente los besos, cada vez más precipitados, como si al sentir que el dolor interrumpido iba muy pronto a volver, la mujer hubiera querido detenerlo a fuerza de ternura. Una mano tomó el mosquitero y lo retorció; Manuel sintió ese dolor aferrado al aire vacío como si se aferrara a su propio brazo. La mano se abrió, los dedos se soltaron.

—¿Desde hace… cuánto tiempo? —preguntó Manuel.

—Desde antes de ayer.

Miró por fin a la enfermera: pequeña, muy joven. No llevaba velo, y sus cabellos eran negros y brillantes.

Ella vaciló.

—Nosotras también… —dijo por fin—. A los gritos de los heridos nos acostumbramos. Pero no a los de éstos: a éstos no se los manda a otra parte, no se los puede operar.

—¿Barca está siempre allí? —preguntó Manuel entre dos recaídas de gritos. Esos gritos parecían establecidos en la sala por toda la eternidad.

—No, al lado.

Manuel quedó aliviado. Sensible al dolor pero incapaz de expresar su compasión, sentía su torpeza y la soportaba mal.

La habitación en que se hallaba Barca comunicaba a la vez con la que él dejaba y con el acuario. Manuel abrió la puerta, vaciló un segundo, como si cerrar esa puerta hubiera sido bajar la tapa de un féretro sobre el herido. Por último, la dejó entreabierta.

Barca estaba sentado en la cama. No, no deseaba nada más. Tenía naranjas, revistas ilustradas. Y amistad. Lo malo era que no querían ponerle morfina. Si temían que se volviera morfinómano a su edad, harían mejor en irse al diablo. Y como habían puesto el peso en el extremo de su pierna que tenía rota en dos lugares, no podía dormir. Si pudieran hacerlo dormir, estaría mejor.

—Podrías dormir, con…

Manuel aludía a los gritos del herido que oían, mitigados, por la puerta entreabierta.

—No debo estar en la misma sala. Eso no se explica. En otra sala, puedo. Pero deberían poner juntos a los enfermos silenciosos. Cierra la puerta: en esta sala nadie grita…

—¿Qué era? —preguntó Manuel, como si, al hablar de nuevo del enfermo, hubiera reabierto la puerta que acababa de cerrar.

—Mecánico. Estaba en las milicias; en la aviación. Bombardero.

—¿Por qué estaba de nuestro lado?

—¿Dónde quieres que estuviera un mecánico? ¿Con los fascistas?

—Podía no estar en ningún bando.

—¡Ah, eso!…

Barca alzó las cejas, levantó la cabeza: le volvió el dolor. Descansó la cabeza en la almohada, y su vieja cara tomó de nuevo la expresión del dolor persistente —los ojos más hundidos, los rasgos cambiantes—, esa expresión de una infancia a la vez vulnerable y grave, en la cual el sufrimiento extrae de cada rostro la nobleza que oculta. En la Sierra, Manuel había observado los ojos de Barca. Toda la expresión de ese rostro de facciones triviales, de tez más oscura que los cabellos y el corto bigote blanco, más oscura que los ojos claros, provenía de los párpados pesados, espesos, cargados de una experiencia amarga y no resignada, que pequeñas arrugas tan numerosas como resquebrajaduras de porcelana transformaban en buen humor campesino. Con los ojos cerrados, parecía sonreír.

—¿Cómo anda el tren blindado?

—Creo que bien —dijo Manuel—. Pero no lo sé: ya no estaré allí más. Me han nombrado comandante de compañía en el quinto regimiento.

—¿Estás contento?

—Tengo mucho que aprender…

A pesar de la puerta cerrada, oyeron de nuevo los gritos.

—El muchacho… Estaba con nosotros porque estaba con nosotros…

—¿Y tú, Barca?

—Hay tantas razones…

Hizo una mueca, trató de moverse, y se volvió hacia Manuel como si hubiera esperado que éste se lo explicara.

—Nada te obligaba —continuó Manuel.

—¡Estaba sindicado, caramba!

—Sí. Pero no eras militante, no estabas amenazado directamente.

—Dime, muchacho. ¿Es que a ti una invasión de filoxera te hubiera alegrado?

Antes Barca era viñador en Cataluña, como lo habían sido su padre y su abuelo. La filoxera había permitido a los propietarios despojar a los viñadores del trabajo de más de cincuenta años.

—Habías rehecho tu vida, podías vivir…

Por el tono, Barca comprendía que Manuel no trataba de discutir sino de comprender mejor.

—Quieres decir: ¿por qué no me mantuve neutral?

—Sí.

Barca sonrió, con una sonrisa a la cual el dolor parecía darle una extraña experiencia.

—Son siempre los mismos los que no son neutrales. ¿En qué he sido yo neutral?

En el acuario, a los que iban con muletas se los veía por el vano de la puerta deslizarse uno tras otro.

—A pesar de todo, no es una pregunta en broma, sino una pregunta en serio. ¡Hasta el peor fascismo es

mejor que estar muerto!…

Cerró los ojos.

—Mi pierna me hace doler más que ser vejado por un fascista… Y bien, yo…

Ante el dolor, la debilidad detuvo su ademán.

—Y bien, no. A pesar de todo, no. A pesar de todo, volvería a empezar. ¿Entonces?

Los gritos del herido llegaron de nuevo hasta ellos. ¿Volvería a empezar? Sobre eso reflexionaba Barca.

—No creas que me tomas del todo desprevenido: cuando creí que… que estaba acabado, quizá, debajo de los pinos, reflexione… Como todo el mundo. No como yo, quizá, pero reflexioné. A veces, con paciencia, puedo aprender lo que no sé. ¡Pero comprender lo que soy! Eso… Son las palabras. ¿Me sigues?

—Claro.

—Porque eres inteligente. Para decírtelo todo: no quiero que me desprecien. Escucha bien, muchacho.

No alzaba la voz. Hablaba sólo más lentamente, con el tono que hubiera tomado si, sentado a una mesa, levantara el índice.

—Ésa es la cosa. Lo demás importa menos. En cuanto al dinero, tienes razón: hubiera podido arreglármelas con ellos. Pero ellos quieren que los respeten, y yo no quiero respetarlos. Porque no son respetables. Quiero respetar, pero no a ellos. Quiero respetar al señor García, que es un sabio. Pero no a ellos.

García era uno de los mejores etnólogos españoles. Vivía en el verano en San Rafael, y Manuel había comprobado cuánto lo amaban los militantes de esa parte de la Sierra.

—Y después hay otra cosa. Te voy a contar un recuerdo. Quizá lo encuentres poco serio, quizá sí. Cuando estaba todavía en el cultivo antes de que fuera a Perpiñán, el marqués vino a casa. Hablaba de su gente. Y hablaba de los nuestros. Y dijo esto, te lo repito palabra por palabra: «Vean ustedes lo que es esa gente. ¡Prefieren la humanidad a su familia!». Despreciativo, sí lo era. Yo hubiera podido discutir, en el momento, pero también esa vez reflexioné. Comprendí esto: cuando nosotros queremos hacer algo por la humanidad, es *también* por nuestra familia. Es lo mismo. En tanto que ellos, eligen. ¿Me sigues? Eligen.

Calló un momento.

—El señor García ha venido a verme. Nos conocemos desde hace mucho. Es un hombre que se ha interesado siempre por las cosas. Ahora que está en información militar, quiere saber lo que pasa en los pueblos. Pero me pregunta: ¿la igualdad? Oye, Manuel, te voy a decir algo bueno, que no sabes, ni tú, ni él, porque… en fin, habéis tenido demasiada suerte, digamos. Un hombre como él, García, no sabe demasiado bien lo que es ser vejado. Y esto es lo que quiero decirte: lo contrario de eso, la humillación, como él dice, no es la igualdad. Al menos han comprendido algo, los franceses, con toda la imbecilidad de su inscripción sobre las alcaldías, porque lo contrario de ser vejado es la fraternidad.

Por la puerta abierta de la gran sala, se veía caminar, con sus perfiles de lisiados, a los heridos cuyos brazos estaban enyesados y envueltos con vendas separadas del cuerpo por tablillas, como violinistas con el violín al cuello. Éstos eran los más perturbadores: el brazo enyesado les daba la apariencia de hacer un ademán, y todos esos violinistas fantasmas, llevando hacia delante sus brazos inmovilizados y redondeados, avanzaban como estatuas que hubieran surgido en el silencio del acuario reforzado por el zumbido clandestino de las moscas.

2

14 de agosto

En medio de la exaltación general y de un calor que reventaba, seis aviones modernos se preparaban para partir. La tropa morisca que atacaba Extremadura marchaba de Mérida contra Medellín. Era una fuerte columna motorizada, sin duda la élite de las tropas fascistas. De la dirección de las operaciones se acababa de telefonear a Sembrano y a Magnin: Franco la dirigía personalmente.

Sin jefes, sin armas, los milicianos de Extremadura trataban de resistir. De Medellín, el talabartero y el dueño del bodegón, el fondista, los obreros agrícolas, algunos miles de hombres entre los más miserables de España, partían con sus escopetas contra los fusiles ametralladores de la infantería mora.

Tres Douglas y tres multiasientos de combate, con ametralladoras de 1913, tomaban en ancho la mitad del campo. No había aviones de caza: todos estaban en la Sierra. Sembrano, su amigo Vallado, los pilotos de línea españoles, Magnin, Sibirsky, Darras, Karlitch, Gardet, Jaime, Scali, alumnos nuevos —Dugay y los mecánicos en el extremo de los hangares, con el zarzero Raplati—, toda la aviación estaba en juego.

Jaime cantaba un cante flamenco.

Los dos triángulos de los aparatos partieron hacia el sudeste.

Hacía fresco en los aviones, pero se veía el calor a ras de tierra, como se ve el aire caliente temblar encima de las chimeneas. Acá y allá, los grandes sombreros de paja de algunos campesinos aparecían entre los trigos. De los montes de Toledo hasta los de Extremadura, más allá de la guerra, la tierra color de cosechas dormía con el sueño de la tarde, de un horizonte a otro recubierto de paz. En el polvo que subía hacia el gran sol, los rellanos y los oteros formaban siluetas chatas; más allá, Badajoz, Mérida —tomada el 8 por los fascistas—, Medellín, invisibles aún, puntos irrisorios en la inmensidad de la llanura que temblaba.

Las piedras se hicieron más numerosas. Por último, áspera como su tierra de rocas, techos sin árboles, viejas tejas grises de sol, esqueleto berberisco sobre tierras africanas: Badajoz, alcázar, su plaza de toros vacía. Los pilotos miraban sus mapas, los bombarderos sus miras, los ametralladores los pequeños molinetes de los puntos de mira que giraban a toda velocidad fuera de la carlinga. Abajo, una vieja ciudad española roída, con sus mujeres negras detrás de las ventanas, sus olivos y sus anises al fresco en baldes con agua de pozo, sus pianos en los que jugaban los niños tocando con un dedo, y sus gatos flacos al acecho de las notas que se perdían una tras otra en el calor… Y una impresión de sequedad tal, que parecía que tejas y piedras, casas y calles debiesen resquebrajarse y pulverizarse a la primera bomba, con un gran ruido de huesos y cascajos. Por encima de la plaza, Karlitch y Jaime agitaron sus pañuelos. Los bombarderos españoles lanzaban pañuelos con los colores de la República.

Ahora, una ciudad fascista: los observadores reconocían el teatro antiguo de Mérida, las ruinas: una ciudad semejante a Badajoz, semejante a toda Extremadura. En fin, Medellín.

¿Por qué carretera llegaba la columna? Las carreteras sin árboles estaban amarillas bajo el sol, un poco más claras que la tierra, y vacías hasta donde alcanzaba la vista.

La escuadrilla sobrevoló una plaza cuadrada —Medellín— y comenzó a subir una carretera hacia las líneas enemigas, pero también hacia el sol. Ese sol de las cinco los deslumbraba a todos; de la carretera sólo veían una cinta incandescente. Los dos Douglas que estaban detrás de Sembrano empezaron a retardarse, después tomaron la fila: la columna enemiga llegaba.

Darras, que acababa de pasar los mandos al primer piloto, miraba con todo su cuerpo, a medias inclinado en el corredor de la carlinga. Durante la guerra, sólo buscaba cualquier brigada alemana; esta vez buscaba aquello contra lo cual luchaba desde años ha en tantas formas, en su alcaldía, en las organizaciones obreras edificadas pacientemente, deshechas, rehechas: el fascismo. Después Rusia: Italia, China, Alemania… Aquí, en esta España, apenas la esperanza que Darras había puesto en el mundo encontraba su posibilidad, seguía apareciendo el fascismo —casi bajo su avión—; y lo único que él veía eran los aviones de los suyos cambiando su línea de vuelo.

Para tomar la fila, el avión en que se encontraba (el de Magnin era el primero de los internacionales) dio la vuelta. La carretera delante de ellos estaba marcada por puntos rojos a intervalos regulares, muy recta, a lo largo de un kilómetro. El avión estaba encima, el sol volvió, y Darras no vio más que una carretera blanca.

Después la carretera se torció oblicuamente, el sol se deslizó hacia un lado: los puntos rojos reaparecieron. Demasiado pequeños para ser automóviles, con un movimiento demasiado mecánico para ser hombres. Y la carretera se movía.

De pronto, Darras comprendió. Y como si se hubiera puesto a ver con el pensamiento, y no con sus ojos, distinguió las formas: la carretera estaba cubierta de camiones con bacas amarillas de polvo. Los puntos rojos eran los capós pintados al minio, no camuflados.

Hasta el inmenso horizonte silencioso de campo y de paz, carreteras en torno a tres ciudades, en estrellas, como las huellas de enormes patas de pájaro; y entre esas tres carreteras inmóviles, ésta. El fascismo, para Darras, era esa carretera que temblaba.

De los dos lados de la carretera, tiraron bombas. Eran bombas de diez kilos: un estallido rojo en punta de lanza, y humo en los campos. Nada mostraba que la columna fascista fuera más rápido; pero la carretera temblaba más.

Los camiones y los aviones iban al encuentro los unos de los otros. En el sol, Darras no veía bajar las bombas, pero las veía estallar, en rosario ahora, siempre en los campos. Su pie vendado empezaba a dolerle. Sabía que uno de los Douglas no tenía lanzabombas y bombardeaba por el agujero agrandado de la letrina. De pronto, una parte de la ruta dejó de temblar: la columna se detenía. Una bomba había tocado un camión, derribado en el camino, pero Darras no lo había visto.

Como la cabeza de un gusano que continuara sola su camino, el tramo anterior de la columna, cortada en dos, escapaba hacia Medellín; las bombas continuaban cayendo. El avión de Darras estaba encima de ese tramo.

El segundo piloto no ve debajo de sí.

Bombardero del tercer avión internacional, Scali miraba las bombas acercarse a la carretera. Muy adiestrado en el ejército italiano donde, hasta que emigrara, había efectuado un periodo de reserva todos los años, habiendo vuelto a encontrar su precisión en tres misiones cumplidas en la Sierra, pilotado hoy por Sibirsky, en la vertical de la carretera desde hacía quince segundos, veía las bombas estallar cada vez más cerca de los camiones. Demasiado tarde para apuntar al tramo de cabeza. Los demás camiones intentaban pasar a derecha y a izquierda del que había caído de través en la carretera. Vistos desde los aviones, los camiones parecían fijos en la carretera, como moscas en un papel pega pega; como si Scali, porque estaba en un avión, hubiera esperado verlos escaparse, o partir a través de los campos; pero la carretera estaba sin duda bordeada de terraplenes. La columna, tan nítida momentos antes, trataba de dividirse por ambos lados del camión caído como un río por ambos lados de un peñasco. Scali veía claramente los puntos blancos de los turbantes moros; pensó en las escopetas de los pobres hombres de Medellín y abrió de golpe las dos cajas de bombas ligeras cuando vio por la mira el enredo de los camiones. Después se inclinó por la ventanilla y esperó la llegada de sus bombas: nueve segundos de destino entre esos hombres y él.

Dos, tres… No era posible ver bastante lejos hacia atrás. Por un agujero lateral: en tierra, algunos tipos corrían, los brazos al aire, bajando por el terraplén, seguramente. Cinco, seis… Ametralladoras en batería tiraban a los aviones. Siete, ocho… ¡Cómo corrían! Nueve: dejaron de correr, bajo veinte manchas rojas que estallaron a la vez. El avión continuó su camino como si nada de eso le concerniera.

Los aviones daban vueltas y vueltas para alcanzar de nuevo la carretera. El de Magnin volvía cuando habían estallado las bombas de Scali, de modo que Darras vio nítidamente disiparse el humo por encima de un amontonamiento de camiones patas arriba. Salvo en el instante del estallido rojo de las bombas, la muerte parecía no desempeñar ningún papel en ese asunto: no se veían sino manchas caquis huyendo de la ruta bajo los puntos blancos de los turbantes, como hormigas enloquecidas que se llevan sus huevos.

El que mejor veía era Sembrano: el primero de los Douglas volvía detrás del último de los internacionales cerrando el círculo. Sembrano sabía, mucho más que Scali, lo que era la lucha de los milicianos de Extremadura; sabía que nada podían hacer; que sólo la aviación podía ayudarlos. Volvía a pasar sobre la carretera para que los bombarderos que habían conservado bombas ligeras pudiesen aún destruir más camiones: la motorización era el primer elemento de la fuerza fascista. Pero era necesario, antes de la llegada de la aviación enemiga, alcanzar la cabeza de la columna que se había escapado a Medellín.

Algunos camiones saltaron todavía en los campos, ruedas en el aire. Desde que, echados de la carretera, no estaban ya frente al sol, la luz decreciente alargaba detrás de ellos sus sombras, de tal modo que sólo aparecían cuando estaban destruidos, como los peces muertos pescados con dinamita sólo suben a la superficie cuando han sido heridos.

Los pilotos habían tenido tiempo de precisar su posición por encima de la ruta. Las sombras de los camiones derribados se alargaban ahora a la cabeza y en la cola de la columna, como barreras.

«Franco tardará más de cinco minutos en arreglar esto», pensó Sembrano, avanzando el labio inferior. A su vez, voló hacia Medellín.

Sin dejar de ser pacifista en su corazón, bombardeaba con mayor eficacia que ningún piloto español. Sólo que, para calmar sus escrúpulos, cuando bombardeaba, bombardeaba desde muy bajo: el peligro que corría, que se ingeniaba en correr, resolvía sus problemas éticos. O bien los camiones están en la ciudad, pensaba, y hay que hacerlos volar a todos por el aire, o bien están fuera, y para que los milicianos no se hagan matar se necesita también hacerlos volar por el aire. Iba rumbo a Medellín a doscientos ochenta por hora.

Los camiones que habían formado la cabeza de la columna se amontonaban en la sombra de la plaza. No se habían atrevido a dispersarse porque era un pueblo enemigo. Sembrano voló lo más bajo posible, seguido de otros cinco aviones.

Ahora el sol llenaba las calles de sombrar. Sin embargo, a trescientos metros, se adivinaba el color de las casas, salmón, azul pálido, verde, y la forma de los camiones; algunos estaban escondidos en las calles vecinas a la plaza.

Un Douglas venía hacia Sembrano en vez de seguirlo. El piloto había sin duda perdido la fila.

Los aviones iniciaron un primer círculo tangente a la plaza de Medellín. Sembrano recordaba su primer bombardeo, que había hecho con Vargas, ahora jefe de operaciones, y con los obreros de Peñarroya, rodeado de fascistas, que habían desplegado en las ventanas y en los patios sus cortinas, sus cubrecamas —sus más hermosos géneros—, para los aviadores republicanos.

Las bombas que lanzaron brillaron en un rayo de sol, desaparecieron, continuaron su camino con una independencia de torpedos. Gruesas llamas naranjas comenzaron a estallar como minas en la plaza que se llenó de humo. En un gran remolino, sobre la más alta llama, un cohete de humo blanco salió en medio del humo marrón; la minúscula silueta negra de un camión dio una vuelta entera en el aire y volvió a caer en la nube marrón. Sembrano, esperando que todo ese humo se disipara, echó una mirada hacia delante, volvió a ver el Douglas que había perdido la fila y dos más. Ahora bien, sólo tres Douglas se habían comprometido, contando el suyo: no podía tener tres delante de él.

Hizo oscilar su aparato para ordenar la formación del combate.

Inquieto por lo que ocurría en tierra, apenas había mirado: no eran Douglas, eran Junkers.

Era el momento en que la aviación le parecía a Scali un arma nauseabunda. Desde que los moros huían tenía ganas de alejarse. No por eso dejaba de esperar como un gato que la plaza llegara a su mira (le quedaban dos bombas de cincuenta kilos). Indiferente a las ametralladoras de tierra, se sentía a la vez justiciero y asesino, más asqueado, por lo demás, tomarse por justiciero que por asesino. Los seis Junkers, tres enfrente (los que había visto Sembrano) y tres debajo lo libraron de la introspección.

Los Douglas iban a tratar de huir: con sus pobres ametralladoras al lado del piloto, no podía ser cuestión para ellos el combatir con aviones alemanes con tres puestos de ametralladoras, armados de ametralladoras modernas. Sembrano había considerado siempre la velocidad como el mejor medio de defensa de los aviones de bombardeo. En efecto, los Douglas, llenos de gas, huyeron oblicuamente, los multiplazas internacionales lanzándose contra los tres Junkers de abajo; tres contra seis, contra seis sin cazas, felizmente. Alcanzado el objetivo, no se trataba ya de combatir, sino de pasar. Y Magnin elegía atacar por debajo los aviones más bajos, que iban a destacarse contra el cielo, en tanto que sus aviones camuflados serían casi invisibles sobre los campos, a esa hora. Los tres Junkers no tendrían quizá tiempo de ponerse en línea de combate. Salió él también, entonces, a toda velocidad.

Los de abajo llegaban, formados como submarinos, su proa como un péndulo entre los guardabarros de su tren de aterrizaje. Uno de ellos viraba aún, y los internacionales veían con claridad su antena de radio y detrás su ametrallador de perfil, por encima de la carlinga. Gardet, en su torreta de delante, con un fusil de niño en la espalda, esperaba. Demasiado lejos para que lo oyeran, mostraba los Junkers con el dedo y agitaba el brazo izquierdo. Magnin, al lado de Darras, los veía agrandarse como si los hubieran hinchado.

Toda la tripulación tomaba conciencia de que un avión podía caer.

Gardet hizo girar su torreta; con un ruido extraordinariamente rápido, todas las ametralladoras martillando la carlinga, los aviones se cruzaron. Los internacionales habían recibido muy pocas balas, las de las ametralladoras de proa solamente. Los Junkers permanecían detrás, uno de ellos iba bajando, sin caer del todo. Aunque la distancia no dejaba de aumentar, de pronto una docena de balas atravesaron la carlinga del avión de Magnin. La distancia aumentó todavía; bajo el fuego de las ametralladoras de atrás de los internacionales, los cinco Junkers volvían hacia sus líneas, el tercero bajando a sacudidas por encima de los campos.

Después de su vuelta, telefoneado ya el informe, Magnin hizo llamar a Gardet.

—Está en el Junker que ha bajado aquí creyendo que Madrid había sido tomado —dijo Camuccini.

—Razón de más.

Con sorpresa de Magnin, un delegado de la Seguridad lo esperaba.

—Camarada Magnin —le dijo después de haber mirado por todos los rincones de la oficina—, el jefe de Seguridad me encarga que le indique que tres de sus voluntarios alemanes…

Sacó un papel del bolsillo:

—Kre… feld, Wurtz y Schrei… ner, eso es Schreiner, son informadores hitlerianos.

Error, tuvo ganas de contestar Magnin; pero en tales casos se cree siempre en el error. Karlitch le había señalado que Krefeld tomaba incesantemente fotos (¿las habría tomado un espía?) y Magnin había quedado sorprendido de oírlo citar un día el nombre de uno de los funcionarios de la 2.ª sección francesa.

—¿Krefeld, entonces? Bueno, eso es asunto de ustedes. Pero Schreiner me sorprende mucho. Wurtz y

Schreiner son comunistas bastante antiguos, me parece. Y el partido responde por ellos.

—Los partidos son como las personas, camarada Magnin, creen en sus amigos; nosotros creemos en los datos que recibimos.

—¿Qué quiere el jefe de policía?

—Que esos tres no pongan más los pies en un aeródromo.

—¿Y después?

—Después él se responsabilizará.

Magnin, reflexionando, se tiró del bigote.

—El caso de Schreiner es en verdad atroz. Y yo, sí, por qué no decirlo, ¡yo lo creo inocente! ¿Es que no puede hacerse una investigación suplementaria?

—¡Oh!, no se trata de precipitar nada… El jefe telefoneará enseguida, pero sólo para confirmar lo dicho.

Llegó Gardet, tras haber guardado en la tienda de los accesorios su pequeño fusil; llevaba inclinado hacia delante su pelo cortado a cepillo; miraba con aire risueño. El policía se retiró.

Sus cabellos y sus pómulos acentuados le daban la apariencia de un gato para niños, pero, desde que sonreía, sus dientecitos separados unos de otros transmitían una energía aguda a ese rostro triangular.

—¿Qué has ido a hacer allí? ¿A ponerte en el lugar de los ametralladores?

—Porque soy un taimado. Fui, fíjate bien, pero tenía la impresión de que había algo que no comprendía. Comprendía muy bien, no soy tan tonto como creía. Ahora que han tirado sobre nosotros, estoy seguro de lo que digo: el aparato es casi ciego por delante. Por eso no nos han tocado en la primera tunda, y nos han tocado después cuando estábamos detrás.

—Yo tuve esa impresión también.

Magnin los había estudiado en las revistas técnicas: el tercer motor del Junker está en el lugar de la torreta delantera de los multiplazas de dos motores, y Magnin había dudado de que se pudiera defender la parte delantera de un avión con un ametrallador de cubo que tira entre las ruedas y un ametrallador detrás. Por eso se había lanzado desde arriba, uno contra dos.

—Dime, ¿crees que iban a todo gas cuando nos perseguían?

—Por supuesto.

—Entonces nos toman el pelo desde hace dos años, esos Fritz. Al menos treinta kilómetros de menos que nosotros con nuestros viejos cacharros. ¿Es ésa la célebre flotilla Goering? Pero sus ametralladoras, eso sí, son algo muy distinto de las nuestras. No dejaron una sola vez de funcionar. Yo escuchaba. Si los rusos o los tontos de nuestros compatriotas se decidieran a surtimos como es debido…

Magnin se fue a la Dirección de Operaciones, perplejo.

Quería primero pasar por el hospital.

El bombardero bretón, indiferente, discutía con su vecino, un anarquista español, tenía la cama cubierta de números de

L'Humanité

y de obras de Courteline; House estaba solo en un cuarto, en el piso de arriba, lo que no presagiaba nada bueno.

Magnin abrió la puerta; el inglés lo saludó con el puño levantado, sonriendo, pero sus ojos no sonreían.

—¿Cómo andas?

—No sé; nadie sabe inglés…

Él no respondía a la pregunta sino a su propia obsesión: no sabía si sería amputado o no.

Con su fino bigote rubio debajo de su nariz puntiaguda, parecía un colegial bien acostado en su cama. ¡De qué modo ese puño en alto daba la impresión de ser un azar, un accidente! ¿No hubiera sido la verdad esas manos formalmente posadas sobre la sábana, ese rostro descansando entre una almohada y una sábana, en el cual sin duda pensaba una *mistress* House en algún *cottage*? Pero había otra verdad, ignorada por esa *mistress* House, la verdad de dos piernas con cinco balas debajo de la sábana cuidadosamente estirada. Ese muchacho no tiene veinticinco años, pensaba Magnin. ¿Qué decirle? Es poca cosa, una idea, frente a dos piernas que hay que cortar.

—Sí, sí… —dijo Magnin tirándose el bigote—. ¿Es que olvido algo? Ah, las naranjas que tengo abajo.

Salió. La invalidez lo emocionaba más que la muerte; no sabía mentir y no sabía qué responder. Ante todo, quería saber, y subió hasta donde estaba el médico jefe.

—No —le dijo éste—. El aviador inglés ha tenido suerte: los huesos no están afectados. Ni pensar por un instante en amputación.

Magnin volvió corriendo. Un ruido cristalino de cucharas llenaba la escalera y tintineaba en su corazón.

—Los huesos no han sido afectados —dijo al entrar. Había olvidado su historia de las naranjas.

House lo había saludado de nuevo con el puño: nadie comprendía su lengua en el hospital, y había tomado la costumbre de hacer ese ademán que era la única forma de fraternidad.

—La cuestión… la amputación, ni pensar en eso —tartamudeó, confuso de repetir en ingles lo que el médico acababa de decirle en español.

Confundido entre la esperanza y el temor de una mentira amistosa, House bajó los ojos, readquirió el dominio de su respiración y preguntó:

—¿Cuándo podré caminar?

—Voy a preguntárselo al médico jefe.

Me va a tomar por un idiota, pensó Magnin mientras volvía a subir los peldaños de la escalera blanca.

—Discúlpeme —le dijo al médico—; el muchacho pregunta cuándo podrá caminar, y me sería penoso mentirle.

—Dentro de dos meses.

Magnin volvió a bajar. Apenas hubo dicho «dos meses» una embriaguez de prisionero liberado subió de la cama, misteriosa porque nada la expresaba: House no podía mover las piernas; sus brazos estaban sobre la cama, su cabeza sobre la almohada, sólo sus dedos se crispaban en el extremo de sus brazos inmóviles, y su nuez de Adán, muy visible, subía y bajaba. Esos gestos de una alegría sin límites eran los gestos mismos del miedo…

En los alrededores de Madrid, menos milicianos blandían fusiles en menos autos menos cubiertos de inscripciones. Hacia la Puerta de Toledo, los jóvenes se ejercitaban en marchar al paso. Magnin pensaba en Francia. Hasta esta guerra, los Junkers habían constituido lo esencial de la flota de bombardeo alemana. Eran aviones comerciales transformados, y la confianza de Europa en la técnica alemana había visto en ellos una flota de guerra. Su armamento, excelente, no era eficaz, y no eran capaces de perseguir a los Douglas, aviones comerciales norteamericanos. Valían tanto más, sin duda, que todos los artefactos comprados por Magnin en todos los mercados de Europa. Pero no hubiesen vencido a los tipos de aviones modernos franceses, ni a la aviación soviética. Todo eso iba a cambiar: las grandes maniobras sangrientas del mundo habían comenzado. Durante dos años Europa había retrocedido ante la constante amenaza de una guerra que hubiese sido técnicamente incapaz de emprender…

3

Cuando Magnin llegó al Ministerio, el director de operaciones, Vargas, escuchaba a García que leía un informe.

—¡Buenos días, Magnin!

Vargas se levantó, pero quedó junto al sofá: se había quitado a medias, a causa del calor, su mono, que mantenía colgando sobre los pantalones (por flema, o para estar listo más pronto) como un conejo que conserva la piel en las patas, pero que le impedía caminar. Volvió a sentarse, las largas piernas todavía alargadas por el mono, su estrecha y huesuda cara de Don Quijote sin barba, llena de amistad. Vargas era uno de los oficiales con quienes Magnin había preparado las líneas aéreas españolas antes del levantamiento y era con él y Sembrano con quien Magnin había hecho saltar el ferrocarril Sevilla-Córdoba. Presentó a García y Magnin e hizo traer bebidas y cigarrillos.

—Felicitaciones —dijo García—. A usted se debe la primera victoria de la guerra.

—¿Sí? Tanto mejor… Transmitiré sus felicitaciones: Sembrano era el jefe del grupo.

Los dos hombres se observaban cordialmente: por primera vez, Magnin tenía trato directo con uno de los jefes de Informaciones Militares; García, por su parte, oía hablar diariamente de Magnin.

Todo en García sorprendía a Magnin: que fuera español, y tuviera la corpulencia y el rostro de un gran terrateniente inglés o normando, con la nariz respingona y las orejas puntiagudas; que fuera intelectual, y tuviera un aspecto bromista y afable; que fuera un etnólogo que había vivido tanto tiempo en el Perú y las Filipinas, y no tuviera la tez ni siquiera tostada por el sol; además, había imaginado siempre que García usaba quevedos.

—Fue una pequeña expedición colonial, ustedes saben —continuó Magnin—: Seis aviones… Hemos derribado algunos camiones en la carretera…

—No fueron las bombas del camino las más eficaces —dijo García—, sino las de Medellín. Muchas bombas de gran calibre cayeron en la plaza. Piense usted que los moros han sido bombardeados seriamente

por primera vez. La columna ha vuelto a irse a su punto de partida. Es nuestra primera victoria. Sólo Badajoz está tomado. El ejército de Franco, pues, va a unirse ahora con el ejército de Mola.

Magnin lo miraba, interrogador.

La actitud de García lo sorprendía también: esperaba de él una actitud secreta, más que ese aire cordialmente desanimado.

—Badajoz está al lado de la frontera portuguesa —dijo García.

—El 6 —dijo Vargas—, el Monte Sarmiento ha traído a Lisboa catorce aviones alemanes y ciento cincuenta especialistas. El 8, dieciocho bombarderos han partido de Italia. Antes de ayer, veinte han llegado a Sevilla.

—¿Saboyas?

—Nodo sé. Otros veinte italianos han partido.

—¿Entre éstos los dieciocho?

—No. Antes de quince días tendremos un centenar de aviones modernos contra nosotros.

Si los Junkers eran malos, los Saboyas eran aparatos de bombardeo muy superiores a todos aquellos de los que disponían los republicanos.

Por la ventana abierta, el himno republicano difundido por veinte radios entraba con el olor quemado de las hojas.

—Continuo —dijo García volviendo a tomar su informe—: Es Badajoz esta mañana —le dijo a Magnin.

5 horas. *Los moros acaban de entrar en el fuerte de San Cristóbal, ya casi destruido por el bombardeo*.

7 horas. *La artillería enemiga, instalada en el fuerte de San Cristóbal, bombardea la ciudad sin interrupción. Las milicias aguantan. La enfermería del hospital provincial ha sido destruida por el bombardeo aéreo*.

9 horas. *Al este, la muralla está hecha escombros. Al sur, los cuarteles en llamas. Sólo nos quedan dos ametralladoras. La artillería de San Cristóbal tira. Las milicias aguantan*.

11 horas. *Los tanques enemigos*…

Dejó la hoja dactilografiada, tomó otra.

—El segundo informe es corto —dijo amargamente.

12 horas. *Los tanques están en la catedral. La infantería los sigue. Es rechazada*.

—Me pregunto por qué —dijo—. ¡Había en Badajoz cuatro ametralladoras!

16 horas. *El enemigo entra*.

16 horas y 10 min. *Se lucha casa por casa*.

—¿A las cuatro? —preguntó Magnin—. Pero, discúlpeme, a las cinco nos han dado Badajoz como nuestro.

—Las informaciones acaban de llegar.

Magnin pensaba en el sol de las cinco alargado sobre las calles de esa ciudad de cascotes. Había peleado en la artillería en los comienzos de la guerra del 14; aunque sabía que nada conocía de una batalla, allí aprendió que de ella no se veía nada. A esa ciudad por donde corría la sangre, no había dejado de verla tranquila y amiga. Desde demasiado alto como Dios. *Los tanques están en la catedral*… La catedral con una gran sombra a su lado, las calles estrechas, la plaza de toros…

—¿A qué hora ha terminado el combate?

—Una hora antes de que ustedes pasaran —dijo Vargas—, salvo la lucha en el interior de las casas…

—Aquí está el último informe —dijo García—. Alrededor de las ocho. Quizá antes: transmitido por nuestras líneas, en la medida en que haya líneas…

Los prisioneros políticos fascistas han sido liberados sanos y salvos. Los milicianos y sospechosos arrestados han sido pasados por las armas. Alrededor de doscientos han sido fusilados. Culpa: resistencia a mano armada. Dos milicianos fusilados en la catedral en las gradas del altar mayor. Los moros llevan el escapulario y el Sagrado Corazón. Se ha fusilado toda la tarde. Los fusilamientos continúan.

Magnin pensó en los pañuelos de Karlitch y de Jaime, amigablemente agitados por encima de los que fusilaban.

La vida nocturna de Madrid, el himno republicano de todas las radios, los cantos de toda especie, los *salud* en voz alta o baja según se estuviera cerca o lejos, mezclados como las notas de pianos, todo el rumor de esperanza y la exaltación de que estaba colmada la noche llenó de nuevo el silencio. Vargas movió la cabeza.

—Está bien cantar…, —y en un tono más bajo—: La guerra será larga.

»El pueblo es optimista… Los jefes políticos son optimistas… El comandante García y yo, que lo

seríamos por temperamento…

Alzó las cejas, inquieto. Cuando Vargas alzaba las cejas, tomaba un aire ingenuo y súbitamente parecía joven. Y Magnin advirtió que nunca había pensado que Don Quijote hubiera sido joven.

—Reflexione en esta jornada, Magnin: con sus seis aviones, una pequeña expedición colonial, como usted dice, han parado la columna. Con sus ametralladoras, la columna había dispersado a los milicianos y tomado Badajoz. Considere usted que esos milicianos no eran cobardes. Esta guerra va a ser una guerra técnica, y nosotros la conducimos hablando sólo de sentimientos.

—¡Sin embargo, es el pueblo el que ha defendido la Sierra!

García observaba a Magnin atentamente. Como Vargas, pensaba que la guerra sería técnica, y no creía que los jefes obreros llegaran a ser especialistas por inspiración divina. Conjeturaba que la suerte del Frente Popular estaría en manos de sus técnicos, y todo, en Magnin, le interesaba: su falta de soltura, su aparente distracción, su aire de «no poder más», su aspecto de contramaestre mayor (era, en efecto, ingeniero de la Central), la energía evidente y ordenada que se agitaba bajo sus redondos anteojos estupefactos. Había en Magnin, a causa de sus bigotes, algo del ebanista tradicional del barrio de
Saint-Antoine
, y también en su belfo de foca, por el cual demostraba su edad, en su mirada, cuando se quitaba los anteojos, en sus gestos; en su sonrisa, la marca compleja del intelectual. Magnin había dirigido una de las más grandes líneas francesas, y García, que ponía especial cuidado en no adornar a los hombres con el prestigio de su función, trataba de discernir que provenía en él del hombre mismo.

—¡El pueblo es magnífico, Magnin, magnífico! —dijo Vargas—. Pero es impotente.

—Yo estaba en la Sierra —dijo García, apuntando a Magnin con el caño de su pipa—. Procedamos con orden. La Sierra ha *sorprendido* a los fascistas; las posiciones eran particularmente favorables a una acción de guerrilla; el pueblo tiene una fuerza de choque muy grande y muy corta.

»Mi querido señor Magnin, nosotros estamos sostenidos y envenenados a la vez por dos o tres mitos bastante peligrosos. Primero los franceses: el Pueblo —con una mayúscula— ha hecho la revolución francesa. Muy bien. De que cien picas puedan vencer a malos mosquetes no se infiere que diez escopetas puedan vencer a un buen avión. La revolución rusa ha complicado aún más las cosas. Políticamente, es la primera revolución del siglo XX pero advierta usted que, militarmente, es la última del siglo XIX. Ni aviación ni tanques en las fuerzas zaristas, barricadas en las filas revolucionarias. ¿Cómo han nacido las barricadas? Para luchar contra las fuerzas reales de caballería porque el pueblo no tuvo jamás caballería. España está hoy cubierta de barricadas —contra la aviación de Franco.

»Nuestro querido presidente del Consejo, inmediatamente después de su caída, ha partido a la Sierra con un fusil… Quizá, señor Magnin, no conoce usted bastante España. Gil, nuestro único verdadero constructor de aviones, acaba de ser muerto en el frente como soldado de infantería.

—Permítame. La revolución…

—Nosotros no somos la revolución. Pregúntele más bien a Vargas. Nosotros somos el pueblo, sí; la revolución, no, aunque no hablemos sino de ella. Llamo revolución a la consecuencia de una insurrección dirigida por cuadros (políticos, técnicos, todo lo que usted quiera) formados en la lucha, capaces de reemplazar rápidamente a aquellos que los destruyen.

—Y sobre todo, Magnin —dijo Vargas levantándose el mono—, no somos nosotros los que hemos tomado la iniciativa como usted no lo ignora. Nosotros tenemos que formar nuestros cuadros. Franco no tiene ninguna clase de cuadros, salvo militares, pero cuenta con los dos países que usted sabe. Los hombres de Wrangel han sido vencidos por el ejército rojo y no por los partidarios…

García fue escandiendo su frase con las chupadas de su pipa:

—No hay más, en adelante, transformación social, y con mayor razón revolución, sin guerra, y no hay guerra sin técnica. Ahora bien…

Vargas aprobaba, inclinando la cabeza al mismo tiempo que García inclinaba la pipa.

—Los hombres no se hacen matar por la técnica y la disciplina —dijo Magnin.

—En circunstancias como éstas, me intereso menos en las razones por las cuales los hombres se hacen matar que por los medios que tienen para matar a sus enemigos. Por otra parte, atención. Usted puede suponer que cuando digo disciplina no pienso en la férrea disciplina militar tal como se concibe en su país. Llamo así el conjunto de medios que dan a las colectividades de combatientes la mayor eficacia. (García tenía afición a las definiciones). Es una técnica como cualquier otra. ¡Inútil decirle que el saludo militar me es indiferente!

—Lo que oímos en este momento por la ventana es algo positivo. Usted sabe como yo que no se lo utiliza a las mil maravillas. Usted dice: nosotros no somos la revolución. Pues bien, ¡seámosla! ¿No cree

usted, a pesar de todo, que serán ustedes ayudados por las democracias?

—¡Es demasiado afirmativo, Magnin! —dijo Vargas.

Vargas apuntó a los dos con el caño de su pipa como con el cañón de un revólver:

—He visto a las democracias intervenir contra casi todo, salvo contra los fascismos.

»El único país que puede ayudarnos, tarde o temprano, aparte de México, es Rusia. Y no nos ayudará porque está demasiado lejos.

»En cuanto a lo que oímos por la ventana, señor Magnin, es el Apocalipsis de la fraternidad. A usted lo conmueve. Lo comprendo muy bien: es una de las cosas más conmovedoras de la tierra y no se ve a menudo. Pero debe transformarse *bajo pena de muerte*.

—Es muy posible… Sólo que, permítame, no acepto por mi parte, no quiero aceptar ningún conflicto entre aquello que representa la disciplina revolucionaria y los que aún no comprenden su necesidad. El sueño de la libertad total, el poder al más noble, o algo por el estilo, todo eso forma parte a mis ojos de aquello por lo cual estoy aquí. Quiero para cada hijo de vecino, una vida que no se califique por lo que exige de los otros. ¿Comprende usted lo que quiero decir?

—Me temo que no le hayan hecho conocer plenamente la situación.

»Tenemos que vérnoslas con dos golpes de Estado superpuestos, mi querido señor Magnin. Uno es el puro y simple pronunciamiento de las familias, viejo conocido. Burgos, Valladolid, Pamplona, la Sierra. El primer día, los fascistas tenían todas las guarniciones de España. Ahora no tienen ya sino la tercera parte. Ese pronunciamiento, en suma, ha sido vencido. Y vencido por el Apocalipsis.

»Pero los Estados fascistas, que no son idiotas, han encarado perfectamente el fracaso del pronunciamiento. Y, a partir de allí, comienza el problema del Sur. Tenga usted cuidado: *no es de igual naturaleza*.

»Para saber de qué hablamos, dejemos la palabra fascismo. Primero: a Franco le importa un bledo el fascismo, es un aprendiz de dictador venezolano. Segundo: a Mussolini le importa un bledo instituir o no el fascismo en España; los problemas morales son una cuestión, la política extranjera otra. Mussolini quiere aquí un Gobierno sobre el cual pueda actuar. Para eso ha hecho de Marruecos una base de agresión. De allí parte un ejército moderno, con un armamento moderno. Como no pueden contar con los soldados españoles (lo han visto en Madrid y en Barcelona), se apoyan en tropas poco numerosas pero de valor técnico: moros, Legión Extranjera, etcétera.

—No hay más que doce mil moros en Marruecos, García —dijo Vargas.

—Le anuncio cuarenta mil. Nadie aquí ha estudiado ni siquiera un poco el vínculo presente de las autoridades del islam con Mussolini. ¡Espere un poco! Francia e Inglaterra quedarán sorprendidas. Y si los moros no bastan, nos enviarán italianos, querido amigo.

—A su juicio, ¿qué quiere Italia? —preguntó Magnin.

—No lo sé. A mi juicio, la posibilidad de controlar Gibraltar, es decir de poder transformar automáticamente una guerra anglo-italiana en guerra europea, obligando a Inglaterra a hacer esta guerra a través de un aliado europeo. El relativo desarme de Inglaterra hace preferir a Mussolini encontrarse con ella sola; su rearme cambia profundamente la política italiana. Pero todo esto son hipótesis, son charlas de café. Lo serio es lo siguiente: apoyado de la manera más concreta por Portugal, ayudado por los países fascistas, el ejército de Franco —columnas motorizadas, fusiles ametralladores, organización
italo-alemana
, aviación
italo-alemana
— va a tratar de dominar Madrid. Para dominar la retaguardia, va a recurrir al terror masivo, como ha comenzado en Badajoz. Qué vamos a oponer nosotros, prácticamente, a esta segunda guerra, que *nada tiene que ver* con la de la Sierra, ésa es la cuestión.

García dejó su sillón y se acercó a Magnin, sus dos orejas puntiagudas recostadas contra la lámpara eléctrica, encendida sobre el escritorio.

—Para mí, señor Magnin, la cuestión es sencillamente ésta: una *acción popular*, como la nuestra, o una revolución, o hasta una insurrección, no mantiene su victoria sino por una técnica *opuesta* a los medios que le han sido dados. Y a veces hasta a los sentimientos. Reflexione en ello, en función de su propia experiencia. Porque dudo que usted funde su escuadrilla con la sola fraternidad.

»El Apocalipsis quiere todo, todo enseguida; la revolución obtiene poco —lenta y duramente—. El peligro es que todo hombre lleva en sí el deseo de un Apocalipsis. Y que, en la lucha, ese deseo, pasado un tiempo bastante corto, es una derrota cierta por una razón muy simple: por su naturaleza misma, el Apocalipsis *no tiene futuro*.

»Ni siquiera cuando pretende tener uno.
Se guardó la pipa en el bolsillo y dijo con tristeza:
—Nuestra modesta función, señor Magnin, es organizar el Apocalipsis.

II

Ejercicio
de apocalipsis

I

1

García, nariz respingona y pipa en la boca, iba a entrar en lo que había sido una tiendecita y que era uno de los puestos de mando de Toledo.

A la derecha de la puerta estaba pegada una gran foto sacada de un periódico ilustrado: los rehenes llevados al Alcázar por los fascistas y que debían ser protegidos cuando las tropas republicanas asaltaran los subterráneos. «La mujer X…, la joven X…, el niño X»… Como si los combatientes, durante el combate, pudieran recordar esas caras. Entró García. Dejaba el pleno sol lleno de torsos desnudos y de sombreros mexicanos: la oscuridad le pareció completa.

—La batería tira sobre nosotros —gritaban dentro.

—¿Qué batería, la de Negus?

—La nuestra.

—He telefoneado: ¡Tiráis demasiado corto! El oficial ha contestado: «Estoy cansado de tirar contra los míos. Ahora cambio».

—Es un desafío a los principios más sagrados de la civilización —dijo una voz carente de simplicidad, con un acento francés muy marcado.

—Un traidor más —dijo por lo bajo una voz áspera y fatigada, la del capitán, cuyo rostro comenzó a adivinar García. Y a un teniente—: Busque veinte hombres y una ametralladora y vaya corriendo —por último, a un secretario—: Ponga al coronel al corriente.

—He mandado a tres compañeros —dijo el Negus— para que le arreglen las cuentas al de la batería.

—Yo lo había destituido, que quiere usted, y si la F. A. I. no lo hubiera puesto allí…

García no pudo oír el final. Sin embargo había mucho menos alboroto allí que afuera. Algunas explosiones de vez en cuando, subían de tierra y martilleaban la *Cabalgata de las Walkirias*, que transmitía la radio de la plaza. Sus ojos se habituaban a la penumbra y distinguía ahora al capitán Hernández: se parecía a los reyes de España de los cuadros célebres que se parecían todos a Carlos V joven, las estrellas doradas, sobre su mono, brillaban vagamente en la sombra. A su alrededor ya empezaban a distinguirse nítidamente en la pared las manchas regulares de las que estaba rodeado como los cortos rayos que rodean las estatuas de ciertos santos españoles: suelas y hormas de zapatero. No las habían retirado de la tienda. Al lado del capitán, un responsable anarquista, Sils, de Barcelona.

La mirada de Hernández se encontró por fin con García, la pipa a un lado de la boca.

—¿Comandante García? Me han telefoneado. De Informes Militares.

Le estrechó la mano, lo arrastró hacia la calle.

—¿Qué desea hacer?

—Seguirlo algunas horas, si usted me lo permite. Después veremos…

—Voy a Santa Cruz. Vamos a ensayar la dinamita contra los edificios del gobierno militar.

—Vamos.

El Negus, que los seguía, miraba a García con simpatía: por una vez un enviado de Madrid tenía buena cara. Orejas de pícaro, forzudo, y de aspecto no demasiado burgués: García llevaba una chaqueta de cuero. Al lado del Negus, gesticulaba un hombre puro tendón, cabellos grises ondulados y revueltos, chaqueta de alpaca, pantalones de montar y botas: el capitán Mercery enviado por Magnin al Ministerio de Guerra y puesto a disposición del comandante militar de Toledo.

—Camarada Hernández —gritó una voz de la tiendecita—, el teniente Larreta telefonea que el oficial de la batería se ha largado.

—Que él lo reemplace.

Hernández se alzó de hombros con asco, y saltó de un brinco una máquina de coser tirada en la calle. Una escolta lo seguía.

—¿Quién manda aquí? —preguntó García, apenas irónico.

—¿Quién quiere usted que mande?… Todo el mundo… Nadie. Usted sonríe…

—Sonrío siempre. Es un tic jovial. ¿Quién da las órdenes?

—Los oficiales, los locos, los delegados de las organizadores políticas, y otros que olvido…

Hernández no hablaba con hostilidad, pero sí con una mueca de desaliento que curvaba la barra de su bigote negro sobre sus labios delgados.

—¿Qué relaciones tienen los oficiales de carrera de ustedes con las organizaciones políticas? —preguntó García.

Hernández lo miró sin hacer un gesto y sin hablar, como si nada hubiera sido capaz de explicar hasta qué punto esas relaciones eran catastróficas. A pleno sol, se oía el canto de los gallos.

—¿Por qué? —preguntó García—. ¿Por qué cualquier imbécil se pretende delegado? Al principio, en una revolución todos se hacen pasar por autoridades.

—Eso ante todo. Después, qué quiere usted, la ignorancia absoluta de aquellos que vienen a discutir con nosotros sobre problemas técnicos. Esas milicias serían aplastadas por dos mil soldados que conocieran su oficio. ¡En suma hasta los *verdaderos* jefes políticos creen en el pueblo como fuerza militar!

—Yo no. Al menos, no enseguida. ¿Y después?

En las calles divididas en dos por la sombra, continuaba la vida, las escopetas entre los tomates. La radio de la plaza dejó de tocar la *Cabalgata de las Walkirias*; se oyó un canto flamenco: gutural, intenso, en él se mezclaban el canto fúnebre y el grito desesperado de los caravaneros. Y parecía crisparse sobre la ciudad y el olor de los cadáveres, como las manos de los muertos se crispan en la tierra.

—En primer lugar, comandante, para ser socialista o comunista, o miembro de uno de nuestros partidos liberales, se requiere un mínimo de garantías; pero se entra en la C. N. T. como Pedro por su casa. No le estoy enseñando nada nuevo; pero, qué quiere usted, para nosotros es lo más grave de todo: ¡cada vez que detenemos a un falangista, tiene un carnet de la C. N. T! Hay anarquistas de valor, ese camarada que está detrás de nosotros, por ejemplo; ¡pero mientras exista el principio de la puerta abierta, todas las catástrofes entrarán por esa puerta! Usted ha visto lo que acaba de ocurrir con el teniente de la batería.

—Los oficiales de carrera que están con nosotros, ¿por qué razones lo están?

—Están los que piensan que como Franco no ha triunfado enseguida, será vencido. Los que están ligados a tal o cual oficial superior enemigo de Franco, de Queipo, de Mola o de algún otro; los que no se han movido, sea por vacilación, sea por abulia; en suma, estaban con nosotros, y aquí han quedado… Después de que los comités políticos los hayan puesto de vuelta y media, lamentan no haber partido…

García había visto oficiales que pretendían ser republicanos, en la Sierra, aprobar lo que los milicianos hacían de más absurdo, y hablar pestes de ellos cuando ya no estaban y a los de un campo de aviación militar retirar las mesas y las sillas de su comedor cuando llegaban voluntarios extranjeros mal vestidos… Y también a oficiales de carrera rectificar los errores de los milicianos con una paciencia incansable, enseñar, organizar… Y él conocía el destino del oficial republicano nombrado en el mando del 13.º de lanceros, uno de los regimientos rebeldes de Valencia: había ido a presentarse en el cuartel rebelado; había entrado —conociendo plenamente el riesgo qué corría—. La puerta se había cerrado y se había oído una salva.

—¿Ninguno de los oficiales de ustedes se ha entendido con los anarquistas?

—Sí, los peores, muy bien. El único al que los anarquistas, o más bien aquellos que se dicen anarquistas, obedecen en cierta medida es ese capitán francés. No lo toman demasiado en serio, pero lo quieren.

García alzó una pipa interrogadora.

—Me da consejos de tácticas absurdas —dijo Hernández— y consejos prácticos excelentes…

Todas las calles convergían hacia la plaza. Ésta separaba a los sitiadores del Alcázar: no pudiendo pues atravesarla, García y Hernández daban la vuelta alrededor, García haciendo resonar el paso, Hernández arrastrándolo, sobre el pavimento de Carlos V. Encontraban la plaza en el extremo de cada perspectiva de calle cerrada por los colchones, de cada callejuela donde habían hecho una barricada de sacos, demasiado baja.

Los hombres tiraban acostados, mal agrupados, muy vulnerables al tiro de las ametralladoras.

—¿Qué piensa usted de estas barricadas? —preguntó García mirando de soslayo.

—Lo mismo que usted. Pero ya verá.

Hernández se acercó al que parecía dirigir la barricada; buena cara de cochero, bigotes, ¡oh, bigotes!, sombrero mexicano muy lujoso, tatuajes. En el brazo izquierdo, sujeta por un elástico, una calavera de aluminio.

—Habría que levantar cincuenta centímetros la barricada, separar a los tiradores, y ponerlos en ventanas en forma de V.

—¿Do… cu… men… ta… ción? —gruñó el mexicano en un estruendo de fusilazos bastante cercano.

—¿Qué?

—¡Tu documentación, eh, tus papeles!

—Capitán Hernández, comandante de la sección de Zocodover.

—Entonces, no eres de la C. N. T. Entonces, ¿por qué tienes que meterte con mi barricada?

García examinaba el maravilloso sombrero: alrededor de la copa, una corona de rosas artificiales; debajo, una faja que llevaba esta inscripción con tinta: *El terror de Pancho Villa*.

—¿Qué quiere decir el terror de Pancho Villa? —preguntó.

—Eso se entiende —dijo el otro.

—Por supuesto —respondió García.

Hernández lo miró en silencio. Volvieron a irse. En la radio, el canto magnífico había cesado. En una calle delante de una lechería, sobre una hilera de jarras de leche, un nombre propio estaba escrito en un cartón al lado de cada jarro. Hacer la cola fastidiaba a las mujeres: dejaban los jarros, el lechero los llenaba, y ellas venían a buscarlos —a menos que…

Paró el fuego. El paso de la escolta, por un instante, martilleó el silencio. García escuchó: «Como me escribió una mujer muy cultivada, *madame* Mercery, oigan, camaradas: ellos se equivocan si creen que limpiarán las manchas de sus derrotas de África con la sangre de los obreros». Después de lo cual, desde una calle resguardada, llegó el ruido de un patín de ruedas.

El fuego empezó de nuevo. Incluso de las calles al resguardo del fuego del Alcázar, siempre divididas por la sombra; del lado oscuro, las personas charlaban delante de las puertas, unas de pie, apoyadas en sus escopetas, otras sentadas. En el ángulo de una callejuela, solo, de espaldas, un hombre con sombrero y chaqueta, a pesar del calor, tiraba.

La callejuela iba hasta la pared, muy alta, de una dependencia del Alcázar. Ni una tronera, una ventana, un enemigo. El hombre, tranquilamente tiraba contra la pared, bala tras bala, rodeado de moscas. Cuando hubo agotado el cargador lo cambió por otro. Oyó tras de sí pasos que se detenían, y se volvió. Tendría unos cuarenta años, un rostro seno.

—Tiro.

—¿A la pared?

—A lo que puedo.

Miró a García con gravedad.

—¿No tiene usted un hijo aquí?

García lo miró sin responder.

El hombre se volvió y tiró de nuevo sobre las enormes piedras.

Continuaron su camino.

—¿Por qué no hemos tomado todavía el Alcázar? —le preguntó García a Hernández dándole un golpecito a la pipa sobre el dorso de la mano izquierda.

—¿Cómo lo tomaríamos?

Caminaban.

—Nunca se ha tomado una fortaleza tirando sobre sus ventanas… Hay un sitio, pero no hay ataque. ¿Entonces?

Miraban las torres.

—Le voy a decir una cosa sorprendente, mi comandante: el Alcázar *es un juego*. No se siente al enemigo. Se lo sintió al principio; ahora se acabó, qué quiere usted… Entonces, si tomáramos medidas decisivas nos sentiríamos asesinos… ¿Ha estado usted en el frente de Zaragoza?

—Todavía no, pero conozco Huesca.

—Cuando se sobrevuela Zaragoza, se ven los alrededores acribillados por bombas de avión. Los puntos estratégicos, los cuarteles, etcétera, están bombardeados diez veces menos que el vacío. No es ni torpeza ni cobardía: pero la guerra civil se improvisa más rápido que el odio de todos los instantes. Se necesita lo que se necesita, por supuesto, y no me gusta que los alrededores de Zaragoza parezcan un colador. Sólo que yo soy español, y comprendo…

Un gran ruido de aplausos que se perdía en el sol detuvo al capitán. Pasaron delante de un *music-hall* astroso; erizado de anuncios. Hernández se alzó de hombros con cansancio, como lo había hecho ya, y continuó un poco más lentamente:

—No sólo los milicianos de Toledo atacan el Alcázar; muchos de aquellos que lo atacan son de Toledo; y los chiquillos que los fascistas han encerrado son hijos de los milicianos de Toledo, qué quiere usted…

—¿Cuántos rehenes hay?

—Imposible saberlo… Toda investigación, aquí, se pierde en la arena… Un número bastante elevado, y

muchos son mujeres y niños: al principio han arramblado con todo lo que han podido. Lo que nos paraliza no son los rehenes, es la leyenda de los rehenes… Quizá no son tan numerosos como lo tememos todos…

—¿Es imposible saber a qué atenerse?

Como el capitán, García había visto las fotos de mujeres y de niños expuestos en la Jefatura (éstos, por lo menos, eran rehenes ciertos) y las de los cuartos vacíos con sus juguetes abandonados…

—Hemos intentado cuatro veces…

A través de la polvareda de un pelotón de jinetes campesinos semejantes a una tribu mongólica, llegaban a Santa Cruz. Más allá, estaban las ventanas enemigas del gobierno militar; arriba el Alcázar.

—¿Es aquí donde ustedes quieren ensayar la dinamita?

—Sí.

Atravesaron un desorden de jardines incendiados, de salones frescos y de escaleras, hasta la sala del museo. Las ventanas estaban obstruidas por sacos de arena y fragmentos de estatuas. Los milicianos tiraban en una atmósfera de horno, el torso desnudo con ocelos de luz como las manchas de las panteras: las balas enemigas habían hecho un colador en la parte superior de la pared de ladrillo. Detrás de García, sobre el brazo alargado de un apóstol, cintas de ametralladoras se secaban como ropa blanca. García colgó su chaqueta de cuero del índice tendido.

Mercery, por primera vez, se acercó a él:

—Mi comandante —le dijo rectificando su posición—, quiero hacerle saber que las hermosas estatuas están en lugar seguro.

Esperémoslo, pensó García, una mano del santo en la suya.

Después de los corredores, de las piezas oscuras, subieron a un tejado. Más allá de las tejas lívidas de luz, Castilla cubierta de cosechas flameaba con sus flores chamuscadas hasta el horizonte blanco. García, poseído por toda esa reverberación, a punto de vomitar de deslumbramiento y de calor, descubrió el cementerio; y se sintió humillado como si esas piedras y esos mausoleos muy blancos en la extensión ocre hubiesen hecho irrisorio todo combate. Pasaban balas con un ruido blando de avispas y otras, en el mismo instante, hacían estallar las tejas con un sonido más duro. Hernández, revólver en mano, avanzaba, agachado, seguido por García, Mercery y milicianos que llevaban dinamita, todos quemados, la espalda por el sol, el vientre por las tejas que les devolvían el calor acumulado. Los fascistas tiraban a diez metros. Un miliciano tiró una bomba que explotó sobre un tejado: las tejas saltaron hasta la pared que protegía a los dinamiteros, Hernández y García; una red oblicua de balas se tendía por encima de ellos.

—Mal trabajo —dijo Mercery.

Una ametralladora entró en juego. Una sola granada en esa dinamita…, pensó García. Mercery se puso de pie, el busto entero por encima de la pared. Los fascistas sólo le veían el cuerpo hasta el vientre, y tiraban más y mejor sobre ese busto increíble con chaqueta de alpaca, corbata roja, que lanzaba una carga de dinamita con un ademán de discóbolo, con algodón en las orejas.

Todo saltó, con un estruendo salvaje. Mientras las tejas, desmoronadas desde lo alto, rebotaban entre gritos, Mercery se había agazapado detrás de la pared, al lado de Hernández.

—¡Así! —les dijo a los milicianos que se deslizaban detrás de la pared con su carga.

Su rostro estaba a veinte centímetros del capitán.

—¿Cómo era la guerra del 14? —le preguntó éste.

—Vivir… No vivir… Esperar… Estar allí para algo… Tener miedo…

Mercery sentía, en efecto, que lo invadía el miedo a causa de la inmovilidad. Tomó su revólver, apuntó, con la cabeza descubierta, tiró. De nuevo actuaba; el miedo desapareció. Estalló la tercera carga de dinamita.

La borla del gorro de Hernández estaba justo enfrente de la grieta y el aire la mandó como de un papirotazo del otro lado de su perfil: el gorro cayó. Hernández era calvo; se puso de nuevo el gorro y rejuveneció.

Algunas balas atravesaban la pared o la tronera, delante de la nariz de García, que se decidió por fin a apagar su pipa y a metérsela en el bolsillo. La fachada del edificio fascista estalló como si hubiera estado minado; la sangre pareció brotar de la cabeza de un miliciano que se desplomó a la derecha de García, con la mano que había lanzado la dinamita todavía en el aire. Y en el vacío que había llenado esa nuca de donde brotaba la sangre, a lo lejos, delante del cementerio, sobre una pendiente del Alcázar, en pleno fuego, había un automóvil detenido, intacto en apariencia bajo el violento sol: dos ocupantes delante, tres detrás, inmóviles. A diez metros debajo, una mujer, la cabeza escondida en el hueco del brazo, el otro brazo extendido (pero la cabeza hacia abajo de la barranca), habría parecido dormir si no se la hubiera sentido, bajo su vestido vacío, más aplanada que ningún ser viviente, pegada a la tierra con la fuerza de los

cadáveres; y esos fantasmas del sol resplandeciente no eran muertos sino por su olor.

—¿Sabe usted si hay especialistas de explosivos en Madrid? —le preguntó Hernández.

—No.

García seguía mirando el cementerio, sacudido por lo que había de turbio y de eterno en esos cipreses y en esas piedras, sintiendo hasta en los latidos de su corazón el incansable olor de carne podrida y viendo el día deslumbrante mezclar los muertos antiguos y los muertos recientes de esa guerra en su mismo resplandor. La última carga estalló en el último pedazo del edificio fascista.

En la sala del museo, el calor era siempre el mismo, y el alboroto siempre igual. Lanzadores de dinamita milicianos de los subterráneos y milicianos del museo se congratulaban.

García sacó su chaqueta del índice del santo: el forro se enganchaba, el santo se negaba a soltarla. De una escalera, que llevaba a algún sótano, milicianos con el torso desnudo subían cargados de casullas cuyo oro verdoso y cuya seda rosa pálida brillaban vagamente; otro miliciano, con una toca del siglo XVI echada hacia atrás en la cabeza, los inscribía.

—¿Qué objeto tiene lo que acabamos de hacer? —preguntó García.

—La destrucción de esos edificios hace impracticable toda salida de los rebeldes. Eso es todo; qué quiere usted, es lo menos absurdo… Y hasta ahora empleamos bombas con ácido sulfúrico y con gasolina, envueltas en algodón con clorato de potasio y con azúcar… Entonces, a pesar de todo…

¿Los cadetes tratan todavía de salir?

Mercery, que estaba aún a su lado, alzó los brazos.

—¡Están ustedes frente a la mayor impostura de la historia!

García lo miraba, con aire interrogador:

—A su disposición para un informe, mi comandante.

Pero Hernández había posado la mano en el brazo de García, y Mercery, respetuoso de la jerarquía, se apartó. Hernández miraba al comandante con la misma expresión que cuando se había ocupado de las relaciones entre los oficiales y las organizaciones anarquistas —por añadidura, asombrada esta vez—. Se oía un avión.

—¡También usted! ¡Los Informes Militares!…

García esperaba, olfateando, prestando atención con sus ojos saltones de ardilla.

—Los cadetes del Alcázar son una soberbia invención de propaganda; no hay veinte cadetes allí dentro: cuando el levantamiento, todos los alumnos del Colegio Militar estaban de vacaciones. El Alcázar está defendido por guardias civiles, dirigidos por los oficiales de la Escuela de Guerra, Moscardó y los demás…

Una docena de milicianos llegaron corriendo, el Negus con ellos.

—¡Ahí están de nuevo con un lanzallamas!

A través de corredores y escaleras, Hernández, García, el Negus y los milicianos habían llegado a un sótano de alta bóveda, lleno de humo y detonaciones, abierto frente a ellos por un ancho corredor subterráneo donde el humo se volvía rojo. Los milicianos pasaban corriendo, con baldes llenos de agua en la mano o entre los brazos. El estruendo del combate que se sostenía afuera apenas llegaba y el olor de la gasolina había reemplazado decididamente el olor a perro reventado. Los fascistas estaban en el corredor.

El chorro del lanzallamas, fosforescente en la oscuridad, llegaba por allí y rociaba el cielo raso, la pared de enfrente y el piso con un movimiento bastante lento, como si el fascista que tuviera el lanzallamas hubiera alzado incesantemente una larga columna de gasolina. Limitada por el marco de la puerta, la blanda columna inflamada no podía alcanzar la derecha ni la izquierda del cuarto. A pesar del furor con el cual los milicianos echaban el contenido del agua contra la pared y la gasolina crepitante, Hernández sentía que esperaban el instante en que los fascistas aparecerían en la puerta y, por la forma en que algunos estaban pegados a la pared, los sentía prontos a cejar. Nada tenía que ver la guerra con este combate de los hombres contra un elemento. El riego de gasolina avanzaba, y todos los milicianos dedicados a echar baldes de agua sobre las paredes, el chirrido del vapor y la tos infernal de los hombres ahogados por el acre olor del petróleo y el atroz y sibilante sonido blando del lanzallamas. El chorro de gasolina crepitante avanzaba paso a paso y las llamas azuladas y convulsas multiplicaban el frenesí de los milicianos, haciendo patalear en las paredes racimos de sombras enloquecidas, todo un desencadenamiento de fantasmas estirados alrededor de la locura de los hombres vivos. Y los hombres contaban menos que esas sombras locas, menos que esa niebla sofocante que transformaba todo en siluetas, menos que ese chisporroteo salvaje de llamas y de agua, menos que los pequeños gemidos ladrados por un quemado.

—¡No veo —aullaba a ras de tierra—, no veo! ¡Sacadme de aquí!

Hernández y Mercery lo habían cogido por los hombros y lo arrastraban, pero él continuaba gritando: ¡Sacadme de aquí!

La llama llegaba a la entrada de la sala. El Negus estaba junto a la puerta, pegado a la pared, con el revólver en la mano derecha. En el instante en que el cobre del lanzallamas llegó al ángulo de la pared, lo tomó con la mano izquierda, sus cabellos vaporosos aureolados de azul bajo la luz de la gasolina, y lo dejó enseguida, dejando en él la piel. Caían las balas por todos lados. El fascista dio un salto oblicuo para echar el chorro del lanzallamas sobre el Negus, que tocaba ya su pecho; el Negus tiró. El lanzallamas cayó sobre las losas, mandando al techo todas las sombras: el fascista tambaleó por encima de la luz que venía del lanzallamas en el suelo, su rostro iluminado por debajo —un oficial de bastante edad—, en la fosforescente claridad de la gasolina. Resbaló por fin sobre el Negus, con una lentitud cinematográfica, la cabeza en el chorro del lanzallamas, que retiró de una patada. El Negus dio la vuelta al lanzallamas: todo el cuarto desapareció en una oscuridad completa, mientras aparecía el subterráneo lleno de nubes a través de las cuales huían las sombras.

Un enmarañamiento de milicianos corría por el rectángulo del corredor, donde el chorro azulado de la gasolina se había ahora vuelto hacia fuera, en una gran confusión de gritos y tiros de fusil. De pronto todo se apagó, salvo una lámpara y una linterna eléctrica.

—Han cortado la gasolina cuando han visto que nosotros teníamos el lanzallamas —dijo una voz en la sala. Y la misma voz, un segundo después—: Sé lo que digo, he llamado a los bomberos.

—¡Alto! —gritó Hernández, también desde el corredor—. Tienen una barricada en el extremo.

El Negus volvió del corredor. Los milicianos empezaban a encender las lámparas.

—No es salvaje quien quiere —le dijo a Hernández—. Me escapé por un cuarto de segundo. Antes de que yo tirara, tenía tiempo de dirigir el lanzallamas contra mí. Yo lo miraba. Es rara, la vida… Debe ser difícil quemar a un hombre que te mira…

El corredor de salida estaba negro, salvo, en el extremo, el rectángulo en penumbra de la puerta. El Negus encendió un cigarrillo, y todos los que lo seguían lo hicieron a la vez: el regreso a la vida. Cada hombre apareció por un segundo a la luz del fósforo o del encendedor, después todo volvió a la penumbra. Caminaban hacia la sala del museo de Santa Cruz.

—Hay un avión por encima de las nubes —gritaron algunas voces en la sala.

—Lo que es difícil, evidentemente —continuó el Negus—, es no vacilar. Cuestión de segundos. Hace dos días, el Francés dio la vuelta a un lanzallamas así. Quizá el mismo… Sin quemarse, pero también sin matar al tipo. El Francés dice que él sabía cómo, y que sin duda no es posible utilizar un lanzallamas contra alguien que te mira. Uno no se atreve… A pesar de todo, uno no se atreve…

2

Todos los días uno de los oficiales de la aviación internacional pasaba por la Dirección de Operaciones y a veces por la policía. Magnin enviaba casi siempre a Scali; su cultura hacía fáciles sus relaciones con el Estado Mayor del Aire, compuesto casi totalmente por oficiales del antiguo ejército. (Sembrano y sus pilotos formaban un grupo particular). Su cordialidad llena de fineza de hombre todavía rechoncho, pero que envejecería obeso, facilitaba las relaciones con todos, policía incluida. Era más o menos de todos los italianos de la escuadrilla, de la cual había sido elegido responsable, y de la mayoría de los otros. Además, hablaba bien español.

Acababa de ser llamado con urgencia por la policía.

Las puertas de la policía estaban custodiadas por ametralladoras. Alrededor de los sillones con conchillas doradas, imperiosos y vacíos, se veían los humildes rostros de infelicidad de todas las guerras. En un pequeño comedor (todo estaba tal cual en el hotel donde ese anexo militar de la policía acababa de instalarse), entre dos guardias, se agitaba Séruzier, el compañero de Leclerc, más volador estupefacto que nunca.

—¡Scali, Scali! ¡Hombre, hombre! ¡Eres tú, camarada!

Scali esperaba que terminase de zumbar.

—¡Creía que me iban a encerrar! ¡Sí, a encerrar!

Como el secretario de la policía acompañaba a Scali, los milicianos que custodiaban a Séruzier se habían apartado un poco, pero este último no se atrevía a sentirse libre.

—¡Putas semejantes, hombre, te das cuenta!…

Hasta sentado, sus ojos muy negros de pierrot girando en su cara sin cejas, parecía una mariposa enloquecida encerrada en un cuarto.

—Un momento —dijo Scali levantando el índice—. Empecemos por el principio.

—Bueno, la puta me recogió en la Gran Vía. No sé qué me dijo, pero me dio a entender que era muy hábil y sabía hacer toda clase de cosas. Entonces le digo: «¿Haces el amor a la italiana?». «Sí», me contesta.

»Subo a la casa, pero cuando quiero subírmele encima, quiere hacer todo como de costumbre. ¡No, le digo, habíamos convenido en hacer el amor a la italiana, y no de otra manera! No quiere entender. Yo le digo que me ha engañado. Cuando comienzo a vestirme, telefonea en español. Llega una golfa gorda, no nos entendemos. La gorda mostraba todo el tiempo a la pequeña, que estaba también en pelotas, y nada mal, y parecía decirme: pues bien, anda. Entonces le explico a la gorda que no se trataba de eso, pero ella me creía de mala fe. ¡No es que a la italiana me importe tanto, puedo asegurarte! ¡De ningún modo! Pero no quiero que se burlen de mí. ¡Esto nunca! ¿Estás de acuerdo, no?

—Pero ¿qué haces aquí? Después de todo, no te han detenido por lubricidad.

—Bueno, la gorda, como vio que yo no cedía, habló por teléfono. Yo me dije… va a llegar una todavía más gorda…

Ahora Séruzier sabía a qué atenerse: Scali tomaba las cosas a broma, el asunto salía bien. Cuando Scali sonreía, parecía reír, y la alegría, achicando sus ojos, acentuaba el carácter mulato de su rostro.

—¿Y sabes quién llega? ¡Seis tipos de la F. A. I. con sus trabucos! ¿Qué vienen a hacer estos tipos? Me pongo a explicarles lo que me pasa: no soy yo quien la había recogido, fue ella. Y cuando se lo dije, aceptó. Por un lado, sabía que están en contra de la prostitución, por lo tanto contra la golfa; por otro, que son virtuosos, ¡entonces deben estar en contra del amor a la italiana, al menos en principio, todos esos vegetarianos! Lo peor era no comprender ni jota de español, porque si no fuera eso, en esos casos, sabes, entre hombres, nos hubiéramos entendido. Pero mientras más me explicaba, ¡peor cara ponían! Hombre, había uno que sacó el revólver. Más le explicaba que no lo había hecho a la italiana, ¡Dios mío!, todo peor. Y las dos golfas que gritaban: ¡italiano, italiano! No se oía más que eso. Terminé por sentirme confuso, te lo aseguro. Tuve la idea de mostrarles a los de la F. A. I. mi carta de la escuadrilla, que está en español. Entonces me trajeron aquí. Te hice telefonear al campo.

—¿De qué lo culpan? —dijo Scali, en español, al secretario.

—De nada muy serio. Está acusado por prostitutas, sabe usted… Espere. Aquí está: organización de espionaje por cuenta de Italia.

Cinco minutos después, Séruzier estaba libre en medio de la risa general.

—Hay algo más serio —dijo el secretario—. Dos aviadores fascistas italianos han caído en nuestro campo al sur de Toledo. Uno está muerto, el otro está allí. La Oficina de Información Militar pide que usted examine los documentos.

Scali, molesto, hojeó con su corto dedo meñique cartas, tarjetas, fotos, recibos, carnets de sociedades, encontrados en la cartera —y los mapas encontrados en la carlinga—. Era la primera vez que Scali entraba en la intimidad de un italiano enemigo, y ese italiano era un muerto.

Una tarjeta lo intrigó.

Era alargada como una tarjeta de aviación doblada; sin duda, la habían pegado a la del piloto. Parecía que hubiera servido de carnet de vuelo. Dos columnas: *De… a…*, y las fechas. El 15 de julio (por lo tanto, *antes* del levantamiento de Franco): La Spezia; después Melilla, el 18, el 19, el 20; después Sevilla, Salamanca. Al margen, los objetivos: bombardeo, observación, acompañamiento, protección… En fin, la víspera: *de* Segovia *a*… La muerte estaba en blanco.

Pero debajo, escrito con otra estilográfica algunos días después: TOLEDO, y la fecha de dos días después. Una importante misión de aviación era pues inminente sobre Toledo.

De otra habitación llegaba la voz de alguien que gritaba al teléfono:

—¡No ignoro la debilidad de nuestras formaciones señor Presidente! ¡Pero no incorporaré en ningún caso, en ningún caso, me entiende usted bien, no incorporaré a la guardia de asalto a personas que no están garantizadas por una organización política!

—…

—¿Y el día en que debamos reprimir una rebelión fascista con una guardia de asalto en que se hayan infiltrado fuerzas enemigas? Bajo mi responsabilidad, no admito hombres sin garantías. Había bastantes falangistas en la Montaña, ¡no los habrá ahora en la policía!

Desde el primer momento, Scali había reconocido la voz exasperada del jefe de policía.

—Su nieta está prisionera en Cádiz —dijo un secretario. Golpearon una puerta, no oyeron nada más. Después se abrió la puerta del comedor, volvía el secretario.

—Hay también documentos en Informaciones. El comandante García dice que son papeles importantes. En cuanto a los que usted tiene, le pide que separe los documentos del otro muerto de los del observador. Me los entregará todos, yo los llevaré enseguida allí. Usted le rendirá cuentas al coronel Magnin.

—Muchos son impresos o tarjetas, y es imposible saber a quién pertenecen.

—Si le parece —dijo Scali sin entusiasmo.

Sus sentimientos respecto al prisionero eran tan contradictorios como los que había tenido delante de los documentos. Pero no dejaba de sentir curiosidad: dos días antes, un piloto alemán, caído en la Sierra muy cerca del Estado Mayor (donde se encontraban dos ministros en inspección), había sido interrogado. Y, como se asombrara de ver generales, porque creía que los «rojos» no los tenían, el traductor le había nombrado a los presentes. «¡Dios mío! —había gritado literalmente el alemán—, ¡pensar que he sobrevolado cinco veces esta casucha y nunca la he bombardeado!».

—Un segundo —dijo Scali al secretario—, dígale al comandante que, entre lo que yo he visto, hay un documento que puede tener su importancia —pensaba en la lista de vuelos, a causa de la fecha de la partida de Italia, anterior al levantamiento de Franco.

Pasó por la oficina donde el observador estaba custodiado. Sentado en una mesa de tapete verde, acodado en ella, el prisionero daba la espalda a la puerta por donde entró Scali. Éste no vio al principio sino una silueta a la vez civil y militar, chaqueta de cuero y pantalón azul; pero desde que oyó abrir la puerta, el aviador fascista se puso de pie y se volvió hacia ella, y los movimientos de sus piernas y de sus brazos largos y flacos, de esa espalda que permanecía encorvada, eran los de un tísico nervioso.

—¿Está usted herido? —le preguntó Scali en tono neutro.

—No. Contusiones.

Scali puso su revólver y los papeles sobre la mesa, se sentó e hizo señas a los dos guardias para que salieran. Ahora veía al fascista de frente. Su cara era la de un gorrión, ojos pequeños y nariz afilada, tan frecuente en los aviadores, un poco acentuada por los huesos marcados y el pelo cortado a cepillo. No se parecía a House, pero era de la misma familia. ¿Por qué parecía de tal modo sorprendido? Scali se volvió: detrás de él, bajo el retrato de Azaña, un montón de platería de un metro de altura: fuentes, platos, teteras, aguamaniles y bandejas musulmanas, relojes de péndulo, cubiertos, vasos, tomados durante las requisas.

—¿Eso le asombra?

El otro vaciló:

—Eso… ¿Qué? Los…

Mostró con un dedo las riquezas de Simbad.

—¡Oh, no!

Lo que le asombraba era quizá el mismo Scali: ese aire de cómico norteamericano, debido, más que a su cara de labios gruesos pero facciones regulares a pesar de sus anteojos de carey, a sus piernas demasiado cortas para su busto, lo que le hacía caminar como Charlot, a su chaqueta de gamuza, tan poco de «rojo» y a su lápiz en la oreja.

—Un momento —dijo Scali en italiano—. Yo no soy un policía. Soy un aviador voluntario, llamado aquí por cuestiones técnicas. Me han pedido que separara sus papeles de los de su… colega muerto. Eso es todo.

—¡Ah, me da lo mismo!

—A la derecha los que le pertenecen, a la izquierda los demás.

El observador comenzó a formar dos montones de papeles, sin casi mirarlos; miraba los puntos luminosos de que estaban consteladas las piezas de plata por las bombillas eléctricas del techo.

—¿Cayeron ustedes por una avería o combatiendo?

—Estábamos haciendo un reconocimiento. Nos derribó un avión ruso.

Scali se alzó de hombros.

—Lástima que no los haya. No importa. Esperemos que los haya pronto.

El registro de vuelo del piloto no decía por lo demás reconocimiento, sino bombardeo. Scali sintió con violencia la superioridad que da sobre el que miente el conocimiento de su mentira. Sin embargo, no conocía aparatos italianos de bombardeo de dos pasajeros en el frente de España. ¡Que los policías se las arreglen! Pero tomó una nota. Sobre el montón de la derecha, el observador colocó un recibo, algunos billetes españoles, una pequeña foto. Scali se ajustó los anteojos para examinarla (no era miope, sino présbita): era un detalle de un fresco de Piero della Francesca.

—¿Es de usted o de él?

—Usted me ha dicho: a la derecha, lo suyo.

—Bien. Entonces, continúe.

Piero della Francesca. Scali miró el pasaporte: estudiante, Florencia. Sin el fascismo, ese hombre habría

sido quizá su alumno. Scali había pensado por un instante que la foto pertenecía al muerto, del cual se sentía confusamente solidario… Él había publicado el análisis más importante de los frescos de Piero…

(La semana anterior, un interrogatorio, conducido por un aviador y no por la policía, había terminado en una discusión de récords).

—¿Usted saltó?

—El avión no funcionaba. Aterrizamos en el campo, eso fue todo.

—¿Capotó?

—Sí.

—¿Y después?

El observador vacilaba en contestar. Scali miró el informe. El piloto había salido primero, el observador —su interlocutor— estaba aún atascado en los desechos del avión. Un campesino se había acercado, el piloto había sacado su revólver. El campesino había continuado acercándose. Cuando estuvo a tres pasos, el piloto había sacado de su bolsillo izquierdo un puñado de pesetas, grandes billetes blancos de mil. El campesino había avanzado aún más mientras el piloto agregaba un puñado de dólares —sin duda preparados por si acaso—, y todo eso en la mano izquierda, porque la mano derecha tenía siempre el revólver. Cuando el campesino estuvo junto al piloto, al tocarlo, había bajado su escopeta y lo había matado.

—Su compañero no tiró el primero, ¿por qué?

—No sé…

Scali pensaba en las dos columnas de hoja de vuelo: ida y vuelta. La vuelta había sido el campesino.

—Bien. Y entonces, ¿qué hizo usted?

—Esperé… Vinieron muchos campesinos, me llevaron a la alcaldía; de allí, aquí. ¿Es que debo ser juzgado?

—¿Para qué?

—¡Sin juicio! —exclamó el observador—. ¡Ustedes fusilan sin juicio!

Era menos un grito de angustia que una comprobación: ese muchacho, desde que había caído, pensaba que a lo mejor lo fusilarían sin juicio. Se había puesto de pie y agarraba con las dos manos el respaldo de su silla, como para impedir que se la arrancaran.

Scali empujó levemente sus anteojos y alzó los hombros con una tristeza sin límites. La idea, tan común entre los fascistas, de que su enemigo es por definición de una raza inferior y digno de desprecio, la aptitud para el desdén de tantos imbéciles no era una de las razones menos importantes por las cuales había abandonado su país.

—Usted no será fusilado —dijo, encontrando súbitamente el tono del profesor que reprende a su alumno.

El observador no le creía. Y que sufriera por ello satisfacía a Scali como una amarga justicia.

—Un momento —dijo y abrió la puerta—: Que me traigan la foto del capitán Vallado, por favor —le pidió al secretario. Éste se la trajo, y Scali se la tendió al observador.

»¿Es usted aviador, verdad, y sabe si el interior de un avión es de ustedes o nuestro, no?

El amigo de Sembrano que había derribado dos Fiat, había sido derribado a su vez por un multiplaza, cerca de una aldea de la Sierra. Tomando de nuevo la aldea al día siguiente, los milicianos habían encontrado a los ocupantes del aparato todavía en su lugar en la carlinga, con los ojos arrancados. El bombardero era el capitán de los guardias de asalto que había puesto el cañón en batería contra el cuartel de la Montaña, sin saber apuntar.

El observador miró los rostros con los ojos arrancados; apretaba los dientes, pero le temblaban las mejillas.

—He visto…, muchos pilotos rojos prisioneros… Nunca han sido torturados…

—Tiene todavía que aprender que ni usted ni yo sabemos gran cosa de la guerra… La hacemos, que no es lo mismo…

La mirada del observador volvía a la foto, fascinado; había en esa mirada algo muy joven que concordaba con las pequeñas orejas despegadas; las caras de la foto no tenían mirada.

—¿Qué prueba… —preguntó— que esta foto que le han enviado no haya sido trucada?

—Bueno, entonces es trucada. Les arrancamos los ojos a los pilotos republicanos para sacar fotos. Contamos para ese trabajo con verdugos chinos, comunistas.

Delante de las fotos llamadas de «crímenes anarquistas», Scali, también, pensó al principio en que serían trucadas: los hombres no creen sin esfuerzo en la abyección de aquellos a favor de los cuales combaten.

El observador había tomado su selección de documentos como si se refugiara en ellos.

—¿Está usted bien seguro —preguntó Scali— que si yo estuviera en su lugar en este momento, los suyos…?

Se detuvo. De las piezas amontonadas de plata salieron, como ratones, uno, dos, tres, cuatro toques, tan argentinos y leves que no parecían venidos de esa mezcolanza trágica sino de los mismos tesoros de Aladino. Esos relojes de péndulo —¿por cuánto tiempo tendrían aún cuerda?— que en medio de esa entrevista, tan lejos de aquellos que fueron sus dueños, sonaban una hora cualquiera, le daban a Scali tal impresión de indiferencia y de eternidad; todo lo que decía; todo lo que podía decir le parecía tan vano que sólo tenía ganas de callarse. Ese hombre y él habían elegido.

Scali miraba distraídamente el mapa del muerto, cuyas líneas iba siguiendo con el lapicero que se había sacado de la oreja; a su lado, el observador había vuelto a la foto de Vallejo. Scali se ajustó sus anteojos, una vez más, miró al observador, miró de nuevo el mapa.

Según la hoja de vuelo, el piloto había partido de Cáceres, al sudeste de Toledo. Ahora bien, el campo de Cáceres, observado todos los días por los aviones republicanos estaba siempre vacío. El mapa era pues un mapa de la Aviación Española, excelente, en el cual cada aeródromo aparecía en forma de un pequeño rectángulo pintado de color violeta. A cuarenta kilómetros de Cáceres, había otro rectángulo, vacío éste, apenas visible: había sido trazado con lápiz, y como el lápiz no ennegrecía el papel barnizado del mapa, sólo quedaba la huella en hueco de la punta. Había otro rectángulo, junto a Salamanca, otros en el sur de Extremadura, en la Sierra… Todos los campos clandestinos de los fascistas. Y aquellos de la región del Tajo, de donde salían los aviones para el frente de Toledo.

Scali sentía su rostro endurecerse. Encontró los ojos del enemigo: cada uno sabía que el otro había comprendido. El fascista no se movía, no decía una palabra. Hundía la cabeza entre los hombros y sus mejillas temblaban como cuando había visto la foto de Vallado.

Scali dobló el mapa.

El cielo de la tarde del verano español aplastaba el campo como el avión a medias hundido de Darras aplastaba sus neumáticos desinflados, desgarrados por las balas. Detrás de los olivos, un paisano cantaba una cantinela andaluza.

Magnin, que acababa de volver del Ministerio, había reunido a las tripulaciones en el bar.

—Una tripulación voluntaria para el Alcázar de Toledo.

Hubo un silencio bastante largo, colmado por el zumbido de las moscas. Todos los días, ahora, los aparatos volvían con sus heridos, el depósito en llamas, por la noche, o a pleno sol, arrastrándose en silencio, con los motores sin funcionar —o no volvían—. Les habían llegado a los fascistas los cien aparatos previstos por Vargas; y muchos otros. No les queda a los republicanos un solo avión de caza moderno, y todos los cazas enemigos estaban sobre el Tajo.

—Una tripulación voluntaria para el Alcázar —repetía Magnin.

3

Marcelino pensaba, como Magnin, que a falta de aviones de caza había que hacerse proteger por las nubes. A menudo había vuelto de combates en el frente sur del Tajo casi en el crepúsculo, con Toledo en medio de las cosechas como un gran ornamento, su Alcázar alzado en la curva del río, y las humaradas de algunas casas incendiadas extendidas en diagonal sobre la piedra amarilla, sus últimas volutas cargadas de átomos de luz como rayos de sol a través de la sombra. Las casas ardían a ras del suelo con la calma de las chimeneas de aldea bajo el sol poniente, con toda la poderosa serenidad de las horas muertas de la guerra. Marcelino, que entendía bastante de pilotaje y navegación para prever la acción de sus compañeros de a bordo, no se había hecho piloto, pero era el mejor bombardero de la escuadrilla internacional, y un excelente jefe de tripulación. Hoy que en Toledo se combatía en alguna parte bajo esas nubes, los aviones de caza estaban muy cerca.

Por encima de las nubes, el cielo estaba extraordinariamente puro. Arriba, ningún avión enemigo patrullaba hacia la ciudad; una paz cósmica reinaba sobre la perspectiva blanca. En el cálculo, el avión se aproximaba a Toledo: iba a su máxima velocidad. Jaime cantaba; los demás miraban intensamente. Algunas montañas sobrepasaban a lo lejos la llanura de nieve: de tiempo en tiempo, en un hueco de nubes, aparecía parte de un trigal.

El avión debía de estar encima de la ciudad. Pero ningún aparato indicaba la deriva que impone un

viento perpendicular a la marcha del avión. Si bajaba a través de las nubes, estaría seguro a la vista de Toledo; pero si estaba demasiado alejado, los aparatos de caza enemigos tendrían tiempo de llegar antes del bombardeo.

El avión bajó en picado.

Esperando a la vez la tierra, los cañones del Alcázar y la caza enemiga, el piloto y Marcelino miraban el altímetro con más pasión de lo que mirarían jamás un rostro humano.

800-600-400

… siempre las nubes. Había que subir de nuevo y esperar que un hueco pasara por debajo de ellas.

Encontraron de nuevo el cielo, inmóvil por encima de las nubes que parecían seguir el movimiento de la tierra. El viento las empujaba del este al oeste; los pozos eran allí relativamente numerosos. Comenzaron a girar, solos en la inmensidad, con un rigor de estrella.

Jaime, antes ametrallador, le hizo una señal a Marcelino: por primera vez, los dos tenían conciencia, en sus cuerpos, del movimiento de la tierra. El avión que giraba como un minúsculo planeta, perdido en la indiferente gravitación de los mundos, esperaba que pasara bajo él Toledo, su Alcázar rebelde y sus sitiadores, arrastrados por el ritmo absurdo de las cosas terrestres.

Desde el primer hueco —demasiado pequeño—, el instinto de ave de caza pasó de nuevo a todos. Con el círculo de gavilanes, el avión giraba a la espera de un hueco más grande, todos los hombres de la tripulación mirando hacia abajo al acecho de la tierra. Les parecía que el paisaje entero de nubes giraba con una lentitud planetaria en torno al aparato inmóvil.

De la tierra, súbitamente reaparecida en el lindero de un hueco de nubes, a doscientos metros del avión llegó un pequeño cúmulo: desde el Alcázar tiraban.

El avión picó de nuevo.

El espacio se contrajo; no más cielo, el avión estaba ahora bajo las nubes; no más inmensidad: el Alcázar.

Toledo estaba a la izquierda, y, bajo el ángulo del descenso, la barranca que domina el Tajo era más aparente que toda la ciudad, y que el Alcázar mismo, que continuaba tirando; sus apuntadores eran oficiales de la Escuela de Artillería. Pero el verdadero adversario de la tripulación era el caza enemigo.

Toledo, oblicuo, se volvía poco a poco horizontal. Tenía siempre el mismo carácter decorativo, tan extraño en ese momento; y, una vez más, estaba rayada por largas humaredas transversales de incendios. El avión comenzó a girar tangencial al Alcázar.

Las circunferencias de gavilán eran necesarias para un bombardeo preciso —los sitiadores estaban muy cerca— pero cada circunferencia daba más tiempo al caza enemigo. El avión estaba a trescientos metros. Abajo, delante del Alcázar, hormigas con sombreros redondos blancos.

Marcelino entreabrió la trampilla, calculó el blanco, pasó, no dejó caer ninguna bomba, controló: sí, el blanco era bueno. Como el Alcázar era pequeño y Marcelino temía la dispersión de las bombas ligeras, quería arrojar solamente las pesadas; no había dado ninguna señal, y toda la tripulación esperaba. Por segunda vez, el indicador de órdenes le dijo al piloto que diera la vuelta. Se aproximaban las nubecitas de los obuses.

—¡Contacto! —gritó Marcelino.

De pie en la carlinga, con su mono siempre sin cinturón, parecía más torpe que nunca. Pero no dejaba de mirar el Alcázar. Abrió esta vez toda la trampilla, se puso en cuclillas: por el aire fresco que invadió el avión, todos comprendieron que empezaba el combate.

Era el primer frío de la guerra de España.

El Alcázar giró, vino hacia ellos. Marcelino, ahora boca abajo, tenía el puño en el aire, al acecho de los segundos. Los sombreros pasaron bajo el avión. El brazo de Marcelino parecía desgarrar un telón. El Alcázar pasó, algunos obuses torpes pasaron por encima de él como satélites, giró, se fue hacia la derecha, pudieron ver una vaga humareda en medio del patio principal. ¿Era la bomba?

El piloto continuaba su círculo, volvía a tomar tangencialmente el Alcázar; la bomba había caído en medio del patio. Los obuses del Alcázar seguían al avión, que volvió a pasar, arrojó su segunda bomba pesada, se fue, volvió otra vez. La mano de nuevo levantada de Marcelino no bajó: en el patio, sábanas blancas acababan de ser extendidas a toda prisa; el Alcázar se rendía.

Jaime y Pol boxeaban de júbilo. Toda la tripulación pataleaba en la carlinga.

A ras de las nubes, apareció el caza enemigo.

En la Jefatura, antiguo colegio transformado en cuartel, López, amistoso y borbónico, terminaba de interrogar a evadidos del Alcázar: una mujer, rehén, evadida gracias a un falso salvoconducto otorgado por el maestro armero, también evadido; y diez soldados, hechos prisioneros el primer día, que habían podido saltar por una de las barrancas.

La mujer era una robusta y morena comadre de unos cuarenta años, de nariz redonda y ojos muy vivos, visiblemente debilitada.

—¿Cuántos eran ustedes?, —preguntaba López.

—No puedo decírselo, señor comandante, porque nosotros no estábamos todos juntos; prisioneros por un lado, prisioneros por otro. Aquí y allá. En nuestro sótano, seríamos veinticinco, pero eso como si dijéramos era un dormitorio…

—¿Le daban de comer?

La mujer miró a López.

—Todavía demasiado.

Algunos campesinos pasaron delante de la Jefatura, con sus enormes horcas de madera a modo de candelabro sobre el hombro izquierdo, la escopeta bajo el brazo derecho. Y detrás de ellos entraba en Toledo una cosecha espesa, arrastrada por bueyes con cuernos coronados de retamas.

—Aquí, las personas dicen que no hay de comer en el Alcázar. No lo crea, señor comandante. Carne de caballo y pan malo, pero hay de comer. Yo he visto lo que he visto, sé de cocina más que los hombres, ¡tengo una fonda! Hay de comer, se lo aseguro.

—¡Y sus aviones mandan jamones y sardinas! —gritó uno de los soldados evadidos—. Los jamones son siempre para los oficiales. No nos han dado ni siquiera una vez. ¡Qué semanas! ¡Y los guardias que se quedan con esa gente!

—¿Y qué quieres que hagan los guardias, muchacho? —dijo la mujer.

—Que hagan como nosotros.

—Sí, pero dime —dijo ella lentamente—, quizá tú no hayas matado a nadie en Toledo…

Era lo que pensaba López: esos guardias civiles, cuando las derechas estaban en el poder, habían sido los agentes de la represión en la región de Toledo; y temían que aquellos que los reconocieran personalmente no tomaran en cuenta las condiciones de la rendición.

—¿Y las mujeres de los fascistas?

—¡Ésas!… —dijo la mujer.

Su cara, respetuosa cuando se dirigía a López, cambió súbitamente.

—¡Pero qué os pasa a vosotros, los hombres, que tenéis tanto miedo de tocar a las mujeres! ¡No todas son vuestras madres! ¡Saben tratarnos peor que los hombres! ¡Pero si tenéis miedo de las mujeres, dadnos las bombas a nosotras!

—No sabrías arrojarlas —dijo López, sonriente y confuso. Y les dijo a dos periodistas que acababan de llegar, bloc en mano—: Hemos propuesto la evacuación de todos los no combatientes; pero los rebeldes se niegan. Dicen que sus mujeres quieren quedarse con ellos.

—No me digas —exclamó la mujer—. La que acaba de parir allí, ¿quiere quedarse? La que quiso matar a tiros de revólver a su marido, ¿quiere quedarse? ¡Para empezar de nuevo, quizá! La que aúlla a la luna, hora tras hora, y que hasta debe de estar loca, ¿quiere quedarse?

—¡Y uno tiene que oírlas por fuerza! —dijo uno de los soldados. Y continuó histéricamente, tapándose las orejas con los puños—: ¡Y se las oye! ¡Y se las oye!

—Camarada López —gritaron de fuera—, ¡teléfono de Madrid!

López bajó, inquieto. Le gustaba lo pintoresco, pero no el sufrimiento, y ver siempre allí arriba ese Alcázar lleno de odio donde fusilaban en los patios y donde nacían niños comenzaba a enfurecerlo. Una mañana, sin ver un solo rostro había oído gritar en el Alcázar: «¡Queremos rendirnos! ¡Queremos…!». Después una descarga, y nada más.

Por teléfono, resumió lo que acababa de saber acerca de los rehenes: poca cosa.

—En fin —dijo—, no hay error posible, ¡es necesario que nosotros salvemos a esas gentes!

La voz desde Madrid replicó, más fuerte:

—Estoy de acuerdo con que hay que hacer lo imposible por ellos, pero hay que terminar con el Alcázar y mandar a los milicianos a Talavera. Ustedes deben, con todo, darles una posibilidad a los canallas de allí arriba. Preparen, lo antes posible, una mediación. Por el cuerpo diplomático, podemos ocuparnos del asunto nosotros mismos.

—Han pedido un sacerdote. Hay sacerdotes en Madrid.

—Mediación religiosa, bien. Vamos a llamar directamente al comandante del lugar. Gracias.

López volvió a subir.

—Las mujeres —decía uno de los soldados— están en los sótanos a causa de los aviones. Entonces, comprendéis, cuando son las nuestras, las mandan a las cuadras, allí donde nos habían encerrado. Las de ellos no están allí. Allí es terrible a causa del olor: en el picadero, hay una treintena de muertos enterrados a flor de tierra, además de las osamentas de los caballos. Es terrible. Los cadáveres son de los que han querido rendirse. Entonces nosotros, os dais cuenta, entre los que teníamos a nuestros pies, y los que han puesto sábanas en el patio delante de la cuadra donde uno estaba, sábanas para rendirse, cuando el avión ha pasado… El avión nos fastidiaba; por un lado, nos bombardeaba, y, por otro, estábamos contentos… Entonces han puesto sus sábanas.

—¿Qué eran? ¿Guardias civiles?

—No, soldados. Los otros han dejado que pusieran las sábanas. Pero entonces, cuando el avión partió, las ametralladoras comenzaron a funcionar. Hemos visto a los compañeros caer aquí y allá, sobre las sábanas, en cualquier parte. Después los guardias vinieron a recoger las sábanas. ¡Ya no estaban blancas!… Se las han llevado tirándolas por una punta, como unos pañuelos. Entonces nos dijimos que nos esperaba la misma suerte, y saltamos fuera cual fuese el peligro.

—¿No sabes si han matado a uno llamado cabo Morales? —preguntó una voz—. Porque es mi hermano. Más bien de tendencias socialistas…

El soldado no respondió.

—Sabes —dijo la mujer, resignada—, ésos matan a todos…

Cuando López salió de la Jefatura, los niños volvían de la escuela, la cartera bajo el brazo. Caminaba, moviendo los brazos como aspas de molino y la mirada abstraída, y estuvo a punto de pisar un charco negro; un anarquista lo apartó, como si López hubiera estado a punto de aplastar a un animal herido:

—Cuidado, hombre —dijo. Y respetuosamente—: Sangre izquierdista.

5

Una mitad de los pelícanos dormía sobre las banquetas del bar. La otra… los mecánicos estaban en su puesto; un cuarto de los pilotos y de los ametralladores, Dios sabe dónde. Magnin se preguntaba cómo llegaría a establecer una disciplina cualquiera sin ningún medio de sujeción. A pesar de sus marrullerías y de su jactancia, de su indisciplina y de su afectación, los pelícanos combatían a razón de uno contra siete; de igual modo, los españoles de Sembrano; de igual modo, los Bréguet de Cuatro Vientos y de Getafe. Todos habían perdido la mitad de sus efectivos. Muchos mercenarios, entre ellos Sibirsky, habían pedido combatir sin sueldo un mes por dos, deseosos de no ser privados de dinero ni de fraternidad. Cada día, San Antonio volvía cargado de cigarrillos, de gemelos, de discos de fonógrafo, cada vez más triste. Los aviones que partían sin caza (¿con qué caza habrían partido?) pasaban la Sierra gracias al alba, a la prudencia, al combate emprendido en otro lado, volviendo por lo común hechos un colador. En el bar, el consumo de alcohol aumentaba.

Los que estaban acostados en las banquetas, y Scali seguido de Raplati, comenzaron a ir y venir por la terraza del bar, en actitud de prisioneros. Sin que nadie hubiera venido a decir la hora, todos sabían que el avión de Marcelino no había vuelto aún. Le quedaba gasolina para un cuarto de hora, a lo sumo.

Enrique, uno de los comisarios del 5.º regimiento, que se decía mexicano y que quizá lo fuera, caminaba con Magnin por el campo. El sol se ponía detrás de ellos y los pelícanos veían los bigotes de Magnin, iluminados por los últimos rayos del sol, sobrepasar el perfil de tótem del comisario.

—Concretamente, ¿cuántos aviones le quedan?, —le preguntaba éste.

—Mejor no hablar. Como aviación regular, hemos dejado de existir… Y siempre a la espera de ametralladoras decentes. ¿Qué diablos hacen los rusos?

—¿Y los franceses?

—Dejemos eso. Vea usted, lo interesante es lo que se puede hacer. Salvo en caso de mucha suerte, bombardeo por la noche, o aprovecho las nubes. Felizmente, viene el otoño…

Alzó los ojos: la noche sería hermosa.

—Ahora, ante todo, me ocupo del tiempo que hará. Somos una aviación de guerrilla. O llegan aviones del extranjero, o no se tratará sino de morir lo mejor posible. ¿Qué olvidaba decirle? ¡Ah, ya recuerdo! ¿Qué hay de verdad en esa historia de aviones rusos llegados a Barcelona?

—Estuve antes de ayer en Barcelona. He visto en un hangar abierto un hermoso avión; estrellas rojas por todos lados, una hoz y un martillo en la cola, inscripciones a uno y otro lado. Y delante la palabra: Lenine.

Pero la I rusa… (la dibujó con el dedo) estaba al revés, como la N española. Al final, me acerqué y reconocí el avión del Negus…

Magnin había encontrado el avión personal del emperador Haile-Selassié. Avión bastante rápido, con grandes depósitos de gasolina, pero difícil de manejar. Estropeado por un piloto, había sido enviado a reparar a Barcelona.

—Tanto peor. ¿A qué viene ese disfraz?

—¿Niñería, operación mágica para atraer a los verdaderos aviones rusos? Quizá, en última instancia, provocación…

—Tanto peor. ¿Ya ustedes, cómo les va?

—Bien. Pero muy lentamente.

Enrique se detuvo, sacó de su bolsillo un plano de organización que iluminó con su linterna eléctrica. Anochecía.

—Desde ahora, concretamente, todo esto está realizado.

Era más o menos el plano de los batallones Sturm. Magnin pensaba en los milicianos de Zaragoza que habían partido sin balas, en la falta de teléfono en casi todo el frente de Aragón, en las ambulancias reemplazadas por el alcohol o la tintura de yodo de los milicianos, en Toledo…

—¿Han restablecido la disciplina?

—Sí.

—¿Por medio de la fuerza?

—No.

—¿Cómo hacen ustedes?

—Los comunistas son disciplinados. Obedecen a los secretarios de célula, obedecen a los delegados militares, a menudo son los mismos. Mucha gente que quiere pelear viene a nosotros porque les gusta la organización seria. Antes, los nuestros eran disciplinados porque eran comunistas. Ahora, muchos se hacen comunistas porque son disciplinados. En cada unidad tenemos un número bastante grande de comunistas que observan la disciplina porque les interesa hacerla respetar; forman núcleos sólidos, en torno a los cuales se organizan reclutamientos que forman a su vez nuevos núcleos. A fin de cuentas, hay diez veces más hombres que comprenden que harán entre nosotros un trabajo útil contra el fascismo de los que nosotros estamos en condiciones de organizar.

—A propósito, quisiera hablarle también de los alemanes…

Ese tema impacientaba a Magnin, ante quien se habían intentado muchas gestiones.

Enrique había puesto el brazo bajo el suyo, además que viniendo de ese fortachón sorprendió a Magnin. Dividía a los jefes comunistas en comunistas del tipo militar y en comunistas del tipo cura, que debiera meter en el segundo tipo a este individuo que había hecho cinco guerras civiles, grande y vigoroso como García, lo dejaba confuso. Y sin embargo, encontraba que esos labios de estatua mexicana hacían pensar por instantes en la boca de un vendedor de alfombras.

¿Qué exigía la policía? Que los tres alemanes no pusieran más los pies en un aeródromo. Krefeld, según la opinión de Magnin, era sospechoso, y por otra parte incapaz; el ametrallador, que se las había dado de monitor, no sabía manejar una ametralladora, y estaba siempre en el partido comunista cuando Karlitch lo necesitaba: este último hacía todo el trabajo solo. La historia de Schreiner era trágica, y era más que posible que fuera inocente. Pero, de todos modos debía partir a la Defensa Contra Aviones.

—Vea usted, Enrique, todo esto, humanamente, es penoso, pero no tengo ninguna razón válida, razonable, de negar a la policía lo que pide —y que puede exigir—. No soy comunista, no puedo pues pretender obedecer, en este caso, a la disciplina de mi partido. Las buenas razones entre la aviación, la policía y el Departamento de Informes tienen demasiada importancia práctica para nosotros, en momentos en que sólo actuamos por sorpresa, para que yo los comprometa en esta historia. Parecería que lo hiciera por testarudez. Usted comprende lo que quiero decirle.

—Habría que conservarlos —dijo Enrique—. El partido responde por ellos… Usted comprende bien que para todos los camaradas, esa partida sería el reconocimiento de una sospecha. A fin de cuentas, no es posible hacerles esa mala pasada a personas que son buenos militantes desde hace años.

El ametrallador era del partido; Magnin, no lo era.

—Yo estoy persuadido de que Schreiner es inocente; pero no se trata de eso. Ustedes tienen los informes del partido alemán de París; ustedes creen en esos informes; muy bien: háganse responsables ante el Gobierno. Pero yo no tengo ningún elemento de investigación; y no voy a decidir a la ligera, basándome en mis sentimientos, una cuestión que puede tener consecuencias tan graves. Tanto más cuanto que usted lo sabe, como aviadores son totalmente ineficaces.

—Se podría organizar una cena en que yo le traería el saludo de los camaradas españoles, y en que usted saludaría a los camaradas alemanes… Me dicen que hay en la escuadrilla hostilidad contra los alemanes, un poco de nacionalismo…

—No tengo ninguna gana de brindar con personas que le informan de esa manera.

La consideración que tenía Magnin, sino por la persona de Enrique (lo conocía apenas) al menos por su trabajo, aumentaba su irritación. Magnin había visto formarse los batallones del 5.º regimiento. Eran, considerados en su conjunto, los mejores batallones de milicias; todo el ejército del Frente Popular podía formarse por el mismo método. Habían resuelto el problema —decisivo— de la disciplina revolucionaria. Magnin consideraba pues a Enrique como uno de los mejores organizadores del ejército popular español; pero estaba persuadido de que ese mocetón serio, prudente, aplicado, no hubiera hecho en su lugar lo que acababa de pedirle que hiciera.

—El partido ha reflexionado sobre la cuestión y piensa que hay que conservarlos —dijo Enrique.

Magnin volvió a encontrar los reproches de los tiempos de lucha entre socialistas y comunistas.

—Permítame. La revolución para mí está por encima del Partido Comunista.

—No soy un maniático, camarada Magnin. Y he militado antes en el trotskismo. Hoy el fascismo se ha convertido en un artículo de exportación. Exporta productos elaborados: ejército, aviación. En esas condiciones digo que la defensa concreta de lo que nosotros queremos defender no se basa en primer lugar en el proletariado mundial, sino en la Unión Soviética y el Partido Comunista. Cien aviones rusos harían más por nosotros que cincuenta mil milicianos que no saben combatir. Ahora bien, actuar con el partido es actuar con él sin reservas: el partido es un bloque.

—Sí. Pero los aviones rusos no están aquí. En cuanto a sus tres compañeros, si el Partido Comunista responde por ellos que responda él mismo ante la policía, o que los tome a su servicio. Yo nada tengo en contra.

—Entonces, a fin de cuentas, ¿usted quiere que se vayan? —Sí.

Enrique soltó a Magnin del brazo.

Estaban ahora a la luz de los edificios. El rostro aindiado del comisario reaparecía a la luz, en tanto que había estado hasta entonces a la sombra, el que lo hubiera soltado del brazo le permitía también verlo mejor, porque, desde un poco más lejos, Magnin se acordó de una frase de Enrique que habían citado delante de él y que él había olvidado: «Para mí, un camarada del partido tiene más importancia que todos los Magnin y todos los García del mundo».

—Vea usted —continuó Magnin—, yo sé lo que es un partido; pertenezco a un partido débil: la izquierda revolucionaria socialista. Cuando uno toca el botón de la luz, es necesario que todas las bombillas eléctricas se enciendan a la vez. Tanto peor si algunas no son perfectas; y, por lo demás, las bombillas mayores se encienden mal. Por lo tanto, el partido…

—¿Los conserva usted? —preguntó Enrique con una voz neutra, más bien para señalar que no quería tratar de influir sobre Magnin que no para simular indiferencia.

—No.

El comisario se interesaba más en las decisiones que en la psicología.

—¡Salud! —dijo.

No había nada que hacer: Magnin había organizado esa aviación, encontrado a los hombres, arriesgado su vida sin cesar, comprometido diez veces sin el menor derecho la responsabilidad de la compañía que dirigía: no era uno de ellos. No era del partido. Su palabra pesaba menos que la de un ametrallador incapaz de desmontar una ametralladora; y un hombre cuyo trabajo y valor respetaba estaba dispuesto, para satisfacer lo que había de menos puro en su camarada de partido, a exigir de él, Magnin, una actitud de niño. Y todo eso podía defenderse. «Hacen falta lámparas en cada cuarto». Y a pesar de todo, era Enrique el que organizaba las mejores tropas españolas. Y él mismo, Magnin, aceptaba que destituyeran a Schreiner. La acción es la acción, y no la justicia.

Ahora la oscuridad era casi completa.

No era por la injusticia que había venido a España…

Algunos disparos lejanos pasaron sobre el campo.

¡Cuán irrisorio era todo aquello comparado con las multitudes campesinas que huían con sus asnos ante los pueblos incendiados!

Sintiendo por primera vez hasta el fondo de sí mismo la soledad de la guerra, arrastrando los pies en la hierba reseca del campo, tenía prisa por llegar al hangar donde los aviones eran reparados por hombres fraternalmente unidos.

La noche completa llegaba más pronto que Marcelino, y los aterrizajes nocturnos no son recomendables para los pilotos heridos. Los mecánicos parecían mirar caer la noche; lo que miraban, tensos en la paz inquieta del crepúsculo, era la invisible carrera entre el avión y la noche.

Llegaba Attignies, la mirada puesta en la cresta de las colinas.

—Mi querido Sigfrido, los comunistas me fastidian —dijo Magnin.

Los españoles, y aquellos que querían a Attignies, lo llamaban entre ellos Sigfrido: era rubio, y hermoso. Por primera vez lo llamaban así en su presencia; no lo tomó en cuenta.

—Cada vez —dijo— que veo tensión entre el partido y un hombre que quiere lo que nosotros queremos, como usted, me da una gran tristeza.

De los comunistas de la escuadrilla Attignies era aquel que Magnin estimaba más. Lo sabía hostil a Krefeld y a Kurtz. Necesitaba hablar. Y lo sabía hecho un manojo de nervios, como él, a la espera de Marcelino por quien sentía un gran afecto.

—Creo que el partido tiene mucha culpa en este asunto —dijo Attignies—. Pero ¿está usted seguro de no tener ninguna?

—Un hombre impulsivo no está nunca libre de culpa, muchacho…

No le hablaba en tono protector, sino más bien paternal.

—Que hagan el balance…

Magnin no tenía ganas de exponer recriminaciones.

Sin embargo, continuó:

—¿Cree usted que ignoro hasta qué punto me atacan los comunistas desde que Kurtz desempeña allí su inmundo papel policiaco?

—No es un policía. Ha luchado en la Alemania hitleriana; aquellos de los nuestros que han combatido a Hitler son quizá los mejores. En total, este asunto es absurdo, y no hay nada que hacer. Pero usted, que es un revolucionario y un hombre de experiencia, ¿por qué no lo pasa por alto?

Magnin reflexionó:

—Si aquellos con quien debo combatir, aquellos con quienes me gusta combatir, no me tienen confianza, ¿a qué combatir, muchacho? Da lo mismo reventar…

—Si su hijo se equivocara, ¿le tendría usted rencor?

Por primera vez Magnin encontraba ese vínculo profundo, fisiológico, que une a los mejores comunistas con su partido.

—Jaime está en el avión, ¿verdad?

—Sí: ametrallador delantero.

La noche avanzaba cada vez más.

—Nuestra sensibilidad —continuó el joven— y hasta nuestra vida son muy poca cosa en esta guerra…

—Sí. Pero si su padre no tiene razón…

—Yo no había dicho padre: había dicho su hijo.

—¿Tiene usted un hijo, Attignies?

—No. Usted, sí, ¿verdad?

—Sí.

Dieron algunos pasos, mirando el cielo a lo lejos, acechando a Marcelino.

—¿Sabe usted quién es mi padre, camarada Magnin?

—Sí. Es por eso por lo que…

Lo que Attignies (era un seudónimo) creía un secreto era sabido por toda la escuadrilla: su padre era uno de los jefes fascistas de su país.

—La amistad —dijo— no es estar con sus amigos cuando tienen razón, es estar con ellos hasta cuando están equivocados.

Subieron a casa de Sembrano.

El faro estaba listo, todos los autos disponibles fueron enviados al campo con orden de encender los faros a la primera señal.

—Empezad, ¡encended enseguida!

—Quizá tengas razón —dijo Sembrano—, pero yo prefiero esperar. Si los fascistas se presentan, no vale la pena iluminarles el terreno. Sí, yo prefiero esperar.

Magnin sabía que era por superstición el que Sembrano prefiriese no iluminar; ahora, casi todos los aviadores eran supersticiosos.

Las ventanas estaban abiertas, antes de la guerra, el jefe del aeropuerto, a esta hora, tomaba su *whisky*. La noche de fines de verano ascendía de toda la tierra.

—¡Las luces!, —gritaron los tres al mismo tiempo.

Se oía la sirena de llamada del aparato.

Entre las líneas cortas de los faros de auto, la barra del faro de aviación se tendía a través del campo vacío. Los bigotes hacia delante, Magnin bajó corriendo la escalera. Attignies lo seguía.

Abajo, las cabezas paralelas le indicaron el avión. Nadie lo había visto venir, pero ahora, guiados por el sonido, todos lo veían dar vueltas para aterrizar. Bajo el cielo, cuyo color pizarra se oscurecía por instantes, el perfil del aparato se deslizaba, con una precisión de papel recortado, en el centro de un halo azul pálido, nítido como los monumentos sobre un fondo de iluminación al mercurio.

—El motor exterior está en llamas —dijo una voz.

El avión aumentó de tamaño: dejó de dar vueltas tomando el terreno de frente. Sus alas, convertidas en líneas, se perdieron en la noche del campo: la oscuridad se acumulaba a ras de tierra. Las miradas no seguían sino la mancha confusa de la carlinga, acosada como por un ave de rapiña por esa llama azulada de enorme soplete oxídrico, y que parecía que no habría de llegar nunca a tierra: los aviones cuyos muertos se aguardan caen lentamente.

—¡Las bombas! —gruñó Magnin, con las dos manos en sus anteojos de larga vista.

En el instante en que el avión tocaba tierra, la carlinga y las llamas se aproximaron como para un pugilato exasperado. La carlinga brincó en las llamas, se retorció, se aplastó, brotó de nuevo cantando: el avión capotaba.

Atenta como la muerte, la ambulancia pasó traqueteando. Magnin saltó en ella. Los pelícanos que habían llegado a todo correr desde que vieron cómo el avión se posaría (injuriados por los pilotos que, por lo demás, los seguían), corrían ahora alrededor de la llama larga y recta, proyectando sus sombras en torno a sí, como los radios de una rueda. La llama no alcanzaba ya el aparato que iluminaba con una luz temblorosa y descolorida. Como si los hombres hubiesen estado pegados por su sangre a la carlinga rota en dos como una concha, los pelícanos los despegaban con los ademanes prudentes con que se despega una venda de una llaga, pacientes y crispados por el olor amenazador de la gasolina. Mientras los extintores atacaban la llama, apartaban del aparato heridos y muertos los camaradas en torno a ellos en ese revoltijo de sombras; bajo esa luz cadavérica, los muertos, inmóviles, parecían protegidos por los muertos agitados.

Tres heridos, tres muertos. Faltaba un ametrallador. Era Jaime, que bajó mucho después que los otros. Las manos hacia delante, temblorosas, y un camarada que lo guiaba: una bala explosiva a la altura de los ojos. Ciego.

Llevándolos por los hombros y los pies, los aviadores llevaron a los muertos al bar. El furgón llegaría más tarde. Como a Marcelino lo había matado una bala en la nuca, estaba poco ensangrentado. A pesar de la trágica fijeza de los ojos que nadie había cerrado, a pesar de la luz siniestra, la máscara era hermosa.

Una de las camareras del bar lo miraba.

—Hace falta por lo menos una hora para que se comience a ver el alma —dijo.

Magnin había visto morir lo suficiente para conocer el sosiego que trae la muerte a muchos rostros. Pliegues y pequeñas arrugas se habían ido con la inquietud y el pensamiento; y ante ese rostro limpiado de vida, pero cuya voluntad mantenían los ojos abiertos y el casco, Magnin pensaba en la frase que acababa de oír, que había oído de tantas maneras en España; solamente una hora después de morir, de la máscara de los hombres comienza a surgir su verdadero rostro.

II

1

Los fascistas ocupaban tres granjas —rocas amarillentas, tejas del mismo color— en una hondonada de donde había ante todo que sacarlos.

La operación era trivial. Todo ese pedregal del Tajo, entre Talavera y Toledo, permitía a los milicianos alcanzar las granjas a cubierto, si actuaban con orden y prudencia. En la noche, Jiménez había pedido granadas. El oficial encargado de la distribución de armas era un emigrado alemán y, al alba, Jiménez, deslumbrado por semejante eficacia, había visto llegar los camiones… pero cargados de frutos de granado.

Por último, debidamente reclamadas, habían llegado las granadas verdaderas.

Una de las compañías de Jiménez estaba formada por milicianos que habían llegado desde hacía unos días y que aún no habían combatido. Jiménez los había puesto a las órdenes de sus mejores suboficiales y hoy los dirigía él mismo.

Hizo comenzar los ejercicios de lanzamiento de granadas.

En la tercera compañía, la de los nuevos milicianos, hubo vacilaciones. Uno de los milicianos, con la granada en la mano, no la lanzaba. «¡Tírala!», le gritó el sargento. Iba a estallarle en la mano y no quedaría gran cosa de ese pobre tipo. Jiménez le dio un fuerte puñetazo bajo el codo: la granada estalló en el aire, el miliciano cayó y la sangre corrió por la cara de Jiménez.

El miliciano estaba herido en el hombro. Se había librado de una buena. Desde que lo hubieron vendado y evacuado, comenzaron a desplegar los vendajes para Jiménez. Eso le daba una apariencia menos heroica: parecía remendado con sellos postales.

Se colocó al lado del siguiente lanzador de granadas. No hubo más accidentes. Una veintena de hombres fueron eliminados.

Jiménez había hecho reconocer el terreno por Manuel, al que su partido había colocado junto a uno de los oficiales de quien más podía aprender. Jiménez le tenía afecto: Manuel no era disciplinado por afición a la obediencia ni al mando, sino por naturaleza y por sentido de la eficacia. Y era cultivado, a lo que el coronel era sensible. Que este ingeniero de sonido, excelente músico, fuera un oficial nato, asombraba al coronel, que sólo conocía a los comunistas por leyendas absurdas, y no se daba cuenta de que un militante comunista de alguna importancia, obligado por sus funciones a una disciplina estricta y a la necesidad de convencer, a la vez administrador, agente de ejecución riguroso y propagandista, tiene muchas posibilidades de ser un excelente oficial.

Comenzó el ataque de la primera granja. Era una mañana tranquila, con hojas inmóviles como piedras, y de vez en cuando un viento muy ligero, casi fresco, parecía anunciar el otoño. Como los milicianos atacaban en orden, con granadas, protegidos por las piedras y los tiradores, la posición fascista era insostenible. De pronto una treintena de milicianos saltó sobre las rocas y atacaron en descubierto aullando, en un asalto salvaje.

—¡Ya está! —aulló Jiménez, golpeando con el puño en la portezuela del auto.

Veinte milicianos habían caído sobre las rocas, rodando o los brazos en cruz, o los puños sobre el rostro como si se protegieran; la sangre de uno de los cuerpos, fulgurando al sol, cubría poco a poco una piedra chata y blanca, de una pureza de azúcar.

Felizmente, de ambos lados de la granja, los demás milicianos habían alcanzado las últimas rocas; no habían visto caer a sus camaradas. Bajo las granadas, las tejas comenzaban a saltar como géiseres. Después de un cuarto de hora, la granja estaba tomada.

Los nuevos milicianos debían atacar la segunda. Habían visto el desarrollo de toda la acción.

—Hijos míos —les dijo Jiménez subido sobre la capota del Ford—, la granja está tomada. Los que salieron de las rocas contrariando las órdenes, ya sean los que entraron primero o no, están excluidos de la columna. No olvidéis que aquel que nos contempla, quiero decir la historia, que nos juzga y nos juzgará, necesita del valor que gana y no del valor que consuela. Siguiendo los caminos señalados, no hay ningún

peligro hasta doscientos metros del enemigo. La prueba es que yo iré con vosotros en este automóvil. Antes, no debe haber un solo herido. Después lucharemos y tomaremos la granja. ¡Que la Provi…, que la suerte nos asista! Que Aquel que todo lo ve, quiero decir… la Nación española esté con nosotros, muchachos, que combatimos por lo que creemos justo…

Detrás de los nuevos milicianos, portadores de granadas, había elegido para tiradores sus mejores soldados.

Antes de que hubiesen llegado a las granjas, vieron a los fascistas que las abandonaban.

La semana anterior, soldados fascistas habían pasado las líneas: unos quince habían sido incorporados a la compañía de Manuel. Su jefe evidente, aunque no hubiera sido elegido, Alba, era un miliciano muy valiente, casi siempre hostil, y que muchos sospechaban que fuera un espía.

Manuel lo hizo llamar.

Comenzaron a caminar a través de las piedras. Manuel iba hacia las líneas fascistas. No había frente, pero en esa dirección, a pesar del abandono de las granjas, el enemigo no estaba a más de tres kilómetros.

—¿Tienes un revólver? —preguntó Manuel.

—No.

Alba mentía: le bastaba a Manuel mirar cómo su pantalón se abultaba en la cintura.

—Toma éste.

Le dio el que llevaba en el bolsillo; conservaba en la cintura la larga pistola automática encerrada en su estuche.

—¿Por qué no eres de la F. A. I.?

—No tengo ganas.

Manuel lo observaba. Sus rasgos engrosados, más bien que virilizados, esa nariz redonda, esa boca de labios gruesos, ese pelo casi ondulado pero plantado bruscamente en una frente baja… Manuel imaginaba cómo a su madre debió en otra época «parecerle guapo».

—Tú protestas mucho —dijo Manuel.

—Hay mucho de que protestar.

—Hay sobre todo mucho que hacer. Si estuvieras en el lugar de Jiménez, o si estuviera yo mismo, las cosas no andarían mejor, sino peor. Por lo tanto, hay que ayudarlo a que haga lo que hace. Después se verá.

—Todo iría peor aún, pero no sería un enemigo de clase el que dirigiera, cosa preferible.

—Yo no me intereso en lo que son las personas, me intereso en lo que hacen. En fin, Lenin no era un obrero. Esto es lo que quiero decirte: algo vales, y eso que vales debe utilizarse. Enseguida, y no en protestar. Reflexiona, y después di con quién estás de acuerdo. La F. A. I., la C. N. T., el P. O. U. M., lo que quieras. Van a reunir a los hombres de tu organización, y tomarás la responsabilidad. Se necesitan tenientes. ¿Has sido alguna vez herido?

—No.

—Yo sí, en esa historia idiota de la dinamita. Toma esto, me hace doler la cintura —se quitó el cinturón —. Cada cual tiene sus gustos. El mío es jugar con una rama.

Cortó una rama en el borde del camino y volvió junto a Alba. Estaba desarmado. Quizá los fascistas estuvieran a un kilómetro. Y, en todo caso, Alba estaba a su lado.

—A mi juicio, es que aquí no estás cómodo. Y quizá no lo estés nunca. Pero a cada cual hay que darle su oportunidad.

—¿Hasta a los excluidos del partido?

Manuel se detuvo, estupefacto. No había pensado en eso.

—Cuando haya, a ese respecto, instrucciones formales del partido, las llevaré a cabo, sean las que fueren. Mientras no las haya, digo: hasta a los excluidos del partido. Todo hombre eficaz debe ayudar a la República en este momento.

—¡Tú no te quedarás en el partido!

—Sí.

Manuel lo miró y sonrió. Cuando reía, era como un niño; pero sonreía con una sonrisa que bajaba las comisuras de su boca y le daba un aire amargo a su pesado mentón.

—¿Sabes lo que dicen de ti? —exclamó sin dejar de caminar como para señalar de antemano que la pregunta que formulaba no tenía importancia.

—Quizá… —Alba tenía en la mano el cinturón de Manuel, cuyo estuche con el revólver le golpeaba las pantorrillas. La soledad de las piedras era completa—. Y bien —preguntó medio en broma—, ¿qué piensas

tú de lo que dicen de mí?

—No se puede tener un mando sin confiar en las personas.

Manuel, mientras caminaba, hacía saltar con su rama las piedrecitas del camino.

—Los fascistas, quizá. Nosotros, no. O entonces no vale la pena. Un hombre activo y pesimista a la vez, es o será un fascista, salvo si tiene detrás de sí una fidelidad.

—Los comunistas dicen siempre de sus enemigos que son fascistas.

—Yo soy comunista.

—¿Y entonces?

—No doy mis revólveres a los fascistas.

—¿Estás seguro?

Alba miraba a Manuel con una expresión bastante confusa.

—Sí.

La convicción que tenía Manuel de no arriesgar nada desaparecía cuando la turbación de su interlocutor se hacía evidente: un asesino que conversa con la persona contra quien va a tirar está ciertamente molesto, pensaba Manuel irónicamente. Pero sentía entonces que su muerte estaba quizá a su lado en la forma de ese muchacho terco, con una cara redonda e infantil.

—Yo desconfío de aquellos que quieren mandar —dijo Alba.

—Sí. Pero no más que de aquellos que no quieren mandar.

Volvían hacia el pueblo. Aunque sus músculos estuvieran en tensión, Manuel sentía una sorda confianza entre ese hombre y él, como sentía a veces bocanadas de sensualidad entre su querida y él. Cuando se acuesta uno con una espía, pensaba, debe parecerse un poco a esto.

—El odio de la autoridad en sí, Alba, es una enfermedad. Recuerdos de infancia. Hay que superar eso.

—¿Qué diferencia haces tú, entonces, entre nosotros y los fascistas?

—Ante todo, las tres cuartas partes de nuestros fascistas españoles no sueñan con la autoridad sino con hacer lo que les plazca. Además, en el fondo, los fascistas creen siempre en la raza del que manda. No es porque los alemanes sean racistas por lo que son fascistas. Todo fascista manda por derecho divino. Es por lo que la cuestión de confiar no se plantea para él como para nosotros.

Alba se ajustó el cinturón.

—Dime —preguntó sin mirar a Manuel—, ¿y si te vieras obligado a cambiar de opinión sobre los hombres?

—España es un país donde no faltan en este momento ocasiones de morir…

Alba puso la mano sobre el estuche, lo abrió y sacó a medias el revólver, lentamente, pero sin ocultarse. Dentro de tres minutos, estarían de nuevo a la vista del pueblo. Me he puesto en una situación idiota —pensaba Manuel— y, al mismo tiempo: si muero así, está bien. Alba rechazó el arma.

—Un país donde no faltan las ocasiones de morir, tienes razón…

Manuel se preguntaba si no era para él mismo por lo que Alba había sacado el revólver. Y que quizá todo eso fuera una comedia.

—Reflexiona —le dijo—. Tienes tres días. Entra en la organización que te guste. Si no, dirige sin apoyo y busca a los sin partido. Te prometo que te divertirás, pero eso es asunto tuyo.

—¿Por qué?

—Porque hay que saber en qué se basa uno para mandar a gentes muy diferentes. Yo no sé todavía gran cosa, pero empiezo a aprender. En fin, es asunto tuyo. El mío es: aquí has tomado una especie de responsabilidad moral. Debes tomar una responsabilidad concreta. Naturalmente, yo controlaré.

Si Alba hubiera respondido no, Manuel lo habría inmediatamente excluido. Pero nada dijo. ¿Estaba satisfecho? Sin embargo, parecía hostil.

—¿Has comprendido?

—Quizá —dijo el otro.

Y se fue con mala cara.

Se ponía el sol.

Las tres granjas tomadas y fortificadas en la medida de lo posible, vueltos a mandar a Toledo los milicianos que habían atacado a descubierto la primera granja y dadas las instrucciones a los oficiales, Jiménez, con una hermosa cruz de tafetán inglés a la izquierda de su cráneo rapado, caminaba con Manuel hacia San Isidro, donde se organizaban los acuartelamientos de la columna. La carretera era color de losas roídas por los guijarros; hasta el horizonte, nada que no fuese piedra y los arbustos espinosos que crecían

acá y allá parecían armonizar sus ramas puntiagudas con los salientes de las rocas amarillas.

Manuel pensaba en algunas frases que Jiménez acababa de decir a los oficiales de la columna: «De una manera general, el valor personal de un jefe es tanto más grande cuanto más grande es su mala conciencia de jefe. Recuerden ustedes que tenemos mucha más necesidad de resultados que de ejemplos». Manuel caminaba lentamente para no adelantarse al coronel, que arrastraba su pierna; la claudicación también formaba parte de las noticias falsas.

—Los nuevos han peleado bien, ¿verdad? —preguntó Manuel.

—Sí.

—Los fascistas se escaparon sin combatir.

A causa de su semisordera, a Jiménez le gustaba hablar mientras caminaba y monologar.

—En Talavera, es la dispersión, muchacho. Atacan con tanques italianos… El coraje es algo que *se organiza*, que vive y que muere, que hay que mantener como los fusiles… El coraje individual no es más que una buena materia prima para el coraje de las tropas… No hay un hombre sobre veinte que sea realmente cobarde. Dos sobre veinte son orgánicamente valientes. Hay que hacer una compañía eliminando al primero, empleando lo mejor posible los otros dos y organizando los diecisiete restantes…

Manuel recordaba una aventura que formaba parte del folklore de la columna: Jiménez, subido en la capota de su Ford, repetía a los milicianos de su regimiento, formados en torno de su cacharro, sus instrucciones contra el bombardeo de aviones: una escuadrilla enemiga, recién llegada de Italia, había partido esa mañana para Toledo. «La bomba de avión estalla como una flor de regadera». Los hombres ponían una cara terrible; siete bombarderos enemigos, escoltados por aviones de caza, estaban poniéndose en fila para pasar por encima de la plaza. El coronel era sordo, pero la brigada oía los motores. «Les recuerdo que en esos casos, el miedo y la temeridad son igualmente inútiles. Nada de lo que está por debajo de un metro puede ser alcanzado. A una compañía echada, la bomba de un avión sólo puede herir a los que están en el mismo lugar en que cae». Es siempre así, pensaban los oyentes que bizqueaban hacia el cielo y oían la profunda vibración de los motores aumentar de segundo en segundo. Se necesitaba toda la autoridad de Jiménez para que los milicianos no se echaran boca abajo. Todos sabían cómo había tomado el hotel Colón. Las narices se levantaban ostensiblemente. Manuel, con el pulgar, sin moverse, había señalado el cielo. «¡Cuerpo a tierra todo el mundo!», había gritado Jiménez. Los oficiales se pusieron cuerpo a tierra al instante. El primer bombardero enemigo, viendo desaparecer la concentración de su mira, había lanzado sus bombas al azar sobre el pueblo y los otros habían guardado las suyas para Toledo. Sólo hubo un herido. Desde entonces, en los milicianos de Jiménez había desaparecido el terror de los aviones.

«Extraña cosa, la guerra: hasta para el jefe más brutal, matar es un problema de economía: gastar lo más posible hierro y explosivo para gastar lo menos posible carne viva. No tenemos mucho hierro…».

Manuel conocía el reglamento de la infantería española (inextricable) hasta Clausewitz y las revistas técnicas francesas, él no cesaba de aprender la guerra a través de las gramáticas: Jiménez era una lengua viva. Detrás del pueblo se encendían las primeras fogatas de los milicianos. Jiménez las miraba con amargo afecto:

—Discutir sus debilidades es completamente inútil. Desde el momento en que las gentes quieren batirse, toda crisis del ejército es una crisis de dirección. Yo he servido en Marruecos: los moros, cuando llegan al cuartel, ¿cree usted que son magníficos? Por supuesto, estaremos obligados a hacer una disciplina republicana para todas nuestras tropas, o dejar de vivir. Pero, aun ahora, no se equivoque usted, hijo mío: nuestra crisis profunda es una crisis de mando. Nuestra tarea es más difícil que la de nuestros adversarios, eso es todo…

»Lo que organizan sus amigos los señores comunistas —¡quién me hubiera dicho que habría de pasearme amistosamente con un bolchevique!—, lo que organizan sus amigos, ese 5.º regimiento, si no es la Reichswehr, es sin embargo serio. Pero ¿con qué armas lo armarán cuando sea un cuerpo del ejército?

—El barco mexicano ha llegado a Barcelona.

—Veinte mil fusiles… Casi no hay aviones… Casi no hay cañones… Las ametralladoras… Usted ha visto, hijo mío, hay una para cada tres compañías. En caso de ataque, se la prestan. La lucha no es entre los moros de Franco y nuestro ejército —que ya no existe—: es entre Franco y la organización del nuevo ejército. A los milicianos sólo les queda, por desgracia, hacerse matar para ganar tiempo. Pero este ejército ¿dónde encontrará sus fusiles, sus cañones, sus aviones? Improvisaremos un ejército más rápidamente que una industria.

—Tarde o temprano —dijo Manuel firmemente— tendremos la ayuda soviética.

Jiménez meneó la cabeza, dio algunos pasos en silencio. No esperaba ya nada de Francia, de la que había esperado todo. ¿Debería su país ser salvado por Rusia, o perderse?…

Un rayo último de luz retozaba en torno a su cabeza en parte rapada, con la gran cruz de tafetán inglés. Manuel miraba desplegarse las fogatas de los milicianos; la caída de la noche daba una infinita vanidad al eterno esfuerzo de los hombres que poco a poco envolvían la sombra y la indiferencia de la tierra.

—Rusia está lejos… —dijo el coronel.

Las inmediaciones de la carretera habían sido abundantemente bombardeadas por los aviones fascistas. A derecha e izquierda estaban las bombas que no habían estallado. Manuel, con las dos manos, levantó una, destornilló el percutor y encontró un papel dactilografiado que tendió a Jiménez, que leyó, en portugués: *Camaradas, esta bomba no estallará. Por el momento eso es todo*.

Y no era la primera.

—¡A pesar de todo! —dijo Manuel.

A Jiménez no le gustaba demostrar su emoción.

—¿Qué ha hecho usted con Alba? —le preguntó.

Manuel le contó la entrevista.

Las piedras parecían volver a una vida miserable de donde las hubiera sacado la luz. Cada vez que las formas de los peñascos arrastraban al coronel a su infancia, pensaba en su pasado juvenil.

—Muy pronto, tendrá que formar usted mismo a jóvenes oficiales. Desean ser queridos. En el hombre es natural. Y nada mejor, a condición de hacerle comprender lo siguiente: un oficial debe ser querido en la naturaleza de su mando —más justo, más eficaz, mejor— y no en las particularidades de su persona. Hijo mío, ¿me comprenderá usted si le digo que un oficial no debe jamás *seducir*?

Manuel lo escuchaba pensando en el jefe revolucionario, y pensaba que ser querido sin seducir es uno de los hermosos destinos del hombre.

Se acercaban al pueblo, a sus chatas casas blancuzcas pegadas a un hueco del peñasco como vaquitas de San Antón al agujero de un árbol.

—Es siempre peligroso desear que a uno lo quieran —dijo Jiménez entre veras y burlas. El talón de su pierna herida sonaba regularmente sobre las piedras. Por un momento caminaron en silencio. No se oía ni el vuelo de una mosca.

»… hay más nobleza en ser un jefe que en ser un individuo —prosiguió el coronel—: Es más difícil…

Habían llegado al pueblo.

—¡Salud, hijos míos!, —gritaba Jiménez respondiendo a los vivas. Los milicianos se hallaban al este del pueblo, que no ocupaban y que estaba casi abandonado. Los dos oficiales lo atravesaron. Frente a la iglesia, había un castillo con almenas.

—Dígame, mi coronel, ¿por qué los llama usted «hijos míos»?

—¿Llamarlos camaradas? No puedo. Tengo sesenta años: no queda bien, me da la impresión de estar representando una comedia. Entonces los llamo muchachos o hijos míos, y basta.

Pasaron delante de la iglesia. Había sido incendiada. Por el portal abierto salía un olor a sótano y a fuego apagado. El coronel entró. Manuel miraba la fachada.

Era una de esas iglesias españolas a la vez barrocas y populares a las cuales la piedra, empleada en lugar del estuco italiano, le daba un aire casi gótico. Las llamas habían hecho irrupción en el interior; enormes lenguas negras convulsas coronaban cada ventana y se aplastaban al pie de las estatuas más altas, calcinadas sobre el vacío.

Manuel entró. Todo el interior de la iglesia era negro; bajo los fragmentos retorcidos de las rejas, el suelo hundido no era más que escombros negros de hollín. Las estatuas interiores de yeso, limpiadas por el fuego hasta una blancura de tiza, formaban altas manchas pálidas al pie de los pilares tiznados y los ademanes delirantes de los santos reflejaban la paz azulada de la tarde del Tajo, que entraba por el portal derribado. Manuel admiraba, y se sentía de nuevo artista: esas estatuas contorneadas encontraban en el incendio apagado una grandeza bárbara, como si su danza hubiera nacido allí de las llamas, como si ese estilo se hubiera vuelto súbitamente el del incendio mismo.

Desaparecido el coronel, la mirada de Manuel lo buscaba demasiado alto: arrodillado en medio de los escombros, rezaba.

Manuel sabía que Jiménez era un católico fervoroso, pero no por eso estaba menos confuso. Salió para alcanzarlo. Caminaron un instante en silencio.

—¿Quiere usted permitirme que le haga una pregunta, mi coronel? ¿Cómo se ha puesto usted de nuestro lado?

—Usted sabe que yo estaba en Barcelona. Recibí la carta del general Goded que me incitaba a

rebelarme. Reflexioné cinco minutos. No había prestado juramento al Gobierno, pero no me cabía duda de que en mí mismo había aceptado servirlo. Mi decisión estaba tomada, desde luego, pero no quería, a mi edad, tener más tarde la sensación de haber obrado por un capricho… Al cabo de esos cinco minutos, fui a buscar a Companys y le dije: Señor Presidente, el tercio N.º 13 y su coronel están a su disposición.

Miró de nuevo la iglesia, fantástica en la paz de la tarde llena de olor a heno, con su frontón destrozado y sus estatuas calcinadas recortadas sobre el fondo del cielo.

—¿Por qué será necesario —dijo a media voz— que los hombres confundan siempre la causa sagrada de Aquel que nos está mirando en este momento con la de sus ministros indignos? ¿Con la de aquellos de sus ministros que son indignos?

—Pero, mi coronel, ¿por quiénes han oído hablar de él sino por sus ministros?

Jiménez señaló con un lento ademán la paz de las campiñas y nada dijo.

—Un ejemplo, mi coronel, yo he estado enamorado una vez en mi vida. Gravemente. Quiero decir, con gravedad. Estaba como si hubiera sido mudo. Hubiera podido ser el amante de esa mujer, pero nada hubiera cambiado. Entre ella y yo había un muro: la Iglesia de España. Yo la amaba, y ahora, cuando reflexiono en ello, siento que era como si hubiera amado a una loca, a una loca dulce e infantil. ¡Vamos, mi coronel, mire este país! ¿Qué ha hecho de él la Iglesia sino mantenerlo en una atroz infancia? ¿Qué ha hecho de nuestras mujeres? ¿Y de nuestro pueblo? Le ha enseñado dos cosas: a obedecer y a dormir…

Jiménez se apoyó en la pierna herida, tomó a Manuel por el brazo y cerró un ojo:

—Hijo mío, si usted hubiera sido el amante de esa mujer, quizá hubiera dejado de ser sorda y loca.

»Por lo demás, mientras más grande es una causa, mayor asilo ofrece a la hipocresía y a la mentira…

Manuel se aproximó a un grupo de campesinos, oscuros y erguidos junto a la pared todavía blanca en la sombra.

—Decidme, camaradas, vuestra escuela es bastante fea —agregó cordialmente—. ¿Por qué no habéis transformado vuestra iglesia en escuela como han hecho en Murcia, en vez de quemarla?

Los campesinos no contestaron. Caía la noche, las estatuas de la iglesia empezaban a desaparecer. Los dos oficiales veían las siluetas inmóviles adosadas a la pared, las chaquetas negras, los anchos sombreros, pero no las caras.

—El coronel quisiera saber por qué han quemado la iglesia. ¿Qué les reprocháis a los curas de aquí? Concretamente.

—¿Porque los curas están contra nosotros?

—No, a la inversa.

En la medida en que Manuel podía adivinar a través de la oscuridad, los campesinos estaban, ante todo, molestos: ¿eran esos oficiales de fiar? Quizá todo eso tenía alguna relación con la protección de los objetos de arte.

—¿Es que hay aquí un solo camarada que haya trabajado para el pueblo sin que haya tenido al cura en contra? Entonces ¿qué?

Los campesinos reprochaban a la Iglesia el haber sostenido siempre a los señores, aprobado la represión que siguió a la rebelión de Asturias, aprobado la expoliación de los catalanes, enseñando sin cesar a los pobres la sumisión ante la injusticia, en tanto que hoy predicaba la guerra santa contra ellos. Uno reprochaba a los sacerdotes su voz, «que no era un voz de hombre», muchos, la hipocresía o la dureza, según el grado, de los hombres en quienes ellos se apoyaban en los pueblos; todos, el haber indicado a los fascistas, en los pueblos conquistados, los nombres de aquellos «indóciles», no ignorando que los hacían fusilar. Todos, su riqueza.

—Si quieres, todo eso —agregó uno—. Hace un momento, tú preguntabas por la iglesia: ¿por qué no hacer una escuela? Mis hijos son mis hijos, ¿entiendes? Aquí, en invierno, no hace siempre calor. Antes que ver a mis hijos vivir allí dentro, ¿entiendes bien?, prefiero que se hielen.

Manuel le ofreció un cigarrillo, después se lo encendió; el que acababa de hablar era un campesino de unos cuarenta años, afeitado, banal. De su vecino de la derecha, la corta llama del encendedor extrajo por un segundo un rostro como de habichuela, nariz y boca imprecisas entre una frente y un mentón prominentes. Les habían pedido argumentos; los habían dado; pero la última voz tenía un sonido particular: hablaba el corazón. Había caído la noche.

—Todos esos individuos son unos impostores —dijo en medio de la sombra la voz de un campesino.

—¿Quieren dinero? —preguntó Jiménez.

—Cada cual busca su interés. Ellos dicen que no, por supuesto… Pero tampoco se trata de eso. Yo hablo de lo que tienen en el fondo. Eso no puede explicarse. Son impostores.

—Un hombre de la ciudad no puede darse cuenta de lo que son los curas…

A lo lejos, ladraban los perros. ¿Cuál de los campesinos hablaba?

—Ha sido condenado a muerte por los fascistas, Gustavito —dijo otra voz, en el tono de «ya no nos la pueden pegar»; y también como si todos hubieran deseado que aquél diera su opinión.

—No hay que confundir —dijo otra voz, la de Gustavito, sin duda—: Conrado y yo somos creyentes. Eso sí, estamos contra los curas. Sólo que yo creo.

—¡Éste querría casar a su Virgen del Pilar con San Santiago de Compostela!

—¿Con Santiago de Compostela? Antes la haría puta, sí —y, en voz más baja, con un tono lento de campesino que se explica—: Los fascistas abrían una puerta, tal cual. Y sacaban a un tipo que decía: ¿Qué? Después, eso volvía a empezar. Al pelotón no se lo oía nunca. A la campanilla del cura se la oía. Cuando ese sinvergüenza comenzaba a hacerla sonar, quería decir que uno de nosotros iba a palmarla. Para tratar de confesarnos. A veces lo conseguía, el hijo de puta. Para perdonarlos, como decía. Perdonarnos… ¡De habernos defendido contra los generales! Durante quince días la he oído sonar. Entonces dije: son ladrones de perdón. Yo me entiendo. No es sólo la cuestión del dinero… Comprenda bien: ¿qué te dice un cura que te confiesa? Te dice que te arrepientas. Si hay un solo cura que haya hecho arrepentir a uno solo de nosotros de haberse defendido, pienso que nunca será lo bastante castigado. Porque no hay nada mejor que el arrepentimiento, es lo mejor del hombre. Eso es lo que pienso.

Jiménez se acordó de Puig.

—¿Collado piensa algo?

—¡Dale! —dijo Gustavo.

El campesino no decía nada.

—¿Y qué? ¿No te decides?

—No se puede hablar así —dijo el que no había hablado todavía.

—Cuenta la historia de ayer. Empieza el sermón.

—No es una historia…

Llegaban milicianos con un ruido de fusiles en la noche. Ahora la oscuridad era completa.

—Todo eso —dijo por fin, sarcástico— porque les conté que el rey pasó un día por las Hurdes. Iba de caza. Allí casi todos tienen bocio, son cretinos, enfermos… Tan pobres que el rey no podía creer que se pudiera ser tan pobre. Son enanos. Entonces dijo: hay que hacer algo por esa gente. Le dijeron: sí, señor, como de costumbre. Y no hicieron nada, como de costumbre. Después, como era una comarca tan miserable, la utilizaron: hicieron allí un presidio. Como de costumbre…

¿Quién hablaba? La entonación de esa voz fuertemente articulada no podía ser sino la de un hombre acostumbrado a tomar la palabra, a pesar de los giros populares. Jiménez la oía claramente, aunque no fuera muy alta:

—Jesucristo encontró que eso no andaba. Se dijo: iré allí. El ángel buscó la mejor de las mujeres de la región, y se le apareció. «Oh, no vale la pena: el niño nacería antes de tiempo porque no tendré qué comer. En mi calle no hay más que un campesino que ha comido carne desde hace cuatro meses; mató a su gato».

Ahora la ironía cedía su lugar a una desolada amargura. Jiménez sabía que en ciertas provincias hay recitadores que improvisan durante los velatorios, pero nunca los había oído.

—Cristo fue a casa de otra. En torno a la cuna había ratas. Para calentar al niño, era poco, y para la amistad era triste. Entonces Jesús pensó que en España las cosas andaban mal.

Ruidos de cañones y de frenos subían del centro del pueblo, con lejanos tiros de fusil y ladridos, y el viento traía de la iglesia calcinada un olor de piedra y de humo. El ruido de los cañones fue por un instante tan fuerte que los dos oficiales no oyeron más las palabras.

—… hay que obligar a los propietarios a que arrienden las tierras a los campesinos. Los que tienen bueyes han gritado que eran despojados por los que tienen ratas. Y han llamado a los soldados romanos.

»Entonces el Señor fue a Madrid, y para hacerlo callar, los reyes del mundo han comenzado a matar niños de Madrid.

»Entonces Cristo se dijo que no había gran cosa que hacer con los hombres. Que eran tan asquerosos que hasta desangrándose por ellos noche y día durante toda la eternidad no se llegaría jamás a lavarlos.

Siempre ruido de cañones. En la intendencia se aguardaba a Jiménez. Manuel estaba al mismo tiempo sobrecogido e irritado.

—Los descendientes de los reyes magos no habían venido a su nacimiento, pues habían llegado a ser errabundos o funcionarios. Entonces, por primera vez en el mundo, gentes de todos los países; aquellos que estaban cerca y aquellos que estaban en el quinto infierno, aquellos de comarcas donde hacía calor y aquellos de comarcas donde helaba, todos los que eran valerosos y miserables se pusieron en marcha *con fusiles*.

Había en esa voz una convicción tan solitaria que, a pesar de la noche, Jiménez sintió que el que hablaba había cerrado los ojos.

—Y comprendieron en sus corazones que Cristo estaba vivo en la comunidad de los pobres y de los humillados. Y en largas filas, de todos los países, los que conocían bastante bien la pobreza para morir contra ella, con sus fusiles cuando los tenían y con sus manos en vez de fusiles cuando no los tenían, fueron a acostarse unos junto a los otros en la tierra de España…

»Hablaban todas las lenguas y hasta había chinos entre ellos que vendían cordones de zapatos.

La voz se hizo más sorda; el hombre hablaba entre dientes, acurrucado en la sombra como los que acaban de ser heridos en el vientre, con un círculo de cabezas —y la cruz de tafetán inglés de Jiménez— en torno de la suya.

—Y cuando todos los hombres hubieron matado demasiado, y cuando la última fila de los pobres se puso en marcha…

Silabeó las palabras en voz baja, con una intensidad cuchicheante de brujo:

—… una estrella que nunca habían visto se alzó por encima de ellos…

Manuel no se atrevía a prender su encendedor. Los bocinazos de los camiones se llamaban en la noche, rabiosos en su atascamiento.

—No es así como lo contaste ayer —dijo alguien en voz casi baja.

Y la de Gustavo, más fuerte:

—Yo no soy partidario de esas historias. Uno no sabría qué debe hacer. Hay que saber lo que se quiere, no hay más que eso.

—No vale la pena —dijo una tercera voz, lenta y cansada—: Un hombre de la ciudad no puede comprender la cuestión de los curas…

Creen que es la religión.

—Un hombre de la ciudad no puede comprenderlo.

—¿Qué era antes del levantamiento? —preguntó Jiménez.

—¿Él?

Hubo un momento de silencio.

—… Era monje —dijo una voz.

Manuel arrastraba al coronel hacia el estruendo infernal de las bocinas.

—¿Vio usted, en el momento de encender el cigarrillo, la insignia de Gustavo? —le preguntó Jiménez cuando continuaron caminando—. La F. A. I., ¿no?

—Con otra sería lo mismo. Yo no soy anarquista, mi coronel. Pero he sido educado por los curas, como todos nosotros; y, vea usted, hay algo en mí (sin embargo, en tanto que comunista, estoy contra toda destrucción), hay algo en mí que comprende a ese hombre.

—¿Más que al otro?

—Sí.

—Usted conoce Barcelona —dijo Jiménez—; en algunas iglesias el cartel no dice, como de costumbre: *Vigilado por el pueblo*, sino: *Propiedad de la venganza del pueblo*. Sólo que… En la plaza de Cataluña, el primer día, los muertos han permanecido bastante tiempo; dos horas después de que cesara el fuego, las palomas de la plaza han vuelto, se han posado en las aceras y sobre los muertos… El odio de los hombres también se gasta…

Y más lentamente, como si hubiera resumido años de inquietud:

—Dios tiene tiempo para esperar…

Sus botas resonaban en la tierra seca y dura; Jiménez, con su pierna herida, caminaba menos ligero que Manuel.

—Pero ¿por qué —prosiguió el coronel—, por qué es necesario que su espera sea esto?

2

Una nueva tentativa de mediación había sido inminente. Un sacerdote debía llegar a Toledo por la noche, y sin duda entrar en el Alcázar al día siguiente.

Los faroles de gas de la placita estaban apagados. La única luz era la de una lámpara de tormenta que colgaba bastante baja, delante de la taberna El Gato. El dibujo del gato sedujo a Shade, que se sentó en una mesa cerca de la puerta y se ocupó de proyectar diferentes sombras de su pipa sobre el muro de la catedral de Toledo.

Hasta las dos de la mañana, Shade podía telegrafiar a su diario. De aquí a entonces, López habría vuelto de Madrid. Era él quien traía al sacerdote: hermoso artículo en perspectiva. Aún no eran las diez. La soledad completa hacía de esta plaza, con sus escaleras y sus palacetes bajo las hojas rojizas, una decoración a la cual los últimos tiros de fusil del Alcázar daban una irrealidad misteriosa. Encantado, Shade soñaba con grandes estaciones de radio olvidadas en la India en los palacios granates invadidos por los cocoteros, aportando todos los ruidos de la guerra al pueblo de los pavos reales y de los monos; el olor a cadáver de Toledo era el de los pantanos de Asia. «¿Hay estaciones de radio en la luna?… Estaría bien que las ondas aportaran ese vago estruendo de combate de los astros muertos»… La catedral secularizada, intacta y sin duda llena de milicianos a esa hora, satisfacía su hostilidad a la Iglesia católica y su amor al arte. En el interior de la taberna, las voces decían:

—Nuestros aviones han fallado el golpe: las ametralladoras de los fascistas están en la plaza de toros, en Badajoz, pero no en el medio, bajo techo.

—Con los cuarteles hay que tener cuidado; han metido allí a los prisioneros.

Otra voz más fuerte, irónica, con un fuerte acento anglosajón:

—Después del combate, había mucha agitación en la plaza. Yo miraba. Estaba quinientos metros más arriba. Todas las mujeres eran jóvenes y bonitas, y no había una que no dijera: «¿Qué hace, allí arriba, ese guapo muchacho escocés?». Shade tomaba notas cuando López apareció por fin, con aire regio, los brazos al aire y el pelo revuelto. Se dejó caer pesadamente en una silla, levantó de nuevo los brazos, los dejó caer otra vez, se golpeó los muslos con las manos en el silencio de la plaza, y se oyeron como un eco algunos tiros de fusil; Shade aguardaba, con el sombrerito echado hacia atrás.

—Piden curas, bueno, ¡habrá que darles curas! ¡Dios mío!

—¿Son ellos los que piden curas, o sois vosotros los que reclamáis vuestros rehenes?

López tomó el aire del que ha visto demasiado durante la jornada:

—¡Pero es lo mismo, pánfilo! Comprende, ellos habían pedido curas. Eso es asunto de ellos. Por otro lado, esos miserables no quieren evacuar las mujeres y los niños: ni los nuestros, ni los de ellos. Saben bien qué es lo mejor para ellos. En fin, yo conozco dos curas. Telefoneo a Madrid: movilicen a estos dos, yo llegaré hacia las tres.

»¡Si creen que hay en todos los rincones, en Madrid, curas que no hayan tomado las de Villadiego! Para empezar, no había manera de dar con Guernico. Estaba en su organización de ambulancias. En fin, tenía la dirección del primer cura, era un buen tipo: venía a menudo a la cárcel cuando nosotros estábamos dentro, en 1934. Llego a su casa con cuatro milicianos (llevábamos monos). La casa era católica, el portero era católico, los inquilinos eran católicos, las ventanas eran católicas, las paredes eran católicas; había vírgenes de yeso, horrendas, en todos los rincones de la escalera. En cuanto se para el auto, ¡empiezan a gritar en todos los pisos! Esos imbéciles creían que veníamos a fusilarlos. Le explico al portero: no quiere entender. ¡Nuestros famosos asesinatos! Al ver llegar el auto, el cura se había escapado por el jardín. Así pasó con el primero.

La plaza había cesado de ser lunar. Como en cualquier otro lugar, López la llenaba con su presencia.

—Ahora el segundo. Sabía que estaba en relaciones con la dirección general de las milicias. Llego, encuentro a todos los oficiales comiendo. Llamo a un compañero, le explico de lo que se trata. «Bueno, tendré tu cura a las cuatro». Yo tenía muchísimo que hacer, debía darle la lata a todo el mundo para conseguir municiones, vuelvo a las cuatro.

»“Sabes —me dice el compañero—, el cura estaba allí cuando viniste, comía con nosotros, pero yo quería prevenirlo. Me parece difícil conseguirlo: se acobarda”. ¿Qué, se acobarda? ¡Banda de forajidos! ¡Ni siquiera son capaces de cumplir con su trabajo! En fin, me explican que es canónigo en la catedral, ¡te das cuenta de su grado en la jerarquía eclesiástica! Si hubiera sido un cura de aldea, habría hecho menos historias. En fin, curas de aldea yo no conozco: ¡No se interesan en la escultura! “Muy bien, dile que quiero hablarle. Si hay una posibilidad de sacar a los niños de esta inmundicia, hay que sacarlos”. Yo me moría de sed. Ellos tenían cerveza en la nevera. Corro a la cocina, y veo a un tipo sin cuello, con la camisa sucia, el chaleco desprendido y pantalón a rayas, forzando los grifos de la cerveza. (Hay que decir que no hacía frío). En fin, era el Monseñor.

—¿Joven, viejo?

—Mal afeitado, pero los pelos que le nacían de la barba eran blancos. Bastante rechoncho. Más bien, una cara bonachona, y manos para dibujarlas. Le explico lo que pasa (yo, ¿te das cuenta?). Para responderme, habla diez minutos. Aquí se llama charlatán a un tipo que habla un cuarto de hora cuando harían falta no más de treinta segundos: era pues un charlatán. Le digo no sé qué cosa, me contesta: «En eso reconozco muy bien el lenguaje de los soldados». Debieron decirle que yo tenía una responsabilidad. Yo vestía un

mono, sin insignia. «¡Un oficial como usted!». ¡Eso me dice a mí, pobre escultor! En fin, le contesto: «Oficial o no, si me dicen que vaya a pelear a tal lugar, voy; usted es un sacerdote; allí hay gente que lo reclama y yo quiero sacar a los chiquillos. ¿Viene usted o no viene?». Reflexiona, me pregunta gravemente: «¿Me garantiza usted que mi vida estará a salvo?». Eso me hizo hervir la sangre. Le contesto: «Cuando vine aquí, hace un momento, usted estaba comiendo con los milicianos; ¿qué cree usted, que los de Toledo se lo van a comer crudo?». Estábamos sentados los dos sobre la mesa. Se levanta y dice muy noblemente, la mano sobre el chaleco desprendido: «Si cree usted que puedo salvar una sola vida, iré». «Bueno, usted parece una buena persona. Ahora, si se trata de salvar vidas hay que salvarlas de inmediato: el auto está abajo». «¿No cree usted que sería mejor que me pusiera cuello y una chaqueta?». «A mí, me importa un bledo, pero quizá los otros estarían más contentos si lo vieran de sotana». «Aquí no tengo sotana». No sé si era verdad, o si obraba por prudencia; debía ser verdad. Desapareció… Bajo, y lo encuentro algunos minutos después delante del auto, con cuello, corbata negra y una chaqueta de alpaca. «¡Partimos!».

Una ráfaga de viento trajo hasta la plaza un intenso olor a quemado; hasta allí llegaba el humo del Alcázar. Libre del olor a podrido, la ciudad pareció transformada de pronto.

—Nos detenían cada poco para verificar nuestros papeles. «Será realmente difícil salir de Madrid», me decía con el aire de alguien que ha reflexionado sobre ello. Durante el camino, lo que le interesaba era explicarme que los rojos podían tener tanta razón como los blancos, «quizá más», y saber cómo se llevaría a cabo la entrevista. «Es muy sencillo —le repetía yo cada cuarto de hora—, sucederá exactamente como con el capitán Rojo. Les diremos que usted está acá, lo conduciremos a donde están las personas que ellos enviarán, le vendarán los ojos y lo llevarán a la oficina del coronel Moscardó, que dirige el Alcázar. Allí usted se las arreglará».

»"¿En la oficina del coronel Moscardó?". "Sí, en la oficina de Moscardó". Entonces le explico que su deber era negar la absolución a todos esos tipos, el bautismo sobre todo, si Moscardó se negaba a liberar a las mujeres y a los chiquillos.

—¿Lo prometió? —preguntó Shade.

—Me importa un bledo: si quiere hacerlo, lo hará; si no, su promesa no cambiará en nada las cosas. En fin, se lo expliqué lo mejor que pude; no debió de ser gran cosa. Llegamos a Toledo. En la batería, bajo, quiero hablar con el capitán. «¡Cojones!, —grita el capitán saltando sobre el estribo, sin dejarme decir una palabra—, ¿dónde están los obuses? ¡Nos han prometido obuses!». Yo hacía ademanes discretos, moviendo los brazos como aspas de molino, para que se callara; por poco que sepa un cura, sabe siempre de más. Imposible hacerle comprender. Por fin el imbécil empieza a darse cuenta. Hago las presentaciones: «El camarada cura». El capitán señalaba la torre del Alcázar que daba la impresión de venirse abajo; se golpeaba los muslos. «Mira lo que parece la oficina de Moscardó», decía, mostrando una buena brecha triangular. «Pero, mi querido comandante (ya estábamos en ese grado de intimidad) —me dice el cura—, ¿es en ese lugar desmantelado en el que usted quiere realizar mi entrevista con el coronel Moscardó? ¿Cómo llegaré hasta allí?». «¡Arrégleselas usted!, —vocifera el capitán, tajante—. ¡Pero ni Dios mismo entraría!».

»Las cosas iban cada vez mejor. Por último le he explicado que nos arreglaríamos con Moscardó, le he puesto tres guardaespaldas y está durmiendo.

—Y al fin, ¿va o no va?

—Mañana, a las nueve: armisticio hasta mediodía.

—¿Sabes algo a propósito de los chiquillos?

—Nada. Los responsables deberán explicarle a mi cura. Y aquellos que se creen responsables. Esperemos que no le metan mucho miedo: entre los anarcos, hay un tatuado especialmente indicado.

—Subamos a ver qué pasa arriba.

Subieron en silencio hacia la plaza de Zocodover, admirando al pasar el Terror de Pancho Villa, cuyo sombrero era todavía más hermoso de noche. La calle se iba llenando a medida que subían. En los últimos pisos de las casas, algunos fusiles y una ametralladora tiraban de cuando en cuando. Tres meses antes, Shade, a la misma hora, había oído ahí los cascos de un asno invisible y guitarras que tocaban alegremente la *Internacional* en la noche de vuelta de alguna serenata. El Alcázar apareció entre dos tejados, iluminado por reflectores.

—Vamos hasta la plaza —dijo—, escribiré en el tanque.

Los periodistas tenían la costumbre de refugiarse en el tanque, generalmente inutilizado, de llevar una vela e instalarse en él para escribir.

Llegaron por fin a la barricada. A la izquierda, tiroteaban milicianos; a la derecha, otros, acostados sobre colchones, jugaban a los naipes; otros estaban confortablemente instalados en sillones de mimbre; en el

medio, la radio transmitía una canción andaluza. Arriba, desde un segundo piso, tiraba la ametralladora. Shade se acercó a una brecha de la barricada.

Iluminada por una poderosa lámpara de arco, absolutamente vacía, la plaza donde en otros tiempos los reyes de Castilla luchaban a caballo con el toro era mucho más irreal que la de la catedral, más parecida a una plaza de un astro muerto que cualquier otro lugar en el mundo, en esa inquietante mezcla de olor a quemado y de frescura nocturna. Bajo una luz de estudio, escombros de Asia, un arco, tiendas dañadas por las balas, cerradas y abandonadas, y, sobre todo un lado, sillas de hierro de fondas, dispersas, entreveradas o aisladas. Por encima de las casas, una enorme publicidad de vermut, erizada de cetas; en los rincones oscuros débilmente iluminados, los cuartos de los observadores. De frente, los reflectores hundían su luz de teatro en todas las callejuelas ascendentes; y en el extremo de las callejuelas, en plena luz también, mejor iluminado para la muerte de lo que nunca lo estuvo para los turistas, extrañamente chato sobre el fondo del cielo nocturno, humeaba el Alcázar.

De tiempo en tiempo, tiraba un fascista; Shade miraba a los milicianos que respondían y a los que jugaban a los naipes, y se preguntaba quiénes de entre ellos tenían allí a sus mujeres o a sus hijos.

Las mantas campesinas sacadas para la noche, así como las franjas de los colchones de las barricadas daban a toda la ciudad una extraña unidad rayada. Un mulo pasó por la calle principal. «A medianoche, para unificar el rayado, los mulos serán reemplazados por cebras», dijo Shade. En la calle principal estrecha y sombría, delante del tanque prehistórico, las torretas de los autos blindados, iluminadas, formaban pequeñas manchas de luz. Muy cerca de la plaza, un escaparate de modas estaba casi iluminado; una vieja con sombrero de plumas, inmóvil, se intoxicaba con los sombreros provincianos vueltos ahora visibles por la reverberación de las lámparas de arco que iluminaban el Alcázar humeante.

De cuando en cuando una bala enemiga sonaba contra el blindaje de los autos ametralladoras. López se encaminó al Estado Mayor. Shade entró en el tanque, donde el ametrallador le hizo sitio. En el interior de una torreta una ametralladora hacía su mucho estruendo, más allá la calle toda entraba en trance. Shade saltó del tanque: ¿contraataque del Alcázar?

Los fascistas acababan de mandar un cohete luminoso y la ciudad entera tiraba sobre el cohete.

3

El sacerdote había entrado hacía una media hora. Periodistas, «responsables» de toda clase se paseaban detrás de la barricada a paso corto, esperando el descenso de los primeros enemigos en la plaza para observar el armisticio. Shade, en mangas de camisa y el sombrero echado para atrás, caminaba entre un funcionario del Partido Comunista, Pradas, un periodista ruso, Golovkin, y un periodista japonés, y espiaba cada tres pasos por los agujeros de la barricada. Pero la plaza no estaba habitada sino por sus sillas de café, patas arriba. El olor a muerte y el olor a fuego se alternaban según el viento.

Un oficial fascista apareció en la esquina de la plaza por una de las callejuelas del Alcázar. Volvió a irse. La plaza quedó de nuevo vacía. No ya despierta como lo estaba cada noche bajo sus reflectores, sino abandonada. El día le daba nuevamente vida, esa vida pronta a volver, emboscada en las esquinas de la plaza como los fascistas y los milicianos.

El armisticio había comenzado. Pero la plaza, por haber sido tanto tiempo el lugar donde ningún combatiente podía pasar sin encontrar las ametralladoras enemigas, parecía traer desgracia.

Tres milicianos se decidieron por fin abandonar la barricada. Se contaba que había, en las partes reconquistadas del Alcázar, colchones bajo las bóvedas, y partidas de naipes —los mismos que los de los milicianos de la barricada—. A fuerza de ser enemigo, y aunque en varias partes fuera reconquistado, el Alcázar se había vuelto misterioso. Los milicianos sabían que no habrían de entrar durante el armisticio, pero tenían ganas de acercarse. No se apartaban sin embargo de la barricada.

«Unos y otros son más resueltos para el ataque», pensaba Shade, mirando con un ojo por un agujero entres los sacos, la frente sobre la tela cálida ya, el sombrero más hacia atrás que nunca. «Parecen gatos».

Un grupo de oficiales fascistas acababa de aparecer del otro lado, allí donde había desaparecido el primero; vacilaron ante la plaza vacía. Milicianos y fascistas, detenidos, se miraban; algunos nuevos milicianos pasaron la barricada. Shade tomó sus gemelos.

En la cara de los fascistas que apenas distinguía, esperaba odio: lo que creía distinguir era molestia, acentuada por la torpeza del andar y sobre todo por los brazos, muy impresionante en esos hombres vestidos con trajes nítidos de oficiales. Los milicianos se acercaban.

—¿Qué crees? —le preguntó al que miraba por el agujero vecino.

—A los nuestros les molesta hablar.

Empezar una conversación no es fácil entre gentes que han tratado de matarse desde hace dos meses: lo que separaba a esos hombres y los había hecho rondar, a unos a lo largo de las columnas, a otros a lo largo de la barricada, era, más que el tabú de la plaza, la idea de que, si se acercaban, se hablarían.

Otros fascistas bajaban del Alcázar, y otros milicianos salían de la barricada.

—Las cuatro quintas partes de la guarnición son guardias civiles, ¿verdad? —preguntó Golovkin.

—Sí —dijo Shade.

—Mira los uniformes: no dejan ir sino a los oficiales.

Ya no era cierto. Llegaban guardias, con sus tricornios de charol y sus uniformes de ribetes amarillos, pero con alpargatas blancas.

—Los milicianos han matado a todos los de zapatos —dijo Shade.

Pero la conversación había empezado ya, aunque los dos grupos estuvieran separados por unos diez metros. Shade encendió su pipa, entre dos sacos, y caminó hasta el conciliábulo, seguido de Golovkin y de Pradas.

Los dos grupos estaban insultándose.

Separados por diez metros como por un espacio sagrado, haciendo ademanes tanto más singulares cuanto que no avanzaban, se lanzaban argumentos con los brazos.

—… porque nosotros, a lo menos, combatimos por un ideal, cornudos de mierda —decían los fascistas en el momento en que él llegaba.

—¿Y nosotros? ¿Es que nosotros combatimos por las cajas de caudales, hijos de puta? ¡Y la prueba de que nuestro ideal es más grande está en que lo es para todo el mundo!

—¡A la mierda con el ideal para todo el mundo! ¡Lo que importa en un ideal es que sea mejor, ignorante!

Se habían apuntado durante dos meses, por eso mantenían sus relaciones de guerra, puesto que no encontraban otras. Y sin embargo…

—Dime, ¿es un ideal arrojar gases sobre los abisinios? ¿Es un ideal los obreros alemanes en los campos de concentración? ¿Es un ideal los obreros agrícolas a una peseta por día? ¿Es un ideal las masacres de Badajoz, sirviente de asesinos?

—Rusia, ¿es un ideal?

—¿Qué es?

—¡Para los que no han ido! ¡República de los trabajadores! ¡Se caga en los trabajadores!

—¡Será por eso que tus patrones la detestan! Si eres de buena fe, te lo digo: todo lo que hay de asqueroso en el mundo está con vosotros. Y todos los que quieren justicia están con nosotros, hasta las mujeres. ¿Dónde están vuestras milicianas? ¡Tú eres un guardia, no un príncipe! ¿Por qué las mujeres están con nosotros?

—Ante todo, que las mujeres se callen, cornudo. ¡Y tu ideal de quemar iglesias, puedes guardártelo!

—Si hubiera menos iglesias, no habría necesidad de quemarlas.

—¡Demasiadas iglesias de oro y demasiados pueblos sin pan!

Shade alcanzó a ponerse al lado de los milicianos, turbado de encontrar de nuevo el sentimiento que le daban los vanos insultos de los chóferes parisienses y de los cocheros de Italia.

—¿Quién es ese individuo? —le preguntó un miliciano señalando a Golovkin.

Habían visto la víspera a Shade con López; era del oficio.

—Corresponsal de un diario soviético.

Golovkin tenía los pómulos salientes, la cara curtida de los campesinos de las esculturas góticas. Shade, que había pasado por Moscú para hacer un reportaje, había notado que los rusos, muy cerca de su origen campesino, se parecían a menudo a las caras medievales: yo tengo aire indio, ese ruso tiene aire de labrador, los españoles tienen aire de caballo…

Los tres milicianos que fueron los primeros en salir de la barricada, permanecían a un lado, sin avanzar.

Las comparaciones de ideal continuaban.

—¡Lo que no impide —gritó uno de los oficiales fascistas— que una cosa es combatir por su ideal durmiendo en la casa, como hacen ustedes, y otra viviendo en los subterráneos! ¿Es que nosotros podemos fumar?

—¿Qué, qué?

Un miliciano atravesó el terreno tabú. Era un hombre de la C. N. T., una manga de su camisa remangada sobre un brazo azul de tatuajes. El sol casi vertical proyectaba bajo sus pies la sombra de su sombrero mexicano, y avanzaba así sobre un zócalo negro. Iba hacia los fascistas como para pelearse, con un paquete

de cigarrillos en la mano. Shade sabía que en España no se tiende jamás un paquete de cigarrillos, y esperaba el ademán del anarquista. Éste sacó los cigarrillos uno por uno y los distribuyó sin abandonar su expresión de cólera. Los tendía a los fascistas como prueba, como si hubiera dicho: «¡Haberse permitido reprocharnos estos cigarrillos! ¡Si vosotros no los tenéis, es a causa de las complicaciones de la guerra, puercos, pero nada podéis decir contra nosotros por los cigarrillos, cretinos!». Continuando su distribución, tomó las ventanas por testigos. Cuando acabó su paquete, los otros milicianos, que se habían unido a él, continuaron distribuyendo.

—¿Cómo interpretáis esta distribución, idiota? —preguntó Pradas.

Se parecía a un Mazarino que se hubiera dejado despuntar la barba para parecerse a Lenin.

—En una de las sesiones más violentas de la cámara belga, he visto hacerse la fraternal unidad de todos los partidos para rechazar el impuesto sobre las palomas mensajeras: el ochenta por ciento de los diputados eran colombófilos. Aquí existe la francmasonería de los fumadores.

—Es algo más profundo, mira…

Uno de los fascistas acababa de gritar: «¡Lo que no impide que vosotros estéis afeitados!». Cosa tanto más singular cuanto que los milicianos no lo estaban. Pero uno de ellos, también un anarquista, fue corriendo hacia la calle del Comercio. Los dos periodistas lo seguían con la mirada: acababan de detenerse para hablar con un miliciano que estaba junto a la barricada. Éste sacó su revólver en dirección a los fascistas, y lo agitó como si hablara con furor. El anarquista se fue corriendo.

—Entre ustedes, ¿era así? —preguntó Shade a Golovkin.

—Ya hablaremos más tarde. Es inexplicable.

El miliciano volvió, con una caja de hojitas Gillette en la mano, y la abrió corriendo. Había por lo menos doce oficiales fascistas.

Dejó de correr; visiblemente, no sabía cómo distribuir sus cuchillas: no tenía doce. Hizo un ademán para arrojarlas, como golosinas a los niños, vaciló, y dio por fin la caja al fascista más próximo, con hostilidad. Los demás oficiales se precipitaron hacia el que venía de recibirla, pero ante la risa de los milicianos, uno de ellos dio una orden. En el instante en que se separaban, otro fascista llegaba del Alcázar; y, llegado del otro lado de la plaza, el miliciano que había sacado su revólver cuando pasó el distribuidor de hojas de afeitar, se acercó al grupo.

—Todo eso es muy bonito… —dijo, mirando a los fascistas uno tras otro. Su voz permanecía en suspenso, y todos aguardaban—… ¿y los rehenes? ¡Yo tengo allí a mi hermana!

Esta vez, el tono era de odio. Ya no se trataba de comparar ideales.

—Un oficial español no tiene que intervenir en las decisiones de sus jefes —respondió uno de los fascistas.

Apenas lo oyeron los milicianos porque, al mismo tiempo, el último fascista llegado decía:

—Quiero ver al comandante, de parte del coronel Moscardó.

—Venga usted —dijo uno de los milicianos.

El oficial lo siguió. Shade y Pradas siguieron, muy bajos a ambos lados del gran Golovkin, en medio de la multitud cada vez más densa, y cuya marcha hubiera tenido el aspecto de un paseo dominguero si los ojos de todos los que subían hacia la plaza no hubieran estado pertinazmente fijos en el Alcázar.

Hernández salía de la tienda seguido del Negus, de Mercery y de dos tenientes, cuando el oficial fascista iba a entrar. Éste saludó y tendió las cartas.

—Del coronel Moscardó para su mujer.

Shade tuvo súbitamente la impresión de que todo lo que había visto desde la víspera en Toledo, y desde los días en Madrid, convergía en esos dos hombres que se miraban con un odio gastado, en el olor quemado del Alcázar, cuya humareda traída por el viento a la ciudad se agitaba como el lienzo de una bandera hecha jirones. Los cigarrillos ofrecidos, las hojas de afeitar, iban a parar a esas cartas; como los rehenes, las barricadas absurdas, los asaltos, las fugas y, cuando se disipaba por un instante el olor del fuego, ese olor a caballo muerto convertido en el de la tierra misma. Hernández había alzado el hombro derecho, como de costumbre, y dado las cartas a un teniente, indicando una dirección con un gesto de su largo mentón.

—Siniestro imbécil —dijo el Negus, cordial a pesar de todo.

Hernández alzó esta vez los dos hombros, siempre con el mismo cansancio, y le hizo señas al teniente de que se fuera.

—¿La mujer de Moscardó está en Toledo? —preguntó Pradas asegurándose los quevedos.

—En Madrid —respondió Hernández.

—¿Libre? —preguntó Shade, estupefacto.

—En una clínica.

El Negus se alzó de hombros a su vez, pero colérico. Hernández subió hacia la tienda oficina, de donde llegaba hasta Shade, en la calle silenciosa desde el armisticio, el ruido de una máquina de escribir. A través de las callejuelas perpendiculares, los perros, asombrados sin duda por la detención del fuego, comenzaban a aventurarse. El ruido de los pasos y de las voces, que se hacía sensible desde que no se tiraba, volvía a recuperar la ciudad, como la paz. Pradas se acercó al capitán y dio algunos pasos a su lado, con la barbilla en la mano.

—¿Qué significa enviar esta carta? ¿Cortesía?

Frunciendo las cejas, con aire más que irónico, perplejo, caminaba al lado del oficial que miraba el suelo donde la sombra de los sombreros mexicanos lanzaba enormes *confeti*.

—Generosidad —respondió por fin Hernández, volviéndole la espalda.

—¿Conoce usted bien a ese capitán? —preguntó Pradas con las cejas todavía fruncidas.

—¿Hernández? —respondió Shade—. No.

—¿Qué lo ha llevado a hacer eso?

—¿Qué lo llevaría a no hacerlo?

—Eso —dijo Golovkin señalando un auto de los llamados blindados, que pasaba. En el techo, un cadáver de miliciano que, por la manera en que estaba atado, se adivinaba que era amigo de los que lo conducían. El periodista se ajustó la corbata, lo que en él era señal de duda.

—¿Eso sucede a menudo? —preguntó Golovkin.

—Bastante, creo. El comandante del lugar ya ha llevado cartas de esta clase.

—¿Es un oficial de carrera?

—Sí. Hernández también.

—¿Qué mujer es? —preguntó Pradas.

—Nada de lo que usted piensa, vicioso. No la conozco, pero no es una mujer joven.

—¿Entonces qué? —dijo Golovkin—. ¿Españolismo?

—¿Le satisfacen esa clase de palabras? El almuerza en Santa Cruz, vaya usted. No le costará que lo inviten: hay comunistas.

Entre los milicianos de toda clase pasaba el Terror de Pancho Villa. Shade tuvo conciencia de que Toledo era una pequeña ciudad, tanto en la guerra como en la paz; y que iba a encontrar todos los días los mismos originales, como no hacía mucho encontraba todos los días a los mismos guías y a los mismos jubilados.

—Los fascistas —dijo— no atacan entre las dos y las cuatro a causa de la siesta. No se forme demasiado pronto una opinión de lo que pasa aquí.

Vistos del lado del Alcázar, los sacos de arena y los colchones rayados de las barricadas, casi intactos del lado de la ciudad, estaban agujereados como madera picada por los gusanos. El humo cubría todo de sombra. El incendio proseguía su vida indiferente: en esa calma extraña de suspensión de combate, hacia el Alcázar, una nueva casa había comenzado a incendiarse.

4

Las mesas en ángulo recto ocupaban el rincón de una sala del museo de Santa Cruz. Algunos puntos de luz brillaban en la penumbra, esos puntos de luz que provenían de los agujeros de los ladrillos se aferraban a los fusiles cruzados en las espaldas; en el olor español a aceite de oliva crudo, en medio de un amontonamiento de frutos y de hojas, brillaban vagamente las manchas sudadas de los rostros. Sentado en el suelo, el Terror de Pancho Villa reparaba fusiles.

La actitud de Hernández era tanto más simple cuando que su espalda encorvada no se prestaba a posturas marciales; su escolta, en la otra mesa, jugaba a la guardia. Ninguno de los heridos había cambiado su venda. «Demasiado felices de su sangre», decía Pradas a media voz. Golovkin y Pradas acababan de sentarse enfrente de Hernández, que hablaba con otro oficial. El capitán, con una mancha de luz en la frente, otra sobre su mentón prominente de compañero de Cortés, no parecía de otra nación que la del periodista ruso, pero sí de otra época. Todos los milicianos estaban punteados de sol.

—El camarada Pradas, del comité técnico del partido —dijo Manuel.

Hernández levantó la cabeza.

—Lo sé —respondió.

—En fin, ¿por qué, exactamente, lo has hecho traer? —replicó Manuel, continuando la conversación.

—¿Por qué los milicianos han distribuido cigarrillos?

—Eso es lo que me interesa —gruñó Pradas con aire perplejo, la mano detrás de la oreja, una mancha de luz en su barbilla.

¿Oía mal y se ayudaba con la mano? No la mantenía contra la oreja, la pasaba por detrás, como un gato que se acicala; Hernández respondió a Manuel con un ademán indiferente de sus largos dedos. El ruido de las radios perdidas en el fondo de la resplandeciente luz de afuera parecía entrar por los agujeros de balazos, y enredarse en torno de Pancho Villa, adormecido ahora en medio de los fusiles, bajo su extraordinario sombrero.

—El camarada soviético (Pradas traducía, con la mano sobre la cabeza) dice: «Entre nosotros, la mujer de Moscardó hubiera sido detenida en el mismo instante». Quisiera comprender *por qué* es usted de otra opinión.

Golovkin sabía francés y comprendía un poco el español.

—¿Tú has estado preso? —le preguntó el Negus.

Hernández callaba.

—Bajo el zarismo, era demasiado joven.

—¿Has hecho la guerra civil?

—Como técnico.

—¿Tienes hijos?

—No.

—Yo… tenía.

Shade no insistió.

—La generosidad es el honor de las grandes revoluciones —dijo Mercery, digno.

—Pero los hijos de los nuestros están en el Alcázar —replicó Pradas.

Un miliciano traía un magnífico jamón con tomates, guisado con aceite de oliva, que a Shade le inspiraba horror. El Negus no se sirvió.

—¿Usted detesta el *aceite*, usted, un español? —preguntó Shade, interesado por toda cuestión de cocina.

—Nunca como carne: soy vegetariano.

Shade tomó su tenedor: llevaba las armas del arzobispado.

Todos comían. En las vitrinas modernas del museo, vidrio, acero y aluminio, todo estaba en orden salvo pequeños objetos pulverizados allí mismo por las balas, detrás de un nítido agujero en la vitrina rodeado de rayos.

—Escucha bien —dijo el Negus a Pradas—: Cuando los hombres salen de prisión, el noventa por ciento no fijan la mirada. No miran ya como hombres. En el proletariado hay también muchas miradas que no se fijan. Y para empezar hay que terminar con eso, ¿comprendes?

Hablaba tanto para Golovkin como para Pradas, pero hacerse traducir por Pradas le disgustaba.

—Me parece bien que éste no se haga el sabiondo —dijo Shade a media voz, con satisfacción.

Uno de los milicianos se le acercó, trayendo un sombrero de cardenal.

—Acabamos de encontrarlo. Entonces, como no es de utilidad para la colectividad, se ha votado dártelo.

—Gracias —dijo Shade, sereno—. Por lo general le caigo simpático a los puros, a los perros lanudos, a los niños. No a los gatos, ¡por desgracia! Gracias.

Se puso el sombrero, acarició las borlas y continuó comiendo su jamón.

—En casa de mi abuela, en Iowa City, hay borlas como ésas. Debajo de los sillones. Gracias.

El Negus mostró con su índice corto una crucifixión estilo Bonnat, pálida sobre un fondo bituminoso, fusilada desde varios días antes por los de enfrente. Los agujeros agrupados de las balas casi le habían arrancado el brazo derecho a Cristo; el izquierdo, protegido sin duda por las piedras de las paredes, estaba sólo atravesado aquí y allá; del hombro a la cadera, en bandolera, el cuerpo pálido había sido recorrido por una ráfaga de ametralladora, regular y nítida como el pespunte de una máquina de coser.

—Si nos aplastan aquí y en Madrid, los hombres habrán vivido un día con su corazón. ¿Me comprendes? A pesar del odio. Son libres. Nunca lo habían sido. No hablo de libertad política, eh, ¡hablo de otra cosa! ¿Me comprendes?

—Perfectamente —dijo Mercery—: Como dice mi señora, el corazón es lo esencial.

—En Madrid es más serio —dijo Shade, tranquilo bajo su sombrero rojo—. Pero de acuerdo. La revolución son las vacaciones de la vida… Mi artículo de hoy se llama *Asueto*.

Pradas se pasó la mano por la punta de su cráneo en forma de pera, atento. No había oído el fin de la frase de Shade, perdida en un tumulto de sillas: le hacían sitio a García, que acababa de llegar, la pipa en la

comisura de su sonrisa.

—No es fácil para los hombres vivir juntos —replicó el Negus—. Bien. ¡Pero no hay, que digamos, tanto valor en el mundo! Nada que hacer; termina uno por sentir que se acaban los hombres resueltos a morir. Pero nada de «dialéctica», nada de burócratas en el lugar de los delegados; nada de ejército para terminar con el ejército, nada de arreglos con los burgueses. Vivir como la vida debe vivirse, desde ahora, o morir. Si las cosas salen mal, fuera. Nada de ida y vuelta.

La mirada de ardilla en acecho de García se iluminó.

—Mi querido Negus —dijo cordialmente—, cuando uno quiere que la revolución sea una manera de vivir por sí misma, se vuelve casi siempre una manera de morir. En ese caso, querido amigo, uno termina por arreglárselas tan bien con el martirio como con la victoria.

El Negus levantó la mano derecha con el ademán de Cristo enseñando:

—El que tiene miedo de morir no tiene la conciencia tranquila.

—Y mientras tanto —dijo Manuel, con el tenedor en el aire—, los fascistas están en Tala vera. Y si esto continúa, perderéis Toledo.

—Y después de todo, sois cristianos —dijo Pradas profesoral—. Y durante…

«Perdió una buena ocasión de callarse» pensó García.

—¡Abajo el solideo! —dijo el Negus crispado—. Pero la teosofía tiene su lado bueno.

—No —dijo Shade, jugando con las borlas de su sombrero—. Continúa.

—¡Nosotros no somos cristianos! Vosotros os habéis vuelto curas. No digo que el comunismo sea una religión, pero digo que los comunistas se están volviendo curas. Ser revolucionarios, para vosotros, es ser astutos. Para Bakunin, para Kropotkin, no era así; no era en modo alguno así. A vosotros os traga el partido. Tragados por la disciplina. Tragados por la complicidad: con el que no es de los vuestros, no tenéis decencia, ni deberes, ni nada. No sabéis lo que es ser *fieles*. Nosotros, desde 1934, hemos hecho siete huelgas nada más que por solidaridad, sin un solo objetivo material.

La cólera hacía hablar al Negus muy rápido, gesticulando, agitando las manos alrededor de sus cabellos revueltos. Golovkin no comprendía, pero lo inquietaban algunas palabras captadas aquí y allá. García le dijo algunas palabras en ruso.

—Concretamente, más vale ser infieles que incapaces —dijo Pradas.

El Negus sacó su revólver y lo colocó sobre la mesa.

García colocó su pipa de igual manera. En los platos y en las garrafas con cuello de alambique reverberaban como gusanos relucientes los mil puntos de luz de los ladrillos agujereados, como en una enorme naturaleza muerta. A lo largo de las ramas brillaban las frutas y las cortas líneas azules de los cañones de los revólveres.

—Todas las armas en el frente —dijo Manuel.

—Cuando tuvimos que ser soldados —dijo Pradas—, fuimos soldados. Después, cuando tuvimos que ser constructores, hemos sido constructores. Hemos debido ser administradores, ingenieros, ¿qué más? Lo hemos sido. Y si en última instancia debemos ser curas, pues bien, seremos curas. Pero hemos hecho un Estado revolucionario, y aquí haremos un ejército. Concretamente. Con nuestras cualidades y nuestros defectos. Y es el ejército el que salvará a la República y al proletariado.

—A mí —dijo Shade suavemente con las manos aferradas a las borlas de su sombrero— me importa un bledo. Lo que hacéis unos y otros es más sencillo y mejor que lo que decís. Todos sabéis demasiado. Por lo demás, Golovkin, en tu país todos comienzan a ser sabiondos. Es por lo que no soy comunista. El Negus me parece un poco bobo, pero me gusta.

La atmósfera se distendía.

Hernández miró de nuevo su reloj, después sonrió. Tenía los dientes largos, como las manos y la cara.

—En cada revolución es lo mismo —replicó Pradas con la barbilla en la mano—. En el diecinueve, Steinberg, socialista revolucionario, comisario de justicia, pidió que cerraran definitivamente la fortaleza Pedro y Pablo. A consecuencia de lo cual Lenin obtuvo de la mayoría que encerraran en ella a los prisioneros blancos: así tenemos bastantes enemigos en la retaguardia. En última instancia, la nobleza es un lujo que una sociedad sólo puede pagarse tarde.

—Pero cuanto antes, mejor —dijo Mercery, definitivo.

—Mañana, fastidiarán por cualquier cosa —replicó el Negus—. No hay caso. Los partidos son hechos para los hombres, no los hombres para los partidos. Nosotros no queremos hacer ni un Estado, ni una iglesia, ni un ejército. Queremos hombres.

—Que comiencen por conducirse noblemente cuando tengan la ocasión —dijo Hernández, con sus largos dedos anudados delante del mentón—. Hay bastantes inmundos y asesinos que se dicen de los nuestros.

—Permítanme ustedes, camaradas —dijo Mercery, la mano sobre la mesa y el corazón en la mano—. De dos cosas, una. Si salimos vencedores aparecerán ante la Historia con los rehenes, y nosotros con la libertad de la señora Moscardó. Suceda lo que sucediere, Hernández, da usted un noble y gran ejemplo. En nombre del movimiento «Paz y Justicia», al que tengo el honor de pertenecer, me saco ante usted el… en fin, mi quepis.

Desde su primer encuentro, el día del lanzallamas, Mercery dejaba confuso a García: el comandante se preguntaba si la comedia es inseparable del idealismo; y al mismo tiempo, sentía en Mercery algo auténtico, con lo que el fascismo debía contar.

—Y no perdáis el tiempo en tomar a los anarcos por una pandilla de chiflados —decía el Negus—. El sindicalismo español ha hecho desde hace años un trabajo serio. Sin comprometerse con nadie. Nosotros no somos ciento setenta millones como vosotros, pero si el valor de una idea se mide por la cantidad de sus partidarios, los vegetarianos son más numerosos en el mundo que los comunistas, hasta contando a todos los rusos. La huelga general, ¿existe o no? Vosotros la habéis atacado desde hace años. Releed a Engels, eso os instruirá. La huelga general es Bakunin. Yo he visto una obra comunista donde hay anarcos. ¿A qué se parecen? A los comunistas vistos por los burgueses.

En la sombra las estatuas de los santos daban la impresión de alentar los ademanes exaltados.

—Desconfiemos un poco de las generalizaciones —dijo Manuel—. El Negus puede haber tenido experiencias…, en fin, desgraciadas; todos los comunistas no son perfectos. Aparte de nuestro camarada ruso, cuyo nombre he olvidado, y de Pradas, creo que soy, en esta mesa, el único miembro del partido: Hernández, ¿es que tú crees que soy un cura? ¿Y tú, Negus?

—No, tú eres una buena persona. Y valiente. Hay muchas buenas personas entre vosotros. Pero no hay sólo eso en el partido.

—Otra cosa: vosotros habláis como si tuvierais el monopolio de la honestidad, y tratáis de burócratas a los que no están de acuerdo con vosotros. ¡Sin embargo te das cuenta de que Dimitroff no es un burócrata! Dimitroff contra Durruti, en fin, es una moral contra otra, ¡no es una componenda contra una moral! Somos camaradas, seamos honestos.

—Y es vuestro Durruti el que ha escrito: «Renunciaremos a todo menos a la victoria» —dijo Pradas al Negus.

—Sí —gruñó éste mostrando los dientes—, ¡pero si Durruti te conociera, te sacaría a patadas en el culo!

—Con vuestra moral no se hace política —replicó Pradas—. De eso, por desgracia, no tardaréis en daros cuenta. Es así como…

—Ni con otra —dijo una voz.

—La complicación —dijo García—, y quizá el drama de la revolución, es que tampoco se la hace sin.

Hernández levantó la cabeza.

Uno de los puntos luminosos brillaba sobre el cuchillo de Manuel, que comía sol.

—Hay algo que está bien en los capitalistas —dijo el Negus—. Una cosa importante. Hasta me sorprende que la hayan encontrado. Será necesario que hagamos aquí, para cada sindicato, algo parecido cuando termine la guerra. La única cosa que respeto en los capitalistas.

»Es el Desconocido. El *soldado* desconocido, en ellos; pero se puede hacer mejor. En el frente de Aragón, he visto muchísimas tumbas sin nombre: sólo sobre la piedra, o en un extremo de la madera, había F. A. I. o C. N. T. Eso me ha… estaba bien. En Barcelona, las columnas parten para el frente desfilando ante la tumba de Ascaso, y todo el mundo calla, eso está bien, también. Es mejor que las charlatanerías.

Un miliciano venía a buscar a Hernández.

—Cristianos… —gruñó Pradas para su perilla.

—¿Salió el sacerdote? —preguntó Manuel, ya de pie.

—Todavía no. Es el comandante el que me hace llamar.

Salió Hernández, acompañado por Mercery y por el Negus, que llevaba su sombrero; ya no era el sombrero mexicano de la víspera, sino el quepis rojo y negro de la Federación Anarquista. Hubo un instante de silencio lleno del ruido disperso del final de comidas militares.

—¿Por qué ha hecho traer la carta? —preguntó Golovkin a García.

Sentía que sólo García era respetado por todos, hasta por el Negus. Y hablaba ruso.

—Procedamos por orden… Primero, para no rechazar, ha sido oficial por decisión paterna, es republicano desde hace años por liberalismo, y medianamente intelectual… Segundo, es oficial de carrera (no es el único aquí); sea lo que piense políticamente de la gente de enfrente, eso lo obliga a desempeñar un papel. Tercero, estamos en Toledo. Usted bien sabe que no se hace poco teatro al comienzo de toda revolución; en estos momentos, aquí España es una colonia mexicana.

—¿Y del otro lado?

—La línea telefónica entre nuestro cuartel general y el Alcázar no está cortada, y ambas partes la utilizan desde el comienzo del sitio. Cuando las últimas negociaciones, se entendió que nuestro parlamentario sería el comandante Rojo. Rojo ha sido educado aquí mismo. Ante una puerta, le sacaron la venda que llevaba sobre los ojos: era la oficina de Moscardó. ¿Ha visto usted la pared de la izquierda? Un agujero. La oficina está sin techo. Moscardó de gran uniforme en el sillón, y Rojo en la silla de otros tiempos. Por lo demás, la pared del fondo intacta; encima de la cabeza de Moscardó, querido amigo, el retrato de Azaña que habían olvidado descolgar.

—¿Y en cuanto el valor? —preguntó Golovkin en voz un poco más baja.

—Habría que dirigirse a alguien que hubiera tenido ocasión de observar eso de más cerca que yo. En este momento, nuestras mejores tropas son los guardias de asalto. ¿Manuel?

Le hizo la pregunta de Golovkin en español.

Manuel se tomó entre los dedos el labio inferior.

—Ningún coraje colectivo resiste a los aviones y a las ametralladoras. En suma: los milicianos bien organizados y armados son valientes, los otros se escapan. Basta de milicias, basta de columnas: un ejército. El coraje es un problema de organización. Queda por saber quiénes son los que quieren ser organizados…

—¿Cree usted que ese capitán pueda conservar cierta simpatía por los cadetes, en tanto que oficial de carrera? —preguntó Pradas a García.

—Hemos hablado de eso juntos. Dice que no hay cincuenta cadetes en el Alcázar, lo que es verdad. El Alcázar está defendido por guardias civiles y por oficiales. Esos jóvenes héroes de una raza superior, que defienden su ideal contra un populacho enfurecido, son los gendarmes españoles. Así sea.

—En suma, García. ¿Cómo explicas la historia de la plaza? —preguntó Manuel.

—Creo que el que ha dado los cigarrillos, y el chistoso que trajo las hojitas de afeitar, y los que lo siguieron, y Hernández con las cartas, han obedecido sin darse cuenta de ello al mismo sentimiento: probar a los de arriba que no tienen el derecho de despreciarlos. Lo que digo parece una broma; es muy serio. La derecha y la izquierda españolas están separadas por el gusto o el horror de la humillación. El Frente Popular es, entre otras cosas, el conjunto de aquellos que la aborrecen. Tome, antes del levantamiento, en un pueblo, dos pequeños burgueses pobres, uno con nosotros, el otro contra nosotros. El que está con nosotros quiere la cordialidad, el otro la altanería. La necesidad de la fraternidad contra la pasión de la jerarquía es una oposición muy seria en este país… y quizá en otros…

Manuel, en ese ámbito, desconfiaba de lo psicológico, pero se acordaba del padre Barca: «Lo contrario de la humillación, muchacho, no es la igualdad: es la fraternidad».

—Cuando me entero concretamente —respondió Pradas— de que la República ha triplicado los salarios; de que los campesinos, en consecuencia, han podido por fin comprarse camisas; de que el gobierno fascista ha reducido los salarios a su estado anterior y que a causa de ello, las miles de camiserías que se habían abierto han debido cerrar, comprendo por qué la pequeña burguesía española está ligada al proletariado. La humillación no armaría a doscientos hombres.

García comenzaba a repetir las típicas palabras de los partidos: para los comunistas era «concretamente». Conocía, por lo demás, la desconfianza que a Pradas, y hasta a Manuel, les inspiraba la psicología; pero, si pensaba que las perspectivas de la lucha antifascista debían ordenarse basándose en lo económico, pensaba también que no había ninguna diferencia, económicamente, entre los anarquistas (o sus amigos), las masas socialistas y los grupos comunistas.

—De acuerdo, querido amigo; sin embargo, no es de las regiones de Extremadura donde se comen bellotas, de donde provienen nuestras mejores tropas, ni las más numerosas. Pero, te lo ruego, ¡no me hagas hacer una teoría de la revolución por la humillación! Trato de comprender lo que ha pasado esta mañana, y no la situación general de España. En última instancia, como vosotros diríais, Hernández no es camisero, ni siquiera simbólicamente.

»El capitán es un hombre muy honesto, para el cual la revolución es una forma de realización de sus deseos éticos. Para él, el drama que vivimos es un Apocalipsis personal. Lo que hay de más peligroso en esos semicristianos es el gusto del sacrificio: están dispuestos a cometer los peores errores con tal de pagarlos con la vida.

García parecía tanto más inteligente aparte de sus oyentes cuanto que, más que comprender, adivinaban lo que decía.

—Evidentemente —respondió—, el Negus no es Hernández; pero entre liberal y libertario no hay sino una diferencia de terminología y de temperamento. El Negus ha dicho que los suyos estaban siempre dispuestos a morir. Tratándose de los mejores, es cierto. Notad que digo: tratándose de los *mejores*. Están

borrachos de una fraternidad que no ignoran que no puede durar así. Y están dispuestos a morir después de algunos días de exaltación —o de venganza, según los casos—, durante los cuales los hombres habrían vivido según sus sueños. Notad que él nos lo ha dicho: con su corazón… Sólo que, para ellos, esta muerte justifica todo.

—No me gusta la gente que se hace fotografiar con el revólver en la mano —dijo Pradas.

—Son a veces los mismos que han tomado las armas de los ricos, el 18 de julio, cerrando el puño en el bolsillo para imitar un revólver.

—Los anarquistas…

—Los anarquistas —dijo Manuel— es una palabra que sirve sobre todo para confundir. El Negus es miembro de la F. A. I., desde luego. Pero lo que importa, en suma, no es lo que piensan sus compañeros; es que millones de hombres, millones, que no son anarquistas, piensan como ellos.

—¿Lo que piensan de los comunistas? —preguntó Pradas, gruñón.

—Pues no, querido amigo —dijo García—: Lo que piensan de la lucha y de la vida. Lo que piensan en común con… por ejemplo, el capitán francés. Piense usted que esta actitud la he conocido en Rusia, en 1917, en Francia no hace seis meses. Es la adolescencia de la revolución. Hay con todo que darse cuenta de que las masas son una cosa y los partidos otra. ¡Lo vemos desde el 18 de julio!

Alzó el caño de su pipa.

—Nada es más difícil que hacer pensar a las gentes en lo que van a *hacer*.

—Sin embargo —dijo Pradas—, eso es lo único que importa.

—Condenados a cambiar o a morir —dijo tristemente Golovkin.

Ahora García callaba y reflexionaba. Para él, en el anarcosindicalismo, había anarco y había sindicalismo; la experiencia sindicalista de los anarquistas era su elemento positivo; la ideología, su elemento negativo. Los límites de la anarquía española (sobrepasado lo pintoresco) eran los del sindicalismo mismo, y los más inteligentes de los anarquistas no invocaban la teosofía, sino a Sorel. Y sin embargo, toda esta conversación se desarrollaba como si los anarquistas hubiesen sido una raza particular, como si se hubiesen definido ante todo por su carácter, como si García hubiese debido estudiarlos, no en tanto que político, sino en tanto que etnólogo.

Decir que en toda España, pensaba, a esta hora del almuerzo, se hablaba sin duda así… Sería tanto más serio saber sobre qué bases pueden hacerse ejecutar las decisiones del Gobierno, por la acción común de organizaciones que se llaman la C. N. T., o la F. A. I., o el Partido Comunista, o la U. G. T. Cuán extraña la afición de los hombres a discutir cosas distintas a las condiciones de su acción, en el momento mismo en que la vida está suspendida de esa acción. Será necesario que vea con cada uno de esos tipos aisladamente lo que puede hacerse.

Un miliciano que acababa de hacerle a Manuel una pregunta se acercó:

—¿Camarada García? Te llaman de la Jefatura: el teléfono de Madrid.

García llamó a Madrid.

—¿Y en qué está esa mediación?, —le preguntaron.

—El sacerdote no ha vuelto. El tiempo convenido expira dentro de diez minutos.

—Llame directamente cuando sepa algo. ¿Qué piensa de la situación?

—Mala.

—¿Muy mala?

—Mala.

5

Hernández, que sabía que habían llamado a García al teléfono, lo esperaba para volver al museo.

—Usted ha dicho algo que me ha impresionado: que no se hace política con la moral, pero que tampoco se hace sin ella. ¿Usted habría hecho llevar la carta?

—No.

El ruido de las armas en reposo, los depósitos militares en el sol del mediodía, el olor de los muertos, todo evocaba de tal modo el aquelarre de la víspera que parecía imposible que la guerra terminara. Faltaba menos de un cuarto de hora para el fin del armisticio; la paz era ya lo pintoresco y el paso silencioso y alargado de Hernández resbalaba junto al sólido paso de García.

—¿Por qué?

—Primero: no han devuelto los rehenes. Segundo: desde el momento que usted ha aceptado una

responsabilidad, debe ser vencedor. Eso es todo.

—Permítame, yo no la he elegido. Era oficial, sirvo como oficial.

—Usted la ha aceptado.

—¿Cómo quiere que la rechace? Usted bien sabe que no tenemos oficiales…

Por primera vez, una siesta sin fusiles había bajado sobre la ciudad, alargada en un sueño inquieto.

—¿Para qué sirve la revolución si no debe hacer a los hombres mejores? Yo no soy un proletario, mi comandante: el proletariado por el proletariado no me interesa más que la burguesía por la burguesía; y combato, a pesar de todo, lo mejor que puedo, qué quiere usted…

—¿Será hecha la revolución por el proletariado, o por los… estoicos?

—¿Por qué no lo sería por los hombres más humanos?

—Porque los hombres más humanos no hacen la revolución, querido amigo: hacen las bibliotecas o los cementerios. Desgraciadamente…

—El cementerio no impide que un ejemplo sea un ejemplo. Al contrario.

—Hasta que llegue Franco.

Hernández tomó a García del brazo, con un ademán casi femenino.

—Escúcheme, García. No juguemos a quién tendrá razón. Sólo puedo hablar con usted. Manuel es un hombre honesto, pero sólo ve a través de su partido. Los… otros estarán aquí antes de ocho días, usted lo sabe mejor que yo. Entonces, sabe usted, tener razón…

—No.

—Si…

Hernández miró al Alcázar: nada nuevo.

—Sólo que, si debo morir aquí, no hubiese querido que fuera de esta manera…

»La semana pasada uno de mis… en fin… vagos camaradas, anarquista o diciéndose tal, fue acusado de haber robado la caja. Era inocente. Apeló a mi testimonio. Naturalmente, lo defendí. Había hecho la colectivización obligatoria del pueblo del cual era responsable y sus hombres empezaban a extender la colectivización a los pueblos vecinos. Estoy de acuerdo en que esas medidas son malas. Estoy de acuerdo con que el programa de los comunistas sobre esta cuestión es, por el contrario, bueno.

»Estoy en malos términos con ellos desde que di mi testimonio… Tanto peor; qué quiere usted, no dejaré tratar de ladrón a un hombre que apela a mi testimonio cuando lo sé inocente.

—Los comunistas (y aquellos que tratan de organizar algo en este momento) piensan que la pureza de corazón de su amigo de marras no le impide aportar a Franco una ayuda objetiva, si da motivo a revueltas campesinas…

—Los comunistas quieren *hacer* algo. Ustedes y los anarquistas, por razones diferentes, quieren *ser* algo… Es el drama de toda revolución como ésta. Los mitos en que nos basamos para vivir son contradictorios: pacifismo y necesidad de defensa, organización y mitos cristianos, eficacia y justicia, y así por el estilo. Debemos ordenarlos, transformar nuestro Apocalipsis en ejército, o reventar. Eso es todo.

—Y sin duda los hombres que tienen dentro de sí las mismas contradicciones deben, ellos también, reventar… Eso es todo, como usted dice.

García pensaba en Golovkin: «Es necesario que cambien o mueran…».

—Muchos hombres —dijo— esperan del Apocalipsis la solución de sus propios problemas, pero la revolución ignora esos miles de problemas que ha suscitado, y continúa…

—¿Piensa usted que yo estoy condenado, verdad? —preguntó Hernández, sonriendo.

No sonreía con ironía.

—Hay descanso en el suicidio…

Y señaló con el dedo los viejos anuncios de vermut y de películas, junto a los cuales caminaban, y sonrió más aún con sus largos dientes de caballo triste:

—El pasado…, —y después de algunos segundos—: Pero, a propósito de Moscardó, yo he tenido una mujer, también.

—Sí… Pero no hemos sido rehenes… Las cartas de Moscardó, su testimonio… Cada uno de los problemas que usted plantea es un problema moral —dijo García—. Vivir en función de una moral es siempre un drama. Tanto durante una revolución como sin ella.

—¡Y se cree de tal modo lo contrario mientras no hay revolución!…

En los jardines saqueados, los rosales y las plantas de boj daban la impresión de participar del armisticio.

—Es posible que usted encuentre de nuevo su destino. Renunciar a aquello que se ha amado, a aquello por lo que se ha vivido, no es nunca fácil… Yo quisiera ayudarlo, Hernández. La partida que usted juega

está perdida de antemano, porque usted vive políticamente —en una acción política—, bajo un dominio militar que en todo instante se vincula a la política y su partido no es político. Es la comparación de lo que usted ve y de lo que usted sueña. La acción no se piensa sino en términos de acción. No hay pensamiento político sino comparando una cosa concreta con otra cosa concreta, una posibilidad con otra posibilidad. Los nuestros, o *Franco* —una organización u otra organización—, no una organización contra un deseo, un sueño o un apocalipsis.

—Los hombres no mueren sino por lo que no existe.

—Hernández, pensar en lo que debería ser en vez de pensar en lo que puede hacerse, aún si nada realmente bueno puede hacerse, es una peste. Sin remedio, como dice Goya. Esa partida está perdida de antemano para cada hombre. Es una partida desesperada, mi querido amigo. El perfeccionamiento moral, la nobleza son problemas individuales, con los cuales la revolución está muy lejos de hallarse comprometida directamente. El único puente entre los dos, para usted, es la idea de su sacrificio.

—Usted conoce Virgilio: *Ni contigo, ni sin ti*… Ahora no saldré de ella.

El gruñido del 155, el zumbido puntiagudo de los obuses, la explosión y el ruido casi cristalino de las tejas y de los cascotes que caían.

—El cura ha fracasado —dijo García.

6

El ejército de Yagüe marchaba de Talavera hacia Toledo.

El ciudadano Leclerc, de mono blanco perfectamente sucio, el sombrero hongo gris en la cabeza y el termo bajo el brazo, se acercaba a un avión cuya puerta estaba abierta:

—¡Dios mío, que más le ha pasado a mi Orion! —dijo con hermosa voz de laringitis, como si se gritara a sí mismo.

—Nada, nada —contestó tranquilamente Attignies que se ponía un jersey—: He instalado una mira.

—Entonces, muchacho, perfecto —respondió Leclerc, condescendiente.

A Leclerc no le gustaba Attignies: ni su juventud sana, ni sus modales, que Leclerc sentía de un gran burgués a pesar de la cordialidad de Attignies, ni sus conocimientos (Attignies salía de la Escuela de Guerra), ni su comunismo austero, aunque Attignies no hiciera, lejos de eso, afectación de austeridad. Los voluntarios sentían reconocimiento por los técnicos; los mercenarios, como Leclerc, celos. Y Leclerc estaba obsesionado por las mujeres.

Puso el motor en marcha.

Pelícanos y heridos daban vueltas en torno al aparato, Scali seguido de Raplati. Jaime, desde que estaba ciego, venía al campo como antes, con la cara cortada en dos por una venda. Los médicos decían que recuperaría la vista. Pero él ya no podía soportar la presencia cercana de un perro. También House, apoyado en dos bastones, imperioso, rezumando lecciones y órdenes —insoportable después de que sus heridas le habían dado autoridad… Sibirsky había dejado España.

Desde que los pelícanos, para continuar la lucha, habían pasado al vuelo de noche, la atmósfera del campo había cambiado. La caza enemiga se había por eso mismo suprimido; aterrizar de noche en el campo no es una excursión divertida, pero no lo es más hacerlo de día en las líneas del enemigo. El destino había reemplazado al combate. Si los caballeros, en la guerra, están ligados a sus caballos, al menos sus caballos no son ciegos, ni están amenazados diariamente de parálisis; y el enemigo, en adelante, era menos el ejército fascista que los motores de esos aviones, cubiertos de zurcidos como pantalones viejos. La guerra, en adelante, eran esos aparatos reparados hasta el infinito que partían en la noche.

El aparato despegó, sobrepasó las nubes.

—¿Muchacho?

—¿Qué?

—Mírame. Me las paso haciéndome el idiota. ¡Pero soy un hombre!

No quería a Attignies, pero todo aviador que combate respeta el valor, y el de Attignies era indiscutible.

Volvieron a ponerse por debajo de las nubes.

Como durante la gran guerra, como en China, envuelto en ese ruido protector y sin embargo tan vulnerable del motor, Leclerc, con el hongo gris sobre la cabeza, sentíase en verdad libre, gozando de una libertad divina, por encima del sueño y de la guerra, por encima de los dolores y de las pasiones.

Pasó un momento. Después Leclerc, en el tono de las decisiones maduradas:

—Tú también eres un hombre.

Attignies no quería herir al piloto, pero ese tipo de conversación le atacaba los nervios. Respondía con un gruñido sin dejar de mirar, por debajo de él, la vía láctea de la carretera iluminada; ésta se hundía delante de ellos hasta el fondo de la noche, temblando bajo el viento que sin duda soplaba a ras de tierra y Attignies se sentía ligado por la angustia a esa única huella del hombre en la oscuridad enemiga, en la amenazadora soledad. No había luz: toda caída era mortal. Y como si su instinto más sensible que su conciencia hubiera oído antes, Attignies comprendió de pronto la causa de su angustia: el motor fallaba.

—¡Una válvula! —le gritó a Leclerc.

—Me importa un bledo —gritó el otro—: Podemos intentar el golpe.

Attignies ajustó el broche de su casco: estaba siempre listo para cualquier intento.

Tala vera aparecía a ras del horizonte, agrandada por la soledad y la oscuridad. A ras de las colinas, sus luces se perdían en las estrellas, parecían llegar hasta el avión. El ruido discontinuo del pistón daba vida a la ciudad y la convertía en una suerte de amenaza. Entre las luces provincianas y las luces afiebradas y móviles de la guerra, la mancha negra de la fábrica de gas apagada tenía la inquietante tranquilidad de los animales salvajes dormidos. El avión sobrevolaba ahora una carretera asfaltada, mojada por una lluvia reciente que reflejaba los faroles de gas. La masa de luces se ensanchaba a medida que el avión se aproximaba a Talavera y de pronto Attignies las vio a ambos lados de las alas de su viejo avión que volaba en picado, como estrellas alrededor de un avión que sube.

Abrió la trampa improvisada: el aire frío de la noche se precipitó en la carlinga. De rodillas por encima de la ciudad, esperaba, la mirada limitada por la mira como la de un caballo por sus anteojeras. Leclerc, dirigiéndose sobre el cuadrado negro de la fábrica, el oído atento, avanzaba por encima del esqueleto luminoso de Talavera.

Sobrepasó la mancha negra, se volvió furioso hacia Attignies de quien sólo veía el pelo rubio, luminoso en la penumbra del aparato.

—¡Qué esperas, Dios de Dios!

—¡Cierra el pico!

Leclerc inclinó el aparato: sostenida aún por la velocidad, la andanada de sus bombas los acompañaba un poco más baja y un poco retrasada, brillantes como peces bajo la luna. A la manera en que un vuelo de palomas que cambia de dirección desaparece en delgados perfiles, las bombas súbitamente se apagaron: su caída se hacía vertical. En el borde de la fábrica brotó una franja de explosiones rojas.

Errado.

Leclerc dio una corta vuelta y volvió sobre la fábrica bajando más. «¡La altura!», gritó Attignies, a quien ese movimiento cambiaba el tiempo de mira. Observó el altímetro, volvió a la trampa: Talavera, vista ahora en sentido inverso acababa de cambiar como un hombre que se vuelve: la luz confusa proyectada sobre las calzadas por las oficinas militares era reemplazada en todos lados por los rectángulos iluminados de las ventanas. La mancha de la fábrica era menos nítida. Abajo, las ametralladoras tiraban, pero era poco probable que los ametralladores vieran con claridad el avión. Toda la ciudad se apagó y sólo quedó, en la noche llena de estrellas, el cuadro de mandos iluminado, y la sombra del sombrero hongo de Leclerc sobre el cuadrante del altímetro.

La ciudad había vivido la vida sorda de sus luces esparcidas, después la vida precisa de sus luces descubiertas por la media vuelta del avión; ahora apagada, estaba mucho más viva. Como las chispas de la piedra de un encendedor, aparecían y desaparecían cortas llamas de ametralladoras. La ciudad hostil acechaba, parecía agitarse a cada movimiento del avión que volvía hacia ella, con Leclerc, los ojos fijos, el sombrero hongo sobre sus dos mechones revueltos, y Attignies, boca abajo, la nariz sobre la mira por donde entraba el muy pequeño codo del río, azulado bajo la luna: la fábrica estaba allí. Dejó caer la segunda andanada de bombas.

Esta vez no las vieron por debajo de ellos. Y el avión cayó de narices en un estruendo ilimitado, por encima de un globo color de rayo. Leclerc tiró furiosamente de la palanca de mando; el avión rebotó hasta la indiferente serenidad de las estrellas; por debajo sólo ardía el incendio rampante y rojo: la fábrica había estallado.

Las balas atravesaron la cabina: quizá la explosión hiciera al avión visible; una ametralladora seguía su silueta que acababa de entrar en el halo de la luna. Leclerc empezó a zigzaguear. Attignies, habiéndose dado la vuelta, miraba extenderse la red roja del incendio. El rosario de bombas había tocado también los cuarteles, muy cercanos a la fábrica.

Un banco de nubes los separó de la tierra.

Leclerc tomó la botella del termo, se detuvo, el cubilete en el aire, asombrado, y le hizo una señal a Attignies: el avión estaba fosforescente, iluminado por una luz azulada. Attignies mostró el cielo. Hasta

entonces habían mirado la tierra, con la atención del combate, y nunca al avión mismo: por encima de ellos, hacia atrás, la luna, que no veían, iluminaba el aluminio de las alas. Leclerc dejó su termo: ningún ademán humano estaba ya a la altura de las cosas; muy lejos de *ese* cuadrante de guerra sólo iluminado por leguas, la euforia que sigue a todo combate se perdía en una serenidad geológica, en el acuerdo de la luna y de ese metal pálido que relucía como las piedras brillan durante milenios sobre los astros muertos. Sobre la nube, por debajo de ellos avanzaba pacientemente la sombra del avión. Leclerc levantó el índice, hizo una mueca apreciativa, gritó gravemente: «¡Recuerda!…», tomó de nuevo el termo y advirtió que el motor continuaba fallando.

Pasaron por fin la nube. En la tierra algunos caminos se agitaban. Ahora Attignies conocía esa fluctuación de las carreteras nocturnas: los camiones fascistas avanzaban hacia Toledo.

7

Hasta la noche, Manuel había sido traductor: Heinrich, uno de los generales de las brigadas internacionales que se formaban en Madrid inspeccionaba el frente (si se podía llamar así) del Tajo: desde Talavera hasta Toledo exceptuando a Jiménez y a dos o tres más, no había líneas de vigilancia, ni líneas de escucha; las reservas no tenían organización, ni protección; las ametralladoras eran malas y estaban mal colocadas.

Heinrich, en uniforme, con la gorra en la mano y el sudor que le corría por el cráneo —afeitado para que no se le vieran las canas—, haciendo sonar las botas sobre la tierra agrietada de fines de verano, había rectificado, rectificado, con el optimismo resuelto de los comunistas.

Manuel había aprendido de Jiménez cómo se manda, y ahora aprendía cómo se dirige. Había creído aprender la guerra, y desde hacía dos meses aprendía la prudencia, la organización, la obstinación y el rigor. Aprendía sobre todo a poseer todo eso en vez de concebirlo. Y subiendo en la noche hacia el Alcázar donde una fluida masa de fuego ondulaba como una medusa incandescente, advertía que después de once horas de modificaciones aportadas por Heinrich, comenzaba a sentir en su cuerpo lo que era una brigada en combate. Perdidas en la fatiga, algunas frases de jefes del ejército zumbaban en su cabeza, mezcladas al ruido del fuego: «El valor no admite la hipocresía», «Lo que se escucha se comprende, lo que se ve se imita», una de Napoleón, la otra de Quiroga. Jiménez le había descubierto a Clausewitz; su memoria parecía la biblioteca militar, pero la biblioteca no era mala. La hoguera del Alcázar se reflejaba en las nubes como un arroyo que arde se refleja en el mar. Cada dos minutos, un cañón pesado tiraba sobre el brasero.

Heinrich quería lo que quería la parte más activa del Estado Mayor español: conservando los guardias de asalto como tropas de choque, y esperando la entrada en acción de las internacionales, extender lo más posible el 5.º regimiento; después, cuando sus unidades fueran bastante numerosas, volcarlas en el ejército regular del cual constituirían el núcleo y donde permitirían introducir la disciplina revolucionaria como los primeros elementos comunistas habían permitido elaborar el 5.º regimiento. Los batallones de Enrique pasaban a ser un cuerpo de ejército. Manuel había comenzado con la compañía motorizada; había mandado un batallón bajo las órdenes de Jiménez, iba a tomar en Madrid el mando de un regimiento. Pero no era él quien «subía»: era el ejército español.

Con la cara iluminada de anaranjado por las cortas llamas rabiosas del Alcázar, subía a Santa Cruz a través del viento, un tallo de hinojo en la mano, para ver el estado de la mina. Heinrich, en la ciudad, con su nuca afeitada de oficial alemán donde se le formaban arrugas como en la frente, esperaba una llamada telefónica de Madrid.

Cuando decayó de nuevo con el viento el ruido del cañón y de los fusiles, otro ruido continuaba débil y conmovedor: el ruido crepitante, sofocado, de las llamas del techo del Alcázar. Ese ruido concordaba con el olor que hacía irrisorio el cañón, las llamadas lejanas y todo lo que provenía de la agitación de los hombres: el olor a fuego y a cadáveres mezclado, tan espeso que parecía que el Alcázar no bastaba para provocarlo, que sólo podía ser el olor mismo del viento y de la noche.

Se había vuelto indispensable lanzar las milicias de Toledo en la batalla del Tajo. Con excepción de los subterráneos, el Alcázar debía estallar en la noche y se evacuaba la ciudad. Pasaban algunos campesinos, con sus cerdos y sus cabras, en largas filas silenciosas en la roja noche, iluminadas no por el Alcázar sino por el incendio de las nubes.

Cuando Manuel llegó de la calle de Santa Cruz, uno de los comandantes de Toledo estaba allí. Cuarenta años, la gorra de uniforme echada hacia atrás.

—¿Qué hay de nuevo? ¿Qué hay de nuevo?

Avanzó hacia Manuel con las manos en los bolsillos, cordial, protector, brusco.

—¿Cuándo estará lista la mina? —le preguntó Manuel.

El comandante lo miró:

—Cuando hayan terminado… Mañana.

Parecía decir: ¿es que puede saberse cuándo con esos animales? Y con la mirada burlona, como si le pareciera también muy divertido. Manuel no dejaba de tener simpatía por la tristeza de Hernández, pero esa ironía indiferente y superior lo crispaba. Y desde su caída con Ramos, la dinamita le parecía un arma novelesca y por lo tanto sospechosa.

Los ruidos de la guerra se detuvieron por un instante; en el silencio, se oían regularmente golpes metálicos y sordos, que parecían venir del piso y de las paredes.

—¿Es la mina? —preguntó Manuel.

Los milicianos asintieron por señas. Manuel pensaba que en ese mismo momento los fascistas del Alcázar lo oían de la misma manera.

El jefe de los mineros llegaba.

—¿A qué hora crees que habrás terminado?

—Entre las tres y las cuatro.

—¿Seguro?

El minero reflexionó.

—Seguro.

—¿Qué saltará?

—Ah, eso no puede afirmarse…

—¿A tu juicio?

—Toda la parte delantera.

—¿Nada más?

El minero siguió reflexionando:

—Eso dicen. Yo no lo creo. Los sótanos no están superpuestos, están escalonados, siguen la forma del peñasco.

—Gracias.

El minero se fue. Manuel, con el gajo de hinojo en la mano izquierda, tomó al comandante del brazo.

—Si se combate mañana, ten cuidado, camarada: vuestros nidos de ametralladoras están demasiado lejos. Ninguno está camuflado: se los ve a la luz del fuego.

Salieron en la noche rojiza. Los envolvió el olor a cadáveres y a piedra caliente, desapareció un segundo en el viento, nuevamente volvió y tomó posesión del jardín lleno de capotes militares.

Inspeccionó uno tras otro los puestos difíciles, hasta las partes del Alcázar tomadas por los republicanos. Allí, todo cambiaba: guardias de asalto, guardias civiles, milicianos organizados. Pero estaba inquieto: el ataque que debía suceder a la explosión no había sido preparado por ningún especialista militar.

Entre los cañonazos, oía todavía el ruido de la mina que, ahora, subía de la tierra a través de sus piernas. En sus subterráneos, los enemigos la oían sin duda más claramente aun… Heinrich, en el teléfono, oía la respuesta sobre la toma de Madrid. Quería defender Toledo, pero ya Toledo resistiera o cayera, pedía que se abandonara un sistema de pequeñas unidades, y se constituyera una fuerte reserva, apoyada por el 5.º regimiento. Franco, que comenzaba a buscar la manera de ir entrando, mucho esperaba del levantamiento de los fascistas de Madrid, y sus tropas avanzaban demasiado pronto.

Hernández, terminado su servicio, estaba sentado a una mesa con su amigo Moreno, en la Permanencia de las Milicias, el único lugar de Toledo donde aún se podía beber cerveza tibia. El teniente Moreno, encarcelado por los fascistas el día mismo del levantamiento, condenado a muerte, y liberado por una feliz casualidad cuando hubo una transferencia de prisión a prisión, había podido volver a Madrid tres días antes. Acababa de ser llamado para dar informes: había sido, como Hernández, alumno de la Escuela Militar de Toledo. Ante las ventanas abiertas de par en par, los milicianos se agitaban como el corazón azul de las llamas por debajo del inmenso incendio.

—Todos locos —dijo Moreno entre sus mechones de pelo. Su cabello negro y espeso, partido por la mitad, le caía sobre la cara, cubriéndolo como una máscara. Hernández lo miraba interrogador. Estaban unidos desde hacía quince años por una amistad indiferente, hecha de confidencias sentimentales y de recuerdos.

—Ya no creo en nada de lo que he creído —dijo Moreno—, en nada. Y sin embargo, parto mañana por

la tarde en las primeras líneas.

Se echó el pelo para atrás. Su belleza era célebre en Toledo: nariz aguileña, ojos muy grandes, la máscara convencional de la belleza latina —vuelta singular aquella noche por el cabello que se había dejado muy largo, como para atestiguar sobre la prisión de donde había sido liberado—. Estaba mal afeitado, y lo poco que se le veía de la barba era gris.

Las casas ocultaban el Alcázar, pero no su reverberación. Bajo esa luz que tomaba una tras otra todas las tonalidades de las uvas negras y que, venida de las nubes, pegaba las sombras a los adoquines, los milicianos pasaban en medio del ruido regular del cañón.

—Cuando estuviste preso, ¿qué te costó más trabajo?

—Aprender a ablandarme.

Desde hace mucho Hernández sospechaba en Moreno una singular complacencia por lo trágico. Pero su angustia, cuya naturaleza no discernía el capitán, era evidente.

Callaron un instante, esperando el cañón. El éxodo, invisible, llenaba la noche con el chirrido de las carretas.

—Mi prisión, hombre, tuvo menos importancia que mi condena a muerte. Lo que me ha cambiado… Yo creía pensar algo de los hombres. Era un marxista, entiendo que el primer oficial marxista. Ahora no pienso lo contrario, no: no pienso nada.

Hernández no tenía ningún deseo de discutir sobre el marxismo. Los milicianos corrían, con ruido de fusiles.

—Oye bien —continuó Moreno—, cuando me condenaron a muerte, me autorizaron a bajar al patio. Todos los que había allí estaban condenados por sus ideas políticas. No se hablaba nunca de política. Nunca. El que hubiera comenzado habría hecho instantáneamente el vacío a su alrededor.

Una miliciana jorobada le trajo un sobre a Hernández. Moreno estalló de risa, nerviosamente.

—Desde el punto de vista de la revolución —dijo—, ¿qué me dices de esta comedia?

—No es sólo una comedia.

Hernández seguía con la mirada a la jorobada que se iba; pero contrariamente a Moreno, no veía de ella sino un impulso, y la miraba amistosamente; en la medida en que se podía juzgar a través de la noche color berenjena, a los milicianos también. Ella formaba parte del juego; hasta entonces, sin duda, había estado en plena soledad. El capitán alzó hacia Moreno su mirada de miope: empezaba a desconfiar.

—¿Partes mañana para el frente?…

Moreno vaciló, hizo caer su vaso, sin inmutarse. No dejaba de mirar a Hernández.

—Me voy esta noche a Francia —dijo por fin.

El capitán calló. Un miliciano extranjero, ignorando que allí no se pagaba, golpeó un vaso con una moneda. Moreno sacó una moneda del bolsillo, la tiró por el aire como si jugara a cara o cruz, la cubrió con la mano sin mirar de qué lado había caído, sonrió con una sonrisa bastante confusa. A esa máscara perfectamente regular, todo sentimiento profundo le daba una expresión infantil.

—Al principio, hombre, no estábamos en una prisión; estábamos en un viejo convento: lugar muy indicado, evidentemente. En la prisión anterior, no se veía nada, no se oía nada. (Era siempre así). En el convento teníamos suerte: se oía todo. La noche, las salvas.

Miró a Hernández con ojos inquietos. En su expresión infantil había una especie de candor, pero también algo azorado.

—¿Crees que se fusila con frases?

Y, sin esperar la respuesta:

—Ser fusilado mientras un faro te ilumina… Había salvas, y había también otro ruido, nos habían quitado todo el dinero que llevábamos, pero no las moneditas. Entonces casi todos los prisioneros jugaban a cara o cruz. ¿Iremos mañana al patio?, por ejemplo. O bien el pelotón de ejecución. No jugaban a un tiro, sino a diez, a veinte. Las salvas llegaban de lejos, ahogadas a causa de las paredes, de los colchones inflados, entre ellas y yo, por la noche, había ese pequeño alboroto a la izquierda, a la derecha, a mi alrededor. ¿No lo creerás? Sentía la extensión de la prisión por el alejamiento del sonido de las moneditas.

—¿Y los guardias?

—Una vez, uno oyó un tintineo. Abrió la puerta de mi celda, gritó: «¡Perdiste!», y la cerró. He tenido guardianes muy malos. Digo: *malos*. Pero no allí. ¿Oyes el ruidito de los tenedores? Era tan fuerte como eso. Y quizá cuando uno terminaba por oírlo no existía. Eso pone nervioso. A veces yo estaba en el sonido de las moneditas como uno está en la nieve. Y esos hombres no habían estado, como yo, detenidos el primer día: eran combatientes. Era conmovedor e idiota: en suma, echaban moneditas a la muerte. Dime un poco, ¿qué quería decir, allí dentro, el heroísmo?

Tomó la moneda y la tiró por el aire.

—Cara —dijo, asombrado.

La volvió a guardar en el bolsillo. Hernández había visto a Moreno combatir, en otros tiempos, contra las tropas de Abd-el-Krim y lo sabía valiente. El cañón tiraba siempre contra el Alcázar, cuyo chirrido estaba cortado por el grito estridente de las ruedas de las carretas.

—Oye, hombre, no hay héroes sin auditorio. Desde que está uno verdaderamente solo, lo comprende. Se dice que ser ciego es un universo; estar solo es también un universo, puedes creerme. Allí uno comprende que lo que piensa de sí es una idea del otro mundo. Del mundo que uno ha dejado. Tú puedes pensar algo de ti en ese universo, pero tienes simplemente la impresión de estar loco. ¿Te acuerdas de la confesión de Bakunin? Es eso. Los dos mundos no se comunican. Está el mundo en que los hombres mueren juntos, cantando, apretando los dientes o como quieran, y después, detrás, hombre, está ese convento con…

Buscó la moneda en el bolsillo, la hizo sonar, la tiró por el aire y se estremeció. Después la recogió sin mirar de qué lado había caído: su mirada permanecía fija en la calle.

—¡Míralos! ¡Míralos! Unos detrás de los otros. ¡Y yo te abrazo, y te admiro, y soy histórico, y pienso! Y todo eso en un calabozo: monedas que uno tira…

»A pesar de todo habrá aún en la tierra países sin fascistas, antes de que yo muera. Cuando me liberaron, me sentía borracho de estar de vuelta, me presenté para tomar nuevamente servicio. Pero ahora veo claro. A cada hombre lo amenaza su verdad, recuérdalo. Su verdad, eh, no es ni siquiera la muerte, ni siquiera el sufrimiento, es una moneda, hombre, una moneda…

—¿En qué, para un ateo como tú, el instante de la muerte es más válido, más importante, si quieres, en cuanto al juicio que puede formarte sobre la vida, que cualquier otro instante?

—Se puede soportar todo, hasta dormir sabiendo que va uno a perder horas de vida y que será fusilado al día siguiente; se pueden romper las fotos de aquellos que uno ama porque uno está harto de agotarse mirándolas; hasta puede uno darse cuenta con placer de que está saltando como un perro para echar inútilmente una mirada por la tronera y lo demás… Digo: todo. Lo que no podría uno soportar cuando te abofetean o te golpean, es que después te matarán. Y que no habrá nada más.

La pasión ponía tenso su rostro de actor, que adquiría de nuevo, en la iluminación a veces leonada, a veces violeta, de la hoguera invisible, una verdadera belleza.

—¡Pues sí, hombre, date cuenta! En Palma, estuve en la celda catorce días. Catorce. Un ratón venía todos los días a la misma hora: un reloj. Como el hombre es, como todos saben, el animal que segrega amor, me puse a amar ese ratón. A los catorce días tuve el derecho de salir al patio, pude conversar con otros prisioneros; entonces, al volver a mi celda, esa misma noche el ratón me fastidió.

—No se sale de una prueba como la que acabas de sufrir sin que algo quede; deberías ante todo comer, beber y dormir y pensar lo menos posible…

—Es fácil decirlo. Mira, el hombre no tiene costumbre de morir, apréndelo de una vez por todas. No tiene de ningún modo costumbre de morir. Entonces, cuando eso le sucede, lo recuerda.

—Aun no estando condenado a muerte, aquí se aprenden muchas cosas que el hombre no está hecho para aprender… Yo he aprendido algo muy simple: se espera todo de la libertad, enseguida, y se necesitan muchos muertos para que el hombre avance un centímetro… Esta calle debe haber sido más o menos como ahora bajo Carlos V… Y a pesar de todo el mundo ha cambiado desde Carlos V. Porque los hombres han querido que cambie, a pesar de las moneditas —y quizá no ignorando que las moneditas existen en alguna parte…—. Nada puede ser más desalentador que combatir aquí. Lo que no impide que lo único en el mundo que sea tan… pesado como tu recuerdo es la ayuda que podemos prestar a los individuos que están pasando delante de nosotros sin decirnos nada.

—Yo me decía cosas por el estilo en mi celda, por la mañana. Con la caída de la tarde volvía la verdad. La caída de la tarde es lo peor: cuando uno, sabes, ha caminado mucho por los tres metros de ancho y las paredes empiezan a aproximarse, ¡eso te vuelve inteligente! Los cementerios de las revoluciones son iguales a los otros…

—Todas las semillas se pudren al principio, pero algunas germinan… Un mundo sin esperanza es irrespirable. O entonces, puramente físico. Por eso tantos oficiales se las arreglan bien: la vida ha sido siempre física para casi todos, pero no para nosotros.

»Tú deberías pedir quince días para cuidarte. Y si después, tranquilamente, miras a los milicianos y sólo ves de ellos la comedia, si nada en ti está ligado a la esperanza que hay en ellos, entonces vete a Francia: ¿qué quieres hacer aquí?

Detrás de los grupos silenciosos pasaban carretas atestadas de canastas y de sacos, donde brillaba por un instante el fulgor escarlata de una botella; después, encima de burros, campesinas sin rostro y en el que, sin

embargo, se adivinaba la mirada fija, con la secular aflicción de las Fluidas a Egipto. Corría el éxodo, hundido bajo sus mantas en ese olor a fuego, escandido por el latido profundo y ritmado del cañón.

De las estrellas tranquilas, todas las colinas bajan hacia una pendiente por donde vendrán los tanques enemigos. De cuando en cuando, en una granja, en un bosquecillo, detrás de un peñasco, los grupos de dinamiteros aguardan.

Las líneas republicanas de Toledo están dos kilómetros atrás.

Bajo algunos olivos, una docena de dinamiteros están acostados. Uno, boca abajo, el mentón en ambas manos, no deja de mirar la cresta donde se encuentra el centinela. Casi todos los demás tienen un cigarrillo en la boca, pero no está todavía encendido.

La Sierra resiste, el frente de Aragón resiste, el frente de Córdoba resiste, Málaga resiste, Asturias resiste. Pero los camiones de Franco avanzan a toda velocidad a lo largo del Tajo. Y en Toledo las cosas andan mal. Como siempre que las cosas andan mal, los dinamiteros hablan de 1934 en Asturias. Pepe cuenta lo sucedido en Oviedo a los refuerzos que acaban de llegar de Cataluña:

—Esa derrota fue seguida por el Frente Popular. Habían tomado el arsenal. Creíamos que estaba a salvo y fuera del asunto, con todo lo que había allí, no podía hacerse nada. Y los mecheros de cañón sin fulminante y los obuses sin espoleta… Los obuses los utilizamos como balas de cañón; así los utilizamos. Hacían ruido y eso nos daba confianza. No era inútil.

Pepe se vuelve de espaldas: encima de los obreros, la luz de la luna brilla como el fino polvo de las hojas plateadas.

—Eso daba confianza. La confianza nos permitía avanzar.

La luz ilumina su simpática cabeza de caballo.

—¿Crees que entrarán en Toledo?

—¿Y su hermana?

—¡No te hagas mala sangre, Pepe! Para mí, Toledo… es un desbarajuste. Lo que importa es Madrid.

—Sin dinamita —dijo otra voz— estábamos liquidados en tres días. Tratamos de arreglarnos en el arsenal, con los compañeros que sabían cargar, ¡pero no había manera! Al fin, los muchachos partieron al frente con cinco balas cada uno. ¿Te das cuenta? ¡Cinco balas! Dime, Pepe, ¿te acuerdas de las mujeres con las cestas de ensalada y los bolsos? He visto muchas veces en mi vida recolectar; pero recolectar vainas, nunca. Ellas no pensaban en otra cosa que en las vainas. Les parecía que no tirábamos bastante rápido. ¡Qué le vamos a hacer!

Nadie ha vuelto la cabeza: esa voz es la de González. ¿Es que hay un timbre alegre de voz que sólo pertenece a los hombres gordos? Todos escuchan, al mismo tiempo que acechan, esperando el ruido lejano de los tanques.

—Con dinamita —continúa Pepe— hemos hecho ruido y buen trabajo. ¿Te acuerdas del lanzapiedras de Mercader?

Pero se vuelve hacia los catalanes: ellos no han conocido a Mercader.

—Era un muchacho muy juicioso que había hecho una especie de máquina para lanzar grandes cargas de dinamita. Lanzabombas, en suma. Como en las guerras de antes; eso se atirantaba con cuerdas. Hacían falta tres hombres. Al principio, los moros, cuando recibieron verdaderas cargas a doscientos metros, quedaron estupefactos. Había fabricado también escudos. Pero ésos no funcionaban bien. Servían de blanco.

A lo lejos, una banda de ametralladoras parte, se detiene, vuelve a partir, perdida como un ruido de máquina de coser en la inmensidad nocturna. Pero nunca los tanques.

—Ellos habían fabricado aviones —dice una voz amarga.

Historias a la vez épicas e irrisorias en ese valle donde acechan las líneas paralelas de los tanques. Sin duda los dinamiteros son el último cuerpo en que el hombre cuenta contra la máquina. Los catalanes están allí como estarían en otro lado, pero los asturianos se aferran a su pasado: lo continúan. Son el más viejo motín español, por fin organizado. Los únicos tal vez para quienes la leyenda dorada de la revolución crece con la experiencia de la guerra, en vez de estar triturados por ella.

—Ahora la caballería mora tiene fusiles ametralladores.

—¡Me cago en ellos!

—Sevilla está llena de alemanes; todos especialistas.

—Y directores de prisiones.

—Dicen que dos divisiones italianas se han ido…

—¿Los compañeros no resisten bien, eh, los tanques?

—No están acostumbrados…

De nuevo, para luchar contra la amenaza acuden a sus recuerdos del pasado:

—Entre nosotros —continúa Pepe—, el final fue lo peor. En el comité central campesino, los muchachos estaban mal. Sin recursos y agobiados. Los moros llegaban, necesitábamos tres horas para detenerlos. Teníamos hombres y dinamita, pero nada para utilizarla. Hacíamos una especie de petardos con diarios y pernos. En cuanto a armas, mejor no hablar; estaban liquidadas y suprimidas. El compañero enviado la víspera al arsenal, había vuelto con un pedazo de diario donde el responsable había escrito que si necesitaban municiones no valía la pena molestarse en pedirlas porque no les quedaba un solo cartucho. Los compañeros se repartían los últimos que tenían: cinco cada uno. Y habían partido al frente con su fusil. Nada más. Os dais cuenta: todo andaba bien, perfectamente bien. Los del comité central campesino estaban ocupados en poner cara de culo en torno de la mesa, dado que era lo único que podían hacer. Y había muchos compañeros en torno a la mesa. Nada decíamos. Las ametralladoras de los moros empezaban a acercarse como en este momento. Y después hubo una especie de alboroto… ¿Cómo decirte? Como si lo sofocaran, un alboroto sin ruido: los vasos y los cubiertos de la mesa, y el retrato de la pared empezaron a temblar. ¿Qué podía ser? Lo comprendimos por los cencerros. El ganado escapaba, porque tenía miedo de los moros que tiraban sin ton ni son, y allí estaban en medio de la carretera. Hasta que un compañero del comité, astuto y de muy buen juicio, grita: hagamos una barricada, quitemos los cencerros a los rumiantes (no eran chatos, eran los de las montañas, macizos). Quitamos a todos los animales sus cencerros, hicimos granadas y fue así como resistimos tres horas y pudimos evacuar todo lo que podía ser evacuado y llevado a otra parte.

»Así que, después de todo, nos cagamos en los tanques: ahora, sea como fuere, tenemos con qué defendernos.

Pepe se acordó también del tren blindado. Siempre la guerra con las manos. Pero desde que están organizados, sin fusiles antitanques, detienen a los tanques.

A lo lejos, ladra un perro.

—¿Y el burro? ¡El burro, González!

—La guerra… Uno siempre se acuerda de sus momentos divertidos.

Muchos dinamiteros están silenciosos, o son incapaces de contar nada. Pepe, González y algunos otros son los profesionales del relato y de la animación. Sin duda los tanques no se atreven a atacar por la noche. No conocen bastante bien el terreno y temen los fosos. Pero el día va a despuntar muy pronto. Bueno, ahora lo del burro.

—La idea de mandar un borrico era realmente buena. Lo habíamos cargado de dinamita, habíamos encendido la mecha y, vamos, a los moros. El borrico se escapa, las orejas tiesas, sin darse cuenta demasiado de adonde iría a parar. Pero los otros empiezan a tirarle. A las primeras balas, agita las orejas, se detiene, se hace preguntas; sin duda, no le parece bien, porque vuelve. A nuestro lado, no, de ninguna manera. Entonces empezamos a tirarle también. Sólo que a nosotros nos conoce; balas por balas, prefiere volver a donde estaba.

Hubo una tal explosión que la tierra pareció rajarse en toda su profundidad y cayeron hojas y ramitas secas.

En el enorme rayo rojo que subió de Toledo, todos de color violeta en la noche con la boca abierta sin mirada, vieron la cara que tendrían cuando estuvieran muertos.

Todos los cigarrillos cayeron.

Conocían el sonido de las explosiones. No era una mina. Ni dinamita. Ni un polvorín.

—¿Un torpedo?

Ninguno de ellos, por lo demás, lo ha visto ni oído. Escuchan. Les parece que llega desde lo alto un ruido de avión; pero quizá es el de los camiones de los moros.

—¿Hay en Toledo una fábrica de gas?, —pregunta González.

Nadie lo sabe. Pero todos piensan en el Alcázar.

Sobre lo que no cabe duda es que algo anda mal allí para los fascistas. Allí donde se apaga el chorro convulso, el cielo está rojo: ¿incendio o aurora?

No: la aurora se levanta del otro lado: hela aquí que comienza y una frescura de hojas cae de los olivares.

Ya no hay lugar para los recuerdos. Ahora los dinamiteros, donde quiera que estén apostados, aguardan. El enemigo y el día.

Han vuelto a tomar sus cigarrillos, que no todos han encendido. Es el silencio en la campiña española, el mismo que cuando llegaron los primeros moros, el mismo que hubo durante tantos días de paz y tantos de

miseria. La línea blanca del despuntar del día comienza a alargarse a ras del horizonte. Por encima de la cabeza de los hombres acostados, la noche poco a poco se disgrega. Enseguida tendrá lugar la llamada profunda del día; pero ahora no es más que la tristeza miserable de la aurora, la hora pálida. En las granjas comienzan los gritos desolados de los gallos.

—¡Ricardo vuelve!, —grita Pepe.

El centinela vuelve corriendo. Venidos de la misma desolación, erguidos como si no amenazaran ya la tierra sino el cielo pálido, los primeros tanques enemigos sobrepasan la cresta.

González, después Pepe, después todos los demás encienden sus cigarrillos. Por todas partes, al encuentro de los tanques, manchas de hombres comienzan a deslizarse.

Quizá los tanquistas saben que están allí, pero no los ven: agachados o acostados, los dinamiteros están sobre el fondo de tierra del valle, en tanto que los tanques están encabritados en el cielo.

A la derecha de González uno de los catalanes, un joven que, desde que está allí, no ha dicho casi nada; a su izquierda, Pepe. González apenas los ve. Siente su flexible caminar en la aurora, su caminar de hombres. Al principio de cada combate, sus amigos le parecen por un momento moluscos privados de su caparazón: blandos, flexibles, sin defensa. Él es el más vigoroso de todos, y los siente enclenques. Los tanques, ellos sí que no dejan de tener caparazón, avanzan con un ruido creciente; frente a los tanques, la línea temblorosa de los dinamiteros se desliza en un extraordinario silencio.

Hay dos filas de tanques, pero están de tal modo separados unos de otros que los dinamiteros no los tendrán en cuenta; a cada grupo su tanque, como si ellos mismos estuvieran en fila. Algunos catalanes han escondido mal el cigarrillo en la mano. ¡Idiotas!, debería pensar González. Mira esos puntos imperceptibles: está un poco atrás, quizá desde adelante son menos visibles. Avanza con ellos, levantado por la misma marea, por una exaltación fraternal y dura. Y su corazón, sin dejar de mirar el tanque que avanza hacia él, canta el canto profundo de Asturias. Nunca sabrá más que ahora lo que es ser un hombre.

Va a encontrarse en descubierto. El día avanza. Pepe acaba de pegarse a la tierra. González se estira. El tanque está a cuatrocientos metros, y se lo ocultan las siluetas de las hierbas que tiene ante los ojos: gramíneas, esas espigas de hierba que de niño enganchaba a las mangas de sus compañeros, una suerte de avena salvaje y una margarita, de alto tallo; las hormigas se pasean por ella. También una minúscula araña. Seres que viven así, a ras de tierra, en ese palmeral de hierbas, lejos de la vida y de la guerra. Detrás de dos hormigas muy atareadas llega a toda velocidad la mancha rugiente y sacudida del tanque oblicuo. No está en terreno plano: si arrojan bien la dinamita, los liquidarán. González se pone de costado.

Es necesario que el tanque pase por la derecha. González está protegido de las torretas por un ligero terraplén hasta que el tanque llegue a su altura. Veremos quién mata antes. El tanquista tendrá el sol en los ojos. González se asegura de que nada retiene su brazo derecho.

¿Qué diablos ha hecho el catalán? El tanque de la derecha tira. El de González llega a toda velocidad, siempre oblicuo, sobre las hormigas enormes a diez centímetros de sus ojos. González salta, arroja la dinamita en un estruendo de mecánica y de ametralladoras, se arroja a sí mismo a tierra en el mismo movimiento como si se hundiera en la explosión.

Levanta la cabeza entre el ruido de las piedras que caen: el tanque, panza al aire, ha caído sobre su torreta. Se abría por el extremo de la torreta. El día se alza sobre una de sus orugas que continúa girando.

González está acostado en la tierra, pero en modo alguno protegido. El cañón de la torreta, dado la vuelta, no se mueve. Con una bomba en la mano, González acecha.

En los rayos oblicuos del sol, la oruga gira cada vez con mayor lentitud, como la rueda de una lotería.

González tiene su cigarrillo cerca de la última bomba. La ametralladora del capot no se mueve. Los dos hombres están heridos o muertos; si no, la cabeza hacia abajo en ese tanque dado la vuelta, del cual no pueden salir porque la torreta soporta todo el peso del tanque. Si el depósito se vuelca, antes de cinco minutos arderán: la guerra civil.

Todavía nada. La oruga se ha detenido.

González se vuelve. La artillería republicana no tira. ¿Es que hay una artillería republicana? Se pone de rodillas. En el valle marcado por las huellas de las orugas como el mar por las de los navíos, cinco tanques fuera de combate, con las formas prehistóricas de los carros derribados o dados la vuelta. (Cuando vio al primero dado la vuelta, creyó estar frente a un nuevo modelo). Dos llamean. Mucho más allá, en el día que ahora todo lo ha invadido, los últimos tanques, poco a poco escondidos por una cuesta del terreno, se lanzan sobre las líneas republicanas —las últimas antes de Toledo.

Con el pasar del día, ahora fulgurante, no se ve a los muertos entre las hierbas. Pasan las balas alrededor de los dos dinamiteros. Pepe, imitando su silbido idiota, se pega a la tierra.

Por encima de la cresta, llegan las manchas blancas de los turbantes moros.

El humo que, después de la explosión, envolvía aún el Alcázar abierto, tenía, en la frescura de la aurora, un olor húmedo y pesado con el cual se fundía el de los cadáveres. Unido a la superficie por el viento, cubría las paredes todavía en pie, como el mar un fondo rocoso. Una ráfaga más fuerte curvó su superficie estancada; bloques de piedra emergieron retorcidos. Hacia la derecha, más abajo, no avanzó por masas que se atropellan, sino como el agua que corre, llenando los agujeros y las grietas. El Alcázar pierde como un depósito, pensó Manuel.

Ocupando cada callejuela llena de escombros como si ella misma hubiera hecho la guerra, el humo invadía metro por metro las posiciones republicanas. Los sitiadores estaban ahora alejados unos de otros: la mina había hecho saltar las posiciones más avanzadas de los fascistas, pero no los subterráneos.

Por un instante, todos los ruidos cesaron, y Manuel oyó a alguien que golpeaba con el pie la piedra que tenía detrás. Era Heinrich, con un reflejo de aurora sobre su nuca espesa que se plegaba como una frente.

—¿Madrid? —preguntó Manuel, con el hinojo en la mano.

—No —dijo el general sin mirarlo. Su mirada estaba fija en las rocas más altas que salían poco a poco del humo como de una marea descendente.

—¿Por qué? —preguntó Manuel.

—Porque no. ¿Los nuestros estaban enfrente, verdad?

—Se ha evacuado antes de la explosión.

—¿No hay otro acceso a la parte que acaba de saltar que el Alcázar mismo?

Con los gemelos delante de su vieja cara de campesina polaca miraba siempre el promontorio despedazado ante el cual bajaba el humo. Tendió sus gemelos a Manuel.

—¿Tenemos ametralladoras a los lados?

—No.

—¡Eso no los detendría pero los retardaría!

Unos puntos pasaban junto al perfil del peñasco, pegados a él como moscas. Cada vez que un punto pasaba sobre la cresta, desaparecía, pero reaparecía un poco más abajo. El humo sobrepasaba de lejos los antiguos puestos de avanzada abandonados a causa de la explosión por los guardias de asalto republicanos; los fascistas avanzaban detrás del humo.

—¿Tenemos ametralladoras a los lados?

Todas las posiciones conquistadas desde diez días antes habían sido perdidas.

—Habrá que poner la ciudad en estado de defensa —dijo Heinrich.

El teléfono de la Jefatura no respondía. En Santa Cruz se decía que los moros estaban a diez kilómetros.

Fueron a la tienda de Hernández.

En una calle en que la bulla era la propia de los días en que comienza el verano, un miliciano le tendió su fusil a Manuel, un máuser.

—¿Quieres un fusil, comandante?

—Lo necesitarás dentro de poco —respondió Heinrich en alemán.

—Voy a dejarlo; entonces, si tú lo quieres…

Las cejas blancas de Heinrich daban a sus ojos expresión de asombro. Su mirada, ahora fija en su cara afeitada hasta el cráneo, con las cejas invisibles, adquirió por eso mismo una extrema brutalidad. Pero veinte personas lo separaban ya del miliciano.

En las casas con las persianas cerradas comenzaban ya a tirar contra los milicianos con los fusiles abandonados bajo las puertas.

El malestar que sentía Manuel cuando se encontraba en un lugar cerrado lo sentía por primera vez en la calle: no podía ya dar un paso sin tantear el suelo con el dedo grande del pie. Hasta entonces ni la multitud de Toledo, ni la de la procesión del Corpus de otros tiempos, ni la de las jornadas históricas de Madrid se parecían a ésta. Los milicianos llevaban los sombreros mexicanos en el extremo del brazo, verticalmente, como aros de circo, veinte mil hombres enloquecidos. En cada zaguán, fusiles abandonados.

La tienda de Hernández estaba abierta de par en par. Un hombre con quepis rojo y negro hablaba:

—¿Quién es aquí el responsable?

—Yo, el capitán Hernández.

—Bueno, dime, capitán; estábamos en el 25 de la calle del Comercio. Hemos sido bombardeados. Nos pasamos al 45, nos bombardearon también. ¿Eres tú el que les avisa cuando nos mudamos para que los del otro bando nos maten mejor?

Hernández miraba al hombre con asco.

—Continúa —dijo.

—Porque nosotros estamos hartos. ¿Dónde está nuestra aviación?

—¿Dónde quiere que esté? En el aire.

Contra los aviones italianos y alemanes sólo le quedaban al Gobierno diez aviones modernos en condiciones de volar.

—Porque si nuestra aviación no está aquí dentro de media hora, ¡ponemos los pies en polvorosa! No estamos aquí para servir de carne de cañón a los burgueses, ni a los comunistas. Nos vamos. ¿Entendido?

Miraba la gran estrella roja de Manuel, detrás del capitán. Los ojos de Heinrich habían adquirido de nuevo su fijeza.

Hernández lo tomó con ambas manos por las solapas de su chaqueta, y le dijo sin alzar la voz:

—Vas a irte enseguida —y lo echó sin que el otro agregara una palabra. Hernández se volvió, saludó a Heinrich y le dio la mano a Manuel.

—Éste es un imbécil o un canalla, o las dos cosas a la vez, si ustedes quieren. Están obsesos por la traición. No sin motivo… Mientras las cosas anden así, no hay nada que hacer…

—Siempre hay algo que hacer.

Manuel traducía, la mano nerviosa: el hinojo se había perdido en la multitud. Hernández se encogió de hombros.

—A sus órdenes.

—Si ese individuo abandona su puesto, debe ser fusilado.

—Por ustedes, en todo caso. ¿Con quién se puede contar?

—Con nadie. Nada que hacer aquí. ¡Y sin embargo!… En fin… No traigan aquí buenas tropas, estarán podridas en una hora. Es una guarida de cobardes. Combatamos *afuera*, si podemos, con otras tropas. ¿De qué disponen ustedes?

—Quizá no todo esté perdido en esos miles de hombres y esos fusiles —dijo Heinrich—. Y hay que aprovechar la posición.

—Ni un soldado. Trescientos milicianos se dejarán matar. Algunos asturianos, si quiere usted. Los otros son cobardes que quieren justificar su huida criticando todo. Dejan sus fusiles en los zaguanes, y los fascistas comienzan a tirar contra nosotros. Las mujeres ni siquiera tienen miedo de injuriamos por las ventanas.

—Gane tiempo hasta las cinco o las seis.

—La puerta de Bisagra es defendible, pero no la defenderán.

—A nosotros nos toca defenderla —dijo Heinrich—. Vamos.

Después de una larga vuelta por las callejuelas, llegaron a la puerta. Un mercado de fusiles.

Una docena de milicianos, sentados en el suelo, jugaban a los naipes. Heinrich se agachó al pasar, recogió los naipes mirando a los jugadores, se los guardó en el bolsillo. Continuó su camino, pasó por la puerta y examinó la posición desde afuera. Manuel encontró una rama más o menos derecha que reemplazó a la de hinojo: quería calmar su nerviosidad, y los fusiles abandonados lo enfurecían.

—Es la locura completa —dijo Heinrich—. ¡Por los tejados y las terrazas se puede resistir por lo menos hasta que traigan la artillería!

Entraron en la ciudad. El general miraba siempre los tejados.

—¡Qué desgracia no saber español, Dios mío!

—Yo lo sé —dijo Manuel.

Hernández y él comenzaron a tomar uno por uno a los hombres, a situarlos, a mandar a buscar municiones, a entregar a los tiradores las buenas armas abandonadas. Se encontraron tres fusiles ametralladores. Al cabo de una hora, la puerta estaba defendida.

—Me vas a tomar por un imbécil —dijo Heinrich a Manuel—, pero ahora habría que hacerles cantar la *Internacional*. Como todos están protegidos, no se ven; tendrían que sentirse.

El tuteo comunista no disminuía en nada la autoridad de Heinrich.

—¡Camaradas! —gritó Manuel.

De todos los rincones, de todos los ángulos, de todas las ventanas, salieron cabezas. Manuel comenzó la *Internacional* molesto por su rama llena de hojas que no quería soltar, y con la cual tenía ganas de marcar el compás. Su voz era muy fuerte, y habiendo cesado el tiroteo contra el Alcázar, se la oía. Pero los milicianos no sabían la letra de la *Internacional*.

Heinrich estaba estupefacto. Manuel se atuvo al refrán.

—Es siempre así —dijo Heinrich, con amargura—. Antes de cuatro horas estaremos en Madrid. Durará hasta entonces.

Hernández sonrió tristemente.

Manuel nombró jefes, y los tres se fueron a la Puerta del Sol.

En tres cuartos de hora, la puerta estuvo custodiada.

—Volvamos a Bisagra —dijo Heinrich.

Por las ventanas entreabiertas, los tiros de fusil de los fascistas eran cada vez más numerosos. Pero ya no había barullo: en una hora, más de diez mil hombres habían partido. La ciudad se vaciaba como un cuerpo pierde sangre.

Su auto estaba guardado en un hangar.

—Tómelo enseguida —dijo Hernández—. Luego…

Ante la puerta, un oficial de bigote corto esperaba.

—Me han dicho que van ustedes a Madrid. Yo tengo que estar allí con urgencia. ¿Pueden llevarme?

Mostró su orden de misión. Los tres partieron, para Bisagra primero. Manuel conducía. Había fusiles abandonados en cada umbral. En el momento en que el auto disminuía su velocidad para girar, una puerta se entreabrió y una mano, desde el interior, tendió un fusil. Heinrich lo tomó, la mano entró de nuevo.

—El pueblo español no está a la altura de su tarea… —dijo el oficial.

Por tercera vez, la mirada del general tomó esa expresión de fijeza brutal que había observado Manuel.

—En un caso como éste —contestó Heinrich—, la crisis es *siempre* una crisis de mando.

Manuel se acordó de Jiménez. Y también de todos esos milicianos que se veían en cada calle de Madrid aplicados y preocupados, que aprendían a marchar como se aprende a leer.

De vuelta en Bisagra, Manuel llamó. Nadie respondió. Llamó de nuevo. Nada. Subió al último piso de la casa desde donde pudo descubrir los tejados. Detrás de cada ángulo, allí donde había apostado a un hombre había un fusil abandonado. También los tres fusiles ametralladores. Bisagra estaba todavía defendida: defendida por armas sin hombres.

Faltaban fusiles en el frente de Málaga, en el frente de Córdoba, en el frente de Aragón. Faltaban fusiles en Madrid.

En una era apenas alejada, trillaban el trigo…

Manuel tiró por fin su rama, bajó con las piernas de algodón. Todas las puertas estaban abiertas: al lado de las ventanas, apoyados en las cortinas, los últimos fusiles velaban sobre Toledo.

Y por las ventanas abiertas aparecía en cada tejado detrás de cada chimenea, un fusil, con su paquete de municiones al lado.

Manuel puso a Heinrich al corriente. Hernández ya lo había adivinado.

—Hay que sacar de aquí a los jóvenes —dijo Heinrich—. Corramos a Madrid. ¡En el momento actual, no será difícil hacer evacuar Toledo!

—Ya no tiene usted tiempo —dijo Hernández.

—Intentémoslo.

—¿Y tú? —preguntó Manuel—, ¿qué vas a hacer?

—¿Qué quieres que haga? —dijo Hernández encogiéndose de hombros, mostrando la sonrisa amarga de sus largos dientes amarillos—. Somos unos veinte los que sabemos utilizar decentemente una ametralladora.

Mostró el cementerio con indiferencia.

—Allí o acá…

—No: llegaremos a tiempo.

Hernández levantó de nuevo los hombros.

—Llegaremos a tiempo —repitió Manuel firmemente, golpeando con la rama su zapato.

Hernández lo miraba asombrado.

Manuel tuvo súbitamente conciencia de que nunca le había hablado a Hernández con ese tono. No se traducen órdenes con una voz neutra y lo estaba haciendo desde hacía varias horas con el mismo tono de Heinrich. Había aprendido autoridad como se aprende una lengua: repitiéndola.

—Si tienes veinte individuos —dijo—, trata, a pesar de todo, de defender esta puerta.

—Busca a otros hombres para reemplazarlos antes de partir —dijo Heinrich.

—A sus órdenes —continuó Hernández con la misma indiferencia desesperada.

Colocados de nuevo los hombres, volvieron a la tienda. Aumentaban los insultos desde las ventanas, en la calle, y los tiros de fusil de los fascistas.

—Éstos —dijo Manuel— quisieran el restablecimiento de Felipe II. Para comenzar, Hernández, haz juntar todas las armas, salvo las de las puertas: voy a mandar camiones con guardias de asalto.

—Es más fácil juntarlas que hacerlas utilizar…

La agonía de la ciudad se precipitaba.

—Que resistan durante el día —dijo Heinrich—. Los dinamiteros resistirán por la noche. Con las juventudes de aquí, y los hombres del 5.º, resistiremos ocho días. Y de aquí a ocho días…

8

Hernández, vestido de civil, como casi todos los últimos combatientes —se había despojado de su mono —, vaciló un segundo. Por el ruido, los republicanos estaban a la derecha. ¿Qué quería? ¿Ser salvado? Dos horas antes hubiera podido irse como se toma el tren. ¿Luchar hasta el último momento? Ante todo, no estar solo, no estar ya más tiempo solo. Había quedado separado de los suyos en el primer ataque del Tercio. Ante todo, volver a encontrarlos.

Corriendo pegado a la pared de la callejuela (a la izquierda, el ruido de las ametralladoras del Tercio se aproximaba), llegó a una calle. Las balas republicanas arañaban las altas fachadas macilentas y hacían subir del yeso pequeñas humaredas espesas. El ruido de las ametralladoras enemigas se acercaba más y más. Sin duda, la legión acababa de alcanzar la esquina que Hernández había rebasado un momento antes: ahora las balas llegaban de frente y de atrás.

A diez metros, adelante, un farol estaba iluminado. Llegó hasta él, agitó su revólver por encima de su cabeza para hacerse reconocer: una bala golpeó en la parte delantera del máuser y lo hizo caer. Hernández se metió en el umbral de una puerta. Estaba protegido del Tercio por los ángulos de la calle, de los republicanos por el espesor de la pared. De cada lado, una ametralladora tiraba nerviosamente, sin ver gran cosa. Hasta que una andanada de tiros hizo caer el farol con un bonito ruido de vidrios; las ametralladoras tiraron entonces sin ver nada de nada, salvo, en cada extremo de la calle, un crepitar de cortas llamas azuladas.

Hernández se acostó, alcanzó su revólver bajo una red horizontal de balas, y volvió a su umbral.

Habían pasado diez minutos cuando una mano se aferró a su brazo y lo sobresaltó.

—Hernández, Hernández.

—Hum… Sí.

El miliciano que se había unido a él (también vestido de civil) tiró tres tiros de revólver con un segundo de intervalo, y ambos corrieron. La ametralladora republicana se detuvo.

En el momento en que la alcanzaron, otro miliciano llegaba por detrás.

—¡Los moros!

—¡A la plaza! —dijo el tipo que hacía funcionar la ametralladora y que parecía dirigir el grupo.

Todos corrieron por las callejuelas, y el ametrallador erizado de fragmentos de Hotchkiss.

Hernández no quería morir solo.

El ametrallador se volvió, colocó su ametralladora, tiró una andanada de unas cincuenta balas, volvió a correr. Tiraba mal. Los moros se habían detenido; a su vez, emprendieron de nuevo su carrera.

Tiros débiles, aislados. Y de pronto, en sentido contrario a la carrera de los republicanos, el viento trajo una música de cobres y de grandes tambores, la de los circos, los parques de diversiones y de los ejércitos. ¿Qué tiovivos dan vueltas ahora?, se preguntó Hernández. Y reconoció por fin el himno fascista: la música del Tercio tocaba en la plaza de Zocodover.

El ametrallador se detuvo de nuevo, volvió a tirar. Diez segundos, quince. «¡Escapa de una vez, idiota!», le gritó su compañero. Y comenzó a darle patada tras patada en el trasero: «¡Quieres irte de una vez, idiota!».

Las patadas tuvieron más efecto que las balas y el avance de los moros. El tirador tomó de nuevo su ametralladora y salió corriendo.

Llegaron a la plaza de toros.

Había unos treinta milicianos. Desde dentro, la plaza parecía una fortaleza. De cartón, pensó Hernández. Miró hacia fuera: los moros comenzaban a custodiar las puertas.

—Al primer cañonazo, ¡esto se va a poner bonito! —dijo un artillero, también de civil.

—Los civiles fascistas ya tienen un brazal blanco —dijo un miliciano.

—Hacen un Tedéum en la catedral. El cura está allí. Ha estado escondido todo el tiempo.

Nuestras ejecuciones en masa, pensó Hernández.

Miraba siempre hacia fuera. Hacia la izquierda, la ciudad no estaba todavía cercada.

—¡La caballería mora! —gritó un individuo.

—¡Estás loco!

—Quedarse aquí es idiota —dijo Hernández—. Serán cada vez más. Nos liquidarán enseguida. A la izquierda la campiña está aún libre. Dejad las puertas, están custodiadas. Voy a limpiar un pedazo de la calle con la ametralladora. Saltad desde el primer tiro, y tratad de no romperos la crisma. Liquidad a los moros que no han sido tocados y que querrán deteneros. No costará mucho. Huid hacia la izquierda. Podéis servir para algo mejor que para ser fusilados. Si llegan más del lado de ellos, los detengo hasta que estéis

fuera de peligro.

Apuntó con la ametralladora, tiró dos andanadas, ida y vuelta, segando. Los moros cayeron o escaparon. Los hombres de la plaza saltaron, reprimieron sin trabajo a los últimos moros. Los fascistas llegaron por la derecha: la ametralladora los batió en enfilada, obligándolos a detenerse en los umbrales. Los últimos republicanos desaparecían apresuradamente llevando a cuestas a sus camaradas que se habían torcido los pies. Hernández no pensaba en nada, apretaba su ametralladora contra el hombro, y era plenamente feliz.

Nadie en la plaza. Saltó por fin, recibió un extraño latigazo por encima de un ojo y sintió que la sangre le cegaba. Otro golpe en la nuca, pesado y ancho esta vez, un culatazo, quizá. Extendió los brazos hacia delante y cayó de bruces.

9

En el patio de la prisión de Toledo, un hombre se puso a aullar. Era muy raro. Los revolucionarios se callaban porque eran revolucionarios; los otros —los que se habían creído revolucionarios porque lo eran los demás, y percibían que frente a la muerte, sólo les importaba la vida, sea la que fuere— pensaban que el silencio es la única sabiduría de los prisioneros: los insectos amenazados tratan de confundirse con las ramas.

Y estaban aquellos que ni siquiera tenían ganas de gritar.

—¡Pedazo de cornudos, cretinos!, —aullaba la voz—. ¡Yo soy cobrador de tranvía!

Y llegando al extremo de la vociferación:

—¡Cobrador, cobrador de tranvía, imbéciles!

A través de la reja de su celda, Hernández no podía verlo, pero lo oía, el hombre entró en su campo visual. Golpeaba con toda su fuerza una chaqueta de lustrina que tenía en la mano izquierda, como si la sacudiera para sacarle el polvo. En muchas ciudades, los fascistas habían condenado a muerte a todos los obreros que tenían la chaqueta brillante en el hombro: el rastro del fusil. En el hombro de la chaqueta de aquellos que cargaban bolsas de herramientas, la correa dejaba la misma huella.

—¡Me cago en vuestra política de hijos de puta!

Y de nuevo:

—¡Pero miradme el hombro, al menos! ¡El fusil deja un moretón, Dios de Dios! ¿Es que tengo un moretón? ¡Puesto que os digo que soy cobrador de tranvía!

Dos guardianes vinieron a buscarlo. Más bien para meterlo en otra celda que para liberarlo, pensó Hernández. Se impuso el orden.

Los prisioneros daban vueltas por el patio, cada cual con su destino envenenado. Los gritos de los vendedores de diarios llegaban de la ciudad.

Estaban también los nuevos. Como cada día. Como cada día, Hernández los miraba, y como cada día, ellos volvían la cabeza para no encontrar su mirada. Hernández comenzaba a saber que los condenados a muerte son contagiosos.

El ruido del cerrojo de su celda —ahora, el ruido más importante.

Hernández esperaba ser ejecutado. Estaba harto. Hasta la coronilla. Los hombres con quienes hubiera querido vivir sólo servían para morir y, con los otros, no tenía ganas de vivir. El régimen de la prisión, en tanto que régimen, no tenía nada de atroz. Administrativo: los carceleros eran profesionales, traídos de Sevilla. La vida de la prisión era otra cosa. A veces, se llevaban de golpe veinte o treinta prisioneros; enseguida se oía el fuego de una salva, y los golpes de gracia, más débiles, después. A veces, por la noche, se oía abrir un cerrojo, una voz de hombre, y la misma palabra: «¿Ya?».

Después la campanilla de un sacerdote. Nada más. Pero el aburrimiento obligaba a pensar, y los condenados sólo piensan en la muerte.

Un guardia acompañó a Hernández a la oficina de la policía especial, y se quedó con él: el oficial no estaba. Otra ventana más abierta al patio, sobre la misma ronda de prisioneros.

Los que aún no habían sido «juzgados» estaban en el patio; los condenados a muerte, en el calabozo. Hernández trató de mirar a través del patio a los que la reja enfrentaba con la ventana. Demasiado lejos. No distinguía sino la parte de las manos crispadas sobre los barrotes, ésta, sí, en plena luz.

Detrás de las rejas, nada: la sombra. Y, por otra parte, no tenía tantas ganas de ver. Quería cambiar miradas con la vida, no con la muerte.

El jefe de la oficina, un oficial de unos cincuenta años, con el cuello demasiado largo, la cabeza pequeña y los bigotes de Queipo de Llano, entró, trayendo en la mano la billetera de Hernández.

—¿Es su billetera?

—Sí.

El policía sacó un fajo de billetes.

—¿Estos billetes son suyos?

—No lo sé. Había billetes en mi billetera, en efecto.

—¿Cuánto?

—No sé.

El policía alzó los ojos al cielo reconociendo muy bien en ello el desorden de los rojos, pero se calló.

—De seiscientas a ochocientas pesetas —dijo Hernández, alzando el hombro derecho.

—¿Reconoce usted este papel?

El policía con cabeza de alfiler observaba a Hernández, creyendo sin duda en signos reveladores. Hernández, cansado hasta la indiferencia, examinó el papel y sonrió amargamente.

Lo que había intrigado al servicio especial era un billete en el cual, en medio de trazos confusos y sin duda desprovistos de sentido, una línea rota, trazada con lápiz, que subía y bajaba —una A sin barra— parecía una señal.

Era un dibujo de Moreno. No había a pesar de todo partido a Francia, sino al frente del Tajo. Moreno repetía: «Los hombres hablaban de todo en el patio de la prisión. Nunca de política. Nunca. El que hubiera llegado a decir: he defendido lo que he creído justo, he perdido, paguemos la consecuencia, habría creado el vacío a su alrededor. Uno muere solo, Hernández, acuérdese usted de eso».

¿Pensaban en la política, o en los cañones de los fusiles que los apuntaban, o en nada, los que caminaban detrás de esa ventana?

Hernández había dicho: «No asigno a la muerte tanta importancia. A la tortura, sí…». «He preguntado —había respondido Moreno— a los de mi prisión que habían sido torturados qué pensaban entonces. Casi todos me han respondido: "Pensaba en lo que vendría *después*". Pero la tortura es poca cosa al lado de la certidumbre de la muerte. Lo capital es la muerte, es ella la que hace irremediable lo que la precede, irremediable para siempre; la tortura, la violación seguidas de la muerte, eso es verdaderamente terrible. Sépalo usted…». Moreno había comenzado a dibujar en el billete: «Toda sensación es así —por terrible que pueda ser—. Pero después…».

—¿Reconoce usted el billete? —preguntó de nuevo el policía.

La sonrisa de Hernández lo desconcertaba.

—Sí, por supuesto.

Hernández lo había puesto sobre la mesa por distracción: no se pagaba en la Permanencia de las Milicias.

—¿Qué significan esos signos?

Hernández no respondió.

—Le pregunto qué significa eso.

Era pues, hombre que se tomaba en serio. Hernández miraba esa cabecita, ese cuello: cuando el hombre estuviera muerto, el cuello sería más largo. Y moriría como cualquiera. Más penosamente que por un pelotón, acaso. ¡Pobre idiota!

Ante la ventana, los prisioneros pasaban desviando la mirada.

—Uno de los nuestros —dijo por fin Hernández con la misma sonrisa amarga—, evadido de una de las prisiones de ustedes, condenado a muerte desde hacía más de un mes, me explicaba que todo, en la vida, puede ser compensado; al hablar así, hacía esas dos líneas de las cuales una representa la desgracia, si usted quiere, y la otra su compensación. Pero que la… tragedia de la muerte está en que transforma la vida en destino, que a partir de ella nada puede ser compensado. Y que —aun para un ateo— en ello reside la extrema gravedad del instante de la muerte.

»Se equivocaba, por lo demás —agregó Hernández más lentamente. Tenía la impresión de dar una conferencia.

A su vez, el policía no respondió enseguida. ¿Había comprendido? Si fuera así, tenía suerte. Los idiotas comprenden siempre algo. ¡En cuántas cosas absurdas emplean los vivos su tiempo! Bonito sería que le pidiera explicaciones suplementarias.

Porque, a pesar de su valor, había una palabra que Hernández no pronunciaría: tortura.

El policía seguía pensando.

—Cuestión personal —dijo por fin.

Los prisioneros volvieron a pasar.

—Extraña reflexión por parte de un oficial —agregó el policía—; hubiera hecho mejor en ir a la doctrina.

—No estaba en servicio.

Hernández no sonreía.

—¿Y los tracitos?

—Los tracitos no significan nada. Ese tema de conversación ponía nervioso al que me hablaba, eso es todo.

Hernández no hablaba agresivamente, sino distraídamente.

El oficial tocó el timbre. Entró uno de los guardianes.

—Puede llevárselo.

Hernández pensaba siempre en Moreno. En la misma mesa de Toledo en primavera (época más lejana que la del Cid), le había oído decir a Ramón Gómez de la Serna: «Reconozco que el hombre desciende del mono por el modo en que descascara y come los cacahuetes…». ¡Dónde estaba el tiempo del humorismo! Hernández saludó para salir, dio un paso hacia la puerta.

—¡Alto! —gritó el policía rabioso—. Han sido dadas en lo que a usted concierne «órdenes especialmente benévolas» pero…

Hernández, hundido en sus recuerdos, vuelto en sí por el tono militar de «puede llevárselo», había saludado, como saludaba tan a menudo desde hacía dos meses en Toledo con el puño cerrado. ¿Es que ahora iban a discutir sobre ese tema?

—La «benevolencia» —dijo— en celda de condenado a muerte… Y ¿por qué, por lo demás, órdenes especiales?

El oficial lo miró, estupefacto o exasperado:

—¿Por qué quiere que sea? ¿Por su cara bonita?

Después una idea se presentó súbitamente a su espíritu, e hizo un signo negativo con el índice como diciendo: no, inútil tomar precauciones conmigo, sonrió y dijo:

—Estoy al corriente…

—¿De qué? —preguntó Hernández tranquilamente.

El fascista comenzaba a encontrarlo un poco chiflado. Un rojo.

—De su actitud con los jefes del Alcázar, evidentemente.

No se vuelve uno loco de asco. Hernández sintió de pronto que su barba de cuatro días, sucia, le daba calor. Dejó de sonreír y su rostro pareció menos largo. Su mano, apoyada en la mesa, se cerró.

—Desee usted que las cosas no se hagan dos veces —dijo mirando al policía, y apoyando el puño sobre la mesa. Su hombro temblaba.

—No creo que esa ocasión pueda presentarse de nuevo para usted.

Hernández respondió solamente:

—Tanto mejor…

—Una cuestión personal. ¿Por qué había conservado ese billete?

—Generalmente los billetes se conservan hasta que uno los gasta…

Entró otro oficial. El policía le entregó el billete. Y el guardián llevó a Hernández a su calabozo.

10

Hernández camina una vez más por las calles de Toledo. Los prisioneros están atados de dos en dos.

Pasa un auto. Dos niñitas juntas. Una vieja que lleva un cántaro. Otro auto con oficiales fascistas. De hecho, piensa Hernández, estoy condenado a muerte por «rebelión militar». Otra mujer con un paquete de almacén, otra con un balde. Un hombre con nada.

Vivos.

Todos morirán. He visto a una de sus amigas morir de cáncer generalizado; su cuerpo era castaño, como sus cabellos; y era médica. Un miliciano, en Toledo, fue aplastado por un tanque. Y la agonía de la uremia… Todos morirán. Salvo esos moros que conducen a los condenados: los asesinos están fuera de la vida y de la muerte.

En el momento en que el tropel llega a un puente, el compañero de Hernández le dice, a media voz:

—Hoja Gillette. Acércate.

Hernández se acerca. Pasa una familia. (Pues sí, hay familias). Un niñito los mira. «Son viejos», dice. «Exagera, piensa Hernández. ¿Es que la muerte me lleva a ironizar?». Pasa una mujer de negro montada en un asno. Haría bien de no mirar así si no quiere mostrar que está con ellos. Hernández sólo siente de su largo cuerpo la presión de la cuerda sobre sus puños. La navajita raspa la cuerda.

—Ya está…

Hernández tira suavemente. Es verdad. Mira a su compañero: tiene una barbita muy dura.

—Los nuestros están todavía detrás de la cresta —dice éste—. En el primer cruce.

Atraviesan el puente. En el primer terraplén el hombre salta.

Está cansado, y también de la vida. Correr, de nuevo correr… ¿Qué hay del otro lado del terraplén? ¿Malezas? No se ve. Se acuerda de las cartas de Moscardó. Lo moros saltan también, tiran. Pero son muy pocos para abandonar la columna. Hernández no sabrá jamás si su compañero ha logrado escapar vivo. Quizá esté vivo: los moros vuelven del terraplén sin reír.

Ahora la tierra sube ligeramente; delante de un agujero alargado cuya profundidad no ve Hernández, diez falangistas, en posición de descanso, y un oficial. A la derecha, los prisioneros: con los que llegan, serán cincuenta. Sus ropas civiles son la única mancha sombría en la mañana radiante, y los uniformes caquis de los moros son del color de Toledo.

He aquí lo que tan a menudo lo ha obsesionado: el instante en que un hombre sabe que va a morir sin poder defenderse.

En apariencia, a los prisioneros no los molesta más tener que morir que a los moros y a los falangistas tener que matarlos. El cobrador de tranvía está con los otros, ahora semejante a los otros. Todos un poco embrutecidos, como después de una gran fatiga, ni más ni menos. El pelotón de ejecución está muy atareado: aunque no tenga otra cosa que hacer que aguardar que tiren, fusiles cargados.

—¡Firmes!

Dos veces más «firmes» que de costumbre; al oír la voz de mando, los diez hombres se han puesto tensos para representar la comedia del honor de obedecer. En torno a Hernández, los otros cincuenta miran en el vacío, más allá de toda comedia.

Tres fascistas acaban de tomar tres prisioneros. Los llevan ante la fosa, retroceden.

—¡Apunten!

El prisionero de la izquierda tiene el pelo cortado en redondo. Los tres cuerpos, más altos que lo común, dominan a aquellos que los miran y se recortan sobre el célebre horizonte de las montañas del Tajo. Qué poca cosa es la historia frente a la carne viva, todavía viva…

Dan un peligroso salto atrás. El pelotón tira, pero ya están en la fosa. ¿Cómo pueden esperar escaparse de ella? Los prisioneros ríen nerviosamente.

No tendrán que escaparse. Los prisioneros han visto el salto al principio, pero el pelotón ha tirado antes. Los nervios.

Traen a otros tres. No es posible que hagan saltar a unos tras otros a esos cincuenta hombres en la fosa. Algo tiene que suceder.

Uno de los prisioneros llevados ante la fosa se ha vuelto y la mira. Instintivamente, ha dado un paso para alejarse de ella. Volviéndose de nuevo pero sin alzar los ojos, advierte que ha avanzado hacia los pies del pelotón estirados hacia él, se detiene y, en el instante en que el prisionero de la derecha va a gritar algo, los tres caen, llevándose las manos al vientre, y se desploman: el pelotón, esta vez, ha tirado más bajo.

Los prisioneros del grupo han permanecido inmóviles. Ningún eco, ningún grito. Venido de la ciudad el rebuzno desolado de un asno y la voz de un vendedor de alcarrazas se pierden en el sol.

Uno de los que llevan a los prisioneros delante del pelotón de ejecución se ha inclinado sobre la fosa, revólver en mano. El cielo se estremece de luz. Hernández piensa en la limpieza de las mortajas: Europa no ama gran cosa pero ama todavía a sus muertos. El hombre en cuclillas al borde de la fosa sigue con el cañón de su revólver algo que se mueve, y tira; imaginar el golpe de gracia en una cabeza insensible no vale más que imaginarlo en una cabeza moribunda. En esta hora en la mitad de la tierra de España, adolescentes que representan la misma odiosa comedia tiran en la misma mañana esplendorosa, y los mismos campesinos, con el mismo pelo hacia delante, caen o saltan en las fosas. Salvo en el circo, Hernández no ha visto nunca a un hombre saltar para atrás.

Otros tres de pie en el mismo lugar van a saltar muy pronto.

¿Si yo no hubiese hecho llevar las cartas de Moscardó —si no me hubiera tentado el actuar noblemente — es que esos tres hombres estarían allí? Dos de entre ellos no se colocan como es debido: demasiado adelante, y no de frente. Uno no sabe si debe ponerse de frente o de espaldas; nunca se sabe qué actitud tomar al partir el tren… piensa Hernández histéricamente. ¿Y qué? Si hubiera actuado de otra manera,

¿habrían cambiado las cosas? ¡No faltaban los tipos que han actuado de otra manera!

Los organizadores de pompas fúnebres vuelven hacia los tres torpes, los toman por los hombros, sin brutalidad, por otra parte, los colocan. Y los prisioneros parecen ayudarlos —esforzarse por comprender lo que quieren los otros y conformarse a ello—. «Se diría que van al entierro». Van a su propio entierro.

Diecisiete, dieciocho, diecinueve, veinte… Los prisioneros están en tres filas; el que cuenta, cuenta aquellos que deben ser fusilados antes que él. «No: diecisiete, dieciocho, diecinueve».

No llega a contarlos. Hernández va a volverse para decirle la cifra exacta. Pero no es ni diecinueve, ni veinte: es diecisiete. Hernández calla. Otro ha dicho algo: morir, sin duda. «¡Ah, está bien!, —responde otra voz—, ¡déjanos en paz! Las hay peores…».

¡Con tal de que no sea un sueño, que no haya todavía que comenzar de nuevo!…

¿Habrán terminado de una vez de colocar a esos prisioneros como para una foto de matrimonio, delante de los cañones de los fusiles horizontales?

Toledo brilla en el aire luminoso que tiembla al ras de los montes del Tajo: Hernández está aprendiendo de qué se hace la historia. Una vez más, en ese país de mujeres de negro, se alza el pueblo milenario de las viudas.

¿Qué quiere decir nobleza de carácter en una acción como ésta? ¿Generosidad?

¿Quién paga?

Hernández mira la greda con pasión. ¡Oh buena tierra inerte! No hay asco y angustia sino entre los vivos.

Lo más atroz de los prisioneros es su valor. Son obedientes; no son pasivos. ¡Qué estúpida es la imagen del matadero! No se hace pasar a los hombres por el matadero —hay que tomarse el trabajo de matarlos—. Hernández piensa en Pradas, en la generosidad. Los tres prisioneros están por fin de frente: la foto está decididamente lista. La generosidad es ser vencedor.

Descarga. Dos caen en la fosa, uno adelante. Uno de los organizadores de la muerte se acerca. ¡Empujará el cuerpo con el pie! No, se agacha, lo tira por el brazo y la pierna; el cuerpo es pesado (el terreno es en subida): ese muerto seguirá fastidiando hasta el fin. Al hueco. ¿Es que vive todavía?

Uno se acostumbra, a la derecha, a matar, a la izquierda, a que lo maten. Tres nuevas siluetas están de pie allí donde han estado todas las demás y ese paisaje amarillo de fábricas cerradas y de castillos en ruinas adquiere la eternidad de los cementerios, hasta el fin de los tiempos, aquí, tres hombres de pie, continuamente renovados, aguardarán que los maten.

—¡Habéis querido la tierra, vosotros!, —grita uno de los fascistas—. ¡Ahora la tenéis!

Uno de los tres es el cobrador de tranvía; el sol brilla sobre el género lustroso de su hombro derecho, sobre la chaqueta que lo ha hecho condenar a muerte. No protesta ya. Espera. Como los otros, se ha dejado colocar sin decir una palabra. «¡Me cago en vuestra política de hijos de puta!». Con el mismo movimiento de los fusiles que se alzan, levanta el puño para el saludo del Frente Popular. Es un hombrecito enclenque, que se parece a los olivos negros.

Hernández mira esa mano cuyos dedos estarán antes de un minuto crispados en la tierra.

El pelotón vacila, no porque esté impresionado, sino porque aguarda que llamen a ese prisionero al orden, a la espera del de los muertos. Los tres organizadores se acercan. El cobrador los mira. Está hundido en su inocencia como una estaca en la tierra, y los mira con un odio pesado y absoluto que es ya del otro mundo.

Si éste se librara… piensa Hernández. Pero no se librará, el oficial acaba de hacer fuego.

Los tres siguientes van a colocarse solos delante de la fosa. El puño levantado.

—¡Manos pegadas al cuerpo!, —grita el oficial.

Los tres prisioneros se encogen de hombros con los puños siempre en alto. El oficial se agacha, se ata el cordón del zapato. Los tres hombres esperan. El oficial se incorpora, se encoge a su vez de hombros y da orden de hacer fuego.

Otros tres, uno de los cuales es Hernández, suben en medio del olor a acero caliente y a tierra removida.

Segunda parte

El Manzanares

I

Ser y hacer

I

1

La multitud enloquecida que había huido de Toledo, los milicianos sin fusil del Tajo, los restos de los batallones campesinos de Extremadura, iban y venían por la estación de Aranjuez. Como hojas reunidas en un torbellino y después arrastradas por el mismo viento, los grupos que habían llegado corriendo se dispersaban en el parque de castaños lleno todavía de rosas granate, o recorrían a grandes pasos, como los locos su jardín, las avenidas de los plátanos imperiales.

Los desechos de las milicias con nombres históricos, los Invencibles, las Águilas Rojas, las Águilas de la Libertad, se agitaban sobre la alfombra de flores caídas, tan espesa como lo es en otras partes la de las hojas secas, los brazos colgando, los fusiles arrastrados por el cañón como perros, y se detenían para escuchar el cañón aproximarse del otro lado del río. Entre los golpes que subían del suelo ensordecidos por el espesor de las flores podridas de los castaños, se oyó una antigua campana.

—¿Una iglesia, en este momento? —preguntó Manuel.

—Se diría más bien una campana de jardinero —respondió López.

—Eso viene del lado de la estación.

Otras campanas y campanillas, timbres de bicicletas, bocinas de automóviles y hasta golpes sobre cacerolas acompañaban ahora a la campana. Los restos del sueño revolucionario, sables, cubrecamas rayados, trajes de encaje, escopetas —y hasta los últimos sombreros mexicanos— llegaban del fondo del parque hacia ese

tam-tam

que unía a las tribus.

—Pensar que la mitad por lo menos son valientes… —dijo Manuel.

—A pesar de todo, está bien, pánfilo; ¡no han destrozado un solo busto!

A lo largo del parque, los célebres bustos de yeso, iluminados de rosa por la reverberación de los ladrillos antiguos, estaban intactos bajo los plátanos. Manuel no los miraba. Girando como una pajarera traída de América por los príncipes para su jardín de Aranjuez, el carnaval se precipitaba hacia la estación bajo las arcadas de ladrillo, en la luz rosada de las perspectivas regias.

A medida que Manuel y López se dirigían ellos también hacia la campana, una palabra se hacía precisa: locomotora. ¡Que no vayan a Madrid a ningún precio!, pensó Manuel: no le costaba ningún trabajo pensar en la llegada de diez mil hombres desmoralizados, dispuestos a los más increíbles embustes, inmediatamente después de la toma de Toledo —en tanto que Madrid se organizaba desesperadamente.

Estaban ahora muy cerca de la estación.

Drid-Madrid-drid-drid

chirriaban de todos lados como el crepitar rabioso de las cigarras.

—Como huyeron, van a contar que los moros son invencibles —dijo López—: Es necesario que los moros estén superiormente armados, y así por el estilo, para que ellos tengan el derecho de haber huido, naturalmente.

—Huyeron porque no los dirigían. Antes se batían no menos bien que nosotros.

Manuel pensaba en Barca, en Ramos, en sus camaradas del tren blindado, en los del Tajo. Y también en un viejo sindicalista, abanderado de una manifestación, algunos años antes; la manifestación, detenida por enormes fuerzas de policía, había tenido el derecho de continuar su marcha a condición de arriar las banderas. «¡Arriad las banderas!», habían gritado pues los responsables. Manuel tenía una voz muy fuerte. Como repitiera el grito, el viejo lo había mirado sin decir una palabra, y su rostro quería de tal modo decir: «Bueno, puesto que es necesario, pero mientras más despacio, será mejor… Todavía tienes que aprender, muchacho…», que él no lo había olvidado. No eran siempre los mismos los que estaban equivocados. El vínculo de Manuel y del proletariado estaba hecho de demasiados recuerdos y fidelidades para que ninguna locura pudiera romperla —aunque fuese tan grave como aquélla.

—Lo difícil no es estar con los amigos cuando tienen razón —dijo—, sino cuando están equivocados…

—¡Puedes todavía intentarlo!…

Un barbudo que se parecía al Negus visto en un espejo deformante, alargado, se había subido sobre el techo de una limusina, ante la puerta de la estación. El interior, los corredores, las salas de espera llenas; en los andenes, imposible que cupiera ni siquiera un niño más; y, por encima, los inmensos árboles de la plaza.

—¿Quién sabe conducir una locomotora? —añadió el barbudo—. Hay tren. Y locomotora. ¡Hay de todo!

Silencio súbito. Todos esperaban al salvador.

—… tren anda…, tren anda.

—¿Qué?

—Tren anda…

El invisible que hablaba, empujado. Impulsado en medio de clamores de entusiasmo, llegó al techo del automóvil.

—… Poner en marcha… Yo sé ponerlo en marcha…

Era un personaje con aire de garduña, suave, con anteojos, un poco calvo.

—Os prevengo: con prudencia puedo conducirla.

La temperatura cayó. Manuel y López, paso a paso, se aproximaron al auto.

—¿Sabes moderar la velocidad? —gritó una voz.

—Hum… creo.

—¡Muchachos, saltaremos con el tren en marcha!

Manuel llegó al techo del cacharro.

—¿Y los heridos? —gritó—. ¿Saltarán?

Muchos trataban de trepar a los hombros de los compañeros. ¿Qué quería ése? Marchar sobre Madrid, ¿o qué? Un oficial más…

—¡Camaradas, atención! Yo soy…

No lo oían. De todos lados, las interjecciones cortaban sus palabras. Levantó los dos brazos, obtuvo tres segundos de silencio, pudo gritar:

—Soy ingeniero. Os digo: no podréis controlar la máquina.

—Es el excomandante de la motorizada —murmuraron en la multitud.

—¡Conduce!

—No sé conducir, pero sé lo que es una máquina que no se controla. Los que parten toman la responsabilidad de la muerte de dos mil camaradas. ¿Y los heridos?

Felizmente, el mecánico benévolo no inspiraba confianza.

—¿Entonces qué?, —gritaron en la multitud.

—¡Propón algo!

—¡Explícate!

—¿Ir a pie?

—¿Y si nos atajan?

—¿Es verdad que Navalcarnero está tomado?

—Es que…

—¡Quedémonos aquí! —aulló Manuel.

La multitud giró sobre sí misma con una rabia melancólica, agotada. Un centenar de manos salieron de ella, se agitaron como hojas que el viento mueve por encima de sí mismas, después volvieron a la contienda de los cuerpos.

—Hace dos días que no hemos…

—¡Los moros llegan!

Manuel sabía que no había intendencia.

—¿Quién nos dará de comer?

—Yo.

—¿Quién nos dará donde acostamos?

—Yo.

Manuel parecía un rompeolas, pero no estaba seguro de que las olas no fueran las más fuertes.

—Es menos difícil vencer a los moros que llegar a Madrid con un tren enloquecido —gritó.

Las manos, de nuevo, salieron de la multitud —cerradas—: Eran puños. Pero no para saludar.

—Dentro de media hora, seremos fusilados —dijo a media voz López, que acababa de subir a su vez al techo del automóvil.

—Me cago. Pero que no pongan los pies en Madrid —se acordaba de Heinrich: «Toda situación presente

tiene por lo menos un elemento positivo: hay que encontrarlo y utilizarlo». Comenzó a gritar—: El Partido Comunista ha dado la consigna de obediencia absoluta a las autoridades militares. ¡Que los comunistas levanten el brazo!

No se apresuraban en hacerse conocer. Manuel advirtió que el pequeño mecánico calvo, a su lado, llevaba la estrella del partido.

—¿Y tu fusil? —le preguntó—. Un comunista no abandona nunca su fusil.

El otro lo miró y le dijo sin ironía:

—Pues sí, ya puedes ver…

—Entonces se excluye él mismo del partido. ¿Tu insignia?

—Vamos, hombre, no grites así. ¡Qué mierda quieres que haga con ella!…

Siete u ocho estrellas lanzadas por la multitud cayeron sobre el coche del automóvil, con un ruido miserable, sin fuerza.

—Dentro de cinco minutos nos acribillarán a balazos —dijo López.

—Tienen el ánimo muy caído.

Manuel empezó a gritar, a plena voz pero muy lentamente, para estar seguro de ser oído.

—Nosotros hemos tomado las armas contra el fascismo. Sabíamos todos que podíamos morir. Si hubiéramos sido muertos en Somosierra, nos parecería muy natural.

»¿Por qué este cambio? Porque es puro desorden.

»El partido y el Gobierno han dicho: disciplina militar ante todo. Aquí somos dos comandantes; tomamos las responsabilidades.

»El desorden ha terminado.

»Comeréis esta noche.

»No dormiréis al descubierto.

»Tenéis armas y municiones.

»Hemos vencido en Somosierra, venceremos aquí. ¡Luchemos de la misma manera, eso es todo!

»El río es fácil de defender, los tanques no pueden pasar.

—… tienen… tienen…

—¿Los aviones? —gritó una docena de voces.

—Trincheras mañana por la mañana.

»Refugios subterráneos abajo.

»Y utilización de las laderas.

»No se trata de combatir a Madrid, en Barcelona o en el Polo Norte.

»Ni de aceptar la victoria de Franco, con la cola entra las piernas durante veinte años, a merced de una denuncia de la puta, de la vecina o del cura. ¡Acordaos de Asturias!

»Nuestra nueva aviación estará lista dentro de algunos días.

»Todo el país está con nosotros: el país somos nosotros.

»Debemos resistir; resistir aquí, no en otra parte.

»No llevar a Madrid un ejército de vagabundos ¡Y quedarnos con nuestros heridos!

—Eso basta.

—Os siguen engañando —gritó una voz que parecía provenir de las hojas podridas.

—¿Quién va? ¡Primero, muéstrate!

El que había gritado no se movió. Manuel sabía que para los españoles importa mucho el compromiso personal.

—Aquí no hay quienes que valga. Aquí estamos nosotros dos, que somos combatientes desde el primer día, que tomamos nuestras responsabilidades.

»Os digo: tendréis dónde acostaros, comeréis. Es un camarada quien os habla. Hemos estado juntos el 18 de julio. Vosotros estáis desmoralizados, mal armados, no habéis comido. Pero, entre vosotros, están los que atacan los cañones con autos, la Montaña con un ariete, a los fascistas de Triana con cuchillos, a los de Córdoba con hondas. Decidnos, hombres, ¿habéis hecho todo eso para escaparos ahora? De hombre a hombre, os digo: a pesar de vuestras injurias, os tengo confianza.

»Si mañana no tenéis lo que os prometo, tirad sobre mí. Hasta entonces, haced lo que os digo.

—¡Tu dirección!

—Aranjuez no es grande. Y no tengo escolta.

—Que diga…

—¡Basta! Me comprometo a organizaros, a enrolaros a defender la República. ¿Quiénes estáis de acuerdo?

Bajo un remolino de hojas secas hasta lo alto de los plátanos, la multitud onduló como si hubiera buscado un camino. Las cabezas bajas se balanceaban de derecha a izquierda, alzando los hombros como en una danza salvaje, bajo las manos levantadas con los dedos separados. López descubría que la autoridad de un orador sólo vale por sus cojones. Cuando Manuel había dicho: os tengo confianza, todos habían sentido que era verdad. Y habían comenzado a elegir la mejor parte de sí mismos. Todos lo sentían resuelto a ayudarlos, y muchos sabían que era buen organizador.

—Que los comunistas se acerquen al camión, a la derecha. No tenéis más derechos que los otros, pero tenéis más deberes. Así. Que los voluntarios se junten a la izquierda.

—Cavemos las trincheras enseguida —gritó una voz en medio del alboroto.

—Irás a las trincheras cuando los responsables te lo digan.

Ahora todos querían hacer algo; se empujaban para precipitarse en el orden como habían querido precipitarse en el tren.

—Los responsables de milicias o de partidos, que hagan evacuar la sala de espera y ocupadla. Yo voy a dar instrucciones para que se armen las camas y se provea la comida. Los demás camaradas, quedaos allí: cada uno tomará su jergón o su cama.

Saltó del automóvil, seguido de López.

—¿Volverá a comenzar dentro de cinco minutos, no? —preguntó éste.

—No. Es necesario que tengan algo que hacer hasta que estén acostados. Las cosas marcharán. Tú te quedas aquí.

—¿Qué diablos voy a hacer?

López se hacía pocas ilusiones acerca de sus condiciones de jefe.

—Contarlos. Es razonable, puesto que los voy a hacer acostar. Que cada responsable reúna a los muchachos de su milicia o de su organización, y que te dé su número. Así estarán reagrupados, y eso me dará una hora. Hay por lo menos mil quinientos hombres.

—Bueno, voy.

López era incapaz, pero con valentía y buena voluntad…

Manuel, desplomado en un sitial, en la celda del superior de un convento, miraba, ensimismado, los bustos de yeso del parque brillar suavemente en la noche del jardín persa. López proponía llevar los bustos a Madrid, y reemplazarlos después de la victoria por animales «significativos». Pero Manuel no escuchaba. Desde que dejó a López, fue al comité del Frente Popular. Allí había encontrado a algunos astutos que conocían bien la ciudad. Éstos le descubrieron el convento, le reunieron seiscientos jergones, camas o colchones. Las niñitas del orfelinato acostadas de a dos, le habían suministrado la mitad de su ropa de cama; había sido traído todo lo que quedaba disponible en los conventos, cuarteles o cuerpos de guardia. Para los demás, paja y frazadas.

Una delegación había llegado en medio del trabajo; elegida por los soldados para las relaciones entre ellos y el mando. Ahora todos estaban acostados. Eran las diez. Del Partido Comunista, del 5.º cuerpo y del Ministerio de Guerra, Manuel, atornillado una hora y cuarto al teléfono, había recibido la promesa de un abastecimiento para tres días. Durante ese tiempo, organizaría la intendencia. Pero los camiones sólo llegarían al alba. Algunos, sin embargo, habían partido ya: con qué alimentar a doscientos hombres. Manuel había hecho anunciar que se comería a las once.

Esperaba también del 5.º cuerpo soldados bastante instruidos para ser a su vez instructores, o formar la base del nuevo regimiento.

Llamaron. Era la delegación que volvía.

—¿Cómo? —dijo Manuel rodeado de una aureola de Vírgenes y de Sagrados Corazones—. ¿Es que todavía hay algo que no anda?

—No, no. Sería más bien lo contrario. Sucede lo siguiente: tú y tu compañero no sois militares, aunque estéis en el mando: eso se ve. Por un lado, nosotros lo preferimos. Vosotros habéis dicho cosas justas: que no hemos hecho todo lo que hemos hecho hasta ahora para terminar así. Hasta ahora, lo que habéis prometido, lo habéis cumplido. Sabemos que no era fácil. Entonces, nosotros, la delegación —y los muchachos— hemos reflexionado por nuestro lado. ¿Comprendes? Nos ha parecido que en lo que concierne al tren, teníais razón.

El portavoz era un carpintero de bigotes grises caídos. En el fondo del parque, los célebres ruiseñores cantaban con voz grave.

—Entonces nos hemos dicho: si no hacemos un control para proteger la estación, la historia de hoy correría el riesgo de repetirse. Hombres tenemos. Entonces venimos a proponeros el control.

Detrás del que hablaba, sus tres compañeros con monos erguidos sobre el fondo blanco de la celda: uno

delante, tres detrás; en otro tiempo, las delegaciones obreras estaban formadas así. La conciencia que tenían esos hombres de representar las vidas, las debilidades y las responsabilidades, de representar a los suyos frente a uno de los suyos era tan evidente que la revolución, en su parte más sencilla y más pesada, había entrado con ellos: la revolución para aquel que hablaba era el derecho de hablar así. Manuel lo abrazó a la española, y nada dijo.

Por primera vez, estaba frente a una fraternidad que tomaba la forma de la acción.

—Ahora a comer —dijo.

Todos bajaron juntos. Como lo había esperado Manuel, en los dormitorios y en las salas abovedadas, bajo las estatuas azul pálido y oro de los santos que habían quedado allí (banderas rojas en las lanzas de los santos guerreros), los hombres agotados dormían un sueño de guerra. «¿Quiénes quieren comer?», preguntó Manuel, no demasiado fuerte. La respuesta fue el gruñido de un grupo extenuado: no habría cien hombres para alimentar. Bastarían los camiones de Madrid. Como los talones de sus botas resonaban en las losas con una sonoridad de iglesia, tenía a la vez vergüenza y ganas de bromear.

Cuando hubieron terminado la comida, volvió al comité del Frente Popular. Había que organizar aquella noche la armería, encontrar jabón, designar desde el alba los nuevos cuadros. No veía los árboles en la noche, pero sentía, muy por encima de él, la profusión de sus hojas que ahora arrancaba el viento nocturno. Un débil perfume venía de los rosedales, hundido bajo el olor amargo del boj y de los plátanos, como llevado por el tañido sofocado del cañón, del otro lado del río. Todavía no llegaban los camiones.

Los del comité vigilaban también.

Cuando Manuel volvió, lo detuvieron en la puerta del convento.

—¿Qué diablos queréis? —preguntó, haciéndose reconocer.

—El piquete de guardia.

¡Cuántos golpes fascistas habían triunfado por la falta de piquetes! En el débil resplandor que venía del convento, Manuel miraba los cañones de los fusiles por encima de los confusos abrigos: la primera guardia espontánea de la guerra española.

2

Noche del 6 de noviembre

Tres multiplazas están reparados. El de Magnin, que ahora se llama el *Jaurès*, llega por encima de las Baleares nocturnas; desde hace una hora, es el único sobre el mar. Attignies pilota. En torno a las luces mal apagadas de Palma, el tiro antiaéreo estalla por todos lados contra el avión invisible; la ciudad, abajo, se defiende como un ciego que aúlla. Magnin busca en el puerto un crucero nacionalista y los transportes de armas. Los grandes resplandores de los faros cortan la noche delante y detrás de él, se cruzan. Atrapar una mosca con una varilla, piensa, tenso. Salvo en el puesto de pilotaje, la oscuridad del multiplaza es completa.

¿Combaten al enemigo o al frío? Más de diez grados bajo cero. Los ametralladores detestan tirar con guantes, pero el acero de las ametralladoras quema de frío. Las bombas aclaran de anaranjado los géiseres nocturnos. Sólo se sabrá por el Ministerio de Guerra si los barcos han sido alcanzados…

Cada cual mira estallar a su alrededor los obuses antiaéreos; todos tienen la cara helada, el cuerpo dentro del cálido mono forrado en piel —solitario hasta el fondo de la oscuridad del mar.

El avión se ilumina de pronto. «¡Apagad, Dios santo!», exclama Magnin; pero sobre el rostro y el casco de Attignies acaban de proyectarse las sombras de las ventanas del avión: ha sido pues iluminado de afuera.

El faro de la D. C. A. (Defensa Contra Aviones) vuelve, enfoca de nuevo el avión; Magnin ve la cabeza de Pol, la espalda de Gardet cruzada por el pequeño fusil. Han bombardeado los barcos en la oscuridad, evitado el tiro antiaéreo en una oscuridad de tormenta atravesada por los resplandores azules de los obuses. La fraternidad de las armas llena la carlinga con esa luz amenazadora: por primera vez desde que han partido, esos hombres *se ven*.

Todos están inclinados hacia el faro deslumbrante cuya barra luminosa los apunta. Todos saben que, debajo del foco, hay un cañón.

Abajo, luces que se apagan; aviones de caza que sin duda despegan —y la noche hasta el horizonte—. Y, en el centro de toda aquella oscuridad, el avión que baja en barrena se agita como una granalla, sin llegar a despegarse del faro, con sus siete hombres iluminados al magnesio.

Magnin ha saltado junto a Attignies, que le tira del brazo, cerrando los ojos para huir de esa luz cegadora. Antes de tres segundos, los antiaéreos tirarán.

En la carlinga, todos tienen la mano izquierda en el broche del paracaídas.

Attignies gira, los dientes apretados, los dedos de los pies crispados sobre los pedales, deseando con todo su cuerpo, y hasta con el dedo gordo del pie, estar en un avión de caza: el multiplaza gira como un camión. Y la luz está allí.

El primer obús. A treinta metros: el avión brinca. Los cañones antiaéreos van a rectificar. Magnin arranca la orejera del casco de Attignies.

—¡Tormenta!, —grita el piloto, mostrando el movimiento de la mano.

Es la maniobra que se hace para librarse del viento del huracán, cuando los mandos ya no responden: picar con todo el peso del avión.

Magnin protesta frenéticamente con los bigotes, en el estruendo del motor y la luz blanca; el faro seguirá a la picada. Muestra, también con la mano, el deslizamiento sobre el ala, seguido de un viraje.

Como si cayera, Attignies parece patinar con un ruido de hierro y de cargadores que ruedan en la carlinga. Cae hasta la noche, gira, huye en S. Por arriba y por abajo, el faro corta, corta, como un ciego tantearía con un sable.

El avión está ahora fuera de toda la acción del faro —perdido de nuevo en la noche protectora—. Como en el sueño, la tripulación que ha vuelto a tomar su lugar se hunde en el aflojamiento que sigue a todo combate, en la oscuridad helada del mar sin faros; pero todos están habitados por los rostros fraternales percibidos por un instante.

Después de un corto alto en Valencia entre los bosquecillos de naranjos, Magnin había dejado en Albacete el *Jaurès*, que continuaba en Alcalá de Henares. Era el último campo de que los republicanos disponían hacia Madrid. Una parte de la escuadrilla permanecía en Albacete para el ensayo de los aviones reparados; la otra combatía en Alcalá.

Las brigadas internacionales se formaban en Albacete. En esta pequeña ciudad rosada y cremosa, bajo la mañana fría que anunciaba el invierno, miles de hombres animaban como en una verbena un mercado de cuchillos, de cantimploras, de calzoncillos, de tirantes, de zapatos, de peines, de insignias; una cola de soldados señalaba cada tienda de zapatos y de gorras. Un vendedor ambulante chino ofrecía su pacotilla a un centinela que le daba la espalda. El centinela se volvió, y el vendedor ambulante se fue: ambos eran chinos.

Cuando Magnin llegó al centro de las brigadas, el delegado que buscaba estaba en el campo de instrucción, de donde no volvería hasta dentro de una hora. Magnin no había almorzado. Entró en el primer bar.

En medio de un tropel, gritaba un borracho. A pesar de las precauciones, llegaban a las brigadas tipos de toda calaña. Eliminados, expedidos por el tren de mediodía, agobiaban a todos durante la mañana. Todos los vagabundos de Lyon habían sido expedidos un día a las brigadas, pero detenidos en la frontera y vueltos a mandar a su estación de partida; las brigadas estaban formadas de combatientes, no de figurantes de cinematógrafo.

—¡Estoy harto!, —gritaba el borracho—. ¡Harto! Yo, que he atravesado el Atlántico pilotando el príncipe de Mónaco, yo, un viejo legionario. ¡Pandilla de cochinos! ¡Sinvergüenzas! ¡Revolucionarios de pacotilla!

Había tirado al suelo un vaso y pisoteaba los pedazos.

Un socialista se puso de pie, pero un segundo extravagante lo detuvo con la mano:

—Déjalo, es mi compañero. Ya verás. Como está borracho, será fácil.

El amigo, detrás del que había roto el vaso, ordenó:

—¡A tu fila, rápido! ¡Firme!

Movimientos que el borracho ejecutó inmediatamente.

—¡A la derecha! ¡Adelante, march!

El borracho se dirigió a la puerta y salió.

—Ya ves que no era difícil —dijo el amigo, que volvió a su coñac.

Magnin buscaba sin encontrar algunas caras conocidas. Subió al primer piso. Bajo el retrato del propietario del bar, tres mercenarios de la aviación jugaban a la taba.

Muchos mercenarios habían vuelto a Francia. Éstos daban la espalda a Magnin, atentos a su juego en el aire frío de la mañana. La ventana estaba abierta, acompañando el redoble de las gruesas tabas españolas, entró un martilleo tan nítido como el de los cascos de caballo, pero ordenado como el de los golpes de una fragua: era el paso ensordecido de las tropas. El mercenario que acababa de lanzar la taba se había quedado con la mano en el aire: su taba continuaba temblando. El martilleo de las botas, ahora bajo las ventanas

hacía temblar las casas de adobe: el juego mismo estaba agitado por el ritmo de la guerra.

Magnin fue hasta la ventana: todavía de civil, pero calzados con botas militares, con sus caras testarudas de comunistas o su largo pelo de intelectuales, viejos polacos de bigotes nietzscheanos y jóvenes con rostros de films soviéticos, alemanes con la cabeza rapada, italianos que parecían españoles extraviados entre los internacionales, ingleses más pintorescos que todos los demás, franceses parecidos a Maurice Thorez o a Maurice Chevalier, todos tensos, no con la tensión de los adolescentes de Madrid, sino con aquella proveniente del recuerdo del ejército o de la guerra que habían hecho los unos contra los otros, los hombres de las brigadas martilleaban la calle estrecha, sonora como un corredor. Al acercarse a los cuarteles, empezaron a cantar y, por primera vez en el mundo, los hombres de todas las naciones mezclados en formación de combate, cantaban la *Internacional*.

Magnin se volvió; los mercenarios continuaban con su juego. A ellos no se la pegaban.

Ahora Magnin esperaba poder transformar la aviación extranjera. Tuvo que pasar más de quince días en Barcelona para organizar el taller de reparaciones, y su ausencia no había contribuido poco al desorden de los pelícanos. Pero antes de una semana, seis multiplazas recuperados estarían en condiciones de volar.

El delegado con quien tenía que entenderse volvía con los hombres que pasaban bajo la ventana. Magnin volvió a partir con el Estado Mayor de las brigadas, las cejas en alto como acentos circunflejos, rumiando la idea que no apartaba de su cabeza.

3

En mono, extrayendo de su casco una dignidad romana, Leclerc gritaba y movía los brazos en medio de su tripulación, en el campo de Alcalá. A treinta metros, fuera del alcance de su voz, un amigo de Sembrano, Carnero, jefe de grupo, observaba con prismáticos el cielo de Madrid. Un tiempo de perros.

—¡No hay por qué moverse! Para mí, los fridolinos, aunque tuvieran la fantasía de disfrazarse de arcángeles…

Para Leclerc, alemanes e italianos eran indistintamente los fridolinos.

Carnero subió, y su aparato fue a ponerse en línea de partida. No funcionaba bien el carburador de su avión, y él dirigía el *Jaurès* con una tripulación española. Leclerc, y después un multiplazas español, siguieron. Ya el caza republicano, miserable, daba vueltas en torno a Alcalá: algunos aviones habían llegado de América —todavía sin ametralladoras modernas—. Los gubernamentales continuaban luchando con los Lewis españoles de 1913.

Desde que su avión había sido averiado y pilotaba el *Pelicano I*, hecho de pedazos de otros, Leclerc había renunciado al sombrero gris y obtenía de su casco de cuero efectos consulares.

—¿Y el termo? —preguntó el ametrallador delantero del *Pelícano I* que no lo veía al lado del asiento de Leclerc.

—Discúlpame por hoy, pero me he hecho una cesárea: es demasiado serio.

Algunos minutos después, los tres aviones y su caza estaban por encima de Madrid. El enemigo ocupaba los campos donde habían vivido los pelícanos, salvo Barajas. En todas las carreteras, una animación inextricable; frente a Getafe, un prado convertido en lugar de estacionamiento de camiones. Y todo tan poco protegido que parecía imposible que fuera campo enemigo. Leclerc, desde la extrema derecha de la formación, miraba cuidadosamente los otros dos aviones que desaparecían sin cesar en las nubes muy bajas. Por arriba, el caza de protección. Por un instante, las nubes se aproximaron de tal manera a la tierra que fue necesario sobrevolarlas; entre dos capas grises, las siluetas de los aviones en orden de combate llenaron de guerra el gran vacío pálido. La formación salió de las nubes sobre el parque de camiones. De ambos lados las carreteras no eran sino automóviles de Franco pegados unos a los otros. La columna motorizada del Tajo llegaba a las puertas de Madrid.

El caza fascista cayó de las nubes de arriba: siete Fiat de frente, reconocibles sin equívoco en la W que unía sus planos. El grupo más alto del caza gubernamental corría a su encuentro a toda velocidad.

El tiro de barrera enemigo comenzó.

La defensa antiaérea alemana había llegado a Madrid en masa. Los obuses de los cañones revólveres estallaban a cincuenta metros los unos de los otros; Leclerc decía que su avión tenía dieciséis metros de envergadura. Desde 1918 no había visto barrera semejante. Los alemanes no apuntaban a los multiplazas, sino que tiraban a unos centenares de metros adelante, a su altura exacta, de modo que parecían lanzarse ellos mismos en el tiro. Mucho más allá, los dos cazas empezaban el combate. Leclerc bajó en picada: el tiro bajó también.

—¡Tienen telémetros! —dijo el bombardero.

Apenas veía Leclerc el combate de los aviones de caza, cuyas trayectorias intrincadas daban a la vez la impresión de la caída y de la acrobacia.

Los ametralladores espiaban el combate, el bombardero la tierra, Leclerc no sacaba los ojos del avión de Carnero, que subía, bajaba, tomaba líneas oblicuas, y encontraba siempre delante el tiro de barrera, que súbitamente se acercó. Leclerc, agregado al avión del jefe de grupo en el desencadenamiento general, como un ciego a su conductor, poseído por el sentimiento de no ser más que uno con él, se lanzaba en la barrera con una fatalidad de tanque.

La barrera llegó a cien metros.

Obuses y aviones se acercaron de golpe; el avión de Leclerc saltó diez metros; el *Jaurès*, roto en la mitad, lanzó como semillas sus ocho ocupantes en el cielo plomizo. Leclerc tuvo la impresión de que un brazo sobre el cual se apoyaba acababa de ser cortado; ante los puntos negros de los hombres que caían alrededor de un solo paracaídas abierto veía las caras aterrorizadas de su bombardero y de su ametrallador delantero: giró más corto y enfiló a toda velocidad hacia Alcalá.

—Nunca he visto esto ni durante la guerra —repetía Leclerc después de haber aterrizado. Reunidos a su alrededor en el campo, los de la tripulación nada decían. Leclerc, con la boca trágica y la mirada de quien vuelve del infierno, partió con paso de legionario al puesto de mando.

Allí lo esperaba Vargas sentado en un sillón, estiradas sus largas piernas, con la cara angosta vuelta hacia el cielo que llenaba la ventana. Ahora, Vargas estaba de uniforme.

Leclerc, heroico, comenzó a dar cuenta de su misión. Cuando hubo llegado a la caída del avión de Carnero:

—¿Cuáles eran sus instrucciones? —preguntó Vargas.

—El bombardeo de la columna de Getafe.

—¿Ya estaban los camiones *delante* del parque de estacionamiento automovilístico, subían en línea?

—Sí, pero no había posibilidad de pasar a causa de la barrera. ¡La prueba, Carnero!

Cuando Leclerc no se atrevía a hablar en su lenguaje peculiar, no se hacía más simple: se hacía administrativo.

—¿La barrera estaba a la altura del parque?, —repetía Vargas.

—Sí…

—Pero ¿había camiones *delante*, hacia usted?

—… Sí.

—Dígame, ¿por qué volvió usted con sus bombas?

Leclerc acababa de tomar conciencia de que había huido.

—Estaba el caza enemigo…

Ambos sabían que los cazas habían combatido a dos kilómetros de allí; e, incluso atacado. Leclerc debió de hacer su bombardeo paralelamente a la barrera: a los cazadores de combate. Magnin había dirigido muchos bombardeos de líneas en pleno combate.

—¿Usted ha vuelto con sus bombas, verdad? —preguntó Vargas.

—Bueno, no valía la pena arrojarlas al azar, sobre los nuestros… Además, el motor funcionaba mal.

Vargas sufría tanto más al oírlo contestar como un chiquillo que ha saltado una pared cuanto que pensaba que Leclerc, en general, no era un cobarde.

Dio orden de que entraran el jefe de los ametralladores, el bombardero y el mecánico, que esperaban.

—¿El motor? —preguntó.

El ametrallador y Leclerc se volvieron hacia el mecánico.

—Bueno, no está perfecto.

—¿Qué?

—Un poco todo…

Vargas se puso de pie.

—Está bien, muchas gracias.

—No se podía bombardear —dijo Leclerc.

—Muchas gracias —repitió Vargas.

Magnin estaba en Albacete; Scali, de uniforme por primera vez, según las instrucciones del Ministerio, dirigía el campo: aquellos que hubiesen debido dirigirlo estaban, uno, en el hospital; el otro, Karlitch, en Madrid para organizar con toda urgencia las secciones de ametralladores. En la escuadrilla internacional, como en la mitad de las secciones del ejército español, la falta de todo medio de sujeción limitaba el mando a la autoridad de aquel que dirigía. En ese campo dos hombres eran obedecidos: Magnin y el jefe de los pilotos, un muchacho muy joven, amigo de todos, y que había hecho caer cuatro aviones fascistas. Pero estaba ocupado, desde la víspera, en digerir su fiebre y su brazo cortado.

Scali estaba comprobando, bromeando, que sobre la panza rosada de Raplati un pelícano había impreso el sello de la escuadrilla —para que el perro no se perdiera— cuando lo llamaron al teléfono.

—Le devuelvo uno de sus pilotos.

Sin duda el piloto había partido desde hacía bastante tiempo; porque algunos minutos más tarde llegaba en un camión, Leclerc, atado como una morcilla, entre cuatro milicianos armados. Lo acompañaban el jefe ametrallador del *Pelícano I*, el mecánico, menos borrachos. Los milicianos se fueron.

Al dejar a Vargas, Leclerc, resuelto a emborracharse hasta no dar más, había llevado consigo a sus dos compañeros; había tomado sin permiso un automóvil del campo y se había ido a Barajas donde no ignoraba que le darían de beber. Siempre en silencio, había tomado seis pernods.

Después, había empezado a hablar.

Resultado: el camión.

Poco a poco se le fue pasando la borrachera. Scali, con el perro bajo el brazo, se preguntaba lo que haría si Leclerc se enfurecía. Ese gran mono con mechones de payaso y manos demasiado largas era por cierto muy fuerte. Scali estaba resuelto a no llamar a los milicianos sino en última instancia. Los pelícanos presentes miraban a Leclerc un poco desde lejos, con cierto aire bromista no exento de hostilidad. Attignies se había ido al principio, pero había vuelto, silencioso; Scali comprendió que era para prestarle ayuda, en caso de que la necesitara. Por último dejó el perro en el suelo.

Mientras desataban a Leclerc, éste había comenzado un discurso:

—¡Perfectamente! Soy un gruñón y un violento. Es esa cualidad eminente de la raza la que hace las revoluciones, ¿me comprendes? Y además te pido disculpas, pero a los modestos pilotos de tu clase seudodignatarios municipales jubilados, los mando a la mierda. Son unos simplones. Yo soy un viejo comunista, y no un funcionario lleno de galones ni una salchicha atada. ¿Me vas a explicar qué han hecho conmigo? ¿Te funcionan mal las glándulas endocrinas? Sé lo que son los hombres de Franco, después de que el ejército de Wrangel y todos los venidos a menos han venido a competir con nosotros en el taxi. ¡Lo sé, desde antes de Franco! Soy un comunista de antes de la guerra.

—De antes de la escisión —dijo suavemente Darras—; vamos, hombre, está bien, sabemos que nada tienes que ver con el partido. Lo que no impide que seas un buen tipo, pero no tienes nada que ver.

Su herida en el pie estaba curada y, la víspera, había realizado con Scali una misión semejante a aquella en la que Leclerc acababa de fracasar.

Leclerc los miraba: Scali con sus anteojos redondos, sus pantalones arrugados demasiado largos, su aspecto de cómico norteamericano en un film de aviación, Darras con su cara chata y enrojecida, su pelo blanco, su sonrisa tranquila, sus pectorales de luchador. Su ametrallador y su mecánico callaban.

—¿Entonces es ahora una cuestión de partido? ¿Me has pedido mi carnet para hacer estallar la fábrica de gas en Talavera? Yo soy un solitario. Un comunista solitario. Eso es todo. Lo único que quiero es que me dejen en paz. Soy enemigo de los caimanes que quieren venir a morderme las costillas, ¿has comprendido? ¿Es que Talavera fue obra tuya, dime, fue obra tuya?

—Todos saben que fue obra tuya —dijo Scali, tomando a su amigo del brazo—. Vamos, no te hagas mala sangre, ven a acostarte.

Para él, como para Magnin, la huida de Leclerc se debía más a un accidente que a cobardía. Y que en ese momento se aferrara de tal modo al recuerdo de Talavera lo conmovía. Pero hay siempre algo odioso en la cólera, más aún en la provocada por la borrachera. La de Leclerc daba a su rostro cómico una dilatación de las narices, una hinchazón de los labios que traslucía bestialidad.

—Ven a acostarte —dijo Scali de nuevo.

Leclerc lo miró de soslayo, con los ojos a medio cerrar: bajo la máscara del borracho, reapareció la astucia del campesino.

—¿Piensas que estoy borracho, eh?

Lo miraba siempre, y siempre de soslayo.

—Tienes razón. Vamos a acostarnos.

Scali le dio el brazo. En la mitad de la escalera, Leclerc se volvió:

—¡Y os mando a todos a la mierda! ¡Gusanos!

En el primer piso, abrazó a Scali.

—¡No soy un cobarde, me oyes, no soy un cobarde!…

Lloraba.

—Todo esto no ha terminado, no ha terminado todavía…

Nadal, con garantía de la embajada de España en París, acababa, por cuenta de un semanario burgués, de hacer un reportaje sobre los pelícanos. Algunos se prestaban a ello, con aire superior y una concupiscencia oculta. La tripulación del *Marat*, Darras, Attignies, Bardet, etcétera, redactaba una declaración. Jaime Alvear, sentado en el fondo del comedor del hotel junto a Scali, con anteojos negros ocupando el lugar de su venda, juzgaba toda entrevista inútil. Sentado junto a una ventana cerrada sobre la noche de Alcalá, escuchaba una emisora de radio. House había dictado tres columnas.

Nadal, muchachito fornido y rizado con ojos casi violetas, habría podido ser un gigoló si todo, en él, no hubiera sido demasiado redondo: cara, nariz, hasta sus ademanes demasiado curvos concordaban casi infantilmente con sus cabellos demasiado crespos. Le habían hablado de Leclerc como de un personaje de mucha importancia entre los pelícanos, pero los periodistas, para Leclerc, eran la hez de la humanidad; si uno de ellos se dirigía a él ¿qué otra cosa podía hacer sino romperle la cara? Por lo demás, ya estaba acostado.

Attignies volvió con la declaración de la tripulación del *Marat*: «*No hemos venido aquí en busca de aventuras. Revolucionarios sin partido, socialistas o comunistas resueltos a defender a España, combatiremos en las condiciones más eficaces, sean cuales fueren. ¡Viva la libertad del pueblo español!*».

Lo cual no convenía de ningún modo a Nadal. Su periódico era leído, entre otros, por más de un millón de proletarios: necesitaba pues, para su patrón, hacer gala de liberalismo, hacer asimismo el elogio de esos simpáticos aviadores (los franceses, sobre todo), detenerse en lo pintoresco de los mercenarios, en el sentimentalismo de los demás, llorar emocionado por los muertos y los heridos (lástima que Jaime… ¡En fin, después de todo él no era español!), nada de comunismo, y lo menos posible de convicciones políticas.

Después, por su cuenta, deslizar como quien no quiere la cosa algunas historias, preferentemente sexuales: el más interesante de los reportajes novelescos era la vuelta.

Se ocupaba fundamentalmente de los mentirosos. A él no lo engañaban. En cada imbécil hay un novelista, pensaba, sólo se trata de elegir. Eso comenzaba por uno que decía: «Mis hombres» (no demasiado fuerte, a pesar de todo). Una vez tomadas sus notas, Nadal pensaba en la frase de Kipling: «Vamos ahora al otro lado, a seguir escuchando chistes». Cosa que hizo.

Vinieron después aquellos que habían desertado del ejército francés o inglés; muchos se habían casado en España, y había obtenido fotos de sus mujeres. «Mi periódico tiene un gran público femenino». Siguieron los «ases» mercenarios, aquellos que habían derribado oficialmente más de tres aviones fascistas. Éstos hablaban de los revolucionarios diciendo: «Los políticos» y de sí mismos diciendo «los guerreros»; pero no inventaban; le leyeron sus carnets de vuelo, con prudencia.

Siguieron algunos disfrazados de bravucones, y el resto eran los golfos. Nadal había abandonado a los voluntarios, menos pintorescos y que no mentían lo suficiente.

Estaba tomando notas de un carnet de vuelo, y ya la mitad de una caja de cachundes que había tenido la imprudencia de mostrar había tomado el camino del bolsillo de Pol, cuando un relativo silencio y la intensidad de la atención le hicieron alzar la nariz.

Torciendo la boca, cabizbajo, con algunos mechones de pelo negro asomando por los bordes de su sombrero gris, con una sonrisa bastante inquietante bajo la nariz, los brazos más largos que nunca, Leclerc bajaba la escalera. Un ametrallador del *Pelícano I* lo llamó.

—Un camarada escritor —le dijo, señalándole a Nadal—. Ven a beber una copa con tu colega —Leclerc se sentó.

—¿Así que eres escritor, vaquita de San Antón? ¿Qué escribes?

—Cuentos. ¿Y tú?

—Novelones. También era poeta. Soy el único poeta que haya vendido su folleto al volante. Los nocturnos, cuando tenían algún turista recién llegado, le afanaban el dinero. Yo, nunca. Pero les vendía el folleto porque era el resultado de un trabajo. Quince plumas, nada más. Agoté la tirada. Se llamaba *Ícaro al volante*. Ícaro era a causa de la poesía y de la aviación, ¿comprendes?

—¿Escribes en este momento?

—He renunciado. Discúlpame, escribo con la ametralladora.

—¿Qué tenéis como ametralladoras?

Firmada su declaración, Attignies y Darras se habían acercado a Scali para escuchar la emisora de radio de Jaime. Éste, desde que no veía, se pasaba la mitad del día escuchando la radio. Darras abandonó la radio: no le gustaba la última pregunta de Nadal.

Pues no, la comedia continuada, tal cual; Leclerc no era un piloto de caza, y no había podido utilizar una ametralladora desde que estaba ahí; Nadal, que continuaba la conversación, mascaba su pipa con el aire de un viejo especialista; como ignoraba que la Lewis española funciona con cargador, y no con cinta, ignoraba todo lo que el otro le contaba.

—¿Aquí andan bien las cosas?, —preguntaba.

—Ésta es la verdadera vida… ¿Qué diablos puedes hacer en París? ¿Piloto de línea, o dicho de otro modo, conductor de monopatín? ¡Ni siquiera eso! Si eres un hombre de izquierda, no hay posibilidades para ti… ¿Hacer oficios de muerto de hambre? No, aquí un hombre es un hombre. Yo, por ejemplo, estuve en Talavera. Puedes preguntárselo a cualquiera: ¡la fábrica de gas ardió como una tortilla al ron! Lo mismo en cuanto a Franco. Yo, Leclerc, entiéndeme, he parado a Franco. ¿Me has comprendido? Mira a los hombres que hay a tu alrededor. No tienen cara de infelices, ¿no es así?

Alrededor del enorme horno instalado en el fondo de la sala bajo los anuncios revolucionarios, la familia del cocinero se agitaba como de costumbre, y los pelícanos negociaban algunos alimentos suplementarios.

Attignies escuchaba también sin dejar de prestar atención a la emisora de radio. Y observaba con curiosidad la relación entre los dos hombres: desde hacía algunos minutos Leclerc amasaba entre los dedos bolitas de pan que arrojaba casi a la cara de Nadal. Y su voz estaba lejos de ser tan cordial como sus palabras.

—Lo de Talavera lo hice con un Orión, ¿te das cuenta? Éste es el país de las corridas de toros; nosotros no tenemos más que una legión de becerros. Pero nos hemos defendido con los becerros. ¿Comprendes?

Y le tiró una bolita de pan en la nariz. Attignies seguía el juego, cada vez más intrigado. Nadal simulaba reír, resuelto a vengarse en la entrevista.

—¿Qué armamento tenías en Talavera? —preguntó.

—Una ametralladora por la ventana, y el hueco del cagadero agrandado como lanzabombas.

—Y una Hotchkiss de aviación con trípode —dijo Gardet, con mirada de técnico.

—Nosotros hemos tenido los mismos en Villacoublay —contestó Nadal con un gesto de doloroso desdén: no cabía duda de que era una vergüenza hacer combatir a hombres con semejantes aparatos. Como esa ametralladora no existía, los pelícanos bromeaban suavemente.

—¡Atención! —gritó Attignies.

El locutor de la emisora rebelde que escuchaba (¿retransmisión de Radio Sevilla?) acababa de gritar: *Aviación*, y Jaime había aumentado la intensidad de la radio.

Nuestros aviones han bombardeado las líneas rojas con pleno éxito, rechazando a los milicianos de Carabanchel en Madrid.

La ciudad ha sido bombardeada a las 3 y a las 5 sin que la aviación roja haya hecho su aparición.

Cinco aviones gubernamentales han sido derribados hoy en nuestras líneas.

He anunciado por este micrófono que el avión del soviético Magnin, el bien conocido desertor, agente de Stalin, será liquidado en breve plazo. Este avión ha caído hoy en nuestras líneas. Todos sus ocupantes han muerto en la caída. El cuerpo del siniestro Magnin ha sido identificado en Getafe. ¡Advertimos a los siguientes!

Buenas noches.

Los pelícanos se miraban.

—No se hagan mala sangre —gritó Scali—. Están confundidos.

Nadal comenzó a preguntar, pero comprendió enseguida que no había que insistir: acerca de ese tema, los pelícanos supersticiosos —hasta los gruñones— se volvían hostiles. Casi todos pensaban que se trataba del *James* y de la tripulación de Carnero; pero Magnin había bajado en Albacete, y nada decía que no hubiera combatido aquella tarde en el frente de Madrid.

—¿Qué sabes, imbécil? —preguntó Leclerc.

Scali lo sabía de sobra; desde la tarde, sentía que las cosas empeoraban y había llamado a Magnin por teléfono para pedirle que esa misma noche estuviera en Alcalá.

Pero Magnin estaba más al corriente que él. Sembrano le había telefoneado directamente, y con más precisión que a Scali. Borracho perdido, Leclerc se había desmandado en injurias contra los pilotos españoles, aunque por lo demás no ignorase que, si había emboscados en Valencia, los pilotos españoles hacían día tras día con sus miserables aviones lo que él sentía tanto orgullo por haber hecho una vez en Talavera. Después había explicado a los mecánicos españoles que lo rodeaban que la guerra estaba perdida,

que los aviones reparados habrían de caer, y todo aquello que puede inspirar la obsesión de la vergüenza. Por lo demás, Scali no ignoraba que, desde su vuelta, Leclerc había convencido uno tras otro a los pelícanos a quienes su estilo pintoresco y su generosidad a menudo real (y hecha de un gran deseo de ser querido) inspiraban simpatía, y les había dicho las mismas palabras. Y que los pelícanos de su tripulación habían entrado en el mismo juego.

A Scali lo había sorprendido al principio el acuerdo que había entre ellos. Muy sagaz cuando juzgaba a los hombres cuya naturaleza conocía —los intelectuales—, comprendía mal a ese personaje. Gardet le había hecho notar que las tripulaciones, modificadas cada vez por un herido que partía al hospital, se encontraban ahora formadas por afinidades; que los compañeros de Leclerc, cuando éste se retiró, no habían podido comprender gran cosa, dado el espesor de las nubes, y que se debatían ahora en un drama demasiado vasto para ellos. Leclerc no se perdonaba su huida, y quería arrastrar a todos aquellos a quienes se dirigía en la liberación siniestra que hubiese encontrado en el asco general como la había encontrado en el pernod.

—Magnin ha telefoneado aquí a las siete —exclamó Scali.

Pero todos se preguntaban si decía la verdad, o sí quería tranquilizarlos.

Hubo un silencio bastante largo que por fin rompió Nadal.

—¿Por qué has venido? —le preguntó, lápiz en mano, a Leclerc—. ¿Por la revolución?

Leclerc lo miró de soslayo, esta vez huraño.

—¿Acaso te importa? Soy un mercenario de izquierda, todo el mundo lo sabe. Pero estoy aquí porque soy un mal sujeto, un inveterado zopenco. Lo demás es para los gansos acomodaticios, deprimidos y periodistas. Cada cual tiene su gusto, ¿entendido?

Más flaco que nunca, los agujeros de la nariz muy abiertos y el pelo ralo, sus manos de mono apretadas sobre una botella de vino rojo, el busto echado hacia atrás, la frente arrugada, era el dueño de la mesa por la que corría el malestar. Gardet, al lado de Jaime, frotaba de atrás hacia delante su pelo cortado a cepillo y sonreía.

—Debilidad o cobardía —le dijo Attignies—, si Magnin no los despacha, esos muchachos van a pudrir la escuadrilla. ¿Qué pasa? ¿Están todos borrachos?

—En todo caso, ¡basta! Comienza a irritarme; no me gusta combatir con caprichosos. Por el momento, alardea, representa el héroe. Lo bastante para divertirse.

—Le tiene rencor al otro por la comedia que representa. Míralo. En este momento, lo odia.

—Le está reconocido también.

—Menos. Mira esa cara.

Nadal comprendió que las cosas podían empeorar; pidió una ronda para toda la mesa y se fue con sus notas, pequeño y astuto, con su pipa marcial en la sonrisa solapada.

—No estoy borracho —continuaba Leclerc—. La revolución…

Era evidente que iba a decir: me cago en ella. Pero no se atrevió. No a causa de sus camaradas, a los que acaso hubiera provocado de buena gana; pero detrás de las dos ventanas sin postigos, estaba Madrid.

La emisora de radio estaba al lado de una de esas ventanas: Attignies se volvió. La plaza de Alcalá de Henares estaba adormecida, con sus monumentos y sus minúsculas tabernas donde se vendían caracoles, casi escondidas por las columnas. (Allí algunos pelícanos tomaban sin duda sus pernods). Y toda la pequeña ciudad, con sus perspectivas de pilares, sus jardines de cura, sus iglesias con campanarios puntiagudos, sus palacios con grandes ornamentos, sus murallas y sus balcones con rejas, toda esa vieja Castilla de comedia española, descantillada por las bombas de los aviones, sólo dormía con un ojo abierto, al acecho de los ruidos amenazadores de la guerra.

—Cuando llegue Magnin —dijo Scali a Gardet— dile que con el *Marat*, tú y muchos otros pueden formar tripulaciones de choque…

—¿Vas esta noche a Madrid? —le preguntó Jaime, al mismo tiempo.

—Sí. Aviso especial de García.

—Quisiera que fueras a buscar a mi padre. Que lo trajeras aquí.

Scali sabía que el padre de Jaime era un anciano. Jaime no daba justificación alguna: jamás alegaba su condición de herido.

—Bueno, iré.

—Dime, Scali —dijo Leclerc malhumorado—, ¿es que muy pronto empezaremos a comer un poco menos mal?

—¿Es que achicarse vuelve gastrónomo? —preguntó Gardet desde el otro extremo de la mesa.

Leclerc miró a Gardet, cuya sonrisa hostil descubría sus pequeños dientes de gato, y nada dijo.

—¿Y los contratos? —preguntó el bombardero del *Pelícano I*.

—La jefatura no los ha devuelto —contestó Scali.

—Yo no soy charlatán, que digamos… Pero a pesar de todo… Si me mataran hoy, por ejemplo, ¿en qué estarían mis contratos?

El bombardero estaba a la vez quejoso y era víctima, con sus ojitos desorbitados y sus dos manos patéticas, a ambos lados de sus estrellas de teniente cosidas sobre su chaqueta de cuero pálido, al día siguiente de su matrimonio en Barcelona. «A la luz eléctrica, se parece todavía más a una tetera de dibujo animado que a la luz del día», se dijo Gardet para sí.

Scali tenía por norma no tomar demasiado en serio a todos esos muchachos, y por lo común tenía razón. Hoy…

—Bueno, le serían pagados a tu mujer. Ahora déjanos tranquilos.

—¿Y quién me dice que Franco no estaría antes en Madrid?

—En ese caso, espero que te fusile —dijo Gardet acariciando su pelo cortado a cepillo—. Y sin pesetas, ni contrato.

En general, los peligros corridos en común acercaban más a los voluntarios y a los mercenarios de lo que podían separarlos los «contratos». Pero los voluntarios, aquella tarde, empezaban a estar hartos.

—¿Y por qué no nos envían cazas suficientes? —preguntó el mecánico del *Pelícano I*.

—Por los heridos no se hace lo que debería hacerse —dijo House.

Si el mismo rey de Inglaterra hubiera venido a buscarlo a Madrid, habría sido, por lo demás, insuficiente.

—Así no es posible trabajar —dijo el jefe de ametralladores de Leclerc—: No hay bastantes cazas, no hay bastantes aviones, el material de miseria y las ametralladoras de tres al cuarto.

Los españoles iban a ametrallar el tiro antiaéreo con sus Bréguet prehistóricos.

Attignies volvía a la mesa de Leclerc y oía al pasar:

—Lo que no impide que desde esta mañana no se lo haya visto.

—¡Los tipos, paf! Como si los hubieran echado al aire de un manotazo.

—… Nunca he visto durante la guerra nada parecido.

—… Lo peor es el *Jaurès*, que se parte en dos.

—… Parece que esos cretinos seguían a Carnero con sus ametralladoras.

—… ¿Carnero era el paracaidista?

—… El paracaídas de Magnin, con Carnero debajo.

—… Antes, uno podía ir, pero contra el tiro con telémetro, ¿qué puedes hacer? ¡Ya no hay combate!

—… Lo peor es el avión que se parte en dos.

—… Lo que falta, ante todo, es organización. Sería necesario que todos discutieran por la noche lo que van a hacer al día siguiente.

—… A puñados, amigo, el avión vomitaba los hombres a puñados. Y yo…

—Que Magnin esté furioso, lo comprendo. Pero si quiere suicidarse, no es para tanto.

La vergüenza descompone, pensó Attignies. Para él, cuya relación con las ideas era orgánica, todo eso era irrisorio y de una profunda tristeza. Delante de ellos, pensando en los cien desgraciados mercenarios de la República, lo obsesionaban los miles de italianos y de alemanes, las largas filas de moros con su Sagrado Corazón. Cuarenta mil moros, a tanto por día —con el consejo de guerra a sus espaldas—. ¿Hasta dónde era posible confiar en los hombres? Pero para confiar en los hombres hasta su propia muerte, ¿había que elegir a esos «especialistas» que se descomponían, muertos ya? En alguna parte, en Albacete o en Madrid, ya se formaban las primeras brigadas internacionales…

La voz de Gardet cubrió la confusa algarabía.

—¡Un momento! —dijo, sentándose sobre la mesa, avanzando la mandíbula—. A todos vosotros os dan asco los taimados que vienen aquí, con una pipa entre los dientes, que no suben una sola vez a las líneas y se vuelven a París para criticar el trabajo de Magnin —sin hablar del que hacemos nosotros—, y sin conocer las dificultades. Entonces, esta tarde, ¿estáis de acuerdo con esos individuos? Decidme, muchachos, si estuvierais con Franco, ¿creéis que no haría ya un buen rato que habríais cerrado el pico, y quizá porque os habrían fusilado?

—Por esa razón estoy aquí, y no con Franco —dijo el mecánico.

Pol dio un brinco, enorme, rizado, carmesí, con el índice frenético.

—¡No, señor Levy! ¡No me vengas con cuentos! Primero, oír juzgar el trabajo de Magnin por ti, Bertrand, aunque eres un buen muchacho, me hace rechinar los dientes…

—¿No se tiene, entonces, el derecho de juzgar? ¿No es uno digno?

—No juzgas, calumnias. Calumnias porque te has acobardado. Fíjate que por eso nada te digo: ¡nunca le echaría la primera piedra a un camarada por un accidente! Son cosas que suceden. En general, todo el mundo sabe que has hecho bien tu trabajo. Pero en este momento te digo que quieres que todo esté podrido porque no estás contento contigo mismo. No, no me vengas con cuentos. A mí no me engañas. ¿Te quejas? Para reemplazar a Magnin, dime un nombre, uno solo. Imagina que sea cierto lo que grita ese cerdo por radio, ¿eh?… que no vuelva. ¿Entonces?… Bueno: diez por ciento de comisión para mí. Moraleja: os estáis conduciendo como verdaderos imbéciles.

Leclerc se acercó a Scali, con los dos puños sobre el asiento de la silla, la mirada enfurecida, en el silencio general.

—Ya te lo dije: en la revolución, cada cual hace su tarea. Pero en cuanto a la organización, te pido disculpas, ¡mierda! Nos hacen venir aquí para un combate, y nos dejan plantados desde hace dos días. ¡Cuarenta y ocho horas sin una navaja! ¡Ha durado bastante! ¿Entendido?

Scali, asqueado, detrás de sus anteojos, no respondía.

—¿De verdad? —dijo desde el extremo de la sala una voz que los hizo volverse.

Desde que Jaime volvió del avión por última vez, sólo había conversado con camaradas aislados, en torno a una mesa, en un rincón; parecía que acababa de encontrar su voz de las canciones de otra época, ensordecida como si algo en ella se hubiera cegado. Todos sabían que cada vez que subían, estaban amenazados por su herida. Era su camarada, pero también la imagen más amenazadora de su destino. Su gran nariz avanzaba entre sus anteojos ahumados, su mano tocaba la mesa por debajo para que no lo vieran tantear, avanzaba, de asiento vacío en asiento vacío, y todos los pelícanos se apartaban ante su presencia como si tocarlo los hubiera espantado.

—Los que están en las trincheras —dijo él, en voz más baja—, ¿se afeitan?

—Tú —gruñó Leclerc entre dientes— eres un caballero de la Internacional, pero te pido que no nos jorobes.

Scali, a cuatro o cinco metros a la izquierda, al lado de la pared, se subía su pantalón de uniforme, decididamente muy largo, sin dejar de mirar a Leclerc. Éste se aproximó a él, dejando a Jaime que continuara avanzando, aferrado a la mesa.

—Estoy harto de ametralladoras de parque de diversiones —continuó Leclerc—. Harto. Yo tengo cojones, y me gusta hacer de toro, pero no el bobalicón. ¿Has comprendido?

Scali, más allá del desaliento, se encogió de hombros.

Leclerc se encogió de hombros para imitarlo, furioso, apretando los dientes.

—Me cago en ti. ¿Comprendes? Me cago.

Por fin lo miraba de frente, con su peor cara.

—Yo también —dijo Scali torpemente. Ni las injurias, ni el mando eran su fuerte. Buen intelectual, no sólo quería explicar, sino también convencer; tenía asco físico al pugilato; y Leclerc, que sentía animalmente ese asco, lo tomaba por miedo.

—No, soy yo el que me cago en ti. No eres tú. ¿Me has comprendido?

Pol pensaba en el día en que todos habían esperado juntos el primer avión cargado de heridos.

—¡*Salud*! —gritó Magnin, el puño en el aire como un pañuelo, uno de sus bigotes torcido por el viento en el vano de la puerta.

Avanzó entre caras hostiles, despreocupadas o falsamente distraídas, hasta Leclerc:

—¿Tenías el termo?

—¡No es verdad! ¡No tenía nada!

Leclerc gritaba, indignado, expoliado; encantado de prever una acusación injusta de borrachera cuando tenía una necesidad tan grande de que la de huida fuera también injusta.

—¿Nada? Hiciste mal —dijo Magnin.

Prefería el piloto borracho al piloto deprimido.

Leclerc vaciló como si buscara un camino, aturdido.

—La tripulación del *Pelícano* vuelve a Albacete inmediatamente —gritó Magnin—. El camión está a la puerta.

—¿Un camión de qué? ¿Un camión? ¿Por qué no un carretón? Yo quiero un automóvil —dijo Leclerc poniendo de nuevo cara de furia.

—¡Ni siquiera tenemos tiempo de hacer las maletas!

El bombardero protestaba. ¿Qué maletas? Todos sabían que la tripulación había venido en su avión, sin traer siquiera un cepillo de dientes. Magnin se alzó de hombros.

Miraba a Leclerc y a los suyos, ahora dispersos. Si hubieran sido muertos esta mañana, pensaba, sólo

veríamos lo que hay de mejor en ellos. Y hasta si los mataran mañana… El recuerdo de Marcelino era más fuerte que la presencia de Leclerc. Y los miraba, voluntarios y mercenarios, como si lo que decían, lo que hacían, lo que pensaban de sí mismos no hubiera sido sino una locura provisional, un sueño del que tuvieran tarde o temprano que despertarse, el casco apretándole la frente, rígidos en sus monos de vuelo, en la realidad de la muerte.

Leclerc se acercó a Magnin como se había acercado a Scali, con una expresión sorprendente de odio, aunque su fisonomía hubiera apenas cambiado; su frente arrugada era sólo menos ancha.

—Me cago en ti, Magnin.

Las manos velludas se estremecieron en la punta de los brazos de mono. Las cejas y los bigotes de Magnin, sus pupilas se volvieron curiosamente inmóviles.

—Mañana partes a Francia, contrato concluido. Y nunca volverás a poner los pies en España. Eso es todo.

—¡Volveré cuando me dé la gana! ¡Y ni siquiera con contrato! ¡Cretino inmundo! ¡Yo he estado en la Legión! ¿Por quién me tomas? ¿Por un sirviente?

Al lado de Magnin estaban ahora Scali, Attignies y Gardet. Contra la mesa, Jaime, con sus anteojos ahumados.

—Quiero un automóvil —continuó Leclerc, con las manos cada vez más temblorosas—. ¿Me has comprendido?

Magnin caminó hasta la puerta, rápido, indiferente y cargado de hombros. Del fondo de la sala llegaba solamente el ruido del tenedor del cocinero. Todos seguían a Magnin con la mirada. Abrió la puerta, dijo una frase como si hubiera hablado al viento que barría furiosamente la gran plaza de Alcalá.

Entraron seis guardias de asalto, armados.

—¡La tripulación! —gritó Magnin.

Decidido a seguir siendo el más importante, Leclerc pasó el primero.

El silencio quedó roto por el embrague del camión y el ruido del motor que decreció hasta confundirse con el del viento. Magnin se había quedado en el vano de la puerta. Cuando se volvió, un estruendo de vasos, de interjecciones, de estornudos, de platos, subió como cuando el público de la sala, en el teatro, se relaja al final de un acto. Magnin se aproximó a la mesa y pareció cortar ese aflojamiento con el cuchillo con el cual golpeó un vaso para que prestaran atención:

—Camaradas —dijo en tono de conversación—, vosotros miráis esa puerta. A quince kilómetros de aquí están los moros. A dos kilómetros de Madrid. A dos.

»Cuando los fascistas están en Carabanchel, los que se conducen como lo han hecho aquí aquellos que acaban de irse, se conducen como contrarrevolucionarios.

»Todos estarán en Francia mañana.

»A partir de hoy, estamos todos integrados en la aviación española. Cada cual se procurará un uniforme para el lunes. Todos los contratos están rescindidos. Darras es jefe de los mecánicos, Gardet de los ametralladores, Attignies comisario político. Los que no estén de acuerdo parten mañana por la mañana.

»La cuestión del *Pelicano* está terminada; no debemos pues sino recordar lo que cada uno de nosotros ha hecho de bueno antes… de lo demás. Bebamos por la tripulación del *Pelícano*.

El tono hacía del brindis un adiós, y excluía toda ilusión de vuelta atrás.

Magnin les explicó cómo pensaba reorganizar la escuadrilla.

—¿Cuántos hombres tendremos? —preguntó Darras.

—La brigada internacional: yo estaba en Albacete para eso. Nos hemos puesto de acuerdo. Ellos tienen algunos tipos que han trabajado en el ejército del aire y bastantes obreros de las fábricas de aviación. Todo lo que tenga que ver con la aviación, de cerca o de lejos, nos es enviado a partir de mañana. Ustedes examinarán a esos muchachos, cada uno en su especialidad. Tenemos más de los que necesitamos. En cuanto a la disciplina, hay por lo menos un treinta por ciento de comunistas entre los que vienen. Aquí son dos los responsables comunistas. A ustedes les toca entenderse.

Magnin se acordaba de Enrique.

—¿Y para el caza? —dijo Attignies.

—También creo que habrá.

—¿Bastantes?

—Bastantes.

Sólo se podían esperar aparatos rusos.

—¿Piensa usted entrar en el partido? —preguntó Darras.

—No. No estoy de acuerdo con el Partido Comunista.

—¡Deja el reclutamiento cinco minutos, Darras! —dijo Gardet.

Al principio, fue necesario convencer a Gardet: «Cuando los ametralladores no se arreglan, los ayudo. Las cosas andan más o menos, me tienen confianza. Pero mandar no me gusta». «Si no son aquellos a quienes sus camaradas tienen confianza los que establecen la disciplina, ¿quiénes quieres que sean?», había preguntado Darras. Y por fin se había convencido.

—¿Vino usted por Madrid? —preguntó Attignies.

—No. Pero he telefoneado hace un momento: están peleando en las puertas.

5

El Ministerio de Guerra estaba vacío —el Gobierno había dejado Madrid por Valencia—. Solo, sentado en un sillón dorado, un comandante francés, venido para ofrecer sus servicios, y a quien le habían dicho que aguardase, esperaba: eran las once. Las escaleras de mármol blancas cubiertas por alfombras con vastos ramajes sólo estaban iluminadas por velas colocadas sobre los escalones, mantenidas de pie por la estearina que goteaba. Cuando esas velas se apagaran en medio de su pequeño charco, no habría más que oscuridad en las monumentales escaleras.

Sólo permanecían encendidas, en lo alto, las luces de 105, oficiales de Miaja, y las de los Informes Militares.

Scali se sentó, y García abrió un legajo sin título. En Carabanchel, los fascistas no pasaban.

—Usted conoce bien Madrid, Scali, ¿verdad?

—Bastante.

—¿Conoce la plaza del Progreso?

—Sí.

—¿Calle de la Luna, plaza de la Puerta de Toledo, calle Fuencarral, plaza del Callao? Evidentemente.

—He vivido en la plaza del Callao.

—¿Calle del Nuncio, calle de Bordadores, calle de Segovia?

—La segunda, no.

—Bueno. Le pido que reflexione antes de contestarme. ¿Le parece a usted posible que un aviador excepcionalmente hábil fuera capaz de tocar los cinco puntos (repitió los nombres) de los que hablamos al principio?

—¿Qué entiende usted por tocar? ¿Alcanzar las casas vecinas?

—Alcanzar las plazas, cerca de las casas, pero no tocar ni una sola vez un tejado. Las calles, siempre sobre la calzada. Y siempre donde se encontraban las colas. Plaza del Callao, un tranvía.

—El tranvía es una casualidad evidentemente.

—Bueno, pero ¿lo demás?

Scali reflexionaba detrás de sus anteojos, una mano en el pelo.

—¿Cuántas bombas?

—Doce.

—Sería un azar prodigioso. Pero ¿las otras bombas?

—No hay más bombas: doce para el objetivo: mujeres delante de las tiendas, chicos en la plaza de la Puerta de Toledo.

—Me esfuerzo en contestarle; pero mi primera reacción, si usted quiere, es no creer una palabra. Hasta con un avión que volara muy bajo.

—El avión volaba ciertamente alto: no se lo oía.

Más absurdo se hacía el interrogatorio, más inquieto se ponía Scali porque conocía la precisión de García.

—Oiga, es una broma…

—¿Encara usted la hipótesis de un bombardero excepcionalmente hábil? ¿Los ases de las pruebas de bombardeo que se realizan entre oficiales de carrera en los mejores ejércitos, por ejemplo?

—Sea donde fuere. Está fuera de discusión. ¿Se ha visto el avión?

—Ahora pretenden haberlo visto. Pero no el primer día. Y no lo han oído.

—No es un avión. Los fascistas tienen un cañón de mayor alcance que los que nosotros les conocemos, y

la historia de la Berta vuelve a comenzar.

—Si *es* un avión, ¿cómo explica usted la precisión del tiro?

—De ninguna manera. Si usted insiste en ello, haga dar órdenes, suba conmigo mañana, yo lo conduciré en la calle de la Luna a la altura que quiera. Usted verá que es imposible, o que todos verán nuestro avión como vemos un auto que nos aplasta. Hay viento, el piloto no podría ni siquiera seguir la calle sin rodeos.

—¿Hasta si el piloto fuera Ramón Franco?

—¡Hasta si fuera Lindbergh!

—Bueno. A otra cosa. Allí tiene un mapa de Madrid. Usted ve los puntos de bombardeo: las circunferencias rojas; pienso que esas marcas no le molestan… ¿Es que este mapa le da una idea?

—Confirma lo que le he dicho: las calles no están todas orientadas en el mismo sentido. Por lo tanto, el bombardero tendría en algún momento el viento perpendicular a su marcha. Y alcanzar una calle de cierta altura, desde el primer golpe, en esas condiciones, es…

Scali se tocó la frente para significar: una locura.

Mi querido Scali, pensaba García, ¿cómo los obuses de un cañón de largo alcance, cayendo según un ángulo bastante agudo, tocarían calles orientadas en direcciones diferentes, sin tocar una sola pared?

—Último punto —dijo—: ¿Es posible volar —siempre en la hipótesis de un muy buen piloto— cierto tiempo sobre Madrid por debajo de veinte metros? Agrego que el tiempo era malo.

—¡No!

—Los pilotos españoles están plenamente de acuerdo con usted…

El nombre de Ramón Franco había hecho sospechar a Scali que se trataba del bombardeo del 30 de octubre.

García quedó solo. Había interrogado también a los oficiales de artillería: un bombardeo de esa naturaleza, con cañón, se excluía a causa del ángulo de incidencia. Por lo demás, los fragmentos encontrados de los artefactos no eran fragmentos de obuses, sino de bombas. García miraba con angustia las fotos de los puntos de caída, anotados por los diferentes servicios de guerra. Las aceras estaban apenas descantilladas… Y la anotación (porque García había hecho pedir a los técnicos que contestaran a sus preguntas sin decirles de qué se trataba): «Ese proyectil ha sido lanzado desde una altura que no excede los veinte metros».

Para García el problema estaba resuelto. No había avión ni cañón: la «quinta columna» había entrado en juego. Doce bombas a la misma hora. Había tenido que luchar, no sin éxito, contra los automóviles fantasmas, esos autos fascistas que se lanzaban por la noche a través de Madrid, armados de ametralladoras contra aquellos que, al alba, tiraban a través de las persianas contra los milicianos; y contra todo lo que representa la guerra civil. Pero todo eso era todavía la guerra, el tiro de un ciego contra un desconocido. Esta vez, cada enemigo, antes de lanzar su bomba, había mirado la cola de las mujeres delante de la tienda, los ancianos y los niños en la plaza. Las matanzas de mujeres no lo perturbaban: bastaba que otras mujeres hubieran lanzado las bombas; la piedad por las mujeres es un sentimiento de hombre. Pero los niños… García, como todos, había visto las fotos.

Uno de sus colegas, de vuelta de Rusia, le hablaba de sabotaje: «El odio de la máquina es un sentimiento nuevo; pero cuando se pone en el trabajo todo el ímpetu y toda la esperanza de un país, se crea por eso mismo, en los enemigos internos, el odio físico de ese trabajo…». Ahora, en Madrid, los fascistas odiaban al pueblo, en cuya existencia, un año antes quizá no creían, hasta el punto de no ver en él sino actitudes de niños que juegan en una plaza.

Sin duda, a esa hora, los doce asesinos esperaban su victoria: aquella tarde, en la prisión modelo, los prisioneros habían cantado el himno fascista.

Y él debía callarse. Sabía que no hay que tentar a la bestia que hay en el hombre; que si la tortura surge a menudo en la guerra es también porque parece la única respuesta a la traición y a la crueldad. Hablar era hacer bajar a esa multitud épica, cuyos clamores lejanos venían hacia él con el remolino del viento, el primer peldaño hacia la bestialidad. Madrid borracha de barricadas continuaría creyendo en las proezas de Ramón Franco: la venganza contra lo atroz enloquece a las masas tanto como a los hombres.

Las Informaciones Militares y la policía actuarían solas —como de costumbre…—. García pensaba en la Gran Vía de antes, clara en la mañana de abril, con sus escaparates, sus cafés, sus mujeres a las que no se mataba y sus terrones de azúcar que se fundían como escarcha en los vasos de agua al lado del chocolate con canela. Y él estaba en ese palacio abandonado, frente a su mundo irrespirable.

De cualquier modo que terminara la guerra, pensaba, y dado el odio llevado a ese extremo, ¿qué paz

sería posible? ¿Y qué hará de mí esta guerra?

Recordó que los hombres se planteaban problemas morales, balanceó la cabeza, tomó su pipa y se levantó pesadamente para ir al anexo de la policía.

6

Una delgada silueta encorvada subía, sola, en medio de la escalera inmensa: Guernico iba a buscar ayuda para el servicio de ambulancia que se esforzaba en transformar. El que había organizado en tiempos de Toledo se había vuelto ínfimo desde que la guerra se acercaba a Madrid. En la planta baja, ya casi oscura del Ministerio, había armaduras; y el escritor católico, alto, de pelo rubio pálido como tantos retratos de Velázquez, solo en medio de esos grandes peldaños blancos, parecía salir de una de esas armaduras históricas y estar destinado a entrar en ella cuando amaneciera. García no lo había visto desde hacía tres semanas. Decía de él que era el único de sus amigos en quien la inteligencia hubiera tomado la forma de la caridad, y, a pesar de todo lo que los separaba, quizá Guernico fuera el único hombre que García quisiera verdaderamente.

Ambos fueron juntos a la Plaza Mayor.

En las paredes y en los escaparates con las puertas metálicas bajadas, las sombras avanzaban inclinadas hacia delante; arriba, grandes humaredas rojizas provenientes de los alrededores daban vueltas pesadamente. El éxodo, pensaba García.

Pues no: ninguno de esos transeúntes llevaba fardos. Todos caminaban muy ligero, en el mismo sentido.

—La ciudad está nerviosa —dijo.

Un ciego tocaba la *Internacional* con el platillo delante. En sus casas a oscuras, los fascistas aguardaban el día siguiente, al acecho de cien mil hombres.

—No se oye nada —dijo Guernico.

Solamente los pasos. La calle se estremecía como una vena. Los moros estaban en las puertas del sur y del oeste, pero el viento venía de la ciudad. Ni siquiera un tiro de fusil, ni siquiera el cañón. El rasguido de la multitud corría en silencio como el de los roedores bajo tierra. Y el acordeón.

Caminaban hacia las puertas del sur, en el sentido de las humaredas rojizas a la deriva en el cielo, en el sentido del río invisible que llevaba inútilmente a los hombres hacia la plaza, como si allí se levantaran las barricadas de Carabanchel.

Una mujer tomó el brazo de Guernico y dijo en francés:

—¿Crees que hay que irse?

—Es una camarada alemana —dijo Guernico a García, sin contestar a la mujer.

—Él dice que debo irme —continuó ella—. Dice que no puede pelear bien si yo estoy aquí.

—Es seguro que tiene razón —dijo García.

—Pero yo no puedo vivir si sé que él pelea aquí… si no sé ni siquiera lo que pasa…

La *Internacional* de un segundo acordeón acompañaba las palabras en sordina; otro ciego, con el platillo delante, continuaba la música allí donde el primero la había dejado.

Siempre las mismas, pensó García. Si se va, lo soportará con mucha agitación, pero lo soportará; y si se queda, lo mataran.

No le veía la cara: ella, mucho más pequeña que él, estaba hundida en la sombra de los transeúntes.

—¿Por qué quieres quedarte? —le preguntó amistosamente Guernico.

—Me es igual morir… lo malo es que tengo que alimentarme bien, y que aquí ya no se puede; estoy encinta…

García no oyó la respuesta de Guernico. La mujer se unió a otra corriente de sombras.

—¿Qué se puede hacer?… —preguntó Guernico.

Milicianos en monos los pasaron. A través de la calle llena de baches, las sombras construían una barricada.

—¿A qué hora partes? —preguntó García.

—No parto.

Guernico sería uno de los primeros fusilados cuando los fascistas entraran en Madrid. Aunque García no miraba a su amigo, lo veía caminar a su lado, con su bigotito rubio, su pelo en desorden y sus brazos largos y delgados; y ese cuerpo sin defensa lo conmovía como lo conmovían los niños porque excluía toda idea de combate; Guernico no combatiría: lo matarían.

Ni uno ni otro hablaban de las ambulancias de Madrid, persuadidos ambos de que no existirían.

—Mientras se pueda ayudar la revolución, hay que ayudarla. Pero hacerse matar no sirve para nada, mí querido amigo. La República no es un problema geográfico y no se resuelve con la toma de una ciudad.

—Yo estaba en la Puerta del Sol el día de la Montaña, cuando tiraron sobre la multitud de todas las ventanas. Los que estaban en la calle se tumbaron: la plaza entera quedó cubierta de personas por el suelo, sobre las que tiraban los otros. Al día siguiente, estaba en el Ministerio. Ante la puerta, había una larga cola: mujeres que iban a ofrecer su sangre para transfusiones. Dos veces he visto al pueblo de España. Esta guerra es su guerra, suceda lo que sucediere; y estaré con él donde él esté… Hay aquí doscientos mil obreros que no tienen auto para ir a Valencia…

La vida de la mujer y de los hijos de Guernico debieron pesar en su decisión con su peso mayor que todo lo que García pudiera decir; y éste no podía imaginar sin pena, si es que debían no verse más, que su última conversación fuera una especie de discusión.

Guernico hizo un ademán hacia delante con su mano larga y fina:

—Quizá me vaya en el último momento —dijo.

Pero García estaba persuadido de que mentía.

Un ruido confuso de pasos subía de la calle como si hubiera sido precedido por una tropa que atravesó la luz. «Los excavadores», dijo García. Subían hacia los últimos terrenos antes de Carabanchel, para las trincheras o para las minas. Delante de García y de Guernico, otras sombras, dominadas por la niebla, construían una bancada.

—Ellos se quedan —dijo Guernico.

—Podrán replegarse por el camino de Guadalajara. Pero tu apartamento y la oficina de la Asociación son ratoneras.

Guernico volvió a hacer el mismo ademán de fatalidad confusa. Un ciego más, siempre la *Internacional*; ahora los ciegos no tocaban otra cosa. En cada calle, sombras diferentes construían las mismas barricadas.

—Nosotros, escritores cristianos, tenemos quizá más deberes que los demás —continuó Guernico.

Pasaban delante de la iglesia de Alcalá. Guernico la señaló vagamente con la mano, por el sonido de su voz, García comprendió que sonreía amargamente.

—Después de un sermón de un sacerdote fascista, en la Cataluña francesa (tema: Señor, no nos unzáis al mismo yugo que los infieles), he visto al padre Sarazola acercarse al predicador: el predicador se fue. Sarazola me dijo: «Haber conocido a Cristo siempre deja en nosotros algo: entre todos los que he visto aquí, este hombre es el primero que ha tenido vergüenza…».

Pasó un camión, cargado de un montón confuso de milicianos en cuclillas, sobrepasados por los caños de viejas ametralladoras. Guernico continuó, en tono más bajo:

—Sólo que frente a lo que ellos hacen, comprendes, soy yo el que tiene vergüenza.

Un miliciano pequeño con cara de comadreja detuvo a García, que iba a contestarle.

—¡Mañana estarán aquí!

—¿Quién es ése? —preguntó Guernico a media voz.

—Un antiguo secretario de la escuadrilla de Magnin.

—No hay posibilidad con este Gobierno —decía la comadreja—. Hace más de diez días que les he dado todas las indicaciones para la producción masiva de la fiebre de Malta. Quince años de investigaciones, y no he pedido un centavo: ¡por el antifascismo! No han hecho nada. Lo mismo ha pasado con mi bomba. Los otros estarán aquí mañana.

—¡Cierra el pico! —dijo García.

Camuccini había entrado ya en la multitud nocturna como por una puerta, y su aparición y su hundimiento en ella estaban acompañados por el acordeón que tocaba la *Internacional*.

—¿Magnin tenía a muchos como éste? —preguntó Guernico.

—Al principio… Los primeros voluntarios eran todos un poco locos o un poco héroes. A veces las dos cosas…

La atmósfera de las tardes históricas llenaba la calle de Alcalá como llenaba las calles estrechas: nunca cañones, siempre acordeones. Súbitamente, un tiroteo de ametralladoras: un miliciano tiraba contra fantasmas.

Y siempre las barricadas en construcción. García no creía sino moderadamente en la eficacia de las barricadas; pero éstas parecían atrincheramientos. Siempre, en la niebla, se agitaban sombras; y siempre una sombra inmóvil, abandonando por un momento su inmovilidad, volvía a quedarse inmóvil, organizaba. En esa niebla irreal, que se hacía más densa de minuto en minuto, hombres y mujeres transportaban materiales; los obreros de todos los sindicatos de la construcción organizaban el trabajo que dirigían jefes técnicos, formados en dos días por los especialistas del 5.º cuerpo. En esa fantasmagoría silenciosa en que

moría el viejo Madrid, por primera vez, por debajo de los dramas particulares, de las locuras y de los sueños, por debajo de esas sombras lanzadas a través de las calles con su angustia o su esperanza, una voluntad a la escala de la ciudad entera se alzaba en la niebla de la ciudad casi sitiada.

Las luces de la avenida se disolvían en nebulosas, vagas y miserables bajo las sombras prehistóricas de los rascacielos rodeados. García pensaba en la frase de su amigo: «Nosotros, los escritores cristianos, tenemos quizá más deberes que los demás…».

—¿Qué diablos puedes ahora esperar de ésos? —preguntó, señalando con la pipa una segunda iglesia.

Pasaban bajo un farol eléctrico. Guernico sonrió, con esa sonrisa melancólica que le daba a menudo un aspecto de niño enfermo:

—No te olvides de que yo creo en la eternidad…

Tomó a García por el brazo.

—Espero más para mi Iglesia de lo que está pasando aquí, y hasta de los santuarios quemados en Cataluña, García, que de los cien últimos años de la católica España. Hace veinte años que veo a los sacerdotes ejercer su ministerio, aquí y en Andalucía; y bien, en esos años, nunca he visto a la España católica. He visto ritos y, en el alma como en la campiña, un desierto…

Todas las puertas del Ministerio de Estado, en la Puerta del Sol, estaban abiertas. Antes del levantamiento, en el *hall* hubo una exposición de esculturas. Y las estatuas de toda clase, grupos, desnudos, animales, esperaban a los moros en la gran sala vacía donde se perdía el ruido de una lejana máquina de escribir: el Ministerio no estaba completamente abandonado…

Pero en todas las calles que surgían en torno a la plaza, fieles como la niebla, las mismas sombras trabajaban en las mismas barricadas.

—¿Es verdad que Caballero te ha consultado a propósito de la reapertura de las iglesias?

—Sí.

—¿Qué le has contestado?

—No, por supuesto.

—¿Que no había que reabrirlas?

—Evidentemente. Eso te asombra, pero no asombra a los católicos. Si mañana me fusilan, temeré mucho por mí mismo, como todo hombre, pero en modo alguno por eso. No soy ni un protestante, ni un herético: soy un católico español. Si fueras teólogo, te diría que recurro al alma de la Iglesia contra el cuerpo de la Iglesia, pero dejemos eso. ¡La fe, pero no es la falta de amor! La esperanza, pero no es un mundo que encontrará su razón de ser en hacer adorar de nuevo como un fetiche ese crucifijo de Sevilla que han llamado el *Cristo de los ricos* (nuestra Iglesia no es herética; es simoníaca); no se trata de poner el sentido del mundo en un imperio español, en un orden en donde ya nada se oye porque aquellos que sufren se esconden para llorar. Hay orden en un presidio también… No hay una sola esperanza de los mejores entre los fascistas que no se base en el orgullo; así sea, pero ¿qué tiene que ver Cristo con todo eso?

García se llevó por delante un gran perro y estuvo a punto de caer. Madrid estaba lleno de perros magníficos, abandonados por sus dueños que habían huido. Tomaban posesión de la ciudad con los ciegos, entre los republicanos y los moros.

—La caridad, pero no son los sacerdotes navarros que dejan que se fusile en honor de la Virgen; son los sacerdotes vascos que, hasta que sean muertos por los fascistas, han bendecido en los sótanos de Irán a los anarquistas que habían quemado las iglesias. A mí no me inquieta, García. No me inquieta la Iglesia de España, pero contra ella estoy apoyado en toda mi fe… Estoy contra ella en nombre de las tres virtudes teologales, estoy contra ella en la Fe, la Esperanza y la Caridad.

—¿Dónde encontrarás la Iglesia de tu fe?

Guernico se pasó la mano por el pelo que le caía sobre la frente. La multitud casi silenciosa se deslizaba entre las arcadas y las empalizadas que obstruían casi por completo la Plaza Mayor. Los trabajos de los excavadores habían dejado por todas partes adoquines y bloques de piedra, y la multitud de sombras parecía saltar por encima en un trágico *ballet* nocturno bajo las campanadas austeras semejantes a las de El Escorial, como si Madrid se hubiera cubierto de tantas barricadas que no se pudiera encontrar una sola plaza intacta.

—Mira: en esas casas pobres, o bien en esos hospitales, en este preciso instante —dijo Guernico— hay sacerdotes sin alzacuello, con chalecos de mozos de café parisienses, que confiesan, dan la extremaunción, quizá bautizan. Te he dicho que desde hace veinte años no he oído en España la palabra de Cristo. A ésos, *se los oye*. A ésos se los oye, y nunca oirán a los que saldrán mañana con sotana para bendecir a Franco. ¿Cuántos sacerdotes ejercen en estos momentos su ministerio? Cincuenta, quizá cien… Napoleón ha pasado bajo estas arcadas; desde esa época en que la Iglesia en España ha defendido su *rebaño*, creo que no ha

habido una sola noche, hasta estas últimas, en que haya cobrado vida, en verdad, la palabra de Cristo. Pero a estas horas es una palabra viva.

Tropezó con un adoquín de la plaza llena de baches; el pelo le cayó sobre los ojos.

—Está viva —continuó—. No hay muchos lugares en este mundo en que pueda decirse que esta Palabra haya estado presente; pero muy pronto se sabrá que aquí, en Madrid, en noches como ésta, se la ha escuchado. Algo comienza en este país para mi Iglesia, algo que es quizá el renacimiento de la Iglesia. Ayer he visto administrar los sacramentos a un miliciano belga, en San Carlos. ¿Tú lo conoces?

—He visto allí heridos en la época del tren blindado…

García pensaba en las grandes salas enmohecidas, con las ventanas bajas invadidas por las plantas. Como todo eso parecía lejos…

—Era una sala de heridos en los brazos. Cuando el sacerdote dijo *Requiem aeternam dona ei Domine*, las voces dijeron el responso: *Et lux perpetua lucea*… Cuatro o cinco voces que salían detrás de mí…

—¿Te acuerdas del *Tantum ergo* de Manuel?

Varios amigos de García, Manuel y Guernico entre ellos, habían pasado con él la noche de la partida, cinco meses antes, y, al amanecer, lo habían llevado hasta las colinas que dominan Madrid. Mientras los monumentos como de tiza malva se desprendían al mismo tiempo que la noche y que las masas sombrías del bosque de El Escorial, Manuel había cantado los cantos de Asturias que acababan de oír, y después había dicho: «Para Guernico, voy a cantar el *Tantum ergo*».

Y todos, educados por los sacerdotes, lo habían terminado a coro, en latín. Como sus amigos habían encontrado ese latín amistosamente irónico, los heridos revolucionarios, con sus brazos curvados por el yeso sobre los cuales parecían prepararse para tocar el violín, encontraban el latín de la muerte…

—El sacerdote —continuó Guernico— me ha dicho: «Cuando llegué, todos se sacaron el sombrero porque yo traía el consuelo de la última hora…». ¡Pero no! Se sacaron el sombrero porque ese sacerdote que entraba podía ser un enemigo.

Tropezó en otra piedra; la plaza estaba cubierta de adoquines como hecho por un bombardeo. Su voz cambió:

—Bien sé que nuestros católicos serios piensan que hay que poner todo a punto. El Hijo de Dios ha venido a tierra con el único fin de hablar para no decir nada. El sufrimiento le ha hecho perder un poco la razón; desde el tiempo que está en la cruz, verdad…

»Sólo Dios conoce la pruebas que impondrá al sacerdocio; pero creo que es *necesario* que el sacerdocio se haga difícil…

Y después de un segundo:

—Como quizá la vida de cada cristiano…

García miraba sus sombras combadas que avanzaban sobre las cortinas metálicas de las tiendas, y pensaba en las doce bombas del 30 de octubre.

—Lo más difícil —continuó Guernico a media voz— es esta cuestión de la mujer y de los niños…

Y todavía más bajo:

—Yo tengo por lo menos una ventaja: no están aquí…

García miraba el rostro de su amigo, pero sin distinguirlo. Ningún ruido de combate, y, sin embargo, el siempre creciente ejército fascista estaba en torno a la ciudad, como una presencia en la oscuridad de un cuarto cerrado. García recordó su última conversación con Caballero. En esa conversación se había hablado de «hijo mayor». García no ignoraba que el hijo de Caballero estaba prisionero de los fascistas en Segovia, y que sería fusilado. Era en septiembre. Estaban cada cual de un lado de la mesa, Caballero en ropa con fajín y García de mono; una langosta del fin de verano había entrado por la ventana abierta. Caída entre ellos sobre la mesa, medio muerta, trataba de no moverse, y García miraba sus patas estremecerse, en tanto que los dos callaban.

7

Delante de los escaparates se agitaban en la bruma las sombras pacientes, con un ruido de adoquines. En la Gran Vía, los mozos servían con un lento asombro a tres clientes perdidos en la sala inmensa, y que creían que eran los últimos clientes de la República. Pero en el *hall* del hotel, soldados del 5.º cuerpo, uno a uno, retiraban de grandes sacos sus puños erizados de balas, y se formaban por compañías en la acera. Estaban notablemente armados. En Tetuán, en Cuatro Caminos, las mujeres llevaban al último piso de las casas toda la gasolina que habían podido reunir; en esos barrios obreros, rendirse, irse, eran cuestiones que

no se planteaban. En camiones, a pie, los hombres del 5.º cuerpo, bajaban en Carabanchel, en el Parque del Oeste, en la Ciudad Universitaria. Por primera vez, Scali se sentía frente a las energías coordinadas de quinientos mil hombres. El padre de Jaime no podría llevar más que una maleta: había poco sitio en el automóvil.

La puerta se abrió ante un anciano macizo, muy alto, la cabeza con una barba como hierro de lanza hundida entre sus anchos hombros encorvados. Pero desde que se encontró bajo la bombilla eléctrica del corredor, Scali advirtió que el pelo modificaba a ese Greco, como lo hubiera hecho la copia de un pintor barroco: por encima de los ojos intensos y muy grandes, pero un poco apagados por el espesor y las arrugas de los párpados, la cabellera detrás del cráneo desguarnecido volaba en mechones enloquecidos, y las cejas móviles y agudas terminaban en comas, como la barba.

—¿Usted es Giovanni Scali, verdad? —preguntó sonriendo.

—¿El hijo de usted le ha hablado de mí? —dijo éste, asombrado de oír su nombre de pila.

—Sí, pero yo le he leído, yo le he leído…

Scali sabía que el padre de Jaime había sido profesor de historia del arte. Entraban en un cuarto cubierto de libros, con excepción de dos altos huecos a ambos lados del diván. En uno, estatuas hispanoamericanas, barrocas y salvajes; en otro, un muy hermoso Morales.

A través de los lentes que tenía en la mano, Alvear miraba a Scali con una atención insistente, la que se asigna a los objetos singulares. Le llevaba una cabeza de altura.

—¿Está usted sorprendido? —preguntó Scali.

—Ver a un hombre que piensa con ese… traje, me sorprende siempre.

Scali estaba con uniforme. Con los pantalones demasiado largos y sus anteojos. En una mesa baja, junto a grandes sillones de cuero, una botella de coñac, una copa llena, libros abiertos. Alvear se fue del cuarto con paso pesado, como si sus hombros fueran demasiado fuertes para sus piernas, y volvió con una segunda copa.

—No, gracias —dijo Scali.

A pesar de las persianas cerradas, oía ruido de caballos y un lejano acordeón.

—Hace usted mal, porque el coñac de Jerez es muy bueno, no menos bueno que el de Charentes. ¿Quiere alguna otra cosa?

—Mi automóvil está abajo a su disposición. Usted puede dejar Madrid enseguida.

Alvear, que acababa de arrellanarse en el sillón más próximo como una vieja y poderosa ave de rapiña con las uñas afiladas como su hijo, pero desplumada, alzó los ojos hacia Scali:

—¿Para qué?

—Jaime me ha pedido que pasara a buscarlo cuando volviera del Ministerio. Vuelvo a Alcalá de Henares.

Alvear sonrió con una sonrisa más aventajada que su cuerpo:

—A mi edad, no se viaja sin biblioteca.

—¿Usted se da cuenta, verdad, de que los moros estarán aquí tal vez mañana?

—Sin duda. Pero ¿qué diablos quiere usted que le haga? Nos hemos conocido en circunstancias muy sorprendentes… Le agradezco la ayuda que usted me ofrece; agradézcale a Jaime, por favor, que se lo haya pedido. Pero dejar Madrid, ¿por qué?

—Los fascistas saben que su hijo es un combatiente. ¿Se da usted cuenta de que hay gran peligro de que lo fusilen?

Alvear sonrió con sus párpados carnosos y sus mejillas caídas, y señaló la botella con los lentes que tenía en la mano:

—He comprado coñac.

Tenía la misma nariz curva y fina, el mismo rostro curtido de Jaime; y las mismas órbitas, en ese instante en que la sombra le colocaba bajo la frente grandes anteojos negros.

—Quiere usted decir —continuó— que la amenaza debería separarme de…

Mostró las paredes cubiertas de libros.

—¿Y por qué? ¿Por qué? Es extraño: he vivido cuarenta años en el arte y por el arte, y usted, un artista, se sorprende de que continúe…

»Óigame bien, señor Scali: he dirigido durante años una galería de cuadros. He introducido aquí el arte barroco mexicano, Georges de Latour, los franceses modernos, la escultura de López, los primitivos… Llegaba una clienta, miraba un Greco, un Picasso, un primitivo aragonés: "¿Cuánto?". Era generalmente una aristócrata, con su Hispano, sus diamantes y su avaricia. "Discúlpeme, señora, ¿para qué quiere usted comprar ese cuadro?". Casi siempre respondía: "No sé". "Entonces, señora, vuelva a su casa. Reflexione.

Cuando sepa por qué, volverá".

Entre todos los hombres que Scali encontraba o con los cuales había vivido desde la guerra, sólo García estaba acostumbrado a tener una disciplina de espíritu. Y Scali se sentía tanto más recuperado por la relación intelectual que se establecía entre el anciano y él, cuanto más brutal había sido su día y cuanto que, sintiéndose un jefe débil, lo atraía el universo donde encontraba su valor.

—¿Y volvían? —preguntó.

—Se ponían enseguida a indagar por qué: «Quiero ese cuadro porque me gusta, porque me parece bien, porque mi amiga tiene uno». Era sabido que los más hermosos Grecos estaban en mi galería.

—¿Cuándo aceptaba usted?

Alvear levantó un dedo nudoso, con vello rizado.

—Cuando me contestaban: «Porque lo necesito». Entonces, cuando eran ricas, se los vendía —muy caro —; cuando ocurría que él o ella eran pobres, pues bien, lo que pasaba era que lo vendía sin obtener beneficio.

Hubo muy cerca dos tiros de fusil, seguidos de inmediato por un gran ruido de pasos, en abanico.

—Con estos postigos interiores —dijo Alvear indiferente— no se ve para nada nuestra luz desde afuera.

»¡Yo he vendido según mi verdad, señor Scali! ¡Vendido! ¿Puede un hombre llevar su verdad más lejos? Esta noche vivo con ella. ¿Los moros? No, me da lo mismo…

—¿Se dejaría usted matar por indiferencia?

—No por indiferencia…

Alvear se incorporó a medias sin dejar de apoyar las manos en los brazos del sillón, y miró a Scali un poco teatralmente, como para subrayar lo que decía:

—Por desdén. Sin embargo, sin embargo, vea usted ese libro: es el *Quijote*. He querido leerlo hace un momento: no podía…

—En las iglesias del Sur, donde se ha peleado, he visto frente a los cuadros grandes manchas de sangre. Las telas… perdían fuerza…

—Harán falta otras telas, eso es todo —dijo Alvear, enrulando en el índice la punta de la barba, con el tono de un vendedor que va a cambiar los cuadros de un apartamento.

—Bien —dijo Scali—, es poner muy alto las obras de arte.

—No las obras: el arte. No son siempre las mismas obras las que nos permiten acceder a lo más puro que hay en nosotros, pero son siempre las obras…

Scali comprendió por fin lo que lo perturbaba desde el comienzo de la entrevista: toda la intensidad del rostro del anciano estaba en los ojos, con la atroz imbecilidad del instinto, arrastrado por el parecido, Scali, cada vez que su interlocutor se retiraba los lentes aguardaba sus ojos de ciego.

—Ni los novelistas, ni los moralistas tienen razón de ser esta noche —continuó el anciano—: La gente de la vida no vale nada para la muerte. La sabiduría es más vulnerable que la belleza; porque la sabiduría es un arte impuro. Pero la poesía y la música valen para la vida y la muerte… Habría que releer *Numancia*. ¿Se acuerda usted? La guerra avanza a través de la ciudad sitiada, sin duda con ese ruido apagado de pasos que corren…

Se puso de pie, buscó la edición de las obras completas de Cervantes, no la encontró.

—¡Todo está patas arriba con esta guerra!

Sacó de su biblioteca otro libro, y leyó en voz alta tres versos del soneto de Quevedo:

> *¿Qué pretende el temor desacordado*
> *De la que a rescatar piadosa viene*
> *Espíritu en miserias añudado?*

El índice que seguía los versos hacía reaparecer al profesor. Sentado, el hombro de nuevo arrellanado, viejo pájaro refugiado a la vez en ese cuarto cerrado, en ese sillón y en la poesía, leía con lentitud, con un sentido del ritmo tanto más impresionante cuanto que la voz no tenía timbre, tan vieja como la sonrisa. El ruido apagado de los pasos que huían en la calle, las detonaciones lejanas, todos los ruidos de la noche y del día, que Scali sentía aún pegados a él, parecían dar vueltas como animales inquietos en torno de esa voz comprometida ya con la muerte.

—Desde luego, pueden matarme los árabes. Y puedo ser muerto también por los vuestros, después. No tiene importancia. ¿Es algo tan difícil, señor Scali, esperar la muerte (¡que acaso no vendrá!) bebiendo tranquilamente y leyendo versos admirables? Hay un sentimiento muy profundo acerca de la muerte que nadie ha expresado después del Renacimiento… Y sin embargo yo tenía miedo cuando era joven —dijo un

poco más bajo, como haciendo un paréntesis.

—¿Qué sentimiento?

—La curiosidad…

Colocó a su Quevedo en un estante. Scali no tenía ganas de irse.

—¿No tiene usted curiosidad acerca de la muerte? —preguntó el anciano—. Toda opinión decisiva sobre la muerte es tan tonta…

—Yo he pensado mucho en la muerte —dijo Scali, con la mano en su pelo rizado—; desde que lucho, ya no pienso más. Ha perdido para mí toda… realidad metafísica, si usted quiere. Vea usted, mi avión se cayó una vez. Entre el instante en que la parte delantera tocó tierra y el instante en que yo quedé herido, muy levemente —durante el crujido—, estaba frenéticamente en tensión, una tensión viviente: ¿cómo saltar?, ¿dónde saltar? Pienso ahora que siempre es así; un duelo: la muerte gana o pierde. Bien. Lo demás no son sino las relaciones entre las ideas. La muerte no es algo tan serio: el dolor, sí. El arte es poca cosa frente al dolor y, desgraciadamente, ningún cuadro tiene frente a él manchas de sangre.

—¡No se fíe, no se fíe! En el sitio de Zaragoza por los franceses, los granaderos habían hecho sus tiendas con las telas maestras de los conventos. Después de una salida, los lanceros polacos, de rodillas, recitaron sus plegarias entre los heridos, ante las vírgenes de Murillo que cerraban las tiendas triangulares. Era la religión, pero también el arte, porque no rezaban delante de las vírgenes populares. ¡Ah, señor Scali, usted está muy acostumbrado al arte, y aún no tiene demasiada costumbre en materia de dolor!… Y verá usted después, porque todavía es joven: el dolor se vuelve menos conmovedor cuando tiene uno la certeza de que no cambiará ya…

Una ametralladora empezó a tirar a cortas ráfagas, rabiosa y sola en el silencio lleno de crujidos.

—¿Oye usted? —preguntó distraídamente Alvear—. Pero la parte de sí mismo que compromete el hombre, que tira en este momento no es la más importante… La ganancia que le traerá la liberación económica, ¿quién me dice que será más grande que las pérdidas que traerá la sociedad nueva, amenazada por todas partes, obligada por su angustia a la sujeción, a la violencia, quizá a la delación? La esclavitud económica es grave, pero si para terminar con ella uno está obligado a reforzar la esclavitud política, o militar, o religiosa, o policíaca, entonces, ¿qué puede importarme?

Alvear se refería a un orden de experiencias que Scali ignoraba, y que ahora se hacían trágicas en el italianito rizado. Para Scali, lo que amenazaba la revolución no era el futuro, sino el presente: desde el día en que Karlitch lo había asombrado, veía el elemento fisiológico de la guerra desarrollarse en muchos de sus mejores camaradas, y estaba por ello aterrado. Y la sesión de la cual salía no era para tranquilizarlo. No sabía bien dónde estaba.

—Yo quiero saber lo que pienso, señor Scali —continuó el anciano.

—Bien. Eso limita la vida.

—Sí —dijo Alvear, soñador—, pero la vida menos limitada continúa siendo la de los locos… Quiero tener relaciones con un hombre por su naturaleza, y no por sus ideas. Quiero la fidelidad en la amistad, y no la amistad suspensa de una actitud política. Quiero que un hombre sea responsable ante sí mismo —usted bien sabe que es lo más difícil, dígase lo que se diga, señor Scali— y no ante una causa, ya sea la de los oprimidos.

Encendió un cigarrillo.

—En América del Sur, señor Scali —una bocanada—, por la mañana —otra bocanada— hay en el bosque un gran clamor de monos: y la leyenda dice que Dios les ha prometido en otros tiempos hacerlos hombres al amanecer; esperan cada amanecer, se ven siempre engañados y lloran por todo el bosque.

»Hay en el hombre una esperanza terrible y profunda… El que ha sido injustamente condenado, el que ha encontrado en demasía la estupidez, o la ingratitud, o la cobardía, tiene que retirar su apuesta… La revolución desempeña, entre otros papeles, el que desempeñaba en otros tiempos la vida eterna, lo que explica muchos de sus caracteres. Si cada cual se aplicara a sí mismo la tercera parte del esfuerzo que hace hoy por la forma de gobierno, vivir en España sería posible.

—Pero debería hacerlo por su cuenta, y ésa es toda la cuestión.

—El hombre no compromete en una acción más que una parte limitada de sí mismo; y mientras más total pretende ser la acción, más pequeña es la parte comprometida. Usted bien sabe qué difícil es ser un hombre, señor Scali, más difícil de lo que creen los políticos.

Alvear se había puesto de pie.

—Pero usted, en fin, el intérprete de Masaccio, de Piero della Francesca, ¿cómo puede soportar este universo?

Scali se preguntaba si estaba frente al pensamiento de Alvear o de su dolor.

—Bueno —dijo por fin—, ¿ha vivido usted alguna vez con muchos hombres ignorantes?

Alvear reflexionó a su vez:

—No creo. Pero me lo imagino muy bien.

—Usted conoce algunos de los grandes sermones de la Edad Media…

Alvear asintió con la cabeza.

—Esos sermones eran escuchados por hombres mucho más ignorantes que los que hoy combaten conmigo. ¿Cree usted que eran comprendidos?

Alvear enroscaba sus dedos en su barba y miraba a Scali como diciéndole: sé adónde quiere usted ir a parar.

—Sin duda —dijo solemnemente.

—Hace un momento usted ha hablado de la esperanza: los hombres unidos a la vez por la esperanza y por la acción tienen acceso, como los hombres unidos por el amor, a ámbitos a los que no tendrían acceso por sí solos. El conjunto de esta escuadrilla es más noble que casi todos aquellos que la componen.

Sentado, tenía sus anteojos entre los dedos, y Alvear sólo veía su rostro que se había embellecido porque expresaba lo que estaba hecho para expresar: ideas, una misteriosa unidad resplandecía ahora en los labios gruesos y en los ojos que se empequeñecían ligeramente.

—Aquí donde estoy me cansan muchas cosas, pero lo esencial del hombre, si quiere usted, se halla, a mis ojos, en tales ámbitos. «Te ganarás el pan con el sudor de tu frente». Para nosotros también, vea usted, aún y sobre todo cuando el sudor está helado…

»¡Eh! Ustedes están todos fascinados por lo que hay de fundamental en el hombre…

»La era de lo fundamental comienza de nuevo, señor Scali —dijo Alvear con una súbita gravedad—. La razón debe ser *fundada nuevamente*…

—¿Piensa usted que Jaime ha hecho mal en combatir?

Alvear encogió sus hombros agobiados; sus mejillas temblaron todavía más.

—¡Ah! Que la tierra sea fascista y que él no sea ciego…

Un auto, afuera, cambiaba de velocidad rechinando.

—¿Cree usted que volverá a ver?

—Los médicos afirman que es posible.

—¡A usted también se lo dijeron! ¡A usted también! Pero saben que usted es su amigo… Y esa costumbre… En estos momentos mienten a cualquier oficial. ¡Esos idiotas tienen miedo de que los crean fascistas si dicen la verdad!

—¿Por qué lo que dicen sería necesariamente falso?

—Como si fuera fácil de creer la verdad cuando sólo depende de un hombre y toma la forma de nuestra dicha…

Calló. Después, quizá para apartar su angustia, continuó en tono más alto, con indiferencia:

—La única esperanza que tiene la nueva España de conservar dentro de sí aquello por lo cual ustedes combaten, usted, Jaime y muchos otros, es mantener lo que nosotros durante años hemos enseñado lo mejor posible…

Oía algo fuera. Fue hasta la ventana.

—¿Es decir? —preguntó Scali.

El anciano se volvió y habló con el mismo tono con que hubiera dicho: ¡ay!

Siguió escuchando, fue a apagar la luz eléctrica, entreabrió la ventana por donde entró la *Internacional*, por encima del ruido de los pasos. En la oscuridad, su voz se apagaba más, como si hubiera salido de un cuerpo más pequeño, más triste y más viejo:

—Si los moros entran enseguida, lo último que habré oído será ese canto de esperanza tocado por un ciego…

Hablaba sin énfasis, quizá con una vaga sonrisa. Scali oía el ruido de los postigos vueltos a cerrar. Por un instante, el cuarto quedó absolutamente a oscuras; por último, Alvear encontró el conmutador y encendió.

—Porque necesitan de nuestro universo para la derrota —dijo el anciano— y lo necesitarán para la alegría…

Miraba a Scali que acababa de sentarse en el diván.

—No son los dioses los que han hecho la música, señor Scali; es la música la que ha hecho los dioses…

—Pero quizá eso que sucede afuera es lo que ha hecho la música.

—La era de lo fundamental empieza de nuevo.

Echó coñac en el vaso y lo bebió de golpe, sin ninguna expresión en el rostro. El campo de luz de la

lámpara iluminaba apenas la frente, los anteojos y los cabellos rizados de Scali:

—Usted acaba de sentarse allí donde se sienta Jaime cuando viene. Y usted usa anteojos… también. Cuando él se saca los que usa, yo no puedo mirarlo…

Por primera vez, el acento del dolor pasó por la voz casi sin timbre, y dijo para sí mismo, en francés:

… Que te sert, o Priam,
d'avoit
véçu vi vieux!

Arrugando la frente por debajo de su pelo revuelto, alzó hacia Scali una mirada a la vez infantil y acosada:

—Nada, nada es más terrible que la deformación de un *cuerpo* que uno ama…

—Yo soy su amigo —dijo Scali a media voz—. Y estoy acostumbrado a los heridos.

—Como si fuera adrede —dijo Alvear lentamente—, allí justo enfrente de sus ojos, en esos estantes de la biblioteca, hay muchos libros sobre pintura, miles y miles de fotos que él ha mirado… Y sin embargo, si hago andar el fonógrafo, si la música entra aquí, puedo a veces mirarlo, aunque no lleve anteojos…

8

Manuel había encontrado también el Ministerio de Guerra entregado a las velas moribundas. Esas salas inmensas y lúgubres, en las cuales los últimos reyes de España hacen oír el eco miserablemente acaudalado de Carlos V, esas salas que Manuel ha conocido llenas de milicianos acostados en los canapés, con el revólver bajo la nariz, con el presidente del Consejo arrinconado, escuchando, un minúsculo aparato de radio —y después entregadas al orden severo y un poco ceñudo de Caballero las encuentra en ese mismo orden, con las ventanas abiertas sobre la ciudad, con los nervios de punta, los sillones asombrados cuando se da vuelta el conmutador—, salvo en la oficina del ministro de Guerra, con todas las bombillas encendidas, donde el comandante francés, solo, continúa aguardando. En las escaleras, las velas no emiten ya esa luz de teatro que han visto García y Guernico, sino una claridad rojiza de iglesia, antes de la oscuridad final. Aquí y allá, en medio de un corredor interior con arcadas, pequeñas linternas, las mismas que aquellas que indican, por la noche, las calles con barreras y los carros con varales, iluminan los peldaños de la escalera monumental que se pierden en la sombra.

Manuel se acercó al cuarto del general Miaja; arriba, junto al tejado. Los colores son siempre oscuros, pero en ese piso, hay luz bajo las puertas. Entra: el general no está, pero la mitad del estado mayor de la Junta de Defensa se halla sentada o camina por ese cuarto de hotel mediocre. El jefe de los dinamiteros, el jefe de las minas, oficiales del estado mayor de Miaja, oficiales del 5.º cuerpo… Ni uno de estos últimos había sido soldado seis meses antes; un dibujante de modas, un empresario, un piloto, un jefe de empresas industriales, dos miembros de comités centrales de partidos, un obrero metalúrgico, un compositor, un ingeniero, un garajista y él mismo. Y Enrique, y Ramos. Manuel se acordaba de un miliciano ciego, con las dos piernas paralizadas por sus heridas, que había venido a entrevistarse con Azaña.

—¿Qué quiere usted?, —pregunta el presidente.

—Nada, sólo decirle: Salud y coraje —y se fue son sus muletas.

No es un consejo de defensa. Pero aquella noche toda reunión es un consejo. El destino de esos hombres formados en el combate es semejante al de Manuel y al de España.

—¿Un fusil para cuántos hombres, en este momento?, —pregunta Enrique.

—Para cuatro —contesta uno de los oficiales. Es un camarada de Manuel, el que era dibujante de modas. Controla la movilización de los civiles: la víspera, el Partido Comunista ha pedido la movilización general de los sindicatos.

—Hay que organizar la colecta de los fusiles —dice Enrique—. Se los llevará a la retaguardia cuando los primeros camaradas caigan. Organicen esto esta noche tomando como modelo la organización de los camilleros.

El dibujante se va.

—¿Todavía es absolutamente imposible recuperar más armas en Madrid?

Ahora es otro el que contesta.

—Salvo en la policía, hasta los guardias, los centinelas y las escoltas no tienen más que sus revólveres. Nadie está vigilado esta noche.

—Si perdemos Madrid, podemos perder también los ministerios, los responsables y los ministros, si quedan.

—¿Cómo están las fortificaciones?, —pregunta el jefe de estado mayor de Miaja.

—Veinte mil hombres —dice Ramos— están trabajando bien: todo el sindicato de construcción, movilizado. Hay buena voluntad. En la dirección de cada obra o de cada barricada, un tipo del 5.º cuerpo. En este momento, los moros tienen un duro trabajo ante ellos, terminado, en un kilómetro de profundidad. Pasado mañana, Madrid entero tendrá su cinturón de barricadas, sin hablar de lo demás.

—Las barricadas de las mujeres son malas —dijo uno de los oficiales—. Demasiado pequeñas.

—Ya no existen —contesta Ramos—. Sólo se han conservado las que han sido construidas en las condiciones que acabo de decir, o aquellas que los muchachos del 5.º cuerpo han controlado y que les parecen bien. Pero las barricadas de las mujeres no eran demasiado pequeñas: eran demasiado anchas, por el contrario.

—Lo que hacen las mujeres con las provisiones de gasolina en casa no sirve de mucho —dijo otra voz.

—El efecto moral es considerable.

—Dime, ¿por qué no han podido hacer todo eso antes?

—La mitad, más aún, el noventa por ciento de los nuestros sólo comprenden que se defiende Madrid en Madrid. Esta mañana, en la calle, un tipo me dijo: «Si alguna vez llegan delante de Madrid, ¡van a ver lo que es!». Dime, tú sabes dónde está Carabanchel, ¿no? «Madrid es Madrid, y Carabanchel no es Madrid».

—¿En este momento avanzan sobre Carabanchel?, —pregunta Manuel.

—Allí están detenidos por el 5.º. Avanzan por el sur. Y van a atacar en tu campo.

Manuel partirá por la noche para Guadarrama. Es teniente coronel. Tiene el pelo cortado al rape y sus ojos verdes son más claros en su rostro más oscuro.

—¿Se decía que habían llegado los hombres de Durruti?

—La vía férrea está cortada. Hemos mandado los camiones a Tarancón. En este momento están en camino.

—¿Se espera siempre para pasado mañana los aviones comprados en la U. R. S. S.?

Nadie contesta. Todos saben que el montaje termina. Pero cuánto tiempo habrá que esperar aún…

—¿En el sur, sobre quién van a caer?, —pregunta Manuel.

—Eso depende de la hora: por el momento, traen de Vallecas la brigada internacional.

Uno tras otro, llegan los oficiales.

Las últimas bujías se han apagado en las escaleras inmensas; el comandante francés se ha ido; sólo algunos faroles, que antes estuvieron colgados en las verjas, irradian en ese fondo de vastas perspectivas su claridad de lámparas de velatorio. Desierto como los últimos cafés de Madrid, abandonado como la ciudad, el palacio prepara como ella su resistencia subterránea.

9

Parque del Oeste

Sube el canto de un mirlo, queda en suspenso como una pregunta; otro le contesta. Vuelve a comenzar el primero, hace una pregunta más inquieta; el segundo protesta furiosamente, y llegan carcajadas a través de la niebla. «Tienes razón —dice una voz—: No pasarán. ¡Ni hablar!». Los mirlos son Siry y Kogan, de la primera brigada internacional. Kogan es búlgaro y no sabe francés: silban.

—¡Silencio!

Una quincena de obuses responden.

Alemanes, polacos, flamencos, algunos franceses, esperan, escuchan las detonaciones acercarse. De pronto, todos se vuelven: tiran detrás de ellos.

—Balas explosivas —gritan los oficiales—. No tienen importancia.

¡Qué preciso es el sonido de las balas a través de la niebla! Se oyen las trayectorias… El batallón, desde el principio de su instrucción, se ha llamado Edgar-André. Los alemanes se han enterado aquella noche de que a Edgar-André, prisionero de Hitler, lo acaban de matar a hachazos.

Casi todos los alemanes, desde hace meses, viven la vida miserable de la emigración, dudan de sí mismos. Esperan. Esperan desde hace tres años. Hoy iban por fin a demostrar que no se habían colado en la revolución.

Los polacos esperan las órdenes, el rostro atento.

Los franceses hablan.

El cañón se aproxima. Muchos soldados tocan a su vecino, como quien no quiere la cosa, con el hombro,

con la pierna, como si la única defensa de un hombre contra la muerte fuera la presencia de los hombres.

Siry y Kogan están pegados el uno al otro. Demasiado jóvenes para haber hecho la guerra; pero lo bastante viejos para haber hecho su servicio militar; por lo tanto, al frente después de quince días de instrucción. Siry tiene una ancha cara triangular muy oscura, un muchacho rechoncho, con ademanes de comediante. Kogan es un plumero rizado, con un mechón de pelo vertical.

Han pasado la noche bajo la misma manta: los que van a combatir duermen de a dos, a causa del frío de noviembre. Nunca, piensa Kogan, he sentido tanta amistad por un hombre en tan poco tiempo. Cada vez que un obús cae cerca de ellos, Siry, en lenguaje de mirlo, aprueba, juzga, protesta. Un 155 cae sin estallar, desaparece a través del lodo hacia algún centro de la tierra: Siry agita las alas, protesta desesperadamente.

—¡Los moros!

No; un combatiente demasiado nervioso. La niebla comienza a levantarse, pero no se ve a nadie: explosiones, un bosque desierto.

—¡Cuerpo a tierra!

Helos a todos en el olor del musgo y de los recuerdos de infancia. Bajan los primeros heridos en la cara, el rostro oculto por los dedos ya del color de la sangre. Los soldados se levantan a pesar de las balas para saludar con el puño en alto, los heridos no los ven, salvo uno, que descubre para responder con su puño sangriento el rostro mismo de la guerra. Por todos lados caen ramas, como hombres.

—Inmunda tierra —dice Siry—, ¡si uno pudiera meterse dentro!

—¡De pie!

Comienzan a avanzar, agachados, a través del bosque. Oyen a los moros avanzar también, pero nada ven, salvo los árboles aislados semejantes en la niebla a los géiseres de tierra de los obuses. Se acabó la imitación del mirlo: desde que marchan, desde que van al combate con los pies, no piensan sino en el segundo en que aparecerán los moros; y, sin embargo, hasta los más ignorantes de entre ellos piensan también que, en esa mañana de niebla, son la Historia. El flamenco que está a la derecha de Siry (a la izquierda está Kogan), recibe una bala en la pierna, se baja para tocarse la pantorrilla, recibe dos balazos en el pecho y cae. Los moros tiran ahora a fuego cruzado. Nunca hubiera creído que hubiese tantas balas en el mundo, piensa Siry, ¡ni tantas para mí! Pero le encanta funcionar tan bien: el miedo está allí, pero no le molesta para caminar, ni para hacer ningún ademán. Bueno. «¡Vamos a mostrarles lo que son los franceses!». Porque en ese momento cada uno de los internacionales quiere demostrar las cualidades militares de su nación. Un oficial grita dos sílabas y cae, una bala en la boca. Siry comienza a enfurecerse: le parece que asesinan a sus compañeros. Bajo el estruendo de los obuses, percibe el silenció súbito de los hombres —por donde ronda todavía una frase, dicha por varias voces:

—Me jodieron…

Los internacionales avanzan en la niebla. ¿Es que los moros van a dejarse ver, sí o no?

Heinrich se agita en medio de los teléfonos y de la confusión de un puesto de comando. Llega un civil, pelo gris cortado a cepillo, bigotes.

—¿Qué quiere usted?, —pregunta Albert, el ayudante del general. Es un judío húngaro, exestudiante, exlavaplatos; robusto y con el pelo crespo.

—Soy comandante en el ejército francés. Pertenezco al Comité Mundial Antifascista desde su fundación. He pasado el día sentado en una silla en el Ministerio de Guerra, y puedo serles más útil. Por fin me han mandado aquí. Estoy a las órdenes de ustedes.

Le tiende a Albert sus papeles: libreta militar, carta del Comité.

—Está bien, mi general —dice éste a Heinrich.

—Una compañía polaca acaba de perder a su segundo capitán —dice el general.

—Muy bien.

El capitán se vuelve hacia Albert.

—¿Dónde están los uniformes?

—No tendrá usted tiempo —dice Heinrich.

—Muy bien. ¿Dónde están los hombres?

—Lo llevaremos allí. Le prevengo que su puesto es… serio.

—He hecho la guerra, mi general.

—Bien. Perfecto.

—Soy un suertudo. Las balas me tienen asco.

—Perfecto.

Entre los troncos de ese Parque del Oeste tan poco hecho para la batalla, más allá de los hombres caídos que no se ocupan ya de nada —muertos—, Siry ve por fin pasar como palomas furtivas los primeros turbantes.

—¡Planten sus bayonetas en tierra!

Nunca ha visto a los moros; pero empleado como agente de enlace algunos días antes, se encontró por la noche, durante una hora, en primera línea, a cien metros de sus trincheras. La noche de noviembre era espesa y brumosa; nada veía, pero oía claramente, mientras duró su misión, los

tam-tam

que subían y bajaban con sus luces; ahora los espera como esperaría el África. Dicen que los moros están siempre borrachos cuando atacan. A su alrededor, por todas partes, de pie, acostados o muertos, apuntando, tirando, están sus compañeros de Ivry y los obreros de Grenelle, los de Courneuve y los de Billancourt, los emigrados polacos, los flamencos, los proscritos alemanes, los combatientes de la Comuna de Budapest, los estibadores de Amberes —toda esa sangre delegada por la mitad del proletariado de Europa—. Los turbantes se aproximan detrás de los troncos, como si jugaran a las esquinitas en una loca carrera.

Se apasionan desde Melilla…

Largos trozos de acero, bayonetas o machetes, pasan sin brillar en medio de la niebla, largos y agudos.

Con arma blanca, las tropas moras se cuentan entre las mejores del mundo.

—¡Bayonetas!

Es el primer combate de la brigada internacional.

Los internacionales sacan sus bayonetas. Siry no ha peleado nunca. No piensa que lo matarán ni que será vencedor. Piensa: «¡Se dan cuenta estos árabes!». ¿Esgrima con bayoneta en el regimiento? ¿O bien perforarlos enseguida?

Entre dos obuses, una voz lejana dice detrás de los árboles:

—… la República…

No se oye más. Todos los ojos están fijos en los moros que llegan. Y una voz mucho más próxima, cuyas palabras cada uno adivina, cuyo sentido no importa pero sí su acento, palabras que tiemblan de exaltación y hacen erguirse a todos esos hombres agachados, grita por primera vez en francés, en medio de la bruma:

—Por la Revolución y la Libertad, la tercera compañía…

Heinrich, con la nuca afeitada que se le arruga como la frente, tiene un auricular contra cada oreja. Compañía tras compañía, la brigada contraataca con bayoneta.

Albert deja su receptor:

—No comprendo nada, mi general. El capitán Mercery dice: «Botín considerable. La posición es nuestra. ¡Nos hemos apoderado por lo menos de dos toneladas de jabón!». Mercery manda una compañía española, a la derecha de los internacionales.

—¿Qué jabón? ¿Qué quiere decir ese idiota?

Albert toma de nuevo el receptor.

—¿Qué? ¿Qué fábrica? ¿Qué fábrica? ¡Dios mío! Explica la utilidad del jabón —le dice a Heinrich.

El general mira un mapa.

—¿En dónde?

Heinrich ha cambiado de auriculares.

—Bien —dice—. Se ha equivocado de lado y ha tomado una jabonería que era nuestra. Dígale al general español que saque a ese idiota inmediatamente.

La bayoneta que van a utilizar es más larga de lo que creían. En el último cuarto de hora, Siry encuentra únicamente una confusión de matorrales y de grandes árboles que estallan todos, un estruendo de obuses por encima de las balas explosivas, y los moros que llegan, boquiabiertos, pero no se oyen aullidos.

Una compañía alemana acaba de relevar a la de Siry, que parte a la retaguardia para ser dada momentáneamente de baja. El bosque está alfombrado de moros como de papeles después de una fiesta; el batallón, cuando cargaba, no los veía. Se dice que una compañía polaca ha pasado el Manzanares.

—¿Y el comandante que se mandó a los polacos? —preguntó Heinrich.

—Cuando vio lo que pasaba, dijo: la posición es insostenible, deben ustedes abandonarla. Los que lleguen a nuestras líneas dirán que han partido por mi orden. Saldrán ustedes por las ventanas de atrás, no les tocarán por eso menos obuses, pero a pesar de todo soportarán menos balas. ¡Vayan!, y digan que he hecho lo que había que hacer.

»Se puso la guerrera del segundo capitán polaco, bajó, cargó con la ametralladora hasta el fin y se pegó

un balazo en la sien. Cayó del otro lado de la puerta.

—¿Cuántos supervivientes?

—Tres.

Siry ha perdido a Kogan: ninguno de sus dos vecinos comprende francés (salvo los comandantes). Siry sabe que, detrás de su batallón, no hay sino peluqueros armados: su reserva se llama el batallón de los Fígaros. Cuando calla el infernal estruendo, oye los tiros de la columna Durruti, que avanza, del «Regimiento de Acero», que avanza, de los socialistas, que avanzan; mientras más avanzan, más se ensancha su línea. Detrás del desorden sangriento del Parque se extiende, se despliega una línea de ataque tan larga como la ciudad. Entre las casas, los españoles que por la mañana han detenido tres ataques, acaban de recibir la orden de atacar a su vez: las casas tomadas por los moros son reconquistadas con granadas, los tanques son detenidos con dinamita, y los moros rechazados por las bayonetas de los internacionales, encontrando delante de ellos, en las calles, a los anarquistas que empujan hasta la primera línea los cañones republicanos. Detrás de ellos, los sindicatos movilizados esperan las armas de los primeros muertos.

Los fascistas avanzan desde Marruecos, pero retroceden desde el Parque del Oeste.

Derrotados los moros, las compañías diezmadas de los internacionales vuelven a la retaguardia, forman nuevas compañías, parten una vez más. Los moros caen. Los anarquistas de Durruti, las columnas de todos los partidos catalanes, los socialistas, los burgueses del «Regimiento de Acero» atacan.

—¡Oigo!

Albert sostiene el receptor.

—El enemigo contraataca de nuevo, mi general.

—¿Con los tanques?

—No, no hay nuevos tanques.

—¿Aviación?

Albert repite:

—Normal.

No corta. Mira su pie, que se mueve; el receptor tiembla:

—¡Mi general! ¡Ya está! ¡Llegan hasta el Manzanares! ¡Van a pasar de nuevo el Manzanares, mi general!

Compañía tras compañía pasan la de Siry, corriendo, cargando; y Siry y sus compañeros ocupan un terreno sembrado de hombres con caras arrugadas. Nación tras nación, las compañías pasan en la niebla que parece ahora hecha del humo de las explosiones, curvadas fusil adelante. Como en el cinematógrafo, ¡y sin embargo tan diferentes! Cada uno de esos hombres es uno de los suyos. Y vuelven, los puños contra la cara o sosteniéndose el vientre con las dos manos —o no vuelven— y han aceptado eso. Y él también. Detrás de ellos, Madrid, y el oscuro murmullo de todos esos fusiles.

Todavía una ola de asalto, y un angosto río…

—¡El Manzanares!, —gritan.

Deslumbrado, un mirlo canta. En alguna parte de la niebla, Kogan, que sangra sobre las hojas mojadas, con un bayonetazo en la cadera, responde por los heridos y los muertos.

II

«Sangre
de izquierda»

I

1

El silencio, sin embargo profundo, se hizo aún más profundo; Guernico tuvo la impresión de que, esta vez, el cielo estaba lleno. No era un ruido de auto de carreras por el cual un avión se localiza; era una vibración muy ancha, cada vez más profunda, tenue como una nota grave. El ruido de los aviones que había oído hasta entonces era alternativo, subía y bajaba; esta vez los aviones eran bastante numerosos para que todo estuviese mezclado, en un avance implacable y mecánico.

La ciudad estaba casi sin faros; ¿cómo los aviones de caza gubernamentales, o lo que de ellos quedaba, hubiesen encontrado a los fascistas en esa oscuridad? Y la vibración profunda y grave que llenaba el cielo y la ciudad como les llenaba la noche, cosquilleando a Guernico y recorriéndole el pelo, se hacía intolerable porque las bombas no caían.

Por fin una explosión sofocada surgió de la tierra como una mina lejana; y, uno tras otro, tres estallidos de una extremada violencia. Otra explosión sorda; después, nada. Una más: por encima de Guernico, todas a la vez, las ventanas de un gran apartamento se abrieron.

No encendía su linterna eléctrica; los milicianos estaban siempre dispuestos a creer en señales luminosas. Siempre el ruido de los motores, pero el de las bombas por añadidura. En esa oscuridad completa, la ciudad no veía a los fascistas, y los fascistas veían apenas la ciudad.

Guernico trató de correr. Los adoquines acumulados lo hacían tropezar incesantemente, y la densa oscuridad hacía imposible seguir por la acera. Pasó un auto a la carrera, los faros azulados. Cinco nuevas explosiones, algunos tiros de fusil, una vaga ráfaga de ametralladora. Las explosiones parecían siempre venir de tierra, los estallidos de una docena de metros en el aire. Ni el menor resplandor; las ventanas se abrían, empujadas de más allá. Bajo una explosión más próxima, estallaron vidrios, cayeron de muy alto, sobre el asfalto. Con el ruido, Guernico tuvo conciencia de que sólo veía hasta el primer piso. Como un eco de vidrio roto, el ruido de una sirena se hizo perceptible, se acercó, pasó ante él, se perdió en la oscuridad: la primera de sus ambulancias. Por fin llegó a la Central Sanitaria; la calle se pobló en la oscuridad.

Médicos, enfermeras, organizadores, cirujanos se unieron al mismo tiempo que él a sus colegas de servicio. Él tenía por fin sus ambulancias. Un médico era responsable de la parte sanitaria del trabajo, Guernico de la organización de los auxilios.

—Esto puede funcionar —dijo el médico—, pero si las cosas continúan así, no funcionará más: estamos obligados a mandar las ambulancias por series, hay bombas en San Jerónimo y en San Carlos, y todo por el estilo…

Un asilo de ancianos y un hospital. Guernico imaginaba a los heridos corriendo a través de las salas apagadas de San Carlos.

—¿Las ambulancias tienen una buena cantidad de antorchas eléctricas, verdad? —preguntó tranquilamente.

—Llamas por todos lados. Sin duda, los fascistas emplean bombas incendiarias.

El médico abrió los postigos interiores.

—Mire.

Débiles resplandores rojos pasaban detrás de los perfiles de las casas, en direcciones diferentes. El incendio de Madrid comienza, pensó Guernico.

—¿Las antorchas están en las ambulancias, verdad? —preguntó de nuevo, paciente.

—No creo, pero, vea usted, no hace falta.

Guernico organizaba con una tranquilidad que sorprendía a los cirujanos: no había en él ni comedia, ni tragedia. Encargó a uno de los asistentes que llevara antorchas en cada ambulancia: en esa oscuridad completa, la luz era la primera condición de auxilio. Nueva explosión; los vidrios gimieron. Mientras una enfermera cerraba los postigos, se oían las sirenas de dos ambulancias lanzadas a través de la noche.

Un estallido más. Parecía que las bombas, bombas ligeras, sin duda, no fuesen arrojadas de un avión,

sino echadas furiosamente como granadas. Guernico estaba sentado, y le trasmitían comunicaciones telefónicas, anotadas en fichas.

—Rodean el palacio —dijo.

—Mil heridos, y así sucesivamente… —dijo el médico. El hospital y la embajada soviética eran vecinos.

—Calle San Agustín —dijo Guernico.

Calle de León.

Plaza de las Cortes.

—Ahora no golpean a los heridos, sino a los vivos —dijo un médico.

Un asistente entreabrió la ventana cuyos postigos había cerrado el médico; por encima de las órdenes, de las llamadas telefónicas, del ruido demasiado seguro de los pasos y de la sirena constante de las ambulancias, entró en el cuarto la vibración regular de la escuadrilla fascista.

Una corriente de aire hizo volar algunos papeles: una enfermera, que había partido con la ambulancia del asilo de ancianos, volvía.

—¡Lo que hay que ver, mi querido Guernico! ¡A lo menos, dos ambulancias más para el hospicio!

—¡La puerta, Mercedes! —gritó el médico, atrapando como mariposas sus papeles que volaban con la corriente de aire.

—¡Qué pandilla de cerdos! —dijo ella como si hubiera hablado del rumor de los motores sobre el cual se cerraba la ventana—. Allí el desorden es aterrador. Los pobres viejos se arrastran por las escaleras. ¡Están enloquecidos, naturalmente!

—¿Cuántos heridos hay? —preguntó Guernico.

—¡Oh, para los heridos bastaría la ambulancia! Es para la evacuación.

—Las ambulancias son para los heridos, y no serán pocos… ¿Ahora los ancianos están en los sótanos?

—¡Puedes imaginarte!

—¿Los sótanos son fuertes?

—¡Oh!, catacumbas.

—Bueno.

Encargó a un asistente que previniera a la junta.

—Sabes, Guernico —dijo a media voz Mercedes, súbitamente calmada—, hay algunos que se enloquecen…

—¿Son bombas incendiarias? —preguntó el médico.

—La gente que parece saber algo las llama bombas de calcio. Es verde, ajenjo, exactamente. Es terrible, sabe usted: no se puede apagar. Y los viejos que corren a través de eso como ciegos, las manos hacia delante, o apoyados en sus muletas…

—¿Dónde ha caído la bomba?

¿Estaba una ventana mal cerrada? El ruido empecinado de los aviones rondaba la sala, cortado por la ráfaga de una ametralladora republicana, «para levantar el ánimo», sin duda. Pero por debajo, como si viniera del suelo y de las paredes, un gruñido subía y bajaba con el redoble de los tambores con sordina: un nuevo ataque de la brigada internacional contra los moros a lo largo del Manzanares.

—¿Dónde combaten? —preguntó Guernico.

—En la Casa del Campo, en la Ciudad Universitaria —dijo el médico.

Una explosión muy cercana hizo saltar los portaplumas sobre las mesas. Las tejas cayeron sobre tejados lejanos y sobre el revuelo de pasos de un grupo que huía. Hubo un segundo de silencio, después un grito estridente rayó la noche, después el silencio.

—Una bomba incendiaria ha caído sobre la embajada de Francia —dijo Guernico de nuevo en el teléfono—. Las bombas de la no intervención.

»Los motoristas están en su puesto, ¿verdad?

»Dos bombas cerca de la plaza de las Cortes.

»Hay que mandar seis ciclistas de enlace a Cuatro Caminos.

Un asistente le habló al oído.

—Enviad una ambulancia más a San Carlos —continuó—. Allí hay heridos… Y decid a Ramos que vaya a inspeccionar todo eso, por favor.

Desde el principio del sitio, la función de Ramos era traer la ayuda del Partido Comunista al lugar más amenazado. Si no era de gran utilidad para el servicio sanitario, que carecía de anestésicos y de placas radiográficas, lo era menos para el servicio de las ambulancias; pero en adelante, en Madrid, la ayuda a los heridos iba a ser una de las funciones capitales de la junta.

2

Ramos corría tan velozmente como se lo permitían sus faros azulados.

Ante el primer gran incendio, el automóvil se detuvo. En la noche llena de gritos sofocados, de ruidos de carreras, de detonaciones, de llamadas y desmoronamientos apagados por encima del redoble ininterrumpido de la batalla, un convento se hundió entre los escombros; los resplandores lo recorrían como animales bajo un hervidero de humo granate. No quedaba nadie. Piquetes de milicianos, guardias de asalto, servicios de auxilio miraban, fascinados por la turbadora exaltación de las llamas, la vida inagotable del fuego. Sentado, un gato gris alzaba la cabeza.

¿Había terminado el raid?

Un débil resplandor a la izquierda. Resonaron taconeos de botas en el silencio lleno de llamadas lejanas. Un haz de llamas sucedió al resplandor, decayó; después, proyectado en el cielo, y en las casas, hubo, de nuevo, un gran resplandor. Aunque los aviones hubiesen partido (los campos estaban próximos, y la noche de noviembre era larga), bajo los tejados, de piso en piso, el fuego continuaba su vida propia: a la izquierda se iluminaron cuatro nuevas hogueras: no por las chispas verdes y azules del calcio, sino por los chisporroteos de llamas rojizas. Cuando Ramos pasó por el lugar de las llamas, miríadas de pavesas roían las casas como una invasión de insectos, ante un éxodo silencioso: colchones, patas de sillas que salían de carretones, conducidos por viejas retrasadas. Los servicios de auxilio llegaban. Eficaces. Él controló una docena.

En San Carlos las casas formaban una pantalla, y la oscuridad era completa en casi todas las calles vecinas a la plaza: Ramos tropezó con una camilla; los que la llevaban gritaron. Como un puñado de papel picado incandescente, un torbellino de pavesas pasó por encima de los heridos extendidos en el suelo, unos al lado de los otros, iluminándolos muy débilmente en las piernas. Tres pasos más allá, Ramos tropezó con otra camilla: esta vez, el que gritó fue el herido. En un rincón deslumbrante y sobre un pedazo de techo, los bomberos apuntaban a la hoguera con sus mangueras minúsculas e irrisorias. Ramos llegó por fin a la plaza.

Las humaredas hirvientes se precipitaron y el resplandor subió. Todo se hizo nítido, los gorros de algodón de los heridos alineados y los gatos. Y como si hubiera acompañado el ascenso del fuego, la profunda vibración de los motores llenó de nuevo el cielo negro.

Ramos anhelaba tan violentamente la paz para esos heridos que evacuaban, ambulancia tras ambulancia, que quería creer en la llegada de los automóviles; pero un instante después del ruido de las vigas desvencijadas, en un silencio lleno de chispas, proseguía el incendio y se desplegaba en lo alto la cercanía inexorable de los motores; dos paquetes de cuatro bombas, ocho estallidos seguidos de un clamor muy sordo, como si la ciudad entera se hubiera despertado en el terror.

Al lado de Ramos, un miliciano campesino cuyo vendaje se había deshecho, miraba su sangre bajar a lo largo de su brazo desnudo y caer gota a gota en el asfalto: con esa luz sombría, la piel era roja, el asfalto negro era rojo, y la sangre, de un color de madera clara, se volvía, al caer, de un amarillo luminoso, como el del cigarrillo de Ramos. Éste hizo evacuar con urgencia al miliciano. Otros heridos, con los brazos enyesados, se deslizaron como en un lúgubre *ballet*, sus siluetas, negras al principio, después sus pijamas claros cada vez más rojos, a medida que atravesaban la plaza en el sombrío resplandor del incendio. Todos esos heridos eran soldados: no había enloquecimiento sino un orden huraño, hecho de cansancio, impotencia, rabia y resolución. Cayeron dos bombas más y la línea de heridos acostados se retorció como una ola.

La central telefónica estaba a cien metros, en una calle que el incendio no iluminaba: Ramos tropezó con un cuerpo, encendió su linterna: el hombre gritaba, la boca muy abierta; uno de los camilleros le tocó la mano:

—Está muerto.

—No, grita —dijo Ramos.

Apenas podían oírse, tal era el estruendo de las bombas, los aviones, los lejanos cañones y las sirenas. Pero el hombre estaba muerto, con la boca abierta como si hubiera gritado; y quizá había gritado… Ramos tropezó aún con camillas y gritos que un resplandor hizo surgir de la noche de todo un pueblo agobiado.

Pidió por teléfono ambulancias y camiones: muchos heridos podían ser evacuados por camiones. (¿Adónde?, se preguntaba. Los hospitales, unos tras otros, estaban transformados en hogueras). Guernico lo mandó a Cuatro Caminos. Era uno de los barrios más pobres, especialmente elegido por los fascistas desde el principio de la guerra. (Franco, decían, había afirmado que haría el menor daño posible al barrio elegante de Salamanca). Ramos tomó de nuevo el automóvil.

En el resplandor de los incendios, a la luz cadavérica de los faroles eléctricos azulados y de los faros, en

la oscuridad completa, comenzaba de nuevo en silencio un éxodo secular. Muchos campesinos del Tajo se habían refugiado en casa de sus parientes, cada familia con su pollino; entre las mantas, los relojes despertadores, las jaulas con canarios, los gatos en los brazos, todos, sin saber por qué, iban a los barrios más ricos —sin trastornarse, con un antiguo hábito de desamparo—. Las bombas caían a montones. Les enseñarían a ser pobres como conviene serlo.

Los faros azulados iluminaban mal. Frente a las casas despanzurradas, Ramos pasó ante una veintena de cuerpos acostados, paralelos y confusos, todos iguales junto a los escombros. Detuvo el auto, silbó para llamar una ambulancia. Anarquistas, comunistas, socialistas, republicanos, ¡hasta qué punto el inagotable gruñido de los aviones mezclaba bien esas sangres, que se habían creído adversarias, en el fondo fraternal de la muerte!… Las sirenas resonaban en la oscuridad, se aproximaban, se cruzaban —se perdían en la noche húmeda como las de los barcos que zarpan—. Una se detuvo, y su grito largamente inmóvil en medio de esa contradanza de aullidos subió como el de un perro desesperado. A través del olor de ladrillo quemado, bajo el torbellino de chispas que rodaban calle abajo como patrullas enloquecidas, la explosión exasperada de las bombas perseguía las campanas de las ambulancias, las cubría de estallidos rabiosos de donde las incansables campanas salían como de túneles entre la jauría de las sirenas enloquecidas. Desde el principio del bombardeo, cantaban los gallos. Bajo el estallido salvaje de un torpedo, todos juntos quedaron dementes, numerosos como los de un pueblo en ese barrio miserable, frenéticos, exasperados, aullando a la muerte el canto salvaje de la pobreza.

En el débil haz de la antorcha de Ramos, febril como una antena de insecto, apareció, junto a los cuerpos tendidos a lo largo de la pared, un hombre acostado en una escalinata. Estaba herido en un costado y gemía. No muy lejos, sonaba la campana de una ambulancia. Ramos silbó de nuevo. «Viene», dijo. El hombre nada respondió, pero continuó gimiendo. La antorcha iluminaba desde lo alto, paseaba sobre su rostro la sombra de las gramíneas que crecían entre las piedras de la escalinata; Ramos, en el incansable frenesí de los gallos, miraba con piedad las finas sombras indiferentes pintadas con una precisión japonesa sobre esas mejillas que temblaban.

En la comisura de los labios le cayó la primera gota de lluvia.

3

Detrás de las trincheras alemanas de la brigada internacional, sube el resplandor de los primeros grandes incendios de Madrid. Los voluntarios no ven los aviones; pero el silencio de la guerra tiembla como un tren que cambia de rieles. Los alemanes están todos juntos, aquellos que se han exiliado porque eran marxistas, aquellos que se han exiliado porque eran novelescos y se creían revolucionarios, aquellos que se han exiliado porque eran judíos; y aquellos que no eran revolucionarios, que se han hecho revolucionarios y que están allí. Desde la carga del Parque del Oeste, rechazan dos ataques por día: los fascistas tratan en vano de derrotar la línea de la Ciudad Universitaria. Los voluntarios miran el gran resplandor rojo que sube en las nubes lluviosas: los resplandores de incendio, como los de los anuncios eléctricos, son inmensos en las noches de niebla, y parece que la ciudad entera arde. Ninguno de los voluntarios ha visto todavía Madrid.

Hace más de una hora que un camarada herido llama.

Los moros están a un kilómetro. No es posible que no sepan dónde se encuentra el herido: sin duda, esperan que los suyos vayan a buscarlo; ya ha sido muerto un voluntario salido de la trinchera. Los voluntarios están preparados para aceptar esta caza con señuelo; lo que temen, en esa noche profunda cuyo incendio no ilumina el cielo, es no encontrar su trinchera.

Por fin tres alemanes acaban de obtener la autorización de ir a buscar al que grita a través de la oscura niebla. Uno después de otro pasan el parapeto, se hunden en la niebla: el silencio de la trinchera es sensible a pesar de las explosiones.

El herido grita por lo menos a cuatrocientos metros. Eso será largo: todos saben ahora que un hombre no se arrastra rápidamente. Y habrá que acercarlo. Con tal de que no se levanten. Con tal de que el alba no llegue demasiado pronto.

El silencio y la batalla, los republicanos tratan de unirse detrás de las líneas fascistas; los moros tratan de aplastar la Ciudad Universitaria. En alguna parte de la noche las ametralladoras enemigas tiran al hospital. Madrid arde. Los tres alemanes se arrastran.

El herido llama cada dos o tres minutos. Si hay un cohete, los voluntarios no volverán. Sin duda están ahora a cincuenta metros de la trinchera; los otros sienten el olor insulso del barro, casi el mismo del de las trincheras, como si estuvieran con ellos. ¡Cuánto tarda el herido en llamar de nuevo! Con tal de que no se

equivoquen de dirección, que vayan, por lo menos, directamente hacia él…

Los tres, boca abajo, esperan, esperan la llamada en la niebla atravesada de resplandores. La voz ha callado. El herido no llamará más.

Se han alzado sobre un codo, azorados. Madrid arde siempre, la trinchera de los alemanes resiste siempre, y, en el sombrío
tam-tam
del cañón, los moros intentan aplastar la Ciudad Universitaria en la niebla de la noche.

4

Shade se detuvo en la primera casa despanzurrada. Había parado la lluvia, pero se la sentía próxima. Mujeres de chal negro formaban cadena detrás de los milicianos del servicio de auxilio, que sacaban de los escombros una bocina de fonógrafo, un paquete, un cofre pequeño…

En el tercer piso de la casa, en un corte como un decorado, colgaba una cama, suspendida por un pie de un techo reventado, habían vaciado este cuarto en el arroyo, casi a los pies de Shade, con sus retratos, sus juguetes, sus cacerolas. La planta baja, aunque despanzurrada, estaba intacta, tranquila como la vida, y sus moradores agonizantes habían sido llevados por una ambulancia. En el primer piso, encima de una cama cubierta de sangre, sonó un despertador, y su llamada se perdió en la desolación de una mañana gris.

Los hombres del servicio de auxilio se pasaban los objetos de mano en mano; el último miliciano pasó a la primera mujer un paquete. La mujer no lo tomó por el medio, con las manos, como se lo tendían, sino entre los brazos: la cabeza cayó hacia atrás porque el niño estaba muerto. La mujer miró hacia la cadena de mujeres, buscó y se echó a llorar: quizá había visto a la madre. Shade se fue. Mezclado con la niebla húmeda de la mañana, el olor a fuego llenaba la ciudad, un olor feliz a madera quemada en los bosques de otoño.

A la mañana siguiente, no había víctimas: los habitantes, pequeños empleados, miraban en silencio arder su casa sin fachada. Shade estaba allí para buscar lo pintoresco o lo trágico, pero su oficio le repugnaba: lo pintoresco era irrisorio, y nada más trágico que lo banal, que esas miles de existencias humanas semejantes a las demás, que esas caras cubiertas de dolor como todas lo estaban de sueño.

—¿Es usted extranjero, señor? —le preguntó el que miraba a su lado.

La cara del interlocutor era fina y madura: las arrugas verticales del intelectual; mostró la casa sin decir nada.

—La guerra me da horror —dijo Shade ajustándose la corbata.

—Pues aquí no falta horror —y en voz un poco más baja—: Si podemos decir: la guerra…

»Señor: la fábrica de lámparas eléctricas, hacia la carretera de Alcalá, arde. San Carlos y San Jerónimo, arden… Todas las casas alrededor de la embajada de Francia… Muchas casas alrededor de la plaza de las Cortes alrededor del Palacio… ¡La Biblioteca!…

Hablaba a Shade sin mirarlo. Miraba el cielo.

—Yo también tengo horror a la guerra… Menos que al asesinato.

—Todo es mejor que la guerra —dijo Shade, obstinado.

—¿Hasta dar el poder a los que así lo ejercen?, —miraba siempre el cielo—. Yo tampoco puedo aceptar la guerra… ¿Y cómo aceptar esto? Entonces, ¿qué hacer?

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó Shade.

Su interlocutor sonrió y le mostró la casa que ardía, con llamas pálidas en la mañana gris, bajo una melancólica humareda.

—¡Todos mis papeles, señor!… Y soy biólogo…

A cien metros de distancia, en una plaza, estalló un obús de grueso calibre. Los últimos vidrios se vinieron abajo, y en medio de los vidrios un asno atado, que no intentaba escaparse, se puso a rebuznar desesperadamente bajo la lluvia que volvía a caer.

Cuando Shade llegó al asilo de ancianos, muchos de sus ocupantes habían subido de los sótanos. El incendio se había apagado, pero los restos del bombardeo, en torno a esos personajes inofensivos y vulnerables con sus achaques y sus ademanes encogidos, era de un absurdo sobrehumano.

—¿Cómo lo pasaron? —le preguntó a un anciano.

—¡Ah, señor! ¡Correr no es cosa de nuestra edad! ¡Correr así! Sobre todo los que tienen muletas…

Tomó a Shade por la manga:

—¿Adónde vamos, señor? Yo, por ejemplo, era peluquero. Para una clientela especial, únicamente.

Todos esos señores contaban conmigo para su arreglo fúnebre, afeitarlos, cortarles el pelo, y todo…

Shade oía con dificultad porque pasaban camiones, uno detrás de otro, sacudiendo las paredes y los escombros.

—El Frente Popular nos había puesto aquí, señor, y estábamos bien: ¡para lo que ha servido!… Porque esto va a comenzar de nuevo, figúrese… Terminará, sin duda, terminara… Sólo que yo también…

En el primer piso, los ancianos más vigorosos ayudaban en obras cuya naturaleza Shade no adivinaba. Había allí una docena de hombres, graves con la gravedad de la vejez española. Trabajaban como si estuvieran condenados al silencio, el oído atento, observando el cielo.

En el segundo piso, entre las sirenas de las ambulancias que recorrían la ciudad y el ruido incesante de los camiones, milicianos en servicio de turno trataban de arrastrar por la fuerza a los ancianos, refugiados bajo sus camas contra los bombardeos, medio locos, y que no querían soltarse de las patas de hierro. De pronto, el eco amenazador de las ambulancias, las sirenas de alerta recorrían la ciudad a toda velocidad: abandonando las camas, los ancianos corrían hacia la puerta de la escalera que conducía al sótano, con la manta sobre la espalda; salvo uno que llevaba su cama como un caparazón.

Menos de diez segundos después, la primera explosión pulverizaba sobre las mesas y bajo las ventanas los fragmentos del vidrio roto durante la noche, y como si Madrid entero hubiera respondido por un indiferente toque a rebato, por encima del redoble del cañón de la Ciudad Universitaria, los relojes de la ciudad comenzaron a dar, uno tras otro, las nueve.

Shade bajó por la puerta del hospital, pasó su larga pipa, su nariz. Anchos, semejantes a los aviones de transportes alemanes que tan a menudo había tomado en Europa, los Junkers salieron por la hendidura de un techo, su proa alargada hacia delante, negros y muy bajos bajo las nubes de lluvia, atravesaron lentamente la calle, desaparecieron detrás del techo opuesto, seguidos de sus aviones de caza. El destino guiaba las bombas incendiarias. Estallaron a derecha e izquierda, en rosario. Volaron las palomas; por encima de su blando vuelo, la vuelta rígida de los aviones pasó como la fatalidad. Esa muerte que mataba al azar causaba horror a Shade. ¿No tenían los gubernamentales suficientes cazas para sacar del frente un solo avión? Ante la puerta, los camiones seguían pasando con los toldos chorreantes: llovía muy cerca.

—Hay un sótano —dijo una voz detrás de él.

Se quedó bajo la puerta, sabiendo que no lo protegería. Siluetas caminaban a lo largo de las paredes, se detenían algunos minutos bajo cada portal, seguían caminando. A menudo había visitado el frente, nunca había sentido lo que ahora sentía. La guerra era la guerra; esto no era la guerra. Lo que hubiese querido ver que terminara era, más que los torpedos, el matadero. Las bombas continuaban cayendo, imprevisibles. Shade pensaba en lo que había entrevisto u observado en puestos: los cubiertos de las casas partidas en dos, en un retrato con el vidrio roto por encima de un chorrito de sangre, en un traje de viaje colocado encima de una maleta —preparativos para el otro mundo—, en un asno del que sólo habían encontrado los cascos, en los largos rastros de sangre de animal perseguido dejados en las aceras y sobre las paredes por los heridos del Palacio, en las camillas vacías con una mancha en el lugar de cada herida. ¡Cuánta sangre lavaría la lluvia! Los obuses, ahora, cruzaban las bombas. Shade aguardaba, después de cada explosión, el ruido de las tejas que caen. A pesar de la lluvia, el olor del fuego comenzaba a instalarse en las calles. Los camiones seguían pasando.

—¿Qué es eso? —preguntó Shade, estirando las alitas de su corbata de lazo.

—Refuerzos para el Guadarrama. «Ellos» tratan de entrar por allí.

5

Bajo un gran velo de lluvia oblicua, la brigada de Manuel avanzaba por la Sierra de Guadarrama en un paisaje de 1917 con campanarios desmantelados. Las siluetas se desprendían pesadamente del barro, bajaban poco a poco. Un horizonte de atardecer en plena mañana, largas líneas de antiguas labranzas orientadas hacia un valle bajo que subían hasta el cielo como en hilachas y detrás de la cual la llanura de Segovia bajaba sin duda hasta el infinito, como el mar detrás de un peñasco. La tierra parecía detenerse en ese horizonte; más allá, un mundo invisible de sueño y de lluvia gruñía con todos sus cañones. Detrás, Madrid. Los hombres avanzaban siempre, hundiéndose cada vez más en el barro cada vez más espeso. De tiempo en tiempo, entre las explosiones, un obús no estallaba, se hundía: *bjjii*…

El puesto de mando de Manuel estaba muy cerca de las líneas. Otros regimientos habían sido agregados al suyo, y él dirigía una brigada. Su derecha andaba bien; su centro, igualmente; su izquierda flaqueaba un poco. En el último combate, el sesenta por ciento de los oficiales y de los comisarios políticos de su brigada

habían sido heridos. «Me haréis el favor de quedaros en vuestro sitio y no ir a cantar la *Internacional* a la cabeza de vuestras tropas», había dicho una hora antes. El contraataque se desarrollaba bien, pero la izquierda flaqueaba.

La izquierda no estaba formada por los hombres de Aranjuez, ni por los hombres del 5.º cuerpo que había sido reforzado, ni por los nuevos voluntarios agrupados en torno a ellos; éstos combatían a la derecha y en el centro. Eran compañías venidas de la región de Valencia, llamadas anarquistas, aunque sus hombres no hubieran pertenecido jamás a los sindicatos antes del levantamiento. Desde dos días antes, la izquierda de la brigada no tenía un solo sargento antiguo: todos estaban muertos o en el hospital.

Delante de esa izquierda avanzaban los tanques de Manuel. Mecánicos, tranquilos, marchaban contra una cortina de fuego de artillería de la misma densidad de la que trataban de detener los soldados de infantería que los seguían; no parecían avanzar contra un bombardeo, sino sobre un terreno minado donde hubiesen estallado las minas. Uno de ellos desapareció, como si se hubiese disuelto en la lluvia: un foso para tanques; otro se acostó blandamente junto a un géiser de tierra barrosa y de cascotes, entre los brotes impetuosos de la tierra arrancada, que recaía bajo los obuses con una curva blanda y desolada, melancólica como las rayas oblicuas de la lluvia sin fin; los otros continuaban su avance.

Durante meses, Manuel había visto avanzar los tanques de esa manera; sólo que, durante meses, eran los tanques enemigos. Un día, la brigada de Aranjuez había construido un tanque de madera —operación mágica, para hacer venir los tanques verdaderos…—. Hoy los suyos aparecían a lo largo de todo el paisaje, avanzando a la derecha, demorados a la izquierda, seguidos por los soldados de infantería. La artillería pesada republicana martilleaba a cañonazos las líneas enemigas, que respondían pero no llegaban a cortar el contraataque. En el gris universal, manchitas humanas de un gris más oscuro seguían a los tanques: los dinamiteros. Y las secciones de ametralladores ocupaban su terreno —un terreno miserable y deslavado— arrancando paso a paso al fango.

¿Por qué enviaban a la extrema izquierda tanques de refuerzo? ¿Por qué la izquierda se atascaba? La línea de tanques, desde su extrema derecha hasta el último de ellos, giraba ahora en media luna. ¿Se batían en retirada los tanques de Manuel? ¡Los que miraba no iban hacia los fascistas sino hacia él!

No eran tanques de refuerzo; eran tanques enemigos.

Si su izquierda flaqueaba, toda la brigada estaba perdida, y ese hueco podía convertirse en la brecha de Madrid. Si resistía, ni uno de los tanques enemigos volvería a las líneas fascistas.

Su reserva estaba preparada, al lado de sus camiones. Podía ponerla íntegramente en juego, porque de Madrid llegaba otra reserva de camiones.

El automóvil de enlace de la izquierda se detuvo delante de él: se lo reconocía desde lejos por su chaqueta de lana cruda. El comandante estaba detrás, con la cabeza en su brazo replegado apoyado en la capota. Parecía roncar.

—¿Qué tiene? —preguntó Manuel golpeándole la bota con una rama de pino que tenía en la mano.

No veía la herida.

—En la nuca —dijo el chófer.

Es raro que un oficial sea herido de espaldas durante un ataque. Sin duda, se había vuelto.

—Déjelo aquí —dijo Manuel— y corra a buscar a Gartner.

Manuel había telefoneado ya para que se pusieran en contacto con el comisario político y lo mandaran.

Con bruscas sacudidas, el auto desapareció a través del agua. Manuel tomó de nuevo sus prismáticos. Algunos hombres de su extrema izquierda corrían hacia los tanques fascistas, que no parecían tirar porque ningún hombre caía. Pero —Manuel hacía girar el resorte de los prismáticos, desleía más el paisaje, lo precisaba nuevamente detrás de la lluvia— andaban con los brazos levantados. Se pasaban al enemigo.

La compañía que los seguía, separada de ellos por un repliegue del terreno, no los veía.

Detrás de esas manchitas que corrían bajo sus brazos agitados, como insectos bajo sus antenas, el terreno bajaba. Bajaba hasta Madrid. Manuel recordó que desde la llegada de los nuevos, habían encontrado en el acantonamiento inscripciones falangistas.

Detrás, las otras compañías tiraban. Iban a la matanza, creyendo que la primera avanzaba. ¿Es que el capitán no reconocía los tanques italianos?

Al capitán lo traían en una manta (el puesto de evacuación estaba detrás del puesto de mando de Manuel). Muerto también. Una bala en la cintura.

Era uno de los mejores oficiales de la brigada, antiguo jefe de la delegación de Aranjuez. Estaba acurrucado sobre la manta, con sus bigotes grises llenos de gotas de agua.

Entre los nuevos había falangistas, y los oficiales eran fusilados por la espalda.

La derecha avanzaba siempre.

—El comisario político acaba de matar a un hombre —dijo el chófer.

Manuel se hizo reemplazar y corrió hacia la izquierda con toda su reserva.

Respetuoso de la consigna de «no ir cantando la *Internacional* a la cabeza de las tropas», el comisario político de la brigada, Gartner, había establecido su puesto en un bosque de pinos a la entrada del primer valle, aquel sobre el cual marchaban los tanques enemigos.

Un soldado vino a su encuentro corriendo. Era Ramón, uno de los antiguos. Entre los nuevos de la izquierda, Manuel había colocado a una cincuentena de hombres de Aranjuez.

—Querido comisario, hay cinco miserables entre los nuevos que quieren matar al coronel.

»Son seis. Quieren pasarse al otro lado. Han creído que yo estaba de acuerdo. Han dicho: esperamos a los otros. Después han dicho: con el capitán, la cosa va; con el comandante, la cosa va, ahora hay que ocuparse del de la chaqueta blanca. ¡El capitán, sabes! ¡Pandilla de miserables!

—Quieren pasarse al otro lado. Los que deben matar al coronel son quizá otros. Cuando dijeron eso, yo dije: esperad, esperad, yo tengo compañeros que quieren pasarse. De acuerdo, dijeron ellos. Entonces vine.

—¿Cómo puedes hacer para alcanzarlos? Toda la línea avanza…

—No; ellos no se mueven. Esperan que lleguen los tanques enemigos. Debe haber una combinación entre ellos.

»Y después están los muchachos que gritan que hay que escapar, que no podremos resistir los tanques. Gritan demasiado. No es natural. Entonces los compañeros me han mandado.

—¿Y el comisario de tu regimiento?

—Muerto.

Gartner había guardado con él a diez soldados de Aranjuez.

—Entre los muchachos hay traidores en la línea. Ésos han matado al capitán. Querían matar al coronel y pasarse a los fascistas.

Cambió de traje con uno de los soldados que estaban allí. Su cara en forma de rombo, afeitada, parecía casi necia cuando no expresaba nada; más aún, cuando Gartner trataba de que lo fuera; lo pareció y por completo cuando se quitó la gorra de uniforme y chorreó durante algunos minutos su pelo rubio como espigas. Reemplazado por un comisario del regimiento, partió con sus hombres.

En ese terreno ondulado todos los caminos convergían, ya al puesto de mando de Manuel y al puesto de evacuación, ya hacia el camino por donde Ramón guiaba a Gartner.

Detrás de un bosquecillo desbordante de pinos, bajaban, en efecto, dos soldados de infantería.

—¡Vamos, muchachos, nos largamos!

—Éstos son —le dijo Ramón al comisario.

—¿Los seis?

—Los que se escapan. Están todos obligados a pasar por aquí.

—¿Adónde? —gritó Gartner—. ¿Estáis chiflados?

Quizá los seis nuevos no lo habían visto nunca, sólo conocían al comisario del regimiento. Sin duda lo habían encontrado a menudo, pero no pensaban en él. No pensaban en nada.

—¡Nos largamos, te digo! Aquí no hay forma de resistir. ¡Y los tanques! Dentro de media hora nos habrán cortado la salida, ¡y nos matarán a todos!

—Detrás está Madrid.

—Me cago —dijo el otro, un hermoso muchacho medio aturdido—. Si los jefes hicieran su trabajo, no tendríamos que escaparnos. ¡Vamos, sálvese quien pueda!

—¡Los del centro resisten!

Todo esto, más que hablar, se ladraba en medio de la lluvia. Gartner estaba delante de uno de los soldados, con su boca demasiado pequeña en su rostro demasiado ancho. El soldado bajó su fusil.

—Dime, cara de pescado muerto, ¿quieres que te asciendan? Si te quedas para hacerte aplastar por los tanques, allá tú, pero si pretendes que aplasten a tus compañeros, te voy a…

Ramón, de un puñetazo, lo hizo caer en el barro. Así desarmado, tanto a él como a su compañero, los rodearon cuatro hombres de Gartner. Éste iba hacia delante, ahora corriendo: el capote amarillo sobre sus hombros se volvía gris a través de la lluvia.

Los seis hombres de que había hablado Ramón esperaban en un hueco de cuatro o cinco metros, cubiertos de lodo. Pero no era el caso de empezar un combate.

—Aquí están los muchachos —dijo Ramón, como si le hubiese presentado a Gartner y a los otros.

—¿Vamos? —preguntó el comisario.

—Espera —dijo el que parecía mandar a los seis—. Los otros están arriba.

—¿Quiénes? —preguntó Gartner, con aire estupefacto.

—Eres demasiado curioso.

—Me cago. Lo que me interesa es que sean tipos seguros. Porque yo tengo armas, pero no para entregarlas a cualquiera. ¿Cuántas quieren?

—Para nosotros seis.

—Los compañeros y yo podemos tener enseguida diez pistolas ametralladoras.

—No, para nosotros seis. No más.

El otro golpeó sobre su fusil, encogiéndose de hombros.

—No es que tengamos necesidad —dijo uno de los otros—. Pero, en mi opinión, es muy útil. También las diez.

El primero aprobó, como si hubiera obedecido. Las manos del que acababa de hablar eran finas. Es un falangista, pensó el comisario.

—Comprendes que, a pesar de todo —continuó Gartner dirigiéndose al primero en hablar—, es algo muy diferente de tu escopeta. Una
7,65
no es un revólver de señora. Y así, mira, abres el gran cargador. La armas así. Tiene cincuenta balas. Como vosotros sois seis, hay ocho para cada uno. ¡Arriba las manos!

Apenas avanzó, el que había contestado primero, dos centímetros la mano hacia el fusil, se desmoronó en un charco de un balazo en la cabeza. La sangre se esparció en el agua, negra, bajo un cielo mortecino. Los tanques enemigos avanzaban siempre.

Los compañeros de Gartner apuntaron a los otros y los trajeron. Ante la granja, encontraron a Manuel y a sus camiones. Gartner saltó al auto de Manuel y lo puso al corriente. Manuel había enviado ya a la izquierda la sección antitanques de su reserva.

Los tanques fascistas iban a llegar dentro de pocos minutos a esa sección. Si el centro resistía, la reserva reemplazaría a la izquierda y, como la derecha avanzaría siempre, todo iría bien. Si no…

En el centro estaban los de Aranjuez y todos los que se habían unido a ellos: antiguas milicias de Madrid, de Toledo, del Tajo, de la Sierra misma, obreros de las ciudades, yunteros, obreros agrícolas, pequeños propietarios —los metalúrgicos y los peluqueros, los textiles y los panaderos—. Combatían ahora en un paisaje erizado de pequeños cercos de piedra paralelos, como las curvas en los mapas del Estado Mayor; desde allí era imposible que no viesen que si los tanques enemigos avanzaban todavía dos kilómetros (cinco o diez minutos) ni uno de entre ellos quedaría con vida. Manuel había dado orden de resistir, y ellos resistían, aferrados a las piedras, pegados a los altibajos del terreno, escondidos detrás de los árboles menos anchos que ellos, los morteros enemigos delante y detrás, las ametralladoras tirando a fuego cruzado, los obuses de la artillería pesada viniendo a buscarlos desde el fondo de la lluvia. Manuel había inspeccionado el centro, y había visto a sus hombres caer uno tras otro, sepultados uno tras otro por la tierra removida por los nuevos obuses. A través del furor con que la tierra que estallaba en kilómetros de kilómetros parecía abalanzarse contra las nubes, precipitar contra la lluvia de invierno su lluvia, de la que brotaban terrones, cascotes y heridas, Manuel veía llegar un vago enemigo con sus bayonetas. No brillaban en ese paisaje donde la lluvia disolvía todo lo que le echaba la tierra, y sin embargo Manuel sentía las bayonetas como si él mismo hubiera sido atacado. Algo confuso pasaba en el fondo de la lluvia, alrededor de los innumerables y absurdos cercos de piedra; y la ola enemiga (esta vez no eran los moros) refluyó, como si no hubiera sido deshecha por los antiguos milicianos sino por la lluvia eterna que ya mezclaba muchos de sus muertos con la tierra, y mandaba de vuelta hacia invisibles trincheras las olas de asalto enemigas, deshilachadas y disueltas, a través del velo de una lluvia con detonaciones tan numerosas como sus propias gotas.

Cuatro veces la infantería fascista volvió al arma blanca, y cuatro veces se fundió en el gran velo de agua.

La línea resistía. Pero, hundiendo la izquierda de Manuel, los tanques de la derecha fascista llegaban a la sección antitanque.

Pepe dirigía esta sección. Por poco que tuvieran la menor aptitud para dirigir, los dinamiteros del mes de agosto aún vivos dirigían ahora. Pepe refunfuñaba: «Lástima que su compañero González no esté aquí y con él, para la pequeña experiencia que iba a intentar». Pero González peleaba en la Ciudad Universitaria. Al mismo tiempo, Pepe se regocijaba. «¡Ya se darían cuenta del golpe que iban a recibir!». Seguidos de bastante lejos por su infantería, los tanques fascistas avanzaban a toda velocidad hacia el primer valle, que los ponía al abrigo de la artillería republicana. En cada valle de la Sierra, hay una carretera o un camino:

los camiones habían traído a Pepe y a sus hombres a tiempo.

De ambos lados de la carretera, un terreno bastante descubierto: aquí y allá bosquecillos de pinos negros bajo la lluvia. Los hombres de Pepe tomaron posición, tendidos sobre las aguas empapadas, en medio de un olor a hongos.

El primer tanque entró en el valle, a la derecha de la carretera. Era un tanque alemán, muy rápido y móvil; bajo esa lluvia interminable todos los dinamiteros tenían la impresión de que hubiese debido enmohecerse. Ante él, huía a todo correr una jauría de perros que se habían vuelto salvajes, refugiados en la Sierra.

Los demás empezaron a distinguirse. Pepe, tendido, no veía el terreno entre la maleza, y los tanques parecían avanzar brincando, curvando sus torretas como una cabeza de caballo, o irguiéndola. Tiraban ya y sus cadenas parecían sonar, no con el ruidito mecánico que traía la lluvia, sino con el estruendo de todas las ametralladoras. Pepe estaba acostumbrado a las ametralladoras, y estaba acostumbrado a los tanques.

Esperaba.

Mostrando los dientes con una sonrisa inamistosa, empezó a tirar.

Una máquina puede parecer estupefacta. Al oír las ametralladoras, los tanques se habían hundido. Cuatro de entre ellos —tres de la primera línea, uno de la segunda— se alzaron juntos, no comprendiendo lo que les sucedía, encabritados como misteriosas amenazas a través de una lluvia de pesadilla. Dos se volvieron, uno cayó, el cuarto quedó en el aire, derecho bajo un pino muy alto.

Por primera vez acababan de encontrar las ametralladoras antitanques.

La segunda ola nada había visto de lo que acababa de suceder —un tanque es casi ciego—. Había llegado a toda velocidad. Por encima de la primera fila de ametralladores acostados, la segunda comenzó a tirar y los tanques a vacilar —salvo cuatro, que sobrepasaron a Pepe, y arremetieron sobre su segunda línea.

El caso estaba previsto: Manuel había hecho maniobrar a sus hombres. Los ametralladores de la segunda línea dieron la vuelta a dos ametralladoras, mientras que los otros y los de la primera fila continuaban tirando contra la masa de tanques que huían en
zig-zag
en el diluvio, a través de los pinos negros. Pepe se volvió también: esos cuatro eran más peligrosos que todos los demás, si a sus conductores no les faltaba resolución, la brigada a la que terminarían por llegar, supondría que eran seguidos por otros.

Tres estaban cada uno contra un pino: habían pasado solos, porque sus conductores estaban muertos.

El último continuaba avanzando, bajo el fuego de las dos ametralladoras. Se había lanzado por la carretera vacía, y corría con su alboroto de llantas bajo el estruendo de las ametralladoras antitanques, a setenta por hora, sin tirar, absurdo y minúsculo entre las pendientes cada vez más altas, perdido sobre el asfalto, extrañamente solitario, laqueado de lluvia, reflejando el cielo pálido. Llegó por fin a una curva, chocó contra la roca y quedó allí calzado, como un juguete.

Los tanques que no habían sido tocados corrían ahora en el mismo sentido que los tanques republicanos, cayendo sobre su propia infantería espantada que comenzaba a desbandarse. Delante, entre los pinos alrededor de un tanque encabritado como un fantasma de la guerra, tanques en todas las posiciones, cubiertos ya de ramitas, de agujas, de piñas cortadas por las balas —asidos por la lluvia y la herrumbre futura como si estuvieran abandonados desde hacía meses—. Manuel acababa de llegar. Más allá del brinco de las últimas torretas, la derecha fascista se desbandaba detrás de ese cementerio de elefantes. Y la pesada artillería republicana comenzó a bombardear su línea de retirada.

Manuel volvió a irse de inmediato hacia su centro.

La huida de la derecha enemiga ante sus propios tanques, seguidos ahora, como si hubiesen sido tanques republicanos, por los hombres de Pepe que no tenían ametralladoras, seguidos también por los dinamiteros y por la reserva de Manuel a paso de carrera en el barro, llevaba al derrumbamiento, arrastrando el ala del centro fascista. El centro de Manuel, reforzado por una parte con las tropas venidas de Madrid en los camiones, por la otra mantenida en reserva, salía por fin de sus piedras en un orden enfurecido.

Eran los que se habían acostado en las plazas el día del cuartel de la Montaña, cuando tiraban sobre ellos de todas las ventanas, y que «se prestaban» las ametralladoras en caso de ataque; los que habían asaltado el Alcázar con sus escopetas, los que habían huido contra los aviones, llorando en el hospital porque «los nuestros los habían abandonado», los que habían huido ante los tanques y los que habían resistido con dinamita; todos los que sabían que los señoritos reconocían al «buen pueblo» por su servilismo —la inagotable multitud de los futuros fusilados, invisibles como el cañón que contra ella avanzaba de un extremo a otro de la línea con un redoble de tambor.

Los fascistas no tomarían Guadarrama aquel día.

Manuel, con su rama de pino bajo la nariz, miraba las líneas confundidas de los de Aranjuez y de los hombres de Pepe, como si hubiera visto avanzar su primera victoria, todavía viscosa de barro, en la lluvia monótona e interminable…

A las dos, todas las posiciones fascistas estaban tomadas; pero había que detenerse allí. No era cuestión de avanzar hacia Segovia: los fascistas parapetados esperaban más allá, y el ejército del centro no tenía más reservas que las que estaban en línea.

6

Las mesas de La Granja a lo largo del bulevar estaban vacías, pero todo el fondo del café estaba lleno. En Madrid, la lluvia que venía de la Sierra había parado. La sonoridad de las explosiones era nueva: más débil que la de las bombas, pero a diez o veinte metros del suelo.

—¿Han llegado nuestros cañones antiaéreos? —preguntó Moreno, más hermoso que nunca.

Nadie contestó. Todos los que allí bebían se conocían más o menos. Los vasos temblequeaban por el estampido constante del cañón de la Ciudad Universitaria. El café no estaba iluminado; la una de la tarde irradiaba hasta el fondo de la sala una luz de sótano.

Un oficial abrió la puerta e hizo entrar el brillo del día de noviembre:

—El fuego se extiende por todas partes. Ya llega por aquí.

—Lo apagaremos —dijo una voz.

—¡Es difícil decirlo! En la calle San Marcos, en Martín de los Hijos…

—En la avenida Urquijo…

—El hospicio de San Jerónimo, el hospital San Carlos, las casas alrededor del Palacio.

Otros oficiales entraron. Junto con ellos, invadió el café un olor a piedra ardiente.

—El hospital de la Cruz Roja…

—El mercado de San Miguel…

—Ya han apagado una parte. En San Carlos y San Miguel, se acabó.

—¿Qué esperan? ¿Los antiaéreos?

—Mozo, un ajenjo —dijo el compañero de Moreno, un melenudo estragado.

—No lo sé. No lo creo.

—Son metrallas —dijo el oficial que había entrado el último—. En la plaza de España, caen tanto como pueden. Pero en Guadarrama no pasan.

Se había sentado al lado de Moreno, con uniforme también —y joven ese día porque estaba recién afeitado—. Ahora tenía el pelo corto.

—¿Cómo reaccionan en la calle?

—Ahora comienzan a bajar a los refugios. Hay algunos que se quedan donde están, petrificados, sobre todo las mujeres. O que se caen al suelo, o que gritan. Hay los que corren al azar. Todas las mujeres que llevan niños de la mano corren. Están los curiosos también.

—Toda la mañana he tenido la impresión de un temblor de tierra —dijo Moreno.

Quería decir que la multitud no tenía miedo de los fascistas, pero era presa del espanto de un cataclismo; porque la cuestión de «rendirse» no se planteaba más que la de rendirse a un temblor de tierra.

Pasó una ambulancia, precedida de su campana.

Con el estruendo de un rayo, los vasos saltaron sobre los platillos, y junto con los aperitivos, se esparcieron sobre las mesas pedazos triangulares de gruesos vidrios: habían tirado una bomba en el bulevar enfrente del café. Rodó la fuente de un mozo y cayó en el silencio con un ruido de címbalos sofocados. La mitad de los consumidores se lanzó por la escalera del subsuelo con un tintineo de cucharillas; la otra mitad quedó allí, a la espera. Pero no hubo otra explosión. Como siempre, los cigarrillos salieron de docenas de bolsillos (pero nadie ofreció a nadie) y docenas de fósforos se encendieron a la vez en la humareda que giraba sobre sí misma, cuando se escurrió entre los dos grandes huecos con dientes de sierra que habían sido los espejos, un muerto, entre los vidrios hechos trizas, quedó apoyado en una barra del torniquete de la puerta giratoria.

—Nos apuntan —dijo el compañero de Moreno.

—No des la lata.

—¡Estáis todos locos, no comprendéis nada! ¡Os haréis matar porque sí! ¡Te digo que nos apuntan!

—Me cago —dijo Moreno.

—¡Oye, hombre, disculpa! Yo he combatido, desde luego. Todo lo que quieras. Pero hacerme matar

porque sí, por bombas de avión, eso no. He trabajado toda mi vida, hasta ahora, y tengo todos mis sueños por delante.

—Entonces, ¿qué haces aquí? Ni siquiera estás en el sótano.

—Me quedo, pero me parece idiota.

—«Mira lo que hago, no escuches lo que digo», ha dicho un filósofo.

Bajo el gruñido de los obuses que caían de todos lados, los reflejos del día de invierno aferrados a los pedazos de vidrio que estaban en la mesa y en el piso, se estremecían imperceptiblemente en los charcos temblorosos de manzanilla, de vermut y de ajenjo. Los mozos subían del sótano.

—Dicen que Unamuno ha muerto en Salamanca.

Un civil volvió de la cabina telefónica.

—Hay una bomba en el metro de la Puerta del Sol. Un agujero de diez metros de profundidad.

—Ven a ver —dijeron dos veces.

—¿Había refugiados en el metro?

—No lo sé.

—El servicio de ambulancias dice que había a mediodía más de doscientos muertos y quinientos heridos.

—¡Para empezar!

—… Dicen que han luchado en Guadarrama…

El que había telefoneado se sentó delante de los desechos de un aperitivo.

—Estoy harto —continuó el compañero melenudo de Moreno—. ¡Y te repito que nos apuntan! ¿Qué hacemos aquí, en pleno centro? ¡Es idiota!

—Vete.

—Sí, a China, a Oceanía, no importa adónde.

—… El mercado del Carmen está incendiándose —gritó una voz de afuera, inmediatamente cubierta por una nueva campana de ambulancia.

—¿Qué harías en Oceanía? ¿Collares de conchillas? ¿Organización de tribus?

—¡Pescaría peces de colores! ¡De todo! ¡Con tal de no oír hablar más de esto!

—Te molesta de tal modo desvincularte de todo esto que ni siquiera tienes ganas de bajar al sótano. Yo he dicho los mismos discursos que tú, infeliz. ¡Y a Hernández, pobre!

Miró súbitamente a su compañero con temor: Hernández, hoy, era él, Moreno, y Hernández estaba muerto. Pero la superstición se disipó como se disipaba el humo delante de ellos:

—Estuve a punto de irme a Francia; después vacilé; después me tomaron de nuevo los camaradas, la vida. Delante de los obuses, no creo en las reflexiones; ni en las verdades profundas; ni en nada: creo en el miedo. El verdadero: no el que hace hablar; el que hace irse. Si te vas, no tengo nada que decirte; pero desde el momento en que te quedas aquí, harías mejor en cerrar el pico.

»En prisión, he visto todo lo que se puede ver, he oído a cada tío jugarse la vida a cara o cruz, he aguardado el domingo porque no fusilaban el domingo. He visto a tíos jugar al frontón en la pared donde quedaban todavía pedazos de sesos y pelo de los presos. He visto a más de cincuenta condenados a muerte jugar a cara o cruz en sus celdas. Cuando hablo de eso, sé de qué hablo. Bueno.

»Sólo que hay otra cosa, hombre. Yo había peleado en Marruecos. Allí era todavía una especie de dependencia del duelo. Aquí, en las primeras líneas, pasa algo muy distinto. Después de los diez primeros días, eres un sonámbulo. Ves que todo se te viene abajo. La artillería, los tanques, los aviones son cosas demasiado mecánicas, todo se vuelve una especie de fatalidad. Y estás seguro de que no podrás salir nunca más. No sólo de la situación en que te encuentras ahora: de la guerra. Eres como el que ha tomado un veneno que actuará dentro de algunas horas, como un individuo que ha pronunciado sus votos. Tu vida ha quedado detrás.

»Y entonces la vida cambia, estás de pronto en otra verdad, los otros son los que están locos.

—¡Tú estás siempre en una verdad!

—Sí. Mira lo que es: avanzas sobre una cortina de fuego. No te ocupas de nada ni de ti. Caen centenares de obuses, avanzan centenares de hombres. Tú eres sólo un suicida, y, al mismo tiempo, posees lo que hay de mejor en todos. Posees su… lo que tienen de mejor, en fin, como la alegría de la multitud en carnaval. No sé si me hago comprender bien. Tengo un compañero que llama a eso el momento en que los muertos se ponen a cantar. Desde hace un mes sé que los muertos pueden cantar.

—Muy poco para mí.

—Hay algo que yo, el más antiguo oficial marxista, no había sospechado nunca. Una fraternidad que no se encuentra sino del otro lado de la muerte.

—Están aquellos a los que haría combatir con los fusiles contra los aviones. Y aquellos a los que haría

combatir con los fusiles contra los tanques. Yo, en este momento…

—Yo he estado tan crispado como tú, y ahora…

—Estarás todavía más tranquilo cuando estés muerto.

—Sí, sólo que ahora me cago en todo.

La sonrisa de Moreno descubría sus dientes magníficos. Todas las botellas decorativas colocadas encima del bar se vinieron abajo con un ruido de sonajeros; las mesas parecieron endurecerse bajo la explosión, y un anuncio de vermut cayó sobre la espalda de Moreno cortándole la sonrisa como si le hubieran pegado un manotazo. Las narices que salían del subsuelo volvieron a hundirse.

Un civil herido, barbudo, se precipitó desde afuera sobre la puerta giratoria, y la hoja, lanzada a toda velocidad, golpeó contra el pecho del muerto allí atascado, con un sonido blando en medio del silencio que siguió a la explosión. El herido pegaba con los puños en el vidrio medio rojo, se encarnizaba, hasta que por fin cayó.

Por todas partes continuaron las explosiones.

7

Obuses de gran calibre caían entre la Central Telefónica y Alcalá. Uno de ellos no llegó a estallar y dos milicianos lo alzaron, uno delante, otro detrás. El cielo sin nubes del atardecer comenzaba a pesar sobre un Madrid lleno de pavesas y de chispas, donde el olor del bombardeo y del polvo se mezclaba con otro, más inquietante, que López había conocido en Toledo y que creía que era el de la carne quemada. No habían traído dos grecos y tres goyas pequeños que se encontraban en un hotel abandonado por su propietario, y que se esperaban desde la mañana en el Consejo de Protección de los Monumentos, adonde López había sido destinado. Éste quería sacarlos antes de irse él.

Muy poco eficaz en la guerra, López se había mostrado brillante en la protección de las obras de arte. Gracias a él, ni un Greco había sido destruido en el desorden de Toledo, y las telas de los más grandes maestros habían sido sacadas por docenas del indiferente polvo de los desvanes de los conventos.

No muy adelante, frente a una iglesia, estalló un obús de poco calibre: las palomas, que huyeron de inmediato, volvieron, intrigadas, a examinar las frescas roturas del frontón. Por las ventanas de una casa despanzurrada, abiertas ahora hacia el infinito, apareció la alta torre de la Catedral con su escudo barroco, pálido en el atardecer de noviembre.

Era milagroso que ese pequeño rascacielos que domina Madrid no estuviera todavía hecho migajas. Una parte se descantillaba. En cuanto a los vidrios… Detrás de la torre subió el humo de un obús. ¡Dios mío!, pensó López, terminará por llegar hasta uno de mis Grecos…

Una multitud aterrorizada daba vueltas en vano por las calles, sabiendo de lo que huía, y no sabiendo adónde; y otra multitud indiferente, curiosa o exaltada, caminaba mirando para arriba. Un segundo obús cayó en los alrededores: niños, acompañados de mujeres o de ancianos, corrían espantados; otros niños, sin parientes de ninguna clase, «discutían el golpe».

«¡Son unos idiotas, los fascistas! No saben tirar: apuntan a los soldados de la Casa de Campo, ¡y mira dónde pegan!».

Una mañana, en la guardería infantil de la plaza del Progreso, tres niños jugaban a la guerra, mirando hacia arriba, como los que estaban delante de López. «¡Una bomba!», dijo uno de ellos. «¡Cuerpo a tierra!». Los tres soldados disciplinados se pusieron de bruces. Era una verdadera bomba. Los otros niños, que no jugaban a la guerra y permanecieron de pie, fueron muertos o heridos…

Un obús cayó a la izquierda; corrió una fila de perros, oblicuamente; llegó otro grupito de una calle vecina, en sentido inverso. La ronda desesperada de perros abandonados parecía prefigurar la de los hombres. López encontraba para observarlos su mirada de escultor amigo de los animales, pero otros animales lo aguardaban.

Como casi todos los palacios requisados, como el palacio de Alba, aquel adonde iba López estaba abundantemente exornado de animales disecados. Muchos aristócratas españoles amaban más sus piezas de caza que sus cuadros, y, si conservaban sus Goyas, los mezclaban de buena gana con sus trofeos. El inventario de las casas de las grandes familias que habían huido —sólo habían sido requisadas aquellas cuyos propietarios habían huido— constaba a menudo de una docena de cuadros de grandes maestros (cuando no habían sido llevados al extranjero la semana que precedió al levantamiento) y de un número inesperado de colmillos de elefante y de cuernos de rinoceronte, de osos disecados y de animales diversos.

Cuando López entró en los jardines del palacio, saludado por una bomba que cayó a cien metros, un

miliciano vino a su encuentro.

—¿Qué pasa, zoquete? —gritó López golpeándolo en el hombro—, ¿y mis Grecos? ¡Dios mío!

—¿Qué? ¿Los cuadros? No había medio de transporte: eran demasiado grandes después de que tus hombres los embalaran como si fueran huevos. El camión ya pasó.

—¿Cuándo?

—Hace más o menos media hora. Pero no quiso llevarse estos animales.

Dispersados bajo los árboles con sus ademanes «naturales», en torno a los colmillos de elefantes cuidadosamente ordenados bajo la marquesina, los osos disecados se agitaban; los obuses sacudían ligeramente la tierra, y los osos abandonados, con una pata en el aire, parecían bendecir o amenazar la tarde de guerra.

—No es frágil —dijo López sereno. Rechazaba para su servicio la responsabilidad de esos museos, que almacenaba otra sección del Consejo de Protección.

—Oye, camarada, si los obuses son malos para los cuadros, esto deberá bastar para los colmillos de tus elefantes. ¿Qué demonios quieres que haga yo con todo esto? ¡Y todavía va a llover!

Bajo un obús muy cercano, el conjunto de animales brincó o se balanceó, y un canario, que permanecía en su jaula dorada de la Compañía de las Indias, se puso a cantar con frenesí.

—Voy a telefonear para que se lleven tus osos.

López encendió un cigarrillo y se fue, con la jaula en la mano. La balanceaba; a cada obús, el canario cantaba más fuerte, después se calmaba… Un edificio ardía como en el cine, de arriba abajo, detrás de su fachada intacta con decoraciones contorneadas, todas las ventanas abiertas y rotas, habitado en todos los pisos por las llamas que no salían, parecía en verdad habitado por el fuego. Más lejos, en la intercesión de dos calles, un ómnibus esperaba. López se detuvo, jadeando por primera vez desde que había salido. Se agitó como un loco, lanzó como una piedra la jaula con su canario, gritó «¡Bajen!». Las personas del ómnibus lo miraron agitarse, igual que a otros cien locos en otras cien calles. López se tiró a tierra, de bruces, el ómnibus estalló.

Cuando López se levantó, la sangre chorreaba de las paredes. Entre los muertos desvestidos por la explosión, un hombre de patillas, desnudo pero herido, se levantaba gritando. El bombardeo se aceleró, siempre en dirección de la Central Telefónica.

8

Shade estaba en la Central: era la hora de transmitir su artículo. Los obuses caían en todo el barrio, pero aquí todos se sabían apuntados.

A las cinco y media, la Central había sido alcanzada. Ahora, golpe tras golpe, los obuses la cercaban. La habían alcanzado, después perdido, y la buscaban de nuevo. Telefonistas, empleados, periodistas, mensajeros, milicianos se sentían en el frente. Los obuses estallaban a muy cortos intervalos, como repercute el ruido del trueno. Quizá los aviones volvían de nuevo al ataque. Caía la tarde, y las nubes estaban bajas. Pero bajo todos los ruidos de las centrales telefónicas no se oía la vibración de ningún motor.

Un miliciano vino a buscar a Shade: el comandante García convocaba a los periodistas en una de las oficinas de la Central; todos los corresponsales de alguna importancia estaban allí y esperaban. ¿Por qué ahora?, —se preguntaba Shade—. Pero era costumbre de García, cuando tenía que habérselas con la prensa, de ir a donde la consideraba más expuesta.

En una de las oficinas de la antigua dirección de la Central, cuero, madera y níquel, García se hacía comunicar cada día las copias de los artículos enviados de Madrid. Se los traían en dos legajos: «*Política*» y «*Hechos*». Mientras esperaba a los corresponsales, hojeaba el segundo, cansado de ser hombre: tal era la atrocidad que todos los artículos rebosaban de ello.

PARA PARIS-SOIR: «Antes de llegar a la Central —leía—, acabo de asistir a una escena de una atroz belleza.

»Esta noche, cerca de la Puerta del Sol, han encontrado un niño de tres años que lloraba, perdido en las tinieblas. Ahora bien, una de las mujeres refugiadas en los subsuelos de la Gran Vía ignoraba qué había sido de su hijo, un niñito de la misma edad, rubio como el niño encontrado en la Puerta del Sol. Le dan la noticia.

»Corre a la casa donde guardan al niño, en la calle Montera. En la semioscuridad de una tienda con las cortinas bajas, el niño chupa un pedazo de chocolate. La madre avanza hacia él, con los brazos abiertos,

pero sus ojos se agrandan, adquieren una fijeza terrible, demente.

»No es su hijo.

»Permanece inmóvil largos minutos. El niño perdido le sonríe. Entonces se precipita sobre él, lo estrecha en sus brazos, lo lleva pensando en el niño que no han encontrado».

«Esto no pasará», pensó García.

La tarde rojiza llenaba las ventanas con los vidrios rotos.

PARA REUTER: «Una mujer llevaba a una pequeña de dos años a la cual le faltaba la mandíbula inferior. Pero la pequeña vivía aún, con los ojos muy abiertos, y parecía preguntar con asombro quién le había hecho eso. Una mujer atravesó la calle —el niño que llevaba en brazos no tenía cabeza…».

García no ignoraba, por haberlo visto, el ademán aterrador por el cual una madre protege lo que le queda de su hijo. Hoy por hoy, ¿cuántos ademanes hay como ése?

Tres obuses lejanos estallaron sordamente como tres golpes de teatro; la puerta se abrió, los corresponsales entraron. Sobre una mesa baja, unas flores artificiales de vidrio, todavía intactas, vibraban a cada detonación. Como los vidrios estaban hechos trizas, el olor de la ciudad incendiada entraba con el humo por las dos ventanas.

—En caso de que una línea estuviera libre —dijo García—, el que la ha pedido será inmediatamente prevenido desde aquí. No ignoran ustedes que no los convoco jamás sino para comunicarles documentos. Antes de comunicarles aquel para el cual los he llamado, permítanme que les llame la atención sobre lo siguiente: desde el comienzo de la guerra hemos destruido, según los comunicados fascistas, aviones enemigos en nueve aeródromos. Es más fácil bombardear Sevilla que el aeródromo de Sevilla; ahora bien, si ha ocurrido que algunas de nuestras bombas, errando su objetivo militar, hayan herido civiles, por lo menos jamás una ciudad española ha sido sistemáticamente bombardeada por nosotros.

»Vayamos ahora al documento. Se lo leeré a ustedes. Les ruego que cada uno tome conocimiento del original. Que por lo demás nos ocuparemos de exponerlo en Londres y en París, pueden ustedes estar seguros… Es una pequeña circular dirigida a los oficiales superiores rebeldes, simplemente. Este ejemplar ha sido encontrado el 28 de julio en posesión del oficial Manuel Carrache, hecho prisionero en el frente de Guadalajara.

Una de las condiciones esenciales de la victoria consiste en quebrantar la moral de las tropas enemigas. El adversario no dispone ni de bastantes tropas ni de bastantes armas para resistir; a pesar de ello es indispensable seguir estrictamente las siguientes instrucciones:

Para ocupar el hinterland es indispensable inspirar a la población cierto horror saludable.

Una regla se impone: todos los medios empleados deben ser espectaculares e impresionantes.

Todo lugar que se encuentra en la línea de retirada del enemigo y, de una manera general todo lugar situado detrás del frente enemigo debe considerarse como zona de ataque. A este respecto no podrá haber diferencia en que las localidades alojen o no tropas enemigas. El pánico reinante en la población civil que se encuentra en la línea de retirada del enemigo contribuye grandemente a la desmoralización de las tropas.

Las experiencias hechas en el curso de tal guerra demuestran que los daños provocados por descuido en las ambulancias y en los transportes de enemigos provocan un fuerte efecto de desmoralización en la tropa.

Después de la entrada en Madrid, los jefes de las unidades deberán instalar inmediatamente en los tejados de los edificios que dominan los distritos sospechosos, comprendiendo entré ellos los edificios públicos y los campanarios, nidos de ametralladoras que puedan dominar todas las calles adyacentes.

En caso de veleidades de resistencia de la población, se tirará inmediatamente sobre los opositores. Dado el gran número de mujeres que combaten del lado adverso, no podrá tomarse en consideración el sexo de esas militantes. Mientras más rigurosa sea nuestra actitud, el aplastamiento de toda resistencia de la población será más rápido, y más cercano el triunfo de la renovación de España.

—Agrego —dijo García— que, *desde el punto de vista fascista*, encuentro esas instrucciones lógicas. Mi opinión personal es que el terror forma parte de los medios empleados sistemáticamente, técnicamente, por los rebeldes, desde el primer día, y que ustedes asisten aquí al drama del cual Badajoz fue el ensayo general. Pero dejemos las opiniones personales.

Y, en tanto que los periodistas salían:

—Recibirán también la entrevista de Franco del 16 de agosto, la que comienza por: «*Nunca he de bombardear Madrid: allí hay inocentes*…».

Seguían cayendo obuses, pero a un kilómetro; en la Central ya no les hacían caso.

Entró un secretario.

—¿Ha telefoneado el coronel Magnin? —preguntó García.

—No, comandante: los internacionales combaten en Getafe.

—¿No ha venido el teniente Scali?

—Han telefoneado desde Alcalá: pasará hacia las diez. Pero el doctor Neubourg está aquí, comandante.

Jefe de una de las misiones de la Cruz Roja, el doctor Neubourg venía de Salamanca. García y él se habían encontrado antes en dos congresos, en Ginebra. El comandante no ignoraba que Neubourg había visto muy pocas cosas en Salamanca, pero que había visto por lo menos, y largamente, a Miguel de Unamuno.

Franco acababa de destituir de su cargo de rector de la Universidad al más grande escritor español. Y García no ignoraba hasta qué punto el fascismo amenazaba en adelante a este hombre que había sido un ilustre defensor.

9

—Desde hace seis semanas —decía el médico— está acostado en un cuartito, y lee… Desde su destitución ha dicho: sólo saldré de aquí muerto o condenado. Está acostado. Continúa acostado. Dos días después de su destitución, han entronizado en la Universidad el Sagrado Corazón…

Neubourg miraba de paso, en el único espejo del cuarto, su cara delgada que se esforzaba por ser espiritual, y que parecía la ruina de su juventud. Al principio de la conversación, García había sacado una carta de su cartera:

—Cuando supe que usted vendría —dijo—, estuve hojeando nuestra correspondencia de otros tiempos. He encontrado esta carta, de hace diez años, desde el exilio. Allí dice: «No hay más justicia que la verdad. Y la verdad, decía Sófocles, puede más que la razón. Así como la vida puede más que el placer y más que el dolor. Verdad y vida es pues mi divisa, y no razón y placer. Vivir en la verdad hasta si uno debe sufrir, más bien que razonar en el placer o ser feliz en la razón…».

García colocó su carta delante de él en el escritorio bruñido, que reflejaba el cielo rojo.

—Es el sentido mismo del discurso lo que lo ha hecho destituir —dijo el médico—: «Es posible que la política tenga sus exigencias, de las cuales nos mantendremos aparte. Esta Universidad debe estar al servicio de la Verdad… Miguel de Unamuno no podría estar donde está la mentira. Y en lo que respecta a las atrocidades rojas de las cuales no dejan de hablarnos, sepa usted bien que la más oscura de las milicianas —fuese, como se dice, una prostituta—, cuando combate con un fusil y arriesga su vida por lo que ha elegido, es menos miserable ante el espíritu que las mujeres que he visto salir antes de ayer de nuestro banquete, con los brazos desnudos que sólo habían dejado de rozar las sábanas de seda y las flores para ir a mirar el fusilamiento de los marxistas…».

El don de imitación de Neubourg era conocido.

—En mi calidad de médico, querido amigo —dijo recobrando su verdadera voz—, déjeme decirle que su horror a la pena de muerte tiene algo patológico. Y que contestarle precisamente al general fundador del Tercio era un medio seguro de exasperarlo. Cuando defendió la unidad cultural de España, empezaron las interrupciones…

—¿Cuáles?

—«¡Muera Unamuno, mueran los intelectuales!».

—¿Quiénes gritaban?

—Jóvenes idiotas de la Universidad. Entonces el general Millán Astray se levantó y gritó: «¡Muera la inteligencia, viva la muerte!».

—A su juicio, ¿qué quería decir?

—Sin duda, ¡váyanse al demonio! En cuanto a viva la muerte, era quizá una alusión a las protestas de Unamuno contra los fusilamientos.

—En España, ese grito es bastante profundo: en otros tiempos, lo han lanzado los anarquistas.

Un obús cayó en la Gran Vía. Dichoso por su coraje, Neubourg recorría a grandes pasos la oficina de García y su cabeza calva reflejaba vagamente el cielo incendiado. De ambos lados de su cráneo, surgían mechones de cabello negro. Durante veinte años el doctor Neubourg (aunque fuera, en su campo, eminente) encontró «que había algo en él, ¿no es verdad, querido amigo?, de abate del siglo XVIII», y ese algo perduraba todavía en él.

—Fue entonces —continuó el médico— cuando Unamuno respondió con su famoso: «Una España sin Vizcaya y sin Cataluña sería un país semejante a usted, mi general: tuerto y manco». Lo cual, después de la respuesta a Mola: «Vencer no es convencer», que todos conocían, no podía pasar por un madrigal… Por la noche fue al casino. Lo injuriaron. Entonces volvió a su cuarto y ha dicho que no saldrá más de allí.

García, aunque escuchara con atención, tenía los ojos fijos en la vieja carta de Unamuno colocada sobre su escritorio. Leyó en voz alta: «*¿Renunciarán los de la cruzada y el desquite a representar el papel de guardias civilizadores del Rif, lo que significa descivilizar? ¿Rechazaremos alguna vez ese honor de verdugo?*

»Con esa España nada quiero saber; menos aún con aquella que los que gritan para no escuchar llaman la Gran España. Me refugio en la otra, en mi España pequeña. Y quisiera tener la fuerza de voluntad suficiente para no leer nunca los diarios españoles. Son algo atroz. Rompen el corazón a pedazos. Oímos tan sólo rechinar el montón de títeres, los molinos de viento que son nuestros gigantes…».

Subía un clamor de la Gran Vía. El resplandor del incendio estremecía las paredes, como los ríos soleados estremecen en verano el cielo raso de los cuartos.

«*Rompen el corazón a pedazos*…», repitió García, golpeándose con la pipa la uña del pulgar.

—Lo que quisiera saber es lo que *piensa*. Lo estoy viendo insultar a Millán Astray, con su aire noble, asombrado y pensativo de búho encanecido. Pero ése es únicamente el aspecto anecdótico: hay algo más.

—En conversación privada, después, hemos hablado mucho. O, mejor dicho, él ha hablado mucho, porque yo no hacía más que escuchar. Detesta a Azaña. Todavía ve en la República, y sólo en ella, la unidad federal de España; está en contra de un federalismo absoluto, pero también contra la centralización por la fuerza, y ahora ve en el fascismo esa centralización.

Un extraordinario olor de agua de Colonia y de incendio llenaba la oficina con los vidrios rotos: se incendiaba una perfumería.

—Ha querido estrechar la mano del fascismo sin darse cuenta de que el fascismo tiene asimismo pies, querido amigo. Que conserve su voluntad de unidad federal explica muchas de sus contradicciones…

—Cree en la victoria de Franco, recibe a los periodistas y les dice: «Escriban que, ocurra lo que ocurriere, no estaré jamás con el vencedor…».

—Se cuidan de escribirlo. ¿Qué le ha dicho a usted de sus hijos?

—Todos sus hijos están aquí, dos como combatientes… No creo que no piense nada de ello. Y no tiene a menudo la ocasión de ver a un hombre que haya conocido tos dos campos…

—Salió una vez, después del discurso. Se dice que como respuesta a lo que había dicho de las mujeres, lo convocaron en un cuarto con las ventanas abiertas delante de las cuales fusilaban…

—He oído eso mismo, sin creerlo demasiado. ¿Tiene sobre ello informaciones precisas?

—No me ha hablado del asunto, como es natural. Yo tampoco, querido amigo, como puede usted suponer.

»Su inquietud ha aumentado mucho en estos últimos tiempos ante el eterno recurso de este país a la violencia y a lo irracional.

Un ademán confuso con la pipa parecía indicar que García tomaba moderadamente en serio esa clase de definiciones. Neubourg miró su reloj y se puso de pie.

—Lo único que me parece, querido García, es que todo lo que decimos está a pesar de todo un poco al margen de las cosas. La oposición de Unamuno es una oposición ética. Nuestra conversación sobre ello era indirecta, pero constante.

—Evidentemente, los fusilamientos no son un problema descentralización.

—Cuando lo dejé en su cama, amargo y taciturno, rodeado de libros me pareció también dejar el siglo XIX…

Cuando lo acompañó hasta la puerta, García le mostraba con el caño de su pipa las últimas líneas de la carta que tenía en la mano.

«Cuando vuelvo los ojos del espíritu hacia mis doce últimos años atormentados, desde el momento en que me arrancaba del ensoñamiento sombrío de cierto exiguo gabinete de trabajo de Salamanca —¡cuánto he soñado en él!—, todo se me aparece como el sueño de un sueño.

»¿Leer? Ya no leo mucho, sino junto al mar, del que soy cada día más íntimo…».

—Hace de esto diez años —dijo García.

10

En el momento en que Shade, obtenida la comunicación con París, fue llamado a la sala de teléfonos, cayó un obús muy cerca. Otros dos, todavía más cerca. Casi todos los ocupantes se lanzaron contra la pared opuesta de la ventana. A pesar de las lámparas eléctricas, se adivinaba el profundo resplandor rojizo de afuera, y parecía que fuera el incendio mismo el que tiraba contra la Central, en cuyos trece pisos con las ventanas abiertas no se veía una sombra humana. Por fin, un viejo periodista bigotudo se despegó del

tabique; después todos, uno tras otro: miraban la pared como si buscaran sus propios rastros.

De nuevo cayeron obuses. Apenas menos cerca; pero ninguno abandonó el lugar en que se había colocado. Se dice que en las asambleas, cada veinte minutos, pasa un silencio: la indiferencia pasaba.

Muy pronto Shade pudo empezar a dictar. Mientras se sucedían sus notas de la mañana, los obuses se acercaban, a cada explosión las puntas de los lápices saltaban todas juntas sobre los blocs de los taquígrafos. Cesaron de tirar, y creció la angustia. ¿Es que los cañones estaban rectificando su tiro? Todos esperaban. Esperaban. Esperaban. Shade dictaba. París transmitía a Nueva York.

«Esta mañana, coma, he visto las bombas cercando un hospital en donde había más de mil heridos, punto. La sangre que dejan tras sí, coma, en la caza, coma, los animales heridos, coma, se llama pista, punto. En la acera, coma, sobre la pared, coma, había una red de pistas…».

El obús cayó a menos de veinte metros. Esta vez todos se precipitaron al sótano. En la sala casi vacía sólo quedaban los telefonistas y los corresponsales «en línea». Los telefonistas escuchaban las comunicaciones pero su mirada parecía buscar la llegada de los obuses. Los periodistas que dictaban, continuaban dictando: cortada la comunicación, ya no la encontrarían a tiempo para la edición de la mañana. Shade dictaba lo que había visto en el Palacio.

«Esta tarde, he llegado algunos minutos después de una explosión, ante una carnicería: allí donde las mujeres habían hecho cola había manchas; la sangre del carnicero muerto corría sobre el mostrador del puesto, entre las reses y los corderos colgados de ganchos de hierro, sobre el suelo donde corría el agua de una cañería reventada.

»Y hay que comprender que todo eso es para nada.

»Para nada.

»Más que el terror, es el horror lo que sacude a los habitantes de Madrid. Un anciano me ha dicho, bajo las bombas: “Siempre he despreciado toda política, pero ¿cómo admitir darles el poder a los que así utilizan el que todavía no tienen?”. Durante una hora he formado parte de una cola delante de una panadería. Había algunos hombres y un centenar de mujeres. Cada cual creía que permanecer una hora en el mismo sitio es más peligroso que caminar. A cinco metros de la panadería, del otro lado de la calle estrecha, colocaban en los ataúdes a los cadáveres de una casa despanzurrada, como lo hacen en este momento en cada casa destrozada de Madrid. Cuando no se oían ni cañones ni aviones, se oían los martillazos resonar en el silencio. A mi lado, un hombre dijo a una mujer: “Juanita tiene el brazo arrancado, ¿crees que en ese estado se casará su novio con ella?”. Cada cual habla de sus asuntos. Al cabo de un momento, una mujer gritó: “¡Qué desgracia comer como nosotros comemos!”. Otra contestó con el aire grave y al estilo que todas han tomado un poco de la Pasionaria: “Tú comes mal, nosotros comemos mal, pero antes no comíamos bien, y nuestros hijos comen como no comían desde hace doscientos años”. Aprobación general.

»Todos esos despanzurrados, todos esos decapitados han sido martirizados en vano. Cada obús acrecienta la fe del pueblo de Madrid.

»Hay ciento cincuenta mil lugares en los refugios, y un millón de habitantes en Madrid. En los barrios más amenazados no existe ningún objetivo militar. El bombardeo va a continuar.

»Mientras escribo, obuses estallan de minuto en minuto en los barrios pobres; en la hora indecisa de la tarde, tan fuerte es el resplandor de los incendios que en este instante, delante de mí, la tarde cae sobre una noche del color del vino. El destino levanta su telón de humo para el ensayo general de la próxima guerra, ¡Compañeros americanos, abajo Europa!

»Sepamos lo que queremos. Cuando un comunista habla en una asamblea internacional, pone el puño sobre la mesa. Cuando un fascista habla en una asamblea nacional, pone los pies sobre la mesa. Cuando un demócrata —americano, inglés, francés— habla en una asamblea internacional, se rasca la nuca y formula preguntas.

»Los fascistas han ayudado a los fascistas, los comunistas han ayudado a los comunistas y hasta a la democracia española; las democracias no ayudan a los demócratas.

»Nosotros, demócratas, creemos en todo menos en nosotros mismos. Si un Estado fascista o comunista dispusiera de la fuerza de los Estados Unidos, de Inglaterra y de Francia reunidos, estaríamos aterrorizados. Pero como es nuestra fuerza, no creemos en ella.

»Sepamos lo que queremos. O bien digamos a los fascistas: ¡Fuera de aquí o vais a encontrarnos! Y digamos al día siguiente la misma frase a los comunistas, si es necesario decirla.

»O bien digamos de una buena vez: “Abajo Europa”.

»La Europa que miro desde esta ventana no tiene ya para enseñarnos ni su fuerza, que ha perdido, ni su fe de moros que bambolean sus Sagrados Corazones. ¡Compañeros de América, que todo aquel que en nuestro país quiere la paz, que todo aquel que odia a los que borran las papeletas de voto con la sangre de

los carniceros muertos en el mostrador de su carnicería, se aparte en adelante de esta tierra! Basta de este tío de Europa que viene a daros lecciones con su cabeza que ha perdido la razón, sus pasiones de salvaje y su cara de gaseado».

Una vez que terminó de dictar, Shade subió al último piso, el mejor observatorio de Madrid. Cuatro periodistas estaban allí, casi tranquilos: en primer lugar, porque estaban ahora al aire libre y los lugares cerrados dan mayor intensidad a la angustia, y en segundo lugar, porque la cúpula de la Central, más pequeña que su torre, parecía menos vulnerable. La tarde sin sol poniente y sin otra vida que la del fuego, como si Madrid hubiera sido llevado por un planeta muerto, hacía de este fin del día una vuelta a los elementos. Todo lo que era humano desaparecía en la niebla de noviembre aplastada por los barcos y enrojecida por las llamas.

Un haz de fuego hizo estallar un pequeño tejado que hasta ese momento —con gran asombro de Shade — lo había escondido; las llamas, en vez de subir, bajaron a lo largo de la casa que incendiaban y después ascendieron a la techumbre. Como en un fuego de artificio bien dispuesto, al final del incendio las chispas atravesaron la niebla: un vuelo de pavesas obligó a los periodistas a agacharse. Cuando el incendio se unió a las casas ya quemadas, las iluminó por detrás, fantasmales y fúnebres, y permaneció mucho tiempo detrás de sus líneas de ruinas. Un crepúsculo siniestro se levantaba sobre el Ángel del Fuego. Los tres hospitales más grandes ardían. El hotel Savoy ardía. Las iglesias ardían, los museos ardían, la Biblioteca Nacional ardía, el Ministerio del Interior ardía, un gran mercado ardía, los mercaditos llameaban, las casas se desmoronaban en vuelos de chispas, dos barrios estriados por largos muros negros se enrojecían como parrillas sobre brasas; con una solemne lentitud, pero con la rabiosa tenacidad del fuego, por Atocha, por la calle de León, todo eso avanzaba hacia el centro, hacia la Puerta del Sol, que ardía también.

Es el primer día… pensó Shade.

Las andanadas de obuses caían ahora más a la izquierda. Y del fondo de la Gran Vía sobre la cual Shade estaba inclinado y que veía mal, empezó a subir, cubriendo a veces la campana de las ambulancias que bajaban sin parar por la calle, un sonido de letanías bárbaras. Shade escuchaba con la mayor atención ese sonido que venía de muy lejos en el tiempo, salvajemente acordado con el mundo del fuego; parecía que después de una frase periódicamente pronunciada, la calle entera, a modo de responso, imitaba el redoble de los tambores fúnebres: rataplán-rataplán-rataplán.

Por fin Shade, más que comprender, adivinó, porque había oído el mismo ritmo un mes antes: en respuesta a una frase que no oía, el ruido del tambor humano decía: *no pasarán*. Shade había visto a la Pasionaria, negra, austera, viuda de todos los muertos de Asturias, conducir en una procesión grave y hosca, bajo banderines rojos que llevaban escrita su frase celebre: «*Es preferible ser la viuda de un héroe que la mujer de un cobarde*», veinte mil mujeres, en respuesta a otra larga frase, recitaban el mismo *no pasarán*; lo había conmovido menos que esta multitud mucho menos numerosa pero invisible, cuyo encarnizamiento en el coraje subía hasta él a través del humo de los incendios.

11

Manuel, con su rama de pino en la mano, salía de la alcaldía, donde funcionaba el consejo de guerra elegido: asesinos y fugitivos eran condenados a muerte. Contra los fugitivos, los verdaderos anarquistas habían sido los más fuertes: todo proletario es responsable: si ha sido engañado por los espías falangistas, no por ello es menos culpable. Pasó un auto, el doble triángulo de sus faros rayado por lluvia.

«Podrán tranquilamente bombardear Madrid», pensó Manuel: no se veía absolutamente nada.

En el momento que pasaba frente a la puertita que adivinaba por la luz del corredor, se echaron sobre él y se sintió agarrado por las corvas. En la luz plena de lluvia de las linternas eléctricas inmediatamente encendidas por Gartner y aquellos que lo seguían, dos soldados de la brigada de rodillas en el fango espeso, le abrazaban las piernas. Él no les veía la cara.

—¡No pueden fusilarnos!, —gritaba uno de ellos—. ¡Nosotros somos voluntarios! ¡Hay que decirlo!

Había callado el cañón. El hombre no gritaba levantando la cara, sino bajándola hacia el barro, y a sus gritos los envolvía el gran cuchicheo de la lluvia. Manuel no decía nada.

—¡No pueden, no pueden!, —gritaba el otro a su vez—. ¡Mi coronel!

La voz era muy juvenil. Manuel no veía las caras. En torno de cada gorra de policía contra su cadera, en la mancha confusa de las antorchas, gotitas que parecían subir del suelo revoloteaban entre las líneas apretadas de la lluvia. Súbitamente, como Manuel no contestaba, uno de los dos condenados echó hacia atrás la cara para mirarlo; de rodillas, con el torso echado también hacia atrás para ver a Manuel por

encima de él, los brazos caídos sobre ese fondo inmemorial de noche y de lluvia, era el que siempre paga. Había frotado salvajemente su cara contra las botas llenas de barro de Manuel; su frente y sus pómulos estaban cubiertos de barro, rodeando la mancha cadavérica de las órbitas que permanecían blancas.

«Yo no soy el consejo de guerra», estuvo a punto de contestar Manuel, pero le dio vergüenza esa retracción. No se le ocurría nada, sentía que sólo podía librarse del segundo condenado rechazándolo con el pie, lo cual le parecía odioso, y quedaba inmóvil ante la mirada enloquecida del otro, que jadeaba, y ante el rostro del que bajaban ahora los regueros del chaparrón, como si llorara con toda la cara.

Manuel se acordaba de los de Aran juez y de los del 5.º cuerpo en la misma lluvia, al terminar la mañana, detrás de sus pequeños cercos; su resolución de reunir al consejo de guerra no había sido tomada sin reflexión; pero no sabía qué hacer, constreñido entre lo hipócrita y lo odioso: fusilar ya es bastante sin agregar reflexiones morales.

—¡Hay que decirlo! —gritó de nuevo el que lo miraba—. ¡Hay que decirlo!…

¿Qué diré?, pensaba Manuel. La defensa de esos hombres estaba en lo que nadie sabría decir jamás, en esa cara chorreante, con la boca abierta, que había hecho comprender a Manuel que estaba frente a la eterna cara del que paga siempre. Nunca había sentido hasta ese punto que había que elegir entre la victoria y la piedad. Inclinado, trató de apartar al que le estrechaba la pierna: el hombre se aferró furiosamente, la cabeza siempre gacha como si no conociera del mundo entero más que esa pierna que le impedía morir. Manuel estuvo por caer e hizo fuerza con los hombros, sintiendo que serían necesarios varios hombres para separarlo de aquél. De pronto, el hombre aflojó los brazos y miró a Manuel, él también, de abajo arriba: era joven, pero menos de lo que Manuel había pensado: estaba más allá de la resignación, como si lo hubiera comprendido todo no sólo ahora sino por los siglos de los siglos. Y, con la amarga indiferencia de los que hablan ya desde el otro lado de la vida:

—Entonces, ¿ya no sales en nuestra defensa?

Manuel se dio cuenta de que no había dicho todavía una palabra.

Dio algunos pasos, y los dos hombres quedaron detrás.

El olor profundo de la lluvia sobre las hojas tapó el de la lana y el cuero de los uniformes. Manuel no se volvió. Sentía a sus espaldas a los dos hombres de rodillas en el barro, con el cuerpo inmóvil, y cuyas cabezas lo seguían.

12

Una fulguración transformó en día artificial, por un segundo, la luz eléctrica. Para que García y Scali la hubieran sentido a pesar de las bombillas eléctricas encendidas, tenía que provenir de una llama muy alta. Ambos fueron hasta una de las ventanas. Ahora el aire estaba frío, y una bruma ligera subía, mezclando la niebla al humo de los incendios de centenares de casas que ardían sordamente. Ninguna sirena: sólo los autos de los bomberos y las ambulancias.

—La hora en que las walquirias eligen entre los muertos —dijo Scali.

—Hasta qué punto Madrid, en medio del fuego, parece decirle a Unamuno: ¿para qué puede servirme tu pensamiento, si tú no puedes pensar mi drama?… Bajemos. Vayamos a la otra oficina.

García acababa de contarle a Scali la conversación que había tenido con el doctor Neubourg. De todos los hombres que acababa de ver en el día y en la noche, Scali era el único para quien todo eso tenía la misma resonancia que para él.

—El ataque de la revolución que hace un intelectual que fue revolucionario —dijo Scali— es siempre poner en tela de juicio la política revolucionaria por… su ética, si quiere usted. Seriamente, comandante, ¿desearía usted que esta crítica no se hiciera?

—¡Cómo lo desearía! Los intelectuales creen siempre un poco que un partido son hombres unidos en torno de una idea. Un partido, más que a una idea, se parece sobre todo a un carácter que actúa. Para atenernos a lo psicológico, un partido es más bien la organización para una acción común de una… constelación de sentimientos a veces contradictorios, que son aquí: pobreza —humillación—, apocalipsis —esperanza—, y cuando se trata de comunistas: gusto por la acción, por la organización, por la fabricación, etcétera. Querido amigo, deducir la psicología de un hombre de la expresión de su partido, me hace el mismo efecto que si pretendiera deducir la psicología de mis peruanos de sus leyendas religiosas.

Tomó su gorra y su revólver, hizo girar el conmutador: se apagó la luz. Había mantenido fuera del cuarto el fuego, que entró de pronto, asentándoles en el fondo de la garganta un gusto a madera quemada, empujando el humo en la oficina con la invencible lentitud de los incendios que avanzaban hacia la Puerta

del Sol. Todo el cielo, borra de vino, pesaba en el cuarto sin luz. Por encima de la Central y de la Gran Vía, cúmulos rojo oscuro y negros se acumulaban, tan espesos que podían apretarse en el puño. Tosiendo y estornudando, aunque el humo, más visible que antes, no fuera más denso, Scali volvió a la ventana. El sol de la calle quemaba; no, era el asfalto brillante que enrojecía bajo el reflejo de las cortas llamas. Un rebaño de perros abandonados comenzó a aullar, absurdo, irrisorio, exasperante, como si hubiera reinado sobre esa desolación de fin de mundo.

Todavía funcionaba el ascensor.

Caminaron por las calles hasta el Prado, negras bajo el cielo leonado. Allí, en la oscuridad absoluta, los ruidos oídos desde la ventana de la Central las rodeaban aún: Madrid se vendaba. Iban hacia otro ruido, semejante a miles de golpecitos sobre el asfalto.

—Unamuno perderá su muerte —dijo Scali—. El destino le había preparado aquí los funerales con los que había soñado toda su vida.

García pensaba en el cuarto de Salamanca.

—Aquí habría encontrado otro drama —dijo—, y no estoy seguro de que lo hubiera comprendido. El gran intelectual es el hombre del matiz, de la gradación de la calidad, de la verdad en sí, de la complejidad. Es, por definición, por esencia, antimaniqueo. Ahora bien, los medios de acción son maniqueos *porque toda acción es maniquea*. En estado agudo desde que toca las masas; pero hasta si no las toca. Todo verdadero revolucionario es un maniqueo nato. Y todo político.

Sintiose apretado por todas partes a la altura de las caderas. No era posible que hubiese tantos heridos. Trataba de ver con las manos. ¿Una manada de perros? ¡Y qué olor a campo y a tierra!

Cada vez lo apretaban más; imposible dar un paso. El sonido de las patas sobre el asfalto era más duro y más rápido que el de las patas de los perros.

—¿Qué es eso? —gritó Scali, ya a unos cinco metros de él—. ¿Carneros?

A pocos metros, un balido. García, hundido en el calor, consiguió apretar el botón de su linterna, y cayó el haz luminoso rozando una nube apenas más espesa que la de humo: carneros, en efecto. La linterna no iluminaba lo bastante lejos para que García viera el final de la manada que los rodeaba. Pero los balidos se respondían en centenares de metros. Y ni la sombra de un pastor.

—¡Tuerza a la derecha! —gritó García a Scali.

Los rebaños echados por la batalla refluían, atravesaban Madrid para bajar hacia Valencia. Sin duda los pastores —que ahora marchaban en grupos armados— estaban detrás de sus animales o en calles paralelas al bulevar. Pero en ese momento los rebaños invisibles, dueños del Prado, como lo serían cuando terminaran los hombres, avanzaban, deprisa y calurosos entre los incendios, con su espeso silencio roto aquí y allá por débiles balidos.

—Vamos a buscar el auto —dijo García—, eso será más sensato.

Subieron hacia el centro.

—¿Decía usted?

—Reflexione sobre esto, Scali: en todos los países —en todos los partidos—, a los intelectuales les gustan los disidentes. Adler contra Freud, Sorel contra Marx. Sólo en política se excluye a los disidentes. La afición a los excluidos en la *intelligentsia* es muy viva: por generosidad, por afición a la ingeniosidad. Olvida que para un partido tener razón no es tener una buena razón, es haber ganado algo.

—Los que podrían intentar, humanamente y técnicamente, hacer la crítica de la política revolucionaria, si quiere usted, ignoran la materia de la revolución. Los que tienen experiencia de la revolución no tienen ni el talento de Unamuno, ni siquiera, a menudo, los medios de expresarse.

—Si hay demasiados retratos de Stalin en Rusia, como ellos dicen, no es sin embargo porque el perverso de Stalin, agazapado en un rincón del Kremlin, ha decidido que así sea. Vea aquí mismo, en Madrid, la locura de las divisas, ¡y Dios sabe que al Gobierno le importan un bledo! Lo interesante sería explicar por qué los retratos están allí. Sólo que, para hablar de amor a los enamorados, hay que haber estado enamorado, no hay que haber hecho una encuesta sobre el amor. La fuerza de un pensador no está ni en su aprobación, ni en su protesta, mi querido amigo; está en su explicación. Que un intelectual explique por qué y cómo las cosas son así; y que proteste después, si lo cree necesario (ya no valdrá la pena, por lo demás).

»El análisis es una gran fuerza, Scali. No creo en las morales sin psicología.

No oían ningún ruido de incendio. Bajo esas manchas inmensas de un rojo intenso y sombrío de hierro candente que se va enfriando, recorridas por humaredas pesadas y velos desgarrados que cubrían el cielo como si todo Madrid ardiera, el silencio se amueblaba a veces con un ruido sordo, extravagante en ese cielo siniestro: el de los miles de pezuñas que continuaban subiendo desde el Prado.

—Sin embargo —dijo Scali—, antes de mucho tiempo habrá que enseñar de nuevo a los hombres a

vivir…

Pensaba en Alvear.

—Ser un hombre, para mí, no es ser un buen comunista; ser un hombre, para un cristiano, era ser un buen cristiano, y yo desconfío.

—La cuestión y no es poca, mi querido amigo, es la de la civilización. Durante un buen momento, el sabio —digamos: el sabio— ha sido considerado, más o menos explícitamente, como el tipo superior de Europa. Los intelectuales eran el clero de un mundo cuya política constituía la nobleza decente o sucia. Eran ellos y no los otros Miguel y no Alfonso XIII —e incluso Miguel, y no el obispo—, los encargados de enseñar a los hombres a vivir. Y he aquí que los nuevos jefes políticos aspiran al gobierno del espíritu. Miguel contra Franco y ayer contra nosotros, Thomas Mann contra Hitler, Gide contra Stalin, Ferrero contra Mussolini, es una querella de investiduras.

La calle se había torcido, y la hoguera del Savoy, invisible, irradiaba por encima de ellos un vasto resplandor.

—Borgese más bien que Ferrero… —dijo Scali, señalando la noche con el índice—. Todo eso me parece girar, si usted quiere, en torno a la idea famosa y absurda de totalidad. Ella enloquece a los intelectuales; civilización totalitaria, en el siglo XX, es una palabra vacía de sentido; es como si se dijera que el ejército es una civilización totalitaria. En verdad, el único hombre que *busca* una real totalidad es precisamente el intelectual.

—Y quizá sólo él la necesite, mi querido amigo. Todo el fin del siglo XIX ha sido pasivo; la nueva Europa parece construirse sobre el acto. Lo que implica algunas diferencias.

—Desde ese punto de vista, para el intelectual, el jefe político es necesariamente un impostor, puesto que enseña a resolver los problemas de la vida sin plantearlos.

Estaban en la sombra de una casa. La manchita roja de la pipa encendida de García describía una curva como si hubiese querido decir: esto nos llevaría muy lejos. Desde que había llegado, Scali sentía en García una inquietud que no era habitual en el sólido comandante de orejas puntiagudas.

—Dígame, comandante, según usted, ¿qué puede hacer de bueno un hombre en la vida?

El repique de una ambulancia se aproximó a toda velocidad, como una sirena de alerta, pasó y se apagó. García reflexionaba.

—Transformar en conciencia una experiencia tan larga como sea posible, querido amigo.

Pasaba delante de un cinematógrafo que ocupaba toda la esquina. Un torpedo de avión lo había despanzurrado, demoliendo de arriba abajo la pared que daba a la calle más angosta. El servicio de auxilio registraba los escombros, buscaba algo, víctimas, quizá, con linternas eléctricas. Como para llamar a los hombres a contemplar esta búsqueda de los muertos con el mismo sonido con que antes los llamaba para soñar, detrás de la fachada casi intacta, el timbre de llamada temblaba en la tarde de invierno.

García pensaba en Hernández. Y, frente al inmenso incendio de Madrid, sentía con angustia, como si hubiera mirado a unos locos, hasta qué punto los dramas de los hombres son semejantes, giran en un pequeño círculo infernal.

—La revolución está encargada de resolver sus problemas, y no los nuestros. Los nuestros no dependen sino de nosotros. Si menos escritores rusos se hubieran largado detrás de los ejércitos de la emigración, las relaciones de los escritores y de los soviets no serían quizá las mismas. Miguel ha vivido como mejor podía —quiero decir: lo más noblemente posible— en la España monárquica que odiaba. Hubiese vivido lo mejor posible en una sociedad menos mala. Difícilmente, quizá. Ningún Estado, ninguna estructura social crea la nobleza de carácter ni la calidad del espíritu; a lo sumo podemos esperar condiciones propicias. Y es mucho…

—Bien sabe usted qué es lo que pretenden…

—Lo que pretende un partido en ése campo sólo prueba la inteligencia o la tontería de sus propagandistas. Lo que me interesa es lo que hace. ¿Por qué está usted aquí?

Scali se detuvo, sorprendido de no lograr precisarlo, y frunció la nariz como hacía siempre que reflexionaba.

—En lo que me concierne, no uso este uniforme porque espero del Frente Popular el gobierno de los más nobles; uso este uniforme porque quiero que cambien las condiciones de vida de los campesinos españoles.

Scali pensaba en el argumento de Alvear, y lo hizo suyo:

—¿Y si para liberarlos económicamente debe hacer usted un Estado que los esclavice políticamente?

—Entonces, como nadie puede estar seguro de su pureza futura, no queda más remedio que dejar hacer a los fascistas.

»Desde el momento en que estamos de acuerdo en el punto decisivo, la resistencia *de hecho*, esta

resistencia es un acto: nos compromete, como todo acto, como toda elección. Lleva en sí todas sus fatalidades. En ciertos casos, esa elección es una elección trágica, y para el intelectual lo es casi siempre, para el artista sobre todo. ¿Y qué? ¿No había por eso que resistir?

»Para un hombre que piensa, la revolución es trágica. Pero para un hombre semejante la vida también es trágica. Y si para suprimir esa tragedia cuenta con la revolución, está equivocado, eso es todo. He oído formular casi todos sus problemas a un hombre que usted quizá ha conocido, al capitán Hernández. Ha muerto, por lo demás. No hay cincuenta maneras de combate, no hay más que una, y es salir vencedor. ¡Ni la revolución ni la guerra consisten en gustarse a sí mismas!

»No sé qué escritor decía: "Estoy poblado de cadáveres como un viejo cementerio". Desde hace cuatro meses, todos estamos poblados de cadáveres, Scali; todos, a lo largo del camino que va de la ética a la política. Entre todo hombre que actúa y las condiciones de su acción, hay una lucha (la acción que se necesita para vencer, eh, no la que se necesita para perder lo que queremos salvar). Es un problema de hecho y de… talento, si puede decirse así, no un tema de discusión. Una lucha —repitió, como si se lo dijera a su pipa.

Scali pensaba en el combate del avión de Marcelino contra sus propias llamas.

—Hay guerras justas —continuó García—, la nuestra en este momento; no hay ejércitos justos. Y que un intelectual, un hombre cuya función es pensar venga a decirnos, como Miguel: os dejo porque no sois justos, me parece *inmoral*, querido amigo. Hay una política de la justicia, pero no hay partido justo.

—Es la puerta abierta a todas las componendas…

—Toda puerta está abierta para los que quieren forzarla. Tanto en lo que respecta a la calidad de la vida como del espíritu. La garantía de una política del espíritu por un gobierno popular, no depende de nuestras teorías sino de nuestra presencia aquí, en este momento. La ética de nuestro Gobierno depende de nuestro esfuerzo, de nuestro encarnizamiento. El espíritu en España no será la misteriosa necesidad de no sé qué, será lo que nosotros hagamos.

Un nuevo incendio se iluminó junto a ellos.

—Querido amigo —dijo García irónicamente—, la emancipación del proletariado será la obra de los trabajadores mismos.

13

Inmóviles como tiradores que apuntan, entre sus chorros hirvientes y el hotel Savoy en llamas, los bomberos se sobresaltaron de pronto sobre sus escalas agitadas como los hilos de los pescadores cuando enganchan un pez. En un estruendo de mina, el incendio se inmovilizó por un segundo: un torpedo acababa de estallar detrás.

—Incendian más rápido de lo que nosotros apagamos —pensó Mercery.

Había creído que sería útil a España como consejero, hasta como estratega, después de la toma de la jabonería, se había hecho capitán de bomberos. Y nunca había sido tan útil. Y nunca había sido tan querido. Y nunca, en el frente, había encontrado al enemigo como lo encontraba desde hacía veinte horas. «El fuego es hipócrita —decía—; pero con una buena técnica, se puede…», y se retorcía un poco el bigote. Con traje de bombero, miraba desde la acera opuesta cada grupo de llamas como grupos de enemigos en el ataque. Incesantemente volvían a encenderse las hogueras; las ascuas de calcio eran inextinguibles. Sin embargo, de la hoguera de la izquierda, decididamente apagada, salían fumarolas espesas y blancas, paralelas con el viento de la Sierra, y que el incendio teñía de rojo.

Quedaban cuatro mangas contra tres hogueras, pero estas últimas sólo estaban a cuatro metros de la casa vecina.

La hoguera de la izquierda volvió a encenderse.

El incendio podía ser detenido en el punto más inquietante, en la extrema derecha, antes de que esa hoguera de la izquierda tomara de nuevo importancia. Las mangas saltaron aún sobre un fondo de incendio petrificado: un segundo torpedo esta vez adelante.

Mercery trataba de discernir los ruidos: a pesar de la noche volaban muchos aviones fascistas. Los incendios de Madrid eran para ellos perfectos puntos de referencia. Cuatro bombas incendiarias habían sido lanzadas diez minutos antes. Obuses de grueso calibre caían siempre en los barrios obreros y en los barrios del centro: y, más lejos, la artillería ligera tiraba, mezclada a la de la batalla, ahogada a veces por el aullido de las sirenas, el tintineo de las ambulancias y los desmoronamientos del incendio, punteados de géiseres de chispas. Pero Mercery no oía las bocinas que hubiesen anunciado las mangueras de refuerzo.

Tercera bomba de avión en la misma línea. Cuando Mercery luchaba contra el fuego, quince multiplazas no lo hubiesen hecho moverse un centímetro.

La hoguera del centro se ensanchó súbitamente pero casi enseguida se retorció sobre sí misma. Después de la guerra, me haré jugador… pensó Mercery. Las hogueras de la extrema izquierda estaban controladas. Si llegaba el refuerzo… Mercery se sentía napoleónico. Se retorció alegremente el bigote.

El bombero de extrema derecha dejó caer su manga, permaneció un instante colgado de la escala por un pie, cayó en el fuego. Y todos los demás bajaron, a la vez, peldaño tras peldaño.

Mercery se volvió. Ninguna casa próxima era lo bastante alta para que pudieran tirar desde sus ventanas. Pero se podía apuntar de lejos: se recortaban las siluetas de los bomberos; y no faltaban fascistas en Madrid.

—¡Si alguna vez ese puerco se me pone a mano! —dijo otro bombero.

—Yo creo que es más bien una ametralladora —dijo otro.

—¿Estás chiflado?

—Vamos a ver —dijo Mercery—. Vamos, trepad todos. Las llamas empiezan de nuevo. ¡Por el pueblo y por la libertad!

»¡Inmortal! —agregó volviéndose, antes de tocar la escala.

Ocupó el lugar del bombero que había caído en la hoguera.

Desde lo alto de la escala, se volvió: no tiraban; no veía ningún lugar desde donde pudieran tirar. No es difícil camuflar una ametralladora. Pero el ruido hubiera alertado a las patrullas… Apuntó con su manga; la hoguera contra la cual luchaba resultaba ser la más amenazadora, era un adversario más vivaz que el hombre, más viviente que todo el mundo. Frente a ese enemigo gesticulando con mil tentáculos como un pulpo enloquecido, Mercery se sentía extraordinariamente lento, mineralizado. Y sin embargo vencería al incendio. Detrás de él caían avalanchas de humaredas granates y negras; a pesar de los ruidos del fuego, oía subir de la calle treinta o cuarenta voces. Él se movía en medio de un calor luminoso, radiante y seco. La hoguera se extinguía; disipada su última humareda, Mercery vio en un hueco sombrío a Madrid sin luces, sólo perceptible por sus incendios alejados, que agitaban furiosamente sus capas rojas a ras de tierra. Había abandonado todo, hasta a la señora Mercery, para que el mundo fuera mejor. Se veía deteniendo con un ademán los ataúdes de niños, adornados y blancos como altares levantados para la primera comunión; cada bomba que oía, cada incendio implicaba para él esos pequeños ataúdes atroces. Dirigía con precisión su manga contra la hoguera siguiente, cuando un auto de carrera pasó a toda velocidad y un furioso estremecimiento del aire pareció hacer caer todavía a uno de los bomberos. Pero esta vez Mercery había comprendido: los ametrallaba un avión de caza.

Dos.

Mercery los vio volver, extraordinariamente bajos, a diez metros por encima del incendio. No tiraban: los pilotos, que sólo veían a los bomberos cuando éstos estaban sobre el fondo claro de las llamas, debían tomarlos de espaldas. Mercery tenía el revólver bajo su traje; sabía que era inútil, no podía alcanzarlo, pero tenía una necesidad demente de tirar. Los aviones volvieron, y cayeron dos bomberos más: uno en las llamas, el otro en la acera. A tal punto saturado de asco que se tranquilizaba por primera vez, Mercery miraba los aviones virar hacia él bajo el cielo de Madrid incendiado. Le pegaron una bofetada de aire al pasar antes de volver «en el buen sentido»; bajó tres peldaños y se volvió hacia ellos, erguido sobre su escala. En el momento en que el primer avión se lanzaba sobre él como un obús, blandió su manga, regó furiosamente la carlinga y cayó sobre la escala, con cuatro balas en el cuerpo. Muerto o vivo, no dejaba la manga sujeta entre dos barrotes. Ante la metralla caída al suelo, todos los espectadores se habían refugiado bajo los portales. Por fin las manos de Mercery se abrieron lentamente, su cuerpo brincó dos veces sobre la escala y cayó a la calle vacía.

14

En el vestíbulo de una vieja casa de campo, de un extremo a otro tapizada de mapas, los oficiales esperaban a Manuel, que estaba al teléfono.

—Uno de los falangistas se ha matado —dijo un capitán.

—Pero otro ha denunciado a toda la organización —respondió Gartner.

—¿De qué te asombras? Para venir a hacer ese oficio, hay que ser asqueroso, pero se necesita coraje…

—Tenemos mucho que aprender todavía sobre el ser humano, hombre. Has visto en qué estado estaban; en los casos «de extremo decaimiento moral», como dice el coronel, se encuentra siempre un hombre para

que traicione.

—¿Habéis visto los tanques alemanes?, —pregunta otra voz.

Ha visto únicamente las siluetas bajo la lluvia.

—Yo entré en uno, estaba abierto. Uno de los individuos había podido escapar, el otro estaba muerto. Allí en su puesto, con los bolsillos vueltos al revés. No olvidaré eso, con la lluvia…

Chorrea sobre el vidrio incansablemente.

—¿Sus compañeros lo habían desvalijado?

—Pienso que lo habían registrado para que ningún documento cayera en nuestras manos, pero no tuvieron tiempo de meter de nuevo los forros de los bolsillos.

—Lo comprendo muy bien; sacarle cosas de los bolsillos, puede ser necesario; pero meter de nuevo los forros…

—¿Ejecutaron a los hombres?

—Todavía no, creo.

—¿Qué dicen en la base?

—Los camaradas son muy enérgicos. Sobre todo los de Toledo. Los que huyeron cuando no tenían armas ni jefes no perdonan a los que huyeron cuando lo tenían todo.

—Sí, yo tengo también la impresión de que son más firmes que los otros.

—… éstos de hoy les recuerdan lo que más quieren olvidar.

—… ¡Acaban de echarles abajo algo que les había costado mucho levantar!

—Vienen de lejos, y muchos de nosotros también… Pero no hay que olvidar que la historia de los otros, los puercos que han matado al capitán, no alivia a nadie.

Llega Manuel, con las comisuras de la boca hacia abajo, otra rama de pino bajo el brazo.

En la pared, entre los mapas, una caja de mariposas. Un obús estalla muy cerca de la Casa de Campo: el bombardeo vuelve a comenzar. Un segundo obús: una mariposa se desprende, cae sobre la base de la caja, el alfiler al aire.

—Camaradas —dice Manuel—, Madrid arde…

Se halla de tal modo ronco que no se le oye. Ha gritado mucho todo el día, pero no hasta el punto de haber perdido la voz. Continúa en voz baja para Gartner, que repite más fuerte:

—Los fascistas atacan en toda la línea sudoeste. La brigada internacional resiste. Ahora bombardean con aviones y cañones a la vez.

—¿Y se resiste bien?, —pregunta una voz.

Manuel levanta su rama de pino: Madrid está fuera de cuestión.

—Habrá ejecuciones —continúa—. Nos envían guardias civiles.

Gartner repite. Pero ahora Manuel no puede hablar más. Estallan los obuses en medio de la indiferencia general.

A cada obús próximo, de la caja caen una o dos mariposas. Manuel escribe una frase al margen de un mapa del Estado Mayor, desplegado sobre la mesa ante él.

Gartner lo mira, mira a cada uno de sus camaradas; su boquita en su cara chata traga de golpe la saliva, y dice por fin en un tono que anuncia la victoria, la derrota o la paz:

—Camaradas, los aviones rusos han llegado.

15

El enemigo se replegaba sobre Segovia. Los gubernamentales tenían muy pocos hombres realmente armados para perseguirlo, y no querían desguarnecer Madrid. El regimiento de Manuel y las tropas que le habían sido adjuntas, en descanso, dividían el ejercicio por compañías.

No llovía, pero las nubes medio deshilachadas y muy bajas de la mañana pasaban sobre las casas castellanas, cuyas piedras y tejas eran del mismo gris. Desde la escalinata de la alcaldía, Manuel veía llegar a esos hombres de los que era responsable.

Enfrente, un castillo enorme. Más que semiderruido, como en cada uno de esos pueblos, construido sobre rocas blandas cuyos pedazos destruidos se confundían con los escombros del castillo; a la derecha, una calle en pendiente por donde venían las tropas que debían desfilar en la plaza entre la alcaldía y las ruinas del castillo. Manuel no había vuelto a ver a sus tropas desde las ejecuciones de la noche.

La primera compañía llegaba a su altura, las botas golpean cadenciosamente los adoquines puntiagudos, en una formación tan eficaz como la de un ejército regular; en el momento en que iba a pasar la escalinata,

el comandante ordenó:

—¡Vista a la izquierda! ¡A la izquierda!

Todas las cabezas se volvieron al mismo tiempo hacia Manuel. Era la primera vez que se daba esa orden en el regimiento, y una de las primeras veces, sin duda, en todo el frente de Madrid. Ese saludo por el cual todos los voluntarios se ligaban cada vez más a su jefe, lo ordenaban los capitanes revolucionarios, y Manuel lo sentía por otra parte ligado a lo que había ocurrido en la noche.

Cuando llegó la segunda compañía, se hizo la misma maniobra, y la misma para cada compañía. Manuel miraba pasar a todos esos hombres en orden de combate, tan fuertes ahora como sus enemigos. Sentía que estaba a su cargo el defenderlos contra todos y contra ellos mismos, como ellos defendían al pueblo de España, pero no lograba olvidar las caras vueltas hacia arriba y cubiertas de lodo, y el «entonces, ¿ya no sales en nuestra defensa?». Sin embargo, esas miradas que, cada vez que pasaban, cruzaban la suya, no eran indiferentes y vagas: eran trágicamente fraternales, llenas de aquella noche.

El castillo se parecía a aquel junto al cual Manuel había escuchado a Jiménez en el frente del Tajo. «No seducir jamás…». Se trataba ahora de otra cosa muy diferente que seducir: había sido necesario matar, no a enemigos, sino a hombres que habían sido voluntarios, porque él era responsable ante todos de la vida de cada uno de aquellos que pasaban delante de él. Todo hombre paga por aquello de lo cual se siente responsable: él, en adelante, era responsable de esas vidas.

Cada vez más triste y cada vez con mayor fortaleza, Manuel cruzaba sucesivamente la mirada con aquellos que habían concertado con él la alianza de la sangre.

16

Pasado el regimiento, Manuel se encontró en la plaza vacía, sin miradas, con algunos perros vagabundos y el cañón lejano. Gartner estaba con la brigada. Nunca Manuel se había sentido más solo.

Tenía tres horas por delante. Y el castillo, una vez más, lo inclinaba a pensar en Jiménez. Éste se hallaba a una docena de kilómetros, en descanso también. Manuel hizo telefonear: estaba allí. Manuel dio instrucciones y tomó su automóvil.

El pueblo donde la brigada de Jiménez estaba estacionada se hallaba detrás de aquel de donde venía Manuel. Los campesinos en éxodo pasaban todavía, y Manuel llegó a casa del coronel a través de filas de asnos y de carretas, y un amontonamiento de manadas de toda clase.

Ambos salieron: la humedad acentuaba la semisordera de Jiménez. El enemigo bombardeaba bastante lejos hacia la derecha, y se oía el cañón de Madrid. Por los boquetes de la Sierra aparecía la llanura de Segovia.

—Creo que ayer he vivido el día más importante de mi vida —dijo Manuel.

—¿Por qué, hijo mío?

Manuel le contó lo que había ocurrido. Caminaban en silencio. Desde el principio, a Jiménez lo había sorprendido el cambio de la fisonomía de Manuel, su pelo cortado al rape, su autoridad. Del joven que había conocido, sólo subsistía la rama de pino húmeda que Manuel tenía en la mano.

Se decía que había grandes incendios cerca de El Escorial, y nubes muy oscuras se aferraban a las pendientes de la Sierra. Más lejos, hacia Segovia, un pueblo ardía: con los prismáticos, Manuel vio correr a campesinos y asnos.

—Sabía lo que había que hacer, y lo he hecho. Estoy resuelto a servir a mi partido, y no me dejaré detener por reacciones psicológicas. No soy un hombre que tenga remordimientos. Se trata de otra cosa. Usted me dijo un día: hay más nobleza en ser un jefe que un individuo. De la música, no hablemos; la semana pasada me he acostado con una mujer que había amado en vano, en fin… durante años; y tenía ganas de irme… No lamento nada de todo eso; pero si lo abandono, es por algo. Sólo se puede mandar para servir, si no… Me hago responsable de esas ejecuciones: se hicieron para salvar a los otros, a *los nuestros*. Únicamente, óigame usted: no he subido un solo peldaño en el sentido de una eficacia más grande, de un mando mejor, que no me haya separado más de los hombres. Cada día soy un poco menos humano. Usted ha encontrado necesariamente los mismos…

—Yo no puedo decirle sino cosas que usted no puede comprender, hijo mío. Usted quiere obrar y no perder un mínimo de fraternidad; yo pienso que el hombre es demasiado pequeño para eso.

Pensaba que esa fraternidad no puede encontrarse sino a través de Cristo.

—Pero me parece que el hombre se defiende siempre mejor de lo que cree, y que todo aquello que lo separa de los hombres debe acercarlo a su partido…

Manuel lo había pensado también, y a veces no sin miedo.

—Acercarse al partido no vale nada si es para separarse de aquellos para los que el partido trabaja. Sea cual fuere el esfuerzo del partido, quizá ese vínculo vive por el esfuerzo de cada uno de nosotros…

»Uno de los condenados me ha dicho: "¿Ya no sales en nuestra defensa?".

No dijo que había perdido realmente la voz. Jiménez lo tomó del brazo. Desde esa altura, todo era irrisorio en los hombres de la llanura, salvo las pausadas cortinas de fuego que subían hacia el cielo, o las nubes informes que avanzaban lentamente; parecía que a los ojos de los dioses los hombres sólo fueran la materia de los incendios.

—Pero ¿qué quiere usted, hijo mío? ¿Condenar tranquilo?

Lo miraba con una expresión afectuosa, llena de mil experiencias contradictorias y quizá amargas:

—Hasta se acostumbrará a eso mismo…

Como un enfermo elige a otro enfermo para hablar de la muerte, Manuel hablaba de un drama moral con un hombre a quien ese mundo le era familiar; pero, más que por su sentido, por la humanidad de sus respuestas. Comunista, Manuel no se interrogaba sobre el fundamento bueno o malo de su decisión, no ponía en tela de juicio su acto, toda cuestión de ese género, a sus ojos, debía resolverse por la modificación de sus actos (y no era cuestión de modificarlos) o por el rechazo de la cuestión. Pero la característica de las cuestiones insolubles es ser motivo de diálogo.

—El verdadero combate —dijo Jiménez— comienza cuando debemos combatir una parte de nosotros mismos… Hasta entonces, es demasiado fácil. Pero no se hace uno hombre sino por tales combates. Debemos siempre encontrar el mundo en uno mismo, lo queramos o no…

—Usted me dijo un día: el primer deber del hombre es ser amado sin seducir. Ser amado sin seducir, incluso si…

En un gran desgarramiento de rocas acababa de aparecer la otra ladera de la Sierra, por encima de Madrid poco visible en la extensión gris, inmensas humaredas oscuras subían con una lentitud desolada. Manuel sabía lo que significaban. La ciudad desaparecía detrás de su incendio como los navíos de guerra detrás de las banderas de sus humos de combate. Venidas de las numerosas hogueras de las que no aparecía el menor enrojecimiento, las columnas de humo subían a disgregarse hasta el centro del cielo gris; todas las nubes parecían nacidas de esa única hoguera desplegada en el sentido de su camino, y los sufrimientos acumulados en la fina línea blanca de Madrid entre los bosques llenaba el cielo inmenso. Manuel se dio cuenta de que hasta el recuerdo de la noche había sido arrastrado por el viento lento y pesado que traía el olor de las hogueras de Cuatro Caminos y de la Gran Vía.

Uno de los oficiales de Jiménez llegó en auto:

—Llaman al teléfono al teniente coronel Manuel. Habla el Estado Mayor.

—¡Oigo! ¿Me llamaba usted?

—Felicitaciones del Alto Mando por la manera en que ha dirigido la acción de ayer.

—A sus órdenes.

—Usted sabe que los antiguos fugitivos de las milicias se presentan para ser incorporados de nuevo.

—…

—El Alto Mando ha decidido formar una brigada con esos elementos. Son los más difíciles de manejar de todos los que disponemos.

—…

—El jefe del Estado Mayor piensa que usted tiene las condiciones requeridas para ese mando.

—¡Ah!

—El partido de usted piensa lo mismo.

—…

—De igual modo el general Miaja. Usted estará a cargo de esa brigada de un momento a otro.

—Pero ¿mi regimiento? ¡Mi regimiento!

—Creo que van a incorporarlo a una división.

—¡Pero yo lo conozco hombre por hombre! Quién podrá…

—El general Miaja piensa que usted está calificado para ese mando.

Cuando dejó el teléfono, Heinrich lo esperaba. Los internacionales encaraban un contraataque a Segovia, y Heinrich subía hacia Guadarrama. Partieron juntos.

El automóvil bajaba de la Sierra. Manuel tenía la impresión de conocer bien a Heinrich porque conocía la naturaleza de su mando; pero, a medida que le iba resumiendo la jornada de la víspera y su conversación

con Jiménez, le parecía que la única comunicación humana que existía entre el general y él era el extraño vínculo que se establece siempre entre un traductor y el que lo traduce.

Heinrich había inclinado la cabeza hacia delante; su nuca afeitada era lisa y un gesto de reflexión puerilizaba su vieja cara como fregada con piedra pómez.

—Estamos para cambiar la suerte de la guerra. ¿Crees posible que uno cambie las cosas sin cambiarse a sí mismo? Desde el día en que aceptas un mando en el ejército del proletariado, ya no tienes derecho a tu alma.

—¿Y el coñac?

Manuel había visto a Heinrich hacer distribuir a todos los borrachos de su brigada botellas de coñac cuya etiqueta había sido reemplazada por otra que decía: «*De parte del general Heinrich. Fuera del trabajo, todo; en el trabajo, nada*».

—Puedes conservar el corazón: eso es otra cosa. Pero debes perder tu alma. Tú has perdido ya tu pelo largo. Y el sonido de tu voz.

El vocabulario era casi el de Jiménez, pero el tono era el tono duro de Heinrich, y sus ojos azules sin pestañas miraban fijo como en Toledo.

—¿Qué es lo que usted, un marxista, llama perder su alma?

El tuteo no se ejercía más que en un solo sentido.

Heinrich miraba los pinos desfilar en el día triste.

—En toda victoria hay pérdidas —dijo—. No sólo en el campo de batalla.

Apretó fuertemente con su mano el brazo de Manuel, y dijo en un tono que Manuel no supo si era el de la amargura, de la experiencia o de la resolución.

—Ahora, ya no debes tener *nunca* piedad de un hombre perdido.

17

Madrid, 2 de diciembre

Delante de la ventana, hay dos muertos. Al herido lo han tirado hacia atrás por los pies. Cinco compañeros sostienen la escalera, con sus granadas de mano junto a ellos. Una treintena de internacionales está en el cuarto piso de una casa rosada.

Un altavoz enorme, de aquellos que transportan los camiones republicanos para la propaganda y cuya bocina los llena, grita en la tarde de invierno que ya declina: *¡Camaradas! ¡Camaradas! ¡Conservad vuestras posiciones! Los fascistas ya no tendrán municiones esta tarde: la columna Uribarri les ha hecho saltar esta mañana treinta y dos vagones*.

¡Camaradas! ¡Camaradas! Conservad…

Los fascistas no tendrán más municiones, pero por el momento las tienen: han contraatacado y ocupan los dos primeros pisos. El tercero es neutral. Los internacionales ocupan el cuarto.

—¡Basuras!, —grita en francés una voz que sube a través de la chimenea—. ¡Ya veréis si no tenemos bastantes municiones para reventaros!

Abajo, es el Tercio. Las chimeneas son buenos tubos acústicos.

—¡Cochinos a diez francos diarios!, —contesta Maringaud, que se ha puesto a cuatro patas: hasta el fondo del apartamento, las balas llegan a la altura de la cabeza. Él tuvo en otra época el romanticismo de la Legión. Los refractarios, los enérgicos. Abajo tiene a la Legión española, venida a defender no sabe qué, borracha de vanidad guerrera. El mes anterior, en el Parque del Oeste, Maringaud ha atacado a la bayoneta. ¿Y cuándo el Tercio? Esa jauría adiestrada en sangre, servil a no sabe qué, le produce horror. Los internacionales son también una legión, y lo que más odian es la otra.

Los 155 republicanos tiran sobre lo que fue el hospital.

El apartamento, donde Maringaud y sus compañeros buscan «ángulos de tiro» entre ruidos cristalinos de vidrio roto, es el de un dentista. Una puerta está cerrada con llave. Maringaud es tan fornido que parece gordo, y tiene cejas espesas sobra una nariz chiquita en una cara de bebé de publicidad. Cuando derriban la puerta, aparece el gabinete de trabajo, un moro indolentemente tendido en el sillón de operaciones, muerto. Ayer eran los republicanos los que ocupaban la planta baja de la casa. Esta ventana es más ancha y menos alta que las otras; las balas enemigas sólo han roto hasta tres metros del suelo la vidriera del dentista. Desde allí se puede ver y tirar.

Maringaud no tiene todavía mando: no ha hecho su servicio militar. Pero no le falta autoridad en su

compañía: todos saben que era secretario de fábrica de una de las más grandes manufacturas de armas. Los italianos habían encargado allí dos mil ametralladoras destinadas a Franco; el patrón de la fábrica, fanático de armas, no las dejaba encajonar «porque no estaban a punto». Todas las noches, terminado el trabajo, una parte de la fábrica se iluminaba por encima de la ciudad, y el viejo patrón, apasionado, modificando sólo una bisagra de una máquina minúscula en su taller, ponía a punto la pieza decisiva que debía hacer de esas ametralladoras «ametralladoras que no necesito decirle cómo». Y a las cuatro de la mañana, uno después de otro, militantes obreros, siguiendo las instrucciones de Maringaud, llegaban para falsear, con algunos limazos, la pieza pacientemente elaborada. Seis semanas. Durante cuarenta noches se prosiguió en esa fábrica de armas ese combate paciente entre la pasión técnica (el patrón de Maringaud no era fascista; sus hijos si lo eran) y la solidaridad.

Todos los de la brigada habían por experiencia que no era un trabajo inútil.

Los compañeros de Maringaud vienen a instalarse encima de las balas.

Esa casa, donde se combate desde hace diez días, asaltada o sitiada, es inexpugnable, salvo por la escalera donde se relevan cinco internacionales con sus granadas. La perspectiva no permite poner un cañón en batería, y en cuanto a las balas… Quedan las minas. Pero, mientras el Tercio esté abajo, la casa, incluso minada, no saltará.

Los cañones de 155 de los republicanos continúan tirando.

La calle está vacía. En una docena de casas, se insultan por las chimeneas. A veces, un ataque, de uno o de otro lado, trata de ocupar la calle, fracasa, se retira; los centinelas, que la muerte no distrae, esperan, ociosos, detrás de las ventanas; si un infeliz periodista viniera a observar aquí, tendría de inmediato su balazo en el cuerpo.

Hay un fusil o una ametralladora detrás de cada ventana, el altavoz cubre con sus gritos enronquecidos los insultos de la chimenea, y la calle está vacía como para la eternidad.

Pero, a la derecha, está el hospital, la mejor posición fascista del frente de Madrid. Ese sólido rascacielos, aislado en medio del césped, domina todo el barrio residencial. Desde su cuarto piso, los compañeros de Maringaud ven a los republicanos, en cada calle, a cuatro patas en el barro; y aunque no vieran el hospital, adivinarían su presencia por la altura que ningún cuerpo vivo puede sobrepasar.

Como las casas de la calle, el hospital, cuyas ametralladoras tiran incesantemente, parece abandonado. Este rascacielos melancólico y asesino, ruina de torre babilónica, sueña como un buey entre los obuses que lo abofetean con escombros.

Uno de los internacionales, buscando en todos los armarios, acaba de encontrar unos gemelos de teatro.

Las granadas estallan en la escalera. Maringaud va hasta el rellano.

—No es nada —dice uno de los internacionales de guardia, en medio del estruendo de los obuses.

El Tercio ha intentado subir una vez más.

Maringaud toma los gemelos. Visto de más cerca, el hospital cambia de color, se vuelve rojo. Debe su forma nítida únicamente a su masa: bajo cada golpe del 155 que lo bombardea, se hunde, se abolla o se achata levemente, como el hierro al rojo bajo los golpes del martillo. Sus ventanas, más visibles, le dan ahora un aspecto de colmena cuyas abejas han huido. Y sin embargo, muy lejos, en torno de ese baluarte en minas, los hombres se arrastran por las calles lluviosas o trepan por los troles herrumbrados del tranvía.

—¡Dios mío, Dios mío!, —grita Maringaud alzando sus fuertes brazos—. ¡Ya está, ya está! ¡Lo atacamos!…

Están pegados unos a los otros, entre el moro muerto en su sillón de dentista y la ventana. Las manchas negras de los dinamiteros y de los lanzadores de granadas surgen de la tierra en torno al hospital, alzan los brazos, entran de nuevo en el barro, reaparecen donde estaba cinco minutos antes el rosario rojo de la dinamita y de las granadas.

Maringaud corre hasta la chimenea, grita al Tercio:

—¡Miren un poco lo que ocurre en el hospital, zopencos!

Y vuelve corriendo a su lugar. Los dinamiteros están muy cerca; de la colmena hundida corre hacia las líneas fascistas todo un pueblo de insectos perseguidos por sus propias ametralladoras.

La chimenea no ha contestado. Un checo, más inclinado que los otros internacionales, el máuser al hombro, tira, tira, tira. En las casas de la otra acera desde donde son asediados, los internacionales tiran también: rozando la pared, los del Tercio huyen de la casa rosada: la casa está minada y va a estallar.

El Negus avanza en la contramina. Desde hace un mes, no cree ya en la Revolución. El Apocalipsis ha terminado. Queda la lucha contra el fascismo y el respeto del Negus por la defensa de Madrid. Hay

anarquistas en el Gobierno; otros, en Barcelona, defienden ásperamente doctrina y posiciones. Durruti ha muerto. El Negus ha vivido tanto tiempo de la lucha contra la burguesía que ahora vive sin mayor trabajo de la lucha contra el fascismo: las pasiones negativas siempre han sido las suyas. Y sin embargo, eso no va ya. Oye a los suyos hacer por radio la llamada a la disciplina y envidia a los jóvenes comunistas que hablan después, y cuya vida no ha sido transformada en seis meses… Combate aquí con González, el gordo compañero con quien Pepe atacaba a los tanques italianos frente a Toledo. González es de la C. N. T., pero todo eso le es indiferente. Hay que hacer polvo a los fascistas y discutir después. «Tú comprendes —dice el Negus—, los comunistas trabajan bien. Yo puedo trabajar con ellos, pero quererlos, no. En vano echo los bofes, no hay nada que hacer…». González era minero en Asturias y el Negus obrero de los transportes en Barcelona.

Después del lanzallamas del Alcázar, el Negus se ha refugiado en ese combate subterráneo que quiere, donde casi todo combatiente está condenado, donde sabe que morirá, y que conserva algo de individual y de romántico. Cuando el Negus no sale adelante con sus problemas, se refugia siempre en la violencia o en el sacrificio; en los dos a la vez, mejor aún.

Avanza, flaco, seguido por el gordo González, en una contramina que debe terminar un poco más lejos que la casa rosada. La tierra se vuelve cada vez más sonora: o la mina enemiga está muy cerca (pero no oye golpear), o…

Arma una granada.

El último golpe de pico se hunde en el vacío, y el cavador se desmorona, arrastrado por su impulso a un gran hueco profundo. La linterna eléctrica del Negus busca a su alrededor como la mano de un ciego: tinajas, altas como hombres. Un sótano. El Negus apaga y salta. Frente a él, otra linterna busca también. El que la tiene no ha visto la luz del Negus, la primera en apagarse. Un fascista. ¿Tirar? El Negus no ve al hombre. La casa rosada está casi encima de ellos. González se encuentra todavía en el pasillo. El Negus lanza su granada.

Cuando el humo que gira sobre sí mismo a la luz de la linterna de González se disipa, dos fascistas se han hundido, la cabeza por encima de un lago pegajoso de aceite o de vino, de donde salen pedazos de vasijas enormes, y que sube, en la luz fija de la linterna eléctrica, hasta sus hombros, hasta sus bocas, hasta sus ojos.

El contraataque republicano ha terminado: Maringaud y sus compañeros están libres. González y los suyos vuelven a la permanencia de la brigada. Hay que atravesar parte de Madrid.

Ya se ha adquirido la costumbre del bombardeo; en cuanto los paseantes oyen un obús desaparecen por una puerta y después vuelven a seguir su camino. Acá y allá, las fumarolas que inclina un viento suave ponen en la tragedia una paz de chimeneas de pueblo a la hora de la cena. Un muerto ha caído a través de la calle, con un portafolio de abogado apretado bajo el brazo que nadie se atreve a tocar. Los cafés están abiertos. De cada estación del metro sale una población semejante a la de un asilo de noche siniestra; una población desciende por ella con colchones, toallas, carritos para niños, carretillas cargadas de batería de cocina, mesas, retratos, niños con toros de cartón; un campesino trata de empujar un asno tozudo. Desde el 21, los fascistas bombardean diariamente, en los alrededores de Salamanca, extraordinarias componendas se elaboran para colarse dentro de las casas… A veces, el montón de escombros se mueve y aparece una mano con los dedos extraordinariamente tensos, pero los niños juegan a los aviones de caza junto a los bombardeos, entre las caras agobiadas por la huida. Las mujeres vuelven a Madrid en espuertas y colchones, como las de los cuentos árabes. Un conductor de tranvía que se ha unido a los soldados para ir al servicio permanente de las brigadas, le dice a González:

—Como vida, comprendes, es vida; pero como oficio no es un oficio: sales, haces tu trabajo, llegas al final con la mitad de tu clientela, la otra se ha muerto en el camino. Te lo repito: no es un oficio…

El conductor se detiene, González se detiene, Maringaud se detiene. Todos los transeúntes se detienen o corren a refugiarse bajo las puertas: cinco Junkers, protegidos por catorce Heinkels, llegan sobre Madrid.

—No hay que tener miedo —dice una voz—, uno se acostumbra.

Y antes de que González y Maringaud hayan visto sea lo que fuere sobre el cielo gris de la tarde, una multitud enorme sale de los refugios, de los sótanos, de las casas, de las estaciones del metro, el cigarrillo en la boca, las herramientas o los papeles en la mano, en suéter, en chaqueta, en pijama, o cubiertas con frazadas.

—¡Son los nuestros!, —dice un civil.

—¿Cómo lo sabes?, —pregunta González.

—¡Me suena mejor que antes!

Del otro lado de Madrid, por primera vez, llegan treinta y seis aviones de caza republicanos.

Por fin llegan los aviones vendidos por la U. R. S. S. después que ésta ha denunciado la no intervención. Algunos ya han combatido en Getafe, y los aparatos reparados de los internacionales han echado folletos sobre Madrid para anunciar la reorganización de la aviación republicana; pero esas cuatro escuadrillas de nueve aviones, que llegan en losange, dirigidos por Sembrano, son, por primera vez, la guardia de Madrid.

El Junker que va a la cabeza tuerce a la derecha, tuerce a la izquierda, vacila. Las escuadrillas republicanas se precipitan a toda velocidad sobre el grupo de bombardeo. Las manos de los hombres se crispan sobre el hombro o la cadera de las mujeres. Desde todas las calles, desde todos los tejados, desde todos los orificios de los sótanos, desde todas las estaciones del metro, aquellos que hace ya dieciocho días esperan de hora en hora las bombas, miran. Por fin la escuadrilla enemiga da media vuelta hacia Getafe, y un grito de quinientas mil voces, salvaje, inhumano, liberado, sube hacia el cielo gris donde se hunden los aviones de Madrid.

Heinrich mira por la ventana, al caer la noche, la multitud de soldados separados de sus unidades que acaban de hacerse reincorporar. Ante él, el mapa donde lleva las indicaciones que le transmite Albert, pegado al teléfono, como de costumbre. Por todas partes se confirma que los fascistas, privados por el coronel Uribarri del tren con municiones, no tienen más municiones.

—El ataque a Pozuelo y Aravaca ha sido rechazado, mi general.

Heinrich anota en el mapa las nuevas posiciones. Los pliegues de su nuca blanca parecen sonreír.

—El ataque a Las Rozas ha sido rechazado —trasmite otro oficial de Estado Mayor.

De nuevo el teléfono:

—Muy bien, gracias —contesta Albert.

El ataque a la Moncloa ha sido rechazado.

Todos tienen ganas de congratularse.

—¡Coñac general en el próximo éxito!, —dice Heinrich.

El Ministerio de Guerra transmite el orden de las posiciones en el receptor de Albert; las brigadas llaman por el otro aparato.

—¡Dadme coñac!, —dice Albert—: Avanzamos en la Puerta de Hierro; la carretera de La Coruña está despejada.

—¡Villaverde está reconquistado!

—¡Marchamos hacia Quemada y hacia Garalito, mi general!

Tercera parte

La esperanza

I

1

8 de febrero

Magnin encontró a Vargas en el Ministerio del Aire, en Valencia, como lo había encontrado en Madrid la tarde de Medellín. Los ministros no eran ya los mismos, los combatientes llevaban uniformes, Franco había estado a punto de tomar Madrid, el ejército popular se formaba; pero la guerra era siempre la guerra y, si tantos hombres habían encontrado la muerte y tantos otros su destino, ni Vargas ni Magnin habían cambiado mucho. Como en Madrid, Vargas acababa de hacer traer *whisky* y cigarrillos; como en Madrid, ambos tenían sus caras de fin de noche.

—Málaga está perdida, Magnin —dijo Vargas.

A Magnin no lo sorprendía; pensaba que contra las fuerzas italianas y alemanas, los republicanos no podrían salvar los frentes cortados de su centro. Y García le había dicho ocho días antes: «Espero todo del centro, y nada de los pequeños frentes: Málaga es Toledo».

—El éxodo es extraordinario, Magnin… Más de cien mil habitantes en fuga… Terrible…

Por encima de ellos, en el centro de la sala de esa vieja mansión de un rico comerciante, un águila embalsamada sostenía la araña.

—Y los aviones italianos los persiguen. Y los camiones. Si detenemos los camiones, los refugiados alcanzarán Almería.

Magnin, ojos y bigote tristes, hizo un gesto que significaba: ¿cuándo partimos?

—Nuestros mejores aviones deben estar en Madrid, Magnin, yo sé…

—Los fascistas atacaban a fondo el Jarama.

—Se necesitan dos multiplazas para la carretera de Málaga. Aquí, casi no tenemos cazas…

»Pero hay también una misión en Teruel. Nadie, entre los internacionales, conoce Teruel como usted. Yo quiero que usted no…

Continuó en español:

—… no elija siempre el peligro más grande, sino la misión más útil. Usted en Teruel, Sembrano en Málaga. Él está aquí.

»Usted sabe —agregó— que Teruel se halla también completamente sin cazas…

Desde hacía dos meses, la aviación internacional combatía en el frente de Levante: Baleares, Sur, Teruel. La época de los pelícanos había terminado. Con dos misiones diarias y una debida proporción de hospital, la escuadrilla, que había apoyado la brigada internacional durante la batalla de Teruel, combatía, reparaba, fotografiaba sus bombardeos durante el combate; los aviadores habitaban un castillo abandonado entre los naranjales, cerca de un campo clandestino; habían hecho estallar, durante la batalla, la estación y el Estado Mayor de Teruel con el tiro antiaéreo, y una foto agrandada de la explosión estaba pegada con tachuelas en la pared de su refectorio. Magnin y sus pilotos conocían ese frente mejor que sus mapas.

—¿Al alba? —preguntó Magnin.

Pasaron a la cartografía.

Jaime y Scali, Gardet y Pol, Attignies, Saïdi, mecánico llegado de las brigadas, y Karlitch bebían manzanilla en un café.

Detrás de ellos, del otro lado de los vidrios del café, había una pequeña feria cuya música llegaba hasta el salón: rifas, venta de dulces, tiro al blanco. Era la fiesta de los niños. Los ametralladores habían venido para tirar, y no se cansaban de reventar cerdos rellenos de aserrín; era allí donde habían encontrado a Karlitch, en medio de un círculo de admiradores. Gardet y Saïdi, más que por el tiro al blanco, habían ido por los niños. Habían gastado todo su dinero en distribuir dulces; a Gardet le gustaban los niños como a Shade los animales: por amargura; Saïdi los quería por todo lo que había en él de infancia y de piedad

musulmana.

—Son buenos los norteamericanos —dijo Pol.

Los primeros voluntarios norteamericanos de la aviación acababan de llegar.

—A mí, lo que me gusta de ellos —dijo Gardet— es que no creen que salvan la democracia cada vez que hacen girar una hélice.

—Y han mandado a paseo a sus mercenarios —dijo Attignies.

Detestaba a los mercenarios, indistintamente.

—Pero el nuevo comandante —continuó Pol—, un imbécil, un soberano imbécil.

Por primera vez el comandante español que dirigía el campo con Magnin era un jefe insoportable.

—No hay que impacientarse —dijo Attignies—. No creemos que entre nosotros todo será la perfección. Pero todo se arreglará pronto: Sembrano vuelve. Hagamos nuestro trabajo, y eso basta. El capitán español de los Bréguets es estupendo.

—Y para luchar todas las semanas contra aviones modernos, ¡se necesita ser paciente!

—Hay algo curioso —dijo Scali—: Ningún país tiene, como éste, el don del estilo. Se toma a un campesino, a un periodista, a un intelectual; se le da una función y la ejerce bien o mal, pero casi siempre con un estilo como para dar lecciones a toda Europa. Ese comandante no tiene estilo: cuando un español pierde el estilo, lo ha perdido todo.

—Esa noche, en la Alhambra —dijo Karlitch—, he visto algo que merece contarse: una bailarina medio desnuda pasa por el escenario. Muy cerca de la gente. Un miliciano borracho corre, la acaricia con todo el brazo. El público bromea. El miliciano se vuelve, los ojos cerrados, la mano también. Como si hubiera tomado la belleza de la mujer cuando la ha acariciado, y guardado en el puño. Y se vuelve hacia el público, abre el puño y le arroja la belleza. Con desprecio hacia el público. Admirable. Sólo posible aquí.

Hablaba francés mucho peor que antes. Jefe de un cuerpo franco, pulido, parecía salir de un baño donde el alcanfor hubiera reemplazado al agua de Colonia. Se echó hacia atrás su gorra de capitán, y Scali reconoció su penacho negro y espeso.

—Lo que me gusta aquí —dijo Pol— es que me instruyo. ¡Es verdad!, pero el comandante, a pesar de todo, es un zopenco.

—Hablar así de un comandante no está bien —dijo brutalmente Karlitch.

Se había dejado crecer el bigote: su rostro era menos infantil, más duro, y Scali sentía reaparecer en él al antiguo oficial de Wrangel.

Pol se alzó de hombros y levantó el índice:

—Digo y repito: un *zopenco*.

Esto podría echarse a perder, pensó Attignies.

—¿Cómo has venido aquí? —le preguntó a Saïdi.

—Cuando supe que los moros combatían con Franco, le dije a mi sección socialista: «Debemos hacer algo. Si no, ¿qué dirán los camaradas obreros de los árabes?».

—Veo luces —dijo Jaime, que trituraba un alambre. Hacía aviones de alambre, cuyos mandos funcionaban, y que los aviadores se arrancaban.

Desde hacía un mes, día tras días, veía luces. Al principio, sus amigos las buscaban para encontrar siempre, no luces, sino la misma tristeza. Scali y Jaime estaban a su lado, los otros enfrente.

—Entonces —dijo Karlitch—, hemos tomado Albarracín. Allí había uno de los fascistas más responsables. Muy joven: quizá veinte años.

»Estaba escondido. Fuimos allí, y encontramos sólo a dos viejas. El muchacho había denunciado quizá… a cincuenta de los nuestros. Y a otros, que ni siquiera estaban con nosotros. Fusilados.

—Nada peor que los adolescentes —dijo Scali.

—Una de las viejas dijo: «No, no hay nadie; sólo mi otro sobrino…». Eran sus tías. Entonces ocurrió algo: salió un muchacho en calcetines, y un sombrero…

Karlitch hizo en torno a su cabeza un ademán circular que pretendía imitar un Jean Bart, el famoso corsario.

—… un traje marinero, pantalones cortos. «Ya ven ustedes —decían ellas, las viejas—, ¡ya ven ustedes!…». Era nuestro canalla; le habían puesto el traje de un niño para engañarnos…

—Las luces giran —dijo Jaime, que se había quitado sus anteojos ahumados.

Karlitch rió, con la misma risa que atacaba los nervios a Scali, en agosto.

—Lo fusilaron.

Todos sabían que Karlitch había ido dos veces a buscar a sus camaradas heridos bajo el fuego enemigo. Y que lo matarían. Servir era para él una pasión, que esperaba hallar también en los que servían bajo sus

órdenes; la primera vez que había encontrado sus heridos torturados por los moros, había ido él mismo a dar el golpe de gracia a sus oficiales. En conjunto, inquietaba a Scali y a Attignies. Los demás creían a Karlitch un poco loco. Saïdi dudaba mucho de todo eso.

Scali recordaba la llegada de Karlitch: tenía unas botas soberbias. Con el primer limpiabotas había comenzado a hacerlas limpiar; pero limpiar unas hermosas botas de cosaco no es limpiar un par de zapatos, y treinta especialistas, ya que el ómnibus militar era colectivo, habían esperado media hora a un Karlitch exasperado, golpeteando sobre la mesa, a quien el limpiabotas no terminaba de hacer relucir su segunda bota.

—Las luces se detienen —dijo Jaime.

Esta esperanza, sin cesar renovada, creaba siempre en torno a él un atroz malestar. Tanto más cuanto que tenía vergüenza de ser casi ciego, y se esforzaba en hacer humorismo. Había prometido ostras que creía haber descubierto mediante una extravagante invención. Error. Y los primer llegados (Scali y él habían llegado los últimos) habían encontrado estas palabras en el café: «*Pensándolo bien, no vendremos… Las ostras*».

—¿Te gusta esta vida? —preguntó Attignies a Karlitch.

—Cuando murió mi padre (tengo tres hermanos), yo estaba… en el ejército. Y ya mi padre había dicho: que los tres sean felices; y el otro… el otro debe vencer.

Scali encontraba una vez más lo que lo inquietaba desde hacía dos meses: lo que los técnicos de la guerra llamaban «los guerreros». Scali quería a los combatientes, desconfiaba de los militares y detestaba a los guerreros. Karlitch era demasiado sencillo, pero ¿los otros?… Y, en las filas de Franco, había también miles como ése.

—Espero pasar a los tanques —continuó el ametrallador. Tanquistas, aviadores, ametralladores, ¿los mercenarios iban a invadir Europa?

—¿Qué te da miedo, Karlitch, en la guerra?

Quería decir horror o piedad, pero no era demasiado sutil.

—¿Miedo? Al principio, todo.

—¿Y después?

—No lo sé.

—¿Veis las luces? —preguntó Jaime.

—¡Sí! —continuó Karlitch—. Hay algo que me da miedo. Miedo. Los ahorcados. ¿Y a ti?

—Nunca he visto.

—Tienes suerte… Da miedo. Comprende cómo ocurren las cosas: con la sangre todo es natural. Los ahorcados no son naturales. Cuando no hay sangre, no es natural. Cuando las cosas no son naturales, dan miedo.

Hacía veinte años que Scali oía hablar de «noción del hombre». Y se rompía la cabeza tratando de entenderla. ¡Era en verdad bonita la noción de hombre frente al hombre comprometido en la vida y la muerte! Scali ya no sabía decididamente dónde estaba. Tenía coraje, generosidad —y sentido psicológico—. Había revolucionarios —y había masas—. Había política —y había moral—. «Quiero saber de lo que hablo», había dicho Alvear.

—Ahora salen de nuevo las luces —dijo Jaime.

Scali se irguió, con la boca abierta, los dos puños sobre la mesa, enviando a tres metros el avión de alambre; Gardet agarraba a Jaime por los hombros, y todos miraban más allá de la vidriera del café los grandes globos eléctricos de los tiovivos que se habían puesto a girar.

Jaime y sus compañeros, completamente enloquecidos, silbaban como oropéndolas, y Magnin, en otro auto, iban de nuevo al campo por la llamada —y por Málaga—. Lina escuadrilla enemiga bombardeaba el puerto, a seis kilómetros. La llovizna cubría Valencia y chorreaba suavemente sobre los naranjales. Para la fiesta de los niños, los sindicatos habían decidido preparar un cortejo sin precedentes. Consultadas las delegaciones de niños, habían exigido personajes de dibujos animados: los sindicatos habían construido en cartón ratones Mickey, enormes, gatos Félix, patos Donald (precedidos, a pesar de todo, de un don Quijote y de un Sancho). De los miles de niños venidos de toda la provincia para la fiesta, dedicada a los niños refugiados de Madrid, muchos estaban sin amparo. En el bulevar exterior, los tanques, terminado su triunfo, yacían abandonados; en dos kilómetros aparecieron en los faros de los autos los animales parlantes de los modernos cuentos de hadas, del mundo donde todos aquellos a quienes se mata resucitan… Chiquillos sin protección se habían refugiado en los pedestales de cartón, entre las patas de los ratones y de los gatos. La

escuadrilla enemiga continuaba bombardeando el puerto; y al ritmo de las explosiones, bajo la guardia del don Quijote nocturno, los animales que temblaban en la lluvia sacudían la cabeza por encima de los niños dormidos.

Attignies era bombardero del avión de Sembrano. Las manipulaciones de los dos aparatos eran mixtas: en éste, Pol, mecánico, y Attignies. Sembrano había llevado a su segundo piloto, un vasco, Reyes. En el último aeródromo Sur habían encontrado bombas que fue necesario cambiar, y un desorden digno de Toledo; poco antes de Málaga, el éxodo de ciento cincuenta mil hombres, a lo largo de la carretera que costea el mar, y después, hacia atrás, los cruceros fascistas que subían hacia Almería en una mañana maravillosa y un largo hervidero de humo; por último, la primera de las columnas motorizadas italoespañolas; vista desde los aviones, parecía que debía alcanzar el éxodo en algunas horas. Attignies y Sembrano se habían mirado y habían descendido lo más bajo posible. No quedaba nada de la columna.

Para volver más pronto, Sembrano cortó y tomó el mar.

Cuando Attignies se volvió, el mecánico frotaba sus manos llenas de aceite de las palancas de bombardeo. Attignies miró de nuevo delante de sí el cielo lleno de cúmulos nítidos: dieciocho aviones de caza enemigos —con retraso— llegaban en dos grupos. Y otros detrás, probablemente.

Las balas atravesaron la torreta delantera.

Sembrano recibió un furioso garrotazo en el brazo delantero, que le quedó colgando. Se volvió hacia el segundo piloto: «¡Toma la palanca de mando!». Reyes no tomaba la palanca; se tomaba al vientre, con ambas manos. Sin el cinturón que lo retenía, hubiera caído sobre Attignies, vuelto hacia atrás, tendido en la cabina, con un pie en la sangre. Sin duda el caza enemigo, que había pasado detrás del avión, iba a tirar en profundidad; ninguna protección posible: ante ese número de enemigos, los cinco cazadores republicanos debían proteger la huida del otro multiplazas, en mejor posición de combate. Los agujeros de la carlinga eran agujeros de pequeños obuses; los italianos tenían cañones ametralladoras. ¿Estaba o no herido el ametrallador de atrás? En el instante en que Sembrano se volvía, su mirada pasó por su motor derecho: llameaba. Sembrano cortó. Ninguno de sus ametralladores tiraba ya. El avión bajaba, segundo por segundo. Attignies estaba inclinado sobre Reyes, bajado de su asiento, y que pedía incansablemente de beber. «La herida en el vientre», pensó Sembrano. Sobre el avión pasó una nueva ráfaga enemiga, tocando sólo el plano derecho. Sembrano pilotaba con los pies y el brazo izquierdo. La sangre manaba suavemente de su mejilla; sin duda estaba herido también en la cabeza, pero no sufría. El avión bajaba siempre. Detrás, Málaga; debajo el mar. A lo lejos, más allá de una faja de arena ancha de diez metros, una cresta de rocas.

No era asunto de paracaídas: el caza enemigo seguía y el aparato estaba ya demasiado bajo. Imposible subir: el timón de profundidad, sin duda destrozado por las balas explosivas, respondía apenas. El agua estaba ahora tan cerca que el ametrallador de abajo se acostó en la carlinga, también con las piernas ensangrentadas. Reyes había cerrado los ojos y hablaba en vascuence. Los heridos no miraban ya el caza enemigo del cual les llegaban, aisladas, las últimas balas: miraban el mar. Varios de entre ellos no sabían nadar —y no se nada con una bala explosiva en el pie, el brazo o el vientre—. Estaban a un kilómetro de la costa, a treinta metros encima del mar; abajo, cuatro o cinco metros de agua. El caza enemigo volvió, tiró de nuevo con todas sus ametralladoras; las balas trazadoras tendieron en torno del avión una tela de araña de trazos rojos. Debajo de Sembrano, las olas claras y calmas de la mañana reverberaban al sol con una felicidad indiferente; lo mejor era cerrar los ojos y dejar descender lentamente el avión hasta que… Su mirada encontró de pronto la cara de Pol, inquieta, cubierta de sangre, pero en apariencia siempre alegre. Los trazos rojos de las balas rodeaban el aparato lleno de sangre, donde Attignies estaba ahora inclinado sobre Reyes que había caído de su asiento y parecía lanzar estertores de agonía: la cara de Pol, la única que vio Sembrano de frente, chorreaba sangre también; pero había en sus mejillas lisas de gordo judío animado tal deseo de vida que el piloto hizo un último esfuerzo para servirse de su brazo derecho. El brazo había desaparecido. Con toda su fuerza, pies y brazo izquierdo, hizo encabritar el aparato.

Pol había sacado las ruedas y ahora las metía: el fuselaje del avión resbaló como el de un hidro; el aparato se paró un instante, se hundió en la espuma de las olas tranquilas y capotó. Todos se revolvían en el agua que brotaba en el avión, como gatos ahogados: no subía hasta lo alto de la carlinga, ahora dada la vuelta. Pol se precipitó sobre la puerta, intentó maniobrarla como de costumbre, de arriba abajo, no lo consiguió, comprendió que como el avión se había dado la vuelta, debía buscar el picaporte arriba; pero la puerta estaba atrancada por una bala explosiva. Sembrano, puesto a flote en el avión al revés, el puesto de pilotaje dado la vuelta ante sus narices, buscaba su brazo en el agua como un perro corre detrás de su cola; la sangre de su herida manchaba de rojo el agua ya rosada de la carlinga, pero el brazo estaba en su lugar.

El ametrallador de adelante hundió uno de los pedazos de mica de su torreta, abierta por el capotaje. Serrano, Attignies, Pol y él consiguieron salir, y se encontraron al fin, el torso al aire libre y las piernas en el agua, frente a la línea interminable del éxodo.

Apoyado en el mecánico, Attignies llamaba, pero las olas cubrían el ruido de su voz; a lo sumo, los campesinos que huían veían sus ademanes; y Attignies sabía que cada cual, en una multitud, cree que la llamada se dirige a los demás. Sobre la playa misma, un campesino caminaba. Attignies fue a cuatro patas hasta la arena: «¿Vienes a ayudarnos?», le gritó desde que lo tuvo al alcance de su voz. «No sé nadar», respondió el otro. «No hay profundidad». Attignies avanzaba siempre. El campesino no se movía. Cuando vio que Attignies, surgido del agua, estaba a su lado, le dijo por fin: «Tengo chiquillos», y se fue. Quizá fuera verdad, ¿y qué ayuda esperar de un hombre que, ante esa huida furiosa, esperaba pacientemente a los fascistas? Quizá desconfiaba: la cara enérgica y rubia de Attignies se parecía demasiado a la idea que un campesino de Málaga puede hacerse de un piloto alemán. Al este, muy cerca de la cresta de las montañas, los aviones republicanos desaparecían. «Esperemos que manden un automóvil…».

Pol y Sembrano habían sacado a los heridos del aparato y los habían transportado a la playa.

Un grupo de milicianos salió de la corriente de la multitud; de pie sobre el terraplén y por mucho más altos que ella, parecían armonizar con los peñascos y los pesados cúmulos y no con las cosas vivas, como si no pudiese estar vivo nada de aquello que no huyera; la mirada fija en ese avión que acababa de consumirse, oculto a medias por las cortas llamas que salían fuera del agua, dominaban esa corriente de hombros inclinados hacia delante y de manos en el aire, a la manera de los centinelas legendarios. Entre sus piernas, separadas para resistir el viento del mar, las cabezas rodaban como hojas secas; llegaron por fin hasta Attignies. «¡Ayudad a los heridos!». Avanzaron hasta el avión, paso a paso, detenidos por el agua. El último, que permanecía con Attignies, pasó el brazo del aviador sobre su hombro.

—¿Sabes dónde está el teléfono? —le preguntó éste.

—Sí.

Los milicianos pertenecían a la guardia del pueblo; sin cañones ni ametralladoras iban a tratar de defender su pueblo pedregoso de las columnas motorizadas italianas. En la carretera, con ellos y a su manera, de los doscientos mil habitantes de Málaga, ciento cincuenta mil seres desarmados huían, hasta la muerte, del «libertador de España».

Se detuvieron a media altura del talud. «Hay que tener descaro —pensaba Attignies— para decir que las heridas de bala no hacen doler». Y el agua de mar no aliviaba nada. Por encima del terraplén, los bustos inclinados avanzaban siempre hacia el oeste, al paso o a la carrera. Delante de muchas bocas un puño sostenía un objeto confuso como si todos hubieran tocado una silenciosa corneta: comían. Una verdura corta y ancha, apio quizá. «Hay un campo», dijo el miliciano. Una vieja subió al talud gritando, se acercó a Attignies y le tendió una botella. «¡Mis pobres hijos, mis pobres hijos!». Miraba a los otros huir, recuperó su botella antes de que Attignies la hubiera tomado y bajó lo más pronto que pudo, sin dejar de gritar siempre la misma frase.

Attignies volvió a subir, apoyado en el miliciano. Pasaban mujeres corriendo, se detenían, se ponían a gritar mirando los aviadores heridos y el avión que se consumía, y emprendían de nuevo su carrera.

«El bulevar del domingo», pensaba amargamente Attignies al llegar a la carretera. Bajo el ruido de la huida, ritmado por el golpeteo del mar, otro ruido, que Attignies conocía de sobra, empezó a subir: un avión de caza enemigo. La multitud se dispersaba; había sido ya bombardeada y ametrallada.

Venía en línea recta hacia el multiplazas cuyas últimas llamas se apagaban en el mar. Ya los milicianos transportaban a los heridos; estarían en la carretera antes de la llegada del avión enemigo. Había que gritar a la multitud que se echara de bruces, pero nadie oía. Siguiendo las instrucciones de Sembrano, los milicianos acostaban a los heridos a lo largo de la pequeña pared. El avión bajó mucho, giró en torno al multiplazas, patas arriba y cubierto de pavesas moribundas como un pollo en un asador; lo fotografió, sin duda, y volvió a partir. «Pero los camiones están patas arriba también».

Pasó una carreta. Attignies la detuvo, abandonó el hombro del miliciano. Una joven campesina le cedió su lugar y él se sentó entre las piernas de una vieja. Volvió a partir la carreta. Llevaba cinco campesinos. Nadie había hecho preguntas y Attignies no había dicho una palabra: el mundo entero, en ese minuto, corría en un solo sentido.

El miliciano andaba al lado de la carreta. Después de un kilómetro, la carretera se apartaba del mar. En los campos habían encendido fogatas; esas fogatas, esa gente acurrucada o acostada rezumaba angustia en la inmovilidad como en la huida. Entre ella, la masa pasiva de los desalojados continuaba hacia Almería su desesperada emigración. El enmarañamiento de los vehículos era en verdad inextricable. La carreta ya no avanzaba.

—¿Todavía está lejos? —preguntó Attignies.

—Tres kilómetros —contestó el campesino.

Un campesino los adelantó, montado en un asno: los asnos, abandonando incesantemente la carretera, se deslizaban por todas partes, yendo mucho más ligero.

—Préstame tu asno. Te lo devolveré en el pueblo, delante del correo. Es para los aviadores heridos.

El campesino bajó sin decir una palabra y ocupó el lugar de Attignies en la carreta.

Dos jóvenes, varón y mujer, estudiantes sin duda, casi elegantes, sin equipaje, pasaron al asno. Se tomaban de la mano. Attignies tuvo conciencia de que no había visto hasta entonces más que una multitud miserable, a veces obrera, campesina casi siempre. Y siempre, en las espaldas, las mantas mexicanas. Nada de conversaciones: gritos, y el silencio.

La carretera discurría por un túnel.

Attignies buscó su linterna eléctrica. Inútil sacarla de su bolsillo empapado. Innumerables luces, lámparas de toda clase, fósforos, antorchas, tizones, nacían y se apagaban, amarillos y rojizos, o bien permanecían, rodeados por un lado, a uno y otro lado de la corriente de hombres, de animales, de carretas. Al abrigo de los aviones, un gran campamento migratorio se había instalado en la vida subterránea, entre los dos agujeros azules y lejanos del día. Un pueblo de sombras se agitaba en torno de las antorchas o de las inmóviles lámparas de tormenta; por un instante aparecían las siluetas de los bustos y las cabezas, y las piernas se perdían bajo la roca como un río subterráneo, en un silencio tan intenso que hasta había conquistado a los animales.

El túnel envolvía a Attignies de calor, ya viniera de la multitud acumulada, o de la fiebre que aumentaba en él. Había que llegar al teléfono, evidentemente, pero ¿acaso Attignies no había muerto en el camino? La carreta, el asno, ¿no eran los sueños de una agonía bastante dulce? Del agua que lo había cubierto se deslizaba a ese mundo caldeado de las profundidades de la tierra. Una evidencia más fuerte que las certidumbres de los vivos iba de la sangre, que un momento antes chorreaba en la cabina, a ese túnel sofocante; todo lo que había sido la vida se diluía como recuerdos miserables en un sopor profundo y melancólico; los puntos luminosos llevaban en esa cálida oscuridad su vida de peces de las grandes depresiones, y el comisario político se deslizaba, inmóvil y sin peso, mucho más allá de la muerte a través de un gran río de sueño.

La luz del día que se aproximaba y que, al torcerse la carretera, se desplegó súbitamente, despertó su cuerpo entero, como si fuera una luz helada. Quedó asombrado de encontrar de nuevo la obsesión del teléfono, su pie dolorido, su asno entre las piernas. A pesar de haber salido del avión como de un combate, le parecía volver del limbo al misterio de la vida. De nuevo, por encima de la corriente del pueblo en fuga, se extendía hasta el Mediterráneo la tierra ocre de España, con sus cabras negras erguidas sobre los peñascos.

La multitud, agitada en todo sentido, hervía alrededor del primer pueblo, y dejaba mil instrumentos alrededor de las primeras paredes, como el mar abandona en su rompiente una playa de guijarros y desechos. Una gran confusión de trajes erizados por algunas armas yacía presa entre las paredes como una manada en un corral. Aquí el éxodo perdía su poder de avalancha: no era más que una multitud.

Gracias al miliciano, Attignies, siempre sobre su asno, llegó a la oficina de teléfonos. Los hilos estaban cortados.

Pol, una vez que los heridos estuvieron alineados al pie de la pared, había preguntado a los milicianos dónde podía encontrar camiones. «En las granjas, ¡pero no hay gasolina!». Corrió hasta la primera granja, vio un camión, el tanque estaba vacío. Siempre corriendo, había vuelto con un balde, después de vaciar en él parte de la gasolina conservada en el depósito intacto del avión. Llegó de nuevo a la granja, manteniendo su balde en equilibrio, obligado a caminar lentamente al margen de la interminable huida campesina, y esperando de un momento a otro la llegada de los camiones que seguirían con toda seguridad a los que habían hecho estallar aquella mañana. Trató de hacer andar el motor: el magneto estaba roto.

Corrió a la segunda granja. Sembrano pensaba que Attignies no se las arreglaría fácilmente en medio de semejante desorden, y tenía más confianza en un camión encontrado que en un camión enviado. En esta granja, que era también una especie de casa de campo, vacía de muebles y en donde los azulejos moriscos y los falsos frescos románticos que abundaban en papagayos parecían a la espera del incendio, el ruido subterráneo de la multitud en fuga amenazaba segundo por segundo la llegada del enemigo. Esta vez, Sembrano, sosteniéndose con la mano izquierda su brazo derecho que un ametrallador español había entablillado, volvió con él. En cuanto encontraron el camión, Sembrano levantó el capó: el conducto de la

gasolina estaba destrozado. Los camiones habían sido sistemáticamente saboteados para que los fascistas no pudieran utilizarlos. Sembrano que se había inclinado se incorporó con la boca abierta y los ojos semicerrados, Voltaire abrumado, y, con un paso de boxeador grogui, se dirigió sin cerrar la boca a la granja siguiente.

En medio de un campo, oyó gritar su nombre: el ametrallador español, muy redondo, semejante a una manzana jubilosa, siempre ensangrentado, saltando y rebotando, corría hacia él. Attignies estaba de vuelta con un automóvil. Los aviones de caza republicanos habían avisado al hospital. Sembrano y Pol instalaron a los heridos en el suelo y en el asiento de atrás: el ametrallador quedó con ellos.

Un médico, el jefe de servicio canadiense de transfusión de sangre, había venido con ellos.

Desde la caída del avión, ninguno de los aviadores había hablado de la llegada de los fascistas, y sin duda ninguno había dejado, como Attignies, de tener presente en el espíritu la columna motorizada bombardeada a la salida de Málaga.

El automóvil, sobrecargado delante, parecía vacío atrás; a cada kilómetro, los milicianos lo detenían, querían meter mujeres en él, al subir en el estribo veían a los heridos, y volvían a bajar. Al principio, la multitud había creído que los comités huían, al ver en cada automóvil aparentemente vacío los heridos apilados, había tomado la costumbre de mirar los coches con una melancólica amistad. Reyes lanzaba estertores. «Lo intentaremos con las transfusiones —le dijo el médico a Attignies—, pero tengo pocas esperanzas». Había tantos hombres acostados al borde del camino que era imposible distinguir, entre ellos, los heridos de los que dormían; a menudo se veían mujeres acostadas de través en la carretera, el médico bajaba, les hablaba; ellas iban a ver, dejaban pasar en silencio el auto, y se volvían a acostar a la espera del auto siguiente.

Un anciano, reducido a tendones y nervios, de esa vejez correosa que sólo parece existir en los campesinos, llamaba, llevando en el brazo izquierdo replegado un niño de pocos meses. Muchas y muy grandes angustias podían verse a lo largo del camino, pero quizá el hombre es más vulnerable a la infancia que a cualquier otra debilidad: el médico hizo detener el automóvil, a pesar de los estertores de Reyes. Imposible que dentro de él cupiera el campesino; se instaló en la aleta, con el niño siempre en el brazo izquierdo; pero no encontraba adonde agarrarse. Pol, instalado en la otra aleta y que se sostenía en el picaporte de la portezuela, tendió la mano izquierda, a la cual se aferró el campesino. El chófer estaba obligado a conducir por poco de pie, porque las dos manos se unían delante del parabrisas.

El médico y Attignies no podían separar los ojos de ellos. El médico, ante las escenas amorosas en el teatro y en el cine, tenía siempre la impresión de sentirse indiscreto. Y ahora también: ese obrero extranjero que iba a combatir de nuevo, tomando de la muñeca al viejo campesino de Andalucía delante del pueblo en fuga, lo turbaba; se esforzaba por no mirar. Y sin embargo la parte más profunda de sí mismo permanecía ligada a esas manos —la misma parte que los había hecho detenerse hace un momento, la que reconocía bajo sus expresiones más irrisorias la maternidad, la infancia o la muerte.

«¡Alto!», gritó un miliciano. El chófer no se detuvo. El miliciano apuntó al automóvil. «¡Aviadores heridos!», gritó el chófer. El miliciano saltó sobre el estribo. «¡Aviadores heridos, te digo, imbécil! ¿No lo estás viendo?». Dos frases más que los heridos no comprendieron. El miliciano tiró y el chófer se desplomó sobre el volante. El automóvil estuvo a punto de estrellarse contra un árbol. El miliciano apretó el freno, saltó y se fue por la carretera.

Un miliciano anarquista, con quepis rojo y negro, y un sable colgando del cinto, saltó al auto. «¿Por qué os detiene esa bestia?». «No sé», contestó Attignies. El anarquista saltó a tierra, corrió detrás del otro miliciano. Ambos desaparecieron detrás de los árboles verde oscuro al sol. El coche quedaba abandonado. Ninguno de los heridos podía conducir. El anarquista reapareció como si hubiera salido de bambalinas, el sable rojo en la mano. Llegó hasta el auto, depositó al chófer muerto al borde de la carretera, se sentó en su lugar, arrancó sin preguntar nada. Al cabo de diez minutos se volvió, mostró su sable ensangrentado:

—Puerco. Enemigo del pueblo. No hará más de las suyas.

Sembrano se encogió de hombros, harto de muerte. El anarquista, enfadado, volvió la cabeza.

Conducía simulando no mirar a sus vecinos; no sólo conducía con cuidado, sino tratando de atenuar las sacudidas.

Attignies miraba el rostro del anarquista, severo, hostil, detrás de las dos manos apretadas sobre el parabrisas.

Por fin llegaron al hospital.

Un hospital vacío, lleno aún de aparatos, de vendajes, de todas las marcas del paso del dolor. En las camas deshechas y a menudo ensangrentadas cuyo vacío estaba tan cruelmente mezclado a rastros frescos de presencias, parecía que se hubiesen acostado, no hombres, vivos o moribundos con sus rostros

particulares, sino las heridas mismas —la sangre en vez del brazo, de la cabeza, de la pierna—. La inmóvil pesadez de la electricidad daba a toda la sala un aspecto irreal, cuya gran unidad blanca hubiera sido la de un sueño si las manchas de sangre y algunos cuerpos no hubiesen salvajemente impuesto la presencia de la vida: tres heridos esperaban a los fascistas, con el revólver junto a ellos.

Éstos no tenían otra cosa que esperar sino la muerte que vendría de ellos mismos, o la que vendría de los enemigos, a menos que no llegasen los aviones sanitarios. Miraron en silencio entrar al gran Pol rizado, a Sembrano con el labio prominente, y a los otros que no tenían más que el rostro del dolor; y la sala se llenó de la fraternidad de los náufragos.

2

Guadalajara

Cuatro mil italianos en unidades completamente motorizadas, sus tanques y sus aviones, habían arrollado en Villaviciosa al frente republicano. Tenían la intención de bajar por los valles del Ingria y de Tajuña y, tomando Guadalajara y Alcalá de Henares, unirse con el ejército del sur, de Franco detenido en Arganda, cortando así Madrid de toda comunicación.

Los italianos, recién salidos de Málaga, no habían encontrado ante ellos cinco mil hombres. Pero en Málaga las milicias habían combatido como en Toledo; aquí, el ejército combatía como en Madrid. El 11, los españoles, los polacos, los alemanes, los francobelgas y los garibaldinos de la primera brigada —uno contra ocho— detenían el raid italiano de los dos lados de la carretera de Zaragoza y la de Brihuega.

Desde que la primera luz macilenta se deslizó bajo las pesadas nubes de nieve, los obuses comenzaron a destrozar los bosquecillos y el bosque ralo sobre el cual se apoyaban los alemanes del batallón Edgar-André y los nuevos voluntarios enviados a toda prisa. Desarraigados por un solo obús, los olivos saltaban enteros, brotaban hasta ese cielo donde la caída de la nieve estaba suspendida y volvían a caer como cohetes, las ramas hacia delante, con un ruido de papel arrugado.

Llegó la primera ola de asalto italiana.

—Camaradas —dijo un comisario político—, la suerte de la República va a decidirse en los diez primeros minutos —todos los ametralladores de la sección de ametralladoras pesadas estaban en su puesto, de las cuales retiraron el seguro justo antes de morir. Los republicanos llegaron a construir bajo el fuego una línea de defensa, y a fortificar sus flancos.

A veces, los obuses fascistas no estallaban.

—A los obreros fusilados en Milán por sabotaje de obuses, ¡hurra!

Todos se pusieron de pie, los obreros de las fábricas de armamentos vacilando: éstos sabían que los obuses no siempre estallan.

Entonces llegaron los tanques fascistas.

Pero los internacionales y los dinamiteros se habían acostumbrado a los tanques en la batalla del Jarama. Cuando los tanques llegaron a terreno descubierto, los alemanes se replegaron bajo el bosque, y no arrancaron. Los tanques tenían ametralladoras, pero ellos también; ante los árboles apretados, los tanques se paseaban en vano de largo en ancho, como perros enormes; de tiempo en tiempo, una pequeña encina saltaba hasta las nubes de nieve.

En el bosque martilleado a cañonazos, las ametralladoras flamencas hacían caer las líneas de asalto fascistas. «Mientras haya remaches para que la máquina pueda remachar, andarán las cosas», gritaba el jefe de los ametralladores bajo el ruido de tormenta del cañón, el de los tiros de fusil, las ráfagas de ametralladoras, el estallido de las balas explosivas, el silbido agudo de los obuses de los tanques y el inquietante ronquido de los aviones que no lograban salir de las nubes demasiado bajas.

Por la tarde, los italianos atacaban con lanzallamas, que al igual que los tanques no pasaron.

El 12, el grupo de choque italiano atacaba de nuevo, encontraba de nuevo las brigadas del 5.º cuerpo, la de Manuel, los franceses y los alemanes. Al fin de la tarde, los italianos estaban agrupados en un terreno estrecho porque sus caminos de acceso habían sido obstruidos; sus municiones pesadas y sus víveres no alcanzaban ya el frente, y la nieve comenzaba a caer. La carretera permanecía amenazada; pero el ejército italiano no lo estaba menos. El 13, cesó la nieve, y algunos combatientes murieron de frío.

Por la noche llegaron de refuerzo las brigadas españolas de Madrid, los refuerzos de los internacionales

y los carabineros de Jiménez. Los republicanos no eran sino uno contra dos. Los internacionales subían en línea, si no bien armados, equipados, paralelamente, del otro lado de la carretera, subían en alpargatas los hombres de Manuel y de la brigada Líster. Nunca, después de tres meses de combates comunes, Siry y Maringaud (ahora en el batallón francobelga) se habían sentido tan cerca de los españoles como en esa tarde helada de marzo, en la cual, hasta la nieve de la noche, el ejército del pueblo subía, al paso de sus alpargatas hechas jirones, hacia el horizonte agitado de obuses. A veces un cañón pesado rugía más rápidamente; entonces muchos otros le respondían, como en otro tiempo los perros en las granjas de Guadalajara; más subía el ruido del cañón, más los hombres se apretaban los unos contra los otros.

El 14, las tropas del 5.º cuerpo y Manuel atacaban Trijueque y la tomaban. El otro flanco del enemigo estaba protegido por el Palacio Ibarra, un fusil ametrallador detrás de cada ventana, que los francobelgas y los garibaldinos atacaban desde las dos de la tarde.

Un sesenta por ciento de los garibaldinos tenían más de cuarenta y cinco años.

Bajo los árboles del bosque, no veían ahora del Palacio bajo y chato sino cortas llamas en medio de la noche y a través de la nieve que había vuelto a caer. El fuego disminuía: se oían de nuevo tiros aislados. Y una voz, inmensa, que era a la voz humana lo que el cañón es al fusil, comenzó a bramar en italiano:

—Camaradas, obreros y campesinos de Italia, ¿por qué lucháis contra nosotros? Cuando dejéis de oír este altavoz, todo el ruido que lo cubre es el ruido de la muerte. ¿Morís para impedir a los obreros y a los campesinos de España vivir libremente? Os han engañado. Nosotros…

El desencadenamiento del cañón y de las granadas cubrió la voz del altavoz republicano. Cuadrangular, semejante a un pozo de petróleo acostado, más grande que el camión que lo llevaba, estaba casi solo detrás de una cortina de espesura, abandonado pero vivo, puesto que hablaba. Y ese aullido que llegaba hasta dos kilómetros, esa voz que anunciaba hasta el fin del mundo, muy lenta para que se distinguieran sus palabras, gritaba en la soledad a través de la noche que caía, los árboles con las ramas cortadas por las balas y la nieve interminable:

—Camaradas, aquellos de vosotros que han caído prisioneros os dirán que los «bárbaros rojos» les han abierto los brazos, aún ensangrentados por las heridas que han recibido de vosotros…

Una patrulla fascista caminaba a través de la nieve y el bosque henchido por el altavoz. Una descarga más: uno de los fascistas cayó.

—¡Arrojad vuestras armas!, —le gritaron en italiano durante un segundo de silencio.

—¡Dejad de tirar, imbéciles! —gritó el oficial—. ¡Somos nosotros!

—¡Arrojad vuestras armas!

—¡Dejad de tirar! ¡Os digo que somos nosotros!

—Ya lo sabemos. ¡Arrojad vuestras armas!

—¡Arrojad las vuestras!

—A las tres, tiramos.

La patrulla comenzó a comprender que los italianos que les contestaban no eran de los suyos.

—Bueno. ¡Rendíos!

—¡Jamás!

—Dos. ¡Rendíos!

La patrulla arrojó sus armas.

Los garibaldinos atacaban el Palacio por un lado, los francobelgas por otro. Un cohete subió por encima del bosque, iluminó las ramas negras entre torbellinos de nieve. Saltó un árbol de ramas bajas y espesas. Mientras volvía a caer a lo lejos con un ruido de ramas, Siry vio a cinco compañeros correr, caer cuatro, desaparecer la cabeza de su compañero de la derecha, las balas atravesar todo el terreno por donde andaban, un hombre mostrar algo y recoger una mano ensangrentada. Antes de haber comprendido cosa alguna, desaparecido el árbol, Siry estaba bajo el fuego de una de las ventanas del Palacio Ibarra y comenzó a correr, contrayendo los músculos de la espalda para impedir que las balas entraran. Inspirado súbitamente por el buen sentido, se echó de bruces ante un teniente acostado que se levantó y cayó de inmediato con un gemido de sorpresa: «Oh, oh…». «¿Qué tiene? —preguntó Siry en voz alta—. ¿Herido?». «Muerto», respondió una voz. Siry se había acercado con sus camaradas hasta la pared del Palacio: pero el hermoso hueco, que había producido el árbol arrancado de cuajo, concentraba el tiro de veinte ventanas, todas adornadas de fusiles ametralladores. Los soldados retrocedían, arrastrándose hacia atrás, boca abajo, como si todos estuvieran heridos en el vientre. Un individuo arrastraba a otro con ademanes de abejorro, lentamente, con el horror pintado en la cara, pero no lo abandonaba. Siry, con la cabeza apoyada en el

brazo izquierdo, oía bajo el estruendo del cañón, de los fusiles, de las ametralladoras y de las balas explosivas, el imperceptible tic tac de su reloj; mientras oyera ese ruido, no estaría muerto. Tenía la impresión confusa de ocultar una culpa, semejante a su temor al guardabosque, en otros tiempos, cuando robaba peras. Llegó por fin a cubierto, al mismo tiempo que el que arrastraba a un herido.

Maringaud estaba a diez metros de la pared que protegía el Palacio: desde allí se podían lanzar granadas. En la noche y la nieve, los tiros enemigos corrían por encima de la pared, a ras del suelo y detrás de cada ventana, como el crepitar de un incendio. El gordo Maringaud tiraba, tiraba, sobre los resplandores rosados y sobre las detonaciones, y se sentía tranquilo. Alguien se inclinó detrás de él: era el capitán. «No grites así. Indicas tu posición». Uno de los internacionales se había aferrado con las dos manos a la pared del Palacio; estaba muerto, sin duda. Maringaud, sin dejar de tirar, avanzó: a su derecha, avanzaban compañeros también, a través del estruendo de los fusiles ametralladores, de las granadas, de los aullidos absurdos y de los obuses. Todavía un cohete entre los árboles; abajo, las manchas convulsas de las granadas, de las ramas, y un brazo arrancado, los dedos separados. El fusil de Maringaud ardía. Lo puso sobre la nieve y comenzó a lanzar sus granadas que le pasaba un internacional herido. Otro abría y cerraba alternativamente la boca, como un pescado aún vivo. Otros tres tiraban. Dos metros más: estaba ahora muy cerca de la pared, con sus granadas, un cigarrillo que creía fumar en la boca.

—¿Qué hacen a la izquierda? —gritó en la nieve una voz imperativa—. ¡Tiren más rápido!

—Están muertos —respondió otra voz.

Los fascistas más valientes trataban de defender la pared, y sus mejores tiradores tenían la impresión de tirar mal, porque garibaldinos y francobelgas, enfurecidos, enloquecidos a la vez por el combate y por la nieve, se lanzaban contra la pared y sólo caían muchos segundos después de haber sido tocados. Inquietantes clamores subían de pronto, del Palacio o del bloque, y hubo un segundo de silencio cuando, a la luz de un cohete, los fascistas y los vagabundos recogidos en todos los rincones de Sicilia se vieron atacados en la nieve azul por los garibaldinos más viejos, con sus bigotes grises. Después volvió a empezar el estruendo. Y sea que los asaltantes hubiesen alcanzado la pared, sea que el misterioso silencio de los cafés y de las asambleas estuviera presente en la guerra también, el frenesí de las explosiones pareció de pronto subir con el torbellino de los copos que un viento furioso hacía subir nuevamente hacia el cielo negro y (los del altavoz estaban al acecho de aquel silencio) los fascistas, los garibaldinos y los francobelgas oyeron:

—¡Oíd, compañeros! ¡No es verdad! Es Angelo el que os habla. En primer lugar, tienen tanques, ¡yo los he visto! ¡Y cañones! ¡Y generales, nos han interrogado!

»¡Y no nos fusilan! ¡Soy yo, Angelo! ¡A mí no me han fusilado! Al contrario. ¡Nos han vencido y nos van a matar a todos! ¡Pasad, muchachos, pasad!

Siry, que había vuelto hasta la pared, escuchaba. Los garibaldinos escuchaban; Maringaud y los francobelgas adivinaban. Todos los fusiles ametralladores fascistas del Palacio respondieron. El viento había disminuido y la nieve indiferente caía de nuevo con fuerza.

Siry estaba en el ángulo de la pared. Más lejos, bajo los árboles, había casuchas. Las de la derecha eran de los republicanos, las de la izquierda de los fascistas. Y Siry oía, débiles después del altavoz, como las voces de los heridos, las voces de los prisioneros de la víspera, que combatían ahora con los garibaldinos, gritar a través de la nieve:

—Carlo, Carlo, no seas zopenco, quédate adentro. Soy yo, Guido, no tienes nada que temer, lo arreglaré todo.

—¡Pandilla de crápulas, pandilla de traidores!

Una orden, una ráfaga de fusiles ametralladores.

—¡Bruno, a los compañeros, no tires!

El estruendo subió y bajó de nuevo con los grandes torbellinos como si el viento que agitaba los copos hubiese también agitado la batalla. Maringaud lanzó su última granada, tomó de nuevo su fusil, que le fue enseguida arrancado de las manos, al mismo tiempo que sus tres compañeros ascendían en una llamarada, los brazos hacia atrás. Corrió hasta la pared, se pegó a ella, y levantó el fusil del camarada aferrado a las piedras con las dos manos.

Paró la nieve.

Hubo de nuevo un silencio súbito, como si los elementos hubieran sido más fuertes que la guerra, como si el apaciguamiento que caía del cielo de invierno, que los copos no velaban ya, se hubiera impuesto al combate. Por un gran agujero, la luna acababa de aparecer y, por primera vez, la nieve, siempre azul bajo los cohetes, era blanca. Detrás de los internacionales, a lo largo de todo un terreno cercado con paredes pequeñas escalonadas, los polacos atacaban con arma blanca. No en masa, sino en pequeños grupos

aislados, protegidos por las paredes bajas semihundidas en la nieve. Los francobelgas y los garibaldinos los veían apenas, pero cuando paraba el avance a la bayoneta, oían con claridad aproximarse los tiros. Y esos hombres casi invisibles, cuyos tiros de fusil avanzaban pertinazmente en el desencadenamiento de las detonaciones y de las explosiones como si fuera un avance subterráneo, a través de un gran velo vertical y sosegado de finos conos bajo la luna, subían la vasta escalera de nieve de la colina como, en las leyendas, las legiones misteriosas enviadas por los dioses.

A lo lejos, Siry oyó el bramido incomprensible de un altavoz español por el que hablaba el padre Barca, el viejo compañero de Manuel y de García.

Y súbitamente, Siry y Maringaud, y los francobelgas, y los garibaldinos que combatían a su lado, se preguntaron si enloquecían: del Palacio bajaba un canto que conocían bien. Los internacionales atacaban de tres lados, y otras compañías podían haber entrado en el Palacio mientras éstas se hallaban detenidas en el muro; pero todos se acordaban de la *Internacional* cantada en la batalla del Jarama por los fascistas caídos después en sus trincheras: «¡Arrojad primero las armas!», gritaron. Nada les respondió: el bombardeo continuaba, la intensidad del tiro disminuía, la nieve caía en torbellinos más espesos. Sin embargo, en el fondo de esa nieve, las llamitas rojas en las ventanas del Palacio se habían apagado y el canto continuaba. ¿En francés o en italiano? Imposible distinguir una palabra… No tiraban ya contra ellos. Y el altavoz gritó en español a través de los árboles sin ramas: «Parad el fuego. El Palacio Ibarra ha sido tomado».

Todos querían atacar a la mañana siguiente.

3

A la mañana siguiente, frente del Levante

El teléfono del campo estaba instalado en una garita. Magnin, con el auricular en la oreja, miraba el *Pato* aterrizar en la polvareda del sol poniente.

—Aquí, Dirección de Operaciones. ¿Tienen ustedes dos aparatos listos?

—Sí.

Utilizados todos los días contra Teruel, reparados con malas piezas de repuesto, los aparatos se volvían tan poco seguros como en los tiempos de Talavera: el equipo de reparación debía ocuparse sin cesar de los carburadores.

—El comandante García le manda a un campesino del norte de Albarracín que ha pasado esta noche las líneas fascistas. Al parecer hay un campo lleno de aparatos al lado de su aldea. Sin refugios subterráneos.

—No creo en sus refugios subterráneos. No más que en los nuestros. Lo he escrito en mi informe de ayer. Hemos bombardeado inútilmente el campo de la carretera de Zaragoza porque los aviones están en campos clandestinos; no porque estén debajo.

—Le mandamos al campesino. Estudie la misión y llámenos.

—¿Oiga?

—¿Diga?

—¿Quién garantiza al campesino?

—El comandante. Y su sindicato, creo.

Media hora después llegaba el campesino, conducido por un suboficial de la Dirección de Operaciones. Magnin lo tomó por el brazo y comenzó a caminar a lo largo del campo. Los aviones terminaban sus ensayos al anochecer.

Hasta las colinas se extendía la paz de la tarde sobre los grandes espacios vacíos, el atardecer sobre el mar y los campos de aviación. ¿Dónde había visto Magnin esa cara? En todas partes: era la de los enanos españoles. Pero el hombre era fornido, y más alto que él.

—Has pasado las líneas para prevenimos. Gracias en nombre de todos.

El campesino sonreía, con una sonrisa delicada de giboso.

—¿Dónde están los aviones?

—Están en el bosque —el campesino levantó el índice—. En el bosque —miró entre los olivos los pequeños claros donde los aviones de los internacionales estaban escondidos—. Claros como éste, pero mucho más profundos, porque es un verdadero bosque.

—¿Cómo es el campo?

—¿Allí donde despegan?

—Sí.

El campesino miró en torno a sí.

—No como éste.

Magnin sacó su carnet. El campesino dibujó el campo.

—¿Muy estrecho?

—No, ancho. Pero los soldados trabajan duro en él. Van a agrandarlo.

—¿Qué orientación tiene?

El campesino cerró los ojos, pareció vacilar.

—Dirección del viento del este.

—Hum… entonces, sí: ¿el bosque estaría al oeste del campo? ¿Estás seguro?

—Seguro.

Magnin miró el indicador del viento, por encima de los olivos: el viento, en ese instante, venía del oeste. Ahora bien, los aviones, en un campo pequeño deben despegar contra el viento. Si el viento era el mismo en Teruel, esos aviones, en caso de ataque, deberían despegar viento en contra.

—¿Te acuerdas de qué viento había ayer?

—Noroeste. Decían que iba a llover.

Los aviones, pues, estaban sin duda siempre allí. Si el viento no cambiaba, las cosas irían bien.

—¿Cuántos aviones?

El campesino tenía, en medio de la frente, una mecha en forma de espolón, como los papagayos; de nuevo, levantó el índice.

—Yo, comprendes, yo he contado seis pequeños. Y hay compañeros que no están de acuerdo. Dicen que hay otros grandes. Seis, por lo menos. Quizá más.

Magnin reflexionó. Sacó su mapa, pero, como ya lo suponía, el campesino no sabía leer.

—No es mi trabajo. Pero llévame en tu aparato, y te lo muestro. Siempre derecho.

Magnin comprendió por qué García había respondido por el campesino.

—¿Has salido ya en avión?

—No.

—¿No te angustia?

El campesino no comprendía bien.

—¿No tienes miedo?

Reflexionó.

—No.

—¿Reconocerás el campo?

—Hace veintiocho años que soy del pueblo. Y he trabajado en la ciudad. Tú me encuentras la carretera de Zaragoza, y yo te encuentro el campo. Puedes estar seguro.

Magnin mandó al campesino al castillo y llamó por teléfono a la Dirección de Operaciones.

—Parece que hay alrededor de una docena de aparatos enemigos… Lo mejor, evidentemente, sería bombardear al alba. Pero yo tengo dos multiplazas y no tengo cazas mañana por la mañana: todos los cazas están en Guadalajara. Conozco mal la región y lo que está en juego es serio. En este momento, el tiempo está allí muy cerrado… Entonces, mi opinión es la siguiente: telefoneo a las cinco de la mañana a la meteorología de Sarión, y si el cielo está un poco menos encapotado, voy.

—El coronel Vargas dice que decida como le parezca. Si usted parte, pone a su disposición el avión del capitán Moros. No olvide que quizá haya cazas de protección en Sarión.

—Bien, gracias. Ah, otra cosa: partir de noche sería conveniente, pero el campo no está balizado. ¿Tienen ustedes faros?

—No.

—¿Está usted seguro?

—Me los han pedido todo el día.

—¿Y en Guerra?

—Lo mismo.

—Eh… ¿Y autos, entonces?

—Todo está empleado.

—Bueno. Trataré de arreglármelas.

Telefoneó al Ministerio de Guerra; igual respuesta.

Había pues que partir de noche, de un pequeño campo sin luz. Con automóviles en los tres lados, todo

podría ir bien… Quedaba por encontrar los autos.

Magnin tomó su auto y fue, ya de noche, al Comité del primer pueblo.

Los objetos requisados de toda clase, máquinas de coser, cuadros, lámparas de suspensión, camas, y todo un fárrago donde los mangos de las herramientas se erguían entre el resplandor de las lámparas colocadas en una mesa al fondo de la sala, daban a la planta baja el aspecto de saqueo ordenado de las casas de compraventa. Los campesinos pasaban unos tras otros delante de la mesa. Uno de los responsables se acercó a Magnin.

—Necesito autos —dijo éste, dándole la mano.

El delegado campesino levantó los brazos al cielo sin contestar. Magnin conocía bien a esos delegados de los pueblos: rara vez jóvenes, serios, solapados (se pasaban la mitad del tiempo defendiendo el Comité contra la ingerencia de los entrometidos) y casi siempre eficaces.

—Bueno —dijo Magnin—, hemos hecho un nuevo campo. No tenemos todavía balizas, es decir luz para las salidas y las llegadas nocturnas. No hay más que un medio: limitar el campo con faros de automóvil. El Ministerio de Guerra no tiene automóviles. Tú tienes automóviles. Es necesario que me los prestes por esta noche.

—Me harían falta doce y no tengo más que cinco, ¡y de los cinco, tres son camionetas! ¿Cómo quieres que te los preste? Si fuera uno, vaya y pase…

—No, uno no basta. Si nuestros aviones están en Teruel detendrán a los fascistas. Si no, estarán allí los fascistas, y destrozarán a los milicianos. ¿Comprendes? Entonces necesitamos autos, camionetas o no. Para los camaradas que están allí es una cuestión de vida o de muerte. Oye, ¿para qué te sirven los autos?

—¡Para menos que eso!… Pero no tenemos derecho a prestar los autos sin los chóferes, hoy los chóferes han hecho quince horas de…

—Si quieren dormir en los autos, me da lo mismo. Puedo hacer conducir los autos por los mecánicos de la aviación. Si quieres que les hable, les hablaré, estoy seguro de que aceptarán. Y aceptarán también si tú mismo les explicas de qué se trata.

—¿A qué hora quieres los autos?

—A las cuatro, esta noche.

El delegado fue a discutir con otros dos, detrás de la mesa con lámparas de petróleo. Después volvió.

—Se hará lo que se pueda. Te prometo tres. Más, si es posible.

Magnin fue de pueblo nocturno en pueblo nocturno, de las salas de casas de compraventa a las grandes salas blanqueadas con cal donde delegados y campesinos de blusas negras, de pie, hacían frescos de sombra en las paredes, en las plazas con tonos de decorado, cada vez más desiertas, las luces de las fondas y algunos últimos faroles de gas pintaban sobre las cúpulas violetas de las iglesias secularizadas grandes manchas fosforescentes. Los pueblos poseían veintitrés autos. Le habían prometido nueve.

Eran las dos y media de la mañana cuando volvió a pasar por el primer pueblo. En la media luz que iluminaba la fachada de la casa del Comité hombres en fila india, como los que cargan carbón en los navíos, transportaban sacos: atravesaban la calle para entrar en la alcaldía, .y el chófer de Magnin tuvo que detenerse. Uno de ellos pasó muy cerca del capó del automóvil, agachado bajo media vaca desollada.

—¿Qué es? —preguntó Magnin a un campesino sentado delante de la puerta.

—Los voluntarios.

—¿Voluntarios de qué?

—Para la comida. Han pedido voluntarios para el transporte. Nuestros autos han partido con la aviación, para ayudar a Madrid.

Cuando Magnin volvió al campo, los primeros automóviles llegaban. A las cuatro y media, doce automóviles y seis camionetas estaban allí con sus chóferes. Muchos habían traído lámparas de tormenta, por si acaso.

—¿No hay algún otro trabajo que podamos hacer?

Uno de los voluntarios lanzaba pestes, sin que nadie supiera por qué.

Los dispuso, les dio orden de no encender sus faros hasta que no oyeran los motores de los aviones, y volvió al castillo.

Vargas lo esperaba.

—Magnin, García dice que hay más de quince aviones en ese campo.

—Tanto mejor.

—No, porque entonces son para Madrid. Usted sabe que se lucha en Guadalajara desde antes de ayer. Han derrotado el frente en Villaviciosa, nosotros los contenemos en Brihuega. Quieren caer sobre Arganda.

—¿Quieren quiénes?

—¡Cuatro divisiones italianas motorizadas, tanques, aviones, todo!

El mes anterior, del 6 al 20, en la batalla más mortífera de la guerra, el Estado Mayor alemán había tratado de tomar Arganda por el sur.

—Parto al alba —dijo Vargas.

—Hasta pronto —dijo Magnin, tocando su revólver cuya culata era de madera.

Era el frío de las cinco, el frío que precede al alba. Magnin quería café. Ante el castillo de cal azul en la oscuridad, su auto iluminó uno de los dos huertos donde las sombras de los internacionales, ya dispuestos, saltaban entre los árboles, recogían naranjas color de escarcha blanca, brillantes de rocío. En el extremo del campo, los autos esperaban en la oscuridad.

Durante la llamada, Magnin expuso la misión a los jefes de tripulaciones que la trasmitirían cuando los aviones estuvieran en vuelo. Se aseguró de que todos los ametralladores tenían sus guantes. Detrás del auto que había iluminado los naranjos y que debía asegurar hasta el último momento el vínculo entre los aparatos y los tripulantes, trabados como perros jóvenes en sus monos de vuelo, atravesaban el campo lleno de los últimos olores nocturnos.

Con algunas alas apenas visibles en el cielo, los aviones esperaban. Sorprendidos por esas luces inesperadas, más deprimidos que despabilados por el viento que les pegaba al rostro el agua helada con la cual se habían rociado, los hombres arrastraban los pies sin decir nada. En el frío de las salidas nocturnas, cada cual sabía que iba a su destino.

Iluminados por las linternas eléctricas, los mecánicos habían empezado su trabajo. Los motores del primer avión giraban para el punto fijo. En el fondo del campo, dos faros se encendieron en la indiferencia de la noche.

Dos más: los autos habían oído los motores. Magnin apenas adivinaba las colinas a lo lejos y, por encima de él, la alta proa de un multiplazas; después el ala de otro aparato, por encima del círculo azulado de una hélice. Dos faros más se iluminaron: los tres autos marcaban una extremidad del campo. Detrás estaban los bosques de mandarinos; en la misma dirección, Teruel. Allí, una brigada internacional y las columnas anarquistas esperaban el ataque bajo sus capotes semimexicanos, cerca del cementerio o en las montañas de torrentes helados.

Fogatas de naranjas secas empezaron a encenderse. Sus llamas rojizas y enloquecidas eran débiles entre los faros, pero su olor amargo llevado por el viento atravesaba el campo por instantes, como humaredas. Uno a uno los demás faros se encendían. Magnin se acordaba del campesino, con media vaca desollada sobre la espalda, y de todos esos voluntarios que cargaban el depósito como un navío. Los faros se encendían ahora de los tres lados a la vez, ligados por las fogatas de naranjas en torno a las cuales se agitaban capotes. Por un instante parados los motores de los aviones, oyeron el ronroneo disperso de los dieciocho autos de los pueblos. En la enorme masa de sombra que permanecía intacta en el centro de las rayas de luz, los aviones emboscados, cuyos motores bramaron súbitamente a la vez, parecían esa noche delegados a la protección de Guadalajara por todo el campesinado de España.

Magnin partió el último. Los tres aviones de Teruel sobrevolaron el campo, cada cual buscando las luces de posición de los demás, para tomar la formación de vuelo. Abajo, el trapecio del campo, muy pequeño ahora, se perdía en la inmensidad nocturna de la campiña que, para Magnin, convergía entera hacia esas luces miserables. Los tres multiplazas giraban. Magnin encendió su linterna de bolsillo para pasar a un mapa el croquis del campesino. El frío entraba por la abertura de la proa. «Dentro de cinco minutos deberé ponerme guantes: ya no es cuestión de lápiz». Los tres aviones estaban en línea de vuelo. Magnin tomó rumbo a Teruel. En el olor de las fogatas de naranjas que el viento traía aún del campo, el interior del avión todavía en la oscuridad, el sol se alzaba sobre la cara sonriente y coloradota del ametrallador de proa.

—¡Salud, patrón!

Magnin no podía apartar los ojos de esa ancha boca abierta por la risa, de esos dientes rotos, extrañamente rosados en el sol naciente. El avión se iba haciendo menos oscuro. En tierra, era todavía de noche. Los aviones avanzaban hacia la primera barrera de montañas en un día vacilante; abajo, vagos dibujos de mapas primitivos comenzaban a formarse. «Si sus aviones no están aún en el aire, llegaremos justo en el buen momento». Magnin comenzaba a distinguir los techos de algunas granjas: el día se alzaba sobre la tierra.

Magnin había combatido tan a menudo en ese frente de Teruel, alargado hacia el sur en península malaya, que lo llevaba en él y no navegaba sino por instinto. Desde que ametralladores y mecánicos, tensos

como siempre antes del combate, dejaban de mirar hacia Teruel, volvían hacia el campesino una nariz furtiva, y sus ojos encontraban la cresta de papagayo de una cabeza pertinazmente gacha entre los cascos, o, de pronto, una cara angustiada cuyos dientes se mordían los labios.

Las baterías enemigas no tiraban: los aviones estaban protegidos por las nubes. En tierra, sin duda, ya era completamente de día. Magnin observaba, a la derecha, el *Pato suelto*, dirigido por Gardet, a la izquierda, el multiplazas español del capitán Moros, ambos un poco hacia atrás, ligados al *Marat* como dos brazos a un cuerpo, en línea de vuelo en la inmensidad tranquila, entre el sol y el mar de nubes. Cada vez que una bandada de pájaros pasaba por debajo del aparato, el campesino levantaba el índice. Aquí y allá sobrevolaban los montes negros de Teruel y, a la derecha, el macizo que los aviadores llamaban la montaña de nieve de una blancura deslumbrante bajo el sol de invierno, por encima del blanco más mate de las nubes. Magnin se había acostumbrado ahora a esa paz del comienzo del mundo por encima del encarnizamiento de los hombres; pero, esta vez, las nubes no eran vencidas. El indiferente mar de nubes no era ya más fuerte que esos aviones que habían partido ala contra ala, que volaban ala contra ala hacia un mismo enemigo, en la amistad como en la amenaza oculta por doquier bajo ese cielo tranquilo; que esos hombres que aceptaban todos morir por algo ajeno a ellos mismos, unidos por el movimiento de los compases en la misma fatalidad fraterna. Sin duda Teruel estaba a la vista bajo las nubes; pero Magnin no quería bajar para no dar la alerta. «Atravesaremos enseguida», gritó en el oído del campesino; sentía que éste se preguntaba cómo podía dirigirlos si no veía nada.

Hasta la lejana barrera deslumbrante de los Pirineos se sucedían manchas alargadas como lagos sombríos en la nieve, que venían hacia ellos: la tierra. Una vez más, bastaba con esperar.

Los aviones daban vueltas, con la amenazadora paciencia de los aparatos de guerra. Ahora, eran las líneas enemigas.

Por fin, una mancha gris pareció deslizarse sobre las nubes. Algunos tejados la atravesaron, deslizándose ellos también de un extremo a otro de la mancha, como inmóviles peces rojos; después venas: senderos, todo eso sin volumen. Después algunos techos y un enorme círculo descolorido: la plaza de toros. Y enseguida, amarilla y rojiza bajo la luz plomiza, una vasta capa de tejados llenó el agujero de las nubes. Magnin agarró al campesino por el hombro:

—¡Teruel!

El otro no comprendía.

—¡Teruel! —le gritó Magnin al oído.

La ciudad aumentaba en el agujero gris, sola entre las nubes que cabrilleaban hasta el horizonte, entre su compañero, el río, y sus senderos cada vez más nítidos.

—¿Es Teruel? ¿Es Teruel?

El campesino, agitando su cresta, miraba esa especie de mapa confuso y roído.

La carretera de Zaragoza, pálida al comenzar el día, se destacaba contra el fondo sombrío de los campos al norte del cementerio que atacaba el ejército republicano. Seguro de su posición, Magnin atravesó de nuevo las nubes inmediatamente.

Los aviones, al rumbo, seguían sin ver la carretera de Zaragoza. El pueblo del campesino estaba a cuarenta kilómetros, un poco a la derecha. El otro campo, bombardeado en vano la víspera, estaba a veinte. Sin duda lo sobrevolaban ahora. Magnin calculaba el recorrido por los segundos. Si no encontraban el segundo campo muy pronto, si la alarma estaba dada, tendrían encima los cazas enemigos de Zaragoza y de Calamocha, los de los campos clandestinos, y si había aviones allí, los que les atajarían el camino de vuelta. Única protección, las nubes. 31 kilómetros de Teruel, 36, 38, 40: el avión picaba.

Desde que la niebla blanca rodeó el aparato, el combate pareció comenzar. Magnin miraba el altímetro. No había más colinas en esa parte del frente; pero ¿estaban los aviones de caza bajo el banco de nubes? La nariz del campesino se aplastaba contra el vidrio. La barra de la carretera comenzaba a aparecer como si estuviera pintada sobre la niebla, después las casas rojizas del pueblo, como manchas de sangre seca sobre la venda deshilachada de nubes. Aún ni aviones de caza ni baterías. Pero, al este del pueblo, había muchos campos alargados, y todos estaban bordeados del mismo lado por bosquecillos.

No había tiempo que perder para dar la vuelta. Todas las cabezas estaban tendidas hacia delante. El avión pasó la iglesia. Su carrera era paralela a la calle mayor. Magnin agarró de nuevo al campesino por el hombro, y le mostró los tejados que huían debajo de ellos a toda velocidad, como un ganado. El campesino miraba, toda su fuerza en tensión, con la boca entreabierta y con lágrimas que bajaban en
zig-zag
por sus mejillas, una a una: no reconocía nada.

—¡La iglesia! —gritó Magnin—. ¡La calle! ¡La carretera de Zaragoza!

El campesino los reconocía cuando Magnin los mostraba, pero no lograba orientarse. Debajo de sus mejillas inmóviles por donde corrían lágrimas, su mentón se sacudía convulsivamente.

Quedaba un solo recurso: tomar una perspectiva que le fuera familiar.

La tierra, oscilando de derecha a izquierda como si hubiese perdido todo equilibrio, soltando sus pájaros por todos lados se acercó brutalmente al avión: Magnin bajaba a treinta metros.

El *Pato* y el avión español tomaron la fila.

El terreno era plano; Magnin no temía la defensa de tierra; en cuanto a los cañones revólveres, si una batería antiaérea protegía el campo, no podría tirar tan bajo. Estuvo a punto de dar la orden de poner las ametralladoras en acción, pero temía enloquecer al campesino. A ras de tierra, llegaban sobre los bosques con una perspectiva de auto de carreras. Por debajo de ellos, los animales corrían por el campo furiosamente. Si se pudiera morir de mirar y de buscar, el campesino hubiera muerto. Agarró a Magnin por el mono, mostrándole algo con el dedo.

—¿Qué? ¿Qué?

Magnin se arrancó el casco.

—¡Allí!

—¿Qué? ¡Dios mío!

El campesino lo empujaba hacia la izquierda con toda su fuerza, como si Magnin hubiera sido el avión y mostraba a su izquierda un anuncio de vermut, negro y amarillo, desplazando su dedo doblado sobre la mica de la carlinga.

—¿Cuál? —añadió Magnin.

A seiscientos metros hacia delante, había cuatro manchas de bosque. El campesino lo empujaba siempre hacia la izquierda. ¿El bosque más hacia la izquierda?

—¿Es allí?

Magnin miraba como un loco. El campesino, agitando los párpados, aullaba sin articular una palabra.

—¿Es allí?

El campesino asintió con la cabeza y los hombros, sin mover su brazo extendido. En ese mismo instante en el linde, se puso en marcha una hélice, cuya claridad deslumbrante surgió contra el fondo oscuro de las hojas. Sacaban del bosque un avión de caza enemigo.

El bombardero se dio la vuelta: él también lo había visto. Demasiado tarde para bombardear, y estaban demasiado abajo. El ametrallador de delante, como no había visto nada, no había tirado.

—¡Tirad al bosque! —gritó Magnin al ametrallador de proa, al mismo tiempo que distinguió un avión de bombardeo al descubierto.

El ametrallador pedaleó para dar la vuelta a su proa y tiró. Ya el ángulo de los árboles hacía invisible el avión de caza.

Pero Gardet había comprendido que esta maniobra improvisada no podía tener éxito sino a fuerza de atención; desde hacía algunos minutos, había tomado la ametralladora delantera del *Pato*, y no sacaba los ojos del *Marat*. Desde que lo vio tirar, distinguió la hélice brillante sobre el fondo verdinegro del bosque, gritó: «¡Ahora!» y comenzó el fuego.

Sus balas trazadoras mostraron el Fiat a Scali, que manejaba la ametralladora del *Pato*. Desde que sus problemas se habían vuelto obsesivos no bombardeaba más: ametrallaba. No soportaba la pasividad. En la torreta de atrás, Mireaux, molesto por la cola, no podía tirar; pero el avión de Moros podía tirar con sus tres ametralladoras.

Magnin, que viraba subiendo, vio al volver la hélice del avión de caza detenerse. Un grupo empujaba el avión de bombardeo bajo los árboles. En ese instante, desde el bosque mismo, los fascistas telefoneaban sin duda a los otros campos. El *Marat* subía en espiral para no ser alcanzado por sus propias bombas cuando las dejara caer, pero había que agrandar el diámetro de la circunferencia para que el bombardero no fallara su batida por encima del bosque. Una sola batida, pensó Magnin: el bosque era un objetivo demasiado visible, y si se encontraba la reserva de gasolina, lo cual era probable, todo estallaría. Se acercó al bombardero, echando de menos a Attignies:

—¡Todas las bombas de golpe!

El avión osciló dos veces para indicar la naturaleza del bombardero; a cuatrocientos metros dejó de subir y volvió sobre el bosque en línea recta, a toda velocidad, tirando con las ametralladoras. Los bombarderos tendrían tiempo de hacer puntería a cuatrocientos. El campesino, acurrucado junto al mecánico, se esforzaba en no molestar a nadie; el mecánico, con las dos manos sobre las palancas, miraba la

mano en alto del bombardero, que miraba el bosque entrar en su enfoque.

Todas las manos bajaron.

El avión tuvo que virar 90 grados para que Magnin pudiese ver el resultado: los otros dos aparatos siguieron, y el carrusel oblicuo parecía continuar; del bosque comenzaba a surgir una gran humareda negra que todos conocían muy bien: la gasolina. Subía por pequeñas efervescencias precipitadas, como si capas subterráneas ardieran en ese bosquecillo tranquilo, semejante al resto al comenzar la mañana gris. Una docena de hombres salieron corriendo de los árboles. Después, al cabo de algunos segundos, un centenar, con la misma carrera a tropezones y enloquecida de los animales un momento antes. El humo, que el viento hacía bajar hacía los campos, empezaba a desplegarse con la curva majestuosa de los incendios de gasolina. Ahora, el caza enemigo andaba seguramente por los aires. El bombardero fotografiaba, con el ojo en la mira del pequeño aparato como en la del avión; el mecánico se secaba las manos que acababan de manejar las palancas de las bombas; el campesino, con su gruesa nariz enrojecida por haberla aplastado contra la mica, golpeaba los pies contra la carlinga, de alegría y de frío. El avión volvió a las nubes y tomó rumbo hacia Valencia.

Después de que Magnin las hubo atravesado de nuevo y extendió la vista a lo lejos, comprendió que las cosas andaban mal.

Las nubes se descomponían. Y, más allá de Teruel, un desgarramiento inmenso desprendía cielo y tierra a cincuenta kilómetros de profundidad.

Para volver sin abandonar las nubes, hubiera habido que dar una larga vuelta por las líneas fascistas, y las nubes, allí también, podían disgregarse muy pronto.

Había que esperar que los cazas de Sarión llegaran antes que los cazas enemigos.

Magnin, encantado por el éxito y harto deseoso de no ser muerto ese día, contaba los minutos. Si no eran alcanzados antes de la vigésima…

Entraban en pleno cielo despejado.

Uno tras otro, uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete aviones enemigos salieron de las nubes. Los aviones de caza republicanos eran los monoplazas de alas bajas con los cuales no se podían confundir los Heinkel; Magnin dejó sus prismáticos, ya sabiendo a qué atenerse, e hizo que los tres aviones se apretaran. «Si tuviéramos ametralladoras decentes, podríamos resistir», pensó. Pero tenían siempre las viejas Lewis no reforzadas. «800 tiros por minuto x 3 ametralladoras = 2400. Cada Heinkel tiene 1800 tiros x 4 = 7200». Lo sabía, pero repetírselo le daba siempre placer.

Los fascistas llegaron hasta el grupo de los tres multiplazas; orientados a la izquierda, resueltos a atacar al principio a un solo bombardero. Ni un avión de caza republicano en el cielo.

Bajo los aviones, pasaban las codornices en su migración anual.

El avión de la izquierda era el de Gardet.

Pujol, el primer piloto, acababa de hacer distribuir chicles por Saïdi en señal de júbilo. Pujol mantenía las buenas tradiciones de Leclerc: con su barba afeitada de un solo lado (consecuencia de una promesa sentimental), su sombrero de jardinero, adornado de plumas escarlatas, vuelto a usar desde el fin del bombardeo, sus veinticuatro años, su nariz respingada, y su pañuelo de la F. A. I. (de la cual no formaba parte), se parecía bastante a la imagen que los fascistas se hacían de los bandidos rojos. Los otros eran normales, si no se tomaban en cuenta algunas medias de lana enrolladas bajo los cascos, y la pequeña escopeta de Gardet.

Éste, que mantenía con una autoridad firme y velada el orden necesario a la eficacia militar, admitía todo lo pintoresco como su propia escopeta de madera; y Magnin tenía, además, especial indulgencia para las locuras que no paralizaban la acción, sobre todo cuando las sentía ligadas a los fetiches.

Gardet había comprendido también la maniobra alemana. Vio que Magnin hacía descender los dos aviones por debajo del *Pato*, para conjurar el fuego de las ametralladoras después que éste fuera atacado. Controló las de su aparato, tomó la torreta de adelante, pensó una vez más que los Lewis lo asqueaban, y dio la vuelta a su torreta hacia los Heinkel que engrosaban por encima del punto de mira.

Algunas balas llegaron.

—¡No os aflijáis! —gritó Gardet—. ¡Habrá más!

Pujol avanzaba en S. Era la primera vez que, atacado por delante, veía la caza enemiga llegar hacia él a toda velocidad, con la amargura que tiene todo piloto en los mandos de un aparato pesado y lento atacado por aviones rápidos. Los pelícanos sabían que los mejores de entre sus propios cazadores los hubiesen derribado sin trabajo. Y, como antes de cada combate, todos, debajo de sí mismos, comenzaban a tomar conciencia del vacío.

Scali, poniendo su ametralladora en posición, percibió de pronto a su izquierda una de sus grandes

bombas: no se había desprendido durante el bombardeo.

—¡Aquí están!

Magnin había establecido bien sus distancias: los Heinkel no podían rodear el *Pato*. Dos por arriba, dos por debajo, tres de lado, aumentaban hasta que el casco de los pilotos se hacía visible.

Todo el *Pato* fue sacudido por sus ametralladoras, que tiraban a la vez. Diez segundos, y hubo un estruendo infernal, el ruidito de la madera que estalla bajo las balas enemigas, y una red de balas trazadoras.

Gardet vio a uno de los Heinkel de abajo descender verticalmente, tocado por Scali o por las ametralladoras de los otros multiplazas. Una vez más, sintió el vacío. Mireaux dejaba la torreta de atrás, con la boca entreabierta; de su brazo colgante, la sangre manaba en la carlinga como de una flor de regadera. Scali subió a su proa, se extendió: su zapato parecía haber estallado.

—¡Véndate fuerte! —gritó Gardet, tirando como una pelota el botiquín a Mireaux, y saltando a la proa. Saïdi había tomado su ametralladora, y el bombardero la de Mireaux: los pilotos parecían ilesos. Los Heinkel volvían.

Más abajo: los que intentaban atacar subiendo verticalmente estaban bajo el fuego de la ametralladora de proa y de las seis ametralladoras del *Marat* y del avión de Moros, cuyas trazadoras entrecruzadas hacían bajo el *Pato* una red de humaredas. Habiendo descendido el compañero del Heinkel, éste pasó debajo. Pujol escapaba a toda velocidad, alargando cada vez más sus S.

Las mismas balas trazadoras, el mismo estruendo, el mismo ruidito de la madera. Saïdi dejó la torreta de atrás sin decir nada, y vino a acodarse por encima de Scali, al lado de quien Mireaux se había tendido. «Si tienen el descaro de pegarse a nosotros en balancín por detrás en vez de hacer pasos…», pensó Gardet. En la penumbra, el día, a través de los agujeros de las balas enemigas, brillaba como pequeñas llamas. El motor de la izquierda dejó de girar. El *Marat* y el español fueron a escoltar el *Pato*. Pujol inclinó en la carlinga su cabeza ensangrentada, todavía cubierta por el sombrero de jardinero con plumas:

—¡Huyen!

Los Heinkel escapaban. Gardet tomó sus prismáticos: el caza republicano llegaba del sur.

Saltó de la proa, abrió el botiquín que los otros no habían tocado, vendó a Mireaux (tres balas en el brazo derecho, una en el hombro: una ráfaga) y a Scali (una explosiva en el pie). Saïdi tenía una bala en la cadera derecha, pero sufría poco.

Gardet fue hasta la cabina de mandos. El avión volaba a 30 grados, sostenido por un solo motor. Langlois, el segundo piloto, indicaba con el índice el cuentarrevoluciones: 1400 en vez de 1800. El avión, muy pronto, sólo podría contar con vuelo planeado. Y llegaban a la montaña de nieve. Abajo, de una casa, subía un humo tranquilo, absolutamente recto.

Pujol, sangrando, pero ligeramente herido, sentía su palanca de mando en el cuerpo, como los otros sus heridas. El cuentarrevoluciones pasó de 1200 a 1100.

El avión caía un metro por segundo.

Por debajo, los contrafuertes de la montaña de nieve. Allí era el desmoronamiento en las gargantas, una avispa borracha reventada contra una pared. Más allá, la nieve en anchos planos ondulados. Y por debajo, ¿qué?

Atravesaron una nube. En el blanco absoluto, el piso de la carlinga estaba todo manchado de pisadas de sangre. Pujol, subiendo, trataba de salir de la nube. Salieron de ella por su caída misma; estaban a 60 kilómetros de la montaña. La tierra se lanzaba sobre ellos pero esas blandas curvas de nieve… Tenían unas ganas frenéticas de salir de allí, ahora que habían logrado bombardear con éxito y escapar al tiro.

—¡La bomba! —gritó Gardet.

Si no se largaba esta vez, todos saltaban. Saïdi bajó las dos palancas de desencadenamiento a la vez, a todo dar. Cayó la bomba y, como si hubiese proyectado la tierra contra el avión, todos recibieron la nieve en el abdomen.

Pujol saltó de su asiento, de pronto a cielo abierto. ¿Sordo? No, era el silencio de la montaña después del estrépito de la caída, porque oía una corneja y voces que gritaban. La sangre manaba suavemente de su rostro, tibia, y hacía agujeros rojos en la nieve, delante de sus zapatos. Nada más que sus manos para apartar esa sangre que lo cegaba y a través de la cual aparecía confusamente una negra maleza metálica llena de llamadas, el inextricable enredo de los aviones destrozados.

Magnin y Moros habían podido volver. La Dirección de Operaciones había telefoneado al campo que los heridos habían sido recogidos en el pequeño hospital de Mora. Había que revisar los aviones, que no

tomarían vuelo hasta el día siguiente. Magnin había dado instrucciones y había partido enseguida. Una ambulancia iba a seguirlo.

—Un muerto, dos heridos graves, todos los demás heridos leves —había dicho el oficial de servicio al teléfono.

Ignoraba los nombres de los heridos y del muerto. No había recibido aún el resultado del bombardeo.

El auto de Magnin corría entre los inmensos bosques de naranjos. Su profusión de frutos rodeados aquí y allá por cipreses continuaba durante kilómetros, bajo la perspectiva de Sagunto y de sus fortalezas en ruinas, murallas cristianas bajo murallas románicas, murallas románicas bajo murallas púnicas: la guerra… Por encima, la nieve de los montes de Teruel temblaba en el cielo ahora despejado.

Las encinas reemplazaron a los naranjos: la montaña comenzaba. Magnin telefoneó de nuevo a la Dirección de Operaciones: había dieciséis aviones enemigos en el aeródromo del campesino; todo se había incendiado.

El hospital de Mora estaba instalado en la escuela: allí no estaban los aviadores. Había otro hospital en la alcaldía: tampoco estaban. En el Comité del Frente Popular aconsejaron a Magnin que telefoneara a Linares: allí habían pedido uno de los médicos de Mora para los heridos. Magnin partió hacia la estación con uno de los delegados del Comité, bajo los balcones de madera, a través de las casas azules, rosadas y verde claro, y los puentes en ojiva dominados en cada vuelta por las ruinas de un castillo de romancero.

El empleado era un viejo militante socialista. Su hijo pequeño estaba sentado sobre la mesa del morse.

—¡Quiere ser aviador, él también!

Había huellas de balas en la pared.

—Mi predecesor era de la C. N. T. —dijo el empleado—. El día de la rebelión, no cesaba de telegrafiar a Madrid. Los fascistas no lo sabían, pero lo mataron igual: ésas son las balas…

Por fin respondió Linares. No, los aviadores no estaban allí. Habían caído cerca de una aldea. Valdelinares. Más arriba, en la nieve.

¿A qué otro pueblo se podría llamar? «¡Más arriba, en la nieve!». Y sin embargo, por el tono de las respuestas, Magnin sentía más que nunca a España presente en torno a él, como si en cada hospital, en cada comité, en cada estación de teléfono hubiera esperado encontrar a un campesino fraternal. Por fin, una llamada. El empleado levantó la mano: Valdelinares respondía. Escuchó, se volvió:

—Uno de los aviadores puede caminar. Han ido a buscarlo.

El chiquillo no se atrevía a moverse. La sombra de un gato pasó en silencio por la ventana.

El empleado tendió a Magnin el viejo auricular por donde murmuraba una voz apagada:

—¡Oiga! ¿Quién habla?

—Magnin. ¿Es Pujol, verdad?

—Sí.

—¿Quién murió?

—Saïdi.

—¿Los heridos?

—De gravedad, Gardet: se teme por sus ojos. Taillefer tiene la pierna rota en tres lugares. Mireaux, cuatro balas en el brazo. Scali, una bala explosiva en el pie. Langlois y yo, más o menos bien.

—¿Quién puede andar?

—¿Para bajar?

—Sí.

—Nadie.

—¿Y en mulos?

—Langlois y yo. Quizá Scali, si lo sostienen; y no es seguro.

—¿Cómo os cuidan?

—Mientras más pronto bajemos, mejor será. En fin, hacen todo lo que pueden…

—¿Hay camillas?

—Aquí no. Esperad: el médico que está aquí dice algo.

La voz del médico.

—¡Oiga! —dijo Magnin—. ¿Pueden ser transportados todos los heridos?

—Sí, si tienen ustedes camillas.

Magnin interrogó al empleado. No sabía; quizá hubiera camillas en el hospital; no seis, seguramente. Magnin tomó de nuevo el receptor:

—¿Pueden ustedes fabricar camillas con ramas, correas y jergones?

—Yo… Sí.

—Les haré llegar lo que pueda como camillas. Desde ahora, puede usted hacer las camillas y empezar a bajarlos. Yo espero aquí una ambulancia. Subirá hasta donde pueda subir.

—¿Y el muerto?

—Haga bajar a todos. ¡Oiga, oiga! ¿Quiere usted decir a los aviadores que dieciséis aviones enemigos han sido destruidos? No lo olvide.

Volvió a empezar la carrera a través de las calles con casas de colores, la plaza con fuentes, los puentes en burro y los adoquines puntiagudos, brillantes aún por los aguaceros de la mañana bajo el cielo siempre bajo. Había en total dos camillas que ataron al techo del automóvil.

—¿No será demasiado alto para la puerta del pueblo?

En fin, Magnin partió para Linares.

En adelante, entraba en una España eterna. Más allá del primer pueblo con los graneros sobre balaustradas, el auto llegó ante una garganta pálida bajo el cielo gris, donde parecía soñar despierta la silueta con los cuernos separados de un toro de lidia. Una hostilidad primitiva subía de la tierra que esos pueblos curdos manchaban como de quemaduras, tanto más intensa cuanto que Magnin, posando los ojos en su reloj cada cinco minutos, miraba esos peñascos como los habían mirado los heridos. Nada donde detenerse: por todos lados campos escalonados, rocas o árboles. El auto no podía bajar una pendiente sin que Magnin viera el avión acercarse a ese suelo sin esperanza.

Linares es un burgo amurallado; había niños subidos sobre las fortificaciones, a uno y otro lado de la puerta. En la posada, cuya planta baja estaba llena de carretas patas arriba, de camillas, esperaban los mulos. Un médico, venido del valle, estaba en el Comité, y unos quince jóvenes. Miraban con curiosidad a ese extranjero alto, de bigotes caídos, que llevaba el uniforme de la aviación española.

—No necesitamos tantos cargadores —dijo Magnin.

—Se empeñan en ir —dijo el delegado.

—Bueno. ¿Y la ambulancia?

El delegado telefoneó a Mora; no había llegado todavía. Muleros, sentados en el patio de la posada, las carretas en semicírculo en torno a ellos, comían alrededor de la marmita, una campana enorme, vuelta del revés, donde el aceite hervía y el hollín ocultaba la inscripción. Por encima de la puerta: 1614.

Por fin partió la caravana.

—¿Cuánto tardaremos en llegar arriba?

—Cuatro horas. Los encontraréis antes.

Magnin caminaba doscientos metros adelante, su silueta oscura —gorra de uniforme y abrigo de cuero— se recortaba nítidamente contra la montaña. No había casi barro, y sólo luchaba con las piedras. Detrás de él, el médico sobre un mido; más atrás los cargadores, con suéters cerrados hasta el cuello y boina vasca (los trajes locales eran para los días de fiesta o para la vejez); más lejos, los mulos y las camillas.

Muy pronto no hubo toros ni campos; por todas partes piedra, esa piedra de España, amarilla y roja al sol que el cielo blanco vuelve pálida, plomiza en sus grandes sombras verticales: bajaban en dos o tres planos quebrados, desde la nieve cortada por el techo del cielo hasta el fondo del valle. Al caminar por el flanco de la montaña, rodaban bajo los pies guijarros que retumbaban de roca en roca, perdidos en ese silencio de desfiladeros de donde parecía surgir un ruido de torrente que se alejaba poco a poco. Después de una hora terminó el valle, en el fondo del cual aparecía Linares. Desde que lo separó del valle una ladera de la montaña, Magnin dejó de oír el ruido del agua. El sendero pasaba detrás de una roca vertical que, por instantes, lo dominaba; allí donde cambiaba definitivamente de dirección se recortaba sobre el cielo como en una tarjeta postal japonesa un manzano, en medio de un campo minúsculo. Sus manzanas no habían sido recogidas; caídas, formaban en torno de él un anillo espeso, que poco a poco se confundía con la hierba. Sólo ese manzano estaba vivo en medio de la piedra, y vivía, con la vida infinitamente renovada de las plantas, en la indiferencia geológica.

Más subía Magnin, más la fatiga le hacía sentir los músculos de sus hombros y de sus caderas; poco a poco, el esfuerzo invadió todo su cuerpo, se impuso a todo su pensamiento: las camillas estaban bajando por esos mismos senderos intransitables, con brazos deshechos y piernas rotas. Su mirada iba de lo que él veía del sendero a las crestas de nieve junto al cielo blanco, y cada nuevo esfuerzo hundía hasta su pecho la idea fraternal que él se hacía del jefe.

Los campesinos de Linares, que no habían visto nunca a uno solo de esos heridos, lo seguían sin hablar, en una severa y tranquila evidencia. Él pensaba en los automóviles de los pueblos.

Subía desde hacía dos horas por lo menos, cuando terminó el camino aferrado a una ladera de la

montaña. El sendero continuaba ahora a través de la nieve por un nuevo desfiladero, hacia la montaña, mucho más alto y menos abrupto, que los aviones veían al lado del otro cuando partían para Teruel. En adelante, los torrentes estaban helados. En el ángulo del camino, como el manzano un momento antes, aguardaba un pequeño guerrero sarraceno, negro contra el cielo, con el escorzo de las estatuas sobre un alto pedestal: el caballo era un mulo, y el sarraceno era Pujol, con casco. Se volvió y de perfil, como en un grabado, gritó: «¡Aquí está Magnin!» en medio del gran silencio.

Dos largas piernas tendidas rígidamente de cada lado de un asno minúsculo, pelo vertical saliendo como una brocha de un vendaje se recortaron contra el cielo: el segundo piloto, Langlois. En el momento en que Magnin apretaba la mano de Pujol, se dio cuenta de que su abrigo de cuero estaba de tal modo resquebrajado de sangre coagulada por debajo de la cintura que se parecía a la piel de un cocodrilo. ¿Qué herida había podido ensangrentar así el cuero? Sobre el pecho, los trazos se cruzaban como una red, aún parecían sentirse las salpicaduras de la sangre.

—Es la chaqueta de Gardet —dijo Pujol.

Magnin, sin estribos, no podía erguirse. Con el cuello estirado, buscaba a Gardet. Pero las camillas estaban todavía del otro lado del peñasco.

Los ojos de Magnin permanecían fijos en el cuero. Pujol ya estaba contando.

Langlois, herido levemente en la cabeza, había podido apartarse con un pie; el otro se lo había torcido. En la larga caja destrozada que había sido la carlinga, Scali y Saïdi estaban acostados. Bajo el hongo de la torreta dada la vuelta, los miembros de Mireaux sobrepasaban el pilón; éste pesaba en toda su altura sobre su hombro roto, como en los grabados de los antiguos suplicios; entre los escombros, el bombardero tendido. Todos aquellos que podían gritar, obsesionados por la inminencia del fuego, gritaban en el gran silencio de la montaña.

Pujol y Langlois habían extraído a los de la carlinga; después Langlois había comenzado a sacar al bombardero, mientras Pujol trataba de levantar la torreta que aplastaba a Mireaux. Se derrumbó por fin, con un nuevo estruendo de hierro y de mica que hizo estremecer a los heridos tendidos sobre la nieve.

Gardet había visto una cabaña, y había caminado hasta ella, con la mandíbula rota apoyada en la culata de su revólver (no se atrevía a sostenérsela con la mano y la sangre chorreaba). Un campesino que lo había visto de lejos había huido. En la cabaña, alejada a más de un kilómetro, había sólo un caballo, que lo miró, vaciló, y se puso a relinchar. «Debo tener una cara muy rara —pensó Gardet—. A pesar de todo, un caballo vivo no puede ser sino del Frente Popular…». La cabaña estaba cálida en la soledad de la nieve, y tuvo ganas de acostarse y dormir. Nadie venía. Gardet tomó una pala de un rincón, con una sola mano, a la vez para extraer a Saïdi cuando hubiera vuelto hasta el avión y para ayudarse a caminar. Comenzaba a no ver claro, salvo sus pies: sus párpados superiores se le hinchaban. Volvió siguiendo las gotas de su sangre en la nieve, y las huellas de sus pies, largas y confusas cada vez que se había caído.

Al caminar, se acordaba de que una tercera parte del *Pato* estaba hecho con las antiguas piezas de un avión pagado por los obreros extranjeros y derribado en la Sierra: la *Comuna de París*.

En el momento en que alcanzaba el avión, un chiquillo se aproximaba a Pujol. «Si estamos en campo fascista —pensaba el piloto— nos matarán como a ratas». ¿Dónde estaban los revólveres? No se suicida uno con ametralladora.

—¿Quiénes están aquí? —preguntó Pujol—. ¿Los rojos o Franco?

El chiquillo —con expresión astuta, las orejas separadas y un mechón de pelo rubio en lo alto de la cabeza— lo había mirado sin contestar. Pujol tenía conciencia del increíble aspecto que tendría: el sombrero con las plumas rojas había quedado en su cabeza, donde se lo había puesto de nuevo inconscientemente; se había afeitado sólo de un lado, y la sangre chorreaba, chorreaba, sobre su mono blanco.

—¿Quiénes están?, dime.

Se había acercado al chiquillo, que retrocedía. Amenazarlo no hubiera servido de nada. Y tampoco tenía chicles.

—¿Los republicanos o los fascistas?

Oíase un ruido lejano de torrente, y gritos de cornejas que se perseguían.

—Aquí —había contestado el chiquillo mirando el avión— hay de todo.

—¿El sindicato? —aulló Gardet.

Pujol comprendió.

—¿Cuál es el sindicato más grande? ¿La U. G. T.? ¿La C. N. T.? ¿O los católicos?

Gardet había llegado hacia Mireaux, a la derecha del chiquillo, que no lo veía más que de espaldas y que miraba, sobre su espalda, la pequeña escopeta:

—La U. G. T. —dijo el niño, sonriendo.

Gardet se volvió: su rostro, siempre apoyado en su culata, estaba acuchillado de un extremo a otro, le colgaba la punta de la nariz, y la sangre que continuaba manando, pero que había brotado en grandes borbotones, se coagulaba sobre el cuero de la chaqueta de aviador que Gardet llevaba encima de su mono. El niño gritó y se fue corriendo dando la vuelta como un gato.

Gardet ayudaba a Mireaux a acercar sobre su cuerpo sus miembros descuartizados, y a incorporarse sobre las rodillas. Cuando se inclinaba, su rostro ardía, y trataba de ayudar a Mireaux conservando derecha la cabeza.

—¡Estamos con los nuestros! —dijo Pujol.

—Esta vez, completamente desfigurados —dijo Gardet—. ¿Has visto cómo se escapó el mocoso?

—¡Estás chiflado!

—Trepanado.

—Aquí vienen unos muchachos.

En efecto, algunos campesinos se aproximaban a ellos, traídos por el que se había escapado cuando había visto a Gardet. Ahora no estaba solo y se atrevía a volver. Cuando explotó la bomba, todas las gentes salieron de sus casas, y los más audaces se acercaban.

—¡Frente Popular! —gritó Pujol, tirando el sombrero con plumas rojas en el revoltijo de acero.

Los campesinos empezaron a correr. Sin duda habían supuesto que los aviadores caídos eran de los suyos porque llegaban casi sin armas. Quizá uno de ellos, antes de la caída, había distinguido las bandas rojas de las alas. Gardet vio el espejo del retrovisor colgado en su lugar en el revoltijo de viguetas y de alambres, delante del asiento de Pujol. «Si me miro, me mato».

Cuando los campesinos estuvieron lo bastante cerca para ver ese fárrago de acero erizado de planos y de pedazos de alas, los motores destrozados, una hélice doblada como un brazo y los cuerpos extendidos sobre la nieve, se habían detenido. Gardet se aproximaba a ellos. Los campesinos y las mujeres con pañoletas negras los esperaban, agrupados e inmóviles, como si hubiesen esperado la desgracia. «¡Cuidado!», dijo el primer campesino que vio que la mandíbula rota de Gardet estaba apoyada en el caño de una ametralladora. Las mujeres, recordando el pasado sangriento, se persignaban; después, menos por Gardet y Pujol que se aproximaban a su vez, que por los cuerpos tendidos, uno de los hombres levantó el puño; y todos los puños, uno tras otro, se levantaron en silencio en la dirección del avión aplastado y de los cuerpos que los campesinos creían muertos.

—Esto no es todo —gruñó Gardet. Y en español—: Ayudadnos.

Se acercaban a los heridos. Desde que los campesinos comprendieron que uno solo de los hombres tendidos estaba muerto, empezó una agitación afectuosa y torpe.

—¡Poco a poco!

Gardet había comenzado a poner orden. Pujol se agitaba, pero nadie le obedecía: Gardet era el jefe, no porque en efecto lo fuera, sino porque estaba herido en la cara: «Si llegara la Muerte, ¡cómo la obedecerían!», pensaba. Un campesino fue a buscar a un médico. Muy lejos; tanto peor. Transportar a Scali, Mireaux, el bombardero, no parecía sencillo; pero los montañeses tienen la costumbre de las piernas rotas. Pujol y Langlois podían caminar. Y él, en rigor.

Habían comenzado a bajar al pueblecito, hombres y mujeres muy pequeños en medio de la nieve. Antes de desmayarse, Gardet había mirado una última vez el retrovisor; se había pulverizado en la caída: nunca había quedado espejo en los escombros.

La primera camilla apareció frente a Magnin. Cuatro campesinos la llevaban, cada uno apoyada en un hombro, seguidos de inmediato por otros cuatro camaradas. Era el bombardero.

No parecía tener la pierna rota, sino años de tuberculosis El rostro estaba profundamente estragado, dándole a los ojos toda su intensidad y transformando en una máscara romántica esa cara rechoncha con bigotitos de soldado de infantería.

La siguiente, la de Mireaux, no había cambiado menos, pero de otro modo muy distinto: allí el dolor había ido en busca de la infancia.

—¡Hemos venido desde arriba en medio de la nieve! —murmuró cuando Magnin le estrechó la mano—. ¡Quién lo hubiera dicho!, —sonrió y cerró los ojos.

Magnin continuaba avanzando delante de los que cargaban desde Linares. La camilla siguiente era seguramente la de Gardet: un vendaje le cubría la cara casi por completo. Única carne de todo el cuerpo, los párpados parecían hinchados hasta saltársele, lila pálido, apretados uno contra el otro por la inflamación,

entre el casco y el vendaje plano que ahora tenía y baja el cual la nariz daba la impresión de haber desaparecido. Los dos primeros cargadores, viendo que Magnin quería hablar, depositaron la camilla delante de los segundos y, durante un instante, el cuerpo permaneció torcido, como una Presentación del Combate.

Ningún ademán era posible: las dos manos de Gardet estaban bajo el cobertor. Entre los párpados del ojo izquierdo, Magnin creyó entrever una línea:

—¿Ves?

—No demasiado. En fin, te veo. Algo es algo.

Magnin tenía ganas de abrazarlo, de auxiliarlo.

—¿Podemos hacer algo por ti?

—¡Dile a la vieja que me deje en paz con su caldo! Dime, ¿para cuándo el hospital?

—La ambulancia estará abajo dentro de una hora y media. El hospital esta tarde.

La camilla se puso de nuevo en marcha, seguida por la mitad de Valdelinares. Una vieja con el pelo cubierto por un pañuelo negro, cuando la camilla de Scali se adelantó a Magnin, se aproximó con una taza y le dio caldo al herido. Llevaba una canasta y en esa canasta un termo y una taza japonesa, su lujo quizá. Magnin imaginó el borde de la taza pasando bajo la venda levantada de Gardet.

—Es mejor no darle al que tiene la cara herida —le dijo.

—Era la única gallina del pueblo —respondió ella, gravemente.

—A pesar de todo.

—Es que tengo a mi hijo en el frente, yo también…

Magnin dejó que pasaran delante las camillas y hasta los últimos campesinos, que llevaban el ataúd. Lo habían hecho más rápidamente que las camillas: la costumbre… En la tapa, los campesinos habían atado una de las ametralladoras retorcidas del avión.

Cada cinco minutos, los cargadores se relevaban, pero sin dejar en el suelo las camillas. A Magnin lo asombraba el contraste entre el aspecto de extrema pobreza de las mujeres y los termos que muchas de ellas llevaban en la canasta. Una se acercó a él.

—¿Qué edad tiene? —dijo señalando a Mireaux.

—Veintisiete años.

Desde hacía algunos minutos seguía la camilla, con el deseo impaciente de ser útil, pero también con una ternura delicada y precisa de ademanes, con una manera de acercar el hombro cada vez que los cargadores, en un descenso muy empinado, debían asegurar los pies, en los que Magnin reconocía la eterna maternidad.

El valle descendía cada vez más. Por un lado, las nieves subían hasta el cielo sin color y sin hora; por otro, nubes tristes se deslizaban por encima de las crestas.

Los hombres no decían una palabra. Una mujer, de nuevo, se acercó a Magnin.

—¿Qué son? ¿Extranjeros?

—Uno belga. Uno italiano. Los otros franceses.

—¿Es la brigada internacional?

—No, pero es lo mismo.

—¿Y éste?

Ella hizo un gesto vago.

—Francés —dijo Magnin.

—¿El muerto es francés también?

—No, árabe.

—¿Árabe? ¡Vaya! ¿Entonces, es árabe?…

Fue a transmitir la noticia.

Magnin, casi al final del cortejo, se acercó a la camilla de Scali. Era el único que había podido acodarse: ante él, el sendero bajaba en
zig-zags
casi iguales hasta Langlois, detenido delante de un delgado torrente helado. Pujol había vuelto atrás. Del otro lado del agua, el camino doblaba en ángulo recto. Alrededor de doscientos metros separaban las camillas; Langlois, extravagante explorador con el pelo cortado a cepillo, estaba a una distancia de casi un metro, fantástico sobre su asno, en la niebla que comenzaba a subir. Detrás de Scali y Magnin sólo venía el ataúd. Las camillas, una tras otra, pasaban el torrente: el cortejo, de perfil, se desplegaba sobre la inmensa pendiente de roca con sombras verticales.

—Vea usted —dijo Scali—, yo he tenido antes…

—Mira, ¡qué cuadro!

Scali se guardó su historia; sin duda, le hubiera puesto los nervios de punta a Magnin, así como la comparación con un cuadro de lo que veían le ponía los nervios de punta a Scali.

Bajo la primera República, un español que hacía la corte a su hermana, y que a ella no le gustaba ni le disgustaba, la había llevado un día a su casa de campo en los alrededores de Murcia. Era una casa de campo de fines del siglo XVIII, con columnas cremas sobre paredes anaranjadas, decoraciones de estuco con tulipanes y con jardines de boj enanos que dibujaban palmeras bajo rosas granate. Uno de sus propietarios había hecho levantar en otro tiempo un minúsculo teatro de sombras, con treinta asientos. Cuando entraron, la linterna mágica funcionaba, y las sombras chinescas temblaban sobre una pantalla muy pequeña. El español había vencido: ella había sido su querida esa misma noche. Scali había sentido celos de ese presente lleno de sueños.

Bajando hacia el torrente, pensaba en los cuatro palcos salmón y oro que no había visto jamás. Una casa llena de ramajes, con bustos de yeso entre las hojas oscuras de los naranjos… Su camilla pasó el torrente, dio la vuelta. Enfrente, reaparecieron los toros. ¡La España de su adolescencia, amor, decoración, miseria! España, que era esa ametralladora retorcida sobre el ataúd del árabe, y esos pájaros ateridos que gritaban en los desfiladeros.

Los primeros mulos dieron la vuelta y desaparecieron de nuevo, tomando otra vez la primera dirección. Desde la nueva pendiente, el camino bajaba directamente a Linares: Magnin reconoció el manzano.

¿Sobre qué bosque caía semejante chaparrón, del otro lado de la roca? Magnin hizo trotar su mulo, los pasó a todos, llegó al recodo. No había tal chaparrón. Era el ruido de los torrentes de los que lo había separado el peñasco, así como de una perspectiva, y que no se oía del otro lado de la vertiente; subía desde Linares como si las ambulancias y la vida vuelta a encontrar hubiesen enviado del fondo del valle ese ruido alargado de gran viento sobre las hojas. La noche no caía aún, pero la luz perdía su fuerza. Magnin, estatua ecuestre sobre su mulo, que montaba a pelo, miraba el manzano erguido en el centro de sus manzanas secas. La cabeza ensangrentada con el pelo cortado a cepillo de Langlois pasó ante las ramas. En el silencio que llenaba de pronto ese zumbido de agua viva, ese anillo que se corrompía, lleno de gérmenes, parecía ser, más allá de la vida y de la muerte de los hombres, el ritmo de la vida y de la muerte de la tierra. La mirada de Magnin vagaba del tronco a los desfiladeros sin edad. Una tras otra, las camillas pasaban. Como por encima de la cabeza de Langlois, las ramas se extendían por encima del balanceo de las camillas, por encima de la sonrisa cadavérica de Taillefer, del rostro infantil de Mireaux, del vendaje ligero de Gardet, de los labios agrietados de Scali, de cada cuerpo ensangrentado llevado en un balanceo fraternal. Pasó el ataúd, con su ametralladora retorcida como una rama. Magnin volvió a alejarse.

Sin que comprendiera demasiado bien cómo, la profundidad de los desfiladeros, donde se hundían ahora como en la misma tierra, concordaba con la eternidad de los árboles. Pensó en las canteras de la antigüedad donde dejaban morir a los prisioneros. Pero esa pierna en pedazos mal ligados por los músculos, ese brazo colgante, esa cara desgarrada, esa ametralladora sobre un ataúd, todos esos riesgos consentidos, la marcha solemne y primitiva de esas camillas, todo eso era tan imperioso como las rocas macilentas que caían del cielo gris, como la eternidad de las manzanas esparcidas sobre la tierra. De nuevo, muy cerca del cielo, gritaron aves de rapiña. ¿Cuánto tiempo le quedaría aún por vivir? ¿Veinte años?

—¿Por qué ha venido el aviador árabe?

Una de las mujeres se le acercaba, con otras dos.

En lo alto, los pájaros daban la vuelta, con sus alas inmóviles como las de los aviones.

—¿Es verdad que ahora arreglan las narices?

A medida que el desfiladero se acercaba a Linares, el camino se hacía más ancho; los campesinos caminaban en torno a las camillas. Las mujeres de negro, mantilla sobre la cabeza y canasta al brazo, se atareaban siempre en el mismo sentido alrededor de los heridos, de derecha a izquierda. Los hombres seguían las camillas sin adelantarse jamás a ellas; avanzaban de frente, muy erguidos como todos los que acaban de llevar un fardo sobre el hombro. A cada relevo, los nuevos cargadores abandonaban su marcha rígida por el ademán prudente y afectuoso con que tomaban las camillas, y volvía a partir con el ¡ahora!, del trabajo cotidiano, como si hubiesen querido esconder de inmediato lo que ese ademán acababa de mostrar de su corazón. Obsesionados por las piedras del sendero, no pensando más que en no sacudir las camillas, avanzaban al paso, un paso ordenado y más lento en cada declive; y ese ritmo concertado con el dolor en un camino tan largo parecía llenar ese desfiladero inmenso donde gritaban, en lo alto, los últimos pájaros, como lo hubiese llenado el redoble solemne de los tambores de una marcha fúnebre. Pero no era la

muerte lo que, en ese momento, estaba de acuerdo con las montañas: era la voluntad de los hombres.

Se comenzaba a entrever Linares en el fondo del desfiladero, y las camillas se acercaban unas a las otras; el ataúd estaba cerca de la camilla de Scali. La ametralladora había sido atada allí donde se ponen por lo común las coronas; todo el cortejo era, a los funerales, lo que era a las coronas esa ametralladora retorcida. Abajo, junto a la carretera de Zaragoza, en torno a los aviones fascistas, los árboles del bosque sombrío ardían aún en el día declinante. No irían a Guadalajara. Y todo ese cortejo de campesinos oscuros, de mujeres con el pelo escondido bajo una mantilla sin época, parecía, más que seguir a los heridos, ir bajando en un triunfo austero.

La pendiente, ahora, era débil: las camillas, abandonando el camino, se desplegaron a través de la hierba, los montañeses en abanico. Los chiquillos acudían de Linares; a cien metros de las camillas, se apartaban, las dejaban pasar, después las seguían. El camino, con los adoquines puestos de canto, más resbaladizo que los caminos de montaña, subía a lo largo de las murallas hasta la puerta.

Detrás de las almenas, todo Linares estaba amontonado. La luz era débil, pero aún no había caído la noche. Aunque no hubiera llovido, los adoquines relucían, y los cargadores avanzaban con cuidado. En las casas cuyos pisos sobrepasaban las murallas, algunas pocas luces estaban encendidas.

El primero era siempre el bombardero. Las paisanas, sobre la muralla, se mostraban graves pero no sorprendidas: sólo el rostro del herido estaba fuera del cobertor, y estaba intacto. Lo mismo Scali y Mireaux. Langlois, en Don Quijote, con el vendaje sangrando y los dedos del pie hacia el cielo (del pie torcido se había sacado el zapato), los asombró: la guerra más novelesca, la de la aviación, ¿podía terminar así? La atmósfera se hizo más tensa cuando pasó Pujol: había luz bastante para que esos ojos atentos vieran sobre la chaqueta de cuero las grandes manchas de sangre. Cuando llegó Gardet, sobre esa multitud ya silenciosa cayó un silencio tal que se oyó de pronto el ruido lejano de los torrentes.

Todos los demás heridos veían; y cuando habían visto la multitud, se habían esforzado en sonreír, hasta el bombardero. Gardet no miraba. Estaba vivo: desde las murallas, la multitud distinguía, detrás de él, el gran ataúd. Cubierto por la manta hasta el mentón y, entre el mentón y el casco, un vendaje tan plano que no podía haber debajo una nariz, ese herido era la imagen misma que, desde siglos atrás, los campesinos se hacían de la guerra. Y nadie lo había obligado a combatir. Por un momento vacilaron, no sabiendo qué hacer, comprendiendo sin embargo que tenían que hacer alguna cosa; por último, como los de Valdelinares, levantaron el puño en silencio.

La llovizna había dejado de caer. Las últimas camillas, los campesinos de las montañas y los últimos mulos avanzaban entre el gran paisaje de rocas donde se formaba la lluvia nocturna, y los centenares de campesinos inmóviles, con el puño en alto. Las mujeres lloraban sin hacer un gesto, y el cortejo parecía huir del extraño silencio de las montañas, con su ruido de cascos, entre el eterno grito de las aves de rapiña y ese ruido clandestino de los sollozos.

La ambulancia había partido.

Por el tragaluz que permite comunicarse con el chófer, Scali ve cuadrados de paisaje nocturno; aquí y allá un pedazo de muralla de Sagunto, los cipreses sólidos y negros en el claro de luna lleno de niebla, de esa niebla que protege los bombardeos nocturnos; casas blancas irreales; casas de la paz; naranjas fosforescentes en las huertas sombrías. Huertas de Shakespeare, cipreses italianos… «Es en una noche como ésta, Jessica…». En el mundo hay felicidad también. Por encima de su camilla, a cada sacudida, el bombardero gime.

Mireaux no piensa: la fiebre es alta; nada con trabajo en un agua ardiente.

El bombardero piensa en su pierna.

Gardet piensa en su cara. A Gardet le gustan mucho las mujeres.

Magnin, en el teléfono, escucha a Vargas:

—Es la batalla decisiva, Magnin. Traiga todo lo que pueda, como pueda…

—Los mandos de los alerones de profundidad del *Marat* están casi cortados.

—Lo que pueda…

4

Guadalajara, 18 de marzo

Los italianos contraatacaban en Brihuega: si pasaban de allí, tomaban de flanco todas las fuerzas republicanas. De nuevo Guadalajara estaba amenazada, el ejército del Centro, separado de Madrid, la

ciudad más o menos sin defensa, los batallones Dimitroff, Thaelmann, Garibaldi, André-Marty, 6 de Febrero, sin línea de retaguardia, la toma de Trijueque y de Ibarra anuladas, Campesino perdido en su bosque.

Los batallones Thaelmann y Edgar-André, una vez más, entraron en combate.

El batallón Dimitroff —croatas, búlgaros, rumanos, serbios, los balcánicos y los estudiantes yugoslavos de París—, que delante de los fascistas se sentían frente a los asesinos de los suyos, que habían pasado veinticuatro horas injuriando a los tanques italianos al acecho de sus bosques, como lo habían hecho en el Jarama, que habían tomado un kilómetro y habían debido abandonarlo, enloquecidos de rabia, para la alineación, que habían dormido pegados contra el frío como moscas atacaban bajo los *shrapnells*. Uno de los jefes de sección montenegrino, partía a la retaguardia, gritando: «¡Ocupaos de vuestros puestos y no de mí, montón de imbéciles!», sosteniendo con su brazo derecho su brazo izquierdo roto, cuando una bala explosiva le destrozó la cabeza en un torbellino de nieve.

Se había puesto de nuevo a caer, y los hombres que avanzaban en todo el frente, la cabeza entre los hombros y los músculos del vientre crispados en la espera de las heridas, se sentían atacados por las balas de plomo de los *shrapnells* en medio de los copos.

En el batallón de Thaelmann no se oían más que dos frases: «¡A comer!» y «Hombre, no hay guerra sin víctimas». El delegado político de la compañía de ametralladoras, herido en el vientre y delirando, gritaba: «¡Enviadnos nuestros tanques! ¡Enviadnos nuestros tanques!». El batallón acababa de rechazar su undécimo ataque desde el principio de la batalla. Los árboles aún tenían troncos, pero no ramas.

—¡Esto no es guerra!, —aullaba Siry con los francobelgas—. ¡Son purgaciones! ¡No acabará jamás!

Los fusiles comenzaban a quemarles las manos.

En el batallón de Manuel, a los hombres de Pepe les quedaban setecientas cincuenta balas para una ametralladora que tiraba seiscientas por minuto. Distribuían la mitad de las balas a los tiradores. Ante los fusiles fuera de uso, los nuevos lloraban de nervios. «¡La ametralladora aquí!», gritó el jefe de sección. Cuando se disipó el humo del primer obús, estaba muerto en el lugar que acababa de señalar con el dedo. Pero llegaban las municiones, y algunos fusiles suplementarios.

Por fin un grito corrió por los bosques y las llanuras que bajaban hacia Brihuega, un grito perceptible, a pesar del bombardeo que acababa de comenzar nuevamente; subió de los olivos, de las paredes pequeñas donde los republicanos estaban incrustados como insectos, de las granjas y de los campos; el horizonte pareció extenderse bajo la explosión furiosa de todas las baterías fascistas: los tanques republicanos llegaban.

Atacaban en todo el frente, más de cincuenta en línea, de un extremo al otro del horizonte velado por la intermitencia de la nieve. Aquellos que habían dormido dolorosamente veinte minutos con un sueño inquieto bajo los olivos helados, aquellos que se habían dormido muertos de fatiga y se habían despertado rígidos, empezaron a correr detrás de los últimos tanques que las ráfagas de nieve les ocultaban periódicamente.

En el 5.º cuerpo, el jefe de la 1.ª compañía fue el primer muerto. Pocos minutos después, uno de los tanques republicanos explotaba en llamaradas, iluminando siniestramente de azul el campo cubierto de nieve, donde los copos permanecían en suspenso. Agarrados por un fuego cruzado de ametralladoras, boca abajo detrás de los troncos, los hombres se hundían con sus cargadores y sus cascos (hubieran necesitado levantarse con la bayoneta), se guarecían en cualquier hueco, se levantaban de pronto, un segundo, para arrojar sus granadas, se agachaban de nuevo bajo las ametralladoras que rasaban el campo. De seis voluntarios que querían traer a los heridos, cuatro cayeron. Los internacionales vecinos no oían más que las balas explosivas detrás de sí, y a veces una voz que gritaba: «¿Todo anda bien, entonces?» y a la que otras respondían: «Bastante bien, ¿y vosotros?». Y por debajo, como un coro desolado sobre toda la extensión del campo: «¡Socorro! ¡Socorro!».

Sin embargo, a las tres, el sueño llegó por exceso de fatiga; de nuevo se distribuyó café; los soldados tenían miedo del frío de la noche. Bajo sus capuchones, empezaban a recordar las trincheras de Madrid, donde a veces tiraban comiendo, donde los graciosos domesticaban ratas, donde los soldados, mientras esperaban los obuses, miraban en silencio retratos de niños; y las del Jarama, donde atacaban por detrás los tanques fascistas cuando éstos no tenían ya municiones, y en donde algunos venían aullando a pedir orina para enfriar los cañones de sus ametralladoras.

—No hay tanque sin bala, no hay bala sin tanque —decía Pepe, satisfecho de su fórmula, a sus hombres, que avanzaban; a su derecha, los del 5.º encontraban el aire espeso de balas y avanzaban detrás del tiro de toda la artillería, muy bien dirigida por un oficial español. Los pacifistas de los equipos de socorro, granada en mano, sin brazales, combatían con granadas a los tanques para sacar a sus heridos.

Algunas voces comenzaron la *Internacional* cubierta de inmediato, rabiosamente, por un gran grito del lado de los españoles, y por un aullido muy corto en diez lenguas del lado de los internacionales: «¡Avanzamos!».

—Los fascistas no están apoyados por su aviación —había dicho uno de los oficiales del Estado Mayor del Aire.

Las nubes estaban a doscientos metros y la nieve iba nuevamente a comenzar.

—Sus campos están del otro lado de la Sierra —había contestado Sembrano—. Es poco probable que pasen.

Con el brazo en cabestrillo, no podía pilotar. Las tropas italianas estaban entre los republicanos y la Sierra.

Vargas no decía nada.

—Normalmente —había dicho uno de los oficiales—, si salimos, corremos el riesgo de que aplasten toda nuestra aviación: bastaría que hubiese mal tiempo… Ninguna autoridad militar tomaría la responsabilidad de semejante desastre…

Vargas había llamado al oficial de ordenanza.

—Sus aviones de Teruel pueden dar la vuelta a la Sierra hasta con este tiempo —decía Sembrano.

—No creo que quede alguno —había respondido Vargas.

—¿Oiga?, —telefoneaba el oficial de ordenanza—. ¿Alcalá? Enviad inmediatamente todo lo que tengáis al campo 17 de Guadalajara. ¿Oiga, el campo 21? Enviad todo lo que tengáis al campo 17 de Guadalajara. ¿Oiga, Sarión? Enviad todo lo que tengáis al campo 18 de Guadalajara.

—Si perdemos esta batalla —había dicho Vargas—, lo perdemos todo. Después de todo, sólo somos responsables de nuestra aviación ante el pueblo español. Para los fascistas es más complicado… Vamos allá.

Y, por primera vez al cabo de muchos meses, había vuelto a ponerse su casco.

Los nuevos atacaban. Ese batallón, cuyos soldados no estaban todavía adscritos a las compañías nacionales, lo formaban sobre todo voluntarios de países lejanos, llegados recientemente: griegos, judíos, sirios de América del Norte, cubanos, canadienses, irlandeses, suramericanos, mexicanos y algunos chinos. Habían comenzado por tirar a tontas y a locas: pocos son los hombres que no necesitan hacer ruido en su primera batalla. Se habían creído heridos en los primeros choques porque les habían afirmado que las heridas, al principio, no duelen; desde las primeras balas, algunos habían afirmado que «era un ruido de pájaros españoles». Molestos por el casco con cuya visera o cogotera tropezaban cada vez que tiraban, turbados por la irrealidad de los muertos, silenciosos ante los primeros heridos, habían esperado la orden de atacar con la misma sonrisa afectada en todos los rostros. Después habían oído un clamor ensordecido que significaba que el Edgar-André, a su derecha, salía a terreno descubierto; y se desmoronaban con las granadas arrojadas detrás de los tanques.

En la extrema izquierda, un tiro de ametralladoras desplazadas con extraordinaria rapidez había dejado estupefactos a los batallones de Manuel, hasta que llegó a sus atrincheramientos la caballería mora, armada de fusiles ametralladores. El efecto fue inmediato: los que tenían que habérselas por primera vez con los fusiles ametralladores iban a huir. Pero Manuel había rodeado sus reclutas de dinamiteros formados por Pepe. Estos sabían que los jinetes en movimiento no pueden apuntar, y estaban protegidos. Recibieron la primera carga de granadas. Atrincherados de inmediato detrás de una espesa barrera de caballos muertos, ayudados por los reclutas que habían comprendido y que fusilaban ahora a los jinetes que trataban de incorporarse, comenzaron a arrastrarse bajo los caballos para ir a buscar los fusiles ametralladores. Sólo quedaban detrás los reclutas campesinos, dispuestos a combatir con los hombres, pero que no se atrevían a matar tan hermosos caballos. Desde detrás de un tanque, Gartner les hablaba, atento de no hacer ademanes más anchos que la torreta.

En todo el frente, las manos de los enfermeros se habían vuelto rojas.

Entonces, como si se hubiera deslizado entre la nieve blanca del suelo y la nieve sucia de las nubes, apareció el primer avión republicano. Después, uno a uno, insólitos, como milicianos heridos, aparecieron los viejos aviones que no se habían visto desde el mes de agosto, las avionetas de los señoritos y los aviones de transporte, los continentales, los aviones de enlace, el antiguo Orion de Leclerc y los aviones escuela, y las tropas españolas los acogieron con una sonrisa confusa, la que les hubiese quizá inspirado sus sentimientos de entonces. Cuando esta delegación del Apocalipsis llegó rasando la nieve contra las ametralladoras italianas, todos los batallones del ejército popular que esperaban aún recibieron la orden de

avanzar. Y, a pesar del cielo bajo y la nieve amenazadora, tres por tres al principio, después escuadrilla por escuadrilla, chocando con las nubes como los pájaros con un cielo raso y volviendo a bajar, llenando todo el horizonte visible, que no era más que un horizonte de batalla, con un estruendo que hacía palpitar la nieve sobre la tierra y sobre los muertos, cortando la línea desolada de las llanuras oblicuas tan oscuras como los bosques, se tendió como una invasión la formación de combate de ochenta aviones republicanos.

Abajo, metidos dentro de sus capotes, la cabeza bajo el capuchón puntiagudo como el de los marroquíes, los republicanos avanzaban. De pronto, junto a ellos, delante de los aviones, apareció por un segundo una carretera temblorosa que se convirtió en una columna motorizada italiana, y como el viento venía del lado de las líneas republicanas, Magnin, desde el Orion, no veía si la columna huía delante de los capuchones, delante de los tanques perdidos en los campos inmensos, delante de los aviones, o si estaba arrebatada por el viento como las nubes sin fin y el mundo entero.

Y sin embargo nunca se había sentido hasta ese punto crispado en el combate; como si nubes y columnas hubiesen sido la expresión de una misma voluntad misteriosa, como si cañones, fascismo, huracán lo hubiesen atacado juntos, como si hubiese estado separado de la victoria por ese mundo pálido. Una nube enorme, a tal punto confusa que daba a los aviadores la impresión de cegarlos, se lanzó sobre los aviones de turismo, cuyos planos se ribetearon de nieve y que comenzaron a estremecerse en la carrera enloquecida de los copos que los cubrían, les ocultaban el cielo y la tierra, los encerraban a derecha e izquierda y en donde parecían para siempre inmóviles, rechinando con toda su fuerza asestada contra el viento. Orientándose por una mancha de un gris casi negro, Magnin vio al Orion dar una vuelta de 180 grados. El compás se bloqueó, los aparatos que indicaban la horizontal estaban destrozados. Darras, a pesar del frío, se quitó el casco, se inclinó sobre el altímetro, destrozado también; como todo lo que rodeaba al avión, su cabello era blanco; quizá se hundía en la tierra a 300 por hora, y no estaban a más de 400 metros.

No: salían de la nube por arriba.

Entre las nubes deshilachadas que se deshacían sobre la tierra y, en lo alto, esa enorme Groenlandia plana y pálida de un segundo mar de nubes, todos los aparatos republicanos avanzaban en línea.

Darras trató de sacudir las alas del avión para hacer caer la nieve.

—¡Cuidado con las bombas, Dios mío!

¡Si luchamos en la nieve, va a ser bueno!, pensó Magnin. Sus aviones sembrados en España a los cuatro vientos, sus camaradas sembrados en todos los cementerios, y no en vano, ya no significaban más que ese Orion extravagante, rabiosamente bamboleado por un huracán de nieve, que esos aviones irrisorios sacudidos como hojas, delante de la flota aérea reconstituida. Las líneas eficaces y nítidas de los capuchones, por encima de la confusión de las nubes, no recubrían solamente las posiciones italianas de la víspera, sino una época caduca. Magnin, sacudido por el Orion como por un ascensor delirante, reconocía en esos momentos lo que veía bajo sus ojos: el fin de la guerrilla, el nacimiento el ejército.

Campesino salía de su bosque, los garibaldinos y los francobelgas bajaban por detrás del Dombrovski, los carabineros subían a lo largo del Tajuña. De un extremo a otro del frente, los ametralladores que cambiaban el cañón de las ametralladoras se enderezaban bajo las quemaduras, inmediatamente acogidos por las balas. De un extremo a otro del frente, los tanques avanzaban, los soldados iban y venían detrás de ellos para recoger una cosecha inagotable de heridos. Un tanque republicano, con la mitad de sus orugas sobre el vacío de un barranco, se destacaba de perfil contra el cielo bajo. Karlitch, por fin jefe de sección de tanques, avanzaba, tirando sin cesar sobre las secciones antitanques enemigas —sombras de hombres sin ojos, encorvados, con granadas en las manos.

En Teruel, Magnin había visto al pasar las huellas de las propiedades inmensas, con sus toros indolentes o testarudos dispersos en las montañas de guerra, aquí veía huellas menos nítidas que se mezclaban, a través de la nieve, en las pequeñas tapias de piedra que atacaban, bajo sus ojos, los internacionales y las brigadas de Madrid, en las pequeñas paredes de piedra completamente nuevas que había visto en Teruel y en el sur, anchas y chatas, todavía amenazadas, entre las antiguas huellas inmensas. Se acordaba de las tierras baldías que los obreros agrícolas muertos de hambre no tenían derecho a cultivar… Los campesinos enfurecidos que combatían bajo sus órdenes combatían para levantar esos pequeños muros, primera condición de su dignidad. Y mucho más allá del vocabulario de las ciudades, Magnin sentía en todos los sueños en que él se debatía desde hacía meses, simple y fundamental como el parto, la alegría, el dolor o la muerte, la vieja lucha del que cultiva contra el poseedor hereditario.

Cuando volvieron por quinta vez el Orion y su flota de pasada, la aviación republicana, por debajo de ellos, atacaba delante de las líneas de capuchones. Apenas había aparecido la aviación fascista. Abajo, los

tanques republicanos, con un orden de ejercicio en la Plaza Roja, atacaban, volvían, atacaban de nuevo. Ya los conventos y las iglesias de Brihuega, en el fondo de la hondonada apenas sobresalían de una niebla vespertina que iluminaban las bombas. Las explosiones dibujaban ahora la herradura del ejército republicano en torno de la ciudad; en el extremo de sus dos ramas se encendían baterías jadeantes, como hogueras levantadas contra la nieve que de nuevo se acercaba. Si las dos ramas se juntaban, era la retirada italiana en todo el frente de Guadalajara.

Delante del vacío que los separaba se extendían carteles indicadores, pero ahora la niebla lo iba cubriendo todo; imposible ver un uniforme. Si la noche salvaba a los italianos iban a contraatacar en Trijueque. El Orion titubeando (por lo demás, se le habían acabado las bombas) no combatía ya. Permanecía allí bamboleado, luchando contra esa noche que avanzaba sobre el destino de España, como antes sobre la vuelta de Marcelino. La inmensa barra de la aviación militar, a menos de doscientos metros de la batalla, zigzagueaba. Tampoco ella veía nada, y no partía. Del valle de Tajuña, la niebla seguía subiendo.

Bajo la niebla proseguía el esfuerzo salvaje de los voluntarios, esfuerzo que debía confirmar o invalidar la creación del ejército republicano. Y la aviación, que había quizá ganado la batalla, daba vueltas en vez de irse, no al acecho del enemigo, sino al acecho de una victoria, olvidando sus campos sin balizaje, fascinada en la noche que avanzaba.

Magnin sobrevolaba el vacío de la herradura por encima de uno de los caminos de Horca, bastante ancho en ese lugar, y que bordeaban camiones abandonados. Se hundió a ras de tierra como lo había hecho con el campesino en el campo de Teruel; y en tanto que por error las tropas republicanas acribillaban el fuselaje, reconoció los carteles del anarquista Mera, de los carabineros y de Campesino.

5

A lo lejos se oía el gruñido de los últimos sobresaltos de la batalla. Manuel, establecidas sus líneas, daba vueltas por el pueblo para obtener camiones, seguido por su perro. Había adoptado un espléndido perro lobo, exfascista, cuatro veces herido. Más apartado se sentía de los hombres, más quería a los animales: toros, caballos militares, perros lobos, gallos de pelea. Los italianos habían abandonado muchos camiones y, a la espera de que la distribución fuera hecha oficialmente, cada jefe de cuerpo (afirmando astutamente que, si esperaba el paso de Campesino, no quedaría uno solo) trataba de conseguir el mayor número posible. Provisionalmente estaban depositados en todos los edificios lo bastante grandes para contenerlos: iglesias, alcaldías o granjas. En el pueblo que ocupaban los carabineros, estaban en la iglesia, pero habían prevenido a Manuel que Jiménez se encontraba allí con la misma intención que él.

Era una alta iglesia de piedra roja, con ornamentos de estuco deshechos por las balas. Diagonales de luz a través de las bóvedas de la catedral se aplastaban sobre un fárrago de sillas reducidas al estado de leños, y sobre los camiones ordenados en el centro de la nave. Un miliciano, que cuidaba la iglesia, seguía a Manuel y a Gartner.

—¿Has visto al coronel? —preguntó éste.

—Anda por allí, detrás de los camiones.

—¡Malo! —gruñó Gartner—; se los habrá quedado.

La mirada de Manuel, todavía no acostumbrada a la oscuridad, se detuvo en un revoltijo dorado que temblaba en la sombra por encima de un portal como un incendio inmóvil: ángeles erizados, con los pies en el aire, llenaban por completo la pared, en torno a tubos de órganos extraordinarios. Manuel percibió una escalera de caracol y subió por ella, intrigado.

El miliciano lo había seguido; Gartner se había quedado abajo, como para cuidar los camiones, con el perro detrás.

—¿Cómo es posible que esto se halle intacto? —le preguntó Manuel al miliciano.

—El Comité Estético Revolucionario. Han venido los muchachos, le han dicho al Comité de aquí: «Los órganos y el coro son importantes». (Tienen razón, ¡caramba, si se ha trabajado en ellos!). Entonces han tomado medidas.

—¿Y los italianos?

—Por aquí no se ha peleado mucho.

—No hace mucho, encima de la tumba de Cervantes, un anarquista, con el tizón de la antorcha con que se disponía a incendiar la capilla, trazó una gran flecha en dirección al crucifijo dejado intacto, y escribió: «Cervantes te ha salvado».

—¿Estás de acuerdo? —preguntó Manuel.

—El hombre que ha hecho esas esculturas amaba lo que hacía. Yo, aquí, he estado siempre en contra de lo que es destrucción. Con los curas no estoy de acuerdo, desde luego; con las iglesias no tengo nada en contra. Pienso que con ellas deberían hacerse teatros; hay riqueza, comprendes…

Manuel se acordaba de los milicianos que había interrogado con Jiménez en el frente del Tajo. Observó atentamente la nave y terminó por descubrir a Jiménez en ella, cerca de un pilar, con el pelo cortado al rape que brillaba en la sombra como el plumón de un pollito. Manuel sabía que a Jiménez le gustaba la música.

Miró afectuosamente la aureola blanca del Viejo Pato, sonrió como si hubiese preparado una broma y se sentó delante del teclado.

Comenzó a tocar: el primer fragmento de música religiosa que le vino a la memoria, el *Kyrie* de Palestrina. En la nave vacía el canto sagrado se desplegaba, rígido y grave como los drapeados góticos, en desacuerdo con la guerra y de acuerdo con la muerte. A pesar de las sillas destrozadas, y los camiones, y la guerra, la voz del otro mundo tomaba posesión de la iglesia. Manuel estaba turbado, no por el canto, sino por su pasado. El miliciano, estupefacto, miraba a ese teniente coronel que se ponía a tocar un canto de iglesia.

—Entonces anda, sí, sigue sonando bien —dijo cuando Manuel dejó de tocar.

Manuel volvió a bajar. Acarició al perro, que no había ladrado. Lo acariciaba a menudo: no tenía ya nada en su mano derecha. Gartner lo esperaba en la entrada de la escalera. Cerca de los camiones, grandes manchas negras cubrían las losas. Desde hacía mucho tiempo Manuel había dejado de preguntarse qué líquido hacía tales manchas.

—Ese *Kyrie* es admirable —dijo confuso— y lo tocaba pensando en otra cosa. Yo he terminado con la música… En el campamento, la semana pasada, has visto que había sobre el piano todo un paquete de Chopin, del mejor. Lo he hojeado, todo eso provenía de otra vida…

—Quizá era demasiado tarde… o demasiado pronto.

—Quizá… Pero no creo. Creo que otra vida ha comenzado para mí con el combate; tan absoluta como la que comenzó cuando me acosté por primera vez con una mujer… La guerra lo hace a uno casto…

—Habría mucho que decir.

Por fin encontraron al coronel, que hacía controlar los motores.

—Entonces, hijos, ¿eran ustedes los que hacían tocar a los ángeles para mí? Gracias. Lo hicieron a propósito, ¿verdad?

—Tuve placer en hacerlo.

—Usted será general antes de los treinta y cinco años, Manuel.

—Soy un español del siglo XVI —dijo Manuel con su sonrisa seria y condescendiente.

—Pero dígame una cosa, usted no es un músico profesional. ¿Dónde diablos ha aprendido a tocar el órgano?

—Fue el resultado de una extorsión. El cura encargado de enseñarme latín lo hacía una hora cada dos. La segunda era para placer mío. Al principio mi placer fue reemplazado por el suyo: ponía una aguja de marfil, gran lujo para la época, a un fonógrafo comprado en una feria de pueblo con la bocina en forma de campanilla, y tocaba Verdi. Supe *La africana* de memoria. Enseguida exigí lecciones de táctica (¡de táctica, mi coronel!). Él me hizo observar que no formaba parte de sus conocimientos ni de su carácter; pero trajo una caja de zapatos llena de soldados de cartón.

En camillas y envueltos en mantas pasaban soldados de carne viva o muerta.

—Después aparecieron los discos de Palestrina. Con la pérfida esperanza de librarse de la táctica, los había hecho pasar bajo la aguja de marfil y la bocina en forma de campanilla. Éxito absoluto: abandoné la táctica: y exigí el órgano. Era buen pianista.

—Y bien, hijo mío, no sólo hay malos sacerdotes —dijo el Viejo Pato, irónico.

Manuel trajo ingeniosamente el tema de sus camiones pero apenas había comenzado:

—Toda estrategia es inútil —dijo Jiménez—: Hasta que no lleguen las órdenes, esos camiones de aquí son sagrados.

—Evidentemente, han sido encontrados en una iglesia. Pero los carabineros de usted tienen camionetas —Jiménez sonrió, cerrando un ojo como antes.

—Nada que hacer. Usted será general a los treinta años, pero no tendrá mis camiones. Por lo demás, no me bastan. Vamos juntos a buscar otros.

—En la Sierra le he dicho a una miliciana que tenía un lindo pelo; le pedí que me diera un mechón, y me mandó a pasear. Su avaricia es igual a la de ella.

—Búsquese una llave inglesa, y no hablemos más.

Se fueron; antes de Brihuega, habían encontrado tres camiones cada uno. Los chóferes traídos por Gartner y los de Jiménez se ponían al volante y los seguían.

—Nuestro cante de juerga andaluza me gusta —dijo Manuel.

—¡Estamos en el kilómetro 88! —les gritó un correo.

La victoria estaba en el aire.

En la plaza de Brihuega, delante del puesto de mando (todos los oficiales responsables debían pasar por allí por la mañana), García y Magnin escuchaban a un viejo figurón con chalina, sin afeitarse desde varios días antes, y salido sin la menor duda de un sótano.

—Cuando decidieron echarnos, todo se arregló; pero dejaron los alambres de los cuales colgábamos nuestros calzoncillos. Y los guías no sabían cómo explicar esos alambres. Salvo uno. Un viejo compañero; ése era un artista… Hacía acuarelas, y versos, y todo eso: un artista. Y entonces les decía a los turistas del Alcázar de Toledo: «Señoras y señores, el Cid Campeador tenía mucho que hacer, naturalmente; cuando había terminado todos sus trabajos, las órdenes y los escritos y las expediciones, venía a esta sala. Solo. Y entonces vean ustedes, para descansar, ¿saben qué hacía? Se colgaba del alambre y ¡jop!, se balanceaba».

—Este camarada era guía en el Palacio de Guadalajara —le dijo García a Manuel y a Jiménez—; y, en otros tiempos, en Toledo.

Era un viejo de patillas largas, con el rostro y los ademanes de los actores profesionales, que no pueden vivir sino en la ficción:

—A mí me gustaba también todo eso, las cosas originales, antes de perder a mi primera mujer… He recorrido el mundo, he estado en un circo… A donde hubiera algo que ver, allí corría yo. Pero aquí, toda esta historia…

Y mostraba con el pulgar la dirección de Guadalajara, de donde el viento traía bajo las nubes bajas un olor a carroña, y hacia el cual se dirigían los prisioneros italianos.

—Toda esa historia, y esos cardenales, y hasta esos Grecos, y los turistas y los demás, y todos esos trastos, cuando uno los ha visto durante veinticinco años, y la guerra, cuando uno la ha visto seis meses…

Mostraba siempre el sudoeste, Guadalajara, Madrid, Toledo, como si espantara moscas con indiferencia.

Un oficial vino a hablar a Manuel.

—¡Estamos en el kilómetro 90! —gritó éste, dando una fuerte palmada en el lomo del animal—. ¡Abandonan todo su material!

—¿Quiere que le diga una cosa, señor? —continuó el guía. Se encogió de hombros y dijo, como si hubiera resumido la experiencia de toda su vida—: Piedras… Piedras viejas… Eso es todo. Todavía, si usted fuera más lejos, vería cosas que valen la pena, ¡cosas del tiempo de los romanos! ¡Más de treinta años antes de Jesucristo! Se lo digo: antes. Eso es algo. Sagunto es grande. O háblame usted de los barrios nuevos de Barcelona. Pero ¿los monumentos? Como la guerra: piedras.

Con los prisioneros italianos pasaron algunos moros.

—Usted —le dijo García a Magnin—, mientras más pelea, más se hunde en España; yo, mientras más trabajo, más me separo. He pasado la mañana interrogando a prisioneros moros. Había pocos moros aquí, pero había algunos. Hay en todas partes. ¿Se acuerda usted, Magnin, de Vargas diciéndome: no hay más que doce mil moros? Bueno, aquí hay moros de las posesiones francesas en número bastante grande. Hoy por hoy, el islam, en tanto que islam, que comunidad espiritual, está más o menos entre las manos de Mussolini. Los franceses y los ingleses tienen aún los cuadros administrativos del África del Norte, pero Italia tiene los cuadros religiosos. Y el primer resultado es que nosotros hacemos aquí, en Brihuega, prisioneros moros y prisioneros italianos. Agitación en el Marruecos francés. Libia, agitación en Palestina, Egipto, promesa de Franco de devolverle al islam la mezquita de Córdoba…

A García le gustaba hablar, y los otros deseaban que hablara. No leían sino diarios sobre los cuales pesaba la censura de la guerra, y García estaba informado. Pero ni Manuel ni Jiménez olvidaban sus camiones.

En la puerta de la casa donde el guía se había refugiado durante la ocupación por los italianos, una mujer llamaba al guía.

—Ahora —le dijo éste a García— esperamos a que Azaña se ponga manos a la obra. ¿Qué hará? Es la gran incógnita…

El índice levantado hacia el cielo bajo, abandonó de pronto el tono misterioso que acababa de tomar para decir con la mayor indiferencia:

—Nada.

»No hará nada. No se puede hacer nada… Franco, naturalmente, es un gorila. Pero aparte de él, con

Azaña o con Caballero, con la U. G. T. o con los de la C. N. T., o con ustedes, ahora que he salido de mi sótano, serviré a los clientes y guiaré a los idiotas, y moriré en Guadalajara sirviendo a los clientes y guiando a los idiotas…

La mujer lo llamó de nuevo, y él se fue.

—Es optimista —dijo Magnin.

—En la guerra civil más apasionada —respondió García—, hay un gran número de indiferentes…

»Vea usted, Magnin, después de ocho meses de guerra, hay algo que continúa siendo a mis ojos medianamente misterioso: el instante en que un hombre decide tomar un fusil.

—Nuestro amigo Barca pensaba sobre ello cosas serias —dijo Manuel.

El perro lobo ladró aprobador.

—Sí, sobre las razones que inducen a pelear; pero lo que me interesa es el instante, el desencadenamiento. Se diría que el combate, el Apocalipsis, la esperanza, son los señuelos de que se sirve la guerra para agarrar a los hombres. Después de todo, la sífilis comienza con el amor. El combate forma parte de la comedia que casi todo hombre se representa a sí mismo, y compromete al hombre en la guerra como casi todas nuestras comedias nos comprometen en la vida. Ahora, la guerra comienza.

Era lo que había pensado Magnin en el Orion, y sin duda muchos otros. Esta conversación le recordaba su entrevista con García y Vargas, la tarde de Medellín; y sentía una vez más que la aviación internacional estaba muerta.

—Vamos a ver al Japón en el baile en poco tiempo… —dijo García—. Allí se crea un imperio casi igual al Imperio Británico…

—Piensen ustedes en lo que era Europa cuando teníamos veinte años —dijo Magnin— y en lo que es hoy…

Manuel, Gartner y Jiménez reanudaron su caza a los camiones; García tomó a Manuel por el brazo.

—¿Y Scali? —le preguntó éste.

—Una bala explosiva en el pie, en Teruel. Perderá el pie…

—¿En qué estaba políticamente?

—Bueno… cada vez más anarquizante, cada vez más soreliano, casi anticomunista…

—No es al comunismo a lo que se opone, es al partido.

—Dígame, comandante, ¿qué piensa usted de los comunistas?

¡Otra vez!, pensó García.

—Mi amigo Guernico —le contestó— dice: «Tienen todas las virtudes de la acción, y sólo ésas». Pero, en este momento, se trata de acción.

Bajó la voz, como siempre que resumía una experiencia amarga:

—Esta mañana estaba con los prisioneros italianos. Había uno, no joven, que no dejaba de berrear. Le pregunto lo que tiene, llora, llora, llora. Por fin: «Tengo siete hijos». ¿Y qué? Termino por comprender que estaba persuadido de que íbamos a fusilar a los prisioneros. Le explico que no y se decide a creerme. De pronto, furioso, salta sobre un banco, hace un discurso a gritos —diez frases—: «En Italia nos han engañado», etcétera, y grita: «¡Muera Mussolini!». Reacción débil. Comienza de nuevo. Y los prisioneros, alrededor de él, responden: «¡Muera!», imperceptiblemente como un coro a boca cerrada, mirando a las puertas con ojos aterrorizados… Y sin embargo, están en nuestro país…

»Lo que pasaba allí, Magnin, no era ningún temor a la policía; ni siquiera al mismo Mussolini: era al partido fascista. Y entre nosotros… Al principio de la guerra, los falangistas sinceros morían gritando: ¡Viva España!, pero después: ¡Viva la Falange!… ¿Y está usted seguro de que, entre sus aviadores, el tipo del comunista que al principio ha muerto gritando: ¡Viva el proletariado!, o ¡Viva el comunismo!, no grita hoy, en las mismas circunstancias: ¡Viva el partido!…?

—Ya no tendrán que gritar más, porque casi todos están en el hospital o bajo tierra… Es quizá algo individual. Attignies gritaría sin duda: ¡Viva el partido! Otros, otra cosa…

—Por lo demás, la palabra partido engaña. Es difícil poner bajo la misma etiqueta conjuntos de personas unidas por la naturaleza de su voto, y los partidos cuyas gruesas raíces se aferran todas a los elementos profundos e irracionales del hombre… La edad de los partidos comienza, mi querido amigo…

A pesar de todo, pensaba Magnin, García me ha afirmado no hace mucho que la U. R. S. S. no podría intervenir. Es interesante lo que dice, pero no es un oráculo. El comandante le apretaba el brazo, que no había soltado en ningún momento:

—No exageremos nuestra victoria; esta batalla no es en modo alguno una batalla del Marne. Pero, con todo, es una victoria. Había aquí contra nosotros más desocupados que camisas negras, y es por eso por lo que yo mandé hacer, como usted sabe, propaganda con los altavoces. Pero, en fin, los cuadros eran

fascistas. Podemos mirar este pueblecito levantando las cejas, mi querido amigo: es nuestro Valmy. Por primera vez, aquí, los dos verdaderos partidos se han encontrado.

Los oficiales salían del puesto golpeándose los hombros:

—¡Kilómetro 92!, —gritaba a todos.

—¿Ha pasado usted por Ibarra? —preguntó Magnin a García.

—Sí, pero durante el combate.

—En todos los rincones hay barreños de arroz. Parece que es arroz con leche; que los garibaldinos pedían desde hace mucho (detestan el aceite español) y que por fin han podido hacérselo. Entonces, ¿verdad?, el arroz de los barreños está recubierto de nieve. Los primeros muertos lo estaban también. Los han limpiado para enterrarlos; todas esas caras de muertos son caras dichosas, con una buena sonrisa en los labios, la sonrisa de la glotonería…

—Qué rara es la vida… —dijo García.

Magnin pensaba en los campesinos. Estaba lejos de tener con las ideas la familiaridad de García, pero la práctica de la aviación daba a su pensamiento una relatividad completamente física que reemplazaba a veces la profundidad. Los campesinos lo obsesionaban: el que le había enviado García, aquellos a los que pedía automóviles en los pueblos, aquellos de todo el descenso de las montañas, aquéllos que había visto combatir la víspera bajo sus órdenes.

—¿Y los campesinos? —preguntó solamente.

—Antes de venir, he tomado en Guadalajara un café con anís (siempre sin azúcar). El dueño de la taberna se hacía leer el diario por su nieta que, ella sí, sabe leer. O Franco, allí donde es vencedor, hará lo que hacemos nosotros, o entrará en una guerrilla sin fin. Cristo no ha triunfado sino a través de Constantino; Napoleón ha sido aplastado en Waterloo, pero ha sido imposible suprimir la constitución francesa. Una de las cosas que me confunde más es ver hasta qué punto, en toda guerra, cada cual toma a su enemigo, lo quiera o no…

El guía estaba detrás de García, que no lo había oído volver. Levantó el índice y entrecerró los ojos, con todo el rostro afinado por el misterio, a pesar de su nariz de borracho.

—El principal enemigo del hombre, señores, es el bosque. Es más fuerte que nosotros, más fuerte que la República, más fuerte que la revolución, más fuerte que la guerra… Si el hombre dejara de luchar, en menos de sesenta años el bosque cubriría Europa. Estaría aquí, en las calles, en las casas abiertas, las ramas entrarían por las ventanas, los pianos en las raíces, ¡eh, eh, señores! Así sería…

Algunos soldados que habían entrado en las casas despanzurradas, tocaban el piano con un dedo.

—¡Kilómetro 93! —gritó una voz desde una ventana.

Nuevos prisioneros atravesaban la plaza.

—¡Montón de puercos! —gritó el guía—. ¿No hubieran podido quedarse en sus casas?

Bajó los ojos, y observó que llevaban zapatos nuevos.

—¡Hasta se han llevado nuestros zapatos! ¡Qué nos han dejado de esencial! Hay algunos que no son malos tipos. ¡Cantad y adelante! —gritó, agitando los brazos, a los que pasaban junto a él. Uno de los prisioneros respondió con una frase que el guía no entendió.

—¿Qué ha dicho?

—Los desgraciados no cantan —tradujo García.

—¡Canta tu dolor, idiota! —respondió el guía en español.

Los prisioneros se alejaban; él los seguía con la mirada:

—¡No tiene importancia, hombre! ¡No tiene importancia!

A lo lejos, en el batallón Garibaldi, tocaba un acordeón.

—¡Así, no tiene importancia!… En Guadalajara, soy guardián de un jardín. Vienen los lagartos… Cuando estaba en la India, con el circo, aprendí un canto hindú; lo silbo, y los lagartos me suben por la cara. Me basta con cerrar los ojos. Y saber el canto. ¿Y entonces qué? La guerra, la guerra, los prisioneros, los muertos… Y cuando todo haya terminado, me recostaré como de costumbre en el banco, silbaré, y vendrán los lagartos a subirme por la cara…

—Me gustaría ver todo eso, más tarde —dijo Magnin retorciéndose el bigote.

El guía lo miró, alzó el índice de nuevo:

—Nadie, señor, nadie.

Y señalando con el índice la puerta de donde lo habían llamado:

—Ni siquiera mi segunda mujer.

—¡Kilómetro 94!, —gritaron nuevamente.

6

Como la orden de requisa de los camiones italianos había llegado ya del Cuartel General, Manuel había dejado a Jiménez. Volvía a pie hacia el acuartelamiento de su brigada, con el perro lobo, grave, a su lado. Gartner había ido a entregar los camiones encontrados en los pueblos.

Los soldados vagaban por Brihuega, extrañamente desocupados, con las manos vacías. La gran calle con casas rosadas y amarillas, con severas iglesias y grandes conventos, estaba tan llena de escombros, tantas casas despanzurradas habían vaciado en ella sus muebles que, cuando la guerra se detenía, daba una impresión irreal y absurda, como esos soldados sin fusil que la recorrían con aspecto de obreros en paro.

Otras calles, por lo contrario, parecían intactas. García había contado a Manuel que en Jaipur, en la India, todas las fachadas están pintadas de colorines, y que cada casa de barro tiene por delante su decoración rosada, como una máscara. En muchas calles, Brihuega no era una ciudad de barro, sino una ciudad de muerte, detrás de todas esas fachadas de siesta y de vacaciones, con sus ventanas a medio abrir bajo el cielo desolado.

Manuel no escuchaba sino el ruido de las fuentes. Había comenzado el deshielo; el agua bajaba de los tejados, después se dispersaba en todos los arroyos sobre esos adoquines puntiagudos de la vieja España, o caía, con el ruido de los pequeños torrentes de montaña, entre los retratos tirados a la calle, los fragmentos de muebles, las cacerolas y los escombros. Ningún animal había quedado; pero en esa soledad llena de ruidos de agua, los milicianos que, aquí y allá, pasaban en silencio de una calle a otra, se deslizaban como gatos. Y a medida que Manuel se acercaba al centro, otro ruido se mezclaba al del agua, cristalino como él, acordado a él como un acompañamiento: las notas de un piano. En una casa muy próxima cuya fachada se había desmoronado sobre la calle, con todos los cuartos a cielo abierto, un miliciano tocaba una romanza con un dedo. Manuel escuchaba atentamente: por encima del ruido de la calle, oía tres pianos. En cada cual tocaban con un dedo. Nada de *Internacional*: cada dedo tocaba una romanza, lentamente como si solamente hubiera tocado para la tristeza infinita de las pendientes sembradas de camiones derribados que subían de Brihuega hacia el cielo macilento.

Manuel le había dicho a Gartner que estaba apartado de la música, y ahora advertía que lo que más deseaba, en ese momento en que se hallaba solo en esa calle de una ciudad conquistada, era oír música. Pero no tenía ganas de tocar; y quería estar solo. Había dos fonógrafos en el comedor de su brigada. No había conservado los discos traídos al principio de la guerra, pero había muchos en el cofre del gran fonógrafo: Gartner era alemán.

Encontró las sinfonías de Beethoven, y los *Adioses*. No le gustaba sino medianamente Beethoven, pero poco importaba. Llevó a su cuarto el pequeño fonógrafo y lo puso en marcha.

Como la música suprimía la voluntad en él, daba al pasado toda su fuerza. Se acordó del ademán con que había tendido su revólver en Alba. Quizá como le decía Jiménez, había encontrado su vida. Había nacido en la guerra, había nacido en la responsabilidad de la muerte. Como el sonámbulo que de pronto se despierta en el borde de un tejado, esas notas descendentes y graves le infundieron en el espíritu la conciencia de su terrible equilibrio —del equilibrio que sólo se pierde para caer en la sangre—. Se acordó de un mendigo ciego que había encontrado en Madrid, la noche de Carabanchel. Manuel y el jefe de policía andaban en auto; los faros del auto habían iluminado de pronto las manos que el ciego tendía delante de sí, agrandadas por su proyección hasta la inmensidad a causa de la pendiente de la Gran Vía, deformadas por los adoquines, destrozadas por las aceras, aplastadas por los pocos autos de guerra que circulaban todavía, largas como las manos del destino.

—¡Kilómetro 95! ¡Kilómetro 95!, —gritaron voces dispersas por la ciudad, todas con el mismo timbre.

Sentía la vida en torno a sí, henchida de presagios, como si detrás de esas nubes bajas que el cañón ya no sacudía, lo hubieran esperado en silencio algunos destinos ciegos. El perro lobo escuchaba, echado como aquellos de los bajorrelieves. Un día habría paz. Y Manuel llegaría a ser otro hombre, un hombre que él mismo desconocía, como el combatiente de hoy habría sido un desconocido para aquel que había comprado un pequeño coche para ir a la Sierra a esquiar.

Y lo mismo sin duda habría de ocurrirles a todos esos hombres que pasaban por la calle, a los que tocaban con un dedo en los pianos a cielo abierto sus pertinaces romanzas, que habían combatido ayer bajo los pesados capuchones puntiagudos. Manuel se conocía reflexionando sobre sí mismo. Hoy, cuando un azar lo arrancaba de la acción para echarle su pasado a la cara. Y, como él y como cada uno de esos hombres, la España exangüe tomaba por fin conciencia de sí misma —semejante a aquel que de pronto se interroga a la hora de morir. Sólo se descubre una vez la guerra, pero se descubre muchas veces la vida.

Esos movimientos musicales que se sucedían, rodando por su pasado, hablaban como hubiese podido

hablar esa ciudad que en otro tiempo había detenido a los moros, y ese cielo y esos campos eternos; Manuel oía por primera vez la voz de aquello que es más grave que la sangre de los hombres, más inquietante que su presencia en la tierra: la posibilidad infinita de su destino; y sentía en él esa presencia mezclada con el ruido de los arroyos y el paso de los prisioneros, permanente y profunda como el latido de su corazón.